

«En el género fantástico,
Robin Hobb es quien
marca la pauta.»

ORSON
SCOTT CARD



ROBIN HOBB



LA SUERTE
DEL BUFÓN

EL PROFETA BLANCO III

FANTASCY

«En el género fantástico,
Robin Hobb es quien
marca la pauta.»

ORSON
SCOTT CARD



ROBIN HOBB



LA SUERTE DEL BUFÓN

EL PROFETA BLANCO III

FANTASY

ROBIN HOBB

LA SUERTE DEL BUFÓN

EL PROFETA BLANCO, III

Traducción de
Manuel de los Reyes y Raúl García Campos


FANTASCY

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks

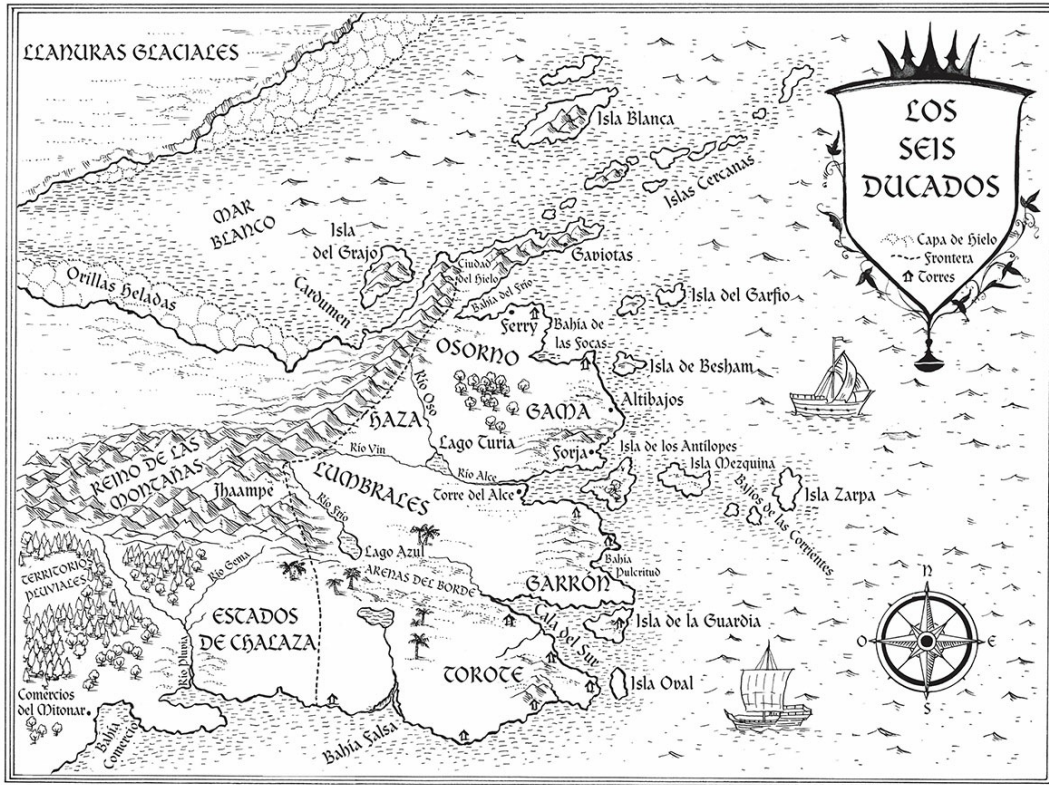


@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



Prólogo

La batalla con la muerte

La premisa del Profeta Blanco parece sencilla. Deseaba orientar el mundo hacia una senda distinta a aquella por la que avanzaba desde hacía incontables iteraciones temporales. Según él, el tiempo siempre se repite, y en cada ciclo las personas terminan por tomar las mismas decisiones insensatas de siempre. Viven el presente, cediendo a sus apetitos y deseos, convencidas de que sus acciones no influyen en la gran urdimbre del todo.

De acuerdo con el Profeta Blanco, no podían estar más equivocadas. Toda acción irrelevante y desinteresada empuja el mundo hacia un camino mejor. Una acumulación de actos menores puede alterar el curso de los acontecimientos. El destino puede depender del fallecimiento de una persona. O tomar otro rumbo si esta sobrevive. Y ¿quién era yo para el Profeta Blanco? Yo era su catalizador. El Cambiador. La piedra que él colocaría para sacar de su surco las ruedas del tiempo. Un simple guijarro puede desviar una rueda, me dijo, aunque también me avisó de que no era una experiencia muy agradable para el guijarro.

El Profeta Blanco aseguraba haber visto no solo el futuro, sino múltiples futuros posibles, la mayoría de los cuales guardaban una tediosa similitud con los demás. En unos pocos casos, empero, surgía alguna diferencia, a partir de la cual se desplegaba un resplandeciente abanico de nuevas posibilidades.

La primera alteración consistía en la existencia de un heredero de los Vatídico, un superviviente. Ese era yo. Obligarme a sobrevivir, salvarme de las muertes que una y otra vez se empeñaban en acabar conmigo a fin de que las ruedas del tiempo retornaran de una sacudida a sus allanadas roderas, se convirtió en su cometido. La muerte y otras experiencias equiparables estuvieron a punto de engullirme en varias ocasiones, pero al final él siempre me hacía regresar, vapuleado y exhausto, para que continuara siguiéndolo. Me utilizaba de un modo implacable, aunque no sin arrepentimiento.

Finalmente consiguió retirar la suerte de la senda establecida y orientarla hacia otra que resultaría más beneficiosa para el mundo. O eso decía. Sin embargo, había quien no compartía su postura, gente que preveía un mañana sin heredero de los Vatídico ni dragones. Así, apareció una mujer que se propuso garantizar ese futuro, para lo cual debía deshacerse del necio que se había interpuesto en su camino.

Lagartos

A veces parece injusto que los sucesos que tuvieron lugar hace mucho tiempo puedan adelantarse al paso de los años, hundir sus garras en nuestra vida y retorcer todo cuanto acontezca después. Aunque tal vez esa sea la verdadera justicia: somos la suma de cuanto hemos hecho y de cuanto se nos ha hecho a nosotros. No existe modo alguno de huir de esa realidad, para nadie.

Así, las cosas que el bufón me había dicho se combinaron con aquellas que había callado. El resultado fue la traición que cometí contra él. Sin embargo, creía que actuaba en su beneficio, y también en el mío. Había predicho que si viajábamos a la isla de Asleyjal él moriría, con lo cual la muerte podría intentar devorarme de nuevo. Prometió que haría cuanto estuviera en su mano para cerciorarse de que yo sobreviviera, pues así lo requería el intrincado plan con el que pretendía cambiar el futuro. Pero dado que todavía recordaba demasiado bien mi última refriega con la muerte, sus promesas me parecieron más inquietantes que tranquilizadoras. También me informó con despreocupación de que una vez que arribásemos a la isla yo tendría que elegir entre nuestra amistad y mi lealtad para con el príncipe Dedicado.

Quizá podría haber escogido una de las opciones y conservar la entereza de ánimo, aunque lo dudo. Las dos alternativas me apesadumbraban y no me veía con fuerzas para soportar la suma de ambas.

Por lo tanto, acudí a Chade. Le conté lo que el bufón me había dicho. Mi antiguo mentor decidió entonces que cuando zarpásemos rumbo a las Islas del Margen, el bufón no nos acompañaría.

La primavera había llegado al castillo de Torre del Alce. El lúgubre edificio de piedra negra permanecía sospechosamente agazapado sobre los abruptos precipicios que se erigían frente a la ciudad, pero en las sinuosas colinas que se extendían por detrás de la fortaleza la hierba reverdecía con optimismo entre el pasto pardusco que quedaba del año anterior. Los bosques desnudos estaban moteados por las diminutas hojas verdes que comenzaban a desplegarse entre el ramaje. Los montículos de quelpos muertos que se formaban en invierno a lo largo de las playas cenicientas que bordeaban el pie de los acantilados habían sido arrastrados por las mareas. Las aves migratorias habían vuelto y su canto bullía desafiante entre las colinas boscosas y a lo largo de las playas donde las aves marinas contendían por ocupar los mejores puestos de anidamiento que los

acantilados les ofrecían. La primavera había invadido incluso los pasillos sombríos y las cámaras de techos altos del castillo, ya que una abundancia de ramas nevadas de brotes y de flores prematuras embellecía todos los rincones y enmarcaba las entradas de las salas.

Los vientos, que ahora soplaban más cálidos, parecieron arrastrar mi pesadumbre consigo. Ninguno de mis problemas y preocupaciones había terminado de desaparecer, pero la primavera puede aplacar multitud de temores. Mi condición física había mejorado; me sentía más lozano que cuando tenía veinte años. No solo estaba recuperando el volumen y los músculos, sino que de pronto poseía el cuerpo que tendría un hombre de mi edad que se encontrara en buena forma. El severo proceso de curación al que me sometió el inexperto destacamento había hecho desaparecer también las viejas heridas. Ya no quedaba rastro alguno de los daños que sufrí a manos de Galeno mientras este me enseñaba a Habilitar, de las lesiones que conservaba de mi época de guerrero ni de las marcadas cicatrices que tenía a consecuencia de la tortura que se me infligió en las mazmorras de Regio. Apenas si padecía dolores de cabeza, no se me nublaba la vista cuando me cansaba ni se me agarrotaba el cuerpo a consecuencia del frío de la madrugada. Ahora habitaba en el cuerpo de un animal sano y fuerte. Pocas cosas resultan tan vigorizadoras como un estado de salud óptimo en una despejada mañana de primavera.

Me hallaba en lo alto de una torre contemplando el mar en retirada. A mis espaldas, una hilera de cubos llenos de tierra recién abonada sostenía un conjunto de árboles frutales engalanados de flores blancas y rosáceas. De un grupo de macetas más pequeñas brotaba una red de parras cargadas de yemas crecientes. Las largas hojas verdes de los bulbos se alzaban como exploradores enviados a probar el aire. Algunos de los tiestos solo contenían tallos desnudos y pardos, aunque la promesa estaba ahí, todas las plantas a la espera de que los días se tornaran más cálidos. Entre las macetas había dispuestas con ingenio diversas estatuas, así como varios bancos que invitaban a descansar en ellos. Unas velas protegidas aguardaban la llegada de las apacibles noches estivales para espantar la oscuridad con su resplandor. La reina Kettricken había acondicionado el Jardín de la Reina a fin de devolverle su antiguo esplendor. Este refugio elevado era su dominio particular. La sencillez que lo caracterizaba

en la actualidad reflejaba sus raíces montañosas, aunque su existencia se debía a una antiquísima tradición de Torre del Alce.

Di una vuelta con paso impaciente por el camino que circundaba el vergel y me obligué a detenerme. El muchacho no se estaba retrasando. Yo había llegado con demasiada antelación. Que los minutos se me hicieran eternos no era culpa suya. La emoción guerreaba con la reticencia mientras esperaba a mantener mi primer encuentro en privado con Vencejo, el hijo de Burrich. Mi reina me había encomendado que lo instruyera en las letras y las armas. La tarea me aterraba. El muchacho no solo portaba la Maña, sino que además no cabía duda alguna de su testarudez. Estos dos aspectos, combinados con su inteligencia, podían meterlo en muchos problemas. La reina había decretado que los Mañosos debían ser tratados con respeto, aunque muchos seguían convencidos de que la mejor forma de curar la magia de las bestias consistía en recurrir a la soga, el puñal y la hoguera.

Entendía por qué la reina me había confiado la formación de Vencejo. Su padre, Burrich, lo echó de casa al ver que el muchacho se negaba a renunciar a la Maña. Sin embargo, dedicó varios años a educarme cuando yo no era más que un crío abandonado por mi regio padre, un bastardo al que no se atrevió a reconocer. Lo justo era que ahora yo hiciese lo mismo por el vástago de Burrich, aunque no pudiera decirle que tiempo atrás fui Traspié Hidalgo ni que su padre me tuvo a su cargo. Y así, me encontraba esperando a Vencejo, un chiquillo escuálido de diez veranos, tan nervioso como si tuviera que enfrentarme a su progenitor. Aspiré una profunda bocanada del aire fresco de la mañana. La fragancia que despedían las flores de los árboles frutales lo endulzaba. Me consolé pensando que esa tarea no se prolongaría demasiado. Muy pronto partiría con el príncipe rumbo a Aslevjal, territorio de las Islas del Margen. Sin duda soportaría tener que instruir al muchacho hasta entonces.

La magia de la Maña te hace consciente de otra vida, de modo que me volví antes incluso de que Vencejo abriera la pesada puerta. La cerró con delicadeza. A pesar del largo ascenso por la empinada escalera de piedra, no le costaba respirar. Me mantuve oculto tras el velo de las flores nacientes y lo estudié. Vestía el azul de Torre del Alce, el atuendo sencillo que correspondía a los pajes. Chade tenía razón. Llegaría a ser un magnífico hachero. Era delgado, un rasgo

común entre los muchachos más activos de su edad, pero los bultos que sus hombros formaban en el chaleco prometían que igualaría a su padre en corpulencia. Dudaba que llegase a destacar por su estatura, aunque alcanzaría la anchura necesaria para compensarlo. Tenía los ojos negros de su padre y el mismo cabello moreno y rizado, aunque se intuía algo de Molly en el contorno de su mentón y la forma de sus ojos. Molly, la mujer a la que un día perdí y esposa de Burrich en la actualidad. Tomé una bocanada de aire lenta y profunda. Esto podía llegar a ser más difícil de lo que imaginaba.

Lo vi percatarse de mi presencia. Me mantuve inmóvil y dejé que me buscara con los ojos. Durante unos instantes los dos permanecemos quietos, mudos. Después el muchacho zigzagueó por los pasillos sinuosos hasta que se detuvo ante mí. Me saludó con una reverencia demasiado ensayada para resultar elegante.

—Mi señor, me llamo Vencejo Mañoso. He recibido instrucciones de presentarme ante vos y, por lo tanto, aquí me tenéis.

Observé que se había esforzado por aprender los protocolos de la corte. Aun así, que incluyera una referencia a la magia de las bestias en su nombre parecía un desafío grosero, como si pretendiera averiguar si la protección que la reina ofrecía a los Mañosos servía también aquí, a solas conmigo. Me sostenía la mirada de un modo directo que cualquier noble habría considerado atrevido. Sin embargo, me recordé a mí mismo, yo no era ningún noble. Así se lo indiqué.

—Yo no soy el «señor» de nadie, muchacho. Soy Tom Mechatejón, hombre de armas de la Guardia de la Reina. Puedes llamarme maestro Mechatejón, y yo te llamaré Vencejo. ¿Estás de acuerdo?

El muchacho pestañeó dos veces y asintió. De pronto, recordó que eso no era lo correcto.

—Estoy de acuerdo, señor. Maestro Mechatejón.

—Muy bien. Vencejo, ¿sabes por qué te han dicho que vengas a verme?

Se mordió el labio superior, dos mordisquitos rápidos, tras lo cual respiró hondo y respondió con la mirada baja.

—Supongo que he importunado a alguien. —A continuación volvió a mirarme de súbito a la cara—. Pero no sé lo que he hecho, ni a quién. —En un tono casi desafiante, añadió—: No puedo cambiar lo que soy. Si se trata de que

porto la Maña, en fin, no me parece justo. Nuestra reina ha dicho que mi magia no debería ser motivo para que se me trate de un modo distinto.

Se me cortó la respiración. Su padre me miraba desde aquellos ojos negros. La inflexible franqueza y la determinación de decir la verdad las había heredado de Burrich. Y aun así, en su premura incontenible, percibí el genio vivo de Molly. Por un momento, me quedé sin palabras.

El muchacho interpretó mi silencio como una muestra de desaprobación y bajó la mirada. No obstante, mantuvo los hombros cuadrados; no sabía qué falta había cometido y no mostraría arrepentimiento hasta que se le informara de ella.

—No has importunado a nadie, Vencejo. Y ya tendrás ocasión de comprobar que para algunos de los que residen en Torre del Alce tu condición de Mañoso carece de importancia. No es esa la razón por la que te hemos separado de los demás niños. De hecho, este cambio es por tu bien. Has demostrado poseer un dominio de las letras muy superior al de los demás muchachos de tu edad. No queríamos mandarte con un grupo de alumnos mucho mayores que tú. También se decidió que podrías beneficiarte de la instrucción en el manejo del hacha de guerra. Creo que ese es el motivo por el que se me encomendó tu aleccionamiento.

Irguió la cabeza de pronto y me miró entre confundido y consternado.

—¿El hacha de guerra?

Asentí, tanto para él como para mí mismo. Ya estaba otra vez Chade con sus viejos trucos. Estaba claro que nadie le había preguntado al muchacho si le interesaba aprender a empuñar un arma de ese tipo. Sonreí.

—Sí, el hacha de guerra. Los hombres de armas de Torre del Alce recuerdan que tu padre sobresalía en el manejo del hacha. Puesto que has heredado su complexión y su aspecto, sería natural que tú también utilizaras su arma preferida.

—Yo no me parezco en nada a mi padre. Maestro.

Estuve a punto de proferir una carcajada, no de gozo, sino porque el muchacho nunca me había recordado a Burrich tanto como ahora. Se me hacía raro tener que mostrarme severo cuando me escrutaba con los ojos negros de su progenitor. Sin embargo, su actitud no era la apropiada en un joven de su edad, de manera que le respondí en un tono neutral:

—Te pareces lo suficiente, en opinión de la reina y el consejero Chade. ¿Te opones a lo que han decidido para ti?

Sopesó todos los factores. Supe en qué instante tomó una decisión y casi llegué a ver cómo trabajaba su cabeza. Podría haberse negado. En ese caso, se le habría acusado de desagradecido y se le habría enviado de regreso a casa, con su padre. Lo mejor sería agachar la cabeza, asumir una tarea que le desagradaba y quedarse en el castillo. Así, respondió con la voz contenida:

—No, maestro. Acepto lo que han decidido.

—Eso está muy bien —dije con falso entusiasmo.

No obstante, sin darme tiempo a continuar, Vencejo me informó:

—Aunque yo ya domino un arma. El arco, maestro. No lo había mencionado antes porque no pensé que pudiera interesarle a nadie. Pero si voy a recibir adiestramiento para el combate y para servir como paje, ya tengo un arma predilecta.

Interesante. Lo miré en silencio por un momento. El parecido que guardaba con Burch me hacía intuir que no presumiría de habilidades ficticias.

—Muy bien. Ya habrá ocasión de que me demuestres tu destreza con el arco. Pero primero nos centraremos en otro tipo de lecciones. Para ello, se nos ha concedido acceso a los manuscritos de la biblioteca de Torre del Alce. Es un gran honor para los dos. —Esperé a que respondiera.

Inclinó la cabeza para asentir y, al recordar sus modales, afirmó:

—Sí, maestro.

—Bien. Entonces preséntate aquí mañana. Dedicaremos una hora a leer documentos y a escribir, y después bajaremos al campo de armas. —De nuevo, le di tiempo para responder.

—Sí, maestro. ¿Maestro?

—¿Ocurre algo?

—Soy un buen jinete, maestro. Estoy un poco oxidado. Durante este último año mi padre no me ha permitido acercarme a sus caballos. Pero también se me da bien montar.

—Me alegra saberlo, Vencejo. —Sabía lo que el niño esperaba. Estudié su rostro y vi cómo la luz que desprendía se atenuaba al oír mi respuesta. Mi reacción fue casi instintiva. Un joven de su edad no debería estar pensando en

vincularse a un animal. Aun así, cuando bajó la cabeza con desilusión, recordé la soledad que me había acompañado a lo largo de los años. Burrich también hizo todo cuanto estuvo en su mano para impedir que me vinculara a una bestia. Aunque ahora supiera que lo hizo por mi bien, seguía recordando el aislamiento que entonces me asfixiaba. Carraspeé y procuré que mi voz sonara firme y natural cuando le respondí—: Muy bien, Vencejo. Preséntate aquí mañana. Ah, y ponte la ropa vieja. Tendremos que ensuciarnos y terminaremos sudando.

El niño pareció acongojarse.

—¿Bien? ¿Ocurre algo, muchacho?

—Er... Maestro, no puedo. Es... Quiero decir, ya no tengo la ropa vieja. Solo los dos trajes que me dio la reina.

—¿Qué ha pasado con la ropa?

—La... La quemé, maestro. —De pronto pareció retarme. Me miró a los ojos con la mandíbula apretada.

Pensé en preguntarle por qué. No lo necesitaba. Su actitud lo decía todo. Se había propuesto acabar con todo cuanto guardase relación con su pasado. Me pregunté si debía obligarlo a admitirlo en voz alta, pero después concluí que no ganaría nada con ello. Seguramente se avergonzaba de haber desperdiciado un atuendo tan práctico. Me pregunté cuán agrias serían las diferencias que lo distanciaban de su padre. De súbito el azul del día pareció deslavarse. Encogí los hombros, ignorando el asunto.

—Ponte lo que tengas, entonces —le indiqué con sequedad, esperando no parecerle demasiado severo.

Se quedó quieto, mirándome, hasta que caí en la cuenta de que no le había dado permiso para marcharse.

—Puedes retirarte, Vencejo. Nos veremos mañana.

—Sí, maestro. Gracias, maestro Mechatejón. —Ejecutó una reverencia, rígida pero correcta, y titubeó de nuevo—. ¿Maestro? ¿Puedo haceros una última pregunta?

—Por supuesto.

Miró a nuestro alrededor en actitud recelosa.

—¿Por qué tenemos que reunirnos aquí arriba?

—Es un lugar tranquilo. Agradable. Cuando tenía tu edad, odiaba quedarme

dentro los días de primavera.

La explicación sacó una sonrisa tímida a su rostro.

—Yo también, maestro. Tampoco me gusta que me prohíban acercarme a los animales. Supongo que se debe a la llamada de mi magia.

Deseé que se esforzara por ignorarla.

—Quizá. Y quizá deberías pensarlo dos veces antes de responder a esa llamada. —Esta vez me cercioré de manifestarle mi desaprobación endureciendo la voz.

Se estremeció y, a continuación, pareció indignarse.

—La reina dice que mi magia no debe importarle a nadie. Que nadie ha de menospreciarme por poseerla.

—Así es. Pero tampoco te tratarán bien por llevarla en la sangre. Te sugiero que llesves el asunto de tu magia con discreción, Vencejo. No lo comentes con otras personas antes de conocerlas bien. Si quieres saber cómo sacar provecho de la Maña, te recomiendo que prestes atención a Telaraña el Mañoso cuando cuente sus historias junto al hogar por las noches.

Antes de que terminase de hablar, el muchacho ya me estaba mirando con el ceño fruncido. Le di permiso con sequedad para marcharse y se retiró. Me pareció que empezaba a comprender su comportamiento. Su condición de Mañoso era lo que lo enfrentaba con su padre. Desafió a Burrich y huyó a Torre del Alce, decidido a vivir sin esconder la Maña en la tolerante corte de la reina Kettricken. Pero si el muchacho creía que portar la magia era cuanto necesitaba para ganarse su sitio, en fin, pronto le sacaría esas fantasías de la cabeza. No le prohibiría utilizar la magia. Pero el modo en que alardeaba de poseerla, como quien agita un andrajo ante un sabueso para ver cómo reacciona, me inquietaba. Tarde o temprano, se toparía con algún joven noble que estaría encantado de retarlo por poseer la vil magia de las bestias. La tolerancia era algo impuesto, una actitud demasiado difícil de asimilar para los muchos que aún sentían un profundo desprecio por nuestro don. La conducta de Vencejo hizo que abrazara con mayor fuerza todavía mi decisión de no revelarle que yo también portaba la Maña. Bastante peligroso era ya que presumiese de su condición como para además confesarle la mía.

Seguí contemplando el formidable espectáculo del mar y el cielo.

Conformaban un panorama muy evocador, imponente a la vez que reconfortante en su cotidianidad. Después me obligué a mirar hacia abajo, por encima del pequeño muro que me separaba de una caída mortal. Me obligué a mirar hacia abajo. Tiempo atrás, agotado tanto física como mentalmente por el Maestro de la Habilidad Galeno, intenté tirarme desde este mismo parapeto. Fue Burch quien me sujetó para impedírmelo. Me llevó a sus aposentos, me curó las heridas y me vengó enfrentándose al Maestro de la Habilidad. Aún se lo debía. Tal vez aleccionar a su hijo y mantenerlo a salvo en la corte fuese el único modo que tenía de agradecerse. Me aferré a esa idea para apuntalar el escaso entusiasmo que la tarea me producía y abandoné la terraza. Tenía que salir corriendo a otra cita, y el sol me decía que ya casi llegaba tarde.

Chade había hecho saber que ahora sería él quien se encargaría de instruir al joven príncipe en el uso de la Habilidad heredada. Este giro de los acontecimientos me alegraba al tiempo que me desazonaba. El anuncio significaba que ya no era necesario que el príncipe Dedicado y él se reuniesen en secreto para este propósito. Que el príncipe se hiciera acompañar de su sirviente retrasado durante las lecciones se consideraba una especie de excentricidad. Nadie en toda la corte sospecharía que Tordo era el compañero de clase del príncipe, ni que de hecho la ancestral magia de los Vatídico se manifestaba con mucha más fuerza en él que en cualquier Vatídico que viviera en la actualidad. La desazón se debía a que yo, el verdadero instructor de la Habilidad, era el único que debía seguir ocultando su asistencia a tales encuentros. Tom Mechatejón era mi actual identidad, un humilde guardia que no tenía por qué saber nada acerca de la magia de los Vatídico.

Así, salí del Jardín de la Reina, bajé la escalera y crucé aprisa la fortaleza. Desde la sección de los sirvientes había seis entradas al laberinto de observación secreto que serpenteaba por las entrañas del castillo de Torre del Alce. Procuraba utilizar siempre una entrada distinta a la del día anterior. Hoy escogí la que quedaba cerca de la despensa de las cocinas. Esperé a que no hubiere nadie en el pasillo cuando accedí a la alacena. Después de abrirme paso empujando a los lados tres estanterías de salchichas colgadas, arrastré el panel y me sumergí en una negrura ya familiar.

No perdí tiempo esperando a que mis ojos se adaptaran. Esta parte del

laberinto carecía de cualquier tipo de iluminación. Las primeras veces que la recorrí llevaba una vela. Hoy consideraba que la conocía lo bastante bien para poder recorrerla a oscuras. Conté los pasos y caminé a tientas hasta que llegué a una escalera estrecha. Una vez que la coroné, giré bruscamente hacia la derecha y atisé los tenues dedos del sol primaveral que se filtraba por las paredes del pasillo polvoriento. Encorvado, lo recorrí aprisa y no tardé en llegar a una parte de la madriguera que conocía mejor. Poco después emergí junto al hogar de la torre de Guardiamarina. Empujé el panel para colocarlo en su sitio y me quedé inmóvil al oír que alguien retiraba el pestillo de la puerta. Tuve el tiempo justo para esconderme de cualquier manera tras las largas cortinas que cubrían las ventanas de la torre antes de que entraran.

Contuve la respiración, pero solo eran Chade, Dedicado y Tordo, que venían a recibir la clase. Esperé a que cerraran bien la puerta para salir de detrás de las cortinas. Tordo se asustó pero Chade se limitó a observar:

—Llevas una telaraña pegada a la mejilla izquierda. ¿Lo sabías?

Me quité el colgajo de la cara.

—Me sorprende que solo tuviera una en la mejilla izquierda. Se diría que la primavera ha despertado a toda una legión de arañas.

Chade asintió con gravedad.

—Antes solía llevar un plumero que agitaba por delante de mí cuando me metía en los pasadizos. Ayudaba. Un poco. Claro está, por aquel entonces poco importaba el aspecto que presentase al llegar a mi destino. Pero no me agradaba sentir las patitas de las arañas en la nuca.

El príncipe Dedicado bosquejó una sonrisa al imaginar al pulcro y bien peinado consejero de la reina correteando por el laberinto. Hubo un tiempo en que lord Chade vivía secretamente en el castillo de Torre del Alce, cuando solo era el asesino real, un hombre que ocultaba su rostro picado e imponía la justicia del rey en la sombra. Pero ya no. Ahora recorría los pasillos con aire majestuoso y todo el mundo lo alababa por sus funciones de diplomático y de fiel consejero de la reina. Su atuendo elegante, que combinaba distintos tonos de azul y verde, reflejaba su condición, así como las joyas que realzaban la belleza de sus collares y pendientes. Su cabello plateado y sus penetrantes ojos verdes servían como complemento perfecto para su vestuario. Las cicatrices que tanto lo angustiaban

se habían atenuado con los años. Yo no envidiaba ni codiciaba sus galas. Que disfrutase ahora de cuanto le había faltado de joven. No hacía daño a nadie, y aquellos que se dejaban deslumbrar por su opulencia a menudo pasaban por alto la viveza de su ingenio, su verdadera arma.

Por el contrario, el príncipe vestía casi con la misma sencillez que yo. A mi juicio, esto se debía a las austeras tradiciones montañosas de la reina Kettricken y la medida que la caracterizaba. Con quince años, Dedicado no paraba de crecer. ¿Qué sentido tendría confeccionar prendas lujosas de uso cotidiano si al día siguiente se le quedarían pequeñas o se les descoserían los hombros cuando saliera a practicar al campo de armas? Examiné al joven sonriente que tenía ante mí. Sus ojos negros y su cabello moreno y rizado eran idénticos a los de su padre, pero su estatura y la forma que su mentón comenzaba a adoptar me recordaban más al retrato de mi padre, Hidalgo.

El hombre achaparrado que lo acompañaba no podía contrastar más con él. Tordo debía de contar casi treinta años. Tenía las orejas pequeñas y prietas y la lengua descolgada de un zoquete. El príncipe lo había vestido con una túnica y unos leotardos azules iguales a los suyos, incluso en el blasón del alce que adornaba el pecho, si bien la túnica se tensaba sobre la panza del tarugo y las calzas bailaban cómicamente a la altura de sus rodillas y tobillos. Resultaba extraño a la vista, ridículo a la vez que un tanto repulsivo, para aquellos que no podían sentir, como yo la sentía, la Habilidad que llameaba en él del mismo modo que el fuego en la forja de un herrero. Estaba aprendiendo a controlar la música Habilidadosa que utilizaba en lugar de los pensamientos por los que se regían las personas normales. La melodía ya no atronaba tanto como tiempo atrás, lo que la hacía más soportable, aunque debido a la fuerza de su magia, la compartía con todos nosotros, sin cesar. Yo podría bloquearla, pero para ello tendría que renunciar también a todo cuanto percibía por medio de la Habilidad, incluidos los mensajes que me enviaban Chade y Dedicado, más débiles. No podía bloquearlo si quería seguir instruyéndolos, de manera que por el momento tenía que soportar la música de Tordo.

Hoy se componía de los mordiscos de una tijera y el golpeteo de un telar, entremezclados con la risita estridente de la mujer que trabajaba con él.

—Bien. Habéis tenido más pruebas esta mañana, ¿verdad? —le pregunté al

príncipe.

No se sorprendió. Sabía cómo lo había deducido. Asintió con una cansada resignación.

—Tordo y yo. Ha sido una mañana muy larga.

Tordo afirmó categóricamente con la cabeza.

—Subirse al taburete. No rascarse. No moverse. Mientras pinchan a Tordo con alfileres. —Añadió esto último con severidad mientras atravesaba al príncipe con una mirada reprobatoria.

Dedicado suspiró.

—Fue un accidente, Tordo. Te dijo que te quedaras quieto.

—Es mala —se atrevió a mascullar Tordo, y yo intuía que decía la verdad.

A muchos de los nobles les costaba aceptar que el príncipe hubiera trabado amistad con Tordo. Por alguna razón, a algunos de los sirvientes les indignaba todavía más. Empecé a sospechar que algunos descargaban su frustración de manera sutil.

—Todo ha terminado ya, Tordo —lo consoló Dedicado.

Ocupamos nuestros sitios habituales alrededor de la amplia mesa. Puesto que Chade había anunciado que el príncipe y él iban a educarse juntos en el uso de la Habilidad, esta habitación de la torre de Guardiamarina contaba ahora con todo tipo de muebles. Unas largas cortinas enmarcaban los ventanales, abiertos hoy para permitir la entrada de la agradable brisa. Las paredes y el suelo de piedra habían sido bien fregados, y la mesa y las sillas, barnizadas y pulidas. Varias estanterías robustas contenían la pequeña biblioteca de Chade, mientras que un armario dotado de una cerradura sólida albergaba los documentos a los que el consejero otorgaba más importancia o peligrosidad. En un espacioso escritorio se recogían diversos frascos de tinta, plumas recién cortadas y un generoso suministro de papel y vitela. La habitación estaba equipada también con un aparador repleto de botellas de vino, copas y otros elementos que el príncipe pudiera necesitar. La estancia se había transformado en un lugar acogedor, e incluso lujoso, que reflejaba más los gustos de Chade que los del príncipe Dedicado.

Me gustaba el cambio.

Estudí los rostros que tenía ante mí. Dedicado me miraba con atención.

Tordo perseguía algo por dentro de su fosa nasal izquierda. Chade estaba sentado con la espalda recta, casi temblando de puro vigor. Fuera lo que fuese lo que acababa de tomar para espabilarse no le había servido para desprenderse de los hilos de sangre que le enrojecían los ojos. El contraste entre estos y su mirada verde resultaba perturbador.

—Lo que me gustaría hacer hoy... Tordo. Por favor, para ya.

Me miró con ojos ausentes, el dedo encajado aún en la nariz.

—No puedo. Tengo algo dentro.

Chade se frotó la frente, mirando a otra parte.

—Dadle un pañuelo —sugirió sin dirigirse a nadie en particular.

El príncipe Dedicado estaba más cerca.

—Ten, suénate la nariz. Puede que así salga.

Le tendió a Tordo un pañuelo de lino bordado. El zoquete lo miró receloso durante unos segundos, hasta que se decidió a cogerlo. Luchando contra el ruido ensordecedor que producía con cada nuevo esfuerzo por limpiarse la nariz, dije:

—Anoche teníamos que intentar caminar por medio de la Habilidad mientras soñábamos. —La propuesta me inquietaba, pero tenía la impresión de que Dedicado y Chade estaban listos para intentarlo. Tordo olvidaba por sistema la tarea asignada para la noche, por lo que no me preocupaba. Cuando uno caminaba por medio de la Habilidad, podía abandonar el cuerpo y experimentar la vida a través de otra persona durante unos momentos. Yo lo había conseguido varias veces, casi siempre por accidente. Los manuscritos de la Habilidad sugerían que no solo se trataba de una buena forma de recabar información, sino también de encontrar a aquellos que estuvieran lo bastante abiertos para poder ser empleados como Hombres del Rey, de los que el Portador de la Habilidad podía obtener fuerzas renovadas. A veces la magia también se manifestaba en estas personas. Ayer Chade se mostró entusiasmado, pero hoy no veía en él rastro alguno de la exultación que lo habría embargado de haber realizado la proeza. A Dedicado también se le notaba abatido—. Entonces ¿no salió bien?

—¡Sí! —exclamó un alborozado Tordo.

—¿Caminaste por medio de la Habilidad? —le pregunté estupefacto.

—Nooo... Me lo he sacado. ¿Ves? —Me mostró su trofeo verdoso,

atrapado ahora en medio del pañuelo del príncipe.

Chade se apartó dando un gruñido de repulsión.

Dedicado, que a fin de cuentas tenía quince años, se rio.

—Impresionante, Tordo. Es de los grandes. Parece una enorme salamandra verde y vieja.

—See —convino Tordo satisfecho. Dejó los labios descolgarse en una complacida sonrisa laxa—. Anoche soñé con una gran lagarta azul. ¡Más grande que este! —Su risa, semejante al jadeo nervioso de un perro, se unió a la del príncipe.

—Mi príncipe y futuro monarca —le recordé a Dedicado con severidad—, tenemos trabajo que hacer. —En realidad, me costaba mantener el semblante serio. Me agradaba ver a Dedicado reír a gusto, incluso por algo tan pueril. Desde que nos conocimos, siempre había estado apesadumbrado por su posición y sus interminables deberes. Esta era la primera vez que lo veía comportarse como un muchacho en primavera; me arrepentí de haberle regañado al ver su sonrisa desvanecerse de pronto.

Con una gravedad que superaba con mucho a la mía, se volvió hacia Tordo, le quitó el pañuelo y formó una bola con él.

—No, Tordo. Para. Escúchame. ¿Soñaste con una gran lagarta azul? ¿Qué tamaño tenía?

El interés con que el príncipe formuló la pregunta llamó la atención de Chade. Sin embargo, Tordo parecía desconcertado y ofendido por lo rápido que habían cambiado el tono y la actitud que Dedicado empleó con él. Arrugó el entrecejo y sacó el labio inferior y la lengua mientras una mueca de enfurruñamiento se asentaba en su cara.

—Eso no está bien.

Reconocí esa expresión. Habíamos estado practicando los modales que Tordo debía observar a la mesa. Si iba a viajar con nosotros a Aslevjal, tenía que aprender al menos las reglas de cortesía básicas. Por desgracia, parecía que solo recordaba esas normas cuando se presentaba la ocasión de regañar a los demás por no respetarlas.

—Lo siento, Tordo. Tienes razón. No está bien quitar las cosas. Ahora háblame de la gran lagarta con la que soñaste.

El príncipe no dejaba de sonreír a Tordo, pero el cambio de tema se produjo con demasiada brusquedad para el hombrecillo. Tordo meneó su pesada cabeza y le dio la espalda. Cruzó sobre el pecho sus brazos rechonchos.

—Na —rehusó malhumorado.

—Por favor, Tordo —le pidió el príncipe.

—¿Esta cuestión no podría esperar, Dedicado? —lo interrumpió Chade—. No quedan tantos días para que zarpemos y aún tenemos mucho que avanzar si queremos formar un buen destacamento de la Habilidad.

Comprendía la preocupación del anciano. La compartía. El dominio de la Habilidad podría resultar decisivo para el éxito del príncipe. En realidad ninguno de nosotros creía que tuviera que dar muerte a un dragón sepultado bajo el hielo. Más bien, la magia serviría para que Chade y yo recopiláramos información y se la transmiéramos a Dedicado con el propósito de facilitar las negociaciones de su boda.

—No. Es importante, Chade. Creo. En fin, podría serlo. Porque anoche yo también soñé con una gran lagarta azul. En realidad, la criatura que se me apareció era una dragona.

Se instaló un silencio mientras lo considerábamos. Al cabo, Chade comentó titubeante:

—Bueno, no debería sorprendernos que vos y Tordo compartáis el mismo sueño. Pasáis una buena parte del día unidos por la Habilidad, ¿por qué este vínculo no iba a extenderse durante la noche?

—Porque no creo que estuviera dormido cuando ocurrió. Estaba intentando caminar por medio de la Habilidad. Tras... Tom dice que él lo conseguía con más facilidad a partir de un sueño ligero. De modo que estaba tendido en la cama, con los ojos cerrados pero no dormido del todo, mientras proyectaba la Habilidad. Y entonces la sentí.

—¿Qué? —preguntó Chade.

—La sentí buscándome. Con sus muy grandes y enormes ojos de plata arremolinada. —Tordo fue quien respondió.

—Sí —confirmó el príncipe despacio.

Se me cayó el alma a los pies.

—No lo entiendo —dijo Chade irritado—. Empezad por el principio y

explicaos bien —solicitó al príncipe.

Entendía que Chade se hubiera enfadado por partida doble. Una vez más, los tres habían realizado el mismo ejercicio, aunque mientras que Dedicado y Tordo habían tenido cierto éxito, Chade no había conseguido el resultado que se esperaba. Por si eso no bastara, una dragona había entrado en escena. Últimamente se había hablado mucho sobre dragones: un dragón congelado que el príncipe debía liberar y decapitar; los dragones de los que presumía la representación del Mitonar y que supuestamente estaban a disposición de los Mercaderes; y ahora la dragona que irrumpía en nuestros ejercicios de la Habilidad. Sabíamos muy poco acerca de ellos. No nos atrevíamos a considerarlos simples leyendas ni mentiras; demasiado bien recordábamos los dragones de piedra que se alzaron en defensa de los Seis Ducados dieciséis años atrás, aunque apenas si comprendíamos su naturaleza.

—Hay poco sobre lo que informar —respondió Dedicado. Tomó aire y, a pesar de su estimación, expuso la información que poseía del modo ordenado que Chade nos había enseñado a los dos—. Me había retirado a mis aposentos, tal como si me dispusiera a acostarme una noche cualquiera. Estaba en la cama. En el hogar ardía una lumbre lenta; la estaba mirando, desenfocando la mente con la esperanza de atraer el sueño pero conservando la atención necesaria para Habilidad. En dos ocasiones me quedé medio dormido. Las dos veces me desperté e intenté realizar el ejercicio de nuevo. La tercera vez decidí invertir el proceso. Proyecté la Habilidad, me preparé e intenté dejarme llevar por el sueño. —Carraspeó y nos miró uno a uno—. Fue entonces cuando sentí algo grande. Enorme. —Me miró—. Como aquel día en la playa.

Tordo seguía la historia con la mandíbula caída y sus ojillos redondos apretados en un esfuerzo por comprender.

—Una enorme lagarta azul y gorda —aventuró.

—No, Tordo. —Paciente, Dedicado le respondió en un tono amable—. Al principio no. Al principio solo estaba esa inmensa... presencia. Y yo ardía en deseos de acercarme a ella, aunque al mismo tiempo me daba miedo. No porque presintiera algún tipo de amenaza. Al contrario, me transmitía... una bondad infinita. Tranquilidad y seguridad. Prefería no tocarla por miedo a... no querer regresar después. Parecía el final de algo. Algún tipo de límite o de lugar donde

comienza algo distinto. No. Parecía algo que vive en un lugar donde comienza algo distinto. —La voz del príncipe se apagó poco a poco.

—No lo entiendo. Explicaos —le exigió Chade.

—No es fácil explicar algo así —intercedí a media voz—. Conozco ese tipo de presencia, de sentimiento, de lugar de los que habla el príncipe. Me he encontrado en esa situación en una o dos ocasiones. La presencia nos ayudó. Aunque sospecho que fue una excepción. Quizá otra de esas presencias nos habría absorbido sin darse cuenta siquiera. Se trata de fuerzas que ejercen una atracción formidable, Chade. Cálidas y acogedoras, bondadosas como el amor de una madre.

El príncipe frunció un tanto el ceño y meneó la cabeza.

—Esta era muy fuerte. Protectora y sabia. Como un padre —describió Dedicado.

Me mordí la lengua. Hacía tiempo que concluí que esas fuerzas se presentaban ante nosotros como aquello que más anhelábamos. Mi madre me abandonó cuando yo era muy pequeño. Dedicado nunca conoció a su padre. Esas cosas dejan grandes vacíos en la vida de las personas.

—¿Por qué no lo habías comentado antes? —me preguntó un irritado Chade.

Cierto, ¿por qué? Porque el encuentro me parecía demasiado personal para compartirlo con otros. Pero ahora le ofrecí otra disculpa.

—Porque solo me habrías dicho lo que acabas de decir. Que me explicara. Es un fenómeno que cuesta mucho hacer entender. Tal vez lo que acabo de comentar no sea más que mi interpretación de lo que yo experimenté. Es como narrar un sueño. Intentas hilvanar una historia a partir de una serie de sucesos que se oponen a toda lógica.

Chade se calmó, aunque no parecía del todo satisfecho. Me resigné a que me exprimiera más adelante para sonsacarme hechos, ideas e impresiones complementarios.

—Yo quiero hablar de la lagarta grande —intervino Tordo hoscamente sin dirigirse a nadie en concreto. Había llegado a un punto en que a veces disfrutaba siendo el centro de atención. Sin duda creía que el príncipe le había robado su momento de gloria.

—Adelante, Tordo. Tú nos cuentas lo que soñaste y después yo cuento lo que hice. —Dedicado le devolvió el protagonismo.

Chade se reclinó en la silla dando un ruidoso suspiro. Centré mi atención en Tordo y vi iluminarse su expresión. Se retorció como un cachorro al que hubieran acariciado, entornó los ojos con aire pensativo e inició su relato imitando con esmero el modo en que Dedicado y yo solíamos informar a Chade.

—Anoche me retiré a mi cama. Y tenía mi manta roja. Entonces Tordo empezó a quedarse casi dormido, llevado por la música. Entonces supe que Dedicado estaba ahí. A veces Tordo lo sigue por los sueños. Tiene muchísimos sueños buenos, sueños con muchachas...

Tordo se interrumpió por un momento para tomar aire por la boca abierta, meditabundo. El príncipe no podía disimular su incomodidad, pero Chade y yo conseguimos mantener nuestra expresión como si tuviéramos escaso interés.

Tordo retomó la narración de pronto.

—Entonces pensé: ¿dónde está? Puede que sea un juego. Se está escondiendo de Tordo. Así que digo: «Príncipe», y él dice: «Silencio». Así que me callo y Tordo es pequeño, y la música da vueltas y vueltas a mi alrededor. Como si se escondiera tras las cortinas. Entonces me asomo, solo un poquito. Y veo una enorme lagarta gorda, azul, azul como mi camisa, pero brilla cada vez que se mueve, como los cuchillos de la cocina. Entonces dice: «Salid, salid. Podemos jugar a un juego». Pero el príncipe dice: «Chis, no, no salgas», así que me quedo quieto, y entonces la lagarta se pone hecha una furia y se hace más grande. Sus ojos empiezan a brillar y a formar remolinos y más remolinos, como aquel plato que dejé caer. Y entonces Tordo piensa: «Pero la lagarta está en el lado de los sueños. Iré al otro lado». Así que hice que la música se volviera más grande y me desperté. Y la lagarta ya no estaba pero mi manta roja estaba en el suelo.

Concluyó el relato con un profundo jadeo después de haberse quedado sin aliento y nos miró a los tres. Casi sin pensarlo le di un empujoncito a Chade por medio de la Habilidad. El anciano me miró por un momento, pero logró que pareciera algo casual. Me sentí muy orgulloso de él cuando dijo:

—Un informe excelente, Tordo. Me has dado mucho que pensar. Ahora escuchemos al príncipe y después veré si tengo alguna pregunta para ti.

Tordo se sentó derecho en su silla, el pecho tan inflado de orgullo que la tela

de su camisa se tensó sobre su barriga oronda. Su lengua seguía asomando por su amplia sonrisa de sapo, pero sus ojillos bailaban según nos miraba a Dedicado y a mí para cerciorarse de que habíamos presenciado su triunfo. Me pregunté desde cuándo le importaba tanto impresionar a Chade, aunque después caí en la cuenta de que también ese era un modo de imitar a su príncipe.

Dedicado supo concederle a Tordo unos instantes para que se deleitara con nuestra atención.

—Tordo ha contado la mayor parte de la historia, pero permitidme añadir algo más. Os he hablado de una gran presencia. Mientras lo... en fin, no mientras lo observaba, sino mientras experimentaba a ese ser, o a esa cosa, me sentía cada vez más atraído por ella. No me daba miedo. Sabía que entrañaba peligro, pero en el fondo no me importaba que me absorbiera y engullese para siempre. No sentía que tuviera ninguna importancia. Entonces la presencia comenzó a alejarse. Quise seguirla, pero en ese momento me percaté de que algo me vigilaba. Algo que no parecía tan benévolo. Me dio la impresión de que mientras yo contemplaba aquella presencia, ese otro ser había ido acercándose a mí.

»Miré a mi alrededor y vi que me encontraba a la orilla de un río lechoso, en una playa de arcilla muy pequeña. Un extenso bosque de árboles inmensos se alzaba a mis espaldas. Eran más altos que una torre y mantenían el día en un crepúsculo perpetuo. Al principio no vi nada más. Después advertí la presencia de una criatura diminuta, como una lagartija, solo que más rolliza. Se sostenía sobre la hoja ancha de un árbol, desde donde me observaba. Sin embargo, una vez que me fijé en ella, empezó a crecer. O tal vez yo comencé a menguar. No estoy seguro. El bosque también se hizo más grande, hasta que el animal saltó a la arcilla, y resultó ser una dragona. Azul y plateada, descomunal y hermosa. Seguidamente me dijo: «Vaya. Me has visto. Bien, no me importa. Pero a ti sí te importará. Eres de los suyos. Cuéntame. ¿Qué sabes de un dragón negro?». Entonces, y esta parte es muy extraña, no pude encontrarme a mí mismo. Sentí como si la hubiera estado observando con demasiada atención y me hubiese olvidado de mi existencia. Después decidí que estaría detrás de un árbol, y ahí me encontré.

—No creo que eso se debiera a la Habilidad —lo interrumpió Chade irritado

—. Más bien parece un sueño.

—Exacto. Y por eso no le di más importancia cuando me desperté. Sabía que por un momento sí llegué a Habilidadar, pero pensé que después me quedé dormido del todo, por lo que cuanto sucedió a continuación fue solo un sueño. Y así, puesto que en los sueños las cosas ocurren de un modo muy extraño, Tordo apareció de pronto a mi lado. No sabía si él también había visto a la dragona, por lo que me proyecté hacia él y le dije que guardara silencio y se escondiera de ella. Por tanto, cuando los dos nos escondimos, la dragona se puso muy furiosa, creo que porque sabía que seguíamos allí pero sin que pudiéramos vernos. Entonces, de repente, Tordo ya no estaba. Me sobresalté tanto que abrí los ojos. —El príncipe se encogió de hombros—. Estaba en mi dormitorio. Pensé que tan solo había sido un sueño muy real.

—Tal vez fuese solo eso, un sueño que vos y Tordo compartisteis —propuso Chade—. Creo que podemos dejarlo ahí y centrarnos en el asunto que de verdad nos ocupa.

—Yo creo que no —opuse. La premura con que Chade quiso desviar la conversación me hizo sospechar que no quería que habláramos sobre el tema, pero yo estaba dispuesto a sacrificar una parte de mi secreto para descubrir el suyo—. Creo que la dragona es real. De hecho, diría que hemos oído hablar de ella con anterioridad. Tintaglia, la dragona del Mitonar. Aquella a la que se refería el muchacho enmascarado.

—Selden Vestrit. —Dedicado pronunció su nombre en voz baja—. Entonces ¿los dragones poseen la capacidad de Habilidadar? ¿Por qué podría interesarle a Tintaglia lo que sabemos acerca de un dragón negro? ¿Se referirá a Yama de Hielo?

—Es lo más probable. Pero esa es la única de vuestras dudas que puedo resolver. —Me volví a regañadientes para encontrarme con el gesto ceñudo de Chade—. Ya me había visitado en sueños, con la misma exigencia. Que le contara cuanto supiese acerca de un dragón negro y una isla. Está al tanto de nuestra expedición, informada seguramente por los representantes que nos visitaron para invitarnos con tanta cordialidad a aliarnos a ellos en su guerra contra Chalaza. Pero creo que la dragona solo sabe lo que ellos le contaron. Que hay un dragón atrapado bajo el hielo y que Dedicado se dispone a darle muerte.

Chade espiró articulando una suerte de gruñido.

—En ese caso también sabrá el nombre de la isla. Aslevjal. Solo es cuestión de tiempo que descubra dónde está. Los Mercaderes del Mitonar son conocidos por dedicarse precisamente a eso, a mercadear. Si necesitan una carta de navegación que muestre la ruta que lleva a Aslevjal la conseguirán.

Extendí las palmas de las manos, mostrando una calma que no sentía.

—No hay nada que podamos hacer al respecto, Chade. Tendremos que estar preparados para lo que pueda ocurrir.

Deslizó la silla hacia atrás.

—Bien, podría prepararme mejor si supiera qué esperar —dijo. Al levantarse empezó a hablar más alto. Se acercó a la ventana con paso airado y llevó la vista hacia el mar. Instantes después volvió la cabeza para mirarme de soslayo con ferocidad—. ¿Qué otras cosas has dejado de contarme?

Si hubiéramos estado a solas, le habría contado cómo la dragona amenazó a Ortiga, y cómo esta se libró de la criatura. Pero no quería hablar de mi hija en presencia de Dedicado, de modo que me limité a negar con la cabeza. Se volvió para seguir contemplando las aguas.

—Así que podríamos tener otro enemigo al que enfrentarnos, además del frío y los hielos de Aslevjal. Bien. Al menos, dime el tamaño de esa criatura. Y su fuerza.

—No lo sé. Solo me he encontrado con ella en sueños y su tamaño variaba de una visión a otra. Creo que no debemos dar por seguro nada de lo que nos haya mostrado en sueños.

—Ah, bien, muy útil —dijo Chade desanimado. Regresó a la mesa y se dejó caer en la silla—. ¿Anoche sentiste algo procedente de esa dragona? —me preguntó de pronto.

—No. Nada.

—Pero caminaste por medio de la Habilidad.

—Solo por un momento. —Había visitado a Ortiga. No hablaría de eso en este instante. Chade no pareció advertir mi reticencia.

—Yo tampoco. Por mucho que me esforcé.

La angustia le estrangulaba la voz como a un niño malherido. Cuando me fijé en sus ojos, no solo vi frustración en ellos, sino también dolor. Me miraba como

si le hubiera impedido conocer un secreto decisivo o unirse a una aventura extraordinaria.

—Chade. Lo conseguirás con el tiempo. Creo que a veces pones demasiado empeño —señalé, sin estar seguro de que fuese así.

Sin embargo, no me veía capaz de confesarle lo que en el fondo sospechaba: que había iniciado el aprendizaje demasiado tarde, por lo que nunca llegaría a dominar la magia que se le había negado.

—Siempre dices lo mismo —replicó abatido.

No se me ocurrió qué responderle. El resto de la sesión lo dedicamos a realizar algunos de los ejercicios propuestos en los manuscritos, aunque con escaso éxito. El desánimo de Chade parecía haberlo despojado por completo de sus capacidades ese día. Con las manos unidas, pudo recibir las imágenes y los comentarios que yo le envié, pero cuando nos separamos y nos colocamos en distintos rincones de la habitación, no logré comunicarme con él, ni él pudo acceder a la mente de Dedicado ni a la de Tordo. Su creciente frustración nos afectó a todos. Cuando Dedicado y Tordo nos dejaron para atender sus tareas cotidianas, no solo no habíamos realizado progreso alguno, sino que ni siquiera habíamos igualado el nivel de Habilidad al que llegamos el día anterior.

—Otro día que se va, y seguimos sin tener un destacamento decente —observó Chade con amargura una vez que nos quedamos a solas. Se acercó al aparador y se sirvió una copa de coñac. Cuando me hizo un gesto inquisitivo, negué con la cabeza.

—No, gracias. Ni siquiera he desayunado aún.

—Yo tampoco.

—Chade, pareces agotado. Creo que una o dos horas de descanso y un buen almuerzo te sentarían mejor que un trago de coñac.

—Consígueme dos horas libres y estaré encantado de retirarme a dormir —me propuso sin rencor. Se acercó a la ventana con la copa y extravió la mirada en el manto de agua—. Se me está echando todo encima, Traspíe. Debemos asegurar la alianza con las Islas del Margen. A causa de la guerra entre Chalaza y el Mitonar, las actividades comerciales que mantenemos en el sur ya no son ni la sombra de lo que eran. Si Chalaza derrota al Mitonar, lo que es muy posible, pasará a descargar sus espadas sobre nosotros. Necesitamos aliarnos con las

Islas del Margen antes de que lo haga Chalaza.

»Y no se trata solo de los preparativos del viaje. Se trata de las muchas medidas de seguridad que debo tomar para cerciorarme de que todo vaya como debe en Torre del Alce mientras yo estoy fuera. —Tomó un sorbo de coñac y añadió—: Dentro de doce días zarpamos rumbo a Aslevjal. Doce días, cuando ni siquiera seis semanas bastarían para disponerlo todo y asegurarme de que no surgirán problemas durante mi ausencia.

Sabía que no estaba hablando de cosas como el abastecimiento de suministros, el cobro de impuestos o el adiestramiento de la guardia. Había otras personas que se ocupaban de esos asuntos de forma rutinaria e informaban en persona a la reina. Lo que a Chade le preocupaba era su red de espías e informadores. Nadie sabía con certeza hasta cuándo duraría esta misión diplomática a las Islas del Margen ni, menos aún, cuánto tiempo llevaría la expedición del príncipe a Aslevjal. Yo seguía albergando la endeble esperanza de que la «matanza del dragón» consistiera en una suerte de ritual marginado, pero Chade estaba convencido de que nos encontraríamos con el cadáver de un dragón sepultado bajo un glaciar, y de que Dedicado tendría que retirar el hielo suficiente para poder cortarle la cabeza y presentarla en público ante la narcheska.

—Estoy seguro de que tu aprendiz podrá supervisar esos aspectos en tu ausencia. —Mantuve el tono neutral. Nunca había discutido con Chade por la alumna que había elegido. Me seguía costando aceptar a lady Romero como miembro de la corte de la reina, y sobre todo como aprendiz de asesino. De niña fue un instrumento de Regio, de modo que el Pretencioso la utilizó sin piedad contra nosotros. Pero ahora no era un buen momento para revelarle a Chade que había averiguado quién era su nueva pupila. Ya se encontraba bastante abatido.

Negó con la cabeza malhumorado.

—Algunos de mis contactos solo confían en mí. No informarán a nadie más. Y a decir verdad, lo importante es que sé cuándo hacer más preguntas y a qué rumores prestar atención. No, Traspíe, debo resignarme y aceptar que aunque mi aprendiz se esmere en atender mis asuntos, me encontraré con muchas lagunas en la información recopilada cuando regrese.

—Ya dejaste el castillo de Torre del Alce en otra ocasión, durante la Guerra de las Velas Rojas. ¿Cómo te las apañaste entonces?

—Ah, aquella era una situación muy distinta. Entonces lo que hice fue investigar la amenaza, seguir el hilo de las intrigas hasta llegar al ovillo. Ahora, a decir verdad, asistiré a una negociación crucial. Pero en Torre del Alce continuarán ocurriendo muchas cosas que es preciso controlar.

—Los picazos —aporté.

—Exacto. Entre otros asuntos. Aunque ese sigue siendo el que más me incomoda, si bien últimamente no están haciendo demasiado ruido.

Entendía lo que quería decir. La inactividad de los picazos resultaba escamante. Había matado al cabecilla de la organización, pero temía que otro se alzara y ocupase el lugar de Laudovino. Habíamos ido muy lejos para ganarnos el respeto y la cooperación de la comunidad Mañosa. Quizá este proceso de maduración terminara por extinguir la rabia y el odio que enardecía a los picazos extremistas. Hasta ahora nuestra estrategia había consistido en concederles una amnistía a los Mañosos a fin de socavar las fuerzas que impulsaban a los picazos. Si los Mañosos eran bien recibidos por la reina Kettricken y se integraban en la sociedad, y si se les animaba a anunciar en público que portaban la magia, tal vez entonces no tendrían tanto interés en acabar con el reinado de los Vatídico. Así lo esperábamos y así parecía estar ocurriendo. Pero si al final el plan no funcionaba, los picazos aún podrían actuar contra el príncipe e intentar desacreditarlo ante los nobles revelando su condición de Mañoso. Que la realeza proclamara que la magia de la Maña debía dejar de considerarse un deshonor no barrería de la noche a la mañana décadas de prejuicios y recelo. Confiábamos en que todo ese desprecio desapareciera con la llegada pacífica de los Mañosos a la corte de la reina. No solo con la de niños como Vencejo, sino también con la de adultos como Telaraña el Mañoso.

Chade seguía contemplando el mar con una sombra de incertidumbre en los ojos.

Me estremecí al formularla, pero no pude callarme la pregunta.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Deslizó su mirada hasta cruzarla con la mía.

—¿Lo estás sugiriendo en serio?

Su tono me puso alerta.

—Creo que sí. ¿Por qué? ¿Qué pensabas pedirme?

—Deja que envíe a buscar a Ortiga. No es necesario que la reconozcas como hija. Solo deja que hable de nuevo con Burrich sobre la posibilidad de traerla a la corte y de aleccionarla en la Habilidad. Creo que en su corazón aún quedan trazas del juramento que hace tanto tiempo les hizo a los Vatídico, las suficientes para que si yo le dijera que el príncipe la necesita, le permitiese venir. Y sin duda para Vencejo supondría un enorme consuelo tener a su hermana cerca de él.

—Ah, Chade. —Negué con la cabeza—. Pídeme cualquier otra cosa. Pero deja a mi hija en paz.

Meneó la cabeza y volvió a quedarse callado. Permanecí junto a él unos momentos más, hasta que entendí que el silencio era su saludo de despedida. Lo dejé allí de pie, mirando más allá de las aguas, al nordeste, hacia las Islas del Margen.

Hijos

Dueño fue el primer hombre en designarse rey a sí mismo en el castillo de Torre del Alce. Llegó a estas costas procedente de las Islas del Margen, un invasor y saqueador, como muchos de los que habían llegado antes que él. El fuerte de troncos que coronaba los acantilados que se elevaban sobre el río le pareció el lugar perfecto para establecer una base permanente en los nuevos territorios. Eso es lo que cuentan algunos. Otros aseguran que era un marinero desapasionado y blandengue que siempre se mareaba durante las travesías, por lo que ansiaba dejar atrás los vaivenes del mar y regresar a tierra firme. Fuera cual fuese su motivación, atacó con éxito, se apoderó del castillo de madera que se erigía sobre los milenarios cimientos de piedra y se convirtió en el primer rey Vatídico de Torre del Alce. Puesto que se abrió paso reduciéndolo todo a cenizas, construyó las nuevas fortificaciones de Torre del Alce a partir de la piedra negra que tanto abundaba allí. De esta manera, desde los primeros días, las raíces de la familia que gobierna los Seis Ducados se extienden hasta las Islas del Margen. Por supuesto, esto no se limita solo a este linaje. El pueblo de los Seis Ducados y el de las Islas del Margen han continuado mezclando su sangre y derramando la del otro una y otra vez.

VENTURN,

Historias

Ahora que tan solo restaban cinco días para la partida, el viaje empezó a parecerme real. Hasta hoy había conseguido no darle demasiadas vueltas y verlo como algo abstracto. Me había preparado para emprenderlo, pero solo a modo de eventualidad. Había estudiado los símbolos de su escritura y pasado muchas noches en una taberna frecuentada por mercaderes y marineros marginados. Allí me apliqué para aprender tanto como pudiera sobre su idioma. Escuchar era la técnica que mejores resultados me deparaba. El marginado compartía muchas raíces con nuestra lengua, de manera que al cabo de unas noches ya no me sonaba tan raro. No lo hablaba con soltura, pero podía hacerme entender y, lo que era más importante, comprendía la mayor parte de lo que oía. Confiaba en que eso bastara.

Las clases con Vencejo transcurrían a buen ritmo. En cierto modo, lo echaría de menos cuando partiéramos. Por otro lado, también me aliviaría librarme de él. Tal como me había asegurado, era un excelente arquero para tener diez años.

Cuando así se lo hice saber a Berroso, el maestro de armas se complació de hacerse cargo de él.

—Posee un talento innato. No es de los que se quedan quietos y necesitan todo el día para apuntar. Con este muchacho, la flecha emprende el vuelo tanto desde su ojo como desde la cuerda. Asignarle un hacha sería desperdiciar su don. Mejor trabajar en su fuerza y entregarle un arco más largo y potente cuando crezca. —Así lo evaluó Berroso, y cuando le transmití su parecer a Chade, el viejo asesino convino en parte.

—Empezará con el hacha, también —me indicó Chade—. No le hará daño.

Pasar menos tiempo con el chiquillo me aliviaba más de lo que podía admitir. Como alumno era brillante, y siempre resultaba agradable tratar con él, salvo por dos aspectos: me recordaba demasiado a Molly y Burch, y nunca dejaba de hablar sobre su magia. Fuera cual fuese la lección que nos ocupara, siempre encontraba el modo de iniciar una conversación sobre la Maña. La gravedad de su ignorancia me horrorizaba, pero aun así me incomodaba tener que aclararle todas las ideas equivocadas que tenía. Decidí consultarlo con Telaraña.

Me costó reunirme a solas con él. Desde que llegara a la corte de Torre del Alce en calidad de portavoz y defensor de su pueblo y su malvada magia, se había granjeado el respeto de muchos de los que antes despreciaban la Maña y de quienes la practicaban. A menudo lo llamaban el «Maestro de la Maña». La fórmula que antes se empleaba para burlarse de la aceptación de la magia ilegal por parte de la reina empezaba a convertirse rápidamente en un título honorífico que todos aceptaban. Muchos solicitaban ahora su consejo, y no solo sobre asuntos relativos a su magia o el pueblo de la Vieja Sangre. Telaraña era un hombre afable que se interesaba por todo el mundo y con quien se podía mantener una conversación animada acerca de casi cualquier tema; y aun así, además de hablar, sobre todo se le daba bien escuchar. La gente siempre mira con buenos ojos a quien está pendiente de lo que dice. Aunque no hubiera sido el embajador extraoficial de los Mañosos del reino, creo que se habría convertido en una de las figuras más valoradas de la corte. Así y todo, la particularidad de su condición hacía que se le valorase todavía más, puesto que si alguien deseaba demostrarle a la reina que compartía su política sobre las

relaciones con los Mañosos, ¿qué mejor que invitar a Telaraña a cenar o a participar en el evento que correspondiese? Muchos nobles pretendían ganarse el favor de la reina de esta manera. Estoy convencido de que nada de su experiencia previa había preparado en lo más mínimo a Telaraña para convertirse en semejante fenómeno social, y no, obstante, se lo tomó con calma, del modo en que parecía afrontarlo todo. Tampoco me dio la impresión de que la popularidad lo cambiase. Seguía mostrándose igual de embelesado cuando charlaba con una sirvienta que al mantener discusiones sofisticadas con los nobles más insignes. Rara vez lo veía solo.

A pesar de todo, en la sociedad civilizada sigue habiendo ciertos lugares adonde se puede ir sin que te sigan. Estaba esperando a Telaraña cuando salió de un escusado. Después de saludarlo, añadí:

—Me gustaría pedirte consejo sobre algo. ¿Tienes un momento para dar un paseo tranquilo por el Jardín de las Mujeres?

Enarcó una ceja plateada en un gesto de curiosidad y asintió. Sin decir palabra, me siguió, adaptando a mi paso sin dificultad sus andares de marinero. Siempre me había gustado el Jardín de las Mujeres, desde niño. Allí se cultivaba una buena parte de las hierbas y hortalizas que se empleaban en las cocinas de Torre del Alce durante el verano, aunque estaba concebido tanto para que resultase agradable recorrerlo como para que produjera frutos útiles. Recibía el nombre de «Jardín de las Mujeres» por la sencilla razón de que la mayoría de las personas que lo atendían eran mujeres; a nadie le extrañaría vernos allí. Arranqué unos brotes nudosos de hinojos cobrizos mientras caminábamos y le tendí uno a Telaraña. Un abedul que se elevaba sobre nosotros empezaba a desplegar sus hojas. Había varios arriates de ruibarbos alrededor del banco en el que nos detuvimos. Unos bultos rechonchos y rojizos asomaban entre la tierra. Las hojas rugosas de algunas de las plantas comenzaban a abrirse a la luz. Pronto sería necesario separarlas en compartimentos si se quería que los tallos alcanzaran una longitud aprovechable. Así se lo comenté a Telaraña.

Se rascó su arreglada barba canosa con aire pensativo. Una chispa de regocijo prendió en sus ojos deslavados cuando me preguntó:

—Entonces ¿querías pedirme consejo sobre los ruibarbos? —Se llevó a los labios el extremo del tallo de hinojo y lo mordisqueó mientras esperaba a que le

respondiera.

—No, claro que no. Y sé que eres un hombre muy ocupado, así que no te robaré más tiempo del necesario. Me preocupa un muchacho al que han dejado a mi cargo para que lo instruya y le enseñe a manejar las armas. Se llama Vencejo y es hijo del antiguo caballero de Torre del Alce, Burrich. Pero ha decidido alejarse de su padre después de discutir con él por el uso que el niño hace de la Maña, de modo que ahora se hace llamar Vencejo Mañoso.

—¡Ah! —Telaraña asintió con énfasis—. Sí, lo conozco. Muchas noches se sitúa en el extremo del círculo para escuchar mis historias, aunque no recuerdo que se haya dirigido a mí nunca.

—Entiendo. Bien, lo he instado no solo a que te escuche, sino a que hable contigo, también. Me preocupa el concepto que tiene de su magia. Y la manera en que habla de ella. Carece de formación y su padre censuraba la Maña de modo terminante. Sin embargo, su ignorancia no lo lleva a actuar con cautela, sino con imprudencia. Le revela su condición de Mañoso a todo el que encuentra, sin el menor disimulo, e insiste para que lo acepte. Le he advertido que, con el decreto de la reina o sin él, sigue habiendo mucha gente en Torre del Alce a la que la Maña le parece repugnante. No parece comprender que, pese a la modificación de las leyes, no se puede obligar a nadie a cambiar de opinión. Alardea de la magia de una forma que podría volverse en su contra. Y pronto tendré que dejar que se las apañe por sí mismo, cuando parta con el príncipe. Me quedan cinco días para inculcarle un poco de cautela.

Al ver que me quedaba sin aliento, Telaraña me consoló.

—Comprendo que la situación te haga sentir muy incómodo.

No era la reacción que esperaba de él, y por un momento me quedé desconcertado.

—No se trata solo de que jactarse de su magia pueda suponer un peligro para él —me justifiqué—. Es más grave. Habla sin reparos de su deseo de elegir un animal al que vincularse, y de querer hacerlo pronto. Me ha pedido que lo ayude, que lo acompañe a las caballerizas. Yo le he dicho que no creo que esa sea la manera adecuada de buscar un compañero, que establecer un vínculo así no puede ser tan sencillo, pero se niega a escucharme. Me ignora, y me dice que si yo portara la magia de la Maña entendería mejor la necesidad de ponerle fin a

su aislamiento. —Procuré ocultar mi indignación al realizar este último comentario.

Telaraña articuló una tosecita y esbozó una sonrisa irónica.

—Y también entiendo que su actitud te mortifique tanto.

Su respuesta me arrancó un escalofrío. Una observación tácita pesaba en ella. Intenté ignorarla.

—Por eso acudo a ti, Telaraña. ¿Hablarias con él? Creo que eres el más indicado para enseñarle a afrontar su magia sin que esta lo abrume. Podrías explicarle por qué debería esperar un poco más antes de vincularse y por qué no debería anunciar con tanta despreocupación que porta la Maña. En resumen, podrías enseñarle a emplear la magia como un hombre, con dignidad y discreción.

Telaraña se reclinó en el banco. Las ramitas del hinojo se agitaban mientras mascaba el tallo con la mirada ausente. Al cabo señaló con voz queda:

—Todas esas cosas, Traspíe Hidalgo, podrías enseñárselas tú tan bien como yo, si estuvieras dispuesto. —Me miró con firmeza. En este espléndido día de primavera, el azul parecía predominar sobre el gris de sus ojos. Aunque no me escrutaba con frialdad, sentí que un puñal de hielo me atravesaba las entrañas.

Respiré despacio para recuperar la calma. Me quedé quieto con la esperanza de no delatarme mientras me preguntaba cómo podía saberlo. ¿Quién se lo había dicho? ¿Chade? ¿Kettricken? ¿Dedicado?

Expuso su razonamiento de manera implacable:

—Por supuesto, el muchacho solo te haría caso si le confesaras que tú también eres Mañoso. Y terminarías de ganarte toda su atención si le revelases tu verdadero nombre, así como la relación que te une a su padre. Aunque tal vez sea un poco joven para contarle este secreto con todos los detalles.

Siguió mirándome unos instantes más y después apartó la vista de mí. Lo tomé como una muestra de compasión, hasta que añadió:

—El lobo sigue asomándose a tus ojos. Crees que si permaneces inmóvil, nadie te verá. Eso no te funcionará conmigo, jovencito.

Me levanté, ardía en deseos de negar mi nombre, pero me hablaba con tal seguridad que habría parecido un mentecato si hubiera intentado replicarle. Y no quería que el maestro Telaraña me tomase por necio.

—No tengo tanto de joven —le reproché—. Y quizá tengas razón. Soy yo quien debería hablar con Vencejo.

—Eres más joven que yo —replicó Telaraña cuando me di la vuelta para marcharme—. Y no solo por edad, maestro Mechatejón. —Me detuve y lo miré—. Vencejo no es el único que necesita aprender a controlar su magia —apuntó, enfocando la voz de tal manera que solo yo pudiera oírlo—. Pero no aleccionaré a nadie que no me lo pida en persona. Dile eso también al muchacho. Que tiene que venir y solicitármelo él. No le enseñaré por la fuerza.

Dando la conversación por concluida, me volví de nuevo. Telaraña levantó la voz otra vez, como si tan solo pretendiera realizar un comentario casual.

—Acebo sí que sabría disfrutar de un día como este. El cielo despejado y una brisa apacible. ¡Con qué placidez volaría su halcón!

Y ahí estaba la respuesta a la pregunta que no le había formulado, un gesto, deduje, de sincera compasión. En lugar de permitir que me marchara con la duda de qué habitante de Torre del Alce había desvelado mi secreto, me dijo con toda claridad que había descubierto mi verdadero nombre a partir de otra fuente. Acebo, viuda de Rolf el Negro, quien intentara enseñarme a dominar la Maña hacía ya tantos años. Seguí caminando como si Telaraña no hubiera expresado más que un simple cumplido, pero ahora debía hacerme una pregunta aún más inquietante. ¿Acebo se lo había dicho directamente a Telaraña, o había pasado por demasiadas bocas y demasiados oídos antes de llegar a él? ¿Cuántos Mañosos sabían quién era yo en realidad? ¿Qué peligro entrañaba esta información? ¿De qué maneras podría emplearse contra el trono de los Vatídico?

Aquel día realicé mis tareas con un aire ausente. Tenía instrucción de armas con la compañía de guardias y, a causa de mis preocupaciones, terminé los ejercicios con más cardenales de lo acostumbrado. También debía probarme por última vez los nuevos uniformes que todos vestiríamos. Días atrás me había incorporado a la recién fundada Guardia del Príncipe. Chade se encargó no solo de que se me aceptara en este grupo de élite, sino de que mi unidad fuese elegida para acompañar al príncipe durante su expedición. El uniforme de la Guardia del Príncipe combinaba azul sobre azul, con el alce de los Vatídico en el pecho. Confiaba en que terminaran el mío con la antelación necesaria para añadirle en

secreto los pequeños compartimentos adicionales que me harían falta. Había tomado la firme decisión de no seguir sirviendo a los Vatídico como asesino. Eso no significaba que pretendiera renunciar a los instrumentos propios del oficio.

Di gracias por no tener que reunirme con Chade ni Dedicado por la tarde, porque los dos se habrían dado cuenta de inmediato de que ocurría algo. Sabía que se lo contaría a Chade; se trataba de algo de lo que sin duda necesitaba estar al tanto. Pero no quería comunicárselo aún. Primero intentaría poner mis ideas en orden y ver cómo encajaba todo.

Y sabía que la mejor manera de lograrlo consistía en mantener la cabeza ocupada en otras cosas. Cuando aquella noche bajé a la ciudad de Torre del Alce, decidí dejar la visita a la taberna marginada para otra ocasión y pasar un rato con Percán. Necesitaba decirle a mi hijo adoptado que me habían «seleccionado» para acompañar al príncipe y despedirme de él con antelación por si más adelante no disponía del tiempo necesario. Hacía días que no nos veíamos y, puesto que faltaban muy pocas jornadas para zarpar, supuse que tenía una buena excusa para suplicarle al maestro Gindast que me permitiera disfrutar de una noche en compañía de Percán. Estaba muy satisfecho con lo mucho que estaba progresando en el taller desde que se trasladó a las dependencias de los aprendices, determinado a centrarse en su formación. El maestro Gindast era uno de los carpinteros más prestigiosos de la ciudad de Torre del Alce. Todavía me consideraba afortunado por que, con una pequeña ayuda de Chade, aceptase formar a Percán. Si el muchacho se desenvolvía bien, le esperaba un futuro brillante en cualquier región de los Seis Ducados donde decidiera establecerse.

Los aprendices se disponían a cenar cuando llegué. El maestro Gindast no estaba en ese momento, pero uno de los oficiales veteranos permitió que Percán se marchara conmigo. Me pregunté a qué se debería la hosquedad con que accedió a mi petición, aunque supuse que estaría preocupado por algún problema personal privado. Sin embargo, Percán no mostró al verme la alegría que yo esperaba. Tardó un buen rato en coger su capa y, cuando salimos, se mantuvo callado.

—Percán, ¿va todo bien? —le pregunté al cabo.

—Creo que sí —respondió con la voz apagada—. Pero seguro que tú no

estarás de acuerdo. Le di mi palabra al maestro Gindast de que corregiría mi comportamiento. Me ofende que aun así pensara que debía avisarte para que tú también vinieses a regañarme.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —le dije, esforzándome por mantener la voz firme al tiempo que se me caía el alma a los pies. No podía evitar pensar que debía zarpar dentro de pocos días. Se trataba de lo que se tratase, ¿conseguiría yo solucionarlo en tan poco tiempo? Desazonado, le espeté la noticia que le traía—: Han seleccionado mi nombre en el sorteo de guardias. Pronto partiré con el príncipe, para acompañarlo durante la expedición a las Islas del Margen. Venía a contarte esto y a compartir unas horas contigo antes de la partida.

Percán resopló con fastidio, aunque creo que acusándose a sí mismo. Me había revelado su problema cuando, de haber obrado con más comedimiento, se lo habría podido guardar para sí. Creo que eso le impidió reaccionar en forma alguna a la noticia que acababa de darle. Caminé a su lado, esperando a que dijese algo. Las calles de la ciudad de Torre del Alce estaban muy tranquilas esta noche. Los relucientes días de primavera empezaban a alargarse, pero además la gente se levantaba un poco antes y dedicaba unas horas más al trabajo, lo que le permitía retirarse a descansar antes de que se cerrara la noche. Al ver que Percán insistía en su silencio, le propuse:

—El Perro y Silbo queda más adelante. Es un buen lugar donde comer algo y beber una buena cerveza. ¿Nos acercamos?

Percán se negó a mirarme a los ojos cuando se opuso.

—Preferiría ir al Cerdo Atascado, si a ti no te importa.

—Me importa —repliqué sin renunciar a un tono amable—. Está demasiado cerca de la casa de Jinna, y ya sabes que suele pasarse por allí. También sabes que hemos tomado caminos distintos. Preferiría no encontrarme con ella, si puedo evitarlo.

Además, había descubierto con alguna tardanza que el Cerdo Atascado podría ser un punto de encuentro para los Mañosos, aunque nadie lo manifestara en público. Eso explicaría en parte la cuestionable reputación de la taberna; pero esta mala fama se debía también a que, en realidad, era un tugurio mugriento y pobremente atendido.

—Entonces ¿el que no quieras ir allí no es porque Svanja viva cerca? —me preguntó sin rodeos.

Contuve un suspiro. Llevé mis pasos en la dirección del Cerdo Atascado.

—Creía que te había dejado para irse con un marinero que la colmaba de joyas.

Se estremeció, aunque mantuvo la voz firme al responderme.

—Eso me parecía a mí también. Pero cuando Reften regresó a la mar, Svanja pudo venir a verme y contarme la verdad. Sus padres habían aprobado y arreglado el noviazgo. Ese acuerdo era el motivo por el que siempre me rechazaron.

—De modo que pensaban que tú sabías que Svanja estaba prometida y que, aun así, insistías en verla.

—Supongo. —De nuevo, el tono neutral.

—Es una lástima que a Svanja nunca se le pasara por la cabeza confesarles a sus padres que te estaba engañando. Ni hablarte a ti de ese tal Reften.

—Las cosas no son así, Tom. —Un gruñido de rabia contenida le caldeó la voz—. Svanja nunca se propuso engañar a nadie. Al principio ella solo quería que fuésemos amigos, por lo que no vio razón alguna para decirme que estaba prometida. Cuando más adelante empezamos a sentir algo el uno por el otro, le dio miedo contármelo, por temor a que yo pensara que ella le estaba siendo infiel a Reften. Pero en realidad nunca estuvo enamorada de él; lo único que Reften tenía era la palabra de los padres de Svanja.

—¿Y cuando Reften volvió?

Percán respiró hondo, decidido a no perder los estribos.

—Es complicado, Tom. La madre de Svanja no se encuentra bien de salud y tiene todas sus ilusiones puestas en ese noviazgo. Reften es el hijo de una amiga de su infancia. Y el padre de Svanja no quiere tener que retirar su palabra ahora que el matrimonio está acordado. Es un hombre muy orgulloso. Por eso, cuando Reften volvió a la ciudad, Svanja pensó que lo mejor sería fingir que todo estaba bien durante los pocos días que él pasaría aquí.

—Y ahora que Reften se ha marchado, Svanja vuelve contigo.

—Sí —confirmó Percán con sequedad, como si no hubiera nada más que decir.

Le puse la mano en el hombro mientras caminábamos. Palpé el bulto que formaban sus músculos, duros como la piedra. Le hice la pregunta obligada:

—Y ¿qué ocurrirá cuando Reften tome puerto de nuevo, cargado de regalos y convencido de que Svanja es su novia?

—Le dirá que está enamorada de mí y que ahora es mía —dijo a media voz—. Y, si no, lo haré yo. —Caminamos en silencio por un tiempo. Mi mano no lo tranquilizó, pero al menos no intentó quitársela de encima—. Crees que soy un imbécil —dijo al cabo cuando tomamos la calle del Cerdo Atascado—. Crees que Svanja está jugando conmigo y que, cuando Reften regrese, volverá a deshacerse de mí.

Procuré expresarme sin excesiva crudeza.

—Me temo que es muy probable que ocurra así.

Percán suspiró y hundió el hombro bajo el peso de mi mano.

—Yo también. Pero ¿qué puedo hacer, Tom? La quiero. Amo a Svanja, a nadie más. Es mi otra mitad, y cuando estamos juntos, formamos un todo del que no dudo en ningún momento. Ahora, paseando contigo mientras te hablo de ello, sé que parezco muy crédulo, y con razón. Yo me he hecho las mismas preguntas que tú. Pero cuando estoy con ella y nos miramos a los ojos, sé que me está diciendo la verdad.

Caminamos un rato más en silencio. A nuestro alrededor, el ritmo de la ciudad se relajaba poco a poco, dejando atrás las labores del día para dar paso a la cena compartida y la compañía de la familia. Ante la inminencia de la noche, los comerciantes empezaban a cerrar los postigos. El olor de los platos en preparación se escapaba de las casas. Las tabernas atraían a clientes como Percán y yo. Deseé en vano que todo fuera tan sencillo como sentarnos y disfrutar de una buena cena juntos. Creía que lo había traído a aguas seguras y hallaba consuelo en ello cada vez que pensaba que tenía que marcharme de Torre del Alce. Le hice una pregunta tan inevitable como estúpida:

—¿Existe alguna posibilidad de que dejes de verla durante un tiempo?

—No. —Respondió sin tomar aire siquiera. Miró al frente para especificar—: No puedo, Tom. No puedo olvidarme de ella, del mismo modo que no podría prescindir de respirar, ni de comer o beber agua.

Decidí expresarle mi temor sin rodeos.

—Me preocupa que durante mi ausencia te busques un problema con todo esto, Percán. No me refiero solo a que termines peleándote con Reften por la muchacha, aunque eso ya sería bastante grave. El maestro Ciervasta no siente el menor aprecio por ninguno de nosotros dos. Si le da por pensar que has puesto a su hija en peligro podría intentar vengarse de ti.

—Puedo encargarme de su padre —dijo de mala gana. En ese momento me pareció que de nuevo se le endurecían los hombros.

—¿Cómo? ¿Recibiendo una paliza? ¿Tumbándolo de un puñetazo? Recuerda: yo ya me he enfrentado a él, Percán. Ni suplicaré piedad ni la mostraré. Si la guardia de la ciudad no hubiera intervenido, la pelea habría continuado hasta que uno de los dos cayera inconsciente, o muerto. Y aunque no lleguéis a las manos, puede hacer otras cosas contra ti. Podría hablar con Gindast y quejarse de que uno de sus aprendices carece de valores. Gindast se lo tomaría en serio, ¿o no? Por lo que me has contado, no tienes muy contento a tu maestro. Podría expulsarte del taller. O Ciervasta podría coger y echar a su hija a la calle sin más. Y entonces ¿qué?

—Entonces yo la acogería —contestó Percán con gravedad—. Yo la cuidaría.

—¿Cómo?

—Como fuese. No sé cómo, ¡solo sé que lo haría!

La rabia de su furiosa respuesta no se la provocaba yo, sino él mismo, porque carecía de argumentos con los que refutar los míos. Me pareció un buen momento para guardar silencio. No podía hacerle entrar en razón. Si lo presionaba, solo conseguiría que me diera de lado y se marchara corriendo con ella.

Seguimos andando y, según nos acercábamos al Cerdo Atascado, no pude sino preguntarle:

—No te verás con ella en público, ¿verdad?

—No —contestó a regañadientes—. Paso por delante de su casa. Ella está pendiente de mí, pero los dos fingimos no reparar en la presencia del otro. Así que cuando me ve, se inventa alguna excusa y sale de casa más tarde para reunirse conmigo.

—¿En el Cerdo Atascado?

—No, claro que no. Hemos encontrado un lugar donde podemos estar a solas.

De esta manera, sentí que formaba parte de la farsa de los muchachos cuando llegamos a la altura de la casa de Svanja. Hasta ahora no sabía dónde vivía. Cuando pasamos por delante de la cabaña, vimos a Svanja sentada en el escalón con un niño pequeño. Ignoraba que tuviera hermanos. Se levantó de inmediato y entró en la casa con el niño, como si pretendiera darnos la espalda a Percán y a mí. Continuamos hacia el Cerdo Atascado.

Era reacio a entrar, pero puesto que Percán iba delante decidí seguirlo. El tabernero nos saludó asintiendo con brusquedad. Me extrañó que no me exigiera que me marchase. La última vez que estuve allí, me peleé con Ciervasta y la guardia de la ciudad tuvo que venir a separarnos. Tal vez ese tipo de episodios se produjeran de forma cotidiana en el local. A juzgar por la manera en que el mozo de la taberna saludó a Percán, lo consideraban un cliente habitual. Ocupó una mesa situada en una esquina como si fuera su asiento de siempre. Dejé unas monedas sobre el tablero, con lo que no tardaron en servirnos dos jarras de cerveza y dos platos de un insípido guiso de pescado. El pan que lo acompañaba estaba duro. Percán no pareció darle importancia. Apenas cruzamos palabra mientras comíamos. Me dio la impresión de que no dejaba de contar los minutos, calculando cuánto tardaría Svanja en idear una excusa y escabullirse al punto de encuentro.

—Había pensado en entregarle un dinero a Gindast para tus gastos, para que puedas disponer de él según lo necesites mientras yo estoy fuera.

Percán negó con la cabeza, la boca llena. Un momento después bajó la voz para señalar:

—No serviría de nada. Porque si por alguna razón estuviera disconforme conmigo, se lo quedaría.

—¿Y crees que tu maestro podría estar disconforme contigo?

Tardó unos instantes en responder. Al cabo, se explicó.

—Cree que necesito que me controle como si tuviera diez años. Lo que yo haga por las noches es asunto mío, debería poder hacer lo que quiera. Le has pagado para que me enseñe el oficio, y durante el día cumplo con mi trabajo. Es cuanto debería preocuparle. Pero no, él prefiere que me quede sentadito con los

demás aprendices, remendando calcetines hasta que aparezca su esposa y nos ordene a gritos que dejemos de malgastar las velas y nos acostemos. No necesito que me vigilen de esa manera y no lo permitiré.

—Entiendo.

Continuamos cenando el guiso insípido en silencio. Me costaba tomar una decisión. Percán era demasiado orgulloso para pedirme que le entregara el dinero a él. Podía negarme y así expresarle mi desaprobación. Desde luego no me gustaba su comportamiento. Preveía que terminaría metiéndose en un lío... y si se buscaba un problema durante mi ausencia podría necesitar dinero para solucionarlo. Puesto que yo ya había pasado por los calabozos de la ciudad de Torre del Alce, lo último que deseaba era que encerrasen a mi hijo en ellos por no poder hacer frente a una multa. Por otro lado, si le prestaba el dinero, ¿no le estaría dando cuerda suficiente para ahorcarse? ¿No lo malgastaría todo en regalos con los que impresionar a su amorcito, o comiendo y bebiendo en las tabernas? Cabía la posibilidad.

Todo se reducía a lo siguiente: ¿confiaba en este muchacho al que llevaba siete años criando? Ya había decidido ignorar muchas de las cosas que le había enseñado. Aunque lo mismo habría dicho Burrich de mí a su edad, si hubiera sido consciente de lo mucho que yo utilizaba la Maña. Lo mismo habría dicho Chade, si hubiera sabido de las incursiones que hacía a la ciudad a escondidas. Y sin embargo, aquí estaba, aún en buena medida el hombre en el que me convirtieron. Tan fiel al mismo, de hecho, que no sacaría una bolsa llena de monedas en medio de una taberna tan infame como esta.

—En ese caso te entregaré el dinero a ti y confiaré en que sepas administrarlo bien —le dije bajando la voz.

Vi que se le iluminó el rostro, pero sabía que era por la confianza ofrecida, no por las monedas.

—Gracias, Tom. Tendré mucho cuidado con él.

El resto de la cena transcurrió con más distensión. Hablamos del viaje inminente. Me preguntó cuánto tiempo pasaría fuera. Le dije que no lo sabía. Quiso saber si la expedición entrañaba algún peligro. Por todos era sabido que el príncipe se disponía a darle muerte a un dragón en honor de la narcheska. Me burlé moderadamente de la idea de que encontrásemos semejante bestia bajo el

hielo de las Islas del Margen. Y le dije, con sinceridad, que esperaba aburrirme y sufrir muchas incomodidades durante el viaje, aunque no correríamos ningún riesgo. Yo era, después de todo, un simple guardia que tenía el honor de que lo hubieran seleccionado para acompañar al príncipe. Sin duda me pasaría todo el tiempo esperando a que otros me dijeran lo que tenía que hacer. Nos reímos al imaginarlo y confié en que hubiera entendido lo que quería decirle: que obedecer a un superior no significaba tener que respetar los límites como un niño, sino que consistía en un deber que formaba parte de la vida de cualquier hombre. Pero si empezó a verlo desde esa perspectiva, no dijo nada al respecto.

No alargamos la cena. La comida no lo merecía y me dio la impresión de que Percán se moría de ganas por acudir a la cita secreta con Svanja. Cada vez que lo pensaba, me deprimía, pero sabía que no existía ninguna manera de que se la sacara de la cabeza. Así, cuando la apresurada cena llegó a su fin, apartamos a un lado los platos grasientos y salimos del Cerdo Atascado. Caminamos juntos un rato, viendo cómo el crepúsculo se extendía sobre la ciudad de Torre del Alce. En mi infancia, las calles estaban casi vacías a esta hora. Pero la ciudad había crecido y cada vez había más gente que se dedicaba a los oficios de la noche. En un cruce concurrido las mujeres permanecían en la calle, caminando despacio. Miraban de arriba abajo a los hombres que pasaban, conversando con desgana entre ellas mientras esperaban a que se les acercaran. Allí se detuvo Percán.

—Ahora tengo que irme —indicó en voz baja.

Asentí y me abstuve de decirle nada más. Saqué del jubón la bolsa que había preparado y se la pasé con discreción.

—No lo llesves todo encima, solo lo que creas que vas a necesitar durante el día. ¿Tienes algún lugar seguro donde dejar el resto?

—Gracias, Tom. —La tomó con solemnidad y la escondió bajo su camisa—. Sí. Al menos, Svanja lo tiene. Le diré que me la guarde.

Necesité emplear toda la capacidad de control e interpretación que había adquirido con los años para que mi recelo no se reflejara en mis ojos ni mi expresión. Asentí como si no albergara ninguna duda de que todo iría bien. Le di un abrazo breve mientras él me pedía que tuviera cuidado durante el viaje, y nos separamos.

Caí en la cuenta de que aún no deseaba regresar al castillo de Torre del Alce.

Me sentía inquieto, entre la conversación con Telaraña y las noticias de Percán. Además, la cena del Cerdo Atascado, más que llenarme el estómago, me lo había revuelto. Sospechaba que no me acompañaría durante mucho tiempo más. Así, eché a caminar en una dirección distinta a la de Percán para que el muchacho no pensara que pretendía seguirlo y deambulé un rato por las calles de Torre del Alce. La inquietud dejó paso a la soledad. De casualidad pasé frente a la sastrería que antes era la cerería donde trabajaba Molly. Meneé la cabeza y me obligué a continuar hacia los muelles. Di varias vueltas por ellos durante un rato mientras calculaba cuántos barcos procederían de las Islas del Margen, cuántos del Mitonar, de Jamaillia y más allá, y cuántos nos pertenecerían a nosotros. Los muelles eran más extensos y estaban más transitados de lo que recordaba de mi niñez, y las naves extranjeras se equiparaban en número a las nuestras. Cuando pasé junto a un buque, oí a un marginado gritarles con voz áspera un chascarrillo a sus compañeros, que respondieron con bramidos roncós. Me complació poder entender lo que decían.

Los barcos que nos transportarían a las Islas del Margen se hallaban amarrados en los muelles principales. Reduje el paso para ver mejor el aparejo desnudo. Por la noche no se continuaba con la carga, pero los marineros montaban guardia en las cubiertas a la luz de los faroles. Ahora las embarcaciones parecían inmensas; sabía lo pequeñas que se volverían cuando llevásemos varios días en alta mar. Además de la nave en la que viajarían el príncipe y su selecto séquito, había otras tres que transportarían a los nobles de inferior condición y su equipaje, así como un cargamento de regalos y artículos con los que comerciar. El barco en que viajaría el príncipe Dedicado se llamaba *Oportunidad de la Doncella*. Se trataba de un buque más antiguo, de cuyo brío y estado de conservación no cabía duda alguna. Ahora que lo habían fregado bien, que se le había aplicado una nueva mano de pintura y que contaba con un velamen renovado, parecía una embarcación recién construida. Como buque mercante, concebido para el transporte de cargamentos, su velocidad había sido sacrificada en favor de un aumento de capacidad y estabilidad: su casco presentaba la misma redondez que la panza de una puerca preñada. Se había ampliado el castillo de proa a fin de que los nobles pasajeros dispusieran del espacio necesario. Me dio la impresión de que la parte superior pesaba

demasiado, y me pregunté si el capitán estaría conforme con las modificaciones realizadas en aras de la comodidad de Dedicado. Yo también viajaría a bordo de este barco, junto con el resto de la Guardia del Príncipe. Me pregunté en vano si Chade me conseguiría un camarote independiente o si tendría que arreglármelas en algún rincón que yo mismo me buscara, como solían hacer los guardias. De nada servía hacerse esas preguntas, concluí. Fuera como fuese, yo tendría que adaptarme a cualquier circunstancia. Deseé con amargura que no hubiera ningún viaje que realizar.

Recordaba la época en que emprender un viaje a cualquier lugar suponía una experiencia que esperaba con impaciencia. Me despertaba en la madrugada del día de la partida, entusiasmado por la aventura inminente. Estaba listo para zarpar cuando otros aún seguían remoloneando en la cama.

No sabía en qué momento perdí la ilusión de viajar, pero se había extinguido por completo. En lugar de alborozo, sentía un pavor creciente. Solo pensar en la proximidad de la travesía y en los días que habría de pasar apretujado en un camarote estrecho según navegábamos hacia el nordeste bastaba para que deseara retirarme de la expedición. La idea me impedía incluso considerar otros aspectos, como la dudosa bienvenida de los marginados y la prolongada estancia en su región fría y pedregosa. Tener que encontrar un dragón sepultado bajo el hielo y cortarle la cabeza me parecía algo inconcebible. Casi todas las noches mascullaba para mis adentros por qué la narcheska habría tomado la extraña decisión de encomendarle esta tarea al príncipe a fin de que demostrara merecer su mano. Una y otra vez me había esforzado por encontrar una razón que me ayudara a entenderlo. Aún no se me había ocurrido ninguna.

Ahora, según recorría las calles ventosas de Torre del Alce, tropecé de nuevo con el mayor de mis temores. Más que ninguna otra cosa, me daba miedo el momento en que el bufón descubriera que le había revelado sus planes a Chade. Aunque había hecho todo lo posible por reconciliarme con el bufón, apenas si había pasado tiempo con él desde entonces. En parte lo había evitado, no fuese que alguna mirada o algún gesto míos revelasen la traición. Pero el distanciamiento se debía sobre todo a la actitud que él había tomado.

Lord Dorado, como se hacía llamar ahora, había modificado su comportamiento en gran medida. Antes su riqueza le permitía gozar de un

vestuario extravagante y unas posesiones lujosas. Ahora se manejaba con más vulgaridad. Se desprendía de su fortuna como un sirviente que sacudiera el polvo del plumero. Además de los aposentos que ocupaba en la fortaleza, ahora tenía alquilada toda la planta superior de la Llave de Plata, una posada de la ciudad muy frecuentada por la clase pudiente. Este establecimiento de moda se adhería como una lapa a un terreno abrupto cuya edificabilidad habría sido puesto en duda en los días de mi infancia. Sin embargo, desde esa posición elevada se podía otear sin problema tanto la ciudad como el mar que se extendía más allá.

Dentro del local, lord Dorado contaba con un cocinero y personal propios. Los rumores sobre los inusuales vinos y los exóticos platos que servía hacían su mesa claramente superior a la de la mismísima reina. Aunque cenaba con las amistades que él elegía, los juglares y artistas más selectos de los Seis Ducados rivalizaban por llamar su atención. A menudo se oía que había invitado a un juglar, un volatinero y un malabarista a actuar de forma simultánea, cada uno en un rincón del refectorio. Tales banquetes siempre se celebraban precedidos y seguidos de una sesión de juegos de azar, donde las apuestas ascendían hasta el punto de que solo los jóvenes nobles más acaudalados y derrochadores podían medirse con él. Sus días comenzaban tarde y sus noches terminaban al despuntar el alba.

Se rumoreaba también que el paladar no era lo único que le gustaba regalarse. Cada vez que atracaba un barco procedente del Mitonar, Jamaillia o las Islas del Pirata, el noble recibía una nueva visita. Cortesanas tatuadas, antiguos esclavos jamaillios, muchachos esbeltos con los ojos maquillados, mujeres ataviadas con trajes de guerra y marineros de mirada hosca entraban por su puerta, permanecían encerrados en sus aposentos durante una noche o tres y volvían a marcharse en el barco que los había traído. Algunos aseguraban que le llevaban las mejores hierbas para elaborar Humo, así como cindin, una sustancia adictiva y común en Jamaillia que acababa de llegar a Torre del Alce. Otros sugerían que se encargaban de satisfacer sus otras «apetencias jamaillias». Si alguien se atrevía a preguntarle por sus visitas, lord Dorado se limitaba a enarcar la mirada o recurría a alguna evasiva.

Por extraño que pareciese, sus excesos no hicieron sino incrementar su

popularidad entre cierto segmento de la aristocracia de los Seis Ducados. A muchos nobles jóvenes se les ordenó con severidad que abandonaran Torre del Alce y regresaran a casa, mientras que no pocos recibieron la visita de sus padres, preocupados de pronto por el gasto que suponía mantenerlos en la corte. Entre los más conservadores, se murmuraba que el extranjero estaba corrompiendo a la juventud de Torre del Alce. Pero, más que descontento, lo que yo percibía era una salaz fascinación por los excesos y la inmoralidad de lord Dorado. Se podía rastrear el entramado de historias que circulaban sobre él según saltaban de una lengua a otra. No obstante, todos los racimos de rumores brotaban a partir de una raíz innegable. Dorado se había entregado a una espiral lujuriosa en la que nadie entraba desde la muerte del príncipe Regio.

Me costaba entenderlo, lo cual me provocaba un profundo desasosiego. Puesto que debía ceñirme al personaje del humilde Tom Mechatejón, no me era posible comunicarme abiertamente con un ser tan altanero como lord Dorado, quien a su vez no se molestaba en venir a verme. Incluso las noches que pasaba en los aposentos del castillo de Torre del Alce, una multitud de invitados y artistas lo acompañaba hasta que el cielo empezaba a clarear. Algunos afirmaban que había trasladado su residencia a la ciudad de Torre del Alce con el propósito de vivir más cerca de aquellos lugares donde se permitían los juegos de azar y demás divertimientos propios de depravados, aunque yo sospechaba que había cambiado de guarida para zafarse de la vigilancia de Chade, y que los visitantes que recibía por las noches no acudían para deleitarlo con los placeres de la carne, sino que se trataba de espías y mensajeros enviados por sus amigos del sur. Me pregunté qué noticias le traerían, y por qué estaba tan empeñado en degradar su reputación y dilapidar su fortuna. ¿Qué información les encargaría llevar al Mitonar y Jamaillia?

Sin embargo, con esas cuestiones sucedía lo mismo que con las preguntas que me hacía sobre los motivos que llevaron a la narcheska a encomendarle al príncipe Dedicado que le diera muerte al dragón Yama de Hielo. No tenían una respuesta clara, por lo que solo servían para agotarme dándole vueltas a la cabeza durante unas horas que mejor podría haber pasado durmiendo. Levanté la vista hasta las ventanas enrejadas de la Llave de Plata. Los pies me habían traído hasta aquí sin que la cabeza se lo indicara. Las habitaciones de la planta

superior estaban muy bien iluminadas esta noche, y podía atisbar a los invitados que pululaban por las opulentas estancias. Una mujer y un joven mantenían una conversación animada en la terraza. Sus voces fluían empapadas de vino. Al principio hablaban en voz baja, pero poco a poco elevaron el tono, enzarzados en una discusión. Llevé una rodilla al suelo como si me estuviera atando un zapato y me puse a escucharlos.

—Se me ha presentado una oportunidad única para desplumar a lord Verdino, pero solo si dispongo de dinero suficiente para apostar. Devuélveme lo que me debes, ¡ahora! —le exigió el joven a la mujer.

—No puedo. —La mujer se expresaba con la dicción calculada de quien niega su ebriedad—. No lo tengo, muchachito. Pero lo recuperaré pronto. Cuando lord Dorado me pague lo que me debe de la partida de ayer, te daré lo tuyo. De haber sabido que eras tan usurero, nunca te lo habría pedido.

El joven ahogó un grito, entre consternado y ofendido.

—¿Cuando lord Dorado te pague lo que te debe? Es lo mismo que decir «jamás». Todo el mundo sabe que ya no puede hacer frente a sus deudas. De haber sabido que querías el dinero para apostar contra él, nunca te lo habría prestado.

—¡Atrevida es la ignorancia! —lo reprendió ella tras un silencio sobrecogido—. Todo el mundo sabe que su riqueza no tiene fin. Cuando llegue el próximo barco de Jamailia, dispondrá de dinero de sobra para pagarnos a todos.

Oculto entre las sombras que cubrían la esquina de la posada, yo los observaba y escuchaba con atención.

—Si vuelve a atracar un barco procedente de Jamailia..., cosa que dudo, a juzgar por cómo les está yendo esta guerra, ¡tendría que ser tan grande como una montaña para poder transportar la suma de todas sus deudas! ¿No sabes que ni siquiera le alcanza para el alquiler, y que si el casero le permite quedarse es solo porque le proporciona más clientes?

Al oírlo, la mujer se apartó airada de él, pero el joven alargó el brazo para cogerla por la muñeca.

—¡Óyeme bien, ramera estúpida! Te lo advierto: no esperaré mucho para recibir lo que me pertenece. Te aconsejo que encuentres el modo de pagarme, y que sea esta misma noche. —La miró de arriba abajo y añadió con voz ronca—:

No hace falta que me lo devuelvas todo en metálico.

—Ah, lady Heliotropo. Estáis aquí. ¡Os andaba buscando, pequeña picaruela! ¿No estaríais evitándome?

La voz jovial de lord Dorado descendió hasta mí cuando salió a la terraza. La luz que procedía de detrás de él se dispersaba en su cabello reluciente y delineaba su figura esbelta. Se acercó al filo de la terraza. Inclinado ligeramente sobre la barandilla, contempló la ciudad que se extendía debajo de él. El joven soltó de inmediato a la mujer, que sacudió la cabeza y se apartó de él para unirse a lord Dorado en el mirador. Lo observó con la cabeza ladeada y adoptó el tono de una niña acusadora para quejarse.

—Querido lord Dorado, lord Capaz ha dicho que muy difícilmente me pagaréis lo que apostamos. ¡Decidle cuán equivocado está!

Lord Dorado levantó un hombro con elegancia.

—Los rumores vuelan, en cuanto uno tarda uno o dos días de más en pagar una apuesta amistosa. Sin duda, nunca se debe apostar más de lo que uno puede permitirse perder... o de lo que necesitará hasta su pago. ¿No estáis de acuerdo, lord Capaz?

—O, tal vez, no se debe apostar más de lo que uno puede permitirse pagar de inmediato —sugirió lord Capaz con sarcasmo.

—Ah, ¿no quedaría entonces el juego limitado a lo que llevamos en los bolsillos? Qué apuestas tan humildes serían. En cualquier caso, querida, ¿para qué creíais que os buscaba, si no para saldar cuentas? Aquí, creo, os entrego una buena parte de lo que os debo. Espero que no os importe que sea en perlas en lugar de en moneda.

Lady Heliotropo sacudió la cabeza, ignorando al desabrido lord Capaz.

—No me importa en absoluto. Y si hay alguien a quien sí, en fin, que se conforme con esperar a que llegue su vulgar dinero. En el juego no debería apostarse metálico, mi querido lord Dorado.

—Por supuesto que no. En el riesgo está la emoción, como yo digo, y en la victoria, el placer. ¿No estáis de acuerdo, Capaz?

—Y si no lo estuviera, ¿me serviría de algo? —preguntó Capaz con amargura. Tanto él como yo nos habíamos dado cuenta de que la mujer no se apresuró a pagarle lo que le debía.

Lord Dorado se permitió una risa cuya articulación melódica perforó el aire frío de la noche primaveral.

—Por supuesto que no, querido amigo. ¡Por supuesto que no! Ahora, espero que los dos tengáis a bien pasar adentro y catar un nuevo vino conmigo. Con este viento helador que sopla aquí fuera, podría uno morir de frío. A fe mía, siempre hay lugares más cálidos para que los amigos hablen en privado.

La mujer y el joven ya se habían encaminado hacia la habitación bien iluminada. Sin embargo, lord Dorado permaneció en la terraza un instante más y miró con aire pensativo hacia donde yo me creía tan bien oculto. Inclino la cabeza ligeramente hacia mí antes de darse media vuelta y regresar al interior.

Aguardé un momento antes de abandonar las sombras. Me enfadé con él porque me había descubierto sin el menor esfuerzo y porque la propuesta que me hizo de vernos en otra parte me pareció demasiado ambigua para sacar una conclusión clara. Con todo, por mucho que desease sentarme a hablar con él, me aterraba que descubriera mi traición. Sería mejor, concluí, evitar a mi amigo que tener que ver algo así en sus ojos. Recorrí con aire hosco las calles oscuras, a solas. El viento porfiaba en helarme los huesos según me empujaba de vuelta al castillo de Torre del Alce.

Agitación

Así, Hoquin se enfureció con aquellos que criticaban el trato que tenía con su catalizadora y se determinó a dejar claro que él mandaba sobre ella. «Será una niña —declaró— pero, aun así, la carga le corresponde a ella y ha de soportarla. Y por ningún motivo cuestionará su papel, ni se dejará tentar para salvarse y condenar con ello al mundo.»

Le exigió entonces a la muchacha que se presentase ante sus padres y los negase a ambos, diciéndoles: «No tengo madre, no tengo padre. Soy la catalizadora del Profeta Blanco Hoquin». Y después les señaló más cosas: «Os devuelvo el nombre que me disteis. Ya no soy Redda, sino Ojo Díscolo, en quien Hoquin me ha convertido». Pues así la apodó a causa del ojo que siempre se le iba para un lado.

La joven no quería pasar por esto. Lloró al ir, lloró al darles la noticia y lloró al regresar. Durante dos días y dos noches, sus ojos no dejaron de derramar lágrimas, dolor al que él le permitió entregarse. Después Hoquin le indicó: «Ojo Díscolo, cesa tu llanto».

Y la niña lo detuvo. Porque debía hacerlo.

Escribiente CATEREN,

El Profeta Blanco Hoquin

Cuando faltan doce días para salir de viaje, uno cree que dispone del tiempo suficiente para dejarlo todo listo. Incluso cuando falta una semana, parece posible organizarlo todo a tiempo. Pero a medida que los días restantes se reducen a cinco, después a cuatro y luego a tres, las horas se esfuman como burbujas, y las tareas que parecían sencillas de pronto se tornan complicadas. Necesitaba guardar todo lo que me haría falta para desempeñar mis labores de asesino, espía y Maestro de la Habilidad, sin dar la impresión de que portaba más de lo imprescindible para un guardia. Debía afrontar varias despedidas, unas más sencillas que otras.

El único aspecto del viaje que me despertaba algún interés era que algún día regresaríamos a Torre del Alce. El miedo puede extenuar a una persona más que el trabajo honrado y, en mi caso, crecía cada día que pasaba. A tres noches de que zarpáramos, me encontraba agotado y mareado de pura aprensión. La ansiedad me despertó mucho antes de que amaneciera y me impidió conciliar el sueño de nuevo. Me senté. Las ascuas que ardían en el hogar de la habitación de

la torre iluminaban poco más que la paleta y el hurgón, apoyados contra la pared de la chimenea. Poco a poco mis ojos se adaptaron a la penumbra de la estancia sin ventanas. Conocía el lugar desde mis días como aprendiz de asesino. Quién me iba a decir entonces que un día terminaría alojándome en ella. Me levanté de la antigua cama de Chade, dejando atrás las sábanas, apelotonadas tras haber estado revolviéndome a causa de las pesadillas y el calor generado durante la noche.

Me acerqué a la chimenea y añadí otro leño. Colgué del gancho un cazo con agua y lo coloqué sobre las llamas bajas. Pensé en poner un hervidor para preparar el té pero aún no me sentía con fuerzas. Estaba demasiado preocupado para dormir y demasiado cansado para admitir que ya estaba despierto para el resto del día. Era una sensación deprimente, la cual se había hecho dolorosamente familiar según se acercaba la fecha de la partida. Prendí una astilla con las llamas danzarinas de la lumbre. Encendí las velas que aguardaban en el candelabro del maltratado y vetusto banco de trabajo. Sentí el frío de la silla cuando la ocupé dando un gruñido.

Vestido tan solo con la camisa de dormir, me senté ante la mesa y miré las cartas de navegación que había reunido anoche. Pese a que todas estaban elaboradas por los marginados, los distintos tamaños y diseños que presentaban hacían difícil establecer una relación entre ellas. Según sus peculiares costumbres, las cartas del mar solo pueden elaborarse en piel de mamífero marino o de pez. Sospeché que esas cartas habían sido curtidas con orina, pues despedían un olor particular y persistente. Las costumbres de los marginados dictan asimismo que las distintas islas se deben representar como una de las runas de su dios, en su propia carta. Por tanto, tales representaciones incluían curiosos realces y florituras que no guardaban relación alguna con las características físicas de la isla correspondiente. Estos añadidos resultaban muy valiosos para los marginados, pues además de señalar los fondeaderos y corrientes de la región, indicaban si la «suerte» que daba la isla era buena, mala o neutra. En mi opinión, estos adornos no hacían otra cosa que confundir. Los cuatro pergaminos que había conseguido estaban dibujados por distintas manos y a diferentes escalas. Los coloqué sobre la mesa, siguiendo la posición relativa que ocupaban las islas, aunque ni aun así logré hacerme una idea clara de la

distancia que habríamos de recorrer. Tracé la ruta de una carta a otra, aprovechando las quemaduras y los cercos del viejo tablero de la mesa para representar los peligros desconocidos y los mares que mediaban entre ellas.

En primer lugar viajaríamos desde la ciudad de Torre del Alce hasta Skyrene. Si bien no se trataba de la más grande de las Islas del Margen, presumía del mejor puerto y de la mayor extensión de tierras cultivables de todo el archipiélago, de modo que también era la que reunía una mayor densidad de población. Peottre, hermano de la madre de la narcheska, hablaba de Zylig con desdén. Les había explicado a Chade y Kettricken que Zylig, el puerto más transitado de las Islas del Margen, se había convertido en un refugio para gente de toda índole. A menudo los extranjeros iban allí a comerciar y, en opinión de Peottre, demasiados optaban por establecerse, trayendo consigo sus groseras costumbres. También consistía en un puerto de abastecimiento para los barcos que navegaban hacia el norte con el propósito de cazar mamíferos marinos, de los que obtendrían cuero y aceite, aunque las tripulaciones zafias de esos buques habían corrompido a no pocos jóvenes y muchachas marginados. Peottre hacía que Zylig pareciera un puerto lóbrego y peligroso al que el mar solo arrojase las personas más rastreras.

Sería nuestro primer punto de atraque. La casa materna de Arkon Hojasanguina quedaba al otro lado de Skyrene, aunque contaban con un casón fuerte en Zylig en el que se alojaban cuando viajaban allí. Aquí nos reuniríamos con la Hetgurd, una alianza indefinida de líderes marginados, con el fin de discutir los términos de la expedición. Tanto a Chade como a mí el encuentro nos suscitaba cierta desconfianza. El consejero intuía que nuestros anfitriones se opondrían a la alianza matrimonial, y quizá incluso a la búsqueda. Para algunos marginados, Yama de Hielo era un espíritu que protegía las islas. Tal vez no aprobasen nuestra intención de arrancarle la cabeza.

Tras la reunión en Zylig, realizaríamos un transbordo del barco de los Seis Ducados a una nave marginada, más apta para las aguas poco profundas por las que habríamos de navegar después, y se nos asignaría un capitán y una tripulación que conocían los canales. Nos trasladarían a la aldea de Wuislington, situada en la isla de Mayle, donde residía el Clan del Narval, al que pertenecían Elliania y Peottre. Allí Dedicado sería presentado a la familia de la novia y

recibiría la bienvenida a la casa materna. Los desposorios se celebrarían con diversas festividades y el príncipe recibiría consejos para llevar a cabo la misión encomendada. Después de visitar la aldea natal, retornaríamos a Zylig, donde embarcaríamos rumbo a Aslevjal, la isla en la que el dragón yacía bajo un glaciar.

Sin pensar, aparté las cartas a un lado. Flexioné los brazos, acomodé la frente sobre las muñecas cruzadas y contemplé la negrura allí atrapada. El miedo me producía calambres en el estómago. No solo por el viaje inminente. Había otros problemas que resolver antes de subir a bordo del barco. El destacamento de la Habilidad seguía sin dominar esta magia. Sospechaba que, a pesar de mis advertencias, Dedicado y su amigo lord Civil seguían empleando la Maña, y temía que descubrieran al príncipe. Con demasiada frecuencia se dejaba ver en compañía de aquellos que no ocultaban su condición de Mañosos. Aunque la reina hubiera decretado que el uso de esta magia no debía censurarse, el pueblo y los nobles seguían despreciando a quienes practicaban la magia de las bestias. Corría un grave riesgo, y quizá también peligrara la negociación de los desposorios. Ignoraba cómo se posicionarían los marginados respecto a la magia de la Maña.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza, incapaz de salir de la espiral de preocupaciones en que me había sumido. Percán seguía bebiendo los vientos por Svanja, así que temía dejar que hiciera lo que se le antojase. Las pocas veces que mis sueños rozaron los de Ortiga, me pareció que guardaba una actitud reservada, como si algo la angustiara. Vencejo se volvía más indisciplinado cada día que pasaba. Aunque me aliviaba desprenderme de esa responsabilidad, también me inquietaba lo que pudiera ocurrirle durante mi ausencia. Aún no le había dicho a Chade que Telaraña sabía quién era yo, ni había hablado de ello con el Mañoso. La desesperación con que buscaba a alguien en quien confiar no sirvió más que para hacerme tomar conciencia de lo aislado que me encontraba. Echaba de menos a mi lobo, Ojos de Noche, tanto como extrañaría el latido de mi corazón.

Cuando mi frente se golpeó de pleno contra la mesa, me desperté por completo de súbito. El sueño que no me visitó en la cama me capturó al sentarme ante el banco de trabajo. Solté un suspiro, me incorporé, roté los hombros y me resigné a afrontar el día. Tenía muchas tareas de las que

ocuparme y muy poco tiempo para dedicarles. Una vez que embarcásemos, tendría tiempo de sobra para dormir, e incluso más para seguir preocupándome en vano. Pocas cosas me parecían tan aburridas como una larga travesía por mar.

Me levanté y realicé algunos estiramientos. Pronto amanecería. Era hora de vestirse y subir al Jardín de la Reina para la lección matutina de Vencejo. El agua del cazo se había evaporado casi por completo mientras dormitaba. La mezcla con agua fría en la jofaina, me asee y me vestí. Me puse una túnica lisa de cuero sobre la camisa y los pantalones azul Gama. Me calcé unas botas finas y me recogí el pelo corto en una coleta rechoncha.

Después de la clase con Vencejo, me reuniría con el destacamento de la Habilidad para realizar una nueva proyección en grupo. No la esperaba con agrado. A medida que pasaban los días, hacíamos algunos progresos, pero no los suficientes para satisfacer a Chade. Veía la lentitud de su evolución como un fracaso. Su frustración crispaba el ambiente de un modo palpable siempre que nos juntábamos. Ayer observé que Tordo no se atrevía a mirarlo a los ojos y que el semblante de Dedicado, afable por lo general, reflejaba cierta desesperación. Hablé en privado con el consejero y le pedí que no se exigiera tanto a sí mismo y que se mostrase más tolerante con los puntos débiles de los demás miembros del destacamento. Se tomó mi recomendación como un reproche, con lo que decidió contener su furia y encerrarse en una actitud más sombría. Esto no alivió un ápice la tensión del ambiente.

—Traspié —dijo alguien en voz baja, haciéndome darme media vuelta, alarmado.

El bufón se encontraba enmarcado en la entrada que solía estar oculta tras el botellero. No conocía a nadie tan sigiloso como él. Además, pasaba desapercibido a mi sentido de la Maña. Pese a mi capacidad para percibir la presencia de otros seres vivos, el bufón tenía la habilidad de cogerme completamente desprevenido. Él lo sabía, y creo que lo disfrutaba. Sonrió a modo de disculpa al entrar en la habitación. Llevaba su cabello áureo recogido de un modo impecable sobre la nuca y el rostro limpio de las pinturas de lord Dorado. Al descubierto, su tez lucía más bronceada que nunca. Vestía la bata extravagante de Dorado, que parecía un disfraz peregrino cuando no empleaba

las maneras elaboradas del noble. Jamás lo había visto aventurarse en esta zona de la fortaleza sin invitación previa.

—¿Qué haces aquí? —le espeté, tras lo cual añadí con más amabilidad—: Aunque me alegro de verte.

—Ah. No estaba seguro de si sería así. Cuando te vi agazapado bajo mi ventana, pensé que querrías hablar conmigo. Al día siguiente le envié a Chade un mensaje ambiguo para que te lo entregara, pero no recibí respuesta. Así que decidí ponértelo fácil.

—Sí. En fin. Pasa, por favor. —Su repentino cambio de aspecto y el hecho de que Chade no me hubiera pasado el mensaje me desconcertaron—. Estaba a punto de salir; tengo que reunirme con Vencejo dentro de un rato, en el Jardín de la Reina. Pero dispongo de unos minutos. Er... ¿Caliento un poco de agua para un té?

—Sí, por favor. Si tienes tiempo. No pretendo entorpecerte. Sé que todos hemos de encargarnos de muchos asuntos estos últimos días. —Guardó a continuación un silencio abrupto y me miró fijamente mientras dejaba desvanecerse la sonrisa—. Fíjate en lo violentos que nos sentimos. Cuidamos cada gesto y medimos cada palabra para no ofender al otro. —Tomó aire despacio antes de proseguir con una franqueza inusitada en él—: Al enviarte el mensaje y no recibir respuesta alguna, el silencio empezó a preocuparme. Sé que en estos últimos tiempos han surgido algunas diferencias entre nosotros. Creía que las habíamos resuelto, pero empezaba a albergar mis dudas. Esta mañana decidí despejarlas. De modo que aquí estoy. ¿Querías hablar conmigo, Traspíe? ¿Por qué no respondiste a mi mensaje?

El repentino cambio de su tono me confundió aún más.

—No recibí tu mensaje. Tal vez Chade lo malinterpretara o se olvidara de entregármelo; últimamente tiene demasiadas preocupaciones en la cabeza.

—¿Y la otra noche, cuando apareciste bajo mi ventana?

Se acercó al hogar, vertió más agua del cubo en el hervidor y lo puso de nuevo sobre las llamas. Cuando se arrodilló para atizar la lumbre y añadir otro leño, agradecí no tener que mirarlo a los ojos.

—Solo estaba dando un paseo por la ciudad, mientras intentaba pensar. En realidad no había previsto encontrarme contigo. Sencillamente mis pasos me

llevaron en esa dirección.

Me sentí incómodo y estúpido, pero el bufón asintió en silencio. La turbación que nos provocábamos mutuamente había levantado un muro entre los dos. Hice cuanto estuvo en mi mano para que nos reconciliáramos después de que riñésemos, pero el recuerdo de aquella desavenencia seguía pesándonos demasiado a ambos. ¿Pensaría que evitaba mirarlo a los ojos para que no percibiera una rabia contenida? ¿O deduciría que intentaba ocultar alguna culpa?

—¿Mientras intentabas pensar? —preguntó a media voz al levantarse, frotándose las manos para sacudirse el polvo.

Di gracias por poder aferrarme a esa cuestión. La congoja que me provocaba el asunto de Percán parecía con mucho el tema más seguro del que podía hablarle.

Así, le conté en confianza lo mucho que temía por mi hijo, confesión que nos sirvió para recuperar la familiaridad con que siempre nos habíamos tratado. Encontré unas hierbas de té que añadí al agua hirviendo y tosté unas rebanadas del pan que había sobrado de la cena de anoche. Me escuchó con atención, mientras amontonaba mis cartas y notas en un extremo de la mesa. Cuando terminé mi relato, el bufón estaba vertiendo el té humeante del cazo en dos tazas que yo había preparado. El ritual de servir los alimentos me recordó la facilidad con que siempre habíamos trabajado en equipo. Con todo, de alguna manera me sentí aún más vacío al pensar en cómo lo estaba engañando. Pretendía mantenerlo lejos de Aslevjal porque él creía que moriría allí; Chade decidió ayudarme porque no quería que el bufón interfiriese en la expedición del príncipe. Pero no importaba. Llegada la hora de zarpar, el bufón descubriría que no formaba parte del grupo. Y yo sería el artífice de todo.

De esta manera me sumergí en mis pensamientos, y un silencio se impuso cuando nos sentamos. El bufón levantó la taza, tomó un sorbo y señaló:

—No es culpa tuya, Traspíe. Ha tomado una decisión y nada de lo que digas o hagas le hará cambiarla. —Por un fugaz instante, pareció estar respondiendo a mis cavilaciones y, puesto que me conocía tan bien, se me erizó el vello de la nuca. A continuación añadió—: A veces lo único que puede hacer un padre es quedarse quieto y presenciar el desastre, para después recoger los pedazos.

Cuando logré reaccionar, respondí:

—Lo que me preocupa, bufón, es que no estaré aquí para presenciarlo, ni para recoger los pedazos. ¿Y si se mete en un problema serio y no hay nadie que interceda por él?

Sostuvo la taza entre las dos manos y me miró por encima del borde.

—¿No quedará nadie en tierra a quien puedas pedirle que lo vigile?

Reprimí el impulso de espetarle «¿Qué tal tú?». Negué con la cabeza.

—Nadie a quien conozca lo suficiente. Kettricken permanecerá aquí, por supuesto, pero no sería apropiado pedirle a la reina que desempeñe ese tipo de funciones por el hijo de un guardia. Aun si Jinna y yo siguiéramos siendo amigos, ya no confío en su juicio. —Consternado, añadí—: A veces me abruma pensar en las pocas personas en quien confío de verdad. O incluso en las pocas personas a las que conozco bien; como Tom Mechatejón, quiero decir. —Guardé silencio por un momento mientras lo consideraba. Tom Mechatejón era una fachada, una máscara que llevaba puesta todo el día y con la que nunca llegué a sentirme cómodo de verdad. Me resultaba violento engañar a buenas personas como Wim o Laurel. Suponía una barrera que impedía forjar cualquier tipo de amistad—. ¿Cómo lo haces? —le pregunté de súbito al bufón—. Cambias de identidad cada poco tiempo y cada vez que llegas a un sitio nuevo. ¿No lamentas nunca que en realidad nadie conozca a aquel que eras cuando naciste?

Negó con la cabeza despacio.

—No soy la persona que era al nacer. Ni tú. No sé de nadie que lo siga siendo. En realidad, Traspíe, lo único que llegamos a conocer de los demás es una mera faceta. Quizá nos parece que conocemos bien a otra persona cuando descubrimos varias de sus facetas. Padre, hijo, hermano, amigo, amante, marido... Un hombre puede ofrecer todas esas caras, pero nadie llega nunca a verlas todas. Eres el padre de Percán, pero no te veo del mismo modo que veía a mi padre, como tampoco veía a este con los mismos ojos que su hermano. Por lo tanto, si me muestro desde una nueva perspectiva, no estoy fingiendo, sino dejando al descubierto un lado que no había mostrado antes. Por supuesto, hay un lugar en mi corazón donde siempre seré el bufón y tu compañero de juegos de la infancia. Dentro de mí vive también un lord Dorado auténtico, enamorado de la buena mesa, la ropa elegante y la conversación ingeniosa. De este modo,

cuando lo dejo salir, no estoy engañando a nadie, tan solo compartiendo una parte diferente de mí.

—¿Y Ámbar? —inquirí con cautela. Me sorprendió que me atreviera a preguntárselo.

Me miró a los ojos sin inmutarse.

—Es una faceta de mí. Nada más. Y nada menos.

Deseé no haber sacado el tema. Reconduje la conversación hacia el cauce por donde avanzaba hasta ahora.

—En fin. Eso no me resuelve nada, por lo que respecta a encontrar a alguien que vigile a Percán por mí.

El bufón asintió y de nuevo se produjo un breve silencio tenso. Detestaba que ahora nos mostrásemos tan cohibidos el uno con el otro, pero no se me ocurría cómo ponerle fin a esta situación. Seguía siendo mi amigo de la infancia. Pero al mismo tiempo ya no lo era. Saber que tenía otras «facetas» me llevó a formarme un nuevo concepto de él. Me sentía atrapado; quería quedarme e intentar reconstruir nuestra amistad, pero también ardía en deseos de salir corriendo. El bufón lo notó y me dio la oportunidad.

—Bien, lamento haberme presentado en mal momento. Sé que tienes que reunirte con Vencejo en unos minutos. Quizá surja otra ocasión de seguir hablando antes de que zarpeamos.

—Que me espere —me oí decir de pronto—. No le pasará nada.

—Gracias —respondió.

Y de nuevo la conversación se interrumpió. El bufón la reavivó cogiendo una de las cartas que había amontonado.

—¿Es Aslevjal? —preguntó al desplegarla sobre la mesa.

—No. Skyrene. Nuestra primera escala será Zylig.

—¿Qué es eso de ahí? —Señaló una intrincada filigrana que bordeaba una de las orillas de la isla.

—Un adorno de los marginados. Creo. O tal vez represente un remolino, una corriente cambiante o un lecho de algas. No lo sé. Diría que interpretan las cosas de un modo distinto al nuestro.

—Sin duda. ¿Tienes alguna carta de Aslevjal?

—La más pequeña, la de la mancha marrón en el borde.

La desenrolló junto a la primera y las estudió alternativamente.

—Entiendo a qué te refieres —murmuró mientras deslizaba el dedo sobre el reborde de formidable complejidad que recorría la línea de costa—. ¿Qué crees que es esto?

—Un glaciar que se derrite. Al menos, eso es lo que piensa Chade.

—Me pregunto por qué no te entregó mi mensaje.

Fingí ignorarlo.

—Como te decía, se le debió de olvidar. Más tarde, cuando lo vea, se lo comentaré.

—A decir verdad, a mí también me gustaría hablar con él. En privado. Podría acompañarte a la clase de Habilidad de hoy.

La idea no me agradaba en absoluto, pero no se me ocurrió ningún motivo que me librase de tener que invitarlo.

—No comenzará hasta la tarde, después de las lecciones y el adiestramiento de armas de Vencejo.

Asintió, indiferente.

—Me parece bien. Tengo algunas cosas que ordenar en mi cámara. —Como si me invitara a preguntarle por qué, aclaró—: Ya casi no tengo nada en esos aposentos. Quedarán pocas cosas de las que deban preocuparse.

—Entonces ¿vas a mudarte de forma permanente a la Llave de Plata? —le pregunté.

El bufón palideció por un momento. Lo había sorprendido. Me miró meneando la cabeza despacio y desplegó una sonrisa amable.

—Nunca crees nada de lo que te digo, ¿verdad, Traspíe? Ah, en fin, tal vez eso nos haya ayudado a resistir más de una tormenta. No, amigo mío. Dejaré vacías las habitaciones que ocupó en Torre del Alce cuando me marche. Además, la mayor parte de los valiosos muebles y posesiones de la Llave de Plata pertenecen ya a otras personas, aceptados como garantía del pago de mis deudas. Las cuales no tengo intención de saldar, por supuesto. Una vez que abandone la ciudad de Torre del Alce, mis acreedores se abalanzarán como buitres y se llevarán hasta el polvo de esas habitaciones. Y ese será el final de lord Dorado. No regresaré a Torre del Alce. No regresaré a ninguna parte.

No le tembló la voz en ningún momento. Se expresó con calma, mirándome

a los ojos. Sin embargo, su declaración me dolió como si un caballo me hubiera dado una coz. Hablaba como quien da por cierta la inminencia de su muerte y procura dejar atados todos los cabos sueltos de su vida. Empecé a ver la situación de otro modo. La incomodidad que me provocaba se debía a la discusión que habíamos mantenido recientemente y al hecho de que lo estaba engañando. A mí no me preocupaba su muerte porque sabía que ya la había evitado. Pero su turbación nacía de otras causas. Me hablaba como una persona que intuye la proximidad de su fallecimiento le hablaría a un viejo amigo que se muestra indiferente a ese hecho. Qué insensible debía de parecerle, evitándolo durante tantos días. Tal vez pensase que me había propuesto romper todos los vínculos que me unían a él antes de que su muerte me obligase a ello de un modo repentino y doloroso. La protesta se me agolpó en la boca, la única verdad completa de cuanto le dije aquel día.

—¡No me vengas con esas estupideces! ¡No pienso dejarte morir, bufón! — De pronto se me hizo un nudo en la garganta. Cogí la tibia taza de té y di un trago apresurado.

Contuvo la respiración unos instantes y se rio, articulando un ruido semejante al del cristal al quebrarse. Las lágrimas afloraron a sus ojos.

—Estás convencido de ello, ¿verdad? Ah, Tesoro. De todas las cosas de las que debo despedirme, tú eres la que más lamento perder. Perdóname por haberte evitado. Acaso sea mejor que dejemos alguna distancia entre nosotros y nos acostumbremos a ella antes de que el destino nos la imponga.

Estrellé la taza de golpe. El té se derramó sobre la mesa que nos separaba.

—¡Deja de hablar así! ¡Por el amor de Eda y El, bufón! ¿Es por eso por lo que has estado despilfarrando tu fortuna y viviendo como un jamaillio degenerado? Por favor, dime que no has malgastado todo tu dinero, que aún te queda algo para... para cuando regreses. —Guardé silencio, titubeando para no delatarme.

Sonrió de un modo enigmático.

—Lo he gastado todo, Traspíe. Y lo que no he gastado he dispuesto que sea legado a otros. Además, desprenderme de tanta riqueza no solo ha supuesto un desafío, sino que me ha proporcionado mucho más placer que el hecho de poseerla. En los documentos que he redactado indico que Malta se le habrá de

entregar a Burrich. Imagínate la cara que se le quedará cuando le pongan las riendas en la mano. Sé que sabrá valorarla y que la cuidará bien. Y para Paciencia, ah, ¡tendrías que haberla visto cuando la envié! Una carretada de manuscritos y libros sobre todos los temas imaginables. Nunca se hará una idea de su procedencia. También he dejado algo para Garetha, mi jardinera. Le he comprado una cabaña y una parcela, y le he asignado dinero suficiente para que salga adelante. Esto podría originar un pequeño escándalo; la gente se preguntará por qué lord Dorado dejó a una jardinera tan bien provista. Pero que hablen. Ella lo entenderá y no le dará importancia. ¿Y para Jofron, mi amiga de Jhaampe? Le he enviado un surtido de maderas selectas, junto con todas mis herramientas de tallado. Sabrá apreciarlas y me recordará con cariño, a pesar de la rudeza con que me alejé de ella. Se ha hecho un nombre como fabricante de juguetes, ¿lo sabías?

Mientras me confesaba su generosa travesura, esbozó una sonrisa que a punto estuvo de disipar de sus ojos la sombra de la muerte inminente.

—Por favor, deja de hablar así —le rogué—. Te lo prometo: no te dejaré morir.

—No hagas promesas que podrían dolernos a los dos, Traspié. Además. —Respiró—. Aun en el caso de que, en contra de lo que está escrito en las roderas del destino, consiguieses salvarme la vida, en fin, lord Dorado debe desaparecer de todos modos. Ya ha terminado de desempeñar su papel. Cuando me marche de aquí, no volveré a encarnarlo.

Mientras hablaba sobre cómo había dilapidado su fortuna y cómo su nombre se perdería en el olvido, sentí náuseas. Había obrado con determinación y meticulosidad. Cuando lo dejáramos solo en el puerto, se quedaría en una situación muy complicada. No me cabía ninguna duda de que Kettricken cuidaría de él, a pesar de que hubiera malgastado todo su dinero. Decidí que hablaría con ella en privado antes de que zarpásemos, a fin de que lo preparase todo para rescatarlo si fuera necesario. Después me centré de nuevo en la conversación, pues el bufón empezaba a mirarme extrañado.

Carraspeé e intenté pensar en algo razonable que decir.

—Creo que eres demasiado pesimista. Si todavía te quedan una o dos monedas en el bolsillo, más te vale que las emplees bien. Por si tengo razón y

consigo salvarte la vida. Y ahora debo irme, Vencejo estará esperándome.

Asintió y se levantó conmigo.

—¿Bajarás a mis antiguas habitaciones cuando sea el momento de reunirnos con Chade para la lección de Habilidad?

—Supongo —convine, procurando no parecer reticente.

Esbozó una sonrisa.

—Suerte con el hijo de Burrich —dijo, y se marchó.

Las tazas de té y las cartas seguían en la mesa. De pronto me sentí demasiado abatido para recogerlas, más aún para subir a impartirle clase a Vencejo. Pero lo hice y, cuando llegué al jardín de la azotea, el niño me estaba esperando en medio de un rectángulo de sol almenado, con la espalda apoyada contra una fría pared de piedra, mientras tocaba distraídamente una flauta metálica. A sus pies un grupo de palomas balanceaban la cabeza y picoteaban el suelo, y por un momento se me cayó el alma a los pies. Cuando me acerqué a él echaron a volar, esparciendo con el aleteo el montoncillo de granos que las había atraído. Vencejo advirtió el alivio que asomó a mi rostro. Apartó la flauta de sus labios y me miró a los ojos.

—Creíais que estaba empleando la Maña para que se acercaran a mí y os asustasteis —observó.

Me tomé unos instantes antes de responderle.

—Me asusté por un momento —admití—. Pero no porque pensara que estabas empleando la Maña, sino porque temí que estuvieras intentando vincularte a una de ellas.

Meneó la cabeza despacio.

—No. No hago eso con las aves. He tocado sus mentes con la mía, pero mis pensamientos rebotan en ellas como los guijarros que saltan entre las aguas revueltas. —Sonrió con condescendencia y añadió—: Tampoco es que espere que entendáis a qué me refiero.

Preferí guardar silencio. Al cabo, le pregunté:

—¿Terminaste de leer el manuscrito sobre el rey Feral y la toma de Osorno?

Asintió y empezamos con la clase del día, aunque su actitud no dejaba de fastidiarme. Me desahogué en el campo de entrenamiento, donde insistí en que cogiera un hacha y midiera sus fuerzas conmigo antes de pasar a la lección de

arco. Las hachas pesaban más de lo que recordaba y, aun con las hojas bien cubiertas con fundas de cuero, los impactos recibidos durante ese tipo de sesiones causaban un dolor insoportable. Cuando vi que Vencejo ya no podía mantener el arma en alto, lo dejé ir con Berroso para que tomase la lección de arco. Después me recriminé el haber descargado mi rabia contra el muchacho y le busqué un compañero nuevo, alguien con mucha experiencia en el manejo del hacha. Una vez que tomé conciencia de lo oxidadas que estaban mis habilidades, salí del campo y me dirigí a las saunas para darme un baño rápido.

Cuando me hube desprendido del sudor y la frustración, comí aprisa un poco de pan y sopa en la sala de guardias. Allí dentro las alborotadas conversaciones giraban en torno a la expedición, las mujeres marginadas y la bebida. Tanto a aquellas como a esta se las calificó de fuertes y deliciosas. Me esforcé por reírme con sus chascarrillos, pero la obcecación de los guardias más jóvenes me hizo sentir viejo, por lo que respiré aliviado cuando me despedí de ellos y regresé rápidamente a mi taller.

Desde allí salí al pasadizo secreto que descendía hasta el cuarto que ocupaba cuando era el sirviente de lord Dorado. Escuché con atención antes de activar la puerta oculta. Todo estaba tranquilo al otro lado y esperaba que el bufón no se encontrase allí. Pero apenas había cerrado el acceso cubierto cuando el bufón abrió la puerta exterior de las habitaciones. Pestañeeé. Vestía una túnica sencilla y leotardos, todo negro, del mismo color que sus zapatos bajos. La luz que entraba por la ventana le doraba el cabello. El resplandor del día recortaba su silueta y penetraba en el estrecho cuarto, donde dejó a la vista mi viejo camastro, sobre el que se amontonaban las posesiones que abandoné cuando dejé de servirlo. La formidable espada que me entregó descansaba sobre una pila de prendas coloridas y extravagantes confeccionadas a medida para mí. Lo miré perplejo.

—Son tuyas —me dijo con voz apacible—. Deberías llevártelas.

—Dudo que vuelva a tener ocasión de vestir de esa manera —rehusé, aunque enseguida me di cuenta de la sequedad de mi tono.

—Nunca se sabe —insistió sin levantar la voz con la vista extraviada—. Quizá un día lord Traspieé Hidalgo vuelva a recorrer las salas del castillo de Torre del Alce. De ser así, esos colores y cortes le sentarían realmente bien.

—Dudo que nada de eso llegue a ocurrir nunca. —De nuevo me expresé con excesiva frialdad, por lo que procuré atemperarme—. Pero te lo agradezco de todas maneras. Y me las llevaré, por si acaso. —Una vez más la incomodidad cayó sobre mí como una cortina asfixiante.

—Y la espada —me recordó—. No te olvides de la espada. Sé que es un poco ostentosa para tu gusto pero...

—Pero sigue siendo una de las armas más soberbias que he empuñado nunca. La trataré como un tesoro. —Intenté suavizar el desaire de mi primera negativa. Comprendí que si la dejaba aquí al cambiar de guarida, heriría sus sentimientos.

—Ah. Y esto. Será mejor que también recuperes esto ahora. —Levantó la mano para quitarse el pendiente de madera tallada que lord Dorado lucía siempre. Sabía lo que se escondía en su interior: el pendiente de libertad que había pasado de la abuela de Burrich a este, después a mi padre y, por último, a mí.

—¡No! —Lo tomé de la muñeca—. ¡Basta de ritos funerarios! Ya te lo he dicho: no tengo ninguna intención de dejarte morir.

Se quedó quieto.

—Ritos funerarios —musitó. Después se rio. Percibí el olor del coñac de albaricoque en su exhalación.

—Reacciona, bufón. Esto es tan impropio de ti que casi ya no sé cómo hablarte —exclamé con fastidio, sintiendo la rabia que la pesadumbre puede provocar en una persona—. ¿No podemos relajarnos y ser los de siempre durante los días que nos quedan?

—Los días que nos quedan —repitió. Giró la muñeca y se liberó sin dificultad de mi mano.

Lo seguí de regreso a su habitación espaciosa y bien ventilada. Desprovista de sus pertenencias, parecía aún más amplia. Se acercó a la licorera, se sirvió más coñac y me llenó una copa pequeña.

—Los días que nos quedan antes de zarpar —especifiqué mientras cogía la copa.

Miré alrededor de la habitación. Los muebles imprescindibles seguían en su sitio: una mesa, sillas y un escritorio. Lo demás había desaparecido o estaba listo

para que se lo llevaran. Los tapices y alfombras enrollados formaban una hilera de salchichas rechonchas apoyadas contra la pared. El taller contiguo estaba abierto, desamueblado y vacío, bien recogidos todos los secretos. Entré en la habitación, coñac en mano. Se me hizo raro oír la reverberación de mi voz cuando le dije:

—No queda ni rastro de tu presencia.

Cuando también él entró, nos asomamos a la ventana.

—Me gusta dejar las cosas en orden. Dejamos tantas cosas a medias en esta vida que me complace terminar todas las que puedo.

—Nunca te había visto regodearte en el sentimentalismo. Se diría que estás disfrutando con todo esto. —Procuré no parecer demasiado molesto con él.

Una sonrisa extraña retorció sus labios. Respiró hondo, como si se hubiera desprendido de algo.

—Ah, Traspíe, solo tú podrías decirme algo así. Y quizá tengas razón. Enfrentarse a un final inequívoco no deja de suponer un drama. Nunca antes había experimentado una sensación así... Aunque, si te vieras en una situación similar, creo que a ti no te afectaría. Una vez intentaste explicarme que el lobo vivía siempre en el presente y que te había enseñado a extraer todas las satisfacciones posibles del tiempo del que disponías. Asimilaste bien esa lección. Mientras que yo, que he vivido siempre intentando definir el futuro antes de llegar a él, me encuentro de pronto divisando un lugar más allá del cual todo es negro. Negrura. Eso es lo que sueño por las noches. Y cuando me siento e intento adelantarme, ver adónde me llevarán mis pasos, eso es todo lo que descubro. Negrura.

No se me ocurrió qué decirle. Lo sentía intentando zafarse de la desesperación del mismo modo que un perro lucharía por escapar de un lobo que porfiase en estrangularlo. Probé el coñac. El efluvio del albaricoque y la embriagadora calidez estival me invadieron. Recordé los días que pasamos en la cabaña; el sabor del aguardiente reavivó la dicha de aquellos días sencillos.

—Es muy bueno —evalué sin pensar.

Sobresaltado, me miró fijamente. Pestañeó con fuerza para limpiarse las lágrimas y me entregó una sonrisa sincera.

—Sí —susurró—. Tienes razón. Es un coñac muy bueno, y nada de lo que

ocurra cambiará eso. El futuro no puede arrebatarnos los días que nos quedan... a menos que se lo permitamos.

Después de haber rebasado algún tipo de encrucijada interna parecía sentirse más en paz consigo mismo. Tomé otro sorbo de coñac mientras contemplaba las colinas que ondulaban por detrás de Torre del Alce. Al mirarlo vi que me estaba observando con un cariño que me costaba soportar. No me habría estudiado con tanta bondad de haber sabido cómo lo estaba engañando. Y, aun así, el terror que suscitaban en él los días venideros terminó de convencerme de que había elegido lo mejor para él.

—Es una pena que debamos darnos prisa, pero Chade y los demás nos estarán esperando.

Asintió con gravedad, alzó la copa hacia mí a modo de brindis discreto y apuró el coñac. Seguí su ejemplo y me quedé quieto mientras la calidez del licor conquistaba mi cuerpo. Respiré hondo, oliendo y saboreando el albaricoque.

—Muy bueno —repetí.

El bufón se permitió una sonrisa mínima.

—Te legaré todas las botellas que queden —ofreció con un hilo de voz, para después reírse cuando lo miré airado.

Sin embargo, pareció caminar con más ligereza mientras me seguía por el laberinto de pasillos y escaleras que zigzagueaban entre los muros de Torre del Alce. Según avanzaba bajo la penumbra, me pregunté cómo me sentiría yo si supiera con certeza el día y la hora en que moriría. Al contrario que lord Dorado, apenas si tendría pertenencias que legar. Cuando enumeré mis posesiones, concluí que no tenía nada que nadie salvo yo valoraría; pero después comprendí que eso no era verdad. Atizado por mi egoísmo, me propuse corregirlo. Llegamos a la entrada oculta de la torre de Guardiamarina. Desacoplé el panel y salimos del hueco del hogar.

El grupo ya se había reunido, de manera que no tuve ocasión de hablar con Chade a solas para avisarlo. Así, el príncipe exclamó ilusionado al vernos aparecer y se acercó a darle la bienvenida a lord Dorado. Tordo, más cauteloso, frunció el ceño en actitud reticente. Chade me lanzó con unos ojos inflamados de reproche, para después relajar el semblante y saludar al bufón. Pero tras la bienvenida inicial se instaló cierta tensión en el ambiente. Tordo, incómodo por

la presencia del desconocido, empezó a dar vueltas sin rumbo por la habitación en lugar de ocupar su sitio a la mesa. Observé que al príncipe le costaba ver a lord Dorado, pese a la sencillez de su atuendo, en el papel de bufón del rey Artimañas, tal como la reina lo describía en sus fábulas. Al cabo, casi con excesiva franqueza, Chade le dijo:

—Bien, mi querido amigo, ¿qué te ha animado a unirme a nosotros? Siempre es un placer verte, por supuesto, pero nos queda mucho por aprender y poco tiempo para aprenderlo.

—Entiendo —respondió el bufón—. Pero yo también dispongo del tiempo justo para compartir contigo lo que sé. Por eso me gustaría hablar contigo, en privado, después de la lección.

—Celebro que hayas venido —manifestó el príncipe sin artificios—. Creo que deberías haber entrado en el destacamento desde el principio. Tú fuiste quien nos permitió vincular nuestras fuerzas y canalizarlas a través de ti para curar a Tom. Tienes tanto derecho a formar parte de este destacamento como todos los demás.

La declaración de Dedicado pareció conmover al bufón. Se miró las manos, bien protegidas por unos guantes negros, se frotó las yemas de los dedos con cierto aire distraído y admitió:

—La Habilidad que yo porto no es tal. Tan solo empleé lo que me quedó del toque que recibí de Veraz. Y lo que conocía de... Tom.

Al oír el nombre de su padre, el príncipe se emocionó como un raposero que acabase de detectar un rastro. Se inclinó hacia el bufón, como si así pudiera absorber lo que este sabía del rey Veraz.

—No obstante —le aseguró a lord Dorado—, me entusiasma la idea de viajar en vuestra compañía. Creo que podríais llegar a ser un miembro muy valioso de este destacamento, al margen de la fuerza de vuestra Habilidad. ¿Querriais uniros a nuestra clase y permitirnos explorar el alcance de vuestras capacidades?

Vi a Chade estremecerse. El bufón podría hacer que el destacamento multiplicara su letalidad, algo que el consejero ansiaba; al mismo tiempo, le preocupaba que el bufón se opusiera a nuestro propósito de decapitar al dragón. Me pregunté si habría una traza de celos en el modo en que nos estudiaba a los

dos. El bufón y yo siempre nos habíamos tratado con confianza, de manera que Chade sabía que su amistad podía influir en mis decisiones. Aun así, ahora más que nunca, Chade deseaba imponerse a mí.

La sed de Habilidad pudo con él. Se sumó a la propuesta de Dedicado.

—Por favor, lord Dorado, sentaos con nosotros. Al menos os divertiréis con nuestros esfuerzos.

—Bien, en ese caso, acepto —declaró el bufón casi con entusiasmo. Acercó una silla y se sentó expectante.

Me pregunté si los demás también podrían ver las oscuras corrientes que se agitaban tras la plácida afabilidad de su expresión. Chade y yo lo flanqueamos mientras Dedicado convencía a Tordo para que se uniera a nosotros a la mesa. Una vez que ocupó su asiento, nosotros cuatro respiramos hondo al unísono y avanzamos hacia ese estado de apertura que nos permitía alcanzar la Habilidad. Tal como lo hicimos supe con certeza algo que me alarmó. El bufón era un intruso en el grupo. En el poco tiempo que llevábamos luchando por formar un destacamento, nos habíamos convertido en una unidad. No lo había percibido así hasta que el bufón irrumpió en ella. Mientras fundía mi conciencia con la de Dedicado y la de Tordo, sentía a Chade agitándose como una mariposa que aletease frenéticamente a la orilla de nuestra unión. Tordo le tendió una mano tranquilizadora para atraerlo y permitirle establecer un contacto más firme con los demás. Tenía un lugar entre nosotros, pero el bufón no.

Más que una presencia, conformaba una ausencia. Años atrás me di cuenta de que me resultaba imposible percibirlo con el sentido de la Maña. Ahora, al intentar llegar a él deliberadamente por medio de la Habilidad, me sentí como si pretendiera atrapar los reflejos del en la superficie de un estanque manso.

—Lord Dorado, ¿nos evitáis? —le preguntó Chade con una voz casi inaudible.

—Estoy aquí —respondió. Me dio la impresión de que sus palabras ondeaban delicadamente en la habitación, como si las palpara además de oírlas.

—Dadme la mano —le sugirió Chade. Puso la suya sobre la mesa, con la palma hacia arriba, extendida hacia mi amigo. Parecía tanto un reto como una invitación.

Percibí un mínimo cosquilleo de temor. Tiritó a lo largo del vínculo de

Habilidad que nos conectaba al bufón y a mí, lo que me permitió saber que ese lazo aún existía. El bufón levantó una mano enguantada y tomó la de Chade.

En ese momento lo sentí, pero no de un modo fácil de describir. Si la Habilidad entre nosotros semejaba un estanque plácido, el bufón aportaba una hoja que flotaba sobre el agua.

—Id hasta él —sugirió Chade, y así lo hicimos todos.

Mi conciencia del desasosiego del bufón se acrecentó por medio de nuestro vínculo, aunque no me pareció que los demás se percataran de ello. Casi podían tocarlo, pero el bufón se escindía cuando llegaban y se regeneraba cuando se iban, como si deslizaran los dedos a través del agua. El proceso alteraba la presencia del bufón sin hacerla accesible para ellos. Su miedo cobró intensidad. Me acerqué a él de modo furtivo a través de nuestro vínculo para intentar averiguar qué lo asustaba.

Posesión. No quería que nadie lo tocara de un modo que posibilitara que lo poseyeran. Demasiado tarde recordé lo que Regio y su destacamento le hicieron tiempo atrás. Lo encontraron, por medio del vínculo que compartíamos, le arrebataron un fragmento de su conciencia y la emplearon contra mí con el fin de espíarme y averiguar el paradero de Molly. Todavía hoy esa traición lo avergonzaba y atormentaba. Seguía soportando el peso de la culpa por algo que sucedió hacía muchos años. Me dolía aún más el hecho de que pronto descubriría que también yo le había traicionado.

No fue culpa tuya. Le ofrecí mi consuelo por medio de nuestro vínculo. Lo rechazó. En ese momento, como si sonasen en la distancia y, aun así, fluyeran nítidos, sus pensamientos llegaron a los míos.

Sabía que ocurriría. Lo presagié, de niño. Que el más cercano a ti te traicionaría. Aunque no podía creer que ese sería yo. Así cumplí mi propia profecía.

Todos sobrevivimos.

Apenas.

—¿Estáis *Habilitando* entre vosotros? —preguntó Chade malhumorado. Oí sus palabras al tiempo que las sentí.

Respiré más hondo y continué sumergiéndome en la Habilidad.

—Sí —siseé—. He entrado en contacto con él. Pero muy débilmente. Y solo porque ya habíamos compartido un vínculo de Habilidad.

—¿Te apetece seguir? —La voz del bufón sonó más débil que un susurro. Me pareció que su sugerencia encerraba un desafío, aunque no lo entendí.

—Sí, por favor. Inténtalo —le indiqué.

Noté que el bufón se revolvía levemente, pero, puesto que yo no podía ver la habitación con nitidez, no descubrí sus intenciones hasta que puso la mano sobre mi muñeca. Con un movimiento preciso, colocó las yemas de los dedos en las marcas grisáceas de sus propias huellas dactilares, las cuales quedaron grabadas en mi piel años atrás. Pese a la delicadeza de su roce, sentí que una flecha me atravesaba el corazón. Experimenté un espasmo físico, como un pez ensartado por una lanza, y me quedé inmóvil. El bufón fluía por mis venas, ardiente como el licor, gélido como el hielo. Por un instante esplendente, compartimos una conciencia física. Su intensidad trascendía cualquier conexión que hubiera vivido antes. Era más íntima que un beso y más profunda que una puñalada, e iba más allá que un vínculo de Habilidad o que una unión sexual, incluso más allá que el vínculo de Maña que me conectaba con Ojos de Noche. No era una compartición, sino una transformación. Ni el dolor ni el placer podían abarcarla. Peor aún, me sentí girándome y abriéndome a ella, como si tuviera la boca de mi amante sobre la mía, aunque ignoraba si devoraría o sería devorado. Dentro de un instante, el uno sería el otro, el uno conocería al otro mejor de lo que jamás deberían llegar a conocerse dos seres independientes.

El bufón descubriría mi secreto.

—¡No! —grité antes de que averiguase que lo estaba engañando. Me sacudí para liberarme, en cuerpo y alma. Caí durante un largo instante, hasta que impacté contra el frío suelo de piedra. Me recogí bajo la mesa para huir del toque, jadeando. Una negrura pareció envolverme durante horas, aunque apenas transcurrió un momento hasta que Chade me sacó hecho un ovillo de debajo de la mesa. Se arrodilló junto a mí y me apretó contra su pecho. Su voz me llegó amortiguada cuando empezó a preguntar:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te encuentras bien? ¿Qué le has hecho, bufón?

Oí sollozar a Tordo. Tal vez solo él hubiera percibido lo que acababa de acontecer. Un escalofrío me arañó todo el cuerpo. No podía ver nada. En ese momento caí en la cuenta de que tenía los ojos cerrados con todas mis fuerzas, el cuerpo reducido a una pelota. Aun consciente de todas esas cosas, hube de

tomarme mi tiempo para convencerme de que podía cambiarlas. Apenas había abierto los ojos cuando el pensamiento del bufón se desenroscó en mi mente como una hoja que se abriera a la luz del sol.

Y yo no le pongo límites a ese amor.

—Es demasiado —dije con la voz entrecortada—. Nadie puede entregarse tanto. Nadie.

—Toma un sorbo de coñac —me ofreció Dedicado, situado junto a mí.

Fue Chade quien me ayudó a incorporarme y me puso la copa en los labios. La vacié de un trago, como si fuera agua, y resollé a causa del ardor. Cuando conseguí volver la cabeza, el bufón era el único que continuaba ocupando su sitio a la mesa. Tenía las manos enguantadas de nuevo y me miraba con ojos indescifrables. Tordo se había acuclillado en una esquina de la habitación, donde tiritaba abrazado a sí mismo. Con la Habilidad entonaba la canción de su madre, un intento desesperado de hallar algún consuelo.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber un furibundo Chade. Apoyado aún contra su pecho, sentía el calor que su cuerpo desprendía de pura rabia. Aunque tuviera sus ojos acusadores clavados en el bufón, le respondí yo.

—Ha sido demasiado intenso. Establecimos un vínculo de Habilidad tan completo que después no fui capaz de encontrarme. Como si nos hubiéramos transformado en un único ser. —Aunque hablase de la Habilidad, no estaba seguro de que todo hubiera sido producto de esta magia. Del mismo modo que no podía verse el sol en una chispa. Respiré hondo—. Me asusté. De modo que decidí liberarme. No esperaba nada parecido. —Hablabas tanto para el bufón como para los demás. Aunque me escuchó, creo que extrajo de mi comentario un mensaje distinto del que yo pretendía expresar.

—¿Y a ti no te ha afectado? —le preguntó Chade.

Dedicado me ayudó a levantarme. Tuve que apoyarme en él. Me dejé caer en una silla casi al instante. Sin embargo no era cansancio lo que pesaba sobre mí, sino una energía dispersa. Podría haber escalado los muros más altos de Torre del Alce, de haber recordado cómo doblar las rodillas.

—Me ha afectado —afirmó el bufón sin inmutarse—. Aunque de otra manera. —Me miró a los ojos para aclarármelo—: Yo no me asusté.

—¿Lo intentamos de nuevo? —propuso Dedicado con inocencia.

—¡No! —exclamamos a un tiempo Chade, el bufón y yo con distintos grados de énfasis.

—No —repitió el bufón en un tono más sosegado cuando a continuación se estableció un silencio—. Por mi parte, he aprendido suficiente por hoy.

—Creo que los demás también —convino Chade secamente. Carraspeó para proseguir—: Es hora de que todos volvamos a ocuparnos de nuestros quehaceres.

—Todavía nos queda mucho tiempo —protestó Dedicado.

—En circunstancias normales, en efecto, así sería —admitió el consejero—. No obstante, los días se nos escurren entre los dedos. Tenéis mucho de lo que ocuparos antes de emprender el viaje, Dedicado. Ensayad de nuevo el discurso con el que les daréis las gracias a los marginados por su bienvenida. Recordad: la erre debe vibrar con fuerza contra los dientes.

—Ya lo he leído cientos de veces —refunfuñó Dedicado.

—Y llegado el momento, debe parecer que las palabras brotan de vuestro corazón, no de un pergamino.

Dedicado asintió a regañadientes. Dirigió una mirada anhelante hacia el día luminoso y fresco que lo llamaba desde el otro lado de la ventana.

—Idos, pues, los dos —lo instó Chade, dejando claro de pronto que les estaba dando permiso a Dedicado y Tordo para que se retirasen.

Una sombra de desilusión apareció en el gesto del príncipe. Miró a lord Dorado.

—Cuando nos encontremos en alta mar y tengamos más tiempo y menos quehaceres, me gustaría que me hablaseis de la época que pasasteis con mi padre. Si lo tuvierais a bien. Sé que lo cuidasteis cuando... llegado el final de sus días.

—Así es —respondió el bufón con delicadeza—. Y será un placer para mí compartir con vos el recuerdo de aquellos días.

—Gracias —dijo el príncipe. Se acercó a la esquina, animó a Tordo con amabilidad para que lo acompañara y le preguntó cómo era posible que se hubiese asustado si nadie había sufrido el menor daño. Di gracias por que Tordo no supiera darle una respuesta razonable.

Casi habían llegado a la puerta cuando recordé lo que me había propuesto.

—Príncipe Dedicado, ¿seríais tan amable de subir a visitarme a mi taller esta noche? Tengo algo para vos.

Dedicado enarcó una ceja, pero, al ver que yo no entraría en detalles, respondió:

—Me escabulliré unos minutos. Hasta entonces.

Dedicado salió seguido de cerca por Tordo. Pero al llegar a la puerta, este se volvió y escrutó al bufón de un modo enigmático antes de hacer lo mismo conmigo. Incómodo, me pregunté cuánto habría percibido de lo que el bufón y yo nos transmitimos. Instantes después salió y cerró la puerta con excesiva firmeza.

Por un momento, temí que Chade exigiera conocer más detalles sobre lo ocurrido. Pero antes de que tuviera ocasión de tomar la palabra, el bufón dijo:

—El príncipe Dedicado no debe matar a Yama de Hielo. Es lo más importante que tengo que decirte, Chade. Hay que garantizar la supervivencia del dragón, a toda costa.

Chade se había acercado a las botellas de licores. Escogió una, se sirvió en silencio y se volvió hacia nosotros.

—Puesto que la criatura se halla sepultada bajo el hielo, ¿no te parece que podría ser un poco tarde para preocuparse por su supervivencia? —Tomó un sorbo de su copa—. ¿O de verdad crees que hay bestias capaces de resistir durante tanto tiempo al frío, la sed y el hambre?

El bufón enderezó los hombros y meneó la cabeza.

—¿Qué sabemos nosotros de dragones? ¿Cuánto tiempo llevaban dormidos los dragones de piedra cuando Traspíe los despertó? Si su naturaleza se asemeja en alguna medida a la de los dragones verdaderos, tal vez todavía arda una chispa de vida dentro de Yama de Hielo.

—¿Qué es lo que sabes de Yama de Hielo? —inquirió Chade con recelo. Regresó a la mesa y se sentó. Yo permanecí de pie, observándolos.

—No sé sobre esa criatura más de lo que sabes tú, Chade.

—Entonces ¿por qué nos prohíbes cortarle la cabeza, cuando sabes que la narcheska nos impuso esta condición para formalizar el matrimonio? ¿O piensas que el mundo rodaría por una senda mejor si nuestros reinos continuaran destripándose mutuamente durante uno o dos siglos más?

El sarcasmo me estremeció. Yo nunca me habría burlado de la voluntad de cambiar el mundo que movía al bufón. Me asombró que Chade sí lo hiciera, lo cual me sirvió para comprender mejor el alcance de su rivalidad.

—No disfruto con los conflictos, Chade Estrellafugaz —replicó el bufón sin sobresaltarse—. Pero ni siquiera las guerras que libran los hombres son lo peor que puede ocurrir. Mejor sufrir una guerra que seguir agravando el daño que le hacemos al propio mundo. Máxime cuando solo tenemos una volátil oportunidad de corregir un error prácticamente imposible de subsanar.

—¿Y en qué consiste esa oportunidad?

—Si Yama de Hielo sigue vivo... y admito que me costaría creerlo si así fuese... pero si todavía ardiera en él una chispa de vida, habríamos de olvidarnos de la misión de sacarlo del hielo y, en su lugar, despertarlo del todo.

—¿Por qué?

—¿No se lo has contado? —Me arponeó con una mirada acusadora. Yo no luché con ella y él no esperó a que le respondiera—. Tintaglia, la dragona del Mitonar, es la única adulta que queda. Cada año que pasa es más evidente que las crías que salieron de sus envolturas quedarán débiles y a medio desarrollar para siempre, incapaces de cazar y volar. Los dragones se aparean durante el vuelo. Si las crías no logran echar a volar, nunca se reproducirán. Los dragones se extinguirán. Y esta vez será para siempre. A menos que quede un dragón completamente desarrollado. Un adulto que pueda volar y aparearse con Tintaglia para así engendrar una nueva generación de dragones.

Yo ya había puesto a Chade al tanto de todos esos aspectos. ¿Se lo habría preguntado para comprobar la franqueza del bufón?

—¿Estás diciendo —dedujo el consejero con cautela— que debemos jugarnos la paz entre las Islas del Margen y los Seis Ducados solo para salvar a los dragones? ¿Y qué beneficio obtendríamos de ello?

—Ninguno —admitió el bufón—. Al contrario. A los hombres les acarrearán muchos problemas. Y les obligará a cambiar muchas cosas. Los dragones son criaturas arrogantes y agresivas. Ignoran las fronteras y desconocen el concepto de propiedad. Si un dragón tiene hambre y ve una vaca guardada en un redil, se la comerá. Para ellos es así de sencillo. El mundo te ofrece sus dádivas y tú coges cuanto necesitas de él.

Chade bosquejó una sonrisa astuta.

—En ese caso, creo que yo haré lo mismo, por el bien de la humanidad. El mundo nos ofrece la oportunidad de vivir una era sin dragones. Creo que la aprovecharé.

Miré al bufón. No se había molestado por el comentario de Chade. Guardó silencio unos instantes. A continuación afirmó:

—Como quieras, Chade. Pero llegado el momento, quizá no te corresponda a ti tomar esa decisión. Quizá sea yo. O Traspié. —Cuando la rabia prendió en los ojos del consejero, añadió—: Y no solo el mundo sino también los hombres necesitan a los dragones.

—¿Y por qué motivo? —inquirió Chade con desdén.

—Para conservar el equilibrio —explicó el bufón. Me miró por un momento antes de dirigir la vista hacia la ventana, adoptando un aire ausente y pensativo—. Los hombres no temen a sus rivales. Habéis olvidado cómo era compartir el mundo con unas criaturas cuya arrogante altanería se equiparaba a la vuestra. Os empeñáis en adaptar el mundo a vuestro antojo. Segmentáis la tierra y trazáis líneas a su través, atribuyéndoos su propiedad por el mero hecho de que sabéis dibujarla. A las plantas que en ella crecen y a las bestias que por ella deambulan las llamáis «posesiones» y pretendéis apoderaros no solo de cuanto vive hoy, sino de cuanto podría brotar mañana, para hacer lo que os plazca. Y así, cegados por la vanidad y la sed de sangre, libráis guerras y os matáis entre vosotros por las rayas que habéis imaginado sobre la faz del mundo.

—Y supongo que los dragones son mejores que nosotros porque no hacen esas cosas, porque ellos se limitan a coger lo que ven. Son espíritus libres, criaturas de la naturaleza que poseen la nobleza moral propia de los seres incapaces de razonar.

El bufón sonrió negando con la cabeza.

—No. Los dragones no son mejores que los humanos. Apenas si se diferencian de ellos. No serán más que un espejo ante el egoísmo de los hombres. Os recordarán que el discurso con el que anunciáis poseer esto o con el que exigís apoderaros de aquello no importa más que el gruñido de un perro encadenado ni que el trino desafiante de un gorrión. La realidad de esas declaraciones se limita al instante en que se enuncian. Lo llamemos como lo

llamemos, lo expresemos como lo expresemos, el mundo no pertenece a los hombres. Los hombres pertenecen al mundo. No poseerás el polvo al que un día se reducirá tu cuerpo, ni ese polvo recordará el nombre al que un día respondió.

Chade no le replicó de inmediato. Pensé que los argumentos del bufón lo habían desarmado, que ahora veía la realidad desde otra perspectiva. Sin embargo, resopló con desprecio.

—Bah. Esto que dices no sirve sino para convencerme aún más de que resucitar al dragón no nos traería nada bueno. —Se frotó los ojos con cansancio—. Ah, ¿qué sentido tiene enfrascarse en este debate fatuo? Ni siquiera sabemos qué nos encontraremos allí. Por el momento no podemos hacer otra cosa que perdernos en divagaciones filosóficas y entretenernos con fábulas infantiles. Cuando esté allí, ya pensaré cuál es la mejor opción. Bien. ¿Satisfecho?

—Dudo mucho que mi satisfacción te importe. —Tras pronunciar estas enigmáticas palabras, el bufón miró de soslayo en mi dirección. Pero no pretendía mirarme, sino centrar en mí la atención de Chade.

—Tienes razón —convino el consejero con naturalidad—. No es tu satisfacción sino el asenso de Traspíe lo que me importa. Con todo, sé que si esta decisión dependiera por entero de él, tendría muy en cuenta tu satisfacción, quizá hasta el punto de poner en peligro el destino de los Vatídico. —Mi antiguo maestro me miró con aire especulativo, como si yo fuera un caballo cojo que tal vez no sobreviviera a la siguiente batalla. Me dirigió una sonrisa casi desesperada—. A pesar de todo, confío en que también considere mis temores. —Nuestras miradas se encontraron—. Cuando llegue el momento, ya lo decidiremos. Hasta entonces, consideraremos todas las alternativas. ¿De acuerdo?

—No del todo —negó el bufón. Adoptó un tono más frío para proponer—: Danos tu palabra, como Vatídico, de que cuando llegue el momento, Traspíe tendrá libertad para obrar como su conciencia le dicte.

—¡Mi palabra como Vatídico! —bramó Chade.

—Exacto —confirmó el bufón sin alterarse—. A menos que tu discurso no sea más que una monserga huera con la que pretendes que Traspíe se someta a tu voluntad. —Se reclinó en la silla, con las muñecas y manos laxas sobre los reposabrazos, sin inmutarse un ápice.

Por un momento reconocí a ese hombre esbelto vestido de negro con el lustroso cabello peinado hacia atrás. Era el muchacho que un día fue el bufón, convertido en un hombre. Un instante después, cuando volvió la cabeza para mirar a Chade directamente, el parecido se esfumó. Una determinación pétrea inmovilizaba su rostro. Jamás había visto a nadie desafiar a Chade con tanta confianza.

Lo que Chade dijo a continuación me dejó asombrado. Su sonrisa se tornó muy extraña cuando nos miró alternativamente al bufón y a mí. Fue a mí a quien miró para responder:

—Doy mi palabra como Vatídico. No le pediré que haga nada en contra de su voluntad. Bien. ¿Estás contento ya?

El bufón asintió despacio.

—Oh, sí. Estoy contento. Porque la decisión la tomará él, y eso lo veo tan claro como cuanto me queda por ver. —Asintió para sí—. Aún debemos hablar de algunas cosas, pero, una vez que subamos a bordo y zarpeemos, ya encontraremos ocasión de discutirlos. Ahora el día se nos escapa, y todavía me quedan muchas cosas que preparar antes de la partida. Buen día, lord Estrellafugaz.

Una sonrisa sutilísima se asentó en sus labios. Sus ojos saltaron desde mí hasta Chade. Y entonces hizo un gesto muy curioso. Extendió los brazos hacia los lados y ejecutó una elegante reverencia para Chade, como si se hubieran comportado con impecable cortesía entre ellos. Cuando se irguió me habló a mí. Su tono sonaba ahora más cálido.

—Ha sido un placer compartir unos momentos contigo, Traspie. Te echaba de menos. —Soltó de pronto un suspiro breve, como si acabase de recordar que debía hacer algo que lo fastidiaba. Supuse que la muerte que él intuía tan próxima ocupaba de nuevo el centro de sus pensamientos. Dejó de sonreír—. Caballeros, con vuestro permiso —murmuró. Y, así, abandonó la habitación, saliendo por el estrecho panel oculto en el lateral del hogar con la elegancia de un lord que se retirase de un banquete.

Permanecí sentado, contemplando la ausencia que dejaba atrás. El encuentro que acabábamos de vivir por medio de la Habilidad resonaba en mi cabeza con sus enigmáticas palabras y aún más incomprensibles gestos. Había mantenido un

duelo con Chade y salido victorioso de él. Aunque yo no estaba seguro de qué era lo que ahora tenían claro, si realmente habían zanjado algún asunto.

Mi antiguo mentor me habló como si estuviera oyendo mis cavilaciones.

—¡Enfrentarse a mí por tu lealtad! ¿Cómo se atreve? ¡A mí, que prácticamente te he criado! ¿Cómo puede pensar que cabe una ínfima posibilidad de que estemos en desacuerdo, cuando los dos sabemos lo mucho que nos jugamos con esta misión? ¡Mi palabra como Vatídico, nada menos! ¿Y qué cree que eres tú, a fin de cuentas?

Se volvió y me trasladó la pregunta como si esperase que yo asintiera sin más.

—Tal vez crea —propuse con cautela— que él es el Profeta Blanco y yo su catalizador. —Respiré con más firmeza y elaboré una pregunta propia—: ¿Cómo podéis discutir por mi lealtad, como si yo no supiera pensar por mí mismo a la hora de tomar decisiones? —Resoplé con repugnancia—. Ni un caballo ni un perro me parecerían a mí tan descerebrados como el muñeco por el que me tomáis.

El consejero había desviado la vista hacia la ventana antes de hablarme, aunque no creo que reparase de verdad en el peso de sus palabras.

—Ni un caballo ni un perro, Traspicé, no. Yo nunca te vería de ese modo. No. Tú eres una espada. Así fuiste forjado, por mí: un arma que empuñar. Y el bufón cree que es en sus manos donde mejor encajas. —El anciano resopló con desdén—. No obstante, sigue siendo un necio. —Me miró y asintió—. Hiciste bien al revelarme sus planes. Lo mejor es que se quede en tierra.

No se me ocurrió nada que responderle a eso. Abandoné la torre de Guardiamarina por donde había entrado, recorriendo el lúgubre laberinto oculto tras los muros de Torre del Alce. Hoy había visto a mi amigo y mi mentor con más claridad de la que me habría gustado. Me pregunté si el bufón me habría tocado la muñeca para demostrarnos a Chade y a mí lo mucho que podía influir en mi comportamiento. Y sin embargo, a pesar de todo, no me daba esa sensación. ¿No me había preguntado primero si yo lo deseaba? Con todo, daba la impresión de que se tratase de algo que quisiera mostrarme. Aun así, ¿se debía tan solo a las circunstancias el que también se lo hubiera mostrado a Chade? ¿O acaso pretendía dejarme claro cómo me veía Chade, cómo siempre daba por

hecho que me tenía para satisfacer su voluntad? Meneé la cabeza. ¿Pensaría el bufón que yo no era consciente de eso? Apreté las mandíbulas. Tarde o temprano se daría cuenta de que Chade y yo habíamos conspirado contra él. Tarde o temprano sabría que hoy había optado por morderme la lengua.

Regresé a mi taller, insatisfecho con las ideas que me acompañaban.

En cuanto abrí la puerta supe que el bufón había estado ya allí. Había dejado su regalo sobre la mesa contigua a la silla. Me acerqué a ella y deslicé un dedo por el lomo de Ojos de Noche. La talla representaba a mi lobo en todo su esplendor. Un conejo muerto yacía entre sus patas delanteras. Tenía la cabeza alzada y sus ojos negros me estudiaban con inteligencia, en un gesto paciente.

Lo cogí. El bufón empezó a darle forma en la mesa de la cabaña. Nunca imaginé en qué se convertiría; casi me había olvidado de que prometió enseñármelo cuando lo terminara. Rocé las puntas de las orejas levantadas de Ojos de Noche. Me senté en la silla y extravié la mirada en la lumbre, acunando el lobo entre mis manos.

Un intercambio de armas

La maestra de armas Capacho adquirió este título después de servir como oficial durante mucho tiempo del maestro de armas Crend. Aprovechó bien los años durante los que ocupó el cargo, pues se familiarizó no solo con el manejo de las distintas armas, sino también con el proceso de forja de las mejores espadas. Sin duda, aún hay quien asegura que su mayor talento consistía en la fabricación de armas de excelente calidad, y que Torre del Alce habría ganado más concediéndole el título de maestro de armas a otra persona y manteniéndola en la fragua. El rey Artimañas, sin embargo, no compartía esa opinión. Al fallecer Crend, Capacho pasó a sustituirlo de inmediato y a supervisar el adiestramiento de todos los hombres de armas de Torre del Alce. Sirvió bien al reino de los Vatídico, hasta que dio la vida en combate por el entonces Rey a la Espera Veraz.

CERICA,
Crónicas

La meticulosidad con que el bufón se había desprendido de sus pertenencias despertó en mí de pronto el deseo de organizar mis posesiones. Aquella noche, en lugar de hacer el equipaje, me senté en la esquina de la antigua cama de Chade, rodeado de todo lo que tenía. De haberme dejado llevar por la melancolía fatalista del bufón, tal vez me habría entristecido. No pude evitar sonreír, empero, ante lo poco que era. Ni siquiera el hurón Avizor pareció emocionarse según olisqueaba las piezas del tesoro.

El hato de ropa de la cámara del bufón y la formidable espada con la empuñadura saturada de ornamentos componían el grueso del conjunto. Hacía tiempo que dejé olvidada entre el montón de harapos que había cerca del banco de trabajo la ropa que utilizaba en la cabaña. Contaba con dos uniformes nuevos de la Guardia del Príncipe. Uno ya lo había guardado con esmero en un cofre que había colocado a los pies de la cama, junto con el resto de la ropa. Ocultos bajo las prendas había varios paquetitos donde estaban los venenos, sedantes y reconstituyentes que Chade y yo habíamos preparado. Sobre la cama contigua, varios instrumentos discretos, ganzúas y adminículos extraños aguardaban en un pequeño fajo que podía esconder bajo la camisa. Lo añadí al cofre. Revisé el resto de la peculiar colección mientras esperaba a Dedicado.

La talla de Ojos de Noche descansaba sobre la repisa de la chimenea. No me arriesgaría a perderla durante el viaje. Había un collar que Jinna la bruja Vulgar confeccionó para mí cuando nos llevábamos mejor a fin de que lo utilizase como talismán. No volvería a ponérmelo, aunque por alguna extraña razón me costaba desprenderme de él. Lo puse con la ropa que lord Dorado me había impuesto. El alfiler con la figura del zorrillo que Kettricken me entregó continuaba donde siempre: por dentro de mi camisa, a la altura del corazón. No tenía ninguna intención de separarme de él. A un lado había puesto diversos objetos para Percán. En su mayor parte se trataba de cosas pequeñas que yo fabriqué o conseguí cuando él era un niño: una peonza, un títere y otros artículos por el estilo. Lo introduje todo con cuidado en una caja que llevaba una bellota grabada en la tapa. Se la entregaría cuando me despidiera de él.

El centro de la cama lo ocupaba el puñado de plumas talladas que recogí en la playa de los Otros. En cierta ocasión se las di al bufón para que intentara colocarlas en su corona de madera labrada. No cabía duda de que encajarían en los orificios. Sin embargo, apenas si se molestó en mirarlas por encima antes de olvidarse de ellas. Desenrollé la funda de cuero fino donde las tenía guardadas, las estudié en detalle una por una y volví a guardarlas. Dedicué un rato a pensar qué hacer con ellas. Al cabo las embuté en una esquina del cofre. También guardé en la caja un juego de agujas y bobinas de hilo. Zapatos y calzones adicionales. Una cuchilla. Taza, cuenco y cuchara para el viaje.

Con eso estaba todo. No me quedaba nada más por guardar, ni muchas más cosas que me pertenecieran. Estaba mi yegua, Mibruna, pero solo se acordaba de mí cuando me llevaba sobre sus lomos. Prefería la compañía de los suyos y no me echaría de menos en absoluto. Uno de los mozos de cuadra la sacaría con regularidad para que se mantuviera en forma y, mientras Manos permaneciese al cargo de las caballerizas de Torre del Alce, no temía que se olvidaran de ella ni la trataran mal.

Avizor emergió de debajo del montón de ropa y cruzó la cama retozando para desafiarme.

—Seguro que tú tampoco me extrañarás —le dije mientras jugaba a enfrentarse a mi mano. Tras las paredes de Torre del Alce encontraría ratones y ratas de sobra para mantenerse bien alimentado. Seguramente disfrutaría

teniendo toda la cama para sí. Ya daba por hecho que la almohada le pertenecía a él.

Dejé deambular la mirada por la estancia. Chade se había apropiado de todos los manuscritos que me traje de la cabaña. Una vez que los clasificara, añadiría a la biblioteca de Torre del Alce los que no contuvieran información peligrosa y guardaría bien en sus armarios aquellos que contasen demasiadas verdades de un modo excesivamente explícito. No sentí que perdiese nada.

Llevé el fardo de ropa hasta uno de los antiguos armarios de Chade con la intención de ponerlo todo dentro. Asaltado por los remordimientos de conciencia, sacudí y doblé con cuidado cada una de las prendas antes de guardarlas. Mientras las colocaba me di cuenta de que, vistas por separado, muchas no eran tan ostentosas como las imaginaba. Añadí la cálida capa forrada al cofre. Cuando terminé de colocar y guardar la ropa, puse la espada enjoyada sobre el cofre. La llevaría conmigo. Pese a la llamativa empuñadura, estaba bien hecha y afinada con precisión. Al igual que ocurría con el hombre que me la entregó, su aspecto destellante ocultaba su verdadera meta.

Oí un elegante golpeteo de llamada un momento antes de que el botellero se desplazara a un lado. Cuando Dedicado entró exhausto en la habitación, Avizor saltó de la cama y corrió a enfrentarse a él, amenazándolo con sus colmillitos blancos al tiempo que cabriolaba indeciso a sus pies.

—Sí, yo también me alegro de verte —lo saludó el príncipe mientras lo recogía con una mano. Le rascó la garganta con delicadeza antes de volver a dejarlo en el suelo. Sin perder un segundo, Avizor se lanzó contra sus pies. Con cuidado de no pisarlo, Dedicado se adentró en la estancia diciendo:

—¿Tenías algo más que darme para añadirlo al equipaje? —Exhaló un suspiro pesado y se dejó caer en la cama junto a mí—. Estoy cansado de guardar cosas —me confesó—. Espero que sea algo pequeño.

—Está sobre la mesa —le indiqué—. Y no es pequeño.

Cuando se acercó al banco de trabajo me embargó un profundo arrepentimiento y deseé no haberle hecho ese regalo. ¿Cómo iba a significar para este muchacho lo mismo que para mí? La examinó y después me miró a mí, un gesto de extrañeza en el rostro.

—No lo entiendo. ¿Me estás dando una espada?

Me levanté.

—Es la espada de vuestro padre. Veraz me la entregó, la última vez que nos vimos. Ahora es vuestra —le dije a media voz.

La expresión que se apoderó entonces del semblante de Dedicado disipó mi arrepentimiento. Extendió un brazo hacia el arma, lo retiró y me miró. Un gesto de incredulidad exultante le iluminaba la cara. Sonreí.

—Como os decía, es vuestra. Tomadla y familiarizaos con ella. Acabo de pulirla y afilarla, de modo que tened cuidado.

Acercó los dedos y los puso sobre la empuñadura. Esperé, observándolo, a que la levantara y apreciase su exquisito equilibrio. Pero apartó la mano.

—No. —La negativa me asombró—. Espera aquí. Por favor. Espera un momento. —Se dio media vuelta y salió de la habitación. Oí el arrastrar de sus pasos apresurados por el pasillo oculto.

Su reacción me desconcertó. Al principio parecía maravillado. Me acerqué y examiné la hoja de nuevo. Recién bruñida, relucía. Era preciosa y elegante, aunque su diseño carecía de elementos que pudieran dificultar su uso. Era un instrumento fabricado para matar a otras personas. Fue forjada para Veraz por Capacho, la maestra de armas que me enseñó a manejar la espada y la pica. Cuando Veraz emprendió su expedición, Capacho lo acompañó y murió por él. Era un arma digna de un rey. ¿Por qué Dedicado se negaba a aceptarla?

Estaba sentado delante del hogar, con una taza de té caliente entre las manos, cuando regresó. Traía consigo un bulto largo y envuelto. Había empezado a hablar y desatar las correas de cuero que lo mantenían cerrado antes de entrar en la estancia.

—No sé por qué no se me ocurrió hace mucho tiempo, cuando mi madre me dijo quién eras. Supongo que porque me la dieron hace años y después mi madre la mantuvo guardada para mí. ¡Aquí está!

Dejó caer las envolturas y la blandió en alto. Con una gran sonrisa, la empuñó del revés súbitamente y me la ofreció, con la empuñadura apoyada sobre el antebrazo izquierdo. Me miró sonriendo, con los ojos llameantes de gozo y expectación.

—Ten, Traspíe Hidalgo Vatídico. La espada de tu padre.

Un escalofrío me estremeció, haciendo que se me erizara el vello de todo el

cuerpo. Dejé la taza de té a un lado y me levanté despacio.

—¿La espada de Hidalgo?

—Sí. —Creía que su sonrisa no podría ensancharse más, pero lo hizo.

La miré con detenimiento. Sí. Aun si no me hubiera dicho nada, la habría reconocido. Esta espada era la hermana mayor de la de Veraz. Se parecían, pero esta incluía algunos adornos más y la superaba en longitud, forjada para un portador más alto que Veraz. Incorporaba un alce estilizado en la guarnición. Comprendí en ese momento que se trataba de una espada concebida para un príncipe destinado a convertirse en rey. Supe que yo nunca podría empuñarla. Aun así, ansiaba blandirla.

—¿Cómo la conseguisteis? —le pregunté sin aliento.

—La tenía Paciencia, por supuesto. La dejó en Bosque Blanco cuando vino a Torre del Alce. Entonces, cuando estaba «arreglando el estropicio», como ella decía, una vez que finalizó la Guerra de las Velas Rojas, cuando trasladó su residencia a Puesto Vado, la encontró. En un armario. «Menos mal que no la llevé a Torre del Alce», me dijo cuando me la entregó. «Regio me la habría quitado para venderla. O para quedársela él.»

Era tan propio de Paciencia que tuve que sonreír. La espada de un rey en medio de su «estropicio».

—¡Cógela! —me ordenó Dedicado con entusiasmo, y hube de hacerle caso. Tenía que sentir, al menos por una vez, cómo se acomodaba mi mano allí donde una vez descansó la de mi padre. Cuando la tomé, parecía casi ingravida. Se sostenía en mi mano como un pájaro.

Aliviado, Dedicado se acercó a la mesa y cogió la espada de Veraz. Exclamó satisfecho y sonrió al levantarla con las dos manos y hender el aire con ella. Eran dos espadas magníficas, tan válidas para tajar el cuerpo del enemigo como para atravesar sus puntos débiles. Durante un rato disfrutamos como niños moviendo las armas de todas las maneras imaginables, desde los ligeros deslizamientos de mano y muñeca para bloquear y desviar la embestida del oponente hasta la descarga temeraria que ejecutó Dedicado alzándola por encima de la cabeza para detenerla a un dedo escaso de los manuscritos que había sobre la mesa.

La espada de Hidalgo se adaptaba a mi mano como un guante. Hallé cierta

satisfacción en ello, a pesar de mi indigna y lamentable impericia con este tipo de armas. Mi manejo de la espada era poco más que correcto. Me pregunté qué habría pensado el malogrado rey al saber que su único hijo demostraba más destreza con el hacha que con la espada, y que sentía una inclinación aún mayor por utilizar venenos que cualquiera de esas dos armas. La idea me desalentó, pero antes de que me diera tiempo a ceder a la pesadumbre, Dedicado se situó junto a mí para comparar las hojas.

—¡La de Hidalgo es más larga!

—Era más alto que Veraz. Aunque esta espada, creo, la supera en ligereza. Veraz poseía la fuerza necesaria para descargarla con contundencia, por eso diría que Capacho la forjó así. Será interesante ver con qué arma os manejáis mejor cuando crezcáis.

El príncipe me entendió de inmediato.

—Traspié. Te he dado esta espada para que la conserves. Hablo en serio.

Asentí.

—Y yo os agradezco que hayáis pensado en mí. Pero debo conformarme con la intención en lugar de con la realidad. Es una espada de rey, Dedicado. No está hecha para un guardia, mucho menos un asesino, ni un bastardo. Fijaos, aquí, en la empuñadura. El alce de los Vatídico, grande y sencillo. También está en la de Veraz, aunque más pequeño. Aun así, envolví la empuñadura en cuero para dejarlo tapado durante los años posteriores a la Guerra de las Velas Rojas. Cualquiera que lo hubiese visto habría sabido que no podía pertenecerme a mí por derecho. Con esta sería aún más evidente. —Muy a mi pesar pero con todo mi respeto, la posé sobre el banco de trabajo.

Dedicado puso la espada de Veraz junto a ella con cuidado. Un gesto de obstinación asomó a su rostro.

—¿Cómo voy a aceptar la espada de mi padre si tú no aceptas la de Hidalgo? Mi padre te la entregó. Deseaba que la tuvieras.

—Sin duda, así fue, entonces. Y durante muchos años, me ha servido bien. Verla en vuestras manos me complacerá todavía más. Sé que Veraz estaría de acuerdo conmigo. La espada de Hidalgo, por el momento, será mejor que la guardemos. Cuando seáis coronado, vuestros nobles esperarán ver la espada del rey en vuestra cadera.

Dedicado frunció el ceño con aire pensativo.

—¿El rey Artimañas no tenía espada? ¿Qué fue de ella?

—Sí que tenía una. En cuanto a qué fue de ella, no tengo ni idea. Quizá se la quedara Paciencia; quizá Regio la vendiese o se la llevase para que otros carroñeros la robaran cuando muriese. En cualquier caso, ya no está. Cuando llegue el momento de que ocupéis el trono, creo que deberíais portar la espada del rey. Y cuando partáis rumbo a Aslevjal, creo que deberíais llevar la espada de vuestro padre.

—Así lo haré. Pero ¿la gente no se preguntará de dónde la saqué?

—Lo dudo. Le pediremos a Chade que diga que la había estado guardando para vos. A la gente le entusiasman ese tipo de historias. Todos la aceptarán gustosamente.

Asintió con aire meditabundo y a continuación observó despacio:

—Así no me hace tanta ilusión, sin que puedas llevar la espada de Hidalgo con la naturalidad con que yo portaré esta.

—Os entiendo —convine con dolorosa franqueza—. Ojalá pudiera, Dedicado. Pero así son las cosas. Cuento con la espada que me dio lord Dorado, también de una calidad que excede a la que correspondería a mis habilidades. Esa será la que utilice. Y si alguna vez debo levantar un arma para defenderos, mejor que sea un hacha.

Bajó la vista mientras reflexionaba. Llevó la mano hasta la empuñadura de la espada de Hidalgo.

—Hasta el día en que me devuelvas esta espada, el día en que sea coronado, deseo que la conserves aquí. —Tomó aire—. Y cuando yo tome la espada de tu padre, te devolveré la espada del mío.

A este gesto no pude oponerme.

Minutos más tarde abandonó la habitación, llevándose consigo la espada de Veraz. Me preparé otra taza de té y me senté a pensar sobre el arma de mi padre. Intenté determinar lo que significaba para mí, pero no hallé sino una curiosa ausencia en mi interior. Ni siquiera el haber descubierto recientemente que no me ignoró, sino que me observaba por medio de la Habilidad sirviéndose de los ojos de su hermano, compensaba el hecho de que no estuviera presente en mi vida. Tal vez me quisiera a pesar de la distancia, pero Burrich fue quien me

inculcó disciplina y Chade quien me instruyó. Contemplé la espada y me esforcé por percibir algún tipo de vínculo, por sentir alguna emoción, pero no lo conseguí. Cuando terminé el té, todavía no había hallado ninguna respuesta, aunque tampoco estaba del todo seguro de cuál era mi pregunta. Sin embargo, me propuse encontrar el tiempo necesario para ver a Percán de nuevo antes de la partida.

Me acosté, alzándome victorioso en la lucha con Avizor por la almohada. Aun así, dormí mal, e incluso ese breve descanso se desarrolló de forma interrumpida. Ortiga se asomó a mis sueños como una niña que buscara consuelo a regañadientes. El contraste me pareció llamativo. En mi sueño iba salvando una de las escarpadas pendientes pedregosas que encontré durante la estancia en las Montañas. Esta zona de avalanchas frecuentes tuve que recorrerla cargado con el cuerpo laxo del bufón. En el sueño no llevaba encima ese peso, pero la ladera parecía más inclinada, y la caída, infinita. Los guijarros sueltos se deslizaban peligrosamente a mi paso. En cualquier momento podía precipitarme pendiente abajo, al igual que las piedrecitas que caían brincando junto a mí. Me dolían los músculos debido al esfuerzo y el sudor se escurría por mi espalda. En ese momento vi de soslayo que algo se agitaba. Volví la cabeza despacio, pues no me atrevía a realizar movimientos bruscos. Divisé a Ortiga sentada tranquilamente pendiente arriba, observando mi agónico ascenso.

Se había acomodado entre la hierba y las flores silvestres. Llevaba un vestido largo de color verde y el cabello adornado con una corona de frágiles margaritas. Incluso para mis ojos de padre, parecía más mujer que niña, aunque su postura le daba un aspecto infantil, sentada con el mentón apoyado en las rodillas recogidas y los brazos apretados alrededor de las piernas. Llevaba los pies descalzos y una sombra de preocupación apagaba su mirada.

Tal era nuestra dicotomía. Yo seguía esforzándome por pisar con firmeza en el terreno inestable. En su sueño, contiguo al mío, ella estaba sentada en la pradera de una montaña. Su presencia me obligaba a admitir que estaba soñando, aunque, aun así, no lograba desprenderme del agotamiento que estaba experimentando en la pesadilla. Ignoraba si temía caer hacia las fauces de la muerte o despertarme de golpe.

—¿Qué ocurre? —le pregunté por lo tanto mientras insistía en mi lento

ascenso por la faz de la montaña. No importaba cuántos pasos diera: el terreno firme permanecía a una distancia inalcanzable y Ortega se mantenía siempre por delante de mí.

—Mi secreto —respondió en voz baja—. Me atormenta. Por eso acudo a ti en busca de consejo.

Ortega guardó silencio, pero yo no le respondí. No quería conocer su secreto ni ofrecerle mi consejo. No podía permitirme ayudarla. A pesar del sueño, sabía que pronto me marcharía de Torre del Alce. Y aunque me quedara, no podía aventurarme en su vida sin correr el riesgo de ponerla en peligro. Lo mejor sería que siguiera considerándome una incierta presencia onírica que habitaba al límite de su realidad. Pese a mi silencio, insistió.

—Si una mujer promete mantener algo en secreto, sin ser consciente del dolor que causará con ello, no solo a ella misma, sino también a otras personas, ¿está obligada a cumplir su promesa?

La pregunta me pareció demasiado seria para ignorarla.

—Ya sabes cuál es la respuesta —jadeé—. Cuando alguien hace una promesa, está dando su palabra. Si no la cumple, entonces su palabra no vale nada.

—Pero cuando la hice, no sabía los problemas que ocasionaría. Nim está cada vez más afligido. Yo no sabía que mamá culparía a papá, ni que papá empezaría a beber para soportarlo, culpándose a sí mismo más de lo que lo culpa mamá.

Me detuve. Dejar de avanzar era arriesgado, pero me volví para mirarla. Su declaración me había lanzado de cabeza contra un peligro mucho más profundo que el abismo que se abría por debajo de mí. Le hablé con delicadeza.

—Y crees que has encontrado el modo de retirar tu palabra. Para contarme a mí lo que prometiste no contarles a ellos.

Apretó la frente contra las rodillas. Su voz sonó amortiguada cuando me respondió.

—Decías que conociste a papá, hace mucho tiempo. No sé quién eres en realidad; pero quizá aún sigáis en contacto. Podrías hablar con él. La última vez que Vencejo se escapó, me dijiste que papá y él volverían a casa sanos y salvos. ¡Ay, te lo suplico, Lobo de las Sombras! No sé qué relación te une a mi familia,

pero sé que existe un vínculo. Al intentar ayudar a Vencejo, he estado a punto de destrozarlos a todos. No tengo a nadie más a quien acudir. Además, nunca le prometí a Vencejo que no te lo contaría.

Bajé la vista hasta mis pies. Me había dado la imagen que tenía de mí. Su sueño estaba devorando el mío. Ahora era mitad lobo y mitad hombre. Mis garras negras se hundían en la grava suelta. Caminando a cuatro patas, rebajado el centro de gravedad de mi cuerpo, continué pendiente arriba para reunirme con ella. Cuando hube acortado la distancia lo suficiente para ver los hilos de sal seca que las lágrimas habían dibujado en sus mejillas, gruñí:

—¿Contarme qué?

Ortiga obtuvo entonces el permiso que esperaba.

—Green que Vencejo se escapó en un barco, porque así hicimos que pareciera. ¡Ah, no me mires así! ¡No te imaginas cómo estaban las cosas en casa! Papá estaba siempre de mala uva y Vencejo, la mayor parte del tiempo, también. El pobre Nim se pasaba el día escabulléndose de aquí para allá como un perro apaleado, avergonzado de ganarse los elogios de papá porque su gemelo no podía compartirlos. Y mamá, mamá actuaba como una lunática, exigiendo saber todas las noches qué les pasaba, a lo que ninguno de ellos le contestaba nunca. En casa ya no se respiraba la paz de antes, en ningún momento. De modo que cuando Vencejo vino a hablar conmigo y me pidió que lo ayudara a escaparse, me pareció lo más sensato.

—¿Y de qué manera lo ayudaste?

—Le di dinero, dinero del que yo disponía, para emplearlo como me placiese, dinero que me había ganado ayudando a los Gossoin con los partos de las ovejas la pasada primavera. Mamá solía mandarlo a la ciudad, para que repartiera la miel y las velas. Ideé el plan para él; se me ocurrió que empezase preguntándoles a los vecinos y la gente de la ciudad acerca de los barcos, la pesca y el mar. Y entonces, al final, redacté una carta y la firmé con el nombre de papá, algo que estoy acostumbrada a hacer por él. Sus ojos... Papá todavía puede escribir, pero se le escapa la mano porque no consigue ver las letras que forma. Por eso desde hace un tiempo escribo cosas por él, los papeles de las ventas de los caballos y ese tipo de documentos. Todo el mundo dice que tengo la misma letra que él, puede que porque fue él quien me enseñó caligrafía. Así

que...

—Así que escribiste una carta para Vencejo donde decías que su padre le daba permiso para marcharse y hacer lo que quisiera con su vida. —Hablé despacio.

Cada palabra que Ortiga decía me pesaba un poco más. Burrich y Molly habían discutido y él se había dado a la bebida de nuevo. La vista le fallaba y creía que había echado a su hijo de su lado. Enterarme de todas estas cosas me hizo polvo, pues sabía que no podía hacer nada para solucionar ninguna de ellas.

—Para un niño puede resultar muy difícil encontrar cualquier tipo de trabajo si la gente cree que es un aprendiz que se ha fugado o un muchacho cuyo trabajo sigue perteneciéndole a su padre. —Ortiga habló entre titubeos, intentando justificar la falsificación. No me atreví a mirarla—. Mamá hizo un paquete de seis bandejas de velas y mandó a Vencejo a la ciudad para que las repartiera y le trajese el dinero. Cuando se despidió de mí, supe que aprovecharía la oportunidad. Nunca regresó. —A su alrededor las flores se abrían y una abejita revoloteaba zumbando entre ellas en busca de néctar.

Analiqué sus palabras con detenimiento.

—¿Robó el dinero de las velas para el viaje? —La estima que sentía por Vencejo se desinfló al instante.

—No lo... No lo robó exactamente. Siempre había ayudado con las colmenas. ¡Y lo necesitaba!

Negué con la cabeza despacio. Me decepcionó que siempre encontrase una excusa para defenderlo. Por otro lado, yo nunca había tenido un hermano menor. Quizá fuese algo que todas las hermanas hacían.

—¿No vas a ayudarme? —me preguntó con voz lastimera al ver que mi silencio se prolongaba.

—No puedo —le dije con impotencia—. No puedo.

—¿Por qué no?

—¿Qué puedo hacer yo? —Había entrado del todo en su sueño. Notaba la firmeza de la pradera bajo mis pies. El día primaveral que iluminaba las colinas me envolvía por completo. La abeja pasó zumbando junto a mi oído y la espanté con la mano. Sabía que mi pesadilla todavía me acechaba. Si daba dos pasos atrás, me vería de nuevo en medio de la pendiente traicionera.

—Habla con papá por mí. Dile que él no tiene la culpa de que Vencejo se marchara.

—No puedo hablar con tu papá. Estoy lejos, demasiado lejos. Solo a través de los sueños podemos salvar distancias tan grandes.

—¿No puedes visitarlo en sueños, como haces conmigo? ¿No puedes hablar con él así?

—No. No puedo.

Tiempo atrás, mi padre impuso un sello sobre Burrich para que ningún otro Portador de la Habilidad pudiera comunicarse con él. El propio Burrich me lo dijo. Hidalgo había conseguido extraer fuerza de él para utilizar la Habilidad, y así, debido al vínculo que los unía, otros Portadores de la Habilidad podrían atacar a Hidalgo a través de Burrich. No pude evitar preguntarme si eso significaba que en el pasado Burrich poseía cierta capacidad de Habilitar. ¿O querría decir tan solo que estaban tan unidos que Hidalgo podía absorber su fuerza para emplear la magia?

—¿Por qué no? En mis sueños sí puedes entrar. Además hace tiempo erais amigos; tú me lo dijiste. Por favor. No puede seguir así. Lo está matando. Y también a mi madre. —Bajó la voz para añadir—: Creo que se lo debes.

Una abeja salió de entre las flores de Ortiga y la ahuyenté con la mano cuando revoloteó ante mi cara. Decidí que tenía que ponerle fin a este encuentro cuanto antes. Estaba sacando demasiadas conclusiones sobre su padre y yo.

—No puedo entrar en los sueños de tu padre, Ortiga. Pero quizá pueda hacer algo. Quizá pueda hablar con alguien, alguien que podría dar con Vencejo y enviarlo de regreso a casa. —Antes de terminar de hablar, se me cayó el alma a los pies. Por muy irritante que Vencejo me resultase, sabía lo que significaría para él que se le enviara de nuevo con Burrich; tomé una decisión firme. En realidad no era mi problema. Vencejo era hijo de Burrich y, por lo tanto, debían solucionarlo entre ellos.

—Entonces ¿sabes dónde está Vencejo? ¿Lo has visto? ¿Se encuentra bien? ¿Está a salvo? No dejo de pensar en él, tan joven, tan solo y a su suerte en este mundo. ¡Nunca debí dejar que me metiera en esto! Háblame de él.

—Se encuentra bien —le confirmé de un modo sucinto.

La abeja volvió a zumbar junto a mi oído. Noté que se posaba en mi nuca.

Intenté espantarla de un manotazo, pero al instante siguiente me vi encorvado bajo el peso del corpulento animal que tenía sobre la espalda. Grité y me revolví, pero antes de que consiguiera respirar estaba colgando entre las mandíbulas de la dragona. Me sacudió, no para matarme, sino para prevenirme. Dejé de forcejear y me quedé suspendido de su boca. Me apretó el cogote con los colmillos, sin desgarrar la carne, para que me quedase quieto.

Cuando Ortiga se levantó indignada y estiró la mano para cogerme, la dragona me levantó aún más. Primero me dejó colgando por encima de Ortiga y después se dio la vuelta para colocarme sobre el abismo de la anterior pesadilla.

—¡Ah, ah! —nos advirtió—. Si te resistes, lo dejaré caer. Los lobos no vuelan. —No articuló el aviso con la boca y la garganta, sino que lo lanzó hacia mis pensamientos, a modo de roce mental.

Ortiga se quedó helada.

—¿Qué quieres? —gruñó. Sus ojos negros habían adquirido una dureza silícea.

—Él ya lo sabe —respondió Tintaglia dándome una ligera sacudida. Sentí que se me desencajaban todas las vértebras de la columna—. Quiero saber todo lo que sabéis sobre un dragón negro sepultado bajo el hielo. Quiero saber todo lo que sabéis sobre una isla que los humanos llaman Aslevjal.

—¡Yo no sé nada de esas cosas! —exclamó Ortiga enfurecida. Había cerrado sus manos hasta convertirlas en puños—. ¡Suéltalo!

—Muy bien. —La dragona me dejó caer y, por un instante estremecedor, me precipité hacia las entrañas del abismo. Acto seguido, bajó la cabeza velozmente con su cuello serpentino y me atrapó de nuevo. Esta vez mis costillas quedaron bajo sus colmillos. Me apretó para que comprendiera con qué facilidad podría aplastarme. Después aflojó la presión y me preguntó—: ¿Y qué sabes tú, pequeño lobucho?

—¡Nada! —jadeé, expulsando el poco aire que me quedaba en los pulmones cuando me apretó. Todo terminaría pronto, dije para mis adentros. No tendría que defender mi mentira mucho más tiempo. La dragona no era una criatura paciente; me mataría rápido. Miré atrás para ver por última vez a mi hija.

Ortiga se alzó, de pronto más corpulenta que antes. Extendió los brazos a los lados. Su cabello levantó un viento que solo ella sentía y a continuación

enmarcó su rostro a modo de aureola. Echó la cabeza hacia atrás.

—¡Esto es un sueño! —gritó—. ¡Es mi sueño! ¡Yo te expulso de él! — Pronunció la orden definiendo cada una de las palabras, expresándola con el tono imperativo de una reina.

En ese instante comprendí el alcance de la Habilidad de mi hija. Su capacidad de moldear los sueños y de decidir lo que sucedía en ellos era una señal de su dominio de la magia.

Tintaglia me lanzó con violencia hacia el vacío infinito. Por debajo de mí vi no el abismo rocoso de mi sueño sino una inmensa nada sin color ni final. Según daba vueltas atisé a la dragona encogiéndose, obligada por Ortiga a recuperar el tamaño de una abeja. Cerré los ojos con fuerza para protegerme de la mareante caída. Mientras intentaba llenar de aire mis doloridos pulmones para gritar, Ortiga me susurró al oído:

—Solo es un sueño, Lobo de las Sombras. Y es mío. En mis sueños, nunca sufrirás ningún daño. Abre los ojos, ahora. Despierta de regreso en tu mundo.

Un segundo antes de que despertase noté la reconfortante resistencia de la cama debajo de mí y, cuando al abrir los ojos me topé con la negrura de mi taller, no sentí miedo. Ortiga se había llevado el pánico que me produjo la pesadilla. Por un momento sentí alivio. Respiré hondo y cuando de nuevo me rendí al sueño, me invadió un plácido asombro al pensar en la inusitada fuerza con que mi hija utilizaba la Habilidad. Pero cuando volví a echarme la manta sobre el hombro y le arrebaté al hurón la mitad de la almohada, la primera parte de mi sueño hizo que me espabilara de nuevo. Vencejo había mentido. Burrich no lo echó de casa. Peor aún, su desaparición había provocado un gran trastorno en la familia.

Me quedé tumbado, con los ojos cerrados, deseando en vano dormirme otra vez. Dejándolo por imposible, empecé a pensar en lo que debía hacer. Había que enviar al niño de vuelta a su casa, pero no quería ser yo quien lo hiciera. Me preguntaría cómo sabía que había mentido. En fin. Le diría a Chade que Burrich no le había dado permiso a Vencejo para marcharse de casa. Para ello tendría que admitir ante el consejero que había seguido comunicándome con Ortiga por medio de la Habilidad. Bien, era inevitable, concluí a regañadientes. Mis secretos parecían empeñados en filtrarse y convertirse en materia de conocimiento

público.

De esta manera me resolví a intentar convencerme a mí mismo de que eso era lo mejor que podía hacer. Me propuse dejar de imaginar a Burrich volviendo a beber todas las noches y a Molly desesperada no solo porque su marido se refugiara en la botella, sino también por la desaparición de su hijo. Me propuse no preguntarme cuánta vista habría perdido Burrich. La suficiente para no poder salir en busca del pequeño, o para haber fracasado en el intento.

Ya estaba levantado al despuntar el alba. Cogí un poco de pan, leche y panceta de la sala de guardias y me lo llevé al Jardín de las Mujeres para desayunar allí. Me senté a escuchar los trinos de los pájaros y sentir cómo poco a poco la calidez de la nueva jornada se extendía por la tierra. Siempre había hallado un profundo consuelo en estas cosas. Esta mañana afirmaban que la bondad de la tierra es inagotable y me hicieron desear que pudiera quedarme a ver el verano cobrar fuerza y la fruta crecer en los árboles.

La sentí antes de verla. Estornino vestía una túnica de estar por casa de color azul claro. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros y había elegido unas sandalias sencillas para proteger sus elegantes pies estrechos. Traía un tazón humeante entre las manos. La miré y deseé que todo hubiera sido más fácil entre nosotros. Cuando me vio sentado en silencio en el banco que había debajo del árbol, fingió quedarse boquiabierta, expresión que después cambió por una sonrisa cuando se acercó a mí. Se sentó, sacudió los pies para desprenderse de las sandalias y recogió las piernas sobre el banco, entre los dos.

—Vaya, buenos días —me saludó. Percibí cierta sorpresa en sus ojos—. Casi no te reconozco, Traspíe. Se diría que has rejuvenecido diez años.

—Tom —le recordé amablemente, consciente de que había dejado caer mi antiguo nombre para desconcertarme—. Y yo diría que tienes razón. Tal vez todo lo que necesitaba era someterme a la rutina diaria de los guardias.

Articuló una risita escéptica con la garganta y tomó un sorbo del tazón. Al levantar la vista, añadió con amargura:

—Supongo que tú no puedes decir lo mismo de mí.

—¿Que te vendría bien servir como guardia? —le pregunté en un tono inocente. Después, cuando fingió darme una patada, añadí—: Estornino, a mis ojos siempre serás Estornino. Ni mayor ni más joven de lo que espero que seas,

tan solo Estornino.

Arrugó la frente por un momento, tras lo cual encogió los hombros y se rio.

—Nunca sé si debo tomarme como un cumplido las cosas que me dices. — Se me acercó un poco más y olisqueó el aire cerca de mí—. ¿Almizcle? ¿Ahora utilizas perfume, Tom Mechatejón? Si estás buscando compañía femenina...

—No, no utilizo perfume. Lo que ocurre es que he dormido con un hurón.

Dado que le respondí con sinceridad, la estridencia de su risa me sobresaltó. Después tuve que sonreír yo también cuando me miró meneando la cabeza. Cambió de postura de tal modo que su muslo cálido por el sol quedó apretado contra el mío.

Es muy propio de ti, Traspíe. Muy propio de ti. —Suspiró satisfecha y me preguntó con pereza—: Entonces ¿debo deducir que tu duelo ha finalizado y has vuelto a vincularte?

Su comentario ensombreció la mañana de verano para mí. Carraspeé y le respondí con delicadeza:

—No. Dudo que mi duelo termine alguna vez. Ojos de Noche y yo encajábamos como un puñal y su vaina. —Miré el arriate de las camomilas y le dije con voz queda—: Después de él, no puede haber más. Estaría perjudicando al animal con el que me vinculase, pues no sería más que un sustituto, no un compañero de verdad para mí.

Les dio más vueltas a mis palabras de las que yo pretendía. Extendió el brazo por el respaldo del banco. Acomodó la cabeza sobre él y contempló el cielo a través de las ramas de los árboles que nos prestaban su sombra. Apuré la leche que había traído y dejé la taza a un lado. Estaba a punto de despedirme de ella y retirarme para empezar la clase de la mañana con Vencejo cuando me preguntó:

—Entonces ¿no has pensado nunca en recuperar a Molly?

—¿Qué?

Estornino levantó la cabeza.

—Querías a esa muchacha. Al menos, es lo que siempre has dicho. Y tuvo a tu hija, por lo que pagó un alto precio. Sabes que se la podría haber sacado del cuerpo si así lo hubiera decidido. Que optara por seguir adelante significa que sentía algo muy profundo por ti. Deberías presentarte ante ella. Recuperarla.

—Molly y yo nos separamos hace mucho tiempo. Ahora está casada con

Burrich. Han rehecho su vida. Tienen seis hijos —señalé con frialdad.

—¿Y? —Deslizó su mirada hasta cruzarla con la mía—. Vi a Burrich cuando vino a Torre del Alce para llevarse a Vencejo a casa. Se mostró reservado y hosco cuando lo saludé. Y estaba viejo. Le cuesta caminar y está perdiendo la vista. —Meneó la cabeza al recordarlo—. Si te propusieras recuperar a Molly, Burrich no supondría ninguna competencia para ti.

—¡Yo nunca haría eso!

La juglaresa tomó un sorbo de su tazón y me miró fijamente por encima del borde.

—Lo sé —admitió al apartar el cuenco de sus labios—. Aunque él sí te la quitó a ti.

—¡Los dos creen que estoy muerto! —le recordé, con la voz más áspera de lo que pretendía.

—¿Y estás seguro de que no es así? —me preguntó con frivolidad. Al ver mi expresión, sus ojos se ablandaron—. Ay, Traspíe. Nunca haces nada por ti, ¿verdad? Nunca coges lo que quieres. —Se arrimó un poco más a mí—. ¿Crees que Molly te habría agradecido la decisión que tomaste? ¿De verdad piensas que tenías derecho a decidir por ella? —Se reclinó un tanto, escrutando mi rostro—. Las entregaste, a ella y a la niña, como si fueran unas cachorrillas para las que hubieses encontrado un buen hogar. ¿Por qué?

Había contestado a esa pregunta tantas veces que ni siquiera me hizo falta pensarlo.

—Burrich era el mejor hombre para ella. Era así entonces y lo sigue siendo ahora.

—¿Seguro? Me pregunto si Molly estaría de acuerdo.

—¿Y qué tal está tu marido? —le pregunté inopinadamente.

Su mirada se tornó opaca.

—¿Quién sabe? Se ha marchado a las colinas para pescar truchas con lord y lady Redoaks. Como sabes, a mí nunca me ha entusiasmado ese tipo de excursiones. —Miró a otra parte para proseguir—. Sin embargo, parece que a su encantadora hija, Hiedra, sí. Tengo entendido que saltó de alegría cuando la invitaron a sumarse a la salida.

No hacía falta que me lo explicase. La tomé de la mano.

—Estornino. Lo siento.

Respiró.

—¿De verdad? No me importa demasiado. Puedo disfrutar de su nombre y sus propiedades. Además, me da libertad para vivir como una juglaresa, para que vaya y venga como me plazca. —Me miró inclinando la cabeza—. Había pensado que podría unirme al séquito que viajará con Dedicado a las Islas del Margen. ¿Qué opinas?

Se me encogió el corazón solo de pensarlo. Uf, no.

—Creo que sería mucho peor que salir a pescar truchas. Pasaremos frío y muchas incomodidades la mayor parte del tiempo. Además, la comida de las Islas del Margen es intragable. Si te ponen un cuenco de manteca de cerdo, miel y tuétano, estarás probando lo más selecto de su cocina.

Estornino se levantó con elegancia.

—Paté de pescado —señaló—. Olvidas el paté de pescado que elaboran. Lo utilizan en todos los platos. —Se quedó mirándome. Al cabo, estiró el brazo y me apartó el pelo que me caía sobre la cara. Me acarició la cicatriz que surcaba mi rostro—. Algún día —dijo en tono paciente—. Algún día te darás cuenta de que éramos la pareja perfecta, tú y yo. De que, de todas las personas que han formado parte de tu vida allá donde estuvieras, soy la única que ha llegado a entenderte de verdad y a amarte a pesar de ello.

La miré boquiabierto. En todos los años que hacía que nos conocíamos, jamás me había dicho que me amara.

Deslizó los dedos hasta mi barbilla y me ayudó a cerrar la boca.

—Deberíamos desayunar juntos más a menudo —sugirió. A continuación se alejó caminando tranquilamente mientras bebía de su tazón, consciente de que la observaba.

—En fin. Al menos haces que me olvide de mis otros problemas durante un rato —murmuré para mí.

Llevé la taza a la cocina y me encaminé hacia el Jardín de la Reina. Tal vez se debiera a la reciente conversación con Estornino, porque cuando salí a la azotea de la torre y encontré al niño dándoles de comer a las palomas, le hablé sin rodeos.

—Mentiste —lo acusé antes de que tuviera ocasión de darme los buenos

días—. Tu padre nunca te dio permiso para que te marcharas de casa. Te escapaste. Y robaste dinero para tu huida.

Me miró atónito. Se quedó pálido.

—¿Quién...? ¿Cómo...?

—¿Que cómo lo sé? Si te respondo a esa pregunta, tendré que responderla también a Chade y a la reina. ¿Quieres que sepan lo que yo sé?

Recé por haber dado en el blanco. Cuando lo vi tragar saliva y negar con la cabeza de súbito y en silencio, mis dudas se disiparon. Ahora que tenía la oportunidad de correr a casa, sin que nadie más llegara a descubrir el acto deshonesto que había cometido, la aprovecharía.

—Tu familia está muy preocupada por ti. No tienes derecho a hacer que los que te quieren se torturen pensando en lo que te pueda haber pasado. Recoge tus cosas, muchacho, y márchate por donde viniste. Ten. —Sin pensarlo, saqué mi monedero del cinturón—. Aquí tienes suficiente para volver a casa sin problemas y para pagar lo que te llevaste. Asegúrate de que así sea.

No pudo mirarme a los ojos.

—Sí, maestro.

Puesto que no se decidía a aceptar el monedero, le cogí la mano, se la giré palma arriba y le puse la bolsa encima. Cuando le solté la mano, se quedó mirándome. Señalé la puerta que daba a la escalera. Se dio media vuelta, aturdido, y echó a andar con paso indeciso. Al poner la mano en el picaporte, se detuvo.

—No entendéis cómo es mi vida allí —susurró con voz lánguida.

—Sí. Lo entiendo. Mucho mejor de lo que te imaginas. Márchate a casa, acata la disciplina de tu padre y sirve a tu familia hasta que seas mayor de edad, como haría cualquier niño honrado. ¿No te han criado tus padres? ¿No te dieron la vida? ¿No te han dado de comer? ¿Ropa para abrigarte? ¿Zapatos para calzarte? Entonces lo justo es que los ayudes con tu trabajo, hasta que seas un hombre por ley. Después podrás tomar tu propio camino. Llegado ese día tendrás muchos años para descubrir tu magia, años de los que tú serás dueño, merecidamente, y podrás vivir como te plazca. La Maña podrá esperar hasta entonces.

Se pegó a la puerta y apoyó la frente contra ella por un momento.

—No. Mi magia no esperará.

—¡Tendrá que hacerlo! —exclamé con aspereza—. Ahora vete a casa, Vencejo. Márchate hoy mismo.

Agachó la cabeza, abrió la puerta, salió y volvió a cerrarla. Oí que sus pasos resonaban cada vez con menos fuerza según bajaba por la escalera, hasta que dejé de percibirlo por medio de la Maña. Solté un largo suspiro. Le había ordenado hacer algo muy duro. Confié en que el hijo de Burrich tuviera el arrojo necesario. Confié, sin creerlo del todo, en que el regreso del niño bastara para unir de nuevo a la familia. Me acerqué al parapeto y contemplé las rocas que bordeaban el pie de la torre.

Partidas

No se ha de menospreciar a aquellos que emplean la Habilidad sobre todo para moldear los sueños de otros. Este don se manifiesta con frecuencia entre los Solos. Estos Portadores de la Habilidad solitarios, si bien no actúan con la contundencia propia de los destacamentos, emplean su particular capacidad para servir a su monarca con sutileza y eficiencia. Pueden enviarle sueños amenazadores a un lord enemigo para que reconsidere su comportamiento, mientras que los sueños de triunfo y gloria pueden apuntalar el coraje de los líderes militares. Los sueños pueden servir como recompensa y, en algunos casos, como bálsamo para quienes caen víctimas del desánimo o los que pierden la esperanza.

CORVÁRBOL,

Usos menores de la Habilidad

Por la noche le dije a Chade que Vencejo se moría de ganas por volver a casa, de manera que le di permiso para regresar con el deseo de que pudiera arreglar las cosas con Burrich. El anciano asintió con aire ausente; el niño era la menor de sus preocupaciones.

Le hablé también de la charla que mantuve con Telaraña, información que concluí diciéndole:

—Sabe quién soy. Creo que lo sabe desde que llegó aquí.

A esto el consejero reaccionó de un modo más categórico.

—¡Maldita sea! ¿Por qué tienes que ponerte a conjeturar ahora, cuando hay tantas cosas de las que debo ocuparme?

—No creo que sean conjeturas —repliqué con firmeza—. De hecho, pienso que es algo que alguien ha sabido siempre, y con lo que nosotros nos hemos topado ahora. ¿Qué sugieres que haga?

—¿Qué sugiero que hagas? ¿Y qué podrías hacer? —respondió de mal humor—. Es algo que ya se sabe, muchacho. Lo único que podemos hacer es esperar que el aprecio que Telaraña parece sentir por nosotros sea sincero. Y que esta información no llegue a todos los Mañosos. —Dio un golpe en la mesa con el estuche de cuero para guardar en él los manuscritos y empezó a anudar las tiras del cierre—. ¿Acebo, has dicho? —me preguntó un momento después—. ¿Crees que Acebo, se lo contó a Telaraña?

—Es lo que me pareció que insinuaba.

—¿Y cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace años, cuando vivía entre los Mañosos. Era la esposa de Rolf.

—¡Eso ya lo sé! Tampoco me falla tanto la cabeza. —Se quedó pensativo mientras enrollaba otro manuscrito—. No queda tiempo —anunció al cabo—. Te enviaría a ver a esa tal Acebo si lo tuviéramos, para que averiguases a cuánta gente se lo ha dicho. Pero no disponemos del tiempo necesario. Por tanto, pensemos, Traspíe. ¿Qué uso podrían hacer de esta información?

—No estoy seguro de que Telaraña pretenda usarla de ninguna manera. Me lo comentó como si deseara ayudarme; no me pareció que me amenazase en modo alguno, ni siquiera que tuviese la intención de chantajearme con el secreto. Más bien pareció instarme a que me sincerase con Vencejo para entenderme mejor con él.

—Hum —gruñó el anciano con aire pensativo mientras ataba el último estuche—. Empuja la tetera hacia aquí. —Mientras servía, comentó—: Telaraña es todo un misterio, ¿verdad? Sabe muchas cosas, y no hablo solo de esas fábulas de Mañosos que cuenta. No lo calificaría de cultivado, pero, como él dice, siempre que ha necesitado saber algo, ha encontrado el modo de aprender. —La mirada del consejero se extravió según hablaba. No cabía duda de que había dedicado algún tiempo a reflexionar sobre Telaraña—. No me gustó que Civil propusiera que Dedicado formase un «destacamento de Mañosos» porque no contaba con un destacamento de la Habilidad. No se ha hablado abiertamente acerca de este asunto. Aun así, no obstante, se diría que sí que ha llegado a fundarse. Están Civil Bresinga, con su gato, el juglar ese, Cizaña, y Telaraña. Los tres tienen pensado sumarse a la expedición. Y presiento, aunque el príncipe sea reacio a hablar de ello, que conforman una suerte de «destacamento». Cuando están juntos se aprecia una cercanía entre ellos de la que a mí se me excluye. Por supuesto, Telaraña es el pilar sobre el que se fundamenta el grupo. Actúa más como sacerdote que como cabecilla; es decir, no les da órdenes a los demás, sino que les aconseja, y a menudo habla de servir al «espíritu del mundo» o a «lo divino». No le preocupa que al expresarse en esos términos los demás lo tomen por majadero. Si tuviera ambición, sería un hombre muy peligroso. Con todo lo que sabe, podría buscarnos la ruina a todos.

Las pocas veces que ha hablado conmigo, ha sido de un modo muy indirecto. Tengo la corazonada de que nos está instando a emprender algún tipo de acción, aunque no dice qué es lo que espera que hagamos. Hum.

—Veamos. —Enumeré las posibilidades con los dedos—. Quizá Telaraña solo pretendía que fuese franco con Vencejo. Bien, ahora que el niño se ha ido, eso ya no supone un problema. Sin embargo, tal vez quiera que confiese ante todo el mundo quién soy en realidad. O puede que desee que los Vatídico reconozcan la condición de Mañoso del príncipe. Y si las dos cosas se comunicaran al mismo tiempo, sería lo mismo que decir que la Maña corre por la sangre de los Vatídico. —Dicho esto, me quedé sin palabras. ¿De verdad la Maña estaba ligada al linaje de los Vatídico? El último miembro del que se sabía con certeza que la portaba era el príncipe Picazo, pero no dejó descendencia. La corona pasó a otra rama de los Vatídico. Por lo tanto, tal vez yo heredase la Maña por parte de mi madre, nacida en las Montañas. De esa manera, la pasaría cuando Veraz se sirvió de mi cuerpo para concebir a Dedicado. Estos solo eran algunos de los fragmentos del rompecabezas que nunca había compartido con Chade, y que no tenía intención de comunicarle. Estaba convencido de que Dedicado descendía del espíritu de Veraz. Aun así, ahora me corroía la duda de si, al haber utilizado mi cuerpo, Veraz le transmitiría parte de mi magia mancillada a su hijo.

—Traspié —dijo Chade, haciendo que me sobresaltara al oírlo, sumido como estaba en mis pensamientos—. No le des demasiadas vueltas. Si Telaraña pretendiera hacernos daño, de poco nos serviría averiguar sus intenciones. Dado que se unirá a la expedición del príncipe, podremos vigilarlo de cerca. Y hablar con él. Sobre todo tú deberías estrechar tu relación con él. Hazle creer que deseas aprender más cosas acerca de la Maña. Así te ganarás su confianza.

Suspiré levemente. Estaba cansado de engaños. Así se lo dije a Chade. El consejero resopló sin compadecerse.

—Naciste para engañar, Traspié. Naciste para ello. Igual que yo, igual que todos los bastardos. Somos gente engañosa, hijos pero no herederos, miembros de la realeza pero no príncipes. Creía que a estas alturas ya lo tendrías asumido.

Me limité a decirle:

—Intentaré conocer mejor a Telaraña durante el viaje y averiguar qué

intenciones tiene.

Chade asintió con aire reflexivo.

—Un barco es un buen escenario para eso. Durante un viaje hay pocas cosas que hacer aparte de conversar. Y si al final resultara que supone un peligro para nosotros... En fin.

No hacía falta que añadiera que durante una travesía por mar pueden acontecer muchos infortunios. Deseé que no hubiese dicho nada. Sin embargo, siguió hablando.

—¿Has sido tú quien le ha metido en la cabeza a Estornino la idea de venir con nosotros? Porque así lo ha solicitado. Se presentó ante la reina con un prolijo discurso para persuadirla de que un juglar debería formar parte de la expedición y así regresar a casa con un relato de primera mano sobre la aventura del príncipe.

—No, no he sido yo. ¿La reina le dio permiso?

—Yo le expresé mi desacuerdo, con el pretexto de que todas las plazas del barco del príncipe estaban apalabradas, y de que otro juglar, Cizaña, ya había solicitado el puesto. ¿Por qué? ¿Crees que podría sernos de utilidad?

—No. Temo que esta misión sea como la última en la que participé; mientras menos verdades se cuenten en casa a nuestro regreso, mejor. —Di gracias por que Chade hubiera rechazado a Estornino, pero, aun así, en el fondo me sentía un tanto desilusionado. Esta reacción me avergonzaba demasiado para examinarla en detalle.

Al día siguiente me las arreglé para ver a Percán. Fue solo una visita breve y hablamos mientras él trabajaba. Uno de los oficiales estaba diseñando una obra de taracea y le había pedido a Percán que lijara las piezas que la componían. En mi opinión la tarea no podía ser más aburrida, pero el muchacho parecía muy concentrado en ella. Sonrió con cansancio cuando lo saludé y aceptó solemnemente los sencillos regalos y recuerdos que le había traído. Al preguntarle cómo estaba, no se molestó en responder con evasivas.

—Svanja y yo seguimos juntos, sus padres todavía no lo saben, y sigo haciendo malabarismos para compaginar nuestra relación con el trabajo de aprendiz. Pero creo que lo estoy haciendo bien. Si me esmero aquí, tengo la esperanza de ascender a oficial pronto. Cuando tenga ese cargo, creo que podré

presentarme ante el padre de Svanja para pedirle la mano de su hija. —Suspiró—. Estoy muy cansado de actuar a hurtadillas, Tom. Creo que a Svanja le divierte, que para ella es más emocionante así. Pero a mí, en fin, me gustaría solucionar toda esta situación. Una vez que ascienda a oficial, creo que podré hacer las cosas como es debido.

Preferí no recordarle que el aprendizaje duraba años, no tan solo unos meses. Los dos lo sabíamos. Lo que importaba era que Percán no pretendía dejar a un lado su formación, sino aprovecharla con la esperanza de cumplir sus sueños. ¿Qué más podía pedirle? Así, abracé a mi hijo y le dije que pensaría mucho en él. Me devolvió el abrazo con fuerza.

—No te deshonraré, Tom. Te prometo que no te deshonraré.

Con el resto de los guardias, cargué mi cofre en un carro y lo seguí hasta los muelles. La ciudad de Torre del Alce se había engalanado para el Festival de Primavera. Las guirnaldas de flores embellecían los dinteles y los estandartes ondeaban. Las puertas de las tabernas y otros establecimientos públicos permanecían siempre abiertas, dejando escapar el alboroto de la música y el olor de los platos típicos de las festividades. Algunos de los hombres se quejaban porque no podrían asistir a las celebraciones, pero el primer día de la primavera era tan válido como cualquier otro para emprender un viaje.

Mañana por la mañana se pondría en escena el embarque del príncipe, donde actuaríamos como escolta. Hoy subimos a bordo de la *Oportunidad de la Doncella* y nos empujábamos amigablemente en busca de un hueco en la cubierta inferior que se nos había asignado. Era una sección penumbrosa, mal ventilada y saturada con el hedor de los hombres hacinados en un espacio reducido y las aguas del pantoque que corrían por debajo de nosotros. Después de golpearme la cabeza dos veces contra las vigas bajas, empecé a moverme encorvado. Viajaríamos embutidos los unos entre los otros, sin posibilidad de disfrutar de un poco de intimidad o silencio. Las cuadernas ennegrecidas por el humo parecían exhalar un miasma opresivo. El agua lamía con estruendo el exterior del casco, como si se empeñara en recordarme que tan solo la tablazón se interponía entre el mar gélido y yo.

No me entretuve guardando el equipaje, ansioso como estaba por salir de allí. No me importaba dónde quedara trincado mi baúl; me había resuelto a

pasar todo el tiempo que pudiera respirando aire fresco en la cubierta superior. Más o menos la mitad de los guardias tenían experiencia en este tipo de viajes. Le daban mucha importancia al hecho de que nos hubieran alojado en una sección separada de la de los marineros, a los que tachaban de borrachos, ladrones y pendencieros. Algo me decía que la tripulación opinaba exactamente lo mismo de los guardias.

Coloqué mis pertenencias sin perder un segundo y subí a cubierta. No pude quedarme mucho tiempo allí, pues estaba atestada de navegantes y pasajeros, todos los cuales debían realizar alguna tarea que requería que me quitasen de en medio a empujones. Una tras otra, las cajas eran levantadas de las dársenas y a continuación se introducían por las escotillas para almacenarlas en las bodegas. Los marineros que no les gritaban a sus compañeros proferían encendidos improperios contra todo no marinero que se cruzaba en su camino.

Una vez que descendimos de nuevo a las dársenas, suspiré aliviado. Cuando quisiera darme cuenta estaría atrapado a bordo de ese barco sin posibilidad de escapar. Pero cuando me alejaba por la pasarela, la paz que acababa de recuperar se evaporó. Más adelante estaba el bufón en su faceta de lord Dorado, furibundo. Un séquito de sirvientes cargados de cajas, jaulas, bolsas y paquetes de toda índole aguardaba tras él. Le bloqueaba el paso un apurado escribano que portaba un manuscrito. Negaba con la cabeza y los ojos casi cerrados, mientras lord Dorado vociferaba.

—¡Bien, evidentemente hay un error! Lo que parece que se os escapa es que no lo he cometido yo. ¡Hace meses que se decidió que acompañaría al príncipe en esta expedición! ¿Quién mejor para aconsejarlo que yo, que he viajado por medio mundo y conozco todas las culturas? ¡Quitaos de en medio! Yo mismo elegiré un camarote adecuado para mí, ya que insistís en que no se me ha asignado ninguno, y llevaré mi equipaje adentro, ¡mientras vos corréis a averiguar quién es el responsable de esta equivocación ignominiosa!

El escribano no dejó de negar con la cabeza en ningún momento, de modo que cuando habló no me cupo duda de que se estaba limitando a repetir una excusa ya manifestada.

—Lord Dorado, lamento con toda humildad el error que haya podido producirse. He recibido la lista directamente de manos de lord Chade, y se me

han dado instrucciones muy explícitas. Solo se permitirá embarcar en la nave del príncipe a quienes figuren en esta lista. Tampoco se me permite abandonar este puesto, para correr a preguntar si alguien ha cometido un error. Tengo órdenes muy claras al respecto. —Como si albergara la esperanza de deshacerse de Dorado, propuso—: Quizá se os haya asignado un camarote en alguno de los barcos de compañía.

Lord Dorado suspiró enfurecido. Cuando se volvió hacia su sirviente, pareció no reparar en mi presencia, pero por un mínimo instante, nuestras miradas se cruzaron.

—¡Baja eso! —le ordenó, permitiendo que el criado dejara una caja en el suelo y respirase aliviado. De inmediato lord Dorado se sentó encima. Mientras cruzaba las piernas, cubiertas con calzas verdes, les hizo un gesto imperioso a los demás sirvientes—. ¡Todos! Dejad los bultos donde estáis.

—Pero... estáis bloqueando el... Os lo ruego, lord Dorado...

El jamaillio ignoró la angustia del escribano.

—Aquí me quedaré hasta que ese asunto se resuelva —anunció en un tono dolido. Se cruzó de brazos. Levantó la barbilla y fijó la vista en el mar como si nada más le importase en absoluto.

El escribano contempló rápidamente el escenario. Los sirvientes y bultos de lord Dorado conformaban una barricada que impedía el acceso a la dársena. Los pasajeros empezaban a colapsar el muelle y, entre ellos, también se veían obligados a detenerse cada vez más estibadores cargados con sus carretillas y toneles de suministros. El escribano tomó aire e intentó imprimir alguna autoridad a su exigencia.

—Señor, tendréis que retiraros junto con vuestro equipaje hasta que esto se solucione.

—No pienso hacerlo. Así que os sugiero que enviéis a un mensajero a hablar con lord Chade para que os autorice a permitirme embarcar. Pues no me contentaré con otra cosa.

Se me cayó el alma a los pies. Sabía que lord Dorado se estaba dirigiendo a mí más que al escribano. Me había visto. Esperaba que yo subiera corriendo al castillo de Torre del Alce y avisara a Chade con el fin de que este se apresurase a zanjear el dilema. Todavía no sospechaba que el responsable de su situación era

yo, ni que, aunque me arrepintiese, el consejero se mantendría firme. Mientras me alejaba del barullo que se estaba formando, lo vi guiñarme un ojo con sutileza. Sin duda creía que la sonada partida de lord Dorado se convertiría en una de las leyendas de la ciudad de Torre del Alce.

No quería seguir viendo aquello. Según recorría las empinadas calles que conducían a la fortaleza, me dije a mí mismo que no tenía motivo para atormentarme. Lord Dorado permanecería allí sentado hasta que lo desalojaran. Nada más terrible. Y cuando mañana zarpáramos sin él, en fin, se quedaría en Torre del Alce, sano y salvo, mientras que los demás tendríamos que resignarnos a las incomodidades y el aburrimiento que la travesía nos impusiera. Nada más terrible.

A pesar de todo, el resto del día se me hizo eterno. Tras los apresurados preparativos de las últimas jornadas, las últimas horas transcurrieron vacías. No restaba nada por hacer. En mi compartimento del cuartel de los guardias no quedaba nada salvo la ropa y el arma que llevaría mañana. La Guardia del Príncipe marcharía con un aspecto espléndido. Tanto los leotardos como la camisa y la túnica eran de color azul Gama. El alce de los Vatídico estaba bordado en el pecho. Las botas nuevas, confeccionadas a medida, no me apretaban. Ya las había engrasado bien para protegerlas de la humedad. Aunque era primavera, nos habían entregado una capa de lana gruesa para protegernos del intenso frío que haría en las Islas del Margen. La espada que me había regalado el bufón, acomodada sobre el juego de ropa, parecía censurar mi comportamiento. La dejé allí, todo lo segura que podía estar en un cuartel donde el honor era prácticamente la única pertenencia de los hombres.

Cuando llegué al taller de la torre, me encontré en la misma situación. Si Chade había advertido que ahora la espada de Hidalgo estaba colgada sobre la repisa de la chimenea, había optado por no hacer ningún comentario al respecto. Di algunas vueltas inútilmente por la habitación, quitando de en medio las cosas que Chade había dejado desperdigadas mientras hacía el equipaje. Las cartas de navegación de las Islas del Margen y todos los demás escritos que el consejero consideraba de utilidad estaban ya guardados. A falta de otra cosa que hacer, me tumbé en la cama y me puse a jugar con el hurón. Pero incluso Avizor se cansó enseguida. Se marchó a cazar ratas. Bajé a las saunas, me froté hasta dejarme el

cuerpo en carne viva y me afeité dos veces. Después regresé al cuartel y me tumbé en el catre. La alargada habitación estaba en silencio y casi vacía. Solo unos pocos guardias veteranos habían preferido retirarse pronto al igual que yo. Los demás seguían paseando por la ciudad de Torre del Alce, despidiéndose de las tabernas y las rameras. Me tapé bien con las mantas y me quedé mirando el techo sombrío.

Me pregunté hasta dónde llegaría el empeño del bufón por seguirnos. Chade me había asegurado que no se le permitiría salir de la ciudad de Torre del Alce. Tendría que desplazarse hasta otro puerto y pagar una cuantiosa suma para que algún capitán aceptase salir detrás de nosotros. Lord Dorado ya no contaba con ese dinero. Después de sus últimas travesuras, dudaba que encontrase ningún amigo dispuesto a prestarle una sola moneda. Se vería atrapado.

Y se pondría furioso conmigo, concluí. Era muy perspicaz. No tardaría en deducir quién había decidido dejarlo en la estacada. Sabría que yo había antepuesto su vida a lo que él entendía como destino. No sentiría un ápice de gratitud. Su catalizador debía ayudarlo a cambiar el rumbo del mundo, no a ponerle las cosas más difíciles.

Cerré los ojos y suspiré. Hube de realizar varios intentos hasta que conseguí serenarme. Cuando por fin empecé a rebasar las fronteras del sueño, me proyecté hacia Ortiga. Esta vez la encontré sentada sobre la rama de un roble, ataviada con un vestido hecho de mariposas. La miré desde el otero sobre el que se levantaba el árbol. De nuevo mi aspecto era el del lobo hombre, pues así me veía ella siempre en sus sueños.

—Pobres mariposas muertas —le dije con voz lastimera, meneando la cabeza.

—No seas tonto. Solo es un sueño. —Se puso de pie sobre la rama y saltó al suelo.

Me levanté sobre las patas traseras y abrí los brazos para recibirla, pero las mariposas de su vestido comenzaron a batir las alas de forma simultánea, haciendo que flotase, ligera como el vilano, hasta posarla de pie a mi lado. Lucía una gran mariposa amarilla en el pelo a modo de lazo. La criatura sacudía las alas pausadamente. El color del vestido mutaba de un modo ondulante cada vez que las mariposas se agitaban con pereza.

—Agh. ¿No te hacen cosquillas con tantas patitas?

—No. Es un sueño, ¿recuerdas? No hay por qué conservar las cosas desagradables.

—Tú nunca tienes pesadillas, ¿verdad? —observé admirado.

—Creo que antes sí las tenía, cuando era muy pequeña. Pero ya no. ¿Por qué permanecer en los sueños que no me agradan?

—No todos podemos controlar los sueños como lo haces tú, pequeña. Deberías considerarlo una bendición.

—¿Tú sí tienes pesadillas?

—A veces. ¿Ya no te acuerdas de dónde me encontraste la última vez, en medio de aquella pendiente pedregosa?

—Ah. Sí, me acuerdo. Pero creía que ese escenario lo elegiste tú. A algunos hombres les gusta vivir situaciones arriesgadas, ¿sabes?

—Tal vez. Pero otros estamos cansados de esas cosas y evitaríamos tener pesadillas, si pudiéramos.

Ortiga asintió despacio.

—A veces mi madre sufre unas pesadillas horribles. Incluso cuando me introduzco en ellas y le digo que salga permanece dentro. O no puede verme o se niega a hacerlo. Y mi padre... Sé que tiene sueños malos, porque a veces se pone a gritar. Pero nunca he conseguido entrar en sus sueños. —Hizo una pausa para reflexionar—. Creo que eso es lo que lo ha llevado a beber otra vez. Cuando se emborracha pierde el conocimiento en lugar de quedarse dormido. ¿Crees que podría estar escondiéndose de sus pesadillas?

—No lo sé —respondí, deseando que no me hubiera contado nada de eso—. Pero te daré una noticia que quizá los tranquilice a los dos. Vencejo se encuentra camino de casa.

Ortiga dio una palmada y respiró hondo.

—Ah, gracias, Lobo de las Sombras. Sabía que tú podrías ayudarme.

Intenté parecer severo.

—No habría tenido que ayudarte si hubieras usado la cabeza. Vencejo es demasiado joven para moverse solo por la vida. No tendrías que haberlo ayudado a escaparse.

—Lo sé, ahora. Pero entonces no. ¿Por qué la realidad no puede ser como

los sueños? En los sueños, si algo sale mal puedes cambiarlo sin más. —Se llevó los brazos a los hombros y volvió a bajarlos deslizándolos por la parte delantera del vestido. De súbito lucía un traje de pétalos de amapola—. ¿Lo ves? Adiós a las cosquillas de las patitas. Solo tienes que decirle a lo que no te gusta que se marche.

—¿Así espantaste a la dragona?

—¿La dragona?

—Ya sabes de cuál te hablo. Tintaglia. Al principio aparece en forma de criatura pequeña, como una lagartija o una abeja, pero después aumenta su tamaño, hasta que la derrotas.

—Ah. Esa. —Arrugó la frente—. Solo aparece cuando vienes tú. Creía que formaba parte de tu sueño.

—No. No forma parte de los sueños de nadie. Es tan real como tú y yo. —De pronto me inquietó que Ortiga no lo percibiera así. ¿Acaso las conversaciones que manteníamos en sueños la habían expuesto a un peligro mayor del que yo imaginaba?

—¿Quién es, entonces, cuando está despierta?

—Ya te lo he dicho. Es una dragona.

—Los dragones no existen —me contradijo con una risa, dejándome sin palabras por un momento.

—¿No crees en los dragones? Entonces ¿quién salvó los Seis Ducados de los Corsarios de la Vela Roja?

—Los soldados y los marineros, principalmente, supongo. Tampoco importa demasiado, ¿no te parece? Ocurrió hace mucho tiempo.

—Algunos pensamos que se trata de un asunto crucial —murmuré—. Sobre todo los que estuvimos allí.

—Seguro que lo es. Aunque por lo que he visto, muy pocos, por no decir nadie, pueden contar con exactitud cómo se salvaron los Seis Ducados. Se limitan a decir que vieron los dragones en lontananza y que, cuando quisieron darse cuenta, los barcos de la Vela Roja estaban hundidos o despedazados. Y que los dragones prácticamente habían desaparecido en el horizonte.

—Los dragones ejercen efectos muy extraños en la memoria de las personas —le expliqué—. Según parece, la... absorben cuando vuelan sobre ellas. Como

un trapo que secara la cerveza derramada.

Ortiga me sonrió.

—Y si eso es verdad, ¿por qué Tintaglia no ejerce ese efecto sobre nosotros? ¿Por qué recordamos su paso por nuestros sueños?

Levanté una mano a modo de advertencia.

—Será mejor que dejemos de pronunciar su nombre. Preferiría no volver a encontrarme con ella. En cuanto a por qué podemos recordarla, en fin, diría que es porque se presenta ante nosotros en forma de criatura soñada, en lugar de en carne y hueso. O tal vez no nos arrebate la memoria porque es una criatura de carne y hueso, en lugar de...

En ese momento recordé a quién tenía enfrente y guardé silencio. Le estaba contando demasiadas cosas. Si no refrenaba la lengua, pronto empezaría a hablarle de los dragones tallados en piedra de la memoria por medio de la Habilidad, y le revelaría que tales criaturas eran los vetulus que se mencionaban en las fábulas y las canciones.

—Continúa —me instó—. Si Tintaglia no es de carne y hueso, entonces ¿de qué otra cosa podría ser? ¿Y por qué siempre nos pregunta por un dragón negro? ¿Me vas a decir que ese dragón también es de verdad?

—No lo sé —respondí con cautela—. Ni siquiera estoy seguro de que exista. Será mejor que no hablemos de eso ahora. —Me sentía intranquilo desde que Ortiga mencionó a Tintaglia. El nombre parecía rielar en el aire, engañoso como el humo que se desprendiera de una lumbre.

No obstante, si pronunciar un nombre invocaba algún tipo de magia milenaria, aquella noche fuimos perdonados. Me despedí de ella. De alguna manera, al abandonar su sueño regresé a mi anterior pesadilla. La grava resbaladiza de la escarpada pendiente se empeñaba en deslizarse bajo mis pies. Empecé a caer, a caer hacia la muerte. Oí en ese instante el grito lejano de Ortiga:

—¡Echa a volar, Lobo de las Sombras! ¡Haz que sea uno de esos sueños donde puedes volar! —Sin embargo, ignoraba cómo lograr algo así. Por tanto, me incorporé de súbito en el catre del cuartel.

Próxima ya la mañana, casi todos los guardias se encontraban en la cama. Aun así, todavía quedaba tiempo para seguir durmiendo. Intenté aprovecharlo,

pero me fue imposible, de modo que me levanté antes de lo acostumbrado. Ninguno de mis compañeros se agitaba inquieto. Me puse el uniforme nuevo y dediqué un buen rato a intentar apartarme el pelo de la cara. Después de cortármelo en señal de duelo por el fallecimiento de Ojos de Noche, aún no había crecido lo suficiente para que pudiera recogérmelo en una coleta de guerrero. Lo aglutiné en un moñito ridículo, consciente de que no tardaría en soltarse y descolgarse de nuevo sobre mis ojos.

Me dirigí a la sala de guardias y me deleité con el generoso desayuno que nos habían preparado en las cocinas. Puesto que pasaría mucho tiempo hasta que volviera a ingerir alimentos propios de tierra firme, me serví un poco de carne caliente, pan recién hecho y avena cocida con miel y crema. Lo que se sirviese en el barco dependería del clima, pero la mayoría de las viandas estarían saladas, secas y cocinadas de cualquier modo. Si el mar se revolvía y la cocinera estimaba peligroso encender los fogones, tendríamos que conformarnos con un plato frío y pan duro. Solo imaginármelo me desalentaba.

Cuando regresé al cuartel, la mayoría de mis compañeros se estaban levantando ya. Los vi vestirse con sus túnicas azules mientras protestaban por tener que cargar con una capa de lana en un cálido día de primavera. Si bien Chade nunca lo había admitido, algo me decía que una media decena de los miembros de la compañía de guardias servían además como espías. Su actitud tranquila y silenciosa me hacía pensar que se fijaban en más cosas de las que parecía.

Sin duda no era el caso de Acertijo, un jovenzuelo de unos veinte años. A él se le veía tan emocionado como a mí hastiado. No dejaba de mirarse en el espejo, prestándole una atención especial a su nuevo bigote. Empeñado en prestarme un poco de su unguento para el pelo, decía que no podía permitirme emprender un viaje tan importante con mi aspecto de granjero desgredado. Vestido con pulcritud y sentado en su camastro, golpeteaba el suelo impacientemente con los pies sin dejar de parlotear sobre cualquier tema imaginable, ora bromeando sobre lo recargada que le parecía la empuñadura de mi espada, ora preguntándome si yo sabía si era verdad que se podía matar a un dragón tan solo clavándole una flecha en el ojo. Su energía descontrolada resultaba tan molesta como un perro revoltoso. Me sentí aliviado cuando

Mechalarga, nuestro nuevo capitán, nos ordenó lacónicamente que formásemos fuera.

La orden no anunciaba el embarque inmediato. Tan solo que había llegado el momento de que formásemos y permaneciéramos a la espera. Los guardias dedicaban más tiempo a esperar que a entrenarse o a combatir. Esta mañana no sería una excepción. Antes de que nos ordenasen ponernos en marcha, oí a Hest relatar con todo lujo de detalles los tres encuentros amorosos que había tenido la noche anterior, mientras Acertijo se prestaba a ayudarlo con sus preguntas explícitas. Cuando más tarde se nos ordenó avanzar, no pasamos del patio contiguo a las puertas principales. Allí formamos alrededor del caballo y el mozo de cuadra del príncipe, y seguimos esperando. Una columna de sirvientes y lacayos que, al igual que nosotros, se habían vestido y desplegado para exhibir la importancia de su amo, se unió a nosotros poco después. Unos sostenían las riendas de los caballos, otros sujetaban a los perros y algunos, como nosotros, se limitaban a permanecer de pie, armados, ataviados y a la espera.

Al cabo, el príncipe apareció acompañado de su séquito. Tordo lo seguía de cerca y Sada, la mujer que lo asistía en este tipo de ocasiones, caminaba pegada a sus talones. Hoy Dedicado no me dirigió ninguna mirada; yo era tan anónimo como cualquier otro. La reina y sus hombres nos precedían, mientras que el consejero Chade y su escolta avanzaban inmediatamente detrás de nosotros. Vi a Civil, que llevaba a su gato junto a él, charlando con Telaraña mientras ocupaban los lugares que les correspondían en la procesión. A pesar de las objeciones de Chade, la reina había anunciado que algunas de sus «amistades de la Vieja Sangre» viajarían con el príncipe. Esta decisión provocó diversas reacciones en la corte, de tal modo que algunos supusieron que pronto veríamos si la magia de la Vieja Sangre servía para algo, mientras que otros murmuraban que al menos así los magos de las bestias saldrían de Torre del Alce.

Tras ellos venían los nobles elegidos para acompañar al príncipe, quienes procurarían ganarse su favor e investigarían qué oportunidades de negocio ofrecían las Islas del Margen. A estos los seguía una multitud que, cuando se despidiera de nosotros, podría disfrutar del Festival de Primavera. Pero por mucho que estiré el cuello, no vi ni rastro de lord Dorado a medida que se formaba la columna. Cuando Dedicado montó en su cabalgadura y cruzamos la

puerta, tuve la impresión de que todo el castillo de Torre del Alce nos seguía. Di gracias por encontrarme en la cabeza de la procesión, ya que cuando hubiéramos pasado todos, el camino sería una gran pista de lodo y bostas pisoteados.

Una vez que llegamos a los muelles, no podíamos embarcar y zarpar sin más. Primero se debía proceder a la lectura de diversos discursos y una entrega de flores y regalos de última hora. En cierto modo, esperaba encontrar a lord Dorado acampado aún con su equipaje y sus sirvientes en medio de las dársenas, pero no vi rastro de ellos. Me pregunté desazonado qué habría sucedido. Era un hombre de recursos. ¿Habría encontrado alguna manera de embarcar?

No dejé de sudar hasta que terminaron las ceremonias. A continuación subimos a bordo, flanqueando al príncipe, que se dirigió a su camarote, donde se despedirían de él los nobles que no participarían en la expedición, mientras que los que viajarían con él embarcaban y se acomodaban. Algunos guardias fueron apostados en la entrada del camarote del príncipe, pero a los demás, entre ellos yo, nos enviaron a la cubierta inferior para que nos quitáramos de en medio.

Pasé el resto de aquella deprimente tarde sentado sobre mi cofre. Las tablas del techo recogían el ruido de los pasajeros que iban y venían. En algún lugar un perro ladraba con incesante frenesí. Tenía la impresión de hallarme encerrado en un barril mientras alguien lo aporreaba por fuera. Un barril penumbroso y pestilente, puntualicé, inundado por unas aguas del pantoque cada vez más hediondas y hacinado en medio de una multitud de hombres convencidos de que necesitaban gritar para hacerse oír. Intenté evadirme pensando qué habría sido del bufón, aunque la incógnita no hizo sino agravar mi sensación de ahogo. Apreté la barbilla contra el pecho, cerré los ojos e intenté aislarme.

No funcionó.

Acertijo se sentó sobre el cofre junto a mí.

—¡Por las tetas de Eda, cómo apesta aquí abajo! ¿Crees que olerá todavía peor cuando salgamos a mar abierta y las aguas del pantoque se empiecen a revolver?

—Es posible. —Prefería no pensar en eso antes de que ocurriera. Ya había realizado otros viajes de esta envergadura, pero durante esas travesías dormía en la cubierta superior, o al menos podía subir sin impedimento alguno. Aquí, en medio de la oscuridad asfixiante, incluso el balanceo rítmico del barco sujeto al

amarradero empezaba a producirme dolor de cabeza.

—En fin. —Golpeó el arca con los talones, de tal manera que la sacudida ascendió por mi espalda hasta desembocar en mi cabeza—. Hasta ahora nunca había viajado por mar. ¿Y tú?

—Una o dos veces. En barcos pequeños, donde había luz y aire. No como en este.

—Ah. ¿Y ya habías visitado las Islas del Margen?

—No.

—¿Te encuentras bien, Tom?

—La verdad es que no. Anoche bebí demasiado y no he dormido mucho.

Era mentira pero funcionó. El jovencuelo sonrió, me dio un empujón amistoso que me arrancó un gruñido y me dejó solo. El bullicio y el estruendo me hostigaban por todos lados. Me sentía desdichado y asustado, y deseé no haber comido tantas pastas durante el desayuno. Nadie me prestaba ninguna atención. El cuello del uniforme me ahogaba y Sada ya había abandonado el barco, de modo que no podía arreglármelo.

—Tordo —susurré al reconocer el origen de mi aflicción. Me senté derecho, tomé una bocanada de aire fétido y procuré contener las arcadas. Me proyecté hacia él.

Eh, hombrecito. ¿Estás bien?

No.

¿Dónde estás?

En una habitación pequeña. Hay una ventana redonda y el suelo se mueve.

Estás mejor que yo. Yo ni siquiera tengo ventana.

El suelo se mueve.

Lo sé. Pero no pasa nada. Pronto los visitantes bajarán del barco, los marineros soltarán las amarras y emprenderemos nuestra aventura. ¿No te parece divertido?

No. Quiero irme a casa.

Ah, todo será más agradable una vez que zarpemos. Ya lo verás.

No, no lo será. El suelo se mueve. Y Sada dijo que el mar me revolvería la tripa.

Deseé que a alguien se le hubiera ocurrido decirle a Sada que debía hablar en términos positivos del viaje que nos esperaba.

Entonces ¿Sada viene con nosotros? ¿Se encuentra a bordo?

No. Solo yo, yo solo. Porque a Sada se le revuelve la tripa cuando viaja en barco. Lo sentía mucho por mí, por que me fuera. Dice que para ella un día en un barco dura tanto como un año. Y que lo único que se puede hacer es tener la tripa revuelta, y vomitar y vomitar y vomitar.

Por desgracia, Tordo tenía razón. Comenzaba a atardecer cuando los admiradores del príncipe fueron escoltados de regreso a las dársenas. Conseguí subir a cubierta, pero solo por un momento, puesto que el capitán empezó a maldecir a toda la guardia y nos ordenó que volviéramos abajo para que la tripulación pudiera faenar sin estorbos. Al fijarme en la multitud que se agolpaba en el muelle no di con el bufón. Temía encontrarme con su mirada acusadora, aunque me preocupó todavía más no verlo allí. Cuando los guardias fuimos conducidos en manada de vuelta a la cubierta inferior, los tripulantes cerraron las escotillas de nuestro techo, arrebatándonos la escasa luz y el poco aire que hasta entonces nos llegaba. Me encaramé otra vez sobre mi cofre. El olor resinoso de las cuadernas embreadas de la nave cobró intensidad. En la cubierta superior el capitán ordenó que los botes del barco nos remolcasen a mar abierto. Los sonidos cambiaron una vez que empezamos a deslizarnos por el agua. El capitán aullaba órdenes indescifrables y podía oír el golpeteo de los pies descalzos de los marineros que se apresuraban a obedecerlo.

Oí cómo ordenaban regresar a los botes, que fueron recogidos a continuación. La nave realizó una suerte de zambullida, tras la que el ritmo del vaivén cambió de nuevo. Supuse que el trapo habría cogido el viento. Ahora sí. Por fin estábamos en camino. Alguien se apiadó de nosotros y abrió una escotilla mínimamente, lo que parecía una burla cruel más que una ayuda. Me fijé en el finísimo arco luminoso.

—Yo ya me estoy aburriendo —me confesó Acertijo. Se encontraba de pie junto a mí, grabando algo en la gruesa tablazón del casco.

Le respondí con un gruñido. Siguió con su labor.

Bien, Tom Mechatejón, estamos en marcha. ¿Qué tal va todo por ahí abajo?

El príncipe parecía entusiasmado, pero ¿qué cabía esperar de un muchacho de quince años que acababa de emprender una travesía por mar para darle muerte a un dragón y así ganarse la mano de una narcheska? Sentí a Chade en el fondo y lo visualicé sentado a una mesa junto al príncipe, los dedos de Dedicado

en ligero contacto con el dorso de su mano. Suspiré. Todavía nos quedaba mucho por hacer para que el destacamento de la Habilidad llegara a funcionar como tal.

Me aburro. Y noto un poco inquieto a Tordo.

Ab. Imaginaba que agradecerías tener algo que hacer. Enviaré a alguien a hablar con tu capitán. Tordo está en la barandilla de popa, y no le vendría mal un poco de compañía. Acércate a verlo.

No cabía duda de que ese era Chade, que hablaba a través del príncipe.

¿Ya se ha mareado?

No del todo. Pero está convencido de que se le revolverá el estómago.

En fin, al menos así disfrutaría de la brisa marina, me consolé con amargura.

Al poco tiempo, el capitán Mechalarga gritó mi nombre. Cuando me presenté ante él, me informó de que debía atender a Tordo, el sirviente del príncipe, quien se encontraba indispuesto en la cubierta de popa. Los guardias que oyeron las órdenes se mofaron de mí por tener que hacer de niñera de un zoquete. Les sonreí y les contesté que subir a cubierta para cuidar de un simplón me parecía mucho mejor que quedarme encerrado abajo con toda la tropa. Subí la escalera de mano y me dejé envolver por el aire fresco del mar.

Encontré a Tordo en la cubierta de popa, aferrado a la barandilla mientras miraba hacia Torre del Alce con aire melancólico. El castillo negro que coronaba los acantilados rocosos empequeñecía por momentos. Civil se hallaba a unos pasos del hombrecillo, con el gato de presa a sus pies. Ni él ni el animal parecían contentos de estar allí, de manera que cuando Tordo se inclinó sobre la barandilla y empezó a rugir en un esfuerzo por vomitar, el gato aplanó las orejas.

—Aquí está Tom Mechatejón, Tordo. Enseguida te sentirás mejor, ya lo verás. —Civil me saludó con un asentimiento breve, de noble a guardia. Como siempre, me miró de un modo inquisitivo. Sabía que yo no era lo que parecía. Le salvé la vida durante el enfrentamiento con los picazos en la ciudad de Torre del Alce. Debía de preguntarse por qué de pronto yo aparecí y le presté mi ayuda. Tendría que seguir preguntádoselo, de la misma forma que yo tenía que preguntarme qué le habría contado Laudovino acerca de lord Dorado y de mí. El muchacho nunca había hablado de ello, ni yo pretendía que lo hiciera ahora. Me refugié tras una mirada hermética y le hice una reverencia.

—Estoy aquí para cumplir las órdenes que se me han dado, señor. —
Empleé un respetuoso tono neutro.

—Me alegro mucho de verte. Bien, adiós, Tordo. Ahora quedas en buenas
manos. Yo vuelvo a mi camarote. Estoy seguro de que enseguida te sentirás
mejor.

—Voy a morir —aseguró Tordo con voz sombría—. Voy a vomitar las
tripas y voy a morir.

Civil me miró compadecido. Fingí no darme cuenta cuando me situé junto a
Tordo. Se inclinó sobre la barandilla y siguió haciendo ruidos guturales. Me
agarré a la espalda de su chaqueta. Ah, sí. La aventura de los viajes por mar.

Travesía de sueños

... otros usos de la despreciable magia de las bestias. Los ignorantes creen que la Maña solo sirve para que los humanos hablen con los animales [palabras ilegibles debido a una quemadura] y cambiar de forma con fines malintencionados. Gunrody Lian, la última persona que admitió públicamente en la corte de Torre del Alce que había [amplio fragmento abrasado] para curar también la mente. Asimismo afirmaba que por medio de las bestias se podía obtener un conocimiento instintivo sobre las hierbas curativas, así como desarrollar cierta cautela ante [Esta sección termina aquí. El siguiente fragmento quemado del manuscrito empieza con:]... le puso las manos en la cabeza, la obligó a quedarse quieta y la miró a los ojos. Permaneció inclinado sobre ella mientras se realizaba la espantosa operación, sin que en ningún momento ella apartara los ojos de él ni gritase aterrorizada. Esto lo vi con mis propios ojos pero... [De nuevo, una quemadura en el borde del manuscrito. Las siguientes palabras podrían ser:] jamás me atreví a contarlo.

ESTRELLAFUGAZ,

Intento de restaurar el manuscrito de la Maña redactado por el maestro de la Habilidad Leftwell, a partir de unos fragmentos chamuscados aparecidos tras una pared del castillo de Torre del Alce

Conseguí llegar a la mañana siguiente sin vomitar yo también. Perdí la cuenta de las veces que tuve que agarrar a Tordo mientras él se inclinaba todo lo que podía sobre la barandilla y se esforzaba en vano por vaciar el estómago en el mar. Las burlas de los marineros no facilitaron las cosas y, si me hubiera atrevido a dejarlo solo, me habría divertido mucho con uno o dos de ellos. No le lanzaban pullas simpáticas porque su estómago no soportase el balanceo del barco. Subyacía tras ellas algo feo, como una reunión de cuervos que disfrutasen atormentando a un águila solitaria. Tordo era distinto, un mostrenco desmañado con cuya desgracia se deleitaban maliciosamente como prueba de su inferioridad. Incluso cuando algunos desgraciados más se unieron a nosotros en la barandilla, Tordo tuvo que soportar el grueso de las bromas.

Se calmaron un poco en el momento en que el príncipe y Chade salieron a

dar un paseo nocturno por cubierta. Dedicado parecía vigorizado por la brisa marina y por el hecho de encontrarse lejos de Torre del Alce. Cuando se acercó a Tordo y empezó a hablar con él en voz baja, Chade se las arregló para colocar la mano en la barandilla tocando la mía. De espaldas a mí, parecía estar asintiendo a lo que el príncipe le decía a su sirviente.

¿Cómo está?

Mareado como un perro, y deprimido. Chade, las burlas de los marineros le hacen sufrir todavía más.

Me lo temía. Pero si el príncipe se da cuenta y los regaña, el capitán también los amonestará. Ya sabes lo que pasaría después.

Sí. Aprovecharían cualquier ocasión en que nadie los viera para hacerle la vida imposible a Tordo.

Exacto. De modo que intentad ignorarlos, de momento. Imagino que se cansarán cuando se acostumbren a verlo por el barco. ¿Necesitas algo?

Un par de mantas. Y un cubo de agua dulce, para que pueda limpiarse la boca.

Así, me quedé con Tordo hasta el final de la larga y agotadora noche, para defenderlo si las burlas terminaban en pelea y para evitar que cayera por la borda cegado por la desdicha. En dos ocasiones intenté llevarlo al camarote. Las dos veces fuimos incapaces de separarnos de la barandilla más de tres pasos sin que le sobrevinieran más arcadas. Aunque ya no le quedaba nada en el estómago por expulsar, se negaba a regresar adentro. El mar se iba revolviendo a medida que la noche avanzaba, de tal modo que al alba el viento lanzaba contra nosotros una lluvia que nos empapaba mientras soportábamos las rociadas que se desprendían de las crestas espumosas de las olas. Calado y aterido, Tordo se negaba a separarse de la barandilla.

—Puedes vomitar en un cubo —le sugerí—. Dentro, ¡donde estaremos resguardados!

—No, no, tengo demasiado vómito para moverme —gemía una y otra vez.

Se había obsesionado con las náuseas y estaba decidido a revolcarse en su infortunio. No se me ocurría cómo luchar con su obstinación, salvo dejar que la llevara al extremo y se agotase. Seguramente, cuando se cansara de sentirse desdichado, se guarecería dentro.

Poco después de que amaneciese, Acertijo me trajo algo de comer.

Empezaba a sospechar que tal vez este jovenzuelo cándido y afable estuviera en realidad al servicio de Chade y le hubiesen asignado la tarea de ayudarme. En ese caso, preferiría que no se molestara, aunque agradecí el cuenco de gachas que me ofreció. Tordo tenía hambre, a pesar de las náuseas, de manera que compartimos el desayuno. Craso error, porque cuando vi cómo enseguida salía despedido de su boca, mi estómago también quiso desprenderse de lo que acababa de comer.

Esto fue lo único que pareció animarlo esa mañana.

—¿Ves? Todo el mundo se marea. Deberíamos volver ya a Torre del Alce.

—No podemos, amiguito. Tenemos que seguir adelante, hasta las Islas del Margen, para que el príncipe pueda matar a un dragón y conseguir la mano de la narcheska.

Tordo suspiró con pesadez. Empezaba a tiritar de frío a pesar de las mantas que lo envolvían.

—La narcheska no me gusta. Y creo que al príncipe tampoco. Que se quede con su mano. Vayámonos ya a casa.

En ese momento estaba de acuerdo con él, aunque no me atrevía a decírselo. Continuó.

—Odio este barco y ojalá no hubiera subido nunca.

Resulta extraño cómo a veces una persona se acostumbra tanto a algo que deja de ser consciente de ello. Hasta que Tordo no hizo ese comentario no me di cuenta de hasta qué punto su actitud reflejaba su indómita canción *Habilidosa*. La melodía no había parado de golpear mis muros en toda la noche, una canción compuesta del batir de las velas, el crujir de los cabos y las tablas, y el embestir de las olas contra el casco. Tordo había transformado los ruidos en una sinfonía de animosidad y miedo, de desdicha, frío y aburrimiento. Había tomado todas las emociones negativas que los barcos podían provocar en los marineros y las estaba proyectando en un himno de rabia. Con los muros levantados, a mí no me afectaba. Algunos de los tripulantes de la *Oportunidad de la Doncella* no tuvieron tanta suerte. No todos podían percibir la Habilidad, pero los que sí sentirían un profundo malestar. Y en las distancias cortas, incluso sus compañeros se verían afectados.

Dediqué unos momentos a observar cómo faenaba la tripulación. Los

marineros del turno actual ejecutaban sus tareas con eficiencia, si bien se manejaban de un modo resentido. Se mostraban ariscos los unos con los otros y el segundo de a bordo que les asignaba las sucesivas tareas los controlaba con ojos de lince por si alguno mostraba indicios de flojedad o pereza. La simpatía que observé mientras cargaban el barco se había esfumado, y sentía cómo la discordia crecía poco a poco entre ellos.

Al igual que un avispero sacudido por los hachazos descargados contra el tronco, comenzaban a sentirse espoleados por una ira persistente que, por el momento, no tenía un objetivo definido. No obstante, si la sensación de furia generalizada seguía enquistándose, pronto presenciaríamos una pelea o, peor aún, sufriríamos un motín. Estaba viendo cómo el agua del caldero empezaba a hervir y tenía claro que si no hacía algo, todos saldríamos escaldados.

Tordo. Tu música suena demasiado fuerte. Y da mucho miedo. ¿Puedes cambiarla? ¿Puedes tocar una más tranquila, más apacible, como tu canción materna?

—¡No puedo! —gimió al tiempo que Habilitaba la respuesta—. ¡Estoy muy mareado!

Tordo, estás asustando a los marineros. No saben de dónde procede la canción. Aunque no la oyen, algunos la sienten, débilmente. Hace que se enfaden.

—No me importa. Además son malos conmigo. Tendrían que hacer que el barco volviera.

No pueden, Tordo. Tienen que obedecer al capitán, y el capitán tiene que hacer lo que el príncipe le diga. Y el príncipe tiene que ir a las Islas del Margen.

—El príncipe tendría que decirles que vuelvan. Me bajaré y me quedaré en Torre del Alce.

Pero, Tordo, te necesitamos.

—Me estoy muriendo, creo. Tenemos que volver.

Al pensar en esto, su música Habilitosa derivó en una barahúnda de miedo y desesperación. A unos pasos de nosotros, un grupo de marineros tiraba de un cabo para ampliar todavía más el trapo. Sus pantalones holgados se agitaban azotados por el viento incesante, pero no parecían darse cuenta. Sus músculos inflaban sus brazos desnudos en un metódico esfuerzo por encajar las escotas. Pero cuando la lúgubre canción de Tordo los asaltó, su cadencia se vio interrumpida. El marinero que ocupaba la cabeza de la fila recogió más peso del que podía manejar, de tal manera que trastabilló hacia delante dando un grito de

rabia. No tardaron en recuperar el control del cabo, pero yo ya había visto bastante.

Busqué al príncipe con la mente. Estaba jugando a las piedras con Civil en su camarote. Le expliqué el problema aprisa.

¿Podríaís hacérselo saber a Chade?

No será fácil. Está aquí mismo, viéndonos jugar, pero también están Telaraña y su niño.

¿Telaraña tiene un hijo?

El niño ese, Vencejo.

¿Vencejo Mañoso está a bordo?

¿Lo conoces? Embarcó con Telaraña y parece que le sirve a modo de paje. ¿Por qué? ¿Es importante?

Solo para mí, pensé para mis adentros. Me estremecí de pura frustración.

Ya os lo explicaré en otro momento. Pero, en cuanto os sea posible, avisad a Chade. ¿Podéis proyectaros hacia Tordo y calmarlo?

Lo intentaré. ¡Maldita sea! ¡Me has distraído y Civil ha ganado!

¡Creo que esto es más importante que una partida de piedras!, repliqué irritado antes de romper el contacto. Tordo se había sentado en la tablazón, a mis pies, y se mecía afligido con los ojos cerrados y su música como un nauseabundo acompañamiento supeditado al compás de su cuerpo. No era lo único que me inquietaba. Le había asegurado a Ortiga que su hermano viajaba de regreso a casa. Pero no era así. ¿Qué le diría ahora? Decidí no darle más vueltas, convencido de que no podría resolver eso ahora. Me acuclillé junto a Tordo.

—Escúchame —le dije en voz baja—. Los marineros no entienden tu música, sino que les asusta. Si no dejas de tocarla, podrían...

Al decir esto, me interrumpí. No quería que empezase a tener miedo de los tripulantes. El miedo es un sólido sustento para el odio.

—Por favor, Tordo —le rogué con impotencia, pero el hombrecillo no dejaba de mirar obstinadamente hacia el mar.

La mañana pasó mientras esperaba a que Chade acudiera en mi ayuda. Sospechaba que Dedicado estaba intentando consolarlo por medio de la Habilidad, pero Tordo se empeñaba en ignorarlo. Contemplé la estela del barco y miré los barcos de Torre del Alce que avanzaban por detrás de nosotros. Tres carracas nos seguían como una fila de patitos rechonchos. Había dos naves más

pequeñas, una pareja de pinazas que actuarían como embarcaciones de comunicación entre los barcos de mayor envergadura con el propósito de que los nobles pudieran intercambiarse mensajes y visitarse los unos a los otros durante la travesía. Las naves más pequeñas podían navegar tanto con remos como mediante velas, y podían emplearse para ayudar a maniobrar a los barcos más pesados al entrar y salir de los puertos que reunían más tráfico. Torre del Alce había enviado toda una flotilla a las Islas del Margen.

La lluvia aflojó hasta cesar por completo, pero el sol seguía oculto tras las nubes. El viento no amainó un ápice. Intenté hacerle ver el lado positivo a Tordo.

—Fíjate con qué rapidez nos desliza por el agua. Cuando nos queramos dar cuenta, estaremos en las Islas del Margen, ¿imagina lo emocionante que será conocer un lugar nuevo!

Sin embargo, Tordo se limitó a responder:

—Cada vez nos lleva más lejos de casa. Quiero volver ya.

A mediodía Acertijo nos trajo un poco de pan duro, pescado seco y cerveza aguada. Creo que se alegraba de encontrarse en cubierta. En principio los guardias debían permanecer abajo para no entorpecer a los marineros. Nadie nos había dicho que, mientras más tiempo pasáramos separados, menos probabilidades habría de que se produjera una reyerta, pero todos los sabíamos. Pese a que yo no le daba mucha conversación, Acertijo no paraba de parlotear y, entre otras cosas, me comentó que los guardias que seguían abajo también se sentían mal. Algunos tenían el estómago revuelto, aunque juraban que era la primera vez que les ocurría. No me parecieron buenas noticias. Cuando terminé el almuerzo, logré mantenerlo en su sitio, pero no conseguí que Tordo le diera un bocadito siquiera a su ración de pan. Acertijo recogió nuestros platos y nos dejó a solas de nuevo. Cuando por fin aparecieron Chade y el príncipe, la impaciencia y la rabia que me atosigaban se había reducido a una atemperada resignación. Mientras el príncipe hablaba con Tordo, Chade se apresuró a explicarme lo mucho que les había costado salir del camarote sin compañía. Además de Telaraña, Civil y Vencejo, nada menos que otros tres nobles le hicieron otras tantas visitas que transcurrieron entre largas conversaciones. Como bien decía Chade, no había muchas otras formas de pasar el tiempo y,

además, para los nobles que acompañaban al príncipe era una manera de congraciarse con él. Aprovecharían todas las ocasiones que se les presentaran.

—Bien. ¿Cuándo vamos a continuar con las lecciones de Habilidad? —le pregunté bajando la voz todo lo posible.

Frunció el ceño.

—Dudo que podamos dedicarles mucho tiempo. Pero veré qué se puede hacer.

Dedicado no tuvo más éxito que yo con Tordo. El hombrecillo no apartó su mirada hosca de la estela del barco mientras el príncipe se afanaba en que cambiase de actitud.

—En fin. Al menos conseguimos zarpar sin lord Dorado —observé.

El consejero meneó la cabeza.

—Lo cual resultó mucho más arduo de lo que esperaba. Imagino que habrás oído comentarios sobre cómo bloqueó el acceso a los muelles cuando se disponía a embarcar. No se movió de allí hasta que llegó la guardia de la ciudad y lo arrestó.

—¿Hiciste que lo arrestaran? —exclamé horrorizado.

—Vamos, muchacho, cálmate. Es un noble y no ha cometido más que una falta trivial; le tratarán mucho mejor que a ti. Y no lo retendrán más que dos o tres días; lo suficiente para que no quede ningún barco con rumbo a las Islas del Margen cuando salga. Me pareció la forma más sencilla de dejarlo en tierra. No quería que subiera al castillo de Torre del Alce y me exigiera una explicación, ni que suplicase el favor de la reina.

—Kettricken sabe por qué lo hemos hecho, ¿verdad?

—Sí. Aunque no está conforme. Se siente muy en deuda con el bufón. Pero no te preocupes. He puesto suficientes obstáculos en el camino de lord Dorado para que sea difícil, por no decir imposible, que la reina lo reciba en audiencia.

Creía que ya no podría deprimirme más, pero me equivocaba. Me espantaba imaginar al bufón en el calabozo y después desairado por la realeza de Torre del Alce. Sabía qué estrategia habría empleado Chade: comentar algo por aquí, dejar una pista por allá, levantar el rumor de que lord Dorado ya no contaba con las simpatías de la reina. Cuando saliera de la celda, sería un marginado social. Un marginado social en la ruina, con muchas deudas pendientes.

Yo tan solo pretendía que se quedara en tierra para que no le pasase nada, no ponerlo en una situación tan delicada. Así se lo dije a Chade.

—Ah, no te preocupes por él, Traspié. A veces te comportas como si nadie supiera arreglárselas sin ti. El bufón es un individuo muy capaz y con muchos recursos. Saldrá adelante. Si yo no hubiera actuado con tanta firmeza, ahora él nos vendría pisando los talones.

Aunque estaba de acuerdo con eso, no me sirvió de consuelo.

—No creo que Tordo siga mareado mucho más tiempo —observó el consejero con optimismo—. Cuando se recupere, divulgaré que se ha encariñado contigo. Así tendrás una buena excusa para estar con él, e incluso para entrar en su camarote, contiguo al del príncipe. Tal vez así encontremos más tiempo para hablar.

—Tal vez —repetí poco convencido.

A pesar de los ánimos que el príncipe intentaba transmitirle a Tordo, no percibí que su música disonante perdiera intensidad. Empezaba a desmoralizarme. Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para convencerme de que las náuseas de Tordo no me afectaban, aunque me supuso un esfuerzo constante.

—¿Seguro que no quieres volver al camarote? —le estaba preguntando Dedicado.

—No. El suelo no deja de subir y bajar.

El príncipe lo miró desconcertado.

—La cubierta también sube y baja aquí.

Ahora fue Tordo quien se quedó confundido.

—No, no es verdad. El barco sube y baja en el agua. No es tan malo.

—Entiendo. —Vi como Dedicado renunciaba a cualquier intento de explicárselo—. De todas maneras, verás como enseguida te acostumbras y se te pasa el mareo.

—No, no se me pasará —repuso Tordo con voz sombría—. Sada me dijo que todos me dirían lo mismo, pero que no sería verdad. Ella se mareaba cada vez que subía a un barco y nunca se le pasaba. Por eso no quiso venir conmigo.

Empezaba a sentir antipatía por Sada, a la que ni siquiera conocía.

—Bien. Sada se equivoca —declaró Chade enérgicamente.

—No, no se equivoca —opuso un obstinado Tordo—. Veis. Sigo mareado.
—Se inclinó de nuevo sobre la barandilla, sacudido por unas arcadas secas.

—Se repondrá —insistió Chade, aunque no parecía tan seguro como antes.

—¿Tienes alguna hierba que pudiera venirle bien? —pregunté—. ¿Jengibre, quizá?

Chade se detuvo.

—Excelente idea, Mechatejón. Y tal vez sí que tenga algo por ahí. Pediré que la cocinera le prepare un té de jengibre bien fuerte y te lo envíe a cubierta.

Cuando el té llegó, olía tanto a valeriana y bálsamo para dormir como a jengibre. La idea de Chade me pareció bien. El sueño sería la mejor cura para el mareo contumaz de Tordo. Cuando le ofrecí la infusión, le expliqué con solemnidad que se trataba de un conocido antídoto que los marineros tomaban para acabar con las náuseas, y que seguro que también funcionaría con él. No dejó de mirarme con recelo; supongo que mi juicio carecía del peso del de Sada. Dio un sorbo, decidió que le gustaba el jengibre y vació la taza de un trago. Por desgracia, un momento después lo expulsó todo tan de golpe como había entrado. Parte del líquido se le salió por la nariz, abrasándole su delicada piel, lo que acabó de determinarlo a no tomar otra taza, ni siquiera dando pequeños sorbos.

Llevaba dos días a bordo. Tenía la sensación de que hubieran transcurrido seis meses.

Aunque finalmente el sol asomó entre las nubes, el viento y la espuma que brincaba hasta cubierta se llevaron el calor que prometía. Acurrucado bajo una manta de lana empapada, Tordo cayó en un sueño agitado. Se sacudía y gemía hostigado por unas pesadillas en las que retumbaba la canción de su mareo. Permanecí sentado junto a él en la cubierta mojada, clasificando mis preocupaciones en inútiles pilas. Allí fue donde Telaraña me encontró.

Cuando lo miré desde la cubierta, asintió con gravedad. Se colocó junto a la barandilla y levantó los ojos. Al seguir su mirada vi un ave marina que describía pausados arcos en el cielo por detrás de nosotros. No conocía a la criatura, pero deduje que se trataba de Riesgo. El vínculo de la Maña que unía al hombre con el animal parecía confeccionado a partir del cielo azul y el mar embravecido, sereno al tiempo que libre. Me solacé en la frontera del placer que el día les

proporcionaba, intentando ignorar la fricción que aquella producía contra los límites de mi soledad. Estaba presenciando la magia de la Maña en estado puro, un vínculo mutuo de gozo y respeto entre una persona y una bestia. El corazón de Telaraña fluía con el ave. Podía sentirlos en comunión e imaginar cómo el animal compartía con él su vuelo jubiloso.

Hasta que mis músculos no se relajaron no me di cuenta de lo tenso que estaba. Tordo se sumió en un sueño más profundo, de tal modo que su rostro se desprendió del ceño que lo constreñía. El viento que zarandeaba su canción Habilidadosa adoptó un compás menos amenazador. Los dos nos habíamos imbuido de la calma que emanaba de Telaraña, aunque no me di cuenta de ello sino poco a poco. Su cálida serenidad me inundó, diluyendo la ansiedad y el cansancio que pesaban sobre mí. Si se debía a su Maña, la estaba empleando de una manera que yo no había experimentado con anterioridad. Su magia me llegaba tan sencilla y natural como la calidez de la respiración. Le sonreí sin darme cuenta y él me devolvió el gesto, relucientes sus dientes blanquísimos bajo su barba.

—Hace un buen día para elevar una oración. Pero, por otro lado, todos los días son buenos para eso.

—¿Es lo que estabas haciendo? ¿Rezar? —Cuando asintió, le pregunté—: ¿Qué es lo que les pides a los dioses?

Enarcó las cejas.

—¿Qué es lo que les pido?

—¿No consiste en eso el rezo? ¿En rogarles a los dioses que te concedan lo que quieres?

Telaraña se rio con la voz profunda como un vendaval resonante, solo que más amable.

—Supongo que algunas personas rezan así. No es mi caso. Ya no.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, creo que así es como oran los niños, para encontrar una muñeca perdida, o para que padre vuelva a casa con las cestas llenas de pescado, o para que nadie descubra que han olvidado hacer alguna tarea. Los niños creen saber lo que les conviene, y no dudan en pedirselo a las deidades. Pero hace años que uno ya no es ningún niño, de manera que me parecería vergonzoso por mi parte

ignorar que las cosas no funcionan así.

Apoyé la espalda contra la barandilla de modo que estuviera más cómodo. Supongo que cuando uno se acostumbra al balanceo del barco, puede hallar cierto descanso en él. Mis músculos no dejaban de pelear contra el vaivén, de forma que empezaba a dolerme todo el cuerpo.

—Bien. Entonces ¿cómo rezan los adultos?

Me miró divertido por un momento y a continuación se agachó para sentarse a mi lado.

—¿No lo sabes? ¿Cómo rezas tú, entonces?

—Yo no rezo nunca. —Cuando lo pensé mejor, solté una carcajada—. A menos que esté aterrorizado. Supongo que en esos casos mis ruegos suenan muy infantiles. «Sacadme de esta y nunca más volveré a ser tan estúpido. Pero salvadme la vida.»

Telaraña se rio conmigo.

—Bueno, diría que, hasta hoy, tus plegarias han sido escuchadas. ¿Y has cumplido con lo que les prometiste a las deidades?

Negué con la cabeza, sonriendo arrepentido.

—Me temo que no. Lo único que consigo es cambiar el modo en que cometo mis necesidades.

—Exacto. Es lo que nos ocurre a todos. Ergo, he aprendido que no soy lo bastante sabio para pedirles nada a los dioses.

—Bien. Y entonces ¿cómo rezas tú, si no pides nada?

—Ah. Bueno, tal como yo lo entiendo, orar consiste más en escuchar que en rogar. Y, con los años, pienso que ya no me queda sino una oración. Me ha llevado toda una vida encontrarla, y creo que es un rezo con el que todas las personas terminan dando, si dedican el tiempo suficiente a meditar sobre ello.

—¿Y cuál es?

—Piénsalo —me retó con una sonrisa. Se levantó despacio y dirigió la mirada hacia el mar. Las velas infladas de los barcos que nos seguían recordaban a la garganta de las palomas en celo. A su manera, conformaban un hermoso espectáculo—. Siempre he amado el mar. Llevo viajando en barco desde antes de que aprendiera a hablar. Lamento que la experiencia esté siendo tan desagradable para tu amigo. Por favor, dile que se le pasará.

—Lo he intentado. Pero se niega a creerme.

—Lástima. En fin, te deseo suerte, entonces. Quizá cuando despierte se sienta mejor.

Empezó a alejarse, pero recordé de pronto que tenía otros asuntos que tratar con él. Me levanté y lo llamé.

—¿Telaraña? ¿Vencejo subió contigo? ¿El niño del que hablamos?

Se detuvo y se dio media vuelta para responderme.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Le hice una seña y se acercó a mí.

—¿Recuerdas que es el niño con el que te pedí que hablaras, el que portaba la Maña?

—Por supuesto. Por eso me alegré mucho cuando vino a verme y me propuso servirme como «paje» si lo tomaba a mi cargo y lo instruía. ¡Como si yo supiera cuál es el trabajo de un paje! —Se rio del absurdo, pero después se puso serio al ver mi semblante grave—. ¿Qué ocurre?

—Le ordené que regresara a casa. Descubrí que sus padres no le habían autorizado en modo alguno a viajar a Torre del Alce. Creen que se ha escapado, y su ausencia los tiene muy apenados.

Telaraña permaneció quieto y mudo mientras digería la noticia con el rostro hermético. Al cabo meneó la cabeza con pesar.

—Debe de ser terrible cuando un ser querido desaparece sin más y tú te quedas preguntándote una y otra vez qué habrá sido de él.

La imagen de Paciencia irrumpió en mi cabeza; me pregunté si Telaraña pretendería aguijonearme con su comentario. Tal vez no, pero la posibilidad de que intentase criticarme me molestó igualmente.

—Le dije a Vencejo que regresara a casa. Tiene que trabajar para sus padres hasta que sea mayor de edad o hasta que ellos lo autoricen a marcharse.

—Eso dicen algunos —observó Telaraña en un tono que expresaba cierto desacuerdo—. Pero en ocasiones los padres pueden traicionar a su hijo, y creo que en esos casos el hijo no tiene que hacer nada por ellos. Creo que un niño maltratado hace bien en marcharse de casa lo antes posible.

—¿Maltratado? Hace años que conozco al padre de Vencejo. Sí, tal vez a veces les dé una bofetada o les grite a los niños, si estos se lo ganan. Pero si

Vencejo te ha dicho que en casa le daban palizas o lo tenían desatendido, me temo que te ha mentado. Burrich no hace ese tipo de cosas. —Se me caía el alma a los pies solo de pensar que el niño hablase así de su padre.

Telaraña meneó la cabeza despacio. Miró a Tordo para cerciorarse de que siguiera dormido y bajó la voz.

—Hay otras formas de maltratar y desatender a los niños. Negar lo que se manifiesta dentro de ellos, prohibir la magia que brota de forma espontánea, imponer la ignorancia de tal modo que suponga un peligro, decirles: «No debes ser lo que eres». Esas cosas están mal. —Pese a su tono amable, no dejó de condenar esa clase de conducta.

—Burrich educa a sus hijos como lo educaron a él —repliqué con firmeza. Me sentí extraño al defenderlo, después de todas las veces que lo había criticado por lo que me hizo.

—Y no aprendió nada. Ni al lidiar con su ignorancia ni con el daño que esta le hizo al primer niño al que trató así. Intento compadecerme de él, pero cada vez que pienso lo distintas que podrían ser las cosas, si hubieras recibido la educación adecuada de niño...

—¡Se portó muy bien conmigo! —le espeté—. Me amparó cuando nadie se dignaba mirarme y no dejaré que nadie hable mal de él.

Telaraña dio un paso atrás. Una sombra surcó su rostro.

—Muerte en tus ojos —murmuró.

El comentario me dejó helado. Pero sin darme tiempo a que le preguntase qué quería decir, asintió con gravedad.

—Quizá podamos seguir hablando de esto. En otro momento. —Se dio media vuelta y se alejó. Reconocí su modo de andar. No huía. Era la forma en la que Burrich se apartaría de un animal que se hubiese vuelto fiero por haber recibido un trato cruel y al que hubiera que volver a amaestrar. Me sentí avergonzado.

Poco a poco me senté de nuevo junto a Tordo. Me recliné contra la barandilla y cerré los ojos. Quizá pudiera echar una cabezada mientras Tordo dormía. Pero apenas había cerrado los ojos cuando su pesadilla me asaltó. Cerrar los ojos era como adentrarse en una ruidosa taberna de mala muerte llena de humo. La nauseabunda melodía de Tordo se arremolinó en mi cabeza al tiempo

que sus miedos intensificaban el balanceo del barco hasta convertirlo en una estremecedora sucesión de zambullidas y saltos sin orden ni concierto. Abrí los ojos. La vigilia forzosa era preferible a sucumbir a su espeluznante sueño.

Acertijo me trajo un cuenco de guiso salado y una jarra de cerveza aguada mientras Tordo aún dormía. Trajo también una ración para él, quizá para darse el placer de comer en cubierta en vez de en la atestada bodega. Cuando fui a despertar a Tordo para que comiera con nosotros, Acertijo me detuvo.

—Deja dormir al pobre imbécil. Si tiene la suerte de poder pegar ojo, será la envidia de los guardias de abajo.

—¿Y eso por qué?

Levantó un hombro con torpeza.

—No sabría decirte. Puede que sea por las apreturas. Pero el ambiente está muy caldeado, y nadie consigue dormir bien. La mitad se niega a probar bocado por miedo a no poder dejarlo dentro, y eso que algunos tienen muchos viajes a sus espaldas. Si te empiezas a quedar dormido, alguien gritará por culpa de una pesadilla y te espabilará. Puede que dentro de unos días las cosas se calmen. Pero lo que es ahora, preferiría que me tirasen a un foso lleno de perros rabiosos antes que volver ahí abajo. Hace un momento se han entablado dos peleas a mamporros, para aclarar quién comía primero.

Asentí con aire comprensivo, procurando disimular mi ansiedad.

—Estoy seguro de que las cosas se calmarán en un par de días. Las primeras jornadas de una travesía siempre son difíciles. —Le mentí sin reparos. Por lo general, los primeros días eran los más agradables, cuando ante la novedad del viaje el tedio aún no se había impuesto. Los sueños de Tordo estaban envenenando los de los guardias.

Intenté mostrarme amable mientras esperaba a que Acertijo nos dejase. Cuando recogió nuestros cuencos y se marchó, me incliné sobre Tordo y lo sacudí para despertarlo. Se sentó dando un gemido como un niño sobresaltado.

—Chis, tranquilo. No te ha pasado nada. Tordo, escúchame. No, cálmate y escúchame. Es importante. Debes parar la música o, al menos, hacerla más apacible.

Tenía el rostro arrugado como una pasa, oprimido por la rabia y el dolor que tan de súbito le había provocado. Las lágrimas se asomaron a sus ojillos

redondos.

—¡No puedo! —se lamentó—. ¡Voy a morir!

Los marineros que faenaban en cubierta nos miraron con hosquedad. Uno farfulló enojado e hizo una señal contra la mala suerte en nuestra dirección. De alguna manera, intuían el origen de su malestar. Tordo empezó a sorber ruidosamente por la nariz y a hacer pucheros mientras yo le hablaba, pero se opuso con firmeza a todas las peticiones que le hice para que acallara su canción o venciese el mareo y el miedo. No fui del todo consciente del verdadero alcance de su Habilidad descontrolada hasta que intenté proyectarme hacia el príncipe a través de la cacofonía que conformaban las emociones de Tordo. Probablemente Chade y el príncipe habían reforzado sus muros sin darse cuenta siquiera. Habilitar hacia ellos era como gritarle a una ventisca.

Cuando Dedicado se dio cuenta de que le resultaba imposible entenderme, lo sentí entrar en pánico. Se hallaba sentado comiendo con otras personas y no podía levantarse sin más. Aun así, consiguió avisar a Chade de la crisis que estábamos sufriendo. Precipitaron el final de la comida y corrieron a nuestro encuentro en cubierta.

Para entonces Tordo dormitaba de nuevo. El consejero observó en voz baja: —Puedo preparar un somnífero muy eficaz y obligarlo a tomárselo.

El príncipe hizo una mueca.

—Mejor que no. Tordo no se olvida así como así de quienes lo tratan mal. Además, ¿qué conseguiríamos? Ahora también duerme y su canción sigue atormentando a los muertos.

—Tal vez si le induzco un sueño muy profundo... —propuso Chade indeciso.

—Estaríamos poniendo su vida en peligro —lo interrumpí—. Sin garantías de silenciar la canción.

—Solo nos queda una alternativa —señaló el príncipe a media voz—. Regresar y llevarlo a casa. Sacarlo del barco.

—¡Imposible! —opuso un horrorizado Chade—. Perderíamos demasiados días. Y podríamos requerir de su fuerza, cuando finalmente nos enfrentemos al dragón.

—Lord Chade, ya estamos viendo los efectos de la fuerza de Tordo. Y como

podemos comprobar, no podemos canalizarla ni aplacarla. —Advertí un tono distinto en la voz del príncipe, firme ahora como la de un monarca. Me recordó a Veraz y la mesura con que se expresaba. Me hizo sonreír, lo que me valió una mirada reprobatoria de extrañeza del príncipe. Me apresuré a aclarar mi opinión.

—En estos momentos, la fuerza de Tordo no está controlada, ni siquiera por él. No pretende hacernos daño, pero su música supone un peligro para todos. Pensad en lo que sería capaz de hacer en el caso de que alguien lo enfureciese de verdad. O si resultase malherido. Aun si lográsemos acabar con su mareo y acallar su canción, seguirá siendo un arma de doble filo. A menos que le enseñemos a contener su fuerza, entrañará una amenaza para todos cada vez que se sienta incómodo. Quizá no sea descabellado regresar y enviarlo a casa.

—¡No podemos volver! —insistió Chade. Cuando Dedicado y yo nos quedamos mirándolo, rogó—: Concededme una noche más para sopesarlo. Estoy seguro de que se me ocurrirá una solución. Y dadle otra noche a Tordo para que se acostumbre al barco. Tal vez al alba se le haya pasado el mareo.

—Muy bien —convino Dedicado un momento después. De nuevo, el mismo tono en su voz.

Me pregunté si habría aprendido a modularla así, o si tan solo se estaba preparando para su papel de gobernante. En cualquier caso, me alegró oírlo. Yo no sabía si su decisión de concederle a Chade un día más era acertada o no. Pero se trataba de su decisión y la había tomado con aplomo. Era algo a tener en cuenta.

Cuando Tordo despertó, volvió a sufrir náuseas. Empecé a sospechar que ahora el hambre prolongada tenía tanto que ver con la debilidad que padecía como el propio mareo. Le dolía todo el cuerpo a causa de las arcadas, ya que sentía pinchazos en los músculos del estómago y tenía la garganta en carne viva. No logré convencerlo para que tomase nada que no fuese agua, la cual aceptaba a regañadientes. Aunque no era un día frío ni cálido, la ropa empapada no le permitía dejar de temblar. Le rozaba la piel, pero cuando le sugerí que fuésemos a su camarote para que se cambiara o se calentase, se opuso furiosamente. Sentí el impulso de levantarlo y llevarlo a rastras a su compartimento, pero sabía que se pondría a gritar y se enfrentaría a mí, con lo que su música se volvería caótica y violenta. Y sin embargo, temía que pronto cayese enfermo de verdad.

Las horas interminables transcurrían agónicamente, y no solo para nosotros. En dos ocasiones oí al segundo de a bordo estallar de rabia ante la desabrida tripulación. La segunda vez amenazó con azotar a uno de los marineros si no mostraba una expresión más respetuosa. Notaba que poco a poco crecía la tensión en el barco.

Al atardecer la lluvia regresó acompañada de una bruma persistente. Tenía la impresión de que llevaba una semana empapado. Tapé a Tordo con mi manta con la esperanza de que el peso de la lana le aportara algo de calor. Dormía agitadamente sobre la cubierta, sacudiéndose en sueños como un perro hostigado por una pesadilla. Como solía decirse, «no se muere de un mareo, pero ojalá». Ahora temía que fuese verdad. ¿Cuánto tiempo resistiría su cuerpo semejante tortura?

La Maña me anunció la presencia de Telaraña antes de que su silueta emergiese poco a poco del resplandor tenue que proyectaba el farol del barco y se detuviera ante mí.

—Eres un hombre de fe, Tom Mechatejón —observó mientras se acuclillaba a mi lado—. No es una tarea nada agradable, pero no te has separado de él en ningún momento.

Sus elogios me incomodaron y me pusieron en guardia.

—Es mi responsabilidad —respondí sin darle importancia al halago.

—Y te la tomas muy en serio.

—Es lo que Burrich me enseñó —le dije un tanto irritado.

Telaraña rio con naturalidad.

—Y también te enseñó a aferrarte a un agravio como un perro de pelea que se aferra al cuello del oponente. Olvídalo, Traspié Hidalgo Vatídico. No seguiré hablando de él.

—Preferiría que no pronunciaras ese nombre tan a la ligera —sugerí tras un momento de tenso silencio.

—Es el que tienes. Es una parte de ti que permanece oculta. Deberías sacarla a la luz de nuevo.

—Traspié está muerto. Y mejor que siga así, por el bien de todos aquellos a los que aprecio.

—¿De verdad lo haces por ellos o lo haces por ti? —preguntó con la vista

extraviada en la noche.

No lo estaba mirando. Tenía los ojos puestos en la popa, contemplando los barcos que nos seguían a través de la noche acuosa, negras moles cuyas velas cubrían las estrellas que se alzaban tras ellas. Los faroles que llevaban colgados subían y bajaban con ellos, astros lejanos e inquietos.

—Telaraña, ¿qué es lo que quieres de mí? —le pregunté al cabo.

—Tan solo darte que pensar —me aclaró en tono tranquilizador—. No pretendo molestarte, aunque parece que se me da muy bien. O tal vez esa rabia esté siempre ahí, carcomiéndote, y yo tan solo sea la lanceta que punza la llaga.

Lo miré meneando la cabeza en silencio, sin importarme que pudiera verme o no. Tenía otras cosas de las que ocuparme en este momento y preferiría quedarme a solas.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Y esta noche ni siquiera me había propuesto que empezases a reflexionar. En realidad, venía a ofrecerte un descanso. Yo me quedaré a velar a Tordo, si quieres tomarte unas horas para hacer otras cosas. Dudo que hayas dormido mucho desde que comenzaste la guardia.

Sentía el vivo deseo de dar una vuelta por el barco y comprobar qué ambiente se respiraba entre los viajeros y tripulantes. Sobre todo, necesitaba dormir a pierna suelta. La propuesta no podía parecerme más tentadora. Por eso mismo despertó mi recelo de inmediato.

—¿Por qué?

Telaraña sonrió.

—¿Tan raro te parece que alguien tenga un buen gesto contigo?

Su pregunta me cogió desprevenido. Tomé aire.

—No es lo habitual, supongo.

Me levanté despacio, ya que el frío de la noche me había agarrotado el cuerpo. Tordo masculló algo en su sueño inquieto. Levanté los brazos sobre la cabeza y roté los hombros al tiempo que le lanzaba un pensamiento rápido a Dedicado.

Telaraña se ofrece a sustituirme y cuidar de Tordo durante unas horas. ¿Debería permitírselo?

Por supuesto. Pareció sorprenderle que se lo preguntara.

Por otra parte, en ocasiones mi príncipe confiaba demasiado en los demás.

Por favor, hacédsele saber a Chade.

Sentí el asenso de Dedicado. Cuando terminé de estirarme, le dije a Telaraña:

—Gracias. Acepto la propuesta, con mucho gusto.

Se acomodó con cuidado junto a Tordo y se sacó de la camisa la flauta de mar más pequeña que había visto nunca. La flauta de mar es tal vez el instrumento musical más común en cualquier flota, dado que resiste sin problemas tanto el mal tiempo como el uso negligente. No se tarda mucho en aprender a tocar una melodía sencilla con ella, aunque un músico virtuoso puede llegar a entretener a su público tanto como los mejores juglares de Torre del Alce. No me sorprendió que Telaraña llevase una encima. Había sido pescador; tal vez siguiera siéndolo, en muchos sentidos. Movié una mano para invitarme a dejarlo. Según me alejaba, oí una débil música entrecortada. Telaraña estaba tocando, muy bajo, una tonadilla infantil. ¿Sabría por instinto que eso calmaría a Tordo? Me pregunté por qué no se me habría ocurrido que la música podría tranquilizarlo. Suspiré. Mis costumbres se tornaban cada vez más rígidas. Necesitaba recuperar la flexibilidad perdida.

Me dirigí a la cocina con la esperanza de que se apiadasen de mí y me dieran algo caliente de comer. No conseguí, empero, nada más que un mendrugo y un trozo de queso que no abultaba más de dos dedos. La cocinera me dijo que me considerase afortunado. No podía permitirse el lujo de desperdiciar ni una sola migaja en este carcamán, lleno a reventar como iba. Confiaba en que me diera un poco de agua para asearme, la justa para desprenderme de la sal acumulada en las manos y la cara, pero me recomendó que me quitase la idea de la cabeza. Ya había disfrutado de bastantes comodidades por hoy, ¿no? Debería conformarme con lo que se me había concedido y dar las gracias por ello. Guardias. No tenían ni idea de la disciplina con que una persona debía conducirse a bordo de un barco.

Cansado de su menosprecio, salí de la cocina. Quería quedarme a comer en cubierta, pero allí estaba fuera de mi territorio, algo que los marineros estarían encantados de recordarme. Así, bajé a la cubierta inferior, donde el resto de los guardias roncaban, murmuraban y jugaban a las cartas bajo la luz inestable de un farol. El olor de la bodega no había mejorado desde que zarpamos. Comprobé

que Acertijo no exageraba cuando me describió el mal humor de los hombres. Los comentarios que uno de ellos hizo sobre «el regreso de la niñera» habrían bastado para justificar una pelea si yo la hubiera buscado. Puesto que no era el caso, ignoré sus insultos, comí aprisa y saqué mi manta de debajo del cofre. No quedaba ni un solo rincón donde acomodarme. El suelo estaba atestado de guardias tumbados. Me acurruqué entre ellos. Habría preferido dormir con la espalda apoyada en la pared, pero eso era sencillamente imposible. Me quité las botas y me aflojé el cinturón. El guardia de al lado refunfuñó y se volvió de espaldas a mí mientras yo me echaba en la tablazón y me tapaba hasta la barbilla con la manta. Cerré los ojos y respiré aliviado, desesperado por descansar un poco y agradecido por la oportunidad de cerrar los ojos y dormir. Al menos en sueños podría evadirme de esta pesadilla.

No obstante, según cruzaba la tenue frontera que separaba la vigilia del sueño, se me ocurrió que tal vez hubiera dado con la solución a mis problemas. En lugar de seguir adelante y dormirme del todo, me deslicé de lado, en busca de Ortiga.

Me resultó más complicado de lo que imaginaba. La música de Tordo también sonaba aquí, de manera que orientarse se hacía más trabajoso que abrirse paso por un zarzal bajo la niebla. Apenas había brotado esa idea en mi mente cuando los sonidos se transfiguraron en una maraña de zarcillos y espinas. Aunque la música no hacía daño, esta melodía sí me lo causó. Trastabillé por una bruma de enfermedad, hambre y sed, con la espalda tensa de frío y la cabeza abotagada por la batahola que porfiaba en agarrarme y arrastrarme. Al cabo, me detuve.

—Es un sueño —me dije, haciendo que las zarzas se retorcieran burlonamente. Al ver que me quedaba quieto, sopesando la situación, comenzaron a enroscarse en mis piernas—. Es un sueño —repetí—. No puede hacerme daño. —Pero tales afirmaciones no me sirvieron de nada. Sentí que las espinas perforaban mis calzas y se me clavaban en la piel cuando eché a andar con torpeza de nuevo. Se apretaron contra mí para retenerme.

Me detuve una vez más, luchando para recuperar la calma. Lo que al principio era la influencia Habilidosa de Tordo se había convertido en mi pesadilla. Me erguí para resistirme al peso de las enredaderas espinosas que se

empeñaban en tragarme, me llevé la mano a la cadera y desenfundé la espada de Veraz. La descargué contra las zarzas una y otra vez, hasta que se apartaron retorciéndose como serpientes descabezadas. Envalentonado, doté a mi espada de una hoja llameante que calcinó las plantas agónicas y alumbró mis pasos bajo la niebla invasora.

—Sube por la colina —me indiqué a mí mismo—. La niebla solo se concentra en los valles. Las cimas estarán despejadas. —Y así era.

Cuando por fin me libré de la niebla Habilidadosa de Tordo, comprobé que me hallaba en los límites del sueño de Ortiga. Me detuve para contemplar una torre de cristal que coronaba la colina que se alzaba sobre mí. Reconocí la fábula. La ladera que tenía ante mí estaba alfombrada de una espesura de hebras. Cuando me adentré en ella, se me pegaron como telarañas. Sabía que Ortiga estaba al tanto de mi presencia. Aun así, dejó que me las arreglara yo solo, de modo que comencé a sortear la espesa maleza que representaba las promesas rotas que los falsos amantes le habían hecho a la princesa. En el viejo cuento, solo un hombre de corazón sincero podía adentrarse en ese camino sin sucumbir en él.

En el sueño me había transmutado en el lobo. La ansiosa maleza enseguida reclamó mis cuatro patas, de manera que me vi obligado a detenerme y empezar a morder los zarcillos para desprenderme de ellos. Por alguna razón, la maleza sabía a anís, un sabor agradable en cantidades moderadas, pero empalagoso si se dejaba que llenase la boca. Cuando por fin llegué a la torre de cristal y miré a Ortiga, tenía el pecho empapado de sudor y las fauces bañadas en saliva. Me sacudí, proyectando un abanico de gotas a mi alrededor, y le pregunté:

—¿No vas a invitarme a subir?

Ortiga no respondió. Se inclinó sobre el parapeto de la terraza y dirigió la vista hacia el campo. Miré atrás, hacia donde las zarzas se retorcían entre el banco de niebla que cubría los valles profundos. ¿Estaba reptando la niebla hacia mí? Al ver que Ortiga seguía ignorándome, troté alrededor del pie de la torre. En el viejo cuento no había puerta, algo que Ortiga decidió respetar. ¿Significaba esto que había conocido a un amante malintencionado? El corazón me dio un vuelco en el pecho y por un momento olvidé el motivo de mi visita. Cuando terminé de rodear la torre, me senté sobre las ancas y levanté la vista hacia la azotea.

—¿Quién te ha traicionado? —le pregunté.

Ortiga mantuvo los ojos clavados en la distancia, de tal modo que di por hecho que no respondería. Pero entonces, sin bajar la vista hasta mí, contestó:

—Todos. Márchate.

—¿Cómo podría ayudarte si me voy?

—No puedes ayudarme. Me lo has dicho muchas veces. Será mejor que te marches y me dejes sola. Como han hecho todos.

—¿Quién se ha marchado y te ha dejado sola?

Mi mirada se tornó furibunda. Ortiga me respondió con una voz inflamada de dolor.

—¡No sé por qué pensaba que te acordarías! Mi hermano, por ejemplo. Mi hermano Vencejo, de quien decías que no tardaríamos en tenerlo de regreso en casa. Pues bien, ¡todavía no ha vuelto! Por eso al estúpido de mi padre se le ocurrió salir en su busca. ¡Como si alguien con los ojos nublados pudiera encontrar nada! Le dijimos que no fuese, pero no nos hizo caso. Y algo le ocurrió, no sabemos qué, pero su caballo volvió a casa sin él. Así que decidí salir con el mío, pese a los gritos desesperados que empezó a dar mi madre para que no me marchase, seguí el rastro del caballo de mi padre y lo encontré en el margen del camino, magullado y ensangrentado, intentando volver a casa arrastrando una pierna. Lo llevé de regreso en mi caballo y mi madre me regañó otra vez por desobedecerla. Y ahora mi padre está en cama, donde se pasa todo el día con la mirada perdida en la pared sin hablar con nadie. Mi madre nos tiene prohibido que le llevemos ni un solo trago de coñac. Así que ahora ni nos habla ni quiere contarnos qué sucedió. Por eso mi madre está furiosa con todos nosotros. Como si fuera culpa mía.

No había concluido la diatriba cuando las lágrimas comenzaron a escurrirse por sus mejillas. Se descolgaron de su mentón, resbalaron por sus manos y se deslizaron por la fachada de la torre. Poco a poco se solidificaron hasta convertirse en opalinas hebras de desdicha. Me alcé sobre las patas traseras e intenté arañarlas, pero eran demasiado tersas y frágiles para poder asirme a ellas. Me senté de nuevo. Me sentí vacío y viejo. Intenté convencerme de que la desgracia que pesaba sobre el hogar de Molly no tenía nada que ver conmigo, de que yo no la había provocado y no podía remediarla. Y sin embargo, sus raíces

llegaban demasiado hondo, ¿o no?

Momentos después, Ortega me miró y se rio con amargura.

—¿Y bien, Lobo de las Sombras? ¿No vas a decirme que no puedes hacer nada al respecto? ¿No es eso lo que dices siempre? —Cuando vio que no se me ocurría qué responderle, añadió en tono acusador—: No sé ni por qué me molesto en hablar contigo. Me mentiste. Me dijiste que mi hermano venía de regreso a casa.

—Así lo creía —me expliqué cuando conseguí reaccionar—. Hablé con él y le dije que volviese a casa. Creía que me había hecho caso.

—En fin, tal vez esa fuese su intención. Tal vez lo asaltaran unos ladrones por el camino y lo matasen, o quizá se cayera a un río y se ahogase. Supongo que no se te pasó por la cabeza que con diez años es demasiado pequeño para viajar sin compañía. Supongo que no reparaste en que habría sido muy amable por tu parte que lo hubieras traído sano y salvo a casa, en lugar de «enviárnoslo». Pero no, eso no te convenía.

—Ortiga. Basta. Escúchame. Vencejo está a salvo. Sano y salvo. Sigue aquí, conmigo. —Hice una pausa e intenté tomar aire. La inevitabilidad de lo que seguiría a esta respuesta me mareó. Ahí va, Burrich, pensé. El dolor que siempre he querido ahorrarte. Concentrado en un reluciente paquete de infelicidad para ti y tu familia.

Porque Ortega me preguntó, como yo sabía que haría:

—¿Y cuál es ese lugar tan seguro? ¿Y cómo puedo saber que se encuentra bien? ¿Cómo puedo saber, de hecho, que eres de verdad? Quizá seas como las demás cosas de este sueño, algo que yo he inventado. ¡Mírate, lobo hombre! Aun sin ser real me das falsas esperanzas.

—No soy del modo en que tú me ves —aduje poco a poco—. Pero soy real. Y hubo un tiempo en que tu padre y yo guardamos una relación muy estrecha.

—«Hubo un tiempo» —repitió Ortega con desdén—. Otra fábula del Lobo de las Sombras. Déjate ya de cuentos. —Respiró estremecida mientras una nueva cortina de lágrimas se desplegaba sobre su rostro—. Ya no soy una niña. Tus estúpidas historias no me sirven de nada.

En ese momento supe que la había perdido. Había perdido su confianza, había perdido su amistad. Había perdido la oportunidad de vivir la infancia de

mi hija. Me invadió una tristeza abrumadora, infestada de la música que producían las zarzas a medida que crecían. Miré detrás de mí. Las enredaderas espinosas y la niebla avanzaban hacia la cima. ¿Era tan solo mi sueño lo que me amenazaba o tal vez la melodía de Tordo se había vuelto aún más ominosa? Lo ignoraba.

—He venido a pedirte que me ayudes —me recordé a mí mismo con amargura.

—¿Que te ayude? —repitió Ortega con la voz ahogada.

Había hablado sin pensar.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada.

—No. No lo tienes. —Miraba más allá de mí—. Pero dime: ¿de qué se trata?

—Un sueño. Una pesadilla, en realidad.

—Creía que tus pesadillas consistían en que caías al vacío. —Parecía intrigada.

—No se trata de una pesadilla mía. Es otro quien la sufre. Es alguien... Es una pesadilla muy intensa. Lo bastante para manar de él y encharcar los sueños de otras personas. Hay vidas en peligro. Y creo que el hombre que está teniendo esa pesadilla no conseguirá controlarla.

—Pues despiértalo —propuso con desprecio.

—Eso podría servir, por un tiempo. Pero necesito una solución permanente. —Por un instante consideré la idea de decirle que esa pesadilla también suponía un peligro para Vencejo. La descarté. No conseguiría nada asustándola, sobre todo cuando no estaba seguro de que pudiera ayudarme.

—¿Y qué crees que podría hacer yo?

—Había pensado que tal vez podrías ayudarme a introducirme en su sueño y cambiarlo. Para hacerlo agradable y plácido. Para convencerlo de que lo que le está ocurriendo no lo matará, de que todo saldrá bien. Tal vez después todos sus sueños sean más serenos. Y todos podamos descansar.

—¿Cómo voy a hacer eso? —En un tono más brusco, añadió—: ¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Qué me ofreces a cambio, Lobo de las Sombras?

Lamenté que todo se redujera a un mero trueque, pero no pude sino culparme a mí mismo. Lo que más me mortificaba era que la única explicación que podía darle atormentaría a su padre y le haría sentirse culpable. Le hablé

despacio.

—En cuanto al cómo, dominas la magia que permite a una persona entrar en los sueños de otra y cambiarlos. La dominas lo suficiente, tal vez, para moldear el sueño de mi amigo, a pesar de que él también posee una magia muy fuerte. Y de que está muy asustado.

—Yo no poseo ninguna magia.

Ignoré la observación.

—En cuanto al porqué... Ya te he dicho que Vencejo está conmigo, y a salvo. Dudas de mí. No te culpo, porque te sientes traicionada después de lo que te aseguré. Pero te daré un mensaje, para que se lo hagas llegar a tu padre. Le... Le costará asimilarlo. Pero cuando lo reciba, sabrá que lo que digo es verdad. Que tu hermano está vivo y a salvo. Y conmigo.

—Dame ese mensaje entonces.

Por un brevísimo instante en el que me sentí como si fuese Chade, pensé en exigirle primero que me ayudase con el sueño de Tordo. Al momento siguiente descarté la idea. Mi hija me debía exactamente lo mismo que yo le había dado: nada. Quizá me impulsase también el miedo a perder el coraje si no hablaba en ese instante. Tener que pronunciar esas palabras me dolía como restregar la lengua por una brasa incandescente. Finalmente me decidí.

—Dile que has soñado con un lobo con púas de puercoespín en el hocico. Y que este lobo te dio un mensaje: «Como hicieras tú una vez, así hago yo ahora. Protejo y guío a tu hijo. Lo defenderé con mi vida de cualquier peligro y, cuando concluya mi tarea, lo llevaré a casa sano y salvo, de regreso contigo».

Disfracé el mensaje lo mejor que supe, dadas las circunstancias. Aun así, Ortiga se acercó demasiado a la verdad cuando me preguntó con entusiasmo:

—¿Mi padre cuidó de tu hijo, años atrás?

Algunas decisiones son más fáciles de tomar si no les das demasiadas vueltas.

—Sí —le mentí a mi hija—. Exacto.

Por un momento observé cómo reflexionaba. Poco a poco la torre de cristal comenzó a transformarse en una columna de agua. Se dispersó, cálida e inofensiva, enroscándose entre mis patas, hasta que la azotea quedó en el suelo. Me tendió la mano para que la ayudase a pasar por encima del parapeto. Se la tomé, tocando sin tocar a mi hija por primera vez en mi vida. Sus dedos

bronceados descansaron por un momento en la zarpa negra de mi pata. A continuación dio un paso atrás y miró la niebla y la maleza reptadora que ascendían por la ladera hacia nosotros.

—¿Sabes que nunca he hecho nada parecido?

—Yo tampoco —admití.

—Antes de que entremos en su sueño, háblame de él —me pidió.

La niebla y las zarzas no dejaban de acercarse. Cualquier cosa que le contase acerca de Tordo sería darle demasiada información, pero, por otro lado, dejar que se adentrara en su sueño sin conocer nada sobre él podría suponer un peligro para todos. Yo no podía controlar lo que Tordo le revelaría en el contexto del sueño. Por un mínimo instante, me pregunté si debería haber hablado con Chade o Dedicado antes de pedirle ayuda a Ortiga. Al cabo sonreí con desgana. Era Maestro de la Habilidad, ¿no? Por lo tanto, solo a mí me correspondía tomar esa decisión.

Así, le conté a mi hija que Tordo era un simplón, un hombre con la cabeza y el corazón de un niño, y con la fuerza de un ejército cuando recurría a la magia de la Habilidad. Le revelé incluso que servía al príncipe Vatídico, con el que viajaba a bordo de un barco. Le expliqué que primero con su intensa música Habilidadosa y después también con sus sueños estaba socavando la moral de la tripulación y el pasaje. La avisé de que estaba convencido de que nunca se le pasaría el mareo y de que muy probablemente esto lo mataría. Y mientras le contaba todas estas cosas, las espinas siguieron creciendo y serpenteando hacia nosotros, y la vi sacar una conclusión rápidamente de todo lo que le acababa de decir: que yo también viajaba a bordo de ese barco, y que por lo tanto su hermano se encontraba conmigo, de travesía con el príncipe Vatídico. Pese a que vivía en una aldea lejana, me pregunté qué sabría acerca de la expedición de la narcheska y el príncipe. Mi intriga no duró mucho. Ortiga lo averiguó todo sola.

—De modo que ese es el dragón negro por el que la dragona de plata te pregunta siempre. El que el príncipe tiene que matar.

—No pronuncies el nombre de la dragona —le rogué.

Me miró con un desdén que ridiculizó mis absurdos temores.

—Aquí viene —musitó. Un instante después las zarzas nos engulleron.

Comenzaron a crepitar según se nos enroscaban en los tobillos y las rodillas, como llamas que ascendieran por un árbol. Las espinas nos punzaron la piel y una densa niebla se asentó a nuestro alrededor, asfixiante y amenazadora.

—¿Qué es esto? —preguntó Ortiga molesta. Una vez que la niebla la ocultó, la oí exclamar—: ¡Basta! ¡Lobo de las Sombras, termina con esto! Tú eres quien lo está provocando; tú has causado todo este caos. ¡Haz que desaparezca!

De esta manera, Ortiga me arrebató el sueño. Me sentí como si de pronto me quitaran las mantas de encima. Pero lo que más me desconcertó fue el recuerdo que me asaltó entonces, el cual reconocí sin reconocerlo: en otro tiempo una mujer mayor intentaba quitarme algo fascinante y reluciente que yo tenía entre mis manos rechonchas, mientras me decía: «No, Keppet. No es para niños».

Se me cortó la respiración al verme desterrado de mi sueño de un modo tan repentino, pero un instante después nos zambullimos literalmente en el de Tordo. La niebla y las zarzas se desvanecieron y el agua salada y fría me envolvió. Me estaba hundiendo. Por mucho que me esforzaba, no conseguía ascender a la superficie. Entonces una mano agarró la mía y, mientras Ortiga tiraba de mí para subirme, exclamó irritada:

—¡Mira que eres crédulo! Es un sueño, nada más. Ahora es mi sueño, y en mi sueño podemos caminar sobre las olas. Vamos.

Y así era. Sin embargo, no le solté la mano cuando echamos a andar. La vasta sábana del océano se extendía en derredor, llana y reluciente de horizonte a horizonte. La música de Tordo era el viento que soplaba a nuestro alrededor. Yo no dejaba de mirar de soslayo en todas direcciones, preguntándome cómo daríamos con Tordo si el mar no nos ofrecía ningún tipo de referencia, pero Ortiga me apretó la mano y anunció con una voz clara que se impuso a la melodía de Tordo:

—Ya casi hemos llegado.

Y, de nuevo, así era. Dio unos pasos más y se dejó caer de rodillas suspirando apenada. El cegador reflejo del sol en la superficie ocultaba aquello que estuviera mirando. Me arrodillé a su lado y sentí que se me partía el corazón.

Él lo sabía demasiado bien. Debía de haberlo visto, en otra ocasión. El gatito sumergido flotaba rozando la superficie. Demasiado pequeño para abrir los ojos

siquiera, se balanceaba liviano al son del mar. Su piel flotaba en torno a él, pero cuando Ortiga hundió la mano para cogerlo por el cogote y sacarlo, el pelo se le alisó de pronto debido al peso del agua. Quedó colgado de su puño, el agua chorreando por la cola y las patas y escapándose por la nariz y la sonrosada boca abierta. Sin temor alguno, Ortiga acunó a la criaturilla en su mano. Se inclinó sobre ella con decisión y probó a masajearle el frágil costillar con el pulgar y el índice. Acercó el morro del gatito a sus labios y sopló con fuerza en el hocico rosáceo. En ese instante era indiscutiblemente la hija de Burrich. Así lo vi retirar en una ocasión los restos de placenta que estaban asfixiando a un cachorro recién nacido.

—Ahora te encuentras bien —le dijo con voz autoritaria. Acarició al animalito, de tal modo que al contacto con su mano la piel quedó seca y suave. Comprobé entonces que era de rayas naranjas y blancas. Un momento antes creía que era negro—. Estás vivo y a salvo, y no dejaré que te pase nada malo. Y sabes que puedes confiar en mí. Porque te quiero.

Al oírla, se me hizo un doloroso nudo en la garganta. Me pregunté qué la habría llevado a hablarle así. Toda mi vida, sin saberlo, había deseado que alguien me dijera lo mismo a mí, y estar seguro de que era verdad. Tuve la impresión de estar viendo cómo alguien le entregaba a otra persona un regalo que siempre había deseado para mí. Y sin embargo, no sentí rencor ni envidia. No sentí sino admiración por el hecho de que, a sus dieciséis años, pudiera entregarse así a otro ser. Aunque yo hubiera encontrado a Tordo en su sueño, aunque me hubieran avisado de que eso era lo que le tenía que decir, lo que él necesitaba oír con más urgencia, habría sido incapaz de expresarme con la sinceridad de Ortiga. Era mi hija, sangre de mi sangre, y pese a ello, el asombro y la admiración que me causó en ese momento la convirtieron en una persona totalmente ajena a mí.

El gatito se agitó. Volvió la cabeza en todas direcciones, aún ciego. Cuando abrió del todo la boquita sonrosada, supuse que articularía un maullido. Sin embargo, preguntó con una vocecilla ronca:

—¿Mamá?

—No —respondió Ortiga. Mi hija era más valiente que yo. Ni siquiera se le pasó por la cabeza recurrir a una mentira tan fácil—. Pero soy algo parecido. —

Miró alrededor del paisaje marino como si lo estuviera viendo por primera vez —. Y este no es un buen lugar para alguien como tú. Cambiémoslo, ¿quieres? ¿Dónde te gustaría estar?

Las respuestas del cachorro me sorprendieron. Ortega empezó a sonsacarle la información que necesitaba con todo lujo de detalles. Cuando terminaron, aparecimos sentados, pequeños como juguetes, en medio de una cama inmensa. A lo lejos distinguí las paredes difuminadas de un carruaje de los que solían emplear las familias de marionetistas y de intérpretes callejeros cuando viajaban de una ciudad a otra. Olía a los pimientos y las cebollas trenzadas que pendían de una cuerda afianzada en el techo. Reconocí ahora la música que lo inundaba todo, no solo la canción materna de Tordo, sino también los distintos elementos de los que se componía: la respiración regular de una mujer que dormía, el chirriar de las ruedas y la trápala pausada de los cascos de un tiro, todo tejido como telón de fondo para el tarareo de una mujer y una melodía infantil producida con un silbato. La canción transmitía seguridad, aceptación y dicha.

—Me gusta este lugar —le dijo Ortega cuando terminaron—. Quizá, si no te importa, más adelante venga a verte otra vez. ¿Te parece bien?

El gatito ronroneó y se hizo un ovillo, sin quedarse dormido, tan solo para disfrutar de la seguridad que le proporcionaba la enorme cama. Ortega se puso de pie para marcharse. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que estaba observando el sueño de Tordo pero sin formar parte del mismo. Me había salido de él, junto con el resto de los elementos que desentonaban y entrañaban algún peligro. No había sitio para mí en el mundo de su madre.

—Adiós por ahora —se despidió Ortega. Después añadió—: Recuerda lo fácil que es venir aquí. Cuando te echas a dormir, no tienes más que pensar en este cojín. —Tocó una de las muchas almohadas adornadas con bordados brillantes que cubrían la cama—. Recuérdalo, y así cuando sueñes aparecerás aquí directamente. ¿Podrás hacerlo?

El gatito articuló un ronroneo en respuesta y a continuación el sueño de Tordo empezó a deshilacharse en torno a mí. Un instante después me encontraba de regreso en la colina, junto a la torre de cristal derretida. Las zarzas y la niebla se habían desvanecido, dejando tras ellas un paisaje de valles verdes y ríos esplendentes que serpenteaban a través de este.

—No le has dicho que ya no se mareará más —le recordé de pronto.

Me estremecí al caer en la cuenta de que había hablado como un desagradecido. Ortiga me miró con hosquedad y advertí el cansancio de sus ojos.

—¿Crees que me ha sido fácil encontrar todas esas cosas y reunir las en torno a él? No paraba de intentar convertirlo todo otra vez en gélida agua de mar. — Se frotó los ojos—. Estoy durmiendo y, aun así, creo que cuando despierte me sentiré agotada.

—Perdóname —le pedí con solemnidad—. Bien sé que emplear la magia exige un precio. He hablado sin pensar.

—Magia —resopló—. Moldear los sueños no tiene nada de mágico. Es solo algo que sé hacer.

Y con este pensamiento, me dejó. Me saqué de la cabeza el miedo a lo que sucedería cuando le diera mi mensaje a Burrich. No podía hacer nada al respecto. Me senté al pie de la torre, pero, dado que ya no estaba Ortiga para prolongarlo, el sueño comenzó a disiparse. Me diluí con él y continué durmiendo sin soñar.

Travesía

No debemos cometer el error de pensar que las Islas del Margen conforman un reino gobernado por un único monarca, como ocurre en el caso de los Seis Ducados, o siquiera una alianza de pueblos similar a la que observamos en el Reino de las Montañas. Tampoco sería acertado suponer que en cada una de las ínsulas, a pesar de sus dimensiones en apariencia minúsculas, manda un solo lord o noble. De hecho, para los marginados no existen las figuras de los «lores» y los «nobles». Los hombres ocupan una u otra posición conforme a su valía como guerreros y el valor de los botines que consiguen en combate. Algunos cuentan con el respaldo de su clan matriarcal para realzar la reputación que pretenden reclamar mediante las armas. Los territorios de las islas están en manos de los clanes, cierto, pero estos territorios se componen de las tierras de cultivo y las playas de recolección matriarcales, por lo que pertenecen a las mujeres, que las legan a sus hijas.

Los pueblos, en especial los portuarios, no pertenecen a ningún clan concreto, de manera que se rigen con arreglo a la «ley popular». Si te roban o te asaltan en un pueblo de las Islas del Margen, la guardia de la ciudad no acudirá en tu auxilio. Un hombre ha de hacerse respetar por sí mismo. Grita para pedir ayuda y te considerarán débil e indigno de la atención de los demás. En ocasiones, empero, el clan dominante de una zona puede establecer un «casón fuerte» en el pueblo y dedicarse a juzgar las disputas que allí se produzcan.

Los marginados no construyen castillos ni fortalezas como los que tenemos en los Seis Ducados. Por lo general, durante los asaltos los barcos enemigos intentan tomar el control de un puerto o la desembocadura de un río en lugar de desplegar una tropa que tenga por objetivo conquistar un territorio. Con frecuencia, no obstante, se pueden encontrar uno o dos casones fuertes en los principales núcleos. Estos lugares son construcciones fortificadas para resistir los ataques y a menudo cuentan con profundos sótanos en los que, además de haber un pozo, se guarda una abundante despensa. El casón fuerte solía pertenecer al clan dominante del pueblo y estaba concebido más para proporcionar cobijo durante las revueltas civiles que para resistir los asedios de los atacantes.

SHELLBYE,

Viajes por las Islas del Margen

Cuando desperté se respiraba un ambiente más apacible en el barco. Si bien no había dormido muchas horas, me notaba descansado. A mi alrededor los

guardias seguían tendidos en la tablazón, inmersos en su sueño como si llevaran días sin dormir bien, como era el caso.

Me levanté despacio, recogí la manta bajo los brazos y sorteé los cuerpos tumbados. Guardé la manta en el cofre, me puse una camisa más limpia y regresé a cubierta. La noche le iba dando paso a la madrugada. Descargada la lluvia, las nubes empezaban a disiparse, de tal modo que las tenues estrellas se atisbaban tras sus cortinas jironadas. El trapo estaba dispuesto para aprovechar el viento que ahora soplaba más amable. Los marineros descalzos faenaban con silenciosa precisión en cubierta. Daba la impresión de que estuviera amaneciendo tras una tempestad.

Encontré a Tordo hecho un ovillo, dormido, el rostro flácido y sereno, la respiración ronca y cadenciosa. A su lado, Telaraña dormitaba, la cabeza echada hacia delante, entre las rodillas recogidas. Me costó distinguir la silueta de un ave marina posada en la barandilla. Era una suerte de gaviota, más grande de lo habitual. Advertí un centelleo en los ojos de Riesgo y asentí en un afable gesto de saludo según me acercaba despacio, dándole tiempo a Telaraña para que abriera los ojos y levantase la cabeza. Me sonrió.

—Parece que ahora descansa mejor. Quizá lo peor haya pasado.

—Eso espero —deseé. Me abrí con cautela a la música de Tordo. Ya no se revolvía como una tormenta de Habilidad, pero seguía fluyendo con la constancia de las olas susurrantes. La canción materna volvía a dominarlo todo, pero oí también el ronroneo lejano de un gatito, y el eco reconfortante de la promesa de amor y seguridad que le hizo Ortiga. Esto me inquietó un tanto; me pregunté si lo oiría solo porque presencié el cambio o si Chade y el príncipe también percibirían su voz y su mensaje.

—Tú también pareces más descansado —observó Telaraña. Al oírlo recordé que debía centrarme y recuperar la compostura.

—Sí, así es. Y gracias.

Me tendió una mano y se la tomé para ayudarlo a levantarse. Ya de pie, me soltó y rotó los hombros para recuperar la flexibilidad. El ave dio uno o dos pasos hacia él por la barandilla. La cada vez más intensa luz me permitió apreciar la intensidad del color amarillo del pico y las patas. Me retrotraje a la época en que estuve al cargo de Burrich y me pareció recordar que los colores brillantes

eran una señal de que el ave estaba bien alimentada. Esta criatura irradiaba salud. Como si fuera consciente de mi admiración, volvió la cabeza y se atusó esmeradamente una larga rémige con el pico. Con la ligereza con que un gato se encaramaría a una silla, saltó del barandal con las alas ahuecadas para recoger el viento y emprendió el vuelo.

—Vanidosa —murmuró Telaraña. Me miró sonriente.

Se me ocurrió que los compañeros de Maña se enorgullecen tontamente el uno del otro, del mismo modo que los padres presumen de sus hijos. Esboqué una sonrisa cómplice.

—Ah. Parece un gesto sincero. Con el tiempo, amigo mío, creo que empezarás a confiar en mí. Avísame cuando llegue ese día.

Solté un suspiro leve. Lo cortés habría sido asegurarle que ya confiaba en él, pero no sabía mentir tan bien como para engañarlo. Por tanto, me limité a asentir. Cuando se dio media vuelta para irse, me acordé de Vencejo.

—Necesitaría pedirte otro favor —le dije con incomodidad.

Se volvió hacia mí, un gesto de satisfacción franca en el rostro.

—Me lo tomaré como una señal de que vamos progresando.

—¿Podrías decirle a Vencejo que me conceda unos minutos de su tiempo? Me gustaría hablar con él.

Telaraña ladeó la cabeza como una gaviota que estudiase una concha sospechosa.

—¿Piensas intimidarlo para que regrese con su padre?

Consideré la idea. ¿Era esa mi intención?

—No. Solo quiero decirle que en defensa de mi honor es crucial que regrese sano y salvo a casa. Y que espero que siga asistiendo a mis clases hasta el fin de la travesía. —Ah, cómo le complacería eso a Chade, pensé con amargura. Cada vez disponía de menos tiempo y ya me había buscado otra tarea.

Telaraña sonrió con calidez.

—Será un placer para mí enviarlo a verte para que le digas esas cosas —me aseguró. Se despidió con una breve reverencia de marinero y yo asentí en respuesta.

Con el aviso que le envié por medio de la Habilidad, el príncipe se levantó pronto, de tal modo que se encontraba ya en cubierta cuando Tordo comenzó a

revolverse. Un sirviente había traído una cestita con pan recién hecho y una jarra de té caliente. El olor del desayuno me hizo caer en la cuenta de que tenía un hambre voraz. Cuando la puso en la tablazón, junto a Tordo, el príncipe le dio permiso para retirarse. Contemplamos el mar en silencio, esperando a que Tordo despertase.

¿Cuándo ha cambiado su música? Al despertarme no podía creer lo sereno y descansado que me sentía. Me llevó un tiempo comprender qué era lo que había cambiado.

Es un alivio, ¿verdad? Quería contárselo todo, pero no me atrevía. No podía decirle al príncipe que había manipulado los sueños de Tordo, porque en realidad no era yo quien lo había hecho. Dudaba que Tordo hubiese llegado a darse cuenta siquiera de mi presencia.

El despertar del hombrecillo me salvó. Tosió y abrió los ojos. Nos miró a los dos mientras una sonrisa se extendía poco a poco por su cara.

—Ortiga me ha arreglado el sueño —anunció. Antes de que Dedicado o yo tuviéramos ocasión de decir nada, sufrió un acceso de tos. Cuando recuperó el aliento, indicó—: No me encuentro bien. Me duele la garganta.

Aproveché la oportunidad para desviar la conversación.

—Seguramente se debe a las repetidas arcadas. Mira, Tordo, Dedicado te ha traído té y pan del día. El té te aliviará la garganta. ¿Te sirvo un poco?

Se limitó a responder con un nuevo ataque de tos. Me acuclillé junto a él y le toqué la mejilla. Su piel desprendía calor, pero acababa de despertarse y aún seguía envuelto en las mantas de lana. No significaba que tuviera fiebre. Se desprendió con rabia de las frazadas y se quedó sentado, tiritando, cubierto tan solo con la ropa arrugada y húmeda. Tenía un aspecto lamentable y su música empezó a arremolinarse de un modo discordante.

El príncipe decidió hacer algo.

—Mechatejón, trae esa cesta. Tordo, tú te vienes al camarote conmigo. Ahora mismo.

—No quiero —refunfuñó, dejándome asombrado cuando a continuación se levantó despacio. Dio un paso tambaleante y al mirar las olas encabritadas pareció recordarlo todo—. Estoy mareado.

—Por eso quiero llevarte al camarote. Allí te sentirás mejor —le explicó el príncipe.

—No, no quiero ir —insistió Tordo, pero cuando Dedicado echó a andar hacia el camarote, Tordo lo siguió caminando lentamente.

Sus pasos eran torpes a causa tanto de la debilidad como del suave balanceo de la cubierta. Me acerqué a él para tomarlo del brazo y acompañarlo, con la cesta llena colgada del otro brazo. No dejaba de tambalearse. Tuvimos que detenernos en dos ocasiones por otros tantos accesos de tos, de modo que cuando llegamos a la puerta del camarote de Dedicado, mi inquietud se había convertido en preocupación.

Los aposentos del príncipe estaban más recargados y mejor amueblados que el dormitorio que ocupaba en el castillo. Sin duda los habían diseñado con una idea muy definida de las comodidades que merecía un príncipe de Torre del Alce. Disponían de una hilera de ventanas desde la que se podía ver la estela del barco, así como de un conjunto de ricas alfombras que cubrían la tablazón pulida y de varios muebles de madera maciza bien sujetos a los mamparos para que el balanceo de la nave no los derribara. Tal vez hubiera seguido admirándome de haberme quedado más tiempo, pero Tordo salió disparado hacia su reducido compartimento, al que se accedía desde el camarote principal. Era mucho más modesto, poco más ancho que un armario, con cabida para el catre y un pequeño cajón debajo de este para sus enseres personales. Probablemente el arquitecto del barco lo incluyera para el uso de un ayuda de cámara y no como dormitorio para la mascota simplona del príncipe. Tordo se dejó caer de inmediato en la cama. No dejó de gemir y mascullar mientras yo le quitaba la ropa sucia y sudada. Cuando lo cubrí con una manta ligera, se la ciñó y empezó a quejarse del frío mientras le castañeteaban los dientes. Saqué una colcha gruesa de los pies de la cama del príncipe y lo tapé con ella. Ahora sí estaba seguro de que tenía fiebre. El té de la jarra se había enfriado un poco, pero serví una taza para Tordo y me senté a su lado mientras se la tomaba. Cuando se lo pedí por medio de la Habilidad, el príncipe envió a buscar té de corteza de sauce para bajarle la fiebre y jarabe de raíz de frambuesa para aliviarle la tos. Una vez que el sirviente lo hubo traído todo, me llevó un buen rato persuadir a Tordo para que se lo tomara. No obstante, la fiebre parecía haber erosionado su terquedad, de manera que terminó por ceder.

El cuarto era tan pequeño que después de sentarme en el borde del catre ya

no pude cerrar la puerta, lo que me permitió mirar distraídamente cómo los invitados entraban y salían de la cámara del príncipe mientras yo atendía al simplón. No sucedió nada relevante hasta que llegó el «destacamento de Mañosos» de Dedicado, compuesto por Civil, Telaraña, el juglar Cizaña y Vencejo. El príncipe estaba sentado a la mesa, ensayando en voz baja el discurso que daría ante los marginados, cuando entraron. Una vez que el sirviente les hizo pasar y recibió permiso para retirarse, dejó el manuscrito a un lado con indisimulado alivio. El gato de Civil entró detrás de este y se acomodó en la cama del príncipe sin perder un instante. Nadie pareció prestarle ninguna atención.

Telaraña me miró por un momento, confundido, antes de saludar al príncipe.

—Todo marcha bien por la arboladura, príncipe Dedicado. —La fórmula de cortesía se me antojó extraña, hasta que comprendí que tan solo le estaba comunicando el mensaje de su ave, Riesgo—. Salvo los nuestros, no hay ningún barco a la vista.

—Excelente —aprobó el príncipe con una sonrisa antes de centrar su atención en los demás—. ¿Cómo se encuentra hoy vuestro gato, Civil?

Civil levantó la mano. Al deslizarse la manga quedó al descubierto un araño rojizo e inflamado que recorría todo el antebrazo.

—Aburrido. Y nervioso a causa del encierro. Se pondrá muy contento cuando avistemos tierra de nuevo.

El destacamento se rio con indulgencia, como harían unos padres ante la testarudez de su hijo. Me llamó la atención lo cómodos que parecían sentirse todos en presencia del príncipe. Solo a Vencejo se le veía serio, algo que podría deberse a mi cercanía o a la diferencia de edad con el resto del grupo. Recordé que los nobles más cercanos a Veraz se comportaban del mismo modo y pensé que el afecto desinteresado de aquellos valía mucho más que la manera en que los aduladores de Regio se inclinaban y rebajaban ante este.

Así, no me extrañó demasiado cuando Telaraña se volvió para mirarme y le preguntó a Dedicado:

—¿Y Tom Mechatejón se unirá hoy a nosotros, mi príncipe?

La pregunta encerraba una doble intención. Por un lado quería saber si

estaba ahí para anunciarles mi condición de Mañoso y, tal vez, también mi identidad; al mismo tiempo, pretendía averiguar si me uniría a su «destacamento». Contuve la respiración mientras el príncipe le respondía:

—No exactamente, Telaraña. Está cuidando de mi sirviente, Tordo. Tengo entendido que lo has estado velando esta noche a fin de que Mechatejón pudiera descansar, por lo cual te doy las gracias. Sin embargo, ahora Tordo padece accesos de tos después de haber pasado la noche a la intemperie y también tiene fiebre. La compañía de Mechatejón ejerce un efecto balsámico sobre él, de manera que ha aceptado quedarse a su lado.

—Ah. Comprendo. En fin, Tordo, lamento oír que has caído enfermo. — Según hablaba, Telaraña se acercó a echar un vistazo por la puerta. Tras él, el resto del destacamento continuó hablando en voz baja. Vencejo observaba acongojado a Telaraña. Tordo, acurrucado bajo las mantas y con la vista clavada en el techo, apenas si parecía consciente de su presencia. Incluso su música Habilidadosa había amainado hasta casi extinguirse, como si le faltaran fuerzas para tocarla. Al ver que Tordo no respondía, Telaraña me puso la mano en el hombro con cuidado y me sugirió bajando la voz—: Estaré encantado de cuidarlo también esta noche si necesitas descansar. Mientras tanto... —Volvió la cabeza y señaló a Vencejo, cuya expresión se enfoscó bajo una aprensión súbita —. Dejaré a mi «paje» contigo. Sin duda, tenéis mucho de que hablar, y si hay algún recado que hacer para que Tordo se mejore, estoy seguro de que Vencejo se prestará voluntario. No es así, ¿muchacho?

Vencejo sabía que se hallaba en una situación insostenible. Se acercó a nosotros como un perro apaleado y se detuvo junto a Telaraña, con la cabeza gacha.

—Sí, señor —respondió el niño a media voz.

Cuando me miró a la cara no me gustó lo que vi. Una mezcla de miedo y aversión, aunque a mi juicio no había hecho nada que justificase ninguna de esas dos emociones.

—Vencejo —dijo Telaraña, atrayendo hacia sí la atención del niño. Prosiguió hablándole en voz baja, de tal manera que solo nosotros lo oyéramos—: No pasa nada. Confía en mí. Tom quiere que continuéis con las clases hasta que lleguemos a nuestro destino. Nada más.

—En realidad, hay algo más —apostillé a regañadientes. Al decir esto, los dos me miraron. Telaraña enarcó una ceja—. He hecho una promesa —le expliqué despacio—. A tu familia, Vencejo. Le he prometido que protegeré tu vida con la mía. Le he prometido que haré cuanto esté en mi mano para llevarte a casa sano y salvo, cuando todo esto termine.

—¿Y si no quiero volver a casa cuando todo esto termine? —me preguntó Vencejo con insolencia, levantando la voz. Más que verlo, sentí que el príncipe se centraba en nuestra conversación. El niño añadió indignado—: ¡Un momento! ¿Cómo habéis hablado con mi padre? No ha podido daros tiempo a enviar un mensajero y recibir respuesta antes de que zarpásemos. Mentís.

Aspiré pacientemente por la nariz. Cuando supe que ya era capaz de responderle con calma, le expliqué conteniendo la voz:

—No. No miento. Le envié mi promesa a tu familia. Yo no he dicho que haya recibido su respuesta. Aun así, mi compromiso es igual de firme.

—No quedaba tiempo —protestó, ahogando ahora la voz.

Telaraña lo miró con ojos reprobadores. Fruncí el ceño. Telaraña me trasladó el gesto hosco a mí, pero lo recibí sin alterarme. Había prometido defender la vida del crío y llevarlo de vuelta a casa. Eso no significaba que pensase tolerar sus insultos de buena gana.

—Supongo que este podría ser un viaje muy largo para vosotros dos —observó Telaraña—. Os dejaré a solas, con el deseo de que lo aprovechéis al máximo. Creo que los dos tenéis algo que ofrecerle al otro. Pero solo sabréis valorarlo si lo descubris por vosotros mismos.

—Tengo frío —gimió Tordo, rescatándome del sermón de Telaraña.

—Ya sabes cuál es tu primer recado —le espeté a Vencejo—. Pregúntale al sirviente del príncipe dónde puedes encontrar otras dos mantas para Tordo. De lana. Y tráele también una jarra grande de agua.

Creo que herí su orgullo al mandarlo a buscar cosas para un zoquete, aunque prefirió eso antes que quedarse conmigo. Cuando el niño se escabulló, Telaraña exhaló un suspiro.

—Habéis de deciros la verdad el uno al otro —me aconsejó—. Será el único puente que te permitirá llegar al chiquillo, Tom. Y necesita que llegues a él. Ahora empiezo a verlo claro. Primero se escapó de casa y después huyó de ti.

Tiene que dejar de salir corriendo o de lo contrario nunca aprenderá a hacerles frente a los problemas.

¿Telaraña creía que yo era un problema para Vencejo? Miré a otra parte.

—Nos entenderemos —le aseguré.

Telaraña suspiró con cansancio cuando dijo:

—Lo dejo en tus manos, entonces.

Telaraña se reincorporó a la mesa y la conversación del destacamento de Mañosos. Minutos más tarde se marcharon todos. El príncipe continuó ensayando el discurso. Cuando Vencejo regresó con las mantas y una jarra de agua para Tordo, examiné la colección de manuscritos del príncipe y escogí los que me parecieron más útiles para el niño. Para mi sorpresa, encontré varios que no había visto con anterioridad; Chade debía de haberlos conseguido justo antes de que zarpásemos. Trataban sobre la sociedad y las costumbres de las Islas del Margen. Elegí los más elementales para Vencejo. Procuré colocar a Tordo en la postura más cómoda posible. La fiebre no dejaba de aumentar. Mientras más subía, más demencial sonaba su música. Aún no había comido nada, pero al menos no se resistió cuando le acerqué la jarra a los labios y me aseguré de que se bebiera toda el agua. Lo ayudé a tumbarse de nuevo y le arropé bien todo el cuerpo, preguntándome cómo, a pesar de la fiebre ardiente, creía morir de frío.

Cuando terminé y levanté la cabeza vi a Vencejo observándonos con repulsión.

—Huele raro —se quejó el niño ante mi gesto reprobatorio.

—Está enfermo. —Señalé el suelo cuando volví a sentarme al borde del catre de Tordo—. Siéntate aquí. Y léenos ese manuscrito en voz alta, sin gritar. No, el del borde raído, el de ahí. Sí, ese.

—¿De qué trata? —preguntó sin necesidad según desanudaba el documento y lo abría.

—Es un retrato de la historia y el pueblo de las Islas del Margen.

—¿Por qué tengo que leerlo?

Enumeré los motivos con los dedos.

—Porque necesitas aprender a leer mejor. Porque viajamos hacia allí y te vendrá bien saber más cosas acerca de los habitantes de esas tierras para no

avergonzar a tu príncipe. Porque la historia de los Seis Ducados se entrelaza con la de las Islas del Margen. Y porque lo digo yo.

Aunque agachó la cabeza, no lo noté más convencido que antes. Tuve que pedirle de nuevo que empezase a leer. Pero una vez que empezó, creo que el texto despertó su interés. Las elevaciones y atenuaciones de su voz juvenil ejercían un efecto relajante. Dejé que las sucesivas inflexiones mecieran mis pensamientos, evadiéndome del sentido de las palabras.

Vencejo no había terminado de leer cuando Chade entró. Fingí no prestar atención al anciano mientras hablaba en voz baja con el príncipe. Después Dedicado me rozó por medio de la Habilidad.

Chade necesitaría que permitieras salir unos minutos a Vencejo, para poder hablar con libertad.

Un momento.

Hice que asentía para mí una vez que Vencejo terminó de leer unas líneas más. Cuando cogió aire, le puse la mano en el hombro.

—Es suficiente por hoy. Puedes marcharte. Pero mañana estaré aquí y lo mismo deberías hacer tú. Te estaré esperando.

—Sí, señor.

No advertí en su voz traza alguna de ilusión, ni de resignación. Tan solo un asenso neutral. Contuve un suspiro. Se situó ante el príncipe, le hizo una reverencia y recibió permiso para retirarse. Cuando se lo sugerí por medio de la Habilidad, Dedicado le hizo saber que a su juicio la educación beneficiaba a todas las personas, por lo que también él celebraría verlo acudir a las clases diariamente. Vencejo volvió a asentir sin el menor entusiasmo y siguió su camino.

Apenas se había cerrado la puerta cuando Chade se acercó a mí.

—¿Cómo está? —preguntó con gravedad mientras le tocaba la cara a Tordo.

—Tiene fiebre y tos. Ha bebido agua pero no ha comido nada.

Chade se sentó con pesadez al borde del catre. Le palpó la garganta a Tordo justo por debajo del mentón y le puso la mano en el pecho para valorar la fiebre.

—¿Cuánto tiempo —me preguntó— lleva en ayunas?

—Hace al menos tres días que no retiene nada sólido en el estómago.

Chade espiró ruidosamente.

—Bien, empezaremos por ahí. Necesita comer. Caldos salados, espesados con carne ligera y verduras.

Asentí, pero Tordo gruñó y volvió la cara hacia la pared. La textura de su música se notaba incierta. Parecía desaparecer a lo lejos, como si se filtrara por algún lugar al que yo no podía acceder.

Chade me distrajo al ponerme la mano en la muñeca.

¿Qué le hiciste anoche? ¿Crees que tú le provocaste este malestar?

La pregunta me descolocó y le respondí en voz alta.

—No. No, creo que no es más que la consecuencia de los mareos que sufría, de pasar las noches en cubierta, bajo la lluvia, y de negarse a comer.

Tal vez Tordo hubiera percibido nuestro diálogo Habilidadoso. Volvió la cabeza hacia nosotros y me miró con hostilidad. Después se le volvieron a cerrar los ojos.

Chade se levantó y me hizo una señal para que lo siguiera. Se arrellanó en un banco bien acolchado que había bajo una de las ventanas y me pidió que me sentase junto a él. El príncipe estaba colocando las piezas para una partida de piedras. Levantó la cabeza y nos miró con curiosidad.

—Es curioso que hablar en voz baja sea la mejor manera de llevar este asunto en privado. —Chade señaló la ventana como si quisiera que me asomase. Me incliné hacia delante y asentí. Sonrió y me habló al oído a media voz—. Anoche no logré dormir. He estado practicando los ejercicios de la Habilidad, por mi cuenta. Tengo la impresión de que estoy desarrollando cierta sensibilidad. Al principio la música de Tordo sonaba arrolladora y descontrolada. Después, percibí algo... a alguien. A ti, creo. Pero noté otra presencia, alguien a quien siento que ya conocía. Poco a poco empezó a cobrar fuerza, a imponerse; hasta que la música de Tordo se serenó.

En parte me quedé asombrado al saber que Chade poseía un nivel de Habilidad suficiente para presenciar algo así. No discurrí con la agilidad suficiente, por lo que mi silencio se alargó demasiado, hasta que le pregunté con ingenuidad.

—¿Otra presencia?

La sonrisa del consejero me mostró todos sus dientes.

—Ortiga, creo. ¿Es así como pretendes incorporarla al destacamento?

—En realidad no —negué. Sentí como si un muro se derrumbara cuando admití este secreto ante Chade. Lo lamentaba y, sin embargo, respiré aliviado al hablar de ello. Estaba cansado de secretos, comprendí de súbito. Estaba demasiado cansado para seguir guardándolos. Hablarle de Ortiga y su fuerza. No significaba que fuese a permitir que nadie se aprovechara de ella—. Le pedí un favor. Necesitaba hacerle saber que Vencejo se encontraba a salvo y que yo cuidaría de él. Antes de que zarpásemos le dije que el niño viajaba de regreso a casa, porque eso era lo que yo creía. Cuando descubrí que había embarcado con Telaraña, en fin... No podía dejarla con esa incertidumbre, preguntándose si su hermano habría caído muerto en alguna cuneta.

—Por supuesto que no —murmuró Chade. Sus ojos destellaban hambrientos de información. Decidí alimentarlo.

—A cambio, le pedí que terminara con las pesadillas de Tordo. Parece que su Habilidad le permite controlar sus propios sueños. Anoche demostró que además puede adueñarse de los de los demás.

Estudié su rostro con la misma avidez con que él analizó el mío. Lo vi sopesar todo un abanico de posibilidades; vi chispear sus ojos cuando comprendió cuán letal podría ser esta arma. Controlar las imágenes que las personas visualizaban en su cabeza, orientar sus pensamientos desprotegidos por caminos lúgubres y deprimentes, o inspiradores y hermosos... ¿Qué maravillas no podrían realizarse con semejante instrumento? Se podía hacer perder el juicio a una persona provocándole pesadillas, forjar una alianza matrimonial fundamentada en sueños románticos o socavar una relación sembrando la sospecha.

—No —musité—. Ortiga no es consciente de la magnitud de su don. Ni siquiera sabe que es la Habilidad lo que utiliza. No la incorporaré al destacamento, Chade. —Le conté entonces la mentira más elaborada que jamás se me había ocurrido de un modo tan improvisado. Si el consejero lo hubiera sabido, se habría sentido orgulloso de mí—. Nos será de más utilidad si trabaja como Sola, ignorante del verdadero alcance de sus actos. Así será más fácil tratar con ella. Como sucedía conmigo, cuando de joven operaba sin saber lo que hacía.

Chade asintió gravemente, sin molestarse en negar la verdad. Descubrí en

ese instante un punto débil de mi mentor. A pesar de que me quería, me utilizó y permitió que me utilizaran. Tal vez, del mismo modo que lo utilizaron a él. No se imaginaba que yo protegería a Ortiga de esa suerte.

—Me alegro de que al fin comprendas que es lo más conveniente —dijo satisfecho.

—¿Ocurre algo? —preguntó el príncipe con curiosidad. Se levantó y vino a mirar por la ventana.

Chade se inventó la sandez de que estábamos probando algunos trucos visuales, fijándonos primero en los barcos según se deslizaban por el agua y pestañeando después, para que así pareciese que lo que se movía era el mar.

—¿Y qué era eso de lo que deseabais hablarnos en privado? —preguntó el príncipe con interés.

Chade tomó aire, devanándose los sesos en busca de algún tema.

—Creo que esta podría ser una solución excelente. Con Traspie y Tordo aquí, el destacamento puede reunirse al completo sin problemas. Quizá no estaría de más que comentáramos por ahí que Tordo se ha encariñado de Traspie y necesita tenerlo cerca. Con esa excusa, a nadie le parecerá tan raro que un simple guardia pase tanto tiempo cerca del príncipe, incluso después de que Tordo se recupere.

—Creía que ya lo habíamos acordado así —señaló el príncipe.

—¿Sí? Bien. Supongo que sí. Disculpad a este anciano que ya no sabe dónde tiene la cabeza, mi príncipe.

Dedicado resopló con escepticismo. Discretamente me retiré al cuarto de Tordo.

La fiebre no había remitido un ápice. Chade llamó a un sirviente y le ordenó que trajera los platos que creía más saludables para el hombrecillo. Me acordé de la desagradable cocinera y me compadecí del muchacho encargado de pedirle la comida. Regresó demasiado pronto con una taza de agua caliente en cuyo fondo se agitaba un trozo de carne salada. Chade montó en cólera y envió a otro sirviente después de darle indicaciones escuetas y precisas. Convencí a Tordo para que tomara agua sola, cada vez más nervioso al ver que su respiración sonaba ahora más ronca.

Los platos llegaron. La cocinera se había esmerado mucho más que la

primera vez, e incluso conseguí que Tordo comiera algo. Tenía la garganta abrasada y cada vez que tragaba le dolía más, de modo que se tomó su tiempo para almorzar. La cocinera también había preparado algo para mí, por orden de Chade, a fin de que no tuviera que separarme del enfermo para comer. Este fue el patrón que definió mis hábitos alimenticios. Estaba bien poder comer con tranquilidad, sin competir con el resto de los guardias, pero al mismo tiempo esta solución me impedía conversar con nadie que no fuera Tordo, Chade o Dedicado. Confiaba en que la primera noche en el camarote del príncipe me sirviera para dormir varias horas seguidas. Tordo descansaba con más sosiego, ya sin toser ni gemir. Me atreví a dar por hecho que empezaba a recuperarse. Mi catre abarcaba la anchura de la entrada a su armario. Cerré los ojos, ansioso por descansar un poco, pero en lugar de eso, respiré hondo, me concentré y me zambullí en el sueño de Tordo.

No estaba solo. El Tordo gatito descansaba acurrucado sobre un cojín en medio de una cama inmensa mientras Ortiga daba vueltas en silencio por la pequeña habitación. Parecía estar ocupada con las tareas de la tarde. Tarareaba al tiempo que ordenaba la ropa tirada, tras lo cual guardó la comida en distintos armarios. Cuando terminó, el cuartito estaba reluciente.

—Ahora —le dijo al atento gatito—. Mira. Todo está bien. Todo está en su sitio y como tiene que estar. Y tú estás a salvo. Dulces sueños, pequeñín. —Se puso de puntillas para apagar el farol. De pronto fui consciente de algo muy extraño. Yo sabía que la muchacha era Ortiga, pero a través de los ojos de Tordo la percibía como una mujer baja y corpulenta con el cabello largo y encanecido recogido en un moño y el rostro surcado de profundas arrugas. Su madre, comprendí, y supe en ese momento que había tenido a su hijo a una edad muy avanzada. Por su aspecto más bien parecía su abuela.

Acto seguido, el sueño de Tordo se alejó de mí, como si me quedara atisbando una ventana luminosa desde la distancia. Miré en torno a mí. Nos encontrábamos en la ladera, con la torre derretida ante mí y una alfombra de zarzas muertas a mi alrededor. Ortiga estaba a mi lado.

—Lo hago por él, no por ti —me aclaró sin rodeos—. Nadie tiene por qué soportar unos sueños tan infestados de miedo.

—¿Estás enfadada conmigo? —le pregunté con cautela. Temía su respuesta.

No me miró. Procedente de ninguna parte, un viento helador empezó a correr entre nosotros. Ortiga levantó la voz para que pudiera oírla.

—¿Qué significaba, en realidad, aquello que me pediste que le dijera a mi padre? ¿Eres de verdad una bestia tan despiadada, Lobo de las Sombras, que no te importa darle mensajes que le rompan el corazón?

Sí. No. No sabía cuál era la respuesta más sincera. Quise decirle que nunca haría nada que le doliese. Pero ¿era cierto? Había tomado a Molly como pareja. Me daban por muerto; ninguno de los dos deseaba hacerme nada malo. Pero, aun así, me la había arrebatado. Y había criado a mi hija, la había protegido y cuidado. Sí. Eso era verdad, y le estaba agradecido por ello. Sin embargo, no le agradecía que cada vez que Ortiga oía la palabra «papá» le viniese su rostro a la cabeza.

—Tú me pediste que te diera ese mensaje —le dije, comprendiendo después lo desabrida que había sonado la respuesta.

—Y como siempre ocurre con los deseos que se conceden en las fábulas, me dijiste lo que quería oír, y eso me ha roto el corazón.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a regañadientes.

No quería contármelo, pero lo hizo de todos modos.

—Le dije que había tenido un sueño, y que en el sueño, un lobo con púas de puercoespín en el hocico me prometió que cuidaría de Vencejo y que nos lo traería a casa sano y salvo. Se lo dije con las palabras que empleaste tú: «Como hicieras tú una vez, así hago yo ahora. Protejo y guío a tu hijo. Lo defenderé con mi vida de cualquier peligro y, cuando concluya mi tarea, lo llevaré a casa sano y salvo, de regreso contigo».

—¿Y?

—Mi madre estaba amasando pan, y me prohibió hablar de Vencejo si no pensaba decir más que pamplinas y disparates. Pero se encontraba de espaldas a la mesa a la que estábamos sentados mi padre y yo. No vio cómo se le ensancharon los ojos al oírme. Me miró fijamente, con los ojos como platos. Después se cayó de la silla y se quedó tendido en el suelo, como un cadáver. Creía que se había caído muerto. Mis hermanos y yo lo arrastramos hasta la cama, temiéndonos lo peor. Mi madre estaba aterrada, no dejaba de preguntarle qué le dolía. Pero mi padre no le dijo nada. Se tapó los ojos con las manos, se

acurrucó como un niño al que hubieran dado de azotes y rompió a llorar.

»Hoy se ha pasado el día gimoteando, y no ha querido hablar con nadie. Al anochecer lo oí levantarse. Me acerqué al filo del desván y me asomé. Se había vestido para viajar. Mi madre lo tenía agarrado del brazo y le suplicaba que no saliese. Pero mi padre le dijo: «Mujer, no tienes ni idea de lo que hemos hecho, y me falta valor para contártelo. Soy un cobarde. Siempre he sido un cobarde». Se la quitó de encima y se marchó.

Por un instante fugaz y terrible, imaginé a Molly desdeñada y abandonada. La mera idea me hizo polvo.

—¿Adónde fue? —logré preguntarle.

—Sospecho que salió en tu busca. Estés donde estés.

Pese a la sequedad de la respuesta, percibí una traza de esperanza en ella, la esperanza de que alguien supiera hacia dónde viajaba su padre y por qué. Tuve que hacerle caso.

—No me encontrará. Pero creo que sé adónde ha ido, y creo que no tardará en volver a casa. Torre del Alce, pensé. Burch era un hombre directo. Se presentaría en el castillo con la esperanza de acorralar a Chade e interrogarlo. En su lugar se encontraría con Kettricken. Y ella se lo contaría todo. Del mismo modo que le reveló a Dedicado quién era yo en realidad. Porque mi reina creía que siempre había que decirles la verdad a los demás, por mucho que doliese.

No había terminado de imaginarme la escena cuando Ortiga habló de nuevo.

—¿Qué he hecho? —me preguntó. No era una pregunta retórica—. Me creía muy lista. Creía que haciendo un trato contigo conseguiría traer a mi hermano de vuelta a casa sano y salvo. Sin embargo... ¿Qué he hecho? ¿Qué eres? ¿Quieres hacernos daño? ¿Odias a mi padre? —Aún más atemorizada, me preguntó—: ¿Tienes a mi hermano retenido de alguna manera?

—Por favor, no te asustes. No hay ningún motivo para que tengas miedo de mí —me apresuré a asegurarle, sin poder evitar preguntarme después si era cierto—. Vencejo está a salvo, y te prometo que haré cuanto esté en mi mano para llevarlo a casa tan pronto como pueda. —Hice una pausa mientras decidía hasta dónde podía contarle. Esta hija mía no tenía un pelo de tonta. Si le daba demasiadas pistas desentrañaría el enigma sin problemas. Con toda probabilidad, entonces la perdería para siempre—. Conocí a tu padre, hace mucho tiempo.

Manteníamos una relación muy estrecha. Pero tomé algunas decisiones que iban en contra de sus reglas, por lo que nos distanciamos. Durante todos estos años me había creído muerto. Ahora que le has dado mi mensaje, sabe que no es así. Y, puesto que nunca fui a decirle la verdad en persona, está convencido de que se portó muy mal conmigo. No es así. Pero a poco que conozcas a tu padre sabrás que lo que él piense al respecto será lo que le haga tomar una determinación.

—¿Conociste a mi padre hace mucho tiempo? Entonces ¿también conociste a mi madre?

—Lo conocí mucho antes de que tú nacieras. —No era del todo mentira, aunque sí un engaño. Dejé que se confundiera.

—Entonces el mensaje no significaba nada para mi madre —dedujo en voz baja pasado un momento.

—Así es —confirmé. Después le pregunté con cautela—: ¿Se encuentra bien?

—¡Claro que no! —La sentí impacientarse por culpa de mi estupidez—. Salió de la casa y empezó a pedirle a gritos que no se marchara, y después se puso a disparatar y a lamentarse de haberse casado con un hombre tan testarudo. Una decena de veces me exigió que le repitiera lo que había dicho, y una decena de veces volví a contarle mi «sueño». Estuve a punto de decirle todo lo que sabía sobre ti. Pero eso no habría servido de nada, ¿verdad? Porque nunca os conocisteis.

Por un instante sobrecogedor, vi la escena a través de los ojos de Ortega. Molly en medio del camino. Tras forcejear con Burrich para detenerlo, tenía el cabello suelto. Rizado como siempre, le rozaba los hombros cada vez que alzaba el puño y le gritaba a Burrich. El hijo menor, de apenas seis años, se aferraba a sus faldas, sollozando aterrorizado ante el demencial espectáculo, testigo de cómo su padre abandonaba a su madre. La puesta de sol teñía el paisaje de sangre.

—¡Viejo ciego majadero! —aulló Molly según su marido se alejaba, grito que impactó contra mí como una lluvia de piedras—. ¡Te perderás o te asaltarán! ¡Nunca volverás con nosotros! —Pero la trápala del caballo al galope, cada vez más apagada, fue su única respuesta.

Ortiga se apartó del recuerdo abrasador y entonces vi que ya no estábamos en la colina junto a la torre derretida. Nos encontrábamos en un desván. Casi rozaba las vigas con mis orejas de lobo. Ortiga apareció sentada en su cama, con las rodillas apretadas contra el pecho. Al otro lado de la cortina que nos separaba del resto del desván, se oía respirar a sus hermanos. Uno de ellos no dejaba de agitarse y gritar en sueños. Nadie dormiría plácidamente esta noche.

Ardía en deseos de suplicarle que no le dijese nada sobre mí a Molly. No me atreví, porque de lo contrario deduciría que le había mentado. Me pregunté hasta qué punto sospechaba que existía alguna relación entre su madre y yo. No le respondí directamente.

—No creo que tu padre pase fuera mucho tiempo. Cuando regrese, ¿me avisarás, para quedarme tranquilo?

—Te avisaré, si es que regresa —especificó con un hilo de voz. Deduje en ese instante que Molly había manifestado claramente el lógico miedo de la familia. Ortiga prosiguió de mala gana, como si el hecho de expresar la verdad en voz alta la hiciera más real—. Ya lo asaltaron y le dieron una paliza cuando salió solo en busca de Vencejo. Nunca lo ha admitido, pero todos sabemos que eso es lo que le ocurrió. Y sin embargo, ha vuelto a salir sin compañía.

—Así es Burrich —dije. Preferí no compartir con ella lo que deseaba de corazón: que hubiera elegido un caballo al que conociese bien. Que no recurriera a la Maña para hablar con la montura no significaba que esta no pudiese comunicarse con él.

—Así es mi padre —convino con una mezcla de orgullo y tristeza.

En ese momento las paredes de la estancia comenzaron a disolverse, del mismo modo que se deshace el texto de las cartas cuando las lágrimas caen sobre él. Ortiga fue lo último que se disipó de mi sueño. Cuando desperté, tenía la vista detenida en un rincón sombrío del camarote del príncipe, sin ver nada.

Durante los tediosos días y noches que siguieron, Tordo continuó en el mismo estado, para bien o para mal. Su salud parecía mejorar durante un día y una noche, pero después volvía a tener fiebre y sufrir accesos de tos. El malestar físico le había hecho olvidarse del mareo, pero eso no me servía de consuelo. En más de una ocasión me vi obligado a pedirle a Ortiga que me ayudase a acabar con los sueños febriles de Tordo para que no afectasen a la tripulación. Los

marineros son gente muy supersticiosa. La influencia de Tordo les provocó pesadillas, de manera que cuando las pusieron en común decidieron que se trataba de una advertencia de los dioses. Aunque solo sucedió una vez, el malestar desatado estuvo a punto de provocar un motín.

Los sueños Habilidadosos me obligaron a trabajar con Ortiga más estrechamente y más a menudo de lo que deseaba. Ella no me hablaba de Burrich y yo no le preguntaba por él, aunque sé que los dos contábamos los días que llevaba fuera de casa. Estaba seguro de que si Ortiga hubiera tenido noticias de su padre, las habría compartido conmigo. La ausencia de Burrich dejó un hueco para mí en su vida. En contra de mi voluntad, nuestra relación se estrechaba cada vez más, hasta el punto de que empecé a ser consciente de ella en todo momento. Me enseñó, sin darse cuenta, a introducirme en los sueños de Tordo y manipularlos, transformándolos con delicadeza en imágenes reconfortantes. A mí no se me daba tan bien como a ella. Mi intervención se reducía a aportar sugerencias para Tordo, mientras que Ortiga corregía el sueño directamente.

En dos ocasiones sentí a Chade observándonos. Me exasperaba, pero no podía hacer nada al respecto, ya que de haberme dirigido a él, Ortiga se habría percatado de su presencia. No obstante, al ignorarlo, yo también me beneficiaba, porque de esta manera Chade adquiría cada vez más confianza; así, mi antiguo mentor empezó a utilizar la Habilidad con creciente destreza. ¿No se daba cuenta de ello o acaso pretendía ocultármelo? No estaba seguro, pero preferí no exponerle mis dudas.

Nunca me apasionó viajar en barco. El paisaje marino no encerraba nada especial para mí. Al cabo de unos días, encontraba el camarote del príncipe tan estrecho, opresivo y asfixiante como la bodega que compartían mis compañeros guardias. El rancho monótono, el balanceo incesante y la preocupación por Tordo me desmoralizaban. El reducido destacamento realizó pocos progresos durante las lecciones de Habilidad.

Vencejo acudía diariamente a sus clases. Leía manuscritos en voz alta, con lo que él adquiría conocimientos sobre las Islas del Margen y yo refrescaba los míos. Al final de cada sesión, le hacía una serie de preguntas para cerciorarme de que estuviera asimilando los datos, de que no se limitaba a recitarlos para

olvidarlos después. Destacaba por su retentiva y de vez en cuando me hacía preguntas que denotaban su interés por la materia tratada. No tenía muy buenos modales, pero obedecía a su maestro, y por el momento me bastaba con eso. La presencia de Vencejo parecía aliviar a Tordo, puesto que al oírlo se calmaba y mostraba una expresión más relajada. Hablaba poco y respiraba con alguna dificultad, viéndose sacudido en ocasiones por un nuevo acceso de tos. La continua lucha por obligarlo a tomar el caldo nos agotaba a los dos. La panza que había echado recientemente empezó a encoger, y sus ojillos se hundieron en unas marcadas ojeras. Nunca había visto a nadie tan demacrado, y el modo en que aceptaba su desdicha me partía el corazón. Tordo estaba convencido de que su hora se avecinaba, y ni siquiera infiltrándome en sus sueños logré sacarle esa idea de la cabeza por completo.

Y Dedicado no podía ayudarme con esta tarea. El príncipe hacía cuanto estaba en su mano y sentía un gran aprecio por Tordo. Pero tenía quince años y en muchos aspectos seguía siendo tan solo un muchacho. Además, era un muchacho con quien deseaban congraciarse los nobles, que todos los días ideaban alguna actividad que les permitiera acercarse a él. Libres de las austeras tradiciones de Kettricken, lo acosaban con divertimentos y lisonjas. Las embarcaciones más pequeñas actuaban como lanchas entre las naves de la flota ceremonial, de modo que no solo transportaban a los nobles que querían visitar a Dedicado, sino que a menudo llevaban al príncipe y a Chade a otros barcos para que disfrutasen de una velada de vino, poesía y música. Tales escapadas tenían la finalidad de evitarle el tedio propio de una travesía sin incidentes, objetivo que cumplieron de sobra, aunque esto obligaba a Dedicado a hacer favores y tener atenciones con sus nobles. El éxito de su reinado se fundamentaría en las alianzas que forjase ahora. No tenía muchas excusas para negarse a acudir a estas celebraciones. Por otro lado, me molestaba que no pareciera darle la importancia debida a la enfermedad de su sirviente.

Telaraña era mi único apoyo. Venía a diario y se ofrecía en voz baja a cuidar de Tordo mientras yo descansaba unas horas. Por supuesto, no podía relajarme demasiado. Seguía pendiente de Tordo por medio de la Habilidad, no fuese que nos arrastrara a todos hacia algún sueño demencial y abominable. Pero al menos podía abandonar el confinamiento en el camarote para subir a cubierta a estirar

las piernas y sentir la brisa fresca en la cara. Esta mecánica, no obstante, me impedía pasar tiempo a solas con Telaraña. No era solo por los asuntos de Chade por lo que sentía el apremio de hablar con él. Cada vez más, la discreción de su buen hacer y su amabilidad me impresionaban. Tenía la impresión de que intentaba ganarse mi voluntad, no del modo en que los nobles ansiaban granjearse la del príncipe, sino de la misma manera en que Burrich se acercaba a los caballos cuyo comportamiento pretendía corregir. Y lo consiguió, a pesar de que yo fuera consciente de ello. Cada día que pasaba lo miraba con ojos menos recelosos y prudentes. Ya no me parecía peligroso que conociese mi verdadera identidad, sino que en parte incluso me aliviaba. Tenía decenas de preguntas que me moría de ganas por hacerle: ¿cuántos miembros de la Vieja Sangre sabían que Traspíe Hidalgo seguía vivo? ¿Cuántos sabían que yo era él? Sin embargo, no me atrevía a expresarle mis dudas en presencia de Tordo, a pesar de que este se hallara sumido en sus sueños febriles. Quién sabía si le daría por repetir lo que oyera, ya fuese en voz alta o en sueños.

Un día a última hora de la tarde, cuando el príncipe y Chade regresaron de un espectáculo celebrado en otra nave, esperé a que Dedicado les diera permiso para retirarse a sus sirvientes. Chade y él estaban tomando una copa de vino y hablando en voz baja en el banco acolchado de debajo de la ventana que permitía ver la estela del barco desde el camarote penumbroso. Me levanté del catre de Tordo, caminé hasta la mesa y les hice una señal para que se acercaran. A pesar de lo cansados que estaban tras una larga partida de piedras con lord Excelente, sintieron la curiosidad suficiente para unirse a mí de inmediato. Decidí hablarle sin rodeos a Dedicado.

—¿Alguna vez Telaraña os ha revelado que está al tanto de que soy Traspíe Hidalgo?

Su expresión de pasmo lo dijo todo.

—¿Era necesario que lo supiese? —refunfuñó Chade.

—¿Hay algún motivo por el que no deba saberlo? —replicó el príncipe por mí, con más sequedad de la que esperaba de él.

—Tan solo que este hecho no guarda relación alguna con nuestra actual misión. Preferiría que os centráseis en los asuntos que más nos preocupan, príncipe Dedicado. —Chade hablaba con voz contenida.

—Tal vez, consejero Chade, podríais dejar que yo decida qué asuntos me preocupan. —La respuesta áspera de Dedicado me hizo sospechar que ya habían discutido esta cuestión con anterioridad.

—Entonces ¿no habéis observado indicios de que los demás componentes del destacamento de Mañosos sepan quién soy?

El príncipe titubeó antes de responder despacio.

—No. Se comentan cosas, a veces, sobre el bastardo Mañoso. Y ahora que lo pienso, siempre es Telaraña quien saca el tema. Pero habla de ello con la misma naturalidad con que nos instruye en la historia y las tradiciones de los Mañosos. Expone un tema y después nos hace preguntas que nos ayudan a entenderlo mejor. A Traspíe Hidalgo solo lo ha mencionado como figura histórica.

Un tanto inquietante, que se refirieran a mí como «figura histórica». Chade intervino antes de que empezara a sentirse demasiado incómodo.

—¿De modo que Telaraña es el instructor formal de vuestro destacamento de Mañosos? Historia, tradiciones... ¿Qué más?

—Cortesía. Nos cuenta viejas fábulas sobre personas Mañosas y las bestias a las que se vinculaban. Nos habla de cómo prepararse para iniciar la Búsqueda de un compañero animal. Creo que lo que nos enseña son cosas que los demás saben desde niños, pero que las cuenta pensando en Vencejo y en mí. Sin embargo, cuando narra sus fábulas, los otros lo escuchan con atención, sobre todo el juglar Cizaña. Creo que posee muchos conocimientos populares que un día estuvieron a punto de perderse, y que los comparte con nosotros para que los guardemos y se los transmitamos a las generaciones venideras.

Asentí según formulaba su teoría.

—Cuando la persecución disgregó a las comunidades de Mañosos, sus miembros se vieron obligados a ocultar sus tradiciones y su saber. De forma inevitable, su cultura se iría perdiendo con las sucesivas generaciones.

—En vuestra opinión, ¿por qué habla Telaraña acerca de Traspíe Hidalgo? —preguntó un inquisitivo Chade.

Vi cómo Dedicado pensaba la respuesta, del mismo modo en que Chade me enseñó a analizar los actos de la gente. ¿Qué ventaja podría obtener de ello? ¿A quién ponía en peligro?

—Puede que sospeche que yo ya lo sé. Aunque no creo que sea por eso. Creo que le plantea la cuestión al destacamento de Mañosos para que se hagan una pregunta: «¿Qué diferencia a un gobernante Mañoso de otro Desmañado?». ¿Qué habría sucedido en los Seis Ducados si Traspié hubiera ascendido al poder en lugar de ser ejecutado por la magia que portaba? ¿Qué sucedería en los Seis Ducados si en el futuro ya no supusiera un peligro para mí anunciar que pertenezco a la Vieja Sangre? También: ¿en qué beneficiaría a mi pueblo, a la totalidad de mi pueblo, el que lo gobernara un miembro de la Vieja Sangre? Y ¿qué ayuda puede prestarme el destacamento de Mañosos durante mi reinado?

—¿Durante vuestro reinado? —preguntó Chade con sequedad—. ¿Hasta tal punto se extiende su ambición? Se ofrecieron a ayudaros durante este viaje, para demostrarles a los Seis Ducados que se puede hacer uso de la Maña por una buena causa. ¿Piensan seguir sirviéndoos como consejeros una vez que finalice esta expedición?

Dedicado miró a Chade frunciendo el ceño.

—Por supuesto que sí.

Cuando el anciano anudó las cejas en un gesto de exasperación, decidí intervenir.

—A mí me parece razonable, sobre todo si su trabajo contribuye al éxito de la misión. Utilizarlos con este fin y después desecharlos no encajaría con el buen hacer político que siempre me has inculcado.

El semblante de Chade seguía nublado.

—En fin... Supongo que... si de verdad su participación resulta ventajosa, esperarán recibir algún tipo de recompensa.

El príncipe se expresó con calma, aunque noté cómo se esforzaba por contener su enfado.

—¿Y qué esperaríais que pidieran a cambio si conformaran un destacamento de la Habilidad a mi servicio? —La pregunta trampa me recordó tanto a las que solía plantear Chade que estuve a punto de soltar una carcajada.

El consejero se indignó.

—Eso sería muy distinto. La Habilidad es una magia que habéis heredado y cuyo poder ensombrece al de la Maña. Que os vinculaseis a vuestro destacamento de la Habilidad y aceptaseis los consejos y la compañía de sus

miembros sería comprensible. —Al decir esto guardó silencio de súbito.

Dedicado asintió despacio.

—La Vieja Sangre también es una magia que he heredado. Y sospecho que encierra muchas más posibilidades de las que imaginamos. Y, sí, Chade, la compañía y la confianza me han llevado a establecer un vínculo con los portadores esta magia. Es, como vos decís, algo comprensible.

Chade abrió la boca para responder, pero después la cerró de nuevo. Segundos más tarde volvió a hacer ademán de responder y, una vez más, decidió callar a continuación. Con una mezcla de rabia y admiración admitió en voz baja:

—Muy bien. Entiendo vuestro razonamiento. Esto no significa que comparta la conclusión, pero lo comprendo.

—Es todo cuanto os pido —aceptó el príncipe, y en su respuesta oí el eco del monarca en el que se convertiría.

Chade me trinchó con sus ojos indagadores.

—¿Por qué has sacado este tema? —me preguntó molesto, como si mi objetivo fuese provocar una discusión entre ellos.

—Porque necesito saber qué es lo que Telaraña quiere de mí. Siento que intenta acercarse a mí, que se esfuerza por ganarse mi confianza. ¿Por qué?

A bordo de un barco no existe el silencio absoluto. En ningún momento cesa la conversación entre la madera y el agua, entre el trapo y el viento. Durante unos momentos esas fueron las únicas voces que se oyeron en el camarote. Al cabo Dedicado articuló un resuello leve.

—Por improbable que te parezca, Traspié, tal vez solo pretenda ser tu amigo. No veo qué ventaja podría obtener.

—Guarda un secreto —aseguró Chade con amargura—. Guardar un secreto siempre otorga cierto poder.

—Y siempre entraña cierto peligro —opuso el príncipe—. Revelar ese secreto le haría tanto daño a Telaraña como a Traspié. Pensad qué ocurriría si lo desvelara. ¿No perjudicaría a mi reino? ¿No se volverían contra mi madre, la reina, algunos de los nobles, furiosos porque les hubiera ocultado esa información y porque hubiese salvado a Traspié? —Bajó la voz para añadir—: No olvidéis que, al decirle a Traspié que conocía su verdadera identidad,

Telaraña también se colocó en una posición delicada. Algunos matarían porque nadie más conociera esta información.

Vi cómo Chade analizaba la cuestión minuciosamente.

—A decir verdad, esto supone una amenaza tanto para vuestro reino como para Traspíe —admitió preocupado—. Hoy por hoy, lleváis razón. A Telaraña le conviene llevar esto con discreción. Mientras vuestro reino se muestre amigable con los Mañosos, a estos no les interesará derrocaros. Pero ¿y si un día os volvierais contra ellos? Entonces ¿qué?

—Claro, entonces ¿qué? —se mofó el príncipe—. Chade, haceos la pregunta que siempre me hacéis a mí: «¿Qué sucedería en ese caso?». Si mi madre y yo fuéramos derrocados, ¿quién ascendería al poder? Obviamente, aquellos que nos derrocasen. Quienes se convertirían en el enemigo de los Mañosos, el enemigo más cruel que la Vieja Sangre hubiera tenido en mucho tiempo. No. Creo que el secreto de Traspíe está a salvo. Es más, opino que debería dejar a un lado su desconfianza y aceptar la amistad de Telaraña.

Asentí, preguntándome por qué la idea me incomodaba tanto.

—A pesar de todo, el destacamento de Mañosos sigue sin parecerme del todo necesario —murmuró Chade.

—¿De verdad? Entonces ¿por qué me preguntáis a diario si el ave de Telaraña ha avistado algo? ¿No os tranquiliza que solo le haya mostrado buques mercantes y barcos de pesca? Y tened en cuenta las noticias que nos ha enviado hoy. Ha sobrevolado el puerto y el pueblo de Zylig, lugares que Telaraña ha visto a través de los ojos del ave. No daba la impresión de que los habitantes se estuvieran preparando para el combate ni para cometer traición alguna. Ciertamente, se trata de un núcleo masificado, pero parece desprender cierto aire festivo. ¿No os tranquiliza eso?

—Supongo. Pero no me sirve de consuelo, pues la traición es fácil de disimular.

Cuando Tordo empezó a revolverse, mascullando, les pedí permiso para dejarlos. Poco después Chade se retiró a su camarote, el príncipe se acostó y yo preparé mi catre junto al camastro de Tordo. Pensé en Telaraña y en Riesgo e intenté imaginar qué se sentiría al contemplar el mar y las Islas del Margen a vista de pájaro. Debía de ser una experiencia extraordinaria y asombrosa. Pero

antes de dejarme arrastrar del todo por la imaginación, una devastadora añoranza de Ojos de Noche hizo presa en mí. Esa noche me sumí en mis propios sueños, donde los lobos cazaban en las colinas marchitadas por el verano.

La Hetgurd

Así fue como todo dio comienzo. Eda y El se ayuntaron en la oscuridad, pero él no se ganó el favor de ella. Eda dio a luz la tierra, y las aguas que brotaron a raudales durante el nacimiento formaron el mar. La tierra informe era un silente manto de arcilla, hasta que Eda la tomó en sus manos. Una tras otra, moldeó las runas de su nombre secreto, y también al de El dio forma. Escribió el nombre divino con las Runas del Dios, distribuyéndolas con delicadeza por el mar. Y todo esto El lo observó.

Sin embargo, cuando se dispuso a recoger arcilla para moldear sus propias runas, Eda se negó a entregársela. «No me diste más que el torrente de tu cuerpo, una simple semilla con la que crear todo esto. La carne brotó de mí. Así pues, para que puedas empezar, llévate tan solo lo que pusiste y confórmate con ello.»

Esto, empero, no satisfizo a El. En consecuencia, decidió crear a los hombres, a los que dotó de barcos para que surcaran la faz del mar. Riendo para sí, dijo: «Hay demasiados para que Eda los pueda controlar a todos. Pronto caminarán por su tierra y la moldearán a mi gusto, para que representen mi nombre en lugar del suyo.»

Eda, no obstante, había previsto su estratagema. De esta manera, cuando los hombres de El llegaron a la tierra, se encontraron con las mujeres de Eda, quienes ya caminaban por ella, entregadas a la recolección de frutos, el cultivo de cereales y la cría de ganado. Las mujeres, por tanto, no permitirían que los hombres alterasen la forma de la tierra, ni que morasen en ella demasiado tiempo. En lugar de eso, las mujeres advirtieron a los hombres: «Os dejaremos cubrirnos con el piélagos de vuestro vientre, con el que le daremos forma a la carne que nos habrá de suceder. Pero nunca la tierra que Eda concibió pertenecerá a vuestros hijos, sino únicamente a nuestras hijas.»

Bardos de las Islas del Margen,

El nacimiento del mundo

Pese al recelo de Chade, Riesgo le había mostrado a Telaraña con exactitud lo que podíamos esperar. A la mañana siguiente el vigía anunció el avistamiento y, por la tarde, empezaron a aparecer por babor los islotes que precedían a las Islas del Margen. Los montículos de orillas verdes, las casitas y las barcas de pesca animaban un paisaje que el mar llevaba dominando demasiados días. Intenté convencer a Tordo para que se levantara y subiera a cubierta a fin de que comprobase lo poco que faltaba para el final del viaje, pero me fue imposible

convencerlo. Cuando respondió, lo hizo despacio, en un tono mesurado.

—No será casa —gimió—. Estamos demasiado lejos de casa, y nunca volveremos allí más. Nunca. —Tosiendo, se volvió y me dio la espalda.

Sin embargo, ni siquiera su actitud resentida ensombreció el alivio que yo sentía. Preferí pensar que una vez que saltara a tierra recobraría la salud y el ánimo. Saber que dentro de poco la opresión del barco no sería más que un mal recuerdo hizo que cada segundo se alargara como todo un día. A la tarde siguiente avistamos el puerto de Zylig, aunque parecía haber transcurrido todo un mes. Cuando unos pequeños barcos salieron a nuestro encuentro para guiarnos por el estrecho canal hasta el puerto, sentí el deseo acuciante de subir a cubierta con Chade y el príncipe Dedicado.

En lugar de eso, me quedé dando vueltas por el camarote del príncipe, contemplando con frustración el paisaje desde las ventanas de popa. Podía oír los bramidos del capitán y el estruendo de los marineros que corrían de aquí para allá por cubierta. Chade, el príncipe Dedicado, el séquito de nobles y el destacamento de Mañosos se encontraban en la proa, viendo cómo el barco arribaba a Zylig. Me sentía como un perro al que hubieran encerrado en una caseta mientras los sabuesos corrían a la caza de la presa. Noté cómo variaba el balanceo del casco a medida que la tripulación arriaba las velas y los cabos que habían enganchado los barcos de remolque se tensaban. Una vez que terminaron de orientarnos, los guías de las Islas del Margen nos hicieron virar de tal modo que ahora la popa miraba hacia Zylig. Cuando oí la zambullida del ancla, contemplé con inquietud la ciudad extranjera que nos esperaba. Las otras naves de los Seis Ducados fueron arrastradas también por los remolcadores hasta quedar amarradas cerca de nosotros.

Creo que no existe nada tan desesperadamente lento como las maniobras de atraque de un barco en un muelle, salvo, tal vez, el proceso de descarga. De pronto nuestras naves quedaron rodeadas por un enjambre de pequeñas embarcaciones, cuyos remos subían y bajaban dándoles el aspecto de chinches acuáticos dotados de decenas de patas. Una de estas embarcaciones, de mayor eslora que el resto, pronto acogió al príncipe Dedicado, a Chade, al selecto séquito y a un puñado de guardias. Los vi alejarse, convencido de que se habían olvidado por completo de Tordo y de mí. Oí entonces que llamaban a la puerta.

Era Acertijo, quien acababa de terminar de ataviarse con el uniforme de guardia. Un destello de emoción le iluminaba los ojos.

—Me han ordenado que cuide del zoquete mientras te preparas. Hay un barco esperando para llevarnos a tierra a ti, a él y al resto de la guardia. Espabila. Los demás ya están listos para salir.

De modo que no se habían olvidado de mí, aunque tampoco me habían puesto al tanto de sus planes. Le tomé la palabra a Acertijo y lo dejé con Tordo mientras yo bajaba a la bodega. La sección de los guardias estaba vacía. Se pusieron el uniforme limpio nada más saber que estábamos llegando a puerto. Los que no se marcharon con el príncipe se encontraban pegados a las barandillas de cubierta, ansiosos por desembarcar. Me cambié sin perder un segundo y regresé aprisa al aposento del príncipe. Obligar a Tordo a ponerse ropa limpia no sería sencillo ni agradable, pero cuando llegué, me encontré con que Acertijo ya se había ocupado de esa tarea.

Sentado en el borde del camastro, Tordo no dejaba de balancearse de un lado a otro. Debido a la considerable pérdida de peso, ahora la túnica y los pantalones azules le quedaban holgados. Hasta que lo vi con la ropa puesta, no me di cuenta de lo mucho que había enflaquecido. Acertijo estaba arrodillado junto a él, intentando engatusarlo de buenas maneras para que se calzara. Tordo gimoteaba débilmente, sin poner mucho de su parte para facilitárselo. Un gesto de desolación le estrujaba el rostro. Si antes lo sospechaba, ahora no me cabía ninguna duda de que Acertijo era uno de los hombres de Chade. Un guardia normal jamás se habría prestado a esta tarea.

—Ya lo ayudo yo —le dije con involuntaria brusquedad. No sabría explicar por qué sentía que debía proteger a aquel hombre menudo que me miraba con sus ojillos redondos bañados en lágrimas, pero así era.

—Tordo —le dije cuando terminé de calzarlo—. Ahora vamos a desembarcar. En cuanto pisemos tierra firme, te sentirás mucho mejor. Ya lo verás.

—No, no me sentiré mejor —me aseguró.

La tos estertórea que lo sacudió a continuación me preocupó. Encontré, sin embargo, una capa para él y lo ayudé a ponerse de pie. Caminó pegado a mí, sin dejar de balancearse, cuando abandonamos el camarote. Una vez que salimos a

cubierta, donde volvió a respirar aire fresco después de varios días, empezó a tiritar y se ciñó la capa al cuerpo con fuerza. El sol brillaba esplendente, aunque aquí el verano no era tan cálido como en Gama. La nieve reclamaba aún para sí las cumbres más elevadas, desde donde el viento descendía helador.

Los marginados aportaron la embarcación que nos llevó hasta la orilla. Conseguir que Tordo saltara desde la cubierta al barco bamboleante que quedaba por debajo requirió de mi intervención y también de la de Acertijo. Maldije para mis adentros a los guardias que se reían al vernos en apuros. Los marginados que operaban los remos hablaban de nosotros sin disimulo en su idioma, ignorantes de que yo entendía los comentarios despectivos que hacían sobre el príncipe por haber elegido a un imbécil como compañero. Una vez que ocupé mi asiento detrás de Tordo, tuve que rodearlo con el brazo para ayudarlo a vencer el pavor que le producía la pequeña embarcación abierta. Lloriqueaba, deslizándose por sus mejillas las lágrimas redondas según la compacta lancha ascendía y descendía al compás de las olas. Pestañeé para protegerme del intenso sol que espejeaba en la superficie inquieta del mar y contemplé impasible los embarcaderos y las casas de Zylig mientras los afanosos remeros nos conducían a nuestro destino.

No era un panorama inspirador. El desdén que Peottre Aguasnegras sentía por la ciudad no parecía inmerecido. Zylig reunía todos los aspectos negativos propios de los puertos más bulliciosos. Embarcaderos y muelles que sobresalían del puerto de cualquier manera. Embarcaciones de toda índole que los atestaban. En su mayor parte se trataba de balleneros grasientos de panza oronda, cubiertos de restos de vísceras que desprendían un hedor permanente. Había algunos buques mercantes de los Seis Ducados. Vi un navío de aspecto chalazo y otro que quizá procediera de Jamaillia. Entre ellos pululaban los pequeños barcos de pesca que aportaban el sustento diario de la animada ciudad, así como otras embarcaciones de dimensiones más modestas aún que pregonaban su cargamento de pescado ahumado, algas secas y demás provisiones para las naves que partían hacia alta mar. Un bosque de mástiles se recortaba contra el cielo y los barcos amarrados incrementaban su tamaño a medida que nos acercábamos a ellos.

Más allá de estos atisbé una abundancia de almacenes, posadas de marineros

y tiendas de suministros. Las construcciones de piedra se imponían a las de madera. Las calles angostas, algunas meros senderos, serpenteaban entre los pequeños edificios apiñados. En uno de los extremos de la bahía, desde donde las rocas se elevaban sobre el agua y lo invalidaban como fondeadero, las casitas de piedra se agolpaban a lo largo de la orilla. Los barcos de remo descansaban fuera del alcance de la pleamar y el pescado abierto pendía de los palos colocados a tal efecto como si de ropa tendida se tratase. Las fogatas humeantes que ardían en las trincheras excavadas bajo el pescado añadían sabor a las piezas al tiempo que prolongaban su duración en los almacenes. Vi una pandilla de niños que corrían por la playa, gritando con estridencia en su juego desmandado.

La sección de la ciudad a la que nos dirigíamos parecía de reciente construcción. Al contrario de lo que observé en el resto del asentamiento, las calles eran anchas y rectas. La madera complementaba la piedra original y, en su mayoría, los edificios alcanzaban mayor altura. Unos tenían ventanas de cristal torneado en las plantas superiores. Recordé haber oído que los dragones de los Seis Ducados sobrevolaron en su día esta ciudad portuaria, sembrando la muerte y la destrucción entre nuestros enemigos. Todas las construcciones de esta zona fueron levantadas en la misma época, las calles se extendían rectas y estaban bien adoquinadas. Se hacía extraño ver esta área tan ordenada en medio de la descuidada ciudad portuaria, por lo que me pregunté qué aspecto tendría antes de que Veraz el Dragón le hiciera una visita. Se me hacía más raro aún pensar que de los estragos de la guerra hubiera surgido una edificación tan esmerada.

Tras el puerto el terreno se elevaba en colinas rocosas. En las zonas resguardadas se agazapaban los árboles de follaje sombrío. Los caminos de los carros zigzagueaban entre las lomas donde pastaban las ovejas y las cabras. Diversas columnas de humo brotaban de entre los árboles que ocultaban las cabañas casi por completo. Un cúmulo de montañas y colinas aún más altas, coronadas de nieve todavía, se erigía en el fondo.

Habíamos llegado con la bajamar, de manera que los muelles se alzaban por encima de nosotros, sustentados sobre gruesos troncos repujados de percebes y mejillones negros. Los peldaños de la escalera que subía a la dársena seguían mojados tras la última pleamar, que los había adornado con varios festones de algas. El príncipe y algunos grupos de nobles ya habían desembarcado.

Encontramos a más nobles de Torre del Alce abandonando los barcos cuando llegamos. Nos dejaron pasar a regañadientes, a fin de que la Guardia del Príncipe trepara por las escaleras que subían al muelle y formase para escoltar a Dedicado durante la bienvenida.

Yo fui el último en salir del inquieto barquito, tras obligar a un lloroso Tordo a subir por la escalera resbaladiza. Ya en la dársena, me alejé con él del borde y miré a mi alrededor. El príncipe, flanqueado por sus consejeros, estaba siendo recibido por la Hetgurd. Yo permanecí a un lado con Tordo, sin saber muy bien qué se esperaba de mí. Necesitaba llevarlo a algún lugar donde se sintiera cómodo, lejos de las miradas de todos. Inquieto, me pregunté si no habría sido más sensato haberme quedado en el barco con él. Los evidentes gestos de asco y asombro que observé entre la muchedumbre no sugerían una bienvenida muy hospitalaria. Saltaba a la vista que los marginados y los montañeses compartían la misma postura sobre el modo de proceder con los bebés que llegaban al mundo con alguna imperfección. Si Tordo hubiera nacido en Zylig, su vida se habría apagado en menos de un día.

A menudo mi condición de bastardo y asesino me había obligado a presenciar desde la sombra los acontecimientos oficiales para que no me sintiera menospreciado. De haber estado yo solo, habría sabido que mi tarea consistía en mezclarme con la multitud y observar sin que nadie se fijara en mí. Pero aquí, en esta tierra extranjera, obligado a cargar con un zoquete enfermo y decaído, y ataviado con un uniforme de guardia, no podía hacer ninguna de esas cosas. Por tanto, me mantuve incómodo junto a la turba, sosteniendo a Tordo con un brazo mientras escuchaba el elaborado intercambio de saludos de bienvenida y de fórmulas de agradecimiento. El príncipe parecía estar desenvolviéndose sin problemas, pero su gesto de concentración no invitaba a distraerlo con inquisiciones Habilidosas. Los que habían venido a recibirlo representaban a diversos clanes, a juzgar por la variedad de sellos de animales que mostraban en sus joyas y tatuajes. En su mayoría eran hombres, ricamente engalanados con las pieles lustrosas y las gruesas alhajas que, entre los marginados, representaban tanto su rango como su riqueza; pero también había cuatro mujeres. Vestían prendas de lana tejida a mano con ribetes de piel, lo que me hizo preguntarme si se habrían compuesto así para exhibir la riqueza de sus tierras. El padre de la

narcheska, Arkon Hojasanguina, estaba allí, junto con al menos seis hombres más que lucían el jabalí de su clan. Lo acompañaba Peottre Aguasnegras, que llevaba su narval en una talla de marfil engastada en un collar de oro. Me extrañó no ver más sellos del narval. Era el clan matriarcal de la narcheska y, entre los marginados, el linaje más importante de la familia. Habíamos venido a concretar los términos del matrimonio entre Dedicado y ella. Sin duda se trataba de un acontecimiento de gran trascendencia para el clan de la prometida. ¿Por qué solo había acudido Peottre como representante? ¿Acaso el resto de la familia se oponía a este enlace?

Concluidas las formalidades de la recepción, el príncipe y su séquito abandonaron el muelle con nuestros anfitriones. La guardia formó sin mí y marchó tras ellos. Por un momento temí quedar abandonado con Tordo en medio de la dársena. Cuando me preguntaba si podría sobornar a alguien para que nos llevase de regreso al barco, un anciano se acercó a nosotros. Llevaba un collar de piel de lobo y lucía el emblema del jabalí que representaba al clan de Hojasanguina, aunque no parecía tan pudiente como los otros. Obviamente creía que sabía hablar mi idioma, pues conseguí entender unas pocas de las palabras que chapurreó torpemente en la lengua de los Seis Ducados. Temiendo ofenderlo pidiéndole que hablase marginado, lo escuché hasta que al fin deduje que el Clan del Jabalí lo había elegido para llevarnos a Tordo y a mí a nuestro alojamiento.

No se ofreció a ayudarme con Tordo. De hecho, evitó acercarse a él más de lo estrictamente necesario, como si la deficiencia mental del hombrecillo fuera un mal contagioso que pudiese saltar hasta él como una plaga de piojos. Me sentí indignado, pero decidí conducirme con paciencia. Caminaba con ligereza por delante de nosotros, sin aflojar el paso en ningún momento, a pesar de las muchas paradas que se vio obligado a hacer para que lo alcanzásemos. Estaba claro que no quería que también a él lo mirasen con repulsión. Ofrecíamos un espectáculo muy extraño: yo con el uniforme de guardia y el pobre y desdichado Tordo envuelto en una capa y caminando a trompicones con mi brazo sobre sus hombros.

Nuestro guía nos llevó por la sección reconstruida de la ciudad y a continuación por un camino más escarpado y estrecho. La respiración de Tordo

se había convertido en un resollar sollozante.

—¿Cuánto queda? —le pregunté al anciano, levantando la voz para que nos oyera a pesar de la distancia que nos separaba.

Se volvió de súbito, arrugó el ceño y gesticuló de mala gana para que no gritara. Señaló el otro extremo de la calle, donde había un viejo edificio de piedra mucho más grande que las casas de la parte baja de la ciudad. Tenía forma rectangular, con un empizarrado a dos aguas que cubría sus tres plantas. Varias ventanas equidistantes interrumpían la obra de cantería. Se trataba de un edificio sencillo, práctico y sólido que tal vez se contara entre los más antiguos de la ciudad. Asentí, sin decir nada. Grabado en la piedra que había sobre la entrada, un jabalí levantaba los colmillos y la cola en actitud desafiante. De acuerdo. Nos alojarían en el casón fuerte del Clan del Jabalí.

Cuando llegamos al patio de detrás del edificio, al anciano le hervía la sangre de pura impaciencia por nuestra tardanza. Ya no me importaba. Cuando abrió una puerta lateral y gesticuló para que me apresurase, me erguí poco a poco hasta recuperar toda mi estatura y lo miré furibundo. En el mejor marginado que pude elaborar, y muy consciente de la pobreza de mi acento, le advertí:

—No es del agrado del acompañante del príncipe que nos demos prisa. Es a él a quien sirvo, no a vos.

Una expresión de incertidumbre congeló su rostro cuando se preguntó si habría ofendido a alguien de mucho mayor rango del que él creía. Se mostró un poco más amable cuando nos dirigió por dos empinados tramos de escalera hasta que llegamos a una cámara desde la que podía verse la ciudad y el puerto a través de un remolino de cristal grueso. Para entonces estaba harto de él. Inferí que se trataba de un lacayo que servía a algún caudillo de los Jabalíes. Así, no tuve reparos en ordenarle que se retirara una vez que entramos ni en cerrar la puerta, a pesar de que se quedó esperando en el pasillo.

Senté a Tordo en la cama y examiné la habitación rápidamente. Había una puerta que la comunicaba con una cámara mucho más espaciosa. Concluí que nos habían asignado un cuarto de sirvientes contiguo a los aposentos del príncipe. La reducida estancia de Tordo contaba con una cama aceptable y un mobiliario sencillo. Aun así, parecía un palacio en comparación con el armario que ocupaba en el barco.

—Quédate ahí sentado —le dije—. No te eches a dormir todavía.

—¿Dónde estamos? Quiero irme a casa —masculló.

Lo ignoré y entré a hurtadillas en la cámara del príncipe. Allí me procuré un cántaro de agua para el aseo, una jofaina y unos paños para secarse. Una bandeja de comida aguardaba sobre la mesa. No estaba muy seguro de lo que contenía, pero cogí varios trozos de una sustancia negruzca y pegajosa cortada en cubos, y un pastel de aspecto aceitoso nevado de semillas. Me llevé también una botella de lo que supuse que sería vino y una copa.

Tordo se había desplomado en la cama. No sin esfuerzo, lo obligué a incorporarse de nuevo. A pesar de sus refunfuños, conseguí que se lavara la cara y las manos. Deseé que dispusiéramos de una bañera donde meterlo, ya que despedía un penetrante olor a los sudores acumulados durante los días que había pasado enfermo. A la fuerza le hice comer y beber una copa de vino. Protestó y lloriqueó hasta que empezó a hipar. En una ocasión sentí que intentaba sacar energías de su Habilidad para oponer resistencia, pero no logró crear más que una débil bofetada infantil que ni siquiera alcanzó mis muros. Le quité la túnica y los zapatos y lo acosté.

—La habitación sigue moviéndose —masculló con fastidio. Acto seguido cerró los ojos y se quedó quieto. Momentos más tarde expulsó un profundo suspiro, se estiró y se quedó dormido del todo.

Yo también cerré los ojos y me introduje con sigilo en su sueño. El gatito dormía hecho un pequeño ovillo sobre la almohada bordada. Se sentía a salvo. Abrí los ojos, tan cansado de pronto que podría haberme tumbado en el suelo y quedado dormido.

Me abstuve. Terminé el agua limpia que quedaba. Probé la comida, descubrí que era intragable pero la engullí de todas maneras. El plato aceitoso debía de ser una suerte de dulce; lo otro tenía un fuerte sabor a paté de pescado. El «vino» consistía en un caldo fermentado a partir de alguna fruta; por lo demás, no conseguí determinar de qué podría estar hecho. No terminó de quitarme el regusto a pescado que se me quedó en la boca.

Armado con la jofaina y el agua sucia, salí del cuarto para explorar el lugar donde nos habían alojado. Si alguien me preguntaba, solo estaba buscando un sitio donde tirar la porquería.

El edificio servía como fortaleza y como residencia del clan. Nos alojábamos en la planta superior, y no se oían ruidos que indicaran la presencia de otros ocupantes. Las paredes interiores estaban cubiertas de tapices y grabados de jabalíes y colmillos. Ninguna de las otras puertas del corredor estaba cerrada con llave. Los cuartos modestos como el de Tordo parecían alternarse con otros más amplios y amueblados con más opulencia. Ninguna de las cámaras reunía las condiciones necesarias para hacer sentirse a gusto a los invitados de Torre del Alce, ni siquiera a los nobles de condición inferior. No quise sacar conclusiones precipitadas. Dudaba que pretendieran insultarnos; sabía que las normas de hospitalidad que se observaban en las Islas del Margen diferían de las que se aplicaban en los Seis Ducados. En términos generales, los invitados tenían que aportar sus propias vituallas y comodidades. Ya lo sabíamos antes de emprender el viaje. El vino y las viandas que había en los aposentos del príncipe debían de ser una forma de dar las gracias por la hospitalidad de la que el séquito de la narcheska disfrutó en Torre del Alce. No había sirvientes que atendieran la planta superior, y dudaba que nos asignaran ninguno.

La segunda planta parecía destinada al mismo uso. Las estancias olían como si hubieran estado ocupadas hasta hacía poco; se desprendía de ellas un tufillo a humo, comida y, en algún caso, incluso a perro mojado. Me pregunté si las habrían desalojado para acogernos a nosotros. Aquí las cámaras eran un poco más pequeñas y las ventanas, en lugar de cristal, estaban hechas de piel engrasada. Unos gruesos postigos de madera, en algunos de los cuales se apreciaban unas antiguas marcas de flecha, aportarían la protección necesaria ante los asaltos más persistentes. Obviamente, las plantas superiores estaban reservadas para aquellos de condición más eminente, al contrario que en los Seis Ducados, donde a los sirvientes se les adjudicaban los cuartos más alejados a fin de que los nobles no tuvieran que salvar demasiados tramos de escalones. Acababa de cerrar una puerta cuando oí los pasos de alguien que subía por la escalera. Una columna de sirvientes apareció de pronto, cargados todos ellos de pertenencias, comodidades de todo tipo y vituallas para sus amos de los Seis Ducados. Se detuvieron confundidos, agolpándose en el pasillo, y uno me preguntó:

—¿Cómo podemos saber qué habitación es para quién?

—No tengo ni idea —le respondí con amabilidad—. Ni siquiera sé dónde hay que tirar la porquería.

Me escabullí, dejando que se repartieran las habitaciones ellos mismos, y sospechando que las mejores las ocuparían los nobles que tuviesen los criados más agresivos. En la planta baja encontré una puerta trasera que daba a un pozo de basuras situado detrás de los retretes, y allí tiré el agua. Otra puerta daba paso a un corredor que conducía a una espaciosa cocina donde varios jóvenes marginados asaban una enorme pieza de carne haciéndola rotar sobre un espetón, picaban patatas y cebollas y amasaban pan. Afanados en sus respectivas tareas, me ignoraron cuando me asomé para echar un vistazo. Una vuelta rápida por el exterior del edificio me llevó hasta una segunda puerta, mucho más grande, desde la que se entraba a un inmenso salón abierto que abarcaba la mayor parte de la planta baja. Estas puertas permanecían abiertas para que entrase la luz y circulase el aire. Ya dentro, vi que allí se estaba celebrando lo que sin duda era la reunión de bienvenida del príncipe. Dejé la jofaina entre la hierba alta que alfombraba uno de los extremos del edificio y sin perder un segundo me arreglé el uniforme y me recogí el pelo en una coleta.

Inadvertido, me deslicé hasta el fondo de la sala. El resto de los guardias se mantenían alineados junto a la pared. Tenían el aspecto de quien se muere de aburrimiento y es ignorado por todo el mundo. En realidad, no parecía que tuvieran mucho de lo que proteger a nadie.

La gran sala era de forma alargada y de techo bajo. Estaba llena de bancos, todos de la misma altura y ocupados. No había ningún tipo de trono ni estrado, y los asientos no estaban orientados a fin de concentrar la atención en una única persona. Más bien, conformaban un anillo que recorría toda la sala, dejando el centro despejado. Un anciano kaempra, o caudillo, del Clan del Zorro hablaba con la cabeza gacha. De su chaqueta corta colgaban unos ribetes confeccionados con las puntas de varias colas de zorro, blancas como su cabello revuelto. Le faltaban tres dedos de la mano con que manejaba la espada, ausencia que compensaba con un collar hecho de las falanges de sus enemigos. Tiraba de él nerviosamente mientras hablaba, mirando una y otra vez a Hojasanguina, como si no pretendiera ofender a nadie pero al mismo tiempo demasiado furioso para quedarse callado. Tan solo oí lo último que dijo:

—¡Ningún clan puede hablar en nombre de todos los demás! Ningún clan tiene derecho a traer la mala suerte a todos.

El kaempra Zorro asintió con gravedad hacia todos los rincones de la sala antes de regresar a su banco. A continuación otro hombre se levantó, accedió al centro y tomó la palabra. En una de las secciones de los bancos vi al príncipe y a lord Chade sentados entre los nobles que lo atendían. El destacamento de la Maña estaba alineado detrás de él. La Hetgurd, pues en eso supuse que consistía la asamblea, en la reunión de los caudillos de los distintos clanes, no le había concedido a mi príncipe distintivo alguno de su condición. Por tanto, estaba sentado a modo de jefe marcial entre sus guerreros, de la misma manera que los caudillos de los distintos clanes. Esta era una congregación de iguales, reunidos para debatir sobre los desposorios de la narcheska. ¿De verdad consideraban así al príncipe? Procuré que la idea no me ensombreciera el ceño.

Deduje todo esto en el tiempo que mis ojos tardaron en adaptarse a la penumbra de la sala, después de soportar el sol que brillaba fuera. Encontré un hueco que me permitió apoyarme contra la pared del fondo junto con el resto de los guardias, al lado de Acertijo. El muchacho cuchicheó:

—No se parecen en nada a nosotros, amigo mío. No han preparado banquete, ni regalos ni canciones para darle la bienvenida a nuestro príncipe. Le dedican un simple «qué tal estáis» en la dársena y después lo traen derecho aquí y se ponen a discutir sobre los desposorios. Esta gente va directa al grano. A algunos no les hace gracia que una de sus mujeres abandone la tierra materna para marcharse a vivir a los Seis Ducados. Dicen que es antinatural y que traería mala suerte. Pero, de todas maneras, a la mayoría esas cosas no les preocupan demasiado. Creen que en todo caso la mala suerte se la buscaría solo el Clan del Narval, no los demás. Lo más peliagudo en realidad es el asunto de matar al dragón.

Asentí cuando finalizó el rápido compendio. Chade tenía un buen agente en Acertijo. Me pregunté dónde lo habría reclutado y centré mi atención en el hombre que estaba hablando ahora. Me fijé en que se había situado dentro de un anillo que había pintado en el suelo. A pesar del diseño intrincado y elegante de la figura, no cabía duda de que consistía en una serpiente que se mordía la cola. El orador no se presentó antes de iniciar su exposición. Tal vez diese por hecho

que todos lo conocían, o quizá su única seña de identidad relevante fuese la nutria marina que llevaba tatuada en la frente. Hablaba en términos sencillos, sin rabia, como si les estuviera explicando alguna obviedad a unos niños duros de mollera.

—Yama de Hielo no es una vaca que nos pertenezca a ninguno de los que estamos aquí. No es una oveja que podamos ofrecer en pago por una novia. Menos aún es una propiedad del príncipe extranjero. ¿Cómo es posible, entonces, que ofrezca la cabeza de una criatura que no le pertenece como pago a la casa materna de Aguasnegras del Clan del Narval? Solo cabe interpretar su promesa de dos maneras: bien realizó la propuesta desde la ignorancia, bien pretende agraviarnos a todos.

Guardó silencio e hizo una extraña señal con la mano. Comprendí lo que significaba al ver al príncipe Dedicado levantarse con calma y unirse a él dentro del círculo de oradores.

—No, kaempra Nutria. —Dedicado le dio el tratamiento de caudillo de su clan—. No realicé la propuesta desde la ignorancia. Ni pretendo agraviar a nadie. La narcheska me planteó esta prueba a modo de desafío, con el objeto de que le demuestre que soy digno de ella. —Levantó las manos y las dejó caer con impotencia—. ¿Qué alternativa me quedaba, aparte de aceptarla? Si una mujer os desafiara así, proponiéndooos ante todos vuestros guerreros «aceptad o admitid vuestra cobardía», ¿qué haríais? ¿Qué haríais vosotros?

Muchos de los congregados asintieron ante este argumento. Dedicado les devolvió el gesto con solemnidad y añadió:

—Por tanto, ¿cómo debería obrar ahora? Di mi palabra, ante vuestros guerreros y ante los míos, en el salón de mis padres. Dije que me prestaría a esta prueba. No conozco ninguna forma honrosa de desdecirme. ¿Existe alguna costumbre aquí, en el hogar de la narcheska, que permita a un hombre retractarse de las palabras que ha pronunciado?

El príncipe movió las manos, imitando el gesto que el kaempra Nutria hizo para cederle el uso del círculo de oradores. Se inclinó hacia las cuatro esquinas de la sala y regresó al banco. Cuando se hubo sentado de nuevo, la Nutria retomó la palabra.

—Si fue así como aceptasteis el desafío, no puedo recriminaros nada. Me

reservaré mi opinión sobre la hija del Clan de Aguasnegras por haberos retado de esa manera. Con independencia de las circunstancias.

Antes había visto a Peottre Aguasnegras sentado prácticamente a solas en uno de los bancos interiores. Contrajo el entrecejo al oír a la Nutria, pero no hizo ninguna señal de que desease intervenir. El padre de la narcheska, Arkon Hojasanguina, estaba sentado a escasa distancia de Peottre, rodeado de los guerreros del Jabalí. Ni una arruga apareció en su frente, como si la acusación no guardase ninguna relación con él, aunque tal vez, a su juicio, así fuese. La Nutria había censurado el comportamiento de Elliania como hija de la familia Aguasnegras del Clan del Narval. Arkon Hojasanguina pertenecía a los Jabalíes. Aquí, entre los suyos, se limitaba a ejercer las funciones que se esperaban de él. Tan solo era el padre de la narcheska. El hermano de la madre, Peottre Aguasnegras, era el responsable de la educación que recibiera la muchacha.

Cuando el silencio se hubo prolongado lo suficiente para que quedase claro que nadie se pronunciaría en defensa de la actitud de la narcheska, el caudillo de las Nutrias carraspeó.

—Es cierto que como hombre no podéis desdeciros, príncipe del Clan del Alce de los Vatídico. Os comprometisteis a realizar esta prueba, y admito que ahora habéis de continuar hasta el final, pues de lo contrario no mereceríais ser considerado hombre.

»Así y todo, este no es motivo para que los marginados olvidemos nuestros deberes. Yama de Hielo es nuestro. ¿Qué nos cuentan siempre nuestras grandes madres? Él acudió a nosotros, en la remota época en que los años aún no se contaban, y nos pidió asilo para recuperarse de su tristeza. Nuestras sabias se lo concedieron. Y en agradecimiento por el amparo recibido, nos aseguró que siempre contaríamos con su protección. Sabemos de la fuerza de su espíritu y de la invulnerabilidad de su cuerpo, por lo que no nos preocupa que podáis darle muerte. Pero si por algún incomprensible capricho del destino consiguierais herirlo, ¿sobre quién recaería su ira una vez que os matase? Sobre nosotros. — Recorrió el círculo poco a poco mientras hablaba para mirar a todos los clanes y advertirles—: Si Yama de Hielo es nuestro, asimismo nosotros somos suyos. Debemos entender la deuda que nos une como si de un compromiso familiar se tratara. Si su sangre fuese derramada, ¿no habría de derramarse también la

nuestra? Si, puesto que somos su familia, no acudimos en su auxilio, ¿no tendrá él derecho a exigirnos un pago en sangre diez veces mayor, conforme a nuestras leyes? Este príncipe debe cumplir su palabra de hombre. Eso es así. Pero después, ¿no habríamos de continuar nuestra guerra, sin importar que viva o muera?

Vi que Arkon Hojasanguina tomó aire con pesadez. Me fijé en algo que antes pasé por alto: tenía la mano colocada de un modo determinado, abierta pero con los dedos señalando el esternón. Algunos otros congregados estaban haciendo el mismo gesto. ¿Era así como pedían la palabra? Sí, ya que cuando el guerrero de la Nutria puso la mano del mismo modo, Hojasanguina se levantó y se acercó al círculo para hablar.

—Nadie quiere continuar con la guerra. Ni aquí en las Runas del Dios ni en la campiña del príncipe allende los mares. Pero un hombre debe atenerse a su palabra. Y aunque aquí todos seamos hombres, en esta ocasión también se ha de tener en cuenta la voluntad de una muchacha. ¿Qué guerrero se opondría a la decisión de una mujer? ¿Qué espada podría despedazar su terquedad? Eda les entregó las islas a las mujeres y, si nosotros las pisamos, es solo porque contamos con su permiso. No deben los hombres ignorar los desafíos de las mujeres, no sea que después nuestras madres nos digan: «No respetáis la carne de la que brotasteis. No caminaréis más sobre la tierra que Eda nos concedió. Os abandonamos ahora, con nada más que agua bajo la quilla y nunca más arena bajo vuestros pies». ¿Sería eso más fácil que la guerra? Estamos atrapados entre la palabra de un hombre y la voluntad de una mujer. Ninguna de las dos se puede romper sin que todos quedemos condenados.

Entendí el discurso de Hojasanguina, pero no llegué a comprender del todo lo que quería decir. Sin lugar a dudas, desconocíamos muchos aspectos de sus costumbres, por lo que me pregunté si no habríamos cometido un grave error con este emparejamiento. La idea de que hubiéramos caído en una trampa me desoló. ¿Acaso la familia Aguasnegras del Clan del Narval pretendía reavivar la guerra entre los Seis Ducados y las Islas del Margen? ¿Cabía la posibilidad de que el ofrecimiento de la narcheska fuese una farsa concebida para ponernos en una situación en la que, con independencia del resultado, no nos quedara más remedio que seguir regando nuestras orillas de sangre?

Escruté el rostro de Peottre Aguasnegras. Mantenía su expresión imperturbable y pétrea, la mirada ausente. Se le veía ajeno al dilema que la hija de su hermana había originado, y al mismo tiempo me parecía todo lo contrario. Me dio la impresión de que nos tambaleábamos sobre el filo de una navaja que ya lo había malherido a él. Tenía el aspecto, se me ocurrió de pronto, de alguien a quien ya no le quedan opciones. Alguien que ha perdido toda esperanza, consciente de que nada de lo que haga lo salvará. Se limitaba a esperar. No estaba planeando ni urdiendo nada. Había cumplido su tarea. Ahora solo le restaba esperar a ver qué medidas tomaban los demás. No me cabía ninguna duda de que estaba en lo cierto y, sin embargo, no acertaba a entender ni imaginar por qué. ¿Por qué lo había hecho? O, como dijo el padre de Elliania, ¿se trataba de algo que escapaba a su control, de la voluntad de una mujer que, a pesar de su juventud y de que dependiera de él, tenía la capacidad de decidir quién podía pisar las tierras de sus madres?

Miré en torno a mí. Concluí que había demasiadas diferencias entre nosotros. ¿Cómo podían esperar firmar la paz los Seis Ducados y las Islas del Margen cuando veíamos la vida desde perspectivas tan distintas? Con todo, según las tradiciones, las raíces del linaje de los Vatídico se hundían en las Islas del Margen, y Dueño, el primer monarca Vatídico, no fue sino un saqueador marginado que, al descubrir la fortaleza de troncos que Torre del Alce era en sus orígenes, decidió apropiarse de ella. Desde aquel entonces, nuestros linajes y costumbres no habían dejado de distanciarse. La paz y la prosperidad dependían de que encontrásemos un punto de confluencia.

No parecía muy probable que algo así llegara a ocurrir nunca.

Cuando levanté los ojos vi al príncipe mirándome con fijeza. Antes no había querido distraerlo. Ahora le envié un pensamiento con el que infundirle tranquilidad.

Tordo está descansando en el cuarto de arriba. Ha comido y bebido algo antes de echarse a dormir.

Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Apenas me dieron tiempo para lavarme la cara antes de que se convocara la Hetgurd. Y no tiene visos de que vaya a terminar nunca.

Paciencia, mi príncipe. Acabará tarde o temprano. Incluso los marginados necesitan comer, beber y dormir de cuando en cuando.

¿Crees que alguna vez hacen pis? Es algo que me preocupa cada vez más. Había pensado en disculparme y salir con discreción, pero no sé cómo se lo tomarían si ahora me levantara y abandonase la sala.

Se me erizó el vello de la nuca cuando percibí un roce a tientas de la Habilidad.

¿Tordo?

Era Chade. Vi que Dedicado estiraba el brazo para tocar al anciano y prestarle su fuerza. Lo detuve.

No. No lo toquéis. Dejad que lo intente sin ayuda. Chade, ¿puedes oírnos?

Apenas.

Tordo está descansando arriba. Ha comido y bebido antes de quedarse dormido.

Bien. Tuvo que realizar un gran esfuerzo para emitir la breve respuesta. Aun así, sonreí. Lo estaba logrando.

Para. Sonrisa tonta, me regañó. Miró con gravedad alrededor de la sala. *Una situación apurada. Necesito tiempo para pensar. Hay que parar esto antes de que se nos vaya de las manos.*

Puse cara de solemnidad. Ahora mi expresión encajaba mucho más con la de los que me rodeaban. Arkon Hojasanguina le estaba cediendo el círculo de oradores a un hombre que lucía un emblema con forma de águila. Se detuvieron para apretarse las muñecas, el saludo propio de los guerreros, antes de que el Águila entrara en el círculo. El kaempra Águila era un anciano, tal vez el hombre de más edad de toda la asamblea. Pese a las vetas blancas y grises de su cabello, aún se movía como un guerrero. Nos miró con ojos acusadores y empezó a hablar de pronto, ablandada la pronunciación por la ausencia de varios dientes.

—Nadie pone en duda que un hombre debe hacer lo que ha dicho que hará. No merece la pena discutir lo que es obvio. Y los hombres deben honrar a su familia. Si a este príncipe extranjero se le ocurriera decir: «Le prometí a una mujer que mataría a Orig del Clan del Águila», todos diríais: «Entonces debéis intentarlo, porque así lo habéis prometido». Pero también diríamos: «Aunque algunos somos familiares de Orig. Y os mataremos para impedirlo». Y daríamos por hecho que eso también sería lógico y razonable para el príncipe. —Su mirada flemática se deslizó entre los congregados con desprecio—. Huelo entre los presentes a algunos mercaderes y comerciantes que un día fueron

guerreros y hombres honrados. ¿Ahora tenemos que correr a olfatear los bienes de los Seis Ducados como podencos que olisquearan el trasero de una perra? ¿Trocaréis a vuestra familia por una caja de coñac, manzanas de verano y trigo rojo? Este Águila no.

Resopló con desdén para todos aquellos que pensaran que era necesario seguir debatiendo la cuestión. Abandonó el círculo y regresó de mala gana a su asiento con sus guerreros. Se impuso un silencio mientras la sala sopesaba su postura. Algunos intercambiaron miradas; sentí que el anciano había metido el dedo en la llaga. A muchos de los presentes les desagradaba la idea de permitir que el príncipe le diera muerte a su dragón, pero también ansiaban vivir en paz y prosperar en los negocios. La guerra contra los Seis Ducados les impedía comerciar con las regiones que quedaban al sur de nuestro territorio. Ahora el conflicto entre Chalaza y los Mercaderes del Mitonar estrangulaba esa ruta. Si no establecían una relación de libre comercio con los Seis Ducados, tendrían que renunciar a los bienes y lujos que los países más cálidos podían aportarles. No era una idea alentadora. No obstante, ninguno de los congregados podía refutar los argumentos del Águila sin que los demás lo tacharan de mercader codicioso.

Tenemos que terminar con esto como sea. Ahora, antes de que alguien manifieste su apoyo de palabra. La feble Habilidad de Chade sonó desesperada.

Nadie más salió a ocupar el círculo de oradores. Nadie tenía ninguna solución que ofrecer. Mientras más se alargaba el silencio, más se tensaba el ambiente de la sala. Sabía que Chade tenía razón. Necesitábamos tiempo para pensar en cómo resolver esta disyuntiva con diplomacia. Y si no hallábamos la solución, seguiríamos necesitando tiempo para determinar qué clanes marginados se opondrían a nosotros frontalmente y cuáles se limitarían a mostrarse en desacuerdo. Teniendo en cuenta la negativa de los demás clanes, ¿mantendría la narcheska el desafío que le planteó a Dedicado o decidiría anularlo? ¿Existía alguna forma honrosa de que lo retirase? Así nos encontrábamos, no llevábamos ni un día en la isla y ya se atisbaba un nuevo conflicto en el horizonte.

Por si no estuviera bastante intranquilo, cada vez percibía con más fuerza la necesidad que Dedicado tenía de orinar. Empecé a protegerme de su Habilidad, pero después se me ocurrió otra idea. Recordé cómo el malestar que Tordo

padeció en el barco terminó por afectar a toda la tripulación. Me pregunté si la incomodidad que ahora acuciaba al príncipe se podría aprovechar de un modo análogo.

Me abrí a su proyección involuntaria, la multipliqué y busqué rastros de la Habilidad por toda la sala. Ninguno de los marginados a los que toqué poseía las aptitudes necesarias para emplearla, si bien la magia podía influir en muchos de ellos en mayor o menor grado. En cierta ocasión Veraz recurrió a una técnica similar para desconcertar a los navegantes de la Vela Roja, a los que convenció de que habían dejado atrás los puntos de referencia por los que se guiaban y de que, en consecuencia, las naves avanzaban derechas contra las rocas. Decidí hacer lo mismo para clausurar la asamblea de la Hetgurd, recordándoles a todos aquellos a los que logré rozar con la Habilidad que tenían la necesidad perentoria de vaciar la vejiga.

Un considerable número de marginados comenzó a agitarse en su asiento.

¿Haces?, me preguntó Chade.

Concluir la reunión, le informé tajante.

¡Ah! Sentí que Dedicado lo entendió todo de inmediato y noté como enseguida sumaba su capacidad de persuasión a la mía.

¿Quién está al mando?, le pregunté.

Nadie. Aquí la autoridad es algo que se comparte. O al menos eso dicen. Obviamente Dedicado opinaba que este era un sistema muy endeble.

Oso inauguró sesión, aportó un lacónico Chade. Sentí que el consejero dirigía mi atención hacia un hombre que llevaba un collar confeccionado con colmillos de oso. Comprendí de pronto el gran esfuerzo que suponía para Chade realizar una proyección de la Habilidad tan débil.

Reserva tus energías, lo previne.

¡Sé muy bien cómo reservarlas! Su respuesta me llegó con contundencia, pero a pesar de la distancia que nos separaba vi como se le encorvaban los hombros.

Aislé al Oso y me concentré en él. Por suerte para mí, contaba con pocas defensas contra la Habilidad y tenía la vejiga llena. En cuanto intensifiqué la presión que lo atenazaba, se levantó. Se acercó al círculo de oradores. Los demás se lo cedieron moviendo la mano en señal de aceptación.

—Necesitamos reflexionar con más detenimiento sobre este asunto. Todos

—sugirió—. Retirémonos para debatir con nuestros respectivos clanes y ver a qué conclusiones llegamos. Mañana nos reuniremos de nuevo y compartiremos nuestras posturas. ¿Estamos todos de acuerdo?

Se alzó de inmediato un bosque de manos que se agitaron en señal de asenso.

—En ese caso, que nuestra reunión concluya por hoy —sentenció el Oso.

Y sin más, la asamblea llegó a su fin. Los congregados se levantaron sin perder un segundo y afluyeron hacia la puerta. La salida se llevó a cabo sin ceremonias, sin dar preferencia a los miembros de mayor rango, agolpándose todos en el mismo punto, algunos mostrando más insistencia que otros.

Informa a tu capitán de que debes ir a ver cómo está mi asistente. Y de que he ordenado que hasta que se recupere habrás de seguir cuidando de él. Nos reuniremos con vosotros arriba lo antes posible.

Obedecí el mandato de mi príncipe. Cuando Mechalarga me dio su permiso, recuperé la jofaina que dejé en las cercanías de la puerta y regresé al cuarto de Tordo. No aprecié señales de que se hubiera agitado mucho. Le palpé la frente. Aún tenía fiebre, pero no tan elevada como la que padeció en el barco. No obstante, lo espabilé y lo convencí para que bebiese agua. Después de tomarse una jarra entera sin mucha prisa, se echó en la cama de nuevo. Sentí cierto alivio. Aquí, en este extraño cuarto y viéndolo fuera del lecho de enfermo que ocupaba en el armario del barco, pude apreciar de verdad lo demacrado que estaba Tordo. En fin, ahora se recuperaría. Tenía todo cuanto podía necesitar: sosiego, una cama, comida y bebida. Pronto se sentiría mejor. Intenté convencerme de que mis esperanzas no carecían de fundamento.

Oí al príncipe Dedicado y a Chade conversando con alguien en el pasillo. Me levanté, me acerqué a la puerta y pegué la oreja contra ella. El príncipe adujo que se encontraba cansado y a continuación oí cerrarse la puerta de la cámara contigua. Los sirvientes debían de haber estado esperándolo allí. De nuevo percibí el murmullo de una conversación, tras la cual el príncipe les dio permiso para retirarse. Transcurridos unos instantes, Dedicado entró por la puerta que comunicaba las dos estancias. Traía uno de los cubitos negros en la mano. Parecía deprimido. Levantó el trozo de comida y me preguntó:

—¿Tienes alguna idea de qué puede ser esto?

—A decir verdad, no, pero lleva paté de pescado. Tal vez algas, también. Los pasteles de las semillas están dulces. Aceitosos, pero dulces.

Dedicado miró el cubito con repulsión, pero después, con el arrojo de un muchacho de quince años que llevaba varias horas sin probar bocado, encogió los hombros y se lo comió. Se chupó los dedos.

—No está mal, siempre que te avisen de que sabe a pescado.

—A pescado rancio —maticé.

No contestó. Se había acercado a la cama de Tordo. Lo estaba observando. Meneó la cabeza despacio.

—Todo esto es muy injusto para él. ¿Crees que aquí se pondrá bien?

—Eso espero.

—Su música suena mucho más sosegada ahora, lo cual me preocupa. A veces, cuando le sube la fiebre, siento que se aleja de nosotros.

Me abrí a la música de Tordo. Dedicado tenía razón. Sonaba menos intensa.

—Bueno, está enfermo. Para Habilitar se necesita fuerza y energía. —No quería que se preocupase por él ahora—. Hoy Chade me ha sorprendido.

—¿Sí? Era de esperar que no dejase de insistir hasta que pudiera hacer por lo menos algo así. Nada puede detener al anciano una vez que se propone algo. — Se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta que comunicaba las habitaciones. Al llegar a ella se detuvo—. ¿Querías algo de eso para comer?

—No, gracias. Todo vuestro.

Dijo algo mirando hacia atrás de soslayo. Entró un momento en su habitación y regresó con un montón de pasteles de pescado en la mano. Mordió uno de los cubitos, puso cara de resignación, y se comió todos los demás rápidamente. Miró alrededor del cuarto, hambriento.

—¿Nadie nos ha traído nada de comer aún?

—Lo tenéis en la boca, creo.

—No. Esto solo es la forma que los marginados tienen de darnos las gracias por los banquetes que les preparamos. Sé que Chade les ordenó a los sirvientes que salieran a buscar alimentos frescos y los compraran para nosotros.

—¿Queréis decir que el Clan del Jabalí no tiene intención de proporcionarnos comida?

—Puede que lo hagan. Puede que no. Chade parece pensar que tenemos que

comportarnos como si no esperásemos eso de ellos. Así, si nos ofrecen comida, podemos aceptarla a modo de presente. Y si no, no nos tomarán por pedigüeños o debiluchos.

—¿Habéis informado a vuestros nobles de las costumbres de nuestros anfitriones?

Asintió.

—Muchos de los nobles han venido tanto para forjar nuevas relaciones comerciales y ver qué oportunidades les ofrecen las Islas del Margen como para apoyarme durante el cortejo de la narcheska. Por tanto, agradecen poder moverse por Zylig y averiguar qué productos se venden en la región y quiénes estarían interesados en comprarlos. Pero tendremos que darles de comer a los guardias, a los sirvientes y, cómo no, al destacamento de la Maña. Creía que Chade se habría encargado de las provisiones.

—La Hetgurd no parece trataros con el debido respeto —observé preocupado.

—Creo que no son del todo conscientes de mi condición. No conciben que a un joven de mi edad, que no ha demostrado su valía como guerrero, se le permita gobernar un territorio tan grande. Aquí los hombres no reclaman la soberanía del territorio, sino que su poder varía según el número de guerreros que los sigan. En cierto modo, me consideran más bien hijo de mi casa materna. La reina Kettricken ocupaba el poder cuando los derrotamos y pusimos fin a la Guerra de las Velas Rojas. Aún les sigue asombrando, no solo que salvara su patria, sino que además se enfrentara a ellos con los dragones que envió para arrasarlos. Así es como se relata esa historia aquí.

—Parece que habéis aprendido mucho en muy poco tiempo.

Asintió, satisfecho consigo mismo.

—He entendido muchas cosas al cotejar lo que he oído aquí con lo que averigüé sobre los marginados en Torre del Alce. Los manuscritos que leí durante la travesía también me han servido. —Soltó un suspiro leve—. Pero estos conocimientos no me resultan tan útiles como esperaba. Si nos ofrecen su hospitalidad, quiero decir, si nos dan de comer, podemos interpretarlo como un gesto de bienvenida, porque saben que es algo que nosotros tenemos por costumbre y han decidido honrarnos. O podemos interpretarlo como un insulto,

como si nos estuvieran diciendo que somos demasiado débiles para buscarnos nuestro propio sustento y demasiado estúpidos para haber venido preparados. Pero no importa cómo lo «interpretemos», porque nunca conoceremos sus verdaderas intenciones.

—Como la caza del dragón. ¿Venís a matar a una bestia y así demostrar que sois digno de la mano de la narcheska? ¿O venís a matar al dragón que protege sus tierras y así demostrar que podéis arrebatarnos lo que os plazca?

Dedicado palideció ligeramente.

—No lo había visto de esa manera.

—Yo tampoco. Pero algunos de ellos sí. Y esto nos lleva de nuevo a la pregunta primordial: ¿por qué? ¿Por qué la narcheska eligió esta prueba en concreto para vos?

—¿Crees que tiene alguna importancia para ella, más allá de comprobar si estoy dispuesto a arriesgar mi vida por su mano?

Por un momento no pude evitar quedarme mirándolo. ¿Alguna vez habría sido yo tan inocente?

—Bien, por supuesto que sí. ¿Vos no opináis lo mismo?

—Civil me dijo que tal vez Elliania querría una «prueba de amor». Según dice, a las muchachas les gustan esas cosas, pedirles a los hombres que se pongan en peligro, que cometan actos ilegales o que emprendan tareas prácticamente imposibles, tan solo para demostrarles su amor.

Tomé nota de eso. Me pregunté qué habría tenido que hacer él y quién se lo habría pedido; asimismo, me intrigaba si la prueba guardaba alguna relación con el gobierno de los Vatídico o si no fue más que una hazaña juvenil ideada por alguna doncella.

—Bien, dudo que la prueba de la narcheska consista en una simple frivolidad romántica. ¿Cómo va a pensar que la amáis, después del modo en que os ha tratado? Y, desde luego, nunca ha parecido disfrutar de vuestra compañía.

Por un efímero instante, me miró sobrecogido. Después relajó tanto su expresión que me pregunté si no habrían sido figuraciones mías. El príncipe no podía haberse encaprichado de la niña. No tenían nada en común y, después de que él la deshonrase por accidente, ella no había dejado de humillarlo como a un perro que se arrastrase a sus pies. Lo miré. Para un joven de quince años todo es

posible. Dedicado articuló un resoplido breve.

—No. Lo cierto es que nunca ha parecido soportar tenerme cerca. Veamos. No se ha desplazado hasta aquí con su padre y su tío para recibirnos y darnos la bienvenida a las islas. Ella es quien propuso esta estúpida misión, pero ni siquiera hace acto de presencia cuando tendría que dar explicaciones a su pueblo. Quizá tengas razón. Puede que en absoluto concibiera esto para que le demuestre mi amor, o mi coraje. Puede que no sea más que un obstáculo con el que imposibilitar que contraigamos matrimonio. —En un tono más sombrío añadió—: Puede que desee verme perecer en el intento.

—Si seguimos adelante con la empresa, tal vez se imposibiliten muchas cosas además de vuestro matrimonio. Tal vez vuelva a estallar la guerra entre nuestros países.

Chade entró justo cuando estaba planteando esto último. Parecía preocupado y exhausto. Miró con desdén alrededor del cuarto y observó:

—Vaya, veo que Tordo disfruta de una cámara casi tan lujosa como la del príncipe y la mía. ¿Hay algo de comer o beber?

—Nada recomendable —estimé.

—Pescado y pasteles grasientos —le ofreció el príncipe Dedicado.

Chade retorció el gesto.

—¿Eso es lo que venden en el mercado? Mandaré que nos traigan provisiones del barco. No me sentaría bien probar un plato extranjero para rematar este día. Venid. Dejemos descansar a Tordo. —Habló mirando hacia atrás mientras nos llevaba a los aposentos del príncipe. Cuando me senté en la cama de Dedicado, prosiguió—: No me parece bien que utilices la Habilidad con fines tan innobles, Traspié. Aunque, debo admitirlo, nos sacaste de una situación muy apurada. Te ruego que lo consultes conmigo antes de volver a emplear la magia de esa manera.

La petición encerraba tanto un reproche como un halago. Asentí, pero Dedicado resopló.

—¿Que lo consulte con vos? ¿Acaso yo no tengo voz en estas cuestiones?

Chade salió bien del paso.

—Por supuesto que sí. Solo quiero informar a Traspié de que, en lo tocante a los asuntos de diplomacia, no debería dar por hecho que está en su mano

decidir qué acciones debemos emprender.

El príncipe abrió la boca para replicar, pero en ese preciso instante alguien llamó a la puerta del pasillo. Cuando Chade me hizo una señal, me retiré al cuarto de Tordo, sin cerrar por completo la puerta intermedia, a la que me pegué de tal modo que pudiera ver parte de la habitación sin delatar mi presencia fácilmente. Chade levantó la voz para preguntar:

—¿Quién es?

El visitante se tomó la pregunta como una invitación a entrar. La puerta se abrió y, cuando tensé los músculos para intervenir si fuera necesario, Peottre Aguasnegras pasó adentró. Cerró la puerta y saludó con una reverencia de Torre del Alce al príncipe y a Chade.

—Vengo a deciros que no hay necesidad de que ni vos ni vuestros nobles os aventuréis en la ciudad en busca de alimentos ni bebida. Para los clanes del Jabalí y el Narval será un honor acogeros con la misma generosidad con que vos hospedasteis a los nuestros cuando visitamos los Seis Ducados.

Pronunció las palabras a la perfección. Era un discurso muy bien ensayado. Chade le respondió con la misma soltura:

—Es una oferta muy generosa, pero nuestros hombres ya se han procurado sus provisiones.

Peottre pareció claramente molesto por un instante, pero después admitió:

—Ya hemos informado a vuestros nobles de nuestra invitación, y nos honra que todos la hayan aceptado.

El príncipe y Chade parecieron quedarse mudos de pronto, pero la inquietud de Dedicado afloró en mi cabeza.

Debería haberles avisado para que no aceptasen ninguna muestra de hospitalidad si no se la comunicaba yo antes. ¿Nos considerarán ahora unos debiluchos?

La mirada de preocupación de Peottre saltó de la cara de Chade a la del príncipe. Debía de pensar que había cometido un error.

—¿Podría hablar un momento con vos? —preguntó a continuación.

—Lord Aguasnegras, sabéis que podéis dirigiros a mí siempre que lo deseéis —le confirmó el príncipe con aire reflexivo.

Una sonrisa mínima contrajo el rostro de Peottre.

—Sabéis bien que no soy ningún «lord», príncipe Dedicado, sino un mero

kaempra del Clan del Narval. Y ni siquiera cuento con guerreros que me respalden durante las asambleas de la Hetgurd. Me toleran más por deferencia al marido de mi hermana, Arkon Hojasanguina, que porque me respeten a mí. Nuestro clan ha caído en desgracia en todos los sentidos, salvo por la riqueza de nuestra tierra materna y el honor de nuestros linajes.

Me pregunté en qué otros sentidos podría un clan caer en desgracia, pero Peottre aún no había terminado.

—Lo que esta tarde se ha manifestado en la Hetgurd no me ha cogido por sorpresa. En realidad, desde que la narcheska os formuló el desafío, era algo que me esperaba. Arkon Hojasanguina también sabía que el reto que su hija le planteó al príncipe molestaría a algunos. Quería deciros que esto no nos ha cogido con la guardia baja. Hemos pensado en cómo resolverlo. La hospitalidad con que se os tratará aquí, dentro de este casón fuerte, no consiste sino en una medida de seguridad. No imaginábamos que quienes están en desacuerdo alzarían la voz tan pronto, mucho menos un kaempra tan respetado como el del Clan del Águila. Quiso la fortuna, sin embargo, que el kaempra Oso, aliado de los Jabalíes, decidiera concluir la asamblea de pronto. De no haber ocurrido así, el debate se habría torcido demasiado para que pudiéramos reconducirlo.

—Podríais habernos avisado de que algunos se opondrían, kaempra Peottre, antes de que nos reuniéramos con la Hetgurd —observó Chade con calma, aunque el príncipe lo interrumpió.

—De modo que pensáis que esto se puede reconducir. ¿De qué manera?

Su impaciencia me molestó. Chade tenía razón. Lo apropiado era amonestar a Peottre porque nos había conducido a una trampa, no aceptar sin más la ayuda que nos había prestado para salir de ella.

—Será cuestión de tiempo, pero no demasiado... de días, no de meses. Desde que regresáramos de vuestro país, hemos invertido una buena parte de nuestra riqueza y nuestra influencia en la compra de aliados. Estoy hablando sin rodeos, por supuesto, de algo que no se puede admitir abiertamente. Aquellos que han decidido apoyarnos no deben situarse a nuestro lado con excesiva prontitud, sino que tendrá que parecer que son convencidos por los argumentos que el Clan de los Jabalíes aducirá en nuestro favor. Por lo tanto, quisiera aconsejaros que tengáis paciencia y que obréis con cautela mientras persuadimos

a la Hetgurd.

—¿Cautela? —repitió Chade con brusquedad. *¿Asesinos?* Su pensamiento estremecido me llegó nítidamente.

—No es la palabra adecuada —se disculpó Peottre—. En ocasiones, según parece, lo que en un idioma se dice con una palabra, en otro se ha de expresar con muchas. Os pediría... discreción. Que no os dejéis ver mucho. Que no resulte fácil encontraros ni hablar con vos.

—¿Que sea inaccesible? —aportó el príncipe.

Peottre sonrió apenas y encogió los hombros.

—Si así es como lo expresaríais vos. Aquí tenemos un dicho: «No le puedes insultar si con él no consigues hablar». Es lo que yo os sugiero. Que el Clan del Alce de los Vatídico evite ofender a nadie y permanezca... inaccesible.

—¿Mientras dejamos que el Clan de los Jabalíes hable en nuestro nombre? —apuntó Chade. Le añadió unas trazas de escepticismo a su voz—: ¿Y qué haremos nosotros mientras tanto?

Peottre sonrió. Desde donde yo estaba no podía verlo bien, pero me pareció que adoptaba una expresión de alivio al ver que nos mostrábamos dispuestos a seguir su consejo.

—Propongo que abandonéis Zylig. Todos esperan que visitéis la casa materna de la narcheska. La Hetgurd se llevó una sorpresa cuando os vieron presentaros aquí primero. Por tanto, os recomiendo que mañana embarquéis en la *Colmilluda*, una nave de los Jabalíes, y zarpéis con nosotros rumbo a Wuislington, la tierra materna del Clan del Narval. Allí se os dará la bienvenida y se os ofrecerá cuanto necesitéis, de la misma manera que vos nos disteis la bienvenida y nos ofrecisteis cuanto necesitábamos cuando visitamos Torre del Alce. He informado a mi casa materna de las costumbres que observáis a este respecto. Las encuentran inusuales, pero les parece justo aportar vuestro sustento de igual modo que vos lo hicisteis con el nuestro.

Peottre no consiguió disimular las esperanzas que tenía de que nos atuviéramos a su propuesta. Su entusiasmo despertó mis sospechas. ¿Nos estaba librando de una situación arriesgada o nos estaba poniendo en peligro? Supe que Chade tenía las mismas dudas cuando intervino.

—Pero acabamos de llegar, y la travesía nos ha dejado exhaustos. El

ayudante del príncipe, Tordo, no soporta bien el oleaje. Ha caído enfermo y necesita recuperarse. No podemos considerar la idea de partir mañana de nuevo.

Yo sabía que sí podíamos y que, de hecho, Chade estaba sopesando las consecuencias que acarrearía continuar con el viaje. Tan solo le había dado esta respuesta a Peottre para ver cómo reaccionaba. Por un momento incluso me compadecí del marginado. No podía imaginarse que el príncipe y su consejero estaban compartiendo sus pensamientos ni, menos aún, que yo me encontraba detrás de la puerta, no solo oyendo cada palabra que decía, sino además apoyando las observaciones de ellos dos con las mías. Una sombra de consternación enfoscó su mirada. Les comuniqué a Dedicado y a Chade que a mi juicio el desasosiego de Peottre era auténtico cuando le oí exclamar:

—¡Pero debéis hacerlo! Dejadlo aquí con alguien que cuide de él. Aquí, en el casón fuerte de los Jabalíes, estará a salvo. Cometer un asesinato en el casón fuerte de un clan supone una grave ofensa contra su casa materna y, además, el Clan de los Jabalíes es muy poderoso. A nadie se le ocurriría atentar contra él.

—Pero ¿podrían intentar hacerle daño si se aventurase fuera del casón fuerte? ¿Podrían atacarme a mí si esta noche saliera en busca de algo de comer? —El tono aterciopelado de Chade no embotó del todo el filo cortante de su pregunta.

Desde mi escondite, observé que Peottre lamentó haberse dejado llevar por la impaciencia. Consideró la posibilidad de mentir, pero se armó de valor y expuso la verdad sin ambages.

—Debisteis imaginar que llegaríamos a esta situación. No sois unos necios. He visto cómo estudiáis a las personas, cómo equilibráis lo que les ofrecéis con lo que desean. Os he visto ofrecer mieles a los hombres y espolearlos para ganáros su voluntad. Habríais venido aquí sabiendo lo que Yama de Hielo significa para algunos de nosotros. Habríais esperado esta oposición.

Sentí que Chade le aconsejaba al príncipe que guardara silencio mientras él respondía en su nombre.

—Oposición, sí. Algunos incluso hablan de ir a la guerra. Pero una amenaza de muerte contra el ayudante del príncipe, o contra el mismo príncipe, no. Dedicado es el único heredero de la corona de los Vatídico. Vos tampoco sois un necio. Sabéis lo que eso significa. Lo hemos puesto en un peligro demasiado

grave permitiéndole embarcarse en esta estúpida expedición. Ahora vos admitís que existe el riesgo de que intenten asesinarlo, por la única razón de que está decidido a mantener la palabra que le dio a la hija de vuestra hermana. El precio de esta alianza empieza a ser demasiado alto, Peottre. No arriesgaré la vida del príncipe con tal de celebrar el matrimonio. Nunca le he encontrado sentido a esta exigencia de la narcheska. Dadnos una buena razón por la que debemos seguir adelante.

El príncipe empezaba a ponerse furioso. Las objeciones con que por medio de la Habilidad protestaba contra la prepotencia del consejero ahogaron mis pensamientos. Yo creía saber lo que Chade estaba haciendo, pero la única emoción que conseguí experimentar fue la afrenta que bulló en el príncipe cuando el anciano insinuó que tendría que retirar su palabra. Incluso Tordo se revolvió dando un gemido profundo al sentir el embate Habilidadoso del príncipe.

La mirada de Peottre brincó hasta Dedicado. Aun sin la capacidad de Habilidadar, sentía el ardor de su espíritu juvenil.

—Porque el príncipe Dedicado dijo que lo haría. Si ahora se retractara y huyese a casa quedaría como un cobarde y un debilucho. Quizá así se evitaría la guerra, pero comenzaría una nueva era de asaltos. Estoy seguro de que conocéis nuestro refrán: «Todo lo pierde el cobarde más pronto que tarde».

En los Seis Ducados decimos: «El miedoso tan solo su cobardía defiende hasta el foso». Supuse que en el fondo significaba lo mismo. Que si el príncipe se comportaba como un pusilánime, el conjunto de los Seis Ducados se ganaría la misma fama, lo que llevaría a los marginados a la conclusión de que había llegado el momento de atacarnos de nuevo.

¡Silencio! ¡Indignaos cuanto deseéis, pero contened vuestra lengua! La orden que Chade le dio a Dedicado por medio de la Habilidad brotó con una contundencia inusitada en él. Aún me asombró más la certera indicación que me dirigió solo a mí. *Fíjate en el rostro de Peottre, Traspié.* Pese al colosal esfuerzo que el consejero tuvo que realizar, mantuvo la voz firme cuando declaró con calma:

—Kaempra Narval. Me malinterpretáis. No he dicho que el príncipe piense retractarse después de haber jurado descabezar al dragón ante vuestra narcheska. Ha dado su palabra y, como Vatídico que es, la cumplirá con todas las consecuencias. No obstante, una vez que la hazaña concluya, no veo qué

necesidad tenemos de malgastar el linaje de mi príncipe con una mujer dispuesta a confabular para ponerlo en peligro, tanto el que supone vuestro pueblo como el que representa el dragón. Continuaremos hasta el final, pero después no nos sentiremos obligados a casarlo con la narcheska.

Seguí la indicación de Chade, pero fui incapaz de interpretar la sucesión de expresiones que revolotearon sobre el semblante de Peottre. Estupefacción, por supuesto, y desconcierto. Yo sabía lo que Chade pretendía averiguar. ¿Qué ansiaban Peottre y la narcheska más que ninguna otra cosa: la muerte del dragón o una alianza con los Vatídico? Seguimos sin estar seguros de la respuesta cuando Peottre tartamudeó:

—Pero ¿no es eso lo que los Seis Ducados persiguen con más ahínco, alcanzar la paz y establecer una alianza por medio de este casamiento?

—La narcheska no es la única mujer que ocupa una posición elevada en las Islas del Margen —le recordó Chade con desdén. Dedicado se había quedado inmóvil. Podía percibir el correr de sus pensamientos, pero no alcanzaba a oírlos—. Sin duda para el príncipe Dedicado sería muy fácil encontrar a otra candidata de vuestro pueblo a la que no se le ocurriría poner su vida en peligro de un modo tan frívolo. Y si no, siempre podemos forjar otras alianzas. ¿Creéis que Chalaza no sabría valorar un acuerdo de este tipo con los Seis Ducados? Aquí tenéis otro dicho de nuestro reino para que lo consideréis: «El mar está lleno de peces».

Peottre no terminaba de comprender que las tornas se hubieran vuelto de repente.

—Pero ¿por qué poner en peligro la vida del príncipe permitiendo que salga a darle muerte al dragón si después no habrá ninguna recompensa? —preguntó perplejo.

Por fin Dedicado consiguió tomar la palabra. Chade lo ayudó a iniciar su discurso, pero creo que, aun sin el apoyo del anciano, el príncipe habría sabido muy bien qué decir.

—Las Islas del Margen deben recordar que cuando un Vatídico dice que hará algo, lo hace. Han pasado unos cuantos años desde que mi padre despertó a sus aliados vetulus y arrasó esta ciudad casi por completo. Acaso la mejor manera de que evitemos la guerra entre los Seis Ducados y las Islas del Margen

no consista en una boda. Acaso la mejor manera consista en recordarles a vuestros compatriotas, una vez más, que cuando decimos que haremos algo, lo hacemos. —El príncipe mantuvo el tono amable y sereno. Habló no de hombre a hombre, sino como un rey.

Ni siquiera un guerrero como Peottre podía ignorar semejante insinuación. Esas palabras en boca de mi joven príncipe no lo ofendieron tanto como si las hubiera oído de labios de otro kaempra. Noté que titubeaba, aunque no acertaba a determinar si la idea de que la hija de su hermana no se casara con el príncipe lo consternaba o lo aliviaba.

—A decir verdad, podría parecer que hemos urdido alguna astucia para obligaros a jurar que cumpliríais esta tarea. Y ahora que habéis descubierto la verdadera importancia de vuestra promesa, debéis de sentir os doblemente engañado. El desafío que Elliania os ha propuesto es digno de un héroe. Habéis jurado llegar hasta el final. Si yo pretendiera convenceros mediante artificios, os recordaría que también jurasteis casaros con ella. Os preguntaría si, como Vatídico, no os sentís igual de obligado a eso, pese a que disteis vuestra palabra. Pero prefiero no profundizar en eso. Os sentís traicionado por nosotros. No puedo negar que da esa impresión. Sin duda sois consciente de que si completáis esta tarea y después rechazáis la mano de la narcheska, nuestra deshonor solo será equiparable a la gloria en la que vos os bañaréis. El nombre de Elliania recogerá en una palabra la traición desleal en que incurran las mujeres. No es un panorama que encuentre alentador. A pesar de todo, acepto vuestro derecho de adoptar esa postura. Tampoco buscaré vengarme derramando vuestra sangre, sino que dejaré mi espada enfundada y reconoceré que teníais motivos para sentir os agraviado.

Desde mi escondite, meneé la cabeza. Sin duda Peottre había hablado con el corazón en la mano, aunque yo sabía que no había terminado de comprender la importancia de sus palabras. Nuestras tradiciones eran demasiado distintas. Pero estaba seguro de una cosa y, al instante siguiente, el príncipe reflejó mis pensamientos sin dejar de mirar a Peottre con aire reflexivo.

En fin, no he resuelto nada. Ahora los dos nos sentimos ofendidos por la conducta del otro. ¿De qué forma puedo poner fin a esto? ¿Desenvaino mi espada y nos batimos en duelo?

¡No digáis disparates! La reprimenda de Chade iba tan en serio como la

propuesta de Dedicado. *Aceptad la oferta de partir en la Colmilluda rumbo a Wuislington. Sabíamos que tendríamos que realizar ese viaje y que tendríamos que aparentar ceder a su propuesta. Tal vez cuando estemos allí averigüemos más cosas. Tenemos que desentrañar este enigma; además, prefiero manteneros lejos de la Hetgurd y reducir las probabilidades de que intenten asesinaros hasta que recabe más información.*

El príncipe agachó un tanto la cabeza. Yo sabía que el consejero se lo había sugerido, pero Peottre debió de interpretarlo como una señal de que tal vez Dedicado lamentaba la firmeza con que acababa de dirigirse a él.

—Nos complace aceptar vuestra hospitalidad esta noche, Peottre Aguasnegras. Y mañana embarcaremos en la *Colmilluda*, rumbo a Wuislington.

Un alivio palpable embargó a Peottre al conocer la decisión de Dedicado.

—Yo mismo responderé por la seguridad de vuestros hombres durante nuestra ausencia.

Dedicado meneó ligeramente la cabeza, devanándose los sesos. Si Peottre pretendía separarlo de sus guardias y consejeros, no se lo permitiría.

—Mis nobles, por supuesto, se quedarán aquí. Dado que no forman parte del linaje de los Vatídico, entiendo que no se les considerará miembros de mi clan, por lo que nadie los atacará en busca de venganza. Pero algunos integrantes de mi séquito deben acompañarme. Mis guardias y mis consejeros. Estoy seguro de que lo entendéis.

¿Y Tordo? Aún está muy enfermo. Formulé la pregunta con urgencia.

No puedo dejarte atrás, y no me arriesgaré a poner a Tordo en manos de alguien que no sepa cuidarlo. Por muy duro que sea para él, deberá viajar con nosotros. Forma parte del destacamento de la Habilidad. Además. Piensa en los estragos que causaría durante nuestra ausencia si volviera a tener pesadillas.

—Príncipe Vatídico de los Seis Ducados, creo que podremos complaceros en eso. —Ansioso por que accediéramos, la confirmación de Peottre manó a borbotones.

La conversación se encaminó por cauces más sosegados. Poco después, Peottre los llevó a cenar a la planta baja. Chade le comentó al príncipe con voz enérgica que sería preciso subir una bandeja nutrida para Tordo, a fin de acelerar su recuperación. Peottre les aseguró que así se haría, y entonces los oí salir. Cuando hubieron abandonado los aposentos del príncipe, exhalé la respiración

contenida, roté los hombros y me acerqué a ver cómo estaba Tordo. Seguía durmiendo, felizmente ignorante de que al día siguiente se le obligaría a embarcarse en otra insoportable travesía. Lo miré y le transmití algunos pensamientos con los que apaciguar sus sueños. Me senté junto a la puerta y esperé, sin el menor entusiasmo, a que llegase la cena de vituallas marginadas.

Casa materna

Por aquel entonces Bowsrin era el kaemptra del Clan del Tejón. Sus barcos navegaban veloces, sus guerreros luchaban con letalidad y sus asaltos se ejecutaban con eficacia, de modo que siempre regresaba a casa cargado de coñac, plata y herramientas de hierro. Todos lo consideraban un héroe, hasta que un día deshonró a su clan.

Deseaba a una mujer del Clan de la Gaviota. Se presentó en su casa materna para cortejarla con regalos, pero la mujer no los aceptó. En cambio, su hermana sí, de manera que Bowsrin yació con ella, pero no se conformó con eso. Salió a la mar y pasó todo un año asaltando un pueblo tras otro, después de lo cual regresó a la casa materna del Tejón convertido en un hombre rico, pero sin ningún orgullo en su corazón, donde solo había lugar para una lujuria miserable.

Sus guerreros, aunque diestros en el combate, eran de ánimo abyecto, pues acataron sus órdenes cuando los llevó a arrasarse la casa materna del Clan de la Gaviota. Los guerreros de esta se encontraban fuera y las mujeres estaban en los campos cuando las naves asaltantes arribaron a sus orillas. El kaemptra Bowsrin y sus guerreros asesinaron a los ancianos y a varios de sus muchachos, y poseyeron a las mujeres sobre la tierra desnuda, a pesar de la resistencia que estas opusieron. Algunas prefirieron quitarse la vida antes de que las forzaran. Bowsrin alargó la incursión hasta diecisiete días, ninguno de los cuales dejó pasar sin obligar a Serferet, hija del Clan de la Gaviota, a aceptar su cuerpo. Finalmente la muchacha falleció a causa del maltrato. Los invasores se retiraron entonces y regresaron a su casa materna.

Con el cambio de luna la casa materna del Tejón recibió las nuevas de lo que su kaemptra había hecho. Se sintieron avergonzados. Desterraron a sus hombres y les dijeron que no regresaran jamás. Las mujeres les entregaron diecisiete de sus hijos al Clan de la Gaviota para que hicieran con ellos lo que estimasen justo, en expiación por la inclemencia de Bowsrin. Las casas maternas de todos los clanes les prohibieron la entrada a Bowsrin y sus hombres, y aquellos que les ofrecieron algún cobijo compartieron su suerte.

No había transcurrido un año cuando el mar devoró a Bowsrin y sus guerreros. El Clan de la Gaviota utilizó a los hijos que les habían sido entregados no como esclavos, sino como guerreros que habrían de defender sus orillas, y como hombres que habrían de darles más hijos e hijas con los que reforzar el clan. Así, las mujeres de las distintas casas maternas volvieron a convivir en paz y armonía.

BARDO OMBIR,

Fábula aleccionadora de los marginados

Al día siguiente zarpamos rumbo a la isla de Mayle. El príncipe Dedicado y Chade convocaron una breve reunión con la Hetgurd para poner esta decisión en conocimiento de sus miembros. El príncipe dio un discurso sucinto para declarar que, a su juicio, el conflicto era una cuestión que debía tratarse en la asamblea. Como hombre, no podía retirar la palabra que había dado, pero les ofrecía la oportunidad de que debatieran sobre el desafío y llegasen a una conclusión por consenso. Mantuvo una actitud digna y serena, según me contó Chade más tarde, y el hecho de que aceptase que se trataba de un asunto que solo la Hetgurd podía resolver pareció calmar a los más exaltados. Incluso el Águila agradeció su deferencia y dijo que un hombre dispuesto a mirar al peligro a los ojos merecía el respeto de todos, sin importar dónde hubiera nacido.

Los nobles del príncipe recibieron la noticia del nuevo viaje con diversos grados de sorpresa y consternación. Se les comunicó que se trataba de un pequeño cambio de planes. Muchos de ellos no contemplaban acompañar al príncipe a la casa materna de su prometida; antes de salir de Torre del Alce se les informó de que una delegación tan numerosa no sería fácil de alojar allí. Se esperaba que permanecieran en Zylig e hiciesen contactos con los que desarrollar futuras operaciones mercantiles. A la mayoría le pareció bien quedarse en Skyrene y tantear a los posibles socios comerciales. Arkon Hojasanguina, kaempira del Clan de los Jabalíes y padre de la narcheska, nos aseguró con discreción que él y sus guerreros se quedarían para cerciorarse de que tuvieran una estancia agradable, y para continuar apoyando nuestra causa ante la Hetgurd.

Chade me comentó más tarde que les había sugerido a nuestros nobles que siguieran disfrutando de la hospitalidad que les brindaba el casón fuerte de los Jabalíes, en lugar de salir a comprobar cómo los acogerían en las posadas locales. Asimismo, les recomendó que luciesen sus propios blasones cuando se mezclaran con los marginados, de la misma manera que estos exhibían los sellos de sus correspondientes animales. Dudo que les dijera a los nobles de los Seis Ducados que estarían más seguros si no parecían miembros del Clan del Alce de los Vatídico, lo que nuestros anfitriones creían que era la familia del príncipe.

La *Colmilluda* era una nave marginada, mucho más incómoda que la *Oportunidad de la Doncella*. Se balanceaba más con el oleaje, según comprobé mientras veía embarcar a los demás, pero dado que presentaba un calado menor que el del casco de la *Doncella*, era más apropiada para sortear los canales que separaban las distintas islas. Algunas de estas vías, según pude saber, apenas eran navegables durante la bajamar y, de hecho, durante ciertas mareas que tan solo acontecían una o dos veces al año, se podía ir a pie de una isla a otra. Atravesaríamos varios de estos canales antes de salir una vez más a altamar, rumbo a la isla natal de la narcheska y la aldea de Wuislington.

Era muy cruel hacer pasar a Tordo por esto. Lo dejé dormir todo lo posible antes de despertarlo para darle un desayuno caliente preparado con alimentos que conocía, traídos de la *Oportunidad de la Doncella*. Le urgí a que comiera y bebiera bien, y solo le hablé de cosas agradables. Preferí no revelarle que íbamos a emprender otra travesía. Le molestaba tener que asearse y vestirse, deseoso simplemente de regresar a la cama. Nada me habría gustado más que permitirselo, pues estaba seguro de que era lo mejor para su salud. Pero no podíamos correr el riesgo de dejarlo en Zylig.

Cuando nos presentamos en el muelle y nos juntamos con los guardias del príncipe, el destacamento de la Maña, Chade y Dedicado para ver cómo subían a la *Colmilluda* el cargamento de presentes nupciales, Tordo seguía convencido de que tan solo estábamos dando un paseo matutino. La nave estaba amarrada en paralelo a la dársena. Al menos, pensé abatido, el embarque no supondría un problema. Me equivocaba. No se quejó en ningún momento mientras veía cómo los demás subían por la pasarela y pasaban a bordo, pero cuando llegó su turno, sus pies parecieron adherirse al suelo.

—No.

—¿No quieres ver la nave de los marginados, Tordo? Todo el mundo ha subido para echar un vistazo. Tengo entendido que es muy distinta de nuestro barco. Vayamos a comprobarlo.

Me miró en silencio por un momento.

—No —insistió. Sus ojillos comenzaban a menguar en un gesto de sospecha.

De nada servía seguir engañándolo.

—Tordo, tenemos que embarcar. Va a zarpar enseguida, para llevar al príncipe a la casa de la narcheska. Tenemos que acompañarlo.

La actividad de la dársena había cesado por completo. Todo estaba listo y todos los demás se encontraban ya a bordo. Estaban esperándonos solo a nosotros dos. Los pasajeros de los otros barcos y los transeúntes observaban a Tordo con ávida extrañeza, con el rostro retorcido por todo tipo de expresiones de asco. Los tripulantes de la *Colmilluda* esperaban para recoger la pasarela y soltar amarras. Nos miraban molestos, cada vez más impacientes. Me dio la impresión de que nuestra mera presencia los avergonzaba. ¿Por qué no podíamos subir a bordo y ocultarnos en las bodegas? Tenía que hacer algo. Lo agarré del brazo con firmeza.

—Tordo, tenemos que subir al barco ahora.

—¡No!

Rugió la negativa de súbito, al tiempo que me asestaba una bofetada instintiva, concentrando su miedo y su rabia en un frenético embate Habilidadoso. Retrocedí tambaleándome, provocando la carcajada de los que se habían parado a mirarnos. En realidad, debió de sorprenderles que la bofetada caprichosa de un zoquete casi me hiciera caer de rodillas.

Detesto recordar lo que aconteció después. No me quedó más remedio que obligarlo. Pero el pavor de Tordo tampoco le dejó otra alternativa. Nos enzarzamos en medio de la dársena, enfrentando mi tamaño, mi fuerza y la solidez de mis muros bien entrenados contra su Habilidad y sus escasas dotes de luchador.

Cómo no, el príncipe Dedicado y Chade enseguida tuvieron conocimiento del altercado. Sentí que el príncipe intentaba llegar a Tordo para calmarlo, pero las brumas rojizas de la ira del zoquete le cerraban el paso con la misma eficacia que los muros de la Habilidad. No percibí ningún rastro de la presencia de Chade; creo que el esfuerzo que realizó el día anterior lo había dejado exhausto. La primera vez que agarré a Tordo con la única intención de levantarlo del suelo, su magia me arrolló. El contacto físico me hacía vulnerable. Arrojó contra mí todo su miedo, descarga que casi hizo que mojara los pantalones de puro pavor. Los lejanos recuerdos de distintas situaciones en que la muerte llegó a cerrar sus fauces sobre mí me asolaron. Sentí los dientes de un forjado

clavándoseme en el hombro y una flecha haciendo blanco en mi espalda. Lo cargué sobre mi hombro, pero tuve que hincar las rodillas en el suelo, derribado más por el peso de su terror que por el de su cuerpo. Los curiosos volvieron a prorrumpir en risotadas. Tordo se desembarazó de mí y se quedó inmóvil, deshecho en un llanto mudo, acorralado, incapaz de huir, pues la muchedumbre nos había rodeado para reírse de nosotros.

La mofa de la multitud se afilaba por momentos, infligiéndome más daño que los puñetazos ciegos de Tordo. No podía sujetarlo sin arriesgarme a debilitar mis muros, pero tampoco me atrevía a dejar a un lado el escudo que me protegía de las arremetidas de Tordo para que mi Habilidad surtiera todo su efecto. Así, intenté pastorearlo hacia el barco en vano, cortándole el paso cada vez que echaba a correr hacia el muelle. Cuando yo daba un paso adelante, él retrocedía, acercándose a la pasarela y ahuyentando a los curiosos allí concentrados. A continuación se lanzaba contra mí, con los brazos extendidos, consciente de que, si me tocaba, mis muros caerían ante él. Así, una y otra vez me veía obligado a retirarme y situarme fuera de su alcance. Y mientras tanto, los mirones se carcajaban y llamaban a gritos a sus compañeros en su áspero idioma para que se acercaran a ver a un ducado que no era capaz de tumbar a un zoquete.

Al final, fue Telaraña quien me salvó. Tal vez la gritería alborozada de los tripulantes de la *Colmilluda* le hiciera asomarse a la barandilla. El corpulento marinero se abrió paso entre el tumulto y bajó por la pasarela para acercarse a nosotros.

—Tordo, Tordo, Tordo... —dijo en tono tranquilizador—. Escúchame, amigo. No hace falta ponerse así. No hace ninguna falta.

Sabía que la Maña podía emplearse para «rechazar» a otra persona. ¿Quién no se ha apartado de un brinco alguna vez para evitar el mordisco de un perro o el zarpazo de un gato? No es solo el peligro lo que lo obliga a uno a echarse hacia atrás, sino también la intensidad de la rabia de la criatura. Creo que para los Mañosos el rechazo de otras personas es algo que pueden hacer de un modo instintivo, como la huida del peligro. Nunca me había parado a pensar que tal vez existiera una fuerza complementaria, una forma de apaciguar y atraer.

No hallé palabras para describir el modo en que Telaraña influyó sobre

Tordo. Si bien ese influjo no actuaba directamente sobre mí, lo palpaba en el ambiente. Recuperé la compostura y aplaqué el latido estrepitoso de mi corazón. Casi sin pretenderlo, se me encorvaron los hombros y se me relajó la mandíbula. Vi que un gesto inquisitivo asomaba al rostro de Tordo. Dejó la boca descolgada, de manera que la lengua, que nunca permanecía del todo dentro, sobresalió un poco más mientras sus ojillos se estrechaban hasta cerrarse casi por completo. Telaraña le habló con delicadeza.

—Calma, amigo mío. No pasa nada. Anda, ven conmigo.

Un gatito siempre pone una cara determinada cuando su madre lo levanta por la piel de la nuca. Ese mismo semblante fue el que observé en Tordo cuando Telaraña le puso su inmensa mano en el brazo.

—No mires —le recomendó Telaraña—. Ahora no apartes los ojos de mí.

Tordo lo obedeció y mantuvo la mirada fija en la cara de Telaraña mientras este lo guiaba a bordo con la facilidad con que un niño conduciría a un toro tirando de la argolla de la nariz. Empecé a temblar y el sudor se escurrió por mi espalda. La sangre se me agolpó en el rostro cuando me encaminé hacia el barco bajo un aluvión de burlas. Muchos de los curiosos chapurreaban el idioma de los Seis Ducados. Lo utilizaban ahora con premeditación, para cerciorarse de que entendiera sus comentarios desdeñosos. No podía fingir ignorarlos, pues era incapaz de apagar el rubor que la vergüenza había sacado a mi rostro. No tenía ningún sitio donde descargar mi rabia mientras avanzaba con paso airado por detrás de Telaraña. Oí que recogieron la pasarela en cuanto subí a bordo. No miré atrás, sino que seguí a Telaraña y a Tordo hacia una construcción en forma de tienda que había en cubierta.

Las instalaciones eran mucho más rudimentarias que las de la *Oportunidad de la Doncella*. En la cubierta de proa había un camarote permanente con paredes de madera, del tipo que solía ver en los barcos. Observé que estaba dividido en dos cámaras. La más amplia la ocupaban el príncipe y Chade, mientras que el destacamento de la Maña se hacinaba en la más reducida. El camarote temporal de popa quedaba reservado para los guardias. Las paredes eran de cuero grueso tensado sobre diversos postes y, a su vez, la estructura se mantenía sujeta a unas estacas afianzadas en la tablazón de la cubierta. Estos alojamientos eran un simple gesto en deferencia a las costumbres de los Seis Ducados; los marginados

preferían mantener las cubiertas despejadas, tanto para izar mercancías como para combatir. Al ver las caras de los otros guardias supe lo poco que les entusiasmaba tener que viajar en compañía de Tordo. Después de mi vergonzosa actuación en el muelle, mi presencia no les agradaba mucho más. Telaraña estaba intentando convencer a Tordo para que se sentara en uno de los cofres que habían sido trasladados desde la *Oportunidad de la Doncella*.

—No —le dije con discreción—. El príncipe prefiere que Tordo se aloje cerca de él. Deberíamos llevarlo al otro camarote.

—Allí están todavía más apretados que aquí —me explicó Telaraña, a lo que yo respondí negando con la cabeza.

—Al otro camarote —insistí, con lo que Telaraña convino.

Tordo lo acompañó, con la mirada vidriosa todavía de confianza. Los seguí, tan agotado como si llevara toda la mañana entrenando con la espada. Después me di cuenta de que el catre en el que Telaraña puso a Tordo era el suyo. Civil estaba sentado en un extremo de un catre más pequeño, con su gato gruñendo en el regazo. El juglar Cizaña inspeccionaba desconsolado las tres cuerdas rotas de una pequeña arpa. Vencejo miraba a todos lados salvo en mi dirección. Se le notaba desconcertado por que hubieran metido a aquel mostrenco bajo el mismo techo que él. El silencio de la apretada estancia podía cortarse con un cuchillo.

Una vez que Tordo se hubo acomodado en el catre, Telaraña se enjugó el sudor de la frente con una mano callosa. Tordo nos miró atónito por un momento antes de cerrar los ojos, cansado como un niño. Su respiración se tornó áspera cuando se quedó dormido. Después de las bofetadas que me había asestado, sentí el impulso de tumbarme yo también, pero Telaraña me tomó del brazo.

—Ven —me pidió—. Tenemos que hablar, tú y yo.

Me habría resistido de haberme visto capaz, pero cuando me puso la mano en el hombro me fue imposible oponerme. Dejé que me llevara a cubierta. Oí los gritos jocosos que profirieron los tripulantes cuando me vieron aparecer de nuevo, pero Telaraña los ignoró según me dirigía hacia una barandilla.

—Ten —me dijo, al tiempo que sacaba del cinturón una petaca de cuero y la destapaba. Me llegó el olor del coñac—. Echa un trago y respira hondo unas

cuantas veces. Se diría que estás a punto de morir desangrado.

No pensaba que necesitara el coñac hasta que lo probé y sentí que el calor se expandía por todo mi cuerpo.

¿Traspié?

La llamada preocupada del príncipe me llegó reducida a un susurro. De pronto fui consciente de la firmeza con que mantenía levantados los muros. Poco a poco los retiré y me proyecté hacia Dedicado.

—*Estoy bien. Telaraña ha conseguido apaciguar a Tordo.*

—Sí. Así es. Pero tampoco hace falta que me lo recuerdes.

Dadme un momento, mi príncipe, para recuperarme. Ni siquiera me había dado cuenta de que acababa de expresar en voz alta el pensamiento que pretendía enviarle solo a Dedicado por medio de la Habilidad.

—Lo sé. Estoy un poco aturdido, supongo.

—Sí, sí que lo estás. Lo que no comprendo es por qué. Aunque me lo imagino. El simplón es muy importante para el príncipe, ¿verdad? Y tiene que ver con el hecho de que un guerrero en plenas facultades no haya podido obligarlo a hacer algo a lo que él se oponía. ¿Por qué te estremecías cuando te tocaba? Cuando yo lo toqué, no sentí nada.

Le devolví la petaca.

—No me corresponde a mí hablar de este secreto —le dije con franqueza.

—Entiendo. —Tomó un trago largo de coñac. Miró hacia arriba con aire pensativo. Riesgo describió un giro perezoso en torno a la nave, esperando a que la alcanzáramos. El trapo floreció de súbito en la arboladura. Un instante después se infló preñado de viento, haciendo que el barco cabecease y cobrara velocidad a continuación—. Un viaje corto, según dicen. Tres jornadas, cuatro a lo sumo. Si hubiéramos optado por la *Oportunidad de la Doncella*, habríamos tenido que rodear todo el archipiélago, después de lo cual nos habríamos visto obligados a amarrarla en alguna de las otras islas y continuar en un barco de menor calado para llegar a Wuislington.

Asentí con ademán de entendido, aun sin estar seguro de si era cierto o no. Tal vez su ave se lo hubiera dicho. Lo más probable era que, atento como estaba siempre, se lo hubiese oído cuchichear a los tripulantes.

Con toda la naturalidad del mundo, añadió:

—Si tuviera que adivinar ese secreto, ¿me lo dirías si lo acertara?

Solté un suspiro breve. Ahora que la pelea había terminado, empecé a ser consciente de lo exhausto que estaba. Y de la fuerza que Tordo demostró poseer al verse impelido por el miedo y la rabia. Confié en que no hubiera agotado unas reservas que no poseía. La enfermedad ya le había arrebatado una buena parte de su vigor. Al enfrentarse a mí, se creía envuelto en un duelo a muerte, de eso no me cabía ninguna duda. Sentí de repente una profunda preocupación por él.

—¿Tom? —me presionó Telaraña, haciéndome recordar su pregunta de un sobresalto.

—No me corresponde a mí hablar de este secreto —repetí con tenacidad. La desesperanza comenzó a inundarme como sangre que manara a raudales de una herida. Supe que procedía de Tordo. No me sirvió de nada. Debía contenerla de algún modo, antes de que afectase al resto de los tripulantes y pasajeros.

¿Puedes encargarte de él por nosotros?

El asenso que le envié al príncipe servía más para comunicarle que había captado su petición que para confirmarle que podía cumplirla.

Telaraña me estaba ofreciendo la petaca de nuevo. La acepté y tomé un trago.

—Tengo que regresar con Tordo —le dije—. No es bueno para él que se quede solo.

—Creo que lo entiendo —convino al tiempo que recuperaba la petaca—. Ojalá supiera si tiene en ti a un protector o a un carcelero. En fin, Tom Mechatejón, cuando consideres que no pasa nada por que sea yo quien se quede con él, avísame. Me da la impresión de que a ti tampoco te vendría mal un descanso.

Asentí sin responder y lo dejé para volver al pequeño camarote del destacamento de la Maña. Los demás habían salido, tal vez incomodados por la contundencia de las emociones que emanaban de Tordo como un creciente maremoto de Habilidad. El hombrecillo dormía pero, a causa del agotamiento, no porque se encontrase a gusto. Cuando me fijé en su rostro, observé una sencillez que no me pareció infantil, ni siquiera simple. Tenía las mejillas coloradas y la frente goteada de sudor. Le había vuelto la fiebre y su respiración sonaba áspera. Me senté en el suelo, junto a su catre. Me avergoncé de lo que le

estábamos haciendo. No estaba bien y, en el fondo, Chade, Dedicado y yo éramos conscientes de ello. Por último cedí al agotamiento y me tumbé junto a él.

Inspiré tres veces mientras me concentraba y reunía la Habilidad. Cerré los ojos y rodeé ligeramente a Tordo con el brazo a fin de intensificar el vínculo Habilidadoso que nos unía. Imaginaba que levantaría sus muros para impedir que me acercase, pero no contaba con ningún tipo de defensa. Me sumí en un sueño donde un gatito perdido chapoteaba desesperado en un mar bullente. Lo saqué del agua del mismo modo que hizo Ortega y lo llevé de regreso al carruaje, donde lo esperaban la cama y el cojín. Cuando le aseguré que estaba a salvo, sentí que su ansiedad remitía un tanto. Con todo, incluso en sueños me reconoció.

—¡Pero tú me obligaste! —gimió de pronto el gatito—. ¡Tú me obligaste a montarme otra vez en un barco!

Cuando formuló la queja supuse que se enfurecería y me desafiaría, o incluso que me atacaría. Pero reaccionó aún peor. Rompió a llorar. El gatito se abandonó a un llanto inconsolable, con la voz de un párvulo. Se sentía decepcionado por que lo hubiera traicionado de esta manera. Confiaba en mí. Lo cogí y lo abracé, pero seguía llorando, y yo no lograba consolarlo, porque yo era el origen de su pesar.

No esperaba que apareciese Ortega. Puesto que aún no había anochecido, dudaba que se hubiera acostado. Supongo que siempre di por hecho que solo podía Habilidadar cuando dormía. Una idea absurda, pero era lo que pensaba. Cuando me senté a mecer a la criaturilla que era Tordo, sentí a Ortega a mi lado.

Déjame a mí, me solicitó con el cansancio que mostraría una mujer ante la incompetencia de un hombre. Sintiéndome culpable del alivio que me embargó, se lo entregué. Me desvanecí en el fondo del sueño de Tordo y noté cómo se relajaba al saberme lejos. Me dolía que mi cercanía le molestase, aunque tampoco podía culparlo por ello.

Un rato más tarde aparecí sentado al pie de la torre derretida. Parecía un lugar abandonado desde hacía una eternidad. Las zarzas marchitas alfombraban las colinas escarpadas que lo rodeaban, y lo único que se oía era el viento que susurraba entre las enredaderas secas. Esperé.

Ortiga se acercó a mí.

¿Por qué está así?, me preguntó, describiendo un arco con el brazo para señalar la desolación circundante.

Parecía apropiado, respondí abatido.

Ortiga resopló con desdén y, con una sencilla sacudida de la mano, transformó las zarzas marchitas en una pradera espesada por el verano. La torre se convirtió en un círculo de piedras despedazadas en medio de la ladera, cubierto de zarcillos florecientes que serpenteaban por él. Se sentó sobre un canto calentado por el sol, extendió sus faldas rojas sobre sus pies descalzos y me preguntó:

¿Siempre eres tan dramático?

Supongo que soy así.

Debe de ser agotador tenerte cerca. Eres el segundo hombre más sentimental que conozco.

¿Y el primero?

Mi padre. Ayer volvió a casa.

Contuve la respiración e intenté afectar naturalidad.

¿Y?, le pregunté.

Y resultó que había ido al castillo de Torre del Alce. Fue todo lo que nos dijo. Parece que haya envejecido diez años y, aun así, a veces lo sorprende con la mirada perdida en la pared de enfrente, sonriendo. A pesar de su vista nublada, se me queda mirando, como si no me conociese. Madre dice que se siente como si a cada instante se despidiera de ella. Se le acerca, la rodea con los brazos y la aprieta contra sí, como si se la fuesen a arrebatar en cualquier momento. Me cuesta explicar cómo se comporta; como si al fin hubiera terminado una tarea ardua, aunque también da la impresión de que se estuviera preparando para emprender un viaje.

¿Qué te ha contado? Intenté que no percibiera mi temor.

Nada. Y a mi madre tampoco, o eso dice. Trajo regalos para todos. Títeres para mis hermanos menores y unos rompecabezas elaborados con todo detalle para los mayores. Para mi madre y para mí, sendas cajitas con unos collares de cuentas de madera dentro, nada toscos, sino tallados como auténticas joyas. Y una yegua, la yegüita más adorable que haya visto nunca.

Aguardé, sabedor de lo que oiría a continuación, aunque rezando para que no lo dijera.

Y ahora lleva un pendiente, una esferita de madera. Nunca le había visto ningún pendiente puesto. Ni siquiera sabía que tuviese un agujero en la oreja.

Me pregunté si lord Dorado y Burrich habrían hablado. Tal vez el bufón le hubiera dejado todos esos objetos a la reina Kettricken para que esta se los entregara a Burrich. Me preguntaba demasiadas cosas y no era capaz de expresar ninguna de mis dudas.

¿Qué estás haciendo?, dije al cabo.

Bañando velas. La tarea más aburrida y absurda que existe. Por un momento, guardó silencio. Luego: *Tengo un mensaje para ti.*

Mi corazón se detuvo de súbito.

¿Sí?

Mi padre me pidió que si volvía a soñar con el lobo, le dijera: «Tendrías que haber venido a casa hace mucho tiempo».

Dile... Un millar de respuestas se agolparon en mi cabeza. ¿Qué podía decirle a alguien a quien no veía desde hacía dieciséis años? ¿Que no tenía por qué temer que ahora yo le quitase nada? ¿Que mi cariño seguía siendo el de siempre? No. Eso no. Le diría que lo perdonaba. No, porque nunca quiso hacerme daño a propósito. Decirle esas cosas solo serviría para añadir más peso a los remordimientos que ahora pesaran sobre él. Había un millón de cosas que ansiaba decirle, ninguna de las cuales me atrevía a comunicarle por medio de Ortiga.

¿Qué le digo?, me instó con creciente curiosidad.

Dile que me quedé sin palabras. Que le estoy agradecido. Como lo he estado todos estos años.

No me pareció apropiado, pero me obligué a no añadir nada más. No quería pecar de impetuoso. Tendría que meditar con calma y en profundidad antes de confiarle a Ortiga un mensaje más elaborado para que se lo hiciera llegar a Burrich. Ignoraba qué sabía la pequeña o qué se imaginaba. Ni siquiera me hacía una idea de qué habría averiguado Burrich acerca de todo lo que me había ocurrido desde que nos separásemos. Más valía arrepentirse de haber callado algo que de no poder desdecirse.

¿Quién eres?

Se lo debía. Un nombre por el que llamarme. Solo se me ocurrió uno

apropiado para revelárselo a ella.

Cambiador. Me llamo Cambiador.

Asintió. Decepcionada a la vez que complacida. En otro tiempo y otro lugar, la Maña me avisó de que había gente cerca de mí. Cuando me dispuse a retirarme del sueño, Ortiga me dejó ir a regañadientes. Me alojé de nuevo en mi cuerpo. Mantuve los ojos cerrados unos instantes más mientras abría el resto de los sentidos. Estaba en el camarote, con Tordo resollando junto a mí. Oí el aceite que el juglar aplicaba en la madera del arpa y oí a Vencejo preguntar:

—¿Por qué está dormido ahora?

—No estoy dormido —dije en voz baja. Aparté el brazo de Tordo para no despertarlo y me incorporé despacio—. Solo ayudaba a Tordo a tranquilizarse. Sigue muy enfermo. Ojalá no hubiéramos tenido que traerlo con nosotros.

Vencejo no dejaba de mirarme extrañado. El juglar Cizaña se movía con suma delicadeza mientras lustraba con aceite el marco de su arpa reparada. Me levanté, agachando la cabeza para no topar con el techo bajo, y miré al hijo de Burch. Por mucho que se empeñara en evitarme, yo tenía una tarea que cumplir.

—¿Tienes algo que hacer ahora mismo? —le pregunté a Vencejo.

El niño miró a Cizaña como si esperase que el juglar respondiese por él. Al ver que permanecía en silencio, Vencejo contestó con voz contenida:

—Cizaña iba a tocar unas canciones de los Seis Ducados para los marginados. Quería escucharlas.

Inspiré. Necesitaba estrechar mi relación con el crío si pretendía mantener la promesa que le hice a Ortiga. Sin embargo, ya lo había puesto en mi contra al intentar enviarlo de regreso a casa. Si ahora intentaba atarlo corto, no me ganaría su confianza. Por tanto, le dije:

—Se pueden aprender muchas cosas de las canciones de los juglares. Escucha, también, lo que dicen y cantan los marginados, y esfuérate por entender algunas palabras de su idioma. Después hablaremos de lo que hayas aprendido.

—Gracias —dijo con rigidez. Le costaba tanto mostrar gratitud como admitir que yo tenía autoridad sobre él. No le presionaría por ello, aún. Por tanto, asentí y lo dejé ir.

Al llegar a la puerta, Cizaña se despidió con una elegante reverencia de juglar y nuestras miradas se cruzaron. El brillo afable que vi en sus ojos me llamó la atención, hasta que declaró:

—No es habitual que los hombres de armas valoren la cultura y aún abundan menos los que ven en los juglares una fuente de conocimiento. Os doy las gracias, señor.

—Soy yo quien te está agradecido. Mi príncipe me ha encomendado la educación del niño. Tal vez tú puedas hacerle entender que aprender cosas no tiene por qué suponer una tragedia. —En un abrir y cerrar de ojos, tomé una nueva decisión—. Si no supone una intromisión, me gustaría unirme a vosotros.

Me obsequió con una nueva reverencia.

—Será un honor.

Vencejo, que ya se había adelantado, no pareció alegrarse cuando me vio caminar junto al músico.

Los tripulantes marginados eran como los marineros de cualquier otra región. Cualquier tipo de evasión era preferible al tedio diario del barco. Los que se encontraban ociosos enseguida se reunieron para oír cantar a Cizaña. La nave aportaba un magnífico escenario para el juglar, que se situó en la cubierta despejada con el viento en su cabello y el sol a su espalda. Muchos de los que se congregaron para disfrutar del espectáculo se trajeron consigo diversas manualidades, del mismo modo que las mujeres se habrían traído sus bordados o labores de punto. Uno trabajaba con un viejo cabo deshilachado para convertirlo en una estera nudosa; otro tallaba con pereza un trozo de madera noble. La atención con que escuchaban confirmó mis sospechas. Bien porque así lo habían elegido, bien por casualidad, una buena parte de la tripulación de Peottre había adquirido nociones del idioma de los Seis Ducados mientras trabajaba. Incluso los marineros que faenaban con las velas cercanas tenían un oído puesto en la música.

Cizaña entonó varias baladas tradicionales de los Seis Ducados que conmemoraban a los monarcas Vatídico. Hizo bien al dejar fuera del repertorio las composiciones que hablaban de nuestra histórica enemistad con las Islas del Margen. Hoy no tendría que oír la canción de *La torre de la Isla de los Antílopes*. Vencejo parecía muy concentrado en los versos. Cizaña captó todo su interés

cuando le dio forma de canción a una fábula de la Vieja Sangre. Me fijé en los tripulantes marginados mientras el juglar la interpretaba y me pregunté si observaría en ellos el asco y el rencor que muchos habitantes de los Seis Ducados mostraban al escuchar este tipo de piezas. No percibí nada de eso. Los marineros sencillamente dieron por hecho que se trataba de una tonada extraña que versaba sobre una magia extranjera.

Cuando concluyó su actuación, uno de los marineros marginados se puso de pie y desplegó una sonrisa que arrugó el jabalí que llevaba tatuado en la mejilla. Había dejado apartada su talla para sacudirse las finas virutas que le moteaban el pecho y los pantalones.

—¿Creéis que esa magia es poderosa? —nos desafió—. Más poderosa es otra que me sé yo, y más os vale estarse al tanto, pues lo mismo os encontraréis con ella.

Estiró un pie descalzo para darle un empujoncito a un compañero de tripulación que estaba sentado junto a él. Aunque a todas luces avergonzado por verse convertido en el foco de todas las miradas, el hombre sacó el pequeño silbato tallado que llevaba colgado del cuello por debajo de la camisa y empezó a tocar una sencilla melodía quejumbrosa mientras su compañero, poniendo más dramatismo que voz, comenzó a interpretar ásperamente la historia del Hombre Negro de Aslevjal. La interpretó en marginado, imitando el acento característico que empleaban sus bardos, con lo cual me costó aún más seguir la historia. El Hombre Negro acechaba en la isla, y pobre de aquel que pusiera el pie en ella con malas intenciones. Era el guardián del dragón, o tal vez el mismo dragón en forma humana. Tan negro y tan «algo» como el dragón, imponente como el viento e igual de inmortal, y tan inclemente como el hielo era él. Roía los huesos de los cobardes y tajaba la carne de los imprudentes, porque el...

—¡A la faena! —De súbito Peottre irrumpió en el círculo. Pese a su actitud severa, no dejó de imprimirle cierta cordialidad a la orden, con la que nos recordó que él era el capitán del barco, además de nuestro anfitrión.

El marinero dejó de ladrar la fábula y lo miró con recelo. Percibí alguna tensión entre ellos; el jabalí lo identificaba como guerrero de Arkon Hojasanguina. La mayoría de los tripulantes lucían el mismo emblema, aunque le habían sido cedidos a Peottre para esta tarea. El capitán miró al tripulante

meneando la cabeza ligeramente, como amonestación y como advertencia, ante lo que el hombre encorvó los hombros.

—¿Y, pues, qué faena, en esta hora de descanso? —insistió, con un relumbro de osadía en su tono.

Peottre le respondió con serenidad, pero su postura indicaba que no toleraría ningún tipo de oposición.

—La faena, Rutor, consiste en aprovechar el descanso, para que cuando se te llame al trabajo andes espabilado. Descansa, por tanto, y deja que yo entretenga a los invitados.

A su espalda, Chade y el príncipe habían salido del camarote para observar la escena con curiosidad. Telaraña se encontraba tras ellos. Me pregunté si Peottre habría oído cantar al marinero y pedido permiso de pronto para abandonar su compañía. Me proyecté hacia los dos.

¿Conocemos alguna fábula sobre el Hombre Negro de la isla de Aslevjal? ¿Sobre un guardián del dragón, tal vez? Porque de eso trataba la canción que Peottre acaba de interrumpir.

No me suena de nada. Se lo preguntaré a Chade cuando estemos a solas.

¿Chade?, intenté establecer un contacto directo.

No obtuve respuesta. Ni siquiera deslizó los ojos hacia mí.

Creo que ayer se esforzó demasiado.

¿Ha tomado té hoy?, pregunté, temiendo la respuesta. Forzar la Habilidad de la manera en que Chade lo había hecho ayer bien podía dejar exhausto a un novicio, aunque el anciano se movía con la misma agilidad de siempre. ¿Corteza feérica?, me pregunté un tanto celoso. ¿Me la negaba a mí pero después la utilizaba él?

Casi todas las mañanas se toma un brebaje pestilente. No tengo ni idea de con qué lo elabora.

Me quité la idea de la cabeza antes de que el príncipe descubriera mis temores. Me propuse sustraer una muestra de las hierbas de Chade si podía y averiguar qué estaba utilizando. El anciano no le prestaba la menor atención a su salud. Se dejaría la vida en su empeño por defender nuestra causa.

No se me presentó la oportunidad. El resto de las jornadas de viaje se sucedieron sin incidentes. Me mantuve ocupado cuidando de Tordo e

instruyendo a Vencejo. Al final estos terminaron congeniando, porque cuando Tordo despertó de su largo sueño se encontraba débil e inquieto, aunque se negaba a aceptar mi cercanía. No obstante, aceptó con gusto las atenciones de Vencejo. Como cabía esperar, el niño se mostró renuente. Atender a un enfermo se hace tedioso y puede resultar desagradable. Vencejo participaba además de la arraigada repulsión que muchos habitantes de los Seis Ducados sentían por aquellos que nacían con alguna malformación. Mi desaprobación no sirvió para que la dejara a un lado, pero puesto que Telaraña aceptaba con naturalidad las peculiaridades de Tordo, el niño empezó a asimilarlas también poco a poco. La capacidad que Telaraña demostró poseer para educar al pequeño por medio del ejemplo me hizo sentirme como un guardián torpe e irreflexivo. Tenía el firme deseo de estrechar mi relación con Vencejo, del mismo modo que Burrich había hecho con Ortiga, pero una y otra vez fracasaba a la hora de ganarme su confianza.

Los días se hacen eternos cuando uno se siente inútil. Apenas si pasé tiempo con Chade y el príncipe. No había manera de quedarse a solas con ninguno de ellos en un barco atestado, de modo que tan solo nos comunicábamos por medio de la Habilidad. Procuraba proyectarme hacia Chade solo cuando me parecía imprescindible, con la esperanza de que el reposo restaurase su capacidad de emplear la magia. El príncipe me informó de que el consejero no sabía nada sobre el Hombre Negro de la isla de Aslevjal. Peottre no le dio el menor respiro al marinero que pretendía cantar la fábula, de modo que no tuve ocasión de hablar con él y recabar más información. Aislado de Chade y el príncipe y rechazado por Tordo, me sentía solo e incapaz de hallar consuelo en modo alguno. Mi corazón se refugió en los recuerdos, en mi sencilla relación con Molly y en la amistad que con tanta naturalidad compartía antes con el bufón. A menudo revivía los años que pasé con Ojos de Noche, puesto que siempre tenía delante a Telaraña y su ave, y a Civil, cuyo gato lo seguía a todos los rincones del barco. Ya no quedaba en mí ni rastro de los vínculos apasionados que formé en mi juventud, y también había perdido la voluntad de establecer otros nuevos. En cuanto a Ortiga y a la invitación de Burrich para que «fuese a casa»... el corazón me pedía a gritos que la aceptara sin más, pero lo que yo ansiaba era regresar a una época pasada, no a un lugar, un deseo que ni

Eda ni El concedían nunca a nadie. Cuando arribamos a un modesto puerto, desde donde casi podía tocarse con la mano la costa de una isla pequeña, y Peottre bramó complacido que ya se atisbaba su hogar, una profunda envidia se apoderó de mí.

Telaraña se acercó a la barandilla de la nave, poniéndole fin a mi discreto baño de melancolía.

—He dejado a Vencejo ayudando a Tordo a calzarse. Le alegrará pisar tierra de nuevo, aunque no lo admita. En realidad, ya no padece mareos. Ahora lo que lo debilita es la dolencia de los pulmones. Eso, y la nostalgia de su hogar.

—Lo sé. Y poco podré hacer para solucionar ninguna de esas cosas hasta que desembarquemos. Cuando lleguemos a tierra, espero encontrarle un sitio cómodo y ofrecerle algo de paz, descanso y buena comida. Ese suele ser el mejor remedio para tales padecimientos.

Telaraña asintió en amigable silencio a medida que nos aproximábamos a la orilla. Solo una persona, una muchacha vestida con unas faldas rojas que el viento agitaba, observaba nuestra llegada desde un cabo. Los rebaños de ovejas y cabras pacían en los pastos pedregosos que la rodeaban y las sinuosas colinas que se alzaban por detrás. Tierra adentro, divisamos varias columnas de humo que se elevaban desde las cabañas acurrucadas entre las aulagas. Un único muelle construido sobre pilotes de piedra penetraba en la pequeña bahía, dándonos la bienvenida. No me pareció que hubiéramos llegado a pueblo alguno. Cuando miré, la muchacha del cabo levantó los brazos sobre la cabeza y los agitó tres veces. Pensé que nos estaba saludando, pero tal vez les estuviera haciendo señas a los habitantes del asentamiento, ya que al rato apareció un grupo de isleños en el camino que bajaba hasta la orilla. Algunos se quedaron a esperarnos en el muelle. Los restantes, más jóvenes, echaron a correr por la playa, gritándose emocionados los unos a los otros.

La tripulación dirigió el barco derecho hacia el muelle en una presuntuosa exhibición de sus habilidades náuticas. Los cabos que lanzaron al muelle fueron recogidos y amarrados, limitando nuestro desplazamiento. En lo que pareció una cuestión de segundos, el trapo quedó agolado y arrumado. En cubierta, Peottre me sorprendió cuando les dio las gracias ásperamente a los marineros del Jabalí que nos habían traído hasta aquí. El gesto me recordó que se trataba

de dos clanes aliados, no de uno solo. Sin duda, tanto Peottre como los tripulantes consideraban esta travesía un gran favor, a partir del cual podría surgir una deuda entre los clanes.

Esta situación quedó aún más patente para mí debido al modo en que se desarrolló el desembarco. En primer lugar descendió Peottre, quien nada más poner los pies en el muelle saludó con una solemne reverencia a las mujeres que habían acudido a recibirlo. Las acompañaban algunos hombres, pero permanecieron tras ellas, y hasta que Peottre no hubo sido calurosamente recibido por las mujeres de más edad de su clan, no se acercó a ellos para proceder a un nuevo intercambio de saludos. Muy pocos de ellos, según observé, tenían la edad suficiente para entrar en combate, y los que sí eran lo bastante mayores padecían diversas lesiones que les impedían seguir luchando. Había asimismo algunos ancianos, y también un grupo de muchachos revoltosos. Los observé con desconfianza e intenté pasarle mis conclusiones a Chade.

Bien a los hombres no les parecía apropiado venir a recibirnos, bien han preferido ocultarse en alguna parte.

La respuesta del consejero me llegó tenue como un hilo de humo.

O tal vez fueron diezmados durante la Guerra de las Velas Rojas. Algunos clanes sufrieron grandes pérdidas.

Al notar que le costaba llegar hasta mí, dejé que el contacto se diluyera. En este momento el consejero tenía la cabeza ocupada en otros asuntos. Más que la Habilidad, fue la Maña lo que me avisó de la inquietud y la decepción que sentía el príncipe. La razón saltaba a la vista. Elliania no se encontraba entre el grupo que había acudido a recibirnos.

No os preocupéis por eso, le aconsejé. No conocemos sus costumbres lo suficiente para saber qué significa su ausencia. No deis por hecho que pretende desairaros.

¿Preocuparme? Casi ni me había dado cuenta. Estamos aquí por la alianza, Traspié, no por los jueguecitos de una niña. La mera brusquedad de su respuesta puso de manifiesto que mentía. Suspiré para mis adentros. Quince años. Lo único que podía hacer era agradecerle a Eda que nunca volvería a tener su edad.

Peottre debía de haber informado a Chade sobre las costumbres que observaban en situaciones como esta, dado que tanto el consejero como los

demás permanecimos en cubierta hasta que una joven de unos veinte años elevó su voz cristalina e invitó al hijo del Clan del Alce de las Tierras de los Vatídico a desembarcar en compañía de los suyos.

—Es la señal —musitó Telaraña—. Vencejo habrá terminado de preparar a Tordo. ¿Vamos?

Asentí, pero seguidamente le pregunté, como si tuviera derecho a ello:

—¿Qué te muestra Riesgo? ¿Ve hombres armados en las inmediaciones?

Telaraña elaboró una sonrisa prieta.

—Si Riesgo hubiera descubierto eso, ¿no crees que te lo habría dicho? Me estaría jugando el pellejo tanto como tú. No, lo único que ve es lo que hemos observado nosotros. Un asentamiento tranquilo donde se respira la paz de la mañana. Y un valle bastante fértil, al otro lado de aquellas colinas.

Así, nos unimos a los demás y bajamos desfilando a tierra, donde nos detuvimos a una distancia respetuosa por detrás de nuestro príncipe mientras este recibía la bienvenida a la casa materna y las tierras de Elliania Aguasnegras. Las fórmulas que utilizaron para saludarlo eran sencillas, y me dio la impresión de que esa sencillez obedecía a algún tipo de ritual. A través de esta recepción y de la invitación a desembarcar, las mujeres nos hicieron ver que ellas eran quienes poseían la tierra y quienes ejercían la autoridad sobre todo aquel que pusiera el pie en Wuislington. Aun así, también me sorprendió que se llevara a cabo una ceremonia similar para recibir a los miembros del Clan del Jabalí que desembarcaron después de nosotros. Cuando respondieron a los saludos, entendí lo que antes se me había escapado. Al aceptar la bienvenida también se comprometían a honrar su propia casa materna responsabilizándose cada uno de ellos de la buena conducta de los demás. No se especificó qué castigo se impondría si alguien abusaba de su hospitalidad. Necesité unos instantes para comprender el sentido de estos protocolos. En un país de invasores, los habitantes debían aplicar algún tipo de defensa para proteger el hogar ante otros asaltantes durante su ausencia. Intuí que ahora se estaba recurriendo a alguna alianza milenaria pactada entre las mujeres de los distintos clanes y me pregunté de qué manera castigarían a los hombres sus respectivas casas maternas si se aprovechaban de la buena voluntad de otro clan.

Concluido el intercambio de saludos, las mujeres de la casa materna del

Narval se marcharon con el príncipe y su grupo. Los guardias desfilaron tras ellos, seguidos de Telaraña, Vencejo, Tordo y yo. El niño avanzaba unos pasos por delante, mientras Telaraña y yo ayudábamos a Tordo. Por detrás de nosotros venía la tripulación del Jabalí, charlando sobre cerveza y mujeres y burlándose de nosotros cuatro. Riesgo describía un círculo tras otro en el cielo azul y límpido. La grava de la playa crujía a nuestro paso según recorríamos el cuidado camino.

Imaginaba que Wuislington sería más grande y se encontraría más cerca de la orilla. Cuando los tripulantes del Jabalí, impacientados por nuestra lentitud, nos rebasaron, Telaraña trabó conversación con uno de ellos. Al marinero se le veía ansioso por acelerar el paso y alcanzar a sus compañeros, y tampoco podía ocultar el fastidio que le producía que los demás lo vieran en compañía del zoquete y sus cuidadores. Así, respondió apresuradamente pero con cortesía, pues Telaraña parecía saber ganarse siempre el respeto de aquellos con los que hablaba. Nos explicó que el puerto era bueno, pero no excelente. Había pocas corrientes de las que preocuparse, pero cuando los vientos predominantes soplaban, lo hacían con violencia y enfriando el aire lo suficiente «¡para descarnar a un hombre hasta dejarlo en los huesos!». Wuislington se recogía en una depresión abrigada del terreno, al otro lado de la siguiente loma, de tal modo que el viento pasaba por encima y no a su través.

Así la encontramos. El propio terreno abrigaba la aldea. Seguimos recorriendo el camino; el día parecía aquietarse y caldearse a medida que descendíamos. El pueblo que quedaba por debajo de nosotros estaba bien distribuido. La casa materna, construida en piedra y madera, era el edificio más grande, un casón fuerte que se erigía sobre las cabañas y chozas circundantes. Un inmenso narval pintado decoraba el empizarrado que la coronaba. Detrás de la casa materna había un huerto que me recordó al Jardín de las Mujeres que remataba el castillo de Torre del Alce. Las calles del pueblo conformaban una serie de anillos concéntricos distribuidos en torno a la casa, con las tiendas y los talleres de los artesanos colocados en la sección más próxima al camino del muelle. Todo esto tuvimos ocasión de verlo antes de que la mera cercanía a la aldea nos lo ocultara.

Hacia un buen rato que habíamos perdido de vista al grupo del príncipe,

pero Acertijo se acercó a nosotros, jadeando a causa de la carrera.

—Me han dicho que os lleve a vuestras habitaciones —explicó.

—Entonces ¿no nos quedaremos con el príncipe? —pregunté inquieto.

—Se les alojará como invitados en la casa materna, con el juglar y sus compañeros. Hay alojamientos especiales para los guerreros de los clanes visitantes, fuera del casón fuerte. Los hombres de otros clanes pueden permanecer como invitados durante el día, pero a los guerreros no se les permite pasar la noche en el casón fuerte. La Guardia del Príncipe se alojará en otro edificio. A nosotros esto no nos convence, pero lord Chade le ha dicho al capitán Mechalarga que acepte. También han preparado una cabaña para Tordo. El príncipe ha ordenado que te alojes con él. —Acertijo parecía sentirse incómodo. Bajó la voz, como si pretendiera disculparse, y añadió—: Me cercioraré de que lleven allí tu cofre. Y también sus cosas.

—Gracias.

No me hizo falta preguntar nada. Nunca se invitaría a entrar en la casa materna a alguien con el aspecto de Tordo. En fin, al menos habían tenido la sensatez de no ponernos con los guardias. Sin embargo, cada vez me costaba más compartir el rechazo que sufría Tordo. A pesar de lo poco que me agradaban las intrigas de la corte de los Vatídico, me molestaba que me impidieran acercarme a Dedicado y a Chade. Sabía que aquí corríamos peligro, pero el mayor riesgo de todos es aquel que se ignora. Quería oír cuanto Chade oyera, conocer al detalle cómo se estaba desarrollando la negociación. Con todo, el consejero no podía exigir que se nos alojara más cerca del príncipe, y alguien tenía que quedarse con Tordo. Yo era la opción lógica. Tenía sentido, lo cual no impedía que me sintiera frustrado.

No pretendían insultarnos. La cabaña de piedra de una sola habitación estaba limpia, aunque olía a cerrado. Se notaba que llevaba meses vacía, si bien teníamos leña en el capacho y cazos para cocinar. Había un tonel lleno hasta el borde de agua dulce y fría. Disponíamos de una mesa y algunas sillas, y también de una cama con dos mantas en una esquina. El sol alfombraba el suelo a través de la única ventana del edificio. Me había alojado en sitios peores.

Tordo apenas si habló cuando lo acomodamos en la cama. Estaba resollando a causa de la caminata y tenía las mejillas coloradas, pero esta no era una señal de

que estuviera recobrando la salud, sino de que seguía muy enfermo y había realizado un esfuerzo excesivo. Le quité los zapatos y lo arropé bien con las mantas. Imaginé que aquí las noches serían frías incluso durante el verano, y me pregunté si las dos frazadas bastarían para que se encontrara a gusto.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —me preguntó Telaraña.

Vencejo esperaba impaciente junto a la puerta, con la vista clavada en la casa materna, a dos calles de distancia.

—No, aunque tengo que pedirle una cosa a Vencejo. —Esperaba el gesto de consternación con que me miró el niño. No me hizo cambiar de opinión. Saqué unas monedas de mi bolsa—. Ve al mercado. No tengo ni idea de qué se vende allí. Muestra tus mejores modales, pero tráenos algo de comer. Carne y verdura para preparar una sopa. Pan recién hecho si lo hay. Fruta. Queso, pescado. Lo que puedas comprar con esto.

A juzgar por su semblante, el niño se debatía entre el recelo y el impulso juvenil de explorar un lugar desconocido. Le puse las monedas en la mano y confié en que los isleños aceptaran el dinero de los Seis Ducados.

—Después —añadí, provocando que se estremeciera—, vuelve al barco. Acertijo se ocupará de nuestros cofres, pero quiero que traigas algunas mantas más de los catres de la nave. Las suficientes a fin de poder hacer jergones para ti y para mí, y para asegurarnos de que Tordo no pase frío.

—Pero yo tenía que quedarme en la casa materna, con el príncipe y Telaraña y todos... —El peso de la desilusión le desinfló la voz cuando me vio negar con la cabeza.

—Te necesito aquí, Vencejo.

Miró a Telaraña como si buscara su apoyo. El gesto del Maestro de la Maña permaneció sereno y neutral.

—¿Seguro que no necesitas que te ayude? —me preguntó de nuevo.

—En realidad... —De pronto me quedé casi paralizado por lo difícil que se me hizo pedirlo—. Si no te importa regresar más tarde, necesitaría unas horas para mí. A menos que el príncipe requiera de tus servicios en otra parte.

—Así lo haré. Gracias por pedírmelo. —Añadió el segundo comentario con toda franqueza, no por mera cortesía.

Dejé que transcurrieran unos instantes de silencio mientras analizaba sus

palabras. Me elogiaba porque finalmente me había decidido a pedirle un favor. Cuando lo miré a los ojos comprendí que el silencio se había prolongado en exceso, pero Telaraña mantenía su expresión tan serena y paciente como siempre. De nuevo sentí que me acechaba, no como el depredador que vigila a la presa, sino como el domador que intenta ganarse la confianza de un animal desconfiado.

—Gracias —acerté a decirle.

—Y quizá acompañe a Vencejo al mercado, pues yo también siento mucha curiosidad por esta aldea. Pero te prometo que no nos entretendremos. ¿Crees que un pastel animaría a Tordo a comer, por si nos topáramos con una panadería?

—Sí. —La voz de Tordo sonó temblorosa, pero esta muestra de interés me pareció buena señal—. Y queso —añadió esperanzado.

—Quizá lo primero que tendríais que comprar sean los pasteles y el queso —me corregí.

Miré a Tordo con una sonrisa, pero el hombrecillo volvió la cabeza. Seguía sin perdonarme. Sabía que tendría que hacerle pasar por esto al menos otras dos veces, cuando regresásemos a Zylig y cuando zarpásemos rumbo a Aslevjal. Prefería no pensar en el viaje de vuelta a casa. Lo mucho que faltaba para emprenderlo me deprimía.

Telaraña y Vencejo se marcharon, este parlotando alborozado y aquel respondiéndole con el mismo ánimo. A decir verdad, me alivió que se fuesen juntos. Un niño que se moviera sin compañía por una ciudad desconocida podría ofender a alguien fácilmente sin pretenderlo o meterse en algún problema. No obstante, me sentí abandonado al verlos alejarse.

Me aparté de la ciénaga de autocompasión en la que me vi tentado de zambullirme y me centré en aquellos que más me importaban. Procuré no preguntarme cómo les estaría yendo a Percán o al bufón desde que salí de la ciudad de Torre del Alce. Percán era un muchacho muy sensato. Debía confiar en él. Y el bufón llevaba años buscándose muy bien la vida, o las vidas, sin necesidad de que yo lo ayudara. A pesar de todo, no dejaba de incomodarme saber que seguía en algún lugar de los Seis Ducados, probablemente furioso conmigo. Sin darme cuenta, empecé a pasar la yema del dedo por las huellas

plateadas que me dejó en la muñeca por medio de su toque Habilidadoso. No lo percibí en modo alguno pero, aun así, me llevé las manos a la espalda. Una vez más me pregunté qué le habría contado a Burrich, o si habría llegado a verlo siquiera.

No eran más que pensamientos vanos, aunque no tenía mucho más con lo que ocupar la cabeza. Tordo me observaba mientras daba vueltas sin rumbo por la pequeña cabaña. Le ofrecí un cazo de agua fría del tonel, pero lo rechazó. Al probarla, aprecié lo distinta que sabía el agua de esta isla. Dejaba un regusto musgoso y dulce. Tal vez procediera de alguna charca, pensé. Decidí encender una pequeña fogata en la chimenea por si Telaraña y Vencejo traían comida sin cocinar.

El tiempo transcurría muy despacio. Acertijo y otro guardia se presentaron con los baúles del barco. Saqué del mío algunas hierbas con las que preparar una infusión. Llené el pesado hervidor y lo colgué sobre la lumbre para que se calentara, más por hacer algo que porque me apeteciera tomar una taza de té. Mezclé las hierbas para que supieran dulces y ejercieran un efecto relajante: manzanilla, hinojo y raíz de frambueso. Tordo me miró con desconfianza mientras vertía el agua hirviendo, pero no le ofrecí la primera taza. Coloqué una silla junto a la ventana, desde donde vi cómo pastaba el rebaño de ovejas en la colina herbosa que dominaba la aldea. Terminé el té e intenté hallar la satisfacción que antes me proporcionaba la quietud de la soledad.

Cuando le ofrecí a Tordo la segunda taza, la aceptó. Tal vez al verme tomar la primera se convenciese de que no pretendía drogarlo ni envenenarlo, supuse con cansancio. Telaraña y Vencejo regresaron, con una abundancia de bultos bajo los brazos, y sonrosadas las mejillas del niño por el esfuerzo y el aire fresco. Tordo se incorporó poco a poco para ver qué habían traído.

—¿Habéis encontrado pastelillos de fresa o queso amarillo? —les preguntó esperanzado.

—La verdad, no, pero mira lo que sí que hemos encontrado —lo invitó Telaraña al tiempo que descargaba el tesoro sobre la mesa—. Varitas de pescado rojo ahumado, saladas y dulces. Panecillos, con semillas esparcidas por encima. Y aquí tienes una cesta de hierba llena de bayas, toda para ti. Nunca había visto nada igual. Las mujeres las llaman «ratombuesas» porque los ratones llenan sus

túneles con ellas para que estén secas llegado el invierno. Amargan un poco, pero encontramos un queso de cabra para acompañarlas. Estas raíces naranjas tan raras nos dijeron que hay que asarlas en las brasas y después comer lo de dentro con sal. Y por último, estas, que ya no están tan calientes como cuando las compramos, pero para mí siguen oliendo muy bien.

Las últimas delicias eran unas pastas del tamaño de un puño. Telaraña las traía en una bolsa de hierba trenzada forrada de espesas frondas de algas. Cuando las puso sobre la mesa, olí a pescado. Las pastas estaban rellenas de trozos de pescado blanco mezclados con una salsa de carne espesa y grasienta. Me animó ver que Tordo salía tambaleándose de la cama para acercarse a la mesa a por una. Se la comió aprisa, interrumpiéndose solo cuando sufría un nuevo acceso de tos; después procedió con la segunda, más despacio, ayudando a bajarla con otra taza de té. La infusión le provocó una tos tan fuerte y prolongada que temí que se estuviera ahogando, pero después respiró hondo y nos miró con los ojos llorosos.

—Estoy muy cansado —dijo con voz trémula, de tal manera que apenas Vencejo lo había metido de nuevo en la cama cuando se quedó dormido.

El niño animó el almuerzo hablando con Telaraña sobre la visita a la aldea. Yo me mantuve en silencio mientras comíamos, escuchando sus observaciones. Cogía las cosas al vuelo y sentía interés por todo. Según parecía, todo el mercado se mostró amigable con él una vez que vieron las monedas que llevaba. Deduje que la curiosidad innata de Telaraña de nuevo le había servido de algo. Una mujer incluso le comentó que podía aprovechar la bajamar de la mañana para recoger conchitas dulces en la playa. Cuando terminó de contar esto, rememoró los días de su juventud en que salía a recoger almejas con su madre, historia que engarzó con otras vivencias de su infancia. Vencejo y yo lo escuchamos embelesados.

Compartimos otra taza del té que había preparado y, justo cuando la tarde empezaba a envolvernos en un ambiente amigable y placentero, Acertijo irrumpió en la cabaña.

—Lord Chade me envía para deciros que tenéis que presentaros en la casa materna para la bienvenida —anunció desde la entrada.

—Será mejor que vayáis, entonces —les dije de mala gana a Telaraña y

Vencejo.

—Tú también —me informó Acertijo—. Yo me quedaré con el zoquete del príncipe.

Lo miré fijamente.

—Tordo —le dije a media voz—. Se llama Tordo.

Era la primera vez que le recriminaba algo a Acertijo. Se limitó a mirarme, pero no llegué a determinar si estaba arrepentido o indignado.

—Tordo —se corrigió—. Yo me quedaré con Tordo. No pretendía burlarme, Tom Mechatejón —añadió con un asomo de resquemor.

—Lo sé. Pero son cosas que hieren los sentimientos de Tordo.

—Ah. —Acertijo miró de pronto al hombrecillo que dormía en la cama, como si le sorprendiera que tuviese sentimientos—. Ah.

Me compadecí de él.

—Hay comida en la mesa y agua caliente para preparar té, si te apetece.

Asintió, y con ese gesto supe que habíamos hecho las paces. Me tomé un momento para alisarme el pelo hacia atrás y cambiarme de camisa. Después peiné a Vencejo, en contra de su voluntad, y me sorprendí de los nudos que tenía en el cabello.

—Tienes que hacerlo cada mañana. Estoy seguro que a tu padre no le gustaría que fueses por ahí como un poni de montaña a medio almohazar.

El niño me miró fijamente.

—¡Eso es lo mismo que dice mi padre! —exclamó.

—De toda la vida se ha dicho en Gama, muchacho —repliqué para enmendar mi desliz—. Veamos. Bien, así basta. Lavarte un poco más a menudo tampoco te vendría mal, pero ahora no nos queda tiempo para eso. Vamos.

Sentí cierta lástima por Acertijo cuando lo dejamos sentado a la mesa en soledad.

La narcheska

Estas son las costumbres que se observan en cuanto al matrimonio: la relación es vinculante solo mientras la mujer desee permanecer vinculada. La mujer elige al hombre, aunque este corteje a la mujer que encuentre deseable, por medio de presentes y hazañas de guerra llevadas a cabo en su honor. Si la mujer marginada acepta el cortejo del hombre, no cabe deducir que ha decidido comprometerse con él, solo que podría dejarlo entrar en su lecho. Los requiebros podrían prolongarse durante una semana, un año o toda una vida. La decisión depende únicamente de la mujer. Todo cuanto se guarde bajo el techo pertenece a la mujer, al igual que todo cuanto brote de las tierras de su casa materna. Los descendientes se incorporan al clan de la madre, donde suelen ser los hermanos y los tíos de aquella quienes se encargan de inculcarles disciplina y de transmitirles sus conocimientos, en lugar del padre. Mientras el hombre resida en las tierras de la mujer o en su casa materna, será ella quien le asigne el trabajo. A decir verdad, a este viajero le desconcierta que los hombres se sometan por su propia voluntad y decidan limitarse a desempeñar funciones irrelevantes, pero de la misma manera a los marginados les asombran los compromisos que establecemos nosotros, lo que con frecuencia les lleva a preguntarme: «¿Por qué vuestras mujeres renuncian por voluntad propia a la riqueza de su familia para vivir como sirvientas en la casa del hombre?».

CERICA EL ESCRIBANO,

Relatos de mis viajes por una tierra indómita

La casa materna del Clan de Narval servía como fortaleza, además de como hogar. Era, con mucha diferencia, el edificio más antiguo de Wuislington. Junto con el jardín, el sólido muro que circundaba el terreno conformaba la primera línea de defensa. Si los invasores obligaban a retroceder a los ocupantes, estos podían refugiarse en la casa materna. Las marcas negruzcas que se observaban en las paredes de piedra y los troncos evidenciaban que la estructura había sufrido incluso algún incendio. La planta baja no contaba con ningún tipo de rendijas, las paredes de la segunda incluían una serie de aspilleras y solo en la tercera tenía ventanas propiamente dichas, las cuales incorporaban unos robustos postigos capaces de detener todo tipo de proyectiles. Aun así, el edificio no se asemejaba a nuestros castillos. No disponía del espacio necesario para cobijar un rebaño de ovejas, mucho menos para amparar a todo un pueblo,

y tampoco era un lugar apropiado para almacenar alimentos en grandes cantidades. Me dio la impresión de que se trataba de un lugar pensado más para protegerse de los invasores que llegaban y se marchaban con la misma marea que para resistir durante un asedio largo. Era una muestra más de las diferencias culturales que existían entre los marginados y nosotros.

Dos jóvenes que lucían el emblema del Narval nos saludaron con la cabeza cuando cruzamos la puerta del muro. El camino del interior incorporaba conchas machacadas entre la grava de la playa que servía de pavimento, lo que le atribuía una reluciente opalescencia que destellaba a nuestro paso. La puerta de la casa materna, adornada con grabados de narvales, estaba abierta de tal modo que podían entrar tres personas al mismo tiempo. El interior penumbroso tan solo contaba con la iluminación de unas antorchas. Tuve la sensación de estar adentrándome en una caverna.

Nos detuvimos a pocos pasos de la entrada para dejar que nuestra vista se adaptase. Pesaban en el ambiente los olores de la presencia prolongada de los ocupantes. Se percibían aromas de estofado, carne ahumada y vino derramado, y se respiraba un olor a cuero curtido y personas hacinadas. La amalgama de rastros podría haber originado cierto tufillo, pero no era así. Se trataba más bien de un olor reconfortante que evocaba protección y familiaridad.

La entrada daba paso a una sala espaciosa donde una serie de pilares maestros aportaban el único elemento de separación. Había tres hogares, en todos los cuales ardía una lumbre. El suelo enlosado estaba cubierto de juncos nuevos. Diversas hileras de bancos y estanterías bordeaban las paredes. Las tablas más bajas eran anchas y las pieles de descanso enrolladas sugerían que por la noche servían como camas y por el día como asientos y mesas. Las tablas superiores, más estrechas, servían como estantes donde colocar los alimentos y las pertenencias personales. En general la iluminación procedía de los hogares, aunque de muchas de las columnas colgaban varios candelabros cargados de velas que apenas si aportaban luz. Desde la esquina izquierda del fondo una escalera ancha ascendía en espiral hacia la penumbra. No vi ningún otro acceso a las plantas superiores de la casa. Tenía sentido. Si los invasores tomaban el control de esta planta, los que se refugiaran arriban solo tendrían que defender una entrada. Los asaltantes habrían de pagar un alto precio para acceder a los

niveles más elevados de la casa materna.

Pude observar todo esto a pesar de las personas congregadas. Había marginados de todas las edades apiñados por doquier y se palpaba cierta expectación en el ambiente. No había duda de que llegábamos tarde. Al fondo de la larga sala, ante el hogar más grande, el príncipe Dedicado aguardaba. Alineados en su lado del hogar estaban Chade y el destacamento de la Maña, y más allá de estos, la guardia dispuesta en tres filas. Los miembros del Clan del Narval se separaron para dejarnos pasar y ocupar nuestro sitio. Telaraña y Vencejo se adelantaron para ponerse al lado del juglar Cizaña, Civil y su gato Mañoso. Yo me situé en el extremo de la primera fila de guardias.

Elliania no estaba allí. Los que ocupaban el otro lado del hogar eran en su mayoría mujeres. Peottre era el único hombre adulto en edad de combatir. Había algunos abuelos, cuatro chiquillos cuya edad rondaría la de la narcheska y seis o siete párvulos aferrados a las faldas de sus madres. ¿Tanto había diezmado la Guerra de las Velas Rojas al Clan del Narval?

Los guerreros del Jabalí que nos trajeron en el barco sí estaban presentes, pero permanecían en un grupo apartado, testigos más que parte de lo que estuviera a punto de ocurrir. La multitud que atestaba el resto de la sala estaba formada casi en su totalidad por miembros del Clan del Narval, según podía deducirse por sus joyas, accesorios y tatuajes. Las excepciones las aportaban sobre todo los hombres que acompañaban a algunas de las mujeres; tal vez se tratara de sus maridos o de compañeros que habían establecido una relación menos formal con ellas. Entre ellos vi osos, nutrias y un águila.

Sin excepción, las mujeres presentaban un aspecto imponente. Las que no lucían alhajas de oro, plata o piedras preciosas estaban engalanadas con adornos de conchas, plumas y semillas. También le prestaban mucha atención al cabello, de tal manera que el peinado de muchas de ellas incrementaba su estatura de forma notoria. Al contrario de lo que ocurría en Torre del Alce, donde las mujeres adaptaban su apariencia con una coordinación que obedecía a una misteriosa feminidad, aquí observé un nutrido abanico de estilos. Lo único que sus vestidos confeccionados con cuentas, bordados o labores tenían en común parecía ser la viveza de los colores y los motivos de narvales.

Los que ocupaban el primer círculo, supuse, guardaban algún tipo de

parentesco con la narcheska, mientras que quienes se hallaban más próximos al hogar debían de ser los familiares más cercanos. En su mayoría eran mujeres. Todas las integrantes del Narval compartían el mismo aire decidido, casi feroz. Se respiraba cierta tensión en esa zona de la sala. No acertaba a determinar cuál de ellas sería la madre de la narcheska, y me pregunté también en qué consistía todo esto.

Se impuso un silencio absoluto. Cuatro hombres del Narval bajaron por la escalera a una mujercilla decrepita que introdujeron en la cámara. La anciana se sostenía sobre una silla hecha de fragmentos retorcidos de madera reluciente de sauce y acolchada con pieles de oso. Llevaba su escaso cabello cano trenzado a modo de corona. Sus ojos eran de un brillante y profundo color negro. Vestía una túnica roja, cubierta en su totalidad de diminutos botones de marfil tallados con el motivo del narval. Los hombres bajaron la silla para colocarla no en el suelo sino sobre una robusta mesa que le permitía permanecer sentada y, aun así, ver sin problemas a todos los que se habían reunido en su casa. Con un leve gemido quejumbroso, la anciana se incorporó, enderezando la espalda para mirar fijamente a los congregados. Se humedeció los labios marchitos con su lengua rosa. Unos gruesos escaarpines de piel pendían de sus pies huesudos.

—¡Bien! ¡Aquí estamos todos! —proclamó.

Se expresó en marginado, levantando la voz, como suelen hacer los ancianos que empiezan a perder el oído. No parecía atenerse demasiado a la formalidad de la situación, ni se la veía tan tensa como las demás mujeres.

La Gran Madre del Clan del Narval se inclinó hacia delante, asiendo con sus manos nudosas la madera retorcida de los brazos de la silla.

—De acuerdo. Que se presente, entonces. ¿Quién pretende cortejar a nuestra Elliania, la narcheska de los Narvales? ¿Dónde está el guerrero que ha encontrado el coraje suficiente para pedirles a las madres que le dejen yacer con nuestra hija?

Estoy seguro de que esa no era la presentación que Dedicado esperaba. Su rostro se había tornado del color de la remolacha cuando dio un paso al frente. Saludó a la anciana con una reverencia de guerrero y en un nítido marginado declaró:

—Me presento ante las madres del Clan del Narval y solicito permiso para

unir mi linaje al vuestro.

La Gran Madre lo escrutó por un momento, frunció el ceño y miró a uno de los jóvenes que habían traído su silla.

—¿Qué hace aquí un esclavo de los Seis Ducados? ¿Es un presente? ¿Y por qué pretende hablar nuestro idioma y, además, de un modo tan desastroso? ¡Cortadle la lengua si se atreve a intentarlo otra vez!

Se produjo un silencio súbito, roto tan solo por una carcajada procedente del fondo de la sala, rápidamente sofocada. De alguna manera Dedicado conservó su aplomo y tuvo la sensatez de no intentar justificarse ante la furibunda Gran Madre. Una mujer del contingente de la narcheska se situó junto a la Madre y se puso de puntillas para explicarle algo al oído apresuradamente. La anciana sacudió la mano con irritación para que regresara a su sitio.

—¡Basta de cuchicheos y escupitajos, Almata! ¡Sabes que no oigo nada cuando me hablas así! ¿Dónde está Peottre? —Miró a su alrededor como si hubiera perdido un zapato, hasta que levantó la vista y miró a Peottre con gesto sombrío—. ¡Ahí está! Sabéis que a él lo oigo mejor. ¿Qué hace tan lejos? ¡Ven aquí, granuja insolente, y explícame en qué consiste todo esto!

La escena de la anciana regañando al veterano guerrero habría resultado un tanto cómica si el semblante de Peottre no hubiera expresado tanta preocupación. Se acercó a ella con paso firme, tocó el suelo con una rodilla y volvió a erguirse. La Gran Madre levantó la raíz que tenía por mano y la apoyó en su hombro.

—¿En qué consiste todo esto? —exigió saber.

—Oerttre —le explicó Peottre en voz baja. Sospecho que su voz profunda llegó a sus viejos oídos mejor que los susurros estridentes de la otra mujer—. Se trata de Oerttre. ¿Recordáis?

—Oerttre —repitió la anciana, cuyos ojos de pronto se encharcaron de lágrimas. Miró alrededor de la sala—. ¿Y de Kossi? ¿De la pequeña Kossi también? ¿Está aquí entonces? ¿Ha vuelto a casa por fin?

—No —respondió Peottre de modo sucinto—. No están aquí, ninguna de las dos. Y de eso trata todo esto. ¿Recordáis? Hablamos de esto en el jardín, esta mañana. ¿Recordáis? —Afirmó con la cabeza despacio, alentándola.

La anciana examinó su rostro y asintió lentamente con él. Instantes después

negó con la cabeza una vez.

—No —exclamó con voz contenida—. No lo recuerdo. El aliso ha dejado de florecer, y puede que este año las ciruelas salgan amargas. Recuerdo que hablamos de eso. Pero... no. Peottre, ¿era importante?

—Lo era, Gran Madre. Lo es. Muy importante.

Desazonada al principio, de pronto volvió a enfadarse.

—¡Importante, importante! Que es importante lo dice un hombre, pero ¿qué saben los hombres? —Su voz añosa, resquebrajada y aguda, se inflamó de una rabia burlona. Exasperada, se golpeó el muslo con una mano esquelética—. Ayuntar y derramar sangre, eso es lo único que saben hacer, eso es lo único que les parece importante. ¿Qué saben ellos de las ovejas que hay que esquilan, ni de los frutos que hay que cosechar? ¿Qué saben ellos de los barriles de pescado en salazón que preparar para el invierno, ni de cuántos toneles de manteca dulce restan? ¿Importante? Muy bien, si es tan importante, que se encargue Oerttre. Ella es la Madre ahora, y a mí deberíais dejarme descansar. —Retiró la mano del hombro de Peottre y agarró los brazos de la silla—. ¡Necesito tiempo para descansar! —se lamentó con voz lastimera.

—Sí, Gran Madre. Sí, lo necesitáis. Retiraos ahora y yo me encargaré de organizarlo todo como es debido. Os lo prometo. —Con estas palabras, Elliania emergió de entre las sombras que cubrían lo alto de la escalera y se apresuró a reunirse con nosotros. Calzada con unos zapatos ligeros, sus pies parecían rozar apenas los peldaños. Llevaba la mitad del cabello recogido con unas pequeñas horquillas con forma de estrella; el resto colgaba derramado sobre sus hombros. No parecía algo premeditado. Tras ella había dos muchachas que quisieron seguirla, pero enseguida se detuvieron horrorizadas y empezaron a cuchichear algo entre ellas. Supuse que habían estado vistiéndola para su aparición en público, pero Elliania se zafó de ellas al oír el alboroto.

Reconocí su porte más que su figura cuando la multitud se escindió para permitirle el paso. Al igual que Dedicado, había crecido durante los meses transcurridos desde la última vez que la vi, y asimismo sus rollizos volúmenes infantiles se habían desinflado, sustituidos por las formas propias de una muchacha. Cuando dejó atrás la fila de sus parientes, yo no fui el único hombre de los Seis Ducados que se quedó boquiabierto. El vestido largo le cubría los

hombros y la espalda, pero dejaba al descubierto sus orgullosos senos enhiestos. ¿Se habría aplicado carmín sobre los pezones, para que pareciesen tan sonrosados?, me pregunté, a lo que mi cuerpo reaccionó en respuesta. Un instante después, me apresuré a levantar mis muros.

Proteged vuestros pensamientos, reprendí a Dedicado. Debió de oírme, pero no se estremeció. Se quedó mirando los pechos desnudos de la narcheska como si nunca antes hubiera visto los senos de una mujer, lo que por otro lado era lo más probable.

Sin dignarse mirar al príncipe y su mandíbula descolgada, Elliania se acercó a la Gran Madre.

—Yo me ocuparé de esto, Peottre —le indicó con su nueva voz de mujer. Se dirigió después a los hombres que habían traído la silla de la anciana—. Ya habéis oído a nuestra Gran Madre. Necesita tiempo para descansar. Démosle todos las gracias por honrar la reunión de esta noche, y deseémosle un sueño plácido y sosiego para sus huesos.

Brotó entre los asistentes un murmullo, en respuesta a las buenas noches que la narcheska le dio a la Gran Madre, tras lo cual los jóvenes levantaron la silla de la anciana y se la llevaron. Elliania permaneció erguida y en silencio, mirando hacia atrás hasta que la Gran Madre desapareció entre las sombras de lo alto de la escalera. Respiró hondo. El príncipe detuvo la mirada entonces en la espalda de la muchacha, en el bulto en que culminaba su columna, que dejaba al descubierto el pelo recogido, y en el elegante cuello que nacía a partir de él. Las costureras habían realizado una magnífica labor, pensé. Ni siquiera los extremos de los tatuajes asomaban por encima. Vi a Chade darle un discreto codazo en las costillas a Dedicado. El joven se sobresaltó como si hubieran interrumpido su ensoñación y halló un repentino interés en los pies de Peottre. El veterano guerrero lo miraba con gesto rotundo, como si el príncipe fuese un perro salvaje que pretendiera robar comida de la mesa en cuanto no hubiese nadie mirando.

Vi que la narcheska cuadraba los hombros. Se volvió para mirarnos. Deslizó los ojos entre los congregados. El adorno que llevaba en el pelo estaba hecho de colmillo de narval. No tengo ni idea de cómo le habrían hecho adquirir ese azul tornasolado. Las pequeñas horquillas con forma de estrella destellaban a su alrededor. Supe entonces con certeza que la talla que el príncipe Dedicado

encontró en la Playa del Tesoro no era sino un presagio de este momento. Eso no me ayudó a averiguar lo que significaba, y tampoco tenía tiempo para pensar en eso ahora.

De alguna manera la narcheska halló una sonrisa. Se tornó un tanto irónica en las comisuras cuando la muchacha articuló una risa contenida y encogió los hombros.

—He olvidado lo que debía decir ahora. ¿Querría alguien pronunciar por mí las palabras de la Madre? —Antes de que nadie tuviera ocasión de responder a su solicitud, Elliania deslizó su mirada hasta cruzarla con la de Dedicado. Antes el príncipe se ruborizó; ahora sus mejillas se volvieron incandescentes. La narcheska ignoró su aturdimiento y le habló con calma—: Debéis saber que esta noche combinamos dos de nuestras tradiciones. Lo quiere la casualidad, es mi hora de presentarme como mujer sangrada ante mi clan. Y en este preciso día llegáis aquí, para ofrecerme como compañero mío.

Dedicado movió los labios. «Mujer sangrada», creo que murmuró, pero ningún sonido brotó de su boca.

Elliania se rio, ahora sin rastro de suavidad en su voz, un chasquido similar al de un tímpano al partirse.

—¿Vuestro pueblo no celebra ceremonias para esto? El joven mancha de sangre su espada para hacerse hombre, ¿no? Adquirida la capacidad de matar, anuncia que está completo. Pero la mujer no necesita espada. La misma Eda nos mancha de sangre y anuncia que estamos completas. Lo que un hombre toma con su arma, una mujer lo da con su mero cuerpo. Vida. —Puso sus manos libres de anillos sobre su vientre plano—. He derramado mi primera sangre de mujer. Puedo extraer vida de mi interior. Ante todos vosotros me presento, mujer ahora.

—Bienvenida, Elliania, mujer del Clan del Narval —murmuró la asamblea en respuesta.

Me dio la impresión de que la muchacha había decidido ceñirse al ritual y pronunciar su discurso. Peottre se había retirado a la fila de los hombres del clan. Las mujeres se acercaron para rodearla y a continuación se procedió a un intercambio formal de saludos entre cada una de las integrantes del Clan del Narval y Elliania. Un grupo de muchachas de mirada cándida que llevaban el

cabello suelto sobre los hombros se mantenían en un grupo aparte, mirándola. Una de las jóvenes, más alta que el resto y que dentro de poco también sería mujer, señaló a Dedicado y les hizo un comentario aprobatorio a dos de sus compañeras. Estas se rieron con disimulo y se acercaron más a ella, susurrándose algo al oído y dándose codacitos las unas a las otras. Imaginé que eran amigas y compañeras de juegos de Elliania, aunque ahora la narcheska se había separado de ellas para integrarse con las mujeres. La naturalidad con que tomó el control de la situación me llevó a pensar que, en muchos sentidos, llevaba ya mucho tiempo actuando como una adulta. Esta ceremonia no era más que la declaración oficial de que su cuerpo empezaba a ponerse a la altura de su espíritu.

Una vez que todas las mujeres la hubieron saludado, Elliania se retiró del círculo luminoso que el hogar proyectaba. La quietud se adueñó de la asamblea, apagando el murmullo de los comentarios. Por un momento tuve la sensación de que se encontraban incómodos. Peottre cambió la posición de los pies y después se obligó a quedarse quieto. Dedicado permaneció en el mismo sitio. Sentí que los minutos se alargaban como horas para él.

Por último, la joven que le había explicado la situación al oído a la Gran Madre dio un paso al frente. Un leve rubor encendió sus mejillas. Sin duda creía que estaba asumiendo un papel más importante del que le correspondía, pero nadie más se prestó voluntaria. Aunque se aclaró la garganta, su voz siguió sonando temblorosa cuando dijo:

—Soy Almata, hija de las Madres del Clan del Narval. Soy prima de la narcheska Elliania, y seis años mayor que ella. Pese a que no me corresponde este honor, hablaré en nombre de la Gran Madre.

Guardó una breve pausa, como si quisiera dar tiempo a que alguien se pronunciara y reclamase ocupar su lugar. Había algunas mujeres mayores presentes, pero ninguna de ellas tomó la palabra. Algunas le hicieron gestos discretos con la cabeza para infundirle ánimos. La mayoría de ellas parecían descorazonadas. Almata respiró hondo, hizo un obvio esfuerzo por recuperar la compostura y continuó hablando:

—Nos hemos reunido en la casa materna porque alguien no de nuestro clan ha llegado a nosotros, con el deseo de unir sus linajes a los nuestros. Pide, no a

cualquier mujer, sino a nuestra narcheska Elliania, aquella cuyas hijas se convertirán a su vez en narcheska, Madre y Gran Madre de todos nosotros. Presentaos, guerrero. ¿Quién pretende cortejar a nuestra Elliania, la narcheska de los Narvales? ¿Dónde está el guerrero que ha encontrado el coraje suficiente para pedirles a las madres que le dejen yacer con nuestra hija, y así darle hijas que educar como Madres del Clan del Narval?

Dedicado tomó aire, sobrecogido. No tendría que haberlo hecho; tendría que haberse mantenido más firme, aunque no pude culparlo. Toda la asamblea percibía que algo no iba bien esta noche, y no solo por la irrupción de unos extranjeros en una de sus ceremonias. Daba la impresión de que se estuvieran organizando para tapan un hueco, de que pretendieran enmendar alguna tragedia aferrándose a sus tradiciones. Pero ya era tarde para que actuásemos con cautela. Dedicado se expresó con decisión al responder:

—Aquí me presento. Es mi voluntad tomar a la narcheska Elliania del Clan de los Narvales como madre de mis descendientes.

—¿Y cómo procuraréis su sustento y el de los descendientes que le daréis? ¿Qué es lo que tenéis para contribuir al Clan del Narval, y por lo que deberíamos permitir que vuestros linajes se mezclen con los nuestros?

Y de pronto hicimos pie. Chade se había preparado bien para la ocasión. Yo me hice a un lado casi al mismo tiempo que los demás guardias. Tras ellos había algo tapado con una lona. Mechalarga retiró la cubierta y a continuación cada uno de los guardias cogió un artículo del montón descubierto para presentarse con él a la vez que el consejero anunciaba lo que era. Dedicado mantuvo un orgulloso silencio mientras los obsequios les eran entregados a Almata y a la narcheska, y con razón. No se había escatimado en gastos.

Parte del tesoro había llegado con nosotros, transferido aprisa desde la *Oportunidad de la Doncella* a la *Colmilluda*. Barriles de coñac de Torote, una bala de pieles de armiño del Reino de las Montañas y cuentas de cristal tintado de Haza, incrustadas en un tapiz que podía colgarse sobre una ventana. Pendientes de plata, confeccionados por la mismísima Kettricken. Algodón, lino y lana de primera calidad de Osorno se contaban entre las ofrendas. Otros presentes tan solo se mencionaron a modo de promesa, mercancías que habría que traer de Zylig en el siguiente viaje. La lectura de la lista completa llevó algún tiempo. El

trabajo de tres herreros expertos durante tres años. Un toro y doce vacas de excelente ascendencia. Seis parejas de bueyes y un tiro de caballos selectos. Perros de presa y dos esmerejones, adiestrados para servir como aves de dama. Y algunas cosas que Chade ofreció en nombre del príncipe Dedicado no eran todavía sino meros sueños, tratados de paz y comercio entre los Seis Ducados y las Islas del Margen, envíos de trigo siempre que la pesca escasease, buen hierro y libertad para comerciar en todos los puertos de los Seis Ducados. Debido a la gran extensión de la lista, empecé a acusar el cansancio acumulado durante el día mientras Chade la recitaba para la asamblea.

Me olvidé del agotamiento, sin embargo, cuando el consejero concluyó y Almata tomó la palabra de nuevo.

—Esta es la oferta hecha a nuestro clan. Madres, hijas y hermanas, ¿cuál es vuestro parecer? ¿Alguna os oponéis en su contra?

Un silencio siguió a sus palabras. Una señal inequívoca de aceptación, puesto que Almata asintió con solemnidad. Se volvió hacia Elliania.

—Prima, mujer del Clan del Narval, Elliania la narcheska, ¿cuál es vuestra voluntad? ¿Deseáis a este hombre? ¿Lo tomaréis como vuestro?

Los músculos del cuello de Peottre se tensaron cuando la esbelta joven dio un paso al frente. Dedicado extendió una mano, la palma hacia arriba. Elliania se colocó a su lado, hombro con hombro, y situó su mano sobre la de él. Cuando se giró para mirarlo y de nuevo sus ojos se encontraron, mi muchacho volvió a sonrojarse.

—Lo tomaré —afirmó ella con solemnidad. Me llamó la atención que no confirmase si lo deseaba o no. Respiró largamente y dijo, levantando más la voz —: Lo tomaré, y yacerá conmigo, y le daremos hijas a la casa materna. Si lleva a cabo la tarea que ya le he encomendado. Si es capaz de traer aquí, ante este hogar, la cabeza del dragón Yama de Hielo, podrá llamarme esposa.

Peottre cerró los ojos por unos segundos antes de volver a abrirlos. Se obligó a presenciar cómo la hija de su hermana se vendía. Sus hombros se agitaron, delatando tal vez un sollozo ahogado. Cuando Almata extendió una mano, alguien le puso en ella una larga tira de cuero. Dio un paso adelante y siguió hablando mientras ataba la muñeca de Dedicado con la de Elliania.

—Esto os une como vuestras palabras os han unido. Mientras ella os acepte,

no yazcáis con otra, Dedicado, pues sería la vida de esa mujer sesgada por el puñal de Elliania. Mientras él os complazca, Elliania, no yazcáis con otro, pues habría ese hombre de batirse con la espada de Dedicado. Ahora, mezclad vuestra sangre sobre las piedras del hogar de nuestra casa materna, como ofrenda a Eda por los descendientes que pudiera enviaros.

No quería mirar, pero lo hice. Primero se le ofreció el puñal a Dedicado. No hizo el menor gesto de dolor al abrirse un corte en el antebrazo y dejar que la sangre manase con profusión. Formó un cuenco con la mano atada y esperó a que la sangre rebasase la tira de cuero y se acumulase en su palma. Elliania hizo lo mismo, con la expresión solemne y de alguna manera impasible, como si su desgracia hubiera alcanzado tal magnitud que ya nada la afectaba. Una vez que los dos hubieron recogido cierta cantidad de sangre, Almata les orientó las manos a fin de que pudieran apretárselas. A continuación se arrodillaron y cada uno de ellos dejó una huella de sangre mezclada en la piedra del hogar. Cuando se dieron media vuelta para mirar de nuevo a los congregados, Almata desató la tira de cuero para soltarles las muñecas y se la ofreció a Dedicado, que la aceptó con gesto grave. La prima de Elliania se colocó tras ellos y les puso una mano en el hombro a cada uno de los dos. Intentó aplicar una nota de jovialidad a su voz, que a mí me sonó monótona, cuando anunció:

—Ante vosotros se presentan, unidos y comprometidos por sus palabras. Deseadles bien, pueblo mío.

A juzgar por el murmullo aprobatorio que se extendió entre los congregados, daba la impresión de que acabaran de presenciar el apogeo de una hazaña que requiriera de un gran valor, en lugar de la feliz unión de dos amantes. Elliania inclinó la cabeza ante la asamblea, convertida en el Sacrificio de su pueblo de una manera que yo todavía no alcanzaba a comprender.

¿Estoy casado? Asombro, abatimiento e indignación se agolpaban en el pensamiento que Dedicado me lanzó por medio de la Habilidad.

No hasta que le entreguéis una cabeza de dragón, le recordé.

No hasta que celebremos la ceremonia oficial en el castillo de Torre del Alce, lo consoló Chade.

El príncipe parecía aturdido.

Una bulliciosa actividad se apoderó de todo el salón. Se sacaron mesas y

comida para agradecerlas. Los juglares marginados entonaron una canción con sus instrumentos de viento. Fieles a la tradición, los artistas retorcían tanto las palabras para adaptarlas a la música que apenas si logré entenderlos. Me fijé en que dos de ellos se acercaron para saludar a Cizaña e invitarlo al rincón de la sala que ocupaban. La bienvenida parecía sincera y, de nuevo, me asombró la naturalidad con que los músicos de todas partes parecían entenderse siempre.

Dedicado me Habilitó lo que Elliania le dijo en voz baja.

—Ahora debéis tomar mi mano y caminar conmigo para que os presente a mis primas mayores. Recordad: son mis mayores. Aunque yo sea la narcheska, sigo teniendo que mostrarles el debido respeto. Y vos también. —Le hablaba como si le estuviera dando instrucciones a un niño.

—Procuraré no ponerlos en evidencia —respondió él con indisimulada frialdad. Aunque su reacción no me agradó, tampoco podía reprochársela.

—Entonces sonreíd. Y guardad silencio, como corresponde a los guerreros que entran en una casa materna que no es la suya —le pidió Elliania. Lo tomó de la mano y dejó que todos vieran que era ella quien lo guiaba a él.

Como quien después de conseguir un toro en una feria de ganado lo lleva tirando de la argolla de la nariz, pensé. Las mujeres no se acercaron a saludarlo, sino que fue Elliania quien lo llevó de un grupo a otro. Cada vez que se detenían, Dedicado ejecutaba la reverencia de guerrero que se estilaba en las Islas del Margen, consistente en extender hacia ellas la mano de la espada, libre y ahora ensangrentada, con la muñeca hacia arriba, al tiempo que agachaba la cabeza. Las mujeres le sonreían y le hacían comentarios a la narcheska acerca de su elección. Supuse que en otro tiempo y en otro lugar, sus observaciones habrían sido desenfadadas y burlonas. Pero en esta ceremonia y con este pretendiente, la narcheska solo escuchó opiniones moderadas y corteses. En lugar de disipar la tensión de la pedida formal, no sirvieron más que para agravarla.

Cuando vio que los otros grupos de guerreros se dispersaban para disfrutar del banquete, Chade nos permitió romper filas.

Las orejas y los ojos bien abiertos, me advirtió mientras me abría paso entre la multitud.

Siempre, le respondí. No necesitó sugerirme que no perdiera de vista al

príncipe. Hasta que averiguase en qué consistía esta farsa, no sabría a quién podría interesarle o no atacarlo. Así, me integré en el festín, sin alejarme demasiado de mi príncipe en ningún momento, y manteniendo siempre un ligero contacto con él por medio de la Habilidad.

La reunión guardaba pocas similitudes con las celebraciones de Torre del Alce. No se asignaban asientos a los comensales conforme a su rango o a los favores debidos. Sencillamente, los platos se colocaban sobre las mesas, de modo que cada uno se servía su parte para después moverse con libertad por la sala mientras comía. Había un cordero asado espetado frente al hogar para que se mantuviera caliente, y bandejas llenas de carne de ave cocinada en su totalidad. Me serví de un plato de pez vela ahumado, el cual encontré bien sazonado, crujiente y muy sabroso. Los distintos panes de los marginados, ácimos y de aspecto negruzco, se elaboraban en forma de grandes bollos planos. Los comensales extraían una rebanada que después cubrían con verduras en escabeche o mojaban en grasa de pescado antes de añadirle una pizca de sal. Todas las viandas tenían un sabor demasiado intenso para mí, y muchas se servían en escabeche, ahumadas o con sal. Solo el cordero y el pollo habían sido sacrificados en el día, pero los dos tipos de carne estaban condimentados con alguna clase de alga.

La cena, las conversaciones, la música y una suerte de concurso de malabarismo con apuestas: todo sucedía al mismo tiempo. El alboroto de las voces elevadas resultaba casi ensordecedor. Al cabo de unos minutos observé algo más. Las muchachas marginadas del Clan del Narval se estaban acercando no solo a nuestros guardias, sino también a Civil y a Cizaña. Vi a varios guardias sonreír como necios cuando sus jóvenes compañeras empezaron a llevárselos afuera o en dirección a la escalera que ascendía hacia las sombras.

¿Están quitando de en medio a la guardia de Dedicado a propósito?, le pregunté alarmado a Chade por medio de la Habilidad.

Es una prerrogativa que se les concede a las mujeres en las Islas del Margen. No observan las mismas costumbres en lo que a la castidad se refiere. Se aconsejó a los guardias que actuaran con cautela, pero que no se mostrasen distantes. Se espera que los guerreros y los acompañantes del príncipe estén disponibles durante la velada, pero solo si se les invita; se entendería como un abuso de la hospitalidad ofrecida que se acercasen a una mujer sin que esta

hubiera indicado su interés primero. Por si no te has dado cuenta, aquí hay muy pocos hombres, y muchos menos niños de los que debería haber, dado el elevado número de mujeres. Un vientre vacío que se llene durante una noche de boda presagia la llegada de un niño afortunado, según su cultura.

¿Hay algún motivo por el que nadie me haya comentado nada de esto?

¿Te molesta?

Después de unos instantes mirando furtivamente a mi alrededor, localicé al consejero. Estaba sentado en uno de los bancos que también servían como catre, mordisqueando un muslo de ave y conversando con una mujer a la que le doblaba la edad. Vi que Civil y su gato se adentraban en la sección superior de la casa. La mujer que lo guiaba tenía al menos cinco años más que él, aunque no se le veía intimidado. No tenía tiempo para preguntarme dónde se habría metido Vencejo; todavía era muy joven para suscitar el interés de estas pécoras. Me fijé entonces en que Dedicado estaba saliendo de la casa materna en compañía de un enjambre de amiguitas de la narcheska. Elliania no parecía demasiado complacida, aunque lo llevaba de la mano en dirección a la puerta.

No fue sencillo seguirlo. Una mujer que traía una bandeja de dulces se interpuso entre la puerta y yo. Intenté fingir una indiferencia bobalicona cuando me ofreció algo más que los pegajosos pastelillos mientras cogía un puñado en una grosera demostración de glotonería y los engullía en dos bocados. De alguna manera esto pareció halagarla, por lo que dejó la bandeja a un lado y me siguió mientras yo tragaba. Seguía pegada a mí cuando llegué a la puerta.

—¿Dónde están los baños? —le pregunté, pero al ver que no comprendía el eufemismo que utilizábamos en los Seis Ducados, imité el movimiento de lo que necesitaba hacer.

Con gesto de asombro, señaló un edificio bajo y se reincorporó a la celebración. De camino a la caseta, miré a mi alrededor en busca de Dedicado. Había varias parejas distribuidas por el jardín, concentradas en sus escarceos, y dos muchachos que llevaban agua desde el pozo de atrás hasta la casa materna. ¿Adónde había ido?

Por fin lo vi, no muy lejos, sentado junto a Elliania sobre una loma herbosa contigua a unos manzanos jóvenes. Las otras muchachas se habían acomodado en círculo alrededor de ellos. Aún no se habían convertido en mujeres, según se

infería de su cabello suelto. Estimé que su edad oscilaría entre los diez y los quince años.

No cabe duda, han sido las compañeras de juegos de Elliania durante años, hasta esta noche. Ahora ella deja su compañía, al haber alcanzado la condición de mujer.

No exactamente, me informó Dedicado con amargura. Me evalúan como si fuese un caballo comprado barato en alguna feria. «Si es un guerrero, ¿dónde están sus cicatrices?» «¿No viene de ningún clan?» «¿Por qué no lleva en la cara el tatuaje de su esposa?» Se mofan de ella, y a una de estas brujas no le cabe más veneno en la lengua. Lestra se llama, la prima mayor de Elliania. Se ríe de ella y le dice que puede que ya sea mujer y que incluso esté casada de palabra, pero que duda que la hayan besado alguna vez. Lestra presume de que ya la han besado muchas veces, con bastante ardor, aunque todavía no haya sangrado. Traspíe, ¿acaso las muchachas no tienen vergüenza ni recato en estas tierras?

Le respondí tan solo lo que la intuición me decía.

Dedicado, se sienten desplazadas. Elliania ya no es una de ellas, y por eso esta noche se burlan de ella y le lanzan pullas. Seguramente habría ocurrido de todas maneras; incluso se podría ver como parte de la ceremonia de ascenso a la condición de mujer. Sin que hiciera falta, añadí: Tened cuidado. Respetad sus indicaciones, no sea que la deshonréis de alguna manera.

No tengo ni idea de qué quiere de mí, admitió con impotencia. Me mira furibunda de soslayo, pero, aun así, me coge la mano como si fuera un cabo que le impidiera hundirse en aguas turbulentas.

Con la misma claridad que si me encontrara sentado junto a él, oí el comentario por medio del vínculo de Habilidad que nos unía. La joven que inició el enfrentamiento era más alta que Elliania, y tal vez mayor. Entendía lo suficiente sobre mujeres para saber que la edad no era lo único que determinaba el momento en que empezaban a sangrar. De hecho, salvo por el hecho de que llevaba el pelo suelto, la habría creído ya mujer. Lestra habló con descaro, mofándose de Elliania.

—De modo que lo vinculas a ti, para que no pueda quedárselo nadie más, ¡pero ni siquiera te atreves a besarlo!

—Tal vez no quiero besarlo todavía. Tal vez prefiero esperar a que demuestre ser digno de mí.

Lestra negó con la cabeza. Oí el tintineo que produjeron los cascabeles que

llevaba engarzados en el cabello cuando insistió con socarronería:

—No, Elliania, te conocemos muy bien. De niña siempre eras la más dócil y la menos atrevida de todas. Apuesto a que aunque ya seas mujer, no has cambiado nada. No te atreves a darle un beso, y él es demasiado tímido para dártelo a ti. Es un muchachito de mejillas tiernas que se hace pasar por hombre. ¿No es verdad, «príncipe»? Sois tan tímido como ella. Quizá podría enseñaros a mostrar más arrojo. ¡Ni siquiera le mira los pechos! O tal vez son tan pequeñitos que ni se los ve.

No envidiaba a Dedicado. No tenía ningún consejo que ofrecerle. Me senté en el muro bajo de piedra que delimitaba el joven manzanal. Me llevé las manos a la cara y me froté las mejillas, como hace quien ha bebido demasiado e intenta acabar con el hormigueo que siente en el rostro. Confiaba en que los demás pensarán que estaba borracho y me dejarán seguir sentado. No me agradaba ver a Dedicado pasar por este trance, pero no me atrevía a dejarlo allí. Roté los hombros y erguí la cabeza como si tuviera la vista extraviada en la distancia mientras observaba la escena de soslayo.

Dedicado hizo un esfuerzo y le respondió con firmeza:

—Quizá respeto demasiado a la narcheska Elliania para robarle lo que no me ha ofrecido. —Percibí la férrea determinación con que se resistía a mirarle los senos mientras hablaba. El saberlos tan próximos a él, desnudos y cálidos, le estaba costando caro.

No vio la mirada que Elliania lanzó hacia un lado. Su respuesta no la había complacido.

—Pero a mí no me respetáis, ¿verdad? —lo sondeó la pequeña pícaro.

—No —le respondió secamente—. No lo creo.

—Entonces no hay problema. ¡Demostrad vuestra valentía y besadme! —le exigió una triunfante Lestra—. Así le diré a Elliania si se está perdiendo algo que merece la pena tener. —Como si pretendiera obligarlo a reaccionar, se inclinó hacia delante de súbito, levantando la cara hacia él al tiempo que deslizaba una mano maliciosa por la ingle de Dedicado—. ¿Qué tenemos aquí? —graznó juguetonamente mientras el príncipe se levantaba dando un brinco y exclamaba ultrajado—. No es un beso lo único que guarda para ti, Elliania. ¡Mira! ¡Su soldadito ya ha montado la tienda! ¿Durará mucho el asedio?

—¡Basta, Lestra! —bufó Elliania. También ella se había puesto de pie. Tenía las mejillas coloradas, pero, en lugar de mirar a Dedicado, clavó una mirada feroz en su enemiga. Sus senos desnudos ascendían y descendían al compás de su respiración.

—¿Por qué? Está claro que tú no tienes intención de hacer nada interesante con él. ¿Por qué no debería tomarlo yo? Por derecho, debería ser mío, de igual modo que por derecho la narcheska tendría que ser yo. Y lo seré, cuando te lleve para convertirte en una mujer inferior de su casa materna.

Algunas de las otras muchachas se quedaron boquiabiertas, pero los ojos de Elliania ardieron con más rabia aún.

—¡Esa es una de tus mentiras más viejas, Lestra! Tu bisabuela era la melliza menor. Las dos parteras lo dijeron.

—No se es mayor solo por salir antes del vientre, Elliania. Muchos lo dicen. Tu bisabuela parecía una gatita chillona y enfermiza cuando nació. La mía era una niña sana y fuerte. Tu bisabuela no tenía derecho a ser narcheska, como tampoco lo tenía su hija, ni su nieta, ¡ni tú!

—¿Enfermiza? ¡Seguro que sí! ¡Tal vez por eso sigue viva y es la Gran Madre de todos! Retráctate de tus mentiras, Lestra, o haré que te las tragues. —Elliania se expresó con una voz plana y lúgubre.

Se la oyó bien. No fui el único que se volvió para presenciar la discusión. Cuando Dedicado dio un paso al frente, con la boca abierta para decir algo, Elliania le puso la palma de la mano en el pecho y lo empujó hacia atrás. Las muchachas formaron un círculo en torno a las posibles combatientes, excluyéndolo. Me miró como si buscara ayuda.

Creo que es mejor que no intervengáis. Elliania ya os ha dejado claro que lo prefiere así.

Confíe en haberle aconsejado bien. Cuando me disponía a avisar a Chade de la situación por medio de la Habilidad, vi a Peottre. Debía de haber estado observando tras la esquina del edificio. Se acercó al muro bajo donde yo estaba sentado y apoyó la cadera contra él despreocupadamente.

—Debería mantenerse al margen —me dijo con naturalidad.

Volví la cabeza hacia él y lo escruté con cara de sueño.

—¿Quién?

Me miró sin inmutarse.

—Tu príncipe. Debería dejar que lo solucione Elliania. Es un asunto de mujeres, y no le gustaría que se entrometiera. Deberías decírselo, si puedes.

Peottre dice que no os entrometáis. Que dejéis que Elliania se encargue de esto.

¿Cómo?, dijo el príncipe consternado.

¿Por qué está Peottre hablando contigo?, preguntó Chade.

¡No lo sé!

—Yo solo soy su guardia, señor —le hice constar a Peottre—. No me corresponde a mí aconsejar al príncipe.

—Eres su guardián —insistió Peottre en un tono amable—. O su... ¿Cómo se dice en tu idioma? ¿Su preceptor? Como yo para Elliania. Eres bueno, pero no invisible. Te he visto vigilándolo.

—Soy su escolta. Mi deber es protegerlo —repliqué, dejando resbalar un poco la lengua. Ojalá se me hubiera ocurrido tomar una copa de vino. Los efluvios espirituosos resultan muy convincentes.

Ya no me estaba mirando. Levanté la vista hasta la cima de la loma. Oí a mis espaldas un grito procedente de la entrada de la casa materna, de donde salieron algunas personas. Las muchachas se habían enzarzado. Con aparente facilidad, Lestra empujó a Elliania y la hizo caer al suelo de espaldas. Aun a pesar de la distancia, la oí resollar. Peottre jadeó con frustración y contrajo el gesto del modo discreto en que lo hacen los luchadores curtidos cuando ven pelear a sus mejores alumnos. En el momento en que Lestra se abalanzó sobre Elliania, esta recogió las rodillas rápidamente contra el pecho y golpeó a su oponente con firmeza en el abdomen. Lestra salió despedida hacia atrás e impactó contra el suelo de mala manera. Elliania se irguió sobre las rodillas y, sin preocuparse por su elegante vestido ni su minucioso peinado, se lanzó sobre Lestra. Peottre tenía tenso hasta el último músculo del cuello y los brazos, pero no movió un dedo. Me levanté para ver mejor y me quedé atónito, como el resto de los guardias de Torre del Alce. Los marginados que habían salido para ver la pelea mostraban cierto interés, pero no parecían alarmados. Obviamente, para ellos era habitual presenciar enfrentamientos de este tipo entre niñas y mujeres.

Al concentrar el peso sobre el pecho de Lestra, con las rodillas sobre sus brazos, Elliania logró inmovilizar a su rival, más corpulenta. Lestra no dejaba de patalear y forcejear, pero la narcheska había agarrado un mechón de su pelo

suelto para apretarle la cabeza contra el suelo. Con la mano libre, cogió un puñado de tierra y se lo metió a Lestra en la boca.

—¡Que la tierra honesta limpie la mentira de tus labios! —gritó triunfante.

Dedicado se mantuvo a unos pasos de distancia, con la mandíbula descolgada. Reparó en el zangoloteo frenético que agitaba los senos desnudos de Elliania mientras su pecho palpitaba a causa del esfuerzo. Noté que le espantaba tanto el modo en que su cuerpo reaccionó ante esa visión como la reyerta de las muchachas. Alrededor de ellas, las demás niñas brincaban y chillaban, alentando a las contendientes.

Con un alarido desesperado, Lestra se sacudió y liberó la cabeza, dejando a Elliania con un nutrido puñado de pelo en la mano. Elliania le dio una bofetada, con fuerza, y la sujetó por la garganta.

—Llámame narcheska ¡o esta será la última vez que tomes aire! —le gritó.

—¡Narcheska! ¡Narcheska! —graznó la mayor de las muchachas, que rompió a sollozar entre espasmos, más a causa de la frustración y la humillación que del dolor.

Elliania apretó la palma de la mano contra la cara de Lestra y la empleó como punto de apoyo para levantarse.

—¡Apartaos! —advirtió a dos de las jóvenes que se acercaron a socorrer a la perdedora—. Que se quede ahí tirada y dé gracias porque no llevo encima mi puñal. Ahora soy una mujer. En adelante, mi puñal responderá a quien se atreva a discutir que yo soy la narcheska. En adelante, mi puñal responderá a quien se atreva a tocar al hombre que he elegido para mí.

Miré a Peottre. Una sonrisa firme dominaba su rostro, mostrando hasta el último de sus dientes. Elliania se situó junto a Dedicado con tan solo dos zancadas. El príncipe miró perplejo a su desaliñada prometida. Con la misma naturalidad con que yo sujetaría por las crines a un caballo para montarlo, Elliania estiró el brazo y lo agarró por la coleta. Lo obligó a bajar su cara hacia la de ella y le ordenó:

—Ahora besadme.

En el instante previo a que sus bocas se encontrasen, Dedicado me impidió que siguiera percibiéndolo a través de la Habilidad. Aun así, ni yo ni nadie que los viera necesitaba de magia alguna para sentir el apasionamiento de su beso.

Elliania cerró su boca sobre la de él y, mientras el príncipe la rodeaba torpemente con los brazos para apretarla contra sí, ella se inclinó en actitud de entrega, rozándole el pecho a propósito con los pezones desnudos. Acto seguido rompió el beso y, mientras Dedicado respiraba entrecortadamente, ella lo miró a los ojos y le recordó:

—La cabeza de Yama de Hielo. Ante el hogar de mis madres. Para que podáis llamarme esposa. —Sin interrumpir el abrazo del príncipe, miró a sus antiguas compañeras de juegos y anunció—: Podéis quedaros aquí y seguir jugando si queréis. Yo ahora regresaré con mi marido a los festejos.

Se zafó de los brazos de Dedicado y volvió a cogerlo de la mano. Él la siguió sumiso, con una sonrisa hueca en la cara. Lestra estaba sentada, sola, mirándolos presa de la rabia y la vergüenza. Se oyeron los vítores aprobatorios de algunas mujeres y los gruñidos de envidia de los hombres que los observaban mientras la narcheska pasaba entre ellos tirando de su premio con aire victorioso. Me fijé en Peottre. Parecía aturdido. Al cabo de unos segundos me miró.

—Tenía que hacerlo —me aseguró en tono severo—. Para convencer a las niñas. Por eso lo ha hecho. Para que aprendan a considerarla mujer y para que les quede claro que sobre él solo gobierna ella.

—Ya lo veo —convine con un hilo de voz. Pero no lo creí. Empecé a sospechar que acababa de suceder algo que no entraba en los planes que Peottre tenía para Elliania y Dedicado. Cada vez me acuciaba más la necesidad de averiguar cuál era su verdadero propósito.

Durante el resto de la velada no sucedió nada de especial interés. Ni la comida, ni la bebida ni las historias de los bardos marginados podían compararse con la lucha por el poder que acababa de presenciar. Encontré una empanada de carne y una jarra de cerveza y me las llevé a un rincón tranquilo. Fingí hallarme absorto en la cena mientras le Habilitaba a Chade lo que había presenciado.

Las cosas van más rápido de lo que me esperaba, Habilitó en respuesta. Y aun así desconfío. ¿Lo quiere de verdad como marido o tan solo pretendía demostrar que nadie puede arrebatarse aquello de lo que se ha apropiado? ¿Confía Elliania en que la lujuria baste para alentar a Dedicado a descabezar al dragón para ella?

Me sentí como un necio cuando continué con la consulta.

Hasta ahora no había reparado en que si pasa a ser su prometida y se traslada al hogar del príncipe, algunos dirán que renuncia al lugar que ocupaba aquí. Lestra dijo que se convertiría en «una mujer inferior de su casa materna». ¿A qué se referiría?

Chade respondió de mala gana.

Creo que la expresión es la misma que se emplea para hablar de las mujeres apresadas durante los asaltos, pero a las que los hombres toman como esposas en lugar de esclavas. Los descendientes no se integran en ningún clan. De alguna manera es como si fueran bastardos.

En ese caso, ¿por qué Elliania accedió a esta unión? ¿Por qué la aprobó Peottre? Y si va a perder su condición de narcheska una vez que se traslade a Torre del Alce, ¿en qué nos beneficia el matrimonio? Chade, no le veo ningún sentido a todo esto.

Todavía quedan demasiadas cosas que no están claras, Traspié. Presiento que subyace algo más por detrás de todo esto. Estate alerta.

Así hice, durante la larga velada y la interminable noche. El sol no llegó a ponerse tras el horizonte de esta región norteña, de manera que la noche no consistió sino en un prolongado crepúsculo. Cuando llegó el momento de que los prometidos se retiraran, Dedicado anunció que se quedaría abajo, en el salón, «para que nadie diga que me he cobrado lo que no me he ganado». Se produjo un nuevo momento embarazoso, en el que vi a una estupefacta Lestra ponerse a comentarlo con su cohorte. La pareja se despidió al pie de la escalera, de tal modo que Elliania se retiró a la sección superior del edificio y el príncipe regresó para ocupar un asiento junto a Chade. Esta noche dormiría bajo el techo de la casa materna, como correspondía a un hombre debidamente casado con una mujer del clan, solo que aquí abajo, en las mesas que servían como catres, en lugar de arriba, con Elliania. Los guardias del príncipe recibieron permiso para retirarse y regresar al alojamiento de los guerreros o disfrutar de un lecho más cálido, siempre que sus compañeras los acogiesen fuera de la casa materna. Quise acercarme a Chade y Dedicado para mantener una charla discreta con ellos, pero sabía que parecería extraño. Así que decidí que había llegado el momento de que volviera a la cabaña.

No me había alejado mucho de la casa cuando oí pasos a mis espaldas. Al mirar atrás vi a Telaraña. Lo seguía a duras penas un agotado Vencejo. Al fijarme en lo sonrosadas que traía las mejillas, imaginé que había estado abusando del vino. Cuando Telaraña me saludó con la cabeza, aflojé el paso para

que me alcanzaran.

—Menuda ceremonia —comenté vanamente una vez que Telaraña se situó a mi lado.

—Sí. Supongo que ahora los marginados piensan que nuestro príncipe está casado con su narcheska. Creía que la reunión se celebraba solo para confirmar los desposorios ante el hogar de las madres. —Advertí en su comentario un tono inquisitivo.

—Imagino que no hacen distinciones entre las parejas que se casan y las que anuncian que se van a casar. Aquí, donde las propiedades y los descendientes pertenecen a las mujeres, se maneja un concepto distinto del matrimonio.

Telaraña afirmó despacio con la cabeza.

—La mujer no necesita preguntarse si una criatura es realmente suya —observó.

—¿Es muy diferente que los niños le pertenezcan más a la mujer en lugar de al marido? —preguntó Vencejo con curiosidad. Aunque no se le resbalaba la lengua, cuando habló detecté el olor a vino de su aliento.

—Creo que depende del hombre. —Telaraña respondió con gravedad.

Caminamos en silencio por unos instantes. Pese a que no lo pretendía, mis pensamientos me trajeron a Ortiga y a Molly, a Burch y a mí mismo. ¿A quién le pertenecería ahora?

Ya en las cercanías de la cabaña, el silencio imperaba en la aldea. Los que no se encontraban participando en los festejos de la casa materna se habían acostado hacía mucho. Abrí la puerta con sigilo. Tordo necesitaba todo el descanso posible; no quería despertarlo. La franja de luz que dejamos entrar en la cabaña me mostró a Acertijo tumbado en el suelo junto al catre de Tordo. Tenía un ojo abierto y la mano sobre la espada desenvainada que había colocado junto a él. Cuando vio que éramos nosotros, cerró el ojo y siguió durmiendo.

Me quedé junto a la puerta, inmóvil. Había un intruso en la cabaña cuya presencia Acertijo no había advertido. Corpulento y orondo como un gato obeso, aunque con aspecto de hurón, se hallaba agazapado sobre la mesa, en alto la cola tupida y rayada. Nos estudiaba con sus ojos redondos por encima del trozo de queso que sostenía entre las patas delanteras. En el trofeo se apreciaban con claridad las marcas de sus afilados colmillos.

—¿Qué es? —le susurré a Telaraña.

—Creo que las llaman ratas rapiñadoras, aunque desde luego no tiene aspecto de rata. Nunca había visto una antes —me explicó también con un hilo de voz.

La rata rapiñadora miró más allá de nosotros, con la atención detenida en Vencejo. Como un murmullo que se rozase contra mis sentidos, percibí la Maña que fluía entre ellos. Apareció una sonrisa en el rostro del niño. Se situó al frente, abriéndose paso entre Telaraña y yo. Estiré el brazo para detenerlo, pero Telaraña se me adelantó y le puso una mano en el hombro. Tiró de él hacia atrás, sobresaltando a la rata rapiñadora con la brusquedad del movimiento. Levantó la voz para decirle a la criatura:

—Coge el queso y márchate. —Con una voz pétreo que jamás le había visto emplear, le preguntó a Vencejo—: ¿Qué creías que estabas haciendo? ¿No recuerdas nada de todo lo que he intentado enseñarte?

La rata rapiñadora se esfumó con el queso en el acto, saltando por la ventana abierta con una sacudida de la cola rayada.

Vencejo gritó desilusionado y forcejeó para zafarse de Telaraña. Este lo doblegó con firmeza. El niño estaba enfadado, supongo que sobre todo por lo furioso que Telaraña se había puesto con él.

—¡Solo quería saludarla! Me gustaba cómo me hacía sentir. Sé que nos habríamos entendido. Solo quería...

—¡Querías quedártela, igual que un crío se quiere quedar con el primer juguete de colores que ve! —Telaraña le habló con severidad, sin ocultar el tono reprobatorio de su voz al soltarle el hombro—. Porque era bonita, ágil e inteligente. Y también era tan joven e insensata como tú. E igual de curiosa. La sentiste responderte no porque buscara un compañero, sino porque despertaste su interés. Ese no es fundamento suficiente para forjar un vínculo de la Maña. Además no eres lo bastante mayor ni maduro para andar buscando compañeros. Si se te ocurre intentarlo otra vez, te castigaré, de igual modo que castigaría a cualquier niño que se pusiera a sí mismo o a un compañero de juegos en peligro a propósito.

Acertijo se había incorporado y observaba la discusión con la boca abierta de puro asombro. No era ningún secreto que Telaraña y Vencejo formaban parte

del destacamento de Mañosos de Dedicado. Me estremecí al pensar en lo poco que había faltado para que delatara mi condición de Vieja Sangre. Incluso Tordo abrió un ojo soñoliento para presenciar la riña con gesto receloso.

Vencejo corrió desconsolado hacia una silla.

—Peligro —masculló—. ¿Por qué? ¿Qué peligro puede haber en que encuentre a alguien que se preocupe por mí, de una vez?

—¿El peligro de que te vincules a una criatura de la que no sabes nada? ¿Tiene pareja y crías en su nido? ¿Se la arrebatarías o preferirías quedarte tú en esta isla cuando zarpeamos? ¿Qué come y con qué frecuencia? ¿Permanecerías aquí con ella toda su vida o te la llevarías y se la quitarías a los suyos cuando nos marchemos, condenándola a vivir sin pareja el resto de sus días? No has pensado en ella, Vencejo, no has pensado en nada más allá de la conexión del momento. Te comportas como los borrachos que se acuestan con una jovencita por la noche sin pensar en lo que ocurrirá por la mañana. Una conducta así no tiene justificación. No para un verdadero Vieja Sangre.

Vencejo le lanzó una mirada torva. Acertijo habló sin pensar para romper el tenso silencio.

—No sabía que los Mañosos tuvieran reglas para vincularse a los animales. Creía que podían vincularse a cualquier criatura, lo mismo durante una hora que durante un año.

—Un concepto erróneo —observó Telaraña apesadumbrado— que muchos de los que no son de la Vieja Sangre tienen de nosotros. Es inevitable, cuando un pueblo ha de mantener su modo de vida oculto y en secreto. Pero esa es la razón de que muchos piensen que usamos a los animales y después nos olvidamos de ellos. Es la razón por la que la gente está convencida de que somos capaces de ordenarle a un oso que descuartice a toda una familia o de enviar a un lobo a masacrar a todo un rebaño de ovejas. El vínculo de la Maña no sirve para que una persona se adueñe de una bestia. Consiste en una unión que se fundamenta en el respeto mutuo y que dura toda la vida. ¿Lo entiendes, Vencejo?

—No pretendía hacerle daño —replicó con frialdad. Por el tono de su voz, no parecía arrepentido ni dispuesto a disculparse.

—Tampoco actúa con malicia el niño que juega con fuego y quema una

cabaña. Las buenas intenciones no bastan, Vencejo. Si quieres llegar a ser Vieja Sangre, debes respetar nuestras reglas y costumbres en todo momento, no solo cuando a ti te convenga.

—¿Y si no? —inquirió Vencejo con hosquedad.

—Si no, considérate un picazo, porque es en lo que te convertirás. — Telaraña aspiró con pesadez y exhaló el aire—. O un renegado —musitó. Noté que se esforzó en no mirarme al concluir su dictamen—. Por qué alguien querría vivir apartado de los suyos es algo que ignoro.

Wuislington

Las mujeres sienten un aprecio inusitado por el territorio de su clan. A menudo cuentan fábulas según las cuales la tierra está hecha a partir de la carne y los huesos de Eda, mientras que el mar pertenece a El. La totalidad del territorio pertenece a las mujeres del clan; los hombres que nacen en el seno de la familia pueden trabajar la tierra y ayudar con la recolección, pero las mujeres deciden la distribución de la cosecha y determinan qué se plantará, dónde y en qué medida. No se trata tan solo de una cuestión de propiedades, sino que también entra en juego la adoración a Eda.

A los hombres se les puede enterrar en cualquier parte, aunque por lo general encuentran su tumba en el mar. En cambio, toda mujer debe ser enterrada en los campos de su clan. Se dejan transcurrir siete años en memoria de la difunta, tiempo durante el cual el terreno permanece en barbecho. Al término de este período, el campo se ara de nuevo y la primera cosecha que da se celebra con un festejo especial.

Mientras que los hombres marginados llevan una vida nómada y pueden llegar a pasar varios años fuera de su puerto de origen, las mujeres tienden a permanecer en las inmediaciones de las tierras donde nacieron. Cuando se casan, esperan que el marido resida con ellas. Si una mujer marginada fallece lejos de los dominios de su familia, se hará todo lo posible por traer el cuerpo de regreso a los campos de su clan. Actuar de otra manera supone una profunda vergüenza y un sacrilegio imperdonable por parte del clan de la finada. De buena gana los clanes entrarán en guerra para llevar el cadáver hasta su hogar.

CERICA EL ESCRIBANO,

Relatos de mis viajes por una tierra indómita

Permanecimos en Wuislington, alojados en la casa materna de la narcheska, durante doce días. Se nos trató con una extraña hospitalidad. Al príncipe Dedicado y a Chade se les asignó un lugar de descanso en los bancos de la planta baja de la casa. El destacamento de Mañosos se alojó fuera, junto con los guardias. Tordo y yo permanecimos en la cabaña, donde recibimos frecuentes visitas de Vencejo y Acertijo. Todos los días Chade enviaba a dos guardias a comprar vituallas a la aldea. Después de traernos nuestra parte a la cabaña y de entregarles la suya a los guardias, llevaban el resto a la casa materna. Aunque Aguasnegras prometió que se ocuparía de nuestro sustento, Chade había optado

por una táctica muy astuta. Si dábamos la impresión de que dependíamos de la generosidad del Narval, nos considerarían débiles y necios por nuestra falta de planificación.

La prolongada estancia también tuvo un lado positivo. Tordo empezó a recuperarse. Seguía tosiendo y se quedaba sin aire cuando salía a dar un paseo, pero no tenía tantos problemas para dormir, se interesaba por el nuevo entorno, comía y bebía, y recuperó parte de su vigor. Seguía sin perdonarme que lo hubiera obligado a embarcar y que tuviera que salir de allí del mismo modo. Cada vez que intentaba entablar una conversación sencilla con él terminábamos mordiendo la manzana de la discordia. A veces lo más fácil era no decirle nada, pero en esas ocasiones sentía la rabia que emanaba de su desprecio candente. Me disgustaba que nuestra relación se hubiera enturbiado tanto después de todo lo que me había esforzado para ganarme su confianza. Cuando así se lo hice constar a Chade durante uno de nuestros breves encuentros, le quitó importancia y declaró que era necesario.

—Sería mucho peor que culpara a Dedicado, si lo piensas. Dadas las circunstancias, te tocará pagar los platos rotos, Traspíe. —Sabía que tenía razón, pero aun así no hallé ningún consuelo en su respuesta.

Acertijo pasaba varias horas al día con Tordo, por lo general cuando Chade quería que yo vigilase con discreción a Dedicado. Telaraña y Vencejo venían con frecuencia a la cabaña. El niño parecía haber escarmentado después de la reprimenda de Telaraña y parecía mostrarse más respetuoso con este y conmigo. Yo lo mantenía ocupado con las clases diarias, y le obligaba a practicar con el arco y con la espada. Tordo se sentaba junto a la entrada y observaba los falsos combates que librábamos en el redil de las ovejas. Siempre vitoreaba a Vencejo, bramando jubiloso cada vez que el niño acertaba a golpearme con las espadas enfundadas que utilizábamos. Confieso que sus aplausos me punzaban el alma del mismo modo que los azotes de Vencejo me lastimaban el cuerpo. Más que pulir sus habilidades, quería conservar las mías, pero instruir al niño no solo me aportaba una excusa para practicar, sino que además me permitía demostrarles mi pericia a los marginados. No se reunían para mirarnos, pero de vez en cuando aparecían uno o dos muchachos encaramados a algún muro cercano, desde donde nos vigilaban. Decidí que, puesto que nos iban a espiar, me

encargaría de que en sus informes me describieran como una presa difícil. En ningún momento me pareció que se fijaran en nosotros por mera curiosidad.

Me sentía vigilado en todo momento. Fuera a donde fuese, siempre parecía que había alguien cerca, sin otra cosa que hacer que estar allí. No podría haber señalado a nadie en concreto, ni a un muchacho ni a una anciana, pero siempre notaba una mirada anclada en mi nuca. Albergaba también el presentimiento de que Tordo se encontraba en peligro. Lo observaba en la expresión con que lo estudiaban cada vez que salíamos y en la reacción de aquellos con quienes nos cruzábamos. Se apartaban de él como si portase alguna enfermedad contagiosa y nos escudriñaban como si fuese un becerro bicéfalo. Incluso Tordo pareció percatarse de ello. Me di cuenta de que, sin pensar en ello de manera consciente, parecía emplear la Habilidad a fin de llamar menos la atención. No era un embate similar al «¡No me veas!», con el que en su día estuvo a punto de arrollarme, sino un anuncio constante de su insignificancia. Decidí que merecía la pena discutirlo más adelante con Chade.

No tuve muchas ocasiones para conversar en persona con mi antiguo mentor y prefería no enviarle mensajes demasiado complejos por medio de la Habilidad. Todos coincidíamos en que era más importante que reservase la fuerza de su magia para comunicarse con Dedicado. Además, puesto que Peottre había averiguado que yo servía como escolta del príncipe, Chade decidió que no pasaba nada por que desempeñase ese papel más abiertamente.

—Pero que no descubra que eres algo más —me previno el consejero.

Me ceñí a mi función de observador discreto y guardián del príncipe. Aunque Dedicado nunca se quejó, creo que le incomodaba saberme a sus espaldas en todo momento. El asentamiento ya daba por oficial su matrimonio con la narcheska. No se les impuso ningún tipo de compañía. Tan solo la presencia de Peottre, sutil como un menhir, denotaba que la familia de Elliania quería cerciorarse de que la pareja se atuviera a su castidad hasta que Dedicado cumpliera con su parte del trato. Creo que Peottre y yo nos vigilábamos el uno al otro tanto como controlábamos a Dedicado y la narcheska. De alguna extraña manera, nos convertimos en compañeros.

Durante aquellos días descubrí uno de los motivos por los que la narcheska disfrutaba de tal condición entre todos los clanes, no solo el del Narval. Su

cultura ponía la tierra y cuanto de esta brotaba en manos de las mujeres. Deduje que la riqueza del clan residía en sus ovejas. No descubrí el verdadero alcance de la misma hasta que seguí a Dedicado y Elliania durante uno de sus paseos por las colinas rocosas de la isla. Ascendieron hasta una cima, seguidos por Peottre a una distancia discreta, y por mí, en una lejana cuarta posición. Cuando llegué a lo alto de la loma y miré hacia el valle contiguo, me quedé boquiabierto.

La cuenca albergaba tres lagos, de dos de los cuales se desprendía vapor incluso en las horas más cálidas de aquel día de verano. La foresta se extendía exuberante a su alrededor, al igual que los campos que alfombraban el valle, cultivados y atendidos con esmero. A medida que descendía por la cuenca tras ellos, el insistente viento frío empezó a amainar. Llegué a una cálida zona resguardada donde se percibía el olor del agua rica en minerales. Los cantos rodados y las piedras habían sido retirados de los campos y apilados para segmentarlos a modo de cercas de piedra. No solo los cultivos crecían mejor en el valle cálido, sino que además vi algunos árboles y plantas que en un principio me habrían parecido demasiado frágiles para florecer tan al norte. Aquí, en las inhóspitas tierras de los marginados, había una isla cuyas burbujeantes fuentes termales la habían convertido en un apacible oasis de calidez y abundancia. No era de extrañar que conseguir la mano de la narcheska se considerase todo un premio. Forjar una alianza con quien controlaba la producción de alimentos del lugar era algo de indudable valor en estos parajes rigurosos.

No pude evitar fijarme en que, aun en pleno verano, muchos de los campos permanecían en barbecho y en que había muchos menos labradores de los que esperaba ver. Una vez más, las mujeres y muchachas superaban en número a los hombres y muchachos, muy pocos de los cuales se hallaban en la plenitud de la vida. Para mí esto entrañaba todo un misterio. Aquí había muchas mujeres, las cuales poseían un territorio inmenso y necesitaban agricultores para trabajarlo. ¿Por qué no había más hombres de otros clanes cortejándolas, decididos a darle hijos a esta tierra fecunda?

Una tarde Dedicado y Elliania salieron a dar saltos a lomos de dos de los escuálidos ponis isleños con los que los habitantes de Mayle realizaban buena parte de su trabajo. Se encaminaron por una pradera pedregosa que cubría el pie de una suave colina sembrada de cantos, donde cortaron varios árboles jóvenes

para utilizarlos como obstáculos utilizando unas piedras a modo de soporte. Los pequeños ponis me dejaron asombrado con los brincos que daban cada vez que se les espoleaba para que saltaran. Las ovejas habían recortado la hierba, de tal modo que un cerco de maleza ribeteaba la pradera. El azul cada vez más intenso del cielo se arqueaba sobre nosotros, anunciando el regreso de las estrellas. Montaban sin silla, y Dedicado ya se había caído dos veces de su flaco y testarudo corcel en su empeño por mantenerse a la altura de su audaz consorte. La muchacha estaba disfrutando de lo lindo. Montaba a horcajadas; las faldas amarillas se cerraban y abrían como una flor en torno a sus piernas. De las rodillas para abajo, ningún tipo de prenda la cubría, ya que además iba descalza. Con las mejillas sonrosadas y el pelo revuelto, montaba indiferente a todo, empeñada en demostrarle al príncipe que podía hacerlo mucho mejor que él. La primera vez que Dedicado se cayó, Elliania siguió cabalgando, profiriendo una risa burlona que todos pudimos oír. La segunda vez sí retrocedió para ver si se había hecho daño, mientras Peottre sujetaba a la arisca bestezuela y la llevaba de nuevo con ellos. Yo vigilaba sobre todo a Dedicado; me sentía orgulloso de la elegancia con que había aceptado los dos derribos.

Estos ponis están más esmirriados y son más huesudos que un potro. Sostenerse sobre ellos duele todavía más que caerse cuando brincan de lado.

Elliania parece desenvolverse muy bien, señalé en broma. Cuando me arponeó con los ojos, me apresuré a añadir: No parece nada fácil. Creo que admira vuestra tenacidad.

Yo creo que admira mis cardenales, la pequeña bruja. Detecté una traza de cariño en el epíteto. Como si intentara cambiar de tema, comentó: *Mira a tu izquierda y dime si ves a alguien detrás de los cantos rodados que bordean la maleza.*

Deslicé los ojos hasta el lugar sin mover la cabeza. Había algo allí. No estaba seguro de si era una persona o un animal grande agazapado. El príncipe volvió a montar y se aferró a la cabalgadura mientras esta realizaba una serie de cabriolas demenciales por la pradera. Sin duda el poni estaba cansado del juego, pero Elliania recompensaba con su risa jovial los esfuerzos de Dedicado por mantenerse sobre él. Salvó el obstáculo que antes le hizo caer, gesta que ella reconoció saludándolo con una floritura. La diversión que el espectáculo le producía parecía auténtica y, cuando me fijé en Peottre, observé que también una sonrisa reticente iluminaba su semblante adusto. Uní mi risa a la de ellos y

me acerqué un poco más.

Montad hacia esa zona y caed al suelo. Aseguraos de que el poni siga corriendo hacia los cantos rodados.

Habilitó hacia mí un gruñido de fastidio, pero accedió a mi petición. Cuando la montura salió disparada, salí corriendo tras ella a toda velocidad, más para reunirme con Dedicado que para alcanzar a la criatura. Juntos sacamos de su escondrijo a una mujer, vestida de arriba abajo con ropas de color pardusco y verde musgo. Salió huyendo sin intención de hacer nada más, pero reconocí no solo el modo en que se movía sino también el aroma sutil que dejó tras ella. Aunque sentí el impulso de perseguirla, me abstuve. Les Habilité lo que ahora sabía a Chade y a Dedicado.

¡Era Henja! La sirvienta que asistía a la narcheska en Torre del Alce. Se encuentra en la isla y nos está espiando.

Ninguno de los dos me respondió salvo con una oleada de pánico.

Salí en busca del poni con deliberada torpeza. Finalmente Peottre acudió en mi ayuda.

—¡Menudo susto le hemos dado a esa mujer! —observé mientras pastoreaba al poni para entregárselo a él.

Tomó al recalcitrante animalillo por las crines y elevó la vista hacia cielo. No me miró a los ojos.

—Está oscureciendo. Tenemos suerte de que el príncipe no cayese de mala manera y se hiciese una lesión grave. —A continuación les indicó a nuestros guardias—: Deberíamos regresar. Los ponis están cansados de saltar y la noche se acerca.

Me pregunté si habría intentado avisarme de que para el príncipe existían peligros peores que caerse de un poni. Le tiré de la lengua otra vez.

—¿Creéis que esa pobre mujer se encontrará bien? ¿Deberíamos ir en su busca? Parecía muy asustada. Me pregunto qué andaría haciendo detrás de aquellas piedras.

Con el gesto y la voz impasibles, contestó:

—Estaría recogiendo leña. O hierbas, o raíces. No creo que debamos preocuparnos por ella. —Levantó la voz—. ¡Elliania! Se acabó la diversión. Es hora de regresar a la casa materna.

Me fijé en la cara que puso Elliania cuando espantaste a Henja. Se quedó sobrecogida. Y ahora está asustada.

La brusquedad con que sacudió la cabeza en respuesta a la recomendación de su tío confirmó la opinión del príncipe. Se bajó del poni al instante, le quitó el ronزال de la cabeza y lo dejó trotar con libertad por la ladera. Peottre hizo lo mismo con la bestia que había estado montando el príncipe, de modo que cuando me quise dar cuenta me encontré caminando con ellos de regreso a la casa materna. Elliania y Dedicado avanzaban por delante, distanciados por un silencio que contrastaba tristemente con el júbilo compartido durante la tarde. Lo lamenté mucho por él. Estaba aprendiendo a amar a esta joven marginada, pero cada vez que se acercaban un poco, la maldita política del trono y el poder volvía a abrir una brecha entre ellos. Impulsado por una rabia súbita, me atreví a señalar:

—Era Henja, ¿verdad? La mujer que estaba escondida tras los arbustos. Servía a la narcheska en el castillo de Torre del Alce, si mal no recuerdo.

Admití que tenía mérito cómo mantuvo la compostura. Aunque no fue capaz de mirarme, su voz sonó serena.

—Lo dudo. Dejó de servirnos antes de que partiéramos de Torre del Alce. Acordamos que sería más feliz en los Seis Ducados, por lo que nos complació darle esa libertad.

—Tal vez regresase a Wuislington por sus propios medios. Tal vez sintiera nostalgia de su hogar.

—Este no es su hogar; no pertenece a nuestra casa materna —reveló Peottre con firmeza.

—Qué extraño. —Estaba decidido a llegar hasta el final. Dada mi condición de simple guardia, nadie esperaba que tuviese tacto, sino solo curiosidad—. Creía que en este país la familia de la madre era la más importante, que todo el que sirve a la narcheska pertenece al linaje de la madre.

—Por lo general, sí. —La voz de Peottre sonaba cada vez más rígida—. Ninguna de las mujeres de la familia estaba disponible cuando emprendimos el viaje. De modo que la contratamos.

—Entiendo. —Encogí los hombros—. Me pregunto por qué la madre y las hermanas de Elliania no la acompañan estos días. ¿Están muertas?

Se estremeció como si le hubiera clavado una lanza.

—No. No están muertas. —Una sombra de amargura envolvió su voz—. Sus dos hermanos mayores sí han fallecido. Perecieron durante la guerra de Kebal Ganapán. Su madre y su hermana menor siguen vivas, pero... deben ocuparse de unos asuntos urgentes en otro lugar. Si les fuera posible acompañar a Elliania, estarían aquí.

—Oh, no me cabe duda de eso —aseguré por mera inercia. Estaba convencido de que cuanto Peottre me había dicho era cierto, aunque tampoco dudaba que no me lo había contado todo.

Aquella misma noche, mientras Tordo dormía como un tronco, le Habilité lo sucedido a Chade. Procuré mantener en privado los pensamientos que le envié al anciano, separados del vínculo de Habilidad que me unía al príncipe. Percibía la inquietud de su sueño. La frustración y la impaciencia que atosigaban al muchacho me crispaban los nervios. Intenté eludir sus emociones mientras le comunicaba a Chade todo lo que Peottre y yo habíamos hablado. Al consejero le molestó que me hubiera mostrado tan indiscreto con el tío de la narcheska, si bien se moría de ganas por saber qué respuestas había obtenido.

Detrás de esta urdimbre se esconde otra estrategia, como los rompecabezas esféricos de madera con los que jugaba el bufón. Estoy convencido de que la narcheska y Peottre persiguen un propósito oculto, del cual no todos los miembros de la casa materna están al tanto. Algunos sí. Almata, por ejemplo. Y a la bisabuela de la narcheska se lo han contado, aunque no creo que pueda retenerlo en su memoria. Lestra y su madre me intrigan. Lestra pretende conseguir la condición de narcheska cuando Elliania parta hacia Torre del Alce para casarse con Dedicado. Aun así, parece contender con Elliania por la atención del príncipe, a lo cual sospecho que su madre la anima. ¿Habrá concluido acaso que alzarse reina de los Seis Ducados sería un logro más importante que arrebatarle el título de narcheska a Elliania? No creo que Lestra ni su madre le den importancia alguna al empeño de Elliania por decapitar al dragón. Opino que la ambición de Lestra debería preocupar a Elliania y Peottre, aunque no parecen hacerle demasiado caso y mantienen su atención puesta en otros asuntos. Elliania solo quita de en medio a Lestra cuando sus impertinencias se vuelven demasiado obvias para ignorarlas.

¿Como cuando se enzarzaron la noche de la boda?

De los desposorios, Traspié. De los desposorios. Para nosotros no cuenta como ceremonia

legítima. El príncipe debe contraer matrimonio en casa, en Torre del Alce, y la unión debe ser consumada. Pero no, no hablo solo de ese enfrentamiento. Lestra ha intentado acercarse al príncipe en varias ocasiones desde entonces, por lo general cuando la narcheska no estaba cerca de él.

¿Elliania lo sabe?

¿Cómo iba a saberlo?

Dedicado se lo podría haber dicho, especulé. Me pregunto qué ocurriría si lo averiguara.

Prefiero no saberlo. Bastante complicadas están ya las cosas. Puede que no se trate más que de una simple rivalidad entre primas. Ojalá supiera qué papel desempeña Henja en todo esto. ¿Será tan solo una vieja lunática? ¿O será algo más? ¿Estás seguro de que era ella?

Completamente. Aunque no solo la vi con mis propios ojos, no le dije a Chade que además pude olerla y que mi parte lobuna seguía lo bastante viva para confiar plenamente en ese sentido.

La conversación empezaba a minar las fuerzas de Chade, de modo que lo dejé descansar. Me aseguré de que el cerrojo de la puerta de la cabaña estuviera echado y, para mi pesar, cerré también los postigos de las ventanas. No me gustaba la idea de dormir enclaustrado de aquella manera. Siempre descansaba mejor cuando sentía el aire deslizarse con libertad sobre mi rostro, pero después de haber descubierto a Henja, no le daría a nadie la oportunidad de atacarme sin impedimentos.

Esto tenía en la cabeza cuando me dispuse a dormir, y a la mañana siguiente fue la única explicación que le encontré a mis pesadillas. Aunque no era justo calificar así mis sueños. No me provocaron terror, solo desasosiego, además de unas sensaciones muy reales que no experimenté porque estuviera caminando por medio de la Habilidad, sino que tenían otra naturaleza. Soñé con el bufón como era antes, no como lord Dorado, sino como el muchacho pálido y frágil de ojos deslavados. Bajo esta apariencia montaba en el dragón de piedra, detrás de la Chica del Dragón, alzándose juntos hacia los cielos azules. Pero de súbito se transformó en lord Dorado y, según cabalgaba detrás de la joven tallada y sin alma que formaba parte de la escultura del dragón a la que él había invocado y resucitado, una capa blanquinegra salió despedida a merced del viento. Llevaba el cabello lustroso peinado hacia atrás y recogido con firmeza en una coleta. Su expresión rígida evocaba tal determinación que parecía tan carente de alma

como la muchacha a cuya esbelta cintura se aferraba. Llevaba las manos descubiertas, observé con sorpresa, pues hacía mucho tiempo que no le veía hacer nada sin los guantes puestos. Siguieron ascendiendo a los cielos, más alto cada vez, hasta que de pronto levantó la mano e hizo una señal; la joven espoleó al dragón para que volase hacia donde indicaba su dedo elegante. Las nubes los envolvieron como si una espesa niebla los engullera. Al despertar me di cuenta de que tenía los dedos puestos en la muñeca, sobre las tenues huellas dactilares que una vez el bufón me dejara allí. Me revolví en el catre, aunque no conseguí despertarme del todo. Me ceñí una manta al cuerpo y volví a quedarme dormido.

Entonces sí empecé a caminar en sueños por medio de la Habilidad y presencié una escena aún más inquietante. Ortiga y Tintaglia estaban charlando sentadas en medio de una ladera herbosa. Sabía que el sueño lo había concebido Ortiga, porque las flores nunca brillaban tanto ni cubrían los campos con tanta uniformidad. El paisaje semejaba un tapiz elaborado en detalle. La dragona era del tamaño de un caballo y estaba acomodada de un modo que no parecía amenazador. Me adentré en el sueño. Ortiga tenía la espalda muy rígida y su voz sonó quebradiza cuando le preguntó a la dragona:

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

Con disimulo, se dirigió a mí.

¿Por qué has tardado tanto? ¿No me sentiste llamarte?

—Te estoy oyendo, ¿sabes? —le indicó Tintaglia sin alterarse—. Y no te ha sentido llamarlo porque yo no lo he querido. De modo que ya lo ves, estás bien sola, si yo así lo decido. —De pronto la dragona deslizó hacia mí su mirada glacial. Sus ojos reptiles habían perdido la belleza, convertidos ahora en meras gemas arremolinadas de furia—. Hecho que tampoco a ti se te escapa, entiendo.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Ya sabes lo que quiero. Quiero saber lo que sabes acerca de un dragón negro. ¿Existe de verdad? ¿Queda todavía otro dragón, adulto e íntegro?

—No lo sé —le respondí con toda sinceridad.

Sentí cómo su mente picoteaba la mía, decidida a llegar más allá de mis palabras para comprobar si le ocultaba algo. Tuve la impresión de hallarme encerrado en un calabozo lúgubre, notando cómo las ratas me arañaban la piel

con sus frías zarpillas. La dragona me arrebató el recuerdo y quiso utilizarlo contra mí. Fortalecí mis muros un poco más. Por desgracia, Ortiga también se quedó al otro lado. Los dos se convirtieron en débiles sombras difuminadas por una cortina ondulante.

Tintaglia habló, y su voz llegó hasta mí como un susurro funesto.

—Acepta que los tuyos servirán a los míos. Es el orden natural de las cosas. Sírreme ahora y me encargaré de que tú y los tuyos prosperéis. Desafiame y tú y los tuyos seréis aniquilados. —De pronto la sombra de la dragona se expandió hasta erigirse sobre Ortiga—. O devorados —anunció decidida.

Sentí el hormigueo del miedo. De manera instintiva, la dragona me relacionaba con Ortiga. ¿Se debería tan solo a que siempre había hablado conmigo por medio de mi hija o tal vez intuía nuestro parentesco? ¿Importaba? Mi hija se encontraba en peligro, y yo tenía la culpa. De nuevo. Y no tenía ni idea de cómo protegerla.

No importaba. Hacía un momento la pradera florida me recordó a un tapiz. Ortiga se levantó de súbito, se agachó, recogió su sueño y lo sacudió como si pretendiera quitarle el polvo a un tapete. La presencia de la dragona salió despedida, cabriolando, cada vez más menuda, hacia la nada. Detenida en medio del vacío, Ortiga plegó el sueño y se lo guardó en un bolsillo del delantal. Yo ya no sabía qué lugar ocupaba en su sueño ni en qué forma, pero Ortiga me hizo llegar su advertencia.

Tendrás que aprender a plantarle cara y espantarla, en lugar de esconderte y recogerte en un ovillo. Recuerda, Lobo de las Sombras, que eres un lobo. No un ratón. O eso pensaba. Comenzó a desvanecerse.

¡Espera! El príncipe Habilitó con una determinación desesperada. De alguna manera que yo no comprendí, la alcanzó y la detuvo. *¿Quién eres?*

El sobresalto de Ortiga me sacudió como una oleada. Ortiga forcejeó por un momento, pero al ver que el príncipe se negaba a soltarla, le preguntó:

¿Que quién soy? ¿Quién eres tú, que te atreves a irrumpir aquí de un modo tan grosero? Suéltame.

Dedicado no se tomó bien la reprimenda.

¿Cómo que quién soy yo? Yo soy el príncipe de los Seis Ducados. Voy a donde me place.

Por un instante, Ortiga guardó un silencio sobrecogido.

¿Vos sois el príncipe? Su incredulidad era tan patente como su desdén.

Sí, lo soy. ¡Y ahora deja de hacerme perder el tiempo y dime quién eres! Me estremecí ante el tono imperativo de su voz. Un espantoso vacío mudo se cerró sobre mí. Ortiga reaccionó como yo sabía que haría.

Ah. Bien, por supuesto que lo haré, pues me lo pedís tan amablemente. Príncipe Maleducado, yo soy la reina Permittedme Que Lo Dude de los Siete Cagados. Y tal vez vayáis a donde os plazca, pero puesto que el dónde entra dentro de mis dominios, a mí me place que nunca lleguéis allí. Cambiador, deberías buscarte amigos más simpáticos.

Vi lo que Ortiga había hecho. Aprovechando la pausa, descubrió cómo Dedicado la tenía atenazada. Ahora, sin el menor esfuerzo, se zafó de él con una sacudida. Y se esfumó.

Me desperté alarmado con su desprecio cayendo sobre mí como un diluvio de guijarros. Dividido entre la admiración por mi hija y el temor que me provocaba la dragona, intenté calmarme. Necesitaba decidir qué podía hacer. Antes de que llegase a una conclusión, Chade se abrió paso hasta mi mente.

Tenemos que hablar. En privado. Su Habilidad vibraba de pura emoción.

¿En privado? ¿Estás seguro de que sabes lo que significan esas palabras? ¿Por qué tenía que espiarme precisamente esta noche?

Nada de en privado. El príncipe estaba furioso con nosotros dos cuando irrumpió en nuestro intercambio Habilidadoso. *¿Quién es? ¿Desde cuándo está ocurriendo esto? Exijo saberlo. ¿Cómo te atreves a instruir a otra Portadora de la Habilidad sin ponerme al tanto de su existencia?*

¡Seguid durmiendo! La proyección imponente de Tordo aunaba un quejido con una orden. *Seguid durmiendo y dejad de gritar. No eran más que Ortiga y su dragona. Seguid durmiendo.*

¿Todos conocen su existencia salvo yo? Esto es intolerable. La Habilidad de Dedicado se infestó de frustración e ira, y de esa terrible sensación de desengaño que lo invade a uno cuando descubre que le han estado ocultando un secreto. *Exijo saber quién es. En este momento.*

Resguardé bien mis pensamientos y recé, consciente de que no me serviría de nada.

¿Chade? El príncipe lo sacó de su silencio.

Lo ignoro, mi señor. El anciano mintió con elegancia y sin remordimientos. Lo

maldije al tiempo que lo admiraba.

Traspíe Hidalgo.

Llamar a una persona por su verdadero nombre siempre ejerce un efecto singular. Estremecido por la sensación, me apresuré a rogarle:

No utilicéis ese nombre. No aquí, no ahora, por si la dragona nos estuviera escuchando. No era la dragona a quien temía, sino a mi hija. Las migajas de mis secretos comenzaban a amontonarse en sus manos.

Habla, Tom.

Así no. Si hemos de hablar de esto, que sea solo en persona. A mi lado, en la penumbra, Tordo se tapó con las mantas hasta la cabeza, gruñendo.

Reúnete conmigo ahora. La voz del príncipe sonó grave.

No es sensato, nos aconsejó Chade a los dos. Esperemos hasta que amanezca, mi príncipe. No hay necesidad de levantar sospechas haciendo que un hombre de armas se persone ante vos en plena noche.

No. Ahora. Lo que no tiene nada de sensato es que los dos me hayáis estado engañando acerca de esa tal Ortiga. Quiero saber ahora mismo qué está sucediendo a mis espaldas y por qué. Por un momento creí estar en la casa materna, junto a los bancos que servían de cama. Sentí cómo su rabia disipó el frío de su pecho desnudo cuando retiró las mantas y percibí la ira con que embutió los pies en los zapatos.

Dadme tiempo para vestirme, entonces, le pidió Chade con cansancio.

No. Quedaos donde estáis, consejero Chade. ¿No decís que no sabéis nada? En ese caso, no tiene sentido que os molestéis en venir. Me reuniré con Trasp... con Tom para hablar de esto.

Su furia ardía ahora como una pira, pero, aun así, se había abstenido de pronunciar mi nombre. En el fondo, admiraba su moderación. Sin embargo, un dilema me angustiaba. El príncipe estaba furioso conmigo y, a su modo de ver, con toda la razón. ¿Cómo reaccionaría yo ante sus preguntas? ¿Quién era yo para él esta noche? ¿Amigo, mentor, tío, súbdito? Tordo se incorporó para mirarme mientras me vestía.

—Solo me ausentaré un momento. Aquí estarás bien —lo consolé, aunque no pude evitar preguntarme si sería cierto.

No quiero dejar a Tordo aquí solo, le Habilité al príncipe, confiando en que la excusa me libraba de tener que salir.

Pues tráelo. El príncipe rugió la sucinta orden.

—¿Quieres venir?

—Lo he oído —respondió Tordo somnoliento. Exhaló un suspiro pesado—. Siempre me haces ir a sitios adonde no quiero ir —se quejó mientras tanteaba la oscuridad en busca de su ropa.

Cuando terminó de vestirse creí que había transcurrido un año. Malhumorado, rechazó todos mis intentos por ayudarlo. Por último salimos juntos de la cabaña y cruzamos la aldea. El inusitado crepúsculo que reemplaza a la noche en aquella región del mundo le confería un aspecto grisáceo al entorno. Sumamente cómodo para mis ojos, no tardé en identificar las sensaciones que me produjo. Los colores deslavados me recordaban al modo en que Ojos de Noche percibía el mundo cuando salíamos a cazar juntos al oscurecer y al alba. Era una luz blanda, bajo la cual, sin las distracciones del color, se distinguían con facilidad los movimientos mínimos de las presas. Yo caminaba ligero como el viento, pero Tordo arrastraba los pies con desconsuelo. De vez en cuando tosía. Esto me recordó que aún no se encontraba bien del todo, de manera que me obligué a tener paciencia con la lentitud de su avance.

Algunos murciélagos pequeños revoloteaban sobre las casas. Advertí el correteo furtivo de una rata rapiñadora cuando se escabulló desde detrás de un barril para la lluvia hacia una puerta. Me pregunté si sería la misma de la que Vencejo se quiso hacer amigo, pero después descarté la idea. Estábamos a unos pasos de la casa materna. No había nadie en el jardín. No vi ningún guardia apostado aquí, aunque sí en la orilla y el puerto. Saltaba a la vista que no temían que se iniciara ningún ataque por parte de los suyos. Esto me llevó a preguntarme si Peottre me habría contado todo lo que sabía acerca de Henja. No cabía duda de que tanto él como la narcheska recelaban de la sirvienta y, además, dijo que esta venía de fuera. ¿Por qué, entonces, no había apostado ningún guardia para protegerse de ella?

Mantuve a Tordo alejado de la puerta principal. Nos acercamos a la casa materna por la parte de atrás, sorteando los muros de piedra y los setos vivos que confinaban a las ovejas. Tras la esquina de un cobertizo, el príncipe nos esperaba junto a unos arbustos contiguos a los retretes. Se agitaba intranquilo mientras nos veía aproximarnos, y enseguida sentí su impaciencia. Levanté la

mano sin hacer ruido para indicarle que se uniera a nosotros al amparo del seto.

No os acerquéis. Quedaos ahí. No, escondéos. O marchaos.

Me detuve, confundido por el repentino cambio de opinión del príncipe. Un instante después vi lo que lo había sobresaltado. Elliania llevaba una capa sobre el camisón de noche cuando se asomó a la puerta y miró a su alrededor. Apenas me dio tiempo a ponerle la mano en el pecho a Tordo y urgirlo a ocultarse tras el seto. Molesto, el hombrecillo me obligó a quitarle los dedos de encima de un manotazo.

—Lo he oído —se quejó mientras le pedía en vano que se callara.

Tenemos que guardar silencio, Tordo. El príncipe no quiere que Elliania sepa que estamos aquí.

¿Por qué no?

Pues porque no quiere, así de sencillo. Tenemos que quedarnos escondidos aquí sin hacer ningún ruido. Me agaché tras los arbustos y di unas palmadas en la tierra para invitarlo a hacer lo mismo. Agazapado en la grisura, me miró con gesto hosco. Quería llevármelo a casa, pero estaba seguro de que Elliania lo oiría arrastrar los pies si intentábamos marcharnos de allí en ese momento. Sería mejor esperar. Imaginé que Elliania no tardaría en entrar de nuevo en la casa. Tal vez solo necesitaba salir a los aseos. Miré en derredor aprovechando un hueco entre el follaje.

Escondéos con nosotros antes de que os vea, le sugerí al príncipe por medio de la Habilidad.

No. Me ha visto. Marchaos. Hablaremos después. Acto seguido, sin dar crédito, sentí que levantaba los muros de su Habilidad para aislarse de mí. Había adquirido una gran fuerza. Ahora solo lo percibía por medio de la Maña, sereno y trémulo ante la firme mirada de la narcheska según esta se acercaba a él bajo la luz incierta de un sol que arañaba el filo del horizonte, negándose a ponerse por completo.

Me quedé asombrado al ver la prontitud con que caminó hacia él y lo cercana que se mostró al amparo de la penumbra. No era la primera vez que se reunían clandestinamente. Quería mirar a otra parte pero no podía dejar de observarlos, espiándolos entre los arbustos. La voz de la narcheska llegó débil hasta mis oídos.

—Oí abrirse y cerrarse la puerta, y cuando me asomé a la ventana, te vi aquí, esperando.

—No podía dormir. —Estiró los brazos, como si pretendiera tomarla de las manos, pero volvió a recogerlos. Más que verla, sentí la mirada cortante que lanzó en mi dirección.

Marchaos. Hablaremos mañana. El pensamiento que me mandó por medio de la Habilidad fue breve y conciso. Dudé que Tordo llegara a captarlo. Reforzó la orden con un tono regio. Quería que lo obedeciera.

No podemos. Sabéis que es peligroso. Pedidle que regrese a sus aposentos, Dedicado.

No sentí que hubiera recibido mi respuesta. Se había cerrado para concentrarse en la muchacha. A mis espaldas, Tordo se levantó dando un bostezo.

—Me vuelvo —anunció soñoliento.

Chis. No. Tenemos que quedarnos aquí y estarnos muy quietos. No hables en voz alta. Miré ansioso a la joven pareja, pero si Elliania oyó a Tordo, no dijo nada. Me pregunté inquieto dónde estaría Peottre y qué le haría a Dedicado si los encontraba juntos aquí.

Tordo suspiró con pesadez. Se agachó de nuevo y se sentó en el suelo.

Esto es una estupidez. Quiero volver a la cama.

Elliania miró las manos recogidas de Dedicado e, inclinando la cabeza, lo miró a la cara.

—Bien. ¿A quién esperabais? —Entornó los ojos—. ¿A Lestra? ¿Os ha invitado a veros aquí?

Una sonrisa muy extraña retorció la boca de Dedicado. ¿Se alegraba de que la narcheska estuviera celosa? Bajó la voz aún más que la narcheska, pero logré distinguir las palabras que formaban sus labios.

—¿Lestra? ¿Por qué iba a esperar a Lestra a la luz de la luna?

—Esta noche no brilla la luna —señaló Elliania con sequedad—. Y en cuanto a por qué ibais a esperar a Lestra, bien, porque estaría encantada de entregaros su cuerpo para que lo usarais como os placiese. Más por su afán de despreciarme a mí que porque os encuentre agraciado.

Dedicado se cruzó de brazos. Me pregunté si lo hizo para contener su satisfacción o para abstenerse de apretarla contra su pecho. Elliania era esbelta

como un sauce y las trenzas con que se recogía el pelo por la noche le llegaban hasta la cintura. Casi podía sentir cómo su calidez envolvía a Dedicado.

—De modo que pensáis que le parezco apuesto.

—¿Quién sabe? Le gustan las cosas raras. Tiene un gato con la cola torcida y algunos dedos de más. A ella le parece muy bonito. —Encogió los hombros—. Pero sería capaz de deciros que sois gallardo solo para encandilaros.

—¿De verdad? Pero tal vez yo no quiero que me encandile. Es guapa, pero tal vez ella a mí no me interese en absoluto —sugirió Dedicado.

La noche contuvo la respiración mientras ella lo escrutaba. Vi sus senos subir y bajar cuando respiró hondo para armarse de valor.

—Entonces ¿qué queréis? —le preguntó, leve como la brisa.

Dedicado no intentó tomarla entre sus brazos. Creo que ella se habría resistido. En vez de eso, alargó una mano y, con la yema de un dedo, le levantó la barbilla. Se inclinó hacia delante, agachándose para robarle un beso. ¿Para robárselo? Elliania no se apartó. De hecho, se alzó de puntillas, las bocas unidas bajo el crepúsculo tenue.

Me sentí como un viejo depravado, agazapado entre las sombras de los setos, espiándolos. Sabía que Dedicado se estaba buscando un problema, que los dos corrían un riesgo innecesario, pero celebraba que mi muchacho pudiera conocer el amor a pesar de haberse casado por conveniencia. Cuando al cabo el beso se rompió, confié en que Dedicado le pidiera a Elliania que se retirase a su habitación. Quería que disfrutase de este momento, pero también sabía que tendría que intervenir si intentaban llevar el experimento más allá de ese beso. La idea me desagradaba, pero me atuve a la realidad de la situación.

La pregunta entrecortada de la narcheska me sobrecogió.

—Un beso. ¿Es todo cuanto deseabais?

—Es todo cuanto tomaré por ahora —respondió él. Su pecho se inflaba y desinflaba como si acabara de subir corriendo una montaña—. Esperaré a haber conseguido algo más para tomar más.

Una sonrisa incierta aleteó en el rostro de ella.

—No necesitáis conseguir nada más si elijo entregarme a vos.

—Pero... dijisteis que no seríais mi esposa hasta que os trajera la cabeza del dragón.

—En mi tierra, la mujer se da siempre que así lo desea. No es lo mismo que estar casada. O que ser esposa, como vos decís. Cuando una niña se hace mujer, puede invitar a su lecho a todos los hombres que quiera. Eso no significa que quede casada con todos ellos. —Miró hacia un lado y musitó—: Vos seríais el primero para mí. Hay quien considera eso más importante que el estar prometidos. No me convertiría en vuestra esposa, por supuesto. No seré vuestra esposa ni quedaré casada con vos hasta que hayáis traído la cabeza del dragón aquí, a la casa de mis madres.

—A mí también me gustaría que fueseis la primera para mí —deseó Dedicado con delicadeza. Seguidamente, como si pronunciar las palabras le costase tanto como arrancar un árbol de raíz, declaró—: Pero no ahora, no hasta que haya hecho lo que prometí que haría.

Elliania lo miró sorprendida, pero no porque Dedicado insistiera en mantener la promesa.

—¿La primera? ¿De verdad? ¿Aún no habéis conocido mujer?

El príncipe necesitó un largo momento para admitirlo.

—Es costumbre en mi país, aunque no todos la respetan. Esperar hasta que nos casemos. —Habló con firmeza, como si temiera que ella se riese de su castidad.

—Me gustaría ser la primera para vos —admitió. Dio un paso hacia Dedicado, quien esta vez sí la estrechó entre sus brazos. La narcheska fundió su cuerpo contra el de él mientras la boca del príncipe se reunía con la de ella.

La Maña me avisó de la cercanía de Peottre antes de que ellos la advirtieran. Absortos como estaban, dudo que se hubiesen percatado si un rebaño de ovejas les hubiera pasado por encima en ese momento, pero me levanté cuando vi al anciano guerrero aparecer por la esquina de la casa materna. Portaba la espada en la cadera y un gesto desconfiado pesaba en sus ojos.

—Elliania.

La narcheska se zafó del abrazo de Dedicado. Con una mano culpable se secó los labios como si pretendiera ocultar el beso con que se había deleitado. A Dedicado le reconocí el mérito de mantenerse firme. Volvió la cabeza para mirar a Peottre cara a cara. No advertí el menor rastro de remordimientos ni vergüenza en su postura, nada que le confriese un aspecto juvenil. Parecía un

hombre al que hubieran interrumpido cuando estaba besando a la mujer que le pertenecía. Contuve la respiración, preguntándome si agravaría o diluiría la tensión del ambiente si me dejaba ver.

El silencio se tornó tan inmóvil y expectante como la propia noche. Dedicado y Peottre mantuvieron asidas las miradas, no a modo de duelo, sino más bien de tanteo. Cuando Peottre habló, se dirigió a Elliania.

—Deberías regresar a tu cámara.

Sin demorarse un instante, la narcheska se dio media vuelta y se escabulló. Sus pies descalzos no produjeron ruido alguno según corría por la tierra del jardín. En su ausencia, Dedicado y Peottre continuaron examinándose el uno al otro.

Al cabo, Peottre le recordó:

—La cabeza del dragón. Lo prometisteis. Como hombre, disteis vuestra palabra.

El príncipe inclinó la cabeza en ademán solemne.

—Así es. Como hombre, lo prometí.

Peottre se dispuso a seguir su camino. Dedicado añadió:

—Lo que Elliania me ofreció me lo propuso como mujer, no como narcheska. ¿Tiene la libertad para hacerlo, según vuestras costumbres?

Peottre enderezó la espalda. Se volvió despacio y le respondió a regañadientes.

—¿Quién si no podría ofrecérselo, salvo una mujer? Su cuerpo le pertenece a ella. Puede compartirlo con vos. Pero no será de verdad vuestra esposa hasta que le traigáis la cabeza de Yama de Hielo.

—Ah.

De nuevo, Peottre giró despacio sobre los talones para marcharse y, una vez más, la voz de Dedicado lo detuvo.

—En ese caso, ella goza de mayor libertad que yo. Mi cuerpo y mi simiente pertenecen a los Seis Ducados. No tengo libertad para compartirlos con quien lo desee, sino tan solo con mi esposa. Así lo dictan nuestras costumbres. —Casi lo oí tragar saliva—. Necesitaría que la narcheska lo supiera. Que, conforme a nuestra cultura, no puedo aceptar lo que me ofrece, salvo de un modo deshonesto. —Su voz se apagó, y cuando prosiguió fue para solicitarle a Peottre

—: Agradecería que no me tentara ni se mofase de lo que no puedo tomar honradamente. Soy un hombre pero... soy un hombre. —La explicación entrañaba tanta vergüenza como honestidad.

Peottre le respondió de igual manera. Le imprimió un respeto reticente a su voz al decir:

—Me encargaré de que le conste.

—¿Me... tendrá en menor estima? ¿Me considerará menos hombre?

—Yo no. Y me cercioraré de que comprenda lo mucho que a un hombre le cuesta declinar una invitación así. —Por un momento miró a Dedicado como si lo estuviera viendo por primera vez. Al proseguir, una inmensa tristeza afloró entre sus palabras—: Sois un hombre. Seríais un buen compañero para la hija de mi hermana. Las nietas de vuestra madre enriquecerían mi linaje. —Añadió esto último como si se tratase de una quimera en lugar de algo factible. Se volvió y se alejó en silencio.

Vi a Dedicado respirar hondo y expulsar el aire. Temía que me buscara con la Habilidad, pero, en lugar de eso, con la cabeza gacha, volvió a entrar en la casa materna de Elliania.

Tordo se había quedado dormido, sentado en el suelo con la barbilla apretada contra el pecho. Gimió ligeramente cuando le di un empujoncito para despertarlo y lo ayudé a levantarse.

—Quiero irme a casa —masculló mientras caminaba a trompicones junto a mí.

—Yo también —admití.

Pero no fue Torre del Alce lo que me vino a la cabeza, sino una pradera con vistas al mar, y una muchacha con una falda roja que me hacía señas. Una época más que un lugar. Ningún camino conducía ya en esa dirección.

Primos

Las agujas dentadas de la isla del dragón encierran el glaciar en sus fauces

Cuando la sangre mana de la boca abierta del moribundo.

Muchacho, ¿piensas adentrarte allí?

¿Escalarás los hielos para ganarte el respeto de los guerreros?

¿Te atreverás a salvar las grietas, las que se ven y las que no?

¿Desafiarás a los vientos que cantan a Yama de Hielo, el que reposa bajo el glaciar?

Te calcinará los huesos con su frío, tenlo por cierto. El viento gélido es su aliento abrasador.

Con él carbonizará la tez de tu rostro hasta que se desprenda de la quemada carne sonrosada.

Muchacho, ¿piensas aventurarte allí?

Para ganarte el favor de una mujer, ¿caminarás bajo los hielos, por las mojadas piedras negras que nunca ven los cielos?

¿Hallarás la caverna secreta que solo se abre cuando la marea baja?

¿Contarás los latidos de tu corazón para medir el paso del tiempo hasta que las olas regresen y te arranquen las entrañas al aplastarte contra el hielo azul marino que cubrirá tu cabeza?

La bienvenida del dragón,

canción marginada, traducción de Mechatejón

Al día siguiente se nos informó de que el conflicto que suponía el hecho de que el príncipe partiera para darle muerte a Yama de Hielo había quedado resuelto. Regresaríamos a Zylig para aceptar los términos de la Hetgurd y a continuación zarparíamos rumbo a Aslevjal para emprender la caza del dragón. Me pregunté por un momento si el repentino plan de que nos pusiésemos en marcha guardaría alguna relación con la escena que presencié la noche anterior, pero después vi que enviaban un ave con noticias sobre nuestra partida y concluí que sin duda las nuevas nos habían llegado con aquellas mismas alas.

El subsiguiente ajetreo me ahorró una incómoda conversación con el príncipe, si bien me trajo otro tipo de problemas. Tordo se negaba con rotundidad a embarcar de nuevo. De nada me sirvió insistirle en que debíamos hacerlo si queríamos regresar a casa. Este tipo de situaciones me permitían

atisbar los límites de su mente y su lógica. Había evolucionado mucho desde que se relacionaba con nosotros, de tal modo que no solo empleaba las palabras con más soltura, sino que también las elaboraba más. Me recordaba a un planta a la que por fin se le permitiera desarrollarse bajo la luz del sol, pues demostró poseer una capacidad de comprensión y un potencial que yo no esperaba encontrar en el zoquete abestiado que servía a Chade en su torre. Y, sin embargo, siempre sería distinto a los demás. A veces dejaba salir al niño temeroso y rebelde, y en esas ocasiones razonar con él no servía de nada. Al final Chade recurrió a un potente somnífero la noche previa al embarque, lo que me obligó a velar sus sueños durante la misma. Sufrió algunas pesadillas que hube de aplacar como mejor supe. Me preocupó que Ortiga no acudiera en mi ayuda, aunque por otro lado di gracias por ello.

Tordo seguía dormido como un tronco cuando a la mañana siguiente lo cargamos en una carretilla para subirlo al barco. Me sentí como un idiota al transportarlo por las calles bacheadas hasta los muelles, pero Telaraña me acompañó y me dio conversación con naturalidad, como si estas cosas fueran nuestro pan de cada día.

Nuestra marcha causó un revuelo mayor que nuestra llegada. Dos barcos nos esperaban. Observé que el contingente de los Seis Ducados al completo había embarcado en la nave de los Jabalíes, al igual que hicimos para venir. La narcheska, Peottre y su escaso séquito subieron a un barco más pequeño y viejo, dominado por la bandera del Narval. La Gran Madre bajó a despedirse de ella y darle su bendición. Entiendo que se llevaron a cabo también otras ceremonias, aunque no me fue posible seguirlas al detalle, puesto que Tordo comenzó a agitarse inquieto en el catre y me pareció más sensato permanecer junto a él, no fuese que se despertara y quisiese saltar a tierra.

Me senté junto a su catre en el pequeño camarote que se nos asignó e intenté infundirle paz y confort en sus sueños por medio de la Habilidad. El balanceo de las olas y los crujidos del barco también se introdujeron en ellos, pese a mi empeño por evitarlo. Se despertó gritando sobresaltado, se incorporó y deslizó una mirada demencial y aturdida por el camarote.

—¡Es una pesadilla! —se lamentó.

—No —tuve que contradecirlo—. Es real. Pero te prometo que te

protegeré, Tordo. Te lo prometo.

—¡No puedes prometerme eso! ¡Nadie puede prometer eso en un barco! — me acusó.

Tuve que rodearlo con el brazo para tranquilizarlo cuando se sentó. Se apartó de mí con brusquedad. Se acurrucó entre las mantas, se dio la vuelta de cara al mamparo y rompió a sollozar desconsolado.

—Tordo —le rogué en vano. Nunca me había sentido tan cruel, nunca había tenido la sensación de estar haciendo algo tan equivocado.

—¡Márchate!

A pesar de mis muros, su orden Habilidadosa me empujó la cabeza hacia atrás. Me levanté de un salto y retrocedí a tientas hasta la puerta del minúsculo camarote que compartiríamos con el destacamento de la Maña. Me obligué a detenerme.

—¿Hay alguien que quieras que te haga compañía? —le pregunté sin muchas esperanzas.

—¡No! ¡Todos me odiáis! Todos me engañáis y me envenenáis y me hacéis salir al mar para matarme. ¡Márchate!

No tuve ningún inconveniente en hacerle caso, pues su Habilidad me empujaba como un vendaval frío y devastador. Cuando salí por la puerta baja del compartimento, me erguí demasiado pronto y me golpeé la coronilla contra el dintel. Mareado por la fuerza del impacto, caminé a trompicones hasta la cubierta. La risa cruel de Tordo me dolió como un segundo cabezazo.

Pronto descubrí que no había sido un accidente. Tal vez sí el primero, pero durante los días que duró el viaje, Tordo me hizo tropezar tantas veces por medio de la Habilidad que enseguida descarté que se debiera a una coincidencia. Si yo estaba al tanto de él con antelación, podía evitarlo, pero si él me veía primero, yo no me daba cuenta hasta que sentía que el barco daba un bandazo. Intentaba recuperar el equilibrio, pero no conseguía más que salir tropezando a cubierta o agarrarme a alguna barandilla.

Sin embargo, entonces lo achaqué a mi mera torpeza.

Fui a hablar con Chade y Dedicado. En esta travesía disfrutábamos de mayor privacidad que en todas las anteriores. Peottre, la narcheska y sus guardias viajaban en el otro barco. Los miembros del Clan del Jabalí no parecían muy

interesados por el modo en que socializábamos, de manera que no nos hizo falta fingir demasiado.

Así, me dirigí directamente al camarote del príncipe y llamé a la puerta. Chade me invitó a pasar. Los encontré bien instalados, e incluso contaban con una mesa cubierta de vituallas. Todos los platos eran de elaboración marginada, pero al menos tenían comida de sobra. El vino que la acompañaba era de una calidad aceptable. Me complació que Dedicado me hiciera una señal con la cabeza para que me uniese a ellos.

—¿Cómo está Tordo? —me preguntó sin preámbulos.

Sentí cierto alivio al presentarle un informe detallado al respecto, ya que temía que me exigiese explicarle de inmediato la presencia de Ortiga. Le describí la incomodidad y la tristeza que apesadumbraban al hombrecillo y concluí comentándole:

—Con independencia de la fuerza de su Habilidad, no sé cómo podemos obligarlo a continuar. Cada vez que subimos a bordo de una nueva embarcación, me desprecia un poco más y se vuelve más intratable. Corremos el riesgo de que su rencor crezca tanto que después ya no seamos capaces de sofocarlo, lo que podría llevarlo a emplear la Habilidad para frustrar todos nuestros propósitos. Si su seguridad quedase garantizada, propondría que lo dejásemos en Zylig mientras nosotros continuamos hacia Aslevjal.

Chade posó su copa en la mesa con contundencia.

—Sabes que no es posible, de modo que ¿por qué lo sugieres? —Me constaba que su irritación encubría la culpa y los remordimientos que lo apesadumbraban cuando continuó—: Te juro que jamás imaginé que sería una experiencia tan dura para él. ¿No hay alguna manera de hacerle entender la importancia de lo que estamos haciendo?

—Tal vez el príncipe podría intentarlo. Tordo está tan enfadado conmigo ahora mismo que no creo que haga caso a nada de lo que yo le diga.

—No es el único que está enfadado contigo —apuntó Dedicado con serenidad. La calma con que se dirigió a mí me avisó de que en realidad la ira se había enquistado en lo más profundo de su alma. La controlaba como quien domina el manejo de su espada. Esperando el momento adecuado para el ataque.

—¿Preferís que os deje a solas para hablar de esto? —preguntó Chade mientras se levantaba un tanto aprisa.

—Oh, no. Puesto que no sabéis nada acerca de Ortega ni de su dragona, estoy seguro de que esto os ilustrará tanto a vos como a mí.

Chade volvió a reclinarse poco a poco en la silla, su huida frustrada por el sarcasmo del príncipe. Supe en ese momento que el anciano no tenía la menor intención de ayudarme. Que, de hecho, disfrutaba viéndome acorralado de esta manera.

—¿Quién es Ortega? —me preguntó Dedicado sin ambages.

Le respondí de igual modo.

—Mi hija. Aunque ella no lo sabe.

Se apretó contra la silla como si le hubiera echado un jarro de agua fría encima. Se produjo un largo silencio. Chade —maldito sea— se tapó la boca con la mano, aunque no antes de que yo le viera sonreír. Lo empalé con una mirada torva. Se quitó la mano de la cara y sonrió sin disimulo.

—Entiendo —dijo Dedicado al cabo. Como si fuese la conclusión más importante a la que había llegar, prosiguió—: Tengo una prima. ¡Una prima! ¿Qué edad tiene? ¿Cómo es que nunca la he visto? ¿O acaso sí la conozco? ¿Cuándo fue la última vez que visitó la corte? ¿Qué dama es su madre?

Me faltaban las palabras, pero me fastidió que Chade tuviera que responder por mí.

—Nunca ha visitado la corte, mi príncipe. Su madre es velera. Su padre... El hombre que ella cree que es su padre se llama Burrich, quien en tiempos servía como caballerizo en el castillo de Torre del Alce. Tiene dieciséis años, creo. —Guardó una pausa, acaso para que el príncipe pudiera asimilar toda la información.

—¿El padre de Vencejo? Entonces ¿Vencejo es hijo tuyo? Decías que tenías un hijo adoptado, pero...

—Vencejo sí es hijo de Burrich. Es hermanastro de Ortega. —Inspiré despacio y casi de un modo inconsciente, pregunté—: ¿Hay coñac? El vino no me basta para hablar de esto.

—Ya lo veo.

Se levantó y me lo acercó, más como sobrino que como príncipe en ese

momento, listo para dejarse embelesar por la historia de la familia. Me costó mucho decidirme a recordar el pasado y, de alguna manera, tener al lado a Chade asintiendo con compasión empeoraba aún más las cosas. Una vez que terminé de desenredar la maraña de vínculos y parentescos, Dedicado meneó la cabeza.

—Menudo parto de los montes que has organizado, Traspíe Hidalgo. Con estas piezas en su sitio, lo que mi madre me contó sobre ti tiene mucho más sentido. Y cómo debes de odiar a Molly y a Burrich, quienes enseguida se olvidaron de ti sin guardarte ningún tipo de lealtad y se ampararon el uno en el otro.

Me sorprendió que lo resumiera de ese modo.

—No —lo contradije con firmeza—. No ocurrió así. Los dos me daban por muerto. No dejaron de guardarme lealtad porque siguieran adelante con su vida. Y si Molly tenía que entregarse a otro hombre... me alegro de que eligiera a uno digno de ella. Y de que Burrich tuviera la oportunidad de ser feliz. Y de que juntos protegieran a mi hija. —El nudo que tenía en la garganta cada vez me ahogaba más la voz. Lo aflojé con un trago de coñac y resollé para recuperar el aliento—. Era el mejor hombre para ella —conseguí añadir. Me lo había dicho a mí mismo tantas veces a lo largo de los años...

—Me pregunto si ella estaría de acuerdo —musitó pensativo el príncipe, que, al reparar en mi expresión, se apresuró a decir—: Te ruego que me perdones. No me corresponde a mí cuestionar esas cosas. Pero... Pero me sigue sorprendiendo que mi madre permitiese todo esto. Muchas veces me ha insistido, con vehemencia, acerca de lo mucho que pesa sobre mis hombros por ser el único heredero del trono.

—En ese sentido dio prioridad a los sentimientos de Traspíe. A pesar de mis recomendaciones —explicó Chade. Noté cómo se regocijaba al poder justificarse por fin.

—Comprendo. Bien, en realidad, no lo comprendo, pero por el momento la pregunta es: ¿cómo has enseñado a Ortiga a Habilitar? ¿Vivías antes cerca de ella o...?

—No le he enseñado. Cuanto sabe ha llegado a dominarlo por sí misma.

—¡Pero a mí se me dijo que eso entraña un peligro letal! —La conmoción de

Dedicado se agravaba por momentos—. ¿Por qué permitiste que se arriesgara de ese modo, sabiendo lo importante que es para el trono de los Vatídico? — Aunque me dirigió la pregunta a mí, seguidamente le pidió explicaciones a Chade en tono acusador—: ¿Vos le impedisteis que viniera a la corte? ¿Todo esto es obra vuestra, un absurdo intento por proteger el nombre de los Vatídico?

—En absoluto, mi príncipe —negó el consejero sin perder la calma. Deslizó hasta mí su mirada serena y le dijo a Dedicado—: En numerosas ocasiones le he pedido a Traspíe que permita que Ortiga venga a Torre del Alce, para que sea consciente de lo importante que es para el linaje de los Vatídico y para que sea instruida en el empleo de la Habilidad. No obstante, también en este aspecto primaron los sentimientos de Traspíe Hidalgo. En contra de lo que la reina y yo propusimos.

El príncipe respiró hondo varias veces.

—No doy crédito —murmuró—. Es intolerable. Hay que ponerle remedio. Yo mismo lo haré.

—¿Qué haréis? —le pregunté.

—¡Decirle quién es! La traeré a la corte y le daré el tratamiento que corresponde a su condición. Me encargaré de que sea instruida en todas las materias, incluida la Habilidad. Están criando a mi prima como a una aldeana, ¡sin enseñarle más que a bañar velas y a echarles de comer a las gallinas! ¿Y si el trono de los Vatídico la necesitase? ¡Todavía no entiendo que mi madre accediera a algo así!

¿Hay algo más escalofriante que mirar a un quinceañero de intachable moral y darte cuenta de que si quisiera podría destapar hasta el último de tus secretos? La sensación de impotencia me revolvió el estómago.

—No os hacéis una idea de cómo afectaría eso a mi vida —le supliqué a media voz.

—No. No me la hago —admitió sin inconveniente, cada vez más agraviado—. Y tú tampoco. Te dedicas a tomar decisiones cruciales acerca de lo que los demás deberían saber o ignorar sobre su propia vida. ¡Pero en realidad tú no tienes más idea que yo de cómo saldrán las cosas! ¡Te limitas a hacer lo que te parece más seguro y después te quedas agazapado, rezando porque nadie lo descubra y te culpe si todo sale mal! —Dedicado estaba perdiendo los estribos y

de pronto comencé a sospechar que no se debía solo al asunto de Ortiga.

—¿Qué os enfurece tanto? —le pregunté sin rodeos—. Esto no tiene nada que ver con vos.

—¿Que no tiene nada que ver conmigo? ¡¿Que no tiene nada que ver conmigo?! —Se levantó, casi volcando la silla—. ¿Cómo no va a tener nada que ver conmigo Ortiga? ¿No tenemos un mismo abuelo? ¿No es acaso una Vatídico que además porta la magia de la Habilidad? ¿Sabes...? —Por un momento se le ahogó la voz, hasta que al cabo hizo un esfuerzo por recuperar la compostura. En un tono más sosegado, me preguntó—: ¿No has pensado en lo que habría significado para mí el haberme criado con alguien igual que yo? ¿Con alguien de mi sangre, de mi edad, con quien poder hablar? ¿Alguien con quien compartir la responsabilidad del reinado de los Vatídico, para que no recayera únicamente sobre mí? —Volvió la cabeza, detuvo la mirada en el mamparo, como si pudiera ver a su través, y dio un resoplido débil—. Podría ser ella quien ocupase este camarote, prometida con algún marginado, y no yo. Si mi madre y Chade hubieran dispuesto de dos Vatídico con los que negociar para comprar la paz, quién sabe...

La idea me heló la sangre. No quería decirle que de eso precisamente intentaba salvar a Ortiga. Le confesé, sin embargo, otra parte de la verdad.

—Nunca lo había meditado desde vuestra perspectiva. Nunca imaginé que pudiera afectaros en modo alguno.

—Bien, pues así es. Me afecta. —De pronto centró su atención en Chade—: Y la negligencia de vuestro comportamiento tampoco tiene justificación. Esta muchacha es la heredera del trono de los Vatídico, después de mí. Debería recogerse en un documento oficial, con testigos; ¡debería haberse hecho antes de que zarpásemos! Si algo me ocurriera, si pierdo la vida intentando desmochar al dragón congelado, estallará el caos y a todo el mundo le faltará tiempo para sugerir quién debería ser...

—Ya se ha hecho, mi príncipe. Hace muchos años. Los documentos están guardados a buen recaudo. En ese sentido, no he actuado con negligencia. —Al consejero parecía encolerizarle que a Dedicado se le hubiera ocurrido siquiera esa idea.

—Me habría gustado saberlo. ¿Alguno de vosotros me puede explicar por

qué era tan importante ocultarme esa información? —Nos miró furibundo a los dos, pero ancló en mí sus ojos penetrantes cuando observó—: Me da la sensación de que llevas una buena parte de tu vida tomando decisiones por los demás, haciendo lo que juzgas correcto sin preguntarles nunca lo que opinan. ¡Y no siempre tienes razón!

Me mantuve sereno.

—Es el inconveniente de tener que tomar decisiones. Nunca se sabe si son las correctas hasta que las has tomado. Pero es lo que los adultos deben hacer. Tomar decisiones. Y vivir con sus consecuencias.

Guardó silencio por un momento. Al cabo, señaló:

—¿Y si yo tomara la adulta decisión de revelarle su identidad a Ortega? ¿De reparar al menos esa parte del daño que le hemos hecho?

Tomé aire.

—Os pediría que no lo hicierais. No es algo que se le deba decir a la ligera, de súbito.

Permaneció callado unos instantes más, hasta que inquirió con ironía:

—¿Tengo algún otro pariente secreto que vaya a aparecer en mi vida cuando menos me lo espere?

—No que a mí me conste —le respondí con seriedad. Con mayor formalidad, agregué—: Mi príncipe, os lo ruego. Permitidme que sea yo quien se lo diga, si es preciso hacerlo.

—Es sin duda una tarea que mereces —observó este. Al oír lo cual, Chade, que durante los últimos momentos se había refugiado en una actitud solemne, sonrió de nuevo. Dedicado adoptó un ademán pensativo cuando comentó—: Se diría que posee una Habilidad muy fuerte. Imaginad cómo serían las cosas, si estuviera aquí ahora. Contaríamos con su apoyo y tal vez Tordo podría haberse quedado en casa, donde se sentiría a salvo.

—En realidad, Ortega trabaja muy bien con Tordo. Se le da muy bien calmarlo y ha sabido ganarse su confianza. Ella es quien puso fin a sus pesadillas durante el viaje a Zylig. Pero en cuanto a vuestra propuesta, no, mi príncipe. Tordo es demasiado fuerte y demasiado inestable para dejarlo solo en ninguna parte. Y eso es algo de lo que tendremos que encargarnos. Mientras más cosas le enseñemos, más peligroso se volverá.

—Creo que el mejor remedio para la terquedad de Tordo es llevarlo a casa y dejar que retome la vida a la que estaba acostumbrado. Espero que entonces su comportamiento se vuelva más constante. Por desgracia, primero debo encontrar y descabezar a un dragón.

Agradecí que dejásemos a un lado el asunto de Ortiga, aunque todavía necesitaba cerciorarme de una cosa más.

—Mi príncipe. Vencejo no sabe nada de esto, de que Ortiga es mi hija y de que solo es su medio hermana. Me gustaría que las cosas siguieran así.

—Ah, sí. Por supuesto, cuando decidiste mantener esto en secreto, nunca te preguntaste en qué medida afectaría a los niños que pudieran venir después.

—Tenéis razón. No lo hice —admití fríamente.

—Bien, no diré nada. Por ahora. Pero deberías pensar en cómo te sentirías si descubrieras hoy quiénes eran tus padres. —Me miró ladeando la cabeza—. Piénsalo. ¿Y si de pronto te revelaran que no eres hijo de Hidalgo, sino de Veraz? ¿O de Regio? ¿O de Chade? ¿Les estarías muy agradecido a quienes lo sabían desde siempre y, sin embargo, «te protegieron» de la verdad?

La fría grieta de la duda se abrió por un instante en mi cabeza, aunque enseguida descarté aquella idea tan descabellada. En efecto, Chade era capaz de urdir un engaño de ese tipo, pero mi lógica me llevó a descartar la posibilidad. Aun así, Dedicado había alcanzado su objetivo. Acababa de despertar en mí la rabia que habría sentido si me hubieran engañado durante tanto tiempo.

—Tal vez los odiaría —admití. Lo miré con fijeza a los ojos para añadir—: Y ese es otro de los motivos por los que no quiero que Ortiga sepa nada.

El príncipe frunció los labios y asintió brevemente. No estaba prometiéndome que me guardaría el secreto, sino más bien reconociendo que revelarlo podría desencadenar demasiadas complicaciones. Era todo el apoyo que me daría. Confiaba en que la discusión terminase aquí, pero entornó apenas los ojos para inquirir:

—¿Y por qué la reina Permitidme Que Lo Dude habla con la dragona del Mitonar? ¿Acaso se ha confabulado con Tintaglia?

—¡No, mi príncipe! —Me desconcertó que pudiera sospechar algo así de Ortiga—. Tintaglia la encontró cuando acechaba en mi mente, o eso pienso yo. Cuando Habilidadamos con más fuerza, creo que la dragona puede vernos. O,

como vos y Tordo comprobasteis, cuando camináis en sueños por medio de la Habilidad. Tintaglia sabe algo acerca de mí desde que la delegación del Mitonar visitara Torre del Alce. Entonces no empleamos la Habilidad con la debida cautela, y creo que dio conmigo. Sabe que visito a Ortiga. Creo que pretende amenazarla de alguna manera para sonsacarme información. Quiere que le cuente lo que sabemos acerca del dragón negro, Yama de Hielo. Dado que las crías de dragón que eclosionaron en los Territorios Pluviales se encuentran débiles, tal vez ese dragón sea el único con el que se puede aparear. Y por ello tal vez sea su única esperanza de salvar a la especie.

—Y no tenemos modo alguno de proteger a Ortiga.

Una chispa de orgullo avivó el tono de mi voz cuando dije:

—Ha demostrado saber desenvolverse muy bien con la dragona. Se ha defendido ella y me ha defendido a mí, mucho mejor de lo que yo lo habría hecho sin su ayuda.

Me escrutó con la mirada.

—Y sin duda seguirá haciéndolo. Mientras la dragona siga siendo un peligro que solo existe en sus sueños. Pero no sabemos mucho acerca de Tintaglia. Si, como ya se ha sugerido, el dragón negro es el único con el que se puede aparear, tal vez su desesperación no haga sino agravarse. Quizá Ortiga se pueda defender en sus sueños; ¿cómo se desenvolvería frente a una dragona que se presentase en la puerta de su casa? ¿Resistiría el hogar de Burrich la furia de una dragona?

Esa era una situación que prefería no contemplar.

—Según parece, solo puede dar con Ortiga una vez que anochece, cuando se acuesta. Tal vez no sepa dónde vive en realidad.

—O tal vez sencillamente prefiera permanecer junto a sus crías. Por el momento. Pero mañana por la noche, o dentro de una hora, empujada por la desesperación, podría emprender el vuelo hacia la casa de Ortiga. —Se llevó los pulpejos de las manos a las sienes y se las masajeó con los ojos cerrados. Al abrirlos de nuevo, me miró meneando la cabeza—. No puedo creer que nunca considerases esta posibilidad. ¿Qué vamos a hacer? —En vez de esperar a que le respondiese, se volvió hacia Chade—: ¿Llevamos a bordo aves mensajeras?

—Por supuesto, mi príncipe.

—Le enviaré un mensaje a mi madre. Hay que poner a Ortiga a salvo en

Torre del Alce... Ah, esto es absurdo. Sería mucho más rápido hablarle por medio de la Habilidad, avisarle del peligro y enviarla con mi madre. —Se puso las manos sobre los ojos, se los frotó y exhaló un suspiro pesado al bajarlas otra vez—. Lo siento, Traspie Hidalgo —se lamentó a media voz, con sinceridad—. Si no se hallase en peligro, tal vez podría dejar las cosas como están. Pero no puedo. Me sorprende que no pensaras en tomar medidas.

Agaché la cabeza. Su comentario me provocó una sensación extraña, no rabia ni desconcierto, sino la impresión de que al fin estaba ocurriendo lo inevitable. Un escalofrío me estremeció, haciendo que se me erizase el vello de las manos y los brazos. En mi cabeza visualicé al bufón, sonriendo satisfecho. Al bajar la vista vi que una vez más estaba palpando las huellas dactilares que me dejara en la muñeca. Me sentí como si hubieran jugado conmigo con el propósito de ejecutar un movimiento decisivo en una partida de piedras. O como un lobo, acorralado al fin. El cambio era demasiado importante para lamentarse o abandonarse al miedo. Tan solo cabía quedarse paralizado, a la espera de la avalancha de consecuencias que aquel acarrearía.

—Traspie Hidalgo —dijo Chade cuando mi silencio comenzaba a prolongarse. Percibí el tono de preocupación de su voz y la amabilidad con que me miró casi llegó a dolerme.

—Burrich sabe —trastabillé—. Que estoy vivo. Le hice llegar un mensaje a través de Ortiga, el cual solo él entendería. Porque le di mi palabra a Ortiga y necesitaba que Burrich supiera que su hijo... que Vencejo estaba a salvo y con nosotros. Burrich fue a hablar con Kettricken. Y, tal vez hablase con el bufón, también. De modo que... lo sabe. —Respiré hondo—. Puede que incluso esté esperando algo como esto, que sea llamado a la corte. Debe de sospechar que Ortiga porta la Habilidad. ¿Cómo si no podría haberle hecho yo saber que Vencejo se encontraba a salvo? Servía a Hidalgo como Hombre del Rey. Sabe lo que es la Habilidad. Ojalá Hidalgo no le hubiera impedido emplear la magia. Ojalá pudiera contactar con su mente en este momento. Aunque no creo que tuviese el valor...

—¿Burrich servía a Hidalgo como Hombre del Rey? —Dedicado inclinó la silla hasta equilibrarla sobre las dos patas traseras. Nos miró consternado primero al uno y después al otro.

—Le prestaba su fuerza al príncipe Hidalgo para que este pudiera Habilitar —confirmé.

Dedicado meneó la cabeza despacio.

—Otra cosa de la que nunca se me había hablado. —Volvió a apoyar la silla de golpe contra la cubierta—. ¿Qué hace falta? —inquirió furioso—. ¿Qué tiene que ocurrir para sonsacaros a vosotros dos todos los secretos que guardáis?

—Eso no era un secreto —opuso Chade con pesar—. Tan solo algo que ocurrió hace mucho, que quedó olvidado en el pasado, pues no revestía importancia para el presente. Traspíe, ¿estás seguro de que Burrich no puede emplear la Habilidad en modo alguno?

—Sí. He intentado llegar hasta él en numerosas ocasiones. Un día incluso intenté emplear su fuerza para Habilitar, aquella vez en las Montañas. Nada. Es hermético. Ortega ha intentado introducirse en sus sueños, pero le ha sido imposible. Fuera lo que fuese lo que Hidalgo le hizo, lo hizo a conciencia.

—Interesante. Deberíamos investigar la naturaleza del sello que Hidalgo le impuso. Si un día la Habilidad de Tordo se convirtiera en una amenaza y necesitásemos librarnos de ella, esa podría ser una forma de hacerlo. Sellarlo. —Chade expuso la posibilidad con su aire meditabundo, sin reparar en que a los demás les pudiera parecer censurable.

—¡Ya basta! —le espetó el príncipe, imprimiéndole una intensidad a la orden que nos estremeció a los dos. Se cruzó de brazos y meneó la cabeza—. Os sentáis aquí como si fueseis titiriteros y desde la distancia decidís sobre la vida de los demás y cómo los manipularéis. —Su mirada pivotó despacio del uno al otro, obligándonos a los dos a sostenérsela. Era joven y vulnerable, pero de súbito, sintiéndose nuestra presa, hizo bien al enfrentarse a nosotros—. ¿Os hacéis una idea del miedo que me dais a veces? ¿Cómo puedo sentarme aquí, ver el modo en que habéis influido en la vida de Ortega y no preguntarme de qué manera habréis manipulado la mía? Vos, Chade, habláis como si nada de impedirle a Tordo que use la Habilidad. ¿No es lógico que me pregunte entonces si uniríais vuestras fuerzas para hacerme lo mismo a mí, si de alguna forma me convirtiese en un obstáculo para vuestros planes?

Me sorprendió que nos metiera en el mismo saco, pero, aun así, por escalofriantes que me pareciesen sus afirmaciones, no podía contradecirlo. Aquí

estaba, envuelto en una misión que no había ideado para conseguir una esposa que no había elegido. No me atrevía a volverme hacia Chade porque ¿cómo interpretaría el príncipe nuestro intercambio de miradas? Opté por bajar la vista hasta la copa de coñac, la cual levanté con dos dedos para agitarla y hacer girar la bebida, como tantas veces viese hacer a Veraz cuando meditaba sobre algo. No obstante, las respuestas que él encontraba en el remolino de licor a mí me eludían.

Oí que Chade arañaba despacio la cubierta con la silla al apartarse de la mesa y me aventuré a mirar en su dirección. Se levantó, más anciano de lo que era hacía tan solo diez minutos, y rodeó la mesa poco a poco. Cuando el príncipe se dio la vuelta en su silla para mirarlo, extrañado, el viejo asesino hincó una rodilla en la tablazón con pesadez, y a continuación la otra, ante él. Agachó la cabeza y habló mirando al suelo.

—Mi príncipe —dijo con la voz quebrada—. Vos seréis mi rey. Es el único plan que tengo. Jamás movería un dedo para haceros daño, no, ni actuaría para que os lo hicieran otros. Exigidme ahora, si así lo deseáis, el juramento de lealtad que otros solo pronunciarán de manera formal cuando asumáis plenamente la condición de monarca. Pues os la he brindado desde el momento en que nacisteis. No, desde que fuisteis concebido.

Las lágrimas me pinchaban los ojos.

Dedicado colocó los brazos en jarras y se inclinó hacia delante. Le habló a la nuca del consejero.

—Y, sin embargo, me mentisteis. «No sé nada de Ortiga ni de la dragona.» —Imitó a la perfección el tono inocente de Chade—. ¿No fue eso lo que me dijisteis?

Se impuso un silencio excesivo. Me compadecí de Chade por el dolor de rodillas que debía de estar padeciendo. Inspiró hondo y habló de mala gana.

—No me parece justo considerarlo mentira cuando los dos sabíamos que estaba mintiendo. Cuando un hombre desempeña un cargo como el mío, se sabe que en ocasiones le mentará a su señor. Para que este después pueda hablar con toda sinceridad cuando se le pregunte qué se le ha contado acerca de un determinado tema.

—Ah, levantaos. —La exasperación se mezcló con un cansado gozo en la

voz del príncipe—. Retorcéis las cosas hasta el punto de que ninguno de los dos sabemos de qué estáis hablando. Podéis jurarme lealtad mil veces, pero si mañana estimaseis que con una buena purga me ayudaríais de alguna manera, os faltaría tiempo para administrarme un emético.

Se puso de pie y le tendió una mano. Chade la aceptó y Dedicado lo ayudó a levantarse. El viejo asesino gruñó al enderezar la espalda y rodeó la mesa para ocupar su sitio de nuevo. No parecía escarmentado por el dictamen franco del príncipe ni por el fracaso de su espectáculo.

Me pregunté qué acababa de presenciar. No era la primera vez que reparaba en las diferencias que existían entre la relación del viejo asesino y el muchacho, y el modo en que nos entendíamos nosotros cuando yo era un niño. Lo cual, pensé, era la respuesta en resumidas cuentas. Cuando Chade y yo nos sentábamos a hablar, lo hacíamos como compañeros, sin espantarnos ante los sucios secretos del oficio. No debíamos expresarnos de la misma manera en presencia del príncipe, decidí. Dedicado no era un asesino, por lo que no debíamos involucrarlo en los asuntos más rastreros. No habíamos de mentirle, pero tal vez podríamos abstenernos de restregárselos por las narices.

Quizá fuese eso lo que el muchacho nos estaba recordando. Meneé la cabeza en muda admiración. Su comportamiento se tornaba cada vez más regio, con la naturalidad con que un cachorro explora el rastro que empieza a detectar. Ya sabía cómo disponer de nosotros y utilizarnos. La idea, lejos de hacerme sentir degradado, me reconfortó.

Al instante siguiente, Dedicado me arrebató esa sensación de comodidad.

—Traspié Hidalgo, espero que esta noche hables con Ortega en sus sueños. Dile que por orden mía debe personarse en el castillo de Torre del Alce y solicitar el amparo de mi madre. Con eso se convencerá de que soy quien digo ser. ¿Lo harás?

—¿Debo emplear las mismas palabras? —le pregunté a regañadientes.

—Bueno... Tal vez puedas usar otras. Ah, dile lo que quieras, con tal de que parta para Torre del Alce de inmediato y de que comprenda que el peligro que corre es real. Yo le escribiré un mensaje breve a mi madre y se lo enviaré con un ave, para cerciorarme de que todos entiendan que esto no admite discusión. — Se levantó y exhaló un suspiro profundo—. Y ahora me retiro a dormir, en una

cama de verdad situada detrás de una puerta cerrada en lugar de sobre un tablón a la vista de todos en medio de una sala como si fuera un gran trofeo de caza. No recuerdo la última vez que estaba tan cansado.

Sentí alivio al salir del camarote. Me acerqué a cubierta. El viento corría fresco, Riesgo surcaba el cielo por delante del barco y hacía un buen día. No acertaba a decidir si la tarea que debía realizar me aterraba o me entusiasmaba. Dedicado no había dicho que tuviera que revelarle a Ortega que era mi hija. Sin embargo, enviarla al castillo de Torre del Alce equivalía a que diese el primer paso para que terminara averiguándolo. Meneé la cabeza. Ya no sabía qué deseaba. Sabía, empero, qué temía. Lo que el príncipe había dicho acerca de Tintaglia me angustiaba. ¿Confiaba demasiado en la capacidad de Ortega para deshacerse de la dragona? ¿Podría averiguar la bestia dónde vivía?

El día transcurrió lentamente para mí. Fui a ver a Tordo dos veces. Continuaba en su catre, con la cara vuelta hacia el mamparo, convencido de que seguía mareado. En realidad, me daba la impresión de que se empezaba a acostumbrar a las travesías por mar. Cuando le comenté que no me parecía que estuviese enfermo y que tal vez le gustaría salir a cubierta, casi consiguió vomitar sobre mis zapatos al provocarse unas violentas arcadas. Al final se abandonó a un acceso auténtico de tos, áspera y profunda, por lo que decidí que sería mejor dejarlo tranquilo. Cuando salí me golpeé «accidentalmente» el hombro contra el marco de la puerta. Tordo se rio.

Con la mano sobre el nuevo cardenal, abandoné el camarote. En la cubierta de proa encontré a Acertijo con un cuadrado de lona y un puñado de guijarros de la playa, intentando enseñar a jugar a las piedras a dos tripulantes. Ignoré la inquietante escena y encontré a Vencejo y Civil. El gato se había encaramado a uno de los mástiles y estaban intentando convencerlo para que bajase, para incordio del capitán y diversión de varios marginados.

Riesgo brincaba entre la jarcia, fuera del alcance del gato, provocándolo, graznando con las alas a medio desplegar, hasta que llegó Telaraña y le ordenó que lo dejara tranquilo y lo ayudase a descender.

Así pasó el día y llegó la temida y esperada noche. Regresé al camarote que compartía con Tordo. Vencejo le había traído la cena; los platos que había dejado vacíos en el suelo indicaban que su apetito permanecía intacto. Los apilé

y los dejé a un lado, para tropezar con ellos al momento siguiente. La risita amortiguada de Tordo lo delató como testigo de mi torpeza. Cuando le di las buenas noches, me ignoró.

Él ocupaba el único catre del que disponíamos. Me tumbé en el suelo sobre mis mantas y dediqué un buen rato a tranquilizarme lo suficiente para situarme en esa frontera difusa entre el sueño y la vigilia desde donde poder echar a caminar por medio de la Habilidad. Tiempo perdido. Por mucho que busqué a Ortiga, no di con ella. Esto me preocupó hasta el punto de que no conseguí conciliar el sueño, por lo que realicé varias incursiones por medio de la Habilidad a lo largo de la noche, sin éxito. Sin embargo, mientras más la buscaba, más se acentuaba su ausencia.

En la penumbra del camarote diminuto y sofocante, intenté convencerme de que si a Ortiga le había ocurrido algo, seguramente terminaría sabiéndolo. Un vínculo de Habilidad nos unía. Sin duda me habría avisado de haberse visto en apuros. Me consolé pensando que no sería la primera vez que mi hija me impedía acceder a sus sueños; además, estaba enfadada conmigo por «permitir» que el príncipe irrumpiese en nuestro lugar compartido la última vez que nos encontramos. Tal vez me estuviera castigando. No obstante, tendido en la oscuridad con la mirada hundida en la negrura, recordé que la última vez que vi a Tintaglia, esta aseguró que podía impedir que me comunicase con Ortiga si así lo deseaba. ¿Qué le dijo a Ortiga? «Estás bien sola, si yo así lo decido.» ¿Dónde estaba mi hija en este momento? ¿Atrapada en una pesadilla, atormentada por la dragona? No, me convencí a mí mismo. Ortiga había demostrado que sabía defenderse muy bien en ese terreno. Maldije la lógica que Chade me inculcó, pues me llevaba a deducir que en ese caso la dragona, a fin de conseguir lo que deseaba, trasladaría el campo de batalla a un territorio donde se sintiera más cómoda. Con lo cual emprendería la búsqueda del lugar donde mi hija vivía en realidad.

¿A qué velocidad volarían los dragones? ¿A la suficiente para partir de los rápidos del Pluvia y llegar a Gama en una noche? Tal vez. Aunque no lo sabía, no podía asegurarlo. Me revolví sobre las tablas del suelo y forcejeé con las mantas cortas.

Cuando por fin amaneció, me incorporé, con los ojos irritados, y me levanté

tambaleándome. De alguna manera los pies se me enredaron entre las mantas y me resbalé, golpeándome las espinillas. Tordo se hizo el dormido mientras me oía maldecir. Salí del camarote y fui a informar al príncipe sin dilación. Me escuchó sumido en un silencio lúgubre. Ni él ni Chade me recriminaron lo necio que había sido por dejar a mi hija indefensa frente a una dragona pensando que así la protegería. El príncipe se limitó a decir:

—Esperemos que tan solo esté enfadada contigo. El ave salió ayer. Y en cuanto llegue a Torre del Alce, mi madre ordenará que vayan a recoger a Ortiga. Le dije que se encuentra en grave peligro, por lo que no hay tiempo que perder. Hemos hecho cuanto está en nuestra mano, Traspíe Hidalgo.

Su respuesta no me aportó un gran consuelo. Cuando no imaginaba a la dragona dándose un festín con la carne tierna de Ortiga, pensaba en cómo reaccionaría Burrich al ver presentarse en su casa a una compañía de la Guardia de la Reina para llevarse a Ortiga al castillo de Torre del Alce. Pasé el viaje hundido en una incertidumbre desazonadora, sin nada que me distrajera, salvo los sutiles y hoscas ataques que Tordo ejecutaba contra mí. La segunda vez que me arañé los nudillos al ir a agarrar el pomo de la puerta, me volví hacia él.

—Sé que esto es cosa tuya, Tordo. No me parece justo. Yo no tengo la culpa de que debas hacer este viaje.

Se sentó despacio, con las piernas desnudas colgando por el borde del catre.

—Entonces ¿quién tiene la culpa, eh? ¿Quién me subió al barco, si encerrarme aquí me va a matar?

En ese momento fui consciente de mi error. No podía decirle que me limitaba a cumplir las órdenes del príncipe. Chade llevaba razón. Yo debía asumir toda la responsabilidad. Suspiré.

—Yo te subí al barco, Tordo. Porque necesitamos que nos ayudes si queremos darle muerte al dragón. —Le imprimí a mi voz toda la calidez y la emoción que pude—. ¿No quieres ayudar al príncipe? ¿No quieres formar parte de esta aventura que estamos viviendo?

Me escrutó con los ojos entornados como si hubiera perdido el juicio.

—¿Aventura? ¿Vomitara y comer comida pescadosa? ¿Subir y bajar, subir y bajar, todo el tiempo? ¿Toparme con gente que se pregunta por qué no estoy muerto? —Cruzó sus brazos rechonchos sobre el pecho—. Sé lo que dicen las

fábulas de aventuras. En las aventuras hay monedas de oro y magia y muchachas hermosas que besar. ¡Las aventuras no me revuelven las tripas!

En ese momento tuve que darle la razón. Cuando salí del camarote, me tropecé con el marco de la puerta.

—¡Tordo! —lo regañé.

—¡Yo no he sido! —replicó, sin poder ahogar una risa.

Los pequeños barcos parecían volar a ras de las olas coronadas de blanco, y el viento soplaba a nuestro favor. Aun así, el viaje se me estaba haciendo interminable. Por el día intentaba supervisar las lecciones de Vencejo y cerciorarme de que Tordo no estuviera desatendido sin llevarme una nueva colección de cardenales. Por la noche ponía todo mi empeño en contactar con mi hija, sin encontrar rastro de ella. Cuando arribamos a Zylig, me sentía como un náufrago moribundo, y posiblemente ese era el aspecto que ofrecía. Telaraña se unió a mí en la barandilla mientras veía cómo nos aproximábamos a la ciudad.

—No te preguntaré por tus secretos —me aseguró en voz baja—. Pero cuentas con mi ayuda para cargar con aquel peso que debes soportar, si está en mi mano.

—Gracias, pero ya me has quitado de encima una buena parte de la carga. Sé que me he mostrado muy impaciente con Vencejo estos últimos días, y que te has encargado de supervisar sus lecciones. Y también sé que a menudo has ido a ver a Tordo para ayudarlo a sobrellevar el aburrimiento. Es todo el apoyo que puedo pedir ahora mismo. Gracias.

—Muy bien, entonces —convino abatido. Me dio una palmada en el hombro y se alejó.

La estancia en Zylig se me hizo eterna. Pasamos las noches en el casón fuerte, donde yo además pasé bastantes días. Tordo aún tenía tos, pero no me parecía que estuviera tan enfermo como aseguraba. Aunque se me hiciera tedioso permanecer junto a su cuarto de enfermo, no me cabía duda de que era lo más sensato, pues en las dos ocasiones que lo convencí para que saliera, todos los miraron con repulsión. Tordo era como un polluelo cojo en medio de una nidada sana; cualquier excusa habría servido para que los demás lo matasen a picotazos. No me tenía en gran estima y, sin embargo, no me parecía bien dejarlo solo. Aunque nunca me pidió que me quedase con él, cada vez que salía

del cuarto que él ocupaba, ideaba algún pretexto para seguirme o para llamarme a los pocos minutos.

La primera vez que Telaraña vino a ver a Tordo por petición de Chade, supuse que en realidad el anciano pretendía que pasásemos ese rato dentro de la misma habitación. Sin embargo, después el consejero me llamó a mí y me solicitó que pasase la noche fuera, para lo cual me hizo vestirme con ropas de marginado e incluso me adornó con un búho que me dibujó apresuradamente en la mejilla a modo de tatuaje. Con un poco de pintura y brea me abrió una cicatriz retorcida en el labio inferior que justificaría mi ademán taciturno y mi expresividad gutural. Me entregó suficiente dinero marginado para que me pasase la noche sentándome a beber su lamentable cerveza en sus asfixiantes tabernas. Después de aquello salí varias veces más, siempre ataviado como mercader de un clan distinto. Zylig era un puerto comercial de envergadura; nadie se fijaría en un rostro extraño en una taberna bulliciosa. Mi función consistía en sentarme a escuchar los rumores e historias que circulaban por la ciudad. Las negociaciones con la Hetgurd habían suscitado el interés de todo el mundo. Los bardos marginados recibían generosas propinas para que entonasen hasta la última de las canciones que conocían sobre Aslevjal y Yama de Hielo, y asimismo se contaban toda suerte de fábulas imaginativas con las que impresionar a los amigos alrededor de la lumbre de la posada. Yo las escuchaba todas con atención, reduciendo los rumores y las leyendas a hechos cotidianos que pudieran contener una pizca de verdad.

Sin duda había algo congelado bajo el hielo de la isla de Aslevjal, aunque hacía casi una generación que nadie lo veía con claridad. Los hombres contaban las historias que sus padres les relataron cuando visitaron la isla. Algunos acamparon en la playa y se adentraron en el glaciar para echar un vistazo. Otros visitaron el lugar al producirse las mareas más bajas del año, cuando al retirarse el agua quedaba al descubierto un túnel subterráneo en el extremo sur de la isla. A decir de todos, se trataba de una incursión arriesgada, pues cuando uno se adentraba en aquellos canales bordeados de hielo azul, era fácil extraviarse o calcular mal la sucesión de las mareas y permanecer dentro demasiado tiempo. Así, la marea volvía a subir y atrapaba a los más imprudentes, de los que ya no se volvía a saber nada. Para los más sensatos, fuertes y astutos, el túnel subterráneo

conducía hasta una caverna inmensa, donde podían hablar con el dragón atrapado y suplicarle un favor. Unos ganaban pericia como cazadores, otros obtenían suerte con las mujeres y algunos aportaban fecundidad a sus respectivas casas maternas. O eso contaban las fábulas.

Se hablaba también de que había que dejar una ofrenda para el Hombre Negro de Aslevjal. Algunos lo describían como una especie de ermitaño, mientras que para otros era un espíritu que guardaba al dragón. Todos coincidían en que se trataba de alguien peligroso y en que convenía aplacarlo con un presente. Según unos, la carne roja cruda era el mejor regalo, y según otros, cabía la posibilidad de ganarse su buena voluntad con paquetes de hierbas de té, cuentas brillantes o tarros de miel.

En dos ocasiones los narradores relacionaron la isla con la Guerra de las Velas Rojas. De este suceso no se habló demasiado; no les gustaba centrarse en un conflicto en el que no obtuvieron una victoria gloriosa. Concluí que, durante la guerra, Kebal Ganapán y la Mujer Pálida intentaron levantar una fortaleza en Aslevjal. Nadie explicó el porqué, pero a muchos prisioneros de los Seis Ducados se les llevó allí, donde habrían de trabajar como esclavos hasta el fin de sus días. Al parecer, Ganapán había tomado como prisioneros también a aquellos marginados que se oponían a esta guerra. Los forjó y los llevó a la isla de Aslevjal, de tal modo que ya nunca más se supo de ellos. Con el tiempo la isla se ganó una fama de lugar vergonzoso y lúgubre que competía con su legendario dragón. Pocos albergaban ya el deseo de viajar allí para demostrar su coraje.

Toda esta información la memorizaba y se la hacía llegar en detalle a Chade y Dedicado. Durante las charlas que manteníamos a altas horas de la noche, mi antiguo mentor y yo intentábamos determinar en qué medida estas cosas podrían hacer la expedición más sencilla o más complicada. En ocasiones me daba la impresión de que tan solo comentábamos estos vagos rumores porque había muy pocas cosas de las que estuviéramos seguros.

Dedicado mantuvo dos largas reuniones con la Hetgurd, cada una de las cuales duró varios días. Como resultado, los términos de la caza del dragón se decidieron como si se tratase de una competición de lucha o de tiro al arco. Lo que llevó a Chade a morderse la lengua fue que el Clan del Jabalí preparase esta negociación y nos pusiera en un compromiso sin consultarlo con él. Aunque yo

no lo presencié, oí que Arkon Hojasanguina se quedó sorprendido cuando el príncipe, con fría galanura, manifestó su asombro al conocer las condiciones.

—No podemos cambiar lo que ha acordado en nuestro nombre —me dijo Chade con gravedad—. Pero ha merecido la pena ver la cara de Hojasanguina cuando Dedicado le dijo: «Mi palabra es mía, y yo soy el único que puede darla. Nunca volváis a tomaros la libertad de hablar por mí».

Esto me contó con una copa de coñac de por medio, en la misma habitación del casón fuerte que ocupamos durante la visita anterior. Tordo y Dedicado se encontraban en la cámara contigua. Tan solo oía el tono de su conversación: Dedicado le estaba explicando con calma a Tordo por qué debía subir a un barco al día siguiente, a lo que Tordo respondió primero con un gemido infantil y después bramando como un adulto. No parecía que lo estuviera convenciendo. Pero, teniendo en cuenta el compromiso en el que Hojasanguina nos había puesto, supuse que las cosas ya no podían torcerse mucho más.

A los nobles les había ido bien durante nuestra ausencia, mejor de lo que esperaba. Ya se habían empezado a formalizar varias alianzas mercantiles entre los clanes y las casas de los Seis Ducados. El hecho de lucir sus correspondientes emblemas parecía haberlos distanciado del Alce de los Vatídico lo suficiente para que pudieran acercarse a los distintos clanes sin que estos los recibieran con prejuicios. Dedicado cenaba con los nobles casi todas las noches y a diario recibía noticias sobre un nuevo acuerdo comercial. Si el príncipe lograba traerle la cabeza del dragón a la narcheska, habríamos conseguido nuestro objetivo. Los vínculos entre Seis Ducados y las Islas del Margen quedarían tan reforzados por medio del matrimonio y el comercio que a nadie le beneficiaría ya que estallase una nueva guerra.

Con todo, la Hetgurd parecía decidida a ponérselo difícil. Se permitiría que el príncipe de los Vatídico desafiase al dragón, pero la asamblea había definido las reglas del enfrentamiento. Cuando partiéramos rumbo a Aslevjal no nos acompañaría la Guardia del Príncipe, sino solo un número reducido de guerreros. El destacamento de la Maña de Dedicado representaba la mayoría de ese contingente, y hasta ahora el príncipe se había negado a considerar la propuesta de Chade, que consistía en que dejase en tierra a sus aliados Mañosos y llevase a los combatientes más curtidos. Tal como estipuló Dedicado, la

narcheska nos acompañaría. Dimos por hecho que Peottre se uniría al viaje, y quizá también algunos guerreros de los clanes del Narval y el Jabalí, aunque nadie nos había prometido que podíamos contar con su apoyo. Un barco elegido por la Hetgurd nos transportaría hasta Aslevjal. También llevaría a los seis representantes de la asamblea, quienes se cerciorarían de que no rompiéramos ninguna de sus reglas. Vendría un grupo de guerreros, elegidos entre seis clanes distintos y entre los cuales no se contaban el Jabalí ni el Narval. Se les permitiría defenderse si el dragón les atacaba, pero por lo demás no debían hacerle daño ni ayudarnos en modo alguno. No podríamos llevar con nosotros más cosas de las que cabían en el barco y, una vez que desembarcásemos, tendríamos que transportarlas sobre nuestros hombros.

—Me sorprende que no especificasen que el príncipe debe pelear con el dragón en combate singular.

—Solicitan algo parecido —señaló Chade con desagrado—. Tiene que ser el primero en medirse con la bestia. Además, sugirieron con bastante énfasis que debería intentar asestarle el golpe de gracia, si la criatura existiera. Por su experiencia en combate saben que en el fragor de la batalla no se puede distinguir quién da el golpe que remata al enemigo. Uno de sus bardos nos acompañará, en calidad de testigo. Lo que nos faltaba. —Se rascó con cansancio una mejilla hirsuta—. Tampoco es que nos preocupe demasiado nada de eso. Como sostengo desde el principio, creo que todo esto consiste más en sacar algo de debajo del hielo que en contender con alguna criatura. Confiaba en que nos permitieran llevar más hombres para realizar esa parte del trabajo. —Tosió ligeramente y pareció un tanto satisfecho de sí mismo cuando comentó—: Pero tal vez tenga algo con lo que sustituir a ese grupo de ayudantes adicionales.

—¿Cuántos hombres puede llevar Dedicado?

—Doce. Una escolta que podemos enumerar con demasiada rapidez: tú y yo, Telaraña, Civil, Cizaña, Acertijo, Tordo, Mechalarga y cuatro guardias. —Meneó la cabeza—. Ojalá Dedicado considere la posibilidad de dejar aquí al menos a Civil y a Cizaña. Dos guerreros avezados más podrían marcar la diferencia en una situación arriesgada.

—¿Qué hay de Vencejo? ¿Se quedará aquí, entonces? —No sabía si la idea me aliviaba o me preocupaba.

—No, lo llevaremos con nosotros. Pero puesto que todavía es un niño, no cuenta como guerrero.

—¿Y partimos mañana?

Chade asintió.

—Mechalarga lleva toda la semana haciendo acopio de provisiones para el viaje. Ya hemos consumido la mayor parte de lo que trajimos de los Seis Ducados; me temo que tendremos que alimentarnos con el forraje de la región. Ha revisado lo que teníamos y guardado lo que necesitará un grupo de doce. Ya le he avisado de que, además de nosotros, también habrá que alimentar a un gato. Todos portaremos armas, hayamos sido adiestrados en su uso o no. ¿Un hacha para ti?

Afirmé con la cabeza.

—Y otra para Vencejo. Ya tiene arco y flechas, pero, como bien has señalado, un hacha para desgajar el hielo podría ser más indicada.

Chade suspiró.

—Y ahí es donde termina mi inventiva. No tengo ni idea de a qué nos enfrentamos, Traspíe. Dispondremos de comida, tiendas, armas y algunas herramientas. Pero, por lo demás, no sé qué más necesitaremos. —Se sirvió un exiguo trago de coñac—. No negaré que me complace saber que a Peottre todo esto le sorprende tanto como a mí. La narcheska y él nos acompañarán. Hojasanguina se sumará a la travesía, pero no creo que participe en la matanza del dragón. —Se permitió una sonrisa sarcástica al llamarlo así, pues dudaba que la expedición consistiera en nada semejante—. No podría perjudicarnos más esto de que le apliquen a una misión unas reglas propias de un concurso. Además, solo nos permiten enviar dos aves mensajeras, que solo podremos enviar para solicitar el regreso del barco cuando estemos listos para abandonar la isla. Nuestros acompañantes serán los encargados de custodiarlas.

Este último comentario me trajo otro asunto a la memoria.

—¿Crees que el ave que enviaste le habrá entregado ya el mensaje a Kettricken?

Me miró compadecido.

—Sabes que no tenemos modo alguno de saberlo. El viento, las tormentas, un halcón... Demasiadas cosas pueden retrasar o detener a las aves mensajeras.

Solo vuelan de regreso a casa y al encuentro con sus parejas. Ketricken no tiene modo alguno de enviarnos una respuesta. —Con delicadeza, añadió—: ¿Has intentado proyectarte hacia Burrich?

—Anoche —contesté. Al ver que enarcaba una ceja, respondí—: Nada. Me sentí como una polilla que insistiera en golpearse contra el cristal de un farol. No puedo acceder a él. Años atrás lograba atisbarlos, a Molly y Burrich. No conseguía conectar mi mente con la de ellos, pero... En fin, es inútil. Todo aquello se acabó. Supongo que Ortega me servía como foco para intentarlo, aunque nunca llegué a ver a través de sus ojos.

—Interesante —musitó, y al oírlo supe con certeza que estaba guardándose ese dato por si en el futuro podía sacarle algún provecho—. Pero ¿no puedes comunicarte con Ortega?

—No. —Encajoné la respuesta, decidido a no revestirla de emoción alguna. Estiré el brazo sobre la mesa para coger la botella de coñac.

—Procura no excederte —me previno Chade.

—No estoy en absoluto borracho —repliqué molesto.

—No he dicho que lo estés —señaló en tono apaciguador—. Pero no nos queda mucho. Y puede que en Aslevjal nos haga más falta que aquí.

Dejé la botella cuando Dedicado regresó a la habitación. Tordo lo seguía, con la expresión huraña.

—Yo no voy —anunció al entrar.

—Sí vendrás —lo contradijo un testarudo Dedicado.

—No.

—Sí.

—¡Basta! —interpuso Chade como si fuesen dos párvulos.

—¡No! —bufó Tordo al sentarse a plomo ante la mesa.

—Sí, vendrás —insistió Dedicado—. A menos que prefieras quedarte aquí solo. Completamente solo, sin nadie con quien hablar. Te quedarás en absoluta soledad, aquí sentado, hasta que regresemos.

Tordo sacó el mentón, el labio inferior y la lengua, todo a un tiempo. Cruzó sobre el pecho sus brazos rechonchos y evaluó a Dedicado con los ojos.

—No me importa. Además, no me quedaré solo. Hablaré con Ortega. Me contará muchos cuentos.

Me incorporé sobresaltado.

—Puedes hablar con Ortiga.

Me miró furioso, como si acabara de darse cuenta de que al contrariar a Dedicado me había revelado algo. Balanceó los pies.

—A lo mejor. Pero tú no.

Sabía que no debía perder los estribos con él ni presionarlo en exceso.

—¿Porque tú me impides hablar con ella?

—No. Es que ella no quiere hablar contigo.

Me escrutó según respondía, tal vez para determinar si esto me molestaba más que la posibilidad de que fuera él quien me impedía llegar a Ortiga. Así era. Ahora me sentía peor. Le envié un ruego discreto a Dedicado.

Averiguadlo por mí. ¿Se encuentra Ortiga a salvo?

Los ojos de Tordo brincaron hasta Dedicado y luego de regreso a mí. El príncipe se mantuvo en silencio. Sabía tan bien como yo que nos había sorprendido Habilitando. Cualquiera cosa que Dedicado le dijese a Tordo ahora despertaría sus sospechas. Además el hombrecillo estaba muy enfadado con el príncipe. Insistí en el tema.

—Bien. Entonces ¿no vas a acompañarnos cuando nos marchemos, Tordo?

—No. No quiero más barcos.

Era cruel. Lo hice de todos modos.

—En ese caso, ¿cómo piensas volver a casa? Subir a un barco es la única manera de regresar a casa.

Pareció dudar.

—No vais a casa. Vais a la isla esa del dragón.

—En un principio, sí. Pero después partiremos hacia casa.

—Y antes volveréis aquí para recoger a Tordo.

—Quizá —consideró Dedicado.

—Quizá, si sobrevivimos —especificó Chade—. Contábamos con tu ayuda. Si ahora te quedas aquí y nos separamos... —El anciano se encogió de hombros—. El dragón podría devorarnos a todos.

—Lo tenéis bien merecido —sentenció Tordo con gravedad.

Aun así, intuí que habíamos abierto una brecha en su resolución. Pareció adquirir un aire pensativo cuando frunció el ceño y clavó los ojos en sus manos

carnosas, entrelazadas al borde de la mesa.

Chade habló despacio, meditabundo.

—Si Ortiga le cuenta cuentos a Tordo para hacerle compañía, no creo que se encuentre en un gran peligro, Traspíe.

Si el consejero esperaba arrancarle algún comentario a Tordo, no lo logró. El hombrecillo articuló un «humf» desdeñoso y se reclinó en la silla, con los brazos cruzados ahora con más firmeza.

—Dejémoslo estar —les sugerí a todos bajando la voz.

Cuando me puse a pensar por qué Ortiga estaría tan enfadada conmigo como para romper el contacto por completo, se me ocurrieron demasiadas razones. Pese a todo, dije con firmeza para mis adentros, saber que estaba viva y molesta conmigo era preferible a temer que una dragona hubiera descuartizado a ella y a toda su familia. Necesitaba conocer con exactitud cuál era la situación, pero tenía la certeza de que no lo conseguiría. Deseé con todas mis fuerzas que el ave mensajera llegase a tiempo. Si Ortiga tenía que estar enfadada, que al menos lo estuviera en un lugar seguro.

Poco más se dijo aquella noche. Tres de nosotros nos pusimos a hacer el equipaje mientras Chade mascullaba preocupado por el manifiesto de las mercancías. Tordo hizo todo lo posible porque pareciese que no pensaba acompañarnos. Hubo un momento en que Dedicado empezó a juntar la ropa de Tordo y a guardarla en una bolsa, pero cuando el hombrecillo volcó la bolsa y tiró la ropa al suelo, los dos la dejaron ahí. Y ahí se quedó cuando nos acostamos.

No dormí bien. Ahora que sabía que Ortiga me ignoraba a propósito, pude encontrar la barrera que había levantado y palpar su silueta. Me molestaba aún más saber que Tordo observaba cómo la tanteaba, y que se deleitaba al ver que era incapaz de atravesarla. Si no hubiera estado mirándome, tal vez me habría esforzado más por entrar en los sueños de Ortiga. En lugar de eso, desistí y me limité a dormir de verdad. Sin embargo, pasé la noche entre sueños breves y agitados, en los que me reencontré con todos aquellos a los que había fallado o hecho daño, de Burrich a Paciencia, aunque los más reales fueron los que protagonizó el bufón con su mirada acusadora.

A la mañana siguiente nos levantamos antes de que despuntara el alba.

Desayunamos prácticamente en silencio, con Tordo sumido en un enfurruñamiento latente, a la espera de que le rogásemos o le ordenásemos que se moviera. Por acuerdo tácito, nadie lo hizo. Las escasas palabras que intercambiamos nunca se las dirigimos a él. Llenamos nuestras respectivas bolsas. Acertijo vino para ayudarnos a transportar el equipaje. Chade dejó que el guardia cargase con sus cosas, pero el príncipe Dedicado insistió en llevar las suyas. Y, sin más, nos marchamos.

Acertijo avanzaba un paso por detrás de Chade, cargado con su bagaje. Mechalarga y el resto de los guardias nos seguían. No conocía bien a ninguno de ellos. Hest, un jovenzuelo, parecía un buen muchacho. Chirrido y Tundo eran amigos íntimos y guerreros veteranos. Todo lo que sabía de Diestro era que hacía honor a su nombre siempre que un par de dados caía en sus manos. El resto de la guardia permanecería en tierra con los nobles. Así, el reducido grupo había de formar en los muelles. Según avanzábamos por las calles empedradas, pregunté:

—Y si Tordo no nos sigue, ¿qué?

—Se quedará aquí —sentenció Dedicado sin miramientos.

—Sabéis que no podemos permitirlo —señalé, a lo que respondió con un gruñido.

—Podría volver y traerlo a rastras —se ofreció Acertijo sin estar del todo convencido. La sola idea me estremeció y Chade negó con la cabeza mudamente.

Podría ser necesario, les propuse en privado. Yo no puedo hacerlo, porque podría doblegarme con la Habilidad. Pero alguien que no porte la magia y sea insensible a su poder podría obligarlo físicamente. Recordad cuando los demás sirvientes lo acosaban y le robaban las monedas. Por supuesto, tendríamos que aguantar su resentimiento durante la travesía, pero al menos lo tendríamos con nosotros.

Esperemos y veamos qué ocurre, sugirió el príncipe impasible.

A medida que nos acercábamos a los muelles, empezamos a encontrarnos cada vez con más gente, hasta que vimos que se había formado una multitud para vernos zarpar. La *Colmilluda* llevaba cargada desde ayer, de modo que tan solo esperaba a que embarcásemos y a que la marea de la mañana cambiase para soltar amarras. Se respiraba un ambiente extraño entre los marginados. Daba la

sensación de que se hubieran congregado para presenciar un enfrentamiento entre campeones, donde no éramos los luchadores favoritos. Nadie nos arrojó verduras podridas ni nos insultó, pero el silencio cómplice dolía tanto como una lluvia de pedradas. Los nobles se habían reunido junto al barco para despedirse y desearnos buena suerte. Se apiñaron en torno al príncipe para ofrecerle sus elogios y, mientras yo aguardaba obediente tras él, comprendí lo poco que sabían de esta misión y de la importancia que revestía. Bromearon afablemente con él y le reiteraron con efusividad sus mejores deseos, aunque ninguno de los nobles parecía preocuparse demasiado por lo que le pudiera ocurrir.

Cuando embarcamos, sin ver rastro de Tordo aún, se me cayó el alma a los pies y se me hizo un nudo en el estómago de puro temor. No podíamos dejarlo aquí, por muy molesto que Dedicado estuviera con él. No solo me preocupaba lo que pudiera hacer durante nuestra ausencia, sino también lo que pudieran hacerle a él, desprovisto de la protección del príncipe. ¿Les importaría a los nobles de los Seis Ducados lo que le sucediera a un lacayo idiota en ausencia de Dedicado? Me apoyé en la barandilla, busqué entre las cabezas de la muchedumbre agolpada en los muelles y miré hacia el casón fuerte. Telaraña se situó a mi lado.

—Bien. ¿Tienes ganas de emprender el viaje?

Bosquejé una sonrisa amarga.

—El único viaje que tengo ganas de emprender es el de regreso a casa.

—Todavía no he visto embarcar a Tordo.

—Lo sé. Todavía lo estamos esperando. Se negaba a volver a pisar un barco, pero confiamos en que cambie de parecer por sí mismo.

Telaraña asintió despacio con aire comprensivo y se alejó. Yo me quedé junto a la barandilla, mordiéndome angustiado el canto del pulgar.

¿Tordo? ¿Vas a venir? El barco no tardará en zarpar.

Déjame en paz, ¡perro apestoso!

Me arrojó el insulto con un profundo desprecio, tanto que casi llegué a oler la imagen que lanzó contra mí. En las fronteras de su ira percibí el miedo y el dolor que le provocaba el que lo dejásemos abandonado. Nuestra partida lo angustiaba y lo preocupaba, pero yo seguía sospechando que su testarudez terminaría por imponerse.

El tiempo y la marea no esperan a nadie, Tordo. Decídete pronto. Porque cuando las aguas alcancen la profundidad adecuada, el barco tendrá que zarpar. Y después, aunque nos avises de que has cambiado de opinión y de que quieres venir, será demasiado tarde. No nos será posible regresar a buscarte.

No me importa. Y, sin más, levantó sus muros con tal fuerza que sentí una suerte de embestida física. Temí haber empeorado aún más las cosas.

Antes de lo que me habría gustado, los tripulantes iniciaron los últimos preparativos para zarpar. Se procedió a la carga de unas mercancías trasladadas con retraso desde la *Oportunidad de la Doncella*. Conté un buen número de barriletes y sonreí, preguntándome si Chade habría recordado que en el otro barco quedaba un alijo de coñac. También se subieron a bordo armas y herramientas, mientras llenábamos hasta el último rincón libre de la bodega con todo lo que Chade estimase que pudiera resultar de utilidad. Pero finalmente llegó el momento de desatracar. Los admiradores que habían acompañado al príncipe a bordo empezaron a descender. Los representantes de la Hetgurd llegaron con su equipaje. Se quitó de en medio toda la mercancía recibida en el último minuto. Los tripulantes de las barcas que nos sacarían del puerto y nos remolcarían hasta mar abierta estaban en sus puestos, a la espera. Telaraña se acercó a mí, nervioso.

—No creo que venga —decidí en voz baja. Me sentí mal—. Iré a hablar con el príncipe. Tendremos que enviar a alguien a buscarlo.

—Ya he enviado a alguien —respondió Telaraña con gesto serio.

—¿Sí? ¿Qué ha dicho el príncipe Dedicado? —No había visto salir del barco a ninguno de nuestros guardias.

—Ah. No, no he hablado con él —respondió Telaraña con aire distraído—. He enviado a alguien. A Vencejo. —Más para sí mismo que para mí, murmuró—: Espero que no sea una prueba injusta. Creo que puede conseguirlo. Pero tal vez debería haber ido yo.

—¿A Vencejo? —Imaginé al niño enfrentándose a Tordo y sacudí la cabeza—. No puede hacer algo así. Aunque Tordo esté contrahecho, es capaz de sacar la fuerza de un toro si lo molestan. Podría hacerle daño. Será mejor que vaya a buscarlos.

Telaraña me agarró del brazo.

—¡No! ¡No vayas! Mira. Lo ha logrado. ¡Por ahí vienen!

El alivio que rezumaba de su voz daba a entender que Vencejo había cumplido una misión monumental. Tal vez, a decir verdad, así fuese. Me fijé en ellos según se acercaban, el hombrecillo caminando a trompicones junto al niño delgado. Vencejo traía la bolsa de Tordo y le sostenía la mano en actitud protectora. Esto me asombró, pero incluso a pesar de la distancia se podía apreciar el ademán del niño. Con la cabeza alta y el gesto receloso, miraba a los ojos a todos aquellos con quienes se cruzaban, como si los desafiara a burlarse del zoquete o a obstaculizar su avance. La insólita demostración de valentía hizo que la estima en que tenía a Vencejo se multiplicase. Yo no habría encontrado el arrojo necesario para traer a Tordo de la mano entre la turba y, sin embargo, ahí venían. Cuando se hubieron acercado un poco más y alcancé a ver el semblante de Tordo, supe que Vencejo no se había limitado a pedirle al hombrecillo que lo acompañara.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —le pregunté a Telaraña con discreción.

—Es la Vieja Sangre. Como bien sabes. —Me respondió en voz baja, sin volverse hacia mí—. Maña con Maña funciona mejor, como tú dices. Pero incluso en aquellos que carecen de la magia, se puede ejercer un efecto de atracción. He estado enseñando a Vencejo. La de hoy ha sido una prueba más dura de lo que me habría gustado. Pero lo ha hecho bien.

—Sí. Ya lo veo. —Distinguí el gesto de confianza que puso Tordo cuando Vencejo lo llevó hacia la pasarela de embarque. Al llegar allí, se detuvo, titubeante. El niño le habló con voz sosegada y, sin soltarle la mano, subió a bordo junto a él. Me lo pensé dos veces antes de decir nada, pero por último la curiosidad me sacó las palabras a la fuerza—: Sé cómo alejar a alguien de mí por medio de la Maña. Creo que siempre he sabido cómo hacerlo. Pero ¿cómo se emplea para atraer a alguien hacia ti?

—Ah. Bien. El rechazo es algo que se puede aprender por instinto. Por lo general, la atracción también. Daba por hecho que sabías cómo hacerlo; ahora comprendo por qué nunca la has utilizado con Tordo. —Ladeó la cabeza y me dirigió una mirada apreciativa—. A veces me desconcierta que no sepas algunas cosas. Se diría que de alguna manera hubieras olvidado o perdido una parte de ti. —Creo que se dio cuenta de lo incómodo que me hizo sentir su observación,

pues enseguida modificó el tono de la voz y pasó a expresarse en términos generales—: Pienso que todos los animales recurren a esa fuerza de atracción, hasta cierto punto, con sus crías o cuando buscan una pareja. Tal vez la hayas empleado sin darte cuenta. Pero, ¿sabes?, esa es la razón por la que quien posee esta magia debería hacer un esfuerzo para dominarla. Para ser consciente del modo en que la emplea. —Dejó que se abriera un silencio y luego añadió—: De nuevo me ofrezco a enseñarte lo que necesites saber.

—Tengo que ir a ver a Tordo y buscarle un sitio. —Me volví aprisa para marcharme.

—Sí. Lo sé. Tienes muchos deberes y tareas, y no diré que me hago una idea de lo mucho que te sacrificas por nuestro príncipe. Estoy convencido de que a cualquier hora del día podrías encontrar una razón para no concentrarte en esto. Pero siempre se puede sacar tiempo para lo que nos parece importante. Bien. Me gustaría que acudieras a mí. Es la última vez que te hago la propuesta. Tú decides si la aceptas o no.

Así, antes de que lograra escabullirme, giró sobre sus talones y se alejó sin decir nada más. Al mirar hacia arriba vi a Riesgo alzar el vuelo desde el mástil con un graznido solitario que se perdió en el viento. Se lanzaron los cabos, se recogió la pasarela y en las barcas los marineros se sentaron ante los remos para sacarnos del muelle y colocarnos a favor del viento. Me prometí a mí mismo que sacaría tiempo, hoy, para hablar con Telaraña y organizar unas clases privadas que me permitieran dominar la magia. Confié en que no terminara mintiéndome.

Sin embargo, las cosas nunca son tan sencillas. Con la narcheska; su padre, Arkon Hojasanguina; y su tío, Peottre, a bordo, Dedicado y Chade debían juntarse con unos u otros cada vez que se organizaba cualquier tipo de encuentro. Apenas si tuve ocasión de hablar con ellos en privado. Al igual que durante los viajes anteriores, hube de quedarme encerrado con Tordo. Puesto que se sentía desdichado, el hombrecillo no veía motivos por los que yo no tuviera que compartir su desgracia. Los cardenales y arañazos que me llevé de recuerdo de la anterior travesía resurgieron sin que yo pudiera hacer gran cosa por evitarlo. Levantar los muros para defenderme de la sutil influencia de su Habilidad habría mermado mi conciencia de Chade y el príncipe. Así, tuve que

resignarme.

Para colmo de males, las aguas por las que navegamos eran impracticables. Nos enfrentamos a corrientes y oleajes que se empeñaban en desafiarnos. Durante dos días seguidos el barco no cesó de dar violentos bandazos, lo que provocó que Tordo se mareara de verdad, al igual que Cizaña, Vencejo y Civil. Los demás comimos poco y nos pasamos el día de asidero en asidero. Vi a una palidísima narcheska dando un paseo por cubierta aferrada al brazo de Peottre. Ninguno parecía estar disfrutando. Los días tediosos se negaban a sucederse.

No encontré ningún momento propicio para tratar de la magia de las bestias con Telaraña. De vez en cuando recordaba mi propósito, pero siempre en una ocasión en que había una infinidad de cosas de las que debía encargarme. Intenté fingir que era debido a las circunstancias por lo que no iba a verlo. En realidad, no acertaba a determinar qué me lo impedía.

Por fin nuestro destino asomó tras el horizonte. Incluso desde la distancia, Aslevjal parecía un escenario lúgubre. Se erige en el extremo septentrional de las Islas del Margen, una ínsula dentada de aspecto inhóspito. El verano nunca llega a imponerse aquí. Los días más cálidos del fugaz estío no bastan para derretir la nieve posada en las cimas de las montañas durante el invierno. La mayor parte de la isla se halla encerrada bajo el glaciar contenido entre las fauces colmilludas de las cumbres. Algunos aseguran que en realidad se trata de dos islas, unidas por el puente que forma el hielo del glaciar, aunque no sé en qué se basan estas suposiciones. La bajamar deja al descubierto las playas de arena negra que la circundan a modo de aureola ominosa. Un tramo de playa estéril y pedregoso y parte de un acantilado están expuestos de forma permanente en un extremo de la isla. Otros rincones presentan algunos tramos rocosos entre la tez pálida del glaciar. No sabría decir si las nubes que envolvían la isla se habían formado a partir del vapor del hielo calentado por el sol o si consistían en una mortaja de nieve arrastrada por el incesante viento del norte al que nos enfrentábamos.

Avanzamos despacio, desafiados por el viento y el agua. A base de laboriosas bordadas logramos aproximarnos a la isla. Me encontraba junto a la barandilla cuando Dedicado y la narcheska, acompañados por Chade y Peottre, se acercaron para contemplar la isla. El príncipe la escudriñó con el ceño fruncido.

—No creo que ninguna criatura pueda vivir a gusto en un lugar así, mucho

menos una de gran tamaño. ¿Por qué iba a morar ahí un dragón?

La narcheska meneó la cabeza y le respondió con voz serena.

—No lo sé. Solo sé que nuestras leyendas aseguran que vive bajo esos hielos. Por tanto, allá hemos de ir. —Se ciñó al cuerpo con más fuerza la capa de lana que llevaba. El viento parecía extender hasta nosotros el mordisco gélido de la isla.

Por la tarde rodeamos un cabo y viramos hacia la única bahía de Aslevjal. Los informes de nuestros espías la describían como un lugar abandonado donde solo quedaban los restos de un muelle y algunos edificios de piedra semiderruidos. Con todo, distinguí una mancha de color brillante en el acantilado expuesto que se levantaba sobre la playa. La estaba mirando con atención, intentando determinar qué sería, cuando alguien salió de ella. Concluí que se trataba de una tienda o alguna suerte de cobijo. El hombre se acercó a la punta del acantilado. Su capa y capucha blanquinegras se sacudían y aleteaban en torno a él. No levantó la mano para saludarnos, sino que se mantuvo inmóvil, esperándonos.

—¿Quién es? —le preguntó Chade a Peottre cuando al oír los gritos con que el vigía avisó al capitán salieron a cubierta.

—No lo sé —admitió el veterano guerrero, la voz anudada por el pavor.

—Quizá sea el Hombre Negro que mencionan las leyendas —sugirió Hojasanguina. Se inclinó hacia delante con avidez para estudiar mejor al hombre que aguardaba solitario entre los peñascos—. Siempre me he preguntado si los relatos contaban la verdad.

—Prefiero no averiguarlo —musitó la narcheska. Tenía los ojos como platos.

A medida que nos aproximábamos a la bahía, tripulantes y pasajeros empezamos a agolparnos en la barandilla para ver tanto la isla como al hombre de aspecto funesto que nos esperaba en los riscos. Hasta que fondeamos en la bahía y las barcas no se prepararon para transportarnos a nosotros y nuestros suministros a la orilla no se movió. Descendió hasta la playa y se detuvo en la línea de pleamar. Antes de que se quitara la capucha, el corazón me dio un vuelco. Sentí náuseas de puro pánico.

El bufón me esperaba.

Aslevjal

La «Forja» consistía tal vez en el arma más eficaz que los marginados emplearon contra nosotros durante la Guerra de las Velas Rojas. La técnica del «forjado» sigue entrañando un misterio para nuestro pueblo, pero muchos conocen demasiado bien los espantosos resultados. El nombre deriva de la aldea minera de Forja, la primera que sufrió estos espeluznantes ataques. Los Corsarios de la Vela Roja atacaron durante la noche, masacrando o tomando como rehenes a innumerables habitantes. Los invasores remitieron una «nota de rescate» al castillo de Torre del Alce para exigir que les entregasen oro, bajo la amenaza de liberar a los capturados. El rey Artimañas no vio lógica alguna en la petición, de tal modo que se negó a pagar. Los Corsarios de la Vela Roja cumplieron su ultimátum y libertaron a los rehenes, en apariencia indemnes, para después levar anclas y desvanecerse en la noche.

Aun así, pronto se hizo patente que, por mor de alguna magia arcana, los redimidos ya no eran ellos mismos. Aunque recordaban su identidad y a qué familia pertenecían, ya no parecía importarles. Habían sido despojados de cualquier rastro de moralidad y ética. Solo pensaban en satisfacer sus apetencias instintivas, para lo cual no vacilaban en robar, asesinar y violar a quienes se cruzaran en su camino. Algunos eran «atrapados» por sus familias, las cuales intentaban en vano que recobrasen su condición natural. Ninguno se recuperó jamás.

La táctica de la Forja se aplicó de manera reiterada durante la guerra. Al atacar, los asaltantes desplegaban en nuestro territorio un ejército hostil compuesto por nuestros seres queridos, lo que no acarreaba ningún tipo de coste emocional ni económico para Kebai Ganapán y sus corsarios. Matar a los forjados suponía un acto desalentador y deshumanizante que debían afrontar los nuestros. Las cicatrices perduran aún hoy. La aldea de Forja nunca fue reconstruida.

CERICA,

Historia de la Guerra de las Velas Rojas

Yo viajaba a bordo del primer bote que arribó a Aslevjal, junto con los demás guardias. Momentos después, la barca que traía a Chade y a Dedicado, a la narcheska, a Peottre y a Arkon Hojasanguina introdujo la proa en la arena. Saltamos al agua para afianzar la nave por las regalas, de tal modo que cuando se alzó con la siguiente ola la empujamos hasta la orilla para que el pasaje pudiera bajar a la arena seca. En ningún momento dejé de sentir la presencia del bufón,

quien nos observaba desde el labio del terraplén que dominaba la playa. Aunque se mantuvo inmóvil, el viento frío parecía hablar por él. Sacudía su capa y su cabellera dorada produciendo una murmuración crepitante. Había renunciado a los polvos con los que antes se aclaraba la tez, así como a los toques de maquillaje jamaillio que lo identificaban como extranjero. Junto con su melena leonada, el lustroso bronceado que enlucía los rasgos esculpidos de su rostro le confería el aspecto de una criatura salida de alguna fábula. La austeridad de su vestimenta blanquinegra suprimía todo rastro del indolente lord Dorado. Me pregunté si, aparte de Chade y yo, alguien lo habría reconocido ya. Intenté que nuestros ojos se encontraran, pero mantuvo fija su mirada más allá de mí. No habló hasta que el príncipe hubo desembarcado. Le dirigió una reverencia.

—Tengo té caliente esperándoos —gritó. Su voz salvó el siseo incesante del viento. Fue todo cuanto dijo. Señaló su tienda con la mano y se encaminó en esa dirección.

—¿Lo conocéis? ¿Quién es? —preguntó Arkon Hojasanguina. Su mano descansaba ligeramente sobre la empuñadura de la espada.

—Nos conocemos desde hace tiempo —le confirmó Chade apesadumbrado—. Pero ignoro cómo ha llegado hasta aquí, y por qué motivo.

El príncipe tenía puesto todo su empeño en no quedarse boquiabierto. Cuando me miró a mí, me apresuré a clavar la vista en el suelo.

¿Ese era lord Dorado?, me preguntó sin ningún tipo de ironía. Había observado tantos cambios en su aspecto que albergaba serias dudas.

No. Tampoco es el bufón. Pero son facetas de la persona que hay detrás.

Basta de dramatismos, gruñó Chade, molesto con nosotros dos.

—No entraña peligro alguno —manifestó en voz alta—. Yo me entenderé con él. Guardias, quedaos aquí y ayudad a descargar las provisiones. Quiero que lo coloquéis todo fuera del alcance de la pleamar y que lo protejáis bien de la humedad.

Así de esmeradamente Chade se zafó de mí. No permitiría que me acercara al bufón hasta que averiguase qué estaba ocurriendo. Consideré la idea de ignorar la orden y seguirlo hasta la tienda del bufón. En ese momento Acertijo me dio un empujoncito con el codo.

—Creo que será mejor que te prepares para ayudarlos.

Tordo se acercaba a la orilla en el bote junto con el destacamento de la Maña. Tenía los nudillos blancos del ahínco con que se sujetaba a la borda y traía los ojos apretados con todas sus fuerzas. Telaraña mantenía una mano apoyada con ligereza sobre su hombro, pero Tordo no dejaba de encoger el cuerpo para rehuir el contacto. Suspiré y me acerqué a recibirlo para ocuparme de él. Un nuevo bote empezaba a descolgarse del barco con los guerreros de la Hetgurd.

Caía la noche antes de que hubieran terminado de descargar los pertrechos y de atar con firmeza una lona sobre ellos. Les había echado un vistazo a los barriletes que Chade añadió en el último minuto. No contenían coñac. De uno de ellos se filtraba una especie de polvo. Con una mezcla de temor y expectación, reconocí el compuesto con que el consejero experimentaba para fabricar explosivos. ¿Sería esta la razón por la que no se opuso con más rotundidad cuando la Hetgurd nos privó de nuestra mano de obra? ¿Qué uso pensaría darle a esta sustancia?

Le estuve dando vueltas a la cuestión hasta que nuestro hogar temporal cobró forma. Mechalarga era un buen comandante. Mantenía a nuestra pequeña tropa, tanto al destacamento de la Maña como a los guardias, en constante movimiento. Eligió un lugar de la zona más alta y despejada que la colina nos ofrecía, con una vista amplia del terreno circundante. Se levantaron las tiendas en ordenadas hileras, se excavó un foso para los desperdicios y se peinó la playa en busca de madera de deriva. Se recogió agua de un frigidísimo arroyo de nieve fundida que nacía en el glaciar y atravesaba el campamento. A Hest, el más joven de los soldados con sus poco más de veinte años, se le ordenó que montara guardia general y a Tundo, un guerrero entrecano y dotado de la musculatura de un oso, se le asignaron las labores culinarias. A Diestro y a Chirrido se les permitió descansar ahora para relevar a Hest más tarde. Acertijo fue puesto a disposición del príncipe, para que lo siguiera como una sombra allí adonde fuese. Y tal como imaginaba, a mí me dejaron a cargo del sirviente del príncipe, Tordo. Los miembros del destacamento de la Maña, quienes en principio actuaban ahora bajo las órdenes de Mechalarga, tuvieron que realizar diversas tareas secundarias por todo el campamento antes de que el comandante les permitiera alejarse para explorar la playa. Para algunos de ellos supuso una

experiencia extraña, no me cabe ninguna duda, sobre todo para un noble joven como Civil, pero a decir verdad el muchacho cumplió con su trabajo de buena gana y le mostró a Mechalarga el respeto que se le debía por su rango. En varias ocasiones lo vi mirar con desdén hacia la colorida tienda del bufón, aunque se guardó su recelo para sí. Chade y el príncipe aceptaron la hospitalidad del bufón, y también la narcheska, Peottre Aguasnegras y Arkon Hojasanguina.

Tordo optó por quedarse encogido y desconsolado en la tienda que compartiría con Telaraña, Vencejo y conmigo. No muy lejos, la lumbre de la cocina ardía y Tundo vigilaba el agitado hervidor que contenía la avena cocida que cenaríamos. Yo había puesto una vasija más pequeña junto al fuego para calentar el agua del té. Preví que pronto sufriríamos una escasez de combustible en esta isla sin árboles. Empecé a dar vueltas fuera de la tienda, inquieto, esperando a que el agua hirviera, sintiéndome como un perro encadenado mientras los demás corrían libres.

Los guerreros de la Hetgurd establecieron sus refugios en una hilera distinta, y ellos mismos se ocuparon de descargar sus suministros. Cada uno montó su propia tienda. Los espíe con subrepción. No eran combatientes inexpertos, sino veteranos bien curtidos. Desconocía sus nombres. Me habían comentado que para esta empresa no importaba cómo se llamasen, sino a qué clan pertenecían, lo cual anunciaban por medio de sus tatuajes. El Oso, corpulento y moreno como el animal homónimo, parecía ser su líder. El Búho era un hombre mayor y más delgado: su poeta y bardo. El Cuervo tenía un cabello tan negro como el plumaje del ave a la que representaba, y unos ojos igual de brillantes. La Foca era un luchador bajo y fornido al que le faltaban dos dedos de la mano izquierda. El Zorro era el miembro más joven del grupo. Parecía estar indignado y descontento por verse en Aslevjal. El Águila era un hombre alto y esbelto de mediana edad. Se encargaría de montar guardia esta noche, de manera que permanecería de pie y alerta mientras los demás se quedaban sentados con las piernas cruzadas alrededor de la hoguera, cenando y conversando en voz baja. Me sorprendió estudiándolo y me devolvió la mirada con expresión inescrutable.

No percibí animosidad alguna en ellos. Su deber consistía en cerciorarse de que nos atuviéramos a las reglas que la Hetgurd había establecido para nosotros, pero no parecían oponerse a nuestro cometido. De hecho, se diría que

aguardaran con impaciencia a que empezase algún tipo de campeonato. Durante la travesía se habían relacionado con nosotros sin ningún problema, y entre el poeta y Cizaña había surgido una divertida competición amistosa. Ahora que nos encontrábamos de nuevo en tierra, tal vez estableciesen unos límites más firmes, aunque yo dudaba que estos tardasen más de una o dos noches en difuminarse. Éramos muy pocos y el paisaje se presentaba demasiado inhóspito.

Dos tiendas un poco más suntuosas fueron levantadas junto al estrafalario refugio del bufón. La narcheska y Peottre compartirían una de ellas, mientras que la otra la ocuparían Chade y el príncipe. Apenas si los había visto desde que arribáramos. El bufón los invitó a su tienda, pero yo ignoraba de qué se habló allí. Ni Chade ni el príncipe me enviaron un solo comentario por medio de la Habilidad. Aunque ayudé a levantar las tiendas más grandes junto a la del bufón, el murmullo amortiguado de la conversación que estaban manteniendo dentro se me antojó tan tentador y sutil como el aroma a té especiado que el aire arrastraba.

Ahora, a medida que la noche se imponía poco a poco sobre el terreno, el bufón y el destacamento de la Maña de Dedicado se encontraban a bordo del barco, disfrutando de la cena de despedida con Arkon Hojasanguina. Ni este ni los guerreros del Jabalí nos acompañarían. Ojalá le viera alguna lógica a su decisión. ¿Tal vez pretendía desligar al Clan del Jabalí de una aventura insensata ideada por el Narval o tan solo prefería dejar a Peottre al mando de la misión? Fruncí el ceño y le di un puntapié a la tierra gélida. Ignoraba demasiadas cosas. Quería explorar los alrededores al menos, pero Tordo se negó en redondo a regresar a la nave, pese a la promesa de una cena abundante, de manera que permaneció en la isla para compartir nuestras raciones raquíticas y acompañarnos durante los absurdos turnos de guardia. Al oír que alguien se acercaba arrastrando los pies por el suelo casi helado, volví la cabeza. Acertijo describió un amplio arco con la mano y puso una sonrisa ancha según se acercaba.

—Un lugar fascinante, este. Si te gustan la nieve, la hierba y la arena. —Se agachó junto a la hoguera y extendió las manos hacia ella.

—Creía que habías vuelto al barco a pasar la noche, con el príncipe.

—No. Me dijo que me podía retirar, que no me necesitaría allí. Aunque me

alegro de poder quedarme. Andar por allí viendo comer a los demás no me parece lo más divertido. ¿Qué trabajo te han asignado esta noche?

—El de siempre. Hacerle compañía a Tordo. Le estaba preparando un té.

Acertijo bajó la voz.

—Si quieres, puedo quedarme aquí y hacerle el té cuando el agua hierva. Así tendrás ocasión de estirar las piernas y reconocer el lugar.

Acepté la propuesta agradecido. Me volví hacia la tienda para preguntar:

—¿Te importaría si salgo un momento a dar un paseo, Tordo? Acertijo te preparará el té.

El hombrecillo se ciñó una frazada alrededor de los hombros.

—No importa —respondió desabrido. Estaba ronco a causa de la tos.

—Muy bien. ¿Estás seguro de que no quieres venir? Si te levantas y caminas un poco, no tardarás en entrar en calor. De verdad, aquí tampoco hace tanto frío, Tordo.

—Numfh. —Volvió la cara en la dirección opuesta.

Acertijo asintió en un gesto de conmiseración hacia mí y, con una sacudida de la cabeza, me indicó que me marchase.

Mientras me alejaba, lo oí decir:

—Vamos, Tordo, arriba ese ánimo. Tócanos una cancioncilla con el silbato. Así mantendremos la oscuridad a raya.

Para mi sorpresa, a Tordo le pareció bien la idea. Mientras salía despacio del campamento empecé a oír la melodía tímida de la canción materna de Tordo. Sentí literalmente cómo el hombrecillo se concentraba en ella, y percibí que el recelo que manifestaba hacia mí a través de la Habilidad empezaba a disiparse. Fue como si me quitara de encima un pesado macuto. Aunque a cada poco interrumpía la pieza para recobrar el aliento, confié en que el interés que mostraba en tocarla fuese una señal de que se estaba recuperando. Deseé que yo pudiera suavizar con la misma facilidad el malestar que se palpaba entre el bufón y yo. No habíamos intercambiado una palabra ni nos habíamos acercado lo suficiente, de hecho, para entablar una conversación, y, aun así, su rabia me estremecía como un viento helador. Habría preferido que esta noche se hubiera quedado en su tienda; habría sido un buen momento para mantener una charla tranquila con él. Sin embargo, lo habían invitado a compartir la cena de

despedida a bordo de la nave. Me pregunté quién se lo habría propuesto: ¿el príncipe, porque sentía curiosidad, o Chade, porque quería tener al hombre leonado donde pudiera vigilarlo?

Recorrí la playa bajo la luz cada vez más tenue del crepúsculo y comprobé que el espía de Chade la había descrito con gran exactitud. La marea comenzaba a bajar, ensanchando el tramo arenoso. Unos pilotes repujados de percebes descansaban en extraños ángulos formando dos filas que partían desde el agua cada vez menos profunda, vestigio de algún antiguo muelle. En el pasado había cabañas de piedra a lo largo de la orilla, aunque ahora solo quedaban las ruinas. Algunas paredes bajas continuaban en pie, distribuidas en una hilera que semejava los alvéolos dentarios de un cráneo vacío. Las demás paredes de piedra estaban diseminadas por el interior y los alrededores de los edificios. Fruncí el ceño. La destrucción se antojaba excesiva. ¿Asaltaría alguien el pequeño asentamiento en el pasado no solo con la idea de masacrar a los habitantes, sino también de hacer inhabitable el lugar? Daba la impresión de que hubieran querido arrasarlo.

Salvé el pequeño risco que se elevaba sobre los guijarros de la playa. Me recibió una pradera pedregosa alfombrada de matas de hierba cuyas raíces comenzaban a ocultarse entre las sombras según el día se desprendía de sus colores. No había árboles, solo arbustos recios y retorcidos desperdigados por ella. Aunque era verano, el glaciar que imperaba sobre la isla destilaba su aliento invernal durante todo el año. Me abrí paso entre los pastos que crecían libremente, cuyas cabezas coronadas de semillas susurraban al rozarse contra mis calzas. Poco después, sin que nada lo anunciara, llegué al límite de una cantera. De haber estado más oscuro, muy probablemente habría resbalado y sufrido una mala caída. Me quedé en el borde y miré hacia abajo. A unos pasos de mí, los flancos herbosos se fundían con las paredes de piedra negra, surcadas por unas finas vetas de plata. Un escalofrío me arañó la espalda. En el pasado se extraía piedra de la memoria de aquí, del mismo modo que se sacaba de la inmensa cantera de las montañas en la que el dragón de Veraz fue tallado a partir de este material. El agua acumulada en el fondo de la cantera conformaba un segundo cielo nocturno sin estrellas que se extendía a mis pies. Dos enormes rocas, cuyos contornos angulosos evidenciaban que el hombre las había

trabajado, constituían dos islas desnudas que sobresalían del agua.

Me aparté despacio del borde y me encaminé de regreso al campamento. Quería hablar con Chade y el príncipe, pero sobre todo sentía la necesidad de comentar esto con el bufón. Desde el filo del risco vi cómo la *Colmilluda* se balanceaba, fondeada apaciblemente en la bahía, con los botes de desembarque arracimados en torno a ella. Mañana partiría y se llevaría a Arkon Hojasanguina de vuelta a Zylig. Los demás nos quedaríamos aquí y emprenderíamos la búsqueda del dragón sepultado bajo el glaciar. Las olas que lamían metódicas la playa deberían haberme servido para sosegarme. Sin embargo, el mar parecía agitarse inquieto, empeñado en devorar la isla poco a poco. Nunca antes lo había interpretado de ese modo.

Un gigantesco animal emergió por un momento cerca de la orilla. Me quedé helado, intentando determinar qué era. Volvió a sumergirse con la siguiente ola y de nuevo quedó expuesto al retroceder el agua. Mientras permaneció descubierto se mantuvo completamente inmóvil. Entorné los ojos para diferenciarlo mejor, pero solo distinguí una silueta en medio del mar negro, con lo que únicamente pude ver que era tan grande como una ballena pequeña. Me extrañó que una criatura de tales dimensiones hubiera terminado en aguas poco profundas. No debería haberse acercado tanto a la orilla, a menos que estuviera muerta y la corriente la hubiera arrastrado hasta la playa. El sentido de la Maña me decía que todavía quedaba en ella un ápice de vida, incierta y desenfocada. No percibí, empero, el pulso de derrota o resignación que emanaba de los seres moribundos.

Me detuve en la playa y observé cómo el debilitado oleaje revelaba poco a poco no solo la silueta amorfa de un animal enorme, sino también varios bloques inmensos de piedra negra que centelleaban a la luz de la luna. Me olvidé de todo lo demás mientras las olas se soltaban despacio de la orilla y retrocedían. La criatura que quedó a la vista paulatinamente me resultó familiar de un modo sobrecogedor. Cuando uno ha visto un dragón postrado, no lo olvida nunca. Se me aceleró el corazón. ¿Sería esta la respuesta al enigma?

Creo que he encontrado a vuestro dragón, Dedicado. Idead una excusa para salir a cubierta y mirar hacia la orilla. La marea baja lo ha dejado al descubierto. Hay un dragón de piedra, en la franja de la marea.

No limité la Habilitación al príncipe. También alcanzó a Chade. Instantes más tarde, Dedicado y el resto de los comensales aparecieron en la borda. Miraron hacia la orilla, aunque dudé que alcanzaran a ver la criatura con la misma claridad que yo, puesto que ahora la luz del farol procedente del barco la recortaba para mí. Con esta luz adicional, y con las olas ya lejos, comprobé que me equivocaba. Lo que parecía ser un dragón era en realidad un conjunto de grandes bloques de piedra, dispuestos unos cerca de otros pero sin llegar a tocarse. Distinguí la cabeza sobre las patas delanteras, el cuello y los hombros, tres segmentos de la espalda y las patas traseras, y por último varios tramos de una cola que se afinaba en su extremo. Unidos los unos a los otros, habrían conformado un dragón. Expuestos en medio de la arena mojada, semejaban los cubos desperdigados de un rompecabezas.

¿Es nuestro dragón? ¿La narcheska quería llevar la cabeza de piedra ante la lumbre de su casa?, inquirí.

Por medio del vínculo que me unía a Dedicado, lo vi señalar y preguntarle algo parecido a Peottre. Sin embargo, Arkon Hojasanguina profirió una carcajada y negó con la cabeza. El vínculo me trajo su respuesta con la misma claridad que si me encontrara en cubierta con ellos.

—No, no, lo que veis ahí es uno de los disparates de la Mujer Pálida. Trajo aquí a sus esclavos con el propósito de que extrajeran piedra para ella. Insistía en que solo la piedra negra de esta isla servía como lastre para sus naves blancas. Según parece, también puso a algunos esclavos a tallarla. Con qué fin, quizá nunca lo...

—Es tarde —lo interrumpió Peottre con brusquedad—. Y debes zarpar con la marea de la madrugada, hermano. Aprovechemos esta noche, la última en la que podremos dormir a bordo, en cama, porque mañana habremos de enfrentarnos a las inclemencias de la isla. A vos también os sugiero que os retiréis pronto, príncipe Dedicado. Al despuntar el alba comenzaremos la marcha hacia el lugar donde se dice que nos espera el dragón verdadero. Será un viaje arduo. A todos nos conviene descansar.

—Una sabia recomendación de una sabia cabeza. Os desearé a todos, en ese caso, buena suerte y buenas noches. —Arkon accedió de inmediato a la propuesta de Peottre.

Vaya. Eso se llama sutileza, observó Chade mientras abandonaban la cubierta. Arkon debió de darse cuenta de que estaba contando historias que Peottr prefiere no divulgar. Continúa con tus indagaciones por allí, Traspíe.

¿Cómo ha reaccionado el bufón a sus explicaciones?, le pregunté.

A decir verdad, no me he fijado. La respuesta de Chade sonó un tanto brusca.

¿Cómo ha llegado aquí el bufón? ¿Por qué ha venido? ¿Por qué lo tenéis donde yo no puedo hablar con él? No podía seguir callándome la pregunta ni ocultando del todo lo mucho que me molestaba que todavía no hubieran compartido las respuestas conmigo.

Ah, no te enfades. Chade ignoró mi rabia. No nos ha contado gran cosa. Ya sabes cómo es. Déjalo estar hasta mañana, Traspíe, cuando nos encontremos todos en la orilla y puedas preguntarle todo lo que se te ocurra. Sin duda, contigo se sincerará mucho más que con nosotros. En cuanto a por qué lo hemos traído al barco, es para mantenerlo lejos de los guerreros de la Hetgurd, no de ti. Ya ha admitido que hará cuanto esté en su mano para convencernos de que no debemos darle muerte al dragón. Y se ha mostrado lo bastante desconcertante, encantador y misterioso para intrigar a Peottr y Hojasanguina, aunque intuyo que la narcheska todavía recela de él. Se niega a mirarlo a los ojos.

El príncipe se sumó a los pensamientos del consejero.

Al principio los miembros de la Hetgurd creían que les habíamos tendido algún tipo de trampa, que habíamos traído a una especie de aliado secreto. Cuando señalamos que no teníamos modo alguno de saber qué condiciones nos pondría la Hetgurd, admitieron que no parecía probable.

¿Cómo reaccionaron la narcheska y Peottr cuando dijo que ayudaría al dragón?, les pregunté a los dos.

La respuesta de Chade parecía bien razonada.

Reaccionaron de un modo extraño. Esperaba que su presencia les importunara; sin embargo, a Peottr se le ve aliviado, casi contento de que el bufón esté aquí. En cuanto a mí, agradezco que no hablase mucho. Y te pediría que si tienes algo que discutir con él, lo hagas donde ni la narcheska ni Peottr os puedan oír. Si averiguan que os conocéis desde hace años, muy probablemente pensarán que también tú te opones a la expedición.

El pensamiento de Chade traía consigo una advertencia, una sutil prueba de lealtad. La ignoré.

Esperaré y hablaré con él en privado, le dije a Chade.

Sí. Así lo harás, dijo tanto a modo de confirmación como de orden.

Los ocupantes del barco estaban retirándose a sus camas. Eché la vista atrás, hacia el campamento. Me pareció que todos se habían acostado ya. La hoguera comenzaba a apagarse. Ni siquiera había tomado mi ración de la noche. Tal vez un cuenco de avena cocida parecería todo un manjar antes de que la expedición terminara, pero por ahora no me tentaba.

La marea había bajado lo suficiente para permitirme rodear la totalidad del dragón sin mojarme más que hasta los tobillos. Sabía que por la mañana lamentaría tener los zapatos empapados, pero si había algo que descubrir acerca de esta criatura rocosa, ahora era el mejor momento. Este ser no lo había tallado ningún destacamento de la Habilidad, sino los esbirros de la Mujer Pálida. Creía saber por qué. Sospechaba desde hacía tiempo que Regio y el Maestro de la Habilidad Galeno vendieron una buena parte de la biblioteca de la Habilidad. ¿Pasarían aquellos documentos a manos de Keбал Ganapán, el caudillo de los marginados durante la Guerra de las Velas Rojas? ¿Intentaron él y su aliada, la Mujer Pálida, crear sus propios dragones para combatir contra los Seis Ducados? Estaba casi convencido de que sí.

Me acerqué a la reluciente piedra mojada y reparé en que no tenía algas ni percebes adheridos a ella. Se mantenía tan limpia y negra como el día en que le dieron forma. Con mucha cautela, la palpé. Estaba fría y mojada, era dura, y respondió con un murmullo Mañoso a mi roce. Igual que ocurría con los dragones de piedra dormidos. Y, sin embargo, sentí algo diferente. No supe qué hasta que toqué el bloque contiguo. También en este percibí ese borboteo oculto de vida. Eran, no obstante, muy distintos. Con cuidado, temiendo encontrarme con alguna trampa arcana, me aventuré hacia ellos con la Habilidad. No noté nada. Pasé la mano por la superficie mojada de la que no colgaban algas ni percebes. Y entonces, de súbito, sentí algo, un tumulto de voces agitadas y, acto seguido, silencio de nuevo.

Volví la cabeza despacio y comprendí lo necio que había sido. El estallido de Habilidad que acababa de sentir no consistía en una conversación amortiguada por la distancia o por alguna barrera. Con la misma cautela que si pretendiese acariciar un ascua, deslicé las yemas de los dedos por la piedra mojada que tenía ante mí. De nuevo percibí una gritería confusa, un caos de voces que hablaban

al mismo tiempo, procedentes de muy lejos. Me sequé la mano con aire pensativo en la pechera de la camisa y me aparté. Inquieto, analicé la idea que me vino a la cabeza.

Era piedra de la memoria. Aunque se extraía de esta isla, sin lugar a dudas se trataba del mismo tipo de piedra que Veraz empleó para tallar su dragón. Todos los dragones que encontré en el Jardín de Piedra del Reino de las Montañas fueron erigidos a partir de este material, algunos por los destacamentos de la Habilidad que pretendían almacenar para siempre sus recuerdos y su ser; y otros, acaso, por los vetulus. Los dragones que yo llegué a ver estaban formados tanto por los recuerdos y pensamientos vertidos en ellos como por las herramientas de los talladores. Aquellos dragones terminaron por absorber completamente a las personas que los crearon. Yo presencié la transformación de Veraz en dragón. Hicieron falta todos sus recuerdos y toda su fuerza vital, así como los de Hervidera, para saciar e impregnar la piedra, dotándola de vida. Al igual que Veraz, la anciana se sacrificó de forma voluntaria. Era la última de su destacamento de la Habilidad, una mujer solitaria que vivió más años que el resto de su generación y que su monarca, pero que regresó, no obstante, para servir al linaje de los Vatídico. Su avanzada edad y la entrega de Veraz apenas bastaron para despertar al dragón. Yo lo sabía bien. Veraz tomó un poco de mí para su obra, y después me precipité a verter más recuerdos en la talla de la Chica del Dragón. Sentí la atracción que ejercía la voracidad del ser de piedra. No me habría costado dejar que la Chica del Dragón me consumiera por completo; en cierto modo, habría supuesto una liberación.

O, tal vez, un encarcelamiento. ¿Qué les ocurría a los dragones de piedra que no reunían los recuerdos suficientes para cobrar vida y emprender el vuelo? Vi lo que le sucedió a la Chica del Dragón. Se quedó allí, en la cantera, apresada en una roca informe. En su caso, no lo atribuí a una insuficiencia de recuerdos, sino a la negativa de quien la creó a cederle su individualidad al conjunto. La persona que lideraba el destacamento que la talló intentó contenerse y aislar sus recuerdos en la figura de la chica a lomos del dragón en lugar de depositarlos en el conjunto de la escultura. O al menos así me lo explicó Hervidera, cuando le pregunté por qué aquella estatua no había despertado y echado a volar. Me contó esta historia para que tuviera cuidado con el dragón de Veraz, supongo;

para que comprendiese que la criatura no se conformaría con menos que la totalidad de mi ser.

Deseé que Hervidera estuviese a mi lado ahora, para contarme la historia de esta construcción. Aunque creía conocerla ya. La figura no había sido erigida en una sola pieza, sino que estaba dividida en varios bloques. Y las personas que tallaron la roca no la imbuyeron con sus recuerdos. Sospechaba, más bien, que me encontraba ante un oscuro monumento que conmemoraba la Guerra de las Velas Rojas. ¿Qué fue de los recuerdos y las emociones de los forjados? Los indicios inconexos confluían en esta criatura deslavazada. La piedra de la memoria se utilizaba como lastre en las bodegas de los Navíos Blancos. ¿Tal vez la Mujer Pálida y Kebal Ganapán lograron dominar la magia que permitía despertar a los dragones de piedra gracias a un manuscrito de la Habilidad robado que ellos compraron? En ese caso, ¿qué les impidió crear un dragón marginado con el que arrasar la costa de los Seis Ducados? ¿Se negarían a sacrificarse para dotar de vida a su obra? ¿Pensarían que podían crear un dragón a partir de los recuerdos que les robaron a los habitantes de los Seis Ducados?

Tenía ante mí la prueba de que no llegaron a entender la razón fundamental por la que los destacamentos viajaban a Jhaampe y aún más lejos para crear dragones de piedra. Podían robarles la memoria a los habitantes de los Seis Ducados y encerrarla para siempre en una roca. Sin embargo, no eran capaces de forjar esos recuerdos y extraer de ellos la determinación que se requería para insuflar vida en un dragón. Además, no todos los destacamentos que partieron hacia las Montañas cumplieron ese propósito. Muchos se casaron con mujeres montañesas y se establecieron para pasar el resto de su vida con su amada. Algunos de los que decidieron erigir un dragón fracasaron en el intento. No era una tarea sencilla, ni siquiera para los destacamentos de la Habilidad más resueltos. Un dragón compuesto de los recuerdos de los divergentes introducidos a la fuerza en una sola piedra, un dragón nacido del terror, la rabia y la desesperanza, habría sido una criatura abominable si hubieran conseguido despertarla.

¿Sería eso lo que Kebal Ganapán y la Mujer Pálida pretendían?

Hubo un tiempo en que me sentía muy atraído por la idea de entregarme a un dragón de piedra. Aún recordaba lo mucho que me dolió que Veraz me

excluyera de la creación del suyo. Al echar la vista atrás, con más años de experiencia a las espaldas, entendía por qué. A veces, cuando Ojos de Noche vivía, le daba vueltas a esa posibilidad. *¿A qué tipo de dragón habríamos dado lugar entre los dos?*, solía preguntarme. Y ahora, lo quisiera o no, de nuevo formaba parte de un destacamento. Con todo, nunca me había parado a pensar que tal vez dentro de unos años Dedicado, Tordo, Chade y yo podríamos desear componer un dragón a partir de nosotros. Conformábamos un destacamento nacido más de la casualidad que de común acuerdo. No era capaz de imaginarnos demostrando la devoción y la entrega necesarias para tallar una estatua, menos aún la voluntad para ponerle fin de forma simultánea a nuestra existencia humana y conmemorar nuestra alianza en un dragón.

Giré sobre mis talones y me alejé despacio de la piedra trabajada. Intenté no hacerme preguntas acerca de los recuerdos forjados que encerraba. ¿Había una conciencia atrapada en la roca? Si no, ¿qué era exactamente lo que contenía?

Me proyecté una vez más hacia Dedicado y Chade.

Creo que he encontrado algunos de los recuerdos y sentimientos que la Forja se llevó de los Seis Ducados durante la guerra.

¿Qué? Chade no daba crédito.

Cuando les relaté mi hallazgo, todos guardamos un largo silencio pavorido. Al cabo, Dedicado preguntó titubeante:

¿Podemos liberarlos?

¿Con qué propósito? Casi todas las personas a las que pertenecían esos recuerdos fallecieron hace mucho tiempo. Algunos podrían haber muerto a mis manos, por lo que sé. Además, ignoro si se puede hacer algo así, y de qué manera. Mientras más vueltas le daba, más incómodo me sentía.

El pensamiento de Chade me llegó lleno de una resignación serena.

Por el momento, debemos dejar las cosas como están. Quizá una vez que nos hayamos ocupado del dragón, Peottré se muestre más dispuesto a compartir con nosotros lo que sabe. O tal vez podamos hacer que un barco de los Seis Ducados se desplace hasta aquí, con discreción, y se lleve a casa lo que nos pertenece. Sentí cómo encogía los hombros mentalmente. *Sea lo que sea.*

La hoguera para cocinar que ardía cerca de nuestra tienda se había reducido a un somnoliento ojo anaranjado en medio de la noche. Lo aticé ligeramente,

introduciendo los extremos de los leños, hasta que avivé una o dos llamas pálidas. Quedaba un poco de té en el maltrecho hervidor y unos restos de avena cocida en el fondo de la vasija. Acertijo se había ido, bien a montar guardia, bien al encuentro con la almohada. Me agaché para cruzar la entrada baja de la tienda y di con mi cofre tanteando la oscuridad. De Tordo, acurrucado bajo las mantas, solo veía la silueta. Procuré no despertarlo mientras lo revolvía todo en busca de mi taza. Me sobresalté cuando su voz quebró la negrura.

—Este sitio es malo. Yo no quería venir aquí.

En secreto, estaba de acuerdo con él.

—A mí me parece una tierra agreste y yerma —le dije—, pero no más inhóspita que muchos otros lugares que he visitado. En realidad ninguno de nosotros quería venir aquí. Pero intentaremos sacar todo el provecho que podamos de la experiencia y hacer lo que debemos.

Tosió antes de observar:

—Nunca había pisado lugar peor. Y tú me has traído aquí. —Cuando volvió a expectorar me di cuenta de lo cansado que estaba de tanto toser.

—¿Estás bien abrigado? —le pregunté sintiéndome culpable—. ¿Quieres una de mis mantas?

—Tengo frío. Tengo frío por dentro y por fuera, igual que este sitio. El frío me está comiendo. El frío nos comerá a todos y no dejará más que nuestros huesos.

—Voy a calentar el té. ¿Quieres un poco?

—Puede. Si hubiera miel.

—No. —Después cedí a la tentación—. Tal vez. Ten mi manta. Pondré el té a calentar de nuevo mientras veo si a alguien le queda un poco de miel.

—Bueno —dijo receloso.

Lo tapé bien con la manta. Hacía días que no estábamos tan cerca.

—No me gusta cuando te enfadas conmigo, Tordo. Yo no quería venir aquí, ni traerte a ti. Pero era algo que teníamos que hacer. Para ayudar a nuestro príncipe.

Tordo no respondió y yo no sentí que la frialdad con que me trataba se disipara un ápice, pero al menos no arremetió contra mí. Sabía quién podría tener miel. Salí del refugio y subí la pendiente de camino hacia donde estaban

montadas las amplias tiendas de la narcheska y el príncipe. Entre ellas, y un poco por encima, la morada multicolor del bufón se agitaba blandamente al son del viento. En medio de la negrura cada vez más opaca, un resplandor parecía nacer de sus entrañas.

Titubeé frente a ella. La solapa de la entrada estaba cerrada con firmeza. Años atrás, de niño, entré en los aposentos privados del bufón, sin que nadie me diera permiso. Siempre lamenté mi atrevimiento, no solo porque se presentaran ante mí más enigmas de los que despejé, sino también porque abrió una pequeña grieta en la confianza que nos teníamos. Sin recitármelas nunca de viva voz, el bufón me inculcó bien las reglas que debía observar para que nuestra amistad perdurase. Solo respondía a las preguntas acerca de él cuando así lo deseaba y cualquier indagación por mi parte se consideraba un atentado contra su intimidad. Aquí se incluían mis intentos por averiguar cualquier cosa sobre su persona que se alejase de las que él decidía contarme por su propia voluntad. Así, me quedé allí detenido, sometido al viento que soplaba a mi alrededor procedente del glaciar de la isla, y me pregunté si quería correr ese riesgo. ¿No estaba ya bastante resquebrajada nuestra vapuleada amistad?

Instantes después me agaché, desaté la solapa de la entrada y pasé adentro.

La tienda estaba hecha de un tejido que no reconocí, una suerte de seda, tal vez, pero cuyas costuras eran tan prietas que el aire del interior no se agitaba en modo alguno. El resplandor procedía de un compacto brasero, acomodado en un pequeño hoyo excavado en el suelo de la cámara. Las paredes de seda retenían el calor que generaba y lo almacenaban bien, y la luz parecía multiplicarse gracias al lustre de la tela. Aun así, la luz del interior no resultaba excesiva, sino cálida y acogedora. Un tapete fino cubría el resto del piso, una de cuyas esquinas lo ocupaba un jergón sencillo hecho de mantas de lana. Mi olfato de lobo detectó los perfumes que empleaba el bufón. En otra esquina había algunas prendas de vestir y varios objetos importantes. Observé que había traído la Corona del Gallo sin plumas. Por alguna razón, no me sorprendió. Las plumas de la isla de los Otros, las que yo creía que encajarían en la corona, estaban en mi cofre. Algunas cosas son demasiado relevantes para desentenderse de ellas.

Disponía de un parco surtido de víveres y de una única olla; no cabía duda

de que dependía de nuestra llegada para subsistir. No vi ningún tipo de arma entre sus enseres; los cuchillos que tenía solo servían para cocinar. Me pregunté en qué barco habría llegado hasta aquí y por qué no se habría aprovisionado mejor. Entre las vituallas apareció un tarrito de miel. Lo cogí.

No encontré ningún trozo de papel para dejarle una nota. Lo único que necesitaba decirle era que no quería que viniera y perdiese la vida aquí, por lo que hice cuanto estuvo en mi mano para frustrar sus planes. Al final me limité a poner la Corona del Gallo en medio del jergón. Giré la sencilla diadema de madera entre mis manos, haciendo que la luz tenue se reflejara por un segundo en una de las destellantes gemas que ocupaban las cuencas oculares del gallo. El bufón sabría que yo la había colocado allí, y por qué. No quería que pensase, ni siquiera por un momento, que había intentado ocultar todo rastro de mi paso por su tienda. Al salir, volví a atar a mi manera la solapa de la entrada.

Tordo empezaba a adormilarse otra vez, pero cuando serví el té y lo endulcé, se incorporó y cogió su tazón. Fui generoso con la miel. Se tomó la mitad y dio un suspiro pesado.

—Esto es otra cosa.

—¿Quieres más? —No quedaría mucho para mí, pero no debía desaprovechar ninguna oportunidad de recuperar su aprecio.

—Un poco. Por favor.

Sentí que rebajaba sus muros un tanto.

—Acércame tu tazón, entonces. —Mientras le servía y le endulzaba la infusión, le dije—: ¿Sabes, Tordo? Lamento que nuestra amistad se terminara. No me gusta nada que estés enfadado conmigo.

—A mí tampoco —admitió al tiempo que cogía el tazón—. Además, es más difícil de lo que me imaginaba.

—¿De verdad? Entonces ¿por qué actúas así?

—Para ayudar a Ortega, que está enfadada contigo.

—Ah. —Preferí no profundizar en ese tema, de modo que me limité a comentar—: Supongo que hizo que pareciera una idea muy buena.

—Ajá —reconoció con triste parsimonia.

Asentí despacio.

—Pero Ortega se encuentra bien, ¿verdad? No estará herida o en peligro.

—Está enfadada. Porque tuvo que marcharse de casa. Por lo de la dragona. Me dio mucho miedo, pero le dije que podía venir aquí, porque vamos a cortarle la cabeza a un dragón. Pero ella me dijo «No te preocupes, mi papá matará a la dragona por mí». Así que está a salvo.

La cabeza me dio vueltas. Estaba hecho, entonces. El ave mensajera había llegado a Torre del Alce y la reina había puesto a salvo a Ortiga sin perder un instante. Y alguien, Kettricken o Burrich, le había dicho que era mi hija. Por qué lo habían hecho ahora o cómo se lo habían explicado era una cuestión que de pronto no importaba. Ortiga lo sabía. Y estaba enfadada conmigo, pero aun así había hallado la manera de enviarme un mensaje por medio de Tordo, con el que me decía que sabía quién era yo y que todo lo había hecho para protegerla. Las emociones que sentía parecían entrar en conflicto unas con otras. Me pregunté si Ortiga sabía todo lo que yo era o solo que fue engendrada por otro hombre, cuyo mero linaje la ponía en peligro. ¿Le habría hablado alguien de la Habilidad? ¿Sabría que yo era Mañoso? Me habría gustado decirle en persona que era su padre, si algún día hubiera decidido que debía saberlo. ¿Habría sido más fácil para ella o más difícil? Lo ignoraba. Había muchas cosas que se me escapaban, y demasiadas que Ortiga no sabía sobre mí.

Después reparé en otra cuestión que me embistió como un maremoto. Si Ortiga se encontraba en Torre del Alce, y si abría la mente a nuestro vínculo Habilidoso, podríamos comunicarnos con la reina y contarle todo lo que estaba ocurriendo. No pude evitar sentir cierta emoción. Ahora el príncipe Dedicado contaba con un destacamento plenamente funcional.

Salí de mi ensueño cuando Tordo volvió a tenderme el tazón. Estaba vacío.

—¿Has entrado ya en calor? —le pregunté.

—Un poco —admitió.

—Yo también —le dije, aunque no tenía nada que ver con el frío de la noche. A veces el corazón de un hombre late con tanta fuerza y libertad que no hay frío capaz de encogerlo. Me sentía vivo y completo, reafirmado en mis acciones. Tordo volvió a hacerse un ovillo en la cama, con mi manta ceñida aún sobre los hombros. No me importaba. Le hablé con cautela—. Si esta noche Ortiga te visita en sueños, ¿te importaría decirle...? —Que la quiero. No. Era demasiado pronto para decirle algo así y, además, prefería que la primera vez

oyera esas palabras de mis labios. Ahora no sería más que la frase hecha de un padre fantasma al que nunca había visto. No—. ¿Te importaría decirle que le haga saber a la reina que todos estamos bien y que hemos llegados indemnes a la isla? —Preferí no entrar en detalles. No estaba seguro de si la dragona Tintaglia podía escuchar o no las conversaciones entre Tordo y Ortiga.

—A Ortiga no le gusta la reina. Se porta muy bien con ella, siempre le está regalando faldas bonitas, olores bonitos y cositas brillantes. ¡No es la madre de Ortiga! Pero no la deja separarse de ella y solo la deja salir acompañada de un guardia. Ortiga odia todo eso. ¡Y ya está harta de lecciones, muchas gracias!

A pesar de la preocupación, sonreí. Lamentaba que Ortiga y Kettricken no congeniaran, pero echando la vista atrás, era inevitable. Me divertía cómo sonaban las palabras de Ortiga en boca de Tordo. Y además me aliviaba que el exceso de faldas y de lecciones fuera la mayor amenaza de Ortiga en este momento. Me sentía absurdamente feliz a pesar de las muchas complicaciones que esto traería a mi vida.

Tordo empezaba a dormirse, pero yo quería seguir pensando un poco más. Salí, cerré la solapa de la tienda y me acerqué a la hoguera moribunda. Rasqué los restos de avena del hervidor y me los comí. Puesto que fui el último en cenar, me correspondía a mí dejar la vasija limpia para mañana. La rasqué con arena y agua del mar, sin reparar en ningún momento en el agua fría ni en la arena áspera. Tenía la cabeza en otro lugar. ¿La habría acomodado Kettricken en mi antigua habitación? ¿Vestiría mi hija ahora las joyas y los vestidos propios de una princesa? Vertí en mi taza el té que quedaba y tiré los posos de la jarra. Sin embargo, cuando me dispuse a endulzar la infusión, no hallé el tarrito de miel en la oscuridad. Así, lo bebí tal cual, espeso, amargo y delicioso gracias al cambio que se había operado en mi vida aquella noche.

El Hombre Negro

Del mismo modo que los miembros de un destacamento de la Habilidad pueden utilizar el don para influir en el juicio de otras personas y convencer a su objetivo de que determinados hechos son ciertos, los soñadores de la Habilidad emplean la magia sobre su propia mente mientras duermen para crear un mundo que es, para ellos, tan real como lo es para nosotros el nuestro cuando estamos despiertos. Los soñadores de la Habilidad, en cierto modo, utilizan el don contra sus propios pensamientos. Mientras que la mayoría de nosotros no tenemos ningún tipo de control sobre lo que soñamos durante la noche, los soñadores de la Habilidad rara vez experimentan sueños aleatorios, hasta el punto de que les cuesta concebir cómo podría ser un sueño de esta naturaleza o que otras personas sueñen de esa manera.

MAESTRA DE LA HABILIDAD SOLÍCITA,
Habilitación onírica

Dormí bien, sin tener ningún tipo de sueños, y me desperté con el susurro de las olas que rompían en la playa. El alba apenas empezaba a despuntar, pero tanto los guardias como los guerreros de la Hetgurd estaban ya levantados y enfrascados en sus quehaceres. Me lavé la cara en el arroyo helado. La marea creciente había engullido el dragón tallado, pero ahora que sabía que estaba allí, lo percibía como una suerte de murmullo Mañoso que procedía de debajo de las olas. Miré hacia los barcos fondeados. Quería preguntarle a Telaraña qué pensaba él sobre el dragón, aunque la idea me hacía sentir culpable. No había cumplido con él; no había ido a verlo para que me instruyera. ¿Tenía derecho a pedirle que empleara sus conocimientos para hacerme un favor, cuando me negaba a que me los transmitiera? Sabía cómo me sentaría a mí que Vencejo actuase de ese modo. Me recordé a mí mismo con pesadumbre que la duración del día era limitada, y que ahora hasta el último minuto de mi tiempo parecía estar reservado de antemano.

Me pasé por la tienda donde Tordo seguía durmiendo. Cobarde como era, decidí dejarlo en paz. Me acerqué a la hoguera que los guardias utilizaban para cocinar, donde la avena empezaba a hervir. Mechalarga no tenía ninguna tarea urgente para mí. Miré las naves ancladas, pero no vi ningún signo de actividad en ellas. Debían de haberse quedado conversando hasta altas horas de la noche.

Visité la cantera de nuevo. A la luz del día, me pareció distinguir unos huesos y la bóveda de un cráneo humano bajo los charcos, pero los flancos de la cantera presentaban una pronunciada escarpa que me quitó las ganas de seguir investigando. Ocurriera lo que ocurriese, hacía mucho tiempo que sucedió. Ahora tenía problemas más acuciantes. Me encaminé hacia donde los miembros de la Hetgurd habían montado sus tiendas. Se habían reunido fuera, y al principio me pareció que estaban desayunando sobre una mesa de piedra. Al acercarme un poco más me di cuenta de que la conversación esporádica era en realidad una disputa. Me detuve y fingí rascarme y estirarme con la mirada perdida en el mar. Doblé una rodilla como para ajustarme el zapato, sin dejar en ningún momento de escucharlos con atención. Se quejaban los unos a los otros en voz baja, de manera que no me resultó fácil entenderlos. Cuando hube escuchado lo suficiente para deducir que habían dejado una ofrenda para el Hombre Negro en el lugar que indicaba la tradición, la mesa de piedra, y que aún seguía allí, me levanté y aproximé unos pasos más.

Con una sonrisa necia en la cara y remarcando cuanto pude mi acento de los Seis Ducados, les pregunté con esfuerzo si sabían cuándo regresarían a tierra la narcheska y sus acompañantes. Un hombre corpulento que llevaba un oso estilizado en una mejilla respondió que volverían cuando volvieran. Asentí agradecido, con la mirada levemente desenfocada de quien no está seguro de lo que le acaban de decir. Señalé con la cabeza hacia la mesa de piedra y les pregunté qué tenían para comer. Di tres pasos hacia ella antes de que dos de los marginados se interpusieran entre la mesa y yo.

El Oso me explicó que no era su desayuno, sino una ofrenda, y que quizá debería volver con mis compañeros y comer con ellos, porque aquí no querían mendigos. Lo miré con los ojos entornados, moviendo los labios del mismo modo que él como si así pudiera descifrar su respuesta, tras lo cual desplegué una gran sonrisa, les deseé buenos días a todos y me alejé. Había conseguido echarle un vistazo a la mesa de piedra. Sobre ella descansaban una vasija de loza, una rebanada pequeña de pan negruzco y un plato de pescado en salazón bañado en aceite. No parecía muy apetitoso, ni siquiera a pesar del hambre con la que me había levantado, de modo que no culpé al Hombre Negro por dejar la ofrenda intacta. La confusión que les producía este aparente rechazo despertó

mi interés. Según cabía inferir de sus comentarios, esperaban que alguien que habitaba en la isla viniera y se llevase las viandas sigilosamente. El hecho de que no hubiera ocurrido así los preocupaba. Eran guerreros curtidos, seleccionados por la Hetgurd para que solo pensarán en cumplir su propósito. Casi todos los guerreros a los que conocía eran muy pragmáticos en lo tocante a la religión y las supersticiones. Aunque acostumbraban a arrojar sal para invocar a la «buena suerte», pocos se obsesionaban con los presagios, como que el viento la atrapara y la empujase hacia un lado. Llegué a la conclusión de que los marginados esperaban que el Hombre Negro se llevara los presentes y que, al aceptarlos, indicara que les daba permiso para estar aquí. Que la ofrenda siguiera en el mismo sitio los desconcertaba. Me pregunté si eso cambiaría la opinión que tenían de esta búsqueda.

De regreso a mi tienda, caí en la cuenta de que sus creencias implicaban que en el pasado alguien o algo sí que había aceptado tales obsequios. ¿Viviría alguien de verdad en la isla? ¿O sería más bien una criatura como la rata rapiñadora de la que Vencejo se quiso hacer amigo la que se había llevado la comida las anteriores ocasiones?

Cuando llegué, Tordo se estaba despertando. Hoy se mostraba un poco más amable conmigo y aceptó que lo ayudara a abrigarse bien. Sufrió un ataque de tos que le encendió las mejillas y le dejó sin aliento. No permití que advirtiera mi preocupación. La tos persistente podía derribar a los guerreros más fornidos, y Tordo no era corpulento ni lozano. Llevaba demasiado tiempo combatiendo la dolencia que padecía en los pulmones y ahora tendría que pasar una primavera gélida en una tienda sacudida por las corrientes. Pero no compartí mis preocupaciones con él cuando nos acercamos a la hoguera para tomar nuestra ración de avena y té calientes.

Acertijo y los demás guardias estaban de ese humor sombrío típico de quienes se enfrentaban a una tarea complicada y tal vez desagradable. Intercambiaban bromas groseras, se quejaban de la comida y hacían comentarios despectivos sobre las «niñeras» de la Hetgurd. Mechalarga permaneció sentado a cierta distancia de nosotros y, una vez que terminamos de comer, encontró tareas para los demás. Había aceptado que mi deber para con la corona consistía en cuidar de Tordo, de modo que no me asignó más quehaceres. Así, me llevé al

hombrecillo a dar un paseo. No hizo comentarios sobre la cantera ni el arroyo helado, ni dijo nada acerca del glaciario azul que se levantaba sobre nosotros. Pero cuando dirigí nuestros pasos a propósito hacia la playa y pasamos frente al dragón sumergido, meneó la cabeza e insistió con solemnidad:

—Este no es un buen lugar. —Miró despacio a nuestro alrededor y añadió —: Aquí ocurrieron cosas malas. Y parece que estuvieran pasando ahora mismo.

Me habría gustado profundizar en ese asunto, pero levantó un brazo rollizo y señaló los barcos.

—¡Ahí vienen! —gritó, y tenía razón.

Los botes, cargados de pasajeros, se dirigían hacia la orilla. Nos detuvimos para verlos acercarse. Peottre, Hojasanguina y la narcheska viajaban en uno. Chade, el príncipe, Civil, su gato y Telaraña venían en el otro. El bufón, Vencejo y Cizaña ocupaban el último. El juglar, que parecía estar muy animado, explicaba algo con muchos aspavientos mientras Vencejo sonreía, obviamente divertido. Solté un suspiro breve y sonreí. Qué poco había tardado mi bufón en ganárselos con su encanto. Deseé que no hubiera venido; no dejaba de preocuparme lo que profetizaba que le ocurriría. Al mismo tiempo, no podía negar que celebraba que se encontrara aquí. Lo echaba de menos.

Cuando los barcos alcanzaron la orilla, Tordo y yo no éramos los únicos que los esperábamos. Acertijo y uno de los otros guardias arrastraron el bote de Peottre fuera del alcance de las olas. Mechalarga y yo hicimos lo mismo primero con el bote del príncipe y después con el del bufón. Este desembarcó sin dirigirme una sola mirada que pudiera evidenciar que me conocía. Cuando todos hubieron descendido a la arena, los miembros de la Hetgurd rodearon a Arkon Hojasanguina. No se molestaron en bajar la voz para contarle que el Hombre Negro no había aceptado la ofrenda. En vista de ello, propusieron que todos entendiéramos que la misión que pretendíamos llevar a cabo aquí suponía una grave ofensa contra él. La narcheska debía cambiar de parecer y eximir al príncipe de la tarea que le había impuesto.

Sabía que estaban molestos. Hasta ahora no había entendido lo importante que era para ellos, añadí después de haberles Habilitado a Chade y el príncipe lo que sucedió por la mañana en la mesa de piedra. Ninguno de ellos me miró cuando les facilité esta información. Aguardaron cortésmente, a unos pasos de los hombres

que rodeaban a Hojasanguina y Peottre. La narcheska también se mantuvo al margen, con la mirada perdida en el mar. Daba la impresión de que estuviera tallada en piedra: un gesto de entereza y resignación se apreciaba grabado en su rostro.

La discusión del Hombre Negro proseguía, pero me distraje con la presencia del bufón. Se había acercado, charlando amigablemente con Cizaña y Vencejo. Las capas blanquinegras de su atuendo me recordaron tanto a los días en que servía al rey Artimañas como bufón que se me hizo un nudo en la garganta. Hubo un momento en que miró en mi dirección, un fugaz movimiento de sus ojos bronceados. Observé que fijaba su atención en la conversación que los miembros de la Hetgurd estaban manteniendo con Peottre y Hojasanguina. Fue como ver a un perro de presa ponerse rígido al encontrar un rastro. Se centró en ellos y se acercó, sin importarle que a los demás les pareciera una grosería.

La conversación había derivado en una riña, y discutían ahora en un marginado tan urgente y gutural a causa del acaloramiento que a duras penas lograba seguirlos. Peottre se salió del grupo y se cruzó de brazos. Volvió la cabeza y apartó la vista de ellos, pero en ese momento dio un fuerte manotazo contra la funda de su espada. Aunque esa costumbre no existía en los Seis Ducados, enseguida comprendí lo que significaba: si alguien quería seguir discutiendo con él, lo harían empuñando las armas. Los hombres de la Hetgurd, dispuestos en círculo, apartaron la vista de él, obviamente rechazando el desafío. Se cerraron ahora en torno a Hojasanguina, quien realizó un amplio gesto de impotencia y extendió un brazo para señalar a su hija, encogiendo los hombros como si quisiera decir que las decisiones de las mujeres escapaban a la comprensión de los hombres. Esto pareció apaciguarlos.

El miembro de la Hetgurd que llevaba el tatuaje del oso se separó del resto y se acercó a la narcheska. Esta no lo miró según se le aproximaba, aunque no me cabe ninguna duda de que era consciente de su cercanía. Continuó mirando las aguas, más allá del barco, hacia el horizonte. El viento soplaba a su alrededor, agitando los bordes del manto azul con capucha que vestía y tirando de sus faldas bordadas. Se las levantó lo suficiente para dejar al descubierto sus botas de piel de foca y las calzas de lana que llevaba bien metidas en ellas. Ignoraba las travesuras de la brisa del mismo modo que ignoraba al Oso que se había

acercado a ella. El miembro de la Hetgurd carraspeó, pero se vio obligado a llamarla para que ella se volviese hacia él.

—Narcheska Elliania, necesitaría hablaros de algo.

Aunque Elliania se dio media vuelta, solo le respondió con una mirada. El Oso interpretó que lo estaba autorizando a proseguir. Se dirigió a ella con concisión y formalidad, y creo que con el propósito de que todos lo oyeran y lo entendieran. El Búho se acercó a ellos mientras conversaban, tal vez con el objeto de registrar el diálogo para la posteridad. Los bardos no creen en los secretos.

—Estoy seguro de que nos habéis oído dialogar. Pero os lo comentaré de forma resumida. Anoche dejamos fuera la ofrenda para el Hombre Negro, como es costumbre cuando visitamos esta isla, sea cual sea el motivo. Esta mañana la ofrenda seguía en la mesa de piedra, intacta. Siempre se ha dicho que el favor del Hombre Negro no puede comprarse con regalos, pero cuando los acepta significa que le concede permiso a uno para jugarse la vida aquí. Esta mañana supimos que ni siquiera nos permitía algo así. Narcheska, os hemos acompañado hasta aquí, conscientes de que el desafío que le propusisteis a vuestro pretendiente era inapropiado. No nos escuchasteis. ¿Prestaréis atención ahora a lo que el mismo Hombre Negro nos ha mostrado? No somos bienvenidos aquí. Muchos sospechábamos que se mostraría furioso con vos. No esperábamos, sin embargo, que les negara su permiso incluso a aquellos que solo vienen a comprobar que el desafío del dragón se lleva a cabo de forma justa. No es solo a vos misma y a vuestro marido a quienes ponéis en peligro, sino a todos los que nos encontramos aquí. Y si cumplierais vuestro propósito, tememos ahora que la ira de los dioses no caiga solo sobre vos sino sobre todos los que presenciemos la hazaña.

Vi pestañear a la narcheska, cuyas mejillas acaso se encendieran un ápice. Solo su quietud sugería que lo estaba escuchando mientras contemplaba el horizonte. El Oso bajó la voz, pero aún se le oía sin dificultad.

—Retirad el desafío, narcheska. Conmutadlo, si lo deseáis, por otro más adecuado. Pedidle que arponee a una ballena o que os traiga el colmillo de un oso, muerto únicamente a sus manos. Ordenadle que se enfrente a alguna de las bestias a las que es adecuado y correcto que los hombres den caza, pero

abandonemos la isla y alejémonos del dragón al que protege. No está bien que un hombre pretenda darle muerte a Yama de Hielo, narcheska. Ni siquiera para demostraros su amor.

Creí que la convencería, hasta que añadió el último comentario. Sin embargo, lo pronunció con tal desprecio que incluso a mí me dolió. Elliania no deslizo los ojos hasta él para responderle.

—Mantengo el desafío. —Habló al principio con la vista detenida en el mar. Después miró a Dedicado y añadió—: Porque así debe ser. Por el honor del Clan del Narval.

Dijo esto último casi a modo de disculpa, como si le abrasara la boca pero tuviera que darle voz de todas maneras. Dedicado afirmó despacio con la cabeza, señal de que aceptaba el desafío y la decisión de Elliania de mantenerlo. Era un acto de fe entre ellos, y creo que en ese instante me di cuenta de algo que Chade parecía saber desde hacía tiempo: que si aprendían a trabajar codo con codo, se convertirían en una pareja muy poderosa.

El Oso apretó los puños a los lados y sacó la mandíbula. El Búho asintió nerviosamente para sí, como si pretendiera fijar el momento en su memoria.

La narcheska se dio la vuelta hacia Peottre y le dijo:

—¿No deberíamos estar preparándonos para emprender la marcha? Hay que realizar un viaje largo y arduo, según me han dicho, para llegar a los hielos bajo los que yace el dragón.

Peottre asintió con gravedad.

—En cuanto nos hayamos despedido de tu padre.

Tuve la impresión de que lo estaba invitando a marcharse; no obstante, Arkon Hojasanguina no se ofendió, sino que incluso pareció respirar aliviado.

—Debemos partir con esta marea —convino.

—¡Atestigüad! —bramó el Oso. Todas las miradas confluyeron en él—. Atestigüad que si perecemos aquí los que hemos venido a petición de la Hetgurd, atestigüad que si perecemos aquí, el Clan del Narval y el Clan del Jabalí habrán de pagarles a nuestras casas maternas con oro de sangre. Pues no nos encontramos aquí por voluntad propia ni buscábamos este conflicto. Si la ira de los dioses cayera sobre nosotros, no permitáis que nuestras familias lloren en vano para pedir justicia.

Un silencio absoluto selló su declaración.

—Atestiguad —aceptó Peottre a regañadientes.

—Atestiguad —repitió Arkon Hojasanguina.

Di por hecho que estaban recurriendo a una costumbre que yo desconocía. Chade pareció reparar en mi confusión. Percibí su intranquilidad cuando me explicó:

Los ha comprometido a los dos. Sea cual sea la desgracia o la mala suerte que caiga sobre nosotros a causa de las acciones que llevemos a cabo aquí, los responsables serán los clanes del Jabalí y el Narval. El Oso ha designado testigos de la expedición a todos los presentes.

El Oso pareció un tanto desconcertado por la facilidad con que Peottre y Hojasanguina aceptaron la propuesta. Apretó los puños varias veces, pero al ver que nadie se dignaba percatarse de ello, giró sobre sus talones y se alejó. El Búho se marchó con él. Sospeché que esperaban retarlos a un duelo y zanjar la cuestión con las espadas o los puños, y que al aceptar en realidad los obligaban a él y los demás miembros de la Hetgurd a seguir adelante con la misión.

A continuación, la partida del padre de la narcheska se produjo en un ambiente enrarecido. En la despedida formal participaron los miembros de la Hetgurd, Chade, el príncipe, Peottre y la narcheska. Los demás asistimos como meros testigos casuales. Tordo deambulaba ocioso por la playa, dando la vuelta a las rocas y dándoles empujoncitos a los cangrejos que salían corriendo a su paso. Fingí apartarme para vigilarlo mientras me acercaba cada vez más al bufón. Este pareció darse cuenta de mis intenciones, ya que se separó un tanto de Vencejo y Cizaña. Cuando me hube aproximado lo suficiente a él, le dije en voz baja:

—Bien. Pese a lo mucho que luché por evitarlo, te las ingeniaste para llegar aquí. ¿Cómo lo conseguiste?

Si bien medíamos más o menos lo mismo, de alguna manera se las arregló para inclinar la cara hacia abajo y mirarme con indiferencia. Tras el hermetismo de su expresión subyacía una profunda rabia. Temí que se negara a hablar conmigo.

—Volando —respondió al cabo con frialdad. Se mantuvo inmóvil, sin mirarme, mientras respiraba serenamente.

Me animó en parte el hecho de que no se marchase con paso airado, aunque

me pregunté si eso se debería tan solo a que prefería no llamar la atención. Ignoré su burla.

—¿Cómo puedes estar enfadado conmigo? Sabes por qué lo hice. Dijiste que si venías a esta isla morirías en ella. Así que lo arreglé todo para que no pudieras emprender el viaje.

Por unos instantes, permaneció en silencio. Observamos cómo empujaban el bote de Arkon Hojasanguina. Dos de los guerreros del Jabalí asieron los remos y se inclinaron sobre ellos con decisión. A juzgar por sus expresiones, estaban más que felices de abandonar la isla. El bufón me miró de soslayo. Sus ojos se habían oscurecido y eran ahora del color del té fuerte servido en vaso. Limpia ahora de polvos y maquillaje, se apreciaba el terso moreno dorado de su tez.

—Deberías haber imaginado que sabía muy bien cómo proceder —me reprendió.

—Si supieras que voy a morir, ¿no intentarías impedirlo?

No era la pregunta que debía hacerle, comprendí apenas la hube formulado. Detuvo la mirada en el barco del puerto donde los marineros se afanaban con la cadena del ancla y las velas, y me respondió con voz queda, casi sin separar los labios.

—Al contrario. Muchas veces supe que, bien por fe, bien por terquedad, pondrías tu vida en peligro, pero siempre respeté tu decisión de seguir adelante.

Se dio media vuelta y se alejó de mí con parsimonia. Vencejo me miró extrañado y salió aprisa tras el bufón. Me di cuenta de que Civil los observaba con repugnancia. Oí el crujir de unos pasos sobre la gravilla de la arena y, al volverme, vi a Telaraña acercándose a mí. Me costó mirarlo a los ojos. De alguna manera me sentía culpable, como si lo hubiera insultado al rechazar su propuesta de instruirme. Si Telaraña estaba molesto por ello, lo disimuló muy bien. Señaló al bufón y Vencejo con la barbilla.

—Lo conoces, ¿verdad?

—Por supuesto. —El comentario me sorprendió—. Es lord Dorado, de Torre del Alce. ¿No lo habías reconocido?

—No, no lo reconocí. Al principio. Hasta que lord Chade lo llamó «lord Dorado», no observé ningún parecido. Pero incluso al saber su nombre, tuve la impresión de no conocerlo en absoluto. Sin embargo, creo que tú sí. Es un

personaje muy curioso. ¿Puedes sentirlo?

Entendí a qué se refería. Nunca había detectado ningún aspecto del bufón por medio de la Maña.

—No. Y no huele a nada.

—Ah. —Aunque no dijo nada más, intuí que le había dado mucho que pensar.

Bajé la mirada hasta mis pies, detenidos en la gravilla.

—Telaraña. Lo siento. Todos los días procuro sacar tiempo para reunirme contigo, pero nunca lo logro. No es que no me interese ni que menosprecie lo que puedes enseñarme. Es solo que siempre hay mil cosas que me impiden parar y centrarme en lo que me gustaría hacer.

—Como ahora —señaló con una sonrisa.

Enarcó las cejas y miró a Tordo. Este se encontraba agachado junto a un trozo de madera que el oleaje había depositado en la orilla y que él acababa de voltear. Observaba con tal atención las pulgas de la arena y los cangrejitos destapados que no reparaba en las olas que cada vez se le acercaban más a los pies. Si yo no intervenía pronto, se le mojarían los zapatos y se pasaría todo el día lamentándose. Intercambié una mirada comprensiva con Telaraña y bajé aprisa hasta donde estaba el hombrecillo a mi cargo.

Antes incluso de que el barco se perdiera tras el horizonte, Mechalarga les estaba dando órdenes a sus hombres. Con la precisión natural propia de los soldados veteranos, los puso a dividir las provisiones en montones transportables. A juzgar por el número de bultos que estaba preparando, sin duda esperaba que todos compartieran la tarea de transportar los suministros hasta el próximo campamento. Tordo había dejado de escarbar en la arena y estaba ahora sentado en la entrada de nuestra tienda, desconsolado, con una manta sobre los hombros. En realidad no hacía tanto frío. Me pregunté angustiado si le estaría volviendo la fiebre. Me acerqué a hablar con Mechalarga.

—¿Qué distancia recorreremos hoy aproximadamente? —Incliné la cabeza hacia Tordo para indicar que estaba preocupado por él.

Mechalarga miró hacia donde le señalé y arrugó el ceño al apercibirse de mi inquietud.

—Me han dicho que se tarda tres días en llegar a donde está el dragón

sepultado. Pero seguro que ya sabes que esas estimaciones no sirven de nada. Una jornada de viaje para un caminante experimentado que porte un macuto ligero se puede convertir en una caminata de tres días para un cortesano cargado con todas sus pertenencias. —Levantó la mirada para escudriñar con gesto especulativo los cielos despejados y las montañas coronadas de hielo—. No será una marcha agradable para nadie —opinó—. Siempre es invierno cuando se atraviesa un glaciar.

Le di las gracias y lo dejé. Los demás habían empezado a desmontar las tiendas, pero Tordo se negaba a abandonar la nuestra. Intenté poner una expresión amable, pero se me cayó el alma a los pies al pensar en la tarea que se presentaba ante mí. Si llegó a odiarme por obligarlo a subir a un barco, ¿en qué concepto me tendría después de que lo llevara a rastras por un glaciar?

—Es hora de recoger, Tordo —le informé en un tono jovial.

—¿Por qué?

—Bueno, si queremos matar al dragón, tenemos que ir a donde está sepultado.

—Yo no quiero matar al dragón.

—Bueno, en realidad no lo mataremos nosotros. Es algo que deberá hacer el príncipe. Nosotros solo lo acompañaremos para ayudarlo.

—Que no quiero ir... —insistió quejumbroso. Para alivio mío, no obstante, se levantó y salió de la tienda como si esperase que yo la desmontara de inmediato.

—Lo sé, Tordo. Yo tampoco quiero ir de excursión por la nieve y el hielo. Pero debemos hacerlo. Somos Hombres del Rey, y ese es nuestro cometido. Ahora, antes de que desmontemos la tienda, tenemos que ponernos ropa de abrigo. ¿Te parece bien?

—Nosotros no tenemos rey.

—El príncipe Dedicado será rey algún día. Y cuando ese día llegue, nosotros seguiremos apoyándolo. Por tanto, somos Hombres del Rey, incluso ahora. Aunque puedes decir que eres un Hombre del Príncipe, si te gusta más.

—No me gustan la nieve ni el hielo. —A regañadientes, regresó al interior de la tienda y miró alrededor con impotencia.

—Sacaré tus cosas —le aseguré, y procedí a ello.

A lo largo de la vida he llegado a tener muchas ocupaciones, por lo que hacer de ayuda de cámara para el hombrecillo no me resultó tan extraño como podría haberme parecido en otra época. Saqué su ropa y después lo abrigué con ella. Era como vestir a un niño grande. Se quejó de las mangas, que se doblaban hacia arriba bajo la segunda camisa con que lo cubrí, y también de las botas, que le apretaban por culpa de las calzas adicionales. Cuando hube terminado de prepararlo, yo ya estaba sudando y jadeando. Le indiqué que saliera y que se mantuviese lejos del agua mientras yo añadía otra capa de abrigo a mi atuendo y recogía nuestras pertenencias.

Tuve que sonreír al darme cuenta de que la caminata me aterraba porque el frío siempre hacía que las cicatrices me dolieran. Debido a la curación Habilidadosa por la que había pasado recientemente, ya no tenía cicatrices, recordé; al menos no las que me llegaban a los músculos y los huesos y que a veces parecían retorcerme las entrañas. Estas las había sustituido por unas marcas superficiales a fin de aparentar que seguían allí. Roté los hombros para cerciorarme de que ya no notaba ninguna cicatriz profunda tirándome de la piel de la espalda. La sensación me agradó, y me descubrí sonriendo mientras sacaba los bultos del refugio para después desmontar la tienda en sí.

Cargué con nuestras cosas hasta donde Mechalarga estaba supervisando el reparto de bultos. Todavía quedaba una tienda pequeña allí montada. El comandante había decidido establecer un almacén de suministros en la playa, y estaba discutiendo con Chade sobre si debería dejar aquí a un hombre o dos para vigilarlo. El consejero prefería desprenderse tan solo de uno para así contar con una tropa lo más numerosa posible. Muy respetuoso, Mechalarga insistía en que convenía más que fuesen dos los que montasen guardia.

—Porque se respira un ambiente amenazador en esta isla, señor. Y ambos sabemos del gusto de los guardias por las supersticiones. Los guerreros de la Hetgurd andaban contando historias acerca de un Hombre Negro, y ahora mis soldados murmuran que, en efecto, tal vez anoche atisbaran la silueta misteriosa de alguien que acechaba a las afueras del campamento. Un centinela solo terminaría por obsesionarse con esa idea. Dos pueden jugar a los dados, charlar y vigilar mejor los suministros.

Al final Mechalarga se salió con la suya y Chade aceptó dejar a dos hombres

atrás. Chirrido y Tundo se quedarían a custodiar el almacén. Zanjada la cuestión, el anciano se giró hacia mí y me preguntó:

—¿Está Tordo el Hombre del Príncipe preparado para emprender la marcha, Mechatejón?

—Tanto como me ha dejado que lo prepare, lord Chade. —*Lo que no está es muy contento.*

¿Lo está alguien?

—Excelente. Hay algunas cosas más que nos harán falta cuando llegemos a donde el dragón. Mechalarga las ha repartido para transportarlas con más facilidad.

—Como deseéis, lord Chade.

Le dirigí una reverencia. Se alejó aprisa mientras el comandante me entregaba uno de los barriletes que contenían el polvo explosivo de Chade para que lo añadiera a mis pertrechos. Gruñí al comprobar que era más pesado de lo que imaginaba. Solo cargaríamos con dos. El otro lo habían añadido a los bultos de Acertijo. El resto permanecería en el almacén de suministros.

Un hombre que viajase solo habría estado listo para emprender la marcha enseguida después de que el barco de Hojasanguina se hiciera a la mar. Pero cuando hay que poner de acuerdo a toda una compañía para que se dirija a un mismo destino, la historia cambia por completo. El sol llegó a su culminación antes de que termináramos de recoger y formar. Observé que el bufón desmontó su ostentosa morada rápidamente, sin ayuda de nadie. Fuera cual fuese el material del que estaba hecha, quedó reducida a un fardo asombrosamente menudo. Se lo cargó todo a los hombros, lo que me habría sorprendido de no haber sabido desde siempre que era mucho más fuerte de lo que su complexión liviana sugería. Se movía entre nosotros, pero no formaba parte de ninguno de los dos grupos. Los hombres de la Hetgurd lo estudiaban con la cautela que muchos guerreros muestran ante aquellos que consideran tocados por manos divinas. No lo trataban con desdén, aunque estimaban más sensato ignorarlo y no llamar su atención. Los demás guardias debían de pensar que no era asunto suyo y, desde luego, no querían que los escogieran para ayudar a transportar sus pertenencias ni servirlo en modo alguno. Cizaña lo observaba con curiosidad desde lejos, olfateando una historia pero no con la

intensidad suficiente para terminar de encontrar el rastro. Solo Vencejo mostraba una fascinación indisimulada por el bufón. Dejó caer su macuto al suelo y se encaramó a él para charlar distendidamente con nuestro acompañante. El bufón siempre ofrecía una conversación inteligente y la risa fácil de Vencejo parecía alimentar su ingenio. Telaraña veía cómo interactuaban con un gesto que parecía de aprobación. Hasta ese momento no caí en la cuenta de que esta era la primera vez que Vencejo se mostraba amigable con alguien. Me pregunté cómo habría logrado el bufón que se olvidara de sus reticencias, aunque Civil no dejaba de mirarlos con repulsión. Cuando Civil levantó la cara y me descubrió observándolo, apartó la vista, pero podía sentir su desasosiego bullendo bajo la superficie. Me pregunté si habría algún modo de mantener una conversación discreta con él y aplacar sus miedos. Sin duda todavía recordaba la primera impresión que se formó de lord Dorado durante los días que permaneció alojado en su casa. No me costó deducir qué le preocupaba ahora: creía que el bufón pretendía seducir al niño. Quería intervenir antes de que Civil empezase a compartir sus sospechas con otros, pues temía que los marginados se mostrasen todavía menos tolerantes frente a ese tipo de comportamiento, estuviera el bufón tocado por manos divinas o no.

Mechalarga distribuyó bastones con punta de metal entre todos, un artículo que nunca habría imaginado que guardaría en mi macuto. Sin embargo, pronto averigüé que este equipamiento procedía en realidad de Peottre, quien nos lo facilitó cuando Chade nos llamó a todos para que lo escucháramos antes de abandonar la playa.

Tanto él como la narcheska iban tan cargados como cualquiera de nosotros. Elliania aguardaba junto a tres trineos, aportados también por Aguasnegras, atestados ya con una buena parte de nuestros suministros. Su abrigo largo era de una nivea piel de zorro. Llevaba un gorrito tejido en múltiples colores relucientes, bajo el que se había recogido por completo su gloriosa melena azabachada. Sus botas anchas combinaban unas suelas de cuero curtido de morsa con unas cañas de gamuza en las que el pelo se había dejado intacto. Las ataduras de cuero se enroscaban en sus piernas hasta las rodillas. Aun así, a juzgar por su expresión solemne, daba la impresión de que se hubiera vestido para celebrar sus nupcias en el glaciar. Peottre parecía un gigante a su lado, con

sus pantalones de piel de oso y de lobo negros. Al contrario que los Mañosos a los que conocía, ofrecía el aspecto de un cambiaformas salido de alguna fábula de animales. Las numerosas capas de ropa aumentaban su volumen hasta un punto que rayaba en lo ridículo. No obstante, todos lo miraban muy serios cuando se dirigió a nosotros, ansiosos por escuchar hasta la última de sus palabras.

—Sé dónde duerme el dragón —anunció—. He estado allí en dos ocasiones. Aun así, no me será fácil llevaros hasta ese lugar. En los glaciares, saber dónde está algo no siempre basta para saber llegar hasta allí. Los glaciares no son como la piedra y la tierra, que permanecen iguales año tras año, y el glaciar que hemos de atravesar se cuenta entre los más intranquilos del mundo. Los glaciares duermen y también caminan, gruñen cuando se despiertan y crujen cuando abren sus fauces inmensas. Después se aquietan de nuevo y dejan que el viento preñado de nieve tienda puentes sobre las fisuras que los surcan, transformándolos en trampas mortales para todo el que se aventure en ellos, salvo los caminantes más precavidos.

»Caer en una grieta equivale a ser engullido por un demonio de las nieves. Quien dé un paso en falso se sumirá en la oscuridad, y en esta hallará su final. Le lloraremos, pero seguiremos adelante.

Nos escrutó a todos con la mirada pausadamente al advertir esto, y no fui yo el único que tuvo que reprimir un escalofrío.

—Seguidme —prosiguió Peottre—. Además de caminar hacia donde yo vaya, pisad solo donde yo pise. Y en ningún momento os fieis del hielo que os sostiene. Una vez que nos adentremos en la faz del glaciar, tantead hasta el último de vuestros pasos. Un hombre, dos, tal vez tres avanzarán sin problemas delante de vosotros, pero después la corteza podría traicionaros. Tantead el suelo con el bastón antes de mover el siguiente pie. Os cansaréis de esto. Pero dejad de hacerlo solo cuando os hayáis cansado de vivir. —De nuevo nos estudió a todos con sus ojos valorativos. Asintió otra vez—. Seguidme —repitió al cabo.

Sin más dilación, giró sobre los talones y nos llevó a través de la playa. La narcheska se situó justo detrás de él. A su espalda se colocó el príncipe y después Chade. Lord Dorado reclamó la siguiente posición y nadie lo desafió

por ello. Lo seguían el destacamento de la Maña, al que se le encomendó un trineo, los testigos de la Hetgurd y, en último lugar, Mechalarga y Hest, quienes debían tirar del segundo trineo, y Diestro y Acertijo, que llevaban el tercero. Yo me quedé en el penúltimo puesto, con Tordo renqueando imperturbable detrás de mí. Había pasado algunas cosas de su macuto al mío, aunque le dejé el peso suficiente para no herir su orgullo. No tardé en arrepentirme y me propuse que al día siguiente el hombrecillo marcharía sin estorbo alguno. Incluso en las condiciones más favorables, sus piernas achaparradas y su complexión oronda le habrían complicado la caminata. Cargado con un macuto y con una tos persistente, le resultaba imposible seguir el paso que Peottre marcaba. Cuando llegamos al labio del glaciar se había abierto cierta distancia entre el grueso de la expedición y nosotros dos. Empezaron a tantear el camino con diligencia, por lo que imaginé que conseguiríamos alcanzarlos. No tuve en cuenta que Tordo se había tomado muy en serio las advertencias de Peottre. Examinaba el hielo que se extendía ante nosotros a cada paso, como si esperase a que apareciera un pez para arponearlo. Pronto empezó a jadear a causa del esfuerzo, pero se negó en redondo a que yo reconociese el suelo por los dos.

—No quiero que me engulla ningún demonio de los hielos —explicó malhumorado.

¿Podéis ver nuestra senda?, Habilitó Dedicado hacia mí.

Con toda claridad. No os preocupéis por nosotros. Si fuese necesario que nos esperarais, os avisaré. Al menos examinar el hielo le está sirviendo a Tordo para entrar en calor.

Demasiado calor. ¡Demasiado trabajo!, refunfuñó el hombrecillo.

—Basta con que des un toque con el bastón. No hace falta que pinches el suelo.

—Sí que hace falta —opuso Tordo.

Concluí que las indicaciones no servían de nada y dejé que hiciera lo que quisiese, aunque me colmaba la paciencia caminar pausadamente por delante de él a un paso que pudiera seguir. Su comportamiento me aburría, y me dio tiempo más que de sobra para sopesar la situación. No me gustaba el curso que empezaban a tomar los acontecimientos, aunque no acertaba a determinar con exactitud qué era lo que me molestaba tanto. Quizá se tratara de lo que señaló Tordo: aquí habían ocurrido cosas malas, y tenía el presentimiento de que

también estaban sucediendo ahora.

El viento soplaba sin cesar, aunque los cielos se mantenían despejados y azules. De vez en cuando se veían unas varas antiguas que asomaban sobre el manto de nieve, de algunas de las cuales colgaba un jirón de tela de color chillón. Supuse que marcaban el camino que Peottre seguía. A menudo se detenía para enderezarlas o para colocar un nuevo lazo señalizador. Aun así, el grueso avanzaba con más ligereza que Tordo y yo. Los vi distanciarse de nosotros y hacerse más pequeños hasta que quedaron reducidos a una mera fila de títeres enfrascados en una extraña danza de tanteos según atravesaban el campo de hielo. Poco a poco nuestras sombras se alargaron y estrecharon, simples franjas de color azul claro sobre el hielo y la nieve cristalizados. No me parecía que la superficie por la que caminábamos estuviera compuesta solo de hielo ni solo de nieve. Había una fina capa de nieve auténtica, pero debajo se escondían compactadas unas afiladísimas agujas de hielo, sobre cuyas puntas avanzábamos.

Llegó un momento en que me di cuenta de que me había determinado a encontrar unos minutos para hablar con el bufón aquella noche, y me importaba un comino lo que nadie pudiera pensar. Como arrastrado por esta idea, me llegó un fino zarcillo de Habilidad procedente de Chade. Muy discretamente y en privado me preguntó:

Muchacho, ¿puedo seguir contando contigo?

Debería haberse sentido orgulloso de la respuesta que le di. Estoy seguro de que a él no se le habría ocurrido ninguna mejor en tan poco tiempo.

Tanto como lo has podido hacer siempre, le aseguré.

Sentí su risa apagada en mi cabeza.

Ah. Bien, al menos no me mientes. ¿Qué te dijo?

¿El bufón?

¿Quién si no?

Solo hablamos de por qué intenté que se quedara en tierra. Para salvarle la vida. Me temo que no le pareció motivo suficiente.

Tal vez supusiese que yo te incité, para que no se acercara al dragón hasta que lo desenterrásemos y decapitásemos. Guardó una pausa. La narcheska solloza mientras camina. No ha mirado atrás en ningún momento para que no veamos las lágrimas que caen por sus mejillas, pero lo noto en el modo en que respira. En dos ocasiones se ha secado el rostro

con el guante y dicho después en voz alta que la luz que se refleja en el hielo le irrita los ojos. Ayúdame a pensar, Traspíe. ¿A qué podría deberse ese llanto?

No lo sé. Es una caminata muy dura, aunque no parece una de esas mujeres que lloran cuando han de realizar un trabajo arduo. Tal vez le preocupe el castigo del Hombre Negro, o quizá tema haber puesto en una situación comprometida ante la Hetgurd tanto a su familia como a la de su padre por...

¡Chis!, la Habilidad quejumbrosa de Tordo interrumpió mis pensamientos. Está triste, por eso llora. ¡Dejad de hacer ruido y escuchad! ¡Escuchad y dejad de romper la música!

Chade y yo amortiguamos nuestros pensamientos al instante. Los dos creíamos estar Habilitando sin que nadie más nos oyera. Sabía que ahora el consejero se preguntaba, como también lo sospechaba yo, si el príncipe habría captado nuestra conversación. Esto me llevó a preguntarme por qué Chade no lo había comentado con él. Seguí caminando penosamente, mirando las formas cada vez más diminutas que conformaban el grupo de Peottre. Desfilaban por el borde de una cumbre moldeada por el viento y pronto las perderíamos de vista. Peottre no mentía en cuanto a la inestabilidad de estos hielos. Algunos tramos presentaban la misma tersura que una tarta cubierta de azúcar; otros semejaban esa misma tarta después de que se hubiera caído al suelo. El rastro que iban dejando en la nieve se veía sin dificultad, aunque sabía que cuando el sol comenzara a ponerse las sombras irregulares harían que fuese más complicado seguirlo. Me volví y miré a Tordo con fastidio. Caminaba más despacio que nunca.

Molesto tanto por que nos hubiera ordenado callarnos como por su lentitud, le di la espalda y avivé el paso. No me olvidé, empero, de tantear la nieve una y otra vez. Daba por hecho que levantaría la cabeza y se daría cuenta de que lo estaba dejando atrás. No obstante, cuando me volví vi que insistía en avanzar pesadamente. Lo miré exasperado, hasta que noté algo en sus movimientos que me llamó la atención. Parecía un baile. Primero tanteaba la nieve con el bastón —chis, chis, chis— y después daba un amplio paso oscilante. Seguidamente volvía a examinar la nieve —chis, chis, chis— y daba una nueva zancada con el otro pie. Bajé mis barreras para oír su música incesante. Por lo general, reconocía los elementos con los que la componía. Pero hoy todos sus pasos los

daba al son de un soplo suspirante similar al que a veces producía el viento, mientras que el chis, chis, chis del bastón respondía al compás que marcaba una percusión profunda y cadenciosa. Me protegí de su música y escuché con los oídos, aunque no percibí ningún sonido semejante en la isla.

Puesto que me había detenido, Tordo casi me había alcanzado. Levantó la cabeza al tiempo que dejaba de horadar la nieve y me descubrió observándolo. Frunció el ceño y miró más allá de mí. Su gesto se ensombreció aún más.

—¡Ya no están! ¿Por qué no has seguido vigilándolos? ¡Ya no están y no sabemos adónde han ido!

—No pasa nada, Tordo —le aseguré—. Todavía veo su rastro. Y, fíjate, hay una vara con un jirón atado en la cima. Los alcanzaremos. Pero solo si nos damos prisa.

Procuré disimular mi preocupación por la inminencia de la noche y las crecientes sombras. No quería quedarme atrapado en medio del glaciar, solo.

Levantó de repente su brazo rechoncho y señaló la cumbre con insistencia.

—¡Mira! ¡No pasa nada! ¡Allí hay uno de ellos!

Deslicé los ojos hacia donde su dedo indicaba, imaginando que el príncipe habría enviado a alguien de regreso a la cumbre para guiarnos. Tordo tenía razón. Había alguien allí. Pero, a pesar de la distancia y de la luz cada vez más débil, enseguida supe que no pertenecía a nuestro grupo. Se desplazaba con ligereza y de un modo inusitado aunque, por alguna razón que no logré definir, su paso me resultó familiar. No distinguí más que su silueta según corría por la cresta. Instantes después desapareció. Sentí que se me helaba la sangre. Entelerido, les Habilité mi deducción descabellada a Chade y Dedicado.

¡El Hombre Negro! ¡Creo que el Hombre Negro os está siguiendo!

No tardé en arrepentirme de haberme dejado llevar por el pánico. Dedicado tuvo que reprimir una risa.

Yo no veo que nadie venga detrás de nosotros, Traspié. Solo hay nieve y sombras. ¿Os encontráis cerca de la cima?

Ni siquiera hemos empezado el ascenso. Tordo anda distraído y camina muy despacio.

¡Yo no ando distraído! Una vez más me desconcertó la facilidad con que el hombrecillo captaba los pensamientos que les dirigía a otros. Ando escuchando la música, nada más. Pero tú no dejas de romperla.

La Habilitación de Chade sirvió para calmar los ánimos.

Le he preguntado a Peottre si nos detendremos pronto para pasar la noche y dice que sí. Cuando hagáis cumbre, deberíais vernos sin problema. Ya me ha indicado el lugar donde acamparemos. Puesto que no hay ningún tipo de refugio, no os costará divisar las hogueras que encenderemos para cocinar.

¿Hogueras para cocinar? ¿Ya van a preparar la cena?

Sí, Tordo, ya van a preparar la cena. Seguramente estará lista cuando llegues aquí. Me he traído unos cuantos dulces del barco. Los compartiré contigo, si llegas antes de que me los coma todos.

Aunque meneé la cabeza, no pude dejar de admirar la astucia de Dedicado. El truco hizo que Tordo se olvidara en parte de su «música» para limitarse a seguir mis pasos y dejar que yo me encargara de tantear la nieve. De todos modos, me pareció que Peottre tomaba demasiadas precauciones. Con toda probabilidad, si el grueso de la expedición había cruzado ya un tramo del glaciar, este soportaría el paso de dos personas más. Y así fue. Ascendimos por la senda que habían abierto, deteniéndonos en varias ocasiones para que Tordo terminara de toser y recobrase el aliento.

Una vez que alcanzamos la cumbre, vi el campamento al instante. Los bastones de la nieve habían sido colocados en intervalos regulares a modo de cerca, todos ellos con un lazo de color brillante en el extremo superior. Sin duda Peottre había establecido lo que consideraba una zona segura para el grupo. Las tiendas espaciales del príncipe y la narcheska habían brotado ya como setas. Bajo la penumbra del crepúsculo, el refugio extravagante del bufón semejava una flor abandonada en la nieve. Iluminados desde dentro, los paneles abigarrados relucían como una vidriera de colores. Lo que parecía un patrón aleatorio resultó conformar de pronto una marabunta de dragones y serpientes enredados unos con otros. Bien, ahora estaba claro a quién le profesaba lealtad.

Había dos hogueras para las tiendas anodinas del resto del grupo. Los hombres de la Hetgurd habían montado sus tiendas a cierta distancia de las nuestras y encendido una fogata aparte, como si pretendieran anunciarles a los dioses que no formaban parte de la expedición y, por tanto, no merecían compartir nuestra suerte.

No vi ningún rastro del Hombre Negro ni ningún lugar donde pudiera

haberse ocultado. Esto, lejos de aplacar mi preocupación, la agravó.

Según descendíamos hacia el campamento, encontramos la primera fisura. No era más que una grieta estrecha y sinuosa que no me costó superar de una zancada. Tordo, en cambio, se detuvo para mirar la depresión, cuya boca azul claro comunicaba con unas fauces de una negrura opaca.

—Vamos —lo animé—. El campamento no queda lejos. Creo que hasta puedo oler lo que están cocinando.

—Es muy profunda. —Dejó de contemplar la abertura y levantó la vista—. Peottre tenía razón. Podría atraparme y engullirme, ¡ñam! —Dio un paso atrás.

—No, no podría. No pasa nada, Tordo. No está viva; no es más que una grieta en el hielo. Sigamos.

Al respirar hondo sufrió un nuevo acceso de tos. Cuando se le pasó, dijo:

—No. Yo me vuelvo.

—No puedes volverte, Tordo. Pronto se hará de noche. No es más que una grieta. Solo tienes que pasar por encima.

—No. —Su cabeza pivotó sobre su cuello inexistente, rozando la barbilla contra el abrigo—. Es peligroso.

Al final retrocedí, volví a salvar la fisura y lo cogí de la mano para animarlo a pasar al otro lado. Estuve a punto de resbalar y caerme cuando su salto torpe y exagerado me cogió a contrapié. Mientras me tambaleaba sentí un miedo cerval por un momento al imaginarme atascado en la grieta, sin nadie cerca para tirar de mí hacia arriba y sin poder seguir cayendo. Tordo percibió mi temor y me consoló:

—¿Ves?, te dije que era peligroso. Casi te caes y te mueres.

—Bajemos de una vez al campamento —lo insté.

Como nos prometieron, nos esperaba un plato de comida caliente. Acertijo y Hest ya habían terminado de cenar. Estaban conversando discretamente con Mechalarga mientras este organizaba los turnos de guardia de la noche. Acomodé a Tordo encima de mi macuto, junto a la lumbre, y traje la comida que Diestro nos facilitó. La cena consistía en un guiso caldoso de carne al que, además de llevar demasiada sal, le faltaba tiempo de cocción. Sonreí por un momento al caer en la cuenta de lo rápido que me había vuelto a acostumar a la succulenta cocina de Torre del Alce. ¿Me habría olvidado de cómo sobrevivir

sin más sustento que las raciones de los guardias? A lo largo de mi vida había pasado por distintas situaciones en las que tenía que conformarme con una cena mucho más pobre tras un día largo y frío, o con no cenar nada. Tomé otro sorbo. El recuerdo debería haberme servido para sacarle mejor sabor a la carne correosa, pero no fue así. Miré a Tordo con disimulo, dando por hecho que no tardaría en quejarse. Sin embargo, se limitaba a mirar la lumbre con cansancio, con el cuenco apoyado sin equilibrio alguno sobre la rodilla.

—Deberías comer un poco, Tordo —le recomendé, y se sobresaltó como si lo hubiese despertado de un grito.

Cogí el cuenco antes de que el caldo se derramara y se lo puse en las manos de nuevo. Tomó un sorbo, aunque con desgana, sin mostrar una pizca de su habitual entusiasmo por la comida, y deteniéndose a menudo para toser. Me preocupé por él. Apuré la cena aprisa, me levanté y lo dejé con la mirada perdida en las llamas menguantes de la pequeña lumbre mientras masticaba metódicamente.

Chade y Dedicado se encontraban junto a la otra hoguera con los demás miembros del destacamento de la Maña del príncipe. Estaban charlando, incluso se oían algunas risas, y por un instante envidié la compañía que se proporcionaban los unos a los otros. Tardé un momento en darme cuenta de que el bufón no estaba entre ellos. Tal vez se hubiera retirado ya a su tienda. Después reparé en las demás ausencias. Tampoco Peottre ni la narcheska participaban en la reunión. Miré la tienda que habían montado para ellos. No vi ninguna luz ni se oía ruido alguno. ¿Estarían durmiendo ya? En fin, quizá esa fuese la mejor idea. Sin duda Peottre nos despertaría a todos de madrugada para continuar la marcha.

Creo que Chade me vio detenido ociosamente en los límites del resplandor de la hoguera. Se alejó del fuego como si fuera a aliviarse y lo seguí con sigilo. Me detuve a su lado al amparo de la negrura y le hablé en voz baja.

—Me preocupa Tordo. Lo veo muy distraído. Su humor cambia a cada rato: ahora está furioso, ahora asustado, ahora eufórico.

Chade asintió despacio.

—Hay algo en esta isla... No sabría cómo describirlo, pero parece que tirara de mí. Primero experimento un miedo y una preocupación que van más allá de

lo razonable y al instante siguiente esas sensaciones desaparecen. Tengo la impresión de que la isla quisiera hablarme por medio de la Habilidad. Y si puede llegar a alguien como yo, que apenas he desarrollado el don, ¿en qué medida afectará a Tordo?

Se adivinaba alguna amargura en el modo en que desdeñaba su magia.

—Cada día controlas la Habilidad un poco mejor —le aseguré—. Pero creo que tienes razón. Llevo todo el día inquieto sin saber muy bien por qué. Mi carácter podría definirse así. Pero el motivo de este abatimiento me resulta aún más difícil de identificar. ¿Podría guardar alguna relación con los recuerdos encerrados en la piedra?

El consejero emitió un ruido de resignación.

—¿Cómo podríamos saberlo? Lo único que podemos hacer por Tordo es procurar que coma y duerma bien por la noche.

—Su Habilidad se fortalece cada día que pasa.

—Me he dado cuenta. Mis ridículas capacidades parecen aún más despreciables comparadas con las suyas.

—Tiempo, Chade. Se requiere tiempo y paciencia. Lo estás haciendo bien, para haber empezado tan tarde y no haber recibido instrucción apenas.

—Tiempo. Tiempo es lo único que tenemos, a fin de cuentas, y aun así se nos escapa por momentos. Tú puedes tomártelo con calma; has disfrutado de toda la magia que has querido, y más, durante toda tu vida. Pero yo he tenido que conformarme con unas migajas al final de mis días. ¿Dónde está la justicia del destino, cuando un zoquete nada en la abundancia y no valora en absoluto aquello que yo anhelo con toda el alma? —Se centró en mí—. ¿Por qué tú has tenido siempre Habilidad a raudales y nunca has deseado dominarla con todo tu corazón, como he ansiado hacer yo toda mi vida?

Empezaba a asustarme.

—Chade. Creo que este lugar acecha nuestra mente, que sabe lo que nos da miedo y nos desespera. Protégete y levanta tus muros, y no confíes más que en la razón.

—Humf. Yo nunca he caído presa de mis emociones. Pero ahora será mejor descansar que seguir hablando. Cuida de Tordo lo mejor que puedas. Yo velaré por el príncipe. También él parece más apesadumbrado de lo habitual. —Se

frotó las manos enguantadas—. Soy viejo, Traspíe. Viejo. Estoy cansado. Y tengo frío. Me sentiré mejor cuando todo esto termine y emprendamos el regreso a casa sanos y salvos.

—Y yo —convine con entusiasmo—. Aunque hay otra cosa que me gustaría comentarte. Es curioso, ¿verdad? Antes pensaba que la Habilidad permitía comunicarse de una forma sutil y secreta. Sin embargo, me sigue haciendo falta buscarte para hablarte al oído. No creo que Tordo esté listo para que le pida este favor. Sigue resentido y me culpa de todo. Es mejor que te lo diga a ti o al príncipe.

—¿Qué? —inquirió Chade impaciente. Al ver que se agitaba inquieto supe que el frío estaba royendo sus huesos viejos y frágiles.

—Ortiga reside ahora en el castillo de Torre del Alce. El ave debió de llegar hasta la reina, quien enviaría a alguien a ver a Burrich. Ahora se aloja en la fortaleza por su seguridad. Y sabe que el peligro que corre guarda alguna relación con el dragón al que queremos decapitar. —No me vi capaz de anunciarle que ahora Ortiga sabía que yo era su padre. Prefería tener claro todo lo que Burrich le había contado antes de que ese secreto dejase de ser tal.

Chade dedujo al instante lo que esto implicaba.

—Y Tordo habla con Ortiga en sueños. Podemos comunicarnos con Torre del Alce y con la reina.

—No es tan fácil. Creo que debemos actuar con cautela. Tordo sigue enfadado conmigo y podría hacer alguna travesura si supiera que así iba a molestarme. Y Ortiga está molesta conmigo también. No puedo proyectarme directamente hacia ella y no sé si les daría alguna importancia a los mensajes que yo le enviase a través de Tordo.

Resopló contrariado.

—Demasiado tarde apruebas los planes que tenía para ella. Traspíe, no disfruto reprochándotelo. Pero si nos hubieras permitido traer a Ortiga en cuanto conocimos su potencial, jamás habría estado en peligro. Ni nos veríamos tan perjudicados por vuestras riñas. El príncipe o yo podríamos proyectarnos hacia ella en tu lugar, si hubiera recibido la formación necesaria para emplear su magia. Podríamos haber seguido en contacto con Torre del Alce todo este tiempo.

Fue infantil por mi parte. Se lo señalé de todas maneras.

—Probablemente la habrías traído con nosotros, con el fin de recabar más fuerzas para el príncipe.

El consejero soltó un suspiro, como si estuviera discutiendo con un alumno testarudo que se negara a darle la razón. Y así era, supongo.

—Piensa lo que quieras, Traspíe. Pero, te lo ruego, no te enfrentes a esto como un toro hostigado por un enjambre de avispas. Deja que pasen unos días y se acomode en Torre del Alce; mientras tanto, el príncipe y yo estimaremos cuánto debería saber sobre su condición y cuál es el mejor modo de llegar a ella por medio de Tordo. Puede que también convenga preparar a Tordo para ello.

Un inmenso alivio me embargó. Temía que fuese Chade quien arremetiese como un toro.

—Haré lo que tú digas. Ve con cuidado.

—Buen muchacho —respondió Chade con aire ausente. Su cabeza trabajaba ya en una estrategia para desplegar las nuevas piezas en el tablero.

Y así nos despedimos aquella noche.

Civil

Hoquin fue el Profeta Blanco y Ojo Díscolo su catalizadora durante los años en que Sardus Chif gobernó las Tierras Periféricas. El hambre imperaba allí desde mucho antes que Sardus Chif, algo que muchos consideraban un castigo porque Sardus Prex, la madre de Sardus Chif, había quemado todos los bosques sagrados, llevada por el dolor y la rabia demenciales que le provocó el dios hoja cuando su consorte, Slevm, murió de viruela. Desde entonces prácticamente no había vuelto a caer una gota de agua, y eso se debía a que no quedaban hojas sagradas que las lluvias tuvieran que bañar. Porque las lluvias caían solo para cumplir su cometido divino, no para aplacar la sed de los hombres y sus hijos.

Hoquin creía que había sido designado Profeta Blanco para restaurar la fertilidad de las Tierras Periféricas y estaba convencido de que para ello el agua debía retornar. Así, puso a su catalizadora a estudiar el comportamiento del agua y buscar el modo de traerla a las Tierras Periféricas, aunque hubiera que excavar pozos profundos, abrir canales o elevar oraciones y presentar ofrendas para que la lluvia cayese. A menudo le preguntaba qué debía cambiar para que el agua llegase a las tierras de la población, pero la catalizadora nunca tenía una respuesta que lo satisficiera.

A Ojo Díscolo no le importaba el agua. Nació durante los años secos, se hizo mayor durante los años secos y conocía tan solo los años secos y el modo de vida que imponían. Lo que sí le importaba eran las frutíbulas, las pequeñas bayas de carne blanda y preñadas de semillas que crecían a ras del suelo al amparo de las zarzas espinosas que cubrían los barrancos de las estribaciones. Cuando debía estar atendiendo sus quehaceres, se escapaba a los montes y buscaba la espesura de las zarzas, para después regresar con las faldas y el pelo cubiertos de semillas adheridas y los labios morados tras darse un festín de frutíbulas. Esto enfurecía a Hoquin el Blanco, que a menudo le pegaba por descuidar sus tareas.

Con el tiempo, alrededor de la cabaña, donde antes solo había tierra pulverulenta, empezaron a crecer zarzas espinosas. Los zarcillos retorcidos protegían el suelo del sol, lo que permitió que debajo de ellos crecieran las enredaderas de las frutíbulas. Cuando con el cambio de estación estas se secaron, brotó la hierba cenicienta, de manera que los conejos vinieron a vivir entre las zarzas y a alimentarse de aquella. Y así Ojo Díscolo comenzó a atrapar los conejos para servírselos de cena al Profeta Blanco.

ESCRIBIENTE CATEREN,

Pese a la sugerencia de Chade, no me retiré de inmediato a dormir. Regresé a la hoguera, donde encontré a Tordo sentado con la mirada perdida aún entre las ascuas y tiritando mientras el frío del glaciar se apoderaba de él. Me lo llevé de allí y lo acosté en la tienda que compartiríamos con Acertijo y Hest. El espacio reducido nos vendría bien para aumentar el calor corporal que produciríamos entre todos. Se acomodó, dio un profundo suspiro que culminó en otro acceso de tos, suspiró de nuevo y se quedó dormido. Me pregunté si hablaría con Ortiga esta noche. Tal vez por la mañana encontrase el coraje suficiente para pedirle que me lo dijera. De momento, me conformaría con saber que estaba a salvo en Torre del Alce.

Salí de la tienda y me reencontré con la noche estrellada. Las hogueras prácticamente se habían extinguido. Mechalarga mantendría encendidas algunas ascuas en un brasero, pero no contábamos con el combustible necesario para que ardieran de forma ininterrumpida. Un resplandor tenue emanaba de la tienda de Dedicado; quizá todavía tuviera encendido algún farol pequeño. Del refugio del bufón nacía una luz similar que le confería el aspecto de una joya que destellase en medio de la negrura. Caminé con sigilo por la nieve hacia ella.

Me detuve al lado cuando oí unas voces amortiguadas que procedían del interior. No oía muy bien lo que decían, pero identifiqué a los interlocutores. Vencejo dijo algo y el bufón le respondió en tono burlón. El niño articuló una risita. La conversación parecía amena y amigable. Corroído por un extraño sentimiento de exclusión, pensé en volver a mi tienda. Después me reconvine a mí mismo por mi actitud celosa. De modo que el bufón había entablado amistad con el niño. Muy probablemente, era lo mejor que podía ocurrirle a Vencejo. Puesto que no había ninguna puerta a la que llamar para anunciarme, carraspeé con fuerza y me encorvé para levantar la solapa de la tienda. Una franja de luz se desparramó sobre la nieve.

—¿Puedo pasar?

Tras una pausa mínima, el bufón respondió:

—Si quieres. Procura dejar la nieve y el hielo fuera.

Me conocía demasiado bien. Me sacudí primero la nieve de las calzas y después la de los pies. Me agaché, entré y dejé que la solapa de la entrada se

cerrase sola.

El bufón siempre había tenido el don de saber crear un pequeño mundo para él solo cuando deseaba alejarse de los demás. La tienda no era la excepción. La primera vez que entré me pareció que tenía mucho encanto, aunque estaba vacía. Ahora el bufón la ocupaba y llenaba con su presencia. Un sencillo brasero metálico colocado en el centro del piso ardía sin despedir apenas humo. El olor de algún plato, algo con especias, flotaba en el aire. Vencejo estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un cojín decorado con borlas y el bufón se encontraba medio reclinado sobre su jergón. Dos flechas, una de un gris apagado y la otra pintada con colores vivos, sin duda obra del bufón, descansaban sobre las rodillas de Vencejo.

—¿Me necesitabais, señor? —se apresuró a preguntarme el niño. Por el tono de su voz inferí que no albergaba el menor deseo de marcharse.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sabía que estabas aquí —le respondí.

Cuando el bufón se incorporó, vi lo que había hecho reír a Vencejo. Un pequeño títere pendía de su mano, sujeto por cinco finos hilos negros que lo conectaban a los distintos dedos del bufón. Tuve que sonreír. Había tallado un bufón en miniatura, elaborado en blanco y negro. La cara pálida era la que él tenía de niño. Una nubecilla de pelo blanco flotaba alrededor de la carita. Con un leve movimiento de uno de sus largos dedos hizo que el muñeco me señalase con la cabeza.

—Bien, ¿y qué te trae por aquí, Tom Mechatejón? —me preguntaron el bufón y su marioneta. Desplazó el dedo para que el bufoncito ladease la cabeza en un gesto inquisitivo.

—Buscaba compañía —contesté después de pensarlo unos instantes. Estaba sentado al otro lado de la hoguera, frente a Vencejo. El niño me miró resentido y después apartó la vista.

El bufón mantuvo una expresión neutral.

—Entiendo. Bienvenido.

Su recibimiento, sin embargo, no me transmitió calor alguno; era un intruso. Se impuso un silencio incómodo durante el que tomé conciencia del error que había cometido. El niño no sabía nada sobre la relación que el bufón y yo

teníamos. No podía hablar con libertad. De hecho, de pronto no se me ocurrió nada que decir. Vencejo extravió en el fuego su mirada sombría, a todas luces esperando a que me marchara. El bufón empezó a desatarse el títere de los dedos, hilo a hilo.

—Nunca había visto una tienda como esta. ¿Es de Jamaillia? —Incluso a mí me pareció que estaba intentando entablar una conversación vacía por mera educación con un desconocido.

—De los Territorios Pluviales, en realidad. La tela la tejieron los vetulus, intuyo, pero yo elegí los patrones con los que decorarla.

—¿La tejieron los vetulus?

Vencejo se irguió con la avidez de un niño que olfatea una historia. Una sonrisa levísima jugueteó en los labios del bufón. Sospeché que también había atisbado un destello de interés en mis ojos.

—Eso dicen los terrapluvios. Los que viven mucho más allá de los rápidos del Pluvia. Dicen que antaño allí había ciudades majestuosas y que en ellas moraban los vetulus. Qué o quiénes eran estos exactamente resulta aún más difícil de saber. Pero en algunos lugares, enterradas bajo las profundas ciénagas que conforman los pantanos de los Territorios Pluviales, hay ciudades de piedra. A veces, si se encuentra uno de los caminos que conducen a ellas y se llega a una de las pocas cámaras que permanecen secas e intactas, se pueden descubrir tesoros de otro tiempo y otro pueblo. Algunos de los objetos recuperados son mágicos, y tienen usos y propiedades que ni siquiera los terrapluvios entienden del todo. Otras veces aparecen cosas que podríamos hacer nosotros mismos, aunque de muy distinta calidad.

—¿Como esta flecha? —Vencejo levantó el proyectil gris—. Decís que viene de los Territorios Pluviales. Nunca he visto una madera igual.

El bufón deslizó los ojos hasta mí por un instante y después apartó la mirada.

—Es tronconjuro, un tipo de madera muy poco común. Más escaso todavía que la tela de esta tienda, que es más fina y más resistente que la seda. Podría reducir todo el refugio a un simple atado que no me costaría ocultar con una sola mano, aunque extendida sobre los palos de la estructura; es una tela robusta, tejida con tal consistencia que conserva el calor y repele el viento.

Vencejo estiró el brazo para deslizar un dedo por una de las paredes con curiosidad.

—Se está a gusto aquí. El ambiente es más cálido de lo que creía posible para una tienda. Y me gustan los dragones de las paredes.

—A mí también —dijo el bufón. Se reclinó de nuevo sobre el jergón con la mirada detenida en el brasero. Las minúsculas llamas se reprodujeron en sus ojos. Me recliné, apartándome de la luz, y lo estudié. Reparé en los distintos contornos y ángulos que su rostro nunca tuvo de niño. Su cabello parecía haber ganado sustancia con el color. Ya no flotaba incontrolable en torno a su cara cuando lo llevaba suelto, como ahora. Lustroso cual crin de caballo, solo que muchísimo más fino, fluía hasta sus hombros—. Los dragones son lo que me ha traído hasta aquí.

Por un momento brevísimo, sus ojos se toparon con los míos. Crucé los brazos y me recliné un poco más entre las sombras.

—En los Territorios Pluviales hay dragones —prosiguió, dirigiéndose a Vencejo—. Pero solo una dragona puede volar sana y fuerte. Se llama Tintaglia.

El niño se arrimó un poco más a él.

—Entonces ¿los Mercaderes del Mitonar dijeron la verdad? ¿Tienen una dragona?

El bufón ladeó la cabeza como si sopesara la respuesta. Una vez más, el fantasma de una sonrisa se asomó a las comisuras de su boca. Meneó la cabeza.

—Yo no lo expresaría de ese modo. Diría, más bien, que en los Territorios Pluviales vive una dragona, y el Mitonar se encuentra dentro del territorio que ella considera suyo. Es una criatura majestuosa, azul como el mejor acero y plateada como un anillo reluciente.

—¿Vos la habéis visto, con vuestros propios ojos?

—Desde luego que sí. —El bufón sonrió ante la admiración del niño—. E incluso he hablado con ella.

Vencejo contuvo la respiración. Parecía haberse olvidado de mi incómoda presencia. Me pregunté, no obstante, a cuál de los dos se dirigía el bufón cuando añadió:

—Esta tienda es uno de los presentes con los que los terrapluvios me obsequiaron a instancias de ella.

—¿Por qué les pidió que os entregaran esos obsequios?

—Les dijo que me hicieran regalos porque sabía que yo trabajaría incansable para ayudarla a cumplir su propósito. Porque ya nos conocíamos de otra época, cuando teníamos otra forma.

—¿Qué queréis decir? —El niño empezó a sospechar que le estaba tomando el pelo. Yo me temía que no era así.

—No soy el primero de los míos que trata con el pueblo de los dragones. Y Tintaglia guarda todos los recuerdos de su especie. Fluyen en cascada por su mente como brillantes cuentas que se deslizaran por un hilo. Hacia atrás viajan, más allá de la serpiente que fue antaño, hasta el huevo del que esa serpiente salió, hasta la dragona que puso ese huevo, hasta la serpiente que dio lugar a esa dragona, hasta el huevo del que esa serpiente nació, hasta la dragona que puso ese huevo, hasta la serpiente que dio lugar a esa...

—¡Basta! —rio el niño sin aliento. La lengua del bufón hacía malabarismos con las palabras.

—Hasta los días en que conoció a otro como yo. Y tal vez, si yo tuviera la memoria de un dragón, podría haberle dicho: «Ah, sí, lo recuerdo, todo era exactamente como lo has descrito. Cómo me alegra volver a verte». Pero no tengo la memoria de un dragón. De modo que tuve que creerla cuando me dijo que jamás de los jamases encontraría a nadie de más confianza que yo.

Su relato había adquirido el ritmo hipnótico que empleaban los cuentacuentos. El niño lo escuchaba embelesado.

—¿Y qué propósito le ayudaréis a cumplir? —preguntó Vencejo expectante.

—¡Ah! —El bufón se apartó el pelo de la cara y se estiró, pero de súbito extendió con firmeza su largo dedo índice hacia mí—. Él lo sabe. Porque prometió colaborar conmigo. ¿Verdad, Mechatejón?

Rebusqué en mi memoria desesperadamente. ¿Había prometido ayudarlo? ¿O tan solo le dije que lo decidiría llegado el momento? Sonreí y, con un ingenio que no esperaba de mí mismo, le respondí:

—Cuando llegue el momento, cumpliré mi propósito.

Aunque el bufón se dio cuenta de que me negaba a comprometerme con él, sonrió como si estuviéramos de acuerdo.

—Así haremos todos —aseguró—. Incluso el joven Vencejo, hijo de

Burrich e hijo de Molly.

—¿Por qué me llamáis así? —El pequeño se ofendió—. Mi padre no significa nada para mí. ¡Nada!

—Signifique lo que signifique para ti, sigues siendo su hijo. Aunque tú lo repudies, él no tiene por qué rechazarte a ti. Hay vínculos que las palabras no pueden romper. Hay vínculos que nunca cambian. Son esos mismos vínculos los que mantienen el mundo y el tiempo en su sitio.

—No hay ningún vínculo que me una a él —insistió el niño desabrido. Transcurrieron unos segundos. Se dio cuenta de que había roto el hilo de la historia y de que el bufón no pensaba remendarla para él. Al cabo, se dio por vencido y volvió a preguntar—: ¿Por qué necesita la dragona que nos acompañéis?

—¡Ah, ya sabes por qué! —El bufón se incorporó—. Ya oíste lo que se dijo en la playa, y los rumores corren muy rápido entre los grupos pequeños como el nuestro. Vosotros habéis venido para matar a un dragón. Yo estoy aquí para impedirlo.

—A menos que sea una batalla justa. A menos que el dragón nos ataque primero.

El bufón negó con la cabeza.

—No. Mi único cometido es cerciorarme de que el dragón sobreviva.

Los ojos de Vencejo brincaron del bufón a mí y de regreso al jamaillio. Titubeó al hablar.

—Entonces ¿sois nuestro enemigo? ¿Os enfrentaréis a nosotros si intentamos darle muerte al dragón? ¡Si estáis vos solo! ¿Cómo pensáis vencernos?

—No pretendo vencer a nadie. No considero a nadie mi enemigo, aunque algunos vean en mí al suyo. Vencejo, es así de sencillo. Solo estoy aquí para encargarme de que nadie mate al dragón que yace bajo el hielo.

El niño se agitó incómodo. Casi pude ver el pensamiento brotar en su cabeza y, cuando le dio voz, me recordó tanto a Burrich que me partió el alma.

—He jurado servir a mi príncipe. —Tomó aire, pero cuando prosiguió su voz todavía sonaba quebrada—: Si os oponéis a él, señor, deberé haceros frente.

El bufón no apartó los ojos del rostro del niño en ningún momento.

—Estoy seguro de que lo harás, si crees que es lo correcto —afirmó con serenidad—. Y si piensas así llegado el momento, en fin, entonces será hora de que nos convirtamos en enemigos. Estoy seguro de que respetarás los designios de mi corazón, del mismo modo que yo acepto los tuyos. Por ahora, no obstante, todos viajamos juntos en la misma dirección, y no veo motivo alguno para que no podamos darnos los unos a los otros aquello que Tom Mechatejón venía buscando: compañía.

Vencejo volvió a mirarnos alternativamente.

—Entonces ¿sois amigos?

—Desde hace muchos años —le confirmé casi en el mismo momento en que el bufón aseveró:

—Mucho más que amigos, diría yo.

Fue en ese preciso instante cuando Civil Bresinga levantó de un tirón la solapa de la entrada y metió la cabeza en la tienda.

—¡Lo sabía! —declaró airado. Vencejo lo miró, los labios combados en una perfecta O de sorpresa. El bufón suspiró exasperado. Fui el primero que recuperó el habla.

—Vuestros temores son infundados —le aseguré sin perder la calma, pero Vencejo, que había malinterpretado por completo la intervención de Civil, replicó:

—Yo jamás le sería desleal a mi príncipe, ¡me tentara quien me tentase!

El comentario, creo, confundió del todo a Civil. Sin tener ahora la menor idea de lo que estaba ocurriendo, le ordenó al niño con desprecio:

—Vencejo, sal de ahí y vete a dormir a tu tienda. —Acto seguido le advirtió al bufón—: Y no penséis que esto va a quedar así. El príncipe sabrá de esto.

En cuanto terminó de enunciar el aviso y antes de que el bufón y yo tuviéramos ocasión de responderle, oímos a Acertijo exclamar desafiante:

—¡Alto ahí! ¿Quién va?!

Empujé a Vencejo a un lado para salir raudo de la tienda. Estuve a punto de derribar a Civil al pasar junto a él, aunque tampoco lo habría lamentado de haberlo visto caer. Lo sentí siguiéndome y sabía que Vencejo y el bufón también vendrían detrás. Cuando llegué al puesto de vigilancia de Acertijo, medio campamento había asomado la cabeza por la entrada de su tienda para ver a qué

se debía tanto alboroto.

—¿Quién va?! —volvió a gritar Acertijo, cada vez más alterado y amenazante a causa de la incertidumbre.

—¿Por dónde? —pregunté al llegar a la altura del guardia, que levantó un dedo para señalar.

—Por allí —indicó bajando la voz, y entonces vi enseguida la sombra del intruso. ¿O sería el propio intruso?

La superficie irregular de la nieve que el viento depositaba en el glaciar y la luz mortecina de la hoguera reñían con el gris oscuro de la noche nortea, lo que impedía diferenciar la materia de las sombras. Las montañas nevadas que se erigían sobre nosotros proyectaban una sombra aún más profunda sobre el manto de nieve. Entorné los ojos. Había alguien detenido donde moría el resplandor de la lumbre debilitada. Aunque solo alcanzaba a ver su silueta, no dudé ni por un segundo que se trataba del hombre al que vi durante el ascenso. A mi espalda oí a Peottre jadear:

—¡El Hombre Negro! —Su voz sonó constreñida por el pánico, y el creciente murmullo que levantaron los miembros de la Hetgurd que también habían salido se adivinaba asimismo cuajado de miedo.

El bufón apareció de pronto a mi lado y me apretó fuerte el antebrazo con sus largos dedos. Habló entrecortadamente, y dudo que nadie lo oyese salvo yo.

—¿Qué es ese hombre?

—¡Acércate y muéstrate! —le exigió Acertijo.

Espada en ristre, se separó del círculo que formábamos y se encaminó hacia la negrura. Mechalarga había introducido una antorcha entre las ascuas moribundas de la hoguera. Cuando la brea prendió y el comandante levantó la llama, empero, el Hombre Negro ya no estaba allí. Había desaparecido del mismo modo que las sombras se desvanecen al arrimarles una luz.

Su presencia había alarmado al campamento, pero su desaparición lo sumió en el caos. Todos hablaban a la vez. Acertijo y los demás guardias corrieron a examinar el lugar donde el intruso se había detenido mientras Chade les gritaba que no pisasen allí. Cuando el consejero y yo llegamos a esa zona, los guardias ya habían revuelto la nieve, borrando cualquier rastro que el Hombre Negro pudiera haber dejado. Mechalarga levantó la antorcha un poco más, pero no

vimos huellas claras que se acercaran o se alejaran de ese lugar. Se encontraba dentro de los límites que Peottre había definido con los bastones, una zona donde nuestros rastros se entrecruzaban repetidamente.

Uno de los marginados comenzó a rezarle en voz alta a El. Nunca había visto nada tan desconcertante como un guerrero curtido que le oraba a un dios célebre por su inclemencia. Era un ruego rudimentario, una recitación de los presentes que le entregaría y los sacrificios que haría si El se olvidaba de ellos. Telaraña se quedó conmocionado por el espectáculo y la cara de Peottre se intuía pálida incluso bajo la luz de la antorcha. La narcheska parecía haberse transformado en una estatua de marfil de tan inmóviles y rígidas que se tornaron sus facciones.

—Tal vez no fuese más que una ilusión de luces y sombras —sugirió Cizaña, al que nadie tomó en serio. Los miembros de la Hetgurd, en lugar de proponer otras teorías, se limitaron a discutir con apremio y discreción entre ellos. Parecían preocupados. También Peottre se mantuvo en silencio.

—Fuera lo que fuese o fuera quien fuese, ya no está —declaró Chade al cabo—. Aprovechemos lo que queda de noche para dormir. Mechalarga, dobla la guardia. Y aviva las hogueras.

El contingente de la Hetgurd, que tal vez no terminaba de fiarse de nuestros centinelas, apostó un guardia propio. Además, extendieron una piel de nutria sobre la nieve, en los límites del campamento, para colocar más ofrendas encima. Vi que Peottre escoltaba a la narcheska de regreso a su tienda, pero dudé que volviera a conciliar el sueño esta noche. Me pregunté por qué se habría quedado tan estupefacto y deseé saber más cosas acerca del tal «Hombre Negro» y qué contaban las leyendas sobre él.

Creí que Chade querría hablar conmigo, pero se limitó a atravesarme con una mirada acusadora. Al principio pensé que le habría gustado que hubiese hecho algo más por atrapar al intruso; después entendí que se debía a que el bufón permanecía aún a mi lado. Empecé a apartarme de él, pero, al instante siguiente, me corregí con fastidio. Con quién quería estar lo decidiría yo, no Chade. Le sostuve la mirada y mantuve mi rostro inescrutable. No obstante, el anciano meneó apenas la cabeza antes de alejarse para acompañar a Dedicado de vuelta a su refugio.

Tomé conciencia del miedo que sentía Vencejo cuando se detuvo a mi lado y me preguntó:

—¿Qué puedo hacer ahora?

Percibí en su voz un temor y un pánico que se negaba a admitir, pensé en lo que me habría reconfortado a mí a su edad y recurrí a la sabiduría de Burrich. Asignarle una tarea.

—Ve con el príncipe y no te separes de él. Creo que será mejor que esta noche duermas en su tienda, porque tienes muy buen oído y cuentas con la Maña para saber con antelación si alguien se acerca a la tienda desde fuera. Recuérdaselo a ellos y diles que yo te propongo como centinela del príncipe por esta noche. Date prisa, coge tus mantas y ve con ellos antes de que se acuesten.

Me escrutó, boquiabierto por un instante. Me dirigió entonces una mirada fugaz de agradecimiento sincero. Nuestros ojos se encontraron, sin resentimiento ni reservas, y me dijo:

—Sabéis que le profeso lealtad a mi príncipe.

—No me cabe ninguna duda —le confirmé.

Me pregunté si a Burrich se le iluminaría el rostro del mismo modo el día que Hidalgo lo nombró su mano derecha. Después me dio la impresión de que lo habían comprado a un precio demasiado bajo. Si demostraba ser la mitad de leal y valiente que su padre, sin duda Dedicado había adquirido una valiosísima joya. Cuando Vencejo echó a correr hacia las sombras que envolvían el campamento, me volví al oír unos pasos a mis espaldas. Telaraña se acercaba seguido de Civil apenas media zancada por detrás. Como si pudiera leerme la mente, observó:

—El pequeño se convertirá en un buen hombre.

—Si le permiten criarse como es debido, sin que nadie lo manipule ni le provoque apetitos antinaturales —apostilló Civil. Se colocó en medio del círculo; nunca había visto a nadie tan dispuesto a pelear. Su gato, pegado a sus talones, semejava un fantasma níveo.

Yo no deseaba esto. No deseaba pasar a la sesión de alegatos ni que se iniciara ninguna reyerta. No se me ocurría ninguna manera de evitar ni lo uno ni lo otro. El bufón habló antes que yo pudiera hacerlo.

—Os obstináis en enredaros en un malentendido —señaló con calma—.

Pero si debo decíroslo una vez más, lo haré. No represento ningún peligro para ese niño. Lo que sucedió entre nosotros en la casa de vuestra madre fue un efugio, una excusa con la que justificar de forma creíble mi apresurada marcha. No sois ningún necio. Habéis visto que tanto Tom Mechatejón como yo servimos al príncipe, de una forma que nadie os ha explicado del todo. Y que nadie os explicará. De modo que renunciad a esa esperanza. Esto es todo cuanto obtendréis de mí, y os lo diré sin rodeos: no siento ninguna atracción física por el niño ni deseo en modo alguno deleitarme con su cuerpo. Lo mismo puedo decir en cuanto a vos.

El testimonio debería haber servido para que Civil se calmara, si esa hubiera sido su verdadera preocupación. Pero no lo era, por supuesto. Lo supe por el modo en que su gato Mañoso aplanaba las orejas. Civil le respondió con la voz apretada:

—¿Y la muchacha que estaba prometida conmigo, Sydel? ¿Me vais a decir que tampoco sentíais atracción física por ella y que nunca deseasteis deleitaros con su cuerpo cuando destrozasteis la confianza que nos teníamos?

El silencio y el frío que se estrecharon con fuerza en torno a nosotros no eran del todo obra del glaciario. Pocas veces había visto al bufón sopesar su respuesta con tanta cautela. Me fijé en que Cizaña se había detenido a las afueras del círculo, desde donde observaba la trifulca, y en que aquellos que se dirigían de regreso a sus respectivas tiendas también se habían parado a ver la función. Me pregunté qué historia elaboraría el juglar con lo que llevaba oído y, sobre todo, con lo que el bufón aportaría a continuación.

—Sydel era una niña adorable cuando la conocí —declaró—. Y al igual que cualquier otra niña, era dada a dejarse llevar por sus fantasías y embelesos. Me aproveché del interés que sentía por mí. Lo admito. Y ya os he dicho por qué lo hice. Pero no fui yo quien destrozó la confianza que os teníais. Eso solo podíais hacerlo vosotros dos, y eso es ni más ni menos lo que hicisteis. Ha llovido bastante desde entonces y tal vez, si ahora echaseis la vista atrás, veríais que la confianza que tenía puesta en vos era tan solo eso: la confianza de una niña, no el amor de una joven. Apuesto a que no conocía a demasiados muchachos aparte de vos; en realidad nunca os eligió, Civil. Sencillamente estabais ahí y a sus padres les parecía bien. Y cuando aparecí yo y vio que existían otras

opciones...

—¡Ni se os ocurra culparme de todo aquello! —La voz de Civil sonó como un gruñido aplacado. El gato lo imitó—. La sedujisteis y me la robasteis. Y después la repudiasteis, sin importaros la vergüenza que pudiera pasar.

—No... —El desconcierto del bufón era palpable. Parecía haberse quedado sin palabras. Cuando respondió, no obstante, de nuevo su voz fluyó firme y controlada—: Os equivocáis. Cuanto sucedió entre Sydel y yo vos lo presenciasteis. ¡Esa era, por supuesto, mi intención! No hubo momentos de intimidad entre nosotros ni, desde luego, juego de seducción alguno. La dejé, qué duda cabe, pero no la deshonré.

Civil meneó la cabeza, un tanto ofuscado. Mientras más calma les imprimía el bufón a sus explicaciones, más parecía intranquilizarse el joven.

—¡No! No, estropeasteis todo lo que había entre nosotros, ¡con vuestros apetitos repugnantes! Y ahora decís que no era más que una suerte de farsa o ardid. Destrozasteis lo que mi madre había soñado para nosotros y humillasteis a su padre hasta el punto de que ya no soporta encontrarse en la misma habitación que ella. ¿Y todo por una broma? No. No, me niego a creerlo.

Sentí náuseas. Yo había formado parte de aquel engaño. Nos alojamos en la casa de Civil Bresinga con el pretexto de disfrutar de la caza de la zona cuando en realidad pretendíamos encontrar al príncipe Dedicado y a los picazos que se lo habían llevado. Cuando necesitamos marcharnos apresuradamente a fin de seguir el rastro del príncipe, lord Dorado ideó un motivo para que lady Bresinga nos invitara a abandonar su propiedad. Se le insinuó con descaro a lady Sydel, la prometida de Civil, cuya joven cabeza llenó con su caudal, su encanto y sus lisonjas. Cuando Civil quiso intervenir, un lord Dorado ebrio le informó de que también él sería bienvenido en su cama. Lo hicimos por el bien del príncipe, para poder partir de inmediato sin que nadie se preguntara a qué se debía nuestra prisa. Pero los estragos que causamos con nuestra marcha ahora me revolvían el estómago. De pronto temí el modo en que todo esto podía acabar.

Mi príncipe, lamento tener que rogaros que intermediéis entre Civil y el bufón. Se han puesto a discutir y creo que Civil está deseando llegar a las manos.

—Lo siento —se disculpó el bufón, fijando en su voz un tono de arrepentimiento tan profundo que nadie pudo cuestionar su sinceridad. Tras una

pausa, insistió—: Creedme, Civil, nunca es demasiado tarde. Si amáis a esa niña tanto como parece, id a verla cuando regreséis a los Seis Ducados y decídselo. Dadle tiempo para que se haga mujer y comprobad si ella siente lo mismo por vos. Si es así, disfrutad el uno del otro. Si no, en fin, sabréis que vuestra relación no habría durado mucho, hubiera aparecido yo o no.

No era lo que Civil quería oír. Su rostro pasó del rojo al blanco y, de improviso, chilló:

—¡Pagaréis por esto! —Se abalanzó sobre el bufón.

Demasiado tarde Telaraña estiró el brazo para sujetarlo por el hombro. Demasiado tarde yo intenté bloquearlo. Saltó sobre el bufón como un gato sobre un ratón, y juntos rodaron por la nieve. Civil no dejaba de proferir rugidos felinos según se revolvían. Telaraña hizo algo, creo, que disuadió a la bestia de Civil de sumarse a la refriega. En el momento en que fui a intervenir, sentí al príncipe dentro de mi cabeza al tiempo que aparecía en el círculo a medio vestir.

Deja que ajusten cuentas, Traspíe. Es preferible que zanjen la cuestión entre ellos a que intervengas tú y de pronto tengamos a todo el campamento tomando parte. La herida de Civil viene enconándose desde hace mucho y las palabras no bastarán para aliviarla.

Pero el bufón nunca pelea. ¡Nunca le he visto levantar un puño!

No obstante, intervino Chade con cierto tono de satisfacción, ahora tendrá que hacerlo.

Creo que esperaban ver a Civil alzarse con una victoria rápida. En ese sentido, yo conocía mejor al bufón. Tal vez pareciera un personaje enclenque, pero aunque yo tuviera una complexión más apta para pelear, no estaba muy seguro de superarlo en fuerza. En cierta ocasión, cuando sufrí una herida, me llevó por la nieve hasta su casa. Sus trucos de volatinero siempre habían exigido vigor además de agilidad. Sabía, por tanto, que reunía las condiciones necesarias para derrotar a Civil si lo deseaba. Lo que me preocupaba era que decidiese no hacerlo. Y mis temores no carecían de fundamento. Civil se sentó a horcajadas sobre el bufón. Hice una mueca de dolor al oír que los puños de Bresinga impactaban con solidez contra su pecho, sus hombros y su mandíbula.

¡Terminad con esto!, le supliqué al príncipe. ¡Ordenadles que paren!

Dejad que lo resuelvan de una vez por todas, sugirió Chade, contra el que lancé una mirada feroz, pues imaginaba que tenía otras razones por las que quería ver al

bufón vencido ante todos los que se habían acercado corriendo.

¡Entonces lo pararé yo! Pero cuando di un paso adelante, observé que las tornas se habían vuelto. El bufón se contorsionó hasta que su cadera quedó debajo de Civil. Agarró una de las piernas de Bresinga por la corva. Sin perder un segundo, recurriendo a algún truco inimaginable, se lo quitó de encima súbitamente y cambió sus posiciones. Un instante después se había colocado sobre Civil. Asombrado, esperé a ver al bufón tomarse la revancha.

No lo hizo. Detuvo los brazos trituradores de Civil y se los inmovilizó con naturalidad. Un hilo de sangre granate manaba de una de las fosas nasales del bufón. Goteaba sobre su contrincante mientras este se sacudía. Cuando el bufón lo retuvo con más fuerza, vi que a regañadientes le retorció un codo al joven hasta que este gruñó de dolor. Siempre cerca de él, el gato bufó con fiereza. Telaraña mantenía una mano en su lomo como si no le costara nada, pero el animal parecía revolverse encerrado en una jaula de hierro.

El bufón presionó al enfurecido joven contra el suelo. Noté lo mucho que encolerizaba a Civil el hecho de que el hombre leonado lo sujetase así sin aparente esfuerzo. Cuando un hombre cuestiona la virilidad de otro, no espera que después el afrentado lo subyugue sin dificultad.

—Se acabó. —El bufón habló con firmeza, no solo para Civil sino para todos—. Se ha terminado. No volveré a discutir esto con vos.

De pronto Bresinga dejó los miembros laxos. Después de mantenerlo inmovilizado unos instantes más, el bufón se levantó y se apartó del cuerpo tendido, dio un paso inestable y se irguió. En el momento en que comenzó a alejarse, Civil rodó hasta ponerse de pie y se lanzó contra él. Di un brinco hacia delante al mismo tiempo que el bufón, sin apenas mirar atrás, se hacía a un lado con agilidad. Civil y yo quedamos de repente cara a cara en medio de la noche, el muchacho mirándome boquiabierto mientras yo lo estudiaba con mi rostro erigido sobre el suyo. Retrocedió un paso, trastabillando, para después volverse y sisearle el insulto al bufón.

—Decís que no es vuestro amante, pero está dispuesto a batirse por vos.

Como un barco que navegara a toda vela, el bufón se deslizó a través de la noche nevada para detenerse furibundo frente al joven. Le habló con rotundidad.

—No es mi amante. Es mucho más que eso para mí, muchísimo más valioso. Yo soy el Profeta Blanco y él es mi catalizador, y hemos viajado hasta aquí para cambiar el curso del tiempo. Mi cometido es asegurarme de que Yama de Hielo viva.

Peotter se había acercado con discreción al borde del círculo. Lo vi estremecerse bajo la penumbra como si acabara de recibir un flechazo. Los miembros de la Hetgurd, que se hallaban reunidos para disfrutar de la pelea, guardaron un silencio súbito. Pero no tenía tiempo para observarlos. Civil parecía un gato agazapado que sacudiera la cola. Tenía todos sus sentidos puestos en el bufón cuando gruñó:

—No me importa cómo os hagáis llamar. ¡Sé lo que sois!

Terminada de escupir la afrenta, emprendió una nueva embestida. Sin embargo, en esta ocasión el bufón se enfrentó a él. Civil desató una contundente lluvia de puñetazos, pero el bufón la eludió y se acercó a Civil para agarrarlo del pecho. En lugar de empujarlo hacia atrás, lo atrajo hacia delante, aumentando el impulso de tal manera que el muchacho terminó impactando de bruces contra la nieve cristalizada.

El bufón cayó con él. Lo atenazó de nuevo, constriñéndole la garganta con un brazo y enroscando y tirando con el otro del de Civil, de tal modo que el brazo derecho del muchacho quedó doblado a su espalda. Bresinga blasfemó desesperado y próximo al llanto cuando el bufón le advirtió con voz áspera:

—Podemos repetirlo todas las veces que queráis. Forcejead y os dislocaréis el hombro. No os miento, os lo prometo. Avisadme cuando os hayáis tranquilizado y estéis listo para acabar con esto.

Temí que el joven fuese lo bastante estúpido para lesionarse él mismo. El bufón, con el peso distribuido sobre la nieve, lo mantuvo boca abajo y dejó que se retorciera. En dos ocasiones Civil quiso rebelarse contra la presa del bufón. Las dos veces lo oí gruñir de dolor. Por último, cuando se hubo convencido de que el bufón decía la verdad, se quedó inmóvil. Aun así, en absoluto se había sosegado. Tras jadear y blasfemar de nuevo, gritó:

—¡Todo es culpa vuestra! No podéis negarlo. Lo estropeasteis todo, absolutamente todo. Y ahora mi madre está muerta y a mí no me queda nada. Nada. Sydel está avergonzada y yo no puedo acercarme a ella y pedir su mano,

porque estoy arruinado, y su padre culpa a mi familia de la desgracia de su hija. No me permitirá verla. Si no hubierais aparecido, no habría pasado nada de esto. Aún tendría una vida.

—Y el príncipe estaría muerto. O peor aún.

Sin darme cuenta, me había acercado a los contrincantes. Me pregunté si alguien más habría discernido el susurro del bufón.

Con un gemido de derrota, Civil hundió la cara en la nieve. Se quedó quieto. El bufón no le exigió que se declarase vencido. Soltó al joven y se levantó. Comprimí el rostro al imaginar el dolor que debía de sentir.

El bufón replicó según boqueaba para recobrar el aliento.

—No fui yo. Yo no maté a vuestra madre. Ni la avergoncé. Fueron los picazos. Culpadlos a ellos. No a mí. Y no culpéis tampoco a una niña cuyo único crimen fue coquetear con un desconocido. Perdonadla a ella... y a vos. Os tendieron una trampa y os utilizaron. A los dos.

Las perspicaces palabras del bufón socavaron el alma de Civil, que le vertió su dolor a la noche. Con la Maña y la Habilidad lo percibí, como un veneno candente y amargo que manase de él. Cuando el bufón se dio media vuelta, Bresinga, en lugar de saltar para atacarlo por la espalda, se hizo un ovillo en medio de la nieve y rompió a sollozar de pura tristeza. El gato articuló un ronquido grave de angustia y, cuando Telaraña lo soltó, corrió junto al muchacho. El bufón se mantuvo bien apartado de los dos. Entre jadeos, se pasó la manga por la cara y meneó la cabeza al descubrir en la tela blanquísima una mancha escarlata. Se alejó unos pasos más y se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, resollando con fuerza el aire glacial.

El príncipe decidió intervenir al cabo.

—Resolvamos esta disputa aquí y ahora. Formamos un grupo reducido y mal nos podemos permitir que surjan divisiones entre nosotros. Civil, desafiasteis a vuestro adversario y habréis de conformaros con este resultado. Lord Dorado, estáis aquí porque yo os lo permito. Habéis manifestado de forma explícita que os oponéis a mi cometido. Lo acepto, como también acepto el ideario por el que contamos con la compañía de los observadores de la Hetgurd. Pero si tomáis algún tipo de represalia contra Civil a causa de esto, no lo toleraré. Os apartaremos de nuestro grupo para que recorráis vuestro propio

camino.

Advertí el tono amenazante de este último aviso. Fui con el bufón y esperé a que recobrase el aliento. Telaraña se había acercado a Civil y estaba agachado sobre la nieve junto a él. El muchacho permanecía allí, aferrado a su gato como si el animal fuese un muñeco reconfortante. La voz de Telaraña producía un murmullo grave según le hablaba. No conseguí oír lo que decía. Vencejo se encontraba detenido en medio, mirando de un luchador a otro. Tomé al bufón del brazo y lo ayudé a caminar de regreso a su tienda. Ahora que todo había pasado, parecía un tanto aturdido.

—Ve con tu príncipe, hijo —le indiqué a Vencejo al pasar por su lado—. Esto se ha acabado por ahora. Ya hablaremos.

El pequeño asintió y se nos quedó mirando mientras nos alejábamos. Cuando el bufón se tambaleó lo sostuve con más fuerza. A nuestra espalda oí a Mechalarga reprendiendo a los guardias por descuidar sus quehaceres. Poco a poco los curiosos se dispersaron y regresaron a sus respectivos lechos.

Metí al bufón en su refugio y volví a salir con su pañuelo en la mano a fin de recoger un puñado de nieve para él. Cuando regresé, había añadido un poco de aceite al brasero compacto, de forma que las llamas reavivadas danzaban más altas, proyectando inquietas variaciones de color en las paredes sedosas. Colocó encima un hervidor pequeño mientras yo lo observaba y se reclinó en su jergón, apretándose las fosas nasales con una mano ensangrentada. Ya apenas si sangraba pero la cara se le empezaba a poner morada allí donde Civil había descargado los puños. Se echó hacia atrás con cautela como si le doliese todo el lado izquierdo del cuerpo.

—Prueba con esto —le indiqué. Me senté a su lado y presioné con delicadeza la compresa gélida sobre su mandíbula. Apartó la cabeza.

—¡Por favor, no! Está helada y bastante frío tengo ya —se quejó. Con cansancio, añadió—: En esta isla hace siempre demasiado frío.

—Aun así —insistí implacable—. Solo hasta que dejes de sangrar por la nariz. Además, así la cara no se te hinchará mucho. De todas maneras, seguramente el ojo se te pondrá morado.

—Por favor, Traspie —protestó sin fuerzas antes de levantar una mano, desenguantada, para sujetarme la muñeca en el preciso instante en que le toqué

la mejilla con las yemas de los dedos.

El choque que este contacto produjo me cegó por un momento, como si al salir de una caballeriza penumbrosa me hubiera encontrado de frente con un sol radiante. Me estremecí, me aparté de él, dejando que el bulto de nieve cayera al suelo de la tienda, y pestañeé, pero la imagen de lo que acababa de ver permaneció grabada en la cara interior de mis párpados. Ignoro por qué sabía qué era lo que aparecía en la visión. Acaso el propio toque mutuo me lo hubiera indicado de alguna forma. Aspiré temblando y, sin pensar, llevé la mano hacia su cara con los dedos extendidos.

—Puedo curarte —le anuncié, atónito y sobrecogido por el descubrimiento. La emoción de saber que poseía esta capacidad corrió por mis venas, ardiente como la absenta—. Veo lo que está mal, las partes rotas y la sangre que se acumula bajo la piel donde no debería. Bufón, puedo emplear la Habilidad para curarte.

De nuevo me tomó por la muñeca, pero esta vez fue para que mantuviera la mano bien apartada de su rostro. Sentí otra sacudida cuando sus dedos imbuidos de Habilidad entraron en contacto con mi piel. Enseguida pasó a sujetarme por el puño de la manga.

—No —dijo a media voz, con una sonrisa contenida en su cara hinchada—. ¿No aprendiste nada de la «curación» a la que te sometimos? No me quedan fuerzas para pasar por una curación acelerada. Dejaré que mi cuerpo sane por sí mismo, a su manera y a su ritmo. —Me soltó la muñeca—. Pero gracias —añadió con serenidad— por ofrecerte.

Sentí un escalofrío, como cuando un caballo se sacude las moscas del lomo. Lo miré pestañeando y tuve la sensación de que acababa de despertar. La tentación se negaba a desaparecer. Había, pensé irónicamente, mucho de Chade en mí. Saber que podía hacer algo provocaba que sintiera un deseo acuciante de llevarlo a cabo. Mirar su cara amoratada equivalía a contemplar un cuadro inclinado. El impulso de ponerlo derecho era instintivo. Suspiré. Determinado, me crucé de brazos y me aparté de él.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —me preguntó.

Asentí, pero enseguida me sorprendió, porque su mente viajaba ya por otros derroteros.

—Hay que avisar a la reina de alguna manera. Sydel, creo, es inocente. Se merece que la auxilien y, teniendo en cuenta lo que está padeciendo en parte por mi culpa, espero que reciba esa ayuda. No me arriesgaré a suponer cuál de sus padres es el picazo que colaboraba con Laudovino. Tal vez los dos. Sydel está avergonzada por haberse adherido a nuestros planes de forma accidental. Y Civil ya no parece un pretendiente adecuado para ella, ya que se puso del lado de los Vatídico.

Por supuesto. Las relaciones estaban ahí, bien a la vista, ahora que el bufón las señalaba. Volví a analizar el modo en que sus padres parecieron reaccionar cuando «lord Dorado» se interesó por su hija. Su madre estaba ansiosa por sacar provecho de ello, mientras que su padre actuaba con más cautela. ¿Verían en él a alguien que podía introducir a los picazos en la sociedad de Torre del Alce? ¿A un bienhechor cuya riqueza serviría para promover su causa?

—¿Por qué Civil no se lo contó a Dedicado hace meses?

Me hervía la sangre. Mi príncipe perdonó a Civil, volvió a aceptarlo como compañero y amigo, pero nos había ocultado esta información clave.

El bufón meneó la cabeza.

—No creo que Dedicado sea consciente de todo lo que esto implica, ni siquiera ahora. Tal vez una parte de él lo sospeche, pero no se atreve a afrontarlo. Es un Vieja Sangre verdadero, no un picazo. Lo que hicieron es tan abominable para su forma de pensar que no concibe que Sydel pueda guardar relación alguna con una confabulación así. —Se inclinó y recogió del suelo el bulto de nieve, lo miró apenado y se lo aplicó con cuidado en el lado hinchado de la cara—. Estoy harto de pasar frío —declaró. Con una mano abrió una cajita de madera que descansaba en un extremo del jergón y sacó una taza y un cuenco anidados. De debajo de estos extrajo una bolsita de tela que sacudió para verter las hierbas que contenía en la taza y el cuenco. Continuó—: No veo otra manera de encajar las piezas. Sydel ha perdido la honra a ojos de su padre; el compromiso está roto. Civil da por hecho que su padre la sorprendió en mi cama. Es la única explicación que se le ocurre, por eso me culpa de haber echado a perder su noviazgo. Sin embargo, eso no es así en absoluto. Uno de sus padres es un miembro de los picazos, si no los dos. Utilizaron sus estrechos vínculos con la casa de los Bresinga para interceptar los mensajes dirigidos a

Civil y enviar los suyos en respuesta. Se cercioraron de que el príncipe se alojara en la casa sin que nadie se diera cuenta. Tal vez fueran ellos los que decidieran obsequiar con la gata a Dedicado. El plan que tenían para Civil era que se casase con su hija, para que apoyase la causa de los picazos con la riqueza y la posición de la familia. Pero entonces la pequeña les falló, cuando empezó a coquetear conmigo. Y así desbaratamos por completo ese primer plan de los picazos. Por eso Sydel perdió la honra. —Suspiró, se reclinó sobre el lecho y desplazó el pañuelo a otra zona del rostro—. De poco sirve entenderlo ahora.

—Me aseguraré de que Kettricken lo sepa —le prometí sin detallarle cómo pretendía hacer algo así.

—Pero aunque hayamos resuelto un rompecabezas, ahora se nos presenta otro mucho más complejo. ¿Quién es? ¿Qué es? —se preguntó el bufón absorto.

—¿El Hombre Negro?

—Claro.

Encogí los hombros.

—Algún ermitaño que ha decidido quedarse a vivir en la isla, que se sustenta de las ofrendas de los supersticiosos y que asalta a los que no le traen ningún presente. Es la explicación más sencilla. —Chade me enseñó que la explicación más sencilla era a menudo la correcta.

El bufón negó despacio con la cabeza. Me miró incrédulo.

—No. No puedes hablar en serio. Jamás había percibido a nadie tan cargado de presagios... Desde que te conocí no había vuelto a experimentar este hormigueo de... esencialidad. Es alguien fundamental, Traspíe, alguien de una importancia decisiva. Tal vez la persona más relevante con quien nos hayamos encontrado nunca. ¿No has palpado su trascendencia, como bruma que preñase el aire?

Se apartó la nieve de la cara y se echó ansioso hacia delante. Una última gota carmesí pendía de la punta de su nariz. Cuando se la señalé, se la limpió sin darle importancia con la manga ensangrentada.

—No. No experimenté nada de eso. De hecho... ¡Ah, por Eda y Ell! ¿Cómo no había caído hasta ahora? No lo vi cuando el centinela gritó el aviso y, cuando me lo señalaron, me pareció distinguir tan solo su sombra. Porque no lo sentí

con la Maña. En absoluto. Era tan imperceptible como un forjado... Es un forjado, bufón. Lo cual quiere decir que no existe modo alguno de predecir su comportamiento.

Un escalofrío me estremeció pese a la calidez del refugio. Hacía muchos años que no tenía que enfrentarme a ellos, pero aún recordaba aquella época de barbarie. Uno de mis cometidos como aprendiz de asesino de Chade consistía en matar a todos cuantos pudiera, de la forma más inmediata posible. Las ejecuciones que llevé a cabo en los Seis Ducados seguían atormentándome, aunque sabía que no había alternativa. La Forja les arrebató la humanidad a las víctimas para no devolvérsela jamás.

—¿Forjado? ¡Ah, ni mucho menos! —El asombro del bufón puso fin a mi ensimismamiento. Negó con la cabeza—. No, Traspíe. No es ningún forjado. Más bien todo lo contrario, si eso fuera posible. Intuí en él el peso de un centenar de vidas, la trascendencia de una decena de héroes. Ese hombre puede... desencajar el futuro. Al igual que tú.

—No lo entiendo —dije inquieto. Detestaba cuando el bufón hablaba así. A él le encantaba.

Se inclinó hacia delante, con los ojos relucientes de entusiasmo. Mientras hablaba apartó el hervidor del brasero de aceite y vertió el agua vaporosa en la taza y el cuenco. Respiré el aroma del jengibre y la canela.

—El tiempo, hasta el último de sus instantes, trae consigo una plétora de opciones. Uno termina por acostumbrarse a eso, hasta el punto de que a veces tengo que parar y recordarme a mí mismo que estoy tomando una decisión, aun cuando no lo parece. Cada vez que cogemos aire es porque así lo elegimos. Sin embargo, en ocasiones se nos recuerda a la fuerza; de vez en cuando conozco a alguien tan rico en posibilidades y en potencial que su mera existencia me hace regresar de sopetón a la realidad. Tú sigues siendo así, todavía, para mí. La práctica imposibilidad de que existieras me dejaba sin respiración. He contemplado relativamente pocos futuros alternativos en los que tú intervengas. En la mayor parte de ellos mueres durante la infancia. En algunos... En fin, no me parece necesario que te cuente las distintas formas en que has fallecido en otros tiempos. ¿Cuántas veces has eludido las fauces de la muerte, de las formas más insospechadas? Créeme, Traspíe, en otros tiempos paralelos al nuestro,

siempre parecías llegados esos momentos. No obstante, aquí estás, todavía conmigo, desafiando a la suerte con tu existencia. Y estando aquí, cada vez que respiras, cambias la totalidad del tiempo. Eres como una cuña insertada en una tabla seca. Con cada latido de tu corazón, te introduces un poco más hacia «lo que podría ser» y, a medida que avanzas, vas descerrajando el futuro y dejando al descubierto un centenar, un millar de nuevas posibilidades, de cada una de las cuales brota otro centenar, otro millar. —Hizo una pausa para coger aire. Al fijarse en mi gesto contrariado, se rio—. En fin. Te guste o no, es así, catalizador mío. ¡Y de este mismo modo me he sentido también con el Hombre Negro esta noche! Tantas posibilidades bullían en torno a él que apenas si pude verlo. ¡Su existencia es aún más improbable que la tuya! —Extrajo un pañuelo negro de la manga para limpiarse primero los restos de sangre de la cara y después los de las manos. Tras doblarlo con cuidado con la parte ensangrentada hacia dentro, se lo guardó de nuevo en el mismo sitio. Se recostó entre los cojines y perdió la mirada en las sombras que se concentraban en la cúspide de la tienda—. Y no tengo la menor idea de quién o qué es. Nunca lo había visto con anterioridad. ¿Qué significará eso? ¿Habrà sido nuestra llegada lo que ha hecho posible que esa persona influya en el futuro?

Levantó el cuenco humeante y me lo tendió.

—Solo he traído una taza —se disculpó—. Ya sabes, por viajar ligero de equipaje. —Lo tomé y agradecí sentir su calor en mis manos. Me sobresalté extrañado al recordar que en los Seis Ducados era verano. Esta estación parecía pasar desapercibida aquí en las Islas del Margen, acampados en medio de un glaciár. El bufón levantó la taza, miró a su alrededor y frunció un tanto el ceño—. Cogiste la miel, ¿verdad? ¿No la llevarás encima, por casualidad? Disimula el sabor del jengibre y le añade calidez a la infusión.

—Lo siento. La dejé en mi tienda... No, no es del todo cierto. Anoche la dejé fuera, junto a la lumbre, y esta mañana ya no estaba. —Guardé silencio, como si acabara de oír una llave desbloquear una cerradura—. Puede que alguien se la llevara —teoricé—. Bufón, los marginados dejaron unos presentes para el Hombre Negro. Este no los aceptó, pero la ofrenda incluía un poco de miel entre otras cosas. Y esta mañana la tuya había desaparecido.

—¿Crees que se llevó la mía? ¿Crees que supuso que era una dádiva que tú

dejaste?

Me pareció que respondió a mis suposiciones con una emoción desproporcionada. Tomé un sorbo del té que había preparado. El jengibre aumentaba la sensación de calor. Noté que me llegaba reconfortante al estómago, pese a la desazón que me provocó su hipótesis.

—Más bien diría que alguien del grupo la hurtó. ¿Cómo conseguiría pasarse entre las tiendas sin que nadie lo viera?

—Sin que nadie lo viera ni lo sintiera —apostilló el bufón—. Dices que no puedes percibirlo por medio de la Maña. Quizá a los otros Mañosos les ocurra lo mismo. Bien. Creo que se llevó la miel. Y que con ello vinculó su suerte a la nuestra. Ahora estamos conectados, ¿lo ves, Traspié? —Tomó un sorbo de su taza, con los ojos casi cerrados por lo bien que le hizo sentir la cálida tisana. Cuando posó la taza, vi que estaba casi vacía. Estiró el brazo para acercarse una colcha de color amarillo chillón que parecía tan sutil como la tela que conformaba las paredes de la tienda y se la echó sobre los hombros, tras lo cual se quitó las botas sueltas y recogió bajo el cuerpo sus pies estrechos—. Esto lo conecta con nosotros dos. Creo que podría entrañar una gran importancia. ¿Te das cuenta de que su presencia podría cambiar el desenlace de esta misión? Sobre todo si yo hiciera correr la voz de que el Hombre Negro ha aceptado nuestros dones.

Mi mente tamizó las distintas posibilidades. ¿Le serviría el anuncio para ganarse el favor de los marginados? ¿Lo enfrentaría a la narcheska y Peottre? ¿En qué lugar me dejaría a mí, no solo respecto a ellos, sino también a ojos de Chade? Las respuestas no me satisficieron.

—Eso podría agravar las divisiones que ya afectan al grupo.

Levantó la taza y apuró el té antes de oponer:

—No. Solo las destaparía. —Cuando me miró advertí una expresión casi suplicante en su rostro—. Esta es la culminación del trabajo al que llevo dedicándome toda la vida, Traspié. No puedes esperar que renuncie a ninguna de las armas y ventajas que el destino me ofrezca. Si he de morir en esta isla gélida y olvidada, al menos permíteme marcharme sabiendo que he cumplido mi propósito.

Terminé el cuenco y lo dejé junto a su taza. Le hablé con firmeza.

—No pienso quedarme aquí para escuchar estas... majaderías. No les doy ningún crédito.

No obstante, sí que se lo daba. Y me abrían las carnes como nunca lo habían hecho ni el frío ni ningún enemigo.

—¿Y crees que porque te niegues a darles crédito no ocurrirán? Eso sí que es una majadería, Traspíe. Acéptalo, y aprovechemos al máximo el tiempo que nos quede.

Su voz destilaba una calma tan estremecedora que de pronto sentí el impulso de golpearlo. Si de verdad la muerte lo acechaba, no debería limitarse a esperarla tan tranquilo. Debería enfrentarse a ella, y yo debía alentarle a combatirla.

Respiré hondo.

—No. No pienso darles crédito ni aceptarlo. —Se me ocurrió algo que quise expresar de modo jovial, pero que más bien sonó a amenaza—. Recuerda lo que soy para ti, Profeta Blanco. Soy el catalizador. Soy Cambiador. Y puedo cambiar las cosas, incluso las que tú das por inamovibles.

A mitad de mi discurso vi que el bufón cambiaba su semblante. Quise interrumpirme, pero una vez que empecé mi lengua parecía moverse con voluntad propia. Su expresión se marchitó tanto que me pareció estar hablando con una calavera.

—¿De qué estás hablando? —susurró entelerido.

Aparté la vista de él. Tenía que hacerlo.

—Solo de lo que tú me has estado diciendo toda la vida. Puede que tú seas el Profeta y que predigas cosas. Pero yo soy el catalizador. Yo cambio los acontecimientos. Tal vez incluso los que tú has predicho.

—Traspíe. Por favor.

Las palabras arrastraron mis ojos de nuevo hacia él.

—¿Qué?

Respiraba por la boca como si acabara de participar y perder en una carrera.

—No lo hagas —me suplicó—. No intentes impedir que cumpla con mi cometido. Creía que te había hecho entenderlo, en la playa. Podría haberme olvidado de todo esto. Podría haberme quedado en Torre del Alce, o haber regresado al Mitonar o incluso haber regresado a casa. O a la que un día fue mi casa. Pero no lo hice. Estoy aquí. Lo estoy afrontando. Tengo miedo y no lo

niego. Y sé que será difícil para ti. Pero es el propósito que persigo desde hace años. Entiendes el deber para con la familia y para con el rey. Lo entiendes demasiado bien. Te lo ruego, entiende que este, ahora, es mi deber para con lo que soy. Si te propones derrotarme, tan solo para salvarme de la muerte, le quitarás todo el sentido a mi vida. Todo lo que hemos pasado hasta ahora habrá sido inútil. Me condenarás a vivir el resto de mis días sabiendo que fracasé. ¿Me harías eso?

Me dirigió una mirada lastimera. Le concedí unos momentos para que se tranquilizara antes de hablarle con serenidad.

—Bien. Quieres decir que, si veo que por algún motivo vas a morir, ¿no debo hacer nada? ¿Incluso si puedo impedirlo?

De pronto pareció confundido.

—Supongo que sí...

—¿Y si no es lo acertado? ¿Y si veo un oso a punto de devorarte cuando lo correcto es que perezcas en una avalancha? Yo no intervengo, tú mueres del modo equivocado y todo sigue siendo en vano.

Me miró sin comprender por un momento.

—Pero eso... No. Creo que lo sabrás. Llegado el momento, creo que sabrás que...

—¿Y si no lo sé? ¿Y si cometo un error? ¿Qué sucederá entonces?

—No he... —trastabilló hasta quedarse sin palabras.

Aproveché su titubeo.

—¿Te das cuenta de lo estúpido que es todo esto? Es impensable que me quede cruzado de brazos mientras te veo morir, bufón. Yo lo sé y tú lo sabes. Me estarías pidiendo que fuese de un modo muy distinto a como soy. Ese cambio lo desencadenarías tú, no yo. ¿Y no me dijiste una vez que precipitar los cambios era tarea mía, y no tuya? Así que no me pidas algo así. Si el destino reclama tu vida, bien, probablemente yo también moriré entonces. Llegado el momento, dudo que a ninguno de los dos nos importe demasiado. —Me levanté de pronto—. No volveremos a hablar de este asunto. Es una discusión que yo decido no mantener. Es tarde, y estoy cansado. Me voy a la cama.

La variación que se produjo en su mueca me impactó. Un alivio indisimulado se instaló en sus ojos. Creo que en ese instante comprendí lo

mucho que lo aterraba en realidad aquello a lo que pensaba que debía enfrentarse. Que no se lo hubiera revelado a nadie constituía la mayor exhibición de valor que yo había presenciado nunca. Cuando levanté la solapa de la tienda, habló de nuevo:

—Traspié. Te he echado mucho de menos. No te vayas. Duerme aquí esta noche. Por favor.

Y así lo hice.

Corteza feérica

La corteza feérica, o, más exactamente, «corteza de árbol hadado», es un potente estimulante que por desgracia, como efecto secundario, provoca en quien la consume sentimientos de pesimismo y temor. Por este motivo, a menudo los señores de Chaliza la emplean para aumentar las horas de trabajo de sus esclavos, arrebatándoles al mismo tiempo el deseo de rebelarse. Cuando se toma con regularidad durante un período prolongado causa adicción, aunque algunos aseguran que incluso si se consume de forma esporádica la hierba puede modificar permanentemente el comportamiento de la persona, haciendo que adopte una actitud recelosa y defensiva aun con sus más allegados, a la vez que erosiona su autoestima. No obstante, a pesar de estos inconvenientes, en casos de extrema necesidad merece la pena correr el riesgo debido a las energías que aporta. Es una droga más fiable que las semillas de carris o el cindin, ya que estas últimas pueden desencadenar violentos arrebatos de emoción y falsa euforia que llevan al consumidor a cometer actos irracionales y peligrosos.

La corteza feérica de mejor calidad se encuentra en los brotes de las ramas jóvenes de los árboles más añosos. Practíquese una incisión lateral a lo largo del renuevo y después a su alrededor por cada extremo del corte. Insértese una uña o la punta de un cuchillo bajo el filo de la corteza y despréndase esta de la rama con delicadeza. La corteza extraída se contraerá de inmediato hasta formar un cilindro. Almacénese de esta forma en un estuche y guárdese en un lugar fresco y seco hasta que la corteza se haya secado lo suficiente para rallarla y reducirla a polvo, el cual se podrá ingerir en forma de té.

Si la necesidad apremia, se puede preparar un té a partir de la corteza recién extraída, pero será mucho más difícil estimar la eficacia de la hierba a partir del color de esta infusión.

RAICHAL,

Índice de hierbas

Abandoné el refugio del bufón muy temprano, antes de que el resto del campamento se despertara. Había dormido mal, asediado por unas pesadillas informes. Antes de que despuntara el alba me desperté y deseé tener la capacidad de Ortiga para dominar ese tipo de sueños espeluznantes. Esto me llevó a pensar en ella. Quería hablar con Chade y Dedicado a solas, sin que Tordo pudiese escucharnos. Me acerqué a las afueras del campamento para aliviarme. Diestro, que montaba guardia, me saludó asintiendo ligeramente con

la cabeza. Me dirigí sin dilación a la tienda del príncipe, caminando con sigilo. Olvidaba que le había indicado a Vencejo que montara guardia allí. El niño permanecía alerta como un zorro, pues cuando ya solo me separaban unos pasos de la tienda, levantó un tanto la solapa de la entrada y me permitió ver no solo sus ojos vigilantes, sino también la punta de una flecha fijada en el arco.

—Soy yo —me apresuré a avisar, tras lo cual respiré aliviado cuando bajó el arco y se tranquilizó.

Me devané los sesos pensando en una tarea que encomendarle, hasta que al final le sugerí que saliera a buscar un poco de nieve limpia para fundirla a fin de que el príncipe pudiera asearse con el agua, aunque le recordé que no se aventurara más allá de los límites señalizados del campamento.

En cuanto salió, cubo en mano, me deslicé al interior de la tienda penumbrosa.

—¿Estáis despiertos? —pregunté en voz baja.

Dedicado suspiró con pesadez.

—Ahora sí. Me siento como si casi no hubiera dormido en toda la noche. ¿Lord Chade?

El consejero se limitó a articular un gruñido amortiguado en respuesta. Estaba tapado con las mantas hasta la cabeza.

—Es importante, y tengo que decíroslo rápido, antes de que Vencejo vuelva —los avisé.

Chade bajó las coberturas mínimamente.

—Habla entonces. —Dio un bostezo descomunal—. Soy demasiado viejo para acampar en la nieve después de un día caminando —masculló resentido, como si todo fuese culpa mía.

—Anoche hablé con el bufón, después de que se peleara con Civil.

—Ah, sí. Y nosotros hablamos con Civil. O Civil habló con nosotros. Durante un buen rato. No imaginaba que la pantomima de Galeza os hubiera quedado tan creíble. A Civil le preocupa mucho que permitamos que Vencejo se acerque a lord Dorado —respondió Chade de mal humor.

Dedicado dejó escapar una risita al verme fruncir el ceño.

—Lo cierto es que Civil preferiría creer eso antes que la verdad. El bufón me ayudó a comprenderlo. Cree que los padres de Sydel, o al menos uno de ellos,

fueron los traidores que vendieron a Dedicado a los picazos. Yo sospecho que el padre de la pequeña es quien puso fin a su compromiso, y que tal vez obrara así más porque Civil se oponía a los picazos que por el comportamiento insensato de Sydel.

Chade me recompensó dignándose asomar la nariz por encima de las mantas. Lo vi meditar, rotando las piezas mentalmente para comprobar si encajaban. Un momento después dijo casi a regañadientes.

—Sí. Quizá tenga razón. Los padres de Sydel debían de hallarse en una buena posición para todo lo que sucedió. ¡Ojalá contase con otra ave mensajera para comunicarle estas noticias a la reina! Pero solo dispongo de la de Torre del Alce y de la de la Hetgurd, para que vengan a recogernos. No nos sobra ningún ave.

Lo miré con una ceja enarcada.

—¿Tordo y Ortiga? —sugerí sin rodeos. Me pregunté si no le habría contado nada al príncipe.

El anciano negó con la cabeza, enredando su cabello cano entre las mantas. —No. Su vínculo no es lo bastante robusto para soportar una información de tanto peso. Piensa en lo que ocurriría si el mensaje se malinterpretara o si la pequeña se negara a creer las nuevas de Tordo. No. Esa relación se debe perfeccionar y poner a prueba, mediante mensaje sencillos, tanto enviados como recibidos, antes de que podamos utilizarla para fines más graves. —Suspiró con hartazgo, un reproche tácito que me dirigió a mí—. Tordo pasará la noche en nuestra tienda. Antes de que se duerma, Dedicado le pedirá que le envíe saludos a Ortiga y que le transmita algún mensaje breve a la reina, alguno que provoque una respuesta en ella. Tendremos que planearlo al detalle. Si todo sale bien, prepararemos un mensaje de más enjundia para la noche siguiente. Pero hasta que tengamos la certeza de que los mensajes son recibidos con exactitud no transmitiremos nuestras sospechas sobre la existencia de un traidor. —Asintió para sí y volvió la cabeza para mirar al príncipe—: ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Dedicado soltó un suspiro leve—. Confiamos en que la reina Permitidme Que Lo Dude acepte recibirme en audiencia por medio de la Habilidad. —El muchacho también me lanzó una mirada acusadora con la que me culpaba sin ambages de que su prima y él no se conocieran todavía.

—Hice lo que me pareció correcto —aduje con frialdad.

Y Chade, siempre al acecho de una oportunidad, convino con su habitual labia.

—De eso no cabe ninguna duda. Siempre actúas conforme a algún motivo elevado, Traspie. Pero la próxima vez que debas tomar una decisión trascendente basándote en lo que «te parece correcto», procura acordarte de esto y pensar que tal vez yo tenga más años de experiencia que tú. Quizá la próxima vez le des más importancia a lo que yo opine sobre el asunto.

—Tendré tu consejo en mente —convine, empleando esta vez un tono más frío y firme.

Jamás imaginé que Chade y el bufón se disputarían mi lealtad como dos cachorros que pelearan por llevarse un jirón de tela. Los dos dejaban la decisión en mis manos, aunque ninguno parecía confiar en que la tomara sin que me instaran a ello. Entonces llegó Vencejo con un cubo desbordado de nieve, momento en que me excusé y abandoné la tienda. Con ojos meditaundos, el príncipe me vio salir, pero no noté que su mente tocara la mía.

El campamento estaba ya en movimiento. Peottre se había levantado pronto, según me comentó Acertijo, para adelantarse y explorar el primer tramo de la marcha. No le gustaba la brisa balsámica, cargada de humedad, que soplaba sobre el manto de nieve. Incluso Tordo andaba ya revolviendo la tienda, desperdigando el contenido de su macuto en busca de ropa limpia. Cuando le expliqué que debíamos caminar ligeros y que los dos llevaríamos la misma ropa que el día anterior, pareció disgustarse mucho. Le recordé que cuando se puso al servicio del príncipe no tenía más que dos prendas contadas. Anudó las cejas como si estuviera pensando con todas sus fuerzas, pero enseguida negó con la cabeza y dijo que no recordaba aquel día. No consideré que mereciese la pena discutirlo. Le puse la ropa de abrigo y lo saqué de la tienda para que los guardias pudieran desmontarla.

Encontré algo de comer para los dos: avena cocida y un poco de pescado en salazón. A ninguno nos gustó el desayuno, pero no teníamos otra cosa. Después pasé a mi macuto algunas de sus pertenencias. En ningún momento dejé de animarlo y hablarle sobre el paseo que íbamos a dar, diciéndole que ahora que sabíamos cómo caminar sobre el hielo, lo haríamos mejor y nos mantendríamos

a la altura del resto. Tordo asentía, pero de un modo desconfiado que me descorazonaba.

Con una naturalidad de la que no me sentía capaz, observé:

—Anoche no dormí bien. Tuve pesadillas. Pero seguro que tú te encontraste con Ortiga y disfrutaste de un sueño agradable.

—Nah. —Se sacó el guante para rascarse la nariz y después se tomó su tiempo para ponérsela otra vez—. Anoche todos tuvieron sueños malos — señaló con voz tenebrosa—. Ortiga no pudo cambiarlos todos. Cuando la llamé, solo me dijo: «Márchate de ahí, no los mires». Pero no podía, porque estaban por todas partes. Caminé y caminé y caminé por la nieve, pero los sueños seguían acercándoseme y mirándome. —Se quitó el guante de nuevo y se hurgó en la nariz con aire pensativo—. Uno tenía gusanos en la nariz. Eran como los mocos, pero no dejaban de retorcerse. Creí que tenía la nariz llena de lombrices.

—No, Tordo, no tienes nada en la nariz. No te angusties por eso. Vamos, demos un paseo y veamos qué están haciendo los demás.

Fuimos de los que primero terminaron de prepararse para partir. Estaba ansioso por emprender la marcha, ya que el cielo cristalino se había llenado de nubes bajas. El viento soplaba húmedo y la idea de que se pusiera a nevar o llover me desmoralizaba. Los demás parecían necesitar mucho más tiempo para estar listos, aunque Peottre no dejaba de dar vueltas por el campamento mientras estudiaba el cielo con preocupación y nos suplicaba que iniciásemos la marcha cuanto antes. Tordo empezó a quejarse de que estaba demasiado exhausto para caminar y del exceso de ropa que llevaba. Para distraerlo, nos acercamos a ver cómo el bufón desmontaba su tienda. Vencejo ya estaba allí, ayudándolo. El niño había dejado a un lado el macuto, la aljaba y el arco a fin de atender las instrucciones que el bufón le iba dando para desarmar la estructura de madera que soportaba la tela etérea del refugio. Al pasar me fijé en que la inusual flecha que vi en sus manos el día anterior descansaba ahora en la aljaba.

La tienda no tardó en plegarse. Los palos se redujeron a una serie de piezas no más largas que una buena flecha. Creía que la pequeña vasija de aceite que empleaba para encender la lumbre estaba hecha de arcilla robusta, pero cuando la levanté por curiosidad, descubrí que era muy liviana, casi porosa. Las ligeras mantas quedaron reducidas a un bulto del tamaño de un cojincito. Cuando

terminó de guardarlo todo, el macuto del bufón había adquirido un volumen considerable y parecía pesar más que el mío, incluso con las pertenencias de Tordo dentro. No obstante, pasó los brazos por las correas y se lo echó a la espalda sin emitir el menor gruñido. Nunca había visto recoger una tienda con tanta rapidez y limpieza, lo que me llevó a admirar aún más el ingenio de los vetulus.

—Los vetulus llegaron a fabricar verdaderos prodigios, antes de desaparecer. Siempre me he preguntado qué es lo que supuso su final. —Más que iniciar una conversación, pretendía entretener a Tordo. Se estaba frotando la nariz de nuevo.

—Cuando los dragones se extinguieron, los vetulus perecieron con ellos. Los unos no podían vivir sin los otros. —El bufón parecía estar explicando algo tan básico como que las hojas de los árboles eran verdes y el cielo azul, como si lo expresado consistiera en algo que todos daban por hecho.

Sin darme tiempo a comentar sus pasmosas afirmaciones, Tordo apartó la mano de la nariz y preguntó:

—¿Qué es un vetulus?

—En realidad nadie lo sabe —le dije, pero enseguida guardé silencio al ver el gesto del bufón.

Sentí que terminaría por explotar si no le daba la oportunidad de contarlo. Me pregunté desde cuándo lo sabría y por qué habría decidido no compartir esa información. Vencejo, al presentir que el ambiente se animaba, se acercó a nosotros.

—Los vetulus eran un pueblo histórico, Tordo. Histórico no solo porque vivieron hace muchísimas décadas, sino también porque su vida se extendía durante muchísimos años. Sospecho que en algunos casos sus recuerdos se remontaban mucho más allá de su larguísima existencia, hasta el punto de arraigarse en la vida de sus antepasados.

Tordo comprimió el ceño según se esforzaba por comprender. Vencejo escuchaba por completo embelesado.

—¿Estás seguro de eso o son meras suposiciones? —intervine.

Sopesó un instante la respuesta.

—Estoy todo lo seguro que cabe estar sin poder consultarlo con un vetulus

ni con un dragón.

Ahora me tocaba a mí poner cara de asombro.

—¿Un dragón? ¿Por qué ibas a preguntarle a un dragón acerca de los vetulus?

—Guardan... una relación muy estrecha. —El bufón pareció escoger las palabras con cautela—. Ni en las historias que he oído ni en los textos que he leído aparecen por separado. Parece que los unos crean a los otros, o que de algún modo se necesitan para existir. No puedo explicarlo, solo exponerlo.

—De modo que si consigues revivir a los dragones, ¿también traerás de vuelta a los vetulus? —pregunté sin meditarlo mucho.

—Tal vez. —Desplegó una sonrisa indecisa—. No lo sé. Aunque no creo que tuviera nada de malo si sucediera.

Y eso fue todo lo que nos dio tiempo a hablar del asunto. Peottre había regresado y quería que partiéramos a la mayor brevedad. Cuando el príncipe llamó a Tordo, nos fuimos corriendo con él. Chade me miró con desaprobación por un momento.

¿De qué lleváis hablando tanto rato?

De los vetulus, respondí, muy consciente de que Dedicado y Tordo tenían acceso a nuestros pensamientos. *Lord Dorado cree que si logra que los dragones vuelvan a este mundo, los vetulus regresarán con ellos. Sospecha que existe alguna relación entre unos y otros, aunque no sabe describir su naturaleza.*

¿Y eso es todo?

Sí. Por la parquedad de mi respuesta supo que me molestaba su intromisión. Me pregunté si el hecho de que Dedicado no se manifestase por medio de la Habilidad significaría que apoyaba o censuraba la actitud del consejero. Después me convencí de que no importaba. Ya lo decidiría si de verdad un día dependía de mí que el dragón viviera o muriese. Hasta que ese momento llegara, me negaba a atormentarme con la cuestión y a romper mi amistad con ninguno de los dos.

Peottre nos hizo formar antes de partir. Hoy nos colocamos justo detrás de la compañía del príncipe. Nos advirtió que el viento apacible que soplabá ahora podía volver traicionera la superficie del glaciar. Seguiríamos el camino trazado con anterioridad, de modo que buscaríamos los palos y banderas que lo

delimitaban, pero recordando siempre que las condiciones podían cambiar y que no debíamos confiarnos. La nieve podía fundirse sobre las grietas recientes y darles el aspecto del suelo firme. De nuevo insistió en que vigilásemos cada paso. A continuación, bastones en mano, salimos en fila. Durante los primeros tramos Tordo y yo avanzamos a buen ritmo. De vez en cuando tosía, pero no tanto como antes, y caminaba con buen ánimo. Hoy Peottre nos llevaba más despacio, sin dejar de hundir el bastón ante sí a cada momento. Tenía razón en cuanto a la inestabilidad del clima. Aunque la brisa cálida pronto nos invitó a aflojarnos las capuchas y los cuellos, no cesaba de esculpir figuras fantásticas en la nieve blanda. Las sombras azuladas que proyectaban las formas heladas le conferían un ambiente onírico al territorio gélido por el que marchábamos.

Peottre nos apartó del camino elegido en dos ocasiones. La primera vez, al tantear la nieve, la superficie quebradiza cedió de súbito a causa de la presión. El manto de nieve se combó para desmoronarse y precipitarse por una profunda grieta instantes después. Los vientos habían tendido un fino puente con los cristales helados, demasiado endeble para soportar el peso de ninguna criatura. Nos indicó que nos desviáramos y continuásemos en torno a la abertura descubierta.

Por la tarde tuvimos que realizar el segundo rodeo. Tordo estaba cansado y abatido. La aguanieve había calado en nuestras calzas y botas, de manera que el grueso del grupo no tardó en dejarnos atrás, hasta que lo seguimos por la senda abierta. Acabábamos de coronar una loma alargada y baja cuando vimos que venían en nuestra dirección. Peottre había descubierto un trecho de nieve demasiado blanda donde el bastón se hundía hasta la altura de un hombre bajo, por lo que decidió regresar y buscar una ruta más segura. Después de lo mucho que nos había costado subir, Tordo no dejó de blasfemar cuando nos dimos la vuelta y bajamos tras ellos hacia el tramo de suelo helado.

La luz del sol estival nos cegaba al rebotar en la nieve blanca y azul. Mantuvimos los ojos entornados hasta que se nos saltaron las lágrimas y nos empezó a doler la frente por la tensión. Pero Peottre seguía urgiéndonos a avanzar.

Aquel segundo día caminamos mucho más, y durante más tiempo. El sol había iniciado su largo planeo sobre el horizonte, pero continuamos marchando.

Tordo y yo los seguíamos a gran distancia, y pronto empecé a preguntarme si Peottre decidiría parar a descansar durante la noche. En dos ocasiones Tordo se detuvo y se negó a dar un paso más. Estaba exhausto, llevaba las botas y las calzas empapadas de aguanieve y tenía frío, hambre y sed. Encarnaba la letanía de mis quejas, pero oírle recitarlas solo servía para que se volvieran más insoportables. Convencerme a mí mismo de seguir adelante ya se me hacía bastante duro sin tener que insistirle para que continuara andando. Hoy su música consistía en un golpeteo apagado sobre mí, una lluvia de impactos constante e incesante compuesta del crujir que producían nuestros pies al pisar la nieve quebradiza y del ruido punzante de los bastones al penetrar en la nieve cristalina.

Si caminaba por delante de él, se quedaba muy rezagado, de manera que tuve que colocarme detrás y sufrir la lentitud y meticulosidad con que tanteaba la nieve que tenía ante sí. Cuando al atardecer las sombras se alargaron, el proceso se convirtió en una tediosa repetición del día anterior. Según marchaba furibundo tras él, dando un paso lento tras otro, la situación pareció tornarse cada vez más insoportable. Mi ira siguió acrecentándose, lenta pero imparable, como una lumbre a la que se le arrojara un trozo de carbón tras otro. ¿Cuándo se me impuso esta función? ¿Por qué lo toleraba? ¿Por qué Chade me había elegido a mí para esta tarea degradante? Tenía que ser un castigo, una humillación deliberada. Antes servía a los Vatídico como guerrero. Ahora, como represalia por haber reclamado mi libertad, Chade me despreciaba y me usaba como niñera de un retrasado obeso y maloliente. Intenté recordar todas las razones lógicas, preguntarme quién si no podría hacer de perro guardián para alguien que portaba una Habilidad tan abrumadora, pero tampoco así pude seguir convenciéndome de la necesidad de mi detestable trabajo. Mis pensamientos continuaron precipitándose, hundiéndose cada vez más en una espiral de frustración, cólera y resentimiento. Hice un esfuerzo por recobrar la calma. Con un tono meloso, lo alenté a seguir adelante.

—Ánimo, Tordo, camina un poco más rápido. Mira. Han empezado a montar las tiendas. ¿No te apetece llegar al campamento para ponerte ropa seca y entrar en calor?

Volvió la cabeza para mirarme iracundo.

—Dices palabras bonitas. Pero sé las cosas que me piensas. Me caen encima como puñales y piedras y palos largos y nudosos. Bien, tú me obligaste a venir. Y si intentas hacerme daño, yo te lo haré mucho más a ti. Porque tengo más fuerza que tú. Tengo más fuerza y no estoy obligado a obedecerte.

Tontamente, me había puesto sobre aviso; levanté los muros de la Habilidad mientras preparaba mis fuerzas contra él. Un momento antes de que la oleada mágica de Tordo me embistiera, me di cuenta de que toda la animosidad que sentía por él se había disipado, como una llama que se extinguiera de pronto bajo una manta mojada. Su arremetida me alcanzó, un martillo de hierro contra un yunque de queso. Aunque no llegó a rozarme, enseguida sentí que me había aplastado el cuerpo con su presa. Me tambaleé y caí sobre la nieve, dando por hecho que la sangre no tardaría en manar por los poros de mi piel, mientras Tordo me preguntaba de pronto:

—¿Por qué esta locura? ¿Qué estamos haciendo?

Era un gemido infantil de consternación. Debía de haber levantado sus muros para defenderse de mí, con lo cual su rabia se habría enfriado tanto como la mía. Caminó como un pato por la nieve hacia donde yo había caído mientras la lluvia comenzaba a acribillarnos después de llevar todo el día amenazándonos. Rodé por la nieve para que no me tocara, consciente de sus buenas intenciones pero temiendo que con el contacto mis muros se desplomaran ante él.

—No estoy herido, Tordo. De verdad, estoy bien. Solo un poco mareado. —Y aturdido. Y desconcertado. Y dolorido como si un caballo me hubiera tirado al suelo. Me apoyé sobre las rodillas y me levanté a duras penas—. No, Tordo, no me toques. Pero escúchame. Escúchame. Alguien está intentando engañarnos. Alguien se está aprovechando de nuestra magia para meternos pensamientos malos en la cabeza. Alguien a quien no conocemos. —De repente lo supe con certeza. Alguien estaba utilizando la Habilidad contra nosotros.

—Alguien a quien no conocemos —repitió con voz apagada.

Sentí vagamente que Dedicado intentaba Habilitar hacia mí. Debían de haber percibido la sombra de la embestida de Tordo. Me aventuré a bajar los muros por un instante para Habilitarles: *¡Estad alerta! ¡Proteged vuestros pensamientos!* Acto seguido, volví a erigir de golpe mis defensas para repeler el malévolo tanteo Habilidadoso que de nuevo insistía en introducirse en mi cabeza. Sabía que debía

intentar devolver el golpe o al menos seguir el hilo de la Habilidad hasta su origen. Tuve que hacer acopio de todo mi coraje para bajar mi escudo. Me proyecté con desesperación, Habilitando en todas direcciones para ver quién había querido envenenar mi mente y ponerme en contra de Tordo.

No sentí nada ni a nadie. Chade, Dedicado y Tordo estaban allí, a cubierto tras sus respectivos muros. Pensé en buscar a Ortiga, pero después descarté la idea. Cabía la posibilidad de que los atacantes no la conocieran; no les revelaría su existencia. Tomé aire, estremecido, y volví a restaurar mi protección. No me sentía mucho mejor. Teníamos un enemigo desconocido. No descansaría hasta que supiera todo lo posible acerca de él.

—Son los mismos que hacen también mis sueños malos, —anunció Tordo con decisión.

—No lo sé. Puede.

—Yo sí lo sé. Sí. Son ellos, los que hacen los sueños malos. —Asintió con énfasis.

La lluvia caía constante, siseando al impactar contra la nieve que nos rodeaba. Confié en que las tiendas estuvieran ya levantadas y hubiese algún refugio seco esperándonos cuando llegásemos. La aguanieve llevaba todo el día mojándome la ropa. Ahora estaba empapado, por si no me sentía lo bastante infeliz.

—Vamos, Tordo. Sigamos hasta el campamento —lo animé; así, continuamos caminando con torpeza por la nieve que se compactaba de forma irregular a nuestro paso—. No bajes los muros de la Habilidad —le previne mientras avanzábamos como podíamos—. Alguien quería que pensásemos cosas malas el uno del otro. No saben que somos amigos. Querían que nos hiciéramos daño mutuamente.

Tordo me miró con ojos tristes.

—A veces somos amigos. A veces nos peleamos.

Era verdad. Como también era cierto que no lamentaba tener que cuidarlo siempre. Habían descubierto lo enfadado y resentido que estaba con Tordo y se habían aprovechado de ello, de igual manera que Veraz buscaba el miedo y la arrogancia de nuestros enemigos y los alimentaba hasta que cometían un error fatal. Se trataba de un ataque sutil y bien concebido por parte de alguien que se

había adentrado en mi cabeza lo suficiente para encontrar unos sentimientos que no dejaba ver a nadie. Y eso me inquietaba.

—A veces nos peleamos —concedí—. Pero no para hacernos daño de verdad. Discutimos. Los amigos discuten a menudo. Pero no queremos hacernos daño. Aunque nos enfademos mucho, no intentamos herirnos. Porque somos amigos.

Tordo soltó un suspiro profundo de repente.

—Yo sí quería hacerte daño. En el barco hice que te golpearas la cabeza, muchas veces. Ahora lo siento.

Jamás se habían disculpado conmigo con tanta sinceridad. Tuve que corresponderle.

—Y yo siento haber tenido que obligarte a venir en barco.

—Creo que te perdono. Pero me enfadaré contigo otra vez si me subes a otro barco para volver a casa.

—Me parece justo —estimé un momento después. Procuré limpiar mi voz de miedo y desánimo.

Me sorprendió cuando se detuvo y, de súbito, me tomó de la mano. Pese a los muros de la Habilidad, sentí la calidez constante de su aprecio.

—Yo siempre me enfadaba con mi mamá cuando me lavaba las orejas —me confesó—. Pero ella sabía que la quería. También te quiero a ti, Tom. Me diste un silbato. Y una tarta de azúcar rosa. Intentaré no volver a portarme mal contigo.

Su sencilla declaración me cogió desprevenido. Se quedó quieto, los labios y la lengua descolgados, mirándome con sus ojillos redondos semiocultos bajo el gorro de lana. Semejaba un sapo con dos velas bajo la nariz. Hacía mucho tiempo que nadie manifestaba el cariño que sentía por mí de una forma tan sencilla y franca. Por alguna extraña razón despertó al lobo que llevaba dentro. Casi podía ver a Ojos de Noche meneando la cola pausadamente en señal de aceptación. Formábamos una manada.

—Yo también te quiero a ti, Tordo. Vamos. Pongámonos a cubierto.

La lluvia se había transformado en una cellisca helada cuando entramos tambaleándonos en el campamento. Chade se acercó a recibirnos. En cuanto se hubo aproximado lo suficiente, le susurré al oído:

—Mantened los muros en alto. Alguien ha intentado nublarnos por medio de la Habilidad, de la misma forma que Veraz empleaba la magia para confundir y desorientar al enemigo durante la Guerra de las Velas Rojas. Querían... enfrentarnos a Tordo y a mí. Y casi lo consiguen.

—¿Quién está detrás de esto? —inquirió el consejero como si pensara que yo lo sabría.

—La gente de los sueños malos —anunció Tordo con gravedad. Encogí los hombros cuando Chade frunció el ceño. Admití que yo no tenía ninguna respuesta mejor.

Aquella noche imperaba una atmósfera deprimente en el campamento. Todo estaba húmedo o empapado. Las pequeñas hogueras que podríamos habernos permitido con nuestro valioso combustible se negaban a prender. Peottre volvió a delimitar el área del campamento y se arriesgó a reconocer los alrededores para decidir la ruta que seguiríamos mañana. Un frágil resplandor, quizá producto de una sola vela, nacía de la tienda de la narcheska. La del bufón tenía el aspecto de una flor hermosa y sugerente que se abriera en la noche; sentí deseos de recogerme allí, pero Chade solicitaba mi presencia y yo admitía que debía recitarle un informe detallado.

El refugio del príncipe parecía más pequeño después de haber extendido la ropa. Nadie se hacía ilusiones pensando que estaría seca por la mañana. Chade y el príncipe ya se habían puesto ropa limpia. Una vela gruesa ardía dentro de una copa de metal en un patético intento por calentar un hervidor pequeño lleno de nieve fundida. Saqué el abrigo y las botas de Tordo para sacudir los terrones de nieve mientras él se ponía un camión de lana y unos calcetines secos. De alguna manera, al salir de nuevo me dio la sensación de que ahora el viento húmedo mordía con más fuerza. Volví a meter las prendas de Tordo en la tienda y encontré en el suelo un hueco para que se secaran. Mañana lamentaríamos ponernos la ropa mojada para reemprender la marcha. En fin, no nos quedaba otra opción, concluí con amargura.

—Las trovas que los juglares cantan sobre cacerías de monstruos en honor de hermosas damiselas no se parecen en nada a esto —observé agriamente al entrar de nuevo.

—No —convino un Tordo entristecido—. Debería haber espadas y sangre.

No tanta nieve tonta.

—No creo que las espadas y la sangre te gustasen más que la nieve tonta, Tordo —apuntó el príncipe con voz sombría, pero en ese momento le di la razón al hombrecillo. Una lucha encarnizada parecía preferible a esta caminata interminable. Con mi suerte, sufriría las dos cosas antes del final.

—Tenemos un enemigo —les anuncié—. Un enemigo capaz de utilizar la Habilidad contra nosotros.

—Ya nos lo has dicho —observó Chade—. Pero Dedicado y yo lo hemos hablado y no hemos sentido nada de eso. —Vertió el agua tibia sobre las hierbas de té y comprimió la frente en un gesto escéptico.

Eso me confundió por un momento. Daba por hecho que si alguien nos atacaba actuaría contra todo el destacamento. Así se lo expresé antes de añadir:

—¿Por qué iban a atacarnos solo a Tordo y a mí? Nos contamos entre vuestros sirvientes más humildes.

—Cualquiera que domine la Habilidad debe de saber que Tordo no es como parece, y tú tampoco. Quizá descubrieran su fuerza e intentasen quitarlo de en medio haciendo que os mataseis entre vosotros.

—Pero ¿por qué no actuar en primer lugar contra el príncipe y su leal consejero? ¿Por qué no ponerlos al uno en contra del otro y sembrar la discordia en lo alto de la cadena de mando en lugar de intentar destrozarla desde abajo?

—Me gustaría saberlo —admitió Chade después de meditarlo por unos instantes—. Pero no tenemos ninguna respuesta a eso. De hecho, lo único que sabemos es que Tordo y tú creísteis que alguien os atacaba. El príncipe y yo no notamos nada, hasta que empezasteis a pelearos.

—Eso sí que fue impresionante —añadió Dedicado, frotándose las sienes con cansancio. Bostezó largamente—. Ojalá todo esto acabe pronto —deseó con voz queda—. Estoy agotado, tengo frío y me faltan ánimos para llevar a cabo esta misión.

—Podría ser por influencia de la Habilidad, ejercida de forma sutil —le advertí—. Vuestro padre empleaba la magia de esa forma, para desorientar a los timoneles de las Velas Rojas y enviarlos contra las rocas.

El príncipe negó con la cabeza.

—Tengo los muros bien levantados y firmes. No, es algo que nace de mí. —

Miró cómo Chade vertía el té amarillento de la jarra, fruncía el ceño y lo devolvía a la vasija para que siguiera infusionándose.

—No es la influencia de la Habilidad —convino Chade con amargura—. Es el maldito bufón, que no deja de hablar con el destacamento de la Maña y con los hombres de la Hetgurd para que se apiaden del dragón y así aprovecharse de las supersticiones de los marginados. Manteneos firme, mi príncipe. Recordad: le prometisteis a la narcheska que llevaríais la cabeza del dragón ante el hogar de sus madres por ella.

—Así es —afirmó Peottre con gravedad según levantaba la solapa de la entrada—. ¿Puedo pasar?

—Sí, podéis —respondió Dedicado—. Y sí, recuerdo la promesa que hice. Pero nunca juré que la experiencia sería de mi agrado.

La Maña me avisó de que alguien se acercaba a la tienda, pero esperaba que fuesen Vencejo o Acertijo. Me pregunté por qué habría venido el marginado y pensé que no anunciaría sus noticias hasta que yo me marchara. Pero cuando me saludó con la cabeza supuse que reconocía mi derecho a estar allí. Tampoco habló con pesimismo sobre los peligros del camino que nos quedaba por recorrer, sino que sonrió con desgana mientras declaraba:

—Hoy nadie ha disfrutado de la ruta. Y mañana nos espera una marcha igual de extenuante. Después de tanto frío y tantas mojaduras, me gustaría compartir con vosotros el remedio que empleamos durante estas caminatas tan fatigosas. —Suspiró con pesadez—. Este clima no nos facilitará la tarea. La lluvia carcome la nieve y debilita los tramos que antes eran firmes. Mañana deberemos andar atentos a las avalanchas y a las fisuras cuando atravesemos el collado de la isla.

Según hablaba empezó a sacar el pastel negruzco que llevaba envuelto en un paño manchado. Yo tenía hambre y el olfato aguzado. Fuera lo que fuese, estaba empapado en coñac para que se conservara fresco más tiempo. Partió un trozo, dejando a la vista unas pasas, unos trozos de sebo y lo que tal vez fuese manzana seca. El olor del coñac brotó con más intensidad. Tordo se incorporó, ansioso pero cauto. Aunque yo seguía protegido ante su Habilidad, percibí débilmente preocupación. Grasa de pescado. ¿Sabría a grasa de pescado?

Peottre pareció percatarse de mi mirada ávida, ya que sonrió al ofrecerme el primer trozo.

—Diría que tú eres el que está más mojado y tiene más frío —estimó. No se equivocaba, puesto que los demás ya se habían puesto otra ropa más seca. Lo acepté con gratitud. Cuando lo probé, explicó—: Estos dulces son lo que nuestros guerreros llaman «pasteles de valentía». Los elaboramos con miel negra y espesa, frutas pasas y hierbas vigorizantes, y luego lo empapamos todo en coñac para que se conserve bien. Un hombre puede luchar durante todo un día o caminar durante dos con solo un bocado de esto en el estómago.

La dulzura y el sabor a coñac me llenaron la boca. Cuando tragué, noté un regusto familiar. La amargura de la corteza feérica había quedado enmascarada por el dulzor empalagoso de la miel, el sebo y la fruta. Sabía que debía avisar a Chade, pese a que mi cuerpo exhausto quería saltar de emoción sabedor de la oleada de energía que el pastel le iba a aportar.

Un instante después el mundo se apagó a mi alrededor.

No sé de qué otra manera describirlo. La primera vez que me encontré con los forjados fue también cuando descubrí que portaba la Maña. No fui consciente de que poseía una sensibilidad adicional ante la relación que une a todas las criaturas hasta que vi a aquellos seres imposibles de sentir por medio de ese don. La Forja desvinculaba a los afectados de la gran red de la vida y convertía a los humanos en seres independientes y desunidos que comían, violaban y existían sin sentir ninguna empatía ni compasión por los demás entes vivos. Hasta que los conocí, no entendí que la Maña me conectaba con el resto de las criaturas vivas.

Esta nueva experiencia se asemejaba mucho, solo que a la inversa. Consideraba que la Habilidad consistía en una magia que solo me unía a otros portadores. Pero de repente me vi desvinculado de la miríada de minúsculas conexiones que el don establecía con todas las personas. La gran voz del mundo de los humanos, el murmullo incesante de los pensamientos y mentes que me rodeaban, se acalló por completo. Pestañee y rápidamente me exploré un oído con el dedo, preguntándome por un instante qué me había ocurrido. Conservaba intactos la vista, el oído, el olfato y el tacto, y notaba aún en la boca el sabor del pastel, pero había otro sentido, sin nombre y desconocido hasta ese instante, que se apagó por completo en mí después de dar aquel bocado. De pronto hice un esfuerzo sobrehumano por llegar a Chade y Dedicado con la

Habilidad, pero fue como intentar cerrar una mano congelada. Recordaba cómo un día ese sentido se despertó, pero en ese momento no era más que un vacío dentro de mí.

Con una sonrisa, Peottre le había ofrecido a Tordo otro trozo de pastel. El hombrecillo tenía la boca abierta de par en par y dirigía la mano hacia ella. Me eché sobre él para sujetarle la muñeca y apartar el trozo. Estiró el cuerpo hacia él, tirándole bocados con un ahínco que habría resultado cómico si el destacamento no se hubiera encontrado en un peligro tan grave.

—¡Corteza feérica! —Ahora que la Habilidad se había extinguido, me vi obligado a gritar el nombre de la sustancia, como si emplear un tono más discreto no hubiera servido para dar el aviso.

Enseguida bajé la voz e hice como si solo me hubiese dirigido a Tordo.

—¡No, Tordo! Sabes que esa hierba te revuelve el estómago. Dame el trozo a mí y te prometo que te traeré algo mucho más rico para cenar. No, Tordo, por favor.

—¿Qué hierba? ¡A mí no me duele el estómago! ¡Es mío, es mío! ¡Me dijiste que éramos amigos y que no nos haríamos daño! ¡Suéltame! ¡No es justo! ¡No está bien agarrar!

En su amor por los dulces, forcejeó conmigo para recuperarlo. No me arriesgué a dejarle probar siquiera un mordisquito. Mi cuerpo nunca había reaccionado de una manera tan acusada al ingerir la hierba. Sentí la embestida de la energía que proporcionaba y me pregunté cuán hondo caería esta vez en el pozo de desesperación que siempre se abría al consumir corteza feérica. Finalmente le quité el trozo de pastel de las manos. Se sentó de golpe en el suelo, dio un sollozo de indignación y se abandonó a un ataque de tos. Sin perder un segundo le pasé el dulce a Chade, advirtiéndole de improviso:

—Yo no lo comería delante de él, señor. Siempre se encapricha con las golosinas. Si os ve degustar una sin compartirla con él, en fin, me temo que sus lamentos nos dejarían sordos a todos.

Me pregunté si Chade y Dedicado se estarían proyectando hacia mí con la Habilidad. Me pregunté si Tordo estaría intentando hacerme tropezar y caer sobre la lumbre en venganza. Pero no notaba absolutamente nada. Mis sentidos no los percibieron en modo alguno. Mi Maña sabía que continuaban ahí, lo que

me aportaba cierto consuelo. Pero los hilos Habilidadosos que nos conectaban habían sido seccionados. Peottre frunció el ceño, sopesando si debería indignarse. Chade reaccionó más rápido de lo que yo esperaba y me siguió el juego.

—Oh, sí, recuerdo el efecto que te produjo la última vez, Tordo. No te sentaría nada bien, vamos, no montes tanto escándalo, sé buen muchacho. Seguro que tenemos otras cosas igual de buenas. —Se volvió hacia Peottre para guiñarle el ojo con complicidad—. Este buen amigo del príncipe se pasó despierto un día y una noche enteros y después cayó en una depresión tan profunda que no logró levantar el ánimo en varios días. No es algo que nos convenga repetir durante una expedición como esta. Vamos, Tordo, no te enfurruñes. Creo que el príncipe Dedicado te ha estado guardando unas barritas de azúcar cande.

Mientras el príncipe rebuscaba en su macuto, rápidamente Chade tomó de mi mano el trozo machacado de pastel, lo puso con destreza junto al resto del dulce y lo envolvió de nuevo. Lo introdujo de inmediato en su macuto.

—Estoy seguro de que el príncipe y yo lo probaremos con gusto más tarde, quizá cuando Tordo se duerma —le confió a Peottre en un tono discreto—. Yo, desde luego, agradezco lo que la corteza feérica puede hacer por un anciano. No sabía que también se utilizase en las Islas del Margen.

—¿Corteza feérica? —¿Se estaría haciendo Peottre el ignorante?—. No tenemos ninguna planta a la que le demos ese nombre tan raro. El pastel lleva hierbas, pero cada casa materna lo elabora conforme a su propia receta, cuyos ingredientes guardan con mucho celo. Aunque os puedo decir que este es el que se elabora en mi casa, la misma que la de la narcheska. El Clan del Narval lleva generaciones sustentándose con el pastel de valentía.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Chade con entusiasmo—. Y tengo muchas ganas de probarlo, más tarde. O tal vez mañana por la mañana, para aprovechar su efecto vigorizador durante el día después de disfrutar de un sueño reparador. ¡Pobre Tom, sé lo mal que te sienta la corteza feérica! Tal vez la disfrutes, pero dudo que consigas pegar ojo. Te tengo dicho que no te propases con ella por la noche. Pero, en fin, no quieres atender a razones con este asunto, ¿verdad?

Forcé una sonrisa.

—Tenéis razón, lord Chade, señor. No importa lo mucho que insistáis, que no escucharé una palabra de lo que me digáis. —El cambio mínimo que aprecié en sus ojos sugería que me entendía demasiado bien.

Se sirvió un poco de té insípido y tosió con fuerza, hasta casi atragantarse mientras se golpeaba con contundencia en el pecho. Con voz sibilante, me indicó:

—Puedes retirarte, Tom Mechatejón. Busca algo de comer, pero, por favor, persónate aquí otra vez antes de acostarte. Creo que Tordo querrá dormir aquí esta noche.

—Sí, mi señor. —Había entendido muy bien su pantomima.

Salí de la tienda y me encaminé hacia el extremo del campamento dando un rodeo. Había dejado de llover, pero todavía soplaba el viento. Al llegar al límite del área, me introduje dos dedos en la garganta e intenté con todas mis fuerzas expeler el bocado de pastel que había ingerido. No sirvió de nada. Después de un largo ayuno, mi estómago se había apresurado a absorberlo. Lo poco que conseguí sacar me estremeció con su acidez. Tragué un puñado de nieve blanda para quitarme el amargor de la boca, tapé el escaso vómito con más nieve y regresé tiritando a la zona de las tiendas. No temblaba solo a causa del frío. Creo que una vez que una persona sufre la insidiosa traición de un envenenamiento ya nunca se recupera del todo. Saber que has tomado algo, ser consciente de que está produciendo cambios, de que te está debilitando un poco más con cada latido del corazón, supone un viaje espeluznante difícil de describir. Había consumido corteza feérica y ya estaba notando los efectos. ¿Y si el dulce contenía más ingredientes, otras drogas que yo no conocía y que me estaban produciendo un daño que no sospechaba? Intenté disuadir a mi mente de arrojarse por ese precipicio. No tenía sentido, dije para mis adentros. El pastel era un presente de Peottre, quien nos lo había ofrecido en apariencia sin malas intenciones. Nos encontrábamos aquí porque ellos habían concebido el reto de darle muerte al dragón; ¿por qué iba a querer envenenar a uno de nosotros? Aun así, me costaba achacar tan solo a la mala suerte que me hubiese dado a probar una variedad de la hierba lo bastante potente para extinguir mi magia.

Tenía frío, estaba empapado y no dejaba de tiritar. No quería unirme a los

guardias de nuestra tienda hasta que terminara de calmarme. En mi instintiva búsqueda de cobijo, mis pasos me llevaron hasta la tienda del bufón. Intenté retirar torpemente la solapa del refugio con las manos heladas.

—Lord Dorado —lo llamé en voz baja, sin pensar hasta ese momento que quizá tuviera otra visita.

Alguna inflexión de mi voz debió de sobresaltarlo. Levantó la solapa aprisa y me hizo señas para que entrase de inmediato.

—Quieto ahí. Lo pondrás todo perdido. —Ya se había quitado la ropa que utilizaba para caminar. Parecía estar seco y haber entrado en calor con su túnica negra. Le envidié.

—Peottre me ha dado un trozo de pastel. Llevaba corteza feérica y ahora mi Habilidad se ha apagado. —Las palabras brotaron a duras penas, quebradas por el castañeteo de los dientes.

—Quítate las cosas mojadas. —Empezó a rebuscar en su macuto apenas me vio entrar. Sacó una prenda larga de color cobrizo—. Creo que te valdrá. Es más cálida de lo que parece. ¿Cómo es posible que un bocado de corteza feérica te arrebatase la magia por completo? Nunca te había afectado de esa manera.

Meneé la cabeza.

—Esta vez sí. Y alguien nos está atacando a Tordo y a mí con la Habilidad, para que nos odiamos el uno al otro. Estuvieron a punto de conseguirlo, hasta que pensé que Tordo iba a embestirme con la Habilidad, de modo que levanté mis muros y de pronto pude oír mis pensamientos y supe que en realidad no lamentaba tener que cuidar de él todo el tiempo. En el fondo no es culpa suya y, aunque no me agrada tener que hacerlo, no debería pagarlo con él, ¿no te parece? De hecho, debería estar enfadado con Chade, no con Tordo. Él es quien me ha asignado esta tarea, y creo que en buena parte lo hace para que me encuentre siempre tan ocupado que no pueda acercarme a ti y así tú no puedas influir en mí. Porque lo que quiere es que acate sus órdenes y no piense...

—¡Basta! —exclamó el bufón, alarmado. Me interrumpí. Abrí la boca para preguntarle qué ocurría, pero el bufón levantó las manos—. Traspíe. No te estás escuchando. Nunca te había oído desvariar de este modo. Es... inquietante.

—Es la corteza feérica. —Temblaba con la energía que fluía descontrolada dentro de mí. Cuando terminé de formar un montón con la ropa empapada,

acepté agradecido la prenda que me tendió, para después estremecerme al percibir su frialdad en mis manos—. Es muy fría. ¡Es fría como el hierro! ¿De qué está hecha, de escamas de pescado?

—Tú confía en mí y pónstela. Se calienta muy rápido.

No me quedaba más remedio. Me la pasé por la cabeza hasta que se deslizó por mi cuerpo. La larga túnica me llegaba casi hasta los pies. Roté los hombros y se me ajustó al instante.

—Qué raro. Creía que me presionaba la espalda y el pecho, pero en cuanto he levantado los antebrazos se me ha adaptado al cuerpo. Fíjate. Si hasta me llega a las muñecas. Parece una malla metálica de extraordinaria finura. ¿Es otra prenda mágica de los vetulus? ¿La conseguiste en los Territorios Pluviales? Me pregunto de qué manera la confeccionarían, y con qué tejido. Observa cómo varía el color cada vez que me muevo.

—Traspié. Deja de parlotear así. Me crispas los nervios. —El bufón se había apropiado de mi ropa mojada. Cuando la levantó, un hilito de agua escapó de ella—. La sacaré para que se escurra. No esperes que esté seca por la mañana. ¿Tienes otra?

—Sí. En mi macuto, pero lo he dejado en la tienda del príncipe. También he dejado allí el barrilete del polvo explosivo de Chade. Y muchas de las pertenencias de Tordo están en mi macuto, pero no pasa nada porque también él está allí y le harán falta. Así que está bien que ya estén allí. —Me di cuenta de que empezaba a divagar de nuevo y conseguí guardar silencio antes de que el bufón me lo ordenara.

Seguí temblando unos momentos más, hasta que noté que la túnica empezaba a devolverme el calor que mi cuerpo generaba. Di un suspiro, me senté entre las mantas del bufón y recogí los pies helados bajo las piernas. Al instante siguiente me levanté otra vez y cambié de posición, agitado. El bufón volvió adentro y me estudió con curiosidad mientras yo daba una vuelta alrededor de la minúscula vela.

—¿Qué ocurre?

—Siento como si un ejército de hormigas corretease bajo mi piel. —Me aparté de la cara el cabello lacio y me rehíce la coleta de guerrero—. Todavía no puedo sentarme. No puedo dejar de hablar ni de pensar, pero tampoco logro

ordenar mis ideas, si es que eso tiene algún sentido. —De pronto me pareció que tenía las manos demasiado grandes. Hice crujir mis nudillos uno a uno y volví a relajar las manos. Cuando levanté la vista, encontré al bufón observándome, con los dientes apretados—. Lo siento —me disculpé aprisa—. No puedo evitarlo.

—Ya lo veo —masculló. Con una voz más clara, dijo—: Me gustaría poder ayudarte de algún modo, pero una infusión de hierbas quizá no sea el mejor remedio. Temo también la depresión que puedas sufrir después de esta explosión de vitalidad que estás experimentando ahora. Jamás te había visto tan inquieto. Si el pozo de lúgubre desolación que se abre después de tomar corteza feérica es tan profundo como elevada esta demencia, temo por todos nosotros.

Por su expresión deduje que hablaba en serio.

—A mí también me preocupa. Quiero decir, sé que debería preocuparme, pero no soy capaz de concentrarme en ello ahora mismo. Hay demasiadas cosas que me abruman. ¿Cómo podría secar la ropa antes de que amanezca? Además debo presentarme ante Chade más tarde, pero quizá no sea apropiado que me pasee por el campamento con esta túnica, por cálida que sea. Y, aun así, la sola idea de volver a ponerme la ropa mojada me aterra, aunque solo sea para volver a la tienda de Dedicado. He dejado el macuto allí, con todas mis cosas secas dentro. Las cosas de Tordo también están en él. Pero no pasa nada porque también él está allí y le harán falta.

—Silencio —me pidió, conteniendo mi hemorragia de pensamientos—. Silencio, por favor, Traspíe, déjame pensar. Hasta ahora lo único que hacía la corteza feérica era adormecer tu don, pero eso ocurría cada vez menos. ¿Cabe la posibilidad de que el efecto termine por pasarse y tu magia se restablezca?

Encogí los hombros con fuerza.

—No lo sé. No creo que debamos sacar ninguna conclusión basándonos en los efectos que la corteza feérica me producía en el pasado. ¿Te he dicho ya que Tordo estuvo a punto de darle un bocado también?

—No. No me lo habías dicho. —El bufón hablaba con cautela, como si yo estuviera empezando a perder el juicio, lo que quizá en ese momento fuese cierto—. ¿Te importaría hacer algo por mí? Deja de tocarte el pelo y la boca. Recoge las manos en el regazo y cuéntame qué te ha ocurrido hoy. Con todo

detalle, por favor.

No me había dado cuenta de que llevaba rato tirándome del labio inferior hasta que el bufón me lo dijo. Plegué las manos en el regazo y me concentré cuanto pude para presentarle un informe como si él fuese Chade. Vi que su gesto se ensombrecía a medida que le exponía lo ocurrido, consciente de que mis palabras caían sobre él como una granizada, y de que el relato sonaba incoherente, contado a base de retazos según tejía los acontecimientos de forma atropellada en mi cabeza. Antes de terminar me levanté y empecé a dar vueltas por la pequeña tienda. No conseguía refrenar mi agitación. De pronto acudió a mí una inspiración repentina.

—¡Ten! —grité al tiempo que me acercaba a él para tenderle la muñeca descubierta—. Hagamos la prueba y veamos si mi Habilidad se ha extinguido como creo. Tócame. Intenta entrar en mí con la Habilidad como ya hiciste otra vez.

Levantó la vista para mirarme, con el rostro laxo de puro asombro. Enseguida una sonrisa forzada de incredulidad se extendió por su cara.

—¿Me estás pidiendo esto de verdad?

—Por supuesto. Sí. Veamos lo grave que es. Si todavía te es posible llegar hasta mí, quizá la Habilidad se restaure cuando se me pase el efecto. Intentémoslo. —Me senté a su lado y apoyé el antebrazo, con la muñeca hacia arriba, sobre su rodilla. Miró las huellas deslavadas de sus dedos que yo conservaba en la piel y me escrutó de soslayo.

—No. —Se apartó—. Esta noche no eres tú, Traspie. Esto no es algo a lo que te prestarías por lo general con tanta despreocupación, y menos aún serías tú quien lo propondría. No.

—¿Qué? ¿Tienes miedo? —lo desafié—. Adelante. ¿Qué podemos perder?

—El respeto que nos tenemos. No pienso hacer esto aprovechándome de esta especie de borrachera que tienes. Olvídalo, Traspie. Deja de tentarme.

—No te preocupes. Me acordaré, mañana, de que fui yo quien lo sugirió. Necesito saberlo. ¿Está muerta mi magia?

En algún rincón remoto de mi alma, me alarmé. Quería parar y pensar, pero el ansia no me lo permitía. *Hazlo ahora, haz algo ahora, haz lo que sea ahora.* El impulso de actuar, de emprender cualquier acción, suponía una necesidad

acuciante imposible de ignorar.

Extendí el brazo y lo tomé de su esbelta muñeca. No hallé resistencia en su mano desenguantada. Como si pretendiera resolver un rompecabezas de madera, acoplé su palma con mi muñeca. Las frías yemas de sus dedos se alinearon con las cicatrices que un día me dejara. Esperé. No sentí nada. Lo miré con gesto inquisitivo.

El bufón había cerrado los ojos. Un momento después los abrió. Eran de un intenso áureo. Me miraron devastados mientras me anunciaba con incredulidad:

—Nada. Siento la calidez de tu muñeca bajo mis dedos. Te busco, pero tú no estás ahí. Y eso es todo.

El corazón me dio un vuelco. Me negaba a creer lo que el bufón acababa de comprobar.

—En fin. Esto tampoco demuestra nada, supongo. Hasta hoy nunca habíamos hecho esto, por tanto, ¿qué sabemos sobre lo que cabe esperar? Nada. Nada en absoluto. Mañana, cuando despierte, mi Habilidad estará ahí tan sólida como siempre.

—O no —sugirió el bufón con voz queda mientras observaba mi rostro. No había retirado los dedos de mi muñeca—. Quizá nunca volvamos a conectarnos de este modo.

—O no —admití—. Quizá cuando despierte siga tan aislado y sordo como estoy en este momento. Quizá. —Me levanté y retiré la muñeca de sus dedos apretados—. Bien. De nada sirve seguir dándole vueltas y preocupándose, ¿verdad? Lo importante es que la ropa esté seca para mañana. Lo que tenga que ser será. —Guardé una pausa y pensé que debería sosegarme, pero enseguida la pregunta afloró en mi cabeza—: ¿Crees que Peottre lo hizo a propósito? ¿Crees que sabía que la corteza feérica puede extinguir la Habilidad? Además, ¿por qué sabía que porto la magia? Y, si quiere que ayude al príncipe a matar al dragón, ¿por qué iba a ponerme impedimentos? A menos que en realidad no quiera que matemos a Yama de Hielo. Tal vez nos haya traído hasta aquí para que el príncipe fracase. Pero eso no tiene ningún sentido. ¿O sí?

El bufón parecía asediado por mi oleada de preguntas.

—¿Puedes guardar silencio, Traspié? —me suplicó y, después de pensarlo por unos instantes, negué con la cabeza.

—No lo creo. —Me movía impaciente mientras hablaba. De pronto me sentí desdichado. No encontraba ninguna postura cómoda que me ayudara a quedarme quieto. Estaba seguro de que tenía sueño pero no recordaba cómo desasirme de la vigilia. De pronto quise que todo terminase y poder descansar tranquilamente. Hundi la cabeza entre las manos y me tapé los ojos—. Toda la vida, llevo toda la vida haciendo mal las cosas.

—Nos espera una noche muy larga —predijo el bufón abatido.

Yama de Hielo

Esta es la historia de Yysal Pies de Foca, el dragón Yama de Hielo y lo que le ocurrió durante los años en que Wisal fue la Gran Madre de su casa materna. Wisal sentía aversión por el joven que Yysal llevó a su lecho, y le dio tres razones: tenía las piernas estevadas y el pecho hundido, y todos sabían que esos eran rasgos que los hijos heredaban, pero Wisal no quería ver la casa materna llena de debiluchos de piernas arqueadas. El joven era pelirrojo, otra característica de la que Wisal quería librar a sus descendientes; además, cuando la primavera llegaba a las islas y los sauces se cargaban de diminutos racimos velludos, el joven estornudaba, lloraba y tosía, hasta el punto de que ya ni siquiera servía para colaborar en los trabajos de la primavera. Y así, cuando un día de verano Yysal salió a recoger empetros negros en las cimas de la montaña, Wisal les indicó a las otras mujeres que trajeran terrones y piedras lo bastante grandes para que dolieran pero sin causar heridas graves y de este modo expulsar al compañero de lecho de Yysal. Así hicieron gustosas sus hermanas, su madre y sus tías, pues a ninguna de ellas les agradaba la afectación con que el joven les sonreía cada vez que Yysal se ausentaba.

Cuando Yysal regresó y descubrió que su compañero de lecho había huido, rompió a llorar y vociferar, hasta que por último juró que se presentaría ante el dragón para pedirle que castigara a su familia. Todo el mundo sabe que eso constituye un grave pecado contra la casa materna, pero tan grande era su cólera que ni atendía a razones ni aceptó al joven guerrero moreno y fornido que le ofrecieron en lugar del mozuelo lívido y escuálido. Así, partió rumbo a Aslevjal y esperó a que la marea bajase lo suficiente para descender a los estratos helados del glaciar con el propósito de aventurarse en sus entrañas y suplicarle al dragón que le concediera su deseo nefando.

En el corazón del manto helado que forma la cúpula de la isla varó su pequeño bote entre los sedimentos de la orilla. Alzó una antorcha pero no se detuvo a admirar la hermosura de la tumba de hielo cerúleo en que Yama de Hielo yacía. Saltó de la embarcación sin perder un instante y se adentró en los sinuosos túneles azules para mirar cara a cara al dragón atrapado en el hielo. Cuando dio con él, abrió un agujero en la pared helada con la sangre del cordero que llevaba con ella y le rogó que dejara yermas a todas las mujeres que habían echado a su compañero de lecho de su lado.

*Canción de un bardo marginado,
traducción de Mechatejón*

Recuerdo el resto de aquella noche y el día y la noche siguientes del mismo modo que se recuerdan los sueños febriles. En la medida de lo posible, mi cabeza prefiere no recordar el sufrimiento que padecí.

«Todo estaba en tu mente», resumió Chade tiempo después. Me dolió que despachara con tanta despreocupación todo lo que tuve que soportar.

«Toda la vida —quise responderle— está en nuestra mente. ¿Dónde si no aconteció? ¿Dónde si no le damos un sentido y le quitamos lo que perdemos? Nada es más que un simple suceso hasta que le otorgamos un significado.»

Sobreviví. Quien diga que esa hierba no es lo mismo que un veneno nunca se ha sumido en las profundidades a las que yo me precipité. En algún momento de aquella noche, Chade envió a Acertijo a buscarme. Me envolvió en una manta y me urgió a salir, descalzo y vestido con la ridícula túnica de los vetulus, de regreso a la tienda del príncipe. Allí, si mal no recuerdo, pasé varias horas hablándole a Chade sobre lo mucho que me despreciaba a mí mismo. Más adelante Dedicado me dijo que nunca nadie lo había aburrido tanto con una recapitulación de sus pecados imaginarios. Recuerdo que en varias ocasiones intentó razonar conmigo. Le manifesté sin rodeos mi voluntad de quitarme la vida, una idea a la que a menudo daba vueltas pero que hasta ese momento jamás había expresado de viva voz. A Dedicado le repugnó mi fantasía sensiblera y Chade me recordó que sería un acto egoísta que no corregiría en lo más mínimo mi estupidez. Creo que en ese momento ya estaba más que harto de aguantarme.

A pesar de todo, no era culpa mía. Fue el desánimo que la droga causaba, y no ninguna idea que yo hubiera razonado, lo que me llevó a seguir hablando hasta que despuntó el alba. Por la mañana Dedicado sabía mucho más sobre mis excesos de juventud de lo que nunca había pensado confesarle. Si alguna vez había sentido la tentación de experimentar con la corteza feérica o con las semillas de carris, no me cabe ninguna duda de que aquella noche interminable aplacó toda su curiosidad.

Cuando Tordo ya no se veía capaz de soportar un segundo más mi lacrimoso relato, se hizo llamar a Acertijo para que lo acompañara a la tienda del destacamento de Mañosos, donde Telaraña se hizo cargo de él y le buscó un sitio para dormir. Aquella noche Chade y Dedicado intentaron contactar con

Ortiga a través de la Habilidad, pero mi indisposición hizo imposible que se concentraran. Antes de la huida de Tordo, el destacamento probó a llegar hasta mí por medio de la magia. No tuvieron más suerte que el bufón. Cuando le hablé a Chade acerca de ese encuentro, su gesto plomizo me dejó claro que no veía con buenos ojos que hubiera realizado un experimento así con el hombre leonado.

Al día siguiente Acertijo y Telaraña marcharon con Tordo y conmigo. Estoy seguro de que Acertijo nos acompañó por orden de Chade, pero creo que Telaraña se nos unió por mí. Aún hoy me pregunto qué le diría Tordo para que estimara necesario que cuidase de mí. Caminaba sumido en una silenciosa desesperación lúgubre, a través de un tormento infinito de hielo cegador y de un viento que arrastraba una nieve plácida. Acertijo y Tordo avanzaban por delante de nosotros, sin conversar mucho. Telaraña se situó detrás de mí y no dijo una palabra en todo el día. El verano quería imponerse, de manera que el viento que transformaba las dunas en figuras fabulosas soplaba agradable y casi cálido. Recuerdo que su ave realizó dos giros sobre nosotros, dando graznidos melancólicos, para después alejarse hacia el mar. La presencia de su bestia Mañosa me recordaba de una forma cruel la ausencia de la mía, lo que hacía aún más profundo el pozo de mi dolor. Aunque no llegué a sollozar, las lágrimas se escurrían imparables por mis mejillas.

Las emociones pueden causar más agotamiento que el esfuerzo físico. Cuando Peottre anunció que había llegado el momento de montar las tiendas, ya nada me importaba en absoluto. Fui incapaz de encontrar una traza de voluntad propia mientras observaba, detenido en medio de la nieve, cómo levantaban los refugios. Recuerdo vagamente que Peottre le pidió disculpas a Chade por que las «raciones de valentía» me hubieran provocado tal incapacitación. El consejero aceptó el gesto sin pensárselo y le confesó que yo siempre había tenido un carácter impredecible y cierta inclinación a abusar de las hierbas. Sabía por qué le había hecho ese comentario, aunque se me clavó en el corazón como un puñal. No me sentía capaz de tomar la avena cocida que Telaraña me trajo más tarde. Me recogí bajo mis mantas mientras todos los demás seguían aún atareados. Puesto que no logré conciliar el sueño, perdí la vista entre las sombras que se formaban en los huecos de la tienda e intenté determinar por qué mi padre

decidiría yacer con mi madre. Me parecía un acto censurable. Oí a Telaraña tocar una melodía para Tordo con su pequeño instrumento cerca de la tienda, lo que de pronto me hizo añorar la música Habilidadosa del extraño hombrecillo. Por último, debí de quedarme dormido, profundamente.

Cuando desperté, el día ya estaba avanzado. A mi alrededor vi los jergones deshechos de los hombres de armas, vacíos. Me pregunté por qué no me habrían despertado y por qué no habríamos levantado el campamento y reemprendido la marcha. Salí temblando de mi lecho, hice una mueca al ver que todavía llevaba la túnica y me apresuré a ponerme los pantalones exteriores y el abrigo. Guardé la túnica en mi macuto, preguntándome aún por qué el campamento permanecería en silencio. Temí que las inclemencias del tiempo nos hubieran obligado a posponer la caminata.

Cuando salí de la tienda me recibió un viento constante y apacible, cargado de los minúsculos cristales de nieve que arrastraba desde el imponente hombro del glaciar que se alzaba sobre nosotros. A mi alrededor, el campamento parecía desierto. Telaraña estaba vigilando la olla que colgaba de un trípode sobre la pequeña lumbre que había encendido en una vasija de loza. Esta se hundía poco a poco en la nieve a medida que el calor que generaba fundía el hielo que la rodeaba.

—Ah, te has levantado —observó Telaraña con una sonrisa amable—. Espero que te encuentres mejor.

—Me... Sí, me encuentro mejor —afirmé, un tanto sorprendido por que fuese verdad.

La negrura ilógica que me envolvía ayer se había disipado. No estaba contento; la pérdida de la Habilidad me seguía pesando demasiado y la tarea que debíamos emprender me desmoralizaba, pero la insondable desesperación que me llevó a considerar la idea de quitarme la vida había quedado atrás. Poco a poco una rabia cenicienta empezó a brotar en mí. Odiaba a Peottre por lo que me había hecho pasar. Sabía que los planes de Chade no dejaban lugar para desagravios, pero me negaba a creer que esas «raciones» solo contuvieran una ínfima cantidad de corteza feérica inofensiva para los suyos. Me habían envenenado a propósito. De nuevo. Confié en que antes de que regresáramos a los Seis Ducados, el destino me concediera la oportunidad de aclarar las cosas

con Peottré. Mi formación como asesino me prohibía permitirme el lujo de vengarme. Cuando el rey Artimañas me puso a su servicio, aprendí que solo debía emplear mis capacidades en beneficio de la corona, no como a mí me pareciera apropiado ni para llevar a cabo venganzas personales. En una ocasión o dos desatendí esas normas, lo que acarreó consecuencias devastadoras. Me las grabé a fuego en la memoria mientras reconocía los alrededores.

El campamento se hallaba enclavado sobre una suave colina de nieve. No muy lejos de allí una cadena de roca negra se erigía irregular sobre el manto blanco. Una montaña escarpada se levantaba sobre mí. Semejaba una copa con una mella en el labio. La piedra negra sobresalía de la nieve por todos lados. El cuenco que formaba contenía hielo y nieve, una avalancha congelada que descendía hacia nosotros. Nos encontrábamos acampados en la llanura del vertido final.

—Estás muy callado —señaló Telaraña en un tono agradable—. ¿Te duele algo?

—No. Gracias por preocuparte. Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza.

—Y te han arrebatado la Habilidad.

Cuando clavé los ojos en él, levantó una mano como defensa.

—Nadie más lo ha deducido. Tordo me reveló el secreto por accidente. Estaba muy afligido por ti. También molesto, pero sobre todo preocupado. Anoche intentó explicarme que no era solo tu aspecto deprimido, tu cháchara y tus gesticulaciones incesantes lo que lo angustiaban, sino el hecho de que hubieras desaparecido de su cabeza. Me contó algo que le ocurrió de pequeño. Su madre le soltó la mano una noche en que caminaban por el recinto atestado de una feria. Durante varias horas fue incapaz de encontrarla, ni con la vista ni con la mente. Según lo que me dijo, deduzco que la mujer lo abandonó, aunque después debió de pensárselo mejor y regresó a por él. Sin embargo, se tomó su tiempo para explicarme que sabía que su madre estaba cerca, aunque no le permitiese tocar sus pensamientos. En tu caso, dice, desapareciste sin más. Como si hubieras muerto, del mismo modo que su madre está muerta ahora. No obstante, puede ver que caminas de aquí para allá. Ahora le das miedo.

—Para él debo de ser como un forjado.

Me miró compadecido. Comprendí entonces que Telaraña sabía lo escalofriante que podía ser un encuentro con estos entes, puesto que dijo:

—No, amigo mío. Yo te sigo sintiendo, con la Maña. Esa magia no la has perdido.

—¿Y de qué me sirve, sin un compañero? —Formulé la pregunta con amargura.

Guardó silencio por un momento, hasta que al cabo habló con resignación.

—Esa es otra de las cosas que podría enseñarte, si alguna vez tuvieras tiempo de sentarte y aprender.

No había mucho que pudiera decirle a eso. Por tanto, le hice una pregunta.

—¿Por qué no hemos reemprendido la marcha todavía?

Me miró extrañado y después sonrió.

—Nos quedamos aquí, amigo mío. Es la zona más apropiada para acampar que se puede encontrar en los alrededores. Peottre dice que el dragón podía verse vagamente bajo estos hielos. El príncipe Dedicado, Chade y los demás han salido guiados por Peottre y la narcheska hacia donde yace el dragón. Los testigos de la Hetgurd se han ido con ellos. Allí arriba. —Señaló.

La superficie tallada y pulida del glaciar era engañosa. Allí donde parecía suave y continua se escondían en realidad multitud de grietas y elevaciones. Ahora, mientras lo observaba, nuestro grupo emergía formando una fila larga similar a una hilera de hormigas que desfilasen por la ladera helada. Distinguí a Peottre, abrigado con sus pieles, en la cabeza del grupo y seguido de cerca por la narcheska. Todos estaban allí, ascendiendo detrás de Peottre por la ladera que se erigía sobre nuestra posición. Solo Telaraña y yo permanecíamos en el campamento. Así se lo señalé.

—No quería que te encontraras solo al despertar. Acertijo me comentó que estabas hablando de quitarte la vida. —Meneó la cabeza con rotundidad—. No me esperaba algo así de ti. Sin embargo, al ver lo abatido que estabas ayer, no quería arriesgarme.

—No tengo ninguna intención de quitarme la vida. Fue un ofuscamiento momentáneo; no era yo quien hablaba, sino la toxina de la hierba —me excusé.

En realidad, al repasar las majaderías que proferí la noche anterior, me avergonzaba haber manifestado esa idea de viva voz. El suicidio siempre ha sido

considerado un acto de cobardía en los Seis Ducados.

—¿Y por qué utilizas ese tipo de hierba sabiendo lo mucho que te afecta? — me preguntó con seriedad.

Me mordí la lengua y deseé saber el pretexto que Chade había ideado para justificar mi debilitamiento.

—La he empleado en otras ocasiones, para combatir el dolor extremo o el agotamiento —aduje con templanza—. Esta vez he tomado una dosis mucho más fuerte de lo que pensaba.

Telaraña espiró con énfasis.

—Entiendo —dijo sin más, aunque su descontento era manifiesto.

Comí la masa medio helada de la olla. Era un plato marginado que hedía a pescado grasiento. Habían preparado una sopa a base de tacos secos y pegajosos de pescado desmenuzado y machacado con aceite para mantenerlo unido. Calentada con agua de nieve, el resultado era un caldo seboso. Pese al sabor repugnante, me sentí mejor después de tomarlo. Seguía percibiendo una extraña ausencia a mi alrededor. No se trataba solo de que ya no oyera la música de Tordo. Me había acostumbrado a los hilos de conciencia que me unían a Dedicado, Chade, el bufón y Ortiga. Me habían arrancado de esa malla de contactos.

Telaraña me vio comer y limpiar la olla. Avivé la débil lumbre de la vasija de loza sin muchas esperanzas de que permaneciera encendida.

—¿Nos unimos a ellos? —propuso, a lo que asentí con gravedad.

Peottre había marcado la ruta poniendo andrajos de color rojo vivo en unos palos clavados en la nieve a izquierda y derecha. Telaraña y yo seguimos el camino serpenteante que ascendía por el glaciar. Al principio no conversamos mucho. Pasado un tiempo Telaraña empezó a hablarme y, por último, lo escuché.

—Te preguntabas de qué sirve la Maña, cuando no se tiene un compañero. Entiendo que sigas extrañando a tu lobo, pues es lo apropiado. No me parecería digno por tu parte que te apresuraras por establecer un nuevo vínculo tan solo para aplacar tu soledad. No es así como actúa la Vieja Sangre, del mismo modo que un viudo no debería casarse con otra mujer con el único fin de proporcionarles una madre a sus afligidos hijos y de tener a alguien que caliente

su lecho. Por tanto, haces bien en esperar. Pero mientras tanto, no deberías darle la espalda a la magia.

»Apenas si hablas con los demás Mañosos. Los que no saben que posees este don creen que nos evitas porque nos aborreces, incluido Vencejo. Aunque prefieras que no averigüen que tú también perteneces a la Vieja Sangre, creo que deberías rectificar esa impresión. No comprendo, del todo, por qué ocultas las dos magias. La reina ha dicho que no seguirá tolerando la persecución de los Mañosos, y he observado que en cualquier caso cuentas con su protección. Y si posees la magia de los Vatídico, la Habilidad, como creo, en fin, siempre ha sido considerada un don honroso y bien considerado en los Seis Ducados. ¿Por qué ocultar que sirves con él a la reina y el príncipe?

Me fingí demasiado asfixiado para responderle de inmediato. La subida era escarpada y constante, pero no me sentía tan agotado. Por último, sucumbí a su silencio.

—Estaría dando demasiados indicios sobre mi identidad. Alguien terminaría por relacionarlos, me miraría y exclamaría: «El bastardo Mañoso vive. El asesino del rey Artimañas, el bastardo desagradecido que se volvió contra el anciano que lo amparó». No creo que la política de tolerancia que nuestra reina ha establecido para los Mañosos esté lista para algo así.

—Entonces ¿vivirás el resto de tus días bajo el nombre de Tom Mechatejón?

—Es lo más probable. —Quise que mi voz sonara limpia de amargura y fracasé.

—¿Qué sientes? —me preguntó Telaraña de forma inopinada.

—Siento que es lo más prudente que puedo hacer, aunque no lo más fácil —le respondí a regañadientes.

—No, no. Abre la Maña, amigo. ¿No sientes algo, lo más descomunal que hayas sentido jamás?

Me detuve y permanecí en silencio. La Maña funciona como cualquier otro sentido. Uno llega a acostumbrarse tanto a los ruidos cotidianos y al olor de las hogueras de la cena que deja de prestarles atención. Me encontraba ahora quieto, como si pretendiera captar algún ruido, aunque en realidad había empezado a desplegar la percepción de la red de vida que me rodeaba. Estaba Telaraña, cálido, afable y cercano. Más arriba, sentí a los demás, una confusa hilera de

seres que emanaban distintos grados de cansancio e incomodidad. A los que portaban la Maña los captaba con algo más de nitidez y claridad que al resto. No noté la presencia del ave de Telaraña; supuse que se encontraría lejos de la orilla, alimentándose.

—Solo lo normal... —empecé a decir, pero enseguida me interrumpí. ¿Había percibido algo? ¿Un aumento inmenso pero sutil de la Maña? Tuve la sensación de que una puerta se hubiera abierto para cerrarse un instante después. Me quedé todavía más quieto y cerré los ojos. No—. Nada —aseguré, abriéndolos de nuevo.

Telaraña había estado observándome.

—Lo has sentido —me contradijo—. Y yo sigo sintiéndolo. La próxima vez que lo captés, reténlo.

—¿Que lo retenga?

Telaraña meneó la cabeza con pesar.

—No importa. Es otra de esas cosas que «algún día» tendrás tiempo de dejar que te enseñe.

Era lo más parecido a una reprimenda que me había dicho nunca y, de hecho, me sorprendió lo mucho que me dolió. Sabía que me lo merecía. Me esforcé por ser humilde y le pregunté:

—¿Crees que podrías explicármelo mientras caminamos?

Levantó la cabeza y arqueó las cejas fingiéndose gratamente sorprendido.

—Ah, desde luego que sí, Traspíe. Podría hacerlo, si me lo pides. Elige a cualquier miembro del grupo, alguno que no porte la Maña, e intentaré explicarte cómo se hace. Algunos de la Vieja Sangre creen que así es como las bestias que cazan en manada se deciden por un miembro concreto del rebaño para convertirlo en su presa. Quizá hayas visto a los lobos jóvenes o a otros depredadores ejecutar mal el primer paso de la caza. En lugar de escoger una única presa, cargan contra el rebaño al completo, de manera que todas las presas se les escapan. Esa es, por supuesto, una de las ventajas que presentan los rebaños. Los distintos miembros disfrazan su individualidad a ojos de los cazadores, de modo que pasan desapercibidos aunque los tengan delante.

Y así, con demasiado retraso, Telaraña se convirtió en mi instructor. Cuando alcanzamos a los demás, ya había logrado concentrarme en Chade y percibirlo,

incluso cuando se salía de mi campo de visión. También sentí, en otras dos ocasiones, la misma palpitación formidable de antes por medio de la Maña. Pero, al contrario que Telaraña, yo ya había notado esa presencia con anterioridad. Preferí no comentárselo por el momento, aunque me apenaba guardar ese secreto. Reconocía a un dragón cuando lo sentía. Esperaba ver la inmensa sombra de sus alas deslizarse sobre nosotros en cualquier momento, pues no conseguía explicarme de otra manera cómo podía percibir a una criatura tan enorme y después no detectar rastro de ella. Sin embargo, los cielos permanecían azules, despejados y vacíos.

Una vez que llegamos a la altura del grupo, este se encontraba detenido al escaso abrigo de un afloramiento rocoso. En la superficie de las piedras una serie de runas marginadas descendía irregular hasta sepultarse bajo el manto de hielo. Los testigos de la Hetgurd se situaron cerca de la roca, con un evidente gesto de desagrado por encontrarse aquí. Aun así, en muchos de ellos se adivinaba también un amargo contento. Me pregunté por qué. Uno de ellos estaba de rodillas, excavando con tenacidad en el hielo que circundaba el afloramiento. Utilizaba para ello el cuchillo del cinturón, golpeando la hoja de hierro contra el hielo impasible como si pretendiera apuñalar a alguien. Cada vez que daba varios golpes, barría con la mano una cantidad despreciable de hielo picado. Parecía una tarea inútil, pero estaba decidido a llegar hasta el final.

Los guardias de Mechalarga habían traído sus herramientas. Portaban palas, picos y palancas, aunque aún no habían empezado a utilizarlas. Estaban listos, pero se les veía aburridos e indiferentes, como suele ocurrir con los buenos soldados, a la espera de que les asignaran una tarea. Enseguida imaginé por qué no habían comenzado aún. Cuando nos acercamos, vi que Chade y Dedicado se encontraban cara a cara con la narcheska y Peottre. Los demás integrantes del destacamento de la Maña esperaban ociosos en las cercanías. Tordo se había sentado en la nieve detrás de ellos y tarareaba en voz alta para sí, balanceando la cabeza en acompasado contrapunto.

—Sí, pero ¿dónde? —inquirió Chade; por su tono, supe que no era la primera vez que formulaba la pregunta.

—Aquí —indicó Peottre con paciencia—. Aquí. —Describió un arco con el brazo para señalar la pequeña meseta sobre la que nos hallábamos—. Y las runas

de la roca dicen: «Aquí duerme el dragón Yama de Hielo». Os he traído hasta él, como acordamos, y la narcheska nos ha acompañado como testigo de vuestros actos. Ahora depende de vos. Vos sois quien habéis de desenterrarlo y cortarle la cabeza. ¿No es esa la tarea a la que el príncipe accedió, en su propia casa materna?

—¡Sí, pero no imaginaba que tendría que desmigajar todo un glaciar para ello! Pensaba que habría alguna indicación del lugar donde yace la bestia. Aquí no hay nada, solo hielo, nieve y piedras. ¿Por dónde empezamos?

Peottre encogió los hombros marcadamente.

—Por donde preferáis, supongo.

Uno de los testigos de la Hetgurd soltó una risita amarga. Chade miró a su alrededor al borde de la desesperación. Con una mirada breve me dio a entender que sabía que me había unido a ellos, aunque no parecía pensar que fuese a resultarle de mucha utilidad. Volvió a intentarlo con Peottre.

—La última vez que visteis al dragón, ¿dónde estaba?

Peottre meneó la cabeza despacio.

—Hasta hoy solo había venido dos veces, con mi tía, de pequeño. Me trajo hasta aquí para enseñarme el camino. Pero nunca llegamos a ver al dragón, solo las runas que señalan el lugar. Hace más de una generación que el dragón no puede verse a través del hielo.

Este comentario pareció atrapar la atención del Búho, pues de repente se apartó de los otros testigos de la Hetgurd. Bosquejó una sonrisa mientras hablaba, asintiendo para sí:

—Mi abuela lo vio, de niña. Os contaré lo que ella me dijo a mí, y acaso aprendáis algo de ello. Llegó aquí con la madre de su madre, para presentarle una ofrenda a Yama de Hielo y rogarle que hiciera más fértil nuestro ganado. Cuando llegaron aquí, la madre de su madre le mostró una sombra incierta, apenas visible a través del hielo en los momentos en que el sol más brillaba. «Ahí está», le dijo a mi abuela. «Antes era mucho más fácil de ver, pero cada año que pasa el hielo se refuerza un poco más, hundiéndolo en sus entrañas. Ahora no es más que una sombra, y llegará el día en que nadie creerá que alguna vez existiera. Así que fíjate bien y procura que nuestros descendientes no nos avergüencen poniendo en duda el saber de su propio pueblo.» —El bardo interrumpió el

relato tan de súbito como lo había iniciado. Se mantuvo inmóvil, con las mejillas enrojecidas por el viento que agitaba su larga cabellera, y asintió para sí, satisfecho.

—¿Y sabríais, entonces, por dónde deberíamos empezar a buscar al dragón?

El Búho se rio.

—No lo sé. Y tampoco os lo diría si lo supiera.

—Tengo curiosidad —admitió el príncipe en un tono más amable—. ¿Qué ofrenda se le presentó al dragón? ¿Y cómo la recibió?

—Sangre —aclaró el Búho con prontitud—. Degollaron una oveja y dejaron que se desangrara en el hielo. Las madres estudiaron la silueta del charco que se formó para ver por dónde se filtraba la sangre y dónde se acumulaba. Decidieron que Yama de Hielo había quedado conforme con el sacrificio. Después dejaron aquí el cadáver de la oveja como ofrenda para el Hombre Negro y regresaron a casa. Al llegar la primavera, muchas de las ovejas parieron dos corderos en lugar de uno solo, y ninguno de ellos sufrió la disentería. Tuvimos un buen año. —El Búho nos miró con hosquedad—. Es el tipo de buenaventura del que disfrutábamos al honrar a Yama de Hielo. Si lo deshonráis y cuestionáis, no me atrevo a imaginar los infortunios que caerán sobre vuestras casas.

—Y también sobre las nuestras, con toda seguridad, por estar presentes —matizó la Foca con aspereza.

Peottre no los miró al recordarles:

—Nuestra casa materna asume todas las consecuencias que esto pueda acarrear. No os afectarán a vosotros.

—¡Eso decís! —resopló el Búho con desdén—. Aunque dudo que habléis en nombre de Yama de Hielo, ¡vos, que lo decapitaríais por el capricho de una mujer!

—¿Dónde está el dragón? —intervino Chade, exasperado en extremo. La respuesta la contestó quien menos esperaba.

—Está aquí —anunció Vencejo con discreción—. Oh, sí, está aquí. Su presencia va y viene en oleadas como un maremoto, pero no se puede negar que está aquí. —El niño se tambaleó mientras hablaba, hasta que se le apagó la voz. Cizaña le puso la mano en el hombro y Telaraña se apartó de mí para correr

junto a él.

—¡Mírame! —le ordenó al pequeño, pero al ver que Vencejo no terminaba de obedecer, lo zarandó—. ¡Mírame! —le exigió de nuevo—. ¡Vencejo! Eres joven y no te has vinculado nunca. Quizá no entiendas lo que voy a decirte, pero quédate contigo. No vayas con él y no permitas que entre en ti. Es una presencia inmensa la que sentimos, extraordinaria y abrumadora. Pero no dejes que te absorba. Percibo en esta criatura el encanto de un gato grande, el ardid hipnotizador que puede vincular a un joven lo quiera o no.

—¿Podéis sentir al dragón? ¿Seguro que está aquí, y vivo? —preguntó Chade incrédulo.

—Oh, sí —le confirmó Dedicado a regañadientes. Por primera vez me fijé en lo pálido que estaba. Los demás teníamos las mejillas coloradas por mor del frío. El príncipe se había quedado inmóvil a unos pasos de nosotros. Miró a la narcheska para dirigirse a ella—. El dragón Yama de Hielo se encuentra aquí con toda certeza. Y está vivo, aunque no me explico cómo eso es posible. —Guardó silencio como si se hubiera sumido en una profunda meditación, con la mirada perdida—. Apenas soy capaz de rozar mi mente con la suya. Quiero llegar hasta él, pero me ignora. Y tampoco entiendo por qué un momento puedo percibirlo y al siguiente noto que se aleja hacia donde yo no alcanzo.

Procuré no mirar boquiabierto al príncipe mientras revelaba de manera imprudente su condición de Mañoso. También me sorprendió que pareciera estar sintiendo al dragón mediante la Maña cuando yo apenas si lo percibía. Hacía tiempo que me di cuenta de que la magia del príncipe no era tan robusta como la mía. ¿La habría fortalecido gracias a las clases de Telaraña? Consideré entonces otra posibilidad que me alarmó. ¿Se referiría a la Maña o a la Habilidad? En mis sueños, la dragona Tintaglia me había rozado a través de la Habilidad. Sospechaba que había utilizado esta misma magia para dar también con Ortiga. Miré a Chade. El anciano parecía absorto en sus pensamientos y frustrado. Fue Tordo quien me llevó a decidirme. Se le veía entregado por completo a su tarareo, agitando la cabeza rítmicamente. Deseé poder oír su música Habilidadosa, pero sobre todo sentí la necesidad de obligarlo a levantar sus muros. Nunca había visto al hombrecillo tan embelesado.

—¡No lo busquéis a ciegas! —ordenó Telaraña sin importarle el rango del

príncipe—. Existen leyendas, fábulas antiquísimas que hablan sobre la Maña y la fascinación que producen los dragones. Se cuenta que son capaces de hechizar a los que se les acercan desprevenidos, en quienes infunden una devoción casi servil por ellos. Las canciones más antiguas avisan de los peligros que entraña respirar el aliento de un dragón. —Cuando de súbito se dio media vuelta, parecía un comandante que le comunicara sus órdenes a las tropas según le decía a Cizaña—: Sabes de qué canción hablo, ¿verdad? Sería muy apropiado que todos la escucháramos esta noche. En mi juventud les daba poca importancia a estas trovas arcaicas, pero con el tiempo aprendí que son muchas las verdades que se esconden entre los viejos versos. Me gustaría escucharla otra vez.

—Y a mí —convino Chade de forma inesperada—. Y todas las demás piezas que hablen sobre dragones. Pero por ahora, si el destacamento de Mañosos de nuestro príncipe percibe a este dragón, tal vez pueda determinar dónde deberíamos iniciar la excavación.

—¿Deciros dónde está, para que lo desenterréis y lo matéis? ¡No! ¡Al menos yo no lo haré! —exclamó Vencejo con una vehemencia súbita y acuciante. Nunca lo había visto tan angustiado. Chade se inclinó sobre él sin pensárselo dos veces.

—¿Tan pronto olvidas el juramento que le hiciste a tu príncipe?

—Er... —El niño se quedó sin palabras. Se puso colorado y después palideció. Lo vi esforzarse por recuperar la lealtad prometida y deseé poder ayudarlo. Pero sabía, quizá mejor que cualquiera de los presentes, a qué conflicto se enfrentaba.

—Basta —dijo Telaraña con voz contenida mientras el viejo asesino atenazaba a Vencejo con una mirada férrea.

—Esto no tiene nada que ver contigo —le avisó Chade; fue la primera vez que vi rabia en Telaraña. Se manifestó en la tensión de sus músculos y el abultamiento de su pecho. Aunque se contuvo, noté lo mucho que le costó. Y también mi príncipe.

—Basta —repitió Dedicado, imprimiendo en la orden una inflexión regia—. Vencejo, cálmate. No tengo ninguna duda de la lealtad que me profesas. Ni la pondré a prueba así, obligando a uno de mis hombres a decidir entre lo que su corazón le dice que es correcto y lo que ha jurado hacer. No estimo honrado por

mi parte poner una carga así sobre sus hombros. Ni, de hecho, estoy seguro de mi voluntad. —De repente deslizó los ojos hasta la narcheska. En lugar de sostenerle la mirada, la muchacha desvió la vista hacia la planicie nevada que se extendía por debajo de nosotros. Dedicado me sorprendió al acercarse y detenerse ante ella. Peottre dio un paso adelante, como si pretendiera intervenir, pero el príncipe no intentó tocarla. En lugar de eso, se limitó a decirle—: ¿Querríais mirarme, por favor?

Elliania volvió la cabeza y levantó la barbilla para encontrarse con sus ojos. Mantuvo el gesto pétreo, salvo por un destello de desafío que encendió su mirada fugazmente. Al principio Dedicado no dijo nada, como si esperase que ella se dirigiese a él. Todo quedó en silencio, a excepción del viento susurrante que arrastraba los viejos cristales de hielo que encontraba en la faz del glaciar y de la nieve que crujía según los hombres de armas balanceaban su peso, listos para entrar en acción. Incluso el tarareo de Tordo había cesado. Lo miré por un instante. Parecía perplejo, como si estuviera intentando recordar algo. Al ver que la narcheska porfiaba en su silencio, Dedicado suspiró.

—Sabéis más acerca de este dragón de lo que me habéis contado. Y siempre he dado por hecho que esta tarea no consiste tan solo en el reto propuesto por una doncella a su pretendiente. Lo que me pedís no es un simple antojo de mujer, ¿verdad? ¿No vais a decirme por qué esta tarea que me habéis encomendado es tan importante para vos, para que así pueda decidir cuál es la mejor acción que cabe emprender?

Creía que la había convencido, hasta que formuló la última pregunta. Casi pude ver la aflicción que la embargó ante la posibilidad de que el príncipe se retractara de lo que había asegurado que haría. Noté cómo enterró la franqueza que empezaba a tentarla para dejar brotar un resentimiento digno de una noble doncella criada en la corte.

—¿Así es como cumplís vuestras promesas, príncipe? Jurasteis que haríais esto. Si ahora os achantáis, decidlo sin rodeos, para que todos sepan en qué momento vuestro coraje se desinfló.

Lo prioritario para la narcheska no era el desafío. Yo lo vi y Dedicado también. Creo que al príncipe le dolía sobre todo que Elliania insistiera en pinchar su orgullo con un reto cruel en el que en realidad ella no creía. Dedicado

respiró hondo y cuadró los hombros.

—Mantengo mi palabra. No. No es del todo cierto. Os di mi palabra a vos y vos decidisteis tomarla. Podríais devolvérmela y eximirme de esta tarea. Pero os negáis. Así, por el honor de las casas de mi madre y de mi padre, haré lo que juré hacer.

Telaraña intervino.

—No os enfrentáis a un ciervo al que podáis derribar y trocear sin más, mi príncipe. Ni siquiera se trata de un lobo que debáis matar para salvar a vuestros rebaños. Esta es una criatura, tan inteligente como vos si las leyendas cuentan la verdad, que no os ha dado motivo alguno para atacarla. Habéis de saber... —Telaraña se interrumpió. Pese a la rabia que lo embargaba, no revelaría la condición de Mañoso del príncipe—. Habéis de saber lo que ahora os contaré. Yama de Hielo está vivo. Ignoro cómo algo así es posible y tampoco sé con qué fuerza arde la chispa que lo mantiene en este mundo. Se acerca y se aleja de mi conciencia como la llama moribunda de un ascua última. Puede que después de haber llegado hasta aquí tan solo nos dé tiempo a presenciar su perecimiento. No habría ningún deshonor en ello. Y he caminado junto a vos el tiempo suficiente para saber que no está en vuestra voluntad arrebatarle la vida a ninguna criatura que yazca indefensa a vuestros pies. Tal vez me demostréis que me equivoco. Espero que no. Aun así... —Se volvió ahora hacia sus compañeros Mañosos—. Si no ayudamos al príncipe a dar con el dragón, si no liberamos a Yama de Hielo del glaciar que lo atenaza, creo que morirá con la misma seguridad que si nuestro príncipe lo descabezara. Podéis hacer lo que gustéis al respecto. Pero yo no dudaré en emplear la magia con que Eda me ha agraciado para encontrar la cárcel del dragón y sacarlo de ella. —Bajó la voz—: Aunque, por supuesto, me resultaría mucho más fácil si me ayudarais.

El contingente de la Hetgurd se mantuvo aparte en todo momento. Los escruté rápidamente y no me sorprendí demasiado al ver que el bufón no se encontraba entre ellos sino a su lado, como si quisiera dejar claro a quiénes apoyaba. El Búho, su bardo, mostraba aquella mirada atenta que se me llegó a hacer familiar durante mi época con Estornino. Hasta la última de las palabras que aquí se pronunciaran quedaría grabada a fuego en su memoria, para integrarse después en los versos animados y enérgicos por los que tanta

predilección sentían los trovadores marginados. La indecisión y el temor jugueteaban entre los rostros de los demás. El Oso, su líder, se asestó un puñetazo en el pecho para que todos le prestaran atención.

—No os olvidéis de nosotros, ni olvidéis por qué estamos aquí. Si es como dicen vuestros magos, si el dragón vive pero sin fuerza apenas y lo desenterráis, nosotros lo presenciaremos. Y si el príncipe palurdo de los Seis Ducados matara a nuestro dragón hallándose este enfermo e indefenso, la cólera de todos los clanes caerá, no solo sobre los Clanes del Narval y el Jabalí por tolerar un acto tan cobarde, sino sobre la totalidad de los Seis Ducados. Si el príncipe joven hace esto para forjar una alianza y ponerle fin a la guerra con el pueblo de las Runas del Dios, deberá asegurarse de hacerlo de la manera acordada. Ha de enfrentarse a nuestro dragón en combate justo, y no cortarle la cabeza con vileza aprovechándose de su debilidad. No hay ningún honor en arrebatarle una prueba de lucha a un guerrero que se encuentre moribundo pero no por obra de nuestras manos.

Aunque el bufón se mantuvo en silencio durante la declaración del Oso, algo en su postura daba a entender que el marginado le servía como portavoz. No tenía los brazos cruzados ni fruncía el ceño en gesto reprobador, sino que miraba a Dedicado con fijeza; en ese momento era el Profeta Blanco estudiando al hombre al que tal vez tuviera que enfrentarse en su intento por orientar el mundo hacia una senda mejor. Su semblante me produjo un escalofrío.

Como si se hubiera percatado de que lo estaba mirando, de pronto llevó sus ojos hasta los míos. La pregunta que me lanzó con ellos era obvia: ¿qué pensaba hacer? ¿Qué escogería? Aparté la vista de él. No podía elegir, no aún. Cuando viera al dragón, dije para mis adentros, lo sabría. Acobardado, mascullé:

—Si muere antes de que lo saquemos del hielo, todo quedará resuelto y ya no tendré que enfrentarme ni a Chade ni al bufón. —No me consolaba apenas la sospecha de que los dos eran conscientes de esa esperanza secreta.

Peottre habló en respuesta al Oso. Le dijo, con el hartazgo de quien le explica algo por enésima vez a un niño testarudo:

—La casa materna del Narval asume todas las consecuencias de los actos que se lleven a cabo. Así sea, si el dragón se alza contra nosotros y maldice a nuestros descendientes. Si nuestra familia y nuestros amigos se vuelven contra

nosotros, así sea. Somos conscientes de que nosotros nos lo hemos buscado.

—¡Podéis hablar por vos! —exclamó el Oso furibundo—. ¡Pero ni vuestras palabras ni vuestros actos hablarán por Yama de Hielo! ¿Quién puede asegurar que no se alzaré para vengarse de todos los que vinimos aquí con el fin de presenciar cómo moría traicionado?

Peottre bajó la vista hasta la nieve que tenía ante sí. Pareció preparar los hombros para recibir más carga de la que ya soportaba. Habló a continuación con templanza, claramente, como si estuviera recitando su parte durante un ritual, aunque se expresó en términos claros como el agua.

—Cuando llegue el momento de elegir un bando, alzad vuestras armas contra la mía. Juro que me enfrentaré a todas ellas. Si caigo derrotado, que hasta el último de vosotros ensangrienta su espada conmigo antes de que muera.

A mitad de su discurso, Elliania jadeó sobrecogida y corrió a colocarse delante de él. Peottre la empujó a un lado bruscamente, con una rudeza que nunca le había visto emplear con ella, y la mantuvo a un paso de distancia de él sujetándola con firmeza por el antebrazo, como si pretendiera librarla de aquello que se hubiese buscado para sí. El pecho de Elliania palpitaba, quizá por el esfuerzo de sofocar sus sollozos o gritos, al tiempo que mantenía la cara oculta entre las manos mientras su tío proseguía.

—Si Yama de Hielo es lo que las leyendas dicen que es, sabrá que habéis defendido su causa, por lo que no os responsabilizará ni a vosotros ni a vuestras casas maternas de lo que aquí se hizo. ¿Os tranquiliza eso?

Cuando terminó de hablar, acercó a Elliania hacia sí y la abrazó, susurrándole algo al oído mientras permanecía inclinado sobre ella, algo que no alcancé a oír. Las palabras de Peottre Aguasnegras habían hecho que una gravedad terrible se adueñara de la expresión de todos los marginados. De nuevo, se me escapaba el verdadero significado de algún gesto propio de su cultura. Me dio la impresión de que, de alguna manera, una vez más los había puesto en un compromiso, y también a él mismo. ¿Había algún tipo de implicación vergonzosa en lo que acababa de proponerles? No lo sabía, tan solo podía conjeturar.

Dedicado lo observaba todo con la cara pálida. Chade permanecía inmóvil y callado, y yo de nuevo ardía en deseos de recuperar la Habilidad. De pronto

parecía que el dado podía caer de muchas maneras distintas. Si el dragón estaba muerto cuando lo desenterrásemos, si estaba vivo, si se alzaba contra nosotros, si no lo hacía, si lo matábamos y decapitábamos pero Peottre moría para mantener su palabra... Cuando me quise dar cuenta estaba escrutando a los testigos de la Hetgurd como guerreros, estimando a cuáles podría matar con facilidad y cuáles se resistirían más. Cuando miré a Mechalarga, vi que les estaba dando órdenes con discreción a sus hombres, por lo que imaginé que en adelante el príncipe caminaría acompañado de una sombra día y noche.

Aun así, lo más extraño de todo fue, tal vez, la reacción de Telaraña, Cizaña, Vencejo y Civil. Ignorando a los demás, se pusieron a dar vueltas aleatoriamente en busca de algún patrón que se apreciase en la nieve y el hielo, con la vista clavada en el manto blanco como si hubieran perdido un diamante y debiesen encontrarlo entre los relucientes cristales de nieve. Telaraña fue el primero que halló un punto donde detenerse. Permaneció callado e inmóvil, a la espera. Vencejo se paró a unos diez pasos de él. A un barco de distancia del niño, Civil descendió con dificultad por una acumulación de hielo escarpada y se quedó quieto. Cizaña fue el último en elegir su puesto. Se apreciaba un gesto incierto en su cara. Se movía despacio, con los brazos extendidos, tanteando, como si pretendiera captar una corriente cálida procedente del suelo, cuando eso era imposible. Poco a poco se alejó de todos hasta que se detuvo a unos quince pasos de Telaraña. El juglar pareció titubear cuando miró al Maestro de la Maña para ver si estaba de acuerdo. Este asintió despacio.

—Sí. Creo que podría ser ahí. Es enorme, muchísimo más grande que cualquier otra criatura que haya visto. Aquí, bajo mis pies, es donde lo siento con más fuerza. Pero no sabría decir si este es el punto donde late sosegado su corazón o donde descansa su cabeza. Quizá solo sea la zona más cercana a la punta de la cola. Señalad el sitio donde os encontráis ahora. Después venid aquí y decidme si percibís lo mismo que yo.

Cizaña se sacó el guante y lo dejó caer en el punto que ocupaba al tiempo que Civil clavaba su bastón en la nieve. Todos se encaminaron con cautela hacia donde Telaraña los esperaba. Dedicado y yo intercambiamos una mirada y, como si solo sintiéramos curiosidad, nos acercamos al Maestro de la Maña. Me fijé en la expresión de Dedicado, aunque no creo que experimentase la sensación

con la misma intensidad que yo. Iba y venía, inestable como la llama de una vela consumida. Ni siquiera cuando me situé junto a mi príncipe, a unos pasos de Telaraña, logré formarme una conciencia consistente del dragón por medio de la magia. Sin embargo, estaba de acuerdo con Telaraña. Cuando lo percibía, lo captaba con más intensidad aquí.

Ni Telaraña ni el resto del destacamento de Mañosos habían apartado los ojos del suelo en ningún momento, como si pudieran ver a través de la nieve. Ahora, uno tras otro, levantaron la vista. Dedicado esperó hasta que los ojos de Telaraña encontraron los suyos. Ignoro qué se dijeron con aquella mirada; tal vez se evaluaran el uno al otro. Pero cuando Telaraña asintió despacio, el príncipe inclinó la cabeza una vez en señal de acuerdo. Se volvió hacia Chade.

—Aquí es donde comenzaremos a excavar —indicó.

Hielo

Mi reina y señora:

Sabéis que sigo siendo vuestro más fiel sirviente. No cuestiono la sabiduría de vuestro juicio, aunque os rogaría que templaseis aquella y consideraseis que tal vez lo que hemos soportado nos ha obligado a rebasar los límites de la justicia para imponerles su justo castigo a nuestros opresores. Os aseguro que todo lo que se cuenta acerca de una supuesta «matanza de picazos» son burdas exageraciones. Si los de la Vieja Sangre hemos errado en algo es en haber tardado demasiado tiempo en emprender las acciones necesarias para convencer a los que reniegan de su propio pueblo de que no seguiremos tolerando que atenten contra su familia. Se trata, en cierto modo, de limpiar nuestra casa, y la porquería de la que hemos de desprendernos nos avergüenza. Mirad a otro lado, os lo suplicamos, mientras purgamos nuestro linaje de aquellos que lo mancillan.

Carta sin firmar,

redactada tras la masacre de Piedra Umbría

Y así, comenzamos a excavar en el hielo.

Mechalarga envió a Acertijo y a Hest al campamento para que subieran las palas, los picos y las palancas. Cuando emprendieron el descenso, Mechalarga le preguntó al príncipe con solemnidad:

—¿De qué tamaño deseáis el agujero, mi señor?

Dedicado y Chade trazaron el contorno en la nieve, espacio suficiente para que pudieran trabajar cuatro hombres sin estorbarse entre ellos. Acertijo, Hest y yo fuimos los elegidos para la tarea. Mechalarga se unió a nosotros, para mi sorpresa. Quizá debido al reducido número de guardias considerase imprescindible echarnos una mano. Los soldados trabajaban con brío, aunque torpemente. Eran luchadores, no granjeros, y aunque sabían abrir terraplenes de emergencia, nunca antes habían tenido que romper la superficie de un glaciar. Yo tampoco. Fue una experiencia muy instructiva.

Excavar en el hielo no es lo mismo que hacerlo en la tierra. El suelo se compone de partículas y estas ceden bajo el filo de la pala. El hielo forma alianzas y permanece aferrado a sí mismo. La capa de nieve suelta fue lo más molesto de retirar, pues era como intentar cargar harina de flor. Las paladas pesaban poco, pero resultaba difícil de amontonar fuera. La siguiente capa no se

nos resistió tanto. Se podía extraer como si de nieve compacta se tratase una vez que atravesamos la corteza helada. Así y todo, mientras más descendíamos, más se complicaba el trabajo. No podíamos introducir la pala, levantarla y arrojar la carga fuera, sino que teníamos que utilizar los picos para despedazar el hielo, lanzándonos esquirlas y fragmentos los unos contra los otros en el proceso. Una vez que el hielo quedó suelto, empezamos a recogerlo y lanzarlo al exterior, donde los demás lo amontonaban en uno de los trineos y se lo llevaban lejos del borde del agujero. Si me dejaba puesto el abrigo, enseguida el sudor se me acumulaba en la espalda. Al quitármelo, la escarcha se me adhería a la camisa.

No trabajamos solos. Habíamos llegado a un acuerdo, ya que el destacamento de Mañosos del príncipe era el que alejaba el hielo de la abertura. Pasado un tiempo, los dos grupos comenzamos a turnarnos con los picos, las palas y la retirada de la carga. Al atardecer, podíamos introducirnos en el agujero hasta los hombros, sin ver todavía rastro alguno del dragón en el fondo.

Cuando cayó la noche, los vientos se levantaron, enviando ráfagas de cristales helados y dispersos a ras de la superficie del glaciar. De regreso en el campamento, donde repusimos fuerzas con una cena tibia apiñados en torno a las hogueras diminutas, me pregunté con inquietud cuánta nieve volvería a introducir el viento en el hoyo.

Aunque el trabajo nos sirvió para dejar a un lado nuestras discrepancias, la noche se encargó de recordárnoslas. Nos recogimos al escaso abrigo de las tiendas dispuestas en círculo, distribución que detenía ligeramente el viento y proporcionaba cierta sensación de cobijo en medio del yermo helado y azotado por las ventiscas. Si bien no disponíamos de mucho espacio, conseguimos entendernos. Los guerreros de la Hetgurd se mostraron más amigables que antes con los Mañosos y el bufón, de tal modo que intercambiaron sus raciones y empezaron a conversar entre ellos. Su escuálido bardo, el Búho, permaneció sentado junto a Cizaña mientras este actuaba para nosotros. Interpretó dos canciones sin acompañamiento, pues no estaba dispuesto a jugarse las manos ni ningún instrumento exponiéndolos al viento helador. Una de las piezas hablaba sobre un dragón que llegó a extasiar a un hombre hasta el punto de que este abandonó a su familia y su hogar para no volver a ser visto jamás. Si la historia contenía alguna gran verdad oculta, yo no la descubrí. Como dijo Telaraña,

trataba sobre el hombre que respiró el aliento del dragón, acto con el que le entregó su corazón a la criatura. La otra composición hacía referencia de un modo aún más enigmático a los dragones, aunque todos permanecieron en silencio y la escucharon con aire meditabundo mientras la voz desnuda de Cizaña batallaba con los vientos agitados. La única voz que se oía aparte de la suya era la de Tordo. Sentado junto al príncipe, tarareaba y se mecía sin cesar. Aunque Chade intentó calmarlo en repetidas ocasiones, el hombrecillo siempre retomaba su cantilena al cabo de unos minutos. Me preocupaba, pero no había nada que yo pudiese hacer.

Por la tarde había visto a Peottre y la narcheska atentos a nuestro trabajo. Los dos mantenían el gesto invariable, detenido entre la esperanza y el temor. Dedicado se acercó a hablar con ellos, pero no llegué a oír lo que les decía ni la respuesta de los marginados. La narcheska lo miró como si el príncipe fuese un extraño que la abordase cuando ella tenía la cabeza ocupada en mil asuntos distintos. Esta noche no se unieron a nosotros para cenar junto a la hoguera, sino que se recogieron directamente en su tienda. La luz mortecina de la vela que ardía en el interior era la única señal de su presencia.

Una vez que Cizaña concluyó su actuación y le dimos las gracias por ella, estaba listo para retirarme a dormir. Pese a que me urgía hablar con Chade, Dedicado y el bufón, me acuciaba más la necesidad de descansar. Todavía no me había recuperado por completo de la sobredosis de corteza feérica, y la tarde de duro trabajo en el hielo me había dejado exhausto.

Cuando me levanté y me estiré, Chade me llamó por señas. Al acercarme a él, me pidió que llevara a Tordo a la tienda del príncipe y lo ayudara a acostarse. Al principio creí que era un pretexto para poder hablar conmigo a solas, pero cuando me acerqué a Tordo, me inquieté aún más. El hombrecillo no dejaba de mecarse de un lado a otro sin parar de canturrear. Tenía los ojos cerrados. No sabía si tocarlo, del mismo modo que un niño pequeño duda si volver a arrimarse al fuego. Después la ausencia de la Habilidad me convenció de que si su mente lograba saltar hasta la mía, sentiría más alivio que angustia. Así, le puse la mano en el hombro y le di un empujoncito. No solo no sentí ninguna sacudida de la Habilidad, sino que Tordo no se agitó en absoluto. Volví a sacudirlo, con más firmeza, pero hasta que lo levanté no se espabiló un ápice.

Empezó a lloriquear entonces como un bebé al que hubieran despertado de pronto, y me sentí como una bestia de carga cuando lo conduje hasta la tienda del príncipe. Mientras le quitaba las botas cubiertas de nieve y el abrigo, no hizo otra cosa que mascullar quejas incoherentes por el frío que hacía. Se introdujo en su jergón sin necesidad de indicárselo y lo arropé bien con las mantas.

Había terminado de atenderlo cuando Chade y el príncipe entraron en el refugio.

—Me preocupa —les dije a media voz, señalando a Tordo con la barbilla. Procedente del interior del montón de mantas, se empezaba a oír de nuevo un tarareo contenido.

—Es el dragón —afirmó Chade en un tono sombrío.

—Eso creemos —corrigió Dedicado con cansancio. Se sentó al borde de su jergón y se inclinó para sacarse las botas—. No tenemos la certeza. Habilitamos hacia Tordo y sentimos que está ahí, pero nos ignora.

Les comuniqué la noticia que llevaba todo el día pesando sobre mí como una losa.

—No he observado ninguna señal de que me esté recuperando. He perdido la Habilidad.

El príncipe asintió con pesadez, sin sorprenderse.

—Me proyecto hacia ti, pero es como si ya no estuvieras. Es una sensación muy rara. —Levantó los ojos para encontrarse con los míos—. Esto me sirve para darme cuenta de que siempre habías estado ahí. Una presencia minúscula en algún rincón remoto de mi cabeza. ¿Tú lo sabías?

—Lo sospechaba —admití—. Chade y yo hablamos de ello. Me dijo que de niño teníais sueños incomprensibles, sueños donde aparecían un lobo y un hombre.

Por un instante, Dedicado pareció alarmarse. Después una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—¿Eras tú? ¿Y Ojos de Noche? —Respiró hondo de repente y apartó la vista de mí—. Fueron de los mejores sueños que he tenido. Algunas noches, años después, intentaba volver a tener aquellos sueños cuando empezaba a dormirme. Nunca tuve el mismo sueño dos veces, aunque a veces tenía uno nuevo. Hum. Ya entonces me estabas enseñando a Habilitar, a proyectarme y

dar contigo. Y Ojos de Noche. ¡Ay, por Eda, Traspié, cómo debes de extrañarlo! En aquellos sueños formabais un único ser. ¿Lo sabías?

Unas lágrimas súbitas me asaltaron. Me di la vuelta y me froté la cara antes de que se descolgasen.

—Lo imaginaba. Ortiga me ve de esa forma aún, como lobo hombre.

—Entonces ¿también a ella la visitabas en sueños?

¿Había notado una traza de celos en la voz del príncipe?

—No a propósito. En ninguno de los dos casos. Nunca imaginé que os estaba enseñando a Habilidad, a ninguno de los dos. A veces me asomaba a los sueños de Ortiga, para ver a Burch y Molly. Porque los quería mucho a los dos y los echaba de menos. Y porque Ortiga era mi hija.

—¿Y yo?

En ese momento concreto agradecí la ausencia de mi Habilidad. No quería que el príncipe supiera qué papel desempeñé en su concepción. Aunque Veraz se sirviera de mi cuerpo para engendrarlo, seguía siendo el hijo de mi rey. No el mío. No era mío en ningún sentido, salvo por el modo en que su mente llamaba a la mía.

—Erais el hijo de Veraz. No os buscaba a propósito, ni era consciente de que compartía mis sueños con vos. No lo supe hasta mucho después.

Cuando miré a Chade me sorprendió que apenas si estuviera siguiendo nuestra conversación. Parecía tener la mirada perdida a lo lejos, sin reparar en lo que tenía ante sí.

—¿Chade? —le pregunté con preocupación—. ¿Te encuentras bien?

Inspiró de pronto, como si lo hubiera despertado.

—Creo que es el dragón lo que tiene fascinado a Tordo. Estaba intentando llamar su atención, pero su música suena con fuerza y tiene todo su ser puesto en ella. Ni el príncipe ni yo podemos ver al dragón con la Habilidad. No obstante, cuando me proyectó hacia Tordo por medio de la magia, llego a sentir algo. Pero es extraño... Es como si viera la sombra de un hombre, pero no al hombre. No puedo decir nada sobre él, aparte de que está ahí. Dedicado asegura que a veces la Maña le permite percibir por encima a Yama de Hielo, aunque enseguida desaparece como un aroma dispersado por el viento.

Me quedé quieto un momento y desplegué la Maña. Instantes después

regresé con ellos.

—Está ahí un momento. Y al siguiente desaparece. No sabría decir si lo hace a propósito, tal vez para eludir la Maña, o si, como ha sugerido Telaraña, se encuentra al borde de la muerte.

Miré a Dedicado, pero tenía la cabeza ocupada en otra cosa muy distinta. Me pregunté si habría oído algo de lo que Chade y yo estábamos diciendo.

—Esta noche intentaré Habilitar hacia Ortiga —anunció de improviso—. Hemos perdido el vínculo que nos comunicaba con Torre del Alce y Ortiga es la única oportunidad de recuperarlo. También creo que si alguien puede poner fin al embeleso de Tordo con el dragón, si eso es lo que lo tiene tan hechizado, es ella. Y si no es por el dragón, quizá Ortiga siga siendo la única capaz de llegar a él.

Me quedé aturdido. No quería que Dedicado intentase algo así. Quería hacerlo yo.

—¿Creéis que podréis comunicaros con ella?

—Quizá. Me resultaría mucho más fácil si la conociera de verdad. —El énfasis con el que formuló el último comentario me dejó claro que yo tenía la culpa de que no fuese así. Creo que la reticencia que advirtió en mi pregunta lo ofendió. Me tragué su indignación y dejé que prosiguiera—. Nuestras mentes solo se han rozado una vez, y fue a través de ti. Llegar hasta ella sin ayuda será complicado.

La ansiedad me corroía. Sabía que no debía preguntárselo, pero lo hice.

—Si lo conseguís, ¿qué le diréis?

Me miró con gesto lúgubre antes de responder:

—La verdad. Sé que suena descabellado, pero creo que al menos un Vatídico debería intentarlo.

Sabía que estaba intentando provocarme. Después de un día muy complicado para él, de pronto mi príncipe empezaba a comportarse como un quinceañero quejumbroso, empeñado en encontrar a alguien a quien culpar. De nuevo opté por ignorarlo.

—La verdad es algo muy grande. ¿Qué parte de la verdad pensáis contarle? —le pregunté, procurando sonreír mientras esperaba su respuesta.

—Por ahora, solo las partes que me atañen a mí. Que soy el príncipe

Dedicado y la necesito desesperadamente para hacerle llegar noticias a mi madre, y para que ella me comunique sus consejos. Quiero que mi madre sepa lo de Sydel y sus padres. Para que sea precavida con ellos y para que rescate a Sydel, lo admito. Y si escucha ese mensaje y lo acepta, le diré que temo por Tordo, porque un dragón le está robando la poca mente que tiene. Después le pediré que lo aleje de la criatura, si logra llegar hasta él. —Suspiró de pronto—. Supongo que tendré suerte si me da la oportunidad de contarle todo esto. — Volvió a mirarme con tristeza.

Creo que fue en ese instante cuando más eché en falta la Habilidad. No quería que Dedicado hablase con mi hija sin que yo los oyera ni los sintiera. Me preocupaba lo que pudiera revelarles de forma involuntaria. Podría influir en la opinión que Ortiga tenía de mí antes de que yo tuviera ocasión de permitir que me conociera por sí misma. A continuación habló como si me hubiese leído la mente.

—Tendrás que confiar en mí, ¿no te parece?

Tomé aire.

—Confío en vos —le aseguré, esforzándome por no convertir la afirmación en una mentira.

—Yo estaré con el muchacho —me dijo Chade, que se carcajeó al ver mi gesto de asombro—. No, no digas que confías en mí. Creo que no lo soportaría.

—Pero tengo que confiar en ti —señalé, a lo que el consejero asintió—. ¿Qué opináis de lo que ha sucedido hoy? —les pregunté a los dos—. ¿Creéis que los hombres de la Hetgurd se volverán contra nosotros y nos atacarán si desenterramos al dragón vivo e intentamos decapitarlo?

—Sí —afirmó Dedicado—. Sin ninguna duda. Creo que el hecho de que el Hombre Negro no les haya dado su bendición ha terminado de inflamar sus miedos supersticiosos.

—Me temo que tenéis razón —convino Chade—. Me he fijado en que ahora, cuando nos retirábamos, le han dejado otra ofrenda en las afueras del campamento.

Lo miré negando con la cabeza.

—Sé lo que estás pensando. Aunque pudiera hacerlo, no me parece sensato. Si esta ofrenda sí fuese aceptada, ¿no deducirían que por fin el Hombre Negro

aprueba su presencia, porque se han manifestado en contra de la misión del príncipe? Demasiado tarde para ese tipo de triquiñuelas, Chade.

—Supongo que tienes razón —dijo sin disculparse—. Y si te descubrieran llevándote el obsequio, podrían alzarse en armas sin pensárselo dos veces. No. Mejor esperar. —Suspiró y se frotó los brazos enérgicamente—. Estoy cansado de tanto frío. Soy demasiado viejo para estar tan aterido a todas horas.

El príncipe puso los ojos en blanco sin decir nada.

Cambié de tema.

—Por favor, tened cuidado, los dos, cuando os proyectéis en busca de Tordo. Y, Dedicado, extremad la prudencia al contactar con Ortiga. Estoy seguro de que no me imaginé lo que nos ocurrió a Tordo y a mí aquel día. Alguien estaba empleando la Habilidad para hacer que nos enfrentáramos. Sea quien sea, sigue ahí fuera. Ya encontró en una ocasión la mente de Tordo. Cuando Habilidadéis hacia él, podríais revelar vuestra presencia. Y si os siguiera, Dedicado, podría dar con Ortiga cuando esta noche os proyectéis hacia ella. Podríais, incluso, llamar la atención de la dragona Tintaglia. —De pronto me sentí como un cobarde porque ya no me era posible proteger a ninguno de ellos—. Tened cuidado —insistí.

—Lo tendré —respondió irritado el príncipe, que no le dio a mi aviso la importancia debida. Miré a Chade.

—¿Alguna vez me has visto actuar con imprudencia? —me preguntó mi antiguo mentor.

«Sí, te he visto —estuve a punto de decirle—. Cuando saliste al encuentro de la Habilidad, te abandonaste a ella. Temo que ahora obres del mismo modo y pongas en peligro todo lo que me importa.» Pero me mordí la lengua y me limité a decir que no a su pregunta.

—Se me hace raro saber cuánto trabajo os queda por delante esta noche y no tener modo alguno de ayudaros a realizarlo. Me siento inútil. Si no puedo servirlos en nada más, creo que es momento de que me retire. Estoy agotado. —Roté los hombros—. Debería haber practicado con la pala en Torre del Alce estos últimos meses en lugar de con la espada.

El príncipe se permitió una risita reticente. Chade me preguntó con ademán serio:

—¿Irás a ver al bufón esta noche?

—Sí. —Esperé, en guardia.

—¿Dormirás otra vez en su tienda?

No pregunté cómo sabía que ya había dormido con el bufón. Suprimí toda emoción de mi voz para contestarle:

—Puede. No lo sé. Si nos quedamos conversando hasta tarde o si necesita compañía, quizá.

—A los demás les parece raro, ¿sabes? No, no me frunzas el ceño, no es problema mío. Te conozco lo suficiente para saber con quién te gusta compartir tu lecho. Solo digo que podrían sospechar que opinas lo mismo que el bufón en cuanto a Yama de Hielo: que debemos seguir excavando hasta llegar al dragón y liberarlo en lugar de llevar a cabo el trabajo que la narcheska le encomendó a nuestro príncipe.

Guardé silencio por un momento, sopesando la idea. Al cabo, afirmé con voz queda:

—No puedo impedir que piensen así, Chade.

—¿No piensas evitar al bufón?

Lo miré a los ojos.

—No. Es mi amigo.

Chade replegó los labios por un momento. Con suma cautela, me preguntó:

—¿Existe alguna posibilidad de que lo convenzas para que apoye nuestra postura?

—¿Para que apoye tu postura? —le corregí—. Lo dudo mucho. No es algo que se le haya antojado de la noche a la mañana, Chade. Lleva toda la vida convencido de que es el Profeta Blanco. Una parte de su propósito en la vida consiste en repoblar el mundo de dragones. No creo que pueda convencerlo de que es una mala idea.

—Sois amigos desde hace muchos años. Le da mucha importancia a tu opinión —me recordó Chade con delicadeza.

—Eso es precisamente por lo que nunca se me ocurriría influir en él de esa manera. —Me aparté el pelo de la cara. El sudor acumulado durante la excavación comenzaba a helarme el cuerpo. Sentía un dolor que trascendía lo físico—. Chade. Por lo que respecta a este asunto, tendrás que confiar en mí.

No puedo ser tu instrumento ni puedo prometerte que actuaré de un modo determinado con independencia de lo que saquemos del hielo. En esta ocasión debo serme fiel a mí mismo.

La rabia le pellizcó el rostro, tensado después por un gesto de dolor tan fugaz que apenas si lo distinguí. Volvió la cara para ocultar su expresión en la sombra.

—Entiendo. Creía que el juramento que les hiciste a los Vatídico te importaba más. He sido un necio al pensar que llevábamos muchos años forjando nuestra amistad, tal vez más de los que llevas forjándola con el bufón.

—Ah, Chade. —Me sentí tan agotado de pronto que apenas podía articular palabra—. Para mí eres mucho más que un amigo. Fuiste mi mentor y mi padre, y me protegiste cuando muchos se alzaron contra mí. Nunca dudes que daría mi vida por ti.

—Y además es un Vatídico —interpuso Dedicado de súbito, sobresaltándonos a los dos—. Un Vatídico cuyo voto de lealtad a su familia ya le ha costado muy caro. Por lo tanto, esta vez, como príncipe tuyo, te ordeno lo siguiente, Traspie Hidalgo Vatídico: mantén el voto contigo mismo. Sé tan leal a ti mismo como lo fuiste con Veraz, y con el rey Artimañas primero. Esta es la orden que te da tu rey.

Lo miré, atónito, no solo por la generosidad de la orden, una libertad que a ningún otro rey Vatídico se le habría ocurrido concederme, sino también por su repentino cambio de actitud: de quinceañero enfurruñado a heredero del trono. Frunció el ceño un tanto al ver mi cara de pasmo, sin imaginar ni por asomo lo que acababa de hacer. Al cabo, logré reaccionar.

—Gracias, mi príncipe. Es la mayor recompensa que ningún rey Vatídico me haya concedido jamás.

—No hay de qué. Solo espero no haber cometido la mayor de las imprudencias. Porque los dos debemos recordar que, al margen de la decisión que tomes, debo atenerme a la promesa que le hice a la narcheska. Estoy aquí para cortarle la cabeza al dragón. Y ojalá Elliania halle mucho contento cuando reciba su testa helada. —De pronto recuperó su ademán de muchacho malhumorado. Al mirarlo, volví a recordar lo difícil que todo esto debía de ser para él. Atrás quedaban los besos robados en la isla de Mayle. Dudaba que

hubiese vuelto a hablar a solas con la narcheska desde que salimos de su casa materna. Al ver mi semblante compasivo, meneó la cabeza—. Solo puedo intentar hacer lo correcto y confiar en que esta vez sí haya supuesto bien qué es lo correcto.

—Ya somos dos —gruñó Chade.

—No. Tres —lo contradije.

Se había inclinado hacia el pequeño brasero tras avivar las ascuas y levantar una única lengua de fuego. Cogió un trocito de carbón y lo añadió a la tímida lumbre.

—Soy demasiado viejo para seguir haciendo estas cosas. —De nuevo repitió su lamento favorito.

—No. No lo eres. Serás viejo cuando dejes de hacerlas. Creo que este viaje te ha venido bien. —Me agaché a su lado—. Chade. Por favor, créeme. No se trata de si el bufón o tú movéis mis hilos. Ni es un concurso de voluntades entre vosotros dos para ver a quién quiero más.

—Y entonces ¿qué es?

Me esforcé por darle una respuesta.

—Necesito asegurarme de cuál es la verdad antes de decidir qué postura apoyar. Todos sabemos, desde antes de que saliésemos de Torre del Alce, que tras la petición de la narcheska subyace algo que desconocemos. Quizá más adelante celebres que dudase en lugar de obedecer la voluntad de Elliania a ciegas. Su sirvienta, Henja, guardaba algún tipo de relación con los picazos. Me apuesto lo que quieras a que es así. Tanto Elliania como Peottre y su casa materna están enfrentados con la mayor parte de la Hetgurd por haberle impuesto esta condición al príncipe. ¿Por qué? ¿En qué les beneficia? ¿De qué les sirve llevarse a casa una cabeza putrefacta de dragón?

—A Elliania no parece complacerle tener que exigirme esto —observó Dedicado a media voz—. Se mantiene firme como la piedra en su determinación de que lo haga por ella. Aun así, no parece vivirlo con ganas ni ilusión, sino con temor y renuencia. Como si la idea de la prueba no hubiera sido suya.

—Entonces ¿de quién? ¿De Peottre?

Chade negó con la cabeza despacio.

—No. Peottre tiene los mismos intereses que ella y Elliania le es leal. Creo

que si la narcheska hubiese pedido esto para complacerlo, lo estaría disfrutando más. No. Bien. Traspié ha formulado la pregunta elemental: ¿quién ha concebido esta misión?

Propuse el nombre que más me cuadraba.

—Henja. Ejerce algún tipo de poder sobre ellos. Hemos tenido ocasión de verlo. Y guarda alguna relación con los picazos, quienes no nos tienen en gran estima.

—Los picazos. —Chade sopesó la posibilidad—. Entonces ¿descartas a la Mujer Pálida de la que habla el bufón? —preguntó con entusiasmo.

—No lo sé. ¿Qué hemos visto u oído de ella? Nada, salvo lo que el bufón nos ha contado. Los marginados la consideran una especie de demonio milenario, un ser malévolos aparecido en tiempos pasados al que conviene evitar, aunque no parecen hablar de ella con miedo, como si ahora los acechase de alguna manera. Los dragones de los Seis Ducados la mataron a ella y a Keбал Ganapán, o al menos eso he oído contar muchas veces. Pero los marginados siguen relacionándolos con esta isla. Dicen que extraían la piedra negra para emplearla como lastre en los Navíos Blancos. Y no cabe ninguna duda de que el dragón de piedra a medio construir que encontramos en la orilla hiede a la Forja de la Vela Roja. —Me sobrevino un bostezo súbito.

—Ah, acuéstate —me regañó Chade—. Al menos tú podrás descansar. Al príncipe y a mí nos espera un largo viaje esta noche para intentar convencer a Ortiga de que nos ayude. Admito que tengo curiosidad por saber qué estará ocurriendo estos días en los Seis Ducados. Si los picazos han pasado a la acción allí, puede que estén jugando con dos barajas.

—Tal vez —convino Dedicado con otro bostezo.

De pronto sentí lástima por él. Yo iba a dormir plácidamente. Él aún tenía mucho trabajo por delante. Así y todo, cuando les di las buenas noches y salí de la tienda, me dio la impresión de que para él Ortiga suponía un reto que lo atraía tanto como lo aterraba. Preferí no darle demasiadas vueltas. No servía de nada. Por el momento yo estaba fuera de juego. Tal vez para siempre. Sentí que todo daba vueltas a mi alrededor al considerar esa posibilidad, hasta que me obligué a seguir caminando. ¿Tan terrible sería vivir el resto de mis días sin la Habilidad? ¿No sería más acertado pensar que por fin me había librado de esa magia?

Me paré un momento en la tienda de los soldados. Un cansado Mechalarga montaba guardia en la entrada. Me saludó con la cabeza cuando me agaché y me escurrí entre los hombres de armas, que dormían profundamente, para salir de nuevo instantes después. No me preguntó qué estaba haciendo. Un hombre de Chade. Hombres de Chade, todos ellos, me corregí, al mirar los bultos durmientes. Todos los guardias que habían llegado a la isla con nosotros habían sido elegidos a dedo por él, para asegurarse su discreción y su lealtad. ¿Con qué crueldad podrían llegar a actuar con tal de obedecer sus órdenes?

No había hallado aún la respuesta cuando me detuve junto al refugio del bufón. Escuché durante unos instantes el siseo del viento, que arrastraba ráfagas de cristales de hielo formando una tormenta a la altura de los tobillos. De vez en cuando se levantaba una corriente que me golpeaba la cara con contundencia. Pero solo oía el viento y el murmullo del hielo. Dentro de la tienda del bufón todo estaba en calma, si bien las coloridas figuras que decoraban la cara exterior de la tela fina y prieta brillaban con la vida que les infundía la frágil lumbre del interior.

—¿Puedo pasar? —pregunté en voz baja.

—Un momento —respondió el bufón con la misma debilidad.

Oí el frufú de la tela, casi indistinguible del del viento, y tras una breve espera desató la solapa de la entrada y me invitó a pasar. La escarcha pegajosa entró conmigo. Era inevitable, pero el bufón me miró con fastidio cuando sacudí la ropa para desprenderme de ella. Me saqué del abrigo la túnica doblada de los vetulus.

—Ten. Te la he traído de vuelta.

El bufón se estaba reclinando sobre su jergón, las mantas bien ceñidas ya a su cuerpo. El pequeño hervidor descansaba esperanzado sobre la llama de la vela. Arqueó las cejas y sonrió.

—Pero si te favorece mucho. ¿Seguro que no te gustaría quedártela?

Suspiré. Su afectada superficialidad contrastaba demasiado con todas las preocupaciones que tenía en la cabeza en aquel momento.

—Chade y Dedicado van a intentar comunicarse con Ortiga esta noche. Por medio de la Habilidad. Temen que el dragón le esté robando la mente a Tordo y piensan que Ortiga podría convencer a Tordo para que no se deje embelesar por

Yama de Hielo.

—¿Y has preferido no ayudarlos?

—No puedo. No me queda ni un ápice de Habilidad en la sangre. Si sé lo mal que lo está pasando Tordo es solo por el modo en que tararea. Antes su música siempre atronaba por medio de la magia. ¿Por qué ahora se limita a tararear y mascullar? Es un cambio, y a mí no me gustan los cambios, sobre todo los que no entiendo.

—La vida es cambio —sentenció un bufón plácido—. Y la muerte es un cambio aún mayor. Creo que debemos resignarnos a cambiar una y otra vez, Traspíe.

—Estoy harto de resignarme a todo. Mi vida ha sido una gran resignación.

Solté la túnica sobre su jergón y me senté con pesadez en el otro extremo del lecho, obligándolo a recoger los pies para dejarme sitio. Me saqué los guantes y extendí las manos hacia la pobre lumbré en un intento de calentarme.

—Ah, catalizador, ¿será posible que no veas todos los cambios que has llevado a cabo? Unos por medio de esa resignación y aceptación de las circunstancias y otros gracias a un esfuerzo sobrehumano. Por mucho que detestes los cambios, eres el cambio en persona.

—Ah, por favor. —Crucé los brazos sobre las rodillas recogidas y acomodé la cabeza entre ellos—. No sigas con lo mismo esta noche. Cuéntame cualquier otra cosa. Te lo ruego. Hoy soy incapaz de pensar sobre elecciones y cambios.

—Bien. —Su voz sonó amable—. ¿De qué quieres hablar?

—De lo que sea. Háblame de ti. ¿Cómo llegaste aquí, después de que te dejáramos en la ciudad de Torre del Alce?

—Ya te lo dije. Volando.

Levanté la cabeza de los brazos para lanzarle una mirada agría. Tenía en la cara una sonrisa desafiante. La vieja sonrisa del bufón, la que aseguraba que decía la verdad cuando no había duda de que mentía.

—No. No llegaste volando —opuse con rotundidad.

—Muy bien. Si tú lo dices.

—Kettricken debió de ayudarte a encontrar un barco, pese a la recomendación de Chade. Y llegaste aquí en alguna embarcación con nombre de ave. —Era una suposición disparatada, pues imaginaba que su explicación

demencial contendría una pizca de verdad.

—En realidad, Kettricken me aconsejó que me quedara en Torre del Alce, durante el breve encuentro que mantuvimos. Creo que le apenaba no poder decirme nada más. Fue todo un golpe de suerte encontrarme con Burrich, que llegaba al castillo cuando yo me marchaba. Pero, puesto que he aceptado contarte esta historia, permíteme que empiece por el principio. Retrocedamos hasta el momento en que nos vimos por última vez. Cuando creía que saliste corriendo para buscar ayuda.

Me estremecí, pero el bufón prosiguió sin inmutarse.

—El capitán del puerto llamó a la guardia de la ciudad, la cual quitó de en medio a lord Dorado y su equipaje con gran eficiencia. Como te imaginarás, me mantuvieron detenido hasta que los barcos zarparon. Después me dejaron marchar, deshaciéndose en disculpas y asegurándome que todo había sido un lamentable error. Pero enseguida se corrió la voz de lo sucedido. Cuando lord Dorado regresó a su alojamiento con sus pertenencias, sus acreedores lo estaban esperando allí, convencidos de que había intentado abandonar la ciudad sin pagarles lo que les debía. Y, en efecto, ese era el plan. Con mucho gusto le confiscaron el equipaje, todos los bultos salvo uno, el cual contenía lo básico para su sustento, y que había tenido la precaución de dejar en sus aposentos de Torre del Alce.

El pequeño hervidor de cobre empezó a despedir volutas de vapor. El bufón lo apartó de la débil llama y vertió el agua en una tetera decorada con motivos vistosos. Tuve que sonreír. Señalé la tienda.

—Lo imprescindible.

Arqueó una ceja dorada.

—Para emprender una aventura de forma civilizada, sí. —Puso la tapa sobre la tetera. Tenía forma de rosa—. ¿Por qué habría de intentar salir adelante con menos? Bien. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Lord Dorado, despojado de todas sus pertenencias y de todo su encanto, ya no era lord Dorado, sino un vulgar deudor dado a la fuga. Quienes creían conocerlo mejor que nadie se quedaron perplejos ante la agilidad con que bajó gateando por la fachada del edificio donde se alojaba, para caer de pie grácilmente y escabullirse por los callejones. Desaparecí.

Me hizo esperar. Se frotó un ojo y me sonrió con gesto pensativo. Me mordí

el carrillo hasta que por fin cedió y prosiguió.

—Fui a ver a Kettricken, aunque el cómo dejaré que te lo imagines. Creo que se sorprendió bastante cuando me encontró esperándola en su dormitorio. Como te decía, me insistió para que me quedase en Torre del Alce, en la fortaleza, bajo su protección, hasta que cumplierais con este cometido. Tuve que declinar la oferta, por supuesto. Y... —Titubeó por unos instantes—. Tuve unas palabras con Burrich. Creo que ya lo sabías, o que lo sospechabas. Me sorprendió que me reconociera en el acto, al igual que tú. Me hizo algunas preguntas, no porque necesitase respuestas, sino para que le confirmase lo que ya había averiguado por sí mismo, tras una entrevista previa con Kettricken.

Guardó una pausa tan prolongada que temí que no siguiera. Al cabo, dijo con voz queda:

—Al principio le enfureció tanto lo que le conté que temí que me matase de una paliza. Después, de pronto, empezó a sollozar.

Se interrumpió otra vez. Aguardé sentado, en ascuas. En cierto modo, prefería que no añadiera nada más. Cuando retomó el relato, supe que omitió muchas cosas.

—Desprovisto ya de todo apoyo por parte del castillo, cometí la majadería de regresar a la posada para ver si mis acreedores habían dejado algún andrajo de mis valiosas pertenencias que pudiera servirme en mi huida. La habitación desnuda parecía haber sido arrasada por una plaga de langostas. Pero lo peor estaba aún por suceder. El dueño, que me había visto entrar, se había dejado sobornar por mis acreedores para que los llamara de inmediato si me oía o me veía. Y bien que se ganó su sucio dinero. Porque enseguida apareció una segunda oleada de antiguas y coléricas amistades. Se creían con todo el derecho a sentirse ultrajados, ¡como si hubieran conseguido de forma honrada las sumas que me ganaron en las apuestas! En fin. Volví a huir. Esta vez abandoné la ciudad, más que por miedo a mis acreedores, porque estaba furioso con mis «amigos». Me traicionaste, Traspíe. Aun así, tal vez fuese tu turno de traicionarme, teniendo en cuenta que yo te había fallado a ti de un modo imperdonable.

—¿Qué?

Me asombró que dijera algo así. Pero, cuando nuestras miradas se

encontraron, vi una vergüenza enquistada en sus ojos cada vez más profundos y recordé aquella vez en las Montañas en que mis enemigos lo utilizaron contra mí.

—Nunca te lo he recriminado. No eras tú, bufón. Era otro.

—Y quizá cuando tú me traicionaste fue más por influencia de Chade que por deseo tuyo, pero el daño es el mismo, a fin de cuentas. Me enfurecía, me aterraba y me desolaba pensar que acaso hubiera llegado tan lejos solo para que me derrotase aquel en quien más confiaba. Hui de Torre del Alce a pie, eludiendo a mis perseguidores, pero consciente de que no podría seguir así mucho tiempo, y preguntándome qué haría a continuación. ¿Cómo podía ser, me pregunté, que el catalizador hubiera cambiado las circunstancias hasta el punto de derrotar por completo al Profeta Blanco? Poco a poco llegué a la conclusión de que algo así no era posible, de que todo funcionaba conforme a un patrón mucho más complejo de lo que yo imaginaba. Me determiné a entregarme a él, sin sospechar lo que me encontraría.

Había apoyado la mejilla sobre los brazos para poder mirarlo mientras me contaba la historia. Suspiré y me relajé con el cuerpo recogido. El bufón sacó un brazo de debajo de las mantas, vertió unos escasos dedos de té en una taza y un cuenco y me hizo una señal para que cogiera el recipiente que prefiriese. Obviamente la tetera estaba concebida para una sola persona, que viajase sola, por lo que me conmovió que, aun así, compartiera la infusión conmigo. Levanté el cuenco y tomé un sorbo. Sabía a flores, un trago de verano en medio de este yermo gobernado por un invierno interminable. El calor de la bebida se disipaba rápidamente, calentándome las manos apenas según se fugaba por medio de la loza. El bufón envolvió la taza entre sus dedos largos y gráciles mientras tomaba su parte.

—Continúa —lo insté cuando dejó que el silencio se prolongara. Sabía que era un truco de cuentacuentos, pero no me quejé de su dramatismo.

—Bien. La segunda oleada de acreedores había hecho caso de lo que le contó la primera. Enseguida salieron detrás de mí. Hui, aprisa, pero el atuendo de lord Dorado era tal vez demasiado ostentoso para pasar desapercibido entre la multitud y, además, debía cargar con el macuto. ¿Te acuerdas de la colina contigua a Torre del Alce, donde están levantadas las Piedras Testigo?

—Claro que sí. —Estaba intrigado. Era el último lugar adonde yo habría huido. Las piedras negras y desnudas se encuentran erigidas sobre una ladera estéril, como han estado siempre, impasibles a los elementos. Para los habitantes de los Seis Ducados siempre ha sido un lugar de rezo. Las parejas acuden allí para prometerse. Se dice que si dos hombres se baten en duelo en ese lugar, los dioses se encargarán de que se haga justicia. El justo vencerá, aunque en otro sitio resultara imposible. Se respira una solemnidad inusitada en aquella colina, limpia de arbustos y enredaderas. Si alguna criatura llegase allí huyendo de sus perseguidores no encontraría ningún tipo de escondite donde cobijarse—. Pero ¿para qué subiste allí?

Encogió un hombro estrecho con elocuencia.

—Sabía que no podría llegar lejos. Si me atrapaban y me llevaban de nuevo a Torre del Alce, sin duda mis acreedores no solo me quitarían mis cosas, sino que me obligarían a realizar trabajos forzados para saldar mis deudas. Tanto yo como la misión que debo cumplir en la vida estaríamos acabados. Por lo tanto, decidí confiar en el destino y poner en práctica una teoría que elaboré hacía tiempo. Las Piedras Testigo en realidad son portales, Traspíe, igual que los pilares de la Habilidad que tú ya has usado cuando te ha urgido desaparecer de algún lugar en el acto. Salvo, claro está, porque hace mucho tiempo alguien o algo borró las runas del lado de las Piedras Testigo. Tal vez sean tan antiguas que las inscripciones terminaron por erosionarse de forma natural; quizá algún Portador de la Habilidad decidiera inutilizarlas en el pasado. En cualquier caso, de las runas que indicaban adónde conducen ya solo quedan unas marcas ilegibles. Según corría hacia ellas, cargado con el pesado macuto a la espalda, me acordé de la aventura que viviste en la Playa del Tesoro con el príncipe Dedicado. Sabía que cabía la posibilidad de que eligiera la cara equivocada de la piedra, con lo que podría terminar en medio de un mar helado.

Erguí la espalda, invadido poco a poco por un horror gélido.

—¡Bufón, puede ocurrir algo mucho peor que eso! ¿Y si la piedra de destino se encontrara caída boca abajo y fueses proyectado en medio de la tierra? ¿Y si eligieras un lugar donde la piedra estuviese reducida a añicos o...?

—Todas esas posibilidades se me pasaron por la cabeza mientras corría. Por suerte, no tenía tiempo para elegir, ni para preguntarme si me quedaría la

suficiente Habilidad en los dedos para hacer funcionar la piedra. La toqué, primero con las yemas de los dedos, sabiendo tan solo que debía, debía, debía pasar por el portal.

Guardó una pausa. Me incliné expectante hacia él, con el corazón en un puño. Para mí siempre había sido muy complicado atravesar los portales de la Habilidad. No sabíamos nada sobre ellos, excepto que algunos monolitos tallados en piedra de la memoria y marcados con inscripciones rúnicas servían como puentes que llevaban a lugares lejanos. Yo solo los había utilizado media decena de veces en toda mi vida, y siempre con inquietud y recelo. Algunos de los Portadores de la Habilidad inexpertos de Regio terminaron perdiendo la cordura cuando los obligaron a atravesar estos portales. Cuando pasé por uno con el príncipe, Dedicado dejó de recordar con claridad el tiempo que estuvimos en la Playa del Tesoro, y los dos acabamos exhaustos.

El bufón me sonrió con dulzura.

—No te pongas así. Ya ves que sobreviví.

—¿A qué precio? —pregunté, consciente de que tendría un coste.

—Agotamiento. Aparecí en algún lugar, no tengo ni idea de dónde. Nunca antes había estado allí. Era una ciudad en ruinas, donde imperaba un silencio sepulcral. Cerca de allí pasaba un río. Es cuanto te puedo decir. Dormí, no sé cuánto tiempo. Cuando desperté, despuntaba el alba. Vi el pilar de la Habilidad erigido sobre mí. Este estaba limpio de líquenes y musgo, y todas sus runas se conservaban intactas, como si las hubieran tallado ayer. Las estudié durante un buen rato, asustado y temeroso, pero consciente aun así de que eran mi única esperanza. Por último me quedé con solo dos opciones, confiando en que alguna de ellas me llevara a donde deseaba. Y entonces volví a entrar en el pilar.

—No. —Solté un gruñido.

—Justo lo que experimenté. Salí sintiéndome como si me hubieran dado una paliza de muerte. Pero había llegado al lugar correcto.

Me obligó a formular la pregunta, deleitándose.

—¿Adónde?

—¿Recuerdas la plaza devastada, aquella especie de mercado antiguo tomado por la maleza? Me encaramé a una columna de piedra y, por un momento, durante un sueño, me puse la Corona del Gallo. Tú me viste. Seguro que lo

recuerdas.

Asentí despacio.

—Llegamos a ella de camino al Jardín de Piedra. Donde dormían los dragones de piedra, antes de que los despertásemos y los enviásemos a arrasar los barcos de la Vela Roja. Donde siguen durmiendo ahora, Veraz el Dragón entre ellos.

—Exacto. De nuevo tomé la senda del bosque y allí lo encontré. Pero no era a él a quien buscaba. Vi a la Chica del Dragón, dormida, con los brazos en torno al cuello de su cabalgadura, tal como me la describiste. La desperté y le expliqué que debía viajar a esta isla y, una vez más, monté tras ella, que me trajo volando hasta aquí. Después se marchó. De modo que ya lo ves, viejo amigo, no te mentía. He llegado volando.

Di un respingo, perfectamente despierto de pronto. Un centenar de preguntas se me agolparon en la cabeza, pero solo le hice la más importante:

—¿Cómo la despertaste? Se necesita emplear la Maña, la Habilidad y cierta cantidad de sangre para despertar a un dragón de piedra. ¡Demasiado bien lo sé!

—Así es. Se necesita todo eso. La Habilidad la llevaba en las yemas de los dedos, y la sangre no me costó conseguirla. —Se frotó la muñeca, tal vez recordando un antiguo corte—. Ni portaba entonces la Maña ni la porto ahora. Aunque quizá recuerdes que cometí la imprudencia de poner un poco de mí en la Chica del Dragón, cuando estaba a punto de terminar la talla y despertarla.

—También yo —me reproché.

—Sí. Lo sé —dijo a media voz—. Todavía lo lleva dentro de ella. Pusiste los recuerdos que no soportabas recordar y las emociones que no te permitías sentir. Le diste a tu madre cuando te abandonó y el hecho de no haber conocido a tu padre. Le entregaste el tormento que Regio te hizo vivir en las mazmorras. Depositaste en ella, sobre todo, el dolor de haber perdido a Molly y a tu hija, para entregárselas, precisamente, a Burch. Vomitaste en ella tu rabia y tu pena, y la sensación de haber sido traicionado. —Soltó un suspiro breve—. Todo sigue dentro de ella. Todas las cosas que no tolerabas sentir.

—Dejé atrás todo aquello hace mucho tiempo —dije despacio.

—Cercenaste una parte de tu ser y seguiste adelante, con el alma menguada.

—Yo no lo veo así. —Mi respuesta sonó rígida.

—Tú no puedes verlo así —me informó en un tono sereno—. Porque en realidad no recuerdas el sufrimiento que padeciste con aquellas experiencias. Porque se las cediste todas a la Chica del Dragón.

—¿Podemos dejar este tema? —le pregunté, casi asustado, casi colérico, pero sin saber muy bien qué podría darme miedo o enfurecerme.

—Debemos hacerlo. Porque tú ya lo dejaste, hace muchos años. Y solo yo sabré el verdadero alcance del dolor que todo aquello te provocó. Solo yo lo recuerdo todo acerca de quién y qué eras antes de que te desprendieses de ello. Porque estamos unidos el uno al otro, no solo por la Habilidad y el destino, sino también porque los dos seguimos vivos, dentro de la Chica del Dragón. Porque sabía lo que dejaste dentro de ella pude hablarle y despertarla. Pude hacerle entender mi propósito desesperado. Y así me trajo a Aslevjal.

»Fue un viaje insólito, demencial a la vez que maravilloso. Ya sabes que había montado en ella con anterioridad. Cabalgaba sobre sus lomos cuando ella y los demás dragones atacaron no solo a los barcos de la Vela Roja que asaltaron los Seis Ducados, sino también a los Navíos Blancos, los despiadados instrumentos de la Mujer Pálida. Fue muy extraño para mí verme inmerso en una batalla propiamente dicha. No me gustó.

—A nadie le gusta —le aseguré. Volví a apoyar la frente sobre las rodillas y cerré los ojos.

—Supongo que no. Pero este último vuelo con ella ha sido distinto. No había muertes que contemplar, ni otros dragones que volaran junto a nosotros. Solo estábamos ella y yo. Me senté detrás de ella y puse los brazos en torno a su cintura esbelta. Forma una unidad con el dragón, ¿lo sabías?, no es una escultura aparte. Es como una extremidad más, solo que con forma de muchacha. Esta vez tampoco me dijo nada, pero, por extraño que parezca, me sonreía y de vez en cuando se volvía para mirarme a la cara o para señalar algo que quería que viese.

»Voló incansable. Desde el instante en que monté en ella y la enérgica sacudida de sus alas dragontinas nos elevó sobre el toldo de ramas hasta el momento en que aterrizamos en la playa de arena negra de Aslevjal, no se tomó ni un respiro. Y yo tampoco. Al principio surcamos los cerúleos cielos estivales de las tierras que se extienden más allá del Reino de las Montañas. Después

ganamos altura, hasta que se me aceleró el corazón y empecé a marearme, sobre las cumbres nevadas y los transitados desfiladeros de las Montañas, para aparecer a continuación bajo un nuevo cielo de verano. Sobrevolamos las aldeas del Reino de las Montañas. Estos pueblos descansan entre los pliegues y las faldas de los montes, y sus rebaños pacen dispersos por las praderas escarpadas del mismo modo que las flores blancas de los manzanos se esparcen por los huertos con los ventarrones de la primavera.

Lo vi, en mi imaginación, y esboqué una sonrisa cuando describió el momento en que pasaron de madrugada sobre un caserío de los Seis Ducados, y cuando me habló del muchacho que al levantar la vista los vio y corrió aullando hacia su cabaña. Y así prosiguió, hablándome de los ríos que semejaban vetas argénteas que atravesaran la tierra y de los campos cultivados, que le recordaban a una labor de retazos contemplada desde arriba, y del mar, rugoso como un papel rociado de plata. En mi imaginación, volé con él.

Debí de quedarme dormido, arrullado por su inaudito relato. Cuando desperté, la noche estaba muy avanzada. Un silencio absoluto regía en el campamento, y en el brasero ya solo quedaba una llama que temblaba en la mecha empapada en aceite. Yo estaba acurrucado bajo una de las mantas del bufón, caído de lado sobre su lecho. Él dormía, aovillado como un gato, con la frente casi pegada a la mía, al otro lado del jergón. Su respiración era honda y cadenciosa, y tenía una de sus largas manos palma arriba sobre las mantas que nos separaban, como si se ofreciera o me suplicase algo. Adormitado, estiré el brazo y puse mi mano sobre la suya. No pareció despertarse. Por alguna extraña razón, me sentí en paz. Cerré los ojos y me entregué a un profundo descanso sin sueños.

Bajo el hielo

Los marginados siempre se han dedicado al saqueo. También en los años previos a la Guerra de las Velas Rojas se produjeron varias incursiones, como había ocurrido siempre. Las embarcaciones capitaneadas por el kaempira de un clan ejecutaban rápidos asaltos en solitario y hacían acopio de cabezas de ganado, cosechas recolectadas y, en ocasiones, cautivos. Osorno, que sufría el grueso de estos enfrentamientos, los sobrellevaba con la misma paciencia que exhibía Torote ante las disputas fronterizas que la enfrentaban a Chalaça. El duque de Osorno parecía aceptar con resignación los problemas que le habían tocado en suerte.

Pero las reglas del juego cambiaron con la aparición de las naves de casco rojo de Kebal Ganapán. De repente los barcos aparecían en grupos, y parecían más interesados en violar y arrasarse que en proveerse de víveres lo antes posible. Incendiaban o destruían todo cuanto no podían llevarse con ellos, sacrificando establos y corrales enteros, prendiendo fuego a los cultivos y a los almacenes de grano. Ejecutaban incluso a quienes en realidad ni siquiera ofrecían resistencia. Envolvía estos saqueos un aura de malevolencia sin precedente hasta entonces, un placer malsano no solo por el robo, sino también por la destrucción y la devastación.

Nada sabíamos por aquel entonces de la Mujer Pálida y la influencia sobre Ganapán que esta ejercía.

CERICA EL ESCRIBANO,

Historia de la Guerra de las Velas Rojas

Por la mañana, cuando llegamos al borde de nuestro pozo, refunfuñando, Acertijo y yo nos pusimos manos a la obra y comenzamos a levantar y retirar la nieve con la que el viento había cubierto la mitad de lo que con tanto esfuerzo excavamos el día anterior. Si bien en esta ocasión la nieve era menos pesada y compacta, la labor no estaba exenta de frustración. Era como enfrentarse a una montaña de plumas; la mitad de lo que levantábamos caía flotando libremente hasta regresar al fondo del hoyo. Nos dio casi el mediodía antes de despejarlo todo hasta donde lo habíamos dejado la noche previa, momento en el que agarramos los picos para empezar a romper el hielo, desmenuzarlo y sacarlo otra vez con las palas.

Al principio me dolía todo; después, nada; por último, comenzaron a dolerme partes del cuerpo que hasta entonces nunca me habían dolido. Aquella

noche me sumí en un letargo exhausto, más hondo que cualquier sueño o pesar. Se levantó el viento de nuevo. Todas las noches soplaban el viento. Todas las mañanas reanudábamos nuestra labor despejando la nieve acumulada durante la noche anterior. Poco a poco, sin embargo, infatigables, nuestros esfuerzos ensanchaban el pozo. Labramos una rampa en un extremo cuando no pudimos seguir extrayendo el hielo a paletadas. Después de aquello, lo cargábamos en uno de los trineos para que entre dos hombres tiraran de él y lo vaciasen fuera del pozo. Lo tedioso de la faena era indescriptible. Y seguíamos sin vislumbrar dragón alguno en el fondo. Para colmo de males, la percepción de la Maña que tenía de él, lejos de aumentar, no dejaba de disminuir.

La cuadrilla de excavadores se incrementó después del primer día. La primera adición fue el príncipe Dedicado, que no dudó en remangarse y empuñar el pico. La participación de Chade se limitaba a las labores de supervisión. Me recordaba al felino de Civil, que, emperchado en el borde del pozo, nos observaba con inmenso desinterés.

Cuando la narcheska entró en el pozo, Dedicado interrumpió su trabajo para advertirle que podrían lastimarla las esquirlas de hielo que estaba lanzando por los aires con cada golpe de pico. Por toda respuesta ella esbozó una sonrisita enigmática, entre apesadumbrada y coqueta, y le recomendó que tuviera cuidado con los trozos de hielo que pudieran salir volando por la acción de su propio pico. Dicho lo cual se puso manos a la obra junto a él, manejando el apero con la eficiencia propia de quien se había criado en el campo.

—Cuando preparábamos los sembrados, en primavera —comentó Peottre—, siempre nos ayudaba a sacar las rocas del suelo. —Al volverme hacia él vi que la observaba con una mezcla de orgullo y desazón—. Venga, pásame esa pala un momento y recupera el aliento.

Entendí lo que se proponía y le dejé la herramienta. Después de aquello la narcheska y Peottre trabajaron con nosotros hombro con hombro, con el segundo asegurándose de no perder de vista en ningún momento a su protegida. A esta, por su parte, solo parecía interesarle no perder de vista en ningún momento al príncipe. Hacía días que Elliania no le mostraba a Dedicado algo tan parecido a una muestra de afecto, y el príncipe la recibió con renovado entusiasmo. Conversaban entre susurros, a rachas sin aliento, entre golpes de

pico, y cuando se tomaban un descanso siempre lo hacían juntos. Peotter lo observaba en todo momento, ora con desaprobación, ora con esperanza. Creo que, pese a sus reservas iniciales, había terminado cogiéndole cariño al príncipe.

El destacamento de Mañosos, por su parte, había decidido respaldar la idea de liberar al dragón, por lo que no opuso ninguna objeción a la hora de arrimar el hombro en las excavaciones. Cuando el bufón sumó su nervuda musculatura a las labores de desmenuzar y retirar el hielo, los representantes de la Hetgurd, reticentes aún, se acercaron a observar. Al tercer día ya estaban ayudando a sacar los trineos cargados de nieve. Sospecho que la curiosidad que sentían por ver al dragón atrapado en el hielo constituía la mayor de sus motivaciones.

Corría la quinta jornada cuando Chade envió a Acertijo y al joven Hest a echar un vistazo a los suministros que se habían quedado en la playa. Peotter, que albergaba no pocas reservas sobre lo conveniente de esta decisión, les aconsejó varias veces que siguieran las banderas con las que habíamos señalado nuestra ruta y no se apartaran de ella. Su expresión era grave y aprensiva cuando partieron. Se llevaron uno de los trineos, pues debían regresar con víveres además de con las palas y los picos de sobra que habíamos traído, ahora que la cuadrilla de trabajo se había ampliado. Chade les pidió además que recogieran toda la lona, con la esperanza de improvisar un cortavientos o cubierta para la excavación con la que cortarle el paso a la nieve barrida por el viento que todas las noches se burlaba de nuestros esfuerzos. Sospechaba que también tenían instrucciones de recuperar el resto de los barriletes de pólvora. Por las noches, cuando lo pensaba, no quería saber nada de esa estrategia; pero durante el día, mientras porfiaba con el hielo endurecido por el paso del tiempo, en ocasiones me asaltaba el deseo de averiguar qué resultados daría.

Seguimos cavando. Si me tomaba un respiro y contemplaba las paredes del pozo, veía las capas en el hielo que señalaban el paso de los inviernos. Todos los años se había depositado aquí nieve nueva, y todos los años había caído otro manto nevado sobre el anterior. Se me ocurrió que era como si estuviéramos perforando un túnel a través del tiempo, y a veces, al contemplar esas capas, me preguntaba cuándo habría caído en forma de nieve el hielo sobre el que me encontraba. ¿Cuánto tiempo llevaba Yama de Hielo aquí abajo y cómo había llegado hasta allí? Cavábamos y cavábamos, cada vez a mayor profundidad, y

seguíamos sin ver ni una escama de dragón. De vez en cuando Chade y Dedicado se reunían con el destacamento de Mañosos. Estos siempre les aseguraban al príncipe y a su consejero que todavía, de vez en cuando, sentían la agitación del ser del dragón. Yo estaba de acuerdo con ellos. Esas consultas, no obstante, también me hacían darme cuenta de que mi poder de la Maña era considerablemente más fuerte que el de Dedicado. Si bien no era tan perspicaz como Telaraña, sospechaba que debía de estar al menos a la par con Vencejo. Cizaña probablemente era un poquito más fuerte que Dedicado y Civil más que el juglar, pero no tan sagaz como yo. Resultaba extraño percibir que la Maña podía ser un talento fuerte o débil según la persona. Siempre me había parecido un sentido que la gente poseía o no. Ahora entendía que era más bien como la aptitud para la música o la jardinería. Se podía desarrollar en mayor o menor medida, igual que la Habilidad.

Quizá fuese la portentosa Habilidad de Tordo lo que lo mantenía tan firmemente unido al dragón. El hombrecillo, que parecía haberse convertido en un completo idiota, no dejaba de tararear con la mirada perdida en el vacío. En ocasiones hacía una pausa y ejecutaba delicados movimientos con las manos. Ni la melodía que canturreaba ni sus gestos me aportaban la menor información. En cierta ocasión, mientras descansaba tras un turno completo en las excavaciones, me senté a su lado. Titubeante, le apoyé una mano en el hombro e intenté encontrar mi Habilidad. Esperaba que el feroz fuego de la Habilidad que siempre ardía en su interior reavivara mi talento. Pero lo único que ocurrió fue que, transcurridos unos instantes, Tordo encogió el hombro para sacudirse mi mano de encima, como se estremecería un caballo para ahuyentar a una mosca de su pelaje. Lo que más me preocupaba era que incluso su interés por la comida había menguado. Además de Galeno, mi primer instructor de la Habilidad, también Veraz me había advertido del peligro que entrañaba dejarse absorber por ella. Era el primer escollo que todos los iniciados debían sortear, y para muchos había sido letal. Los manuscritos sobre la enseñanza de esta disciplina estaban trufados de historias, tan tristes como numerosas, protagonizadas por prometedores alumnos a los que la corriente de la Habilidad arrastraba como una riada, aspirantes que perdían el contacto con nuestro mundo mientras disfrutaban de la incomparable ilusión que les proporcionaba la magia. Tarde o

temprano estas personas se quedaban tan embelesadas que se olvidaban de comer y beber, de hablar con sus compañeros, y al final dejaban de preocuparse por completo de sí mismos. Uno de esos relatos advertía que semejante usuario de la Habilidad acabaría convirtiéndose en «un gigantesco bebé babeante», y Tordo parecía tambalearse al borde de ese precipicio. Siempre me había imaginado que el peligro estribaba en la fascinación por la Habilidad propiamente dicha, pues a menudo yo mismo había sentido esa atracción. Pero si Chade y Dedicado andaban en lo cierto, lo que seducía a Tordo no era la Habilidad, sino el influjo de otra mente, más poderosa. En varias ocasiones me esforcé, sin éxito, por entablar conversación con él, intentos que solo dieron como fruto un puñado de respuestas escuetas hasta que al final, irritado, exclamó:

—¡Déjame en paz! ¡Es de mala educación molestar a alguien cuando está ocupado! —Dicho lo cual, continuó meciéndose con la mirada perdida.

La Habilidad continuaba inerte en mi interior.

Lo más frustrante de todo era que Dedicado hubiera establecido contacto con Ortiga. Por dos veces ya había tocado su mente, intentando persuadirla de quién era y qué necesitaba. En la primera ocasión ella había levantado sus defensas de golpe para repelerlo, alegando no estar de humor para tonterías y preguntándole qué hacía un príncipe tratando de comunicarse con ella en un sueño. La segunda vez se mostró más receptiva, creo que porque Dedicado había despertado su curiosidad. Llegó incluso a probar, con escasa fortuna, a sacar a Tordo de su ensimismamiento, aunque sospecho que lo hizo más movida por la preocupación que por complacer al príncipe. Dedicado la acompañó en esa misión, pero la imaginería onírica de Ortiga lo desconcertaba. Más tarde, por toda explicación, solo acertaría a decir que Tordo parecía haberse retirado a un lugar donde su cantinela formaba parte fundamental de una obra musical mucho más compleja, una composición de la que nada conseguía apartarlo. La analogía era frustrante. En cuanto a lo de transmitir los mensajes del príncipe a la reina, Ortiga prometió mencionarle sus «extraños sueños» a Kettricken si el azar le concedía un momento a solas con su majestad, pero que no tenía la menor intención de arriesgarse a quedar en ridículo ante las damas de la corte. Ya le había pasado no pocas veces, con su falta de nobles modales, y no

le apetecía confirmarles que era el hazmerreír por el que todas la tomaban.

Aquello me dolió. Si hubiera consentido desde el principio que conociera su historia y visitase la corte se habría criado rodeada de damas y caballeros, no tendría que avergonzarse de sus modales rurales. Me pregunté si Kettricken estaría educándola ahora, si estaría ocupándose de que estudiara y aprendiese a comportarse para desempeñar el papel de segunda heredera al trono que le correspondía. Anhelaba ser capaz de hablar con Ortega, averiguar cuántos detalles sobre su linaje le habían desvelado y explicarle por qué había tenido que criarse como lo había hecho. Pero la ausencia de Habilidad me amordazaba, y solo podía rogar todas las noches para que el príncipe fuese circunspecto en sus conversaciones con ella.

Un día tras otro, seguíamos cavando. Nos deslomábamos trabajando, aburridos de lo limitado de nuestra dieta. Las noches eran frías y desapacibles a causa del viento, y aguardábamos ansiosos el regreso de los hombres que habían ido a buscar las lonas. Pero no volvían. Chade les concedió una jornada de gracia, primero, después dos. Los representantes de la Hetgurd afirmaban haber atisbado al Hombre Negro merodeando por el campamento al amparo de la oscuridad, pero nadie recogía sus ofrendas, y la nieve borraba cualquier huella que pudiera haber dejado el intruso. En el transcurso de una de nuestras conversaciones nocturnas el bufón dijo que, tras haberle parecido sentir varias veces la presencia del Hombre Negro, sospechaba que alguien nos estaba observando. También yo había experimentado la desagradable sensación de estar siendo espiado, pero no encontraba ningún rastro que confirmara esa corazonada. Intuía que la compartía con Telaraña, quien en dos ocasiones había apartado a Riesgo de sus exploraciones en la orilla para pedirle que sobrevolase el campamento. Según me contó, el ave no había visto nada fuera de lo común; tan solo hielo, nieve y un puñado de protuberancias rocosas.

Los breves momentos que no pasábamos cavando, comiendo o durmiendo, Telaraña siempre encontraba tiempo para trabajar en mi Maña. Decía, sin asomo de crueldad, que el hecho de que esos instantes no tuviese compañero era en realidad algo positivo, puesto que me permitía concentrarme aún más en la magia sin limitarla a ninguna criatura en particular. Añadió que, al parecer, también los estudios de Vencejo se beneficiaban de la falta de trabas, de lo que

inferí que las clases del muchacho se habían reanudado, al igual que las mías. Cuando estábamos juntos, Telaraña volcaba toda su atención en abrirme los ojos al modo en que la Maña conectaba entre sí a los seres vivos en su conjunto, no solo a los que poseían la Vieja Sangre, sino a todos. Me mostró cómo podía extender su Maña y rodear a Tordo con ella para volverse más receptivo a sus necesidades y sus sentimientos, sin que Tordo se percatara de nada. Dominar esa disciplina no era tarea sencilla, pues conllevaba el sometimiento de mis necesidades e intereses al servicio de los suyos.

—Fíjate en una madre con su bebé, cualquier madre, ya sea bestia o humana, y verás esto en acción, ejecutado de la manera más simple e instintiva. Si se pone todo el empeño, esa misma percepción puede extenderse a otros. El esfuerzo merece la pena, pues el nivel de comprensión de los demás que nos proporciona hace que resulte prácticamente imposible odiar a nadie. Rara vez podrán detestarse dos personas si media el entendimiento entre ambas.

Aunque dudaba que semejante nivel de comprensión estuviera a mi alcance, eso no me impidió intentar alcanzarlo. Una noche, mientras cenaba en la tienda de Chade y Dedicado, probé a extender la Maña hasta incluir a Chade. Me olvidé del hambre que sentía, de mi espalda dolorida y de la preocupación por mi Habilidad perdida, y me concentré en el anciano. Lo vi con tanta claridad como si de una presa se tratara. Analicé el modo en que estaba sentado, con el espinazo rígido, como si se sintiera demasiado agarrotado incluso para encorvarse; reparé en que se había dejado los guantes puestos mientras hundía la cuchara en el engrudo blanquecino que componía nuestro menú. Su rostro era una acumulación de contrastes: rojas la nariz y las mejillas frente a su ceño blanqueado por el frío. De improviso, como si aquella fuese la primera vez que veía su sombra, atisé una soledad que se extendía a su espalda, remontándose hasta su infancia. En aquel instante fui plenamente consciente tanto del peso de sus años como de la arbitrariedad de su suerte, la cual, a su avanzada edad, había decidido enviarlo a acampar a un glaciar junto al muchacho al que iba a convertir en monarca.

—¿Qué pasa? —me preguntó de repente, sobresaltándome. Comprendí que me había quedado mirándolo fijamente, sin parpadear.

Tras apresurarme a buscar una respuesta plausible, improvisé:

—Nada, es solo que estaba pensando en todos estos años, en todas las ocasiones que habremos estado sentados el uno frente al otro, y me preguntaba si alguna vez habré sabido verte realmente.

Tras abrir los ojos de par en par, como si semejante idea lo atemorizara, frunció el ceño y dijo:

—Y yo aquí, esperando que lo que te rondaba la cabeza fuese algo útil. En fin, esto es en lo que yo estaba pensando. Acertijo y Hest todavía no han vuelto con los suministros. Deberían haber regresado ya. Hoy le he preguntado a Telaraña si no podría pedirle a su ave que los buscara. Respondió que sería complicado hacerle entender que esperaba noticias de dos personas en concreto, como si yo te encargase a ti informar sobre la actividad de dos gaviotas en particular. Al final le pidió que buscara a dos hombres con un trineo; al parecer, no los ha visto. —Chade sacudió la cabeza—. Me temo lo peor. Deberíamos mandar a alguien, no solo para buscar a Hest y Acertijo, sino para recoger también las provisiones que necesitamos. Mechalarga me contó anoche que nos quedan víveres para cuatro días más; cinco, si volvemos a reducir las raciones. —Se frotó las manos enguantadas, sin disimular el desaliento que lo embargaba—. Nunca me imaginé que desenterrar al dragón pudiera llevarnos tanto tiempo. Todos los informes de los que disponíamos sugerían que se encontraba cerca de la superficie; visible, incluso, hace unos años. Pero lo único que hacemos es cavar y cavar, sin encontrar nada.

—Está ahí —le aseguró el príncipe—. Cada día que pasa nos acercamos un poco más.

—Y si yo diera un pasito hacia el sur todos los días —resopló Chade—, estaría cada vez más cerca de Torre del Alce, pero nadie sabría decirme cuánto tardaría en llegar. —Se levantó con un gruñido. El suelo helado, aun con varias capas de mantas debajo, era un asiento visiblemente incómodo. Recorrió los atestados confines de la tienda de un lado a otro, despacio, estirando con prudencia las piernas y la espalda—. Mañana, Traspíe, irás a ver qué ha pasado con Hest y Acertijo. Te acompañarán Tordo y el bufón.

—¿Tordo y el bufón? ¿Por qué?

Para él la explicación era lógica.

—¿De quién si no podría prescindir durante las excavaciones? Cabe la

posibilidad de que Tordo vuelva en sí al alejarse del dragón. Si se diera esa feliz circunstancia, que Tundo y Chirrido se queden con él en la playa, con las provisiones. Desde allí podrá Habilitar con nosotros para comunicarnos cualquier novedad que se produzca.

—Pero ¿y el bufón?

—Y el bufón porque hacen falta dos personas para tirar del trineo cuando está cargado, y no creo que Tordo vaya a servirte de mucho en ese sentido. Sospecho que tendréis que poner a Tordo en el trineo para conseguir que se mueva de aquí. Y, puesto que tú eres una de las pocas personas que se entiende con él, siquiera un poquito, tendrás que ser uno de los integrantes de la expedición. Traspie, ya sé que preferirías rechazar este encargo, pero ¿a quién voy a enviar si no?

Ladeé la cabeza hacia él.

—Entonces ¿lo que intentas decirme es que quieres alejarnos de la excavación al bufón y a mí justo antes de descubrir al dragón?

—Si te enviara sin el bufón —suspiró—, me preguntaría que por qué intento separaros. Si enviara al bufón sin ti, estoy seguro de que dirías lo mismo. Podría pedirle a Telaraña que se fuese con Tordo y otro cualquiera, supongo, pero él no entiende la Habilidad de Tordo. Y si a Hest y Acertijo les ha ocurrido alguna desgracia, en fin, te considero a ti más capaz de enfrentarte a cualquier amenaza que... —Levantó las manos de repente, dándose por vencido, y dijo—: Haz lo que te parezca, Traspie. Es lo que harás de todos modos, y el bufón solo os acompañará si tú se lo pides. Carezco de autoridad para enviarlo a ninguna parte. Así que tú decides.

Me sentí ligeramente avergonzado. Quizá hubiera estado buscando motivos ocultos que en realidad no existían.

—Iré. Y le pediré al bufón que me acompañe. La verdad, me vendrá bien un cambio de aires después de tanto cavar. Haz una lista con las cosas que quieres que traiga. —Para mis adentros, decidí reunir toda la madera de deriva que encontrase en la playa y transportarla de regreso al campamento, por mucho sobrepeso que añadiera al trineo. Chade agradecería una fogata en condiciones, decidí, aunque solo durase una noche.

—En tal caso —me aconsejó Chade—, prepárate para partir al alba.

El bufón recibió la idea de abandonar la excavación con mucho menos entusiasmo que yo.

—Pero ¿y si llegan al dragón en nuestra ausencia? ¿Y si no estoy aquí para defenderlo?

—Los guardianes de la Hetgurd y el destacamento de Mañosos se oponen a matarlo tanto como tú. ¿No crees que sabrán arreglárselas?

Nos habíamos acostado juntos, espalda contra espalda para compartir el calor de nuestros cuerpos, tal como hiciéramos en las Montañas tantos años atrás. Aunque a mí en realidad me reportaba más bien poco, la verdad sea dicha, puesto que el cuerpo del bufón siempre había estado frío al tacto. Era, pensé, lo más parecido a dormir con un lagarto bajo las mantas. Aunque el calor que desprendía era escaso, no obstante, la solidez de su espinazo contra el mío me reafirmaba en nuestra camaradería de un modo que no había vuelto a experimentar desde la muerte de Ojos de Noche. La seguridad que proporciona saber que un amigo te guarda las espaldas, aunque esté durmiendo a pierna suelta, es una sensación incomparable.

—No sé yo. Estoy demasiado cerca del punto en el que se interrumpían todas mis visiones. —Hizo una pausa, como si esperase alguna pregunta por mi parte, pero no era ese un tema en el que me apeteciera profundizar—. ¿Crees que es aconsejable que nos marchemos ahora? —preguntó tímidamente, al cabo.

Las protestas de mis músculos doloridos me arrancaron un gruñido cuando me revolví en la cama.

—No le he dado muchas vueltas, la verdad. Chade lleva tanto tiempo diciéndome lo que tengo que hacer que me limité a aceptar el hecho de que deberíamos irnos. Aunque sí que me gustaría averiguar qué les ha pasado a Hest y Acertijo. Y también ver si Tordo se recupera con más tierra de por medio entre la influencia del dragón y él. Y... —Otro movimiento; otro gruñido—. Tampoco me importaría dedicar unos cuantos días a hacer algo más aparte de cavar.

Se quedó callado. También yo, mientras pensaba a qué se podría deber su silencio. Me pregunté a qué se debía que estuviera costándole tanto tomar una decisión. De repente, se me escapó la risa.

—Ay, claro. Se me olvidaba. Que soy el catalizador, el que cambia las cosas.

Y esto supondría un cambio importante con respecto a lo que tú crees que deberías hacer. De modo que no aciertas a decidir si oponerte o no.

El silencio se prolongó durante tanto tiempo que temí que se hubiera quedado dormido. La jornada había sido la más calurosa de todas hasta la fecha, lo que no había hecho sino dificultar más aún nuestra labor. Mientras aguzaba el oído, recé para que el frío de la noche encostrara la superficie del glaciar y evitase que el viento barriera la nieve hacia el interior de la excavación. Me disponía a sucumbir al cansancio a mi vez cuando dijo:

—A veces, cuando expresas mis temores en voz alta, me asustas. Partiremos mañana. Pero nos llevamos la tienda para guarecernos, ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto —atiné a musitar justo antes de que me venciera el sueño.

De modo que, a la mañana siguiente, emprendimos la marcha. Mechalarga nos abasteció de provisiones para tres días, en los cuales, nos dijo, debería darnos tiempo de sobra a llegar a la playa. Desmontamos la elegante tienda del bufón y la cargamos en el trineo mientras escuchábamos las instrucciones de última hora que nos dio Mechalarga. Si llegábamos a la playa sin tropezarnos con los demás, deberíamos alertar a la guardia allí estacionada de que habíamos avistado al Hombre Negro. Si descubríamos pruebas de que los otros habían estado en apuros, deberíamos retornar al campamento para informar sin perder ni un instante. Si nos encontrábamos con el resto por el camino, nos limitaríamos a dar media vuelta y regresar con ellos. El ave de Telaraña nos echaría un vistazo de vez en cuando. Asentí con la cabeza mientras cargaba en el trineo la tienda y las mantas para tres del bufón. Como habíamos previsto, también tuvimos que montar a Tordo en el trineo. No hubo manera de convencerlo para que caminase. No es que opusiera resistencia; sencillamente no cooperaba. Daba un par de pasos y enseguida volvía a quedarse absorto en sus cavilaciones. Dedicado y Chade acudieron a despedirnos. El primero ajustó el gorro de Tordo para taparle bien las orejas. Sé que estaba esforzándose desesperadamente por sacar a Tordo de su mutismo valiéndose de la Habilidad. Aunque no podía sentirlo, vi la intensidad que se reflejaba en las facciones del príncipe. Muy despacio, Tordo volvió la cabeza para observarlo.

—Estoy bien —dijo, con voz pastosa, antes de dejar vagar la mirada

nuevamente a lo lejos.

—Cuida de él, Tom —me encargó el príncipe, huraño.

—Así lo haré, mi señor. Procuraremos que el viaje sea breve. —Dicho lo cual, con Tordo sentado y arrebujado como un fardo encima del enorme trineo, empuñé las correas y empecé a tirar.

Los patines, generosamente encerados, se deslizaban con facilidad por la nieve. Casi con demasiada facilidad, se diría, puesto que ahora nos desplazábamos pendiente abajo en vez de cuesta arriba. Me vi obligado a parar y reajustar la carga para evitar que el trineo me pasara por encima. El bufón, oculto tras la mochila que sobresalía muy por encima de sus hombros, se adelantó tanteando la nieve para comprobar la firmeza del terreno, aunque seguíamos la hilera de estacas que había plantado Peottre para marcarnos el camino.

Hacía calor aquel día, y la nieve se acumulaba como un pesado lastre en mis botas. Los patines del trineo comenzaron a estancarse en cuanto se redujo el desnivel. Los surcos impresos sobre las marcas antiguas eran más hondos que estas, y con los patines hundiéndose en la nieve, esta empezó a cubrirlos. Pero el día era apacible y tirar de Tordo encima del trineo seguía siendo menos agotador que sacar el hielo del pozo a paladas. La pintoresca espada que me había dado el bufón me palmeaba la pierna a cada zancada que daba, pues Mechalarga había insistido en que al menos yo debería ir armado. Estábamos cubriendo la distancia mucho más deprisa que la vez anterior, pues las estacas de Peottre señalaban con claridad el camino, y en todo momento se mantenía siquiera una leve inclinación descendente. El canturreo de Tordo, el chirrido de los patines y el crujido de nuestros pasos contra el reblandecido manto de nieve no eran los únicos sonidos que nos envolvían. El glaciar se había despertado con el calor. Oímos un desgajamiento de hielo a lo lejos, un estruendo que reverberó durante unos instantes. Lo siguieron varios desgarros e impactos de menor intensidad, pero siempre distantes.

El bufón empezó a silbar, y me levantó tremendamente el ánimo ver que Tordo enderezaba la espalda y prestaba atención a la melodía. Seguía canturreando para sí, por lo bajo, pero comencé a hacerle observaciones sobre el escenario, aun uniformemente blanco como era, y de vez en cuando conseguía

arrancarle alguna respuesta. Si bien aquello me producía un entusiasmo irracional, también me dio que pensar. La Habilidad no era una magia en la que influyera la distancia, pese a lo cual Tordo parecía estar recuperando cada vez más de su percepción del mundo exterior conforme nos alejábamos del dragón enterrado. Eso me planteaba interrogantes para los que no tenía respuesta, y eché de menos poder consultar la opinión de Chade y Dedicado al respecto.

En varias ocasiones intenté proyectarme con la Habilidad, siempre en vano. Alguien a quien le faltasen las piernas intentando saltar habría tenido más éxito. La magia sencillamente se había esfumado. Sentía un puño helado en la boca del estómago cuando me detenía a pensar en ello, de modo que aparté de mí aquellos pensamientos. Ahora, de todas formas, no podía hacer nada al respecto.

El ciclo diario de frío y calor, combinado con el viento que soplaba por las noches, había alisado los contornos de nuestro rastro anterior. En vano intenté más de una vez divisar las huellas de Hest y Acertijo, dilucidar si su trineo habría pasado también por allí, mas siempre sin éxito. Disfrutábamos de una vista inmejorable de los páramos nevados que se extendían a nuestros pies. En ellos no se movía nada, y menos algo del tamaño de un trineo y dos personas. Cabía la posibilidad de que se hubieran entretenido en la playa, me dije, o de que algún percance hubiese demorado su regreso. Procuré no relacionar su desaparición con el robo de mi Habilidad y los avistamientos del Hombre Negro. Los hechos de los que disponía eran demasiado escasos para que condujeran a nada. Intenté, en su lugar, disfrutar del aire fresco. En un momento dado oí el grito lejano de un ave marina y, al levantar la mirada, vi una gaviota que describía un amplio círculo sobre nuestras cabezas. Saludé a Riesgo con la mano, preguntándome si mi gesto llegaría hasta Telaraña.

Pasamos por nuestro antiguo campamento cuando aún disponíamos de luz diurna y energías de sobra para continuar, de modo que eso fue lo que hicimos. Por la noche plantamos la tienda en el camino, detrás del trineo. Tordo todavía seguía canturreando para sí periódicamente, pero también mostró interés, primero, y desilusión, después, por la sencilla cena que preparé. Las reducidas dimensiones de la tienda estaban más atestadas al tener que acogernos ahora a los tres, pero también se caldearon antes. El bufón se dedicó a narrar sencillos cuentos infantiles hasta que todos estuvimos más que listos para irnos a dormir.

Con cada nueva historia, Tordo canturreaba un poco menos y formulaba más preguntas. En cualquier otra ocasión, tantas interrupciones me habrían molestado. Dadas las circunstancias, me embargaban de alivio.

—¿Quieres darles las buenas noches a Chade y Dedicado por mí? —le pregunté a Tordo mientras se arropaba con las mantas.

—Hazlo tú mismo —refunfuñó.

—Es que no puedo. Comí algo en mal estado y ahora no los encuentro dentro de mi cabeza.

Se acodó en el suelo y me observó fijamente.

—Ah. Sí. Ya me acuerdo. Te has ido. Qué pena. —Tras un momento de silencio, añadió—: Que buenas noches, dicen, y gracias por el aviso. Y que a lo mejor debería quedarme en la playa, pero que ya lo decidirán más adelante. —Exhaló un hondo suspiro de satisfacción y volvió a recogerse entre las mantas.

Ahora fui yo el que se incorporó.

—Tordo. Has dejado de toser. Y de respirar con dificultad.

—Pues sí. —Se dio la vuelta, apañándose las manos para darme una patada en el proceso. Estaba a punto de quejarme cuando añadió—: «Ponte bien», me dijo. «No seas tonto, ponte bien, no seas pesado.» Así que eso he hecho.

—¿Quién te lo dijo? —pregunté, mortificado por el sentimiento de culpa. ¿Por qué no se nos había ocurrido probar a curar a Tordo ni a Chade, ni a Dedicado ni a mí? Ahora me parecía algo evidente. Me avergonzaba no haberlo intentado.

—Buf —suspiró Tordo, pensativo—. Su nombre es una historia demasiado larga de contar. Tengo sueño. No me hables tanto.

Y se acabó. Se sumió en un sueño profundo. Me pregunté si Yama de Hielo tendría otro nombre, un nombre de dragón.

Me desperté una vez en plena noche, creyendo haber oído unos pasos furtivos fuera de la tienda. Me arrastré hasta la lona de la entrada y, a regañadientes, salí al frío cortante. No vi nada ni a nadie, ni siquiera tras describir una ronda completa en torno a la tienda.

Por la mañana exploré el perímetro del campamento, trazando un círculo más amplio a su alrededor, mientras el bufón intentaba calentar agua para prepararnos el té. Regresé para compartir la noticia con ellos.

—Anoche tuvimos visita —dije, esforzándome por restarles importancia a mis palabras—. Rodeó el campamento describiendo un gran círculo y se quedó un rato tendido en la nieve, en esa dirección. Después se alejó, por allí, desandando sus pasos. ¿Creéis que debería ir a ver adónde ha ido?

—¿Para qué? —preguntó Tordo, al tiempo que el bufón replicaba, pensativo:

—Me parece que a lord Chade y al príncipe Dedicado les podría interesar esa información.

—Opino lo mismo. —Miré a Tordo, que exhaló un suspiro fatigado y se replegó en su interior.

Transcurridos unos instantes, declaró:

—Que vayamos a la playa, dicen. Dedicado cree recordar que se dejó allí una bolsa llena de dulces de arce. Que nos demos prisa en llegar y volvamos con todas las cosas, y que les digamos a los guardias que encontremos que regresen con nosotros. Que no vayamos ahora a donde conducen las huellas.

—Pues habrá que hacerles caso. —Qué no habría dado por ser capaz de conocer la opinión de Chade sin necesidad de intermediarios.

Recogimos la tienda y la cargamos en el trineo, al que Tordo se encaramó sin pensarlo dos veces. Tras reflexionar al respecto, concluí que aquella era la manera más sencilla de viajar con él. Costaba menos remolcarlo que caminar a su paso de tortuga. Al igual que la jornada anterior, el bufón se adelantó para tantear el terreno mientras yo tiraba del trineo. El tiempo era agradable; un viento cálido barría la cara nevada del mundo. Según mis previsiones, si manteníamos el ritmo llegaríamos a la playa al atardecer del día siguiente.

—Que dice Ortiga que te echa de menos —declaró de improviso Tordo—. Me ha preguntado si la odias.

—Si la... ¿Cuándo? ¿Cuándo te ha dicho eso?

—Anoche. —Tordo agitó la mano en un gesto impreciso—. Dijo que te marchaste sin más y que no volviste a dar señales de vida.

—Pero eso es por los alimentos en mal estado que ingerí. No podía llegar hasta ella.

—Ya. —Tordo desestimó mis explicaciones sin concederles mayor importancia—. Le he dicho que ya no puedes hablar con ella. Le alegró oírlo.

—¿Se alegró?

—Pensaba que te habías muerto. O algo. Ahora tiene una amiga, otra chica. ¿Pararemos pronto a comer?

—Hasta esta noche, nada. Disponemos de poca comida, así que habrá que racionarla. Tordo, ¿te...?

El bufón interrumpió mis palabras con un grito de contrariedad. La vara con la que estaba sondeando del terreno acababa de hundirse a gran profundidad en la nieve. La extrajo, se desplazó dos pasos a la izquierda y volvió a clavarla en el suelo, donde se quedó enterrada de nuevo.

—Quédate aquí sentado —le pedí a Tordo. Saqué otra pértiga del trineo y avancé hasta situarme junto al bufón—. ¿Nieve blanda? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Es como si solo hubiera una capa de corteza, y después nada. Si no hubiera empuñado con fuerza la vara, la habría perdido.

—Andémonos con mil ojos. —Le agarré una manga—. ¡Tordo, quédate en el trineo! —le recordé.

—¡Tengo hambre!

—La bolsa con los víveres está justo a tu espalda. Quédate sentado y come algo.

Me pareció la forma más sencilla de mantenerlo ocupado. Tirando del bufón para que se moviera conmigo, dimos tres pasos a la derecha. Esta vez fui yo el que clavó la vara en el suelo. Sentí lo que él acababa de contarme. Tras encontrar la oposición inicial de la corteza de nieve, la vara se hundió de golpe en la nada.

—Las estacas de Peottre atraviesan directamente por aquí —señaló el bufón.

—No sería difícil moverlas de sitio —repliqué.

—Pero quien quisiera recolocarlas tendría que haber pasado justo por encima.

—La corteza será más sólida por la noche. A lo mejor. —No lograba decidir si nos enfrentábamos al peligro natural del glaciar o si habíamos seguido la fila de estacas hasta una trampa—. Volvamos al trineo —sugerí.

—Me parece una idea estupenda —convino el bufón.

Así las cosas, mientras lo alejaba del abismo oculto, la corteza se abrió bajo

nuestros pies. Nos hundimos, yo hasta las rodillas, el bufón hasta las caderas, entre sendos alaridos de pánico. Luego, allí atascados, me reí a carcajadas del susto que nos habíamos llevado. No era más que un punto blando en la nieve.

—Dame la mano —le pedí mientras se debatía, intentando regresar a lo alto de la corteza. Aceptó la mano que le tendía y entonces, cuando empezaba a estirarse hacia mí, rompimos el segundo manto que nos sostenía y nos precipitamos al vacío.

Atisé fugazmente el terror cincelado en las facciones de Tordo. A continuación, su grito de consternación quedó ahogado por la avalancha de nieve y hielo que caía a nuestro alrededor y sobre nosotros. Me aferré a la mano del bufón mientras hacía aspavientos en busca de cualquier ápice de solidez que pudiera haber a mi alcance. No hallé ninguno. Todo era blancura, humedad y frío mientras nos deslizábamos por un interminable tobogán de nieve suelta y pedazos de hielo.

La nieve parece suave y liviana cuando cae en un día de sol. Pero cuando espesa el aire hasta transformarlo en una papilla, no te deja ni respirar. Pesada e implacable, se colaba en mi ropa como una sabandija envidiosa de mi calor. Con esfuerzo, levanté la mano libre e intenté protegerme la cara con el codo, sin éxito. Seguíamos cayendo, resbalando despacio, y en alguna parte de mi mente supe que había más nieve precipitándose detrás de nosotros. No solté la mano del bufón en ningún momento, sin embargo, a sabiendas de que con la que tenía libre no se estaba escudando la cara, sino aferrándose como si le fuera la vida en ello a la hombrera de mi abrigo. No había aire que respirar.

De improviso, como si acabáramos de atravesar el cuello de un embudo, comenzamos a caer y deslizarnos más deprisa, con más margen a nuestro alrededor. Pedaleé, agitando las piernas como si estuviera nadando, y sentí que el bufón pataleaba del mismo modo a mi lado. Resbalamos un poco más hasta detenernos inmersos en húmedas tinieblas heladas. Realicé un último esfuerzo, aterrado, como exige nuestro cuerpo al sentir que las garras de la muerte se cierran sobre ellos y, de alguna manera, contra todo pronóstico, me liberé de la nieve. Aspiré una bocanada entrecortada de aire casi limpio por completo y gateé en su dirección, arrastrando conmigo al bufón. Este se dejó remolcar sin ofrecer resistencia, y temí que ya se hubiera asfixiado.

Todo era oscuridad, frío y lluvia de nieve y hielo. Estaba enterrado hasta las caderas, tirando del bufón a mi espalda, cuando la nieve me soltó de repente. Escapé vadeándola, sintiendo cómo descendía hasta cubrirme solo las rodillas, antes de zafarme por completo de ella, tambaleándome. Oí que el bufón se llenaba los pulmones con un jadeo sibilante. También yo tomé aliento de nuevo, y otra vez más. El aire que inspirábamos estaba erizado de diminutos cristales de hielo en suspensión, pero, así y todo, volvía a ser respirable. Nos encontrábamos a oscuras.

Me sacudí la nieve del pelo y la retiré a puñados del cuello de mi atuendo. Había perdido el gorro y una bota. En medio de la negrura que nos envolvía, solo se oían el indescriptible rechinar de la nieve al sedimentarse y nuestros jadeos entrecortados.

—¿Dónde estamos? —pregunté, sin aliento, y mi diminuta voz humana sonó como el gritito amortiguado de un ratón enterrado en un barril repleto de trigo.

—Aquí abajo —tosió el bufón. Ya nos habíamos soltado las manos, pero nuestros cuerpos seguían aún en contacto. Sentí que hacía algo, agachado a mis pies, justo antes de que una claridad débil, verdosa, se encendiera en sus dedos. Parpadeé varias veces seguidas, sin ver nada más que el resplandor, al principio, antes de distinguir la cajita que sostenía en sus manos—. Esto no durará mucho —me advirtió, espectrales sus facciones a la luz mortecina—. Un día, a lo sumo. Es magia de los vetulus, de la más cara y excepcional. No he dilapidado toda mi fortuna en los juegos de azar y el coñac. Aún conservo una buena porción aquí mismo, en mi mano.

—Demos gracias a los dioses por ello —dije, de corazón.

Por un brevísimo instante, me pregunté si sería esa la plegaria sincera a la que Telaraña se había referido en cierta ocasión. Aun tan tenue como era, aquella claridad me producía un alivio inconmensurable. Alcanzaba apenas para iluminarnos el rostro mientras nos mirábamos. El bufón todavía conservaba el gorro en la cabeza. Su mochila colgaba de una correa, desgarrada la otra. Me sorprendió que no la hubiera perdido. Tanto el cinto de mi espada como el arma habían desaparecido. Mientras lo observaba, afianzó los cierres de su mochila. En silencio, dedicamos un momento a sacudirnos la nieve de la ropa antes de

levantar la vista para escudriñar nuestro entorno.

No se podía ver nada. La luz era demasiado débil para revelar más que nuestras figuras y el tobogán de nieve por el que habíamos descendido. Nos encontrábamos en una gruta o cueva de hielo subterránea, pero la lámpara de los vetulus era incapaz de llegar hasta sus paredes. Sobre nuestras cabezas no se discernía el menor atisbo de luz. Concluí que la avalancha de nieve que habíamos provocado debía de haber vuelto a sellar la grieta por la que habíamos caído.

—¡Tordo! —exclamé de improviso—. Ay, Eda, que tenga la sensatez de Habilitar con Chade y Dedicado para informarles de lo que ha pasado. Espero que no se mueva del trineo. Pero ¿qué será de él cuando arrecie el frío esta noche? ¡Tordo! —Bramé su nombre de repente, sin dejar de pensar en el hombrecillo que se había quedado solo, desvalido, varado en un mundo de hielo.

—¡Chisss! —me reprendió con aspereza el bufón—. Como te oiga, bajaré del trineo y se acercará a la grieta. Silencio. Corre menos peligro que nosotros, y mucho me temo que deberá afrontarlo solo. Ya utilizará la Habilidad, Traspíe. Tal vez diste de ser un genio, pero su mente funciona, así y todo, y va a disponer de tiempo de sobra para calcular su próximo paso.

—Es posible —reconocí, con el corazón en un puño.

No se me ocurría una ocasión más inconveniente que esta para verme despojado de la Habilidad. De pronto, al instante siguiente, la ausencia de Ojos de Noche volvió a encogerme el estómago. Extrañaba sus instintos y su espíritu de superviviente. Sentí una opresión en el pecho. Me había quedado solo.

«Y compadeciéndote de ti mismo otra vez.» Aquel pensamiento reverberó en mi cabeza con todo el sarcasmo que el auténtico Ojos de Noche habría sabido imprimirle. «Levántate y haz algo. La vida del bufón depende de ti, y la de Tordo posiblemente también.»

Respiré hondo y escudriñé las alturas. La oscilante luz verde de la cajita no me desveló nada, pero eso no significaba que no hubiera nada que ver. Si aquella era la única salida, deberíamos arriesgarnos a provocar otro desprendimiento de nieve intentando abrirnos paso a través. Si había otra vía para salir de allí, tendríamos que encontrarla. Quedándome allí plantado, gimoteando como un

lobezno perdido, no conseguiría nada. Extendí una mano y ayudé al bufón a ponerse de pie.

—Ven. No hay forma de subir por ahí. Veamos dónde estamos. El movimiento nos hará entrar en calor.

—De acuerdo. —La confianza que denotaban sus palabras casi me partió el corazón.

Habría estado bien disponer de una de nuestras pértigas para la nieve, pero a saber dónde estarían enterradas ahora. El bufón sostuvo en alto la cajita luminosa y avanzamos a tientas.

No encontramos nada. Si nos quedábamos inmóviles y conteníamos el aliento podíamos oír el goteo del agua y la respiración, ronca y lenta, del hielo que nos rodeaba. El suelo era áspero bajo nuestros pies. No se distinguía ningún techo sobre nuestras cabezas. Nos envolvía una noche sin estrellas, y nuestro único contacto con el mundo era el firme que pisábamos y la proximidad de nuestras respectivas personas. Ni siquiera nos percatamos de la intensa negrura del muro que se alzaba ante nosotros hasta que tropezamos con él. Nos limitamos a tocarlo durante unos instantes, sin decir nada. En medio de aquel silencio me percaté de que el bufón tenía la respiración entrecortada y estaba tiritando.

—¿Por qué no me has avisado de lo aterido que estabas? —le pregunté.

Sorbió por la nariz y soltó una risita, sin fuerzas.

—¿Y tú no? Ignoraba que hablando de ello pudiéramos ponerle remedio. —Tras inspirar otra bocanada de aire, sin que dejaran de castañetearle los dientes, inquirió—: ¿Eso qué es, hielo o roca?

—Levanta la luz. —Así lo hizo. Eché un vistazo más de cerca—. Sigo sin tenerlo claro. En cualquier caso, es impenetrable. Sigámoslo.

—Podría llevarnos al punto de partida.

—Podría, y nos tendremos que aguantar si lo hace. Si describimos un círculo completo y regresamos aquí, al menos sabremos con certeza que no hay ninguna salida. Aquí. Un momento. —Apoyé una mano en la pared, a la altura del hombro, y busqué el cuchillo que llevaba en el cinto. No estaba. Evidentemente. El bufón me prestó el suyo y lo utilicé para raspar una marca en la pared. El mismo gesto me parecía una futilidad—. ¿Izquierda o derecha? —le pregunté.

Había perdido toda noción de cuál era el norte y cuál era el sur.

—Izquierda —dijo, agitando una mano en esa dirección con gesto impreciso.

—Espera —refunfuñé mientras me desabrochaba la capa. Intentó zafarse cuando se la eché por los hombros.

—¡No querrás morirte de frío! —protestó.

—Ya estoy muerto de frío. Pero mi cuerpo siempre ha sabido conservar el calor mejor que el tuyo. Ninguno de los dos habremos conseguido nada si te quedas helado. No te preocupes. Te pediré que me la devuelvas si la necesito, pero por ahora déjate la puesta.

Solo al ver la celeridad con la que claudicó me di cuenta de lo aterido que estaba. Dejó la mochila en el suelo y me entregó la luz de los vetulus mientras se abrochaba la capa, embozándose en ella entre escalofríos. Levanté la caja y concluí que la luz verdosa no era lo único que le confería un color extraño al bufón. Esbozó una tímida sonrisa.

—Aún conserva el calor de tu cuerpo. Gracias, Traspie.

—Gracias a ti. Es la que me diste cuando representaba el papel de asistente tuyo. Venga. Pongámonos en marcha. —Recogí la mochila del suelo antes que él—. ¿Qué más hay aquí dentro?

—Nada de utilidad, me temo. Tan solo unos cuantos efectos personales que preferiría no perder nunca. Hay una petaca de coñac en el fondo. Y unos pocos pasteles de miel. Los compré en caso de emergencia, o por si había que persuadir a Tordo. —Se le escapó una carcajada estrangulada—. «Emergencia.» No contaba con esto. De todas formas, creo que deberíamos reservarlos el mayor tiempo posible.

—Seguramente. En marcha.

Se quedó abrazado a sí mismo, sin hacer el menor ademán de recuperar la cajita, de modo que sostuve la luz en alto y encabecé la comitiva para seguir la pared que se extendía junto a nosotros. El modo en que caminaba me indicó que se le estaban entumeciendo los pies, pero, cuando la desesperación amenazaba con devorarme, el lobo que habitaba dentro de mí la desestimó sin concederle la menor importancia. Seguíamos con vida y nos estábamos moviendo. Había esperanza.

Nos obligamos a continuar. Sin descanso. El tiempo se redujo a la mera acción de dar un paso tras otro en la oscuridad. De vez en cuando cerraba los ojos para concederles un respiro de aquella claridad antinatural, pero ni siquiera entonces dejaba de verla. En uno de esos momentos, el bufón preguntó, tiritando:

—¿Qué es eso?

Abrí los ojos.

—¿Qué es qué? —repliqué. Me empañaba la vista un enjambre de residuales destellos azules. Parpadeé. No se desvanecieron.

—Eso. Parece una luz, ¿no? Cierra la caja, a ver si sigue estando ahí o se trata de un simple reflejo.

No me resultó nada fácil complacer sus deseos. El frío me agarrotaba los dedos, y el pie cuya bota había perdido era un alfiletero helado al final de mi pierna. Una vez cerrada la cajita, sin embargo, vislumbramos una arista de luz azul que continuaba haciéndonos señas, de contorno irregular y bordes difusos. Entorné los ojos en un intento por discernir su auténtico aspecto.

—Qué curioso, ¿verdad? Acerquémonos.

—¿Y alejarnos de la pared? —pregunté, presa de una extraña aprensión—. Quién sabe a qué distancia está eso.

—La luz tiene que provenir de algún sitio —observó el bufón.

Respiré hondo.

—De acuerdo.

Encaminamos nuestros pasos en su dirección, pero no parecía aumentar de tamaño. El suelo se tornó irregular, obligándonos a arrastrar los pies congelados para acortar la distancia recorrida. De improviso, en cuestión de unos pocos pasos, la perspectiva que teníamos de nuestro objetivo se modificó. Un muro a nuestra izquierda se había encargado de bloquearnos la vista hasta aquel momento, impidiéndonos distinguir nada más que un reflejo en su superficie glacial. Al dejar atrás esa proyección, la luminiscencia azul se ensanchó hasta convertirse en un pasadizo de hielo albiceleste. Apretamos el paso con renovada esperanza. Tras doblar un recodo de aquella cámara oscura, de golpe y porrazo, se desplegó ante nosotros un panorama resplandeciente. Cuanto más nos aproximábamos, mejor podían distinguir mis ojos lo que veían. La iluminación

se intensificó cuando redirigimos nuestros pasos hacia ella y, tras atravesar un estrangulamiento del pasadizo, salimos a un mundo de hielo bañado de luz.

Era como si el rayo careciera de fuente, como si para encontrarnos tuviese que sortear infinidad de ventanas, espejos y prismas. Nos adentramos en un desconcertante laberinto de grietas y simas que discurrían entre muros delicadamente luminiscentes. El camino se estrechaba y ensanchaba por turnos. Bajo nuestros pies, el firme nunca era regular. A veces daba la impresión de que estuviéramos paseando por una violenta fractura que se hubiese producido ayer en el hielo, y a veces era como si el agua, al derretirse, hubiera esculpido pacientemente la sinuosa senda que seguíamos. Siempre que llegábamos a una bifurcación intentábamos elegir la vía más ancha, aunque esta en no pocas ocasiones se angostara nada más internarnos en ella. A fin de no preocupar al bufón, me abstuve de expresar mi temor en voz alta: que estábamos siguiendo un entramado de grietas aleatorias en el interior del glaciar. No había ninguna razón para esperar que cualquiera de ellas desembocase en alguna parte.

Los primeros indicios de que alguien hubiese pasado por allí antes eran sutiles. Creí estar engañándome a mí mismo para no perder la esperanza; primero me pareció ver algo de arena esparcida por el suelo allí donde el pasadizo se tornaba más resbaladizo. Después, que alguien había desbastado los cantos de algunas paredes. Por último, mi olfato detectó el rastro de excrementos humanos recientes. En el mismo instante en que estuve seguro de qué era lo que percibía, el bufón anunció:

—Ahí delante parece que alguien hubiera cortado unos escalones.

Asentí con la cabeza. Era indudable que habíamos comenzado a ascender por una serie de amplios peldaños de escasa altura tallados en el firme de hielo. Una decena de pasos más tarde pasamos frente a una cámara excavada en la pared de nuestra derecha. Alguien había ensanchado una fisura natural hasta transformarla en un depósito de inmundicias, un lugar en el que congregar los desperdicios y las bacinadas. Así como una tumba para cadáveres ignominiosos. Distinguí un pie descalzo, obscenamente pálido y sarmentoso, que sobresalía entre la escoria. Lo arrojaba otro cuerpo, despatarrado boca abajo, cubierto de harapos entre los que despuntaban las guías de su costillar. El frío era lo único que ayudaba a soportar el hedor. Me detuve y, bajando la voz, le pregunté al

bufón:

—¿Crees que deberíamos continuar?

—No hay otro camino —dijo, tartamudeando a causa del frío—. Debemos seguirlo.

No dejaba de contemplar fijamente el cadáver abandonado, sin pestañear. Había empezado a tiritar otra vez.

—¿Sigues teniendo frío? —le pregunté.

Los pasadizos en los que nos encontrábamos me parecían ligeramente más cálidos que los que habíamos recorrido en la oscuridad. Era como si la luz procediera de su interior.

El bufón me dedicó una sonrisa cadavérica.

—Lo que tengo es miedo. —Cerró los ojos un instante, cuajándose las pestañas doradas de lágrimas sin derramar, antes de añadir, con voz algo más firme—: Sigamos. —Me adelantó, decidido a encabezar la marcha, y lo seguí, atenazado por mis propios temores.

Quienquiera que fuese el responsable de eliminar los desperdicios y vaciar los orinales era un descuidado. Las paredes de hielo y el suelo resbaladizo estaban salpicados de gotas y manchas. Cuanto más nos adentrábamos en los túneles, más evidente se hacía que estos habían sido creados, o modificados al menos, por el hombre. El origen de la claridad azulada se desveló cuando pasamos frente a un orbe mortecino, sujeto a la pared sobre nuestras cabezas. Era más grande que una calabaza e irradiaba luz, pero no desprendía nada de calor. Me detuve para observarlo con atención. Un instante después, cuando la curiosidad me impulsó a extender los dedos hacia él, el bufón me agarró el puño de la camisa y tiró de mi mano hacia abajo. Sacudió la cabeza a modo de muda advertencia.

—¿Qué es? —susurré.

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero sé que es de ella. No lo toques, Traspí. Venga. Démonos prisa.

Y así lo hicimos, al menos durante un rato. Hasta que llegamos a la primera mazmorra.

Corredores

Cuentan que hubo un tiempo en el que en la isla de Aslevjal residía una vidente u oráculo. El relato parece ser muy antiguo. Según algunas versiones solo había una, la cual habría sobrevivido a varias generaciones siempre lozana, con los ojos oscuros y el cabello negro como ala de cuervo. Según otras habría existido toda una orden de oráculos, cuya madre superiora se encargaba de transmitir sus deberes como vidente a su primogénita, y así sucesivamente, con lo que habrían servido allí numerosos oráculos. Todas las historias coinciden en declarar que cada una de estas mujeres habría sobrevivido a su madre superiora. No quedan testigos que puedan dar fe de la veracidad de esta leyenda. Cuentan que la vidente vivía dentro del glaciar y únicamente salía para aceptar las ofrendas que los visitantes le traían a Yama de Hielo. Si llegaba alguien en busca de la verdad, con animales que sacrificar, la vidente derramaba la sangre de las bestias, arrojaba sus entrañas al aire y las dejaba caer, humeantes aún, en el hielo. Aquellos meandros de vísceras deletreaban la suerte que aguardaba al visitante. Tras su lectura, y siempre en nombre del dragón, la vidente reclamaba al animal sacrificado.

CIZAÑA,

Compendio de historias sobre los marginados

La puerta era prácticamente invisible. El bufón ya la había cruzado cuando me percaté de lo que era y lo detuve con un golpecito en el hombro. Bien la puerta estaba hecha de hielo, bien la recubría una capa de agua congelada tan gruesa que el material original quedaba oculto debajo. No vi ninguna clase de cerradura o manija, y los goznes no eran más que unos relieves poco menos que imperceptibles en la pared. La puerta presentaba una estrecha rendija, aproximadamente a la altura de la cadera. Al inclinarme para asomarme a ella, me sorprendió descubrir a un hombre, de aspecto maltrecho y cubierto de harapos, agazapado al fondo de una celda. Mudo e inexpresivo, miraba en mi dirección sin parpadear. Al verlo, proferí un grito inarticulado mientras me apartaba, trastabillando de espaldas.

—¿Qué pasa? —susurró el bufón, que se agachó para inspeccionar la estancia a su vez. Horrorizado, se quedó petrificado frente a la puerta durante unos instantes, inclinado, antes de añadir—: Tenemos que sacarlos de ahí. Como sea.

Negué con la cabeza con vehemencia y, cuando hube recuperado el habla, repliqué:

—No, bufón. Por favor, hazme caso. Son forjados. Aunque dejarlos ahí dentro te parezca inhumano, te aseguro que liberarlos sería aún más cruel, además de arriesgado. Se abalanzarían sobre nosotros para quitarnos hasta la capa o por simple diversión. Cometeríamos una imprudencia dejándolos sueltos.

Se me quedó mirando fijamente, incrédulo, antes de replicar en voz baja:

—No los has visto a todos, ¿verdad? Acertijo está ahí dentro. Y Hest.

No quería mirar, pero no tenía elección. Con el corazón martilleando atronador en mi pecho, entrecortada la respiración, me acerqué muy despacio a la puerta y me asomé al interior del calabozo, iluminado por el mismo resplandor azulado que bañaba los pasillos. Dejé que se me acostumbraran los ojos a la luz hasta que pude ver en su conjunto la celda, una cavidad excavada en el glaciar, con el suelo oculto bajo un manto de escoria encostrada. Ocupaban su interior cinco forjados, nada más. Cuatro de ellos habían adoptado posiciones defensivas en sendas esquinas, de espaldas a la pared. Hest, debilitado por sus heridas, yacía de bruces en el centro de la estancia. Saltaba a la vista que ninguno de los forjados se atrevía a dar un paso al frente para agredirlo, pues eso dejaría sus espaldas desprotegidas. Los tres prisioneros desconocidos eran marginados, harapientos, famélicos y cubiertos de cicatrices. Los captores de Hest y Acertijo les habían arrebatado sus recios abrigo de pieles, pero así y todo se encontraban mejor pertrechados que los otros. Aún conservaban las botas. Me proyecté en su dirección con la Maña, desesperado, deseando con todas mis fuerzas percibir cualquier cosa, lo que fuera, procedente de ellos. Pero no detecté nada. Se observaban mutuamente sin parpadear, con animosidad bruta, menos que bestias. Despojados de toda conexión con el mundo y la sociedad.

Me sobrevino una oleada de abatimiento y, tras separarme de la puerta, me dejé caer hasta sentarme de golpe en el suelo helado con el estómago revuelto, apesadumbrado. Martirizado por las garras escamosas de unos perversos recuerdos que creía ya desterrados. Sospecho que el bufón habría sido incapaz de comprender la magnitud del horror que me atenazaba. Para él aquella ausencia de conexión no era tan palpable como para mí.

—¿Podemos hacer algo por ellos? —preguntó, bajando la voz.

Una sonrisa enfermiza se extendió por mis labios. Apreté los dientes, rehusando sentir las emociones que amenazaban con dejarme incapacitado. Me negaba a analizar pormenorizadamente esta incógnita. Ya la había sopesado hasta la extenuación, hacía tiempo, y conocía de antemano todas las respuestas posibles. De nada serviría repasar las dolorosas lecciones que ya había aprendido.

—Podría matarlos —fue mi escueta respuesta—. A lo mejor. Hay cuatro de ellos en pie y, aunque esos tres parezcan estar desfallecidos de inanición, sé de forjados que han sumado sus fuerzas para combatir juntos. Por poco tiempo, mientras no hubiera despojos que disputarse. No sé si podría eliminarlos a todos antes de que me redujeran. Acertijo es un luchador competente. Y aún no ha perdido su robustez.

—Pero... ¿Acertijo y Hest? —insistió, con voz implorante.

Como si no me conociera.

—Bufón, esos no son ni Acertijo ni Hest. Ahí están sus cuerpos, sí, y aún conservan todos sus conocimientos. Pero eso es todo. Ya no les importa nada ni nadie. Lo único que los impulsa son sus apetitos físicos. ¿Consentiría Acertijo que Hest yaciera ahí tirado en el suelo, desamparado y herido? No. Pero es que ese no es Acertijo. Ya no.

—Pero... ¡Tenemos que hacer algo! —susurró, desesperado.

Exhalé un suspiro.

—Como abramos esa puerta, me veré obligado a matarlos. No me quedará otra salida, salvo que estuviera dispuesto a sucumbir a sus manos.

—Entonces ¿no tenemos elección?

—Siempre hay elección —repliqué, con una sonrisa apenada—. Solo que a veces no son agradables. O los mato o me matan. O nos marchamos de aquí.

El bufón guardó silencio durante largo rato antes de dar la espalda a la puerta de la celda y comenzar a alejarse. Lo seguí.

Los pasadizos de hielo empezaban a mostrar cada vez más indicios de tránsito. El suelo se veía mugriento y pisoteado, surcadas de marcas las paredes heladas. Pasamos por delante de más calabozos, idénticos al primero. Aunque me asomé al interior de todos y cada uno de ellos conforme los encontrábamos, con el estómago encogido por el horror, no mediamos palabra con ninguno de

sus ocupantes. Los de la mujer y la niña fueron los que más me impactaron. Sus celdas tenían el suelo cubierto de paja y un catre en cada esquina. Cabía suponer que el cautiverio de quienes recayeran ahí iba a ser prolongado. Aquel destino me pareció más cruel que el que corrían Acertijo, Hest y sus compañeros. Quizá la muerte no fuese rápida para esos hombres, pero el frío lo devoraba a uno tan inexorablemente como la inanición. Su sufrimiento no sería eterno. A juzgar por la longitud del cabello enmarañado y las uñas mugrientas de la mujer, llevaba allí mucho tiempo. Se había ovillado encima de una sucia alfombra de piel de oso, agazapada en una esquina, con la mirada fija en la pared. En la celda contigua, una niña que no debía de contar más de siete años se entretenía en arrancarse las postillas que le cubrían los tobillos. Sus párpados aletearon una sola vez antes de que sus ojos se clavaran en los míos mientras la observaba, fascinado, por la rendija de la puerta. La única emoción que anidaba en ellos era el recelo.

Cuando, al cabo, el laberinto de calabozos hubo tocado a su fin, el pasillo se ensanchó y los pálidos orbes de luz comenzaron a espaciarse cada vez más. Gráciles detalles de belleza congelada jalonaban las arqueadas paredes del pasadizo, más tallado que excavado en el hielo. Habían espolvoreado el suelo, que se veía limpio, con arena para ofrecer una mayor tracción al andar. Daba la impresión de ser más antiguo, como si lo hubieran diseñado para albergar una mayor afluencia de gente, aunque todavía no nos hubiéramos cruzado ni con un alma.

No tardamos en llegar a un cruce que nos ofrecía tres alternativas. Ante nosotros se prolongaba el pasillo central. A la izquierda, un ancho pasaje descendía en una serie de escalones bajos que serpenteaban hasta perderse de vista. A la derecha, una abrupta escalera cincelada en el hielo conducía hacia arriba. Ambas opciones parecían más antiguas y mucho más transitadas que la ruta que nos había conducido hasta allí. El bufón y yo nos detuvimos e intercambiamos una mirada.

Mis oídos captaron un sonido tenue y sibilante, procedente del pasillo que se abría a nuestra izquierda. Llegaba a intervalos regulares pero atenuado por la distancia, por lo que ahuequé una mano junto a la oreja para distinguirlo mejor. Transcurridos unos instantes, el bufón susurró:

—Es como si ahí abajo estuviera resoplando algo enorme.

Ensanché las aletas de la nariz e inspiré hondo. Lo que olí me embargó de esperanza al tiempo que, de inmediato, transformaba el murmullo en un sonido tan familiar como inconfundible.

—No. Son olas, es el mar. Este camino conduce a la playa. En marcha.

Un inmenso alivio le iluminó el rostro de golpe.

—¡Sí! —imploró antes de empezar a bajar a la carrera por los amplios y anchos escalones. Lo seguí y, agarrándolo del hombro, lo empujé contra la curva interior de la escalera.

—Pégate a la pared —susurré—. Así, si oímos que sube alguien, dispondremos de un momento de más para pillarlo por sorpresa. —Nuestra única arma, el cuchillo de su cinturón, ya estaba en mi mano.

El agotamiento, sumado al hecho de ignorar exactamente cuánto tiempo llevábamos explorando aquel laberinto de hielo, comenzaba a hacer mella en nosotros. Acanalaban los escalones, bajos y exasperantemente irregulares, unos surcos que sugerían el frecuente arrastrar de algún objeto pesado por ellos. Conforme descendíamos, tanto el olor a mar como la humedad que impregnaba el aire se volvían cada vez más intensos. Los escalones, por su parte, eran cada vez más traicioneros; no tardamos en tener que pisar con cuidado para no patinar por el manto de agua congelada que revestía aquella pendiente gradada. Aunque alguien había esparcido arena por la superficie, esta, al derretirse de forma irregular, se había quedado cubierta de relucientes protuberancias de hielo con las que uno podía resbalar cuando menos se lo esperaba. No nos quedó más remedio que aflojar el paso. Las paredes relucían ahora, bañadas por lentos regueros de agua, y caían gotas del techo. Aunque el olor a salitre era cada vez más penetrante, el tono azul de aquella luminosidad espectral se mantenía imperturbable.

Una vez en el erosionado escalón del final, por fin, todas nuestras esperanzas se evaporaron. Más allá del hielo se alzaba una desgastada cuesta de piedra negra que desembocaba en una playa de arena del mismo color. Alguien había introducido una serie de pilotes metálicos en la roca, quizá para permitir el amarre de las pequeñas embarcaciones que ocasionalmente debían de recalar allí. Las olas que lamían la cara interior de aquella barrera natural crecían de forma inexorable, cada vez más altas, chapaleando también contra la parte superior.

Sobre nuestras cabezas, en la caverna, visible apenas merced al fulgor azul del último de los orbes pálidos, se extendía una resplandeciente bóveda de escarcha.

—Si hubiera algún bote cerca y la marea estuviera retirándose —observé—, se podría hacer algo.

—Eso —dijo el bufón con una risita.

Lo miré, incapaz de disimular mi consternación. Ofrecía un aspecto espantoso, y no solo por culpa de la tenue claridad azul que nos envolvía. Descolgó la mochila de mi brazo y se sentó, hundiéndose en los escalones mojados con ella. La estrechó contra el pecho como un niño abrazado al más querido de sus muñecos, un momento, antes de abrirla y escarbar en el fondo hasta dar con la petaca de coñac. Le quitó el tapón y me la tendió primero.

Acepté el recipiente, lo sopesé en la mano unos instantes y me tomé algo menos de la cuarta parte de su contenido. Se trataba del mismo licor de albaricoque que había llevado a la casita que compartíamos Percán y yo. Tras paladear el líquido, tan abrasador como un día de verano, exhalé con la boca abierta para deleitarme con la amistad y los albaricoques al tiempo que le devolvía la petaca. La aceptó y me dio a cambio un cuadradito de pan negro que no alcanzaba a cubrir ni la mitad de la palma de mi mano. Me senté junto a él y empecé a mordisquearlo pausadamente. Contenía pizcos de pasas y frutos secos. Compacto, dulce y diminuto como era, lo único que consiguió fue acentuar el hambre al que tanto esfuerzo me había costado cerrar los ojos hasta ese momento. Comimos despacio, en silencio. Cuando hube terminado de lamer hasta la última migaja adherida a mis dedos, miré al bufón y le pregunté:

—¿Subimos?

—No va a sacarnos de aquí —dijo en voz baja—. Piensa en dónde estamos, en las leyendas de los marginados que hemos oído. Este es el lugar al que acudían para ver al dragón, bajo el glaciar. Esa escalerita tortuosa debe de desembocar en el cubil de Yama de Hielo. ¿Qué otra función podría cumplir?

—Quizá nos lleve hasta el exterior —repuse, obstinado—. No lo averiguaremos a menos que lo intentemos. Quizá sea ese otro camino de ahí, más espacioso, el que conduzca al dragón. Sería lo más lógico.

Negó la cabeza.

—No. El dragón debe de encontrarse sobre nuestras cabezas, de lo contrario

no se podría ver desde la superficie. La escalera conduce al dragón. No fuera de aquí. —Apoyó la cabeza en la pared de hielo, obstinado—. Para mí no hay escapatoria posible. Lo sabía.

Al incorporarme, tambaleante, noté que la culera de los pantalones se me había quedado empapada. Lo que faltaba.

—Levanta —le dije.

—Todo es en vano.

—¡Que te levantes! —insistí. Al ver que no reaccionaba, lo agarré del cuello de la camisa y lo puse en pie a tirones. Lejos de ofrecer resistencia, se dejó hacer observándome con carita de cordero degollado—. Hemos llegado hasta aquí juntos, después de tantísimos años, recorriendo mil caminos distintos y superando todos los obstáculos. Como sea aquí donde nuestra historia toca a su fin, bajo el hielo de Aslevjal, por lo menos antes pienso ver a ese dichoso dragón. Y tú también.

¿Habrá algo más agotador que una interminable serie de escaloncitos bajos? Posiblemente una interminable serie de escaloncitos bajos y, para colmo de males, resbaladizos. Fuera como fuese, ascendimos por ellos y, al igual que antes, nos pegamos a la pared y aguzamos el oído por si a alguien se le ocurría venir hacia nosotros de frente. A nuestra espalda se apagaron el acompasado vaivén de las olas y el arbitrario tamborileo de las gotitas que caían del techo. Tardamos un buen rato en llegar a la intersección de nuestro camino con el pasillo labrado. Nos detuvimos allí, atentos al menor sonido, pero no detectamos ninguno.

Me sentía desfallecer. Nos mereceríamos dormir una noche entera, del tirón, eso estaba clarísimo; nos lo habíamos ganado con creces. Sentía la cabeza, que me zumbaba como un enjambre de moscas, como si alguien me la hubiera rellenado de fieltro. El bufón ofrecía un aspecto aún más deplorable. Me seguía arrastrando los pies por los estrechos escalones de aquella escalera que no dejaba de ascender, recurvándose. En cuanto hubimos perdido de vista el corredor principal, lo detuve.

—A ver, tú. Acábate ahora mismo ese coñac. Te ayudará a entrar en calor y, de paso, quizá te levante un poquito el ánimo. Tanto si es así como si no, te hará más bien en la panza que dentro de la petaca.

—¿Me puedo sentar?

—No —repliqué, implacable—. A ver si luego no voy a ser capaz de levantarte y ponerte en marcha otra vez. —Pero él ya se había hundido en el escalón. Cogió de nuevo la petaca de coñac, la abrió y me la ofreció. Para qué discutir. Me humedecí los labios con el licor y le dije—: Acábatelo tú.

Así lo hizo, de un solo trago y con ansia. Tardó una eternidad en volver a tapar la petaca, ya vacía, y guardarla.

—Mira que esto es difícil —murmuró, aunque no me pareció que estuviera dirigiéndose a mí—. Me encuentro demasiado cerca del final. Ya lo había vislumbrado antes, pero nunca con tal nitidez. Ahora mi única certeza es que debo continuar, y que cada nuevo paso que doy me aproxima un poco más a la muerte. —Sin sombra de pudor, mirándome a los ojos, concluyó—: Estoy aterrado.

Sonreí.

—Bienvenido a la existencia del ser humano. En pie, venga. Echémosle un vistazo al dragón ese que habíamos venido a salvar.

—¿Para qué? ¿Para decirle que le hemos fallado?

—¿Por qué no? Alguien debería contarle que lo intentamos, al menos.

En esta ocasión le tocó sonreír al bufón.

—Pero si le va a dar igual. Las buenas intenciones y los intentos fallidos les importan un bledo a los dragones. Así solo conseguiremos alimentar su desprecio. Y eso si conseguimos llamar su atención.

—¡Ja! Llamar la atención, ¿te imaginas? Menuda experiencia, sería la primera vez que nos pase en la vida.

Mis palabras le hicieron reír, y a mí con él; no a carcajadas, sino como únicamente se ríen quienes saben que esta podría ser su última oportunidad de compartir una broma con un buen amigo. Parecíamos dos borrachines, pero no por culpa del coñac. Si el bufón tenía razón, lo que estábamos haciendo era apurar los últimos instantes de nuestras vidas. Sospecho que, cuando uno ha llegado a esa conclusión definitiva, es inevitable esforzarse por exprimir cada momento hasta la última gota.

Reemprendimos el ascenso. La escalera no dejaba de caracolear, cada vez más angosta, y no pude por menos de preguntarme qué loco la habría labrado.

¿Se habría producido alguna vez un accidente natural que alguien había ordenado transformar en aquella escalera o no sería todo esto más que el capricho escultórico de algún entusiasta de los glaciares? Seguimos subiendo. Se notaba que, en su día, las paredes habían estado decoradas con bajorrelieves de hielo, pero todos ellos se veían ahora desfigurados, seguramente a propósito. Tan solo habían sobrevivido unas piernas despedazadas por aquí, una mano sin dedos por allá, y algún que otro labio y barbilla de mujer. Empezaba a aborrecer lo irregular de mi paso, con un pie embutido en su bota y el otro en un calcetín empapado de escarcha. Dejé que el bufón se sentara cuando nos detuvimos para descansar. Se reclinó contra la pared y, transcurridos unos instantes, pensé que lo habría vencido el sueño. Al reparar en las lágrimas que le surcaban las mejillas, lo desperté.

—Llorando no arreglarás nada. Arriba. Reanudamos la marcha ahora mismo.

El tono de mi voz, en el fondo, era mucho más suave que mis palabras. Las encajó con un cabeceo y se puso de pie con esfuerzo. Continuamos subiendo. Los sinuosos peldaños se sucedían sin cesar, como en una pesadilla interminable. Los pálidos orbes no alcanzaban a iluminar todos los recovecos de la tortuosa escalera. La claridad albiceleste se truncaba en los giros. La belleza que nos rodeaba era agotadora y glacial. Ascendíamos, cada vez más despacio, nos parábamos a recuperar el aliento y seguíamos. Estaba pensando que tarde o temprano tendríamos que dejar atrás aquel escenario de agua congelada, que era imposible que siguiera prolongándose mucho más tiempo, cuando llegamos a una galería llana excavada en el hielo. Y al dragón.

Una gruesa pared traslúcida se interponía aún entre nosotros y él, por lo que solo podíamos verlo distorsionado por la neblina helada, pero incluso así nos quedamos sin respiración. Recorrimos la galería muy despacio, de punta a punta, caminando en paralelo a Yama de Hielo. Era inmenso, como dos barcos juntos, aun con las alas plegadas a los costados y la cola enroscada a su alrededor. Su cabeza apuntaba hacia atrás al final del larguísimo cuello cuya curvatura la alejaba de nosotros. Lo contemplamos con una mezcla de asombro y temor. El anhelo que anidaba en el corazón del bufón se reflejaba en sus ojos. La inconmensurable vitalidad del dragón sobrecargaba casi por completo mi sentido de la Maña. Jamás había estado tan cerca de una criatura de semejantes

dimensiones. En eso estaba pensando cuando llegamos a un túnel que, toscamente excavado en el hielo, lo atravesaba en dirección al pecho del dragón. Me agaché y me asomé a su interior. Desembocaba en la oscura mole del dragón negro. Respiré hondo.

—Déjame la lámpara de los vetulus —le pedí al bufón.

—¿Piensas meterte ahí?

Asentí lentamente con la cabeza, incapaz de explicarle qué me impelía a hacerlo.

—Pues te acompaño.

—No cabríamos los dos. Quédate aquí y descansa. Luego te cuento qué he visto.

Tras debatirse entre la fatiga y la curiosidad, el bufón apoyó la mochila en el suelo y la abrió. Mientras me entregaba la cajita luminosa, dijo:

—Me quedan dos trozos de pan. ¿Nos los terminamos ahora?

—Tú primero. Ya me comeré el mío a la vuelta.

Incluso la mera mención de la comida había conseguido que se me hiciera la boca agua. De repente me acordé de Tordo. ¿Habría Habilitado hacia Chade y Dedicado, o seguiría esperando pacientemente nuestro regreso, como un alma en pena? ¿Habría optado por no alejarse del refugio que le proporcionaba el trineo o se habría desplomado este también en medio de otra avalancha de nieve? Aparté de mi pensamiento aquellos interrogantes inútiles. El bufón me dio la cajita y la abrí, liberando así su peculiar luminosidad esmeralda.

—No tardes —rogó mientras me internaba en el túnel—. Siento curiosidad por saber qué descubres ahí dentro.

El techo era tan bajo que me impedía ponerme de pie, de modo que comencé a recorrerlo arrastrándome, empujando la caja de luz frente a mí. La claridad azulada de la galería se diluyó hasta apagarse a mi espalda, y no tardé en avanzar arropado únicamente por un mortecino resplandor verde que las paredes de hielo reflejaban en desconcertantes destellos. La pestilencia del dragón fue intensificándose de forma paulatina, hasta que pude percibirla con el gusto casi tanto como con el olfato. Me recordaba poderosamente al olor de las culebras con las que, animado por la curiosidad, me gustaba jugar cuando era pequeño. El túnel no dejaba de estrecharse cuanto más me adentraba en él;

quien lo hubiera excavado debía de estar demasiado concentrado en llegar al dragón para tomarse la molestia de conferirle unas dimensiones uniformes.

El dragón bloqueaba la salida como una muralla alicatada de relucientes escamas negras, la menor de las cuales era tan grande como toda mi mano extendida. Ante ella, en el suelo resbaladizo, una pulcra hilera de herramientas descansaba sobre un rollo de cuero. Vi hojas de distintos tamaños, mazos, brocas y picos de metal. Dos de los utensilios, con el filo roto o embotado, yacían descartados a un lado. Mis sospechas se confirmaron al tiempo que me subía la bilis cuando acerqué al dragón la luz de los vetulus. Alguien había reptado por este mismo túnel antes que yo, hasta el costado de la bestia, con la intención de perforarlo hasta el corazón.

Algunas de las placas coriáceas, que debían de haber repelido el ataque, presentaban rozaduras de diversa índole, pero ninguno de los instrumentos metálicos había conseguido penetrar en la carne que había debajo. Una especie de cuña metálica sobresalía encajada aún en su sitio, incrustada bajo la superposición de negras escamas que había intentado levantar a fin de practicar un acceso vulnerable. Acerqué la luz un poco más. Bajo el blindaje levantado se revelaba una segunda capa de escamas nacaradas, encabalgadas en perpendicular con respecto a la primera. Alguien había introducido algo parecido a un pico de hielo bajo una de aquellas placas de color crema. Aunque la piel correosa de debajo presentaba una grieta, no manaba de ella sangre ni ningún otro fluido. Deduje que habría sido como hundir un cuchillo en el casco de un caballo. Así y todo, se me revolvió el estómago ante la cobardía y la crueldad que denotaba semejante agresión.

El dragón estaba vivo y alguien se había abierto paso hasta él arrastrándose como una sabandija, con la intención de extirparle el corazón a machetazos, aprovechando la forzosa inmovilidad que lo dejaba indefenso.

Comprobé lo compacto que era su blindaje natural cuando me vi obligado a usar todas mis fuerzas antes de extraer el pico incrustado en aquella mole, para lo que tuve que descargar varios martillazos sobre aquella cuña mezquina. En cuanto se hubo soltado, las escamas ondularon, rielaron y se cerraron. Por un momento, la percepción de su vitalidad que me confería la Maña se disparó. A continuación, con la misma celeridad, volvió a desvanecerse como si nunca

hubiera existido. La muralla de carne cubierta de escamas que se alzaba ante mí podría haber estado confeccionada enteramente de metal. Titubeé antes de atreverme a deslizar una mano por aquellas hileras de placas. Fui incapaz de introducir ni siquiera una uña bajo sus cantos aserrados, tan firmemente selladas estaban, montadas unas sobre otras en hermética sucesión. Selladas y frías, además; tanto como el hielo que enjaulaba al dragón.

Enrollé las perversas herramientas en la funda de cuero y comencé a retirarme con ellas gateando de espaldas, puesto que no tenía sitio para volverme. Cuando llegué a la galería estaba empapado de sudor y comenzaba a darme vueltas la cabeza por culpa del asfixiante hedor a reptil que desprendía la bestia.

Encontré al bufón dormido como un tronco al fondo de la cámara, cerca de la cabeza replegada del dragón, sentado con las rodillas encogidas contra el pecho y la cabellera dorada desparramada sobre ellas. El pelo alborotado le ocultaba la cara. Por fin el cansancio se había impuesto a la curiosidad que lo poseía. Me senté a su lado y apoyé la espalda en la pared de hielo. Musitó algo en sueños y cambió de postura hasta arrumbarse contra mí como un peso muerto. Lo dejé correr con un suspiro de resignación mientras me preguntaba por qué no habría querido perforar esta pared el misterioso intruso más a la altura de la cabeza de la criatura. ¿Temería acaso que, incluso encajonado en el hielo, su víctima pudiera encontrar la manera de defenderse?

Me fijé en el techo congelado que se extendía sobre nuestras cabezas. Su azul oscuro, insondable, remitía a las profundidades oceánicas. Me aseguré que allí arriba, en alguna parte, el príncipe Dedicado seguía cavando hombro con hombro junto a su destacamento de Mañosos. Me pregunté cuánto hielo lo separaría aún de nosotros. Hasta cuándo deberíamos quedarnos aquí plantados el bufón y yo antes de oírlos, primero, y después verlos aparecer con sus palas. Una eternidad, decidí. No se insinuaba el menor sonido de herramientas, ni voces, ni el hielo tenía pinta de ir a ceder en cualquier momento por obra de las excavaciones. Tanto daría que se encontraran en la otra punta del mundo.

Cambié de postura para acurrucarme contra el bufón. Donde se tocaban nuestros cuerpos, el suyo capturaba todo el calor que se desprendía del mío. El agotamiento y el hambre que me invadían eran insoportables. Aproveché uno de

los elementos de mi nuevo arsenal para arrancar un trocito de hielo de la pared, que a continuación chupé con fruición para sorber el agua derretida. Guardé la caja luminosa de los vetulus en la mochila del bufón, donde encontré el trozo de pan que me había reservado. Estaba delicioso, pero me pareció diminuto. Después de comer apoyé la cabeza encima de la del bufón y cerré los ojos con la intención de descansar tan solo un momento. Supongo que debí de quedarme dormido.

Tiritaba de tal manera que fueron mis propios escalofríos los que me despertaron. Era como si todos mis huesos estuvieran sacudiéndose por voluntad propia, empeñados en escapar de sus cuencas. Me dolió incluso desperezarme. El bufón se deslizó lentamente hasta quedarse tumbado en el hielo mientras yo agitaba los brazos y pegaba pisotones en el suelo en un intento por devolverles la sensibilidad. Me arrodillé detrás de él y lo abofeteé con unas manos a las que el agarrotamiento restaba flexibilidad. Presentaba un color espantoso. Se me escapó un suspiro de alivio cuando emitió un gemido apenas audible.

—Levántate —le pedí en voz baja, maldiciéndonos a ambos para mis adentros por haber cometido la imprudencia de quedarnos dormidos en un lugar tan desprotegido. Si a alguien le hubiera dado por subir por esa escalera, nos habría encontrado desprevenidos y acorralados—. Venga. Tenemos que ponernos en marcha. Todavía no sabemos cómo se sale de aquí.

Se ovilló más aún, gimoteando, y lo zarandeé sintiendo una mezcla de enfado y desesperación.

—No podemos rendirnos ahora. Arriba, bufón. Debemos continuar.

—Por favor —murmuró con un hilo de voz—. Una muerte apacible. Sumergirse en ella y ya está.

—No. Levántate.

Abrió los ojos. Lo que quiera que viese en mi rostro debió de indicarle que no estaba dispuesto a dejarlo tranquilo. Se estiró con dificultad, con las extremidades tan rígidas y envaradas como las de las figuritas de madera que tanto le había gustado tallar en su día. Sostuvo las manos en alto, ante él, y se las quedó mirando como un pasmarote.

—No siento los dedos.

—En pie y a moverse. Ya volverán a la vida.

—Con el sueño tan bonito que estaba teniendo... —Suspiró—. Soñé que ambos moríamos aquí y que todo acababa por fin. No podíamos hacer nada más, y todo el mundo estaba de acuerdo en que por lo menos lo habíamos intentado, que nadie podía culparnos de nada. Solo tenían buenas palabras para nosotros. —Abrió los ojos un poco más—. ¿Cómo lo has hecho para incorporarte?

—Ni idea. Tú hazlo y ya está. —Se me empezaba a agotar la paciencia.

—Eso intento.

Mientras seguía intentándolo le conté lo que había descubierto al fondo del túnel. Se estremeció cuando le enseñé las herramientas que me había traído. Con cada nueva palabra que brotaba de mis labios, el bufón volvía en sí un poco más, hasta que al fin pudo levantarse y dio unos cuantos pasitos, arrastrando los pies. Los dos estábamos temblando, ateridos de frío, pero yo al menos había recuperado algo de sensibilidad en las manos. Le froté las suyas enérgicamente, sin contemplaciones, desoyendo sus jadeos de protesta y dolor. Le entregué un cuchillo en cuanto fue capaz de abrirlas y cerrarlas de nuevo. Lo empuñó con torpeza, pero asintió con la cabeza cuando le pedí que estuviera listo para utilizarlo.

—Una vez que hayamos bajado la escalera —le expliqué, omitiendo intencionadamente mencionar el tremendo esfuerzo que eso nos iba a costar—, tendremos que seguir el corredor principal. Ahora es nuestra única esperanza.

—Traspié —empezó a hablar, con vehemencia, pero se mordió la lengua al fijarse en mi expresión.

Sabía lo que iba a decirme: que todo era en vano. Me despedí del dragón con la mirada, observándolo largo y tendido por última vez. La criatura se había aletargado de nuevo, lejos de la capacidad de mi Maña para detectar su vitalidad. *¿Por qué?*, le pregunté en silencio. *¿Por qué estás aquí y por qué quiere tu cabeza Elliania?* Con esos pensamientos le volví la espalda, y el bufón me siguió mientras comenzábamos a bajar por la interminable escalera.

El descenso, aunque parezca increíble, fue todavía más arduo que la subida. Seguíamos estando cansados, famélicos y ateridos. Perdí la cuenta de todas las veces que resbalé y me caí. El bufón, despojado de su agilidad natural,

renqueaba y avanzaba a trompicones a mi lado. No dejaba de anticipar un posible encuentro con alguien que ascendiera por el mismo camino para atormentar al dragón, pero en la escalera, indiferentes por completo a nuestra agonía, solo había tonos de azul, frío y silencio. Si nos vencía la sed, la saciábamos chupando esquirlas de hielo que antes debíamos arrancar de la pared. Era el único consuelo que teníamos a nuestro alcance.

Tardamos una eternidad en llegar al escalón del fondo. Cuando doblamos el último recodo de la espiral y el pasillo se reveló ante nuestros ojos, como si estuviera esperándonos, prácticamente nos cogió por sorpresa. Avanzamos con la respiración entrecortada, amortiguando nuestros pasos, para asomarnos a la última esquina. No percibía ninguna presencia, pero el descubrimiento de los forjados en aquellas mazmorras me había recordado que existían amenazas ante las que mi Maña no iba a alertarme. El pasadizo, sin embargo, se veía despejado, desierto y en silencio.

—Vamos —susurré.

—Seguro que no nos saca de aquí —replicó sin alterarse el bufón, cuya piel dorada se había oscurecido de forma inquietante, como si la vitalidad hubiera comenzado ya a abandonarlo. También su voz había adquirido un timbre lúgubre—. Este pasillo conduce hasta ella. Seguro. Si lo seguimos, solo encontraremos la muerte. Sé que tampoco tenemos muchas alternativas. Como tú mismo apuntaste antes, a veces la elección no es agradable.

Exhalé un suspiro.

—¿Qué sugieres, entonces? ¿Regresar a la orilla con la esperanza de que aparezca alguien en una barca y podamos eliminarlo antes de que él acabe con nosotros? ¿Volver junto a los forjados y entregarnos a ellos? ¿O desandar todo el camino hasta la oscuridad de las fisuras heladas?

—Me parece... —comenzó a replicar, titubeante, pero de improviso se quedó petrificado. Giré sobre los talones para ver qué era lo que estaba señalando con el dedo a mi espalda—. ¡El Hombre Negro! —jadeó, sin aliento.

Era él, la misma persona que Tordo y yo ya habíamos visto de refilón. Se encontraba junto a uno de los recodos del amplio pasillo, ante nosotros, con las manos cruzadas sobre el pecho como si estuviera esperando a que reparásemos en su presencia. Desde la túnica hasta las botas, pasando por los pantalones, su

vestimenta al completo era negra, al igual que sus largos cabellos, su piel y sus ojos, como si la misma sustancia que integraba su figura compusiera asimismo su atuendo. Al igual que en ocasiones anteriores, su presencia no suscitó ninguna reacción en mi Maña. Se quedó inmóvil un instante más, observándonos fijamente, antes de dar media vuelta y alejarse con veloces y largas zancadas.

—¡Espera! —exclamó el bufón a su espalda, y comenzó a perseguirlo.

No sé de dónde consiguió sacar las fuerzas y la agilidad necesarias para correr, tan solo que partí en pos de él tambaleándome, sintiendo alfilerazos en los pies entumecidos cada vez que estos golpeaban el suelo congelado. El Hombre Negro miró atrás de soslayo y emprendió la huida. Aunque parecía correr sin esfuerzo, la distancia que nos separaba no se agrandó. Sus pasos no emitían el menor sonido.

El bufón siguió corriendo como una exhalación, conmigo renqueando a su espalda, hasta consumir el último estallido de energía y empezar a quedarse rezagado de pronto. El Hombre Negro, sin embargo, seguía sin dejarnos atrás por completo. Se mantenía frente a nosotros, a la vista pero inalcanzable, como un espectro provocador. Por mucho que aspirara profundamente mientras lo perseguía fatigosamente junto al bufón, no percibí ningún rastro procedente de él.

—¡No es real! ¡Solo es una ilusión, un ardid de algún tipo! —informé jadeando al bufón, ansioso por creer en mis propias palabras.

—No. Es importante. —El bufón, con la respiración entrecortada, cojeaba ya más que corría. Me tiró de la manga y se apoyó en mí un momento antes de erguirse y obligarse a reanudar la marcha—. Nunca antes había percibido tanta importancia en alguien. Por favor. Ayúdame, Traspíe. Debemos seguirlo. Es lo que quiere. ¿No te das cuenta?

Jamás conseguiríamos darle alcance, eso era lo único de lo que me daba cuenta. Corríamos tras él jadeando y tambaleándonos, sin perderlo de vista en ningún momento, pero incapaces de interceptarlo. Los pasillos por los que nos conducía se volvieron más amplios y elaborados. Zarcillos y parras decoraban los dinteles helados de los arcos que atravesábamos. El Hombre Negro no miraba ni a derecha ni a izquierda, ni nos concedía tiempo para hacerlo a

nosotros. Pasamos junto a una fuente con guirnaldas de hielo en cuyo centro, a modo de escultura, se erigía una parábola de agua congelada. Recorrimos los espaciosos y elegantes corredores de un suntuoso palacio de hielo, sin ver ni un alma ni percibir el menor soplo de calidez.

Aflojamos la marcha hasta reducirla a un trotecillo renqueante que intercalábamos con ocasionales pasos precipitados a fin de no perder de vista al Hombre Negro cada vez que doblaba una esquina. A ninguno de los dos nos quedaba aliento que malgastar en preguntas. Dudo que el bufón estuviera pensando en gran cosa aparte de darle alcance. De nada serviría interrogarlo al respecto. Aunque hubiera expresado mi curiosidad en voz alta, el bufón no me habría ofrecido ninguna respuesta. Tenía la boca seca y el corazón martilleaba en mis oídos, atronador, a pesar de lo cual no dejamos de perseguirlo. Daba la impresión de moverse con absoluta seguridad por aquel entramado de pasadizos interconectados. Me pregunté adónde nos dirigíamos, y por qué.

Nos habían tendido una emboscada.

O eso pensé, al principio. Había vuelto a desaparecer detrás de un recodo y, cuando el bufón y yo nos obligamos a acelerar para no perderlo de vista, doblamos la esquina y nos topamos de bruces con seis hombres armados. Atisé por última vez al Hombre Negro muy a lo lejos, al final del pasillo. Se detuvo y, cuando los guardias se hubieron repuesto de su sorpresa y cayeron sobre nosotros con un alarido, se desvaneció.

Resistirse era impensable. Habíamos corrido demasiado, privados de agua, alimentos y sueño. No podría haberme defendido ni de un conejito enfadado. Cuando aprehendieron al bufón, fue como si lo abandonara la escasa vitalidad que le quedaba. El cuchillo resbaló de sus dedos desfallecidos. Tenía la boca abierta, floja la mandíbula, pero de sus labios no escapó ningún grito. Hundí la hoja en la túnica de piel de lobo del primero que se abalanzó sobre mí. Allí se quedó, incrustada, mientras me derribaba.

Un fogonazo blanco señaló el instante en el que mi nuca rebotó contra el suelo.

En el reino de la Mujer Pálida

Si bien la religión de los Profetas Blancos nunca ha tenido muchos seguidores en las tierras del norte, durante algún tiempo fue una fuente de diversión para los nobles de la corte jamaillia. El sátrapa Esclepius, apasionado de los libros de profecías, pagaba grandes sumas de dinero a los mercaderes que pudieran proporcionarle algún ejemplar de aquellos exóticos manuscritos. Estos después los dejaba al cuidado de los sacerdotes de Sa, quienes producían todavía más copias de los mismos para él. Cuentan que a menudo los consultaba de la siguiente manera: realizaba una ofrenda a Sa, formulaba una pregunta y elegía un pasaje al azar de cualquiera de los manuscritos. A continuación, meditaba acerca de lo que había leído hasta que consideraba haber resuelto el problema.

Los nobles de su corte, siempre ansiosos por imitar al regente, no tardaron en procurarse sus propias copias de las Profecías Blancas y comenzar a utilizarlas de la misma manera. Este pasatiempo gozó de una inmensa popularidad durante una temporada, hasta que el sumo sacerdote de Sa comenzó a desprestigiarlo, acusándolo de ser un portal a la idolatría y la blasfemia. A insistente petición suya se reunieron y destruyeron casi todos los pergaminos, y las obras supervivientes se consignaron al restrictivo cuidado de la orden.

Se rumorea, no obstante, que el cariño que sentía el sátrapa por aquellos escritos fue decisivo a la hora de animarle a prestar ayuda al joven de semblante extrañamente pálido que, en cierta ocasión, se las compuso para obtener audiencia con él tras sortear toda clase de obstáculos. Impresionado por el talento del muchacho para citar las sagradas escrituras (y convencido de que muchos de los versículos que el joven interpretó para él profetizaban su apoyo), el sátrapa terminó permitiéndole embarcar en una galera que debía zarpar con rumbo a Chalaza.

Autor desconocido,
Cultos de las tierras del sur

Recuperé el conocimiento fugazmente en dos ocasiones antes de volver en mí por completo. La primera vez me flanqueaban dos hombres que estaban arrastrándome por un pasadizo de hielo. La segunda me encontraba tendido boca abajo, con las muñecas cruzadas a la espalda, mientras alguien me maniataba firmemente. Mis dos guardias volvían a tirar de mí la tercera vez que abrí los ojos, pero en esta ocasión me obstiné en mantenerme despierto, por doloroso que resultara. Habíamos entrado en lo que parecía ser la sala del trono

de un palacio. Alguien la había esculpido en el interior congelado del glaciar, y las gruesas columnas aflautadas que sostenían el techo elevado eran de color azul. Los bajorrelieves cincelados en las paredes mostraban una y otra vez a la misma mujer, en una altanera escena tras otra. La representaban con una espada en la mano, en la proa de un navío, ondeando sus cabellos al viento; erguida sobre sus adversarios aplastados, con el pie apoyado en la garganta de uno de ellos; sentada en su trono, apuntando con un dedo acusador a los desdichados que se acobardaban ante ella. Todas las figuras excedían con mucho cualquier posible tamaño natural y señoreaban sobre nosotros, coléricas e implacables. Habíamos entrado en el reino de la Mujer Pálida.

Mas incluso aquí, en el corazón de sus dominios, la acechaba un rival. En el techo traslúcido de la cámara, tras una gruesa capa de nebuloso hielo azul, atisé al fin el contorno completo de la criatura a la que desde tan lejos habíamos venido a visitar. Nuestra tortuosa ruta por los pasillos nos había llevado debajo del dragón. Me pareció entrever incluso un brillante rectángulo de claridad que podría señalar el emplazamiento de nuestras modestas excavaciones. Me pregunté si allí arriba, sobre nuestras cabezas, nuestros compañeros seguirían esforzándose por perforar el hielo que los separaba del dragón atrapado. De nada serviría desgañitarse para alertarlos; habría sido como intentar gritar a través, no de una, sino de tres o cuatro murallas.

Decenas de seguidores de la Mujer Pálida se habían congregado para ver cómo nos conducían ante ella. Unos orbes blancos de colosales dimensiones, suspendidos de cadenas recubiertas de escarcha, iluminaban la sala con su antinatural resplandor albiceleste. Los guerreros de las Islas del Margen, ataviados con recias pieles y prendas de cuero, parecían enanos frente a la abrumadora inmensidad de aquel palacio de hielo. Nos contemplaban en silencio, inexpresivas sus facciones, invisibles sus tatuajes de clan bajo las manchas negras que los cubrían. En consideración a su nueva lealtad, unos cuantos de ellos exhibían dragones o serpientes tatuadas. Sus semblantes no denotaban ni odio ni lástima, ni siquiera excesiva curiosidad. No parecía que los motivase ninguna pasión en absoluto. El aura inanimada que los envolvía rebasaba los límites de la mera resignación para internarse en los dominios de la tolerancia bruta que cabría esperar de un animal maltratado. Incluso mi sentido

de la Maña tan solo los percibía de forma amortiguada. Me pregunté si la mujer habría descubierto algún tipo de Forja en versión reducida que anulara el contacto con su humanidad al tiempo que les dejaba el poso de temor necesario para garantizar su obediencia. Me pareció reconocer a una de las presentes, Henja, quien representara el papel de criada de la narcheska en Torre del Alce; su actitud, como la de todos los demás, denotaba una falta de interés absoluta. Volví la cabeza para cerciorarme. En efecto, era ella. Desde que abandonó el castillo había vuelto a verla de refilón en la ciudad, cuando los picazos estuvieron a punto de acabar con mi vida, y la había descubierto espiando al príncipe y a la narcheska mientras montaban en poni por las colinas de la isla de Mayle. ¿Qué pintaba ella en todo esto? No lograba dilucidar cuál era la función que desempeñaba, pero ya no me cabía la menor duda de que siempre había sido un instrumento al servicio de la Mujer Pálida. El peligro acechaba al príncipe tanto como a mí.

Aunque conseguí afianzar los pies en el suelo, me resultaba imposible seguir los rápidos pasos de mis captores, a los que seguía a trompicones. No me resistí cuando se detuvieron, al cabo, y me obligaron a postrarme de rodillas ante ella. Todavía me daba vueltas la cabeza. Decidido a aprovechar cualquier postura, por inverosímil que fuese, para descansar y reponer fuerzas, me quedé inmóvil. Sí que intenté volverme para ver qué hacía el bufón, aunque solo pude atisbarlo con la cabeza hundida, oscilando sobre su pecho, mientras los guardias lo retenían en actitud de vasallaje ante su regente. El violento manotazo con el que me cruzó la cara uno de los centinelas volcó toda mi atención de nuevo sobre la Mujer Pálida.

Su piel era tan blanca como lo había sido en su día la del bufón, y su vaporosa melena flotaba sin ataduras en torno a sus hombros. Sus ojos carecían de color, igual que los del bufón cuando era pequeño. Compartían las mismas facciones, suavizadas por los rasgos femeninos en el caso de ella. Su belleza, tan glacial como el escenario que la enmarcaba, no pertenecía a este mundo. Embozada en una capa sobre otra de pieles de oso, zorro y armiño, todas de color blanco, ocupaba un trono esculpido en hielo. El manto níveo que la envolvía, de purísima lana, no disimulaba los voluptuosos contornos de su figura. Le ceñía la garganta un collar de rutilantes flores de marfil con el corazón

de diamante. Remataban sus esbeltas manos, lánguidamente apoyadas en el suave revestimiento de piel de los brazos del trono, unos estilizados dedos ceñidos por anillos de plata con relucientes incrustaciones de gemas blancas. Nos observaba desde lo alto, arrodillados ante ella, sin que su apariencia denotara ni satisfacción ni sorpresa. Quizá también ella, como el bufón, hubiera sabido siempre lo que iba a pasar.

Abrazaba el trono la encorvada figura de un dragón esculpido que dormía enroscado sobre sí mismo. La resplandeciente piedra de la memoria que componía su cuerpo negro y plateado se elevaba como una montaña arqueada tras el asiento, firmemente respaldado por sus recias alas plegadas. No se trataba de un único bloque de piedra, sino de varios fragmentos de gran tamaño que alguien habría realizado el tremendo esfuerzo de transportar hasta aquí desde la otra punta de la isla para después ensamblarlos en una sola figura uniforme. Las sutiles juntas que segmentaban la pieza, de esmerada manufactura, apenas si resultaban visibles. Aunque el coloso durmiente era inmenso, mucho más grande de lo que había sido Veraz tras convertirse en dragón, seguía sin igualar las dimensiones de Yama de Hielo. Estaba incompleto; no obstante, daba la impresión de ser un boceto impreciso y carente de matices, la insinuación informe de un dragón más que la réplica de un modelo real. Sobre su largo cuello curvado, la gigantesca cabeza se extendía como un escalón ante el trono elevado de la Mujer Pálida. A pesar de que tenía los ojos cerrados, su cruel expresión me provocó escalofríos. Mi Maña era un torbellino de emociones enfrentadas: miedo, odio, dolor, deseo y venganza. Atrapadas todas ellas en aquella burda prisión de piedra labrada.

El origen de la incipiente esencia del dragón era obvio. Contra sus flancos se arrumbaban varios marginados que, cargados de cadenas, amenazaban con desfallecer de un momento a otro. Los cautivos exhibían indicios de tortura y desnutrición; esa debía de ser la estrategia empleada por la Mujer Pálida para exprimirles el raudal de sentimientos que necesitaba de ellos. Emociones y recuerdos eran lo que un destacamento de la Habilidad vertía en los dragones de piedra durante el proceso de creación para contener su consciencia compartida. Me costaba entender cómo podía imaginarse que una criatura alimentada con las memorias discordantes de un puñado de infelices atormentados fuera a

convertirse en una criatura inteligente. ¿Qué iba a unirlos e imprimir sentido al vuelo de aquel dragón? Los seres de piedra que yo había visto eran fruto de una devoción exclusiva, el glorioso culmen de los destacamentos que los habían creado. Por extravagante que fuese la forma con la que cada grupo había elegido representarlos, rebosaban belleza. Incluso el Jabalí Alado era un dechado de gracilidad en el aire. La criatura de esta mujer era un mosaico de dolor sustraído sin escrúpulos. ¿Qué temperamento se podía esperar que tuviera? Para mi sentido de la Maña era evidente que la humanidad de los prisioneros ya había sido forjada, arrebatada de sus almas para introducirla en el dragón a la fuerza. Lo que estaba echándole de comer ahora era el sufrimiento irracional de unas criaturas que ya ni siquiera cabía calificar de bestias. ¿Qué clase de dragón nacería así, engendrado con dolor, odio y crueldad?

Entre las zarpas del dragón durmiente se erguía otro trono, también de hielo e igualmente cubierto de pieles. Tanto el uno como las otras se veían encostradas de porquería y deposiciones humanas. Encadenada a él distinguí la caricatura de una persona con grilletes en los tobillos, las muñecas y el cuello, hundida en el regio asiento congelado. La corona negra que ostentaba daba la impresión de ceñirle dolorosamente las sienes, como si estuviera incrustada en su frente, y sus nobles ropajes eran una colección de harapos mugrientos. Le rodeaban la garganta varios collares de plata; los eslabones que lo retenían, tachonados de piedras preciosas, hacían escarnio de su cautiverio. Tenía la barba muy larga y desaliñada, grasiento el cabello; una costra amarillenta le cubría las uñas. Allí donde la gangrena se había cebado con ellos, los dedos de sus pies y sus manos se veían atrofiados y ennegrecidos. Una colección de huesos roídos hasta la última hebra de carne alfombraba el suelo a su alrededor. Al menos uno de ellos podría haber pertenecido al antebrazo de otra persona. Aparté la mirada, pues prefería continuar ignorando cómo lo alimentaban. Lo habían forjado, pero no por completo. Aún podía sentir cómo ardía su odio. Quizá fuese el único sentimiento que le quedaba. De improviso, como una extremidad dormida que acabara de volver a la vida, noté un extraño cosquilleo en mi Habilidad. Volví la cabeza para localizar su origen, como aquel que intenta precisar la causa de un ruido extraño. Aunque la impresión siguiera sin volverse más nítida, sí que pude discernir su procedencia. El rey loco estaba Habilitando conmigo, con los

dientes apretados en una mueca amarilla y los ojos hundidos clavados en mí. Impulsado por la Habilidad, el odio que lo consumía cayó sobre mí con todo su peso durante unos instantes, golpeándome como un mazazo. Desapareció acto seguido, mas no porque yo hiciera nada por defenderme, sino porque mi capacidad para percibirlo había vuelto a extinguirse. Jadeé, sin aliento, sorprendido por la fuerza de su Habilidad. Quizá Tordo hubiera podido ser rival para ella; yo jamás estaría a su altura.

Conseguí levantar la cabeza y mirar de nuevo a la mujer, y me sorprendió descubrir que me estaba observando con una sonrisa. Había estado esperándome, dejándome investigar y extraer mis propias conclusiones. Señaló al rey cautivo con un ademán grácil y delicado.

—Kebal Ganapán. Aunque estoy segura de que ya habías adivinado que únicamente mi fracasado catalizador podría ser digno de semejante castigo, Traspíe Hidalgo Vatídico. Bah, no pongas esa cara de pasmo. Estoy limitándome a rematar lo que empezaron los dragones de vuestros Seis Ducados. Cometió la osadía de tensar el arco y disparar sus flechas contra una bandada de ellos que surcaba el cielo, pero el mero paso de aquellas criaturas sobre su cabeza bastó para despojarlo casi por completo de su intelecto. Tampoco es que anduviera sobrado de él, la verdad. Me resultó útil durante algún tiempo. Era ambicioso y taimado, y sabía desenvolverse en la guerra.

Se puso de pie y descendió del estrado, pisando la cabeza del dragón al pasar. Con paso lánguido, se acercó el trono cubierto de excrementos y al escuálido monarca que lo ocupaba, y contempló al prisionero.

—Me falló, a pesar de todo. —Extendió una mano esbelta hacia él. Con las aletas de la nariz dilatadas, el hombre enseñó los dientes como si se propusiera lanzarle un mordisco, pero ella se limitó a sacudir la cabeza casi con afecto, como si se enfrentara a un corcel demasiado fogoso para fiarse de él. Su voz rezumaba dulzura cuando le preguntó—: ¿Debería darle al dragón otro trocito tuyo, mascota? ¿Eso es lo que quieres?

Un espasmo contrajo los músculos que rodeaban los ojos hundidos del rey loco, como si este estuviera esforzándose desesperadamente por recordar algo. El hombre se apartó bruscamente, como si así pudiera defenderse de ella.

—¡Noooooo! —escapó de sus labios, un gemido apenas audible.

—No ahora, tal vez. Tarde o temprano, ni que decir tiene, habrá de consumirte en tu totalidad. Cuando no se te pueda exprimir ni una sola gota más de vitalidad, te arrojaré sobre su mole y veré cómo te fundes con él. Así funciona, ¿no es cierto? —Se volvió de improviso para mirarme—. Cuando el despertar llega su fin, ¿acaso no absorbe por completo el dragón a sus sacrificios? ¿No se fusionan con sus dragones los destacamentos de la Habilidad?

Me mordí la lengua, más sorprendido que deseoso de ocultarle esa información. Hablaba como si los destacamentos se introdujeran en un dragón por la fuerza en vez de voluntariamente. No pensaba sacarla de su ignorancia. Con un gruñido, uno de los guardias levantó el puño, amenazador, pero la Mujer Pálida negó con la cabeza y lo contuvo con un ademán, restándole importancia a mi silencio.

Su mirada se posó ahora en el bufón, que colgaba sin conocimiento entre sus captores; por primera vez se cinceló una arruga en aquel ceño esculpido.

—No le habréis hecho daño, ¿verdad? Os advertí que deseaba que me lo trajerais intacto. Este falso Profeta Blanco es la mayor rareza del mundo, la más extraña de las criaturas. Aunque ahora parezca indigno de ostentar ese título. Fijaos en él, tan oscuro como una flor marchita. ¿Está muerto?

—No, altísima dama. Tan solo se ha desmayado. —El guardia que acababa de responder parecía nervioso.

—Me extrañaría. Zarandeadlo un poquito. Posee la tenacidad de un gato, y seguro que también tantas vidas como cualquiera de ellos, me apuesto lo que sea. Abre los ojos, Tesoro. Vuelve a recibirme con una sonrisa y una reverencia, igual que hicieras ya aquella vez, cuando apenas levantabas un palmo del suelo. Ay, lo dulce que era esta criaturita, como si estuviese hecho de clara batida, leche y cristales de azúcar, un pastelito de niño. Lástima de lengua viperina.

Se inclinó hacia delante de improviso, destilando veneno a cada palabra. Alertado por la tormenta de odio que se cernía sobre él, el bufón aspiró una bocanada entrecortada de aire y se revolvió. Tras un par de intentos infructuosos, consiguió enderezar la cabeza y miró ciegamente a su alrededor, sin parpadear. La comprensión de lo que sucedía rompió contra él con la violencia de una ola gigante. Pensé que iba a proferir un alarido al ver que se le

crispaban todos los músculos del rostro, pero se quedó inmóvil de repente. Me miró y, cuando abrió la boca por fin, habló dirigiéndose solamente a mí:

—Cuánto lo siento. Lo siento muchísimo.

La Mujer Pálida nos dio la espalda y regresó al trono. Se tomó su tiempo en arrebujarse en sus pieles antes de sentarse.

—Este día se ha hecho de rogar —declaró cuando se hubo puesto cómoda—. No veo ningún motivo para demorar su disfrute, ni para precipitarlo. La verdad sea dicha, esperaba que os presentarais ante mí hace un año. Les prometí oro en abundancia a los picazos, pero solo si os traían a ambos, e intactos. Parece ser que no estaban a la altura de las circunstancias. El acuerdo al que habíamos llegado se malogró por culpa de unas ridículas rencillas personales. Como aliados dejaban mucho que desear, con todas aquellas bestezuelas pulgosas brincando a su alrededor, mancillándoles la mente con pensamientos animales igual que se mancillan los hombres que fornican con ovejas. No me extraña que fracasaran. Jamás debí perder el tiempo con ellos. En fin. Eso ya da lo mismo. Aquí estáis los dos, gracias al plan que yo misma había urdido, lo cual hace que la victoria sea todavía más dulce.

Se inclinó hacia atrás y juntó los dedos hasta formar una esbelta pirámide mientras nos observaba, regodeándose.

—Hace tiempo que vuestros aposentos están preparados. Guardias, escoltad a mis invitados a las habitaciones que les corresponden y encargaos de que las aprovechen al máximo. Descansa, Traspíe Hidalgo, y relájate. No tardaré en requerir tu presencia de nuevo. Antes de eso, ¿no tienes que hacerme ninguna pregunta? ¿No? Lástima. Rara vez me ofrezco a satisfacer la curiosidad de nadie, pero por ti habría hecho una excepción. Cuanto más sepas, no me cabe la menor duda al respecto, antes comprenderás hasta qué punto te ha engañado y utilizado nuestro queridísimo y adorable farsante. Lleváoslos, pero sin brusquedades; con delicadeza. No les toquéis ni un pelo de la cabeza.

Nos separaron en la puerta de la sala del trono. Los captorees del bufón lo condujeron en una dirección mientras los míos me empujaban en la contraria.

—¡Traspíe! —exclamó de repente, sobresaltándome. Forcejeé con los guardias para volverme hacia él. Uno de los hombres me retorció el brazo a la espalda. Planté los talones en el hielo, resbalando mientras seguían alejándose a

rastras, implacables. Los gritos del bufón llegaron atenuados a mis oídos—. ¡Conocía mi destino! ¡Lo elegí a sabiendas! ¡Mantente firme y no dudes! ¡Todo va a salir tal co...! —Sus voces dieron paso a un chillido truncado. Mis captores doblaron una esquina y se internaron en otro pasillo de hielo.

—¿Adónde lo llevan?

Por toda respuesta recibí otra muestra de lo que los guardias de la Mujer Pálida entendían por delicadeza; un puño enfundado en un guantelete hizo que me doblara por la mitad. Apenas si me dio tiempo a recuperar el aliento antes de que se detuvieran ante una de las puertas congeladas. Uno de los guardias sacó una herramienta alargada y la introdujo en una pequeña abertura en el hielo. La zarandeó hasta que oí cómo cedía un pestillo y, a continuación, abrió la puerta con ella. Me arrojaron adentro, donde aterricé de bruces encima de las raídas pieles de ciervo que cubrían el suelo. Uno de los hombres me siguió. Intenté alejarme rodando para escapar del castigo que pensé que se proponía infligirme, pero se limitó a sujetarme las muñecas atadas y tirar violentamente de ellas, hacia arriba, antes de volver a soltarlas de golpe. El cuchillo que había empleado para cortar mis ligaduras me produjo un rasguño de pasada. Eso no pareció preocuparle, pero me advirtió:

—¡No hagas ruido! A ella no le gusta. Y a mí tampoco me gustaría tener que venir a repetírtelo.

La puerta de hielo se cerró tras él antes de que me diera tiempo a pensar en alguna respuesta. Todavía me sentía aturdido a causa del golpe que había recibido en la cabeza. La levanté lo justo para asegurarme de que no hubiera nadie más en la cámara. Volví a dejarla caer en cuanto me hube cerciorado de que no había ningún forjado al acecho, cerré los ojos e intenté poner algo de orden en mis pensamientos.

Cuando los abrí de nuevo había transcurrido un minuto, o un día, o toda una semana. La luz de la cámara era la misma. No se me había ocurrido ninguna idea útil, y cabía la posibilidad de que me hubiera quedado dormido. Me incorporé muy despacio, dolorido. La oleada de preocupación por el bufón que me sobrevino de repente borró todos mis malestares. ¿Adónde se lo habrían llevado? ¿Cuál sería su suerte? De pronto me pareció incomprensible que no nos hubiéramos esforzado más por evitar que nos separaran.

Tardé muy poco en explorar toda mi celda. La cama consistía en un cajón de madera lleno de paja con varias mantas encima. El cubo que ocupaba una esquina hacía las veces de retrete. Había otro lleno de agua congelada en la superficie. El trapo que yacía a su lado sugería que debía de ser para lavarse. Las antedichas pieles de ciervo en el suelo. Me tanteé la ropa. Los guardias debían de haberse llevado las herramientas del dragón aprovechando que estaba inconsciente. Me habían dejado sin armas, ni siquiera conservaba el pequeño cuchillo del bufón. La rendija al pie de la recia puerta era mi única ventana. Había un orbe de luz instalado en el techo, lejos de mi alcance. Nada de comida. Nada con lo que medir el paso del tiempo. Me trasladé del suelo a la cama, por llamarla de alguna manera. Recordé el consejo que me diera Ojos de Noche hacía tiempo: cuando dormir es el único consuelo que te queda, tómalo. Al menos así estarás descansado para enfrentarte a lo que venga a continuación.

Cerré los ojos e intenté conciliar el sueño. No dio resultado. Intenté Habilitar. Nada. Me proyecté con la Maña. Percibí débilmente la proximidad de otros seres humanos en las inmediaciones, pero la presencia imperante era la del dragón. También Yama de Hielo se desvaneció. Me senté y apoyé la nuca magullada en la pared de mi celda congelada. El frío mitigó las dolorosas palpitaciones. Debí de quedarme traspuesto, pues desperté con el pelo pegado a la pared. Me liberé de la escarcha lentamente, con irritación, refunfuñando para mis adentros.

Me dio tiempo a explorar varias veces la rendija de la puerta y el resquicio que ribeteaba sus contornos antes de que regresara nadie. Me pregunté si debería sentirme halagado al ver que, en esta ocasión, la Mujer Pálida había enviado tres guardias. Me encontraron sentado en el suelo, con la mirada puesta en el pasillo. No eran los mismos que nos habían capturado.

—¡Túmbate en el suelo, boca abajo! —me ordenó uno de ellos a través de la rendija de la puerta.

Obedecí. Enfrentándome a tres hombres no restablecería mi condición física en la vida. Los oí entrar y, sin mediar palabra, uno de ellos me plantó una rodilla en la espalda para inmovilizarme mientras me ataba las muñecas. Utilizaron la cuerda y mi pelo para ponerme de pie. Formaban un equipo con experiencia; no necesitaban decirse nada para coordinarse mientras me sacaban de la celda y me

empujaban por el pasillo, que empezamos a recorrer envueltos en un adusto silencio.

—¿Y mi compañero, el hombre leonado que estaba conmigo?

Un puñetazo en el costado, justo debajo de las costillas, fue toda la contestación que me dieron. Reanudaron la marcha, arrastrándome, hasta que conseguí recuperar el equilibrio y acompasar mi paso al suyo. No nos cruzamos con nadie en los pasillos helados, los cuales me parecían todos iguales; me di cuenta de que estaba totalmente desorientado. Aunque me hubieran liberado en aquel mismo instante, no habría sabido por dónde empezar a buscar ni al bufón ni la salida. Por ahora no me quedaba más remedio que acompañarlos.

Llegamos a un pórtico de hielo arqueado con puertas de madera pulida. Uno de los guardias llamó con los nudillos. Una voz femenina nos invitó a pasar. Las puertas se abrieron, y entramos en el dormitorio de la Mujer Pálida.

La distribución de los orbes blancos que alumbraban la estancia era muy arbitraria; repartidos por el suelo y encima de una mesita baja, su claridad solo iluminaba el centro de la habitación. Un brasero de hierro ardía sin emitir humo, añadiendo una discreta nota de calidez. Las sombras desdibujaban los contornos del resto del cuarto. Atisé una cama de grandes dimensiones agazapada en un lateral, así como una hilera de criados que, en pie y en silencio, aguardaban a que alguien solicitara sus servicios. No sabría precisar el tamaño del dormitorio. La Mujer Pálida acababa de salir de una bañera repleta de agua caliente que parecía estar hecha de algún tipo de cristal muy grueso. Su contenido presentaba un blanco lechoso y, en alas del vapor que desprendía, se elevaba una fragante nube de flores de verano. Desnuda, se colocó encima de una mullida piel blanca de oso y nos observó plácidamente mientras dos imperturbables doncellas le secaban la piel y el cabello. El hecho de encontrarse expuesta por completo a nuestras miradas no parecía incomodarla en absoluto. La mujer era blanca de la cabeza a los pies, como una muñeca de nieve o una estatua de mármol. El agua le aplastaba la nívea melena contra el cráneo y goteaba de las puntas ahusadas de sus largos mechones. Los pezones erectos descollaban como pinceladas de sutilísimo rosa en sus senos esféricos. La fina mata de vello que recubría sus ingles era tan marfileña como el resto de su figura. Hacía gala, al igual que el bufón, de una esbeltez que le estilizaba las extremidades y cimbreaba su talle,

pero ningún hombre podría mirarla sin sentir una punzada de deseo merced a la rotunda voluptuosidad de sus pechos y sus caderas. Y ella lo sabía. A pesar de lo cual se exhibía ante nosotros, cautivo y captores por igual, como si el saberse capaz de alardear de su cuerpo y, al mismo tiempo, estar a salvo de atenciones indeseadas enfatizara el poder que ejercía sobre todos cuantos la rodeaban. Los tres guardias que me custodiaban, dos a los lados y otro a mi espalda, se mantuvieron impertérritos y no reaccionaron de ninguna manera al ver así a su señora.

Las doncellas le trajeron unas suaves botas de piel y la envolvieron en una bata de finísima seda, la cual cubrieron a continuación con un recio manto de lana ribeteado de piel blanca. Se tomó su tiempo antes de sentarse en un trono de madera oscura con el respaldo bajo. Entró una tercera marginada, en quien reconocí a Henja de inmediato, portando una toalla limpia, cepillos y horquillas para el pelo. Se colocó detrás de la Mujer Pálida y empezó a arreglarle el cabello, todavía mojado. La noble dama, mientras tanto, aún no había dicho ni una palabra. Se reclinó en su asiento y se entregó a las atenciones de la mujer evidentemente complacida, con los párpados entornados reducidos a dos estrechas rendijas mientras el cepillo de marfil de Henja se deslizaba con parsimonia por sus niveos cabellos. Ya con la melena desenredada, entretejida en multitud de larguísimas trenzas y sujeta en su sitio con las horquillas, abrió los ojos y paseó la mirada por la estancia. Me contempló como si me viese por vez primera, con el ceño discretamente fruncido.

—¡Todavía no se ha lavado! ¿No os dije que le proporcionarais agua para lavarse antes de que lo trajerais?

Los guardias se acobardaron.

—Así lo hicimos, mi señora —se apresuró a decir uno de ellos—. Pero no le hizo caso.

—No estoy complacida. —Ante estas sencillas palabras, los guardias palidecieron.

La mirada de la Mujer Pálida se clavó en mí.

—Apesta como Kebal Ganapán. Pensaba que los hombres de los Seis Ducados eran más limpios. —Sus ojos apuntaron a la bañera—. Remédialo ahora mismo. Ahí tienes agua. —Volvió a repantigarse en el trono,

desafiándome—. Báñate, Traspíe Hidalgo. Vamos a cenar juntos y preferiría oler la comida, no a ti.

Me mantuve impertérrito, sin permitir que mi expresión se alterara. Una sonrisita perezosa se dibujó en sus labios.

—¿Acaso temes perder la honra por el mero hecho de desnudarte y lavarte? Te aseguro que la mayoría de mis sirvientes ni siquiera recuerdan lo que es la dignidad, y mucho menos les importa la tuya. Te aferras a tu pestilencia como si esta fuese motivo de orgullo. Te prometo una cosa: perderás mucho más que la dignidad como me vea obligada a ordenar que te bañen. Decídette, rápido. No tengo paciencia, ni pienso soportar semejante hedor en mi mesa. —En un aparte para sus criados, comentó—: Cualquiera diría que del hijo de un rey, por bastardo que sea, se podría esperar que tuviera un poquito más de orgullo.

—Tengo las manos atadas —fue mi sucinta respuesta.

No dejaba de devanarme los sesos en busca de una posible escapatoria, de cualquier ventaja que pudiera proporcionarme la situación, mas todo era en vano. Sus palabras me habían llamado la atención sobre la pestilencia que emanaba de mí. Al tiempo que me sobreponía a una punzada de vergüenza, comprendí cuál era su estrategia. Chade me había explicado, hacía mucho, lo útil que resultaba demoler el orgullo y la autoestima de una persona antes de interrogarla. En algunos casos era más eficaz que la tortura. Despoja a un hombre de su dignidad, enjálalo como si fuera una bestia y, cuando le ofrezcas recuperar los pequeños placeres de la civilización, en la mayoría de los casos responderá con una gratitud desproporcionada. A veces solo hace falta un pequeño gesto amable para ganarse a alguien. Encerrados en una celda, ateridos, a oscuras y sin alimento, hay quienes percibirán una vela y un tazón de caldo caliente como la promesa de una amnistía. Cuesta mucho menos doblegar así a una persona que torturándola.

La Mujer Pálida me sonrió.

—Ah, sí. Las ligaduras te entorpecerían —hizo un gesto para uno de los guardias—. Llévalo a la bañera y desátalo.

Recibí un empujón que despejó todas mis dudas acerca de lo que podría ocurrir como continuara oponiéndome a sus deseos. Resistiéndome, solo conseguiría darles a los guardias otra excusa para vapulearme. Obedeciendo,

podría obtener alguna ventaja, cuando menos que me soltaran las manos. Apreté los dientes y me despedí de mi dignidad. Con las manos ya libres, me situé de espaldas a la mujer y me quité la ropa. En el proceso, conseguí ocultar en la palma de mi mano el alfiler con forma de zorro del interior de la camisa. Me metí en el agua y me lavé de prisa, negándome a permitir que el agua caliente me reconfortara en exceso. Una de las mujeres me acercó un cuenco lleno de suave jabón. Sin saber muy bien por qué, me sorprendí dándole solemnemente las gracias. No obtuve respuesta. El agua se había vuelto de color gris cuando salí de ella. Se me acercaron dos mujeres, portando sendas toallas. Las cogí y les volví la espalda para secarme. Regresaron un momento después, en esta ocasión para ofrecerme unas zapatillas de fieltro y un albornoz blanco de lana. Mi maltratado atuendo de Gama se había desvanecido. Me puse la ropa que me tendían, oculté el alfiler en la cara interna del cuello del albornoz y me volví hacia los demás ocupantes de la sala. La Mujer Pálida había movido su silla para poder observarme.

—Qué colección de cicatrices más interesante —musitó, con una sonrisa felina—. Posees el cuerpo de un guerrero. Aféitalo, Henja. Quiero verle bien la cara al hombre que estuvo a punto de convertirse en monarca.

Me sorprendieron sus palabras. Nunca había pensado en mí en esos términos. El título que había empleado resonó con el timbre de la verdad por unos instantes, pero me esforcé por apagar sus ecos, sabedor de que no se trataba más que de otra estratagema. Las dos mujeres habían regresado, acarreando una silla, y Henja reapareció con un cuenco, jabón y una hoja de afeitar.

—Lo haré yo mismo —me apresuré a decir. La idea de que cualquiera de aquellas mujeres blandiera una cuchilla junto a mi garganta me resultaba intolerable.

—De eso ni hablar —me informó la Mujer Pálida, con el fantasma de una sonrisa en los labios—. No creas que te subestimo, Traspíe Hidalgo. Sé para qué te entrenaron. Tu familia te convirtió en un asesino, no en príncipe. Nunca permitieron que vieras aquello de lo que te habían privado. Lo haré yo. Te mostraré el legado que te correspondía antes de que te lo denegaran. Sin embargo, mientras no esté segura de que comprendes la magnitud de cuanto te

ofrezco, por tus manos no pasará ningún arma. Y ahora, siéntate y quédate quieto. Henja es muy diestra administrando cuidados físicos, pero no respondo de lo que pueda ocurrir si te mueves.

Creo que no me he sentido más incómodo en toda mi vida. Mientras Henja me afeitaba y me cepillaba el pelo mojado, las demás sirvientas se dedicaron a examinarme las manos y cortarme las uñas. La Mujer Pálida, mientras tanto, no dejaba de observarme como una gata al acecho de un pajarillo. Nunca antes me habían mimado de esa manera, pero las lujosas atenciones me resultaban más humillantes que reconfortantes. Solo una vez abrí la boca, para preguntar:

—¿Dónde está el bufón?

La cuchilla de Henja inmediatamente me practicó un corte en el cuello. Noté cómo manaba el reguero de sangre. La sirvienta apretó una toalla contra la herida, con firmeza, para contener la hemorragia mientras la Mujer Pálida respondía:

—Para mí que lo tenemos delante, ¿no te parece?

Así las cosas, su evaluación me pareció irrefutable. Los guardias soltaron una discreta risita de compromiso, pero una mirada de soslayo de su señora bastó para que recuperaran la compostura. Mientras las doncellas me acicalaban y los centinelas clavaban al frente sus frías miradas, otro par de criados trajo una mesa. La cubrieron con un mantel blanco sobre el cual distribuyeron varios cubiertos y recios platos de plata. Encendieron un candelabro equipado con seis largas velas de color blanco y trajeron varias bandejas y fuentes cubiertas de las que emanaban provocadoras y deliciosas vaharadas de olores. Trajeron también vino y copas y, por último, dos sillas con cojines que colocaron en los extremos de la mesa. Henja me secó el rostro y se hizo a un lado para saludar con una reverencia a su ama. La Mujer Pálida se acercó a mí, aunque se quedó a un brazo de distancia. Ladeó la cara y me escudriñó fríamente, de la cabeza a los pies, como si yo fuese un caballo que ella estuviera pensando en comprar.

—No estás mal hecho —me dijo—. Antes de que tu familia consintiera que te maltrataran, debiste de ser apuesto. En fin. ¿Cenamos?

Se dirigió a su silla, que uno de los guardias retiró para ella. Me levanté y fui tras ella hasta la mesa, consciente de que uno de los centinelas seguía todos mis pasos. Con un ademán, la Mujer Pálida me indicó que me sentara enfrente de

ella. Una vez instalado, agitó de nuevo la mano. El guardia apostado a mi espalda se retiró a las sombras del fondo de la habitación. A una orden de mi anfitriona, los pálidos orbes de la sala se atenuaron de repente. Quedó únicamente la luz de las velas, que nos aislaba en un islote de claridad amarilla. La iluminación confería un falso aire de intimidad a la escena, pues sabía que tanto sus guardias como sus doncellas acechaban invisibles en la penumbra, observándonos desde el exterior del círculo de luz del candelabro.

La mesa era pequeña. Utilizó un cucharón para llenar un cuenco de sopa y lo depositó ante mí antes de servirse de la misma fuente.

—Para que no pienses que intento envenenarte ni drogarte —me explicó mientras cogía la cuchara—. Come, Traspie Hidalgo. Te gustará, y sé que debes de tener hambre. No voy a distraerte con ninguna conversación todavía. —A pesar de todo, esperé a que hubiera ingerido dos cucharadas antes de probar la sopa a mi vez.

Estaba muy rica, una crema blanca y sabrosa en la que flotaban generosos tropezones de tubérculos y tiernos trocitos de carne. Era lo más delicioso que me había llevado a la boca desde que salí de Torre del Alce, y me lo habría zampado en un abrir y cerrar de ojos si mis modales no me hubieran refrenado. Puesto que el autocontrol parecía ser la única protección que me quedaba, me obligué a paladear cada bocado y a ganar tiempo cogiendo pan de la cesta que me ofreció y mantequilla de una bandeja. Llenó las copas de vino blanco y, cuando la sopa se hubo acabado, me invitó a servirme de un plato con tiernas y pálidas tajadas de carne de ave. Estaba deliciosa, y la comida me templó los nervios pese a mi deseo de no bajar la guardia. Había pudín de avena de postre, con olor a vainilla y espolvoreadas con cálidas especias. Las atacamos con la cuchara sin que ella dejara de observarme en todo momento, callada y calculadora. El vino ronroneaba en mi sangre, relajándome. Me rebelé contra esa sensación, hasta que reconocí lo que era. Respiré hondo y me dejé llevar. Este no era el momento de ofrecer resistencia.

Sonrió. ¿Habría presentado mi rendición? La percepción que tenía de su persona se acentuó. La envolvía algún tipo de perfume, una fragancia que recordaba a la flor del narciso.

Cuando hubimos terminado, nos levantamos. Avisó a los sirvientes invisibles

con un ademán. Salieron de las sombras para llevarse la mesa, y el brasero llameó con más intensidad cuando uno de los hombres lo alimentó. Frente a él habían colocado un diván mullido, curvado en forma de semicírculo. La Mujer Pálida se acercó a él, se sentó y dio una palmadita en los cojines que había a su lado. La seguí y me hundí en su cómodo abrazo. La amabilidad de mi anfitriona estaba desarmando mi suspicacia. Ahíto de vino y manjares, mi agudeza comenzaba a embotarse. Ahora intentaría sonsacarme la información que buscaba con preguntas aparentemente inocentes. Procuré no pensar en nada en particular. Mi objetivo principal era mantenerme alerta y extraer de ella todo cuanto pudiera sin desvelarle demasiado a mi vez. Esbozó una sonrisa, y temí que me hubiera leído el pensamiento. Pero luego recogió las piernas bajo su cuerpo, tal como habría hecho el bufón, y se inclinó hacia mí, apuntándome con sus rodillas redondeadas.

—¿Me parezco mucho a él? —preguntó sin previo aviso.

De nada serviría negarlo.

—Sí. Muchísimo. ¿Dónde está?

—A buen recaudo. Te cae muy bien, ¿no es así? ¿Lo quieres? —Continuó sin darme tiempo a replicar nada—: Pues claro que sí. Es el efecto que surge en la gente, cuando le place. Es tan misterioso, tan encantador... ¿No te halaga el mero hecho de que te ofrezca siquiera la posibilidad de conocerlo? Baila en los límites de tu comprensión, ofreciéndote diminutas pistas sobre su auténtica identidad, como quien se entretiene dándole terroncitos de azúcar a un perro. Con cada bocado que te ofrece, te sientes valorado por la confianza que deposita en ti. Y mientras tanto, él te exprime todos los conocimientos que necesita, te pone en peligro y te obliga a soportar mil penurias para que él logre sus objetivos, y te arrebatara todo cuanto posees.

—Es mi mejor amigo. Me gustaría verlo y comprobar que estén tratándolo bien. —Mis palabras sonaban crispadas. El corazón me había dado un vuelco en el pecho. Su descripción del bufón era despiadadamente exacta. Aquello me desmoralizó, y vi que ella lo había notado.

—Pues claro que sí. A lo mejor más tarde. Cuando hayamos hablado. Dime: ¿realmente crees que es el Profeta Blanco, destinado a enderezar el rumbo del mundo?

Me encogí de hombros. Lo cierto era que nunca había encontrado una respuesta en firme a esa incógnita. Sin embargo, me sentí como si estuviera traicionando al bufón cuando respondí:

—Es lo que él siempre me ha dicho.

—Ah. Pero lo mismo podría haberte contado que era el Rey Perdido de la Isla de las Fábulas. ¿Eso también te lo habrías creído?

—Nunca me ha dado motivos para dudar de él. —Aunque me esforcé por hablar con decisión, notaba la duda que había sembrado en mi corazón.

—¿No? Qué curioso. En tal caso, tendré que dártelos yo. —Estiró un brazo y, de un recipiente que hasta entonces había permanecido oculto en el suelo, cogió un puñado de algo. Lo arrojó a las llamas, provocando que un olor dulzón a rosas se elevara de ellas. Se rio de mí al ver que me apartaba de aquel vapor invisible—. ¿Temes que intente narcotizarte? No me hace falta. Tu propia lógica y tu sentido común bastarán para convencerte. Veamos. Nuestro amigo te ha contado que es el Profeta Blanco. Aunque a la vista está que su piel ya no es ni siquiera tan pálida. Te habrá explicado que los Profetas Blancos conservan ese color hasta el fin de sus largas vidas, ¿verdad? ¿Tampoco? Bueno, pues ya lo sabes. Descendemos, como tal vez haya tenido el detalle de decirte, de los auténticos Blancos de las leyendas. Un pueblo prodigioso, desaparecido hace mucho de este y de todos los demás mundos. Blancos como la leche y sabios sin igual. Pues eran clarividentes.

»Ahora bien, cualquiera con dos dedos de frente sabe que el futuro no es inamovible. Al término de cada momento florece un número infinito de futuros posibles, y la caída de un simple pétalo de rosa puede alterar hasta el último de ellos. Algunos son más probables que otros, no obstante, y unos pocos lo son hasta tal extremo que forman atronadores canales por los que discurren las embravecidas aguas del tiempo. En la antigüedad, antes de que vuestro pueblo comenzara a plantearse estas cuestiones, nosotros, los Blancos, nos dimos cuenta de esto y vimos también que, merced a nuestras intervenciones, podíamos aumentar o disminuir las posibilidades de fructificar de un futuro determinado. Garantizar uno u otro en particular no era algo que estuviera en nuestra mano, evidentemente, pero sí que podíamos utilizar nuestros conocimientos para guiar a otros seres menos avanzados por derroteros que, a la

larga, terminarían por desembocar en aguas más plácidas y seguras para el discurrir del tiempo, con lo que todos saldríamos beneficiados. ¿Entiendes lo que te estoy contando, Traspié Hidalgo?

Asentí lentamente con la cabeza. A pesar de sus palabras, el fragante humo que emanaba del brasero me empujaba a inclinarme hacia ella. Percibía con nitidez su piel perfumada y su sedosa cabellera blanca, tan sofisticadamente trenzada. La proximidad de su cuerpo se infiltraba en mi piel como lo hace la savia en los primeros brotes de la primavera. Se me escapó un suspiro, y la mujer sonrió. Sin saber cómo, parecía encontrarse más cerca que antes.

—Sí. Eso es. Piensa en cómo habéis llegado hasta aquí, adentrándoos en mi fortaleza por vuestro propio pie para caer en mis redes. Sabía que, tarde o temprano, os poseería a los dos. Sin embargo, los mecanismos que habrían de dejaros en mi poder no estaban claros. De modo que me propuse echarle una mano al futuro, para lo cual puse en marcha una serie de acontecimientos que, si no lograban conducirnos aquí, acabarían con vosotros. Mis agentes negociaron con Regio... sí, ya lo creo... para que determinadas herramientas que podrían haberte resultado útiles se colocaran lejos de tu alcance. Numerosos forjados recibieron el encargo, además, de encontraros a Veraz o a ti, y mataros. Ciertamente todos ellos fracasaron, pero nunca dejé de perseverar. Destiné a Henja a Torre del Alce y sobornamos a los picazos para que te capturaran y te trajeran ante mí. También ellos fallaron. Desplegué mis redes una vez más y te envié un pastel con corteza feérica para truncar tu magia, pero solo probaste un trocito y así, una vez más, diste al traste con mis planes. Capturé a los hombres que Chade había encargado buscar provisiones, a sabiendas de que deberíais venir tras ellos. Pero antes de que pudiera capturaros os desvanecisteis sin que supiera cómo. Tan solo para caer directamente en mis redes. Ese es el poder de la corriente del tiempo, Traspié Hidalgo. Era prácticamente inevitable que acudieras a mí. Podría haber confiado en que la suerte te trajera hasta aquí, pero los Blancos tenemos por costumbre ver cumplido el futuro que deseamos. Incluso cuando sabíamos que nuestra raza iba a desaparecer de la faz de este mundo, intentamos adelantarnos en el tiempo para asegurarnos de no perder toda nuestra influencia.

»Verás, la clarividencia de los Blancos les advirtió de que algún día

perecerían, y de que el mundo tendría que componérselas como pudiera para salir adelante sin ellos. Pero había alguien, una mujer cuya visión era aún más aguda que la del resto de su especie, que sabía que su influencia podría perpetuarse si ella accedía a mezclar voluntariamente su sangre con la de un mortal ordinario. Y así lo hizo. Se dedicó a vagar por el mundo y, cuando encontraba un héroe digno, engendraba un hijo con él. Tuvo seis varones y otras tantas niñas, cuyo aspecto era tan humano como el de cualquiera. Pero cuando abandonó el mundo lo hizo muy satisfecha, pues sabía que cuando los descendientes de su progenie se encontraran e hicieran el amor, nacería un bebé Blanco. Ni su sabiduría ni sus dones proféticos caerían en el olvido. ¿No es una historia maravillosa?

—Según el bufón, no puede haber más que un Profeta Blanco a la vez.

—El bufón, ay, qué apelativo tan cariñoso y encantador. —Los labios de la Mujer Pálida se curvaron como un arco de marfil para esbozar una sonrisa—. Y qué apropiado, me sorprende que te permita llamarlo así. —Exhaló un suspiro teatral—. Supongo que debería celebrar que fuese sincero contigo. Sí. Tan solo un Profeta Blanco puede reinar. Y para esta época, ni que decir tiene, esa soy yo. Él es una rareza de nacimiento, un engendro anacrónico. Supongo que por eso se le ha empezado a oscurecer la piel. Si se hubiera quedado en el templo hasta ahora, no podría haber ocasionado daño alguno. Pero sus custodios siempre fueron demasiado blandos con él, se dejaron embaucar por sus encantos de niño travieso. De modo que se escabulló y salió a recorrer mundo, sembrando la discordia a su paso. Veamos si somos capaces de arreglar este desaguizado, siquiera en parte, tú y yo. Dime: ¿qué destino tan espantoso es ese que teme que se abata sobre la faz de la tierra, hasta el punto de atreverse a medir su insignificante influencia con la mía?

Guardé silencio durante unos momentos antes de reconocer:

—No lo sé a ciencia cierta. Una era de tinieblas y malevolencia.

—Erm. —De la garganta de la mujer escapó un ronroneo complacido, como el que podría emitir una gata al ovillarse en su rincón favorito—. En fin, te hablaré en términos más llanos que él. Lo que teme es el momento en que los más fuertes gobiernen y derroten el salvajismo y el caos que campan por sus dominios. Nunca he entendido por qué equipara eso con el mal. Para mí es un

objetivo. Tengamos por fin orden y productividad, veamos cómo los más fuertes engendran vástagos tan fuertes como ellos que los sucedan. Si mi empresa se salda con éxito, me encargaré de restaurar el equilibrio de poder en el mundo. La suerte siempre ha dado la espalda a mis pobres marginados, los cuales dedican sus débiles y fríos veranos a arar campos cuajados de piedras, dependientes del mar implacable para su subsistencia. Se han convertido en un pueblo fuerte, a pesar de todo, y se merecen algo mejor. He venido para intentar ayudarlos. Pero tu leonado amigo opina que sus ideas son más válidas que las mías. Piensa, entre otras insensateces, que debe propiciar el regreso de los dragones al mundo, que la hegemonía de la humanidad necesita un rival que le ponga freno. ¿No te lo había contado?

—Alguna vez se ha expresado en términos por el estilo, sí.

—¿De veras? No deja de sorprenderme. ¿Y qué extraordinaria virtud sostiene haber visto en la restauración de un depredador inmenso para el que el mundo entero no es sino su coto privado de caza? ¿Un depredador que no respeta límite alguno, que no admite ninguna autoridad sobre él y para el que la humanidad es, en el mejor de los casos, útil casi exclusivamente como fuente de alimento? Dime: ¿te seduce la idea de ver a tus congéneres convertidos en ganado para esas gigantescas bestias cubiertas de escamas?

—No especialmente.

Era la única réplica posible ante semejante pregunta, pero volví a sentirme como si estuviera cometiendo una traición. Las calculadas palabras de mi interlocutora estaban sembrando en mí el germen de una incertidumbre cuyas raíces no dejaban de desplegarse por todo mi ser.

Se carcajeó, divertida por mi respuesta, y se rebulló hasta reacomodarse más cerca de mí.

—Por supuesto que no. Ni a ti ni a nadie. Quizá sea una Blanca, pero nací de padres humanos.

Forcejeé un poco.

—Sin embargo, envías a los marginados contra mi pueblo, les ordenas que sus Velas Rojas asolen nuestras costas. Incendian, saquean y forjan a mi gente. Eso no está bien.

—¿Crees que soy yo la que los instiga? Ay, qué manera de retorcer las cosas.

Mi querido amigo, lo que hago es contenerlos. Los disuadí e impedí que reclamaran para sí las tierras que habían conquistado. Ya has visto a Kecal Ganapán. ¿Te parece que haya visto cumplidos sus sueños de ocupación y saqueo? Por supuesto que no. ¿Quién lo ha puesto en su sitio? Yo. ¿Cómo puedes saber eso y tenerme por enemiga de tu pueblo?

Carecía de respuesta para esa pregunta. Le volví la espalda y contemplé fijamente el brasero. Sentí de nuevo el cosquilleo de mi Habilidad y oí, o me pareció oír, la música lejana de Tordo. Me dije que eran imaginaciones mías, pues la Habilidad había muerto en mi interior. Noté el frío tacto de la mujer en mi mejilla, y me obligó a mirarla a los ojos. La nívea columna de su garganta me dejó absorto. Qué suave sería bajo la punta de mis dedos.

—Tu bufón —habló sin dejar de sostenerme la mirada— no mentía al decir que los Profetas Blancos existen para alterar el devenir de la historia. Yo he hecho cuanto estaba en mi mano. No he podido cambiar por completo el curso de los acontecimientos, pero lo intenté. Aunque las Velas Rojas asolaron vuestras costas, no han ocupado los territorios del interior. —Sentí que sus palabras, tan sencillas y razonables, me envolvían como una red—. Cuando los traidores de tu tierra vendieron los libros sobre vuestra magia a los mercaderes de Kecal, no pude evitar que la aprendiera e intentase volverla contra tu pueblo. Pero una parte de la culpa debe recaer sobre tus compatriotas. Al fin y al cabo, fueron ellos los que vendieron los pergaminos de la Habilidad, ¿no es así? ¿Y por qué? Porque un hijo menor de innegable linaje real ambicionaba más poder para sí. Sé que Regio no te gustaba. Tampoco a él le caías bien tú. En el fondo sabía que eras un ser extraordinario, que, en el entramado de todas las líneas temporales posibles, tu nacimiento obedecía a un inusitado cúmulo de casualidades. Casi por instinto, se esforzó por desembarazarse de ti para que el tiempo pudiera discurrir por el canal que se le había asignado. Piénsalo. Regio comerció en secreto con los marginados. De haber llegado al poder, dicho comercio habría sido más abierto. Los marginados habrían sido acogidos en vuestras costas en calidad de mercaderes, no como invasores, para mutuo beneficio de todos. ¿Tan espantoso habría sido algo así? Es lo que habría ocurrido, de no ser por las maquinaciones de tu bufón. Te seré franca. Semejantes paz y prosperidad habrían exigido que tu chispa vital se apagase

antes. Pero, sinceramente, ¿dirías que el precio habría sido demasiado alto? Una y otra vez te has mostrado dispuesto a renunciar a todo por tu familia. ¿Acaso no era Regio pariente tuyo, tan Vatídico como tú? Si hubieras dado la vida por él, rápida y misericordiosamente, ¿no habría sido un sacrificio honorable?

Había cogido mi opinión sobre el mundo, la familia y los Seis Ducados para retorcerla hasta volverla irreconocible. El sedoso hilo de su discurso se envolvía inexorable a mi alrededor, mutando en una nueva verdad que me maniataba. Tanteé en busca de todo cuanto había conocido hasta hacía apenas unos instantes y encontré un fallo en su razonamiento.

—Si yo no hubiera nacido, habría reinado mi padre.

Se le escapó una risita, pero sus labios se curvaron en un gesto amable.

—Ay, te aferras a un clavo ardiendo y lo sabes. Tu padre habría perecido, sin descendencia, en un accidente de caza cuando aún era joven. He sido testigo de ello, una y otra vez, en mis visiones. Veraz no se habría casado nunca, y una fiebre se lo habría llevado al invierno siguiente. Si hubieras muerto en el momento indicado, el trono habría pasado a Regio sin complicaciones. Habría obtenido el beneplácito y el asesoramiento de su padre, y se habría convertido en un gran gobernante. Sí, la estirpe habría terminado con él, pero su fin habría sido espléndido, señalado por la paz y la abundancia, tanto para los Seis Ducados como para las Islas del Margen. No tengo ningún motivo para engañarte al respecto. Ya es demasiado tarde para que ese futuro se cumpla, así que ¿qué podría empujarme a mentirte?

Lo ignoraba y, al mismo tiempo, lo sabía. La Habilidad aleteó de nuevo en los límites de mi consciencia. Era una magia veleidosa, poco fiable. Lo sabía; siempre lo había sabido. Noté que mi interlocutora me lo subrayaba. *No le hagas caso.*

—Pretendes confundirme a propósito. Te contradices y retuerces la verdad tal como yo la conozco. Te burlas de mí.

Se rio con voz ronca, entusiasmada.

—Pues claro que sí. Exactamente igual que tu querido bufón. Te encanta cuando hilvana sus palabras a tu alrededor, ofreciéndote mil maneras distintas de ver el mundo. Tal como habrás de deleitarte conmigo, ahora que obras en mi poder. Pues serás mío. Así debe ser. Tenemos que trabajar juntos para devolver

el mundo a su auténtica trayectoria. No con tu muerte, esta vez, sino con la vida que voy a insuflarte. Ahora serás mi catalizador, un catalizador mil veces más poderoso que Kebab Ganapán. Y te deleitarás conmigo mil veces más que con tu lamentable bufón. Pues estamos hechos, al fin, el uno para el otro. No seremos profetisa y catalizador, sino hembra y varón, ensamblados en un todo que habrá de mover el mundo. Me convertiré para ti en todo cuanto él anhelaba ser, en secreto, sin poder serlo. Solo que, mientras que él adolecía de tantos defectos, conmigo conocerás la perfección. Comprenderás que no estás traicionándolo, sino siendo leal al mundo y al modo en que todo ha de ser. Saborea la dulzura del mundo tal como podría haber sido. Saboréala.

Su rostro había continuado acercándose al mío mientras hablaba, y su boca tocó ahora la mía. Sus labios eran todo suavidad; su lengua, un helor imperioso que se insinuó entre los míos. Y lo que decía era cierto. Una dulzura embriagadora, más agreste que cualquier otra que hubiera experimentado jamás, se propagó por mi interior al frío contacto con ella. Me estremecí mientras apoyaba las manos en sus hombros y retenía su boca contra la mía.

Me sobrevino una oleada de lujuria, y lo propicio, lo inevitable, del momento apartó cualquier otra consideración de mis pensamientos. No me importaba que sus guardias y sus doncellas estuvieran observándonos desde el otro lado del círculo de luz de las velas; no me importaba nada, salvo la reluciente y blanca perfección de su cuerpo. Tan solo una ausencia empañaba el brillante futuro que me brindaba. Dejé que mi mente a la deriva flotara hacia ella.

—Nuestro hijo será precioso —me aseguró mientras me soltaba y se incorporaba—. Te llenará de gozo. Te lo prometo.

La sinceridad que destilaban sus palabras me produjo un escalofrío de la cabeza a los pies, como si corriera por mis venas un torrente de plata y hielo. Un niño, podría darme un hijo al que abrazar y querer. Un pequeño que nadie apartaría jamás de mi lado. Sabía qué era lo que más deseaba y me lo ofrecía todo. Estaba creando en mis pensamientos el futuro que siempre había anhelado, diseñado a la medida de mis necesidades. ¿Cómo, por qué, podría rechazar algo así?

Se incorporó, se levantó el manto por encima de la cabeza y lo dejó caer al suelo, junto al diván. La combinación de seda corrió la misma suerte a

continuación. Se quedó erguida ante mí, dejando que la luz macilenta del brasero fluctuara sobre su cuerpo. El resplandor dorado acariciaba su palidez, resaltando las curvas de su figura y su rostro. Sus pechos blancos eran grávidos y redondeados. Los levantó para enseñármelos, sopesándolos, invitándome a saborearlos. Se hundió junto a mí muy despacio y se inclinó hacia atrás, extendiendo los brazos en cruz y separando los muslos.

—Ven a mí. Sé todo lo que siempre has deseado, y todo es lo que quiero proporcionarte. —Reclinó la cabeza contra el brazo del diván. Sus ojos incoloros me traspasaban, fijos en algún punto a mi espalda.

La verdad que impregnaba sus palabras resonaba en mi interior con el atronar de mi sangre. Me levanté y me despojé de mi atuendo. Bajó la mirada para ver aquello que le ofrecía.

Y, en aquel instante, levanté mis muros de Habilidad, más herméticos que nunca, para bloquear los insidiosos zarcillos de su influencia. Me abalancé sobre ella, tal como esperaba, pero para cerrar las manos sobre aquella garganta lechosa al tiempo que proyectaba un violento rodillazo contra la delicada redondez de su vientre. Sentí cómo me aporreaba su Habilidad a la vez que sus puños. Sabía perfectamente que solo disponía de una oportunidad para apresarla con fuerza, y reconocí con glacial claridad el instante en que se me escurrió entre los dedos. Debería haber sabido que, al igual que su aspecto reflejaba el del bufón, poseía asimismo su sobrenatural fortaleza. No le hizo falta que interviniera su guardia mientras hundía la barbilla para frustrar mi intento de estrangulamiento. Enlazadas, sus manos aparecieron entre mis codos antes de que abriera los brazos de par en par, rompiendo así mi presa sobre su cuello. Me lanzó hacia atrás, lejos de ella, y choqué contra el brasero, que salió disparado lanzando ascuas abrasadoras en todas direcciones mientras ella levantaba las manos. La luz blanca de los orbes se intensificó de improviso, inundando la estancia con su resplandor. Los guardias se abalanzaron sobre mí desde todos los ángulos, un alud de hombres armados. Era inevitable que me derribaran, y habría sido sensato por mi parte permitírsele, rendirles de inmediato mi sumisión. Pero al atisbar de reojo al bufón, amordazado y expuesto como un trofeo de caza en una de las paredes de hielo, me sobrevino una rabia que no había vuelto a experimentar desde los días en que, hacha en mano, me

enfrentaba a los Corsarios de la Vela Roja.

El brasero derribado me quemó las manos cuando lo agarré para lanzarlo contra mis atacantes. Forcejeé con ellos, esperando que me mataran y, por tanto, sin reprimirme. Creo que por eso tardaron tanto en inmovilizarme. Se contenían más que yo y me infligieron menos daño del que sufrieron varios de ellos. Sé que a uno le partí la clavícula, pues oí el crujido, y recuerdo haber escupido un trozo de oreja, pero, como ocurre con todas las batallas que he librado en semejante estado, mi memoria solo contiene imágenes vagas e inconexas.

Recuerdo con nitidez haber perdido el combate. Supe que todo había acabado cuando me vi tendido de bruces con tres hombres arrodillados encima de mí. Tenía la boca llena de sangre, mía alguna de ella. Nunca he sido escrupuloso a la hora de utilizar los dientes en una pelea, no desde que me vinculara por primera vez al lobo. El brazo izquierdo había dejado de obedecerme. Colgaba flácido contra mi costado, azotándose sin fuerza, cuando me izaron en vilo. Desencajado de su articulación, pensé mareado, y aguardé a que el dolor resultante se abriera paso hasta mí.

Había conseguido llegar casi hasta los pies del bufón. Levanté la cabeza para mirarlo. Estaba clavado como una mariposa a la pared de hielo, con los brazos en cruz; la banda metálica que le ceñía la garganta sujetaba incluso su cabeza contra la superficie glacial. La mordaza estaba tan apretada que le cortaba la boca. El reguero de sangre que brotaba de la comisura de sus labios goteaba sobre su camisa. Debían de haber registrado su mochila, pues llevaba puesta la Corona del Gallo, incrustado en su cabeza hasta las orejas el aro de madera. Tenía los ojos abiertos, y supe que había sido testigo de todo cuanto la Mujer Pálida había escenificado para atormentarlo, que ese era el verdadero objetivo de su intento de seducirme. Supe asimismo, cuando nuestros ojos se encontraron, que comprendía que yo no lo había traicionado en ningún momento. Vi el débil estremecimiento de la punta de sus dedos, teñidos por la Habilidad, al extremo de una mano inmovilizada. A través de mi revitalizado sentido de la Habilidad, también él había percibido el sutil ataque de ella.

—¡Lo intenté! —grité para él mientras su cabeza se inclinaba tanto como se lo permitían las ligaduras y comenzaban a cerrársele los ojos.

Los guardias se habían divertido con él. Manchas de sangre saturaban su

ropa y veteaban sus cabellos empapados de sudor. Ahora se veía retenido y silenciado contra el hielo, torturado por el frío que siempre había detestado tanto. ¿Habría previsto este lento y gélido final para él? ¿Explicaría eso la aversión que siempre le había profesado al frío?

—¡Lleváoslos a los dos a la sala del trono! —La voz de la Mujer Pálida era como el crujido de una grieta que se abriese en el hielo. Volví la cabeza para observarla. Había recogido su atuendo y ya había vuelto a vestirse. Su labio inferior presentaba una hinchazón incipiente, y ante su rostro ondeaba un velo de trenzas desenredadas. Ese era todo el fruto de mi ataque letal sobre ella. No pude por menos de esbozar una sonrisita, sin embargo, mientras los guardias me prendían sin la menor consideración, indiferentes al hecho de que uno de mis brazos colgara inerte e inútil. Partí perseguido por los lastimeros gritos del bufón, al que habían empezado a liberar de sus ataduras.

Los pasillos daban la impresión de ser más largos y resplandecientes que antes, como si la ira de la mujer cuyas zancadas nos precedían intensificase las luces. Nos cruzamos con pocas personas, pero todas se acobardaron o se aplastaron contra los laterales del corredor mientras ella pasaba como una exhalación por su lado. Me esforcé por fijarme en el camino que seguíamos y los recodos que doblábamos, diciéndome que, si el bufón y yo conseguimos escapar, deberíamos saber en qué dirección orientar nuestra huida. Mas todo era en vano, tanto el intento por memorizar el camino como el de avivar la esperanza en mi fuero interno. Todo había terminado, estábamos acabados y aquel era el final. El bufón iba a morir, y yo con él, y todo aquello por lo que había bregado se saldaría con un estéril baño de sangre.

—Como si hubiera perecido la primera vez que Regio me puso la vista encima y le propuso a Veraz desembarazarse discretamente de mí.

Ignoraba haber hablado en voz alta hasta que uno de los guardias me zarandeó con brusquedad al tiempo que me ordenaba:

—Cierra el pico.

Continuamos. Me costaba mantener la concentración, y más aún superar el miedo que me atenazaba, pero dejé caer los muros que había levantado frente a la Habilidad. Reuní las escasas fuerzas que me quedaban e intenté Habilidad con Dedicado para prevenirlos e implorar ayuda. Era como un hombre que se

palpase la ropa buscando un bolsillo mal colocado. Mi magia se había desvanecido y era incapaz de recuperarla. Me habían despojado incluso de aquel último recurso.

La Mujer Pálida volvía a ocupar su trono cuando accedimos al salón, ante cuyas paredes se alineaban algunos de sus esclavos, observando desapasionadamente cómo entrábamos a rastras el bufón y yo. Una vez allí, nos obligaron a detenernos y ponernos de rodillas, como antes. La mujer se quedó contemplándonos durante largo rato, en silencio. Al cabo, apuntó al bufón con su afilada barbilla.

—Ese, entregádselo al dragón. Que ocupe el puesto de Theldo. Obligad al otro a mirar.

—¡No! —me dio tiempo a exclamar antes de que un puñetazo en la oreja me dejase tendido de bruces en el hielo.

El bufón no emitió ningún sonido mientras se lo llevaban. Cuando hubieron llegado a la altura de uno de los cautivos encadenados, el guardia desenvainó su filo, hierático, y lo hundió hasta la empuñadura en el cuerpo del desdichado. El hombre no sucumbió de inmediato, pero tampoco hizo ruido ni armó revuelo alguno. Sospecho que la mayor parte de su ser ya había ido a parar al dragón, y el ápice de espíritu que le quedaba resultaba insuficiente para lamentar la defunción de su cuerpo. Cayó contra el dragón al morir y resbaló por el flanco pétreo de la criatura. Durante unos instantes, su sangre dejó un brillante brochazo rojo en la piedra. Luego, al igual que la arena absorbe el agua, la sangre fue aspirada de la superficie, dejando las escamas de aquella zona definidas con más claridad que antes.

Dos de los guardias entraron eficientemente en acción, con cuidado de no tocar la piedra-dragón mientras le quitaban los grilletes al desventurado diablo. Uno de ellos observó de reojo a su reina, que asintió con la cabeza y, a continuación, cortó y separó uno de los brazos del difunto a la altura del hombro, tan limpiamente como si estuviera preparando un ave para la cazuela. Sin mirar, lo arrojó en dirección a Kebal Ganapán. Deseé que no lo hubiera hecho. El rey loco tensó su cadena de un salto, apresó el brazo, flácido y ensangrentado, y lo atacó con la ferocidad de un perro famélico en presencia de una pieza de carne fresca. Hacía ruido al comer. Volví la cabeza, asqueado.

Pero el espectáculo que me aguardaba era aún más desagradable. Los guardias afianzaron su presa sobre mí, y un tercer hombre dio un paso al frente para agarrar mi coleta de guerrero y sujetarme la cabeza con fuerza. Los escoltas del bufón avanzaron con él. No ofreció resistencia. Su rostro parecía el de alguien que estuviera a punto de morir desangrado, como si ya no pudiera sentir más horror ni dolor, tan solo la proximidad de la muerte al acecho. Le colocaron los grilletos, inmovilizándole los tobillos y las muñecas, y lo encadenaron al dragón. Poniéndose medio en cuclillas, con las rodillas y los codos proyectados hacia fuera, el bufón consiguió evitar el contacto con aquella piedra sedienta. Nadie sería capaz de mantener mucho tiempo esa postura, la cual constituía un tormento en sí misma. El cansancio lo vencería tarde o temprano y, cuando eso ocurriera, debería apoyarse en el dragón y rendirle una porción de su ser.

El bufón se enfrentaba a la lenta muerte de los forjados.

—¡No! —exhalé, primero, conforme la realidad se abría paso hasta mi consciencia, y después—: ¡NO! —rugí, para que me oyera la Mujer Pálida. Torcí el cuello para mirarla, sin importarme los mechones de pelo que pudieran arrancarme de la cabeza—. ¡Lo que sea! —le prometí—. ¡Haré lo que sea, todo lo que me pidas, si lo sueltas!

Se recostó sobre sus pieles.

—Qué tedioso. Capitulas con demasiada facilidad, Traspíe Hidalgo Vatídico. Ni siquiera has esperado a ver la demostración. En fin. Yo no pienso negarme ese placer. ¡Dret! Preséntale a mi dragón.

El guardia aludido dio un paso al frente y desenvainó su espada.

—¡No! —volví a rugir, forcejeando en vano con mis captores mientras Dret apoyaba la punta de su hoja entre los riñones del bufón y lo impelía a aplastarse contra el dragón de piedra.

Lo retuvo allí tan solo un instante. El bufón no gritó. Quizá no sintiera ningún dolor físico. Pero cuando el hombre retiró la espada, el bufón se apartó de la piedra como haría una mano de una brasa incandescente. Se dejó caer contra los escasos eslabones de sus cadenas, tembloroso pero sin emitir ni un sonido. Sobre la piel del dragón vi por un instante el contorno del cuerpo de mi amigo, mientras la bestia se empapaba de sus recuerdos y sus emociones. Al cabo, su silueta se desvaneció de la piedra.

Me pregunté qué habría perdido el bufón en aquel breve beso de piedra. ¿Algún día de verano de su niñez, alguna estampa del rey Artimañas y Chade conversando a la luz de las llamas frente a la chimenea de la habitación del antiguo monarca? ¿Algún momento que habíamos compartido él y yo, arrebatado ahora y perdido ya para siempre? Continuaría sabiendo que tales cosas habían pasado, pero la forja borraría cualquier significado que pudieran guardar para él. Nuestra amistad y todo cuanto habíamos significado el uno para el otro se borrarían de forma paulatina de su mente antes de que muriera. Cuando lo hiciese, ni siquiera conservaría el recuerdo de haber sido amado alguna vez para aliviar su desaparición. Elevé la mirada a la Mujer Pálida. Creo que se regodeaba en mi sufrimiento con la misma avidez con la que el dragón se había bebido los instantes robados del bufón.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté—. ¿Qué?

—Tan solo —respondió plácidamente— que elijas el camino más fácil y representes el papel que te corresponde en los días que se avecinan. No te supondrá ningún esfuerzo, Traspíe Hidalgo. En casi todos los futuros que he previsto, accedes a mi solicitud. Acata los deseos de tu príncipe, acata los deseos de Chade, acata los deseos de la narcheska. Y los míos. Toma la cabeza de Yama de Hielo. Piensa en todo el bien que harás. Chade se mostrará complacido y tu reina conseguirá su alianza con las Islas del Margen. Serás un héroe a sus ojos. Dedicado y la narcheska podrán consumir el amor que se profesan mutuamente. Lo que te pido no es nada complicado, tan solo que hagas lo que tantos de tus amigos esperan de ti.

—¡No mates a Yama de Hielo! —me suplicó el grito sin fuerza del bufón.

La Mujer Pálida exhaló un suspiro, tan exasperada como si acabase de interrumpirla un mocoso malcriado.

—Dret. Desea besar otra vez al dragón. Ayúdale.

—¡Por favor! —exclamé mientras el hombre desenvainaba de nuevo la espada, sin apresurarse. Zafé la cabeza de la presa de mi captor y la incliné ante ella en señal de vasallaje—. ¡No, por favor! Acabaré con Yama de Hielo. Lo mataré.

—Por supuesto que sí —murmuró con dulzura la Mujer Pálida, al tiempo que la punta del arma se clavaba en la espalda del bufón.

Este se resistió, aun cuando en su camisa comenzaba a formarse una mancha de sangre fresca.

—¡Traspié! Tiene a la madre y a la hermana de la narcheska cautivas aquí. Las hemos visto, Traspié. ¡Están forjadas! ¡Elliania y Peottre obedecen sus órdenes para comprar sus muertee! —Y entonces, el bufón profirió un alarido mudo al rendirse a la picadura de la espada y combarse contra el dragón. Se estremeció de la cabeza a los pies; la presión de la hoja del guardia pareció retenerlo allí durante una eternidad. Me habría tapado los ojos de haber tenido una mano libre. Apreté los párpados con fuerza para repeler aquella imagen insoportable. Cuando se hubieron apagado los gritos y abrí los ojos de nuevo, el cuerpo de mi amigo estaba perfilado en plata sobre el dragón. Máspreciadas que la sangre, las experiencias que hacían de él la persona que era fueron absorbidas por aquella piedra sin alma. El bufón se irguió, tensos los músculos, atirantando las cadenas para evitar el contacto con la criatura. Lo oí jadear, sin aliento, y recé para que no hablara otra vez. Pero lo hizo—. ¡Me las ha enseñado! Para demostrarme lo que podría hacer conmigo. ¡No puedes salvarme, Traspié! Pero impide que todo haya sido en vano. No te sometas a...

—Otra vez —dijo la Mujer Pálida, entre hastiada y divertida por su testarudez.

Dret volvió a dar un paso al frente. Una vez más la espada, una vez más el lento e inexorable empujón. Agaché la cabeza mientras mi amigo se desgañitaba. Si hubiera podido morir en aquel mismo momento, lo habría hecho. Habría sido más fácil que escuchar su tortura. Lo habría preferido al terrible y cruel alivio que pudiera producirme el hecho de no estar en su lugar.

No alcé la mirada cuando el eco de sus alaridos se hubo apagado. Era incapaz. No pensaba decir nada más, ni a ella ni al bufón, nada que pudiera tentarlo a hablar y ganarse otro castigo. Vi cómo las gotas de sudor que resbalaban por mi rostro caían sobre el hielo y se desvanecían. Igual que el bufón estaba desvaneciéndose dentro del dragón. *Tesoro*. Intenté transmitirle aquel pensamiento con la Habilidad, enviarle algo de mi fortaleza, pero era un esfuerzo fútil. Mi magia errática, envenenada por la corteza feérica, había vuelto a esfumarse.

—Creo que te he convencido —observó con dulzura la Mujer Pálida—,

pero quiero que quede claro. Elige, ahora. La vida de Yama de Hielo o la de tu Tesoro. Te liberaré para que emprendas la empresa de matar al dragón. Acata mi voluntad y te devolveré a tu amigo. O lo que quede de él. Cuanto antes partas, más será lo que puedas recuperar de él. Demórate demasiado, y quizá termine forjado por completo. Pero no muerto. Eso te lo prometo. No va a morir. ¿Me entiendes, Traspíe Hidalgo Vatídico, pequeño asesino de reyes?

Asentí con la cabeza, sin volver los ojos hacia ella. Aquello me reportó un puñetazo en las costillas, y conseguí levantar la cabeza.

—Sí —dije en voz baja—. Entendido. —Me asustaba mirar al bufón.

—Excelente. —La satisfacción ardía en su voz. Elevó los ojos al techo de su cámara cristalina y sonrió—. Ahí lo tienes, Yama de Hielo —prosiguió, proyectando sus palabras con fuerza—. Lo entiende. Encontrarás la muerte a sus manos. —Se volvió hacia mis guardias—. Sacadlo por la chimenea septentrional. Soltadlo allí. —A continuación, como si presintiera mi desconcierto, me miró a los ojos y sonrió con ternura—. Ignoro cómo te vas a reunir con tu gente. Solo sé que lo harás. Y que matarás al dragón. Ahora lo veo todo con claridad. No queda otro camino. Ve, Traspíe Hidalgo. Cumple mi voluntad y compra la libertad de tu Tesoro. Márchate ya.

No le dediqué ninguna palabra de despedida al bufón mientras me sacaban de la sala. Temía que reaccionase de alguna manera a mi partida y se ganara otro beso del dragón de piedra. Me condujeron a paso rápido por el gélido laberinto de la guarida de la Mujer Pálida, y ascendimos por un interminable tramo de escalones que, al cabo, desembocó en una especie de caverna de hielo, un espacio que mediaba entre la roca y el glaciar. Dos de los guardias me retuvieron, de rodillas, mientras un tercero despejaba la escarcha y la nieve barrida por el viento que bloqueaban el acceso. Por último, me obligaron a levantarme y me arrojaron al exterior.

Reunión

[...] que nuestro Rey a la Espera Hidalgo no es en absoluto el hijo por quien lo había tomado el rey Artimañas. Como podrás imaginarte, esto ha afligido lo indecible a mi buen esposo, pero, como siempre, el príncipe Regio ha hecho todo cuanto estaba en su mano por consolar a su querido padre. Era mi triste deber informar tanto a mi señor como a nuestro descarriado príncipe de que, en vista de su afición a trufar la comarca de bastardos (pues, donde hay uno, ¿cabe dudar que haya más?), los nobles de los ducados del interior me han expresado sus dudas en lo concerniente a la idoneidad de Hidalgo como sucesor de su padre en el trono. A tenor de lo cual, Hidalgo ha sido persuadido para quedarse al margen.

Menos éxito ha cosechado mi intento de convencer a mi señor de que la estancia de este vástago ilegítimo en el castillo de Torre del Alce constituye una afrenta, tanto para mí como para cualquier mujer fiel a los votos del matrimonio. Sostiene él que, mientras la presencia del niño se restrinja a los establos y quede al cuidado del caballero, a nadie debería concernir que esta prueba palpable de los deslices de lord Hidalgo se exhiba a la vista de todos. En vano le he suplicado que busque una solución más expedita [...]

Carta de la reina Deseo a lady Peonía de Haza

Habíamos salido por una grieta que señoreaba sobre una ladera empinada. Mis guardianes se carcajearon. Antes de que pudiera deducir el motivo, surqué volando las frías tinieblas hasta estrellarme contra la nieve congelada. Atravesé la corteza, recuperé el equilibrio y rodé hasta ponerme de pie. Me rodeaba la oscuridad y, en cuanto di un paso, trastabillé, me caí, volví a erguirme, me caí de nuevo y resbalé un poco más. Constituían mi único atuendo el manto de lana y los zapatos forrados de fieltro que la Mujer Pálida me había proporcionado, protección insuficiente para resguardarme del frío. La nieve me asía y se me adhería, derritiéndose sobre mi rostro empapado de sudor para solidificarse rápidamente de nuevo a continuación. El brazo izquierdo era un estorbo que oscilaba contra mi costado, aporreándome. Cuando logré mantenerme erguido, por fin, elevé la mirada e intenté dirigirla hacia el punto del que había surgido. El firmamento nocturno estaba embozado de nubes y, como de costumbre, soplaba un viento helado. No discerní ni rastro de nada semejante a una posible entrada a los dominios de la Mujer Pálida. Sabía que la nieve no tardaría en borrar por completo mis huellas.

Como no regresara de inmediato, jamás encontraría la boca de la caverna.

Si volvía ahora, ¿de qué serviría? Mi brazo izquierdo era un colgajo inservible y carecía de armas.

Pero una piedra dragón estaba devorando lentamente al bufón.

Me levanté y ascendí renqueando por la ladera, esforzándome por encontrar el rastro que debía de haber dejado al deslizarme en mi caída, pero la pendiente no tardó en volverse demasiado empinada. Me sentía como si estuviera caminando en el sitio, sin avanzar ni un solo paso, y el frío no dejaba de arreciar. Me alejé de la nieve que ya había pisoteado y volví a intentar abrirme camino a través de la nieve aún sin hollar. Notaba el manto cada vez más pesado, a causa de la nieve que se adhería a la lana, y no ofrecía la menor protección para mis piernas desnudas. Perdí el equilibrio y, sujetándome el brazo lastimado contra el pecho, me desplomé y rodé ladera abajo. Por un momento me quedé donde estaba, sin resuello. A continuación, tras incorporarme con dificultad, divisé una diminuta luz mortecina en el valle, a mis pies.

Me erguí y la contemplé fijamente, intentando decidir de qué podría tratarse. Oscilaba con la cadencia que podrían imprimirle los pasos de una persona al andar. Era una lámpara, por tanto, y alguien caminaba con ella en la mano. Tal vez uno de los secuaces de la Mujer Pálida. ¿Qué más podrían hacerme, después de todo lo que ya me habían hecho? Quizá fuese alguien de nuestro campamento. Quizá un completo desconocido.

Imprimí fuerza a mi voz y la proyecté para imponerla al sonido del viento. La lámpara se detuvo. Grité una vez más, y otra, y, de repente, la luz comenzó a moverse de nuevo. Hacia mí. Murmuré una plegaria, dirigida a cualquier deidad que estuviera dispuesta a auxiliarme, y empecé a avanzar ladera abajo a trompicones. Por cada paso que daba, resbalaba otros tres, y pronto me descubrí corriendo, esforzándome por saltar por la nieve a fin de no desplomarme de bruces en ella. La lámpara se había detenido al pie de la inclinación, pero, cuando ya me había acercado lo suficiente para distinguir la silueta del hombre que la sostenía, la luz reanudó su movimiento oscilante. Quienquiera que fuese se estaba alejando. Mis gritos no consiguieron frenarlo. Un sollozo espantoso se me atascó en la garganta. No podía dar ni un paso más, pero debía. Me castañeteaban los dientes y me dolía el cuerpo entero, ahora que el frío me

anquilosaba las articulaciones magulladas por el maltrato que habían sufrido, y aquel desconocido se disponía a dejarme allí, abandonado. Apreté el paso tras él, tambaleante. Lo llamé a voces dos veces más, pero la lámpara no se detuvo. Me esforcé por correr más deprisa, pero parecía incapaz de acortar la distancia que nos separaba. Llegué al punto donde el portador de la luz se había parado brevemente al principio, y después me dediqué a seguir su rastro borroso por la nieve, algo más fácil ahora la marcha.

Ignoro cuánto tiempo pasé caminando. La oscuridad, el frío y el dolor que sentía en el hombro se conjuraban para eternizar mi penosa travesía en aquella noche azotada por el viento. Los alfilerazos que sentía en los pies desaparecieron cuando estos se me quedaron entumecidos. La ventisca me acuchillaba las pantorrillas. Lo seguí por la cara de una colina y a lo largo de una cresta rocosa antes de internarnos en una hondonada, abriéndonos paso a través de un manto de nieve cada vez más profundo, hasta comenzar el lento e interminable ascenso de otra ladera. Ya no sentía los pies; ni siquiera sabía si mi endeble calzado permanecía aún en su sitio. El manto ondeaba contra mí a cada paso, azotándome las pantorrillas con su gélida carga de nieve obstinada. Y ni por un momento dejaba de pensar en el bufón, encadenado aún al dragón, encogiéndose para evitar el contacto con aquella piedra que, con un solo roce, saquearía su humanidad.

De improviso, milagrosamente, los vaivenes de la lámpara cesaron. Quienquiera que fuese mi guía ahora estaba esperándome en lo alto del risco en el que nuestro gradual ascenso nos había depositado. Me obligué a gritar otra vez, con la garganta en carne viva, y redoblé mis esfuerzos. Me acerqué un poco más, y más todavía, agachando la cabeza frente al viento, cuya furia se intensificaba en la cima. Por fin, cuando alcé los ojos de nuevo para controlar mi progreso, vi con toda nitidez a quien sostenía la lámpara y me estaba esperando.

Era el Hombre Negro.

Me sobrevino un arrebató de temor inefable y, sin embargo, tras haberlo seguido hasta allí, ¿qué otra cosa podía hacer sino continuar? Me acerqué un poco más, lo justo para que, cuando levantó la lámpara, pudiera distinguir fugazmente los rasgos aquilinos que anidaban en el interior de su capucha negra. A continuación, posó la luz en el suelo, a sus pies, y se quedó a la espera. Con el

brazo apretado contra mi pecho, trastabillé colina arriba, obstinado. La claridad era cada vez más intensa, pero ya no podía ver al Hombre Negro en pie junto a ella. Cuando llegué a la lámpara, la descubrí apoyada encima de un promontorio rocoso que sobresalía de entre la nieve, menos profunda en aquella cresta barrida por el viento.

El Hombre Negro se había esfumado.

Utilicé el brazo derecho para bajar la mano izquierda a mi costado, con tanta delicadeza como me fue posible. El hombro protestó con un alarido cuando el brazo izquierdo se quedó colgando con todo su peso, pero apreté los dientes e hice oídos sordos al dolor. Recogí la lámpara, la sostuve en alto y grité. No vi ni rastro del Hombre Negro, tan solo remolinos de nieve en suspensión. Reanudé la marcha, tras su pista, que acababa en una cresta rocosa azotada por el viento. Pero en el valle adyacente, no demasiado lejos a mis pies, vislumbré las tiendas tenuemente iluminadas de nuestro campamento y abandoné de inmediato cualquier pensamiento relacionado con el Hombre Negro. Allí abajo había amigos, calor y un posible rescate para el bufón. Avancé a trompicones a través de la nieve, hacia las tiendas, llamando a Chade a voz en cuello. A mi segundo grito, Mechalarga me dio el alto con un rugido desafiante.

—Soy yo, Traspié. No, quiero decir... ¡Soy yo, Tom! —Dudo que descifrara nada de lo que dije. Tenía la voz ronca, de tanto desgañitarme, y el viento la amortiguaba más todavía. Recuerdo muy bien la honda sensación de alivio que me abrumó al ver que los hombres salían atropelladamente de sus tiendas, al tiempo que se encendían y sostenían en alto cada vez más lamparillas. Continué trastabillando, deslizándome ladera abajo hacia ellos, mientras se despleaban en abanico para recibirme. Reconocí la silueta de Chade, primero, y después la del príncipe. No distinguí la de Tordo, más achaparrada, entre ellas, y noté que se me formaba un sollozo en el pecho. Por fin llegué al alcance de los oídos de la línea de hombres, anunciando sin respiración—: Soy yo, Tom, dejadme pasar, dejad que me ponga a cubierto, estoy aterido. ¿Dónde está Tordo? ¿Lo habéis encontrado?

Salió de entre ellos un hombre de anchas espaldas, pasando junto a Mechalarga, que en vano intentó indicarle por señas que retrocediera. Dio tres largas zancadas en mi dirección, y aspiré una honda e indescriptible bocanada de

su olor justo antes de que me atrapara en un abrazo de oso. Pese al dolor que me martirizaba el hombro, no ofrecí la menor resistencia. Dejé caer la cabeza sobre su hombro y permití que me sostuviera, arropado por una sensación de seguridad que llevaba años sin experimentar. De repente me asaltó la impresión de que todo iba a arreglarse, de que todo podía tener solución. Corazón de la Manada estaba aquí, con nosotros, y jamás permitiría que sufriéramos ningún daño.

—¡Fíjate en él! —se dirigió Burrich a Chade por encima de mi cabeza inclinada, furioso—. Sabía que nunca debería haberlo confiado a tu cuidado. ¡Nunca!

En medio del caos que se había desatado, permanecí inmóvil sobre mis pies congelados, ignorando las preguntas que me lanzaban a gritos. Burrich me habló al oído.

—Tranquilo, muchacho. He venido para llevaros a casa, a los dos, a ti y a mi Vencejo. Deberías haber vuelto hace años. ¿En qué estabas pensando? ¿En qué diablos estabas pensando?

—Tengo que matar al dragón —le dije—. Lo antes posible. Si lo hago, dejará libre al bufón. Debo cortarle la cabeza a Yama de Hielo, Burrich. Es mi obligación.

—En tal caso lo harás —me reconfortó—, pero no en estos precisos instantes. —A continuación, dirigiéndose a Vencejo—: No te quedes ahí boquiabierto, muchacho. Ve a buscar ropa seca y prepárale té caliente y algo de comer. Date prisa.

Me rendí agradecido a aquellas manos tan firmes en las que siempre había confiado. Me condujo a través del corrillo de miradas de estupefacción hasta la tienda del príncipe, donde casi se me partió el corazón de alivio cuando vi a Tordo sentándose en su catre, adormilado. Tenía buen aspecto e incluso pareció alegrarse de verme, hasta que se enteró de que tendría que pasar el resto de la noche en otra cama para acomodarme. Se fue siguiendo las indicaciones de Mechalarga, pero no de buen grado. Tordo había Habilitado con Chade y el príncipe en cuanto nos hubimos adentrado en la grieta, y Chade había encargado inmediatamente a Mechalarga y Cizaña que fuesen a buscarlo. Había pasado una noche angustiada sentado en el trineo, a la intemperie, sin más sustento que el

que podía ofrecerle su contacto con la Habilidad. Cuando sus rescatadores llegaron hasta él, al día siguiente, no encontraron ni rastro de lord Dorado y de mí, salvo por la nieve hundida que había rellenado la grieta.

Me senté, embotado por el frío y el agotamiento, en la cama de Chade. Burrich continuó hablándome mientras avivaba la pequeña fogata. Su voz profunda y la cadencia de su discurso me proporcionaban un consuelo que conocía de mi niñez. Por un momento escuché su voz sin prestar atención a las palabras, hasta que comprendí que me estaba presentando su informe, como en tantas ocasiones había hecho yo ante él. Tras decidir que debía enviarnos a casa a Vencejo y a mí, había acudido tan deprisa como le fue posible, y lamentaba mucho, muchísimo, haber tardado tanto en dar con nosotros. La reina en persona le había ayudado a alquilar una embarcación con rumbo a Aslevjal, pero ninguno de sus tripulantes estaba dispuesto a pisar la isla. Cuando hubo desembarcado, intentó persuadir a los guardias de Chade para que lo guiaran hasta nosotros, pero, comprensiblemente, se habían negado a abandonar su tienda en la playa y los suministros que custodiaban. De modo que había llegado hasta aquí por sí solo, siguiendo los bastones con lazos que había plantado Peottré. Llegó al trineo de Tordo casi a la vez que Mechalarga y Cizaña, cuyos gritos de advertencia fueron lo único que evitó que se precipitara al mismo abismo que nos había devorado al bufón y a mí. Tras encontrar un punto por el que cruzar sin peligro, regresó al campamento con ellos, portando la noticia de la desaparición de Tom Mechatejón y lord Dorado. Chade lo había invitado a compartir la intimidad de la tienda del príncipe, donde discretamente le informó de que esos eran los nombres que se correspondían con el bufón y conmigo. Burrich había viajado hasta Aslevjal tan solo para descubrir una vez más que yo estaba muerto. Su voz sonaba impasible mientras me relataba todo esto, como si el dolor que le producía escuchar sus propias palabras careciera de la menor importancia.

—Me alegra comprobar que se equivocaban. De nuevo. —Sus manos se afanaban en masajearme las manos y los pies, restituyéndoles dolorosamente la vida.

—Gracias —musité con un hilo de voz cuando volví a ser capaz de flexionar los dedos. Tenía demasiadas cosas que contarle a Burrich, y nada de intimidad

para hacerlo. De modo que miré a Chade y formulé la pregunta que más me desasosegaba—: ¿Cuán cerca estamos de matar al dragón?

Chade vino a sentarse junto a mí en su cama.

—Más que cuando te desvaneciste, pero no lo bastante —respondió con amargura—. Estábamos divididos cuando te fuiste. Ahora es peor. Hemos sido traicionados, Traspíe. Por alguien en quien todos confiábamos. Telaraña envió su gaviota al Mitonar, con un mensaje en el que se informa de todo a los Mercaderes y se les invita a mandar a Tintaglia para evitar que acabemos con Yama de Hielo.

Me volví hacia Dedicado y me quedé observándolo fijamente, con incredulidad.

—¿Consentiste que hiciera algo así?

Dedicado estaba sentado en el extremo de su catre, abiertos de par en par sus ojos oscuros mientras nos contemplaba. El rostro de mi príncipe presentaba nuevas arrugas, y tenía los párpados hinchados, como si llevase días llorando sin parar. Me costó esfuerzo no apartar la mirada.

—No me pidió permiso —replicó Dedicado, afligido—. Dijo que nadie lo necesita para hacer lo correcto. —Suspiró—. Han pasado muchas cosas en los días transcurridos desde que te fuiste. En tu ausencia continuamos excavando en el hielo. Llegamos a un punto desde el que se vislumbraba una sombra gigantesca bajo nuestros pies. Tras darnos cuenta de que habíamos encontrado el torso de la criatura, empezamos a perforar un túnel desde el lateral de nuestro pozo, siguiendo la línea de su lomo hacia la cabeza. El trabajo ha sido arduo, pero menos que perforar toda la zona. Creemos que lo que vemos ahora bajo nosotros es el cuello del dragón y parte de su cabeza, pero cuanto más cerca estamos de él, más se extiende entre los integrantes del destacamento de la Maña el parecer de que no nos corresponde a nosotros decidir que muera esta criatura, dotada de vida e intelecto, en su opinión, aunque ninguno de nosotros esté capacitado para confirmarlo. Mis Vieja Sangre continúan cavando codo con codo junto a nosotros, pero temo que se pasen al bando de la Hetgurd si levanto la mano contra Yama de Hielo. —Rehuyó mi mirada, como si le avergonzase que su confianza hubiera sido traicionada—. Esta noche, justo antes de que llegaras al campamento, Telaraña me confesó que había soltado a Riesgo. La

discusión fue acalorada —concluyó, con voz queda.

Mis esperanzas de que el dragón conociera una muerte rápida se desvanecieron. Hube de recurrir hasta al último ápice de disciplina que alguna vez se me hubiera inculcado para narrar mis infortunios ordenadamente y sin omitir detalles. Una vergüenza irracional ardía en mi interior cuando relaté cómo me había separado de Hest y Acertijo. Cuando les hablé de la suerte que había corrido el bufón, y de sus palabras sobre la madre y la hermana de la narcheska, Dedicado se tambaleó como si acabase de recibir un mazazo.

—Todas las dudas quedan despejadas al menos. Demasiado tarde.

Sabía que estaba en lo cierto, y la desesperación hundió de nuevo sus garras en mí. Aunque encontrara el camino de regreso, aunque lograra convencerlos para amasar todas nuestras fuerzas y asaltar la fortaleza de la Mujer Pálida, éramos demasiado pocos. Aquella mujer podría matar o forjar al bufón en cuestión de momentos, y sin duda lo haría. Tampoco podía soñar con decapitar rápidamente al dragón y comprar así su liberación. Aun después de despejar todo el hielo, todavía deberíamos enfrentarnos a la Hetgurd, a nuestros propios Vieja Sangre y quizá incluso a Tintaglia.

La promesa que me había hecho la Mujer Pálida de que no moriría era una amenaza velada. Forjaría al bufón. Sobre mis hombros recaería el deber de acabar con lo que le quedase de vida. Ni siquiera me atrevía a contemplar semejante posibilidad.

—Si nos adentrásemos en el pozo con todo el sigilo del mundo, ¿podríamos matar a Yama de Hielo? ¿En secreto? ¿Esta noche? —Era el único plan que se me ocurría.

—Imposible —dijo el príncipe, en cuya voz se reflejaba la misma gravedad que le ensombrecía las facciones—. La capa de hielo que media entre nosotros y él es demasiado gruesa. Nos esperan varios días de pico y pala antes de acariciar siquiera su piel. Y, para entonces, temo que Tintaglia ya haya llegado. —Cerró los ojos por unos instantes—. Mi misión ha fracasado. Depositó mi confianza en el sitio equivocado.

Miré a Chade.

—¿De cuánto tiempo disponemos? ¿De cuánto tiempo dispone el bufón?

Sacudió la cabeza.

—¿A qué velocidad puede volar una gaviota? ¿Cuánto tardarán los Mercaderes del Mitonar en reaccionar al mensaje de Telaraña? ¿Cuán deprisa se desplaza un dragón por los cielos? Nadie conoce esas respuestas. Pero creo que el príncipe tiene razón. Hemos perdido.

Rechiné los dientes.

—Se puede mover el hielo de más de una manera —dije, lanzándole a Chade una miradita elocuente. Al anciano se le iluminaron los ojos; pero, antes de que pudiera replicar nada, fuera de la tienda se elevó la voz de Vencejo.

—¡Señor! Traigo el macuto de Tom Mechatejón, y pronto llegará la comida. ¿Puedo pasar?

Dedicado asintió con la cabeza hacia Burrich, que se levantó para invitar a pasar a su hijo.

Una vez dentro, el muchacho saludó al príncipe con una reverencia rígidamente formal, sin mirarnos ni a su padre ni a mí. Me dolió ver cómo le afectaban las diferencias que habían surgido entre el príncipe y su destacamento de Mañosos. A una orden de Burrich, Vencejo rebuscó en mi hatillo para sacar algo de ropa seca con la que cambiarme. El chico parecía estar predispuesto en contra de su progenitor, pero aún lo obedecía. Burrich me descubrió observándolos; cuando el muchacho se hubo marchado, dijo en voz baja:

—Vencejo no se alegró precisamente de verme cuando llegué. Aunque no le propinara la azotaina que se había ganado, verbalmente sí que lo he fustigado más de una vez. Su respuesta ha sido comedida, pues sabe que se lo merece. Toma. Quítate esa túnica húmeda.

Mientras me esforzaba por subirme las calzas, Burrich se agachó de repente para acercarse a la luz y escudriñarme con sus ojos nublados.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué le ocurre a tu brazo?

—Se me desencajó el hombro —respondí, con voz estrangulada. Se me había formado un nudo en la garganta al reparar en sus ojos. Me pregunté hasta qué punto sería capaz de ver todavía. ¿Cómo había conseguido encontrarnos aquí, abriéndose paso a través de la nieve con aquel velo empañándole la mirada?

Cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Ven aquí —dijo a continuación, desabrido.

Me dio la vuelta y me obligó a sentarme en el suelo, a sus pies. Sus dedos auscultaron mi hombro, y el dolor que suscitaron me pareció paradójicamente reconstituyente. Sabía lo que se hacía. Sabía que me iba a hacer daño, pero también que me repararía. Podía notarlo en sus dedos, igual que cuando era un muchacho; igual que cuando me restauró después de que Galeno hubiera estado a punto de terminar con mi vida.

—Traemos comida. ¿Podemos pasar?

La voz que sonó en el exterior de la tienda era la de Telaraña. El príncipe asintió sucinto con la cabeza, apretados en una fina línea sus labios, y de nuevo Burrich levantó la puerta de lona.

—Celebro verte con vida, Tom Mechatejón —me saludó Telaraña al entrar.

Asentí con gesto solemne, sin atreverme a decir nada en voz alta. Me sostuvo la mirada, aceptando mi hostilidad. El príncipe apartó los ojos de él, con el dolor que sentía plasmado en cada línea de su cuerpo. Chade lo observaba con expresión furibunda. Los rasgos de Telaraña, por su parte, se mostraban tan cordiales y apacibles como de costumbre.

Del pequeño cazo que portaba emanaba un sabroso olor a ternera, en vez del pescado que me esperaba. Tras él caminaba Vencejo, con una tetera. Se abrieron paso como pudieron en la tienda atestada y depositaron los alimentos al alcance de mi mano.

Burrich continuó investigando mi hombro, como si no estuvieran allí. Aunque hacía como si Telaraña no existiera, el Maestro de la Maña lo observaba con suma atención. Cuando Burrich habló, al cabo, fue para dirigirse a Dedicado.

—Príncipe Dedicado, mi señor. Podríais serme de gran ayuda ahora, si os place. Necesitaré que alguien lo sostenga con firmeza por el pecho y lo inmovilice mientras hago lo que tiene que hacerse. Si tuvierais la bondad de sentaros aquí y rodearlo con los brazos... Más arriba. Así.

El príncipe siguió las indicaciones de Burrich y se colocó a mi espalda. Cuando Burrich hubo afianzado a su gusto la presa del príncipe a mi alrededor, me dijo:

—Vas a notar un fuerte tirón. No me mires mientras lo hago. Mantén los ojos fijos al frente y relájate todo lo que puedas. No te tenses por miedo al dolor

que se avecina, así solo conseguirás que la maniobra sea más brusca la próxima vez. Quieto. Sujetadlo con firmeza, mi señor. Confía en mí, muchacho. Confía. —Había ido levantando muy despacio mi brazo mientras pronunciaba sus tranquilizadoras palabras. Me concentré en ellas, dejando que eclipsaran el dolor, notando cómo su contacto me inundaba de confianza y serenidad—. Tranquilo, eso es, tranquilo, y... ¡Ahora!

La brusca conmoción me arrancó un rugido del pecho y, al instante siguiente, Burrich hincó una rodilla en el suelo a mi lado, con sus grandes manos encallecidas sujetándome el brazo firmemente contra mi hombro. Este hormigueaba dolorosamente, pero era un dolor reparador, y me solacé en él, abrumado de alivio. Jadeante, me fijé en cómo mantenía su pierna renqueante extendida en un ángulo forzado, incapaz apenas de doblar la rodilla. Volví a pensar en lo que debía de haberle costado llegar hasta aquí, medio ciego y medio cojo como estaba, y me embargó una honda sensación de humildad.

—Eres un hombre hecho y derecho —me susurró al oído mientras me abrazaba—, desde hace ya muchos años, pero cuando te veo lastimado... te lo juro, para mí es como si volvieras a tener ocho años, y pienso: «Le prometí a su padre que cuidaría de él. Se lo prometí».

—Y lo has hecho —le aseguré—. Siempre lo has hecho.

—Estoy asombrado —injirió Telaraña, con voz queda y profunda—. Daba por perdida esa faceta de la magia de la Vieja Sangre. Alguna vez había visto practicar ese tipo de sanación en animales, cuando era mozo, antes de que el viejo Bendry perdiera la vida en la Guerra de las Velas Rojas. Pero nunca la había visto así empleada, con tanta facilidad, con una persona. ¿Quién te ha enseñado? ¿Dónde te habías metido todos estos años?

—Yo no practico la magia de las bestias —protestó tajantemente Burrich.

—Me limito a exponer lo que he visto —repuso Telaraña, implacable—. Atribúyete los adjetivos más denigrantes que se te ocurran, pero lo cierto es que la dominas como un maestro, de un modo que para la mayoría de nosotros ya se ha perdido. ¿Quién te ha enseñado y por qué no has transmitido esos conocimientos?

—Nadie me ha enseñado nada. Largo de aquí. Y mantente lejos de Vencejo. —Una torva amenaza impregnaba las palabras de Burrich, además de algo

parecido al temor.

Telaraña se mantuvo impasible.

—Me iré, pues considero que Traspíe necesita descansar y tiempo para conversar a solas contigo. Pero no permitiré que tu hijo viva sumido en la ignorancia. Ha obtenido su magia de ti. Deberías haber compartido también tu pericia con él.

—¿Mi padre tiene la Maña? —Vencejo parecía asombrado hasta el tuétano.

—Ahora todo tiene sentido —murmuró Telaraña. Se inclinó sobre Burrich, observándolo de un modo que iba más allá del mero escrutinio—. El maestro caballero... y Maestro de la Maña, también. ¿Cuántas criaturas pueden comunicarse contigo? ¿Los perros? ¿Los caballos? ¿Qué más? ¿De dónde has salido, por qué te ocultabas?

—¡Que te marches! —se encrespó Burrich.

—¿Cómo has podido? —preguntó Vencejo, llorando de repente—. ¿Cómo pudiste hacerme sentir tan sucio y ruin cuando venía de ti, cuando también tú la tenías? No te lo perdonaré nunca. ¡Jamás!

—No necesito que me perdones —replicó Burrich, rotundo—. Únicamente que me obedezcas, y me conformaré con eso si es necesario. Y ahora, fuera de aquí, los dos. Tengo trabajo que hacer y solo me estáis estorbando.

El muchacho dejó la tetera sin mirar y salió de la tienda, tambaleándose. Podía oír los sollozos que lo sacudían de la cabeza a los pies mientras se internaba corriendo en la noche.

Telaraña se incorporó más despacio, posando el cazo lleno de sopa con delicadeza.

—Ya me voy, viejo. Esta no es nuestra hora. Pero el momento de hablar llegará para nosotros, y me escucharás, aunque para ello antes debamos llegar a las manos. —Se volvió hacia mí—. Buenas noches, Traspíe. Me alegra que no estés muerto. Lamento que lord Dorado no haya regresado contigo.

—¿Sabes quién es? —preguntó Burrich, como si estuvieran arrancándole las palabras una por una del pecho.

—Sí, lo sé. Y por eso sé también quién eres tú. Y sé quién usó la Maña para rescatarlo de la muerte y levantarlo de su tumba. Al igual que tú. —Telaraña salió tras pronunciar aquellas palabras, dejando la puerta de lona de la tienda

ondeando a su espalda.

Burrich se quedó con los ojos nublados fijos en el aire tras él, antes de parpadear y observar con voz tensa:

—Ese hombre constituye un peligro para mi hijo. Quizá sea inevitable que terminemos llegando a las manos. —Pareció apartar a un lado esa preocupación, volvió la cabeza hacia Chade y Dedicado, y continuó—: Necesito una tira de tela, una correa de cuero o algo con lo que sujetarle el brazo al hombro para pasar la noche, hasta que baje la hinchazón y se sostenga con firmeza por sí solo. ¿Qué tenéis? —Dedicado le tendió el manto que me había dado la Mujer Pálida. Después de que Burrich mostrase su aprobación con un cabeceo, el príncipe comenzó a cortar una franja del dobladillo—. Gracias. —Y luego, dirigiéndose a mí—: Puedes usar la mano derecha para empezar con la sopa mientras yo me encargo de esto. La comida caliente te ayudará a entrar en calor. Procura tan solo no moverte en exceso.

Tras entregarle a Burrich la tira de tela, Dedicado sirvió el caldo del cazo en un cuenco y llenó una taza de té, como si fuese mi paje. Habló mientras trajinaba, aunque sospecho que sus palabras no iban dirigidas a nadie en particular.

—Aquí ya no puedo hacer nada más. Me devano los sesos intentando pensar en algo que hacer, pero no se me ocurre nada.

Siguió a sus palabras un rato de silencio. Me dediqué a comer mientras Burrich trabajaba en mi hombro. Cuando hubo acabado de sujetarme el brazo al cuerpo, se sentó en el catre con la pierna coja incómodamente estirada ante él. Chade daba la impresión de haber envejecido diez años de golpe. Debía de estar pensando en las palabras del príncipe, pues afirmó, muy despacio:

—Disponéis de varias opciones, mi príncipe. Podríamos irnos mañana, sin más. Me tienta esa idea, lo admito, siquiera por dejar atrás a todos los que nos han engañado y traicionado. Pero sería una revancha mezquina y, en última instancia, no conseguiríamos nada con ella. Otra opción sería atenernos al plan de Telaraña y hacer cuanto esté en nuestra mano por liberar al dragón, renunciando a forjar una alianza con las Islas del Margen a cambio de granjearnos el posible beneplácito de Tintaglia y los Mercaderes del Mitonar.

—Abandonaríamos al bufón —musité.

—Y a Hest y Acertijo. Dejaríamos también a la madre y a la hermana de Elliania, e incumpliría mi palabra. Rompería la promesa que les hice no solo a mis duques, sino también a los marginados. —Dedicado cruzó los brazos sobre el pecho, con el gesto desencajado—. Menudo rey estaría hecho.

—Abandonar al bufón es inevitable —declaró Chade. Sus palabras, aun pronunciadas con todo el tacto del mundo, me sentaron como cuchillos—. Abandonar a las parientes de Elliania e incumplir vuestra palabra se os podría perdonar, pues emplearon artificios para arrancaros esa promesa. Como sucede en tantos casos, todo depende en gran medida del cristal con el que se mire.

—Artificios... —Dedicado parecía apagado—. ¿Qué otra cosa podríamos haber hecho? La madre de Elliania y su hermana pequeña. No me extraña que haya tanto pesar en sus ojos. Por eso nuestra ceremonia de compromiso en su hogar materno fue tan extraña, y por eso su madre ha estado ausente durante todas nuestras negociaciones. Creía que la Forja era una plaga que pertenecía al pasado. Jamás supuse que podría llegar hasta nuestros días y afectar mi vida de esta manera.

—Pero lo ha hecho. Y eso explica en gran parte la conducta de Peottre y la narcheska —sentenció Chade.

Decidí desembarazarme de toda prudencia. Había demasiadas cosas en juego para quedarme sentado, escuchando la pormenorizada enumeración de los posibles caminos a seguir de Chade.

—Nos iremos esta misma noche, Dedicado y yo solos, furtivos. Chade ha inventado un polvo explosivo que posee la potencia de un rayo. Lo utilizaremos para eliminar al dragón. Rescataremos a los nuestros, de un modo u otro, de las garras de esa mujer. Y cuando estén a salvo —«muertos», me dije fríamente para mis adentros—, buscaremos la forma de llegar hasta ella y matarla.

Chade y el príncipe se me quedaron mirando fijamente, sin pestañear. Al rato, Chade asintió muy despacio con la cabeza. A juzgar por su expresión, se diría que el príncipe estuviera preguntándose quién era yo.

—¡Piensa! —me ladró Burchich de repente—. Piensa por ti mismo, sin ideas preconcebidas. Hay muchas cosas aquí que para mí no tienen ningún sentido, incógnitas que deberías resolver antes de acatar a ciegas los deseos de esa mujer, da igual qué amenazas sostenga sobre tu cabeza. ¿Por qué no se limita a matar al

dragón por sus propios medios? ¿Por qué te pide a ti que lo hagas y después te expulsa de su fortaleza, cuando lo más sencillo sería ayudarte a llegar hasta él? — En un aparte, para nadie en concreto, añadió—: Cómo lo detesto. Aborrezco esta forma de pensar, las intrigas y las maquinaciones. Siempre lo he hecho. — Posó su ciega mirada en los recovecos de la tienda en penumbra—. Todos estos intrincados equilibrios de poder, toda esta ambición, y el afán de los Vatídico por poner en movimiento fuerzas que escapan a su control. Todos estos secretos. Eso es lo que le costó la vida a tu padre, el hombre más noble que jamás me haya echado a la cara. Eso mató a su padre y mató a Veraz, una persona a la que me enorgullecía servir. ¿Es imprescindible que esta costumbre aniquile a otra generación, que acabe con toda tu estirpe antes de que tú la detengas? —Volvió la cabeza, y de repente fue como si sus ojos vieran al príncipe por primera vez—. Acabad con ella, mi señor. Os lo imploro. Aun a costa de la vida del bufón, aun a costa de vuestro compromiso. Acabad con ella ahora mismo. Minimizad vuestras pérdidas, excesivas ya en estos momentos. Así, lo único que conseguiréis comprar para la familia de la narcheska es la muerte. Volvedle la espalda a todo esto. Marchaos de aquí, zarpad y poned rumbo a vuestro hogar, casaos con una mujer sensata que os dé hijos robustos. Dejad que este repugnante mejunje se lo beban los marginados que lo han preparado. Por favor, mi príncipe, sangre del más querido de mis amigos. Olvidaos de todo esto. Permitid que nos vayamos ya a casa.

Sus palabras nos conmocionaron a todos, pero quizá al príncipe más que a nadie. Podía ver cómo Dedicado se devanaba los sesos mientras contemplaba a Burrich sin parpadear. ¿Se le habría ocurrido alguna vez al muchacho que podía dar ese paso? Nos miró a todos, uno por uno, y se incorporó. Un cambio se había operado en su rostro. Nunca había sido testigo de ello, nunca había sospechado que quizá un solo momento bastara para convertir a un niño en un hombre. Lo vi entonces. Se dirigió a la puerta de la tienda.

—¡Mechalarga!

El aludido asomó la cabeza.

—¿Mi príncipe?

—Que vengan lord Aguasnegras y la narcheska. Deseo que se personen aquí, de inmediato.

—¿Qué hacéis? —preguntó Chade en voz baja cuando Mechalarga se hubo retirado.

El príncipe Dedicado no respondió de forma directa.

—¿Cuánto de este polvo mágico tienes? ¿Puede hacer lo que afirma Traspíe?

En los ojos del anciano se encendió una luz, la misma que acostumbraba a usar para amedrentarme cuando era aprendiz suyo. Sabía que Chade ignoraba cuáles eran las propiedades exactas de su pólvora, pero también que estaba dispuesto a apostar que funcionaría.

—Dos barriles, mi príncipe. Y sí, creo que será suficiente.

Oí el crujido de pasos sobre el hielo en el exterior de la tienda. Todos guardamos silencio. Mechalarga levantó la lona.

—Mi príncipe, lord Aguasnegras y la narcheska Elliania.

—Que pasen —dijo Dedicado. Se quedó en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ofrecía un aspecto ominoso, aunque sospeché que lo hacía para evitar que le temblasen las manos. Sus facciones daban la impresión de estar cinceladas en piedra. Cuando los Aguasnegras entraron, sin saludarles ni invitarlos a sentarse, anunció—: Sé con qué os chantajea la Mujer Pálida.

Elliania jadeó, sorprendida, pero Peottre se limitó a inclinar la cabeza.

—Cuando regresó vuestro hombre, temí que pudiera pasar esto. Ella me ha enviado un mensaje, diciendo que no pretendía divulgar el secreto, pero que, ahora que ha salido a la luz, soy libre de imploraros que nos ayudéis. —Lord Aguasnegras respiró hondo y, cuando se postró lentamente de rodillas, creí entender el esfuerzo que le costaba semejante gesto a aquel hombre tan orgulloso—. Cosa que hago. —Agachó la cabeza y aguardó. Me pregunté si se habría arrodillado alguna vez ante nadie.

Las pálidas mejillas de Elliania se tornaron carmesís de repente. Dio un paso al frente y apoyó una mano en el hombro de su tío. A continuación, muy despacio, se puso de rodillas junto a él, dejando caer la joven y orgullosa cabeza hasta que sus negros cabellos le ocultaron el rostro.

Los observé fijamente, deseando ser capaz de despreciarlos por sus intrigas y su traición. Pero no podía. Demasiado bien sabía de lo que Chade y yo seríamos capaces si alguien tomase como rehén a Kettricken. Pensaba que el príncipe iba a pedirle que se levantara, pero se limitó a quedarse mirándolos.

—¿Os ha enviado un mensaje? —preguntó Chade—. ¿Cómo?

—Tiene formas de hacerlo —respondió con voz tensa Peottre, aún postrado de hinojos mientras hablaba—, y de ellas sigue estándome prohibido hablar. Lo siento.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué no pudiste ser franco con nosotros desde el principio? ¿Por qué no pudiste contarnos que actuabas bajo presión, sin el menor interés en nuestro matrimonio ni en alianza alguna? ¿Qué te obliga a seguir guardando sus secretos? ¡Qué sigue prohibiéndote hablar...! ¿Qué podría ser peor que lo que ya os ha hecho? —El dolor y la indignación que destilaba la voz del príncipe iban más allá de todo lo que se pudiera expresar con palabras. Ahora sabía, al igual que lo sabíamos todos, que para la narcheska solo había sido un títere, nunca alguien que a ella le importara realmente. Aquello lo humillaba tanto como le dolía. Entonces supe que se había permitido enamorarse de ella, pese a sus diferencias.

Peottre rechinó los dientes, como chirriaba aún su voz cuando respondió:

—Esa y no otra es la duda que no me deja dormir por las noches. Solo estáis al corriente del más reciente y feroz ataque que ha lanzado contra el Clan del Narval. Durante mucho tiempo nos mantuvimos firmes ante los golpes que nos asestaba, pensando: «Nos ha lanzado todo cuanto tenía y lo hemos resistido, no nos doblegaremos ante ella». Y siempre nos demostraba lo equivocados que estábamos. ¿Qué es lo peor que puede hacernos? Lo ignoro. Y esa ignorancia sobre el blanco de su próximo asalto es el arma más temible que esgrime sobre nuestras cabezas.

—¿Nunca se os ocurrió que podíais contarme que había rehenes en juego? ¿No pensasteis que eso podría haberme motivado a ayudaros? —insistió Dedicado.

Peottre negó pesadamente con la cabeza.

—Jamás podríais haber aceptado las condiciones que nos proponía. Sois demasiado noble.

El príncipe decidió pasar por alto el extraño cumplido.

—¿Cuál era el pacto? —preguntó Chade, sombrío.

—Si conseguíamos que el príncipe matara al dragón —contestó Peottre, sin inflexión en la voz—, ella ejecutaría a Kossi y Oerttre. Su tormento y su

deshonra terminarían. —Levantó la cabeza y me miró con dificultad, pero había sinceridad en su voz cuando dijo—: Y si os hubiéramos entregado a ti y al hombre leonado, con vida, prometió darnos sus cadáveres. Para que pudiéramos llevárnoslos a nuestra tierra natal.

Tanteé en mi interior en busca de la ira que debía sentir, pero solo encontré repugnancia. Ahora entendía que se hubieran alegrado tanto de ver al bufón esperándonos en Aslevjal. Nos habían vendido como a cabezas de ganado.

—¿Puedo hablar? —Elliania levantó la cabeza. Quizá hubiera portado siempre en su seno aquel solemne pesar, pero nunca hasta entonces había visto la vergüenza que tan a las claras exhibía en aquellos momentos. Parecía más joven de lo que yo recordaba y, sin embargo, sus ojos eran los de una mujer moribunda. Observó a Dedicado y rehuyó su mirada ante el dolor que el príncipe se negaba a ocultar—. Creo que debo explicaros muchas cosas. Hace tiempo que perdí el deseo de seguir adelante con esta farsa cruel. Pero mi deber para con mi familia conlleva que, antes de nada, deba hablar de esto con vos. Mi madre y mi hermana... es imperativo que... que nos... —Se le estranguló la voz por unos instantes. Al cabo irguió la cabeza de golpe y prosiguió, envarada—: No creo que pueda haceros comprender lo importante que es esto. Que mueran y que sus cuerpos regresen a la casa de mi madre. Para una marginada, para una hija del Clan del Narval, no cabe otro destino posible. —Entrelazó los dedos temblorosos ante ella—. Nunca tuvimos ninguna elección, ninguna que fuese honorable —alcanzó a decir antes de que se le truncara la voz.

—Sentaos —murmuró Dedicado—, si encontráis sitio. Creo que todos hemos llegado al mismo lugar. —No se refería a la tienda.

Nos rebullimos y cambiamos de postura, esforzándonos por acomodarnos en los reducidos confines del refugio. A Burrich se le escapó un gruñido al intentar retirar la pierna rígida para que no estorbara. Cuando Peottre y Elliania hubieron encontrado donde sentarse, Burrich sacudió mi camisa y me envolvió los hombros con ella. Casi me hizo sonreír. Daba igual qué más estuviera pasando, no iba a consentirme que pudiera ofender a una dama mostrándome con el torso desnudo en su presencia. Aun siendo como era nieto de esclavos, siempre se había mostrado mucho más respetuoso con las convenciones sociales que yo.

—¿Queréis saber qué más podría hacernos? —prosiguió Elliania, con voz avergonzada y cansada, firmemente encorvados los hombros—. Muchas cosas. Ignoramos a ciencia cierta quién está a su servicio. Lleva años cebándose con nuestros hombres y nuestros niños. Nuestros guerreros se aventuran en expediciones de las que nadie regresa. ¡Los jóvenes se desvanecen mientras cuidan de nuestros rebaños, en las propias tierras de nuestro clan! Nuestra familia ha mermado hijo a hijo. A algunos los ha matado. Otros salieron a jugar y regresaron a casa convertidos en monstruos sin alma. —Observó de soslayo a Peottré, cuya mirada permanecía fija en la nada—. Hemos matado a los niños de nuestro clan con nuestras propias manos —susurró la muchacha. El príncipe reprimió un gemido ante sus palabras. Elliania se interrumpió, pero no tardó en aspirar una bocanada entrecortada de aire y continuó—: Henja llevaba años en nuestra casa cuando nos traicionó. Todavía desconocemos cómo pudieron secuestrar de nuestro seno con tanta facilidad a mi madre y a mi hermanita. Del mismo modo que las raptaron a ellas, otros podrían ser igual de vulnerables. Mi Gran Madre es anciana, y su mente, como ya habéis visto, se tambalea como la llama de una vela moribunda. Todos sus conocimientos deberían haber pasado ya a mi madre. Esta, sin embargo, no está allí para recibirlos. De modo que resiste como puede, haciendo cuanto está en su mano para gobernar nuestra casa pese a la carga de sus años. Quizá os parezca patética. Fuera como fuese, si nos la arrebataran, el centro de nuestra casa materna quedaría totalmente arrasado. Mi familia dejaría de existir. Así las cosas, ya hemos sufrido tremendamente con la ausencia de mi madre y la discordia que esta ha generado. ¿Qué es una casa materna sin madres en ella?

Formuló la pregunta como si fuese retórica, pero el príncipe enderezó la espalda de repente en su asiento. Con esfuerzo, repuso:

—Pero, en tal caso, si fuisteis a Torre del Alce para convertirnos en mi esposa, ¿no estaríais abandonando también vuestra casa materna? Es decir, ¿quién sería la Gran Madre cuando llegara vuestro turno de desempeñar ese cargo?

Una diminuta chispa de rabia prendió en los ojos de Elliania, que respondió con desdén:

—Como pudisteis comprobar, ese papel ya se lo ha arrogado mi prima. Se

ha propuesto conseguir que los demás piensen que le pertenece por derecho propio en vez de por defecto. —Durante un segundo volví a ver el mismo fuego que había atisbado en su isla natal, pero después exhaló un pequeño suspiro y levantó las manos en señal de impotencia—. Tenéis razón, sin embargo. Cuando accedí a casarme con vos renuncié a toda esperanza de convertirme en aquello para lo que había nacido. Esa pérdida es el precio que debo pagar por la muerte de mi hermana y mi madre, para poner fin a su tormento y degradación. —Se encogió sobre sí misma, encorvando los hombros. Apretó los puños, y reparé en el sudor que comenzaba a perlarle la frente.

—¿Por qué no os pidió a vosotros que matarais al dragón? ¿Por qué no lo hace ella misma? —les preguntó Chade.

Fue Peottre el que respondió:

—Se tiene por una gran profetisa, capaz no solo de ver el futuro, sino de dictar cómo va a ser. Durante la guerra, dijo que el linaje de los Vatídico debía extinguirse por completo; de lo contrario, ordenaría a los dragones que se abatieran sobre nosotros, como hicieran antaño. Hubo quienes la creyeron y acataron su voluntad. Pero fracasaron, y sus palabras se convirtieron en realidad. Los Vatídico desencadenasteis la ira de los dragones sobre nosotros, destruyendo y arrasando nuestras embarcaciones y aldeas.

—Pero —protestó Dedicado, indignado— si vuestras Velas Rojas no nos hubieran atacado...

—Asegura que aún tenemos una posibilidad de redimirnos —lo interrumpió Peottre—. Según ella, nuestro dragón merece morir por no haber sido capaz de despertar para protegernos. Es más, merece morir, dice, a manos de uno de los Vatídico, pues vosotros sois el adversario del que no supo defendernos. Pero, sobre todo, insiste en que ha de ser un Vatídico el que acabe con Yama de Hielo porque eso es lo que le muestran sus visiones. Para que el futuro discurra por los cauces que ella desea, esta gesta deberá realizarla un Vatídico.

—Razón de más, en mi opinión, para contemplar la posibilidad de no hacerlo —observó junto a mí Burrich, bajando la voz.

El oído del príncipe, no obstante, era muy agudo.

—La razón de más peso para contemplar la posibilidad de no matar al dragón —declaró con amargura Dedicado— es que podría ser imposible. De

sobra sabéis que algunos de los miembros de mi expedición albergan dudas sobre esta misión. Cuanto más nos acercábamos a Yama de Hielo, mejor podíamos percibirlo, no solo la vida que todavía anida en su interior, sino su poder. Su intelecto. Y ahora, descubro que mis amigos han actuado en mi contra. Lord Aguasnegras, narcheska Elliania, os he fallado. Personas en las que confiaba han enviado un mensaje a los Mercaderes del Mitonar, que enviarán su propio dragón para oponerse a nosotros. Quizá surque ya el aire, camino de aquí.

—No lo entiendo —replicó Peottre—. Sabía que vuestro grupo se mostraría reticente a matar al dragón, pero ¿a qué os referís con que podíais «percibirlo»?

—Los secretos no son potestad vuestra, y este es uno que preferiría seguir reservándome por ahora. Igual que os reserváis vosotros el secreto de vuestras comunicaciones con la Mujer Pálida. Fue ella la que os impelió a envenenar a Tras... a Tom con aquel pastel que nos trajisteis, ¿no es cierto?

Peottre enderezó el espinazo en su asiento, fruncidos los labios. Dedicado asintió bruscamente con la cabeza para sí mismo.

—Sí. Secretos. Si no hubierais considerado oportuno guardar con tanto celo los vuestros, podríamos haber actuado coordinadamente desde el principio, no contra el dragón, sino contra la Mujer Pálida. Si hubierais hablado conmigo...

La narcheska se desplomó de improviso. Cayó de costado, entre gemidos, y, tras sufrir un estremecimiento, se quedó inmóvil.

Aguasnegras se arrodilló junto a ella.

—¡No podíamos! —exclamó con amargura—. Ni siquiera os imagináis el precio que esta pequeña ha tenido que pagar esta noche para hablaros con tanta franqueza. Su lengua está sellada y la mía también. —Miró a Burrich de repente—. Viejo soldado, si te queda un ápice de compasión en el cuerpo, ¿querrías traerme un poco de nieve?

—Ya lo hago yo —musité, pues ignoraba el alcance exacto de la ceguera de Burrich, pero este se había puesto en pie ya y, tras recoger una cacerola vacía, salió de la tienda.

Aguasnegras movió a Elliania hasta ponerla de costado y, sin más preámbulo, le levantó la túnica. El príncipe jadeó ante la revelación, y yo me di la vuelta, asqueado. Las serpientes y los dragones tatuados que lucía en la

espalda se veían inflamados, supurando gotitas de sangre algunos; otros, húmedos y tumefactos, como quemaduras recién reventadas.

—Salió a dar un paseo con Henja, su doncella de confianza —nos contó Peottre, con los dientes apretados—. Dos días más tarde, Henja la trajo a casa tambaleándose, portando estas marcas en la espalda y la cruel oferta que nos hacía la Mujer Pálida. Fue Henja la que tuvo que explicárnoslo, puesto que Elliania es incapaz de relatar nada de lo acaecido sin que los dragones la castiguen por ello. Este es el efecto que surte en ella incluso la mera mención del nombre de la Mujer Pálida.

Burrich regresó con la cacerola llena de nieve. La depositó en el suelo, junto a la figura tendida, y la observó horrorizado, intentando discernir qué era.

—¿Una infección en la piel? —preguntó, vacilante.

—Un veneno en el alma —fue la desabrida respuesta de Peottre, que cogió un puñado de la nieve limpia que Burrich había traído y la extendió sobre la espalda de Elliania. Esta se agitó levemente. Aletearon sus párpados. Me pareció que se debatía al límite de la consciencia, pero seguía sin emitir el menor sonido.

—Os libero de todos nuestros acuerdos —anunció Dedicado, con voz meliflua. —Peottre le lanzó una mirada de asombro, pero el príncipe continuó—: No toleraré que la una a mí ninguna promesa fruto de la coacción. Sin embargo, mataré a vuestro dragón —declaró con toda serenidad el príncipe—. Esta noche. Y cuando hayamos ganado una muerte limpia para vuestra gente, cuando nadie salvo yo corra peligro, haré todo cuanto esté en mi mano por acabar de una vez por todas con la maldad de la Mujer Pálida. —Respiró hondo, como si temiera que sus palabras fuese acogidas con burla, y concluyó—: Si alguno de nosotros sobrevive, volveré a hablar con Elliania y le preguntaré si me acepta por esposo.

Fue la muchacha la que habló entonces, con un hilo de voz y sin levantar la cabeza.

—Te aceptaré. Libremente —añadió, imprimiendo un mayor énfasis a su última palabra.

No creo que ni Peottre ni Chade estuvieran conformes, pero se mordieron la lengua. Elliania rechazó con un gesto el puñado de nieve que sostenía Peottre, se apoyó en su mano y consiguió incorporarse hasta quedarse sentada. Aún la

martirizaba el dolor. Por su aspecto, se diría que la afligía una herida mortal.

Chade volvió la mirada hacia mí.

—En tal caso, actuaremos esta misma noche. —Sus ojos se posaron en todos y cada uno de los presentes, de forma individual; al cabo, fue casi como si hubiera decidido prescindir de toda precaución cuando dijo—: No me atrevo a esperar, pues ¿quién sabe lo deprisa que puede volar un dragón? Si coordinamos nuestros movimientos, sin más dilación, quizá alcancemos nuestro objetivo y hayamos salido de aquí antes incluso de que llegue Tintaglia. —Un rubor repentino, casi como si se sonrojara, iluminó las facciones del anciano, que fue incapaz de reprimir una sonrisita traviesa al anunciar—: Es cierto. He inventado una pólvora que posee la fuerza de la descarga de un rayo. Traje una módica cantidad conmigo cuando decidí venir aquí, aunque no tanta como me gustaría destinar a esta tarea. La mayor parte de mis suministros se quedaron atrás, en la playa. Quizá sea suficiente, de todos modos. Arrojada al fuego dentro de un recipiente sellado provoca una violenta explosión, similar al impacto de un rayo. Si la plantamos en el interior del túnel y la detonamos, sin duda eliminaríamos gran parte del hielo. Por sí sola, podría matar al dragón. Y, aunque no lo consiguiera, nos garantizaría un acceso más fácil hasta él.

Elegí aquel momento para ponerme de pie.

—¿Tienes alguna capa que me pudieras prestar? —le pregunté a Burrich.

Este, que solo tenía ojos para Chade, hizo como si no me hubiera escuchado.

—¿Se parece esto en algo a lo que hiciste la noche que falleció Artimañas? No sé con qué trataste aquellas velas, pero distaba de ser tan estable como esperabas. ¿A qué nos arriesgamos aquí?

Sin embargo, el entusiasmo de Chade por poner inmediatamente a prueba aquella prodigiosa pólvora suya desafiaba ya toda cautela. Era como un niño con una cometa o un barquito de juguete nuevo.

—Esto no tiene nada que ver. Aquello requería mediciones precisas, y dispuse de menos tiempo del deseable. ¿Tienes la menor idea de lo que supuso tratar todas aquellas velas, además del suministro de leña para aquella noche, sin que nadie se enterara? Nadie supo apreciarlo nunca, qué va, como tampoco nadie ha sabido apreciar nunca ningún otro de los muchos prodigios que he

obrado para la estirpe de los Vatídico. Fuera como fuese, esto es distinto. El efecto se producirá a una escala mucho mayor, y soy libre de utilizar tanta pólvora como estime pertinente. Nada de medias tintas en esta ocasión.

Burrich sacudió la cabeza en mi dirección mientras yo liberaba el brazo de su cabestrillo y, muy despacio, introducía la mano izquierda por la manga de mi camisa. Estaba dolorido, pero podría valerme de él. Con cuidado. La posibilidad de que el dragón pereciera esa misma noche me insuflaba ánimos renovados. Una parte más serena de mí sabía que todo cuanto tenía era la palabra de la Mujer Pálida de que liberaría al bufón en cuanto Yama de Hielo hubiera muerto. Distaba de ser fiable y, sin embargo, era mi única garantía. Y, si la pólvora de Chade aniquilaba a la bestia pero no le devolvía la libertad al bufón, una segunda dosis de explosivo, detonada junto al cadáver del dragón, bien podría practicar un acceso a los dominios bajo el hielo de aquella mujer. Me guardé aquella idea para mis adentros, por el momento.

—¿Cuáles son los riesgos? —preguntó Dedicado, pero Chade descartó sus temores con un ademán.

—La he sometido a numerosos experimentos. He abierto cráteres en la playa, he encendido fogatas dentro y, cuando las llamas ardían con brío, he introducido en ellos las cajas de pólvora y me he retirado. Las explosiones excavaron auténticos pozos en la arena, de tamaño proporcional a la cantidad de pólvora contenida en los recipientes sellados. ¿Por qué tendrían que ser distintos el hielo y la nieve? Ciertamente, reconozco que son más densos y pesados, pero precisamente por eso utilizaremos un recipiente más grande. En cuanto al fuego...

—Nada más fácil —lo interrumpí, barajando mentalmente todas las posibles opciones. Había encontrado la capa de Chade, que me eché por los hombros mientras añadía—: Un contenedor de algún tipo, como una olla de buen tamaño. La que empleamos para preparar el caldo y derretir la nieve a fin de abastecernos de agua. Esa servirá. Ramitas secas para prender un pequeño fuego en el fondo y, después, el aceite inflamable del bufón. Lo guardaba en su tienda, así que aún debería seguir allí. Gatearé por el túnel excavado, encenderé el fuego, incorporaré la pólvora y volveré a salir arrastrándome. Sin demorarme. — Chade y yo intercambiamos una sonrisa de oreja a oreja. Comenzaba a

contagiárase su entusiasmo.

Sin embargo, Chade, que había empezado a asentir con la cabeza, de repente arrugó el entrecejo.

—Esa olla no es lo bastante grande para contener todo el barril. A ver, déjame pensar, déjame... Ya lo tengo. Varias capas de pieles curtidas bajo la olla. Cuando el fuego arda con brío dentro de ella, vuélcalo encima del cuero. Lo contendrá sin problemas durante un breve intervalo de tiempo. A continuación, arroja el barril a las llamas. Y sal del túnel. Corriendo.

Sonreía como si todo aquello no fuese más que una travesura estupenda. Peottre, sin embargo, se mostraba alarmado; la narcheska, desconcertada. Burrich tenía el ceño fruncido, sombrías como un nubarrón sus facciones. El príncipe Dedicado parecía debatirse entre el deseo de un chiquillo por probar cosas nuevas y la obligación de meditar todas sus decisiones como el monarca que era. Cuando habló, supe cuál de ambas facetas había ganado.

—Debería hacerlo yo, en vez de Tras... Tom Mechatejón. Su brazo está prácticamente inútil. Además, ya he dicho antes que me encargaba. Es mi deber.

—No. Sois el heredero al trono de los Vatídico. ¡No nos podemos arriesgar a perderos! —protestó Chade, tajante.

—¡Ah! ¡Conque reconoces que existe algún riesgo! —gruñó Burrich mientras yo embutía los pies en las botas de Chade. Me quedaban demasiado grandes. Nunca me había fijado en que aquel anciano enjuto tuviera los pies tan largos.

En mi mente se sucedían los planes.

—Necesitaré la olla, el aceite de los suministros del bufón, ramitas y yesca, una caja para esta, dos piezas de cuero curado... Y el barril de pólvora.

—Y una lámpara. Te hará falta luz para ver lo que haces ahí abajo, en la oscuridad. La llevaré yo. —Dedicado había decidido desoír la advertencia de Chade.

—No. Nada de lámparas. Bueno... una pequeña, tal vez. Nos iremos ahora, sigilosamente. Si el resto del destacamento de Mañosos descubriese nuestras intenciones... en fin. Será mejor que eso no ocurra.

Mientras forcejeaba con las botas me había dado cuenta de que iba a necesitar asistencia. El menor esfuerzo me producía aún un cosquilleo en el hombro. El príncipe sería mi ayudante. Sacaría a Dedicado del túnel en cuanto

hubiera encendido el fuego. Podría quedarse conmigo al filo del pozo mientras esperábamos a que estallase la pólvora. Con eso debería bastar para cumplir con la promesa que había hecho como Vatídico de cobrarse la cabeza del dragón.

—¡Un destacamento de Mañosos! —explotó Burrich.

Comenzaba a impacientarme.

—Sí —dije mientras rebuscaba entre la ropa de Chade y el príncipe. Cogí el gorro de piel del primero—. Un círculo de Mañosos que sirven al rey Vatídico. ¿Creías que la Habilidad era la única magia que podía emplearse de esa manera? Pregunta a Vencejo. Está a punto de obtener el ingreso. Además, no me parece que sea tan mala idea, a pesar de que Telaraña haya traicionado nuestro plan. — Mientras Burrich se me quedaba mirando sin pestañear, tan estupefacto como ofendido, le recordé a Chade—: Encárgale a Mechalarga que reúna los suministros personalmente. Es discreto y leal; no permitirá que se propague ningún rumor.

—Yo iré con él. —Sin aguardar respuesta, Dedicado recuperó su capa y se detuvo por un breve instante junto a Elliania. Aun sin mirarla a los ojos, declaró —: Os doy mi palabra. Si puedo encontrar una muerte limpia para vuestra madre y vuestra hermana, será suya. —Dicho lo cual, se marchó.

—¿El príncipe Vatídico emplea la magia? —se extrañó Peottre, sin apartar la vista de él mientras salía de la tienda.

Chade se apresuró a improvisar una mentira.

—Tom no se refería a eso. El príncipe cuenta aquí con un círculo de amistades que pueden usar la Maña, denominada en ocasiones «Magia de la Vieja Sangre» en los Seis Ducados. Han venido con él para echarle una mano.

—La magia es indigna —opinó Peottre—. Por lo menos una espada es honesta, y un hombre puede mirar a la muerte a la cara. La magia es lo que utilizó la Mujer Pálida para encadenar a nuestro pueblo y avergonzarnos. La magia es lo que utiliza para oprimirnos aún, para obligarnos a hacerle el trabajo sucio.

Burrich asintió lentamente ante aquellas palabras.

—Ojalá se pudiera practicar la magia de la espada con ella. Nunca resulta apropiado que un hombre sucumba a un ardid, y menos si este es obra de una mujer ambiciosa y perversa. —Sé que estaba pensando en mi padre mientras

hablaba y en cómo la reina Deseo había conspirado para precipitar su muerte. Ignoro cómo se tomaría sus palabras Peottre.

El kaempra del Clan del Narval se irguió muy despacio, como si alguna idea incómoda hubiera empezado a desenroscarse en su mente. Asintió para sí, absorto en sus pensamientos. Junto a él, la narcheska se puso de pie a su vez.

—Por favor, decidle al príncipe Dedicado que me habría gustado despedirme de él —musitó, para nadie en particular.

—Y a mí —suscribió con voz profunda Peottre—. Me apena haber tenido que llegar a este extremo. Ojalá el destino hubiese querido extender un camino más fácil ante todos nosotros.

Se fueron arrastrando los pies, con Peottre moviéndose como si una carga exagerada pesara sobre sus hombros. Dedicado no tardó en regresar, portando algunos de los enseres necesarios para nuestra misión. Momentos después, Mechalarga trajo el resto y se quedó en la tienda tras soltar los objetos. Saltaba a la vista que le picaba la curiosidad, pero nadie le ofreció ninguna explicación antes de que Chade le diera las gracias y lo invitara a salir. El hombre parecía preocupado. Era evidente que Dedicado y yo estábamos preparando algún tipo de expedición. La información sobre mi retorno era escasa o directamente nula. Sin embargo, como el buen soldado que era, Mechalarga aceptó la falta de explicaciones como algo razonable y regresó a su puesto en el exterior de la tienda.

Nos demoramos un poco más de la cuenta, pues Chade había decidido que un fuego encendido sobre el cuero apoyado en el hielo podría no alcanzar la temperatura necesaria para activar su pólvora. Chade experimentó con la olla para calcular el tamaño del recipiente de pólvora que tendría que caber dentro de ella. Esto propició una apresurada comparación de bultos y contenedores, hasta dar con un recipiente que encajara en la olla y contuviera la cantidad exacta de pólvora sellada. Al final se decantó por una vasija con la tapa de arcilla, repleta hasta entonces de hierbas de té. Por el modo en que refunfuñó al vaciar su contenido, deduje que la infusión debía de ser una de sus mezclas especiales. Hecho aquello, abrió el barril que yo había transportado desde la playa y, con sumo cuidado, transfirió a la vasija su contenido arenoso. Se mantuvo alejado de la diminuta llama de la vela durante toda la operación, prensando la pólvora con

los dedos sin dejar de murmurar para sí mientras trajinaba.

—Está un poco húmeda —refunfuñó al volverse hacia mí, con la vasija ya sellada—. Pero, en fin, la redoma que pusimos en tu chimenea también estaba un poco mojada por dentro, y eso no evitó que funcionara. Tampoco esperaba que estallase como lo hizo, pero, en fin, supongo que así es como aprende uno estas cosas. Mantén esto alejado del fuego de la olla, hasta que el calor se vuelva lo más intenso posible. Después deposita esto dentro, centrado para que no se apaguen las llamas. Y sal de allí tan deprisa como te lo permitan las piernas.

Estas indicaciones eran para mí. Al príncipe le dijo:

—Debéis marcharos en cuanto prenda la lumbre en la olla. No esperéis a que Traspíe deposite la pólvora, alejaos y esperadlo a una distancia segura del borde de la excavación. ¿Entendido?

—Vale, sí —se impacientó Dedicado, que estaba guardando en una bolsita todo lo necesario para hacer fuego.

—Prometédme, entonces. Prometeme que os iréis en cuanto encienda el fuego en la olla.

—He dicho que mataría al dragón. Debería quedarme al menos hasta ver cómo la pólvora entra en la olla.

—Saldrá antes de que la pólvora entre en la olla —le aseguré a Chade mientras cogía la vasija sellada—. Prometido. En marcha, Dedicado. Pronto nos quedaremos sin el amparo que nos proporciona la noche.

—¿Quieres que lleve algo? —me preguntó Burrich, incorporándose mientras nos dirigíamos a la puerta de lona de la tienda.

Me quedé mirándolo por un momento, desconcertado, hasta que comprendí lo que quería decir.

—Tú no vas a acompañarnos, Burrich. Espera aquí. No tardaremos mucho.

—Tenemos que hablar —repuso, sin volver a sentarse—. Tú y yo. De muchas cosas.

—Y lo haremos. Largo y tendido. También yo deseo tratar varios asuntos contigo. Pero, si ha podido esperar todos estos años, podrá seguir esperando hasta que hayamos acabado con esto. Entonces tendremos tiempo de sentarnos y hablar. En privado —añadí, subrayando mis últimas palabras.

—Los jóvenes siempre confían en que vaya a haber tiempo después, más

tarde. —Tras enunciar esta observación para Chade, Burrich estiró el brazo y alivió a Dedicado de una buena porción de su carga—. Los viejos ya estamos escarmentados. Recordamos todas las ocasiones en que pensamos que dispondríamos de todo el tiempo del mundo y no fue así en absoluto. Todas las cosas que pensé en decirle a tu padre algún día todavía me pesan en el corazón, silenciadas. Nos vamos.

Exhalé un suspiro. Dedicado se había quedado plantado en el sitio, ligeramente boquiabierto. Me encogí de hombros.

—Discutir con Burrich no sirve de nada. Es como intentar llevarle la contraria a vuestra madre. En marcha.

Salimos de la tienda, caminando aprisa en la oscuridad. Avanzamos con el sigilo propio de los Mañosos, aun cuando uno de nosotros se negase a aceptar lo que era. Burrich se apoyó ligeramente con una mano en mi hombro sano. Fue su única concesión al debilitado estado de su vista, y no hice ningún comentario. Miré atrás de soslayo, una sola vez, para encontrar a Chade enmarcado por la entrada de la tienda, en camión, escudriñándonos. Pareció sobresaltarse cuando lo descubrí, como si se sintiese azorado, y soltó la puerta de lona para ocultarse tras ella. Pero ahora sabía que estaba preocupado y procuré no pensar en cómo había podido experimentar con aquel polvo explosivo y durante cuánto tiempo. También Mechalarga nos seguía atentamente con la mirada.

El camino que conducía a la excavación era empinado. Nunca me había parecido un ascenso complicado, pero los acontecimientos de los últimos días comenzaban a pesar sobre mí. Ahora se me antojaba difícil y me faltaba el resuello cuando llegamos a la rampa que se internaba en el pozo. Nos detuvimos allí; cuando cogí el aceite de manos de Burrich, su peso me arrancó una mueca de dolor.

—Espéranos aquí.

—No temas que os siga. Sé que me he quedado sin vista y no pienso ponerlos en peligro yendo con vosotros. Pero al menos me gustaría hablar un poco antes de separarnos. A solas, si no te importa.

—Burrich... Por cada momento que me retraso, el bufón podría rendir otra parte de su ser al dragón.

—Hijo, en el fondo de tu corazón sabes que ya es demasiado tarde para

salvarlo. Pero entiendo que debas seguir adelante con esto. —Volvió la cabeza, sin mirar exactamente al príncipe, pero «viéndolo» de todas maneras. Con un gesto implorante por mi parte, Dedicado se retiró varios pasos para concedernos la intimidad que Burrich buscaba. A pesar de ello, bajó la voz para decir—: Estoy aquí para llevaros a casa a Vencejo y a ti. Le prometí a Ortiga que le devolvería a su hermano, sano y salvo, que mataría a un dragón para conseguirlo si era preciso y que todo volvería a ser como antes. Todavía es una niña, en cierto modo, y cree que papá siempre estará ahí para arreglar las cosas. Me gustaría que siguiese creyéndolo, siquiera durante algún tiempo.

No estaba seguro de lo que esperaba de mí, pero el tiempo apremiaba demasiado para enzarzarse en disputas dialécticas.

—Haré cuanto esté en mi mano por que así sea —le aseguré—. Burrich, tengo que irme.

—Ya lo sé. Pero... Los dos te habíamos dado por muerto. Molly y yo. Únicamente actuamos como lo hicimos movidos por esa creencia. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí. A lo mejor podríamos hablar de eso más tarde. —Pero me asaltó de repente la certeza, tanto por la rabia como por el dolor que habían despertado sus palabras en mí, que no quería volver a hablar de aquello mientras viviera. Que no me apetecía ni tan siquiera contemplar la posibilidad de retomar esta conversación. Sin embargo, respiré hondo y pronuncié las mismas palabras que tan a menudo me había dicho a mí mismo—: Eras el hombre más indicado para ella. Dormía bien por las noches, sabiendo que estabas allí para ella y Ortiga. Y después... no regresé. Porque nunca quise que sintieras que tú... que...

—Que te había traicionado —terminó la frase en voz baja por mí.

—Burrich, el sol no tardará en despuntar. Tengo que irme.

—¡Escúchame! —replicó, con inesperada ferocidad—. Escúchame y deja que te diga una cosa. Llevo atragantándome con estas palabras desde que me enteré de lo que había hecho. Lo siento, Traspié. Lamento todo lo que te he arrebatado, sin saber lo que hacía. Lamento los años que nunca podré devolverte. Pero... pero no puedo arrepentirme de haber tomado a Molly por esposa, ni de haber tenido hijos con ella ni de la vida que compartimos, entonces

y ahora. No puedo. Porque sí que era el hombre más indicado para ella. Igual que Hidalgo lo era para Paciencia cuando me la arrebató, sin que nadie sospechara nada. —Exhaló un hondo suspiro de pronto—. Eda y El. En qué espiral tan extraña y cruel nos hemos visto atrapados.

Notaba la boca llena de cenizas. No había nada que decir.

En voz muy, muy baja, me preguntó:

—¿Vas a volver para quitármela? ¿Piensas alejarla de nuestro hogar, de nuestros hijos? Porque sé que podrías. Siempre ha reservado un hueco en su corazón para aquel muchacho salvaje al que amaba. Yo... nunca he intentado cambiarlo. ¿Cómo sería capaz? También yo lo quería.

En alas del viento que se arremolinaba a nuestro alrededor, ante mis ojos pareció pasar toda una vida. Su susurro contenía todo lo que podría haber ocurrido, lo que debería haber ocurrido... Lo que aún podría ocurrir. Pero no ocurriría jamás.

—No voy a volver para arrebatártela —musité, transcurridos unos instantes—. No voy a volver en absoluto. No puedo.

—Pero...

—Burrich, no puedo. Ni tú puedes pedírmelo. ¿Qué te imaginas, que me acercaría a caballo para visitarte de vez en cuando, que me sentaría a tu mesa y compartiríamos una taza de té, que corretearía por ahí con tu pequeño, que les echaría un vistazo a tus caballos y que no estaría pensando... que no...?

—Te supondría un esfuerzo —me interrumpió con vehemencia—, pero lo superarías. Igual que aprendí yo a superarlo. Cuántas veces hube de cabalgar detrás de Paciencia e Hidalgo cuando salían juntos a pasear, mirándolos y...

No soportaría escucharlo. Sabía que nunca sería capaz de reunir semejante coraje.

—Burrich, tengo que irme ya. El bufón cuenta conmigo.

—¡Pues vete! —No había ira en su voz, tan solo desesperación—. Vete, Traspíe. Pero esta conversación vamos a terminarla, tú y yo. No sé cómo, pero vamos a deshacer este enredo. Te lo prometo. No pienso volver a perderte.

—Tengo que irme —repetí por última vez, giré sobre los talones y hui de él. Lo dejé arropado por el viento glacial, ciego y solo, confiando en mi regreso.

La mente de un dragón

La especie de los vetulus sentía predilección por los lugares remotos. Aunque sean escasos los documentos de la época que se conservan, y algunas de sus runas nos resulten ininteligibles, varias de las nuestras se dirían descendientes de los glifos que plasmaban sobre sus mapas y sus monolitos. Lo poco que sabemos de ellos parece indicar que se mezclaban con los humanos normales y llegaban a veces incluso a residir en sus mismas ciudades; gran parte de nuestros conocimientos derivarían de dicha asociación. El pueblo de las Montañas posee una colección de mapas ajados que, casi con toda seguridad, son copias de pergaminos aún más antiguos y reflejan su familiaridad con un territorio mucho más extenso del que ocupan ahora sus gentes. Las carreteras y las ciudades señaladas en dichas cartas o ya no existen, o son tan lejanas como para adscribirse al ámbito de lo legendario. Lo más extraño de todo, quizá, es que al menos en uno de esos mapas se muestran unas ciudades que, de haber perdurado hasta nuestros días, se encontrarían tan al norte como Osorno y tan al sur como las Orillas Malditas.

CERICA,

Tratado sobre un pueblo perdido

No dije ni una palabra cuando me reuní con Dedicado, y él no me preguntó nada. Abrió la marcha por la rampa, iluminada por el oscilar de la pequeña linterna, adentrándose en un pozo que se había vuelto considerablemente más profundo y angosto desde la última vez que cavé en él. Me di cuenta de cómo habían concentrado sus esfuerzos tras atisbar la sombra de la bestia atrapada en el hielo a sus pies. De nuevo, como si me cubriera una ola inesperada, la percepción de Yama de Hielo que me transmitía la Maña se intensificó, justo antes de volver a reducirse hasta desaparecer. Me ponía nervioso ser tan consciente de la criatura que me disponía a matar.

Seguí a Dedicado mientras me guiaba hacia la esquina del pozo que se convertía en un túnel, perforado y excavado en el hielo. La entrada era tan alta como una persona y tan ancha como dos, pero no se extendía mucho antes de estrecharse; pronto me vi obligado a encorvarme, lo que recrudeció el dolor que sentía en el hombro.

Mientras caminaba tras los pasos del príncipe, no dejaba de darle vueltas a un fragmento de la conversación que acababa de mantener con Burrich. Él

había venido hasta aquí para matar a un dragón, si era preciso, lo que fuese con tal de volver a casa con Vencejo. Ortiga le había dicho a Tordo que su padre se había ido a acabar con un dragón. Aquella información conjunta significaba que Ortiga no sabía nada de mí. Me debatí entre el alivio que me producía no haberme revelado ante ella y el enfermizo presentimiento de que nunca podría llegar a formar parte de su vida. La oscuridad, el hielo y el frío parecieron cernirse sobre mí de repente y, por un instante vertiginoso, me sentí oprimido por las entrañas del glaciar, atrapado y deseando morir, pero incapaz de hacer ni siquiera eso por mí mismo. Me estranguló la vergüenza mientras me esforzaba por acabar con mi vida.

Aquel nubarrón asfixiante pasó, al cabo, y seguí adelante con paso inseguro. Alejé de mis pensamientos a Ortiga, a Burrich y a Molly, aparté de mí el pasado y me concentré exclusivamente en lo único que debía hacer, y de forma acuciante: matar a este dragón. Seguí adentrándome en el hielo detrás de Dedicado, diciéndome que quizá aún podría salvar al bufón. Engañándome a mí mismo.

La lamparita de Dedicado no me desvelaba nada más que las paredes de hielo, impecablemente relucientes, y la silueta del príncipe frente a mí. El túnel se acabó de improviso. Dedicado se volvió para mirarme y se puso en cuclillas.

—Esa es la cabeza, ahí abajo. O eso creemos. —Dedicado usó un dedo para apuntar al hielo escoriado que se extendía a nuestros pies.

Clavé la mirada en el punto indicado.

—No veo nada.

—Sería distinto con una lámpara más grande y la luz del día a la espalda. Tendrás que fiarte de mí. Su cabeza está bajo nuestros pies.

Se contorsionó para descolgarse la mochila del hombro y dejarla en el suelo, delante de él. Me acuclillé a mi vez. Dispondría del espacio justo para pasar por encima de la olla y escurrirse junto a mí cuando el fuego estuviera encendido.

El frío se me había colado en el hombro, agarrotándolo, y mis vapuleadas facciones conformaban una máscara rígida y aterida. Daba igual. Todavía me quedaba la mano derecha. ¿Dónde estaba la dificultad en prender unas ramitas y colocar una vasija encima de ellas? Hasta yo podía hacerlo.

Primero, las pieles. Dedicado las extendió entre nosotros, como si fuésemos

dos soldados que se dispusieran a echar una partida a los dados. Eran recias, una de oso de las nieves y la otra de vaca marina. Ambas desprendían un olor apestoso. Coloqué la olla encima de ellas, en el centro, y dejé la redoma de aceite precavidamente apartada, junto con la vasija llena de pólvora. Habíamos reunido varios trozos de madera y jirones de lino quemado con los que alimentar la lumbre. Formé un pequeño nido en el fondo de la olla. Ya había utilizado la yesca para verter hasta tres fútiles lluvias de chispas sobre las ramitas cuando Dedicado me preguntó, intrigado:

—¿Y no podríamos usar la lámpara para encender el fuego, sin más?

Levanté la cabeza y lo fulminé con la mirada. Por toda respuesta, me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. La claridad realzaba sus mejillas enrojecidas y sus labios agrietados. No me sentía con fuerzas para sonreír, pero, de alguna manera, conseguí obligarme a hacerlo para él. Recordé, fugazmente, que sus jóvenes hombros también portaban más de una carga, como el hecho de que matar a este dragón constituyese una suerte de traición a su Vieja Sangre y a su destacamento de Mañosos. Y ni siquiera pagando este precio alcanzaría su sueño. La muchacha de la que se había enamorado era suya únicamente como señuelo para obligarle a seguir los dictados de la Mujer Pálida. Elliania se le había ofrecido, no por amor ni para forjar una alianza, sino tan solo para comprar la muerte de su madre y su hermana. Como cimientos sobre los que sustentar un matrimonio no parecían excesivamente prometedores y, sin embargo, allí estábamos. Me senté sobre los talones.

—Hacedlo vos —dije—. Y luego marchaos. Ah, y hacedme el favor de alejar por mí a Burrich del borde de la excavación. No ve bien.

—¿En serio? Pensaba que era ciego.

La clásica muestra de humor juvenil, el negro sarcasmo de quien no teme correr nunca el mismo destino del que se burla. Ya no podía arrancarme ni siquiera media sonrisa, pero quizá Dedicado no se percatara de ello. Recogió un trozo de lino quemado del interior de la olla y lo acercó a la llama de la lámpara, que la lamió con avidez y prendió de inmediato. Dedicado se apresuró a soltar la tela dentro de la olla, encima de las ramitas. El fuego se apagó.

—Nada es nunca tan sencillo como aparenta —observé tras nuestro tercer intento fallido.

Tuve que colocar la olla de costado, y el príncipe se chamuscó los dedos introduciendo el último jirón de lino llameante bajo los trocitos de madera. Contuvimos el aliento, expectantes, hasta que la llama diminuta prendió y se propagó sobre las ramitas. La avivé con unas cuantas virutas, decidiendo que, en vez de enderezar la olla y arriesgarme a debilitar el corazón del fuego, sería preferible meter la vasija de pólvora como haría con una hogaza de pan en el horno. Tosí por culpa de la humareda que empezaba a formarse.

—Hora de marcharse —informé al príncipe.

—Termina y nos iremos los dos.

—No. —Me abstuve de expresar en voz alta que quería asegurarme de que estuviera a salvo antes de cargar la pólvora. En vez de eso, le dije—: Burrich es muy importante para mí. Y muy orgulloso. Querrá esperar a que me reúna con él antes de poner tierra de por medio. Tomadlo del brazo y decidle que ya estoy en camino, que podéis verme. Y alejadlo del pozo. Ambos sabemos que los preparados de Chade a veces funcionan mejor de lo que nadie se espera.

—¿Quieres que lo engañe? —se escandalizó Dedicado.

—Quiero que lo pongáis a salvo. Tiene una rodilla lastimada y no puede caminar tan deprisa como vos o yo. Así que ponedlo en marcha. Os daré unos instantes de ventaja, introduciré la pólvora y saldré de aquí.

Funcionó. El príncipe no me habría dejado solo si hubiera sido su integridad la única que corría peligro. Pero lo haría por Burrich. Di gracias a Kettricken por la compasión que le había inculcado a su hijo mientras este pasaba con cuidado por encima de la olla caliente y me sorteaba para no pisarme. Me quedé escuchando el eco de sus pasos en aquel túnel de hielo, intentando calcular cuánto tardaría en salir del pozo, reunirse con Burrich y escoltarlo lejos de allí. No te apresures, me dije. No hay ninguna necesidad de poner en peligro la vida de nadie. En cuestión de meros minutos, el dragón ya estaría muerto. Y el bufón, con suerte, se encontraría a salvo.

Me quedé tendido en el suelo del túnel, tanto para evitar el humo que flotaba por encima de mí como para alimentar la endeble fogata. Necesitaba un buen manto de ascuas sobre las que colocar la pólvora. A regañadientes, concluí que debería incorporar el aceite a la vez, el necesario para avivar las llamas alrededor de las paredes de la vasija. Abrí el frasco de aceite y lo dejé al alcance de la mano.

Estaría a salvo. La redoma de pólvora que estalló en mi chimenea había tardado bastante tiempo en inflamarse. Por otra parte, aquello había ocurrido antes de que Chade perfeccionara su invento.

No pienses en eso. No pienses en morir aquí, abrasado y aplastado, me dije. No. Podría quedarme atrapado e inmovilizado por el hielo, con el frío arrastrándome cada vez a más profundidad hacia la negrura del olvido, hasta perecer por completo. Pensé en esa forma tan sencilla de morir. Parecía casi una cobardía. Y, sin embargo, ¿cuál era la alternativa? Solo, sin nadie con quien compartir mi vida... ¿Acaso era un destino tan cruel morir congelado?

Me cayó en la nuca una gota helada, procedente del techo, que devolvió mi atención a la tarea en la que debería estar concentrándome. Me pregunté por qué habrían divagado tanto mis pensamientos. Los trozos de cuero que rodeaban la olla candente comenzaban a chamuscarse y a apestar con el calor. Me quemé los dedos al inclinar el borde del recipiente un poco más hacia arriba, para que contuviera el aceite sin derramarse llegado el momento. Mascullé una maldición, apoyé los dedos doloridos en el hielo para aliviarlos... y entonces, con el fragor de una oleada arrolladora, el dragón inundó hasta el último recoveco mi ser.

Sospecho que lo hizo sin proponérselo. Creo que era como una persona que estuviese conteniendo el aliento, pensando que así sería capaz de obligarse a extinguir su vida sin ayuda de nadie. Pero, en el último momento, el cuerpo se impone al poder de la mente y aspira esa honda bocanada de aire que fuerza a la mente a continuar. En aquel instante en que perdió el control, nos tocamos. Su contacto no era como el de la Maña ni la Habilidad, sino algo distinto, y al reconocerlo supe que se trataba de un rasgo intrínseco a la estirpe de los dragones. Lo había sentido antes, cuando Tintaglia se valía de Ortiga para invadir mis sueños. Creía que se trataba de algo específicamente suyo, pero no. Yama de Hielo lo remedaba. El dominio de Tintaglia era superior, quizá porque, tras relacionarse principalmente con los humanos, había aprendido a amoldar sus pensamientos a nuestras mentes. El dragón se extendió por toda mi consciencia, torrencial, y me ahogó en su ser. No detecté nada formulado con palabras o conceptos humanos; no estaba intentando comunicarse conmigo. En aquella erupción de pensamientos, emociones y conocimientos aprendí cosas sobre él que preferiría no haber descubierto. Cuando el dragón se retiró de mi

mente, dejándome varado en mi individualidad, me falló el codo y me desplomé boca abajo en el hielo, con el rostro incómodamente cerca de la olla caliente.

Aquel breve instante de recuerdos compartidos con Yama de Hielo parecía más real que toda mi vida. El dragón estaba vivo, sin duda. Y consciente, aunque su consciencia estaba concentrada en el fondo de su ser. Anhelaba la muerte. Había venido aquí buscándola, intencionadamente. Pero la muerte no sobreviene fácilmente a los dragones. Quizá fallezcan a causa de alguna enfermedad o de una herida, o en combate con uno de los suyos, pero al margen de esas suertes, nadie sabe lo longevos que pueden llegar a ser. Yama de Hielo era una criatura fuerte y robusta, con muchos años por delante. Pero los cielos se habían quedado vacíos, despojados de los de su especie, y las serpientes que deberían haber llegado para renovar las filas de los dragones también habían desaparecido. Los dragones y la mayoría de sus sirvientes *vetulus* habían perecido cuando la tierra tembló y se agrietó y las montañas vomitaron humo, llamas y vientos envenenados. La devastación había arrollado todos los árboles y arrasado todo el verdor de la tierra.

Muchos de los dragones y sus asistentes habían sucumbido durante los primeros días de aquel gran cataclismo, abrasados, asfixiados o sepultados bajo la lluvia de cenizas. Otros habían perecido durante los inhóspitos días subsiguientes, pues la primavera no vino aquel año, y el otrora caudaloso e impetuoso río se redujo a un sinuoso reguero que avanzaba a tientas hacia el mar, abriéndose paso a través de un páramo de fina ceniza. Las presas se extinguieron, puesto que los pastos estaban cubiertos de hulla y escoria, y una capa de polvo recubría la exigua fronda superviviente.

Fue una época marcada por la penuria. De los dragones que escaparon indemnes, hay quienes dicen que hubieron de abandonar sus territorios ancestrales. Así lo hicieron unos pocos, pero qué fue de ellos nadie lo sabe, pues jamás regresaron. La competición por el alimento debilitó a muchos y supuso la muerte para otros; los dragones batallaban por conseguir las escasas presas que quedaban. Un grueso manto de ceniza ácida ocultaba la tierra, antaño rica en vegetación: ninguna semilla encontraba asidero allí y pocas plantas lograban abrirse paso hasta la superficie. También los humanos perecieron e incluso los *vetulus* se rindieron a una muerte lenta. Los rebaños y las bandadas de animales

de granja agonizaban junto a sus bípedos cuidadores. Las contadas ciudades que no habían quedado sepultadas se erguían desiertas y resquebrajadas, tan rotas y yermas como un nido despojado de sus huevos.

Nadie, sin embargo, ni siquiera entonces, temía que aquel pudiera ser el fin de los dragones. Quizá se extinguieran los humanos y los vetulus, quizá desaparecieran los árboles y las presas, pero no los dragones. En el mar quedaban cinco generaciones de serpientes. Se sucederían cinco estaciones migratorias y se producirían otras tantas eclosiones sucesivas. Las serpientes resurgirían en forma de dragones y, tarde o temprano, la tierra se restañaría. Eso pensaba Yama de Hielo. Aun cuando transcurría una estación tras otra y él era el único cuyas alas desplegadas se recortaban en el firmamento, no dejaba de esperar y aguardar el retorno de las serpientes. Pero en los desovaderos no había ni rastro de ellas. Continuó esperando, a menudo sin alimento por temor a que llegaran y no encontrasen ningún dragón que las ayudase a tejer los capullos mezclando su saliva con la arena negra de la playa de desove. Debería añadir su saliva y su veneno para transmitirles sus recuerdos, los cuales se extendían mucho más allá de los años que abarcaba su vida. Sin ellos, los nuevos dragones estarían perdidos. Solo si él les ayudaba gozarían de la memoria completa de la estirpe de los dragones cuando emergieran de sus capullos, incubados por el intenso calor estival.

Pero las serpientes nunca llegaron.

Y cuando comprendió que nunca lo harían, que no iban a regresar, cuando comprendió que él era el último de su especie, empezó a pensar en cómo iba a ser su final. No quería que estuviese marcado por la ignominia, desfallecido tras sufrir una herida de caza, tal vez, reducido a un gigantesco amasijo de carroña para las alimañas. No. Sería él mismo el que eligiera el momento y el lugar de su muerte, y exhalaría su último aliento de tal manera que su cuerpo quedara preservado e intacto.

Esos eran sus planes cuando llegó a la helada Aslevjal. La vi tal como había hecho él, como una isla encapsulada casi por completo en el hielo. Rememoré la desilusión que le produjo esta circunstancia, aunque no supe interpretar el motivo. Quizá el nivel del mar fuese menor por aquel entonces, o más fríos los inviernos, pues las aguas que rodeaban la isla estaban congeladas, por lo que

presentía más que veía el océano bajo el hielo. Sobrevoló una y otra vez la isla reluciente, negra y blanca, sin encontrar el acceso que buscaba. Se conformó, al cabo, con una grieta en el hielo, se arrastró por ella y se entregó al sueño; sabía que, para los de su especie, entre el letargo del frío y la muerte media apenas un paso.

Pero el cuerpo siempre elige la vida. No se deja coaccionar ni por la lógica ni por la emoción. Pasó de la plena consciencia a un estado de suspensión, pero no se podía separar de su cuerpo. Por mucho que lo intentara, había momentos en que la consciencia volvía a sacudirlo y zarandearlo, gritándole que estaba aterido, agarrotado y desfallecido de hambre. Su jaula de hielo lo oprimía y aplastaba su cuerpo, pero no podía romperlo. No podía romperse a sí mismo.

Ansiaba morir. Soñaba con ello. Una y otra vez se zambullía en la muerte, tan solo para que su cuerpo traidor aspirase otra lenta bocanada de aire, para que sus necios corazones ensayaran un nuevo y endeble latido. Llegaron los humanos para revolotear sobre él, como moscas atraídas por los estertores de un venado moribundo. Algunos pretendían sondear su mente; otros, lacerar su carne. Todos ellos en vano. Ni siquiera podían ayudarlo a morir.

Me sentí tomar aire y me pregunté cuándo tiempo llevaría conteniendo la respiración. Era como si alguien hubiera abierto las contraventanas de una taberna, enseñándome cuanto ocurría en su interior, y de repente hubiera vuelto a cerrarlas. Todos los conocimientos que tan de repente había adquirido acerca de los dragones me producían una sensación de mareo. Tan por completo me había envuelto el dragón que era como si, durante unos instantes, me hubiera puesto en su piel. Yacía despatarrado en el suelo, empapado por la molesta percepción del intelecto de la criatura que, congelada, yacía a su vez atrapada debajo de mí.

Me aferré a su deseo de morir con alivio. Iba a concederle la piedad que buscaba. Me incorporé hasta ponerme de rodillas, gimiendo cuando mi hombro lastimado hubo de soportar más peso de lo imprescindible. Me asomé al horno de la olla y me agaché para soplar dentro de ella. Los rescoldos se avivaron con un fulgor rojo. Añadí unos cuantos trocitos de madera y, con cuidado, re Coloqué la lumbre que habría de rodear la vasija llena de pólvora.

Sabía lo que era desear la muerte. También yo había intentado morir cuando

Regio me tenía en sus garras. Atormentado, frío, solo, hambriento... habría agradecido una muerte rápida entonces, fuera cual fuese. Había venido aquí decidido a matar al dragón y ahora sabía que él me agradecería esa merced. No tenía ningún motivo para titubear. Cogí la vasija y utilicé un palo para formar un nido entre las ascuas. ¿Qué diferencia supondría que hubiera un dragón más o menos en el mundo? Probablemente ya estuviese demasiado débil para sobrevivir, aunque lo liberásemos.

Por otra parte, si yo hubiera perecido en la mazmorra de Regio, como esperaba, seguramente Kettricken nunca habría encontrado a Veraz ni despertado a los dragones de piedra para defender los Seis Ducados. No. Me concedía demasiada importancia. Habría partido sola en busca de su monarca. Pero ¿habría conseguido reanimar a los dragones si Ojos de Noche y yo no hubiéramos estado presentes? Si yo no la hubiera acompañado, si Ojos de Noche no hubiera cazado presas para ella, ¿se habría saldado con éxito su aventura? ¿Habría sobrevivido Hervidera para ayudar a Veraz a tallar su dragón? ¿Dependía el destino del mundo entero, como desde hacía tiempo insistía el bufón, de las acciones que, a diario, realizábamos todos los seres humanos?

En la olla, los rescoldos aguardaban la pólvora que tenía en las manos. En algún rincón del palacio de la Mujer Pálida, a mis pies, el bufón pugnaba por evitar la piedra de la memoria que, roce a roce, continuaba forjándolo. Debería apresurarme.

Pero era incapaz.

Con un gemido, volví a sopesar mis alternativas. Si liberaba al dragón, ¿qué obtendríamos con ello? Nada. Quizá Yama de Hielo despertara para aparearse con Tintaglia; quizá volviera a poblarse de dragones el mundo. El bufón nunca había prometido que eso pudiera reportar nada positivo, exceptuando su convencimiento de que los dragones y los vetulus estaban conectados de alguna manera. Liberar al dragón no me garantizaba nada salvo la forja paulatina del bufón y la degradación continuada de la madre y la hermana de la narcheska. Pero, si mataba al dragón, Dedicado se ganaría el amor y la gratitud de Elliania. Consumarían su matrimonio, reinarían durante muchos años, rodeados de niños, conviviríamos en paz con las Islas del Margen...

«Piensa por ti mismo —me había dicho Burrich—. Sin ideas preconcebidas.»

Aun ciego como estaba, seguía viéndolo todo con más claridad que Chade y yo, obsesionados con asegurar el compromiso nupcial y eliminar al dragón. Pero ahora, casi demasiado tarde, puse en práctica lo que Chade me había enseñado años atrás. «Pregúntate: ¿qué ocurre a continuación? ¿Quién sale beneficiado?» Aparté mis pensamientos de la senda por la que circulaban, como si estuviera empujando una carreta atascada en el camino. Mato al dragón. La Mujer Pálida concede la muerte a la madre y a la hermana de la narcheska, libera al bufón... Y después ¿qué? ¿Quién sale beneficiado?

Un Vatídico aniquila al dragón de los marginados. ¿Qué ocurre a continuación? Lo vi con tanta nitidez como si se me hubiera otorgado la presciencia del bufón. Esa afrenta a los marginados no solo elimina cualquier posibilidad de que los dragones regresen al mundo, sino que se convierte además en el incidente que une a las Islas del Margen contra los Seis Ducados. Lejos de garantizar un matrimonio que daría pie a una paz duradera, constituiría la chispa que desencadenaría la conflagración de la guerra una vez más. Chade, Dedicado y yo éramos los últimos varones del linaje de los Vatídico; sería un milagro que alguno de nosotros escapase de la isla con vida. ¿Y Ortiga? Si Kettricken desvelaba la estirpe de mi hija y la proclamaba heredera al trono de los Vatídico, ¿permitirían los marginados que reinase en paz? Lo dudaba. La paz inestable que habíamos alcanzado en los últimos quince años se esfumaría de un plumazo. La masacre comenzaría aquí, en Aslevjal, y se propagaría. Esta vez no habría nadie para despertar a los dragones de piedra, ningún vetulus aliado nos socorrería. La devastación y la Forja asolarían nuestras costas de nuevo. Y la Mujer Pálida gobernaría sin oposición en el futuro que ella misma se había diseñado a medida.

Me latía el corazón desbocado en el pecho con lo que había estado a punto de hacer. Tal como predijo el bufón, la decisión recaía sobre mí. Me había faltado muy poco para hacer realidad los sueños de la Mujer Pálida. Apoyé la yema de los dedos en las marcas que el bufón me había dejado en la muñeca.

—Perdóname —le imploré—. Perdóname por hacer lo que esperabas que hiciera. —Me aplasté contra el suelo y, reuniendo hasta el último ápice de fuerza que me quedaba, proyecté mi consciencia, la de la Maña y la de la Habilidad por igual, hacia el dragón.

Mi Habilidad era como una polilla aleteante, desorientada, pero mi Maña era fuerte. Noté que Yama de Hielo se percataba de mi presencia. Presentí el peligro que destilaba su atención, como una presa que levantase la cabeza de golpe, intuyendo que algún depredador está fijándose en ella. Pero, en vez de acobardarme, rugí con toda la fuerza de mi cuerpo, como un depredador desafiando a otro en su territorio. No podía utilizar la Maña para transmitirle mis pensamientos, pero quizá él pudiera proyectarse en mi dirección. Si su mente tocaba la mía, tal vez consiguiera compartir con él lo que sabía: que había otro dragón, una hembra, y que en esos precisos instantes surcaba los cielos hacia nosotros, guiada por una gaviota.

Sé que me percibió, pero para él era un cuervo, ni presa ni manada, indigno de su atención. Sus pensamientos rodaron sobre mí como una ola y volvieron a retirarse; se zambulló de nuevo en la muerte y en el olvido.

Me debatía sin saber qué hacer a continuación, aterrado. Justo cuando más falta me hacía la Habilidad, esta había decidido reducirse a un mero rescoldo que titilaba dentro de mí. No era lo bastante fuerte para llegar a la mente del dragón sin ayuda. La criatura estaba demasiado empeñada en alcanzar el olvido. Probé de nuevo, aguzando mi Habilidad hasta convertirla en una punta de flecha, y la disparé contra el dragón.

Abí estás. ¡Te daba por muerto! Llevo mucho tiempo buscándote todas las noches. ¿Qué sucede, por qué te habías desvanecido? La potente emisión de Ortiga capturó mi débil Habilidad como unas manos que, de repente, se aferrasen firmemente a un naufrago que estuviera a merced de la marea. Estrechó mis pensamientos contra los suyos. La aparté de un empujón.

Ortiga, ahora no. Vete. Ahora no tengo tiempo para ti.

Y entonces, justo cuando ya se disponía a alejarse, ofendida y dolida, caí en la cuenta de la estupidez que estaba a punto de cometer y exclamé: *¡Espera, no, vuelve! ¡Te necesito!*

Se detuvo al filo de mi consciencia. Entreví los jirones ondeantes de su sueño. Era una cazadora, con el cabello recogido en una coleta y una red preparada en la mano. Me abalancé sobre ella, suplicándole: *¡No, vuelve! ¡Por favor! ¡Necesito tu ayuda!*

¿Para qué?, me preguntó en tono glacial.

La había lastimado rechazándola tan bruscamente tras tanto tiempo de ausencia. Dudo que recordara que había sido ella la primera en levantar una barricada entre sus pensamientos y los míos. Deseé que hubiera tiempo para explicaciones, pero no era así. La percepción del dragón que me proporcionaba la Maña comenzaba ya a evaporarse. Estaría fuera de mi alcance en cuestión de meros instantes. *¡Ayúdame a despertar a un dragón!*, le rogué. *Se sumerge en sus sueños, buscando la muerte. Pero si tú eres capaz de introducirte en los míos, quizá puedas hacer lo mismo en los suyos y sacarlo de allí.*

Pero... ¿Lobo de las Sombras? ¿Cambiador? ¿De verdad eres tú el que me pide algo así? Antes siempre me prevenías contra el dragón, me advertías que no pronunciase ni siquiera su nombre. ¿Y ahora quieres que lo despierte para ti?

Se trata de otro dragón. Y entonces, sabiendo que el tiempo apremiaba, me adentré con paso firme donde nunca antes había osado aventurarme. Por favor. Te suplico que me hagas este favor, que confíes en mí, sin preguntas. Queda muy poco tiempo. Te lo contaría todo de lo contrario, y lo haré cuando esto haya acabado. Pero, por ahora, te pido que confíes en mí. Despierta a este dragón. Ayúdame a hablar con él.

¿Qué dragón?

¡Este de aquí! Apunté desesperadamente con la Maña y la Habilidad, pero Yama de Hielo había vuelto a desaparecer. ¡Espera, espera!, imploré. Está sumergiéndose ahora, pero está aquí, te lo aseguro. Espera y lo verás conmigo. Regresará enseguida.

¿Estás bien? ¿Por qué no has salido todavía? ¿Has plantado ya la carga de pólvora? Era Dedicado, Habilitando aterrado conmigo, inmiscuyéndose en mi angustiada conversación mental con Ortega.

Un momento más, mi príncipe. Hay algo que debo hacer aquí abajo. En ese momento, cuando el dragón regresó bruscamente a la existencia debajo de mí, me apresuré a avisar a Ortega, exclamando: ¡Ahí! Ahí está. ¡Despiértalo, habla con él! Dile que no es el último de su especie, háblale de Tintaglia. Dile que ella acude a su encuentro, para despertarlo y restaurar a los dragones en el aire y la tierra.

De improviso, como un trueno ominoso, Chade irrumpió en mis pensamientos. *Traspié, ¿qué haces? ¿Vas a traicionarnos? ¿Vas a traicionarme a mí, después de todos estos años? ¿Vas a traicionar al trono de los Vatídico y a tu propio linaje?*

¡Me limito a hacer lo que debo!, Habilité ferozmente, sintiendo cómo mi magia

fluctuaba y se tambaleaba. Ignoraba si alguien me estaba escuchando. Me descubrí tendido de bruces en el hielo del túnel. El dragón había vuelto a retirarse. La olla refulgía junto a mi cabeza, incandescente. Tenía la vasija llena de pólvora al alcance de la mano. Conjuré mi magia, la aporreé como un hierro al rojo y, a ciegas, la proyecté en todas direcciones. Supliqué, esperando que Ortiga oyera mis pensamientos: *Dile que vuelva la espalda a la muerte y elija vivir. Que elija el esfuerzo, la penuria, el dolor y la dulce, dulcísima vida. Habla con él y dile que Tintaglia se dirige hacia aquí. Habla con él en mi nombre.*

Lo intentaré, accedió, dubitativa. Había mantenido nuestro vínculo. Sentía sus pensamientos, aunque ya no podía verla. *No detecto a este dragón al que te refieres, pero si me lo enseñas, si me muestras su sueño, quizá pueda entrar en él y encontrarlo allí.*

Erigí un endeble muro de Habilidad contra las amenazas, las invectivas y las exhortaciones de Chade, contra el desconcierto de Dedicado, mientras me aplastaba contra el piso de hielo y rastreaba al dragón que no poseía ninguna consciencia de mí. No podía alcanzarlo. El tiempo volaba y se arrastraba a la vez para mí. Necesitaba dar con él lo antes posible, antes de que Chade pudiera actuar contra mí, físicamente o por medio de la Habilidad. No me cabía duda de que me detendría si se le presentaba la menor oportunidad.

Recordé la existencia de un lugar donde se habían tocado nuestros espíritus, el del dragón y el mío, y yo había penetrado en su sueño. No eran ni un recuerdo ni un momento a los que me apeteciera volver. Comprendí de repente que había constituido un punto de inflexión en el tiempo, similar a este. Había sido una de las encrucijadas del bufón; un lugar en el que una decisión individual había alterado todo cuanto aconteció a continuación. Burch, impulsado por el cariño que sentía por mí, había decidido utilizar una magia que le parecía detestable. Yo había decidido confiar en el lobo y abrazar una muerte que, en realidad, no era tal. Al hacerlo, sin proponérmelo, había elegido seguir viviendo.

Hallé el lugar donde mi experiencia se solapaba con la de Yama de Hielo. Hallé el frío, la oscuridad y la desesperación, busqué el anhelo por una muerte que no podría obtener por mis propios medios. Devolví mi alma a las palizas y el aislamiento del calabozo de Regio.

Saber que había estado en un sitio así era una cosa. Otra muy distinta era buscarlo, notar de nuevo el sabor de la sangre seca que recubría mis dientes

aflojados a golpes, oler la pestilencia de mis heridas supurantes y sentir el frío de aquellas paredes de piedra, entumecedor pero insuficiente para aliviar el martirio de mi cuerpo vapuleado. Devolví mi alma al interior de aquel cuerpo atrapado y experimenté una vez más la angustia de desear una muerte que me eludía. Repelí la vida fuera de mi ser y la mantuve lejos de mí, tan solo para ver cómo volvía a infiltrarse en mi carne, infatigable, cada vez que bajaba mínimamente la guardia.

Dulce Eda, ¿eras tú de verdad, atrapado de esa manera? ¿Creía que solo era otra de tus pesadillas?

El horror de Ortiga estuvo a punto de apartarme de mi desesperación, pero, en ese momento, noté que la vitalidad del dragón volvía a romper contra las orillas de la consciencia. En aquel instante nos tocamos y nos duplicamos el uno al otro. Mi pesadilla y la suya eran idénticas, y sentí cómo la consciencia de Ortiga se trasvasaba de mi sueño sombrío al de la criatura.

Comprendí la magnitud de mi error un instante después. El sueño del dragón se cerró sobre ella y la arrastró consigo mientras su vida se sumergía una vez más. Oí el alarido evanescente que profirió Ortiga ante la consciencia que la envolvía ahora como una maraña, inabarcable y descomunal.

Solo me dio tiempo a jadear antes de que desapareciera, engullida por el bitumen de unas tinieblas que amenazaban con devorarla.

Habilité en pos de ella, mas todo fue en vano. Era como manotear, tanteando a ciegas, en unas aguas negras y heladas. Al instante siguiente, incluso mi percepción del dragón me fue arrebatada, y mi hija se precipitó con él en la oscuridad, hacia la muerte que con tanta avidez buscaba aquella criatura.

En cierta ocasión había sido testigo de cómo un pez alargado saltaba fuera del agua, cerraba las fauces en torno a un ave marina y se la llevaba consigo al fondo del mar. Esto había sido lo mismo. Ortiga estaba conmigo, dispuesta a sumergirse donde yo le había indicado, sin hacer más preguntas, y en un abrir y cerrar de ojos después se había esfumado, transportada a un lugar que ni siquiera acertaba a imaginarme. La había puesto en peligro, desarmada, sin formación alguna en el arte de la Habilidad. Lo había arriesgado todo a petición mía. La magnitud de mi insensatez me desgarró el pecho. No podía respirar, ni parpadear siquiera.

Había utilizado a mi hija como cebo para capturar un dragón.

Me esforcé por deshacer lo que ya había ocurrido, obligar al tiempo a retroceder en una proeza de mera fuerza de voluntad. Era inconcebible que algo tan espantoso pudiera haber sucedido tan instantáneamente, inimaginable que un error tan calamitoso fuera irreversible. La sola injusticia de que ocurriese algo así debería volverlo imposible. Ortiga no había hecho nada para merecer semejante final. Era culpa mía; yo debería haber corrido esa suerte. La consternación me desgarraba las entrañas mientras mis uñas se astillaban contra la realidad, tan inflexible como una puerta de hierro. No podía deshacer aquel efímero instante de temeridad. ¿Qué mosca me había picado, por qué no me había parado a pensar antes de arrojarla al sueño del dragón?

Percibí tenuemente a los otros.

¿Adónde se ha ido? ¿Qué ha pasado?, quiso saber Dedicado.

Está dentro del dragón. Yo he estado allí. La música es grande, pero no te deja salir. Ni te busca ni le importa. Abí abajo, tienes que tocar su música. No hay sitio para la tuya. La Habilidad de Tordo rezumaba temor reverencial y pavor.

Pero lo peor de todo fue el lastimero pensamiento de Chade. *Ay, Traspíe, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?*

Me quería morir, si muriendo consiguiera deshacer la vergüenza y el remordimiento que me atormentaban. Necesitaba morir, porque no podía seguir viviendo con esos sentimientos enconados dentro de mí.

Y, en aquel lugar sobrecogedor, toqué de nuevo al dragón. Lo toqué y supe que había recibido mi mensaje, transmitido por Ortiga. Lo había recibido y esperaba más de ella, intentaba extraerle una información que ella desconocía. La había abierto en canal y la había vaciado por completo, una hembra humana juvenil e inservible, repleta de fantasías triviales. De modo que la había descartado, la había escupido de regreso a la Habilidad, como el bocado insulso e indigerible que era. Se había desembarazado de ella igual que se limpiaría un crío de las manos el polvo de las alas de una mariposa sin vida, con toda la indiferencia del mundo. Desprevenida, Ortiga se dispersó; una pálida gota de tinta diluida en un torrente de agua.

El dragón me encontró ahora, sin pronunciar palabra, rugiendo en mi ser, desgarrándome hasta la Habilidad, como si me arrancase la cicatriz de una antigua herida. No era la Habilidad lo que conectaba nuestras mentes, sino algo

que, a su extraña manera, se asemejaba a ella. Y, en aquel instante, todo escapó de mis manos. Pues yo sí que poseía los conocimientos que él anhelaba y me los arrebató. Abrió mi mente de par en par, como si de un bolso viejo se tratara, volcó mis recuerdos como una colección de curiosidades y rebuscó con impaciencia entre los fragmentos de mi vida, en busca de todo cuanto deseaba saber. Pero antes incluso de que terminara, nuestra suerte, la suerte de toda la humanidad, quedó sellada. Rugiendo como un viento huracanado, Tintaglia me atravesó de repente, como una exhalación, utilizando su consciencia de mí para encontrar a Yama de Hielo. Fue como si convergieran dentro de mi cuerpo; me convertí en un agente conductor para ellos, fugazmente, hasta que se reconocieron. Después de aquello entrelazaron sus mentes y me arrojaron a un lado, innecesario, inadvertido e insignificante. El uso que habían hecho de mí, sin embargo, me había dejado abierto en canal y vuelto del revés, vertido en las indómitas corrientes de la Habilidad. Era incapaz de reencontrarme a mí mismo; ni siquiera me esforzaba por conseguirlo.

Yacía como un pez destripado, y la Habilidad que corría por mi lado se llevaba mi ser pedazo a pedazo. De repente era como si todos mis muros no hubiesen sido nunca una defensa, sino barreras que me confinaban y me aislaban de las delicias del mundo. Ni siquiera era que el torrente de la Habilidad fuese tan succulento como embriagador; se trataba, sencillamente, de que ahora todo me parecía inevitable. Aquel era el final para el que siempre había estado predestinado. Me aniquilaría y me permitiría olvidar lo que había sido y lo que había hecho. Un acto de clemencia impersonal que era todo cuanto yo ambicionaba.

Veraz estaba allí, en alguna parte. Lo percibía como una fragancia que ya casi se ha olvidado hasta que un caprichoso golpe de viento transporta hasta el olfato la insinuación de su recuerdo. Veraz, sí, y otros, más ancianos, sabios y serenos. Extraordinariamente serenos, los mayores del río de la Habilidad. Reinaba la calma. Se produjo una agitación, de repente, y alguien empezó a parlotear con alguien más, hablando tan deprisa que me costaba seguir el hilo de sus pensamientos. Buscaban a alguien que se había perdido, una niña, no, un hombre, no, una niña y un hombre, arrastrados por la marea. Era una pena, pero aquello no tenía nada que ver conmigo. Nada en absoluto. Deseé que pudieran

olvidar todas sus preocupaciones y dejarse arrastrar a su vez, que se reunieran con nosotros. ¿Por qué se rebelaban contra esta incomparable sensación de paz y unidad?

Debería darte vergüenza. Me clavó los dientes y me zarandeó sin miramientos. Debería darte vergüenza dejar que se ahogara el cachorro. Te habrías lanzado detrás de mí, igual que me habría lanzado yo detrás de ti. Debería darte vergüenza, abandonarla así. ¿No somos manada? Comportándote así es como si me abandonaras a mí. ¿Lo entiendes? ¿Te importa? ¿Realmente fuiste un lobo alguna vez?

Aquella pregunta se clavó en mí más hondo que cualquier colmillo y me despertó, listo para sumarme a la lucha. Allí estaban Chade, Dedicado y Tordo, unidos en un destacamento, rastreándonos. Estaban haciéndolo mal, como quien peina el mar con un colador con la esperanza de pescar algo. Chade realizaba una búsqueda aleatoria de Ortiga, pero ninguno de ellos aparte de Tordo sabía cuál era su forma en el río de la Habilidad, y ni a Chade ni a Dedicado se les había ocurrido pedirle al hombrecillo que la localizara. Forcejeé hasta recomponerme lo suficiente para llegar hasta ellos. Era como maniobrar en un sueño, donde las secuencias de acontecimientos no tienen ningún sentido y la realidad puede verse alterada de un momento a otro. Conseguí llegar hasta Tordo, al cabo, lo toqué con el roce de un hilo que se posara en su brazo, y susurré: *Busca a la mujer que ayudó a la cría de gato. Ese es su aspecto aquí abajo. ¡Encuétrala!*

Y lo hizo. Sabíamos que era fuerte, pero nunca lo habíamos puesto a prueba aquí, donde su sentido de la orientación en la Habilidad era lo único que importaba. Entonó la canción que era Ortiga, y esta se materializó alrededor de las notas. Más que buscarla, la conjuró para que rellenase el molde que él le había creado. Y a continuación, como quien devuelve una figurita de cristal a su anaquel, la devolvió con delicadeza a la forma en que él la soñaba. ¿Alguna vez se habría sentido alguien tan estimado, tan valioso, como Ortiga en aquellos instantes? Atisbé por un momento el interior de la carreta, donde el gatito que estaba en la cama le decía a la mujer inerte, tendida a su lado: *No pasa nada. Ahora descansa. Desde aquí ya conoces el camino de vuelta. Descansa un momento y vuelve a casa. Ya estás a salvo. Sabes que te queremos.*

Tan solo dispuse de un instante para maravillarme ante lo que, en apariencia

sin esfuerzo alguno, acababa de hacer. Después se percató de mi presencia y me expulsó de su sueño. Aquel no era mi sitio. Pero incluso esa acción suya fue un reconocimiento de mi figura. Había vuelto a recomponerme para desterrarme de su mundo y Dedicado me aferró de repente. *¡Traspié! ¡Ahí estás! Creíamos que te habíamos perdido.*

¿Por qué nos has traicionado? ¿Qué has hecho? ¿Dónde está la muchacha?, preguntó Chade.

Ortiga está bien. La he arreglado. Ahora lo arreglaré también a él, anunció Tordo, pragmático.

Y, sin más preámbulos, me devolvió de golpe a mi cuerpo.

Yacía en el suelo del túnel de hielo, jadeando sin resuello. Cuando recuperé el control de mis párpados y abrí los ojos, vi el mundo pintado de rojo y negro. Tardé unos instantes en darme cuenta de que estaba contemplando el refulgente contenido de la olla. Noté la vasija de pólvora bajo los dedos. Se deslizó rodando bajo mi mano cuando me alejé del calor, arrastrándome. Pensar en cualquier cosa me parecía demasiado esfuerzo. En alguna parte, a mi alrededor, en mi interior y debajo de mí, los dragones parlamentaban. Su diálogo era como la reverberación de un trueno en mis pulmones. No deseaba formar parte de aquella conversación. Ya había estado a punto de costarme la vida. Reuní todas mis fuerzas y conseguí flexionar las rodillas para encoger las piernas. Con salir de allí a gatas me conformaría, me dije. Todavía podía gatear, al menos.

Ocurrieron tres cosas simultáneamente. Oí que Dedicado me llamaba a voces desde la boca del túnel. Sentí que el hielo comenzaba a agrietarse de repente bajo mis manos, resquebrajándose en una línea zigzagueante que se extendía hacia la luz del amanecer que se filtraba ahora hasta mí. Y la Mujer Pálida invadió mi mente.

Poseía la Habilidad. Debería haberlo sospechado y haber sido más precavido. Sus ojos incoloros se asomaron a mi alma y me traspasaron, cargados de odio. Sus palabras me abofetearon. *Has elegido, rey bastardo. Has antepuesto un dragón a tu Tesoro. Y habrás de vivir con esa elección. Al igual que él. Durante algún tiempo, al menos. ¡Hasta que te permita ver con tus propios ojos cuáles son las consecuencias que han tenido tus actos!*

Se desvaneció tras pronunciar aquellas palabras, dejándome con la sucia y

miserable sensación que me producía haber entrado en contacto con su mente. Su enañamiento y su odio no tenían límites, y supe que, con mi decisión, le había ganado al bufón hasta la última gota de dolor que aquella mujer pudiera exprimirle antes de que su mente desapareciera. Mi espinazo se convirtió en gelatina y me desplomé, me quedé despatarrado en el suelo, sin la voluntad ni las fuerzas necesarias para avanzar ni un palmo más. Volví a sentir aquella vaga agitación dentro de mí y oí los estridentes alaridos que emitía el hielo al resquebrajarse. Después volvió a hacerse el silencio. Ansiaba zambullirme en él, como le había ocurrido a Yama de Hielo, buscar la muerte en aquella quietud, pero Dedicado se había arrodillado ya junto a mí y me zarandeaba, desesperado.

—Arriba, Traspié. ¡Levántate! Tenemos que salir de aquí. El dragón está revolviéndose y el hielo ha empezado a agrietarse. El túnel podría derrumbarse sobre nuestras cabezas. Levántate.

Al ver que me resultaba imposible, me agarró por el cuello y me sacó del túnel a rastras, hasta la excavación, remontando la rampa que habría de conducirnos al mundo de la luz y los hombres.

La voluntad de Tintaglia

Así, cuando el pastor devenido en guerrero se hubo agotado mellando la espada contra la impenetrable piel del dragón, dio un paso atrás, jadeante y bañado en sudor. En cuanto hubo recuperado el aliento necesario para maldecirlo, no obstante, volvió a la carga, jurando vengarse con creces de la criatura que había devorado a todo su rebaño.

Ante aquellas palabras, el dragón pareció despertar del letargo en que se había sumido tras saciarse. Tan despacio como despunta el sol al alba sobre el horizonte, levantó la cabeza y abrió los ojos. Contempló al hombre y su espada, y en sus inmensos ojos verdes se formaron espirales y vorágines. Hay quienes aseguran que eran como los remolinos de las profundidades marinas, y que arrastraron el espíritu de Herderson a sus abismos para esclavizarlo. Otros cuentan que Herderson se mantuvo firme ante el escrutinio del dragón y que solo al aspirar su aliento quedó sometido a la voluntad de la criatura. Cuesta encontrar testigos fiables de lo ocurrido, puesto que quienes se habían congregado para asistir al intento de Herderson por aniquilar al dragón en ningún momento rebasaron los límites de sus pastos.

Bien por medio de su mirada, bien a través de su aliento, la criatura le arrebató el corazón a aquel hombre, que de repente lanzó lejos de sí su escudo y su espada al tiempo que exclamaba: «¡Perdóname, esmeralda, ser de gema, llama y virtud! ¡Cuando me acerqué a ti, ignoraba la gloria y el poder que te embargan! ¡Perdóname, y permíteme servirte y cantar tus alabanzas por siempre jamás!».

La historia del esclavo del dragón

El mundo era un escenario pintado de blanco, helado y radiante. Recuperé el control de los pies, los planté con firmeza bajo mi cuerpo y me esforcé por recordar cómo moverlos. Burrich salió de alguna parte para sujetarme del brazo. Después, Dedicado, él y yo avanzamos, tambaleándonos y resbalando a la luz del amanecer, hacia las tiendas arracimadas. Vi a Chade poco menos que corriendo ladera arriba, apresurándose a acudir a nuestro encuentro. Tras él, a una distancia considerable, Tordo caminaba fatigosamente por la nieve. Los seguían Mechalarga y el resto de sus guardias. Los integrantes del destacamento de Mañosos habían salido a medio vestir de su tienda y se erguían, insensibles al frío, apuntando con el dedo en dirección a la ladera y llamándose a gritos mientras se ponían los abrigo y las botas. Los guerreros de la Hetgurd se desplegaron sin pestañear, intercambiando asentimientos de cabeza como si

llevaran esperando un cataclismo como este desde el principio. El primer intento por liberarse de Yama de Hielo había provocado un pequeño terremoto, y redobló sus esfuerzos mientras nos alejábamos de la excavación tan deprisa como nos lo permitían las piernas. A nuestra espalda, sentíamos más que oíamos cómo se estremecía el dragón, forcejeando en su intento por liberarse de la prisión de hielo. Este, al resquebrajarse, rechinaba, chasqueaba y chirriaba con cada nueva embestida. Sin embargo, pensé que cada nueva sacudida parecía más débil que la anterior. Al cabo, cuando ya habíamos descendido hasta la mitad de la falda de la colina, los crujidos del hielo se interrumpieron. La percepción de Yama de Hielo que me facilitaba la Maña seguía siendo igual de fuerte, pero esa misma consciencia me hablaba de una criatura que había realizado un esfuerzo tremendo y se encontraba ahora a punto de desfallecer.

—Tendría gracia —dije, jadeando, para Burrich y Dedicado— que después de tantos años deseando morir, pereciera al fin en su último intento por aferrarse a la vida.

—Todos perecemos en nuestro último intento por aferrarnos a la vida —resopló Burrich.

—¿Qué salió mal? —quiso saber Dedicado—. ¿Por qué lo despertaste en vez de matarlo sin más? ¿Falló la pólvora? ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Chade llegó hasta nosotros antes de que me diese tiempo a responder. Mi antiguo mentor se acercó a mí como un depredador al acecho, temblando de rabia. Sus preguntas fueron menos amables.

—¿Cómo has podido? —escupió en cuanto se hubo aproximado lo suficiente para que pudiera escucharlo, con la voz truncada por la indignación—. ¿Cómo has podido traicionar así a tu propio linaje? Tu cometido era matar al dragón. ¿Qué derecho tenías a decidir lo contrario? ¿Cómo has podido volverte en contra de tu familia?

—No me he vuelto en contra de mi familia. Por el bien de los Vatídico he dejado que forjen al bufón. —Al expresar la cruda verdad en voz alta, a la radiante luz de la mañana, mi pesadilla se convirtió en realidad de repente. Tuve que respirar hondo antes de continuar, aquietando mi tono—: Nos ha obligado a contemplar sus títeres, Chade, hasta olvidar que era ella la que estaba detrás de todo, moviendo los hilos. La Mujer Pálida desea ver muerto al dragón, sí. Quizá

incluso nos devolvería al bufón si acatáramos su voluntad, pero solo para que pudiera ser testigo de la destrucción de todas sus esperanzas. Tan solo para que pudiera ser testigo de la extinción de la estirpe de los Vatídico.

Indiferente a los hombres que continuaban acercándose y no tardarían en poder oír mis palabras, les expliqué mi razonamiento a Dedicado y a Chade. En el prolongado silencio subsiguiente, supe que estaban analizando mis deducciones y que estas habían superado el examen.

—He roto la promesa que hicisteis —murmuré para Dedicado— y habéis perdido a vuestra prometida por ello. Pero no puedo mentir y deciros que lo lamento. Me temo que habría sido un matrimonio cimentado sobre la muerte, y esta habría sido su único fruto. Por ahora, al menos, hemos elegido la vida. La vida para el dragón. Y posiblemente la paz entre los Seis Ducados y las Islas del Margen, más fuerte que la que podría haber resultado de la extinción del dragón.

—¡Bonitas palabras! —se encrespó Chade—. Preciosas, pero no tienes ni idea de lo que has elegido. ¡Ni yo! Si esa cosa escapa de ahí y se despierta con hambre, ¿crees que «elegirá la vida» para nosotros? ¿O preferirá darse un banquete? Reconozco que he sido miope. Quizá fuera juicioso no exterminarlo. Pero eso no significa que despertarlo fuese lo más acertado. ¿Quién te dará las gracias por esto, Traspíe Hidalgo, cuando este largo día haya acabado?

—¿Traspíe Hidalgo? —oí decir a Civil, que acababa de aparecer detrás de Chade, caminando a largas zancadas—. ¿Traspíe Hidalgo? ¿Se refiere a quien yo creo? ¿Tom Mechatejón es en realidad Traspíe Hidalgo, el bastardo Mañoso?

Se volvió para aferrar con incredulidad el brazo de Telaraña, exigiendo una respuesta. Tenía la mirada desorbitada y la consternación lo había dejado sin aliento. El amigo de Dedicado me observaba como si fuese la primera vez que me veía, pero no había admiración en sus ojos. Era un hombre al que le habían robado la leyenda que atesoraba, alguien que esperaba desenterrar una reluciente pepita de oro y solo había encontrado fango.

—Silencio —dijo Telaraña, esforzándose por sepultar un secreto que ya se había vuelto demasiado grande para su mortaja—. Ahora no. Te lo explicaré todo más tarde. Ahora no hay tiempo. Ha despertado a Yama de Hielo. Liberarlo depende de nosotros. —Telaraña me examinó con la mirada y lo que vio pareció satisfacerlo. Me dedicó una inclinación de cabeza que era casi una

reverencia y pasó junto a nosotros con paso vivo.

Por primera vez me fijé en que el destacamento de Mañosos portaba sus herramientas de excavación, palas y palancas. Los animaba una motivación renovada. Vencejo y Cizaña remolcaban el trineo para extraer hielo. Cuando pasaron por nuestro lado, Vencejo no nos dirigió la mirada ni a Burrich ni a mí. Burrich, sin embargo, que había percibido la presencia de su hijo, no se dejó impresionar por el silencio glacial del muchacho.

—Ten cuidado, hijo —le aconsejó cuando el joven se cruzó con nosotros—. Nadie sabe qué ha despertado Traspíe ahí abajo ni cuáles son los sentimientos que alberga hacia nosotros.

Burrich volvió la mirada hacia mí a continuación; hasta aquel momento, ignoraba que unos ojos nublados aún pudieran traspasarlo a uno hasta el alma.

—¿Qué has hecho en ese túnel? ¿Y por qué?

Quizá hubiera llegado la hora de desvelar también esa verdad.

—No fui yo. No por completo. Sabía que el dragón estaba vivo, pero no podía llegar hasta él con la Habilidad, solo con la Maña. Mi Habilidad no era lo bastante fuerte. Hasta que me encontró Ortiga, y...

—¡Y ella lo despertó! —anunció Tordo, risueño, mientras sus parsimoniosos pasos lo situaban a nuestra altura por fin—. La rescaté y la puse a salvo. Me quiere.

—¿Cómo?! —exclamó Burrich, un bramido cargado de indignación y dolor—. Ortiga... ¿mi Ortiga? ¿Mañosa? ¡Imposible, no puede ser!

—No. No tiene la Maña. Solo la Habilidad. —Chade parecía impaciente—. Pero sin formación. Peligrosamente sin formación. Otra consecuencia que debemos agradecer a Traspíe y sus caprichos. Estuvimos a punto de perderla en la corriente de la Habilidad, pero Tordo la conocía lo suficiente para encontrarla y sacarla de allí. Ahora está a salvo, Burrich. Probablemente muy desconcertada por lo sucedido, pero a salvo.

—Esto es demasiado. No puedo más. —Burrich había estado sujetándome el brazo, pero ahora era yo el que lo sostenía. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios—. Sospechaba que poseía un vestigio de la magia de los Vatídico. Lo sospechaba desde hacía tiempo, y cuando me habló de su sueño del lobo... entonces supe que debía hablar con Kettricken, para averiguar lo que significaba

y para planificar la educación de Ortega. —Me dedicó una sonrisita extraña, a medio camino entre el orgullo que sentía por ella y el temor por su porvenir—. ¿Fue lo bastante fuerte para despertar a un dragón?

De repente, un estallido de pensamientos nos zarandeó a todos y dejó a Chade tambaleándose, hasta que se tuvo que poner de rodillas. Eran palabras de dragón, pronunciadas en el interior de nuestras cabezas. Tintaglia nos había encontrado.

¡Id y ayudadlo! Desenterrad a Yama de Hielo, sin que sufra el menor daño ni una sola de sus escamas. Acudiré rauda como una llamarada, pues el contacto de nuestras mentes me permite conocer su ubicación, ya no necesito que me guíe ningún pájaro. Pero, os lo advierto: no estoy lejos y, cuando llegue, espero verlo en pie para recibirme. ¡Pobres de vosotros, de lo contrario!

No era ni Maña ni Habilidad y, sin embargo, golpeaba mi mente con la fuerza de una potente proyección de esta última. El reciente uso de mi mente por parte de Yama de Hielo me había dejado expuesto a la Habilidad, y la virulencia de los pensamientos de Tintaglia me estremeció físicamente. Supuse que quienes estábamos versados en la Habilidad éramos más susceptibles a sus pensamientos que los demás. El destacamento de la Habilidad de Dedicado al completo se veía afectado sin duda. La reacción de los integrantes de su destacamento de Mañosos, por su parte, era más variada; algunos parecían acusar el pleno impacto de las palabras del dragón, mientras que otros miraban a su alrededor, desconcertados. Cizaña no daba muestras de notar nada.

—¡Ya la habéis escuchado! —exclamó Civil—. ¡Tintaglia nos ordena desenterrar a Yama de Hielo! ¡Manos a la obra! —Empezó a correr colina arriba, como el capitán que encabeza la carga de su ejército contra una posición enemiga.

Entre los marginados, al menos uno de ellos se postró de hinojos, creyendo que quien se había dirigido a él era una divinidad o un demonio. Otros dos se quedaron con la mirada perdida en el vacío, como si dudasen del correcto funcionamiento de sus oídos. Los demás no reaccionaron de ninguna forma en particular. Burrich, al que mi padre había sellado su Habilidad hacía tiempo para protegerlo, adoptó una pasajera expresión de extrañeza, como si por un momento hubiera estado a punto de recordar algo. Sospecho que su Maña lo

volvía vagamente consciente de la proyección que acabábamos de sentir, aunque no pudiera entender el pensamiento que la acompañaba.

Solo dispuse de un instante para asimilar todo esto antes de que Tordo, sonriendo exultante de oreja a oreja, se alejara de nosotros corriendo ladera arriba, accionando sus piernitas rechonchas tan deprisa como le era posible.

—¡Ya voy! —voceó—. ¡Te sacaré de ahí, Yama de Hielo!

Achaqué su entusiasmo a la influencia previa del dragón sobre su mente, tan simple, y a su reciente éxito en el rescate de Ortiga, que para él debía de haber constituido una experiencia embriagadora. Lo seguí caminando a zancadas, con Dedicado junto a mí y Chade pisándonos los talones.

—Hemos desplazado una gran cantidad de hielo sobre su lomo. Será ahí por donde intente escapar primero. ¡No nos queda demasiado trabajo por delante! —murmuró el príncipe, provocando que me preguntara a qué podría deberse la pasión renovada que lo poseía.

—Entonces ¿no opináis, como Chade, que deberíamos dejar al dragón como está? ¿Como estaba?

—Sí. Así es. Así era. Así era... antes. Antes de que Ortiga lo despertara. No. Antes... Pero esto es lo que ordena Tintaglia. Tintaglia... —Aminoró el paso y me miró, consternado—. Esto es... era casi como cuando me diste aquella orden con la Habilidad. Pero no es igual. A esto puedo negarme. Creo. —Me agarró el brazo y me detuvo a su lado, con una expresión peculiar cincelada en los rasgos—. Ella lo ha ordenado, y por un momento solo pude pensar en obedecerla. Qué extraño. ¿Será este el encantamiento que dicen que pueden lanzar los dragones?

—Las antiguas leyendas cuentan que el encantamiento de los dragones reside en su aliento. —Me sobresaltaron las palabras de Burch. Casi me había olvidado de él; sin embargo, de alguna manera, había conseguido seguir nuestro ritmo—. ¿Qué me he perdido? ¿Algún tipo de mensaje de la Habilidad?

—Algo por el estilo —musitó Dedicado—. Casi una orden de la Habilidad, creo, pero no estoy seguro. Es como si ya quisiera ayudar a Tintaglia antes de que esta me lo ordenara. Como si la idea hubiera partido de mí. Sin embargo...

Chade nos adelantó entonces, refunfuñando:

—La pólvora. La pólvora servirá para liberarlo. Solo tenemos que plantar la

carga en otro sitio. O redistribuirla en recipientes más pequeños quizá...

Dedicado y yo intercambiamos una mirada y nos apresuramos a darle alcance. Intenté asirlo de la manga, pero se zafó. Lo volví a agarrar.

—Chade, no puedes matarlo ahora. Es demasiado tarde. Tintaglia ya casi ha llegado, y hay demasiados de los nuestros intentando desenterrar a Yama de Hielo. No dará resultado.

—¿Ma... matarlo? —La mera idea parecía escandalizarlo—. No, matarlo no. Liberarlo, mentecato.

Volví a cruzar la mirada con el príncipe, preocupado.

—¿Por qué? —le pregunté a Chade con delicadeza.

Me miró como si mi ignorancia le provocara estupefacción. Luego, tan solo por un momento, vi que ensombrecía sus facciones otra expresión; una expresión que me asustó. Se debatía. Pero, comoquiera que Tintaglia hubiese nublado su mente, Chade siempre había sido un experto a la hora de inventarse motivos para obligarme a hacer lo que a él se le hubiera ocurrido.

—¿Se te escapa el hecho de que una hembra de dragón furiosa se dirige hacia aquí, alertada de nuestra presencia gracias a ti? ¿Qué elección nos queda por tu culpa? Si matamos a Yama de Hielo ahora, Tintaglia acabará con todos nosotros. Ella misma lo ha dado a entender. Por desgracia, eso significa que debemos ponernos al servicio de un dragón. Si liberamos a Yama de Hielo antes de que llegue Tintaglia, esta podría considerarlo una muestra de buena voluntad por nuestra parte. Tú mismo has dicho que deberíamos aprovechar su predisposición a ayudarnos para forjar una alianza con el Mitonar. Mientras no conozcamos el alcance de su poder, considero que lo más sensato es congraciarse con ella como podamos. ¿No piensas lo mismo?

—¿De veras crees que la mejor forma de liberarlo pasa por utilizar esa pólvora tuya?

—Una explosión puede realizar el trabajo de diez hombres equipados con palas. Confía en mí, Traspié. Sé lo que me hago.

Ahora parecía tan empeñado en desenterrar a Yama de Hielo como lo había estado antes en volarlo por los aires. ¿Hasta qué punto le habría afectado la orden de Tintaglia? Con la fuerza de una orden de la Habilidad, ¿cómo podría resistirse uno a obedecer sin rechistar, con independencia de lo que le dicte el

sentido común?

¿Habrían forjado ya al bufón? ¿Estaría muerto? Aquella duda insidiosa me bañó de repente como una oleada de agua glacial, distrayéndome de mis presentes preocupaciones. Su impacto provocó que me tambaleara. Había hecho lo que el bufón esperaba que hiciera. Había despertado al dragón, y ahora todas nuestras fuerzas se volcaban en la tarea de liberarlo y reunirlo con Tintaglia. En el momento decisivo me había parecido incluso lo más acertado. Pero ahora mi alma se enfrentaba a la implacabilidad del tiempo. No podía volver atrás y cambiar aquella decisión, pero de repente se me antojaba que la responsabilidad era demasiado dolorosa y pesada para cargar con ella durante el resto de mi vida. Como un fuego helado, las marcas de sus dedos llamaron fugazmente en mi muñeca.

Pese a todo, mis pies continuaron transportándome junto con los demás. Cuando llegamos a la excavación, descubrimos que todos los esfuerzos del dragón habían conseguido muy poco. El hielo sobre su espinazo se veía agrietado y escoriado desde abajo, y había provocado el derrumbamiento de una parte del túnel excavado a la altura de su cuello y su cabeza. El destacamento de Mañosos ya había comenzado a atacar las grietas del hielo, con más entusiasmo que mano de obra. Vi que los hombres de la Hetgurd se sumaban a ellos. Por primera vez, todos los integrantes del campamento se habían unido en la tarea de desenterrar con vida al dragón. Pero ni toda la pasión del mundo podría volver su misión menos ardua.

Chade me reconvino por idiota cuando salió a la luz el hecho de que, en mi precipitada huida del túnel, me había dejado atrás la vasija llena de pólvora. Encargó a dos hombres que reabrieran el acceso y desconcertó por completo al ya de por sí suspicaz destacamento de Mañosos poniéndolos a excavar una serie de hoyos, profundos y estrechos, guiándose por el contorno del dragón.

—Colocaremos unas cargas de pólvora más pequeñas a lo largo de esa grieta que ha hecho. No sufrirá ningún daño, pero debería bastar para desmenuzar el hielo y ayudarnos a izarlo. Traspíe, necesitaré que me ayudes a dividir y redistribuir la pólvora. Tú también, Dedicado, y tráete a Mechalarga. Necesitaremos más recipientes en los que encender fuego. Detonarlos será complicado, pero estoy seguro de que conseguiremos el resultado deseado con

una serie de explosiones casi simultáneas.

Chade estaba en su elemento, organizando e improvisando. Lo consumía una dicha febril ante la posibilidad de llevar sus ideas a la práctica. Comprendí entonces que, a su manera, habría podido llegar a ser un soldado y estratega de excepción, como lo fue Veraz. A lo largo de mi vida, siempre lo había visto más animado cuando por fin dejaba de lado todas las limitaciones y convertía sus teorías en realidad.

Burrich nos acompañó cuando regresamos a la tienda de Chade, puesto que su utilidad en las excavaciones habría sido escasa. Me entristecía ver que él era consciente de ello. Me recordaba, en cierto modo, a un perro viejo que, sabedor de que ya no es capaz de seguir el ritmo de la jauría cuando esta sale de caza, se queda junto al estribo de su amo con la esperanza de estar presente cuando sus compañeros abatan la pieza. Lo observé de reojo mientras, con cuidado, se sentaba en el catre de Chade. Este había empezado a abrir otro de sus barriles de pólvora. Yo me arrodillé en el suelo, con una piel limpia extendida ante mí, formando montoncitos de pólvora aproximadamente del mismo tamaño que la muestra que Chade había dejado preparada para mí. La consistencia de la sustancia me preocupaba; no presentaba un color uniforme y había porciones que parecían más finamente molidas que el resto, pero Chade ya había desestimado todas mis dudas.

—Perfeccionaré la fórmula con el tiempo. Pero por ahora funcionará, y eso es lo que cuenta, muchacho. ¿Dónde está el príncipe? Le pedí que realizara una batida por las tiendas para recoger todos los recipientes herméticos que encontrase. Ya debería haber vuelto. Igual que Mechalarga, con las ollas. Tendremos que improvisar y cuanto antes nos pongamos manos a la obra, mejor.

—Seguro que llega enseguida —le dije; y después, dirigiéndome a Burrich—: Estás muy callado. ¿Es porque viajaste hasta aquí con la intención de matar al dragón, y ahora todos estamos esforzándonos por liberarlo?

Sus cejas oscuras se tocaron cuando frunció el ceño.

—¿Pensabas que había venido para matar al dragón? —Resopló, asombrado, y negó con la cabeza—. Pero si ni siquiera creía en su existencia. Creía que era una pesadilla infantil, por eso me resultaba tan sencillo asegurarle a Ortega que la

protegería de él. Cuando la llevé a Torre del Alce, allí descubrí que podría haber algún vestigio de la criatura en este lugar. Pero cuando llegué aquí, lo hice con la intención de llevaros a casa a Vencejo y a ti. Porque, por mucho que te cueste, o a mí, ese es tu hogar. —Suspiró de repente—. Siempre he sido un hombre sencillo, Traspíe, que busca soluciones igual de sencillas a sus problemas. Y heme aquí ahora, intentando averiguar la mejor manera de solucionar el embrollo en el que nos hemos metido, de proteger a Ortiga de un dragón que conoce su nombre y de conseguir que Vencejo entre en razón con todo ese asunto de la magia de las bestias. Pensaba que habías muerto por culpa de la Maña, ¿sabes? La reina intentó contarme lo que sabía al respecto, cómo un forjado terminó luciendo la camisa que yo te había hecho, con el alfiler del rey Artimañas aún en el cuello... Cada vez que recuerdo la angustia que sentía cuando enterré a aquel desdichado...

Dedicado irrumpió de repente en la tienda, interrumpiendo sus cavilaciones.

—¡No están! ¡No los encuentro por ninguna parte!

—¿Vasijas en las que guardar la pólvora? —se extrañó Chade, concentrado como estaba en su tarea—. ¿Cómo es posible que no hayas visto ninguna?

—¡No! ¡La narcheska y Peottre! Se han ido, sus camas estaban vacías. Sospecho que no volvieron a acostarse en ellas tras nuestra charla de anoche. Creo que se marcharon entonces, y de ser así...

—Solo hay un sitio al que podrían haber ido. —Pese a sus tranquilizadoras palabras de antes sobre que no importaba, Chade tenía ahora el ceño fruncido y estaba removiendo las pilas de pólvora con el grano más fino—. Están con la Mujer Pálida. Y le habrán contado que Traspíe ha vuelto con nosotros y que ahora sabemos lo que realmente está en juego. —Arrugó aún más el entrecejo—. Mencionamos a la gaviota de Telaraña delante de ellos y la inminente llegada de Tintaglia. Se lo habrán revelado todo. Ahora la Mujer Pálida sabe lo que pensamos de ella y conoce nuestros puntos débiles. No se le escapará el hecho de que, si desea actuar contra nosotros, le conviene hacerlo sin perder tiempo. Nuestro único recurso pasa por adelantarnos a ella. Debemos sacar del hielo a ese dragón.

—Pero ¿por qué harían algo así Elliania y Peottre? ¿Por qué traicionarnos, si sabían que estaba dispuesto a matar al dragón por ellos? —El príncipe estaba

desolado.

—Lo ignoro —replicó Chade, implacable—, pero lo más seguro para nosotros en estos momentos es dar por sentado que nos han delatado, que todo cuanto dijimos anoche ha llegado a los oídos de la Mujer Pálida. Debemos calcular hasta qué punto eso nos vuelve vulnerables ahora.

—¡Pero si la situación ha cambiado por completo! Anoche, Traspíe y yo acordamos someternos a su voluntad y acatar sus deseos. ¿Por qué acudir a ella para contarle algo así, por qué no esperar hasta haber visto el resultado de nuestra incursión? —Dedicado arrugó el entrecejo—. Anoche, cuando salieron de aquí, Peottre no ofrecía el aspecto de quien está a punto de capitular frente a un adversario.

—No lo sé. —La concentración de Chade seguía sin tambalearse—. Haz los montoncitos de este tamaño solo cuando la pólvora sea así de fina, Traspíe. —Prosiguió—: No lo sé, Dedicado. Pero es mi obligación dar por sentado que pretenden hacernos daño y pensar en el contragolpe adecuado para frustrar sus planes. —Utilizó una espátula para corregir una de mis pilas—. Cuando hayamos liberado al dragón —añadió, casi para sí. Levantó la cabeza para mirar al príncipe—. Seguimos necesitando esas vasijas.

—Las conseguiré —replicó en voz baja el muchacho.

—Bien. Olvidaos de esa chica y de Peottre por un momento. Si se escabulleron anoche, eso significa que ya deben de estar muy lejos, demasiado para que nosotros podamos hacer nada al respecto. Resolvamos la disyuntiva que nos ocupa antes de concentrarnos en la siguiente.

Dedicado asintió distraídamente con la cabeza y se fue. Me sentí apenado por él.

—¿De verdad crees que habrán ido a informar a la Mujer Pálida?

—No me parece descabellado, aunque lo dudo. Como le he dicho a Dedicado, debemos ponernos en el peor de los casos y tomarlo como punto de partida para trazar nuestras líneas de defensa. Defensa que, en estos momentos, pasa por desenterrar al dragón que has despertado. —Frunció el ceño, pensativo, pero los montoncitos de pólvora no tardaron en acaparar toda su atención—. Volveremos sobre ello cuando Yama de Hielo haya quedado libre.

Me atemorizaba la posibilidad de que la orden de Tintaglia hubiera calado en

su mente. Quería creer que Chade pensaba con claridad, pero no las tenía todas conmigo.

Mechalarga apareció con las ollas, primero, y después reapareció Dedicado con unas cuantas vasijas de distintos tamaños. En cuanto hubo obtenido lo que quería, Chade los envió de nuevo a la excavación, con la orden de cerciorarse de que los seis agujeros que había ordenado practicar a lo largo de la silueta del dragón estuvieran progresando como debían. Me pregunté si no se habría propuesto mantener ocupado al príncipe como único objetivo. Chade se mostró muy puntilloso en la selección de los recipientes, seleccionando primero aquellos que iban a contener la pólvora, comprobando que las tapas cerraran herméticamente y emparejándolos uno por uno con su respectiva olla para el fuego. Rechazó mi ayuda cuando se la ofrecí.

—Tarde o temprano diseñaré el recipiente perfecto para mi pólvora. Deberá consumirse al arder, pero no excesivamente deprisa, pues a quien encienda el fuego le tendrá que dar tiempo a alejarse. Deberá ser estanco, a fin de evitar la humedad y preservar la integridad de su contenido. Y deberá poderse llenar limpiamente, sin que se adhieran restos de pólvora a las paredes exteriores. Algún día se me ocurrirá una forma más práctica de provocar la combustión...

Estaba absorto por completo en lo que hacía, un maestro artesano intentando desentrañar los entresijos de su última creación, reacio a dejarla en manos de su aprendiz. Me aparté ligeramente de él y fui a sentarme en el catre de Dedicado, junto a Burrich, callado y en apariencia absorto en sus pensamientos. Seguía atenazándome una terrible sensación de apremio, el deseo de que todo aquello se resolviera de una vez por todas. No lograba decidir si era por la orden que había pretendido implantarme Tintaglia o si se debía a mi preocupación por el bufón. Mis pensamientos regresaban a él una y otra vez. Me propuse no preguntarme qué estaría sufriendo o si ya habría dejado de padecer. El contacto con el dragón parecía haber restaurado mi Habilidad, pero cuando tanteaba en pos de mi vínculo con el bufón, tan fino como la seda, no sentía nada. Aquello me asustaba.

—Haré lo que querías que hiciera —le prometí al bufón en voz baja—. Voy a liberar al dragón.

Chade, enfrascado en seleccionar y llenar sus vasijas de pólvora, no dio

muestras de haberme escuchado, pero sí Burrich. Quizá, como se suele decir, el deterioro de su vista le hubiera agudizado el resto de los sentidos. Apoyó una mano en mi hombro. Es posible que, si Telaraña nunca hubiera hablado de ello, yo no me hubiese percatado de nada. Pero el Mañoso estaba en lo cierto. Noté cómo la calma de Burrich se propagaba por mi interior. Lo que llegaba hasta mí no eran sus pensamientos, sino una sensación de conexión con su ser. No podía equipararse a la fuerza del vínculo de la Maña que se da entre un hombre y un animal, pero había algo.

—Llevas así mucho tiempo, muchacho —murmuró—. Haciendo lo que quieren los demás. Llevando a cabo misiones que nadie más aceptaría. —Se limitaba a exponer los hechos, sin juzgarme.

—Igual que tú.

Guardó silencio un momento. Después:

—Sí. Es verdad. Como un perro necesitado de un amo, creo recordar que me dijo alguna vez alguien.

Las mordaces palabras que le arrojase hacía ya tanto tiempo dibujaron ahora sendas sonrisitas amargas en los labios de ambos.

—Quizá pueda decirse lo mismo de mí —admití.

Nos quedamos en silencio un momento, concediéndonos un respiro en medio de la tormenta que rugía a nuestro alrededor. Procedente del exterior llegaba hasta nosotros el sonido amortiguado de los hombres que se afanaban, distantes sus voces en el aire glacial. Oí el sordo repicar de las herramientas de metal contra el hielo y el grave estruendo de los bloques de hielo arrojados al fondo de madera de los trineos. Más cerca, Chade murmuraba para sí mientras raspaba con exactitud las cargas de pólvora. Me proyecté en busca del dragón y lo encontré, pero la percepción de él que me facilitaba la Maña era muy débil, como si estuviera reservando sus fuerzas, incapaz de hacer nada más por sí mismo aparte de mantenerse con vida y aguardar el rescate. La mano de Burrich seguía apoyada en mi hombro. De repente me asaltó la sospecha de que, al igual que yo, estaba proyectándose en dirección al dragón.

—¿Qué piensas hacer con Vencejo? —le pregunté, y mis palabras me sorprendieron incluso a mí mismo.

Pero la respuesta de Burrich fue más serena de lo que me esperaba.

—Volveré a casa con mi hijo e intentaré educarlo para que se convierta en un hombre recto.

—Para que no utilice la Maña, quieres decir.

Burrich emitió un sonido que podría haberse interpretado como una señal de asentimiento o como una petición para cambiar de tema. Pero yo no podía.

—Burrich, todos aquellos años en los establos, tu don para sanar, calmar y adiestrar a los animales... ¿Era la Maña? ¿Estabas vinculado a Fosca?

No respondió de inmediato y, cuando lo hizo por fin, fue con otra pregunta:

—Lo que en realidad quieres saber es: ¿estaba haciendo una cosa mientras te pedía que hicieras justo lo contrario?

—Sí.

Suspiró.

—Traspié. He sido un borracho. Nunca deseé que tú o mis hijos siguierais mis pasos en ese sentido. Me he entregado a otros apetitos, pese a saber de sobra que no me podrían reportar nada bueno. Soy un hombre, soy humano. Pero eso no significa que apruebe o aliente esos vicios en mis muchachos. ¿Tú lo harías? Kettricken me habló de tu hijo adoptivo. Celebré saber que no habías estado solo por completo. Pero ¿educarlo no te enseñó nada acerca de ti mismo? ¿Que los defectos que te parecen aborrecibles en ti se vuelven aún más horripilantes cuando los ves manifestados en tu hijo?

Lo había resumido a la perfección, pero no pude por menos de regresar al punto de partida.

—¿Usaste la Maña cuando eras maestro de caballerizas?

Respiró hondo y contestó, sucinto:

—Decidí no hacerlo. —Pensé que no iba a añadir nada más, pero, instantes después, carraspeó y dijo—: Ojos de Noche tenía razón, hace ya tanto tiempo. Estaba en mi mano no responder, pero no podía hacer oídos sordos. Sé cómo me llamaban los perros. Lo he escuchado incluso de tus propios labios. Corazón de la Manada. Sabía cómo me llamaban y era consciente de... la estima que me temían. No podía ocultarles que oía sus voces cuando regresaban de las cacerías, exultantes tras haber abatido a su presa. Compartía su dicha, y ellos lo sabían.

»Hace mucho me explicaste que tú no habías elegido a Ojos de Noche, sino que él te había elegido a ti y se había vinculado a ti sin dejarte otra opción. Lo

mismo ocurrió con Fosca y conmigo. Era una cría con la salud delicada, el cachorro enclenque de una camada por lo demás robusta. Pero tenía... algo. Tenacidad. Y la voluntad necesaria para encontrar siempre la manera de soslayar todos los obstáculos. Cuando sus hermanos la apartaron a empujones de la teta de su madre, no gimoteó llamándola a ella, sino a mí. ¿Qué podría haber hecho? ¿Fingir que no la oía implorando justicia, la oportunidad de sobrevivir? De modo que me encargué de que tuviera acceso a la leche que necesitaba. Pero, para cuando hubo alcanzado el tamaño necesario para defenderse por sí sola, ya se había vinculado a mí. Y, con el tiempo, reconozco que aprendí a fiarme de ella.

En cierto modo ya lo sabía. Ignoro por qué necesitaba que lo confesara en voz alta.

—En otras palabras, sí estabas haciendo una cosa mientras me pedías que hiciera justo lo contrario.

—Supongo que sí.

—¿Tienes la menor idea de lo desdichado que fui por tu culpa?

—Probablemente tanto como yo cada vez que me desobedecías —replicó Burrich, sin inmutarse—. Por otra parte, lo más probable es que ni siquiera sepas a qué me refiero. Nunca le habrás prohibido a tu Percán nada de lo que tú mismo fueras culpable, sin duda. Y seguro que él siempre hace caso de tus sabias palabras. —Era muy bueno. El sarcasmo solo estaba ahí para quien se molestase en buscarlo.

Aquello me silenció durante unos instantes, pero todavía me quedaba por formular una pregunta.

—¿Por qué, Burrich? ¿Por qué despreciabas... por qué desprecias la Maña de esa manera? Telaraña, alguien a quien admiro, no considera que su magia sea dañina ni peligrosa. ¿Cómo podía repugnarte tanto tu don?

Se apartó el pelo de la cara y se restregó los ojos con una mano. Cuando volvió a hablar, lo hizo a regañadientes.

—Ay, Traspié, es una larga y vieja historia. Mi abuela, cuando descubrió que poseía esa lacra, se sintió horrorizada. Su padre la había sufrido. Y cuando el hombre se vio en la obligación de elegir entre salvar de los tratantes de esclavos a su esposa y sus hijas pequeños o rescatar de un establo en llamas a su

compañero de la Maña, lo escogió a él. Los esclavistas se llevaron lo que buscaban y, después de aquello, la vida de mi bisabuela fue tan corta como miserable. Mi abuela contaba que era una verdadera belleza. Se me ocurren pocas virtudes peores para una esclava. Sus amos abusaban de ella y sus amas, celosas, la castigaban con saña. Mi abuela y sus dos hermanas fueron testigos de todo. Y se criaron como esclavas, explotadas y utilizadas. Porque el hombre que debería haber antepuesto el bienestar de su esposa al de un caballo prefirió salvarlo a él antes que a ella y sus niñas.

—Un hombre, Burrich. La decisión equivocada de una sola persona. O quién sabe lo que se le pasaría por la cabeza... ¿Crearía que podría montar en aquel caballo a su mujer y sus hijas para ponerlas a salvo? ¿Que podría ayudarlo a luchar contra los tratantes de esclavos? Resulta imposible saberlo, pero solo era un hombre. Me parece una base demasiado endeble sobre la que cimentar tu rechazo a todo cuanto tenga que ver con la Maña.

Resopló bruscamente por la nariz.

—Traspié, su decisión condenó a tres generaciones de mi familia. Ninguno de los afectados calificaría esa base de «endeble». Mi abuela temía que, si se me permitía seguir por el camino que había tomado, terminaría haciendo lo mismo. Encontraría un animal, me vincularía a él y lo antepondría a cualquier otra consideración. Cuando falleció, durante una temporada confirmé sus temores. Hice exactamente eso. Igual que tú. ¿No has vuelto nunca la vista atrás, a algún capítulo en particular de tu vida, y te has preguntado qué cambiaría si eliminases la Maña de la ecuación? Piensa. Si Morrón no se hubiera interpuesto entre tú y yo, ¿no habríamos tenido una relación más estrecha cuando eras pequeño? Si no te hubieras vinculado a Herrero, ¿habrías aprovechado mejor tu educación en la Habilidad? Si Ojos de Noche no hubiese entrado en tu vida, ¿habría encontrado Regio alguna excusa para condenarte?

Por un momento me quedé sin saber qué decir.

—Pero si la Maña no se tuviese por algo tan vergonzoso —repliqué, al cabo—, no habría ocurrido nada de eso. Si me hubieras hablado de ella como Vieja Sangre y me hubieses enseñado por qué no debía forjar ningún vínculo, si la Maña hubiera estado tan bien considerada como la Habilidad, todo habría ido bien.

La sangre afluyó a sus mejillas de golpe, ensombreciéndole la expresión, y por un instante atisbé el antiguo genio de Burrich. Luego, con una paciencia que solo el tiempo podría haberle enseñado, dijo con voz templada:

—Traspié, es algo que mi abuela me inculcó nada más descubrir que poseía esa lacra. La Maña es una magia ruin que envilece a quienes la practican. Según tú, hay gente que la practica sin disimulo y no ve que eso suponga ninguna deshonra. Pues bien, a mí me han hablado de lugares donde los hombres se casan con sus hermanas y engendran descendencia con ellas, donde las mujeres se pasean con los pechos al descubierto, donde no tiene nada de innoble cambiar de pareja cuando a esta la abandona su lozanía. Sin embargo, ¿les enseñarías a tus hijos que semejantes costumbres son aceptables? ¿O preferirías enseñarles a vivir tal como te enseñaron a ti?

Chade me sobresaltó cuando dijo:

—Todas las sociedades se rigen por unas normas implícitas. La mayoría de nosotros no las ponemos nunca en tela de juicio. Pero, Burrich, alguna vez debiste de cuestionarte lo que te habían enseñado. ¿No se te ocurrió nunca que podías decidir por ti mismo si merecía la pena o no practicar esa magia con la que habías nacido?

Burrich se volvió para mirar a Chade con sus ojos nublados. ¿Qué vería? ¿Una silueta, una sombra o tan solo la percepción del anciano que le proporcionaba su Maña?

—Siempre supe que merecía la pena practicarla, lord Chade. Pero era una persona adulta y conocía su precio. Vuestro príncipe, sin embargo... ¿qué precio tendría que pagar por esa magia suya, tan útil y práctica, si saliera a la luz que es un Mañoso? Negáis su naturaleza para protegerlo del odio y de los prejuicios. ¿Podéis culparme por haber intentado proteger a mi vez al hijo de Hidalgo?

Chade agachó la cabeza, concentrado en la tarea que tenía entre manos, y no respondió. Había acabado. Seis recipientes heterogéneos, desde saleros hasta redomas, llenos de polvo explosivo e introducidos en ollas o cazos.

—Listo —anunció. Me miró y esbozó una sonrisita enigmática—. Vamos a liberar al dragón.

Sus ojos verdes me resultaban inescrutables. Ignoraba si realmente se proponía sacar a la criatura de su jaula de hielo o hacerla saltar en pedazos.

Quizá ni siquiera él mismo lo supiese con absoluta certeza. Como si su determinación fuese contagiosa, no obstante, me asaltó de repente la imperiosa necesidad de terminar con esto de una vez por todas.

—¿Será peligroso? —preguntó Burrich.

—No más que anoche —replicó Chade, irritado.

Burrich extendió una mano y, con delicadeza, deslizó la punta de los dedos por encima de los recipientes.

—¿No será seis veces más peligroso? —insistió—. ¿Cómo pensáis hacerlo? ¿Detonará las cargas una sola persona o se lo pediréis a varias?

Chade se quedó pensativo un momento.

—Seis hombres, uno para encender el fuego en cada una de las ollas. Traspié recorrerá la línea introduciendo las vasijas en ellas.

Asentí, complacido con la sensatez de su idea. Si seis personas distintas tuvieran que sincronizarse para arrojar la pólvora a las llamas y salir corriendo, podrían terminar arrollándose las unas a las otras.

—Lo haré.

Cargué con la mitad de las ollas y Chade cogió las otras tres. Burrich trajo una bolsa llena de trozos de madera y un cazo más pequeño, con el carbón que había sacado de la fogata nocturna de los guardias. Pensé que hacía un día radiante mientras remontábamos la colina. La temperatura era agradable, para tratarse de aquel lugar, y en el hielo reluciente se reflejaban los rayos del sol.

—¿Seguro que Ortiga está a salvo? —me preguntó Burrich mientras ascendíamos juntos por la ladera—. El riesgo que corrió escapa a mi comprensión, pero todos parecíais muy asustados.

Tragué saliva con dificultad y reconocí mi parte de culpa.

—Le pedí que entrara en el sueño del dragón y lo despertara. Su talento de la Habilidad más poderoso es la manipulación de los sueños. No me paré a pensar que pudiera ser peligroso, que los sueños de un dragón podrían plantearle un desafío mucho mayor que los de otra persona.

—¿Y lo hizo a pesar de todo? —Había una nota de orgullo contenido en su voz.

—Sí, lo hizo. Porque yo se lo pedí. Y me avergüenza haberla puesto en peligro.

Dimos varias zancadas en silencio antes de que Burrich dijera:

—En fin. Así que te conoce, y lo suficientemente bien para fiarse de ti. ¿Desde cuándo?

—No estoy seguro. Es difícil de explicar, Burrich. —Pese al rubor que amenazaba con aflorar a mis mejillas, me obligué a continuar—. Antes solía... espiaros. Pero no muy a menudo, solo cuando me sentía... He obrado mal.

Su silencio fue prolongado.

—Habrá sido un tormento especial para ti —dijo, por fin—. Hemos sido felices, por lo general.

Inspiré una honda bocanada de aire.

—Sí. Fue una tortura. Pero no sabía que Ortega estuviera implicada. Era mi... No sé, mi punto de sujeción, creo. Transcurrido algún tiempo, detectó mi presencia. Me conocía gracias a sus sueños conmigo, como un... como un hombre-lobo. —Me interrumpí, azorado.

Burrich no pudo por menos de reprimir una sonrisita mientras decía:

—Bueno. Eso explica por qué la asaltaban aquellas pesadillas tan raras cuando era pequeña.

—Yo no sabía lo que estaba pasando. Luego, transcurrido algún tiempo, empecé a ser consciente de su presencia. En mis sueños. Hablamos allí, en los mundos oníricos que ella creaba. Tardé bastante en percatarme de que estaba manifestando la Habilidad, de un modo hasta entonces desconocido para mí. Pero yo nunca... No, es decir, que ella no sabe... —Y, de repente, ya no pude continuar. Mi garganta había aplastado las palabras que no me atrevía a pronunciar.

—Lo sé. Si le hubieras dicho que no soy su padre, me habría enterado.

Asentí en silencio. Era curioso ver el modo en que él percibía esa revelación. Para mí consistía en contarle a Ortega quién era su padre; para Burrich, en desvelarle quién no lo era.

Se aclaró la garganta y cambió de tema.

—Alguien tendrá que enseñarle a controlar su magia, so pena de que la Habilidad le robe la mente. Sé que existe ese riesgo, pues Hidalgo me lo explicó.

—Ortega debería recibir algo de formación —convine con él—. Se ha vuelto peligroso que siga adelante sin adiestramiento. Pero lo hará, a menos que

tomemos cartas en el asunto. Necesita un maestro.

—¿Tú? —se apresuró a preguntar.

—Alguien —repuse, y lo dejamos ahí.

Escuché el sonido de las herramientas que trituraban la nieve y el hielo, y el omnipresente susurro del viento que barría el glaciar. Era como una música extraña, una melodía en la que se intercalaban las voces de los hombres, exhortándose a gritos. Cuando llegamos al borde de la cantera de hielo, sin embargo, las labores cesaron casi de inmediato.

Chade, en pie al filo de la excavación, habló dirigiéndose a todos ellos para explicarles la existencia de su polvo explosivo y lo que se disponía a hacer con él. Yo, por mi parte, me sentía curiosamente aislado de todo ello. Mi mirada saltó de un rostro vuelto hacia arriba a otro; vi preocupación en el de Telaraña e intriga en el de Cizaña. Algunos de los hombres rejuvenecieron de inmediato, poseídos por un entusiasmo casi infantil que los empujaba a explorar lo desconocido. Chade bajó por la rampa con su olla y yo lo seguí, cargando con la mía. Inspeccionó los agujeros que Dedicado y Mechalarga habían ordenado excavar. Encargó agrandar uno y desestimó otro, solicitando que se practicara uno nuevo más cerca de la boca del túnel colapsado. Debían formar una hilera a lo largo de las fracturas más profundas que había provocado el dragón en el hielo. Este, según Chade, estaría más debilitado en esos puntos, por lo que la pólvora resultaría más eficaz. Seleccionó a seis hombres para que encendieran los fuegos dentro de las ollas, y Burch se paseó despacio por la fila que formaron, repartiendo madera, aceite y trozos de carbón para la lumbre. A continuación, Chade le pidió que saliera del pozo. Él se quedó para examinar con detenimiento las ollas, una por una, cerciorándose de que estuvieran bien encajadas en los agujeros del hielo y de que el fuego dispusiera de un grueso manto de brasas en el que plantar las vasijas de pólvora. Mientras sus elegidos avivaban las llamas, repitió en varias ocasiones que estas dosis de explosivos eran muy ligeras, insuficientes para dañar al dragón, y que su única finalidad era la de resquebrajar aún más el hielo que rodeaba a la criatura para que esta pudiera desembarazarse de él más fácilmente.

Los hombres aguardaron en posición de firmes mientras Chade comprobaba que su fuego ardiera como debía. Añadió más combustible en cada uno de los

casos, hasta llegar al final de la línea, enviando a los hombres por turnos a reunirse con sus compañeros al filo de la excavación. Los recipientes de pólvora se quedaron esperando en el suelo, a dos palmos de sus respectivas ollas incandescentes. Cuando Chade y yo nos hubimos quedado solos dentro del pozo, se me acercó y dijo en voz baja:

—Voy a colocarme en el borde, con los demás. Cuando te haga una señal con la cabeza, date prisa en ir de una olla a otra. Suelta cada vasija de pólvora en el recipiente correspondiente y reúnete conmigo lo antes posible. El fuego tardará un rato en abrirse paso hasta el explosivo, pero considero prudente que no te entretengas.

—Y yo.

Chade hizo una pausa, como si se dispusiera a añadir algo más, pero al final se limitó a sacudir la cabeza. Volví a preguntarme si su voluntad y sus actos no estarían reñidos. Lo vi remontar la rampa y reunirse con la hilera de hombres que, en pie al borde del pozo, tenían toda su atención puesta en mí. Pensé que los muros que antes nos dividían parecían haberse esfumado. Los miembros de la Hetgurd se mezclaban sin ningún conflicto con los guardias y el destacamento de Mañosos. Burrich aguardaba junto a Chade. Vencejo estaba al lado de Telaraña. Los ojillos entornados del gato de la Maña de Civil, recostado en el hielo, me escudriñaban con curiosidad.

Me llené los pulmones de aire, caminé hasta el final de la hilera y cogí la primera vasija de pólvora. Al soltarla dentro de la olla encendida, la envolvió un remolino de chispas. Con la segunda, lo mismo; la tercera cayó mal y hubo que arrebujarla mejor entre las llamas. Oí el murmullo de los espectadores mientras lo hacía. La cuarta fue fácil. La quinta se había quedado pegada en el hielo y pareció tardar un año en ceder a mis tirones. La tapa se soltó en el proceso, y se derramó un poco de pólvora. Volví a cerrarla y le sacudí los restos adheridos. Al colocarla en el interior de la olla, las llamas lamieron con avidez el costado impregnado de pólvora, que chisporroteó con un fagonazo blanco. Me recordé que había pasado bastante tiempo antes de que aquella redoma de Chade explotara en mi chimenea. La sexta fue tan fácil como la primera, y después cedí a mis impulsos y salí corriendo de allí. Remonté la rampa como una exhalación, dispuesto a reunirme con los demás al borde del pozo. La quinta vasija estalló de

improvisado en una rugiente fuente de llamas, chispas y vapores de azufre. Escuché jadeos de asombro y temor procedentes de los espectadores, pero, al llegar al filo del pozo, el surtidor de fuego blanco redujo su tamaño hasta desaparecer. La olla que lo había contenido se agrietó con un sonoro chasquido, y oímos un siseo cuando la nieve derretida se encontró con el fuego.

Chade estaba sacudiendo la cabeza cuando llegué junto a él.

—Qué desperdicio —masculló, desabrido—. ¡Por las pelotas de El! Ojalá hubiera dispuesto de más tiempo para poner a prueba la pólvora e ingeniar el recipiente adecuado. Por otra parte, hay que tener en cuenta cómo se extendieron las llamas por los restos de pólvora derramada en su intento por llegar a la carga principal. ¿Podríamos utilizar algo así? Pensaba que la pólvora debía estar dentro de un contenedor cerrado para...

Fue entonces cuando se produjo la primera detonación, pero no en la primera olla. Creo que fue en la segunda, quizá porque la vasija de su interior había sucumbido antes al fuego. Precisararlo era tarea imposible, puesto que, mientras llovían sobre nosotros las esquirlas y los fragmentos de hielo que acababan de salir disparados desde el fondo del pozo, entraron en erupción simultáneamente al menos dos ollas más.

La segunda explosión, mucho más violenta que la primera, me ensordecí. Jamás había experimentado nada parecido. El mismo aire pareció abofetearme la piel, y me sentía como si acabaran de aporrearme en las orejas. Noté en el rostro los picotazos de una fina lluvia de agujas de hielo. Parpadeé, temiendo haberme quedado ciego, pero no era más que la nevisca, indescriptiblemente fina, que flotaba en el aire.

Los hombres gritaban a mi alrededor, voces roncadas que rezumaban rabia y frustración, mientras se alejaban del borde del pozo. El aterrizado gato de Civil pasó corriendo por mi lado, seguido de cerca por su amo, no menos alterado. Sentí una oleada de indignación procedente del dragón enterrado. *¡Estamos intentando liberarte!*, Habilité en su dirección, pero no obtuve respuesta. Junto a mí, Burrich engarfió los dedos en mi hombro y miró de un lado a otro, desesperado, con las facciones deformadas por una mueca de pánico.

Lo cogí del brazo con la intención de alejarlo del borde del pozo, pero se zafó de mi presa, exclamando:

—¡Vencejo! ¿Dónde está mi hijo? —En aquel preciso momento, otra explosión sacudió la tierra bajo nuestros pies. Acabé prostrado de hinojos, con Burrich tumbado a mi lado. Enturbiaba el aire una densa nube de hielo cristalino. Burrich tosió, escupió y gritó—: ¡Vencejo! ¡Vencejo!, ¿dónde estás, chico?

—¡Estoy aquí, papá! —lo llamó el muchacho mientras atravesaba la niebla en suspensión a la carrera, hasta arrojarse a los brazos de su padre con la mirada despavorida.

—¡Gracias a Eda que estás a salvo! No te separes de mí. Malditos sean mis ojos... Traspíe, ¿qué sucede? ¡Esperaba llamas, chispas y humo, no esto! ¿Qué ha hecho ese loco?

—Es como un tronco que se parte en el fuego, Burrich, nada más. La pólvora ha estallado, rompiendo el hielo que la rodeaba. No me imaginaba que fuera así, pero ya ha terminado. No temas. —Mientras pronunciaba aquellas palabras, sin embargo, buscando tranquilizarme a mí mismo tanto como a él, la tierra corcoveó por segunda vez bajo nuestros pies. Al mismo tiempo, sentí un furibundo asalto mental.

¡Pagaréis por esto, gusanos traidores! Derramaré vuestra sangre, un cubo por cada escama que se haya desportillado en su piel. ¡Ya llego! ¡La ira de Tintaglia se cierne sobre vosotros! ¡Vais a morir, hasta el último de vosotros!

—*¡Intentamos ayudarlo, no hacerle daño!* —Arrojé el mensaje a los cuatro vientos, de viva voz, con la Maña y con la Habilidad. No obtuve respuesta.

Pero, mientras parpadeaba para sacudir el polvo helado adherido a mis pestañas y me asomaba al fondo del pozo, vi algo que se agitaba. La tormenta de cristales de hielo lo ocultaba, pero en medio de aquella neblina se retorció y se encabritaba una mole sombría, irguiéndose entre los brumosos jirones en suspensión como una ballena sobre las olas. Oí los chirridos y los crujidos del hielo, y percibí un olor, un hedor a carne atrapada, escabrosa; la pestilencia que podría emanar de un nido de reptiles. Me puse en pie como pude y me aventuré a acercarme al filo del pozo para escudriñar su interior.

En el fondo de la excavación se había desatado un forcejeo cadencioso, descomunal. Varias partes del esquelético lomo del dragón se veían expuestas ahora. La cola se enroscaba y se estremecía, como si de una criatura dotada de

voluntad propia se tratara, mientras pugnaba por extraer su punta restallante de la prisión. Uno de sus inmensos cuartos traseros se había liberado ya; las garras del dragón, desmesuradamente largas tras su interminable cautiverio, practicaban en el hielo unos surcos inmensos con cada nuevo intento por emancipar el resto del cuerpo. Se desplegó un ala a continuación; grandes bloques de hielo volaron en todas direcciones cuando se elevó como la vela ajada de un buque naufragado. Batió el aire con desesperación, proyectando una nauseabunda vaharada a animal enfermo que me provocó arcadas. Yama de Hielo no dejaba de debatirse, con la cabeza y el cuello atrapados aún. Cuando la niebla de cristales de hielo se hubo asentado, los humanos regresaron tambaleándose al borde del pozo y se asomaron a sus profundidades, boquiabiertos algunos, otros con el semblante transfigurado por el horror. La expresión cincelada en las facciones de Chade era de temor reverencial; fruto de la devastación que había desatado su pólvora o motivada por el tamaño de la criatura que había desenterrado parcialmente, no habría sabido decirlo.

Burrich fue el primero en hablar.

—Pobre bestia. —Levantó las manos, desplegando los dedos, y empujó el aire ante él con delicadeza. Lo había visto ensayar el mismo gesto en infinidad de ocasiones, cuando se acercaba a un caballo intranquilo. Me pregunté ahora si no emanaría un aura de tranquilidad de sus manos. Alzó la voz de repente—. Necesita nuestra ayuda. Coged palas y picos, pero quiero que vayáis todos con mucho cuidado. Tan sencillo sería en estos momentos hacerle daño como socorrerlo. No le deis ningún motivo para resistirse. —Una de sus manos se cerró como un cepo sobre el hombro de Vencejo; extendió la otra ligeramente ante él mientras, con paso vacilante, avanzaba hacia el borde del pozo—. Calma, tranquilo —había empezado a decir, y sus palabras, cargadas de Maña aplacadora, iban dirigidas al dragón—. Ya vamos. Deja de revolverte, así no conseguirás más que lastimarte tú solo. O a nosotros. Tranquilo. Te ayudaremos.

Volví a percibir la reconfortante oleada que acompañaba a esas palabras. También el dragón dio la impresión de verse afectado por ellas. O puede que fuese el agotamiento lo que propició que sus forcejeos se redujeran hasta desaparecer por completo.

—Cuidado con el borde del pozo, amigo. La rampa está por aquí. Vencejo, ayuda a bajar a tu padre. Lo necesitaremos.

Telaraña presentaba un corte en la frente, fruto del impacto de uno de los bloques de hielo que habían salido despedidos en todas direcciones. Nos adelantó caminando a zancadas, sin concederle mayor importancia a su herida, con una pala en la mano. Me fijé entonces, por primera vez, en los estragos que habían provocado las explosiones entre algunos de los nuestros. Uno de los hombres de la Hetgurd estaba tirado en el suelo, inconsciente, con regueros de sangre que brotaban de su nariz y sus oídos. Uno de sus compañeros estaba arrodillado junto a él, desconcertado. Civil había capturado a su gato, que no dejaba de sisear, y lo retenía abrazándolo como podía, esforzándose por apaciguar los forcejeos del animal. Miré alrededor, buscando a Dedicado, y lo vi corriendo rampa abajo en dirección al dragón atrapado, utilizando una palanca a modo de cayado para facilitar su descenso. El fondo del pozo, destrozado, semejava un mar encrespado cubierto de témpanos de hielo.

—¡Mi príncipe! ¡Tened cuidado! ¡Podría ser peligroso! —aulló Chade tras él, antes de apresurarse a bajar por la rampa hasta el pozo a su vez.

Mañosos y no Mañosos por igual convergieron sobre la criatura atrapada y empezaron a despejar los grandes fragmentos de hielo suelto. La tarea era arriesgada, puesto que el dragón continuaba revolviéndose y contoneándose, pugnando por liberarse.

El hedor era espantoso. Enrarecía el aire una pestilencia insoportable, mezcla de hambre y serpiente dormida, pero Burrich parecía inmune a ella cuando dio un paso al frente y, con gesto conciliador, apoyó las manos en las negras escamas que recubrían la piel de la criatura.

—Tranquilo. Déjanos sacar el hielo que ya se ha soltado antes de que se desprendan más bloques con tus forcejeos. Rompiéndote una de las alas ahora no conseguirás nada.

Yama de Hielo se quedó quieto. Fue la Maña, en vez de la Habilidad, lo que transportó hasta mí el pánico a perecer asfixiado que atenazaba al dragón. Percibí que la atención de Yama de Hielo se desviaba hacia otro lugar y deduje que estaría comunicándose con Tintaglia. Esperaba que le contase que solo intentábamos ayudarlo.

—Es preciso que le desenterremos la cabeza. Así no puede obtener el aire necesario para hacer fuerza —me informó Burrich cuando me aproximé.

—Lo sé. Yo también lo noto. —Procuré borrar la sonrisita de suficiencia que amenazaba con aflorar a mis labios cuando añadí—: Yo también poseo la Maña, ya sabes.

No me había percatado de que Vencejo iba a oírme. Quizá porque todavía me pitaban los oídos, había hablado en voz demasiado alta. Pero el muchacho se limitó a seguir mirándome fijamente, con gesto ávido y decidido.

—Así que tú eres Traspie Hidalgo, el bastardo Mañoso. ¿Es cierto que mi padre te crio en los establos? —Había una extraña inflexión en su voz, como si de repente hubiera descubierto que su familia estaba ligada a alguien célebre y legendario. Así era, en cierto modo, aunque su interés no me parecía sano.

—Hablaremos de eso más tarde —dijimos Burrich y yo, casi al unísono. Vencejo nos observó, boquiabierto, y soltó una risita estrangulada.

—Despejad los bloques de hielo sueltos alrededor de su hombro izquierdo —ordenó Telaraña mientras pasaba por nuestro lado; los hombres se apresuraron a obedecerle, Vencejo entre ellos.

Pero Telaraña se detuvo junto a nosotros, empuñando un pico. Detuvo a Vencejo con un brusco ademán y, bajando la voz, le dijo a Burrich:

—Ese «más tarde» no podéis postergarlo eternamente, ninguno de los dos. Antes o después deberéis ofrecerle una explicación a este chico. —No había reprimenda en sus palabras, sin embargo, y casi me pareció ver un destello de diversión en sus ojos mientras se dirigía a nosotros. Hizo una reverencia ante Burrich y continuó—: Discúlpame si te he ofendido. Sé que tu vista ya no es la de antes, pero tus hombros y tu espalda parecen fuertes todavía. Con la guía de tu hijo, podrías sernos de extraordinaria utilidad ayudando a alejar de la excavación los trineos cargados de bloques de hielo. ¿Nos ayudarás, Burrich?

Pensaba que se negaría. Sabía que aún deseaba evitar a Telaraña y todo lo que representaba. Pero la solicitud se había expresado en términos cordiales, y se trataba de algo con lo que Burrich realmente podía ayudar. Me imaginaba hasta qué punto debía de mortificarlo tener que quedarse de brazos cruzados junto a un animal atrapado mientras los demás se esforzaban por liberarlo. La oferta de Telaraña, además, situaba a Vencejo junto a Burrich, bajo su autoridad paternal.

Burrich acabó transigiendo. Habló, no para Telaraña, sino para Vencejo, diciendo:

—Guíame hasta el trineo, muchacho, y pongámonos manos a la obra.

Me quedé allí de pie, solo, mientras Burrich y Vencejo, padre e hijo, se iban para seguir las indicaciones de Telaraña. Los vi agarrar las cuerdas de los trineos junto a Civil y Cizaña. Empezaron a tirar y, pese a la pierna lastimada de Burrich, su fuerza era la mayor de todas con diferencia. El trineo, cargado hasta los topes, se deslizó sin interrupción rampa arriba hasta salir del pozo. Había sido una idea acertada reunirlos de aquella manera y creo que Burrich la agradecía tanto como la detestaba Vencejo. ¿Intentaba Telaraña reparar la brecha que se había abierto entre ellos, al tiempo que buscaba atemperar la actitud de Burrich hacia la Maña?

Seguía reflexionando sobre las posibles permutaciones de todo aquello cuando detonó la última carga.

En retrospectiva, sospecho que la pequeña olla que tan descuidadamente había dejado encendida cuando me retiré de la cabeza del dragón había continuado ardiendo. ¿Habrían terminado prendiendo las pieles encima de las que descansaba, propagando así el fuego hasta la redoma de aceite y la vasija de pólvora? ¿O se habría derramado la redoma de aceite, volcada sobre el cuero junto a la olla y la pólvora por las explosiones previas, más pequeñas? He perdido demasiado tiempo volviendo una y otra vez sobre estos estériles interrogantes.

Se trataba de una carga voluminosa, calculada para matar. La explosión resultante propulsó por los aires el techo helado del túnel, al tiempo que expulsaba un torrente de bloques de hielo sueltos por la boca del túnel, sobre el pozo en el que estábamos trabajando. Hombres y cascos por igual se desplomaron con la violenta onda expansiva de aquel estallido. Yo mismo me vi arrojado al otro extremo de la excavación. Tras la estela de la detonación, sobre algunos de nosotros se abatió una lluvia de fragmentos de hielo afilados como puñales. Sentí cómo caían los fragmentos, pero todo se había vuelto de color blanco ante mí. Temí haberme quedado ciego, además de sordo. La fina bruma de hielo se asentó a continuación, revelando un caos mudo. Vi a Telaraña pasar junto a mí, tambaleándose, con las manos apretadas contra las orejas. Vi a

Águila aplastado, reducido a un amasijo informe bajo inmensos trozos de hielo. Vi a hombres que se deshacían en alaridos inaudibles. Me pregunté si alguna vez iba a recuperar el oído.

Levanté la cabeza y vi a Chade y a Dedicado, enteleridos, con la mirada fija en el fondo del pozo. La explosión los había encontrado fuera de él y, un instante después, comprendí que los hombres que tiraban de los trineos también habían escapado a los efectos más devastadores de la onda expansiva. Pero mientras me ponía en pie, con esfuerzo, y comprobaba que no tenía ningún hueso roto, me sacudió un segundo temblor. El suelo se estremeció debajo de mí, se levantaron grandes bloques de hielo, y nuevas grietas se ensancharon y se desmoronaron de pronto. Una mole de ébano descolló en medio de aquel nuevo desprendimiento de gigantescos fragmentos de hielo.

¡Libre!

Era el pensamiento más coherente que había recibido de Yama de Hielo hasta entonces, una sensación de triunfo más que una palabra.

Su inmensa cabeza negra se elevó al extremo de un cuello serpentino. Sus alas, semidesplegadas, le servían de extremidades adicionales para trepar y zafarse del hielo que insistía en adherirse a su piel. La visión de aquel cuerpo atrapado durante tanto tiempo me inspiró una honda conmiseración, aun inmerso como estaba en el horror ante la aciaga suerte que habían corrido mis compañeros. Su carne apenas si le recubría los huesos, y su pellejo escamoso se veía ajado y colgante, como un conjunto de telas mal cosidas entre sí. Cuando abrió las alas, estas exhibieron una colección de boquetes y desgarrones, como una capa elegante con la que se hubieran ensañado las zarzas.

Emergió del hielo bamboleándose, deteniéndose en varias ocasiones para rugir, forcejeando para liberar una pata, primero, y después la punta de un ala. No parecía prestar la menor atención a los hombres que yacían a su alrededor, aturcidos, pero eso no me tranquilizó, pues de su figura emanaba un hambre voraz en oleadas abrasadoras. Por primera vez me sobrevino la certidumbre instintiva de que yo no era más que alimento para este gigantesco depredador. Cualquier palabra que le dirigiera no surtiría más efecto sobre su opinión que el desesperado frenesí de un conejo sobre la de un lobo. Ojos de Noche y yo nunca nos habíamos tomado la molestia de dialogar con nuestras presas cuando

estaban con vida; tampoco esta criatura lo haría.

—Bufón, ¿qué has desatado sobre el mundo? —gemí.

Con otro poderoso tirón, el dragón continuó emergiendo del hielo triturado. Su tamaño era cada vez más impresionante. Cuando Yama de Hielo hubo encontrado asidero suficiente entre los inestables restos de su tumba, su cola se liberó y se desplegó por completo. Parecía que no fuese a terminar de salir nunca, inabarcable, hasta que se enroscó a su alrededor sobre la superficie fracturada como un látigo en reposo. De improviso, el dragón lanzó la cabeza hacia atrás y profirió un grito feral, un ronco rugido que aumentó en intensidad hasta escapar al alcance de mis sentidos. Era lo primero que oía tras la detonación, y no había percibido jamás nada igual; el bramido de la criatura estremeció hasta el aire que guardaba en los pulmones.

Vi a continuación cómo se ensanchaban las ventanas de su nariz, y su cabeza de flecha se abalanzó sobre el cadáver de Águila. Aunque el hombre hubiera fallecido, lo que estaba a punto de acaecerle me dejó consternado. Yama de Hielo utilizó el morro para desencajar el cuerpo de los bloques de hielo que lo habían aplastado. Lo acarició con los labios, primero, antes de levantar a Águila y sacudirle los fragmentos que aún tenía adheridos, como habría hecho Ojos de Noche con un pescado para quitarle las hojas secas. El dragón comía como una gaviota, lanzando al aire el trozo de carne que antes fuese una persona y abriendo las fauces de par en par; en su caída, el cuerpo recorrió la mitad del gáznate de la criatura antes de que este lo deglutiera. Después de eso, Águila ya no fue nada más que un bulto que se deslizaba por el extenso tobogán de aquella garganta.

El lobo que habitaba en mi interior se mantuvo impassible: un hombre muerto constituía una fuente de carne tan válida como cualquier otra; el dragón se había limitado a dar cuenta de un pedazo de carroña. Yo mismo había hecho lo mismo en ocasiones, espoleado por el hambre, alegrándome de haber podido robar algún pedazo de la presa de un oso mientras este sesteaba, ahíto de carne fresca. Águila, sin embargo, había sido una persona y un líder, alguien que había compartido mi mesa y con quien había conversado al calor de la chimenea. Alteraba mi percepción del mundo el hecho de que, en un abrir y cerrar de ojos, pudiera haberse transformado en un simple bocado para esta bestia recién

despertada.

Percibí tenuemente, en aquel instante, la inmensa escala a la que nuestros actos habían modificado el orden natural de las cosas. Esto no era ningún dragón de piedra, imbuido de almas heroicas, rescatado de su sueño para rescatarnos a su vez a nosotros. Esto era una criatura gigantesca de carne y hueso, con apetitos, instintos y el impulso de hacer cuanto fuese necesario para garantizar su propia supervivencia, sin importarle el precio que para ello tuviéramos que pagar nosotros, meros humanos.

Paseé la mirada a mi alrededor, todavía embotado, buscando una vía de escape. Pese a no encontrarme directamente enfrente de Yama de Hielo, me contaba entre sus presas más inmediatas. Me sorprendió ver a los hombres ensangrentados que, tambaleándose, se habían acercado a los bordes del pozo y contemplaban fijamente, asombrados, lo que habíamos desencadenado. Allí estaba Burrich, con una mano afianzada en el hombro de Vencejo, y Cizaña, con sus codiciosos ojillos de juglar, y Civil. El gato de este último, junto a su rodilla, parecía haber doblado su tamaño normal, enhiesto hasta el último pelo de su cuerpo. Busqué en vano a Chade y Dedicado, y temí que hubieran fallecido. Reparé en una bota, no muy lejos de mí, y rogué para que siguiera habiendo un cuerpo conectado a ella bajo la montaña de nieve adyacente. ¿A quién pertenecería? Vi que Vencejo levantaba el brazo, apremiante, señalándome con el dedo mientras hablaba con Burrich; este silabeó a continuación, el muy insensato, y leí en sus labios cómo exclamaba:

—¡Traspié! ¡Traspié, sal de ahí, huye!

La cabeza del dragón se volvió hacia el origen de aquellos gritos. Vi cómo los remolinos negros y plateados que eran sus ojos convergían sobre el hombre que me había criado, y cómo su gigantesca cabeza se erguía al extremo de aquel cuello interminable.

—¡No! —Aunque bramé con todas mis fuerzas, el grito apenas si resonó con la fuerza de un susurro en mis oídos.

Burrich parecía saber que había atraído la atención del dragón, pues se dio la vuelta y, de un salvaje empujón, envió a Vencejo volando por los aires hasta aterrizar de bruces en la nieve. Desarmado, giró sobre los talones para enfrentarse al dragón.

Fue entonces cuando me hizo perder el equilibrio un nuevo temblor. De repente, la tierra pareció esfumarse bajo mis pies. También Yama de Hielo hubo de esforzarse por conservar el equilibrio. Desplegó las alas ajadas en toda su envergadura y hundió las garras en los bordes del pozo. Los hombres se desbandaron ante él, despavoridos, mientras arañaba el filo de la excavación hasta salir por completo de ella. Al hacerlo, el hielo que había debajo de él se precipitó al interior de aquel cráter inmenso. Mientras pugnaba por encontrar asidero en el hielo, una parte de mi mente reconoció lo que había ocurrido. Los denudos de la criatura por liberarse, y quizá también el polvo explosivo de Chade, habían debilitado el techo de la sala del trono de la Mujer Pálida. Estaba desplomándose sobre su cabeza.

Deseé ferozmente que pereciera aplastada. Bajé la mirada hacia aquel alud de bloques de hielo, que arrastraba inmensos peñascos en su caída sobre el palacio de las profundidades. Me pregunté si se revelaría de repente algún acceso a la cámara, si podría introducirme por allí y sobrevivir a semejante caída en medio de la cascada de hielo y, de alguna manera, liberar al bufón todavía con vida. Lo más probable era que, al desplomarse el techo de hielo, este arrasara la cámara. Al menos su muerte sería rápida, me sugirió una vocecita interior, pero rugí:

—¡No! ¡No, no, no! ¡Tesoro! ¡Bufón! ¡No!

En respuesta a mis gritos, algo fluctuó en el hielo a mis pies. Lo observé fijamente, incapaz de asimilar la fuerza de lo que fuese que corcoveaba y se encabritaba bajo aquella avalancha. Los temblores cesaron.

Me aferré a la cornisa helada y se me escapó un grito de sorpresa cuando la mano de Dedicado se cerró de repente sobre mi muñeca.

—¡Arriba! —chilló, y comprendí que no era la primera vez que me llamaba, que intentaba alejar mi atención de la tormenta de hielo y los forcejeos del dragón.

Yama de Hielo ya había escapado del pozo casi por completo. Los demás parecían haberse puesto a cubierto, salvo por dos cuerpos inertes que no acerté a identificar.

Rendí todo mi peso a la presa de Dedicado, que gruñó al sujetarlo, afianzándose para permitirme gatear sobre el borde del pozo hasta rebasarlo.

—¿Dónde está Chade? ¡Tenemos que huir! —le grité.

Ensayó un gesto impreciso que parecía indicar que los demás habían escapado ladera abajo, hacia el campamento. Después abrió la boca de par en par, aterrorizado, cada vez más, al tiempo que sus ojos amenazaban con salirse de las cuencas. Me volví para mirar atrás, por encima del hombro, pues el príncipe tenía la vista fija en el pozo. Abajo, en las profundidades de la avalancha de hielo, abriéndose paso hacia la superficie como un sapo que emerge de entre la nieve tras su período de hibernación, estaba el dragón de la Mujer Pálida. La vida no le había imprimido ni un ápice de elegancia. Seguía siendo una criatura toscamente tallada, una amalgama de mil vidas discordantes distintas; su turbio color agrisado recordaba al de la arcilla aún sin cocer. Los rugidos de su voracidad aporreaban los muros de mi Maña. Estaba hueco, vacío de todo salvo de un hambre descomunal, y supe que devoraría todo cuanto se situara a su alcance. Me embistió entonces el ariete de su Habilidad, y su asalto me dejó petrificado. Aquello no era el mero apetito de una bestia famélica. El dragón que porfiaba y rugía a nuestros pies estaba dominado por algún tipo de personalidad. Me sobrevino la certidumbre de que la Mujer Pálida había arrojado a alguien a su dragón de piedra en un último intento, desesperado, por animarlo. Y lo había logrado.

¡Arrodillaos ante Ganapán! Nacido para conquistar, devorar y matar, hambriento de carne humana. ¡Mía será hoy la venganza! Su mirada se clavó como una espada en Yama de Hielo. *¡Dragón de los Seis Ducados, disponte a morir!* De un salto, el monstruo de piedra cerró sus inmensas mandíbulas sobre la base de la cola de Yama de Hielo. Afianzó sus patas rechonchas y empezó a tirar del dragón negro, arrastrándolo hacia el fondo del pozo, con él.

Dragones

Durante la Guerra de las Velas Rojas, muchas de las casas maternas se vieron obligadas a rendir tributo a Kebal Ganapán y la Mujer Pálida, sacrificando para ello a los varones de sus clanes. Quienes rechazaban el reclutamiento forzoso que imponía Ganapán a sus guerreros sufrían el castigo de lo que en los Seis Ducados se denomina «Forja». La Forja se aplicaba, principalmente, a las mujeres y las niñas de los clanes. Esto dejaba a los hombres en una posición insostenible. Las forjadas constituían una deshonra y una desgracia para el clan, pero ninguna casa materna permitiría que uno de sus varones acabara con la vida de una de sus integrantes sin ejecutarlo después a su vez en represalia. Antes de arriesgarse a que su clan desapareciera por completo, los hombres preferían alistarse como guerreros en las filas de Ganapán. Quienes alguna vez regresaban a sus casas maternas lo hacían cambiados. Muchos de ellos aparentemente murieron mientras dormían después de la guerra. Hay quienes aseguran que los envenenaban las mujeres de su propio clan, quienes consideraban que aquellos hombres ya no poseían el espíritu necesario para ser dignos hijos del clan.

CIZAÑA,

Breve historia de las Velas Rojas de las Islas del Margen

Del cielo sin nubes cayó un rayo plateado y azul. Se zambulló directamente en el pozo, restallando su cola y asaeteando el aire con la cabeza, cuajadas de dientes como puñales sus fauces desencajadas. Como una gata furiosa, se abalanzó sobre el dragón que había sido Kebal Ganapán y cerró las fauces sobre su cuello, justo detrás de su testa amazotada. Sus garras rechinaron y repiquetearon con estruendo contra las escamas de su objetivo mientras intentaba asirlo con firmeza y afianzarse sobre su lomo. Sorprendido por el ataque, el dragón de piedra dejó de concentrarse en Yama de Hielo, que se zafó de él cuando su agresor abrió las fauces para proferir un rugido.

Aléjate de él. Asciende, levanta el vuelo. ¡No intentes enfrentarte a él en el suelo!

Estos sonidos provenían de Tintaglia. Aunque no pertenecieran a ningún idioma conocido, estaban cargados de sentido y los percibía como si fuesen palabras. No creo que todos los humanos presentes se diesen cuenta de que había hablado. Yama de Hielo sí, en cambio, y bramó algo a modo de respuesta, pero no capté por completo su significado. Quizá mi comprensión de Tintaglia

hubiera aumentado de resultas de mis anteriores encuentros con ella. Fuera como fuese, vi que el dragón ajado escalaba hasta el borde del pozo, lejos del dragón de piedra y el de carne y hueso que batallaban debajo de él. Sabía que Tintaglia no conseguiría retener a Ganapán eternamente. Se trataba de una hembra, y sospechaba que su menor tamaño en comparación con el de Yama de Hielo era fruto de una disparidad de género consustancial a los de su especie.

El dragón de piedra, por su parte, era recio y corpulento; grueso en comparación con la estilizada flexibilidad de Tintaglia, pesado en comparación con la agilidad de ella. Verla forcejear con Ganapán era como ver a un halcón enfrentándose a un toro. Su velocidad era prodigiosa, pero no parecía estar haciendo mella en él. Aunque le había clavado los dientes en el cuello, no vi ni un solo reguero de sangre. El asalto de las garras de sus poderosos cuartos traseros únicamente le había dejado unos arañazos blancos en los costados, como los que obtendría un chiquillo al frotar dos guijarros. El dragón de piedra no daba muestras de estar dolorido. Se sacudió con violencia, intentando desequilibrarla, pero Tintaglia reafirmó su presa, batallando fútilmente con su inofensivo arsenal. Sus garras eran como las uñas de una mujer medidas contra la armadura de cuero de un soldado. Me pregunté si Ganapán tendría sangre que derramar o si se trataría de un mero coloso de piedra animada.

¿Con qué podía matarse a semejante criatura? Si su piel era inmune a una bestia tan poderosa como Tintaglia, ¿qué podría frenarlo?

Emanaban de Ganapán una oleada tras otra de odio alimentado por la Habilidad. Sentí la confusión y la frustración que lo poseían mientras intentaba adaptarse a su cuerpo, vigoroso pero ingobernable. Había despertado, sí, pero seguía estando incompleto, de alguna manera. Sus patas batían el hielo roto sin lograr impulsarlo para escapar del pozo. Extendió un ala, con torpeza, pero parecía incapaz de batirla o incluso de volver a replegarla contra su cuerpo. El apéndice se quedó así, rígido e inservible. Zangoloteó la cabeza en un vano intento por desembarazarse de aquella hembra obstinada.

Los ojos plateados de Tintaglia rodaron en sus cuencas para trazar la retirada de Yama de Hielo, agónicamente lenta. Cuando hubo logrado salir del pozo, por fin, se meció sobre las patas traseras, exhibiendo los estragos causados por su prolongado encierro en el hielo. La quilla de su esternón atirantaba los faldones

escamosos que recubrían su pecho. Me recordó el cadáver de un ave con el que se hubieran cebado las hormigas. Abrió de par en par las alas ajadas. Cuando las batió, cauteloso, me bañó una pestilente vaharada a animal enfermizo. Flexionó el largo cuello y restalló varias veces la cola, como alguien intentando volver a ponerse un conjunto que se le hubiera quedado pequeño hacía ya tiempo. Se tomó su tiempo para hacer todo esto, como si el duelo que estaba desarrollándose en el pozo no fuese en absoluto con él. Se atusó las alas con el hocico, como haría un pájaro con el pico. A continuación, las desplegó y las agitó como un cuervo andrajoso que intentara recolocarse el plumaje. Las batió una sola vez, muy despacio, y después otra; a la tercera, las impulsó hacia abajo con tanta fuerza que levantó un remolino de nieve a su alrededor, al tiempo que el viento silbaba a través de sus desgarrones. De repente, apoyó sobre ellas todo su peso, dejando que sus musculosos cuartos traseros lo propulsaran hacia delante y arriba. Se elevó del hielo con pesadez, como una torpe ave marina, pero una vez que sus garras se hubieron separado del suelo fue como si por fin dejase atrás la última de sus ataduras. Ascendió sin dar ni un solo bandazo.

Atisbé a Riesgo en las alturas, sobrevolándonos en círculos, y me pregunté qué debía de sentir al ver cómo un ser tan inmenso volaba en su dirección. Tintaglia, decidiendo tal vez que Yama de Hielo se encontraba ya a salvo del torpe dragón de piedra, aflojó su presa sobre Ganapán de repente y se impulsó por los aires, ágil como una lagartija. Con un destello plateado, sus alas azules se desplegaron grácilmente en toda su envergadura y, tras batirlas dos veces, comenzó a elevarse hacia el firmamento.

Ganapán tardó en darse cuenta de que el ataque sobre él había acabado. Lanzó la cabeza hacia atrás, profirió un rugido cargado de odio hacia nosotros y estiró el cuello, más corto y grueso que el de los dragones de carne y hueso, para volver un ojo del color del barro hacia el cielo. De su garganta emanó una reverberación tonante y viscosa.

El mensaje que le envió la Mujer Pálida con la Habilidad llegó con la fuerza de una oleada de furia. Puesto que yo no era su destinatario, pude captar su significado sin sentir nada más que un roce a su paso. Su dominio de la Habilidad parecía más endeble que antes, como si la liberación del dragón hubiese mermado sus energías. Sus pensamientos arribaban inmersos en un

miasma de dolor.

¡Mata a los dragones, a uno de ellos o a ambos, pero por lo menos a uno! Olvídate de los humanos. No pueden hacerte daño. Después podrás devorarlos a tu antojo. Pero, por ahora, véngate de los Seis Ducados. ¡Acaba con sus dragones, Ganapán!

Y, en aquel instante, el dragón de piedra movió su pesada cabeza y proyectó las fauces sobre la cola de Tintaglia, cerrando sus pedregosas mandíbulas sobre la punta ondeante. El ataque transformó la elegancia de la trayectoria de la hembra en una caída descontrolada. Tintaglia lanzó un alarido, y vi cómo Yama de Hielo maniobraba sus alas y barría el escenario del duelo con la mirada. Se ladeó, primero, y acto seguido se dejó caer en picado. El dragón de piedra, mientras intentaba frenar el ascenso de Tintaglia, por fin había aprendido a controlar las alas y, de improviso, pareció sobrevenirlo una vaga idea sobre cómo se utilizaban. Las batió con ferocidad sin aflojar su presa sobre la cola de Tintaglia, saltando una y otra vez en un torpe intento por elevarse por los aires. La reina dragón, al verse zarandeada como una cometa sujeta de un hilo, lanzó un chillido tan agudo como el silbido que emitiría una espada al desenvainarse y, de pronto, se revolvió para repeler a su agresor. Fue un error. Pese a sus dimensiones, era como una mariposa que intentara medirse con un lagarto. El vendaval provocado por el salvaje batir de sus alas me salpicó la cara de nieve helada y me derribó, pero no consiguió impresionar a Ganapán. Las pesadas alas de este descargaron una tormenta de mazazos sobre Tintaglia, impactos secos y contundentes, como los del martillo que cae sobre la res en el degolladero.

Iba a matarla.

Tardé un instante en comprender la consecuencia inherente a esa posibilidad. La Mujer Pálida habría ganado. Habría conseguido poner fin a la existencia de los dragones en nuestro mundo, a pesar de todo. Un resultado que ninguna intervención humana podría evitar ahora. Si las garras de Tintaglia ni siquiera habían rasguñado la piel del dragón de piedra, ¿qué podrían hacer contra él nuestras armas?

Era como si hubiera pasado toda una vida en lo que dura un latido. Reparé en la presencia del príncipe, paralizado en pie junto a mí, y me maldije por necio.

—¡Salgamos de aquí! —exclamé mientras lo zarandeaba—. No podemos hacer nada. ¡Corred!

Pero no dio ni un solo paso, boquiabierto como estaba, absorto en la batalla que se desarrollaba ante nuestros ojos.

Yama de Hielo atacó entonces, precipitándose desde las alturas como un relámpago negro. La violencia del impacto de aquella mole contra el dragón de piedra sacudió la tierra como una de las explosiones de Chade. Dedicado y yo nos caímos al suelo. Cuando logré ponerme de rodillas y despejarme la vista, Tintaglia ya había logrado zafarse de la escaramuza. Se alejaba furtiva, arrastrando las alas y las patas por el terreno nevado. Allí donde su sangre viscosa goteaba sobre el hielo, este humeaba. Percibí con la Maña las oleadas de dolor que irradiaban de ella. Sospecho que nunca antes había sufrido una agonía comparable; la indignación y el horror de aquella nueva experiencia la desconcertaban.

Los dos machos en lid surgieron del pozo de hielo desmoronado batiendo las alas e intercambiando zarpazos. La aplastante fuerza de su aleteo nos puso de rodillas al príncipe y a mí, una y otra vez, mientras trastabillábamos e intentábamos alejarnos del combate.

—¡Si os quedáis demasiado tiempo bajo la sombra del dragón de piedra, podría forjaros! —grité mientras tiraba de Dedicado—. ¡Tenemos que huir!

En ese momento, la fuerza del viento que levantaban las alas de aquellas criaturas disminuyó. Dedicado tropezó cuando lo empujé. Me detuve y volví la vista atrás. Y hacia arriba.

Continuaban ascendiendo sin dejar de batallar, batiendo las alas casi al unísono. Parecían estar ejecutando una danza intrincada y exótica, buscando asidero con las garras y golpeando repetidamente con la cabeza, como serpientes enfurecidas. Pero era la fuerza de las alas ajadas de Yama de Hielo lo que los sostenía en el aire, más que los denuedos del dragón de piedra. Vociferantes y entrelazados, se elevaron hasta quedar reducidos a meras siluetas recortadas contra el cielo azul.

—¡Traspié! ¡Mira!

El grito de Dedicado sonó como un susurro en mis lastimados oídos, pero no podía ignorar el modo en que me zarandeaba. El muy insensato había vuelto y apuntaba con el dedo al interior del pozo repleto de bloques de hielo. Se atisbaba una pequeña abertura en uno de los extremos, donde la avalancha no

había llegado a inundar del todo la cámara palaciega de debajo; una grieta que aún seguía abierta. Por aquella pendiente empinada, fluctuante y abrupta, ascendía Elliania. Sujetaba a una chica, que se resistía entre estridentes chillidos, por las cadenas que le ceñían las muñecas, tirando de ella mientras se abría paso con decisión hacia nosotros. La muchacha tenía los cabellos aplastados contra la cabeza, apelmazados de mugre, y se cubría a duras penas con un camisón andrajoso, pero, a pesar de todo, el parecido familiar era inconfundible. Elliania había capturado a su hermana. Tras ellas apareció Peottre, gateando mientras salía del agujero. Empuñaba una espada bañada de sangre con una mano, y con la otra remolcaba a una mujer renqueante y macilenta. Le cubría la mitad del rostro la sangre que manaba de un corte en su cuero cabelludo. En cuanto pudo ponerse de pie, agarró a la mujer e intentó remontar la pendiente a la carrera, pero los traicioneros cantos de hielo se movían y se deslizaban bajo sus pies. Dio un par de zancadas antes de hincar la rodilla en el suelo, con la respiración entrecortada, como si hubiese llegado al límite de sus fuerzas. Ante nuestros ojos, de repente soltó a su hermana en el suelo y se volvió para hacer frente a sus perseguidores, que emergían de la grieta caminando a cuatro patas. Oerttre Aguasnegras se desplomó como un guiñapo, muerta o desfallecida, y empezó a resbalar pendiente abajo, hacia la abertura.

Elliania había llegado hasta nosotros. Miró atrás de soslayo y profirió un grito desgarrador al ver que Peottre se detenía.

—¡Coge esto! —le ordenó a Dedicado, al tiempo que le lanzaba la cadena.

El príncipe la atrapó al vuelo por acto reflejo, boquiabierto, contemplando el desaliñado aspecto de su prometida. Había sangrado por la nariz, y el reguero seco perfilaba ese lado de sus labios formando una línea de costra; el pelo enmarañado colgaba suelto alrededor de su rostro. Giró sobre los talones de repente, con una espada corta en la mano, y corrió a reunirse con Peottre. Dedicado se quedó sujetando la cadena de la niña forjada.

—¡Coge esto! —exclamó a su vez el príncipe, arrojando los eslabones en mi dirección.

Cayeron al suelo antes de que pudiera atraparlos, pero dio un paso al frente para pisarlos antes de que la muchacha intentara escapar. No era esa su intención, sin embargo. Lo que hizo fue abalanzarse sobre mí con las

mandíbulas desencajadas. Para mi sentido de la Maña era como si allí no hubiera nadie, pero cuando la intercepté para repeler el ataque, mi cuerpo acusó el impacto de sus golpes. He luchado con muchos hombres, pero nunca antes había tenido que vérmelas con una niña de diez años demacrada, sin nada que temer y ajena a cualquier posible preocupación por su propia supervivencia. Empleando rodillas, uñas y dientes, se obstinaba en aporrearme o arrancarme la carne de los huesos; y llegó a hacer grandes progresos en ese sentido, arañándome la cara y clavándome los dientes en la muñeca antes de que lograra derribarla sobre la nieve. La aplasté con todo el peso de mi cuerpo, inmovilizándola contra el hielo hasta darle la vuelta y dejarla tendida de bruces. Deslicé los brazos debajo de ella, la así por los codos y presioné su espalda contra mí, de modo que sus brazos quedaran cruzados sobre su pecho. Continuó pateándome, pero estaba descalza y mis recios pantalones de cuero amortiguaban esos impactos. Agachó la cabeza de improviso, hizo presa en mi manga con los dientes y empezó a zarandearla como si fuese una presa, pero así solo consiguió llenarse la boca de lana, por lo que dejé que masticara cuanto quisiera. Al ver que no iba a lograr liberarse a mordiscos, proyectó la cabeza hacia atrás de repente, estrellándola contra mi pecho. No era agradable, pero mientras mantuviera la barbilla alta, lejos de su alcance, podría soportarlo.

Valerosamente inmovilizada de tal guisa mi escuchimizada adversaria, estiré el cuello para ver qué ocurría a mis pies. En el pozo de nieve inestable, Elliania ya había alcanzado a su madre. Se situó junto a Oerttre, presta la espada, su última línea de defensa mientras Peottre se enfrentaba a dos de los guardias de ojos inanimados que servían a la Mujer Pálida. Ignoraba si Elliania se disponía a hacer frente a los atacantes o a asestarle el golpe de gracia a su madre antes de que pudieran capturarla otra vez. Por un momento sobrecogedor no vi a Dedicado. Después lo atisbé detrás de Peottre, bloqueando la boca del agujero por el que este y la narcheska habían salido. Su cuchillo estaba teñido de rojo, y quienquiera que hubiese allí abajo no iba a pasar por encima de él.

¡Nos atacan! Recibí la advertencia que me había transmitido Chade con la Habilidad al tiempo que unos gritos me hacían volver la cabeza. Dirigí la mirada abajo, hacia el campamento. Los esbirros de la Mujer Pálida habían surgido de alguna parte para abatirse sobre las mermadas y maltrechas filas de nuestro

grupo. Me dio la impresión de que intentaban evitar que nadie acudiera en ayuda de Tintaglia, si bien ninguno de ellos había reunido aún el valor necesario para agredir a la dragona derribada. Atisbé a mi antiguo mentor, como no lo había visto nunca hasta entonces. Afianzados los pies en el suelo, desenvainada su hoja, Chade se erguía junto a Mechalarga. Tras ellos, Tordo se lamentaba ovillado en el suelo, con la cabeza protectoramente envuelta en los brazos.

¡Tordo! ¡Empuja contra ellos, como hiciste conmigo! No todos van a ceder, pero algunos lo harán. ¡Defiéndete! ¡Diles que se vayan, que no os vean! ¡Tordo, por favor! Me sobrevino un arrebató de desesperación mientras pugnaba por evitar que la muchacha se me escapara. No me atrevía a soltarla, pero, mientras la retuviera, no le sería de utilidad a nadie.

Cuando ya creía que mi arenga no iba a suscitar ninguna reacción en Tordo, vi que el hombrecillo levantaba un brazo y se asomaba por debajo de él, como un niño asustado. Acto seguido, percibí una tenue impresión de la oleada de Habilidad que lanzó contra los agresores.

¡Marchaos de aquí, marchaos, marchaos, marchaos!

Al menos dos de los guerreros de la Mujer Pálida hicieron eso, ni más ni menos, volviendo abruptamente la espalda a la batalla y alejándose a largas zancadas, como si acabasen de recordar que los esperaban asuntos acuciantes que atender en otra parte. Varios más parecieron perder la cadencia de sus arremetidas, reducidos a defenderse como si de pronto se preguntaran qué hacían allí, atacándonos.

¡Hazlo otra vez, Tordo! ¡Ayúdame! Aquel mensaje proyectado con la Habilidad denotaba la falta de resuello que empezaba a acusar Chade. Su espada pesaba como si fuese de plomo, y nunca le había gustado mirar a sus víctimas a los ojos. De improviso sentí una abrasadora oleada de dolor cuando un filo le dejó un surco ascendente en el antebrazo. Vi que Tordo daba un respingo al tiempo que se le crispaban los dedos, como si el tajo lo hubiera recibido él.

¡Chade! ¡Bloquea el dolor! Tordo lo siente también. ¡Tordo! Dile al dolor que se vaya. Dáselo a los hombres malos. ¡Puedes hacerlo!

En ese momento, un violento golpe de viento procedente de arriba hizo que me encogiera como un ratoncito silvestre ante la insinuación del batir de las alas de un búho sobre su cabeza. Los dragones habían regresado, batallando en

espeluznante silencio, a excepción hecha del susurro del aire que agitaba su vuelo y los golpes sordos que intercambiaban. Habían ascendido a gran altura, trabados en su frenesí. Amedrentado, mientras los observaba sin parpadear, me pareció discernir cuál era la estrategia de Ganapán. Este se obstinaba en aferrarse a Yama de Hielo, apretadas las fauces sobre la nuca de su contrincante, cuyo esfuerzo por mantenerse en el aire estaba mermando sus energías. Sabía de sobra que no sería rival para el dragón de piedra en el suelo, debilitado como estaba, por lo que no dejaba de retorcerse y forcejear, intentando zafarse de las mortíferas fauces del dragón de piedra.

En cualquier momento podrían precipitarse sobre nosotros.

—¡Despejad la zona! —alerté a Dedicado—. ¡Los dragones van a caer!

El príncipe miró al cielo, sobresaltado, dio un salto hacia atrás para esquivar la hoja de su oponente y les gritó algo a la narcheska y Peottre. Este acababa de eliminar a uno de sus rivales y el otro retrocedía ante él. La narcheska agarró a su madre por el tobillo y empezó a sacarla a rastras del pozo, sin bajar en ningún momento la guardia. Le tendí una mano cuando se hubo acercado lo suficiente, cerré los dedos en torno a su muñeca, sobre la mano con la que empuñaba la espada, y tiré de ella para ayudarla a superar el borde del pozo. Aupó a su madre a continuación, sin miramientos, mientras yo me apresuraba a volver a reafirmar mi presa sobre su hermanita, que no dejaba de sisear y bregar.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Elliania cuando hubo terminado de subir a su madre a lo alto de la cornisa de hielo—. ¡Se desploman!

Tenía razón. Los dragones formaban una maraña furiosa cuyo tamaño no dejaba de aumentar, cerniéndose sobre nosotros cada vez más. Dedicado y Peottre abandonaron sus respectivas batallas, trastabillando y resbalando en el hielo traicionero mientras pugnaban por remontar la pendiente y escapar de las ruinas del pozo. Elliania, arrastrando a su madre por los tobillos, se apresuraba ya a retirarse mientras alentaba a voz en cuello a Dedicado y Peottre para que no perdieran más tiempo. Me agaché, levanté en volandas a la pequeña y la seguí. Sabía que no podía hacer otra cosa y, sin embargo, no pude por menos de sentirme como un cobarde mientras corría. Dedicado me adelantó, triturando el hielo con sus pisadas. Llegó a la altura de la narcheska, flexionó las rodillas y se cargó a la muchacha y a su madre a los hombros. Instantes después, la mano de

Peottre cayó pesadamente sobre mi hombro, empujándome para impulsar nuestra huida. La sombra combinada de los dragones se desplegaba cada vez más grande a nuestro alrededor. Me detuve un momento, estupefacto y desorientado, antes de reanudar la marcha a trompicones. Cuando hubimos dado alcance a Dedicado y las mujeres, Elliania apuntó con el dedo hacia el cielo, sin pronunciar palabra.

Yama de Hielo se había desembarazado de Ganapán. Ahora, su vigoroso aleteo lo transportaba hacia las alturas mientras su rival se precipitaba sin gracia hacia el suelo. Las alas desplegadas del dragón de piedra apenas si alcanzaban a frenar la fuerza del descenso de su pesado cuerpo.

La violencia del impacto estremeció la tierra congelada. La mitad de su cuerpo había aterrizado en el pozo, mientras que la otra acababa de aplastar la cornisa, justo a la altura del punto en el que me encontraba hacía apenas unos instantes. Rogué para que estuviera muerto, pero rodó lentamente de costado hasta ponerse de pie y sacudió las alas. Al extremo de su grueso cuello, la amazotada cabeza iba de un lado a otro, escudriñando su entorno. A continuación, como un lagarto agazapado que se abriera paso a través del fango, accionó sus poderosas extremidades y salió del pozo arrastrándose sobre el vientre. Los furiosos restallidos de su cola removían la nieve a su paso. Pareció traspasarme de parte a parte con la mirada y su escrutinio fue como una garra que me heló las entrañas. Luego, como un corcel cuyas riendas acabasen de sufrir un brusco tirón, proyectó la cabeza hacia atrás y la meneó en señal de frustración. Sus ojos, deslustrados en comparación con los plateados remolinos de Tintaglia, miraron más allá de mí y se clavaron en la dragona abatida. Se cernió sobre ella con un bufido furioso, olvidándose de nosotros. Percibí que la Mujer Pálida lo exhortaba mediante la Habilidad a acabar con la hembra, prometiéndole que todo iba a salir bien, que así podría satisfacer su rabia y saciar su hambre a placer. Pero, ante todo, debía matarla. Ya nada se interponía entre la victoria y él. La dragona estaba indefensa.

La Mujer Pálida se equivocaba, no obstante. El corazón me dio un vuelco en el pecho al constatar que a Tintaglia aún le quedaban dos protectores. Burrich, aun ciego como estaba, se había acercado a la dragona y estaba utilizando su capa doblada para taponarle la herida del cuello en un intento por contener su

hemorragia. El humo que desprendía la tela hizo que me preguntara de qué estaría hecha la sangre de los dragones. Burrich estaba enfrascado en su tarea y Tintaglia había replegado su largo cuello para guarecer la cabeza contra el cuerpo. Ninguno de los dos parecía haberse dado cuenta de la muerte que se cernía sobre ellos descendiendo pesadamente por la ladera.

Pero Vencejo, sí. Se alzó ante Tintaglia como una hormiga defendiendo un castillo. La flecha de vivos colores del bufón salió disparada de su arco para hacerse astillas, inofensiva, contra el dragón de piedra. Sin amilanarse, extrajo otro proyectil de su aljaba, cargó el arco y tensó la cuerda. De una reserva de valor que se diría excesiva para que la poseyera alguien tan joven, dio dos pasos al frente, en dirección al dragón. Disparó de nuevo, con idéntico resultado. Pese a todo, se mantuvo firme mientras cogía otra flecha. Si quería llegar a Tintaglia, Ganapán tendría que pasar por encima de él. Vi que Vencejo gritaba algo por encima del hombro, para avisar a su padre. Acababa de cargar otra flecha en el arco. Y lo único que yo podía hacer era ver, impotente, cómo la implacable mirada del dragón de piedra se clavaba en el chico. De repente, Ganapán emprendió un torpe galope. Vencejo volvió el rostro hacia la muerte que se abalanzaba sobre él y abrió la boca de par en par, atirantados sus labios para proferir un alarido en el que se aunaban desafío y terror. El arco temblaba en sus manos, la punta de la flecha gris oscilaba descontrolada, pero el muchacho se mantuvo firme en su sitio.

Burrich levantó la cabeza. Se volvió. Recuerdo hasta el último instante de aquella escena, incluso ahora. Tomó aliento, e incluso a través del pitido de mis oídos llegó hasta mí el ronco bramido de indignación que le produjo saber amenazado a su hijo.

Jamás lo había visto moverse tan deprisa. Salió disparado en dirección a Vencejo y el dragón, levantando grandes trozos de nieve con las botas mientras corría. Tintaglia alzó ligeramente la testa, testigo inerte de la carga de Burrich. Este se interpuso entre su hijo y el dragón, desenfundando el cuchillo de su cinturón sobre la marcha en el gesto más ridículo y valeroso que yo haya presenciado jamás. Empuñó el arma y saltó al encuentro de la desconcertada bestia de piedra. Vi cómo se hacía pedazos la hoja cuando la hundió en aquella mole de carne rocosa. Al mismo tiempo sentí la oleada de repulsión que,

sirviéndose de la Maña, arrojó contra la criatura. Fue como una de las explosiones de Chade; como la ferocidad de un corcel intentado proteger a su manada, el salvajismo de una loba o una osa cuyas crías están en peligro, nacida del amor por lo que defendía antes que del odio a lo que se enfrentaba. Aquella oleada iba dirigida contra el dragón, y su fuerza prodigiosa obligó a la bestia de piedra a caer de rodillas.

Al desplomarse Ganapán, sin embargo, el espasmo descontrolado de una de sus alas inmensas golpeó a Burrich, lanzándolo por los aires como si fuera una pluma. Su cuerpo dio vueltas sobre sí mismo mientras volaba.

—¡No! —exclamé, pero ya no había nada que hacer.

Se estrelló contra la nieve compacta en mala postura, doblándose como una muñeca de trapo, y resbaló por el hielo sin dejar de dar vueltas mientras se deslizaba. Bamboleándose, Ganapán volvió a erguirse sobre sus negras zarpas. Lo vi tomar aire mientras sacudía la cabeza antes de cernirse, abiertas las fauces, sobre Vencejo y Tintaglia.

El muchacho, que había vuelto la cabeza para contemplar el aplastamiento del cuerpo de su padre, miró de nuevo al dragón; el rugido que escapó de sus mandíbulas desencajadas era odio puro, sin concesiones. Tiró de la cuerda hacia atrás con la fuerza que le infundía aquella emoción, cada vez más, hasta que pensé que el arma misma iba a astillarse. Lo vi hacerse uno con la flecha mientras sus ojos se trababan con los del dragón que se cernía sobre él, bamboleándose.

Disparó.

El reluciente proyectil gris surcó el aire, tan infalible como el amor de un padre, impactó en el ojo de la criatura y se hundió hasta desaparecer casi por completo. Vi que Ganapán empezaba a levantar una de sus patas delanteras para manotear la flecha, pero se detuvo de repente, como si estuviera escuchando a alguien. Percibí la Habilidad que la Mujer Pálida estaba proyectando hacia él, ordenándole histérica que ejecutara sus órdenes, que matase al arquero y a la dragona; después podría hacer lo que quisiera, todo cuanto se le antojara. Ganapán se había quedado quieto, atento al mensaje. Pero no volvió a moverse. El deslustrado color de la vida abandonó su piel, a la vez que lo recubría una pátina de piedra apagada. Permaneció como estaba, con las alas

semidesplegadas, a punto de sacudirse la flecha del ojo uno de sus cuartos delanteros, entreabiertas las fauces. Sobre el campo de batalla se extendió un silencio que nacía de la incredulidad. El dragón de piedra había muerto.

Al instante siguiente, la pequeña que sostenía en los brazos regresó a la vida. La percepción que de ella me proporcionaba la Maña eclosionó como una flor cuyos pétalos se hubieran abierto de golpe. Sus forcejeos habían cesado con la muerte del dragón, y ahora, de repente, se acurrucó en mis brazos.

—Qué frío hace —gimoteó—. Y qué hambre tengo. —Mientras bajaba la mirada hacia ella, asombrado, rompió a llorar como la niña que era.

—Un momento, espera un momento —le dije, y me odié por tener que apoyar sus pequeños pies descalzos en la nieve. Me arranqué la capa de Chade y se la eché por encima. Le llegaba hasta los dedos de los pies y, cuando la cogí en brazos de nuevo, replegó las piernas agradecida bajo aquella manta improvisada, ovillándose hasta formar una bola aterida en mis brazos.

—¡Dámela, dámela! —exclamó Peottre. Las lágrimas que corrían por sus mejillas formaban surcos en la sangre que las teñía—. ¡Ay, pececito, ay, mi Kossi! Elliania, fíjate, mira, nuestra Kossi ha vuelto con nosotros. ¡Vuelve a ser ella! —El anciano guerrero se dio la vuelta hacia su sobrina y, como si la alegría hubiera drenado todas sus fuerzas, cayó de rodillas, sosteniendo a la niña contra su pecho sin dejar de murmurar sobre su cabeza.

Elliania nos lanzó una mirada, con el corazón en los ojos, y después contempló a la mujer que yacía despatarrada en la nieve, a sus pies. Se postró de rodillas junto a su madre y se le saltaron las lágrimas mientras decía:

—Hemos salvado a una de ellas. Por lo menos hemos salvado a una de ellas. Madre, he hecho todo cuanto podía. Lo hemos intentado todo.

Dedicado la observó, arrodillado al otro lado de la mujer. Con la delicadeza de una niñera, apartó el cabello mugriento de sus demacradas facciones.

—No. Las habéis salvado a las dos. Está inconsciente, Elliania, pero también ella ha vuelto. Lo percibo con mi sentido de la Maña. Tu madre también ha vuelto con vosotros.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? —La muchacha observó fijamente el rostro de la mujer, sin atreverse aún a reavivar la llama de su esperanza.

Dedicado esbozó una sonrisa.

—Sé que es así, te lo prometo. Se trata de una antigua magia de los Vatídico, un don de la estirpe de mi padre. —Volvió a agacharse para recoger la desfallecida figura de la mujer—. Busquemos abrigo y refugio. Y comida. La batalla parecer haber terminado, por ahora.

Todos han dejado de luchar en cuanto ha muerto el dragón, me confirmó Chade mientras me erguía para asomarme al campo de batalla que se extendía a nuestros pies. Ha sido como si los hubiera abandonado el valor de repente.

No. Lo recuperaron. Es difícil de explicar, Chade, pero lo puedo sentir con la Maña. Los esbirros de la Mujer Pálida estaban forjados en parte, pero, al morir el dragón, todo cuanto les había sido arrebatado para infundírsele a la criatura regresó a ellos. Con la madre y la hermana de la narcheska ha ocurrido lo mismo. Ya no están forjadas. Pídeles a los marginados que hablen con nuestros asaltantes. Que les den la bienvenida y les ofrezcan alimento. Que los reconforten. Deben de sentirse desorientados.

Dejé que mis ojos vagaran por el campo de batalla a mis pies y lo que vi corroboró mis palabras. Los soldados de la Mujer Pálida, hasta el último de ellos, habían soltado las armas. Había un hombre de pie, con las manos apretadas contra las orejas, llorando. Otro había agarrado a uno de sus compañeros por los hombros y se reía a carcajadas mientras hablaba con él. Un pequeño grupo se había arracimado alrededor del dragón de piedra. Sin vida, este se había asentado en el glaciar, escorado como una fea estatua mal colocada.

Pero lo más extraño de todo era que Tintaglia se había puesto de pie. Con las patas rígidas, como una gata al acecho, se acercó al dragón de piedra. Extendió la cabeza al extremo de su largo cuello, con cautela. Olisqueó al monstruo, lo tocó con el morro, desconfiada; sin previo aviso, le asestó un zarpazo ensordecedor. El dragón de piedra se balanceó en la nieve, rígido, pero no terminó de caerse. Pese a todo, Tintaglia levantó la cabeza hasta donde se lo permitía su largo cuello y profirió un rugido triunfal sobre su adversario. Todavía rezumaba sangre de los mordiscos y los arañazos que Ganapán le había infligido, pero la victoria era suya. Y, a su alrededor, se elevó un coro de voces para sumarse a su triunfo. Si alguna vez se ha visto un espectáculo más inusitado que el de la celebración de aquella dragona, rodeada de vítores humanos, aún está por nacer el juglar que lo narre.

Procedente de las alturas, otro rugido respondió al de Tintaglia. Vapuleado y

maltrecho, Yama de Hielo volaba sobre nuestras cabezas trazando una inmensa espiral. Incluyó las alas y descendió del cielo para pasar por encima de nosotros como una exhalación. En el suelo, Tintaglia proyectó la cabeza hacia atrás y volvió a bramar. Alrededor de su garganta se levantaron de repente varios paneles de escamas, semejantes a una melena; en su cabeza una cresta, apenas visible antes, se encrespó orgullosa como una corona de plata. Ondas de vivos colores recorrieron todo su cuerpo, del azul más oscuro al blanco resplandeciente. Los hombres que se habían congregado a su alrededor retrocedieron. La dragona se impulsó sin esfuerzo para elevarse por los aires, flotando casi, como el gato que se encarama desde el suelo hasta lo alto de una mesa. Desplegó las alas mientras saltaba y le bastó con batirlas tres veces para estabilizar su vuelo.

Yama de Hielo maniobró de inmediato y aleteó con frenesí a su vez, pero la hembra lo dejó atrás con facilidad mientras ascendían. No se molestó en responder a los apasionados bramidos que resonaban en el cielo tras ella. Sus alas siguieron transportándola cada vez más arriba, hasta que, para mis ojos, podría haber pasado por una gaviota plateada que volara sobre nuestras cabezas. Yama de Hielo, casi el doble de grande que Tintaglia, maltrecho y famélico, la perseguía surcando el cielo con grandes esfuerzos. Parpadeé cuando pasaron por delante del sol.

Las espirales que trazaban sus trayectorias no tardaron en confluir. Los desafiantes y roncós alaridos de Yama de Hielo iban dirigidos al mundo, pero los de Tintaglia, más agudos, únicamente lo desafiaban y se burlaban de él. El macho se situó sobre ella un momento, antes de que Tintaglia inclinase las alas y se alejara. O eso pensé. Yama de Hielo pegó las alas al cuerpo y se lanzó en picado sobre ella, tan brillantes sus fauces escarlatas, abiertas de par en par, que incluso a pesar de la distancia discerní cómo se cerraban sus dientes sobre el cuello estirado de la dragona. A continuación, sus grandes alas se superpusieron a las de ella, y el batir de ambas criaturas se sincronizó de repente. Yama de Hielo la atrajo con fuerza hacia sí, enroscando su larga cola en la de ella al tiempo que arqueaba el cuerpo a su alrededor.

El espectáculo del que estaba siendo testigo era inconfundible. Tras aquel apareamiento aéreo, nuestros cielos volverían a poblarse de dragones.

Contemplé fijamente aquel prodigio, absorto en el despreocupado alarde de su regreso a la vida, y me pregunté qué era lo que habíamos devuelto al mundo.

—¡No lo entiendo! —exclamó la narcheska, horrorizada—. Tintaglia ha recorrido toda esta distancia para rescatarlo, y ahora él la ataca. ¡Mirad cómo luchan!

Dedicado se aclaró la garganta.

—Me parece que no están luchando.

—Pero... ¡Cómo que no! ¡Fíjate, no deja de lanzarle mordiscos! ¿Para qué iba a sujetarla así si no quisiera lastimarla?

Elliania hizo visera con una mano para protegerse los ojos mientras seguía observando a los dragones, maravillada. Sus largos cabellos oscuros se desparramaban enmarañados sobre sus hombros y su espalda, y su barbilla levantada dejaba al descubierto la estilizada y recta columna de su cuello. Sus senos tensaban la túnica que los recubría. Dedicado carraspeó de nuevo. Levantó la cabeza, dejó de mirarla y sus ojos saltaron de mí a Peottre. Su tío rodeaba los hombros de su hermana con un brazo mientras sostenía a Kossi con el otro. Sospecho que el príncipe acababa de decidir que ya no le interesaba conocer nuestra opinión sobre aquel particular. Se acercó a Elliania y la envolvió entre sus brazos.

—Déjame explicártelo —dijo, para asombro de la muchacha, estrechándola con fuerza al tiempo que sus labios se posaban sobre los de ella.

Pese a todo cuanto había padecido aquel día, pese a todas las pérdidas que había sufrido, me descubrí sonriendo. Lo que fuera que poseía a los dragones en las alturas debía de afectar a cualquier persona sensible a la Habilidad. La narcheska rompió el contacto, al cabo, apoyó la frente en el hombro del príncipe y se rio con delicadeza.

—Ah —dijo, antes de alzar el rostro de nuevo, buscando otro beso. Aparté la mirada.

No así Oerttre, que se mostraba escandalizada.

—¡Peottre! —exclamó, presa de una regia indignación que contrastaba con los harapos y la mugre que la cubrían—. ¿Consentirás que un plebeyo bese a nuestra narcheska?

Al hombre se le escapó una carcajada estentórea. Me sorprendió darme

cuenta de que era la primera vez que lo oía reírse.

—No, hermana. Pero ella sí y solo está consintiéndole lo que se ha ganado con creces. Tengo muchas cosas que explicarte, pero te prometo que lo que aquí ves no acontece en contra de sus deseos. —Peottre esbozó una sonrisa—. ¿Qué hombre sería capaz de resistirse a la voluntad de una mujer?

—Es indecoroso —replicó Oerttre, con remilgo, y pese a las manchas de su vestido y sus cabellos mugrientos, sus palabras eran las de una narcheska de las Islas del Margen. Había recuperado su antigua personalidad con una celeridad pasmosa.

Se me ocurrió entonces, de repente, que si el bufón aún seguía con vida, la muerte del dragón de piedra habría deshecho también cualquier posible Forja que hubiera sufrido. La llama de la esperanza se reavivó feroz en mi seno, y el mundo pareció dar vueltas a mi alrededor.

—¡Bufón! —exclamé, y ante la mirada de desaprobación de Peottre, pensando tal vez que me estaba burlando del príncipe, maticé—: El hombre leonado. Lord Dorado. ¡Quizá todavía esté vivo!

Giré sobre los talones y salí corriendo por el manto de nieve prensada. Llegué al borde de lo que había sido nuestro pozo e intenté buscar una vía segura por la que bajar. El levantamiento de los dragones lo había convertido en un lugar traicionero. La grieta por la que habían salido Peottre y la narcheska se había esfumado. El último aterrizaje de Ganapán, contra el costado del pozo, y sus forcejeos por escapar de él habían sellado aquel acceso al palacio de la Mujer Pálida. Pero todavía recordaba su ubicación y rogué para que no estuviera enterrado a demasiada profundidad. Bajé por la pendiente inestable, procurando apresurarme sin perder asidero mientras el hielo fracturado crujía y se precipitaba rodando a mi alrededor. Aminoré el paso y me obligué a tener más cuidado. Recorrí la resbaladiza pendiente con suma cautela, aborreciendo cada instante de demora. Cualquier bloque de hielo que se desprendiera ahora se convertiría en otro obstáculo que apartar de mi camino más tarde. La abertura estaba en el extremo más profundo del pozo. Ya casi lo había alcanzado cuando oí que alguien pronunciaba mi nombre. Me detuve y miré atrás, por encima del hombro. Vi a Peottre al filo de la excavación, observándome. Negó con la cabeza, apesadumbrados sus ojos. Habló sin rodeos.

—Desiste, Mechatejón. Está muerto. Tu camarada está muerto. Lo siento. Lo vimos mientras registrábamos las celdas en busca de nuestra gente. Me había prometido a mí mismo que, si seguía con vida, intentaríamos rescatarlo también a él. Pero no lo estaba. Llegamos demasiado tarde. Lo siento.

Me quedé petrificado, mirándolo sin pestañear. De repente dejé de verlo. Era como si me cegase el contraste entre el resplandor del firmamento y su silueta oscura. Sentí un escalofrío, seguido de una oleada de entumecimiento. Pensé que me iba a desmayar. Me senté en el hielo, muy despacio, aborreciendo las necias palabras que brotaron de mis labios a continuación.

—¿Estáis seguro?

Peottre asintió con la cabeza antes de decir, a regañadientes:

—Por completo. Le habían... —Enmudeció de improviso. Cuando habló de nuevo, lo hizo sin emoción alguna en la voz—. Estaba muerto. Jamás podría haber sobrevivido a algo así. Estaba muerto. —Respiró hondo y exhaló lentamente el aire que acababa de tomar—. Te reclaman en el campamento. El chico ese, Vencejo, está con el moribundo. Te llaman.

El moribundo. Burrich. Regresó a mis pensamientos con la violencia de una de las explosiones de Chade. Sí. También iba a quedarme sin él. Aquello era demasiado, excesivo. Oculté el rostro entre las manos y, ovillándome, me mecí adelante y atrás en la nieve. Excesivo. Excesivo.

—Creo que deberías darte prisa —llegó hasta mis oídos la voz de Aguasnegras, como si proviniera de algún recóndito lugar.

—Id a ocuparos de los vuestros —murmuró alguien más—. Yo haré lo mismo con los míos.

Unos pasos descendían por la pendiente, hacia mí, pero me daba igual. Me limité a quedarme allí sentado, intentando morir, intentando despedirme de una vida en la que había decepcionado a todas las personas que me importaban. El peso de una mano recia cayó sobre mi hombro, y Telaraña dijo:

—Levántate, Traspíe Hidalgo. Vencejo te necesita.

Negué con la cabeza, como un chiquillo. Nunca, jamás permitiría que nadie volviera a depender de mí para nada.

—¡Arriba! —insistió, con más vehemencia que antes—. Ya hemos perdido a suficiente gente por hoy. No vamos a perderte también a ti.

Levanté la cabeza para mirarlo. Me sentía como si me hubieran forjado.

—Hace mucho que me perdí —le dije. A continuación respiré hondo, me puse en pie y lo seguí.

Reparaciones

La costumbre chalaza de tatuar a los esclavos con una marca especial, símbolo de propiedad, surgió como una moda entre la nobleza. En sus comienzos, tan solo se marcaba así a los esclavos más valiosos, los que uno esperaba poseer durante toda su vida. La costumbre, al parecer, se magnificó vertiginosamente cuando lord Grart y lord Porte, influyentes nobles ambos de la corte chalaza, iniciaron una rimbombante competición de sus respectivas fortunas. Por aquel entonces, la riqueza se medía en joyas, caballos y esclavos, y lord Grart decidió marcar ostentosamente a todos sus caballos y tatuar a todos sus esclavos. Huestes de ambos lo acompañaban adondequiera que iba. Cuentan que lord Porte, imitando a su rival, adquirió cientos de esclavos de saldo, con escaso o nulo valor académico y manual, con la única finalidad de tatuarlos como suyos y alardear exhibiéndolos.

En Chalaza, por aquel entonces, algunos esclavos trabajadores, artesanos y cortesanos gozaban del permiso de sus amos para aceptar encargos externos. Había quienes, en ocasiones, conseguían ahorrar el dinero necesario para comprar su libertad. Muchos de aquellos señores, como es comprensible, se resistían a dejar escapar a sus esclavos más valiosos. Puesto que los tatuajes de propiedad no podían eliminarse del rostro del esclavo sin que este quedase desfigurado por las cicatrices, y la falsificación de los documentos de exoneración era una práctica extendida, a los antiguos esclavos no les resultaba nada sencillo demostrar que su libertad estaba justificada. Sus dueños aprovecharon esta circunstancia para instaurar el uso de unas lujosas «anillas de libertad» (pendientes de oro y plata, a menudo con joyas, de diseño exclusivo para cada familia nobiliaria), las cuales habrían de identificar como personas libres a quienes las portaran. Los esclavos a menudo requerían varios años de servicio, posteriores a la compra oficial de su libertad, para adquirir las caras anillas que demostraban que eran realmente libres para circular por Chalaza sin impedimentos, como individuos independientes.

CERICA,

Historia de las costumbres de los esclavos de Chalaza

Las postrimerías del combate no me son ajenas. He pisado más de un campo de batalla empapado de sangre, esquivando los cuerpos mutilados que lo sembraban. Nunca antes, sin embargo, había estado en un escenario que ilustrara con tanta nitidez la futilidad de la guerra. Mientras los guerreros se vendaban las heridas que se habían infligido mutuamente, los mismos

marginados que nos habían atacado antes interrogaban nerviosos a los hombres de la Hetgurd, preguntándoles acerca de sus familiares y de las tierras de sus clanes, las cuales hacía años que no veían. Como si acabasen de despertar de un legendario letargo, buscaban a tientas la vida que habían perdido, intentado salvar el abismo del tiempo. Era evidente que recordaban perfectamente cuanto habían hecho como esbirros de la Mujer Pálida. Reconocí a uno de los guardias que me había arrastrado ante ella. Se apresuró a rehuir mi mirada, y no quise enfrentarme a él. Peottre ya me había contado todo lo que necesitaba saber.

Crucé el campamento, que empezaba a desmontarse con una celeridad sobrenatural. Dos hombres malheridos, ambos del ejército de la Mujer Pálida, descansaban ya en los trineos, y se estaban recogiendo las tiendas. Se había erigido un improvisado túmulo de hielo bajo el que descansaban tres cadáveres. Todos pertenecían a la fuerza que nos había asaltado. Yama de Hielo había devorado a Águila, el hombre de la Hetgurd abatido por el dragón. Para él no habría sepultura. Las otras dos víctimas mortales que habíamos sufrido, Zorro y Diestro, descansaban bajo las ruinas del pozo. Supongo que no tenía sentido rescatar sus restos tan solo para volver a inhumarlos de nuevo. Me parecía una forma precipitada e irreverente de abandonar a nuestros caídos, pero entendía el sentimiento que la motivaba. Envolvía a nuestra despedida un aura de apremio, como si, cuanto antes nos alejáramos de este lugar, antes pudiera la Mujer Pálida quedar relegada al pasado. Esperaba que también ella hubiera quedado enterrada bajo aquel inmenso alud de inmensos bloques de hielo.

Telaraña caminaba a mi lado y Chade acudió corriendo a mi encuentro. Alguien le había vendado el brazo.

—Por aquí —dijo, y me guio hasta el lugar donde Burrich yacía tendido en la nieve.

Vencejo estaba junto a él, de rodillas. No habían intentado moverlo. El modo en que descansaba su cuerpo infundía una incomodidad desgarradora. Ningún espinazo está diseñado para retorcerse así. Cuando me arrodillé a su lado, me sorprendió ver que tenía los ojos abiertos. Sus dedos arañaban la nieve sin fuerza. Deslicé una mano bajo la suya. Respiraba sin hacer ruido, como si su aliento intentara esconderse del dolor que acechaba en la mitad inferior de su cuerpo. Una palabra escapó de sus labios.

—Solos.

Miré a Chade y a Telaraña. Se retiraron sin decir nada. Burrich miró a Vencejo a los ojos. En las facciones del muchacho se había cincelado una expresión obstinada. Burrich aspiró una bocanada de aire, sutilmente más honda que el resto. Presentaba una extraña coloración alrededor de la boca y los ojos, una sombra apagada.

—Un momento —imploró con voz ronca a su hijo. Vencejo inclinó ligeramente la cabeza y nos dejó a solas.

—Burrich —empecé a decir, pero me silenció con un brusco espasmo de su mano contra la mía.

Lo vi reunir los últimos restos de fuerza que le quedaban. Habló espaciando las palabras, deteniéndose para coger aire a cada frase que pronunciaba.

—Ve a casa —dijo. Y a continuación, como una orden—: Cuida de ellos. De Molly. De los chicos. —Comencé a negar con la cabeza mientras me pedía lo imposible y, por un momento, sus dedos se crisparon sobre los míos con un vestigio de su antiguo vigor—. Sí. Lo harás. Tienes que hacerlo. Por mí. —Otra bocanada de aire. Arrugó el entrecejo, como si se dispusiera a tomar una decisión importante—. Malta y Rubí. Cuando se ponga en celo. Áspero, no. Rubí. —Agitó un dedo en mi dirección, como si se me hubiera ocurrido oponerme a su elección. Intentó llenarse los pulmones de aire—. Ojalá pudiera ver ese potro. —Batió muy despacio los párpados—. Vencejo —musitó, lastrada por el sufrimiento su voz.

—¡Vencejo! —grité, y el muchacho, que no se había alejado demasiado para quedarse esperando, levantó la cabeza de golpe y regresó corriendo junto a nosotros.

Justo antes de que nos alcanzara, Burrich habló de nuevo. Sonrió casi al decir:

—Era el hombre más indicado para ella. —Un aliento. Un suspiro—. Pero te habría elegido a ti. Si hubieras vuelto.

Vencejo se arrojó a la nieve de rodillas, junto a su padre, y le cedí mi sitio. Chade y Telaraña habían regresado con una manta de abrigo. Fue Telaraña el que dijo:

—Intentaremos retirar la nieve de debajo de ti para colocarte encima de la

manta y tumbarte en uno de los trineos. El príncipe ya ha soltado un pájaro para avisar a los barcos que deberían transportarnos a Zylig.

—Da igual —dijo Burrich. Su mano se cerró sobre la de Vencejo mientras cerraba los ojos. Instantes después, vi que sus dedos se relajaban.

—Trasladadlo ahora —sugerí—. Mientras esté inconsciente.

Les ayudé a excavar en la nieve y deslizar la manta bajo el cuerpo de Burrich. Pese a todo el cuidado que pusimos, se le escapó un gemido cuando lo movimos, y la percepción de él que me proporcionaba la Maña disminuyó un ápice. No dije nada al respecto, pero estoy seguro de que Vencejo también lo notó. Sobraban las palabras. Lo cargamos en el trineo, junto a los otros dos heridos. Justo antes de irnos de allí, elevé la mirada hacia el cielo despejado. Pero no había ni rastro de ninguno de los dragones.

—Ni siquiera una palabra de agradecimiento —observé, dirigiéndome a Telaraña.

Este se encogió de hombros y nos pusimos en marcha.

Pasé el resto de la jornada caminando junto a Burrich o tirando del trineo, por turnos. Vencejo caminaba siempre donde pudiera ver a su padre, pero no creo que Burrich volviera a abrir los ojos aquel día. Tordo viajaba en la cola del trineo, arrebujado en una manta, con la mirada perdida. Kossi y Oerttre habían montado en el otro, bien abrigadas para resguardarse del frío. Peottre tiraba de él, tarareando una tonada, mientras la narcheska y Dedicado caminaban junto al vehículo. Iban por delante de nosotros. No podía escuchar lo que la narcheska le contaba a su madre, pero sí imaginármelo. Los ojos de la mujer, cuando se posaban en Dedicado, parecían ligeramente menos desaprobadores, pero la mayor parte del tiempo su mirada se demoraba en su hija, con orgullo. El resto de los hombres de la Hetgurd encabezaban la comitiva, sondeando la nieve en busca de grietas sobre la marcha. Telaraña, primero, y después Chade se acercaron a hacerme compañía durante un trecho. No había nada que decir, y eso fue lo que hicimos.

Incapaz de acallar mis pensamientos, me puse a echar cuentas para mis adentros. El príncipe había llegado aquí al frente de una decena de hombres, más Tordo y Vencejo. Seis miembros de la Hetgurd habían venido para supervisarnos. Veinte en total. A los que había que sumar a Burrich y el bufón.

Veintidós. La Mujer Pálida había matado a Hest, Acertijo y el bufón. Burrich agonizaba por culpa de las heridas que le había infligido el dragón de piedra. La lluvia de hielo provocada por la explosión de Chade había sepultado a Águila. Zorro y Diestro había sucumbido de forma parecida. Regresaríamos a Zylig dieciséis de nosotros. Suponiendo que Tundo y Chirrido hubieran sobrevivido en la playa, solos. Respiré hondo. Íbamos a devolver a casa a la madre y la hermana de la narcheska. Eso debía de valer algo. Y ocho marginados retornarían a sus hogares, hombres cuyas familias hacía mucho que los habían dado por muertos. Me esforcé por sentir algún tipo de satisfacción, pero no supe encontrarla. Esta última batalla de la Guerra de las Velas Rojas, la más breve de todas, era en la que yo más había perdido.

Peottre ordenó el alto cuando se agrisaba el atardecer, y montamos el campamento en silencio. Utilizamos dos de las tiendas para erigir un refugio improvisado alrededor del trineo que transportaba a los heridos, a fin de no tener que moverlos. Los otros dos podían hablar y comer, pero Burrich estaba callado e inmóvil. Le traje alimento y bebida a Vencejo, y me quedé sentado con él un momento, pero no tardé en percatarme de que prefería estar a solas con su padre. Lo dejé allí y salí a dar un paseo bajo las estrellas.

La oscuridad nunca reina del todo en las noches de aquel territorio, sobre el que rutilan las más brillantes estrellas. Hacía frío y soplaba un viento constante que amontonaba la nieve suelta contra las paredes de los refugios. No se me ocurría ningún sitio al que quisiera ir ni nada que me apeteciera hacer. Chade y el príncipe se hacinaban en la tienda de la narcheska, con la familia de Peottre. Allí el ambiente era de triunfo y regocijo, emociones ambas que en aquellos momentos me resultaban extrañas. Los hombres de la Hetgurd y los marginados que ya se sentían más restablecidos estaban celebrando una especie de reunión. Pasé junto a una diminuta fogata, donde Búho esgrimía un hierro al rojo con el que estaba borrando la serpiente y el dragón tatuados que lucía un hombre en el antebrazo. El olor a carne quemada se propagó en alas del viento mientras el hombre gruñía, primero, y rugía después de dolor. El destacamento de Mañosos de Dedicado, con la excepción de Vencejo, también se había cobijado en una pequeña tienda. Oí la voz grave de Telaraña al pasar ante ella y atisbé el resplandor en los ojos de un gato asomado al exterior. Sin duda compartían la

victoria del príncipe, que con la liberación del dragón había conquistado el corazón de la narcheska.

Encontré a Mechalarga a solas, sentado junto a una pequeña fogata, frente a una tienda a oscuras. Me pregunté de dónde habría sacado el coñac cuyo olor flotaba en el aire. Me disponía a pasar de largo, limitándome a saludarlo con una inclinación de la cabeza, pero vi algo en su rostro que me indicó que aquel era mi sitio esa noche. Me acuclillé y acerqué las manos a las diminutas llamas.

—Capitán.

—¿De qué? —fue su respuesta. Echó la cabeza hacia atrás, arrancándose un crujido a las vértebras, y suspiró—. Hest. Acertijo. Diestro. No dice gran cosa de mí el hecho de que todos los hombres que me acompañaron hasta aquí hayan muerto mientras que yo todavía respiro.

—También yo sigo con vida —señalé.

Asintió con la cabeza. Hizo un gesto con la barbilla, hacia la tienda, y dijo:

—Tu lerdo está ahí, dormido. Parecía un poco perdido esta noche, de modo que me ofrecí a acogerlo.

—Gracias.

Experimenté una punzada de culpa mientras me preguntaba si debería haberme separado de Burrich para cuidar de Tordo. Luego reflexioné que quizá haber tenido alguien de quien ocuparse habría sido lo mejor para Mechalarga. Este se rebulló y, sin incorporarse, me ofreció una petaca de coñac. Se trataba de un estuche militar, cubierto de arañazos y abolladuras, su reserva de alcohol personal; un obsequio que merecía tratarse con respeto. Probé un sorbo antes de devolvérsela.

—Lamento lo de tu amigo. El tipo dorado.

—Sí.

—Os conocíais desde hacía mucho.

—Nos criamos juntos.

—¿Sí? Lo siento.

—Ya.

—Espero que la muerte de esa furcia fuese muy lenta. Acertijo y Hest eran buenos hombres.

—Sí.

Me pregunté si la Mujer Pálida habría muerto realmente. Y si, de lo contrario, aún podría constituir una amenaza para nosotros. Se había quedado sin su dragón, sin Ganapán y sin sus esbirros. Poseía la Habilidad, pero no se me ocurría ninguna manera en que pudiese emplearla contra nosotros. Si había sobrevivido, estaba igual de sola que yo. Me quedé callado un momento, preguntándome qué preferiría: ¿que estuviera muerta, o viva y sufriendo? Al cabo, decidí que me sentía demasiado cansado para preocuparme.

—¿Eres él de verdad? —preguntó Mechalarga, transcurrido un momento—. ¿El bastardo de Hidalgo?

—Sí.

Asintió muy despacio con la cabeza, para sí, como si aquello explicara algo.

—Más vidas que un gato —musitó.

—Me voy a la cama —informé a Mechalarga.

—Que duermas bien —respondió, y los dos soltamos una risita amarga.

Recogí mi macuto y me lo llevé a la tienda de Mechalarga. Tordo se revolvió ligeramente cuando preparé el catre a su lado.

—Tengo frío —murmuró.

—Yo también. Dormiremos espalda con espalda. Eso te ayudará a entrar en calor.

Extendí las mantas, pero no lograba conciliar el sueño. En vez de eso, solo conseguía pensar en cosas inútiles. ¿Qué habría hecho la Mujer Pálida con el bufón? ¿Cómo le habría quitado la vida? ¿Lo habría forjado por completo antes de matarlo? Si lo había infundido en el dragón, ¿significaba eso que habría sentido una última punzada de dolor al perecer aquella criatura de piedra? Tonterías. Preguntas estúpidas.

Tordo se recostó pesadamente contra mi espalda.

—No consigo encontrarla —dijo en voz baja.

—¿A quién? —pregunté de inmediato. La Mujer Pálida ocupaba todos mis pensamientos.

—A Ortega. No consigo encontrarla.

Los remordimientos de conciencia cayeron sobre mí como un mazazo. Mi propia hija... El hombre que la había criado se moría, y a mí ni siquiera se me había ocurrido proyectarme en busca de ella.

—Me parece que le da miedo dormirse —habló Tordo de nuevo.

—Bueno. No la culpo. —Solo a mí mismo.

—¿Volvemos ya a casa?

—Sí.

—No hemos matado al dragón.

—No. No lo hemos matado.

Se produjo un prolongado silencio, y supuse que habría vuelto a quedarse dormido. De repente, bajando la voz, preguntó:

—¿Vamos a montar en un barco?

Suspiró. Sus infantiles preocupaciones eran lo último que me faltaba para que mi carga me pareciera aún más pesada. Me esforcé por mostrarme comprensivo con él. No fue fácil.

—Es la única forma de volver a casa, Tordo. Ya lo sabes.

—No quiero.

—No te culpo.

—Yo tampoco. —Exhaló un hondo suspiro—. Así que esta ha sido nuestra aventura —continuó, tras pasarse unos instantes callado—. Ahora el príncipe y la princesa se casarán y vivirán felices por siempre jamás, con muchos hijos que les alegrarán el corazón en su ancianidad.

A lo largo de su vida debía de haber escuchado esa frase mil veces. Era el modo en que acostumbraban a concluir sus relatos los bardos.

—Es posible —repliqué, precavido—. Es posible.

—¿Y qué pasa con los demás?

Mechalarga entró en la tienda y, en silencio, empezó a prepararse la cama. A juzgar por sus movimientos, deduje que el coñac se había acabado.

—Los demás seguiremos con nuestras vidas, Tordo. Tú volverás a Torre del Alce y servirás al príncipe. Cuando sea rey, estarás a su lado. —Me esforcé por imaginarme un final feliz para él—. Y vivirás bien, con pasteles de azúcar de color rosa y ropa nueva siempre que la necesites.

—Y Ortiga —musitó, complacido—. Ahora Ortiga está en Torre del Alce. Me va a enseñar a tener sueños buenos. Eso me dijo, al menos. Antes de lo del dragón y todo eso.

—¿Sí? Eso está bien.

Dicho lo cual, pareció conformarse con quedarse dormido. Su respiración no tardó en adquirir una cadencia parsimoniosa. Cerré los ojos y me pregunté si Ortiga podría enseñarme también a mí a tener buenos sueños. Me pregunté si alguna vez reuniría el valor necesario para conocerla en persona. No quería pensar en ella en esos momentos. Hacerlo significaba pensar en cómo le iba a contar lo de Burrich.

—¿Qué harás ahora, lord Traspíe Hidalgo? —En la oscuridad, la pregunta de Mechalarga sonó como una voz del cielo.

—Ese no soy yo —respondí—. Volveré a los Seis Ducados y seguiré siendo Tom Mechatejón.

—Parece que un montón de gente conoce ya tu secreto.

—Hombres todos que, me da la impresión, saben mantener la boca cerrada. Y lo harán, a petición del príncipe Dedicado.

Se revolvió bajo las mantas.

—A algunos les bastaría con que se lo pidiera lord Traspíe Hidalgo.

Me reí, sin poder evitarlo, antes de replicar:

—Lord Traspíe Hidalgo se lo agradecería de corazón.

—De acuerdo. Pero me parece una lástima. Te mereces algo mejor. ¿Qué hay de la gloria? ¿Por qué no puede saber nadie lo que has hecho y quién eres, para aclamarte por tu éxito como te mereces? ¿No quieres que te recuerden por tus obras?

No tuve que pensármelo mucho. ¿Quién no ha jugado alguna vez a ese juego, entrada la noche, con la mirada perdida en las ascuas de su fogata? Había recorrido la senda de lo que podría ocurrir en tantas ocasiones que me sabía de memoria hasta el último de sus baches y recodos.

—Preferiría que se me olvidara por las cosas que supuestamente he hecho. Y renunciaría a todo con tal de olvidar a mi vez las cosas que nunca conseguí hacer.

Lo dejamos ahí.

Supongo que el sueño debió de vencerme tarde o temprano, pues me despertó la claridad agrisada del amanecer. Salí de debajo de las mantas a rastras, para no molestar a Tordo, y acudí de inmediato junto al lecho de Burrich. Vencejo dormía acurrucado a su lado, sosteniendo la mano de su padre. La

percepción del maestro caballero que me proporcionaba la Maña me indicó que se alejaba cada vez más de nosotros. Iba a morir.

Fui en busca de Chade y Dedicado.

—Quiero pedirles algo —les dije.

Tras las mantas, el príncipe me observaba con ojos legañosos. Chade se sentó en su catre, despacio, alertado de la gravedad de la situación por el tono de mi voz.

—¿Qué?

—Me gustaría que el destacamento intentara sanar a Burrich. —Ante su silencio, añadí—: Ahora. Antes de que aleje más.

—Todos se darán cuenta de que Tordo y tú sois más de lo que dais a entender —me señaló Chade—. Esa es la única razón por la que no he querido reparar mi herida. Aunque no sea nada, comparada con las de Burrich.

—De todas formas, es como si todos mis secretos se hubieran desparramado ya por toda la isla. Ya que debo vivir con las consecuencias, me gustaría obtener algo a cambio. Por todo lo que he perdido aquí. Me gustaría que Vencejo volviera junto a Molly con su padre.

—Con su marido —me recordó Chade, bajando la voz.

—¿Te crees que no me doy cuenta, que no veo todas las posibles repercusiones?

—Ve a despertar a Tordo —sugirió el príncipe mientras apartaba las mantas—. Sé que el tiempo apremia, pero te recomiendo que le des bien de desayunar antes de intentar nada. Le cuesta concentrarse si tiene hambre. Y las mañanas no son su fuerte. Así que dale de comer, por lo menos.

—¿No deberíamos sopesarlo bien antes de...? —empezó a protestar Chade, pero Dedicado no le dejó terminar.

—Esta es la primera vez que Traspíe me pide algo. Le concederé su deseo, lord Chade. Ahora mismo. Bueno, o lo antes posible, al menos. En cuanto Tordo haya acabado de desayunar. —Comenzó a vestirse; con un gemido, Chade echó las mantas hacia atrás a su vez.

—Os comportáis como si esto mismo no lo hubiera pensado yo ya. Os equivocáis. Hidalgo aisló a Burrich de la Habilidad. ¿Soy el único que se acuerda de ese detalle?

—Nada nos impide intentarlo —repuso con terquedad Dedicado.

Y así lo hicimos. Preparar el desayuno para Tordo pareció tardar una eternidad; mientras daba cuenta de él, a su esmerada y meticulosa manera, procuré explicarle a Vencejo lo que me proponía. Temía darle demasiadas esperanzas, pero al mismo tiempo quería que entendiera el riesgo al que nos enfrentábamos. Si nuestro intento por reparar el cuerpo destrozado de Burrich resultaba ser excesivo para sus reservas físicas y fallecía, no quería que el muchacho pensara que lo habíamos matado con nuestra imprudencia.

Había anticipado que me costaría explicárselo, pero lo más difícil fue conseguir que Vencejo se parase a pensar en lo que le estaba contando. Quise llevármelo a un lado para dialogar a solas con él, pues Oso merodeaba por los alrededores, atendiendo a los marginados heridos. Pero Vencejo se negaba a abandonar a su padre, siquiera por un momento, de modo que hube de conformarme con hablar con él donde estaba sentado. Ante la primera mención de que el príncipe Dedicado podría usar la magia de los Vatídico para reconstituir el cuerpo de su padre, poseyó a Vencejo una avidez tal que estoy seguro de que todos mis avisos y advertencias sobre un posible fracaso cayeron en saco roto. El muchacho ofrecía el aspecto de un náufrago, ojeroso y demacrado de dolor. Si había dormido algo la noche anterior, su sueño distaba de haber sido reparador. Cuando le pregunté si había comido, se limitó a negar con la cabeza como si la mera idea le produjera un cansancio insoportable.

—¿Cuándo vais a empezar? —volvió a preguntarme, por tercera vez ya, y no pude por menos de claudicar.

—En cuanto lleguen los demás —dije, y casi al mismo tiempo Chade levantó la puerta de lona de la tosca tienda que habíamos erigido sobre el trineo.

Dedicado y Tordo entraron detrás de él. El número de ocupantes del endeble refugio amenazaba con provocar su derrumbamiento y, con un gesto de impaciencia, Dedicado sugirió:

—Desmontemos esto para quitarlo de en medio. Será más un estorbo que una ayuda mientras trabajamos.

De modo que mientras Vencejo se mordisqueaba el labio, impaciente, Mechalarga y yo recogimos las lonas y las doblamos para su transporte. Aún no habíamos terminado cuando la noticia de lo que nos disponíamos a hacer

comenzó a propagarse de un extremo a otro del campamento, como un rumor insidioso, y todos confluyeron para observarnos. No me hacía gracia actuar delante de tantos testigos, y menos aún desvelar cuán íntima era mi relación con el príncipe, pero ya no podía evitarlo.

Nos situamos alrededor del cuerpo de Burrich. Fue difícil persuadir a Vencejo para que se hiciera a un lado y me permitiera ponerle las manos encima, pero Telaraña al fin consiguió apartarlo unos pasos. Se quedó detrás del muchacho, sujetándolo como si de un chiquillo mucho menor se tratara. Lo envolvió en un abrazo reconfortante, con la Maña tanto como con sus brazos, y le lancé una mirada de gratitud. Asintió en silencio, dándose por aludido y rogándome que comenzara.

Chade, Dedicado y Tordo unieron las manos, como adultos que se dispusieran a jugar a algún juego infantil. Me estremecí de temor ante lo que estábamos a punto de intentar mientras procuraba no hacer caso de la ávida atención de los espectadores. Cizaña, el juglar, nos observaba sin pestañear y con el cuerpo en tensión, concentrado. Los marginados, tanto los rescatados como los hombres de la Hetgurd, se mostraban escépticos. Peottre guardaba una respetuosa distancia, rodeado por las mujeres de su familia, resuelto y solemne su gesto.

Cuando contaba algunos años más que Vencejo había intentado, a sugerencia de Burrich, extraer fuerza de su Habilidad, como acostumbraba mi padre. Fracasé, y no solo porque no supiera lo que me hacía. Mi padre utilizaba a Burrich como Hombre del Rey, fuente de fortaleza física para su Habilidad. Pero quienes desempeñan esa labor se convierten además en un conducto por el que acceder al practicante de la magia; a fin de que nadie pudiera valerse de él para atacarlo ni espiarlo, Hidalgo había aislado a Burrich de todos los demás usuarios de la Habilidad. Hoy me proponía medir mi fuerza y la del destacamento de Dedicado combinadas contra la antigua barricada de mi padre, y comprobaría si era capaz de traspasarla hasta llegar al alma de Burrich.

Extendí una mano hacia el destacamento y Tordo me la cogió. Apoyé la otra en el pecho de Burrich. La Maña me indicó que permanecía en su cuerpo a regañadientes. El animal que habitaba Burrich había sufrido daños irreparables. Si su cuerpo perteneciera a un caballo, Burrich ya lo habría sacrificado. Aparté

de mi mente aquella idea inquietante. Procuré hacer lo mismo con mi Maña y agucé la Habilidad hasta conferirle el filo de una navaja. Desterré cualquier otro pensamiento de mi cabeza y busqué el lugar más indicado con el que traspasarlo con mi consciencia.

No lo encontré. Percibía al resto del destacamento, presentía su nerviosismo y su expectación, pero no hallaba el lugar adecuado sobre el que aplicar toda aquella presión. Sabía que Burrich estaba allí, pero mi consciencia de él resbalaba en la superficie, incapaz de penetrarla. No sabía cómo lo había aislado mi padre ni cómo deshacerlo. Ignoro cuánto tiempo empleé pugnando por traspasar sus defensas. Solo sé que, al cabo, Tordo me soltó la mano y se secó la palma sudorosa en la pechera de su jubón.

—Este es demasiado difícil —proclamó—. Prueba con ese, que es más sencillo.

Sin pedirle permiso a nadie, alargó el brazo por encima de Burrich para apoyar la mano en el hombro de uno de los marginados convalecientes. Aun sin estar en contacto con Tordo, supe al instante quién era aquel hombre. Había sido esclavo de la Mujer Pálida durante incontables años. Se preguntaba si su hijo habría salido adelante en su casa materna y si los tres hijos de su hermana estarían bien. Había prometido enseñarles a manejar la espada hacia una eternidad. ¿Habría aparecido alguien para desempeñar ese papel en su lugar?

Aquellos pensamientos lo atormentaban tanto como su herida, un profundo tajo infligido por la espada de Oso. El filo había abierto la carne de su pecho hasta hundirse en su brazo. Se encontraba débil a causa de toda la sangre que había perdido. Si consiguiera encontrar la fuerza necesaria para vivir, su cuerpo sanaría. A continuación, sin preámbulos, su piel desgarrada comenzó a coserse sola. El hombre profirió un rugido y levantó una mano para engarfiarla en la herida que se cerraba. Como una prenda rota que se remendara por voluntad propia, su piel se buscaba a sí misma en los bordes rasgados. Aquellos trozos que estuvieran muertos o demasiado estropeados eran expulsados de su cuerpo. Horrorizado, vi cómo se consumían las rollizas mejillas del hombre. Por suerte para nosotros, era una persona fornida, poseedora de las reservas que consumía ahora su cuerpo.

Se sentó de repente en el catre, se arrancó las vendas encostradas de sangre y

las tiró a un lado. Todos los testigos nos habíamos quedado boquiabiertos. Su carne recién reparada resplandecía, no con la pátina lustrosa de una cicatriz, sino con la robustez de una constitución infantil. Dibujaba una franja pálida y carente de vello en su cuerpo atezado. Se observó fijamente a sí mismo y luego, con una ronca risotada de asombro, se aporreó el pecho como si quisiera convencerse de su solidez. Un momento después, descolgó las piernas por el lateral del trineo, bajó de un salto y se puso a cabriolar en la nieve, descalzo. Regresó al instante siguiente, para levantar del suelo las rechonchas piernitas de Tordo y describir un gran círculo sobre sí mismo, sujetándolo en volandas, antes de volver a depositar al hombrecillo sobre sus pies. Le dio las gracias en su idioma, llamándolo «Manos de Eda» antes de utilizar una expresión marginada que no supe interpretar. Oso entendió lo que quería decir, sin embargo, pues se situó de inmediato junto al otro herido que ocupaba el trineo y, tras retirar las mantas que lo cubrían, lo señaló e indicó a Tordo que se acercara.

Tordo ni siquiera nos dedicó una mirada de soslayo a los demás. Apenas si tenía un pensamiento que reservarle a él o a lo que acababa de hacer. Toda mi atención estaba puesta en Vencejo, cuyos ojos, inexpresivos y despojados de toda esperanza, estaban clavados en mí. Le tendí la mano en un gesto inútil, con la palma hacia arriba. Tragó saliva con dificultad y rehuyó mi mirada. Se acercó, no a mí, sino a Burch. Se situó junto a su padre y lo tomó de la mano; esta no dejaba de oscurecerse. Volvió a levantar la cabeza en mi dirección, con expresión interrogante.

—Lo siento —dije, mientras a mi alrededor resonaban nuevas exclamaciones de asombro ante el levantamiento del segundo marginado, recuperado de sus heridas—. Es como si estuviera sellado. Mi padre lo aisló de los demás usuarios de la Habilidad. No puedo acceder a él para ayudarlo.

Apartó la mirada, tan honda su decepción que rayaba en el odio; no necesariamente contra mí, sino contra el momento, contra los demás hombres que se estaban levantando de nuevo, reparados, y contra quienes lo celebraban con ellos. Telaraña se había apartado de Vencejo, reconociendo y respetando la rabia que poseía al muchacho. No vi ninguna necesidad de añadir nada más en aquel preciso momento.

Tordo parecía haber aprendido a dominar el arte de la sanación por medio

de la Habilidad, sin la supervisión de Dedicado para moderarse, fue a curar a los dos hombres que se habían borrado los tatuajes de la Mujer Pálida con fuego la noche anterior. La carne ampollada quedó sustituida por una nueva capa de piel, pálida y lisa. De ser el objeto de su desdén, en un abrir y cerrar de ojos Tordo había pasado a convertirse en alguien digno de admiración, la mismísima encarnación de las Manos de Eda. Oí cómo Oso imploraba al príncipe Dedicado que lo perdonara por haber sido irrespetuoso con su sirviente. Ignoraban que poseyera el don de Eda, pero ahora entendían el inmenso valor que el príncipe le atribuía y por qué había querido que lo acompañase a la batalla. Me dolió ver que Tordo se solazaba de repente en su aprobación, tanto como se había encogido antes con su desdén. Me sentía traicionado, de alguna manera, por el hecho de que pudiera olvidar tan deprisa cómo se habían burlado de él. Y al mismo tiempo me alegraba, aunque no se me escapase aquella contradicción. Deseé casi ser igual de simple que él, capaz de creerme que la fachada de las personas era un fiel reflejo de lo que pensaban.

Chade se me acercó por la espalda y apoyó una mano con suavidad en mi hombro. Me volví con un suspiro, esperando que me encomendase alguna tarea. En vez de eso, el anciano me rodeó con un brazo. Su presa se tensó mientras me hablaba al oído, en voz baja.

—Lo siento, muchacho. Lo intentamos. Y lamento también que el bufón haya muerto. No siempre estuvimos de acuerdo él y yo. Pero hizo por Artimañas lo que nadie más podría haber hecho, e igual por Kettricken. Aunque tuviéramos que discrepar esta vez, al final, te aseguro que no he olvidado el pasado. Después de todo, la victoria fue suya. —Miró al cielo de reojo, casi como si esperase ver a los dragones sobre nuestras cabezas—. Ha ganado y nos ha legado la misión de hacer frente a cualquiera que sea el resultado de esa victoria. No me cabe duda de que será tan impredecible como lo era él. Estoy seguro de que eso lo complacería.

—Me avisó de que moriría aquí. Nunca llegué a creérmelo del todo. De lo contrario, hay cosas que me gustaría haberle dicho. —Suspiré, abrumado de pronto por la futilidad de esos pensamientos, de todo cuanto habría querido hacer y no fui capaz. Tanteé en mi interior, en pos de alguna idea o sentimiento relevante, pero no se me ocurría nada que pensar. No tenía nada más que añadir.

La ausencia del bufón ocupaba hasta el último rincón de mi ser, sin dejar espacio para ninguna otra cosa.

Reanudamos la marcha aquel día, con ánimos renovados la mayoría. Ahora Burrich viajaba solo en el trineo, callado e inmóvil, desvaneciéndose cada vez un poco más a medida que transcurría la jornada. Lo flanqueábamos Vencejo y yo, sin hablar. Cada vez que hacíamos un alto en el camino para descansar, vertía un reguero de agua entre los labios de Burrich. Siempre se lo bebía, pero sabía que estaba muriéndose, y no quise mentir al respecto a Vencejo.

Al caer la noche, montamos el campamento y preparamos la cena. A Tordo no le faltaban amigos ahora, ansiosos por ocuparse de él, y lo entusiasmaba tanta atención. Procuré no sentirme abandonado por él. Tanto tiempo deseando desembarazarme de su cuidado y, ahora que por fin lo había logrado, extrañaba la distracción que me habría proporcionado atenderlo. Telaraña vino a vernos a Vencejo y a mí, con comida para el muchacho; inclinó la cabeza para indicarme que debería descansar de mi vigilia. Alejándome de Burrich y de Vencejo, sin embargo, solo conseguí que la noche me pareciera aún más fría.

Me descubrí ante la fogata de Mechalarga, donde este compartió su reserva de chismorreos conmigo. Algunos de los marginados que habíamos liberado estaban con la Mujer Pálida desde la Guerra de las Velas Rojas. Hubo una época en la que se contaban por decenas, pero la mujer había ido arrojándolos implacablemente a los dragones. Al principio, el asentamiento principal estaba en la orilla, cerca de la cantera; al finalizar la guerra, sin embargo, la mujer había empezado a temer que los marginados se sublevaran. También estaba empeñada, desde el principio, en exterminar a Yama de Hielo. Se contaba que las cámaras y los túneles que se extendían bajo el glaciar existían desde hacía generaciones. La Mujer Pálida había esperado a que se produjera la bajamar anual para descubrir el legendario acceso oculto bajo el hielo. Una vez dentro, había ordenado a sus hombres picar el techo congelado de aquel traicionero pasaje a fin de crear una entrada secreta que podría emplearse prácticamente cada vez que bajase la marea. Tras destruir el asentamiento de la playa, encargó a sus siervos el traslado del mayor de los dos dragones de piedra y su posterior reconstrucción en la gran sala de hielo. Había sido una tarea extenuante, pero el tiempo y las vidas que debieran consumirse para llevarla a cabo le traían sin

cuidado.

Allí había pasado los primeros años después de la guerra, exigiendo tributo a los clanes que aún la temían o esperaban que alguna vez les devolviera a sus rehenes. Los acuerdos que proponía la mujer eran crueles; un cuerpo a cambio de un cargamento de comida o la promesa de que un rehén en particular no sería liberado jamás para no avergonzar a su familia. Cuando le pregunté a Mechalarga si creía que su ubicación era de dominio público en las Islas del Margen, sacudió la cabeza.

—Me da la impresión de que era una cuestión de honor. Nadie que pagara aquellos sobornos lo divulgaría.

Asentí para mis adentros. Dudaba que muchos miembros del Clan del Narval conocieran todos los detalles de lo que había ocurrido con Oerttre y Kossi, solo que estaban desaparecidas. Bien sabía yo que incluso los secretos más grandes podían ser siempre un misterio.

Así había erigido su imperio la Mujer Pálida, con el sacrificio de aquellos guerreros medio forjados. Cuando alguno regresaba del frente herido, demasiado mayor o con sentimientos sediciosos, se convertía en alimento para el dragón. Muchas vidas habían terminado infundidas en aquella figura de piedra, en los vanos intentos de la mujer por animarla. Habíamos aparecido en las horas más bajas de su reinado, cuando sus huestes se contaban por decenas en vez de por cientos. El dragón y los trabajos forzados habían mermado sus filas.

La Mujer Pálida había intentado acabar con Yama de Hielo por sus propios medios, pero nunca había conseguido nada más que atormentarlo. Temía retirar el hielo que lo inmovilizaba y no había descubierto ningún arma capaz de perforar su grueso manto de escamas superpuestas. El odio y el temor que sentía por él eran legendarios entre sus esclavos.

—Sigo sin entenderlo —musité para Mechalarga mientras agonizaban las ascuas de su fogata—. ¿Por qué la servían? ¿Cómo consiguió que los forjados la obedecieran? Los que conocí en Gama no le profesaban lealtad a nadie.

—Lo ignoro. Fui soldado en la Guerra de las Velas Rojas, así que sé a qué te refieres. Los hombres con los que he hablado cuentan que los recuerdos del tiempo que pasaron a su servicio están borrosos. En su memoria solo hay dolor,

ni placer, ni sabores ni la fragancia de ningún alimento. Hacían lo que les pedía porque era más fácil que desobedecer. Los insurrectos se convertían en pasto para el dragón. Creo que lo que tenemos aquí es un caso de Forja más sofisticado de lo que vimos en los Seis Ducados. Uno de ellos me contó que, cuando la Mujer Pálida le arrebató toda la lealtad y el amor que sentía por su hogar y por su familia, fue como si ya no pudiera imaginarse sirviendo a nadie más que a ella. Y así lo hizo, aunque incluso los recuerdos difusos de lo que llegó a hacer en su nombre lo avergüencen ahora.

Tras despedirme de Mechalarga y encaminar mis pasos de regreso al trineo en el que descansaba Burrich, atisbé al príncipe Dedicado y a la narcheska entre las tiendas. Estaban de pie, tomados de la mano, con las cabezas muy juntas. Me pregunté qué pensaría la madre de la muchacha del enlace que se aproximaba. Debía de parecerle una alianza, tan inopinada como inexplicable, con un antiguo adversario. ¿La respaldaría, cuando eso significaba que su hija tendría que abandonar su casa materna para reinar en una tierra lejana? Me pregunté también qué pensaría la propia Elliania al respecto; acababa de recuperar a su madre y su hermana. ¿Qué deseos podría sentir de despedirse de nuevo de ellas para trasladarse a los Seis Ducados?

Telaraña estaba sentado con Vencejo y Burrich cuando me reuní con ellos. El dolor le había echado años encima al muchacho, hasta empujarlo al filo de la edad adulta. Me senté en silencio con ellos, en el borde del trineo. Pese a todas las mantas, Burrich tenía las manos heladas cuando se las envolví con las mías.

Vencejo parecía haber aceptado ya la derrota cuando me preguntó con un hilo de voz:

—¿No podríais intentarlo otra vez? Los otros... se han recuperado muy rápido. Ahora hablan y se ríen con sus compañeros, sentados alrededor del fuego. ¿Por qué no podéis reparar a mi padre?

Ya se lo había explicado. No me importó repetírselo.

—Porque, muchos años atrás, Hidalgo lo aisló de la Habilidad. ¿Sabías que tu padre trabajó al servicio del príncipe Hidalgo? ¿Que era un Hombre del Rey, fuente de poder para cuando el monarca quisiera practicar su magia?

Negó con la cabeza, rebotando de pesar su mirada.

—Sé pocas cosas sobre mi padre, aparte de que es mi padre. Es una persona

reservada. Nunca nos contó ninguna historia de cuando era pequeño, al contrario que madre, que siempre nos ha hablado de su padre y de su vida en la ciudad de Torre del Alce. Me enseñó todo lo que sé acerca de los caballos, a cuidar de ellos, pero eso fue antes... —Se interrumpió, pero luego se obligó a continuar—: Antes de descubrir que poseía la Maña. Como él. Después de aquello hizo todo lo posible por mantenerme lejos de los establos y los animales, con lo que empecé a pasar todavía menos tiempo con él. Tampoco hablaba mucho sobre la Maña, salvo para recordarme que tenía prohibido tocar la mente de cualquier bestia.

—Ocurrió más o menos lo mismo conmigo —convine—, cuando era pequeño. —Me rasqué el cuello, cansado e inseguro de improviso. ¿Qué papel me correspondía representar a mí? ¿Cuál era el de Burrich?—. Conforme me hacía mayor, hablábamos más y me explicaba más cosas. A medida que crecieras, creo que te habría contado algo más acerca de él.

Respiré hondo. Tenía la mano de Burrich en la mía. Me pregunté si me perdonaría por lo que estaba a punto de hacer o si me habría dado las gracias.

—Recuerdo la primera vez que vi a tu padre. Yo debía de tener unos cinco años, creo. Uno de los hombres del príncipe Veraz me condujo al salón donde estaban comiendo los guardias, en las antiguas dependencias de Ojo de Luna. El príncipe Hidalgo y la mayor parte de su escolta habían salido, pero tu padre se había quedado atrás, recuperándose de una herida en la rodilla. El motivo de que todavía renquee. La primera vez que se la lastimó fue porque se interpuso entre un jabalí y mi padre, para que este no acabara destripado por los colmillos del animal. Bueno. Allí estaba Burrich, en una cocina repleta de guardias, joven y vigoroso, moreno, impetuoso y estricto. Y allí estaba yo, arrojado de pronto a su cuidado, sin que nadie se hubiera tomado la molestia de avisarnos a ninguno de los dos. ¿Te lo imaginas? Aún hoy me pregunto qué debió de pasar por su cabeza cuando aquel guardia me plantó junto a la mesa, delante de él, y anunció para todos los presentes que yo era el pequeño hijo bastardo de Hidalgo y que a partir de ese momento Burrich iba a ocuparse de mí.

Vencejo no pudo evitar que se le insinuara una sonrisita en los labios. Así dejamos que transcurriera la noche, compartiendo anécdotas sobre el joven impetuoso que me había criado. Telaraña se sentó un momento con nosotros;

no estoy seguro de cuándo se fue. Consumida la vela, nos tumbamos a ambos lados de Burrich para procurarle calor, y continué hablando en voz baja, en la oscuridad, hasta que Vencejo se hubo quedado dormido. Me pareció notar que la percepción de Burrich que me proporcionaba la Maña se acentuó durante aquellas horas, pero quizá se debiera únicamente a las reminiscencias de todo lo que aquel hombre había significado para mí. Entremezcladas con los recuerdos de cómo me había alentado y disciplinado, de la ecuanimidad tanto de sus elogios como de sus correctivos, veía ahora con más nitidez que nunca todas las ocasiones en que aquel muchacho soltero había tenido que adaptar su vida a las necesidades de un niño pequeño. Era una lección de humildad comprender que mi dependencia de él probablemente había moldeado su existencia tanto como había influido en la mía.

A la mañana siguiente, cuando estaba dándole agua, los párpados de Burrich aletearon. Me miró por un instante, atrapado y miserable.

—Gracias —musitó con un hilo de voz. No creo que estuviera refiriéndose al agua.

—¿Papá? —preguntó Vencejo, esperanzado, pero Burrich ya había vuelto a desvanecerse.

Avanzamos a buen ritmo aquella jornada, y al atardecer decidimos seguir adelante e intentar salir del glaciar antes de detenernos para pasar la noche. Nos entusiasmaba la idea. Creo que todos estábamos hartos de acampar en el hielo, pero la distancia que nos faltaba por recorrer resultó ser mayor de lo que esperábamos. Caminamos sin descanso, hasta rebasar los límites del cansancio y adentrarnos en el obstinado territorio de los errores de cálculo que a nadie le gusta admitir.

Era noche cerrada cuando llegamos a la playa. Vimos el bálsamo para los ojos que eran las fogatas de guardia y, antes de que mi mente agotada procesara el hecho de que un solo fuego debería haber sido más que suficiente para dos guardias, la voz de Chirrido resonó en la oscuridad. El príncipe Dedicado respondió a su llamada, y se elevó un coro de voces de júbilo. Ninguno de nosotros estaba preparado, sin embargo, para oír el grito de bienvenida de Acertijo. Se me erizó el vello sobre la nuca al recordar cómo lo había visto por última vez. Experimenté la efímera e irracional esperanza de que también el

bufón estuviera allí, de alguna manera. Después rememoré las palabras de Peottre y volví a sumirme en el desaliento.

Fuimos de los últimos en alcanzar el campamento de la playa. Cuando llegamos, reinaba un bullicioso clamor de saludos y anécdotas. Hubo de transcurrir casi una hora antes de que consiguiera que alguien me explicara lo que había ocurrido. Acertijo y diecisiete marginados supervivientes del palacio de la Mujer Pálida estaban allí. Habían vuelto en sí, probablemente al morir el dragón. Al recuperar el sentido, uno de los guardias de la Mujer Pálida había liberado a Acertijo y sus compañeros de prisión. Habían unido sus fuerzas para buscar una salida, y Acertijo había logrado guiarlos de regreso a la playa. A qué se debía que hubieran recobrado la sensatez y la libertad todavía constituía un misterio para ellos. Nos llevó el resto de la noche desgranarles la totalidad de la historia.

Chade me hizo llamar a su tienda al día siguiente, para que estuviera presente cuando Acertijo presentase un informe detallado ante el príncipe. Escuché cómo, según su versión, los soldados de la Mujer Pálida los habían capturado a Hest y a él por sorpresa. Habían cometido el error de, sin proponérselo, ver cómo algunos de los guardias de la mujer salían de un acceso oculto a su reino. No podían permitir que aquella información llegase a oídos del príncipe. Acertijo no fue capaz de describir en términos coherentes cómo lo habían forjado. Se trataba de algo relacionado con el dragón, pero cada vez que intentaba profundizar en ello, lo asaltaban unos temblores tan violentos que le impedían continuar. Al cabo, y para mi alivio, Chade desistió de seguir sonsacándolo al respecto. La verdad sea dicha, prefería que ese misterio cayera por completo en el olvido antes de que alguien lo desentrañara.

Le sorprendió descubrir que el bufón y yo lo habíamos visto en el calabozo. Dijo que no me culpaba por haberlo dejado allí; que, si hubiera forzado la puerta, sin duda me habría atacado tan solo para robarme mi ropa de abrigo. Pero había algo en sus ojos; el hecho de que alguien a quien conocía lo hubiera visto en aquel estado le producía una vergüenza tan honda que me habría extrañado que nuestra incipiente amistad sobreviviera. Yo, por mi parte, temía no ser capaz de volver a mirar a aquel hombre a la cara después de haberlo abandonado a su suerte, convencido de que moriría.

Me pregunté si Acertijo volvería a ser alguna vez la misma persona alegre y despreocupada de antes. Se había asomado a un rincón oscuro de su ser y debería portar esos recuerdos con él hasta el fin de sus días. Confesó, ante todos nosotros, que fue él quien había matado por fin a Hest. Había usado su camisa para resguardarse las manos del frío. Recordaba lo meticulosamente que había planeado eliminar al herido y aprovechar los despojos de su cuerpo mientras los demás forjados de la mazmorra dormían. También nos contó que recordaba cómo la Mujer Pálida le había dicho que aquello era una especie de prueba, que los que sobrevivieran a la quincena serían liberados para entrar a su servicio y recibirían alimento con regularidad. Lo narró con una sonrisa desquiciada, apretando los dientes como si estuviera esforzándose por contener un ataque de náusea; en aquel momento, nos dijo, no podía ni soñar con un destino mejor que comer varias veces al día a cambio de ejecutar las órdenes de la Mujer Pálida.

Dos de los hombres que habían vuelto con Acertijo eran miembros del Clan del Narval, desaparecidos desde hacía tiempo y dados por muertos. Peottre los saludó entusiasmado. La Mujer Pálida llevaba más de una década cebándose con su clan, esquilmandolo hasta reducirlo a la desesperación secuestrando tanto a la narcheska gobernante como a la menor de sus hijas. La restitución de estos guerreros al clan no hacía sino intensificar el aura de heroicidad que, a sus ojos, envolvía al príncipe.

Cuando Chade hubo saciado su curiosidad, les planteé a los tres la pregunta que me quemaba en la garganta. Todas las respuestas fueron igual de decepcionantes. Acertijo no había visto al bufón, ni durante su cautiverio ni mientras escapaba. Tampoco había visto a la Mujer Pálida, ni siquiera su cuerpo, tras su liberación de la mazmorra.

—Pero no creo que debamos preocuparnos por ella. El hombre que me rescató, Revke, fue testigo de su final. Algo le hizo perder la razón de repente. Comenzó a gritar que todos la habían defraudado, todos, y únicamente su dragón podría salvar ahora la situación. Uno tras otro, los puso contra el dragón y los sacrificó. Revke contaba que la piedra había absorbido toda la sangre. Pero ni siquiera con eso se conformó la mujer. Furiosa, se desgañitaba afirmando que tendrían que haber entrado en el dragón por completo, que este no se alzaría a

menos que alguien se introdujera entero en la criatura.

Paseó la mirada por nuestros rostros fascinados, tan desconcertado como nosotros.

—No hablo la lengua de los marginados tan bien como debería. Sé que parece un delirio, pero quería que alguien entrara en el dragón de piedra. Eso me pareció entresacar de las palabras de Revke. Quizá me equivoque.

—No. Sospecho que vas bien encaminado. Continúa —le rogué.

—Al final ordenó que Kebal Ganapán fuese arrojado al dragón. Según Revke, cuando le quitaron los grilletes, los guardias subestimaron la fuerza del viejo guerrero y su odio por la Mujer Pálida. Los guardias lo inmovilizaron y lo arrastraron hacia el dragón, y él no dio ni un solo paso sin debatirse. De repente se abalanzó en la otra dirección, sobre la Mujer Pálida. La agarró por las muñecas, riéndose y gritando que entrarían juntos en el dragón, que obtendrían la victoria para las Islas del Margen. Que esa era la única manera de conseguir el triunfo. Ganapán comenzó a arrastrarla en dirección al dragón, vociferando y pataleando, y luego... —Se interrumpió de nuevo—. Estoy limitándome a repetir lo que me contó Revke. No tiene sentido, pero...

—¡Continúa! —le ordenó con voz ronca Chade.

—Caminando de espaldas, Ganapán se introdujo en el dragón. Como si se fundiera con él. Sostenía con firmeza a la Mujer Pálida, que se vio arrastrada tras él.

—¿Ella también se metió en el dragón? —exclamé.

—No. No por completo. Ganapán desapareció dentro del dragón y estaba tirando de ella, por lo que sus manos se introdujeron hasta la muñeca. No dejaba de chillar pidiendo ayuda a sus guardias. Dos de ellos la asieron y tiraron hacia fuera, pero... pero sus manos se habían fundido. Se las dejó dentro de la criatura.

El príncipe se había tapado la boca con una mano. Yo descubrí que estaba temblando.

—¿Eso es todo? —preguntó Chade. Me pregunté de dónde sacaría su calma.

—Casi. Lo que quedaba de sus manos estaba como quemado. Revke dijo que los restos no sangraban, sino que se veían abrasados. La mujer se quedó allí plantada, según él, contemplando sus muñones. El dragón ya había empezado a

despertar. Al moverse, levantó la cabeza en exceso y provocó que se desplomaran grandes segmentos del techo. Revke me contó que todo el mundo huyó en estampida, tanto de la lluvia de cascotes como del dragón. Y que él aún seguía escondiéndose de la criatura cuando volvió en sí de repente. —Acertijo volvió a interrumpirse—. No puedo explicaros lo que se siente —dijo con dificultad, al cabo—. Estaba en mi celda, con la espalda apoyada en la pared, esforzándome por no quedarme dormido para que los demás no aprovecharan la ocasión para asesinarme. Entonces bajé la mirada y vi a Hest sin vida, tirado en el suelo. Y de repente me importó su muerte, porque habíamos sido amigos. —Sacudió la cabeza, y su voz se redujo a un susurro—. Entonces recordé que era yo el que lo había matado.

—Tú no tuviste la culpa —quiso reconfortarlo el príncipe.

—Sí que la tuve. Fui yo, yo...

Me apresuré a interrumpirlo antes de que pudiera seguir dándole vueltas a lo que había hecho.

—¿Cómo saliste de allí?

Acertijo casi pareció agradecer la pregunta.

—Revke nos abrió la puerta y nos guio por todo el palacio. Es como un laberinto gigantesco excavado bajo el hielo. Por fin salimos por una abertura que parecía una grieta abierta en la pared, justo en el flanco del glaciar. Una vez en el exterior, nadie sabía qué hacer a continuación. Los demás no conocían ningún otro lugar en la isla que pudiéramos usar de refugio, pero se atisbaba el mar desde nuestra posición. Les dije que, si llegábamos a la playa y la seguíamos, tarde o temprano llegaríamos a este campamento base, aunque para ello tuviéramos que dar la vuelta a toda la isla. Así las cosas, nos sonrió la suerte. Elegimos la ruta más corta y llegamos aquí antes que vosotros.

Quedaba una última pregunta por formular, pero la respondió antes de que yo tuviera ocasión de hacérsela.

—Ya sabes cómo sopla el viento por la noche, Tom. La nieve ya ha debido de cubrir nuestras huellas. Aunque quisiera, no creo que pudiera encontrar el camino de vuelta. —Respiró hondo antes de añadir, a regañadientes—: Quizá alguno de los marginados esté dispuesto a intentarlo, pero yo no. Nunca. No pienso volver a acercarme a ese sitio.

—Nadie te lo pedirá —le aseguró Chade, y decía la verdad. Lo dejé estar.

Despuntaba el alba cuando me reuní con Burrich y Vencejo. El muchacho dormía pegado a su padre. Me fijé en que se había movido, que una de sus manos yacía ahora fuera de las mantas. Al colocarla en su sitio, descubrí que Burrich aferraba un pendiente de madera en su mano. Lo reconocí; lo había tallado el bufón, y sabía que en su interior encontraría la anilla de libertad que la abuela de Burrich había conseguido después de tantas penurias. El hecho de que hubiera encontrado las fuerzas necesarias para quitárselo denotaba lo importante que era para él. Sospechaba cuáles eran sus intenciones.

Dedicado había soltado la paloma mensajera que habría de volar hasta Zylig para informar a la Hetgurd de que nuestra misión había terminado. Los barcos, sin embargo, tardarían días en llegar hasta nosotros; mientras tanto, nos enfrentábamos al problema de repartir unas raciones ya de por sí escasas entre un contingente mayor de lo esperado. No era una perspectiva agradable de contemplar, pero creo que todos decidimos restarle importancia después del calvario por el que habíamos pasado.

Sentados junto a un Burrich que no dejaba de apagarse, Vencejo y yo tuvimos ocasión de conversar a solas. Le conté la historia del pendiente mientras intentaba sacarlo de su funda de madera. Al final, la pericia del bufón resultó ser demasiado sofisticada para mí. Lo tuvo que romper para abrirlo. Dentro estaba la anilla azul y plateada, tan reluciente como la primera vez que me la enseñó Paciencia. Al igual que hizo ella aquel día, utilicé el alfiler para perforar la oreja de Vencejo a fin de que pudiera ponerse el pendiente, aunque me mostré algo más considerado con él que ella conmigo en su día; le adormecí el lóbulo con un puñado de nieve antes de atravesárselo.

—Llévalo siempre —le dije al muchacho—. Y recuerda a tu padre. Tal como era.

—Lo haré —replicó Vencejo, en voz baja. Lo tocó con los dedos, con delicadeza; bien recordaba yo su peso, colgando de mi lóbulo en carne viva. Se limpió la sangre en la pernera del pantalón—. Ahora me arrepiento de haberla gastado. Si la tuviera todavía, te la daría.

—¿Qué?

—La flecha que me regaló lord Dorado. Me pareció que era muy fea la

primera vez que la vi, pero la acepté por no desairarlo. Sin embargo, mientras que todas las demás rebotaron en el dragón, la gris encontró su objetivo y se hundió. Nunca había visto nada igual.

—Ni tú ni nadie, seguramente —repuse.

—Él tal vez sí. El mismo reconoció que era un trozo de madera horroroso, pero que podría servirme si surgía la necesidad. Aquella noche me dijo que era un profeta. ¿Crees que sabía que la flecha gris mataría al dragón?

Conseguí que una sonrisa aflorara a mis labios.

—Aun cuando estaba con vida, nunca fui capaz de distinguir cuándo sabía que iba a ocurrir algo antes de que pasara y cuándo se limitaba a escoger hábilmente sus palabras para aparentar que siempre lo había sabido. En este caso, sin embargo, sospecho que tenía razón.

—Sí. Pero ¿viste a mi padre? ¿Viste lo que hizo? Detuvo en seco a la bestia. Telaraña dice que no había sentido jamás una fuerza semejante, capaz de repeler a un dragón. —Me miró, desafiándome a llevarle la contraria, y añadió—: También dice que ese tipo de fuerza a veces corre por las venas de quienes poseen la Vieja Sangre. Que yo también podría manifestarla, si practico mi magia de forma juiciosa y disciplinada.

Alargué la mano para apoyarla en la mejilla del chico, frío el pendiente contra mi palma.

—Esperemos que así sea. El mundo necesita esa fuerza.

Mechalarga asomó la cabeza en el interior del refugio.

—El príncipe Dedicado te necesita, Tom —se disculpó.

—Voy enseguida —le aseguré, y después, para Vencejo—: ¿Te importa?

—Ve. Aquí no hay nada que podamos hacer, salvo montar guardia.

—Volveré —le prometí, y salí de la tienda para cruzar el campamento tras los pasos de Mechalarga.

La tienda del príncipe estaba atestada. Además de él, Chade y Tordo, se habían congregado Peottre, Oerttre, Kossi y la narcheska. Vi que Tordo tenía los labios fruncidos en un mohín petulante y percibí su inquietud. Elliania se había sentado en el suelo, de espaldas a mí, con los hombros envueltos en una manta. Los saludé a todos y me quedé a la espera.

—Tenemos un pequeño problema con los tatuajes de la narcheska —habló

el príncipe—. Le gustaría eliminarlos, pero al parecer son inmunes a la Habilidad de Tordo. A Chade se le ha ocurrido que, puesto que lograste borrar tus cicatrices, quizá podrías hacer algo al respecto.

—Las cicatrices y los tatuajes son dos cosas muy distintas —repliqué—, pero estoy dispuesto a intentarlo.

El príncipe se inclinó sobre ella.

—¿Elliania? ¿Me permites verlos?

La muchacha no contestó. Tenía la espalda muy recta, rígida, y el rostro de su madre lucía un gesto de desaprobación inconfundible. A continuación, muy despacio, sin pronunciar palabra, Elliania agachó la cabeza y dejó que la manta cayera deslizándose por su espalda. Me arrodillé, acerqué la luz para ver con más claridad y apreté los dientes; ahora entendía por qué se habían acordado de mí.

La resplandeciente belleza de las serpientes y los dragones se había esfumado. Los tatuajes se habían hundido en la piel, tan atirantada como si la hubieran marcado a fuego. Sospeché que era el último acto de venganza de la Mujer Pálida.

—Todavía le duelen —dijo con voz queda el príncipe—, de vez en cuando.

—Solo son especulaciones —reconocí—, pero es posible que Tordo no pueda sanarla con tanta facilidad porque esta no es una herida reciente. Ayudar al cuerpo a hacer lo que ya está intentando por sus propios medios es una cosa, pero estas heridas son antiguas, y su cuerpo ya las ha aceptado.

—Tus cicatrices se desvanecieron cuando te reparamos —señaló el príncipe.

—No son tuyas —observó Tordo, con gesto huraño—. No quiero tocarlas.

Ignoré sus crípticas palabras y continué:

—Supongo que el bufón me dejó tal como siempre me había visto. Sin marcas. —No me apetecía abundar en el tema en aquellos momentos, y creo que todos supieron entenderlo.

A Elliania le temblaba ligeramente la voz cuando dijo:

—Pues quemadlos y curad la herida. No me importa el dolor. Solo quiero que desaparezcan. No pienso portar sus marcas sobre mi cuerpo.

—¡No! —exclamó el príncipe, horrorizado.

—Esperad. Por favor —dije—. Dejadme intentarlo. —Ya había levantado la mano cuando me acordé de preguntar—: ¿Puedo tocaros?

La narcheska agachó la cabeza un poco más, y vi cómo se tensaba hasta el último músculo de su espalda. Asintió. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Peottre se cernía sobre nosotros. Alcé la vista y crucé una mirada con él antes de sentarme en el suelo, detrás de Elliania, y apoyé las manos con cuidado en su espalda. Hube de resistir el impulso de retirarlas. En las palmas notaba la piel cálida de una muchacha, pero para la Habilidad era como si los dragones y las serpientes se retorcieran bajo mis dados.

—Debajo de la piel hay algo más que tinta —dije, aunque ignoraba qué era aquello que percibía.

Elliania habló con esfuerzo.

—Confeccionaba los tintes a partir de su propia sangre. Para que siempre le pertenecieran y la obedecieran.

—Está mal —afirmó Tordo, ominoso.

Elliania nos había proporcionado toda la información que necesitábamos. A pesar de todo, fue una larga noche de arduo trabajo con la Habilidad. Yo no estaba familiarizado con Elliania, y Tordo rehusaba tocarla. Nos prestó su fuerza, pero cada una de aquellas intrincadas figuras debía retirarse por separado. Su madre y su hermana, sentadas, asistían en silencio a la operación. Peottre se quedó un rato, salió a dar un paseo, regresó y volvió a salir. No podía culparlo. Ojalá yo tampoco tuviera que ser testigo de aquello. Los poros de la espalda de la narcheska supuraban viscosos regueros de tinta hedionda. Para empeorar las cosas, le dolía. Elliania apretó los dientes, primero, y después golpeó el suelo de tierra con los puños, sin despegar los labios. Su larga cabellera morena, echada hacia delante para que no supusiera un estorbo, caía en pesadas guedejas empapadas de sudor. Dedicado se había sentado enfrente de ella, con las manos en sus hombros para sujetarla mientras yo utilizaba la punta del dedo para trazar minuciosamente el contorno de cada una de las ilustraciones, exhortando a su piel a expulsar la corrupción de la Mujer Pálida. Absorto en mi tarea, vi de nuevo la espalda del bufón, surcada de marcas tan exquisitas como crueles, y di gracias a los hados porque su martirio se hubiera producido antes de que la Mujer Pálida adquiriese y pervirtiera el arte de la Habilidad. No alcanzaba a entender por qué se nos resistían tanto sus tatuajes. Para cuando la última pata con garras hubo sido expulsada de la piel de Elliania, yo me sentía desfallecido;

pero la espalda de la muchacha se veía lisa y despejada.

—Listo —anuncié, exhausto, y levanté la manta para cubrirla de nuevo.

Elliania aspiró una bocanada de aire que amenazaba con convertirse en sollozo y Dedicado la estrechó con ternura entre sus brazos.

—Gracias —musitó el príncipe, dirigiéndose a mí, y después, para Elliania —: Todo ha acabado. Ya no volverá a hacerte daño.

Experimenté una punzada de preocupación, preguntándome por la veracidad de su afirmación. Antes de que pudiera expresar mi inquietud con palabras, sin embargo, oímos procedente del exterior de la tienda el grito que todos estábamos esperando.

—¡Vela! ¡Vela a la vista, dos velas! ¡En una de ellas ondea el Jabalí y el Oso en la otra!

Puertas

Cuanto más profundizo en los asuntos y los contactos de lord y lady Petigrís, más convencido me hallo de que vuestras sospechas están bien fundadas. Si bien han accedido a la «invitación» de la reina para que lady Sydel pase una temporada en la corte de Torre del Alce, su respuesta elude los calificativos de cortés y entusiasta. En lo que a esta cuestión respecta, el padre estaba decidido a mostrarse inflexible; la madre se escandalizó al verla partir sin ningún atuendo digno de pasar una jornada normal en la corte, no se hable ya de asistir a banquetes o bailes. Del mismo modo, la asignación económica aportada por el hombre resultaría insuficiente incluso para una humilde granjera. Sospecho que lord Petigrís espera que la joven sufra tal bochorno en la corte que por fuerza deba volver a casa.

Tampoco la mujer que ha elegido en calidad de doncella me inspira la menor confianza. Sugiero que se le atribuya a Ópalo cualquier ofensa o desliz que justifique su expulsión de Torre del Alce, cuanto antes. Y que se lleve con ella su gata gris.

Sydel, por su parte, no parece culpable más que de ser excesivamente joven y veleidosa. Me extrañaría que supiese siquiera que sus padres se han declarado picazos, y más aún que estuviera al corriente de sus conspiraciones.

Informe de espionaje,
sin firma

Las corrientes favorables habían traído las naves hasta nosotros antes de lo esperado. Pero si a nosotros nos sorprendió ver los barcos tan pronto, no fue menor el asombro de sus tripulantes ante el tamaño del grupo que los esperaba en la orilla. Los botes que utilizaron para llegar a la playa estaban abarrotados de gente ansiosa por averiguar qué había ocurrido. Fueron tantos de nuestros hombres los que salieron a su encuentro que las lanchas se vieron sacadas del mar literalmente en volandas y depositadas en la arena, lejos del agua, antes incluso de que sus ocupantes pudieran echar pie a tierra. Se elevó un clamor que rivalizaría con el fragor de cualquier batalla cuando todos se empeñaron en relatarles lo ocurrido con sus propias palabras a nuestros atónitos rescatadores. Proliferaban las carcajadas, los golpes en el pecho y las palmadas en los hombros mientras cada uno de los hombres se esforzaba por ser el primero en contar toda la historia. Señoreaban sobre el estruendo los tonantes rugidos con los que Arkon Hojasanguina, alborozado tras conocer la victoria del Narval, aunque su

encuentro con Oerttre fue más sobrio y contenido de lo que me esperaba. Aunque fuese el padre de Elliania, nunca había estado casado oficialmente con Oerttre ni había engendrado a Kossi. Celebraba su regreso, por tanto, como lo haría un amigo, no como cónyuge y progenitor; su satisfacción, pues, estaba más próxima a la que sentiría un guerrero ante la victoria de un aliado.

Más tarde descubriría que la narcheska le había hecho muchas promesas a su padre, en términos de cosechas, acuerdos comerciales y otros favores. Los dominios del Clan del Jabalí eran escarpados y abruptos, tan aptos para la cría de cerdos como inadecuados para las tierras de labranza. Hojasanguina tenía en su clan ocho jóvenes sobrinas de las que cuidar, muchachas del Jabalí que ahora podrían beneficiarse del éxito del Narval.

Pero lo único que sabía yo entonces era que la alegría y el triunfo volvían a rodearnos al joven Vencejo y a mí, acentuando nuestro dolor en comparación. Para empeorar las cosas, la noche anterior había tomado una resolución, una decisión que consideraba tan inapelablemente correcta que sabía que nada sería capaz de apartarme de ella. Así pues, mientras los hombres vitoreaban y levantaban la voz, compitiendo por contar cada uno su correspondiente versión del relato, hablé en voz baja con Vencejo en la penumbra, tras las puertas de lona cerradas, junto a su padre inconsciente.

—No voy a volver con vosotros. ¿Podrás ocuparte de tu padre sin mí?

—Que sí... ¿A qué te refieres con que no vas a volver con nosotros? ¿Qué otra cosa podrías hacer?

—Quedarme aquí. Necesito regresar al glaciar, Vencejo. Quiero buscar la manera de acceder al palacio subterráneo de la Mujer Pálida. Cuando menos, me gustaría encontrar el cadáver de mi amigo e incinerarlo. Detestaba el frío. Que sus restos descansan para siempre en una tumba de hielo habría sido el último de sus deseos.

—¿Y qué más esperas conseguir? Me estás ocultando algo.

Respiré hondo, pensé una mentira y la descarté. Ya había contado suficientes para toda una vida.

—Espero ver el cadáver de la Mujer Pálida. Espero encontrarla muerta, saber que ha pagado con la vida todo lo que nos ha hecho. Y, si todavía respira, espero acabar con ella.

Era una pequeña y sencilla promesa que me había hecho a mí mismo. Dudaba que fuese fácil de llevar a cabo, pero se trataba del único consuelo que se me ocurría ofrecirme.

—Pareces otra persona cuando hablas así —dijo Vencejo, bajando la voz. Se acercó un poco más—. Cuando hablas así, se te ponen ojos de lobo.

Sacudí la cabeza y sonreí. O enseñé los dientes, al menos.

—No. Ningún lobo malgastaría el tiempo pensando en vengarse de nadie, y eso es lo que es esto. Venganza, lisa y llana. Cuando la gente muestra su faceta más cruel, no es su lado animal lo que ves, sino la rabia que solo los seres humanos somos capaces de sentir. Cuando me muestran leal a mi familia, entonces asoma el lobo.

Tocó con un dedo el pendiente que colgaba de su oreja.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó, con el ceño fruncido—. No deberías enfrentarte a esto tú solo. Y no mentía, como has podido comprobar. Sé manejar el arco.

—Eso es indudable. Pero te aguardan asuntos más acuciantes que atender. Burrich no tendrá la menor oportunidad si se queda aquí. Móntalo en el barco y llévalo de vuelta a Zylig. Allí cuentan con sanadores expertos. Descansará en un sitio donde haga calor, como mínimo, con sábanas limpias y comida decente.

—Mi padre se muere, Traspíe Hidalgo. No finjamos lo contrario.

Ah, el poder que se esconde en los nombres. Lo dejé correr.

—Eso es cierto, Vencejo. Pero no tiene por qué hacerlo aterido, bajo un techo de lona azotado por el viento. Podemos hacerle ese último favor al menos.

El muchacho se rascó la cabeza.

—Me gustaría cumplir con la voluntad de mi padre en este caso. Creo que él me pediría que me quedase contigo. Me diría que no podré serle de tanta utilidad a él como a ti.

Me quedé pensativo.

—Es posible, pero sospecho que tu madre no opinaría lo mismo. Creo que necesitas estar junto a tu padre. Quizá recobre el sentido otra vez, antes del final, y las palabras que te dirija las atesorarás siempre. No, Vencejo. Vete con él. Quédate a su lado, por mí.

No respondió en voz alta, pero agachó la cabeza en señal de aquiescencia.

Mientras conversábamos, los hombres habían empezado a dismantelar el campamento para cargarlo a bordo del barco. Creo que Vencejo se sorprendió cuando fueron los marginados los que vinieron a buscarlos a su padre y a él. Oso saludó al muchacho con una solemne inclinación de cabeza y solicitó que le concediera el honor de transportarlo con Burrich a bordo de la nave de la Hetgurd. «Cazademonios», los llamó a ambos; la sorpresa de Vencejo se transformó en asombro al comprender que no los habían dejado solos por negligencia, sino en señal de respeto, para que pudiera velar a su padre en soledad. El Búho, su bardo, los acompañó cantando hasta el barco del Oso y, aunque retorció las palabras para amoldarlas a la lengua de los juglares, no pude evitar que se me formase un nudo en la garganta; me sentía orgulloso del hombre que había puesto de rodillas a un dragón demoníaco y del muchacho que lo había abatido para liberar a los rehenes de la Mujer Pálida. Vi que Telaraña montaba en la misma lancha que ellos para embarcar en la nave de Vencejo. Eso me reconfortó. No quería que el chico estuviera solo entre extraños, por mucho que lo honraran a la muerte de Burrich, y temía que no llegase con vida al puerto de Zylig.

El príncipe apareció junto a mí de repente, exigiendo saber a qué barco pensaba subirme.

—Serás bien recibido en ambos, pero en cualquiera de ellos escasea el espacio. No esperaban tener que transportar a tanta gente. Estaremos hacinados, como arenques en un barril. Chade, siempre tan sabio, ha decidido separarme de la narcheska, de modo que viajaré a bordo del Oso. Él montará en el Jabalí, con Peottre y sus mujeres, pues espera aprovechar la travesía para ultimar las negociaciones de nuestra alianza.

A pesar de la congoja que me afligía, no pude reprimir una sonrisa.

—¿Todavía lo llamáis «alianza»? A mí empieza a parecerme una boda. ¿No será que le habéis dado motivos a Chade para estimar sensato aislaros de Elliania hasta que lleguéis a Zylig?

Un leve espasmo se apoderó de la comisura de sus labios, al tiempo que enarcaba una ceja.

—¡Yo no! Fue Elliania la que proclamó que consideraba superado el reto

que me había lanzado, para demostrar que era digno de ella, y declaró que de ahora en adelante me consideraba su marido. Creo que a su madre no le hace mucha gracia, pero Peottre declinó contrariarla. Chade ha intentado explicarle a Elliania la necesidad de que yo le presente mis votos en mi «casa materna», pero ella no quiere saber nada al respecto. Que quién es ningún hombre para oponerse a la voluntad de una mujer sobre este particular, le preguntó.

—Me habría encantado escuchar la respuesta de Chade.

—Dijo: «En verdad, mi señora, lo ignoro. Pero es la voluntad de mi reina que su hijo no se despose con vos hasta que os hayáis presentado ante ella y los nobles de su casa para proclamar que aceptáis su valía».

—¿Y Elliania aceptó eso?

—A regañadientes. —Era evidente que al príncipe le halagaba la vehemencia de su prometida—. En cualquier caso, Chade me ha extraído la promesa de que actuaré con moderación. Como si Elliania fuese a allanarme el terreno en ese sentido. Ah, en fin. El caso es que yo viajaré a bordo del barco del Oso, y ella, en el del Jabalí. En este irá también Chade, y creemos que Tordo, pues los marginados están impresionados con él y sus Manos de Eda. Bueno. ¿En cuál quieres ir tú? Elige el Oso. Podrás estar con Burrich, con Vencejo y conmigo.

—No subiré a bordo de ningún barco, pero me alegra saber que viajarás en el Oso con Vencejo. Es un momento difícil para él. Quizá lo sobrelleve mejor rodeado de amigos.

—¿A qué te refieres con que no vas a subir a bordo de ningún barco?

Hora de anunciarlo.

—Me quedo aquí, Dedicado. Necesito volver e intentar encontrar el cuerpo del bufón.

Parpadeó, pensativo, y a continuación, en un gesto de comprensión que me emocionó, se limitó a aceptar que aquello era algo que yo sencillamente tenía que hacer.

—En tal caso me quedaré contigo, ni que decir tiene. Y necesitarás más hombres, si esperas abrirte paso hasta el pozo del dragón.

Me conmovió que supiera entender la necesidad que me impulsaba, así como el hecho de que se ofreciera a retrasar la celebración de su propia victoria.

—No. Marchaos. Tenéis una narcheska con la que casaros y una alianza que

forjar. No hace falta que se quede nadie conmigo, espero volver a entrar por donde salieron Acertijo y los otros.

—Esa empresa está abocada al fracaso, Traspíe. Nunca encontrarás ese acceso. Escuché las respuestas de Acertijo con la misma atención que tú.

Su vehemencia me arrancó una sonrisa.

—Bueno, permitidme que os lleve la contraria. En casos así puedo ser muy tenaz. Lo único que os pido es que me dejéis todo el alimento del que podáis prescindir y toda la ropa de abrigo que os sobre. Quizá me lleve algún tiempo alcanzar mi objetivo.

Mis palabras lo dejaron dubitativo.

—Lord Traspíe Hidalgo, perdón por lo que voy a decirte, pero temo que vas a correr un riesgo innecesario a cambio de nada. Lord Dorado ya ha dejado de sufrir. Las probabilidades de que encuentres un acceso son escasas, no hablemos ya de encontrar su cadáver. Me temo que no sería sabio permitir que hagas algo así.

Hice oídos sordos a su última frase.

—Otra cosa, ya que lo habéis mencionado. Encontraréis caos más que de sobra a vuestro regreso, no hace falta que añadáis la resurrección de lord Traspíe Hidalgo a la mezcla. Os sugiero que convoquéis una discreta reunión con vuestro destacamento de Mañosos y refrenéis sus impulsos de sacar a relucir mi nombre. Ya he hablado con Mechalarga. No creo que deba preocuparme por Acertijo. Todos los demás están muertos.

—Pero... los marginados saben quién eres. Han oído cómo se te llamaba por ese nombre.

—El cual para ellos carece de significado. Se acordarán de mi verdadero nombre tanto como yo del de Águila u Oso. Para ellos no seré más que el chiflado que decidió quedarse en la isla.

Alzó las manos en un gesto de exasperación.

—Y volvemos al punto de partida. ¿Hasta cuándo piensas quedarte en la isla? ¿Hasta que perezcas de inanición? ¿Hasta que te des cuenta de que tu misión es tan fútil como lo era la mía?

Reflexioné brevemente.

—Dadme dos semanas —dije—. Disponed que vuelva a recogerme una

lancha. Si cumplido ese plazo aún no he tenido éxito, me daré por vencido y volveré a casa.

—Esto no me gusta —refunfuñó. Pensé que íbamos a seguir discutiendo, pero se conformó con replicar—: Dos semanas. Y no voy a esperar a recibir noticias tuyas, así que nada de Habilitar solicitando más tiempo. Dentro de dos semanas vendrá un bote a recogerte en esta misma playa, y saldrás a su encuentro y te subirás a él tanto si tu empresa se ha saldado con éxito como si no. Ahora, démonos prisa, antes de que terminen de cargarlo todo.

Temor que al final resultó ser infundado, puesto que las tripulaciones en realidad estaban vaciando las bodegas para acomodar el exceso de pasajeros. Aunque Chade rezongó y maldijo mi cabezonería, acabó claudicando, más que nada porque yo no iba a cambiar de opinión y todos los demás tenían prisa por zarpar aprovechando el cambio de la marea.

Pese a todo, me produjo una sensación realmente extraña quedarme en la orilla y ver cómo se alejaban las naves con la pleamar. A mi espalda se amontonaba una heterogénea amalgama de enseres. Había demasiadas tiendas y trineos de sobra para una sola persona, además de un surtido de víveres tan abundante como poco apetitoso. Entre la partida de las naves y el anochecer me dio tiempo a rebuscar entre lo que habían dejado, guardando en mi viejo y raído macuto lo que me pareció que podría serme de utilidad. Metí ropa extra, toda la comida que pensé que necesitaría y las plumas de la playa de los Otros. Mechalarga me había dejado una espada en bastante buen estado; creo que había sido de Diestro. Tenía también su cuchillo de caza. Conservé la tienda y las mantas del bufón, con las que monté mi refugio esa noche, así como sus utensilios de cocina, tanto porque eran suyos como por tratarse de los que menos pesaban. Me hizo gracia descubrir que Chade me había dejado un pequeño barril de su polvo explosivo. ¡Como si pensara arriesgarme a volver a jugar con eso! Seguía sin haber recuperado el oído por completo. Al final, sin embargo, terminé echando un tarro a la mochila.

Aquella noche preparé una buena fogata. La madera de deriva no abundaba en la playa, pero solo había una persona que necesitara entrar en calor, de modo que me permití el capricho de gastar toda la que encontré. Esperaba hallar la paz que solía proporcionarme la soledad. Incluso cuando tenía el ánimo por los

suelos, el aislamiento y la naturaleza siempre habían conseguido reconfortarme. Esa noche no, sin embargo. El incesante zumbido del dragón de piedra sumergido era como un recordatorio en perpetua ebullición de la maldad de la Mujer Pálida. Deseé que hubiera alguna forma de silenciarlo, de purgar el odio grabado en aquella piedra para restituir su noble estado inanimado. Me preparé un generoso cazo de gachas calientes y las endulcé con una abundante porción del azúcar cande que Dedicado me había dejado.

Acababa de meterme la primera cucharada en la boca cuando oí pasos a mi espalda. Me atraganté, me incorporé de un salto y desenvainé la espada. En el círculo de luz que proyectaba la hoguera apareció Tordo, con una sonrisita cohibida en los labios.

—Tengo hambre.

Me tambaleé, consternado.

—Pero ¿qué haces tú aquí? Tenías que estar en el barco, camino de Zylig.

—No. Para mí nada de barcos. ¿Puedo cenar?

—¿Cómo lo has hecho para quedarte atrás? ¿Lo sabe Chade? ¿Y el príncipe? ¡Tordo, esto no puede ser! Tengo cosas que hacer, cosas muy importantes. No puedo cuidar de ti ahora.

—Todavía no se han enterado. ¡Y sé cuidar de mí mismo! —resopló. Había herido sus sentimientos. Como si quisiera demostrármelo, se dirigió a la pila de cargamento abandonado y hurgó en ella hasta sacar un tazón. Yo me quedé sentado, con la mirada fija en las llamas, sintiéndome derrotado sin remisión por el destino. Regresó al círculo de luz y se acomodó encima de una piedra, enfrente de mí. Mientras se servía más de la mitad de las gachas, añadió—: Quedarse fue fácil. No hice más que enviarle «con Chade, con Chade» al príncipe, y «con el príncipe, con el príncipe» a Chade. Se lo creyeron y subieron a los botes.

—¿Y nadie más se dio cuenta de que faltabas? —pregunté con escepticismo.

—Ah. A los otros les dije: «No me veáis, no me veáis». Fácil. —Siguió comiendo, degustando las gachas con pragmático deleite. Saltaba a la vista que se sentía de lo más complacido con su alarde de astucia. Entre bocado y bocado, me preguntó—: ¿Cómo los engañaste tú para que te dejaran quedarte?

—No engañé a nadie. Me quedé porque tenía cosas que hacer. Y las sigo

teniendo. Volverán a buscarme dentro de dos semanas. —Apoyé la cabeza en las manos—. Ay, Tordo. Menuda jugarreta. Sé que no querías importunarme, pero esto es un desastre. ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Qué pensabas conseguir quedándote aquí?

Se encogió de hombros y habló con la boca llena de gachas.

—No montar en ningún bote. Y me salió bien. ¿Qué pensabas conseguir tú?

—Desandar el camino y regresar al palacio de hielo. Matar a la Mujer Pálida, si la encuentro. Y recuperar el cuerpo de lord Dorado, también si lo encuentro.

—Vale. Podemos hacerlo. —Se inclinó hacia delante y se asomó al cazo de gachas—. ¿Te vas a comer eso?

—Supongo que no.

Mi apetito se había evaporado, junto con mis pretensiones de encontrar la serenidad. Lo observé mientras comía. Tenía dos opciones. Sabía que no podía dejarlo solo en la playa mientras yo seguía la pista de la Mujer Pálida. Habría sido como abandonar a un niño pequeño a su suerte. Podría quedarme las dos semanas con él en la playa, hasta que llegase la lancha que Dedicado había prometido enviar para recogerme. Embarcaría a Tordo e intentaría reanudar mi misión. Para entonces, sin embargo, el otoño ya habría llegado a esta isla septentrional. Las nevadas y el viento se aliarían para borrar cualquier rastro. O podría llevarlo conmigo y cargar con él, caminando a su pesado y agónico paso, poniéndolo posiblemente en peligro. Y compartiendo con él una parte muy íntima de mi existencia. No me apetecía que estuviese presente cuando recuperase el cadáver del bufón. Era algo que deseaba y necesitaba hacer yo solo, sin compañía de nadie.

Allí estaba él, no obstante. Dependiente de mí. Recordé de repente, sin poder evitarlo, la cara que había puesto Burrich cuando me dejaron a su cargo. Así había sido para él entonces. Así era para mí ahora. Lo vi raspar las últimas gachas del fondo del cazo para lamer a continuación la pegajosa cuchara.

—Tordo. Será duro. Tenemos que levantarnos temprano y viajar rápido. Vamos a internarnos otra vez en el frío. Sin demasiado fuego y con una comida de lo más aburrida. ¿Seguro que quieres hacerlo?

Como si tuviera elección.

Se encogió de hombros.

—Mejor eso que montar en barco.

—Pero, tarde o temprano, tendrás que montar en un barco. Cuando el barco vuelva a por mí, me iré de esta isla.

—Nah —dijo, desdeñando la idea—. Para mí nada de barcos. ¿Vamos a dormir en esa tienda tan bonita?

—Tenemos que avisar de que estás aquí a Chade y al príncipe.

Aquello le hizo fruncir el ceño, y temí que intentara usar la Habilidad para disuadirme. Pero al final, cuando me proyecté hacia ellos, Tordo estaba conmigo, disfrutando a lo grande de la broma que les había gastado. Percibí cómo se exasperaban con él y cómo se compadecían de mí, pero ninguno de los dos se ofreció a sugerir siquiera que su barco diera la vuelta. A decir verdad, les habría resultado imposible. Una historia tan espectacular como la que ellos portaban no podía esperar. Ninguna de las naves iba a volver a la playa. La Hetgurd no aceptaría la ausencia del príncipe, y menos aún la de la narcheska. La travesía debía continuar. Chade se ofreció, huraño, a enviar un barco a buscarnos en cuanto atracaran en Zylig, pero le pedí que esperara, que les mandaríamos un mensaje con la Habilidad cuando estuviéramos listos para marcharnos. *Nada de barcos*, añadió con énfasis Tordo; ninguno de nosotros tenía la presencia de ánimo necesaria para llevarle la contraria en ese preciso momento. Estaba seguro de que, cuando me viera embarcar, se iría conmigo. Confiaba en que para entonces ya estuviera más que hartado y aburrido de las inhóspitas condiciones de la isla. Me extrañaría que quisiera quedarse allí solo.

Conforme avanzaba la noche, reflexioné que quizá me conviniera su presencia allí, en cierto modo. Cuando extendí las mantas en la tienda del bufón, Tordo me parecía un intruso, tan fuera de lugar como una res en el baile de la cosecha. Sin embargo, si él no hubiera estado a mi lado, sé que me habría sumido en una honda melancolía, obsesionándome con todo lo que había perdido. Así las cosas, constituía tanto un incordio como una distracción, y me hacía compañía. Mientras debiera encargarme de él, no tendría tiempo para examinar mi dolor. En vez de eso, ahora tocaba ocuparse de prepararle un macuto con la porción de suministros que supuse que sería capaz de acarrear. Lo llené de ropa de abrigo y, sobre todo, de comida, sabiendo que no podría pasar sin ella. Cuando ya me disponía a cerrar los ojos, sin embargo, regresaron mis

temores sobre lo que iba a depararme la mañana siguiente, obligado a arrastrarlo conmigo.

—¿Vas a dormirte ya? —preguntó Tordo mientras me tapaba la cabeza con las mantas.

—Sí.

—Me gusta esta tienda. Es bonita.

—Sí.

—Me recuerda a la carreta, cuando era pequeño. Mi madre hacía cosas bonitas, cintas de colores, cuentas y cosas.

Opté por guardar silencio, rogando para que el sueño no tardara en vencerlo.

—A Ortiga también le gustan las cosas bonitas.

Ortiga. Me sobrevino un arrebato de vergüenza. La había puesto en peligro y había estado a punto de perderla. Y, desde entonces, no había hecho el menor esfuerzo por ponerme en contacto con ella. El modo en que había arriesgado su vida me producía un bochorno insoportable, como me abochornaba también el hecho de que no hubiera sido yo quien la salvó. Aunque hubiera podido reunir el valor necesario para suplicarle que me perdonara, no me sentía con fuerzas para informarle de que su padre estaba muriéndose. De alguna manera, me sentía culpable. De no ser por mí, ¿habría venido aquí Burrich? ¿Habría desafiado al dragón? Esta era la medida de mi cobardía. Podía desenvainar la espada y emprender la búsqueda de la Mujer Pálida con la intención de matarla. Pero no era capaz de enfrentarme a la hija con la que tan mal me había portado.

—¿Está bien? —pregunté, desabrido.

—Más o menos. Voy a enseñarle la tienda esta noche, ¿de acuerdo? Le gustará.

—Bueno. —Dubitativo, me atreví a dar un paso más—. ¿Todavía le da miedo quedarse dormida?

—No. Sí. A veces, pero no si estoy yo ahí. Le prometí que no volvería a dejar que cayera en ese sitio. Que la cuidaría y la protegería. Por eso me voy a dormir yo primero, y después ella.

Hablaba como si fuesen a encontrarse en una taberna, como si el sueño fuese una habitación que estuviera en la otra punta de la ciudad o una aldea distinta a la que se pudiera llegar siguiendo la carretera. Cuando habló de nuevo,

mi mente seguía pugnando por comprender lo que aquellas sencillas palabras significaban para él.

—Bueno. Me tengo que dormir ya. Ortiga estará esperando que vaya a buscarla.

—Tordo. Dile... No, nada. Que me alegro. Me alegra que puedas acompañarla de esa manera.

Se apoyó en un codo rechoncho y me dijo, muy serio:

—Todo se va a arreglar, Tom. Encontrará su música otra vez. Yo la ayudo. —Se llenó los pulmones de aire y exhaló un hondo suspiro—. Ahora tiene una amiga. Otra chica.

—¿Sí?

—Hum. Sydel. Viene del campo, está sola, llora un montón y no tiene la ropa adecuada. Así que se ha hecho amiga de Ortiga.

Aquello me dijo más de lo que me habría gustado saber. A mi hija le daba miedo quedarse dormida, lo pasaba mal por las noches, se sentía sola y habría trabado amistad con una renegada picaza. De repente estuve seguro de que a Percán le iba exactamente tan bien como a Ortiga. Se me cayó el alma a los pies. Intenté consolarme pensando que, por lo menos, Kettricken debía de haber levantado el castigo de su inmerecido aislamiento a Sydel. No fue fácil.

Entre nosotros, la diminuta lamparita de aceite del bufón chisporroteó y se apagó por completo. La mano de la oscuridad, o lo que se entiende por oscuridad en las noches de verano de aquella parte del mundo, cubrió nuestra tienda. Me quedé inmóvil, escuchando la respiración de Tordo, el murmullo de las olas que acariciaban la playa y el perturbador zumbido del dragón deslavazado bajo el agua. Cerré los ojos, pero me asustaba quedarme dormido; temía tanto encontrarme con Ortiga como no verla en absoluto. Transcurrido algún tiempo, empecé a pensar que el sueño realmente era un lugar y que se me había olvidado la manera de llegar hasta él.

Debí de quedarme dormido en algún momento, no obstante, puesto que me despertó la luz del amanecer, teñida por los colores de la tienda del bufón. Era mucho más tarde de lo que había previsto, y Tordo todavía seguía fuera de combate. Salí, alivié la vejiga y recogí agua del arroyo helado para calentarla y lavarnos. Tordo no se levantó hasta que hubo olido las gachas para el desayuno

puestas al fuego. Apareció, desperezándose animadamente, para informarme de que Ortiga y él se habían pasado toda la noche cazando mariposas, con las que ella le había hecho un sombrero que salió volando justo antes de que se despertara. Su cándida excentricidad me levantó el ánimo, por mucho que contrastara con la gravedad de mis planes.

Intenté que Tordo se apresurara, con éxito moderado. Se dedicó a pasear por la playa, ocioso, mientras yo desmontaba la tienda y la cargaba en mi macuto. Hube de persuadirlo para que cogiera su mochila y me siguiera playa abajo, en la dirección de la que habían venido Acertijo y sus compañeros. Había escuchado con atención el relato de Acertijo y sabía que habían seguido la playa durante aproximadamente dos días. Esperaba que, si hacía lo mismo y buscaba el punto por el que habían bajado a la playa, encontraría la forma de regresar a la grieta por la que habían salido del palacio de la Mujer Pálida.

Pero no había contado con la compañía de Tordo. Al principio me siguió por la playa, risueño, investigando los charcos dejados por la retirada de la marea, los trozos de madera, las plumas y las algas marinas. Se mojó los pies, por supuesto, con lo que empezó a refunfuñar, y pronto anunció que tenía hambre. Puesto que eso yo ya lo había previsto, tenía preparada una bolsita con pan de viaje y algo de pescado en salazón. No era lo que esperaba, pero cuando le hube dejado claro que pensaba proseguir la marcha con independencia de lo que hiciera él, lo aceptó y empezó a masticar sin dejar de caminar.

Disponíamos de agua potable en abundancia, pues esta discurría por regueros que cortaban la playa y humedecían la cara de piedra de los acantilados. No dejaba de prestar atención a las olas, pues no quería que la pleamar nos pillara en una sección de la playa donde no pudiéramos escapar de ella. Pero la marea no llegaba tan arriba, e incluso me vi recompensado por la aparición de unas huellas por encima de la línea de playa. Las marcas del paso de Acertijo me infundieron un aliento renovado, y continuamos avanzando.

Al filo del anochecer, recogimos los escasos trozos de madera de deriva que salpicaban la playa, montamos la tienda a una distancia segura del agua y encendimos una fogata. De no haber sido por la congoja que anidaba en mi pecho, la noche me habría parecido agradable; la luna se insinuaba en el firmamento, y Tordo se animó a sacar el silbato y nos entretuvo tocándolo. Era

la primera vez que me entregaba a sus talentos musicales, pues era consciente tanto de la melodía de su Habilidad como de sus pitidos. Constituían la primera el viento omnipresente, los chillidos de las aves marinas y el murmullo del oleaje contra la orilla. Los sonidos del silbato se imbricaban en ella como un hilo brillante en un tapiz. Puesto que tenía acceso a su mente, la música me parecía comprensible. Sin la Habilidad, estoy seguro de que no habría escuchado más que irritantes notas aleatorias.

Nuestra frugal cena consistió en una sopa de pescado desecado con algas frescas encontradas en la playa y pan de viaje. Nos sirvió para llenar el estómago; seguramente sea lo más amable que se pueda decir de ella. Si Tordo se lo comió todo fue, más que nada, porque se moría de hambre.

—Ojalá tuviéramos pasteles de la cocina —musitó con expresión soñadora mientras yo limpiaba el cazo en la arena.

—Bueno, no tendremos nada por el estilo hasta que volvamos a Gama. En el barco.

—No. Nada de barcos.

—Tordo, es la única manera de llegar allí.

—Si seguimos caminando, llegaremos tarde o temprano.

—No, Tordo. Aslevjal es una isla. Está rodeada de agua. No podemos regresar a pie. Antes o después habrá que montar en un barco.

—No.

Otra vez la misma cantinela. Parecía entender muchas cosas, pero siempre había algo que le costaba aceptar o rechazaba de plano. Aquella noche me di por vencido, y nos metimos entre las mantas. Volví a ver cómo se sumergía en el sueño con la misma facilidad con que un nadador experto se zambulliría en el agua. No había reunido el valor necesario para mencionar el nombre de Ortiga. Me preguntaba qué pensaría de mi ausencia o si se habría percatado de ella siquiera. Cerré los ojos y no tardé en quedarme dormido.

Al segundo día de marcha, Tordo empezó a aburrirse de la rutina. En dos ocasiones dejó que me adelantase tanto que a punto estuvo de perderme de vista. En ambas apareció resoplando, corriendo por la arena mojada, para alcanzarme. En ambas exigió saber por qué teníamos que darnos tanta prisa. No se me ocurrió ninguna respuesta que lo satisficiera. Lo cierto era que solo me

apremiaba mi propia necesidad. El afán de poner punto final a esta historia, sabiendo que no volvería a conocer la paz hasta que lo consiguiera. Cuando pensaba que el bufón estaba muerto, cuando me imaginaba su cadáver abandonado en aquel reducto de hielo, el dolor que me provocaba esa imagen me empujaba al borde del desfallecimiento. Sabía que no podría aceptar por completo su muerte hasta que lo viera. Era como contemplar un pie gangrenado, sabiendo que habría que amputarlo antes de que el cuerpo pudiese empezar a sanar. Mi prisa era por afrontar cuanto antes esa agonía.

La noche nos pilló en una playa estrecha que se extendía junto a un acantilado cuyas paredes estaban cubiertas de carámbanos. Un manto de agua se escurría por las paredes rocosas. Estimé que aquel era un buen lugar para acampar; estaríamos resguardados, siempre y cuando no se desatara ninguna tormenta que elevara en exceso el nivel de las aguas. Montamos la tienda, la afianzamos en la arena con piedras, encendimos la fogata y preparamos otra cena sencilla.

La luna brillaba con más fuerza esa noche, y nos quedamos un rato sentados bajo las estrellas, con la mirada perdida en las aguas. Encontré tiempo para preguntarme cómo le iría a Percán, y si mi chico habría superado ya el peligroso cariño que le profesaba a Svanja o habría sucumbido a él por completo. Solo podía rogar para que no hubiera perdido ni la cabeza ni la sensatez. Suspiré, preocupado.

—¿Te duele la tripa? —preguntó Tordo, solidarizándose conmigo.

—No. No exactamente. Estaba pensando en Percán. Mi hijo, que está en la ciudad de Torre del Alce.

—Ah. —No parecía muy interesado en el tema. Luego, como si esto fuese algo a lo que hubiera dedicado largas sesiones de reflexión, añadió—: Siempre tienes la cabeza en otra parte. Nunca haces música donde estás.

Tras quedarme mirándolo fijamente un momento, sin pestañear, bajé mis perpetuas defensas contra su melodía. Franquearle el acceso fue como abrir los ojos al anochecer, cuando la luz del ocaso se extiende sobre la tierra y señala el momento propicio para salir a cazar. Me relajé, disfrutándolo, dejándome poseer por la capacidad del lobo para festejar el ahora, como hacía demasiado tiempo ya que no me ocurría. Antes era consciente del agua y de la suave brisa. Ahora

oía el susurro de la arena y la nieve barridas por el viento, y muy por debajo, los parsimoniosos crujidos del glaciar a nuestro alrededor. De repente podía oler el salitre del océano, el yodo de las algas en la playa y el gélido aliento del vetusto hielo.

Era como abrir una puerta a una época y un lugar más antiguos. Miré a Tordo de reajo y lo vi integrado por completo en su entorno, pues se entregaba a él sin reservas. Allí sentado, disfrutando de la noche, no le faltaba nada. Sentí que una sonrisa me curvaba los labios.

—Habrías sido un buen lobo —le dije.

Y Ortega me encontró cuando me quedé dormido esa noche. Tardé un momento en reparar en su presencia, pues se hallaba sentada al filo de mi sueño, dejando que la brisa marina le alborotara el cabello mientras miraba por la ventana del dormitorio de mi niñez, en Torre del Alce. Cuando la miré, saltó por la ventana, bajó a la playa y se limitó a decir:

—En fin. Aquí estamos.

Noté cómo crecía en mi interior una oleada de disculpas, explicaciones y excusas, atropellándose por ser las primeras palabras que brotasen de mis labios. Ortega se sentó junto a mí, en la arena, y se quedó contemplando las aguas. Su pelo ondeaba al viento, agitado como el pelaje de un lobo por la brisa. Su inmovilidad contrastaba hasta tal punto con la vorágine que rugía en mi interior que, de repente, no pude por menos de pensar en lo pesado que era, siempre empeñado en lanzar al aire una andanada de palabras y preocupaciones. Descubrí que yacía recostado junto a ella, con la cola pulcramente enroscada alrededor de mis patas delanteras.

—Le prometí a Ojos de Noche que te contaría historias acerca de él —dije —, y aún no lo he hecho.

El silencio tejió su tela entre ambos antes de que me replicara:

—Creo que me gustaría escuchar alguna esta noche.

De modo que le hablé del torpe cachorro de hocico achatado al que le gustaba saltar lo más alto posible para abalanzarse sobre los ratones desprevenidos, de cómo habíamos aprendido a confiar el uno en el otro, y a cazar y pensar como uno solo. Ortega se pasó toda la noche escuchándome y, ante algunas de las historias, ladeaba la cabeza y decía:

—Me parece que de eso me acuerdo.

Me despertó la luz del amanecer que se filtraba por las brillantes bestias que cabriolaban en las paredes de la tienda, y por un momento se me olvidaron el dolor y la sed de venganza que pesaban sobre mis hombros. Lo único que veía era un reluciente dragón azul con las alas desplegadas, meciéndose al viento mientras, a sus pies, unas sinuosas serpientes escarlatas y moradas surcaban el agua. Percibí de forma paulatina los ronquidos de Tordo y el rumor de las alas, próximo a la puerta de la tienda. Alarmado, gateé hasta asomarme al exterior. Me alivió comprobar que la marea empezaba ya a retirarse. Había dormido sin percatarme del verdadero peligro, con el mar a dos pasos de nuestro refugio.

Me arrastré hasta salir de la tienda, me incorporé, me desperecé y paseé la mirada sobre las olas. Me embargaba una extraña serenidad. Aún me aguardaba la dolorosa misión en la que había decidido embarcarme, pero había recuperado una parte de mi vida que creía haber estropeado para siempre. Me alejé para descargar la vejiga a cierta distancia de la tienda, disfrutando casi del helor de la arena, húmeda y apelmazada, bajo la planta de mis pies descalzos. Cuando me volví para regresar al refugio, sin embargo, todo mi estoicismo se evaporó en un abrir y cerrar de ojos.

Encajado en la arena, a escasos palmos de la lona de la tienda, estaba el tarro de miel del bufón.

Lo reconocí de inmediato, pues recordaba perfectamente cómo había desaparecido del exterior de mi tienda la primera noche que pasé en esta isla. Me apresuré a escudriñar la playa y los acantilados que se erguían sobre nuestras cabezas, atento al menor indicio de actividad humana. No encontré nada. Me acerqué al envase como si temiera que este pudiese morderme, buscando a la vez cualquier pista que hubiera podido dejar nuestro sigiloso visitante nocturno, pero la pleamar había borrado de la playa hasta la última huella.

Lo recogí, al cabo, y le quité la tapa. No sé qué esperaba encontrar, pero estaba completamente vacío, sin la menor traza de su antiguo y dulce contenido en el interior. Me lo llevé a la tienda y lo guardé con cuidado, junto a las demás pertenencias del bufón, mientras me preguntaba qué podría significar aquello. Pensé en Habilitar para informar a Chade y Dedicado de mi extraño hallazgo, pero al final decidí no contarle nada a nadie por el momento.

Encontré poca madera esa mañana, por lo que Tordo y yo hubimos de conformarnos con desayunar pescado en salazón y agua helada. Los suministros que me habían parecido más que suficientes para una sola persona comenzaban a agotarse demasiado deprisa. Respiré hondo e intenté pensar como un lobo. Por ahora, el tiempo era plácido y la comida aguantaría hasta el final de la jornada; debería aprovechar para proseguir mi viaje sin quejarme. Tordo se mostró de buen humor hasta que empecé a desmontar la tienda, momento en el que protestó y me acusó de no querer hacer nada más que andar por la playa todos los días. Me mordí la lengua para no decirle que era él el que había decidido, sin que nadie se lo pidiera, quedarse allí y ligar su existencia a la mía. En vez de eso, le prometí que ya no faltaba mucho para llegar a nuestro destino. Aquello pareció animarlo, pues omití mencionar que antes habría que encontrar las marcas que Acertijo y los otros hubieran dejado al bajar a la playa. En su relato aparecía un acantilado, y rogué para que perdurase algún rastro que ni el viento ni las mareas hubieran conseguido borrar aún.

Reanudamos la marcha, por tanto, y procuré solazarme en el frescor de la mañana y el siempre cambiante semblante del mar, sin dejar de investigar los acantilados que servían de telón de fondo a nuestra expedición. La señal que tan inesperadamente encontré, sin embargo, no podía ser obra de Acertijo y sus compañeros. Estaba recién grabada en la piedra de los acantilados, sin perturbar por el viento o el agua, y su significado era inconfundible. Un tosco dragón corcoveaba sobre una serpiente arqueada. Sobre ellos, una flecha apuntaba hacia arriba.

Pensé que quienquiera que hubiera dejado allí esas marcas había elegido para nosotros una ruta bastante fácil por la que ascender hasta lo alto de los acantilados desde la playa. Así y todo, decidí subir yo primero, sin impedimentos, mientras Tordo esperaba plácidamente en la arena. En la cima de los acantilados azotados por el viento encontré una estrecha franja de terreno desnudo, recubierto por un manto de musgo crujiente entre el que sobresalían puñados de hierba obstinada, que lindaba con una suerte de hondonal sembrado de briznas raquílicas, rocas encostradas de liquen y arbustos de aspecto apesadumbrado. Había trepado con el cuchillo entre los dientes, pero allí no me esperaba nadie, ni amigo ni enemigo; tan solo el estéril barrido del viento helado

bajo el que se agazapaba el glaciar.

Regresé a la playa para transportar arriba nuestras mochilas, primero, y después a Tordo. No se le daba mal la escalada, pese a su baja estatura y su rechoncha constitución. Con todo, conseguimos coronar juntos el acantilado.

—Bueno —dijo cuando hubo terminado de resoplar—, ¿y ahora qué?

—No estoy seguro.

Miré a nuestro alrededor, suponiendo que quienquiera que nos hubiese dejado una señal tan visible en la pared del acantilado no iría a abandonarnos ahora. Tardé un momento en encontrar la siguiente pista. No creo que intentara ser sutil, sino que los medios, más bien, eran escasos. Unas cuantas piedras de playa se alineaban formando una línea recta. Un extremo apuntaba hacia el punto por el que acabábamos de ascender; el otro, hacia el interior de la isla.

Le pasé su macuto a Tordo y me cargué el mío a los hombros.

—Vamos —le dije—. Por ahí. —Señalé con el dedo.

Siguió la dirección indicada con la mirada y sacudió la cabeza, decepcionado.

—No. ¿Por qué? Ahí solo hay hierba. Y nieve.

No se me ocurría ninguna explicación convincente. Tordo tenía razón. La planicie salpicada de achaparradas matas de hierba lindaba con un manto nevado, y a lo lejos se elevaba otra pared de roca, escarpada y reluciente, revestida de hielo y escarcha.

—En fin, es ahí adonde voy yo —dije, y empecé a andar. Caminaba despacio, pero evitando mirar atrás. Agucé el oído, en cambio, y me proyecté con la Maña para percibir su presencia. Me seguía, aunque a regañadientes. Aminoré el paso lo justo para permitir que me alcanzara. Cuando se hubo situado a mi lado, observé amigablemente—: Bueno, Tordo, creo que hoy resolveremos por lo menos algunas de nuestras incógnitas.

—¿Qué incógnitas?

—Quién o qué es el Hombre Negro, por ejemplo.

Tordo adoptó una expresión petulante.

—A mí me da igual.

—Bueno. Hace un día espléndido. Y ya no me limito a caminar por la playa.

—Ahora caminamos hacia la nieve.

Tenía razón, y no tardamos en llegar a ella. Allí estaban las huellas del

Hombre Negro, perfectamente visibles, señalando sus idas y venidas. Sin hacer ningún comentario al respecto, las seguí con Tordo pisándome los talones. Cuando habíamos recorrido un trecho, observó:

—No estamos tanteando la nieve. Nos podríamos caer.

—Mientras sigamos estas huellas —le dije—, creo que estaremos a salvo. Esto todavía no es el glaciar de verdad.

Al atardecer, las pisadas nos habían conducido por una llanura de nieve y hielo hasta el pie de una escarpada pared de piedra. Ominosa e inmensa, desafiaba el viento que la azotaba. El mismo hielo que formaba columnas adosadas contra ella había abierto grandes grietas en su cara rocosa. En la base, las huellas torcían hacia el oeste y continuaban. Las seguimos. La noche agrisaba ya el firmamento y, aun así, yo me resistía a parar, sobornando a Tordo con varitas de pescado en salazón cuando se quejaba de que tenía hambre. A medida que el crepúsculo se asentaba a nuestro alrededor, sin embargo, incluso mi curiosidad empezó a verse mermada, al igual que mis energías. Nos detuvimos, al cabo. Tímidamente, me volví hacia Tordo y anuncié:

—Vale, me he equivocado. Plantaremos la tienda aquí para pasar la noche, ¿de acuerdo?

Impulsó hacia delante el labio inferior, entresacó la lengua y arrugó el entrecejo, incapaz de ocultar su desilusión.

—¿Es imprescindible?

Paseé la mirada en rededor, sin saber qué otra alternativa podría ofrecerle.

—¿Tú qué harías?

—¡Ir allí! —exclamó. Alcé la mirada para seguir la dirección indicada por su dedo gordezuelo. El corazón me dio vuelco en el pecho.

Pendiente como estaba de las marcas del suelo, no había prestado atención a la gigantesca muralla de hielo. Frente a nosotros, hacia la mitad del despeñadero, alguien había aprovechado una amplia grieta para montar una puerta de madera gris. Varias rocas de distintos tamaños rellenaban el resto de la fisura. La puerta, entreabierta, permitía vislumbrar una oscilante luz mortecina tras ella. Allí vivía alguien.

Con celeridad renovada, seguimos las huellas hasta un abrupto recodo que comunicaba con una empinada vereda, cuya serpenteante trayectoria ascendente

surcaba la cara del precipicio. La denominé «vereda», de hecho, por ser generoso. Tuvimos que colocarnos en fila de a uno para subir por ella, y nuestros macutos no dejaban de chocar contra la pared de roca a cada paso que dábamos. Fuera como fuese, se notaba que el sendero no estaba en desuso; alguien lo conservaba libre de cascotes y traicioneros parches de hielo. Quizá la misma persona que había cortado y retirado los regueros de agua congelada que caían desde arriba e intentaban cruzar la vereda. La acción parecía reciente.

Pese a esos indicios de hospitalidad, temblaba de nerviosismo cuando me planté por fin en la puerta. Esta era una amalgama de trozos de madera de deriva, meticulosamente lijados a mano y ensamblados entre sí. De ella emanaba calor y un apetitoso olor a comida. Aunque estaba entreabierta y el umbral era pequeño, titubeé. Tordo no. Me apartó de un empujón y abrió la puerta de par en par.

—¡Hola! —llamó, esperanzado—. Estamos aquí y hace frío.

—Por favor, adelante —respondió alguien en tono quedo y cordial. La pronunciación de las palabras era extraña y la voz sonaba enronquecida, debido quizá a la falta de uso, pero denotaba una buena predisposición innegable. Tordo entró sin pensárselo dos veces. Yo lo seguí más despacio.

Tras la penumbra del exterior, el fuego que ardía en la chimenea de piedra emitía un resplandor deslumbrante. Al principio solo pude distinguir una silueta frente a la lumbre, sentada en una silla de madera. A continuación, el Hombre Negro se puso de pie con parsimonia y se volvió hacia nosotros. A Tordo se le cortó la respiración. Luego, en un alarde de superación y buenos modales que me sorprendió viniendo de él, el hombrecillo murmuró:

—Buenas noches, abuelo.

El Hombre Negro sonrió. Enmarcados por sus oscuras, oscurísimas facciones, sus dientes desgastados se veían amarillos como el hueso. Tenía los labios surcados de arrugas y sus ojos, como relucientes discos de ébano, anidaban en lo más hondo de sus cuencas.

—No sé cuánto tiempo llevo aquí —dijo, y mi mente tardó unos instantes en descifrar su fuerte acento de las Islas del Margen—, pero sí sé una cosa: esta es la primera vez que alguien pisa ese sitio y me llama «abuelo».

Se había levantado sin esfuerzo aparente, recta la espalda. Llevaba la edad

escrita en el rostro, sin embargo, y se conducía con la lenta elegancia de quien procura que su cuerpo no sufra ningún tropiezo. Indicó con un gesto una mesa de modestas dimensiones.

—Rara vez recibo visitas, pero permitid que os ofrezca mi hospitalidad, pese a todas mis carencias. Por favor. He preparado algo de comer. Acercaos.

Tordo no vaciló. Se descolgó el petate de los hombros y lo dejó caer al suelo sin remordimientos.

—Te lo agradecemos —dije, receloso, mientras me quitaba el macuto de encima y depositaba los dos juntos a un lado.

Mi vista ya se había acostumbrado a la luz. No sé si calificar aquella residencia de cueva o de grieta grande. No se veía ningún techo, y sospeché que el humo ascendía pero no llegaba a salir de allí. El mobiliario, sencillo, era de excelente factura; exudaba el aura de destreza y atención al detalle propia de quienes han tenido mucho tiempo para perfeccionar sus habilidades y ponerlas en práctica. Había una cama en un rincón, así como una alacena, un cubo y un barril para el agua, y una alfombra en el suelo. Algunos de los objetos parecían rescatados de la playa, restos de distintos naufragios, mientras que otros era evidente que procedían de los magros recursos de la isla. El conjunto denotaba una estancia muy prolongada.

El hombre en sí era tan alto como yo, y tan homogéneamente negro como blanco había sido el bufón en su día. Aunque no nos preguntó cómo nos llamábamos ni nos dijo su nombre, nos sirvió tres tazones de piedra llenos de sopa previamente calentados junto al fuego. Habló poco al principio. Nos expresábamos en la lengua de los marginados, aunque ninguno de los tres la domináramos. El Hombre Negro y yo nos esforzábamos por comunicarnos. Tordo hablaba en la lengua de los ducados, pero conseguía hacerse entender. La mesa era baja y nuestras sillas consistían en cojines con cubiertas de juncos entretejidos, rellenos de paja. Estar sentado era agradable. Las cucharas estaban hechas de hueso pulido. Había trozos de pescado fresco en la sopa, así como tubérculos cocidos y un vestigio de hojas de verdura. Su sabor era delicioso, tras días de alimentos desecados o en conserva. La torta de pan que la acompañaba me sorprendió, y nuestro anfitrión sonrió al ver cómo la miraba.

—De su despensa a la mía —dijo, sin ningún cargo de conciencia—. Cogía

lo que necesitaba. Y a veces más. —Suspiró—. Ahora se ha terminado. Mi vida será más sencilla. La tuya, más solitaria, creo.

De repente me dio la impresión de estar en medio de una conversación ya empezada en la que ambos sabíamos, sin necesidad de palabras, por qué nos habíamos reunido. De modo que me limité a decir:

—Tengo que volver a buscarlo. Odiaba el frío. No puedo dejar su cadáver allí. Y debo cerciorarme de que haya acabado. De que está muerta.

Asintió con gesto solemne ante la inevitabilidad de la situación.

—Tal es tu camino y, por tanto, debes recorrerlo hasta el final.

—Ya. Entonces ¿me ayudarás?

Negó con la cabeza, pero sin pesadumbre. Como si también aquello fuese inevitable.

—Tu camino —repitió—. La senda del Cambiador es exclusivamente tuya.

Un escalofrío se deslizó por mi espalda cuando me llamó así. A pesar de todo, insistí.

—Pero no sé cómo acceder al palacio. Tú debes de conocer la manera, pues te he visto allí dentro. ¿No puedes desvelarme eso al menos?

—El camino te encontrará —me aseguró, con una sonrisa—. No puede ocultarse en la oscuridad.

Tordo levantó el cuenco vacío.

—¡Estaba rica!

—¿Más, entonces?

—¡Por favor! —Tordo exhaló un inmenso suspiro de satisfacción mientras el hombre le servía otra ración, la cual degustó algo más despacio.

La conversación se interrumpió cuando el Hombre Negro se levantó para colocar en la chimenea una vieja y vapuleada olla llena de agua. Avivó el fuego; vi cómo la madera de deriva prendía y se consumía, lamida por ocasionales llamas de extraños colores. Se dirigió a un estante y estudió con detenimiento las tres cajitas de madera que reposaban encima de él. Me incorporé atropelladamente y me acerqué a los macutos.

—Por favor, permite que contribuyamos con algo a la cena. Tengo hierbas de infusión.

Cuando se dio la vuelta, comprobé que había tomado la decisión acertada.

Era como si acabase de enseñarle un cofre repleto de oro y piedras preciosas. Sin titubear, abrí uno de los paquetitos del bufón y se lo ofrecí. Se agachó, aspiró su fragancia y cerró los ojos mientras una sonrisa de puro placer se propagaba por sus facciones.

—¡Qué corazón tan generoso! —exclamó—. Esto contiene la memoria de las flores. Los recuerdos que despierta semejante aroma son incomparables.

—Por favor. Quédatelo todo, para que lo disfrutes —le ofrecí, y sus ojos negros se iluminaron con un destello de júbilo.

Preparó el té con inusitada cautela, desmenuzando las hojas hasta pulverizarlas antes de introducirlas en un recipiente hermético. Cuando levantó la tapa y se elevó un penacho de vapor perfumado, se le escapó una carcajada; como hace la gente cuando se ríe un niño pequeño, Tordo y yo nos unimos a él por el mero placer de compartir su alegría. Exudaba un aura de familiaridad que resultaba encantadora, tanto que era casi imposible encontrar la concentración necesaria para preocuparse o temer nada. Distribuyó el té y nos lo tomamos a diminutos sorbitos, degustando tanto su fragancia como el sabor. Para cuando hubimos terminado, Tordo bostezaba como si se quisiera desencajar la mandíbula, lo que contribuyó a acrecentar mi cansancio.

—Un sitio donde dormir —anunció nuestro anfitrión, indicándole a Tordo su propia cama con un ademán.

—Por favor, hemos traído mantas. No hace falta que nos prestes tu cama —le aseguré, pero se limitó a darle una palmadita en el hombro a Tordo y volvió a señalar con el dedo.

—Estarás cómodo. Dulces y seguros sueños. Que duermas bien.

Tordo, que no necesitaba más invitación, ya se había quitado las botas. Oí el crujido de un somier de cuerdas cuando se sentó. Levantó la colcha, se acostó y cerró los ojos. Creo que se quedó dormido casi al instante.

Yo ya había empezado a extender nuestras mantas junto a la chimenea. Algunas eran del bufón, hechas por los vetulus, y el anciano las examinó con detenimiento, acariciando la delicada tela entre el índice y el pulgar.

—Qué amable eres, qué amable —me dijo—. Gracias. —Me miró casi con tristeza a continuación—. Tu camino te espera. Que la fortuna te sea propicia y favorable la noche. —Ensayó una reverencia en lo que solo podía ser un

inconfundible gesto de despedida.

Desconcertado, lancé una mirada de reojo a la puerta. Cuando me volví de nuevo hacia él, asintió despacio con la cabeza.

—Montaré guardia —me aseguró, señalando a Tordo.

Seguí observándolo sin parpadear, aturdido. Respiró hondo e hizo una pausa. Prácticamente podía ver cómo se esforzaba por moldear sus pensamientos en forma de palabras que yo pudiera entender. Se llevó las manos a las mejillas y las extendió hacia mí, con las palmas hacia fuera.

—Yo fui el Blanco una vez. El Profeta. —Sonrió al verme abrir aún más los ojos, pero después la melancolía se apoderó de su oscura mirada—. Fracasé. Vine aquí con los antiguos. Éramos los últimos y lo sabíamos. Las otras ciudades se habían quedado desiertas y mudas. Pero yo había visto que aún existía una posibilidad, minúscula, de que todo volviera a ser como antes. Cuando apareció el dragón, al principio me dio esperanzas. Pero él estaba lleno de desesperación, lo infectaba como una enfermedad. Se refugió en el hielo. Lo intenté. Lo visité, supliqué, lo... animé. Pero él me daba la espalda, buscando la muerte. Y aquello me dejaba sin nada. Sin esperanza. Solo me quedaba esperar. Durante mucho tiempo no tuve nada. No veía nada. El futuro se ensombrecía y las posibilidades se reducían.

Juntó las manos y escudriñó entre las palmas ahuecadas, como si espicara a través de una rendija, para ilustrar lo limitadas que se habían vuelto sus visiones. Alzó la mirada de nuevo hacia mí. Creo que mi confusión lo decepcionó. Negó con la cabeza y, con visible esfuerzo, continuó:

—Me queda una visión. Un atisbo... ¡no! Una insinuación de lo que podría ocurrir. Nada es seguro, nunca, pero era una oportunidad. Podría surgir otro. Con otro catalizador. —Extendió una mano en mi dirección y cerró el puño, dejando tan solo un diminuto resquicio entreabierto—. La menor de todas las oportunidades, quizá. Tan pequeña que es casi improbable. Pero existe.

Me miró fijamente.

Me obligué a asentir con la cabeza, aunque no estaba seguro de haber entendido todo lo que me había contado. ¿Que era un antiguo Profeta Blanco fracasado? ¿Y que había previsto que, tarde o temprano, el bufón y yo vendríamos aquí?

Alentado por mi gesto, añadió:

—Llegó ella. Al principio pensé: «¡Es la elegida!». Trae su catalizador. La esperanza viene a mi encuentro. Dice que busca al dragón. Y peco de ingenuo. Le muestro el camino. Después, la traición. Quiere matar a Yama de Hielo. Me enfado, pero ella es más fuerte. Me expulsó, y tuve que escapar por un camino que ella no puede seguir. Me da por muerto y establece aquí sus dominios. Pero vuelvo y establezco también aquí mi dominio. Su gente no viene a este lado de la isla. Sobrevivo y sé que es una farsante. Quiero derrocarla. Pero cambiar las cosas no es mi papel. Y mi catalizadora... —Se le enronqueció la voz de repente. Habló con dificultad—. Está muerta. Muerta ya muchos años. ¿Quién podía imaginar que la muerte dura más que la vida? Solo quedaba yo. Y yo solo no podía provocar el cambio que se necesitaba. Lo único que podía hacer era esperar. Así que esperé de nuevo. Esperanzado. Y entonces lo vi, pero no era blanco, sino dorado. Me extrañó. Después viniste a buscarlo. A él lo reconocí a primera vista. A ti, cuando me dejaste aquel regalo. Mi corazón... —Se tocó el pecho y levantó las manos sobre la cabeza, con una sonrisa beatífica—. Quería ayudar, pero no puedo ser el Cambiador. Debo limitar mis acciones, o se desmoronará todo. ¿Lo entiendes?

Mi respuesta fue muy pausada.

—Creo que sí. No te está permitido ser quien provoque los cambios. Eres el Profeta Blanco de tu época, no el Cambiador.

—Sí. ¡Sí, eso es! —Sonrió—. Y esta época no es la mía. Pero sí la tuya, tú eres el Cambiador, y él tiene que ver el camino y guiarte. Lo hicisteis. La nueva senda se extiende ante ti. Él paga el precio. —Se le truncó la voz, no en señal de pesadumbre, sino de agradecimiento. Incliné la cabeza ante sus palabras.

Me dio una palmada en el hombro, y lo miré. La sonrisa que me dedicó era la sonrisa de la experiencia.

—Seguimos adelante —me aseguró—. ¡Hacia nuevas épocas! Nuevos caminos, más allá de todas las visiones. Yo nunca vi este tiempo, ni ella, la que me engañó. Esto nunca lo ha visto. ¡Solo tu profeta ha visto este camino! La nueva senda, más allá del despertar de los dragones. —De repente, exhaló un hondo suspiro—. El precio para ti ha sido alto, pero ya está pagado. Ve. Encuentra lo que quede de él. Dejarlo allí... —El anciano negó con la cabeza—.

No está bien. —Hizo otro gesto—. Cambiador, ve. Ni siquiera ahora me atrevo a ser el que realiza los cambios. Mientras vivas, ese papel solo es para ti. Vete ya. —Señaló mi macuto y la puerta. Sonrió.

A continuación, sin añadir nada más, se tumbó sobre las mantas del bufón y se estiró junto al fuego.

Me sentía extrañamente indeciso. Estaba cansado, y envolvía al Hombre Negro un aura reparadora, como ocurría con el bufón. Sin embargo, al pensar en esa comparación, me sobrevino de nuevo el apremiante arrebató de ponerle punto final a todo. Ojalá hubiera sabido antes que iba a abandonar allí a Tordo; le habría advertido sobre lo que debía esperar. De alguna manera, no obstante, no temía que se alarmara al despertar y descubrir que me había marchado.

Nuestra separación era inevitable. Me puse la ropa, aún congelada, y volví a colgarme el petate a los hombros. Al pasear una vez más la mirada por el diminuto hogar del Hombre Negro, no pude por menos de fijarme en el contraste con el esplendor de los glaciales dominios de la Mujer Pálida. De inmediato, mi corazón me recordó que el cadáver de mi amigo todavía estaba allí abandonado, en aquel palacio de hielo. Sigiloso, salí al plumizo gris de la noche y cerré la puerta con firmeza a mi espalda.

Catalizador

En un remanso del río que discurre por allí, no muy lejos de la ciudad de los terrapluvios, se acumulan unos ejemplares inmensos de lo que se conoce como tronconjuro. El marinero me explicó que se trata de una especie de caparazón que generan las serpientes durante el proceso que las transforma en dragones. Se atribuyen considerables propiedades mágicas a esa especie de vainas leñosas. Los artefactos fabricados con ellas pueden llegar a adquirir vida propia; cuentan que las naos redivivas de los Mercaderes del Mitonar se construían con esa madera. El tronconjuro molido, si lo intercambian los amantes, dicen que les permite compartir sus sueños. Ingerido en grandes cantidades, sin embargo, puede resultar venenoso. Cuando le pregunté qué hacía algo tan valioso abandonado sin más en el lecho del río, el marinero respondió que la dragona Tintaglia y su prole lo protegen como si de una montaña de oro se tratara. Le costaría la vida, me aseguró, a quien intentase robar siquiera una astilla de aquella madera. Todos mis intentos por sobornarlo para que me consiguiese al menos un trozo se saldaron con un estrepitoso fracaso.

Informe de espionaje para Chade Estrellafugaz,
sin firma

El Hombre Negro tenía razón. No había noche capaz de ocultar el camino que había decidido seguir.

A pesar de todo, recorrer a oscuras la estrecha vereda que surcaba el despeñadero constituyó todo un desafío. Mientras hablaba con el anciano, los lentos regueros de agua que se habían escurrido por la pared de piedra formaban ahora serpientes de hielo bajo mis pies. En dos ocasiones estuve a punto de precipitarme al vacío y, cuando hube llegado al final, alcé la mirada y me maravilló haber superado aquel descenso sin sufrir ningún percance.

Y vi mi camino. O, cuando menos, el comienzo del mismo. En la misma cara de roca escarpada, por encima de la puerta del Hombre Negro, emanaba de la piedra cubierta de hielo una sutil claridad azulada. Su temible familiaridad provocó que me estremeciera. Luego, con un suspiro, regresé sobre mis pasos hasta la empinada vereda.

El ascenso habría sido complicado incluso a plena luz del día. El breve descanso del que había disfrutado en la caverna del Hombre Negro parecía haber mermado aún más mis energías en vez de restaurarlas. Más de una vez

pensé en regresar a la calidez y el confort de su hogar, para dormir hasta que se hiciera de día. No pensaba en ello como algo que pudiera hacer, sino más bien como algo que desearía ser capaz de hacer. Había levantado un pequeño muro temporal entre mi dolor y yo. Sabía que, esa noche, miraría a mi pérdida a la cara y encajaría todo su impacto. Poseído por una extraña trepidación, quería que terminara.

Cuando llegué por fin a la luminosa grieta de la pared, descubrí que la abertura apenas si era lo bastante grande para colarse por ella. El lento deslizamiento del agua que se escurría por la cara de roca estaba cerrándola de forma gradual. Supuse que mantener ese acceso despejado y practicable debía de constituir una tarea poco menos que diaria para el Hombre Negro.

Desenfundé el cuchillo de caza y piqué la cortina de hielo hasta ampliar la entrada un poco más. El macuto raspó las paredes y, una vez dentro, aún tuve que ladearme y caminar de costado hacia la luz azulada, arrastrando la mochila detrás de mí. La grieta fue ensanchándose paso a paso y, cuando volví la vista atrás, la ruta por la que había venido no me pareció que constituyera una salida prometedora. Si no hubiera sabido que mis ojos se equivocaban, habría jurado que el angosto camino no desembocaba en el exterior. La grieta se estrechó y formó un ligero recodo antes de cruzarse con un pasillo de piedra labrada en el que resplandecía uno de los orbes de la Mujer Pálida; era su luminosidad la que me había conducido hasta allí.

Examiné el pasadizo con atención antes de salir de la grieta. Reinaba el silencio en ambas direcciones, tan absoluto que pude oír el lento y distante goteo de las aguas de deshielo, así como los suaves gemidos que emitía el glaciar al asentarse y reacomodarse. La Maña me informaba de que todo estaba desierto, pero, en este lugar, el consuelo que eso me proporcionaba era escaso. ¿Quién me aseguraba que se hubiese liberado a todos los forjados? Levanté la nariz, venteando como un lobo, pero solo olía a hielo derretido y a tenues restos de humo. Me quedé donde estaba, sin saber qué dirección tomar, e impulsivamente decidí seguir la bifurcación de la izquierda. Antes de partir, grabé una marca a la altura de los ojos en la pared de piedra, junto a la grieta; con aquel pequeño gesto me corroboraba a mí mismo que esperaba volver.

Recorrí una vez más los glaciales pasillos de los dominios de la Mujer Pálida,

espantosamente familiares y desconocidos al mismo tiempo merced a su asombrosa similitud. Me recordaban a algún sitio en el que había estado ya, pero no lograba conjurar el recuerdo exacto. En aquel reino, medir el paso del tiempo era tarea imposible. La luz que proyectaban los orbes bulbosos era uniforme y constante. Me descubrí caminando sigilosamente, furtivo, aproximándome con cautela a cada recodo. Me sentía como si estuviera explorando una tumba, y no solo porque estuviese buscando el cadáver del bufón. Quizá se debiese al movimiento de la brisa que soplaba por aquellos túneles helados, pero era como si un susurro incesante se insinuara justo al límite de mi audición.

Esta sección de la fortaleza de la Mujer Pálida mostraba indicios de llevar mucho tiempo en desuso. La mayoría de las cámaras que desembocaban en el corredor estaban vacías. Una de ellas contenía una colección de desperdicios inútiles: un calcetín raído, una flecha rota, la esquina de una manta ajada y un cuenco resquebrajado yacían sobre el polvoriento suelo de piedra. En otra vi varios cubos de piedra de la memoria desperdigados, a todas luces desprendidos de las altas y estrechas estanterías que cubrían las paredes. Me pregunté quién habría morado en esas cámaras, y cuándo. ¿Habría sido esta una de las guaridas a las que regresaban los Corsarios de la Vela Roja tras sus saqueos? ¿O habrían sido otros los que crearon y habitaron estas estancias, tal como me había contado el Hombre Negro? Decidí que la edificación era mucho más antigua que la Guerra de las Velas Rojas. A gran altura sobre la pared, muy por encima del alcance de cualquier posible daño accidental, los restos de unos bajorrelieves exhibían fragmentos de un estilizado semblante femenino, un dragón al vuelo, y un monarca alto y esbelto. Tan solo quedaban de ellos pedazos inconexos, y me pregunté si la Mujer Pálida habría ordenado destruirlos o si, sencillamente, los forjados tendrían por pasatiempo erradicar cualquier atisbo de belleza. Mientras me esforzaba por ensamblar las piezas de aquel rompecabezas, me pregunté si la Mujer Pálida no se habría propuesto, quizá, borrar toda evidencia de que esos pasadizos alguna vez habían sido de los vetulus. Si no serían ellos los «antiguos» que el Hombre Negro había visto perecer aquí.

El corredor que seguía, de piedra negra, convergió sin fisuras con otro de hielo azulado. Apenas una decena de pasos después, un ornamentado portal me condujo al interior de una inmensa cámara abovedada. Sostenían el techo unas

inmensas columnas de hielo con enredaderas esculpidas. El paso del tiempo había redondeado sus contornos, difuminados por el lento deshielo, pero su elegancia perduraba. Se trataba de un espacio crepuscular, un vergel bañado por reflejos selénicos con una gigantesca media luna que refulgía grabada en lo alto, rodeada de constelaciones representadas por cadenas de orbes de luz más pequeños. La cámara habría podido albergar dos Jardines de las Mujeres como el que había en el castillo de Torre del Alce. Era evidente que su diseño se cimentaba sobre los conceptos de la paz y la belleza. Sin embargo, tanto las fuentes de hielo, con sus tallas de ensueño, como los bancos decorativos exhibían indicios de haber sufrido feroces ataques vandálicos. Aquella clase de profanación denotaba más ira y resentimiento que mera dejadez o indolencia. De un dragón posado en uno de los pilares de hielo lo único que permanecía intacto era el cuerpo; le habían partido las alas y su cabeza yacía desperdigada en pedazos. Emanaba de la columna un tufo a orina rancia, y acribillaban su base corrosivas marcas amarillentas, como si aquellos salvajes no hubieran podido conformarse con desfigurar a la criatura esculpida.

Crucé los jardines de hielo y encontré una sinuosa escalera que comunicaba con algún nivel inferior. Donde antes debía de haber habido escalones tallados y tal vez incluso un pasamanos, el tiempo y el deshielo habían convertido la estructura en una rampa traicionera e irregular. Me caí varias veces, aferrándome a las paredes para amortiguar los patinazos y mordiéndome el carrillo para soportar el dolor en silencio. La devastación de la cámara de arriba me había recordado la capacidad para el odio de la Mujer Pálida. Aún temía que pudiera estar al acecho en algún rincón de este laberinto de hielo. Llegué al pie de la escalera tan magullado como desalentado. No quería ni imaginarme cómo sería tener que ascender por allí.

Ante mí se extendía, en línea recta, un amplio pasillo que se adentraba en una distancia azulada. A intervalos, los orbes de luz iluminaban las hornacinas vacías de sus paredes. Al pasar frente a ellas, vi los restos de unas piernas en una; en otra, el pie de un jarrón. En algún momento, así pues, debían de haber contenido esculturas y esto habría sido una especie de galería. Entroncaba con un sencillo y pragmático pasadizo secundario que tomé casi con alivio, deseoso de dejar a mi espalda toda aquella belleza arruinada. Descendía formando una

suave inclinación, y lo seguí durante lo que me pareció mucho tiempo. Torcí a la derecha en la siguiente bifurcación, pues creía saber dónde me hallaba.

Me equivoqué. El lugar era un dédalo de pasadizos de hielo entrecruzados. Algunos estaban jalonados de puertas, pero estas carecían de mirillas y el hielo las había dejado selladas. Continué practicando marcas en todas las bifurcaciones, pero no tardé en preguntarme si alguna vez conseguiría encontrar el camino de vuelta. Procuraba elegir siempre la vía más amplia o más desgastada, con los indicios más recientes de tránsito humano. Encontré más huellas cuanto más descendía, adentrándome en la ciudadela de hielo. Ya estaba seguro de que era eso lo que había sido. En retrospectiva, me pregunto si los vetulus sencillamente habrían aceptado y moldeado el hielo al ocupar la ciudad o si habrían empezado a asentarse sobre la roca de la isla para luego extender su morada hasta el interior del glaciar. Me daba la impresión de que cada nuevo pasadizo y cámara de la Mujer Pálida y sus esbirros forjados me alejaba un poco más de la belleza y la elegancia de los vetulus, sumergiéndome en un pozo de inmundicia y degradación que hacía que me sintiera avergonzado de mis congéneres.

Las cámaras empezaban a dar muestras de haber estado ocupadas hasta hacía poco. Había cubos para los excrementos sin vaciar en las esquinas de lo que podrían haber sido unos dormitorios comunes. Había mantas de piel desperdigadas por el suelo, entre los desperdicios propios de un barracón. Sin embargo, no vi ni rastro de los artículos que suelen caracterizar las habitaciones de la soldadesca: nada de dados ni fichas de juego, nada de amuletos ni recuerdos sentimentales, nada de camisas dobladas con esmero y guardadas a la espera de que su dueño salga a pasar la noche en la taberna. Las dependencias me hablaban de una vida ardua y austera, despojada de humanidad. Forjada. Me sobrevino un nuevo arrebato de conmiseración por todas aquellas personas que habían perdido tantos años de sus vidas al servicio de la Mujer Pálida.

La suerte, más que mi buena memoria, fue lo que me condujo por fin a la sala del trono. Cuando vi la puerta de doble hoja, un escalofrío de enfermiza trepidación me recorrió de la cabeza a los pies. Allí era donde había atisbado por última vez al bufón. ¿Seguiría estando cargado de cadenas su cuerpo, tirado aún en el suelo? Experimenté un momento de vértigo al imaginármelo así, y la

oscuridad se adueñó de los límites de mi visión. Me detuve en el acto e intenté acompasar la respiración, esperando a que pasara aquel arrebató de debilidad. Después obligué a mis piernas a continuar impulsándome hacia delante.

Una de las altas puertas de la cámara estaba entreabierta. Un charco de nieve y hielo escapaba por el resquicio, derramándose sobre el pasillo. Al verlo, se me paró el corazón. Quizá mi búsqueda terminara aquí, con la inmensa estancia en ruinas e inundada de hielo. La nieve derramada formaba ahora una rampa de acceso a la cámara; los días y noches transcurridos desde el desmoronamiento habían atrapado la nieve y el hielo en su zarpa glacial, inmovilizándolos. Tan solo el tercio superior de la entrada permanecía aún despejado. Escalé por la montaña de hielo y me asomé al interior de la cámara. Lo que vi a la tenue claridad azulada que lo bañaba todo me dejó sin aliento.

El centro del techo de la cámara se había desplomado. Un alud de nieve y hielo se había precipitado desde las alturas, formando una montaña cuyas faldas se extendían hasta los confines de la estancia. La luz, procedente del puñado de orbes que aún funcionaban, se filtraba dubitativa a través del manto de hielo. Me pregunté hasta cuándo seguirían encendidas aquellas lámparas antinaturales. ¿Perteneía su magia a la Mujer Pálida o serían también ellos vestigios de la antigua civilización de los vetulus?

Me moví con la cautela de una rata que explora un cuarto desconocido, rodeando el perímetro de las paredes, donde el manto de hielo era menos profundo. Sorteé cascotes y pilas sueltas de hielo, temiendo encontrar mi camino bloqueado de un momento a otro, pero conseguí llegar al extremo de la sala donde se erigía el trono y pude contemplar lo que quedaba del gran salón de la Mujer Pálida.

La avalancha de hielo se había quedado sin fuerza antes de llegar a esa sección de la cámara, deteniéndose a escasos palmos del trono. Este se veía volcado y hecho pedazos, pero sospechaba que se habría caído cuando el dragón de piedra volvió a la vida. La criatura debía de haber salido por el centro del techo de la cámara en vez de por este lado. Entre los restos del alud sobresalían los restos de dos hombres. Tal vez fuesen los que se habían enfrentado a Dedicado, o quizá, sencillamente, se hubieran interpuesto en el camino del dragón cuando este embistió y puso rumbo a la batalla. De la Mujer Pálida no se

veía ni rastro. Rogué para que hubiera compartido la suerte de aquellos desventurados.

Los orbes de luz derribados, semienterrados bajo la nieve, proyectaban una claridad difusa sobre toda esa zona. Todo era hielo y sombras azules. Rodeé el trono derribado e intenté recordar el lugar exacto donde el bufón había estado encadenado al dragón. En retrospectiva, parecía imposible que la bestia hubiera sido tan inmensa como yo la recordaba. Busqué en vano unos grilletes abandonados o el cuerpo de mi amigo. Por último, me encaramé a una pila de cascotes de hielo y examiné la sala desde mi atalaya.

Casi al instante, atisbé un remolino de colores y formas conocidos. Se me revolvió el estómago mientras descendía, muy despacio, y encaminaba mis pasos en su dirección. Me quedé contemplándolo fijamente, incapaz de sentir pena alguna, tan solo incredulidad y un espanto abrasador. El manto de escarcha no lograba disimularlo por completo. Me arrodillé, al cabo, pero ignoro si fue para examinarlo más de cerca o porque mis piernas temblorosas sencillamente dejaron de sostenerme.

Dragones y serpientes cabriolaban y se entrecruzaban en los pliegues abandonados. Una escarcha teñida de escarlata delimitaba sus contornos. No me hacía falta tocarlo; no habría podido obligarme a tocarlo, pero no necesitaba tocar nada para saber que se había solidificado en el suelo de la cámara. Despojada de su calor natural, el cuerpo se había hundido en el hielo hasta fundirse con él.

Lo habían desollado, arrancándole de la espalda la piel tatuada.

Me quedé allí, de rodillas, como si estuviera rezando. El proceso sin duda habría sido lento y meticuloso, para arrancársela intacta. A pesar del modo en que se había arrugado al caer, supe que era una sola tira de piel, íntegra; su espalda entera. Desprenderla de aquella manera no habría sido tarea sencilla. No quise ni imaginarme cómo lo habrían sujetado ni quién habría empuñado el cuchillo con tanto cuidado. Una segunda idea desplazó aquella imagen de pesadilla. Esta no podía haber sido la vengativa manera en la que la Mujer Pálida acabó con su vida tras descubrir que la había desafiado y despertado al dragón. Antes bien, lo habría hecho por diversión, a placer; debía de haber comenzado el agónico proceso de separar toda aquella piel de su carne en cuanto me

hubieron sacado de la sala. Arrojada a un lado, la arrugada capa de piel se había adherido al suelo, congelada, como una camisa sucia. No lograba apartar la mirada de ella. No podía dejar de imaginarme hasta el último y agónico instante de su muerte. Esto era lo que él había previsto; este era el final al que temía enfrentarse. ¿Cuántas veces le había asegurado que daría hasta mi último aliento antes de ver cómo le arrebataban el suyo? Y, sin embargo, aquí estaba ahora, de rodillas pero todavía con vida.

Ignoro cuánto tiempo tardé en volver en mí. No me había desmayado y no sé adónde habían ido mis pensamientos, tan solo que parecía haber despertado de una oscuridad absoluta. Me incorporé, envarado. No tenía la menor intención de rescatar el macabro trofeo de la Mujer Pálida para llevármelo. Aquello no formaba parte de mi bufón. No era más que la cruel marca que ella le había impuesto, el recordatorio diario de que tarde o temprano debería regresar junto a ella y devolverle lo que le había grabado en la piel. De modo que dejé la tira de piel allí, congelada para siempre. Atenazado por un odio cada vez más intenso y un dolor cada vez más profundo, supe con repentina certeza dónde encontraría el cadáver de mi amigo.

Al ponerme de pie reparé en una pátina curva, agrisada. No estaba muy lejos de donde su piel yacía tirada en el suelo. Me arrodillé junto a ella y barrí con la mano una capa de escarcha para revelar un fragmento de la Corona del Gallo, cubierto de sangre. Una gema solitaria rutilaba en el ojo de un pájaro tallado. Eso sí lo recogí. Nos había pertenecido tanto a él como a mí, y no quería dejarlo atrás.

Salí de la cámara demolida y continué recorriendo los pasillos, tan congelados como mi corazón. En todas direcciones, todos me parecían iguales; era incapaz de concentrarme para recordar cómo me habían conducido a rastras ante ella, menos aún la ubicación del calabozo en el que me habían confinado. Ahora sabía adónde tenía que ir. Tenía que encontrar el primer corredor por el que el bufón y yo habíamos entrado.

Sé que me llevó el resto de la noche y más. Vagué por aquellos pasadizos hasta rebasar el límite del cansancio. El asalto del frío era incesante, y mis oídos se alarmaban ante sonidos imaginarios. No vi ni rastro de ninguna criatura viviente. Al final, cuando ya me dolían los ojos por el esfuerzo que suponía

mantenerlos abiertos, decidí descansar. Solté el macuto en la esquina de una pequeña habitación que parecía haberse utilizado como almacén para la leña. Apoyé la espalda en el rincón y me senté encima de la mochila. Dejé la espada desenvainada en mi mano mientras reclinaba la cabeza sobre las rodillas y dormité a intervalos, hasta que las pesadillas terminaron por desvelarme del todo y me obligaron a continuar.

Encontré por fin el dormitorio de la Mujer Pálida, con sus braseros congelados convertidos en jardineras desbordadas de carámbanos. Allí las luces brillaban intensamente, lo que me permitió inspeccionar la cámara entera, desde los armarios de lustrosa madera tallada hasta el elegante tocador que aún conservaba su espejo y sus cepillos, pasando por las joyas que refulgían colgadas de un diminuto perchero plateado con forma de árbol. Quizá alguien hubiera saqueado la habitación antes de huir, pues uno de los armarios estaba abierto y se veían prendas esparcidas por el suelo. Me pregunté cómo era posible que se le hubieran pasado por alto las joyas. Las lustrosas pieles que cubrían la cama estaban perladas de escarcha. No me demoré allí. No me apetecía contemplar los grilletes que colgaban de la pared de hielo, frente a la cama, ni las manchas de sangre que los enmarcaban.

Más allá del dormitorio había otra puerta entreabierta. Me asomé de pasada, me detuve y volví a mirar. Había una mesa en el centro del cuarto, cuyas paredes estaban cubiertas de estantes cargados de pergaminos pulcramente ordenados, enrollados y sujetos con hilos, como se estilaba en los Seis Ducados. Me acerqué a ellos sabiendo lo que acababa de encontrar, pero sintiéndome extrañamente desapasionado por mi descubrimiento. Cogí un pergamino al azar y lo abrí. Sí. Era del maestro Corv árbol. Este versaba sobre las normas de conducta para los candidatos en formación. Prohibía estrictamente la práctica de novatadas que implicaran el uso de la Habilidad. Lo dejé caer al suelo helado y elegí otro al azar. Este era más reciente, y reconocí la caligrafía de Solícita, redondeada y oblicua. Las palabras se tornaron borrosas ante mis ojos cuajados de lágrimas, y lo dejé caer para que fuera a reunirse con su compañero. Alcé la mirada y la paseé por la estancia. Aquí estaba la biblioteca de la Habilidad que faltaba en el castillo de Torre del Alce, subrepticamente vendida por Regio para financiar su opulento estilo de vida en Puesto Vado. Unos mercaderes, agentes en realidad

de la Mujer Pálida y Kecal Ganapán, habían convencido al más joven de los príncipes para que les vendiera los conocimientos de la magia de los Vatídico. Nuestro legado había viajado al norte, por tanto; hasta las Islas del Margen, primero, y por último a esta pequeña habitación. Aquí, la Mujer Pálida había aprendido a volver nuestra propia magia contra nosotros, y aquí había estudiado la manera de crear un dragón de piedra. Chade habría dado los caninos a cambio de pasar siquiera una sola tarde entre estas paredes. Era una cueva del tesoro repleta de saberes perdidos. Pero no me serviría para comprar lo que más deseaba: la oportunidad de cambiar las cosas. Sacudí la cabeza, giré sobre los talones y salí de allí.

Por fin llegué a las mazmorras en las que habían estado encerradas la madre y la hermana de la narcheska. Peottre había dejado aquellas puertas entreabiertas cuando rescató a las mujeres. El siguiente calabozo me mostró una imagen más truculenta. Había tres cadáveres abandonados en su interior. Me pregunté si habrían muerto como forjados, peleándose entre ellos, o si la muerte del dragón los habría restaurado a su antiguo ser y habrían perecido de frío e inanición, en plena posesión de sus facultades.

La puerta de la celda que había contenido a Hest y Acertijo estaba abierta. El desvalijado cuerpo de Hest yacía en el suelo, de bruces. Me obligué a examinar sus facciones. El frío y la muerte habían ennegrecido su rostro, pero vi en él al joven que conocía. Tras un instante de vacilación, me agaché y lo agarré por los hombros. No me resultó nada fácil, pero conseguí despegar su cadáver del suelo. Tampoco fue nada agradable, pues se había congelado hasta fundirse casi con él. A rastras, lo llevé a la mazmorra de la madre de la narcheska y lo deposité encima de la cama de madera. Saqué de aquel cuarto y de la celda de su hija todo lo que me pareció que podría utilizar como combustible, mantas viejas y paja del suelo. Lo amontoné alrededor del cadáver de Hest y sacrificué media botella del aceite que había traído para quemar los restos del bufón. Los desechos tardaron un momento en prender, pero cuando lo hicieron, el fuego lamió el aceite con avidez y se propagó enseguida por la madera y la paja. Esperé hasta que se hubo alzado una cortina llameante alrededor del cadáver. Después me corté un mechón de cabello y lo añadí a la pira funeraria, el sacrificio tradicional para despedir a un camarada en los Seis Ducados.

—No fue en vano, Hest —musité—. No fue en vano.

Sin embargo, mientras dejaba que se consumiera, me pregunté qué era lo que habíamos conseguido realmente. En los años por venir lo descubriríamos; todavía no estaba dispuesto a afirmar que la liberación del dragón constituyera un triunfo para la humanidad.

Ya solo quedaba la última estancia. Por supuesto. La Mujer Pálida habría querido degradarlo hasta el final, someterlo a una última humillación antes de olvidarse de él para siempre, triunfal. En una cámara salpicada de desperdicios e inmundicias humanas, junto a un montón de vísceras y escoria, encontré a mi amigo.

Estaba vivo cuando lo arrojaron aquí. La Mujer Pálida querría que fuese consciente de esta última vejación. Se había arrastrado hasta el rincón menos sucio del cuarto. Allí, ovillado bajo un trozo de saco mugriento, había muerto. En vida, mi bufón había sido una persona tan aseada que, sin duda, perecer rodeado de escoria debía de haber supuesto una tortura adicional para él. Ignoro si alguien le había echado el saco ajado por encima o si lo habría buscado él en los instantes previos a su muerte, encogido sobre sí mismo en el suelo de hielo. Quizá quienquiera que lo hubiese dejado aquí lo había envuelto en él para facilitar su transporte hasta aquí. La tela, rígida y áspera, se había empapado de sangre y fluidos ya congelados, ciñéndose a los estragos de su vapuleada figura. Había levantado las rodillas y bajado la barbilla contra el pecho, y en su rostro se había cincelado una expresión de dolor. Sus relucientes cabellos se veían sueltos y apelmazados, salpicados de sangre.

Acerqué una mano a las arrugas que surcaban su ceño congelado. No supe que me disponía a hacerlo hasta que lo hice. Con toda la Habilidad que fui capaz de reunir, me proyecté en pos del menor rastro de él. Tan solo encontré silencio. Tomé sus mejillas entre mis manos y me abrí paso a la fuerza para explorar su cadáver, avanzando con esfuerzo por los mismos canales por los que su desbordante energía antes había fluido sin ninguna dificultad. Intenté repararlo, despertarlo de nuevo a la vida. *¡Muévete!*, le gritaba a su sangre, y *¡Vive!*, le ordenaba a su carne.

Pero su cuerpo había permanecido inmóvil demasiado tiempo. Había aprendido, a mi pesar, algo que saben todos los cazadores. El proceso de

descomposición comienza en el momento mismo de la muerte. Las diminutas partículas que componen la carne empiezan a transformarse en carroña, separándose unas de otras en pos de la autonomía que les permitirá trascender a otro estado. Su sangre se había coagulado, y la piel que antes era su frontera con el mundo se había convertido en un mero recipiente para la disolución de su cuerpo. Empujé contra él, sin aliento, esforzándome por insuflarle vida renovada, pero era como empujar contra una puerta cuyos goznes llevaran tiempo oxidados. Las distintas partes que antes operaban por separado formaban ahora un todo inarticulado. La inmovilidad había reemplazado a la acción. Ahora habían entrado en juego otras fuerzas, encargadas de dismantelar hasta el más diminuto de sus componentes y desmenuzarlo, como la harina que se obtiene del grano molido. Los eslabones que lo cohesionaban se habían disgregado. Pese a todo, seguí intentándolo. Intenté mover su brazo; intenté que sus pulmones se llenaran de aire de nuevo.

¿Qué haces?

Tordo, irritado ante mi intromisión en su sueño. Sentirlo a mi lado, de repente, me produjo una mezcla de alegría y desesperación. *Tordo, lo he encontrado. He encontrado al bufón, a mi amigo. Lord Dorado. Lo he encontrado. Ayúdame a sanarlo, por favor. Préstame tu fuerza.*

Aceptó mi ruego con adormilada resignación. *Vale. Tordo lo intentará. Percibí el bostezo que no se tomó la molestia de disimular. ¿Dónde está?*

¡Aquí! ¡Aquí mismo! Usé la Habilidad para señalar el cuerpo inerte ante mí.

¿Dónde?

¡Justo aquí! Aquí, Tordo. Bajo mis manos.

Abí no hay nadie.

Sí que lo hay. Estoy tocándolo, aquí mismo. Por favor, Tordo. Desesperado, ensanché la red de mis súplicas. ¡Chade, Dedicado! ¡Por favor! Prestadme vuestra fuerza y vuestra Habilidad para practicar una reparación. Por favor.

¿Quién está herido? ¡No será Tordo! Chade respondió a mi llamada al instante, aterrado.

No, yo estoy bien. Quiere que cure a alguien que no está ahí.

¡Que sí está! He encontrado el cuerpo del bufón, Chade. Por favor. Me trajisteis de vuelta entre todos. Por favor. ¡Ayudadme a sanarlo, ayudadme a traerlo de vuelta también a él!

Habló sosegadamente Dedicado. *Traspié, aquí estamos todos, y sabes que haremos esto por ti. Quizá sea más difícil, dada la distancia que nos separa, pero lo intentaremos. Enséñanoslo.*

¡Pero que está aquí! Aquí mismo, lo estoy tocando. Me poseyó una impaciencia furiosa. ¿Cómo podían ser tan estúpidos? ¿Por qué no me ayudaban?

No lo percibo, dijo Dedicado después de un prolongado silencio. *Tócalo.*

¡Ya estoy tocándolo! Me agaché sobre él y rodeé su cuerpo ovillado con los brazos. *Estoy abrazado a él. Por favor. Ayúdame a sanarlo.*

¿Eso? Eso no es una persona. El desconcierto de Tordo era palpable. *¡No se puede sanar un montón de porquería!*

¡No es ninguna porquería!, rugí, loco de rabia.

Está bien, Tordo, terció el príncipe, conciliador. *No te enfades. No has dicho nada malo. Sé que no tenías mala intención.* A continuación, para mí: *Ay, Traspié... Lo siento muchísimo, pero está muerto. Y Tordo lleva razón, a su indelicada manera. Su cuerpo está convirtiéndose en... otra cosa. No percibo su ser como tal, tan solo como...* Se interrumpió, incapaz de llamarlo por su nombre. Despojós. Carroña. Carne en descomposición. Porquería.

Sanar es una función reservada para los organismos vivos, Traspié, habló Chade, tan ecuánime como si estuviera recordándome una lección evidente. *La Habilidad puede agilizar el proceso, pero este depende del cuerpo. Cuando está vivo. Lo que tienes entre los brazos no es el bufón, Traspié. Solo es un cascarón vacío. No puedes insuflarle vida, como tampoco se la podrías insuflar a una roca. Es imposible traerlo de vuelta.*

Aunque funcionara otra vez, dijo Tordo, pragmático, *dentro no habría nadie.*

Creo que fue entonces cuando acepté que mis temores se habían hecho realidad. Despojado de su espíritu, aquel cadáver ya no era su cuerpo.

Al cabo de lo que me pareció una eternidad, Chade habló de nuevo, con delicadeza. *Traspié. ¿Qué haces ahora?*

Nada. Estoy aquí, sentado. He fracasado. Otra vez. Igual que con Burrich. Ha muerto, ¿verdad?

Casi pude ver la resignación en el rostro del anciano. Sabía que iba a tomar aire, suspirar e insistirme para que reuniera todo mi dolor en una sola montaña, a fin de afrontarlo de golpe. *Sí. Así es. Con su hijo a su lado. Y Telaraña. Todos lo hemos honrado. Detuvimos los barcos para ver juntos cómo lo deslizaban por la borda y*

despedirnos de él. Igual que debes despedirte tú del bufón.

Me resistía a darle la razón; no quería responder en absoluto. Las costumbres adquiridas a lo largo de toda una vida son obstinadas. Intenté distraer su atención. *He encontrado los pergaminos de la Habilidad. La biblioteca robada. Está aquí, en la fortaleza de la Mujer Pálida. Solo que no creo que este lugar le perteneciera realmente. He visto cosas que me hacen pensar que aquí vivieron los vetulus.*

Más tarde, Traspié, me sorprendió Chade. Habrá tiempo de sobra para pensar en recuperar esos pergaminos. Por ahora, escúchame. Honra el cadáver de tu amigo, como consideres oportuno. Libéralo. Después vuelve lo antes posible a la playa, con Tordo. Viajaré a bordo de la nave que envíe a recogeros. Malinterpreté lo que pretendías hacer. No creo que debas estar solo con semejante dolor.

Se equivocaba. El dolor genera su propia soledad, y sabía que debía enfrentarme a ella. Le propuse una solución intermedia, a sabiendas de que sería la única manera de conseguir que me dejara tranquilo. *Tordo y yo estaremos en la playa cuando llegue ese barco, pero no hace falta que vuelvas a por nosotros. No permitiré que nos ocurra nada. Preferiría estar solo, por ahora. Si no te importa.*

¡Nada de barcos!, injurió Tordo, taxativo. Nunca. No. Me quedaré aquí donde estoy, para siempre, antes de montar en un barco.

¿No te acompaña Tordo en estos momentos?, preguntó Chade, preocupado.

No. Ya te lo explicará él. Todavía me quedan cosas que hacer, Chade. Gracias. A todos. Gracias por intentarlo. Erigí mis defensas para aislarme de ellos. Noté que Dedicado trataba de proyectarse en mi dirección, pero en aquel preciso momento no podía tolerar ni siquiera su compasivo contacto. Los aparté de mí mientras Tordo, somnoliento, les hablaba de los platos tan deliciosos que preparaba el Hombre Negro. Antes de que mis muros terminaran de levantarse, percibí un tenue roce que podría haber sido de Ortiga, esforzándose por consolarme.

Nada iba a proporcionarme consuelo y no pensaba exponerla a mi dolor. Pronto debería ocuparse del suyo. Cerradas ya mis murallas, había llegado el momento de enfrentarse a la muerte.

Despegué del suelo el cadáver del bufón, dejando la marca de su cuerpo ovillado y un puñado de doradas hebras de cabello por todo indicador de donde había muerto. En mis brazos, era un peso sólido y frío. Parecía pesar menos

muerto que en vida, como si, al alejarse, su espíritu se hubiera llevado la mayor parte de su esencia con él.

Lo estreché encogido contra mi pecho, bajo mi barbilla la mata mugrienta de sus cabellos dorados, áspero el saco contra mis dedos. Recorrí los desiertos pasillos de hielo. Pasamos por delante de la cámara donde Hest aún ardía. El humo de la pira reptaba por el techo sobre nuestras cabezas, mancillando el aire inmóvil con el olor de la carne asada. Podría haber dejado el cuerpo del bufón con el suyo, pero no me parecía apropiado. Mi amigo debería arder solo, en un adiós privado entre nosotros. Reanudé la marcha, dejando atrás una puerta de celda tras otra.

Tardé un momento en percatarme de que había empezado a hablar en voz alta.

—¿Dónde? ¿Qué sitio habrías elegido tú para hacer algo así? Podría acostarte en su cama e incinerarte en medio de todas sus riquezas acumuladas... ¿Te gustaría algo así? ¿O pensarías que el contacto con cualquiera de sus cosas podría mancillarte? ¿Dónde querría yo que me quemaran? Bajo el firmamento nocturno, creo, proyectando una columna de chispas hacia las estrellas. ¿Te gustaría eso, bufón? ¿O preferirías estar dentro de la tienda de los vetulus, entre tus pertenencias, en la intimidad que siempre valoraste tanto? ¿Por qué no hablamos nunca de estas cosas? Me parece que es algo que uno debería saber acerca de su mejor amigo. Pero ¿importa acaso, al final? Lo que no está ya no volverá, las cenizas no son más que cenizas... aunque sospecho que te gustaría que el viento esparciera tu humo en la noche. ¿Te reirías de mí por pensar algo así? Dioses. Ojalá pudieras volver a burlarte de mí, dejaría que te rieses cuanto quisieras.

—Conmovedor.

El dejo mordaz y la agudeza del sarcasmo que destilaba aquella voz, tan parecida a la suya, provocaron que me diera un vuelco el corazón en el pecho. Reforcé los muros de mi Habilidad, pero no sentí ningún asalto contra ellos. Me volví, enseñando los dientes, dispuesto a enfrentarme por fin a ella. Estaba en la puerta de su dormitorio, envuelta en un manto de armiño con diminutas colas negras que punteaban aleatoriamente el níveo pelaje. Colgaba desde sus hombros hasta el suelo, cubriendo todo su cuerpo. Pese a lo suntuoso de su

atuendo, el aspecto que ofrecía era desaliñado. La perfección de sus facciones se había deteriorado, atirantando la piel sobre los huesos, y sus pálidos cabellos, sin cepillar, enmarcaban su rostro en una maraña de guedejas secas como la paja. Sus ojos incoloros se veían tan apagados como los de un pez varado en la playa.

Me quedé erguido ante ella, estrechando el cadáver del bufón contra mi pecho. Sabía que estaba muerto y que ya nada podía volver a hacerle daño, pero, aun así, di un paso atrás, como si todavía necesitara protegerlo de ella. Como si nunca hubiera sido capaz de protegerlo de ella.

Levantó la barbilla, desvelando la blanca columna de su garganta.

—Suelta eso —me dijo—. Ven y mátame.

¿Sería su sugerencia lo que hacía que mi idea inicial me pareciera ahora tan deplorable?

—No —repliqué. Lo único que deseaba era quedarme completamente a solas. La pérdida que me afligía era demasiado íntima. Ella, menos que nadie, debería ser testigo y solazarse en mi dolor—. Márchate. —Ignoraba que mi voz pudiera emitir el gruñido tan gutural que resonó en mis oídos.

Su carcajada sonó como un témpano de hielo que se estrellara contra las rocas.

—¿Irme? ¿Eso es todo? ¿Quieres que me vaya? ¡Menuda venganza la de Traspíe Hidalgo Vatídico! ¡Ah, cuántas canciones y relatos se harán eco de ella! «Y allí en pie, con su “Tesoro” en los brazos, le dijo a su adversaria: ¡“Márchate”!»

Volvió a reírse, pero sin la menor melodía. Era como escuchar el rodar de un alud por una ladera; ante mi impasividad, el sonido de sus burlas se apagó hasta sucumbir al silencio. Se me quedó mirando sin parpadear y, por un momento, pareció desconcertada. Realmente pensaba que me podía obligar a soltarlo y atacarla. Ladeó la cabeza, sin dejar de observarme, y habló de nuevo un momento después.

—Espera. Ya veo —musitó—. Todavía no has abierto el regalo. No has visto todo lo que le hice. ¡Espera a ver sus manos y esos deditos suyos, tan delicados y gráciles! ¡Ah, y su lengua y sus dientes, esa boca cuyas ingeniosas agudezas tanta gracia te hacían! Lo hice todo por ti, Traspíe Hidalgo, para que pudieras lamentar como se merece el desdén con el que me rechazaste. —Tras

una pausa fugaz añadió, como si tuviera que recordármelo—: Venga, Traspíe. Ahora es cuando prometes acabar conmigo como intente siquiera seguirte.

Esas eran las mismas palabras que había estado a punto de pronunciar. Me mordí la lengua. Pronunciada por ella, la amenaza sonaba tan infantil como vana. Quizá siempre lo fuese, sin importar quién la expresara. Reajusté la carga en mis brazos, me di la vuelta y comencé a alejarme de ella. Los muros de mi Habilidad se mantenían firmes y preparados, pero si la Mujer Pálida lanzó algún ataque contra ellos, fue demasiado sutil para que yo lo notase. Me sentía expuesto de espaldas a ella y confieso que me acuciaba el impulso de escapar corriendo de allí. Me pregunté por qué no la mataba. La respuesta era tan simple que ni siquiera parecía verdad: para luchar con ella tendría que dejar el cuerpo del bufón en el suelo, y no quería hacerlo. Más aún, no quería hacer nada de lo que ella esperase de mí.

—¡Te llamó! —entonó a mi espalda—. Creía encontrarse al borde de la muerte, me imagino. No era así, por supuesto. ¡Soy demasiado hábil para eso! Pero pensaba que iba a morir de dolor y no dejaba de llamarte. ¡«Tesoro»! ¡«Tesoro»!

La imitación de su voz torturada era impecable. Se me erizó el vello sobre la nuca, como si el bufón acabase de dirigirse a mí desde más allá de la tumba. Pese a mi determinación, aminoré el paso. Abracé su cadáver con fuerza e incliné la cabeza, acercándola un poco más a la suya. Me odié por dejar que las palabras de aquella criatura pudieran anegarme los ojos de lágrimas. ¿Por qué no acababa con ella?

—Se refería a ti, ¿no? Bueno, por supuesto que sí, aunque quizá tú no lo sepas. No creo que conozcas esa costumbre de su pueblo, cómo se intercambian los nombres para denotar los vínculos de por vida que forman. ¿Alguna vez lo llamaste tú por tu nombre, para demostrarle que te era tanpreciado como tu propia vida? ¿No? ¿Fuiste demasiado cobarde para permitir que lo supiera?

En aquel momento sí quise matarla. Pero habría tenido que soltar su cuerpo y no podía hacerlo. No iba a obligarme a abandonarlo otra vez. No pensaba separarme de él, ni volverme siquiera para mirarla. Me encorvé, agachando los hombros para soportar los alfilerazos de sus palabras, y seguí caminando.

—¿No? ¿No? ¿No?

Esperaba que su voz comenzara a apagarse conforme siguiera alejándome. En vez de eso, la elevó, recrudesciendo el tono sin dejar de arrojarme sus detestables interrogantes. Tardé un momento en comprender que me estaba siguiendo. Su voz era ahora un grito ronco, el coro de graznidos de una bandada de cuervos felicitándose mutuamente sobre los despojos en un campo de batalla.

—¿No? ¿No? ¿No?

Ni siquiera cuando oí que sus pasos se lanzaban a la carrera y supe que me iba a atacar por la espalda fui capaz de soltar el cuerpo del bufón. Lo estreché contra mí y me volví, preparando un hombro para resistir su enloquecida embestida. Creo que no era lo que esperaba. Quizá había anticipado que fuese a oponerme a ella desenvainando la espada. Intentó frenar, en cualquier caso, pero el piso helado la traicionó, resbaló y chocamos. Afiancé mi presa sobre el cadáver del bufón mientras me estrellaba contra la pared; conseguí conservar el equilibrio, aún no sé cómo. Ella no. Se desplomó de costado, profiriendo un ronco jadeo de dolor. Me quedé mirándola, desconcertado, preguntándole cómo podría haberle provocado semejante agonía aquella caída. A continuación, cuando intentó levantarse, vi lo que había estado ocultándome.

El relato de Acertijo había sido fiel a la verdad. Contemplé los muñones ennegrecidos y apergaminados que la Mujer Pálida se esforzaba por utilizar para reincorporarse, sin éxito, incapaz de volver a cubrirlos con el manto de armiño.

—La cobarde eres tú —declaré con voz glacial, sosteniendo la mirada de aquellos ojos incoloros—. A la hora de la verdad no fuiste capaz de sacrificarte, ni siquiera para completar tu visión de lo que debería ser el mundo. Te faltó el valor que a él le sobraba. Él sí supo aceptar el precio que la suerte había decretado para él. Aceptó el dolor y la muerte, y triunfó. La victoria fue suya. Has fracasado.

El sonido que escapó de su garganta, mezcla de alarido y sollozo, estaba cargado de furia y odio a partes iguales. Golpeó el muro de mi Habilidad como un ariete, pero no podía traspasarlo. ¿Habría mermado sus reservas mágicas Kebal Ganapán? Vi cómo intentaba ponerse de pie. El largo manto la entorpecía, arrodillada como estaba encima del dobladillo. Los carbonizados sarmientos que habían sido sus manos no le servían de nada. Del codo para abajo sus brazos eran meras agujas esqueléticas, negras, con los extremos

rematados en punta. Vi los vestigios de la pareja de huesos de sus antebrazos. De sus manos y dedos no quedaba ni rastro. El dragón se los había cobrado antes de que ella consiguiera zafarse. Recordé cómo habían desaparecido Veraz y Hervidera, fundiéndose con el dragón que con tanto cariño habían creado por el bien de su pueblo. Giré sobre los talones y comencé a alejarme de ella.

—¡Espera! —me ordenó. Había indignación en su voz—. ¡Aquí es donde me matas! Lo he visto mil veces, en mis pesadillas. ¡Mátame ahora! Era la suerte que debía correr si fracasaba. ¡Antes me asustaba, pero ahora lo exijo! Mis visiones no se han equivocado nunca. Estás predestinado a matarme.

Hablé por encima del hombro de forma automática, sin necesidad de meditar mi respuesta.

—Soy el catalizador. Alterar las cosas es mi especialidad. Además, este momento en el que estamos ahora lo eligió el bufón. El futuro que habito es el suyo y, en él, me despido de ti. Morirás lentamente. Sola.

Otra decena de pasos, y gritó. Gritó hasta quedarse sin aliento y después oí sus jadeos entrecortados. Seguí caminando.

—¡Todavía eres el catalizador! —se desgañitó a mi espalda. En su voz ya solo había asombro y desesperación—. Si no piensas matarme, vuelve y usa tu Habilidad para sanarme. ¡Te serviré en todo! ¡Podrías utilizarme como quisieras! ¡Te podrías enseñar todo lo que he aprendido con los pergaminos de la Habilidad! ¡Posees la fuerza necesaria para dominar esa magia! Repárame y te mostraré el camino que conduce al poder. ¡Te convertirás en el legítimo monarca de los Seis Ducados, de las Islas del Margen, de las Orillas Malditas! ¡De todo! ¡Vuelve y haré realidad hasta el mayor de tus sueños!

El mayor de mis sueños yacía sin vida en mis brazos. Reanudé la marcha.

Oí el chirrido de sus muñones, fundidos y carbonizados, contra el hielo. Me recordó a una cucaracha que, panza arriba, pugnara desesperada por escapar del fondo de una palangana. No miré atrás. Me pregunté fugazmente si habría previsto alguna vez este momento, si se había imaginado con la mirada clavada en mi espalda mientras me alejaba. No, comprendí de repente. El Hombre Negro tenía razón. Este era ahora el mundo del bufón, el futuro al que él había dado forma. Ella aquí ya no podía ver nada, no podía profetizar nada. Esta época no era la suya. Era la que él había elegido.

No me considero una persona cruel por naturaleza y, sin embargo, nunca he sido capaz de sentir ni un ápice de remordimiento por lo que hice. La oí gritar una vez, como gritaría un animal sobre el que se acabase de cerrar una trampa, pero no volví la vista atrás. Doblé un recodo y seguí caminando, desandando los pasos que me habían llevado hasta allí.

Me atenazaban una fatiga, un frío y un hambre sobrenaturales. Sin embargo, ninguna de aquellas sensaciones me torturaba tanto como la pesadumbre que me consumía. En algún momento se me desbordaron las lágrimas. Cayeron sobre los cabellos dorados del bufón, empañándome la vista hasta convertir los túneles en un laberinto brumoso. Quizá fuese por culpa de aquella neblina que me salté alguna de las marcas que había grabado en la pared. Volví sobre mis pasos cuando me di cuenta, pero me descubrí recorriendo un pasadizo desconocido. Llegué al pie de una erosionada escalera de hielo e intenté subir por ella, pero cargado como estaba me resultó imposible. Di media vuelta y reemprendí la marcha, irremediablemente perdido.

Extendí la capa en el suelo, al cabo, y dormí un rato con el brazo apoyado en su cadáver helado, en actitud protectora. Al despertar, hurgué en el macuto, encontré un trozo de pan de viaje y me lo comí. Bebí de la cantimplora, humedecí el borde de la capa y limpié la sangre y la mugre que mancillaban sus rasgos contorsionados. No logré borrar el dolor de su frente, sin embargo. Me incorporé, lo levanté y seguí caminando, desorientado por completo bajo aquella luminosidad tan mortecina como inmutable. No descarto la posibilidad de haber enloquecido ligeramente.

Llegué a un punto en el que había una pared de hielo y otra de piedra. Debería haber dado la vuelta, pero, como una polilla atraída por la luz, seguí la suave pendiente ascendente de aquel pasadizo. Encontré una escalera tallada en la roca y seguí subiendo. La claridad azulada de los orbes no se alteraba en ningún momento, no se intensificaba ni disminuía; continué transportando su cuerpo por aquel dédalo de escalones que, imperturbables, serpenteaban siempre hacia arriba. Me detuve en un rellano para recuperar el resuello, junto a una puerta de madera astillada y reseca. La abrí, esperando encontrar tal vez algo de leña con la que construir su pira funeraria.

Si todavía albergaba alguna duda sobre la posibilidad de que aquellos

dominios helados no hubieran pertenecido a los vetulus, aquella cámara se encargó de despejarla. Ya había visto antes muebles parecidos a los que descubrí allí, deambulando por las ruinas desiertas de cierto asentamiento ribereño. También había visto un mapa como el que contenía esa sala, aunque este parecía describir todo un mundo en vez de una sola ciudad y sus alrededores. Ocupaba toda una mesa en el centro de la cámara. Era circular, pero no plano, ni estaba dibujado sobre ningún tipo de papel. Cada isla, cada costa, cada cresta de ola se había esculpido en relieve. Las cordilleras estaban tachonadas de montañitas diminutas, y el mar era una extensión surcada de pliegues en la que desembocaban sinuosos meandros resplandecientes tras atravesar las llanuras cubiertas de verdor.

En el centro exacto del mapa se erigía un islote, casi con toda seguridad Aslevjal. Las demás islas salpicaban el mar a su alrededor. Al sudoeste vi la costa de los Seis Ducados, si bien contenía multitud de sutiles errores. Al norte se extendía un territorio para el que no tenía nombre, y al otro lado de una vasta extensión de agua, en el extremo oriental del mapa, vi un litoral donde históricamente solo había habido siempre un océano sin fin. Había varias gemas diminutas distribuidas al azar por todo el mapa, cada una de ellas señalada con una runa. Algunas parecían refulgir con una luz interior. Una rutilaba blanca sobre Aslevjal. Cuatro, formando un cuadrado diminuto, relucían en Gama, junto a la desembocadura del río Alce. Un puñado de ellas, tanto brillantes como apagadas, se diseminaban a lo largo y ancho de los Seis Ducados. Había más en el Reino de las Montañas, y una ristra de ellas, esmeradamente espaciadas, discurría en paralelo a los rápidos del Pluvia; muchas de estas se veían sin lustre. Asentí despacio con la cabeza, para mis adentros. Por supuesto.

Era tenuemente consciente de que me dolían los brazos y la espalda, pero en ningún momento se me ocurrió que pudiera desear siquiera soltar mi carga y descansar un rato. Tan inevitable como que el sol se pone todas las noches, en la esquina había una puerta que comunicaba con otra escalera. La crucé. La escalera era más estrecha que la anterior, y más empinada. Ascendí fatigosamente por ella, arrastrando los pies cada vez que encontraba a tientas un nuevo escalón. La luz había empezado a cambiar de forma gradual conforme avanzaba. El resplandor azulado se desvaneció, reemplazado poco a poco por

una turbia claridad natural. Salí a la habitación de una torre con las paredes de cristal. Uno de los paneles se había resquebrajado, y todas las ventanas estaban recubiertas de escarcha. El techo sugería que debía de haber una espira picuda en lo alto, con pronunciados socarrenes. Me acerqué a la grieta de la ventana y me asomé al exterior. Nieve. Un vendaval de nieve. No alcancé a ver nada más.

En el centro de la sala había un pilar de la Habilidad. Las runas grabadas en sus costados resaltaban con tanta nitidez como el día que las cincelaron. Describí un lento círculo a su alrededor, hasta encontrar la que sabía que tenía que estar allí. Asentí para mis adentros. Estreché al bufón contra mí y murmuré con voz queda, con el rostro enterrado en sus cabellos apelmazados por la sangre reseca:

—Volvamos entonces.

Abrí una mano y nos adentramos en el pilar de la Habilidad.

Quizá mi magia se hubiera fortalecido tras toda la práctica a la que la había sometido recientemente o quizá este pilar funcionase mejor que los otros que conocía. Con el bufón en los brazos pasé del invierno al verano, de una torre de piedra a lo que quedaba de la plaza de un mercado. A mi alrededor, un día de verano vibraba en el bosque que había avanzado hasta lindar con los límites del empedrado. Di dos pasos más y me dejé caer de rodillas, tan agradecido como extenuado. Aquí, de repente, ya no me parecía ninguna blasfemia depositarlo en el limpio suelo de tierra y roca. Me quedé sentado junto a él, derrengado, intentando recuperar el aliento. Todo era silencio a mi alrededor, salvo por el canto de las aves y el zumbido de los bulliciosos insectos. Dejé vagar la mirada por la carretera cubierta de vegetación, como un túnel que atravesara el bosque frondoso; si lo seguía, me conduciría al Jardín de Piedra en el que dormían todos los dragones de los vetulus. Alcé la mirada hacia la desgastada columna a la que, en cierta ocasión, nos habíamos encaramado un joven bufón y yo; allí lo había visto transformado en una muchacha blanca tocada con una corona del gallo.

—Aquí se está bien —susurré—. Me alegra que hayamos regresado a este sitio.

Me recosté hasta apoyar la espalda en el suelo, cerré los ojos y me dormí.

La calidez de la tarde necesitó tiempo para insinuarse en mis ateridas articulaciones. Estaba sofocado cuando me desperté. Al sol, el cadáver del bufón

comenzaba a descongelarse y ablandarse. Me quité la ropa de invierno, como si estuviera mudando una piel desgastada, hasta quedarme tan solo con la túnica y las calzas. Ahora que estábamos aquí, juntos y a solas, sentí cómo me abandonaba el apremio. Aquí disponíamos de tiempo, un tiempo que nos pertenecía exclusivamente a él y a mí. Tiempo para hacer las cosas en condiciones.

Recogí agua del mismo arroyo en el que habíamos saciado la sed una vez. Le lavé la cara con delicadeza, enjugándole la sangre de los labios y alisándole el pelo para cubrir su oreja desgarrada. Cuando me fue posible, despegué el saco de su cuerpo en carne viva. Lo que vi me dejó mareado al principio. Sí. La Mujer Pálida tenía razón. Lamenté haberla abandonado en lugar de infligirle la muerte agónica que se merecía. Pero mientras enderezaba, en la medida de lo posible, sus extremidades rígidas y atormentadas, mientras utilizaba hojas verdes y hierba limpia para eliminar la escoria y la sangre coagulada, el odio que me poseía se desvaneció por completo. El bufón estaba conmigo y, aunque ya no pudiera salvarlo de la muerte, sí que podía despedirlo de esta vida con dignidad.

Se había ovillado alrededor de su último tesoro, en actitud protectora. Sus manos crispadas aferraban la Corona del Gallo. Con cuidado, liberé la insulsa madera gris de los dedos sin uñas. Sus torturadores habían roto la corona, probablemente en el transcurso de alguna de las innumerables palizas que le habían dado, pero el bufón había conseguido repararla antes de morir. Cuando vi cómo lo había hecho, cómo había empleado su propia sangre coagulada a modo de adhesivo para volver a ligar los fragmentos, el nudo que se me formó en la garganta tardó un buen rato en desaparecer. Vi que, a pesar de todo, la circunferencia de la corona presentaba una mella. Me pregunté si se habría llevado esa preocupación a la tumba, mortificado por aquella imperfección diminuta.

Despacio, saqué de la bolsa la astilla que se había quedado en el suelo de la sala del trono. Era la pieza que faltaba para completar la corona. Mojé los bordes en su sangre descongelada y la reuní con sus compañeras. Empapada, la madera se esponjó, encajó con firmeza y se mantuvo en su sitio, casi como si no se hubiera desprendido nunca. Ignoraba qué era exactamente este tesoro, pero, cualquiera que fuese el significado que había guardado para él, quería que lo

llevara encima cuando se despidiera del mundo por fin.

Dejé la corona a un lado mientras recogía ramas caídas, pequeños troncos enteros, hojas perennes y hierba seca para preparar la pira funeraria. Comenzó a anochecer antes de que estuviera lista. Cuando acabé, la cubrí con la capa. El firmamento relucía con un intenso azul oscuro sobre mi cabeza; el verano parecía contener el aliento a nuestro alrededor, aguardando la aparición de las primeras estrellas. Las chispas de su incineración pronto se unirían a ellas. Lo levanté y lo deposité encima de la capa. Sabía por experiencia que la madera de los árboles de hoja perenne prendería con facilidad y lo consumiría enseguida. Me senté en una roca, junto a la pira, con el corazón apesadumbrado y la Corona del Gallo en mi regazo. Tan solo faltaba un detalle.

Saqué del macuto un paquete de tela, lo desenrollé con cuidado y extraje, una por una, las plumas de la playa de los Otros. Mientras las manipulaba, volvió a maravillarme la intrincada ejecución de su acabado. Pese al largo trayecto que habían recorrido conmigo, se veían intactas. Por qué alguien habría elegido una madera tan carente de lustre para tallar semejante obra de arte era algo que no alcanzaba a entender. Era tan sencilla y humilde como la de la flecha que el bufón le había dado a Vencejo.

Me llevó un rato colocar cada una de las plumas en su correspondiente lugar, tiempo de sobra para reparar en algo en lo que hasta entonces no me había fijado: todas las plumas presentaban una muesca en la base del cálamo, de modo que solo podían encajar en un punto concreto de la corona. Cuando introduje la última en su sitio, una oleada de color pareció recorrer la corona y las plumas ante mi vista cansada. Quizá no se tratara más que de un arcoíris fugaz, atrapado en las lágrimas que de repente habían aflorado a mis ojos. Me las sequé con la mano, impaciente. Ya iba siendo hora de terminar con esto.

Noté en los dedos una vibración incómoda que parecía provenir de la corona, como el zumbido de una mosca que acabase de capturar con el puño. Me pregunté qué sería aquello que sostenía en las manos. ¿Qué potente magia de los vetulus residiría allí atrapada, condenada para siempre al olvido por la muerte del bufón? Por un momento, demoré la mirada en las delicadas cabezas de gallo talladas que ribeteaban la corona. Bien el bufón nunca se había animado a pintarla como la recordábamos, bien la madera se había negado a aguantar la

pintura. Aún había pinceladas de color en algunos de los surcos más profundos. Gemas diminutas rutilaban todavía en dos de los ojos tallados; los demás se veían vacíos y en blanco. El anillo de la corona presentaba varios costurones oscuros, allí donde se había roto y vuelto a pegar al conjunto con la sangre del bufón. Tanteé uno con el dedo, comprobando la resistencia de la reparación. No se movió, pero de improviso él regresó a mis pensamientos, tan nítido e integral mi recuerdo de él que sentí como si el dolor me desgarrara las entrañas.

Me senté pesadamente en la pira, a su lado. El rigor había conservado su cuerpo encogido, ovillado en actitud defensiva. No podía hacer nada al respecto. Deseé haber sido capaz de borrar las arrugas de terror y dolor de su rostro antes de despedirme de él.

—Ay, Tesoro —murmuré. Me agaché y, tras apartar los cabellos dorados de su frente leonada, deposité en ella un beso de adiós. A continuación, comprendiendo por fin lo apropiado de aquella tradición extranjera, lo llamé por mi nombre. Pues, cuando lo incinerara, sabía que también estaría poniéndome fin a mí mismo. El hombre que era no podría sobrevivir a esta pérdida—. Adiós, Traspíe Hidalgo Vatídico.

Levanté la corona, dispuesto a ceñirla sobre su frente. Me sentí de repente como si toda mi vida hubiera estado empujándome siempre hasta este instante en concreto, y pensé que era una crueldad que la corriente más poderosa de mi existencia hubiese tenido que arrastrarme hasta una desembocadura tan trágica y definitiva. Pero ya no me quedaba elección. Algunas cosas no se podían cambiar. Había llegado el momento de coronar al bufón de la corte y permitir que prosiguiera su senda.

Me detuve.

Dejé las manos inmóviles, notando como si con ese simple gesto estuviera oponiéndome en solitario al destino, desafiando el flujo del tiempo. Sabía qué era lo que se esperaba que hiciera. Debía coronar al bufón y verter el resto del aceite sobre la pira. Una chispa, dos a lo sumo, bastarían para que la madera secada por el verano prendiera. Ardería hasta desaparecer, elevándose su humo en alas del viento estival que acariciaba aquellas tierras, más allá del Reino de las Montañas. El pilar de la Habilidad me conduciría de regreso a Aslevjal. Recogería a Tordo, volveríamos a la pequeña ensenada y aguardaríamos la

llegada del barco. Era lo indicado. Era inevitable. Era el cauce por el que el mundo entero deseaba discurrir. La vida continuaría sin el bufón, porque había muerto. Podía verlo todo con una claridad absoluta, como si siempre hubiera sabido que esto era lo que iba a ocurrir.

Estaba muerto. Nada podía cambiarlo.

Solo que yo era el Cambiador.

Me levanté de repente. Así con fuerza la corona vibrante, la elevé sobre con ambas manos sobre mi cabeza y la sacudí, esgrimiéndola contra el firmamento.

—¡NO! —rugí. Después de todo el tiempo que ha transcurrido, sigo sin saber a quién iba dirigida mi voz—. ¡No! ¡Que sea de otra manera! ¡Así, no! ¡Llévate lo que quieras de mí! ¡Pero no consientas que así acabe todo! Que se quede él con mi vida, dame su muerte. Que él sea yo, y yo sea él. ¡Hago mía su muerte! ¿Lo oyes? ¡Su vida a cambio de la mía!

Alcé la corona hacia el sol, iridiscente en el prisma de mis lágrimas desbordadas, y las plumas parecieron agitarse con delicadeza, mecidas por la brisa estival. A continuación, con un tirón casi físico, arrancándola de la senda predestinada del tiempo, me la ceñí con firmeza en la frente. Mientras el mundo daba vueltas a mi alrededor, me recosté sobre la pira funeraria, envolví los brazos alrededor de mi amigo y me rendí a lo que fuese que me aguardaba más allá de ese momento.

Plumas en un gorro de bufón

Era la niña más afortunada del mundo, pues atesoraba no solo un padre noble, vestidos de seda sin cuento, y tantos collares y anillos que ni una decena de muchachas podrían habérselos puesto a la vez, sino que poseía además una cajita gris, labrada a partir de un leñoso vientre de dragón. Y dentro, reducidos al polvo más fino, guardaba los recuerdos más dichosos de las princesas más sabias que hubieran existido jamás. Así, en cuanto la menor sombra de melancolía amenazaba con empañar su ánimo, le bastaba con abrir la cajita, coger una pizca de aquellas memorias molidas y... ¡fiú! Volvía ser la niña más afortunada del mundo.

Cuento popular jamaillio

Trastabillé en la oscuridad. Como si esperase encontrar un escalón que no estaba allí, el mismo estremecimiento inesperado.

—La sangre es memoria —juro que me susurró una voz al oído.

—La sangre es lo que somos —convino una joven—. La sangre recuerda quiénes somos. La sangre es aquello por lo que seremos recordados. Incrústala hasta la histocrústula.

Alguien soltó una carcajada estentórea; una anciana desdentada.

—¡Repítelo seis veces seguidas, anda! —dijo con una risa aguda.

Y así lo hizo la joven.

—Incrústala hasta la histocrústula. Incrústala hasta la histocrústula. Incrústala hasta la histocrústula. Incrústala hasta la histocrústula. Incrústala hasta la histocrústula.

Los demás empezaron a desternillarse, burlándose de su duelo con aquel trabalenguas.

—¡A ver, intentadlo vosotros! —nos desafió.

—Incrústala hasta la histocrústula —dije, obediente.

Pero no con mi voz.

Había otras cinco personas dentro de mí, mirando por mis ojos, pasando la lengua por mis dientes y rascándome la barba con mis uñas estropeadas. Respirando mi aliento y saboreando la fragancia boscosa que flotaba en el aire nocturno. Sacudiendo mis cabellos, vivos de nuevo.

Cinco poetas, cinco albardanes. Cinco cuentacuentos. Cinco bardos entregados a una batahola de cabriolas y malabares que, brincando y dando

volteretas agradecidos por su liberación, me movían los dedos, me impostaban la voz y pugnaban y se peleaban por llamar mi atención.

—¿Qué se te ofrece? ¿Un panegírico de cumpleaños? ¡Dispongo de un nutrido repertorio de ellos y no me costaría nada, pero que nada en absoluto, adaptar el que más te guste al nombre del destinatario en cuestión!

—¡Oprobio! ¡Impúdica ignominia este parto y reparto de antiguas reliquias, este remiendo de tabas amarillentas! ¡Concédeme tu voz y entonaré un himno tal que dejará a tus guerreros tan enardecidos como estremecidas de renovada pasión a tus doncellas! —Este era un hombre, y llenaba mis pulmones hasta tensorlos al límite para bramar sus palabras. Cada frase, cada una de aquellas voces, escapaba de mi propia garganta. Era como un títere para ellos, una flauta que sonaba a su antojo.

—¡La pasión no es más que efímero rocío, un estallido precedido de roncosp suspiros! —se burló ella, la joven, quien se recordaba a sí misma con el puente de la nariz salpicado de pecas. Qué extraño me resultaba escuchar el gorjeo de su voz emitido por mi garganta—. Es una canción de amor lo que anhelas, ¿verdad? Algo atemporal, algo aún más antiguo que las montañas ya erosionadas y tan nuevo como la simiente por eclosionar en la tierra fecunda. Así es el amor.

—¡Buena suerte! —exclamó alguien, consternado. Teñía sus palabras la altanería propia de un petimetre innato—. Escucha. Fa, la, la, la, la, la... ¡bah, esto no tiene remedio! Las cuerdas vocales de un marinero en el cuerpo de un árbol caído. La nota más pura jamás entonada se convertirá en el graznido de un cuervo como brote de este gaznate, y me apuesto lo que sea a que no ha dado una voltereta sobre las manos en toda su vida. ¿Quién es, y cómo ha encontrado nuestro tesoro?

—Juglares —musité, estupefacto—. Juglares, bardos y acróbatas. Ay, bufón, tu tesoro no podía ser otro. Un coro de albardanes. Aquí no encontraremos ayuda.

Al apoyar la cabeza en las manos, sentí la basta madera de la corona bajo mis dedos. Tiré de ella, pero se mantuvo obstinada en su sitio, ceñida con firmeza a mis sienes.

—Acabamos de llegar —protestó la anciana desdentada—. No tenemos la menor intención de irnos aún. Somos un regalo extraordinario, magnífico, digno

tan solo del favorito del rey. Somos un coro de voces de todas las edades, el crisol de la historia tornado arcoíris. ¿A quién se le ocurriría rechazarnos? ¿Qué clase de artista eres tú?

—No soy ningún artista.

Exhalé un hondo suspiro. Por un momento, recuperé la plena consciencia de mi ser. Me erguía junto a la pira funeraria, aunque no recordaba haberme levantado de ella. La noche se había cerrado a nuestro alrededor y los insectos afinaban sus voces. El aire frío transportaba la intensa fragancia del manto de hojas en descomposición que cubría el suelo del bosque. El cadáver del bufón añadía un toque de pútrido dulzor a la mezcla. Toda su vida había sido el Sin Olor para Ojos de Noche. Ahora que había muerto, lo olía. No se me revolvió el estómago. Conservaba el lobo suficiente dentro de mí para aceptar que la marca de su rastro no era más que eso. Lo que me afectaba era el cambio, pues constituía la prueba irrefutable de que su cuerpo había empezado a regresar a la tierra, a la red natural de deterioro y restauración que nos envolvía. Quise guardar silencio el tiempo necesario para consolarme con esa idea, siquiera módicamente, pero el inquieto quinteto de mi interior no tardó en impacientarse. Me obligaron a girar muy despacio sobre mí mismo, levantando los brazos, examinando la agilidad de mis pies, llenándome los pulmones de aire. Sentí cómo se bebían a largos tragos la noche, degustando su sabor, su olor, su sonido, hasta el roce de la brisa en mi cara. Estaban sedientos de vida.

—¿En qué necesitas ayuda? —preguntó la muchacha pecosa, cuya voz denotaba genuino interés y buena predisposición a escuchar. Enterrado bajo aquellas cualidades, sin embargo, apenas disimulado, acechaba el apetito que sienten todos los bardos por el relato de las penas ajenas. También esa parte de la vida quería recuperarla. Pero a mí no me apetecía compartirla con nadie.

—No. Marchaos. No podéis ayudarme. —Aunque luego, contra mi voluntad, se lo conté de todas maneras—. Mi amigo ha muerto. Me gustaría devolverlo a la vida. ¿Qué podría hacer un trovador al respecto?

Guardaron un respetuoso silencio durante unos instantes, mientras contemplábamos el cadáver del bufón. Al cabo, la joven de la nariz salpicada de pecas murmuró, con voz trémula:

—Está muy muerto, ¿verdad?

—Sí, sí que lo está —declaró el de la voz tonante, pero añadió—: Puedo componer una gesta por la que lo recordarán así pasen mil años. Para el común de los mortales es la única forma de trascender la carne. Dame lo que recuerdes de él, y me pondré manos a la obra.

—¿Crees que si supiéramos desenmarañar la madeja de la muerte —habló la anciana, intentando imponer algo de orden y sensatez— seríamos lo que aquí ves, un mero puñado de plumas en un gorro de bufón? Suerte tenemos de conservar al menos este remedo de vida. Lástima que tu amigo no gozara del favor de un dragón, quizá de lo contrario también él pudiese compartir este vínculo.

—¿Qué sois? —pregunté.

—Cantares en almíbar, envasados para el disfrute de nuestro sabor estival aun en el invierno de vuestra mortalidad. —El chico, tan relamido que su prolijidad echó a perder cualquier efecto que pudieran haber surtido sus metáforas.

—¡Por favor, cualquier otro! —imploré en cuanto hubo vuelto a quedarse callado.

—Los favoritos de los dragones —replicó una voz meliflua, cuya propietaria no había dicho nada hasta ese momento. Su timbre, más grave que el de la mayoría de las mujeres, semejaba un remanso de aguas profundas. Sus palabras resonaban en mi mente al tiempo que brotaban de mi garganta—. Yo vivía a orillas del río de arena negra, en la modesta localidad de Junket. Un día bajé al río a recoger agua y allí conocí a mi dragona. Era joven, aún no había terminado su primer verano, mientras que yo me encontraba en la primavera de mis años. Ah, qué verde era... la recubrían mil tonos de verde, y sus ojos eran hondos calderos de oro fundido. Inmersa en el río, partía las aguas como una isla. Cuando me miró, mi corazón se hundió en el remolino de sus ojos para ya no regresar a la superficie jamás. Debía cantar para ella; hablar no habría sido suficiente. De modo que me hechizó y canté, encandilándola a mi vez. Mientras viví, fui su trovadora y su juglaresa. Y cuando mi hora final se cernía ya sobre mí, acudió a mi lado para ofrecermelo el regalo que solo un dragón puede hacer: una astilla de histocrústula. ¿Sabes de lo que te hablo? ¿Esas cunas que se tejen para que duerman las serpientes antes de resurgir convertidas en dragones? No

todas sobreviven a ese estadio, las hay que fallecen en el sueño intermedio. La histocrústula tarda mucho en corroerse, y los dragones prohíben que ningún humano la toque, salvo con su permiso. Pero a mí Ala de Humo me trajo una astilla. Me pidió que la empapase bien con mi sangre, que utilizara los dedos para incrustarla, todo ello sin dejar de pensar en la pluma.

»Sabía lo que significaba semejante regalo. Rara vez se le concedía a nadie, ni siquiera a todos los que habían servido bien a sus dragones. Significaba que podría ocupar un lugar en la corona de los albardanes, donde mis canciones, mis palabras y mi forma de pensar perdurarían hasta mucho después de mi muerte. La corona es propiedad del Legislador de todos los Territorios Pluviales. El Legislador es el único con autoridad para decretar quién puede portar la corona y cantar con la voz de los bardos ya extintos. Se trata de un gran honor, puesto que solo un dragón puede seleccionarte para convertirte en pluma, y solo el Legislador puede otorgar el privilegio de ceñirse la corona. Un gran honor, sí. Aún recuerdo cómo me aferré a mi pluma cuando morí... porque estoy muerta. Igual que tu amigo. Lástima que tu amigo no gozara del favor de un dragón, quizá de lo contrario también él pudiese compartir este vínculo.

La ironía me golpeó como una maza.

—Debería haber gozado de ese favor, pues murió para que despertara un dragón, el último macho del mundo. Murió para que Yama de Hielo despertara para aparearse con Tintaglia, la última hembra. Murió para que los dragones repueblen la tierra.

El silencio que siguió a mis palabras me sugirió que los había dejado impresionados.

—¡Esa sí que es una historia digna de contarse! —exclamó con mi garganta la anciana, al cabo. Noté como si sus palabras se me reblandecieran en la boca—. ¡Danos todo lo que recuerdes de ella y cada uno de nosotros te compondrá una canción! ¡Qué menos que una veintena de temas para celebrar semejante gesta!

—No quiero ninguna canción sobre él. Lo que quiero es que el bufón vuelva a estar como antes, vivo e intacto.

—Lo que muerto está, muerto se queda —dijo el hombre cuya voz semejaba el bramido de un toro. Pero lo hizo con delicadeza—. Si aceptas abrirnos la

puerta de tu memoria, tejeremos canciones. Aun con tu voz, serán imperecederas, pues los auténticos bardos te escucharán y querrán entonarlas como se merecen. ¿Te gustaría hacer eso?

—No. Por favor, Traspié, no. Déjalo estar. Deja que acabe.

El roce de un susurro contra mis sentidos, poco más que una sucesión de exhalaciones articuladas. Me estremecí, enloquecido de temor y esperanza.

—Bufón —musité, rogando para obtener alguna contestación.

Lo que recibí, en cambio, fue una cacofonía de pensamientos indistinguibles unos de otros cuando los cinco bardos de las plumas comenzaron a lanzarme, al unísono, una batería de preguntas para las que yo no tenía respuesta. Transcurridos unos instantes, el de la voz de toro se impuso y acalló a los demás, exclamando:

—¡Está aquí! Con nosotros. En la corona, ni más ni menos. ¡Introdujo su sangre en la corona!

Pero el bufón seguía sin pronunciarse. Hablé yo en su lugar.

—La corona se había roto. Usó su sangre para recomponerla.

—¿Rota? ¡¿La corona?! —La anciana no daba crédito—. ¡Habría sido el fin para todos nosotros! ¡Para siempre!

—¡No puede quedarse dentro de la corona! No ha sido elegido. Además, la corona es de todos nosotros. Si se queda con ella, no podremos volver a hablar salvo a través de él —añadió el joven petimetre, indignado por la temeraria invasión a la que el bufón había sometido su territorio.

—Tiene que salir de aquí —concluyó el de la voz tonante—. Nos pesa, pero se tiene que ir. Su presencia es tan inoportuna como indecorosa.

—No ha sido elegido.

—No ha sido invitado.

—No es bienvenido.

No me dieron tiempo a expresar ninguna opinión. La corona, que ya me oprimía las sienes, se ciñó más aún. Levanté las manos para quitármela, pues parecían haberse retirado de mi cuerpo para refugiarse en ella, para hacer lo que fuese que estuvieran haciendo en ese instante. Por el momento, había recuperado el control de mi cuerpo. Intenté desincrustarme la corona de la cabeza, pero no logré introducir ni el canto de una uña entre ella y mi piel.

Horrorizado, comprendí que se estaba fundiendo con mi piel, disolviéndose como haría un destacamento al fusionarse con un dragón de piedra.

—¡No! —protesté con un rugido.

Sacudí con la cabeza y la manoteé. No cedió ni un ápice. Peor aún, ya ni siquiera parecía madera al contacto, sino una tira de piel. Cuando estiré los dedos para palpar las plumas, estas se flexionaron, tan suaves como las de un auténtico gallo de carne y hueso. Se me revolvió el estómago.

Temblando de la cabeza a los pies, regresé a la pira funeraria y me dejé caer sobre ella, junto al bufón. No percibía ninguna batalla dentro de la corona, tan solo un esfuerzo conjunto por parte de los cinco juglares. El bufón no estaba oponiendo resistencia; sencillamente ignoraba cómo hacer lo que le pedían. Yo ya no podía contribuir a ello. La suya era una disputa lejana, como la discusión que uno podría escuchar en la otra punta de la plaza del mercado; un conflicto del que era consciente pero sin formar parte de él. Lo obligarían a abandonar la corona y entonces desaparecería para siempre. No podía evitarlo.

Recosté su cuerpo sobre mi regazo y lo abracé. Había pasado de la rigidez a la laxitud. Su mano cayó sin fuerza al costado, y la levanté por la muñeca para recogerla de nuevo contra su pecho. El modo en que se había movido, aun sin vida, despertó un antiguo recuerdo. Fruncí el ceño, esforzándome por capturarlo. No era mío, sino de Ojos de Noche; se encontraba en su memoria de lobo. Estábamos cazando, de noche, y los colores se veían apagados. Yo estaba allí, sin embargo. De alguna manera. Y entonces todo volvió a mí de golpe.

El Gris, Chade, apoyado en una pala, blanco su aliento en el aire helado. Se ha quedado a una distancia prudencial, para no asustarnos. Corazón de la Manada es el que está sentado en el filo de mi tumba. Sus piernas se mecen en el agujero que tiene ante él, con mi ataúd astillado a sus pies. Sostiene mi cadáver en su regazo. Agita la mano del cuerpo en mi dirección, invitando al lobo a acercarse. Su Maña es poderosa, y Ojos de Noche no puede obligarse a desobedecer a Corazón de la Manada. Este nos habla, se dirige a nosotros con un torrente constante de palabras tranquilizadoras. «Vuelve aquí. Esto es tuyo, Cambiador. Vuelve aquí dentro.»

Ojos de Noche repliega los labios y emite un gruñido. Sabemos reconocer la muerte cuando la olemos. Ese cuerpo está muerto. Es carroña, indigno de una comida decente. Ese es el

mensaje que Ojos de Noche intenta transmitirle a Corazón de la Manada. «Huele mal. Es carne podrida, no la queremos. Junto al estanque hay bocados mejores que ese.»

«Acércate», nos pide Burrich. Por ese instante, lo percibo como Burrich y como Corazón de la Manada a la vez. Un desplazamiento transversal me aleja de los sentidos del lobo para sumergirme en los recuerdos humanos que conservo de aquella noche. Hacía tiempo que sospechaba que había muerto de veras, por mucho que Chade me asegurase que sus pócimas solo habían servido para imponerme un fallecimiento fingido. Mi organismo estaba demasiado maltrecho para resistir ni una sola gota de veneno. En mi memoria, el olfato del lobo demuestra ser implacablemente certero. Aquel cuerpo había muerto. Pero la consciencia de la Maña del lobo, más aguda que la mía, me revela lo que yo nunca me habría imaginado. Corazón de la Manada está haciendo algo más que sostener mi carne. La ha preparado para mí; está lista para comenzar de nuevo, solo necesita atraerme a su interior. El susurro de Ojos de Noche se desliza como un bálsamo separador sobre mis sentidos.

La Maña. No la Habilidad. Burrich utilizó la Maña. Solo que él era mucho más diestro con esa magia que yo, y mucho más sabio. Acaricié las flácidas facciones del bufón, ordenando a su cuerpo que se alineara con el mío, pero no encontraba la manera de acceder hasta él. El bufón no tenía la Maña. ¿Sería esa la diferencia? Lo ignoraba. Pero sabía que había una manera: una vez nos habíamos vinculado, él y yo. Una vez me había sacado a rastras del cuerpo del lobo para devolverme al mío. Giré la muñeca hacia arriba, exponiéndola a la mortecina luz de la luna, y contemplé la sombra de la marca de sus dedos. Tomé su mano mutilada en la mía. Le habían arrancado las uñas de tres de los dedos, tan esbeltos y delicados. Aparté mi consciencia de la agonía que había tenido que soportar. Superpuse mi mano a la suya y, con cuidado, apoyé las puntas de sus dedos en cada una de las marcas de mi muñeca. Tanteé en busca de aquel tenue vínculo de Habilidad que habíamos tejido entre nosotros, hacía ya tantos años.

Y allí estaba, tan sutil como un velo de gasa, pero allí. Me armé de valor, sabiendo que me disponía a llamar a las puertas de la mismísima muerte. Pero dispuesto a trasponerlas si era preciso. ¿No acababa de decir que estaba dispuesto a dar mi vida a cambio de la suya? Sentía cómo los juglares estaban echándolo, expulsándolo en dirección a mi carne; no había tiempo que perder en explicaciones. Respiré hondo y me dejé caer, deslizándome como una gota por el vínculo de la Habilidad, rindiendo mi cuerpo a su consciencia latente para

adentrarme en los escombros del suyo.

Por el más efímero de los instantes, mi percepción se duplicó. Mi piel vestía al bufón, que observaba el mundo a través de mis ojos. Consternado, no lograba apartar la mirada de su cadáver, laxo en mis brazos. Alzó una mano para acariciar la barba hirsuta de mi mentón.

—¡Tesoro! —gimió—. Ay, Tesoro, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?

—No temas —dije con voz queda, intentando tranquilizarlo—. Si no lo consigo, quédate con mi vida y apúrala hasta el final. Yo acepto voluntariamente tu muerte. —A continuación, como una piedra que se dejar caer sobre el fango, me hundí en la carne inerte del bufón.

Me encontraba dentro de un cuerpo muerto, un cuerpo que llevaba días así.

Puesto que no le quedaba ya ni un soplo de vida, quizá ni siquiera cupiera calificarlo de cuerpo. Tan inanimado como una roca, había empezado a disolverse en los distintos componentes que lo integraban, regresando a la tierra. Mi Habilidad no sabía cómo interpretar aquella situación. Descarté el impulso de utilizarla, de pedirles ayuda a Tordo, Chade y Dedicado. Únicamente me habrían obligado a volver a mi cuerpo para salvarme.

La Maña es la consciencia de toda la vida que nos rodea. Es una tela de araña, una red que nos conecta con todos los seres vivos. Algunos eran animados y complejos, grandes bestias rebosantes de salud que exigían mi atención. Los árboles y las plantas eran más sutiles, pero también más esenciales para la perpetuación de la vida que las criaturas que se movían. Constituían el bastidor que sostiene el tejido del mundo; sin ellos, todos sucumbiríamos entre estertores. Pese a todo, me las había arreglado para no hacerles caso durante la mayor parte de mi vida, exceptuando algún que otro interés pasajero por la frondosa y discreta vitalidad de los árboles más ancianos. Más allá y por debajo de todo eso, no obstante, discurría una vida aún más nebulosa.

La muerte.

La muerte, los nudos en la red que todo lo conectaba, no era muerte en absoluto. En sus lazos, retorcidos e inescapables, la vida no se destruía, sino que se recomponía. El cadáver del bufón era un hervidero de vitalidad. Un caldero en ebullición en el que borbotaban las aguas del renacimiento. Todos los elementos que antes se unían para hacer de su cuerpo un organismo viviente

todavía estaban allí. La cuestión era: ¿sabría persuadirlo para que asumiera su antigua alineación en vez de las formas más simples a las que estaba reduciéndose ahora?

Sin aliento ni voz, despojado de mis sentidos, me entregué a la muerte. Era como un río de la Habilidad, en cierto modo, pues también tiraba de los hilos del cuerpo del bufón, moviéndolos para llevarse aquellos de sus elementos integrantes que podrían ser útiles en otra parte. Era como asistir a una partida reñida del juego de las piedras. Las piezas se movían siguiendo una pauta. Intenté convencer a una para que regresara a su posición original, pero se escurrió y fue a reunirse con sus compañeras.

Es el viejo juego otra vez. Sigues sin verlo. No son cazadores solitarios, sino que forman una manada. No enfrentes tu voluntad a cada individuo por separado. Son demasiados. No puedes frenarlos. Así que guíalos. Utilízalos. Pon lo nuevo que han creado en el lugar de lo antiguo.

La sabiduría del lobo. Tal como me había dicho Rolf el Negro que ocurriría, así era. Ojos de Noche me acompañaba, no como él había sido, sino como habíamos sido los dos. Era su vista la que utilicé aquella noche, la sencilla consciencia de lobo que le decía que, cuando uno devora la carne, ingiere también su vitalidad. El elegante equilibrio entre el depredador y la presa se aplicaba en este caso tanto como cuando cazábamos juntos. La muerte sustenta la vida. Lo que el cuerpo hace pedazos, el cuerpo vuelve a recomponerlo.

Esta no era una sanación de la Habilidad, sino una guía de los cambios, una reconducción de los distintos componentes hacia la alineación que yo recordaba. Dudo que mi destreza estuviera a la altura de la que había hecho gala Burch durante mi restauración. Una y otra vez, las corrientes que corregía se revertían y debía persuadirlas de nuevo para que creasen en vez de demoler. Tampoco el bufón era completamente humano. Aquella noche hube de enfrentarme sin ambages a lo exótico de su auténtica naturaleza. Creía conocerlo. Durante aquellas horas de reconstrucción, por fin comprendí y acepté lo que era. Aquello, de por sí, supuso toda una revelación. Siempre había pensado que éramos más parecidos que distintos. Sencillamente no era verdad. Solo cabría calificarlo de humano como podía calificármeme a mí de lobo.

Persistí en mi empeño hasta rebasar el punto en que la sangre comenzó a

correr por sus venas de nuevo, más allá de la percepción gradual de que podía, una vez más, insuflar aire en sus pulmones. Parte de su cuerpo se había reparado en el proceso de restauración. Tenía dos costillas rotas. Los extremos de esos huesos habían encontrado a sus compañeros y empezaban ya a soldarse. Hilos de un tegumento tan fino como la seda remendaban los desgarrones más graves que había sufrido su piel. Pero poco se podía hacer con aquellos lugares donde la carne, el hueso o las uñas se habían ausentado ya para siempre. Puse en marcha su propio mecanismo de curación con extraordinaria delicadeza, sin atreverme a forzar su esmerada y cauta velocidad de restauración natural. Ya había consumido todas las reservas de su cuerpo. Cerré la carne expuesta de su espalda para protegerla de los agónicos besos del aire. Convencí a su lengua hendida para que se restañara. Le faltaban dos dientes, acerca de los cuales yo no podía hacer nada. Cuando estuve seguro de haber hecho por su cuerpo todo cuanto estaba en mi mano, insuflé en sus pulmones un último soplo de aliento. Abrí sus ojos.

La noche se diluía en las primeras luces del alba. La claridad diurna eclipsaba ya las estrellas más débiles. Un ave entonó su canto de buenos días. Otra la imitó. Un insecto pasó zumbando junto a mi oído. Seguía tomando consciencia de mi cuerpo, de forma gradual. La sangre corría por mis venas, y saboreé el aire que se deslizaba por mis pulmones. Era agradable. Sentía dolor, una tremenda cantidad de dolor. Pero el dolor es el mensajero del cuerpo, la advertencia de que algo anda mal y hay que arreglarlo. El dolor nos dice que estamos vivos. Acepté aquel mensaje y me regodeé en él. Durante largo rato me pareció suficiente.

Parpadeé y alcé la mirada. Alguien me acunaba en sus brazos. Sosteniendo mi espalda en carne viva me producía una agonía abrasadora, pero carecía de las fuerzas necesarias para incorporarme. Contemplé mi rostro. No se parecía a mirarse en el espejo. Era mayor de lo que pensaba. Se había quitado la corona, pero surcaba mi frente una erupción prominente, allí donde el aro se me había clavado en la piel. Tenía los ojos cerrados, desbordados de lágrimas que corrían por mis mejillas. Me pregunté por qué estaría llorando. ¿Cómo podría llorar nadie ante semejante amanecer? Con gran esfuerzo levanté una mano, despacio, y toqué mi cara. Mis ojos se abrieron de golpe, y los contemplé fijamente,

maravillado. No sabía que fuesen tan oscuros, ni tan grandes. Incrédulo, me devolví la mirada.

—¿Traspié? —Era la inflexión del bufón, pero aquella voz tan áspera solo podría haber sido la mía.

Sonreí.

—Tesoro.

Sus brazos se estrecharon convulsivamente a mi alrededor. Arquee la espalda, martirizado, pero no pareció percatarse de mi dolor. Los sollozos lo estremecían de la cabeza a los pies.

—¡No lo entiendo! —exclamó, volviendo el rostro hacia el cielo—. No lo entiendo. —Miró en rededor, desencajadas mis facciones por la incertidumbre y el miedo—. Nunca había visto este momento. Estoy fuera de mi época, más allá de donde se agotaba mi tiempo. ¿Qué ha pasado? ¿Qué nos ha sucedido?

Quise moverme, pero carecía de la energía necesaria. Por un momento hube de hacer oídos sordos a su llanto mientras evaluaba mi estado. El cuerpo había sufrido graves desperfectos, pero luchaba por repararse. Me sentía espantosamente frágil. Tomé aire y musité:

—La piel de mi espalda es reciente. Todavía está tierna.

Tragó saliva con dificultad.

—Pero si había muerto —protestó, con la respiración entrecortada—. Estaba en ese cuerpo, y me arrancó la piel de la espalda. Morí. —Se le truncó la voz—. Lo recuerdo. Morí.

—Había llegado el momento de que murieras —convine—. Y, para mí, el momento de traerte de vuelta.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde estamos? No, ya sé dónde, pero ¿cuándo? ¿Cómo es posible que estemos aquí, con vida? ¿Qué ha ocurrido?

—Tranquilo. —Hablaba con la voz del bufón. Probé a imprimirle su dejo humorístico, y creo que lo conseguí—. Todo va a salir bien.

Busqué mi muñeca con su mano. Las puntas de sus dedos sabían dónde posarse. Por un momento, nos sostuvimos la mirada mientras nos fundíamos en un todo combinado. La misma persona. Siempre habíamos sido uno solo. Tal como había dicho Ojos de Noche, hacía ya tanto tiempo. Era agradable volver a sentirse completo. Utilicé nuestra fuerza para incorporarme, para apoyar su

frente en la mía. No cerré los ojos. Nos quedamos mirándonos fijamente, sin parpadear. Noté la caricia de su aliento atemorizado en los labios.

—Recupera tu cuerpo —le pedí con voz queda.

Y así nos cruzamos, camino cada uno de nosotros de su ser respectivo, pero por espacio de un latido habíamos sido la misma entidad. Los límites que nos separaban habían caído al mezclarnos.

«Sin límites», recordé que había dicho, y entonces lo entendí de repente. Ningún obstáculo se interponía entre nosotros. Me aparté de él, muy despacio. Enderecé la espalda y contemplé al bufón, tendido en mis brazos. Por un instante, los ojos claros que me observaban únicamente denotaron asombro. Después, el dolor de su cuerpo torturado reclamó su atención. Vi cómo apretaba los párpados, con agonía, y se crispaba al contacto conmigo.

—Perdona —murmuré mientras lo tendía encima de la capa. Las ramas de hojas perenne que había recogido para preparar su pira funeraria le servían de colchón ahora—. No te quedaban reservas suficientes para llevar a cabo una restauración completa. Quizá dentro de uno o dos días...

Pero ya se había quedado dormido. Levanté una esquina de la capa y la usé para resguardarle los ojos del sol naciente. Venteé el aire y se me ocurrió que podría ser un momento propicio para salir de caza.

A esa actividad dediqué el resto de la mañana; regresé con una brazada de conejos y un puñado de plantas comestibles. El bufón yacía aún en la misma postura en la que lo había dejado. Limpié los conejos y los colgué para que se desangraran. Monté la tienda a la sombra. Busqué la túnica de los vetulus que me había regalado en su día y lo extendí en el interior de la tienda. Fui a echarle un vistazo al bufón. Seguía durmiendo. Lo examiné con ojo crítico. Estaba cubierto de picaduras de insecto. Esto, unido al hecho de que el sol caía ya a plomo sobre su piel, me convenció de que debería moverlo.

—Tesoro —dije en voz baja. No obtuve respuesta. Le hablé de todas formas, sabiendo que a veces somos conscientes de las cosas que oímos cuando estamos dormidos—. Voy a trasladarte a otro sitio. A lo mejor te hago daño.

No reaccionó. Deslicé los brazos bajo la capa y lo levanté con tanta delicadeza como me fue posible. Profirió un grito inarticulado, de todas formas, retorciéndose en mis brazos en su intento por escapar del dolor. Abrió los ojos

mientras lo transportaba al otro lado de la antigua plaza, hasta la tienda guarecida por las copas de los árboles. Me miró sin verme, sin reconocirme, sin despertar todavía del todo.

—Por favor —imploró con voz entrecortada—. Por favor, para. No me hagas más daño. Por favor.

—Ya estás a salvo —lo consolé—. Se acabó. Todo ha terminado.

—¡Por favor! —gritó de nuevo, con todas sus fuerzas.

Tuve que apoyar una rodilla en el suelo para depositarlo en la tienda. Profirió un alarido cuando la tela le rozó la espalda en carne viva de pasada. Lo solté con todo el cuidado del mundo.

—Aquí estarás resguardado del sol y de los insectos —le dije. No creo que se enterara.

—Por favor. Basta. Haré lo que quieras, todo cuanto me pidas. Pero detente. Para.

—Todo ha acabado —le dije—. Ya estás a salvo.

—Por favor. —Sus párpados aletearon antes de cerrarse de nuevo. Se quedó inmóvil. En ningún momento había estado despierto del todo.

Salí de la tienda. Tenía que alejarme de él. Su sufrimiento me partía el corazón, tanto como la oleada de recuerdos que empezaban a agitarse en mi interior de repente. Conocía bien la tortura. Los métodos de Regio habían sido burdos pero eficaces. Sin embargo, había podido esgrimir ante ellos un modesto escudo del que el bufón carecía. Sabía que, mientras lo interpusiera entre él y yo, mientras me resistiera a darle la prueba que demostrase que poseía la Maña, sencillamente no podría matarme. Así, me había mantenido firme frente a las palizas y las privaciones; le había negado a Regio lo que quería. Concedérselo habría equivalido a darle permiso para ejecutarme, sin remordimientos, con el beneplácito de la clase dirigente de los Seis Ducados. Y al final, cuando supe que ya no podría aguantar por más tiempo, le había arrebatado mi muerte; preferí ingerir veneno antes de consentir que me doblegara.

El bufón, sin embargo, no había podido guardarse ningún as en la manga. No tenía nada que la Mujer Pálida deseara extraer de él, salvo su dolor. ¿Por qué le habría hecho suplicar, qué le habría obligado a prometer, tan solo para burlarse de su capitulación y continuar ensañándose con su carne atormentada?

No me apetecía saberlo. No quería saberlo y me avergonzaba rehuir así su dolor. ¿Podría fingir que su sufrimiento no había tenido lugar si me negaba a reconocerlo?

Siempre me he ocultado de mis pensamientos enfrascándome en labores sencillas. Llené la cantimplora con el agua helada del arroyo. Recuperé el combustible de la antigua pira funeraria y preparé con él una pequeña fogata para cocinar. Con el fuego avivado, espeté un conejo para asarlo y metí el otro en un cazo hirviendo. Recogí mi desperdigada ropa de invierno, la sacudí y la colgué de unos arbustos para que se aireara. En el transcurso de mis quehaceres encontré la Corona del Gallo donde el bufón, al parecer, la había tirado en un arrebato. Regresé con ella a la tienda y la deposité dentro, justo detrás de la puerta de lona. Me bañé en el arroyo, restregándome con un manajo de cola de caballo a modo de esponja, y me recogí el pelo goteante en una coleta de guerrero. No me sentía como tal, sin embargo. Me pregunté si me sentiría mejor si hubiera acabado con ella. Contemplé la idea de volver, matar a la Mujer Pálida y traerle su cabeza al bufón.

Debí de decidir que no serviría de nada; de lo contrario, no habría vacilado en hacerlo.

Aparté el caldo de conejo, para que se enfriara, y devoré la pieza asada. No hay manjar comparable a un buen trozo de carne fresca cuando se ha pasado mucho tiempo sin saborearla. Estaba tierna, roja aún en el hueso; me pareció un manjar succulento. Comí como un lobo, sumergiéndome en la plenitud del instante, en la pura sensación de estar saciando el apetito. Al cabo, no obstante, cuando hube arrojado a las llamas el último hueso roído, no me quedó más remedio que pensar en la noche que me aguardaba.

Llevé la olla de caldo a la tienda. El bufón estaba despierto. Se había tumbado boca abajo y contemplaba fijamente la esquina de la tienda, sin parpadear. El resplandor del atardecer atravesaba los paneles de la tienda, jaspeándolo de distintos colores. Sabía que iba a encontrarlo despierto. La renovación de nuestro vínculo de la Habilidad me habría imposibilitado ignorarlo. Conseguí bloquear la mayor parte del dolor físico que sentía. Bloquear su angustia ya era más complicado.

—Te he traído algo de comer.

Cuando el silencio amenazaba con dilatarse en exceso, insistí:

—Tesoro, tienes que comer algo. Y beber. También hay agua fresca.

Esperé un momento.

—Podría preparar algo de té, si quieres.

Al cabo, agarré una taza y vertí dentro el caldo, que empezaba a enfriarse.

—Tómate esto y prometo dejar de incordiarte. Pero te lo tienes que tomar antes.

Los grillos cantaban, presagiando el ocaso.

—Tesoro, hablo en serio. No pienso dejarte en paz hasta que te hayas tomado esto, por lo menos.

Habló. Su voz sonó inexpresiva, y se negaba a mirarme.

—¿Te importaría dejar de llamarme así?

—¿«Tesoro»? —pregunté, desconcertado.

Compuso un gesto de dolor al oír la palabra.

—Sí. Eso.

Me senté, sujetando la taza de caldo ya frío en las manos. Transcurridos unos instantes repliqué, desabrido:

—Como tú prefieras, bufón. Pero no pienso salir de aquí hasta que te hayas tomado esto.

Se movió en la penumbra de la tienda, volviendo la cabeza hacia mí. Extendió una mano en dirección a la taza.

—Me llamaba por ese nombre para burlarse de mí —musitó.

—Oh.

Cogió la taza con torpeza, procurando proteger del contacto las puntas de sus dedos desgarrados. Se incorporó sobre un codo, estremeciéndose a causa del dolor y el esfuerzo. Me moría de ganas por asistirlo. Ni loco se me habría ocurrido ofrecerle mi ayuda. Apuró el caldo de dos largos tragos y me devolvió la taza, tembloroso. Volvió a tumbarse sobre el estómago. Al verme allí sentado todavía, observó con voz fatigada:

—Ya me lo he tomado.

Vi que había terminado de anochecer cuando salí de la tienda, llevándome el cazo y la taza. Añadí más agua al caldo y lo dejé junto a la fogata. Que siguiera cociéndose a fuego lento hasta por la mañana. Me senté y me quedé

contemplando las llamas, rememorando cosas en las que no quería pensar y mordiéndome la uña del pulgar, hasta que apreté demasiado los dientes y la partí. Hice una mueca y luego, con la mirada perdida en la noche, sacudí la cabeza. Yo había podido replegarme en mi naturaleza lupina. Como lobo, había escapado a la humillación y la degradación. Como lobo, había conservado la dignidad y el control de mi vida. El bufón no tenía donde refugiarse.

Yo había tenido a Burch, su tranquilidad y su familiaridad. Había tenido paz y soledad, y al lobo. Con Ojos de Noche en el pensamiento, me levanté y salí de caza.

La suerte que me había sonreído la noche anterior no volvió a repetirse. Regresé al campamento cuando el sol ya había salido, sin carne, pero con la camisa cargada de ciruelas maduras. El bufón se había ido. Un cazo de té se calentaba junto al fuego. Reprimí el impulso de llamarlo a voces y esperé, casi sin impacientarme, al lado de la fogata hasta que lo vi subiendo por el camino que comunicaba con el arroyo. Llevaba puesta la túnica de los vetulus, y se había empapado el pelo de agua para alisárselo y echárselo hacia atrás, aplastado contra las líneas del cráneo. Caminaba sin gracia, renqueante y encorvado. Con esfuerzo, me contuve para no acudir corriendo a su lado.

—He encontrado ciruelas —le dije, cuando por fin hubo llegado a la altura de la fogata.

Aceptó una con gesto solemne y le pegó un bocado.

—Están dulces —observó, como si eso le sorprendiera. Con la cautela de una persona mayor, se agachó hasta sentarse en el suelo. Lo vi pasarse la lengua por el interior de la boca e imité su gesto de dolor cuando encontró el hueco dejado por los dientes que le faltaban en uno de los lados. Bajando la voz, me pidió—: Cuéntame qué ha pasado.

Así lo hice. Empecé por los guardias que me habían arrojado a la nieve y le presenté un informe tan detallado como si fuese Chade el que estuviera allí sentado, asintiendo en silencio ante mis palabras. Su expresión se alteró levemente cuando llegué a la parte de los dragones. Se sentó más erguido, despacio. Noté cómo se intensificaba el vínculo de la Habilidad que nos unía cuando sondeó mi corazón para corroborar lo que estaba escuchando, como si las simples palabras no bastasen para convencerlo. Me abrí a él de buen grado y

le permití compartir mi experiencia de aquella jornada. Cuando le conté que Yama de Hielo y Tintaglia se habían apareado en pleno vuelo antes de perderse de vista, lo estremeció un sollozo. Pero no tenía lágrimas en los ojos cuando me preguntó, incrédulo:

—Entonces... ¿triunfamos? La Mujer Pálida fracasó. Los cielos de este mundo se volverán a llenar de dragones.

—Por supuesto —dije, consciente de que todo eso, para él, era algo nuevo—. Ahora caminamos por la senda de tu futuro. La misma que tú preparaste para nosotros.

Oí cómo se le formaba otro nudo en la garganta. Se incorporó, envarado, y dio una o dos vueltas caminando en círculo. Le brillaban los ojos de emoción cuando se volvió de nuevo hacia mí.

—Pero... aquí estoy ciego. Nunca preví nada de esto. Siempre, en todas las visiones, si nos alzábamos con la victoria, esta me costaba la vida. Siempre moría.

Ladeó la cabeza, muy despacio, y me preguntó, como si necesitase confirmarlo:

—¿Morí?

—Moriste —admití. Pero no pude evitar que en mis labios se dibujara una sonrisa de oreja a oreja—. Como te dije en Torre del Alce, sin embargo, soy el catalizador. El Cambiador.

Se quedó tan inmóvil como una estatua mientras asimilaba mis palabras. Fue como asistir al despertar de un dragón de piedra. Retornado a la vida, comenzó a temblar de la cabeza a los pies; esta vez no tuve reparos en tomarlo del brazo y ayudarlo a sentarse.

—El resto —me ordenó con voz temblorosa—. Cuéntame el resto.

Así lo hice, empleando para ello la mañana entera; nos comimos las ciruelas, nos tomamos el té y nos acabamos el caldo de conejo de la noche anterior. Cuando le conté lo que sabía del Hombre Negro, abrió mucho los ojos. Le hablé de cómo había buscado su cuerpo y, a regañadientes, le expliqué cómo lo había encontrado. Desvió la mirada al llegar a esa parte, y sentí cómo se debilitaba nuestro vínculo de la Habilidad; creo que, si hubiera podido, en ese momento le habría gustado ocultarse a mis ojos. Se lo conté todo, sin embargo,

hasta llegar a mi encuentro con la Mujer Pálida. Se quedó sentado, frotándose los brazos mientras hablaba de ella. Le temblaba la voz cuando me preguntó:

—Entonces ¿todavía sigue con vida? ¿No ha muerto?

—Yo no la maté, al menos —reconocí.

—Pero ¿por qué? —exclamó, estridente e incrédulo—. ¿Por qué no acabaste con ella, Traspíe? ¿Por qué?

Me sorprendió su estallido.

—No lo sé —respondí bobamente, a la defensiva—. Porque pensé que eso era lo que ella quería, supongo. —Mis propias palabras me parecieron ridículas en ese momento, pero las pronuncié de todas formas—. Primero el Hombre Negro y después la Mujer Pálida dijeron que yo era el catalizador de esta época. El Cambiador. No quería provocar ningún cambio en lo que tú habías hecho.

El silencio subsiguiente se prolongó durante unos instantes. Se mecía adelante y atrás, muy suavemente, respirando por la boca. Pareció tranquilizarse transcurrido un momento, o quizá tan solo estuviera intentando desensibilizarse. Al cabo, con un esfuerzo que no pudo disimular, dijo:

—Estoy seguro de que hiciste lo que creías más conveniente, Traspíe. No voy a guardarte rencor por ello.

Quizá estuviera convencido de sus palabras, pero creo que ninguno de los dos consiguió creérselas del todo en ese momento. Eclipsaba la luminosidad de su victoria y proyectaba una pequeña sombra entre nosotros. Proseguí mi relato, en cualquier caso, y se quedó muy callado cuando le conté cómo habíamos llegado hasta allí a través del pilar de la Habilidad que encontré en el palacio de hielo.

—Eso no lo había visto —confesó, con una nota de asombro en la voz—. Nunca llegué a presentirlo siquiera.

El resto me llevó poco tiempo. Cuando llegué a la parte de la Corona del Gallo y la sorpresa que me llevé al descubrir que no se trataba de ningún poderoso talismán mágico, sino de un simple quinteto de poetas congelados en el tiempo, se encogió de hombros como si quisiera excusarse por haberle concedido tanto valor a un objeto tan frívolo.

—No la quería para mí —musitó.

Me quedé callado un momento, esperando a que elaborara ese particular.

Cuando comprendí que no iba a hacerlo, lo dejé correr. Incluso después de que yo hubiera terminado el relato y él hubiese podido comprobar cuán aplastante había sido su triunfo, seguía mostrándose curiosamente apagado. Parecía que la victoria hubiera tenido lugar hacía años, en vez de escasos días antes. Por el modo en que la aceptaba se diría que había sido algo inevitable, más que el resultado de una encarnizada batalla.

Se nos había echado encima la noche. Yo le había contado mi historia, pero él no hizo el menor esfuerzo por desvelarme lo que le había acaecido. Tampoco lo esperaba. Sin embargo, el interminable silencio que no dejaba de dilatarse entre nosotros era más que elocuente. Hablaba de humillación, de perplejidad ante el hecho de que algo que le había sido impuesto pudiera avergonzarlo tanto. Demasiado bien lo entendía. Como entendía también que, si hubiera intentado explicárselo, habría sonado condescendiente. Nuestros respectivos silencios amenazaban con eternizarse. Las escasas frasecitas intrascendentes que intercambiábamos —mi anuncio de que iba a recoger más madera o su observación sobre lo agradable que resultaba el canto de los insectos tras todas aquellas noches de calma vividas en el glaciar— parecían flotar como burbujas aisladas en el mar de silencio que nos separaba.

Por fin dijo que se iba a acostar. Se metió en la tienda mientras yo me encargaba de los pequeños quehaceres propios de una noche de acampada. Cubrí el fuego para que los rescoldos sobrevivieran hasta por la mañana y limpié lo que habíamos ensuciado. Cuando me acerqué a la tienda, encontré mi capa en la entrada, pulcramente doblada en el suelo. La recogí y volví a extenderla junto a la fogata. Entendía que todavía estuviera recuperándose y quisiera estar solo. Si me zahirió fue, más que nada, porque nadie más que yo deseaba que su convalecencia se prolongara lo menos posible.

Era noche cerrada y me había quedado profundamente dormido cuando el primer alarido escapó de la tienda. Me senté como impulsado por un resorte, con el corazón latiendo desbocado en mi pecho y una mano cerrándose de inmediato sobre la empuñadura de la espada que yacía junto a mí, en el suelo. Antes de que pudiera desenvainarla, el bufón salió de la tienda como una exhalación, con la mirada desorbitada y el cabello apuntando en todas direcciones. El pánico que le entrecortaba la respiración sacudía todo su cuerpo,

y el esfuerzo por engullir una bocanada de aire tras otra amenazaba con desencajarle la mandíbula.

—¿Qué ocurre? —pregunté, y se sobresaltó de nuevo, apartándose de mí con un respingo. Tardó un instante en volver en sí y reconocer mi sombra junto a los rescoldos de la fogata.

—Nada. Una pesadilla. —Se agarró los codos y se agachó sobre los brazos cruzados, tambaleándose ligeramente, como si un dolor espantoso estuviera royéndole las entrañas—. He soñado que llegaba a través del pilar —confesó, al cabo—. Me desperté y me pareció verla en la tienda, cerniéndose sobre mí.

—No creo que sepa qué son los pilares de la Habilidad ni cómo funcionan —repuse. Hasta yo hube de reconocer las escasas garantías que le ofrecían mis palabras, sin embargo, y me arrepentí de haber dicho nada.

No obtuve respuesta por su parte, pero se acercó a la fogata, tiritando a pesar de la tibieza que flotaba en el aire nocturno. Sin preguntarle nada, alargué un brazo y eché más madera a las brasas. Se quedó en pie, abrazado a sí mismo, viendo cómo las llamas se reavivan y prendían en la nueva remesa de combustible.

—No puedo volver ahí dentro esta noche —murmuró, compungido—. No puedo.

Me limité a extender mi capa sobre el suelo un poco más, sin decir nada. Se acercó con la cautela de un gato. En silencio, se tumbó con dificultad y se estiró entre el fuego y yo. Permanecí inmóvil, esperando a que se tranquilizara. El murmullo de las llamas provocó que empezaran a pesarme los párpados de nuevo, a mi pesar. Comenzaba a hundirme en las mansas aguas del sueño cuando me preguntó, en voz baja:

—¿Se supera esto alguna vez? ¿Cómo lo conseguiste tú? —Impregnaba su voz el ferviente deseo de saber que, algún día, esta sombra que empañaba ahora su existencia se desvanecería.

Le respondí con la verdad más descarnada que haya tenido que pronunciar en toda mi vida.

—No. No se supera nunca. Ni yo lo he conseguido ni tú lo superarás. Pero se sale adelante. Se convierte en parte de ti, como una cicatriz. Se sale adelante.

Aquella noche, mientras dormíamos espalda con espalda bajo las estrellas,

sobre mi vieja capa, lo sentí estremecerse, revolverse y bregar en sueños. Me volví para observarlo. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas relucientes y no dejaba de forcejear, desesperado, prometiéndole a la oscuridad:

—Por favor, para. ¡Detente! Lo que sea, lo que me pidas. Pero para ya, por favor. ¡Por favor!

Al extender una mano hacia él, profirió un alarido salvaje y forcejeó conmigo un instante, enloquecido. Se despertó jadeando, lo solté e, inmediatamente, rodó de costado para alejarse de mí. Se escabulló a cuatro patas, gateando por el suelo de piedra de la plaza hasta la linde del bosque, donde dejó caer la cabeza como un perro enfermo y vomitó una y otra vez, intentando expulsar las cobardes palabras que habían brotado de sus labios. No acudí a su lado. Todavía no.

Cuando volvió, caminando ya con normalidad, le ofrecí la cantimplora. Se enjuagó la boca y escupió antes de beber. Evitando mirarme, se quedó en pie y escudriñó la noche como si allí pudiera encontrar las partes de su ser que había perdido. Esperé. Al cabo, en silencio, se sentó de nuevo en la capa, a mi lado. Cuando se hubo tumbado por fin, de costado, se encogió formando un ovillo de espaldas a mí. No dejaba de estremecerse. Suspiré.

Me tendí junto a él. Me acerqué un poco más y vencí su resistencia para, con delicadeza, darle la vuelta y estrecharlo en un torpe abrazo. Estaba llorando en silencio, y usé los pulgares para secarle las lágrimas de las mejillas. Con cuidado de no tocar su espalda en carne viva, lo atraje hacia mí, acogí su cabeza bajo mi barbilla y lo envolví con mis brazos. Deposité un suave beso en su coronilla.

—Duerme, bufón —le ordené, huraño—. Yo estoy aquí. Te protegeré.

Temí que fuese a apartarme de un empujón cuando interpuso las manos entre nosotros. En vez de eso, sin embargo, las cerró sobre la pechera de mi camisa y se aferró a mí con todas sus fuerzas.

Me pasé toda la noche acunándolo, tan pegado a mí como si de un hijo o un amante se tratara. Tan pegado a mí como si fuese yo mismo, desamparado y herido. Lo abracé mientras lloraba, y continué abrazándolo cuando se le hubieron terminado las lágrimas. Dejé que extrajera todo el consuelo posible de la fuerza y el calor de mi cuerpo. Nunca me he sentido menos hombre por ello.

Entereza

Redacto esto de mi puño y letra, por lo que os ruego que sepáis disculpar el sesgo que mi mano de las Montañas imprime a estos caracteres de los Seis Ducados. Nuestro estimado escriba Cerica ya está preparando un comunicado oficial, pero este pergamino nace de mi deseo por dirigirme a vos en persona, de una viuda a otra y de mujer a mujer, para expresaros sin sombra de duda hasta qué punto entiendo que no haya promesa alguna de terrenos o títulos capaz de compensaros por la pérdida que acabáis de sufrir.

Vuestro marido consagró la mayor parte de su vida al servicio de la corona de los Vatídico. En verdad, todo cuanto hizo por sus reyes debería habersele reconocido años atrás. La suya era una canción que debería haber sonado en todas las celebraciones. Solo gracias al riesgo en que puso su integridad física conseguí sobrevivir a la noche aciaga en que Regio el Pretencioso se volvió contra nosotros, mas su modestia lo llevó a suplicar que ninguna composición se hiciera eco de sus gestas. Se me antoja una injusticia que tan solo ahora, tras haber perecido a nuestro servicio, recuerde el trono de los Seis Ducados todo cuanto a él le debemos.

Me encontraba inmersa en la selección de tierras de la corona con las que recompensar los servicios de Burrich cuando llegó un emisario enviado por lady Paciencia. En verdad parecen volar las malas noticias, pues hasta sus oídos había llegado ya el fallecimiento de vuestro esposo. Me escribía para recordarme que se contaba entre los amigos más estimados del difunto príncipe Hidalgo, así como para informarme de que sin duda su señor habría deseado ver cómo la finca de Bosque Blanco quedaba en posesión de vuestra familia. Los títulos de estas tierras, por tanto, se os remitirán de inmediato para engrosar el patrimonio de vuestra familia con carácter permanente.

Carta de la reina Kettricken a Molly Candelaria,
viuda de Burrich

—Soñé que yo era tú —musitó, con el rostro vuelto hacia las llamas.

—¿Sí?

—Y que tú eras yo.

—Tiene gracia.

—No lo hagas —me advirtió.

—¿Que no haga qué? —pregunté cándidamente.

—Ser como yo.

Se rebulló para cambiar de postura, acostado aún junto a mí. La noche tejía un dosel de estrellas sobre nosotros y la brisa era apacible. Levantó los dedos esbeltos para apartarse el cabello dorado de la cara. La luz mortecina de la fogata conseguía disimular casi las magulladuras que ya empezaban a borrarse de sus facciones, pero sus pómulos seguían siendo demasiado prominentes. Me dieron ganas de replicarle que alguien tendría que ser como él, puesto que él mismo había dejado de serlo tan radicalmente. Pero, en vez de eso, le pregunté:

—¿Por qué no?

—Porque me pone nervioso. —Se llenó los pulmones de aire y exhaló un hondo suspiro—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Era la tercera vez que me despertaba esa noche. Ya me había acostumbrado. Le costaba conciliar el sueño en la oscuridad, cosa que no me extrañaba. Recordaba perfectamente cómo había decidido dormir exclusivamente durante el día y con Burch cerca de mí, vigilándome, mientras me recuperaba de mi estancia en las mazmorras de Regio. Hay ocasiones en las que resulta reconfortante dormir con la luz del sol en los párpados. Y noches en las que una conversación puede ser más reparadora que cualquier sueño, por agotado que se sienta uno. Intenté calcular el tiempo que debía de haber transcurrido desde que atravesara el pilar cargando con su cuerpo en los brazos, pero no fue nada fácil. Las noches entrecortadas y las jornadas ociosas bañadas por el sol parecían confundirse y multiplicarse.

—Cinco días, si hablamos de días. Cuatro noches, si hablamos de noches. No te preocupes ahora por eso. Estás muy débil aún. No quiero volver a cruzar el pilar de la Habilidad hasta que te hayas restablecido.

—Y yo no quiero volver a cruzarlo a nunca.

—Hum —murmuré en señal de aquiescencia—. Tarde o temprano, sin embargo, no nos quedará otro remedio. No puedo dejar a Tordo con el Hombre Negro para siempre. Además, le dije a Chade que estaríamos en la playa, listos para recibir al barco cuando llegara. Lo cual debería ocurrir dentro de... no sé, aproximadamente cinco días. Creo. —Había perdido la noción del tiempo en el laberinto de hielo. Sin embargo, me costaba preocuparme al respecto. Desde nuestro fallido intento de sanación había bloqueado todo contacto mediante la Habilidad con el destacamento. Varias veces había percibido unos tímidos

arañazos en mi puerta, pero me había obstinado en no hacerles caso. Debían de estar preocupados por mí—. Tengo una vida a la que regresar —dije en voz alta, quizá para convencerme de ello.

—Yo no.

El bufón parecía conforme con eso, lo cual reavivó mi esperanza. Seguía habiendo momentos durante el día en los que se quedaba inmóvil, petrificado, como si intentase escuchar la llamada de todos aquellos futuros que ya no se molestaban en dirigirle la palabra. Me pregunté cómo debía de ser para él. Se había pasado toda la vida esforzándose por encauzar el devenir del tiempo por la senda que él consideraba más acertada. Y lo había conseguido; vivíamos en el futuro que él había visualizado. Sospecho que se debatía entre la satisfacción con el futuro que había creado y el nerviosismo por su papel en él. Cuando se molestaba en expresar esos pensamientos de viva voz. A veces sencillamente se quedaba sentado, con las manos lastimadas recogidas en el regazo y la mirada fija en el suelo ante sus rodillas. Sus ojos se mostraban ausentes en esas ocasiones, tan suave y acompasada la respiración que su pecho apenas si se movía. Sabía que, cuando adoptaba esa actitud, lo que hacía era intentar encontrarle algún sentido a una situación que era intrínsecamente absurda. No quise convencerlo en ningún momento para que desistiera de su empeño. Me conformé, como ahora, con mostrarme optimista sobre lo que podrían depararnos los próximos días.

—Correcto. No tienes ninguna vida a la que regresar, ni cargas que recoger ni responsabilidades que retomar. Estás muerto. ¿Te das cuenta de lo que positivo que eso puede llegar a ser? Cuando te mueres, ya nadie espera que te conviertas en rey. O en profeta.

Reclinado como estaba, se incorporó sobre un codo.

—Lo dices por experiencia —replicó, pensativo, desoyendo mi tono jocoso.

Sonreí de oreja a oreja.

—En efecto.

Volvió a tumbarse boca arriba encima de la capa, junto a mí, con la vista clavada en el cielo. Él no había sonreído. Seguí la dirección de su mirada. Las estrellas comenzaban a desvanecerse. Rodé de costado para apartarme de él y me puse en pie de un salto.

—Hora de cazar, dentro de nada. Está a punto de despuntar el alba. ¿Te sientes con fuerzas para acompañarme?

Su respuesta se hizo esperar.

—No, la verdad —dijo por fin, sacudiendo la cabeza—. No había estado tan cansado en toda mi vida. ¿Qué le has hecho a mi cuerpo? Nunca antes me había sentido así de débil y vapuleado.

«Nunca antes te habían torturado hasta la muerte», pensé, pero no me parecía la respuesta más pertinente, de modo que me apresuré a descartarla.

—Creo que tardarás algún tiempo en recuperarte, eso es todo. Si tuvieras un poco más de carne en los huesos, podríamos usar la Habilidad para sanarte.

—No. —Era una prohibición en toda regla. Lo dejé correr.

—En cualquier caso, empiezo a aburrirme de las raciones de viaje de los marginados. Además, están empezando a acabarse. Te vendría bien comer carne fresca, y para obtenerla habrá que dejar de holgazanear. Si no te gusta cruda, procura haber reavivado el fuego para cuando regrese.

—De acuerdo —convino en voz baja.

Cacé mal aquella mañana. La preocupación por el bufón nublaba mis pensamientos. Estuve a punto de pisar un conejo y, aun así, este consiguió zafarse de mí cuando me abalancé sobre él, desesperado. Por suerte había peces en el arroyo, plateados, gordos y fáciles de engatusar. Volví al campamento con las primeras luces del alba, empapado hasta los hombros, con cuatro de ellos. Desayunamos mientras el sol cobraba fuerza en el cielo y después insistí para que acudiéramos juntos hasta el riachuelo, a fin de quitarnos la grasa y el olor a humo de la cara y las manos. Después de aquello, con la panza llena, me dispuse a echar una cabezada, pero el bufón se había quedado contemplativo. Sentado junto a la fogata, no dejaba de atizarla con una ramita. Al tercer suspiro que se le escapó, rodé hasta colocarme boca arriba y le pregunté:

—¿Qué pasa?

—No puedo volver.

—Bueno, tampoco puedes quedarte. Ahora esto parece apacible, pero créeme: los inviernos son implacables en esta región.

—Y eso tú lo sabes por experiencia.

Sonreí.

—En realidad vivía a un par de valles de distancia de aquí, pero sí, hablo con conocimiento de causa.

—Por primera vez en mi vida, no sé qué hacer —confesó—. Me has transportado hacia delante, hasta un punto en el tiempo posterior a mi muerte. Todas las mañanas, cuando abro los ojos, el asombro me deja desconcertado. No tengo ni la menor idea de lo que me depara el futuro. No sé qué debería hacer con mi vida. Me siento como un bote al que le hubieran cortado las amarras, abandonado a la deriva.

—¿Tan espantoso es eso? Vaga a la deriva una temporada. Descansa y repón fuerzas. La mayoría de nosotros nos pasamos la vida entera soñando con semejante oportunidad.

Volvió a suspirar.

—No sé cómo. Nunca me había sentido así antes. Me cuesta decidir si esto es bueno o malo. No sé qué hacer con esta vida de más que me has dado.

—Bueno, podrías quedarte aquí hasta que acabe el verano, si aprendieras a pescar y cazar un poquito por tus propios medios. Pero no puedes ocultarte para siempre de tus amigos. Tarde o temprano, deberás enfrentarte de nuevo a la vida.

Esbozó la sombra de una sonrisa.

—Mira quién habla, el que se pasó más de diez años haciéndose el muerto. A lo mejor debería seguir tu ejemplo. Buscar una cabaña tranquila y vivir como un ermitaño durante un par de décadas. Después reaparecería haciéndome pasar por otra persona.

Me reí por lo bajo.

—Pasado un tiempo prudencial, iría en tu busca para desenmascararte. Claro que, para entonces, seguramente ya sería un anciano.

—Mientras que yo no —observó con voz queda, mirándome a los ojos. Su expresión se había tornado solemne.

Era aquella una idea inquietante en la que me alegré de no profundizar justo entonces. No me apetecía pensar demasiado en ese tipo de cosas. Tendría dificultades de sobra que resolver cuando volviera. La muerte de Burrich. Vencejo. Ortiga. Percán. Antes o después Molly, la viuda de Burrich. Sus hijos, ahora sin padre. Complicaciones que no deseaba y que ignoraba cómo iba a

afrontar. Era mucho más sencillo no pensar en ellas, de modo que las desterré de mi mente. Seguramente se me diera mejor que al bufón aislar me del mundo que aguardaba mi regreso porque ya tenía práctica. Durante los dos días siguientes vivimos como lobos, en el ahora. Teníamos agua y comida, y el tiempo continuaba siendo apacible. Había conejos en abundancia y quedaba pan de viaje seco en mi macuto, por lo que no pasamos nada de hambre. El bufón seguía recuperándose y, aunque no se riera, había ocasiones en las que se mostraba algo más relajado. Estaba acostumbrado a que necesitase intimidad, pero ahora me evitaba con un aspecto tan alicaído que me entristecía. Mis intentos por bromear no encontraban ningún eco en él. No se tomaba ni siquiera la molestia de arrugar el entrecejo o hacer oídos sordos. Siempre había estado tan dispuesto a buscarles el lado humorístico incluso a las circunstancias más deplorables que, pese a encontrarme en su compañía, lo seguía extrañando. No dejaba de restablecerse a pasos agigantados, en cualquier caso, y se conducía cada vez con menos cautela. Me dije que estaba recuperándose y que cualquier otra consideración era secundaria. Pero comenzaba a impacientarme, a pesar de todo, y cuando una mañana me dijo: «Ya me siento con fuerzas», no le llevé la contraria.

Teníamos pocos preparativos de viaje de los que encargarnos. Intenté desmontar la tienda de los vetulus, pero negó con la cabeza, zangoloteándola casi, y declaró con voz ronca:

—No. Déjala. Déjala aquí.

Aquello me sorprendió. Ciertamente era que no había vuelto a dormir en ella desde que sufriese aquella pesadilla, prefiriendo acostarse entre la fogata y yo, pero siempre había dado por sentado que le gustaría conservarla. No quise discutir con él, en cualquier caso. Antes bien, al echarle una última ojeada y ver cómo ondeaban las serpientes y los dragones estampados en la tela, mecida por la suave brisa, descubrí que solo podía pensar en su piel desgarrada abandonada en el hielo. Con un estremecimiento, le di la espalda a la tienda.

De pasada, recogí la Corona del Gallo del suelo. Volvía a ser de madera, si es que alguna vez había sido otro su estado, aparte de en mi imaginación. Las plumas agrisadas que la jalonaban formaban un rígido ribete encajado en el cerco. Aún parecía vibrar y murmurar en mi mano. Se la ofrecí y pregunté:

—¿Qué es esto? Un círculo de albardanes... ¿Todavía la quieres? ¿O prefieres que la dejemos en lo alto del pilar, para recordar a la que la llevó puesta una vez?

Me lanzó una mirada inescrutable antes de replicar con voz meliflua:

—Ya te lo he dicho antes. No era para mí. La conseguí hace tiempo, a cambio de una promesa. —Me observó de reojo y, con un cabeceo casi imperceptible, añadió—: Me parece que ya va siendo hora de cumplir mi palabra.

De modo que no nos dirigimos directamente al pilar, sino que volvimos a adentrarnos por aquella senda medio borrosa que discurría bajo los arcos que formaba el ramaje, dejamos atrás el arroyo y regresamos al Jardín de Piedra. El trayecto era tan largo como lo recordaba, y los mosquitos comenzaron a acribillarnos en cuanto nos hubimos internado en la sombría vereda. Tampoco los picotazos consiguieron que el bufón despegara los labios, pero apretó el paso. Surcaban el camino las sombras de las aves que no paraban de aletear sobre nuestras cabezas. El bosque era un hervidero de vida.

Rememoré la primera vez que había visto aquellos dragones de piedra que dormían ocultos entre los árboles. Me habían dejado aterrado, petrificado de asombro. Aunque desde entonces había vuelto a caminar entre ellos en varias ocasiones, e incluso los había visto cobrar vida y levantar el vuelo para ayudarnos a combatir a los Corsarios de la Vela Roja, seguían pareciéndome tan impresionantes como el primer día. Utilicé el sentido de la Maña para explorar el terreno frente a nosotros y no tardé en encontrarlos, remansos de intensa vitalidad esmeralda que aguardaban, latentes, bajo el sombrío dosel de los árboles.

Este era el lugar de descanso de todos los dragones esculpidos que habían despertado para defender a los Seis Ducados de la amenaza corsaria. Aquí los habíamos encontrado, aquí los habíamos despertado con sangre, Maña y Habilidad, y aquí habían regresado al finalizar aquel año de guerra. «Dragones» los había llamado y continuaba llamándolos, por la fuerza de la costumbre, pero no todos adoptaban esa forma. Algunos semejaban otras bestias heráldicas o legendarias. Un manto de enredaderas recubría sus moles de piedra labrada, y el jabalí alado lucía un gorro tejido con las hojas secas del año pasado en la cabeza.

Estaban inanimados a simple vista y rebosantes de vitalidad para mi Maña, relucientes y repletos de color y detalles. Podía percibir la vida que bullía en la profundidad de la roca, pero no conjurarla.

Deambulé entre ellos armado con más conocimientos que la primera vez que los descubrí allí, e incluso me pareció ser capaz de distinguir cuáles habían sido trabajados por las manos de los vetulus y cuáles eran producto de los destacamentos de la Habilidad de los Seis Ducados. El que tenía forma de ciervo alado era uno de estos últimos, sin la menor duda. Aquellos cuyo perfil recordaba más al de los dragones tradicionales, sospeché ahora, eran obra de los vetulus. Busqué primero a Veraz el Dragón, por supuesto, aunque no me torturé intentando despertarlo de cualquiera que fuese el sueño de piedra que lo inmovilizaba. Me quité la camisa, sin embargo, y la utilicé para barrer los detritos del bosque que recubrían su frente acorazada, su lomo musculoso y sus alas plegadas. Resplandecía con el color azul Gama a la luz jaspeada del sol cuando terminé de acicalar a quien había sido mi rey. Después de todos los sinsabores sufridos recientemente, la criatura dormida me infundió una sensación de serenidad. Rogué para que estuviese de veras en paz.

El bufón, como cabía esperar, había acudido junto a la Chica del Dragón. Al acercarme a ellos lo vi en pie ante ella, en silencio, con la corona en una mano. La otra reposaba con delicadeza en el hombro de la criatura, a la que acariciaba con sus dedos cargados de Habilidad. Su rostro no denotaba la menor expresión cuando alzó la mirada hacia la muchacha sentada a horcajadas sobre el dragón. Era arrebatadoramente preciosa. Sus cabellos ensortijados, más dorados incluso que los del bufón, le rozaban los hombros. Su piel era tan blanca como la leche. Lucía un jubón verde de caza, pero llevaba las piernas al descubierto y estaba descalza. Su dragón era todavía más esplendoroso, rutilantes como esmeraldas sus escamas oscuras. Exudaba la grácil laxitud de un gato de caza dormido. La última vez que la vi estaba recostada sobre el dragón, rodeando su esbelto cuello con los brazos. Ahora se sentaba con la espalda recta sobre su montura. Tenía los ojos cerrados, pero levantaba el rostro como si pudiera sentir los errantes rayos de sol que tocaban su mejilla. Una delicada sonrisa le curvaba los labios. La vegetación aplastada bajo su corcel aletargado indicaba cuán recientemente había volado, pues ella había sido la encargada de transportar al bufón a la isla

de Aslevjal; después había vuelto aquí, para reunirse en el sueño con sus compañeros.

Creía estar caminando sin hacer ruido, pero, al acercarme, el bufón volvió la cabeza y me miró.

—¿Recuerdas cómo intentamos liberarla, aquella noche?

Agaché la cabeza. Todavía me provocaba una punzada de vergüenza pensar que hubiera podido ser tan joven e impulsivo.

—No he dejado de arrepentirme desde entonces. —La había tocado con la Habilidad, creyendo que con eso bastaría para liberarla. Pero solo había conseguido despertarla a su tormento.

Asintió despacio con la cabeza.

—¿Qué hay de la segunda vez que la tocaste? ¿Te acuerdas?

Suspiré, apesadumbrado. Había ocurrido la noche en que caminé con la Habilidad y vi cómo Molly consagraba su enlace con Burrich. Después había ocupado el cuerpo de Veraz, pues este había tomado el mío prestado con la intención de obtener el hijo que anhelaba. Para engendrar a Dedicado con la reina Kettricken. En aquel momento ignoraba que fuera esa su intención. Con el cuerpo achacoso de un anciano, me había dedicado a deambular por la cantera de piedra de la memoria. Caminé sin rumbo fijo hasta que, en compañía de Ojos de Noche, descubrí al bufón enfrascado en la tarea prohibida de picar la piedra alrededor de los pies del dragón, esforzándose por completarlo para que se pudiera liberar. Su empatía con la criatura era tal que no pude por menos de compadecerme de él, aunque sabía qué hacía falta realmente para despertar a un dragón: no solo el trabajo de las manos de un hombre, sino también la renuncia de su vida y sus recuerdos, de sus amores, sus sufrimientos y sus gozos. Así pues, apoyé las manos de Veraz, teñidas de plata por la Habilidad, en la carne rocosa de la Chica del Dragón y vertí en ella toda la miseria y el dolor de mi breve existencia, para que pudiese recrear una nueva vida con ellos. En aquel dragón derramé el abandono de mis progenitores, que me habían dejado al cuidado de unos desconocidos, y todo lo que había sufrido a manos de Galeno y en la mazmorra de Regio. Le entregué aquellos recuerdos para que los conservara, los aprovechara y se moldeara a sí mismo. Le di toda la soledad que había caracterizado mi infancia, todo el daño y el sufrimiento que la habían

marcado. Me desprendí de aquel lastre por voluntad propia y sentí que mi dolor se mitigaba, al tiempo que el mundo se apagaba a mi alrededor y mi amor por él se atenuaba ligeramente. Habría renunciado a mucho más si el lobo no me lo hubiera impedido. Ojos de Noche me reconvino y declaró que no sentía el menor deseo de estar vinculado a un forjado. En aquel momento no supe interpretar a qué se refería. Ahora, sin embargo, tras haber visto a los guerreros que servían a la Mujer Pálida, creía entenderlo un poco mejor.

Como creía entender, asimismo, qué tenía en mente el bufón y por qué había querido venir aquí.

—¡No lo hagas! —le supliqué. Cuando me miró de repente, sorprendido, añadí—: Sé que estás pensando en volcar en la estatua los recuerdos de tu tortura. La Chica del Dragón los extraería de ti y los guardaría, encerrados para siempre, donde no pudieran hacerte más daño. Funcionaría. Lo sé. Pero aislarse del sufrimiento de esa manera tiene un precio, bufón. Cuando atenúas el dolor y lo ocultas lejos de ti...

Dejé la frase inacabada, flotando en el aire. No quería dar la impresión de estar compadeciéndome de mí mismo.

—Tu alegría se atenúa a su vez —concluyó él en mi lugar, sucinto. Dejé pasar un momento con la mirada perdida en la distancia, fruncidos los labios. Me pregunté si estaría sopesando las ventajas y los inconvenientes de semejante decisión. ¿Elegiría ser incapaz de regocijarse al abrir los ojos cada mañana a cambio de librarse de sus pesadillas?—. Lo vi cuando te pasó a ti —dijo—. Y me sentí culpable. Si no me hubieras descubierto tallando la figura de la Chica del Dragón, jamás lo habrías hecho. Deseé ser capaz de viajar atrás en el tiempo. Años después, cuando fui a visitarte a la cabaña, pensé: «Seguro que ya está mejor. Ya debería haberse recuperado». —Volvió la cabeza para observarme—. Pero no era así. Sencillamente te habías... «detenido», en cierto modo. Ciertamente, supongo que los años también te habían vuelto más sabio, pero no habías dado ni un solo paso por reincorporarte a la vida. Sin la intervención del lobo, creo que habría sido incluso peor. Así las cosas, vivías como un ratoncito escondido en la pared, alimentándote de las migajas de afecto que Estornino se dignaba arrojarte. Por insensible que fuera, incluso ella se percataba. Te dio a Percán, y tú lo acogiste. Pero, si no lo hubiese depositado frente a tu puerta, ¿habrías

buscado a alguien con quien compartir tu vida? —Se inclinó hacia mí y añadió —: Incluso después de que volvieras a Torre del Alce, a tu antiguo mundo, te mantuviste al margen de él. Daba igual lo que yo hiciera o te ofreciera. Mibruna. Ni siquiera con una yegua fuiste capaz de empatizar.

Me quedé muy quieto. Sus palabras me zaherían, pero eso no les restaba veracidad.

—Lo hecho —repliqué, al cabo— hecho está. Y lo mejor que podría hacer ahora es pedirte que, si eso es lo que te ha traído hasta aquí, no sigas adelante. No vale la pena.

Suspiró.

—Reconozco que he llegado a pensarlo. Que lo deseaba. Te confesaré incluso que esta no es la primera vez que visito a la Chica del Dragón desde que llegamos aquí. Pensé en ofrecerle mis recuerdos. Sé que los habría aceptado, como hizo con los tuyos. Pero... en cierto modo... aunque no previera este futuro, casi me da la impresión de que no había otro posible. Traspíe, ¿qué sabes de su historia?

Respiré hondo.

—Veraz me contó que pertenecía a un destacamento encargado de crear un dragón. Recuerdo su nombre: Sal. Lo descubrí la noche en que le rendí mi memoria. Solo que Sal no se entregó voluntariamente al dragón. Pretendía seguir formando parte del destacamento y, al mismo tiempo, desmarcarse de él, no ser más que la «chica» en la Chica del Dragón. Y con su decisión los condenó a todos. Al reservarse ella en exceso, los demás carecían de la vitalidad necesaria para levantar el vuelo como dragón. Estuvieron a punto de despertar, pero al final acabaron atrapados en la roca. Hasta que los liberaste.

—Hasta que los liberamos —me corrigió. Tras un prolongado silencio, añadió—: Para mí es como el eco de un sueño. Sal era la líder, por eso se llamaba el destacamento de Sal. Pero, cuando llegó el momento de tallar y esculpir, quien estaba dispuesto a animar al dragón era Realder. Y así, cuando todos creían que el dragón iba a despertar, se anunció como el Dragón de Realder. —Me observó un momento antes de continuar—: Ya la viste. Tocada con la Corona del Gallo. Un raro honor, y más para una extranjera. Pero había recorrido un largo camino en busca de su catalizador. Y, al igual que yo, también

ella se había arrogado el manto de artista. Bufona, juglaresa, malabarista. — Sacudió la cabeza—. Solo tuve ese momento para convertirme en ella. Nada más que un sueño fugaz, en pie sobre el pilar. Era, como ahora, un Profeta Blanco, me erguía sobre las cabezas de la multitud y anunciaba el vuelo del Dragón de Realder a los habitantes de esta ciudad de los vetulus. Pero no sin pesar. Pues sabía que mi catalizador haría aquel día lo que siempre había estado escrito que hiciera. Entraría en un dragón para, muchos años después, obrar un cambio. —Se interrumpió y esbozó una sonrisa agridulce, la primera que afloraba a sus labios en días—. Cómo debió de dolerle ver que el Dragón de Realder se estancaba y fracasaba por culpa de los titubeos de Sal. Debíó de pensar que también ella había fallado. Pero si Realder no hubiera creado un dragón, y ese dragón no hubiera fracasado y no los hubiéramos encontrado allí, inmóviles, en la cantera... ¿entonces qué, Traspíe Hidalgo Vatídico? Aquel día en que volviste la mirada tan atrás y viste a un Profeta Blanco haciendo cabriolas en lo alto de un pilar de la Habilidad, ¿viste también todo eso?

Parpadeé muy despacio. Me sentía como si estuviera despertando de un sueño o regresando tal vez a uno. Sus palabras parecían reavivar recuerdos que no podían ser míos.

—Voy a darle la Corona del Gallo al Dragón de Realder. Ese es el precio que me dio la primera vez que volé con él. Dijo que deseaba portar para siempre la misma corona que lucía el Profeta Blanco el día en que se despidió de su Tesoro justo antes de entrar en este dragón.

—¿El precio de qué? —pregunté, pero no respondió. En vez de eso, se colgó la corona de una muñeca y empezó a escalar dragón arriba, con cuidado. Me entristeció ver que sus movimientos seguían siendo tan tímidos y rígidos. Casi podía sentir la tirantez de la piel nueva que le cubría la espalda. Pero no le tendí la mano; creo que habría sido peor para ambos. Se irguió, en equilibrio, sobre uno de los cuartos traseros del dragón y, sujetando la corona con ambas manos, la encajó en el ceño de la criatura. Por un momento siguió mostrándose como siempre, un simple cerco de madera plateada, pero después comenzó a absorber el color del dragón. La corona resplandecía ahora, dorada, las cabezas de gallo que la jalonaban relucían con un fulgor rojo y las piedras preciosas que componían sus ojos empezaron a rutilar. Las mismas plumas se tornaron

lustrosas y perdieron su rigidez para combarse como habrían hecho las de un gallo de carne y hueso.

Un intenso rubor se propagó por las mejillas de la chica, que pareció tomar aire. Yo ya me había quedado petrificado de asombro, pero entonces abrió los ojos, tan verdes como las escamas de su dragón. Sin prestarme la menor atención, se movió en la silla para observar al bufón, todavía de pie sobre las ancas del dragón a su espalda. Extendió una mano para colocarla bajo su mentón y lo miró fijamente a los ojos. El bufón se inclinó hacia ella, hechizado. Los dedos de la muchacha se cerraron sobre su nuca de repente y su boca se aplastó contra la de él.

Fue un beso apasionado. Presencié, sin poder remediarlo, la pasión que compartía con él, aunque no parecía un sentimiento nacido de la gratitud; cuando el beso se prolongó, creo que el bufón se habría apartado si hubiera podido. Su cuerpo se crispó, tirantes los músculos de su cuello. En ningún momento llegó a abrazarla; sus manos, extendidas al principio de par en par, invitadoras, se convirtieron en puños apretados contra su pecho. Ella seguía besándolo, hasta que temí verlo fundiéndose con ella o convirtiéndose en piedra entre sus brazos. Me preocupaba lo que él estuviera entregándole y, más aún, lo que ella le estuviese arrebatando sin su permiso. ¿Acaso no había escuchado ni una palabra de lo que acababa de contarle? ¿Por qué no hacía caso de mi advertencia?

De improviso, tan inopinadamente como había vuelto a la vida, la chica lo soltó. Como si el bufón careciera ya de la menor importancia, le dio la espalda y volvió a elevar el rostro hacia el sol. Me pareció ver que suspiraba una vez más, una honda exhalación, antes de cerrar los ojos de nuevo. La inmovilidad se propagó por todo su ser. La reluciente Corona del Gallo se había convertido en parte de la Chica del Dragón.

Pero el bufón, liberado de aquella intimidad no solicitada, se había quedado sin fuerzas y amenazaba con desplomarse. Casi como si se desmayara, se cayó del lomo del dragón; a duras penas conseguí capturarlo al vuelo y evitar que todas sus heridas recién cicatrizadas se desgarraran. A pesar de todo, se le escapó un grito cuando mis brazos se cerraron a su alrededor. Sentí cómo se estremecía, febril. Se volvió hacia mí, ciegos sus ojos, y exclamó con voz lastimera:

—¡Es demasiado! Eres demasiado humano, Traspíe. Yo no estoy hecho para algo así. Quítamelo, llévatelo todo o me matará.

—¿Que te quite qué? —pregunté.

—Tu dolor —respondió, sin aliento—. Tu vida.

Me quedé paralizado, sin comprender, mientras sus labios se elevaban hacia los míos.

Creo que intentó ser delicado. Pese a todo, fue más parecido a la picadura de una serpiente que a un beso tierno cuando su boca se aplastó contra la mía y me inoculó el veneno de su agonía. Sospecho que, si la angustia que me inyectó no hubiera estado entremezclada de amor, humano o no, habría muerto. Fue un beso abrasador, una llamarada de recuerdos, y cuando empezaron a derramarse como lava por mi interior, no fui capaz de frenarlos. Nadie, en la plenitud de sus años, debería experimentar de nuevo toda la pasión que abrazan los jóvenes. Nuestros corazones se vuelven más frágiles con la edad. El mío se hizo añicos ante la embestida de aquel asalto.

Una tormenta de emociones se desató sobre mí. No había olvidado a mi madre. La había desterrado a un rincón de mi corazón cuya puerta no quería abrir, pero allí estaba, tan fragantes como la caléndula sus largos cabellos dorados. Y recordaba a mi abuela, también originaria de las Montañas, pero mi abuelo no había sido más que un guardia corriente que, destinado durante demasiado tiempo en Ojo de Luna, había adoptado las costumbres de aquella región escarpada. Todo aquello lo reviví en un abrir y cerrar de ojos, como reviví asimismo el modo en que me llamaba mi madre para que regresara de los pastos en los que, aunque no contase más de cinco años de edad, yo ya debía cuidar del ganado. «¡Keppet, Keppet!», resonaba su voz cristalina, y yo acudía corriendo a su encuentro, descalzo sobre la hierba mojada.

Y Molly... ¿Cómo podría olvidar nunca ni su fragancia ni su sabor, a hierbas y miel, el modo en que su risa tintineaba como un coro de campanillas cuando jugábamos a perseguirnos por la playa, restallando vigorosas las faldas de color rojo en torno a sus pantorrillas desnudas mientras corría? ¿El tacto cosquilleante de su pelo en mis manos, en cuyas asperezas se enganchaban sus sedosos mechones? Tenía los ojos oscuros, pero relucían con el fulgor de las velas cuando me asomé a ellos mientras hacíamos el amor en el cuarto de los criados,

en los confines superiores del castillo de Torre del Alce. Recuerdo haber pensado que aquella luz que vi entonces en ellos habría de pertenecerme siempre y exclusivamente a mí.

Burrich. Había sido mi padre, en todos los aspectos posibles, y mi amigo cuando me hice lo bastante mayor para tratarlo de igual a igual. Una parte de mí entendía que se hubiera enamorado de Molly cuando pensaba que yo estaba muerto, pero otra se sentía indignada y dolida más allá de todo sentido común o racionalidad por el hecho de que hubiera tomado por esposa a la madre de mi hija. Llevado por la ignorancia y la pasión, me había robado a mi mujer y a mi niña.

Los recuerdos continuaban golpeándome sin descanso, uno tras otro. Me había convertido en un trozo de hierro aporreado sobre el yunque de la memoria. Ahora volvía a languidecer en los calabozos de Regio. Podía oler la paja podrida en el suelo, cuyas piedras heladas presionaban contra mis labios partidos y mi mejilla tumefacta; tendido de bruces en él, rogaba para morir antes de que pudiera seguir lastimándome. Era un eco aumentado de la paliza a la que me había sometido Galeno años atrás, en el Jardín de la Reina que se encontraba en lo alto de la torre. Su agresión había sido tanto física como con la Habilidad, y para completar el castigo había implantado en mi mente la firme creencia de que yo no poseía ninguna virtud, de que debería quitarme la vida para no seguir avergonzando a mi familia. Me había dejado, para siempre, el recuerdo indeleble de estar tambaleándome al filo del suicidio.

Ahora todo aquello se repetía de nuevo, volvía a experimentarlo como la primera vez, despellejándome el alma y dejándome expuesto, en carne viva, a los azotes del viento cargado de sal.

Regresé al verano y al sol, ya bajo en el cielo. Las sombras comenzaban a intensificarse bajo los árboles. Yacía de bruces en el manto de humus del bosque, con el rostro oculto en las manos, incapaz ni tan siquiera de llorar. El bufón se había sentado junto a mí, entre la hierba y las hojas, y estaba dándome palmaditas en la espalda como si yo fuera un bebé mientras, en su antigua lengua, me consolaba canturreando unas estrofas absurdas. La melodía terminó por acaparar toda mi atención, al cabo, y mi respiración entrecortada volvió a acompasarse.

—Ya ha pasado todo, Traspíe —murmuró cuando me hube tranquilizado por fin—. Vuelves a estar entero. Esta vez, cuando regresemos, podrás retomar tu antigua vida donde la dejaste. Hasta el último aspecto de ella.

Tardé unos instantes en comprobar que podía volver a llenarme los pulmones de aire. Me puse en pie muy despacio, con tanta cautela que el bufón acudió junto a mí para sujetarme del brazo. No era la debilidad lo que entorpecía mis movimientos, sin embargo, sino el asombro. Me sentía como alguien que, tras años sumido en las tinieblas de la ceguera, acabase de recuperar la vista. Los bordes de cada hoja resaltaban cuando los miraba de reojo, y ahí, las venas del haz, y un corazón de encaje que señalaba el punto con el que se habían cebado los insectos. Las aves se llamaban y respondían sobre nuestras cabezas, y la percepción que me proporcionaba la Maña de ellas era tan aguda que me impedía concentrarme en las preguntas que el bufón no paraba de hacerme. El sol asaeteaba el frondoso dosel que nos cobijaba, proyectando luminosos virotos dorados que atravesaban el bosque; columnas de claridad en las que rutilaban, efímeras, espirales de polen en suspensión. Llegamos al arroyo y me arrodillé para beber de sus aguas, dulces y heladas. Pero, al agacharme, el ondular de la corriente interrumpida por las piedras me capturó de repente y me arrastró al mundo que, cristalino y umbrío al mismo tiempo, se extendía bajo la superficie en movimiento perpetuo. Los sedimentos se superponían en pautas escalonadas sobre los cantos rodados, y las plantas se mecían livianas a merced de la corriente. Un alevín plateado zigzagueó entre los tallos hasta desaparecer bajo una hoja seca, encajonada entre dos piedras. Le di un golpecito a esta con el dedo y se me escapó la risa al ver cómo se alejaba el pececito, huyendo despavorido. Miré al bufón, para ver si también él se había percatado, y lo descubrí observándome con expresión afectuosa pero solemne. Me apoyó una mano en la cabeza, como un padre bendiciendo a su vástago, y dijo:

—Cuando pienso en todo lo que hube de soportar como el eslabón que era de la cadena que termina aquí, en este lugar, contigo arrodillado en la orilla, íntegro y vivo, entonces... entonces sé que ningún precio fue nunca demasiado alto. Verte entero me restablece también a mí.

Tenía razón. Volvía a sentirme completo.

No abandonamos la plaza del bosque aquel día. En vez de eso, preparé una

nueva fogata y me pasé casi toda la noche con la mirada perdida en sus llamas. Como si estuviera ordenando una colección de pergaminos o seleccionando distintos tipos de hierbas para Chade, repasé todos los años transcurridos desde que renunciara a la mitad de mi vida y re Coloqué las experiencias acumuladas en ellos. Pasiones a medias. Relaciones en las que no había invertido nada y nada había recibido a cambio. Maniobras de evasión y retiradas. Repliegues. El bufón yacía entre el fuego y yo, fingiendo dormir. Sabía que estaba velando conmigo. Hacia el amanecer preguntó:

—¿He obrado mal?

—No —respondí—. El que tomó la decisión equivocada fui yo, hace ya mucho tiempo. Tú me has devuelto a la senda que podría conducirme a reparar ese error. —Ignoraba cómo iba a hacerlo, pero sabía que acabaría lográndolo.

Por la mañana esparcí las cenizas de la fogata por el suelo de la plaza. Dejamos la tienda de los vetulus ondeando al viento y huimos de la tormenta de verano que se cernía sobre el horizonte. Nos repartimos mi ropa de invierno y luego, con sus dedos apoyados en mi muñeca, unidos por la Habilidad, entramos en el pilar.

Salimos a la sala de la columna en el castillo de hielo de la Mujer Pálida. El bufón jadeó y se cayó de rodillas tras avanzar apenas un par de pasos tambaleantes. Aunque el viaje a través del pilar no me había afectado tanto como a él, sí que experimenté un ataque de vértigo pasajero. El frío reinante me atenazó casi de inmediato. Ayudé al bufón a ponerse de pie. Paseó la mirada a nuestro alrededor, asombrado, abrazándose a sí mismo para combatir la inclemente temperatura. Le di un momento para reponerse y explorar las cristaleras ribeteadas de escarcha, el paisaje nevado y el pilar de la Habilidad que dominaba la estancia, y después lo apremié con delicadeza:

—En marcha.

Bajamos los escalones y nos detuvimos de nuevo en la sala del mapa. El bufón examinó el mundo que este representaba. Sus largos dedos se deslizaron por el mar ondulante y desanduvieron el trayecto hasta quedarse flotando encima de Gama. Sin tocarlas, señaló las cuatro piedras preciosas que se distribuían en los alrededores de Torre del Alce.

—Estas gemas... ¿indican pilares de la Habilidad?

—Eso creo —respondí—. Y esas serían las Piedras Testigo.

Acarició, pensativo, el litoral de un territorio lejano que se extendía al sudoeste de Torre del Alce. En esa zona del mapa no destellaba ninguna joya. Negó con la cabeza.

—Nadie que me conociera vive ya allí. Es una tontería pensarlo siquiera.

—Pensar en volver a casa no es ninguna tontería —le aseguré—. Si se lo pidiera a Kettricken, te...

—No, no, no —me interrumpió, bajando la voz—. Solo era un sueño absurdo, Traspíe. No puedo regresar allí.

Proseguimos nuestro descenso por los escalones cuando hubo terminado de contemplar el mapa, adentrándonos en la mortecina claridad azulada del laberinto. Me sentía como si estuviéramos sumergiéndonos en una antigua pesadilla una vez más. Conforme avanzábamos, me di cuenta de que su nerviosismo iba en aumento. Estaba cada vez más pálido, y no solo a causa del frío. Las magulladuras a medio sanar de su rostro destacaban como sombras del poder de la Mujer Pálida sobre nosotros. Intenté atenerme a los pasadizos de piedra y buscar alguna salida desde allí, sin éxito. Mientras deambulábamos de una cámara a otra, la belleza de aquel lugar me conmovió al tiempo que el silencio y el cansancio del bufón empezaban a preocuparme cada vez más. Quizá hubiéramos sobrestimado sus fuerzas y aún no estuviera preparado para enfrentarse a aquel sitio, donde tanto lo habían atormentado.

El vandalismo y el deterioro que había visto en otros puntos de la fortaleza de hielo parecían haber respetado muchas de las habitaciones de este nivel de piedra. Los dinteles se veían cincelados con bucólicos motivos florales, árboles, aves y peces que encontraban su eco en los frisos del interior de las cámaras. Estos parecían exóticos, extranjeros; los colores adolecían de una sobreabundancia de tonos pastel y ahumados que chocaba con mi sensibilidad, más tradicional, desarrollada en los Seis Ducados. Las figuras humanas se mostraban estilizadas, con ojos de caprichosos colores y extrañas marcas faciales. Me recordaban a Selden, el mercader del Mitonar, con su inusitada estatura y su rostro escamoso. Así se lo hice notar al bufón, que asintió con la cabeza. Un rato después, mientras recorríamos el enésimo pasadizo de piedra, me preguntó:

—¿Has visto alguna vez un rosal blanco que lleve años creciendo junto a uno rojo?

—Seguramente —contesté, pensando en los jardines de Torre del Alce—. ¿Por qué?

En la comisura de sus labios se insinuó la sombra de una sonrisa.

—Sospecho que los habrás visto sin fijarte de veras. Tras años de proximidad, se produce un intercambio. Este se manifiesta con más claridad en las rosas blancas, que adoptan un tinte sonrosado o exhiben sutiles hebras de color rojo en los pétalos, antes puros como la nieve. Se trata de un fenómeno que surge del trasvase parcial de la esencia misma de su ser.

Lo observé de soslayo, con curiosidad, preguntándome si no estaría divagando en exceso y debería empezar a preocuparme. Negó con la cabeza.

—Paciencia. Déjame explicarme. Los dragones y los humanos pueden convivir, pero cuando lo hacen durante mucho tiempo se influyen los unos a otros. Los vetulus representan el resultado de generaciones de exposición a los dragones. —Sacudió la cabeza, apenado, y añadió—: La transformación no siempre es delicada. La exposición puede llegar a ser excesiva, en ocasiones; hay niños que no sobreviven mucho tiempo después de nacer o que ven cómo se recorta su esperanza de vida. O quizá esta aumente para algunos, pero a costa de su fertilidad. Los vetulus eran una raza longeva, pero no fecunda. Atesoraban a sus niños, pues constituían un bien escaso.

—¿Y ahora somos los responsables de haber devuelto los dragones al mundo, para que puedan volver a desencadenar este cambio sobre nosotros? —pregunté.

—Sí. En efecto. —No parecía preocupado al respecto—. La convivencia con los dragones le enseñará cuál es el precio de la vida a la humanidad. Habrá quienes lo paguen de buen grado y, así, volverá a haber vetulus.

Llevábamos un rato caminando en silencio cuando me asaltó otra duda.

—Pero ¿qué pasa con los dragones? ¿A ellos no les afecta tanta exposición a nosotros?

El silencio se prolongó un poco más esta vez.

—Sospecho que sí —respondió, al cabo—. Pero lo encuentran deshonroso y destierran a esos seres. Ya has estado en la Isla de los Otros.

Aquello me dejó estupefacto. No se me ocurría nada que decir. Llegamos a un nuevo cruce de pasillos, uno de hielo y dos de piedra. Elegí uno de estos últimos, al azar. Mientras lo recorriamos, intenté conciliar la teoría sobre los vetulus del bufón con mi experiencia con ellos.

—Creía que los vetulus eran algo así como dioses —dije—. Muy superiores a los humanos, tanto intelectualmente como en espíritu. Esa es la impresión que me dieron los que he conocido, bufón.

Me lanzó una mirada de perplejidad.

—En la corriente de la Habilidad. Seres incorpóreos con asombrosos poderes mentales.

Irguió la cabeza de repente y me detuve a su lado, atento al menor sonido. Se volvió para mirarme, con los ojos abiertos de par en par. Acerqué la mano a la espada. Nos quedamos así un momento, petrificados. No se oía nada.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. El aire sopla con fuerza por estos viejos pasillos. Por eso parece que haya alguien susurrando a lo lejos.

Asintió con la cabeza, pero su respiración tardó unos instantes en acompasarse de nuevo. A continuación, dijo:

—Sospecho que la Habilidad es algo que conserváis de una época pretérita. El vestigio de un talento que se desarrolló entre los dragones y los humanos para que pudierais comunicaros. No entiendo a qué te refieres cuando hablas de esa «corriente de la Habilidad», pero quizá la magia le permita a uno trascender la necesidad de ocupar un recipiente físico. Ya me has demostrado que se trata de un don mucho más poderoso de lo que me imaginaba. Tal vez sea una consecuencia de haber convivido con los dragones, un resultado que todavía perdura. Los descendientes de los vetulus podrían haber conservado esa facultad tras la desaparición de los dragones, transmitiéndoselo a sus descendientes. Algunos heredarían un poso. En otros... —Me observó de soslayo—. La sangre de los vetulus sería más fuerte.

Al ver que mi silencio se prolongaba, preguntó con un dejo de sorna:

—Eres incapaz de reconocerlo en voz alta, ¿verdad? Ni siquiera ante mí.

—Creo que te equivocas. ¿No debería saber todo eso si fuese cierto, presentirlo al menos? Es como si insinuaras que, de alguna manera, desciendo de los vetulus. Lo cual significaría que, en cierto modo, tengo algo de dragón.

Se burló con un resoplido. Echaba tanto de menos ese sonido procedente de él que lo acepté como un cumplido, aunque se estuviera riendo a mi costa.

—Nadie más que tú insinúa tal cosa, Traspié. No. Yo no digo que tengas algo de dragón, sino más bien que, en algún momento, la sangre de los dragones se mezcló con la de tu estirpe. Quizá algún antepasado tuyo «aspirara el aliento del dragón», como lo denominan las antiguas historias, y los restos de ese don hayan llegado hasta ti.

Seguimos caminando, arrastrando los pies por la piedra. Los pasadizos producían ecos extraños y, en más de una ocasión, el bufón miró atrás de reojo, por encima del hombro.

—¿Cómo el gato con la cola larga que reaparece tras varias camadas seguidas de rabicortos? —le pregunté.

—Se podría describir así, supongo.

Asentí lentamente para mis adentros.

—Eso explicaría los brotes de Habilidad que surgen en los sitios más dispares. Incluso entre los marginados al parecer.

—¿Qué es esto?

Siempre había hecho gala de una vista mucho más aguda que la mía. Sus gráciles dedos acariciaban una marca arañada en la pared. Increíblemente, me acerqué para examinarla. Era una de las que había grabado yo.

—El camino de vuelta a casa —le dije.

Cabeza del dragón

Y la atezada Oerttre, madre de todos los presentes, alzó la mirada y a la cuestión puso mientes.

—Imposible —anunció, con solemne resolución—. Lo que dijeran unos simples hombres no ha de alterar nuestra decisión.

»Mi primogénita se quedará aquí, para gobernar en mi ausencia. Pues de mujer a mujer se transmite nuestra experiencia.

»¿Cómo osáis sugerir que, para que ella os gobierne, de nuestra narcheska partamos? Bien sabéis que, de todos nuestros tesoros, ella es la joya que más apreciamos.

»Nos opondremos a tal desatino, lo hayáis o no comprendido. Y os recordamos, por cierto, la promesa que habéis incumplido.

»Oh, príncipe de los Vatídico, estas son las palabras que con sangre firmasteis, el voto de satisfacer nuestro anhelo:

»“Sobre las piedras de la chimenea de vuestra casa materna juro que reposará la cabeza de Yama de Hielo”.

CIZAÑA LUENGARRÓN,

La cabeza del dragón

Tras seguir las marcas en el orden inverso a como las había dejado en el laberinto de los vetulus, por fin cruzamos la brecha abierta en el muro de hielo y salimos a la luz radiante del día. Un fuerte viento cargaba el aire de afiladas esquirlas congeladas que nos laceraban la piel y tornaban la pendiente resbaladiza. La claridad natural provocó que me lagrimearan los ojos. El bufón tomó la delantera en nuestro ascenso por la empinada senda. Sin embargo, expuesta al viento y el frío, su debilidad se manifestaba ahora sin disimulo; me maldije por estúpido, refunfuñando. El esfuerzo había resultado ser excesivo para él. Al segundo patinazo que pegó, lo agarré con firmeza desde atrás, por el cuello de la camisa, y me encargué de mantenerlo derecho hasta que hubimos llegado a la puerta del Hombre Negro.

—Llama —le dije, pero cuando se limitó a quedármese mirando sin parpadear, con los ojos pitañosos a causa de la fatiga, estiré el brazo y aporreé la hoja de madera con el puño.

La puerta se abrió tan deprisa que, si me hubieran dicho que nos esperaban, me lo habría creído. La mirada del bufón, que aún estaba paralizado, pasó a fijarse ahora en las risueñas facciones del Hombre Negro.

—Está aterido —murmuré en su descargo— y muerto de cansancio.

Lo mandé al interior de la estancia de un empujón, por delante de mí. Una vez dentro, cerré la puerta con fuerza detrás de nosotros y me volví, agradecido, hacia la acogedora habitación. Pestañeeé, dejando que mis ojos se acostumbrasen a la penumbra tras el resplandor que imperaba en el exterior. Lo primero que vi fue el fuego de la pequeña chimenea, y después al Hombre Negro y al bufón, que se observaban con mutua incredulidad.

—Estaba muerto —declaró el Hombre Negro, vehemente—. Murió. —En su rostro, los ojos amenazaban con escapar de sus cuencas.

—Sí, en efecto —corroboré sus palabras—. Pero soy el catalizador. Me encargo de que cambien las cosas.

De improviso, Tordo saltó de su asiento junto a la chimenea y me capturó entre sus bracitos gordezuelos, danzando como un oseño mientras gritaba:

—¡Has vuelto! ¡Has vuelto! Creía que no ibas a regresar. Chade me dijo, «el barco va de camino», y yo, «pero él no está aquí y yo no voy a subir a ningún barco», y él, «el barco va de camino de todas formas». Y llegó, pero no había nadie esperándolo, así que se fue, porque dije: «¡No, no pienso volver andando yo solo, solo no, y además, no quiero montar en ningún barco!». —Dejó de dar saltitos y, sonriendo de oreja a oreja, añadió—: Como no estés muerto, Chade va a enfadarse tanto contigo que desearás estarlo. Eso me dijo. Dedicado. Ah, y la cabeza del dragón, se me olvidaba esa parte, lo de la de la cabeza del dragón. ¡Fue Ortiga! Mandó la cabeza del dragón a la casa materna y todo el mundo se sorprendió de lo lindo. Menos yo. Ya me había dicho que podía hacerlo, que podía hablar con Tintaglia y hacer que lo lamentara como no lo hiciera. Así que lo hizo. Y ahora ya todo vuelve a estar bien otra vez.

Terminó su discurso con tanto aplomo que no me resultó nada fácil mirarlo a la cara, tan sonriente y redondeada, y decir:

—Me temo que no me he enterado ni de la mitad de lo que querías contarme. Y sospecho que he pasado fuera más tiempo de lo que pensaba. Pero me alegra haber vuelto.

Me zafé de su abrazo. En la otra mitad de la habitación reinaba un extraño silencio. El Hombre Negro y el bufón se sostenían la mirada, no con animosidad, sino incrédulos. Al verlos a los dos juntos me pareció detectar cierto parecido, una afinidad más propia de algún antiguo linaje que de una estrecha similitud familiar. El Hombre Negro fue el primero en hablar.

—Bienvenido —dijo, con un hilo de voz.

—No te había visto nunca —musitó el bufón, pensativo—. No salías en ninguno de los futuros que atisbé, en ninguno de tantos resultados posibles.

Comenzó a temblar de repente, y supe que había llegado al límite de sus fuerzas. El Hombre Negro pareció percatarse de lo mismo a su vez, pues se apresuró a acercar un cojín al fuego y, por señas, le indicó al bufón que se pusiera cómodo. Más que sentarse, se desplomó. Le quité la capa en la que aún seguía envuelto.

—Entrarás antes en calor si le facilitas el acceso a tu cuerpo.

—No creo que esté aterido —replicó, con un murmullo apenas audible—. Es que... estoy fuera de mi tiempo, Traspíe. Soy como un pez en la orilla o como un pájaro bajo el mar. He dejado atrás mi vida y ahora debo avanzar a tientas de un día a otro, preguntándome qué debo hacer. Me cuesta. Me cuesta muchísimo. —Se le fue apagando la voz a medida que hablaba. Miró al Hombre Negro, como si implorara su ayuda. Su cabeza se tambaleaba en frágil equilibrio sobre su cuello.

No se me ocurría nada que decirle. ¿Estaría resentido conmigo por haberle prolongado la vida? Me dolía contemplar esa posibilidad, pero me mordí la lengua. Vi que el Hombre Negro se esforzaba por articular una respuesta.

—Esto puedo enseñártelo... —También su voz se apagó antes de haber completado la frase. Una sonrisa se extendió por sus labios, tan lenta como las primeras luces del alba sobre el horizonte. Ladeó la cabeza, sin dejar de mirar al bufón, y dijo algo en una lengua extranjera.

El bufón se abrió a él como una flor ante el sol. Una sonrisa vacilante le iluminó las facciones y, titubeante, pronunció unas palabras en aquel mismo idioma. Al oírlo, el Hombre Negro prorrumpió en gritos de júbilo. Movié las manos para señalarse a sí mismo, habló rápidamente y luego, como si acabara de recordar sus modales, cogió la tetera; con una elegante floritura, le sirvió una

taza al bufón y la depositó frente a él. El bufón le dio las gracias con un extravagante discurso. Era como si su idioma requiriese un montón de palabras para expresar las cosas más simples. Ni una sola de sus sílabas se parecía a ninguna lengua que yo hubiera oído antes. La voz del bufón se quedó sin fuelle, pero tomó nuevo aliento y concluyó lo que estaba diciendo.

Me sobrevino un arrebató de exclusión, como si fuese un adolescente. El bufón, como si lo presintiera, se volvió muy despacio hacia mí. Le temblaban los dedos cuando se apartó el pelo de la cara.

—No había vuelto a oír el idioma de mi niñez desde... en fin, desde que me fui de casa. Escucharlo de nuevo es como un bálsamo.

Chade y Dedicado debían de haberse enterado de mi regreso gracias a Tordo, pues noté que los muros de mi Habilidad se estremecían ante los violentos embates de lo que podría haber sido un asedio. A regañadientes, decidí que había llegado el momento de franquearles el paso. Cogí la taza de té que el Hombre Negro acababa de servirme, me senté junto a la chimenea y, tras comprobar que el bufón estaba entretenido con nuestro anfitrión, rendí y bajé las defensas de mi Habilidad.

La oleada de rabia, frustración y temor de Chade precedió a cualquier otro pensamiento, zarandeándome y castigándome como si yo no fuese más que un paje indolente. Cuando la reprimenda hubo acabado, sospecho que no hice más que acrecentar su enfado cuando me reí de su asalto, por mucho que mi reacción divirtiese a Dedicado.

¡No pueden haberte ido las cosas tan mal cuando te ríes así! Nunca había sentido tal ligereza de ánimo proveniente de ti. El timbre de los pensamientos del muchacho denotaba tanto asombro como extrañeza.

Apenas un instante después, Chade se sumó a su perplejidad. *¿Qué te ha pasado? ¿Estás ebrio?*

No. Estoy entero y recuperado. Al igual que el bufón. Pero este relato aún he de guardármelo. ¿Va todo bien con vosotros? ¿Se ha hecho nuestro príncipe digno merecedor de la novia? Tordo me ha contado una disparatada historia sobre una cabeza de dragón que ahora, supuestamente, adorna la chimenea de la casa materna de Elliania. ¿Es eso cierto? ¿Quién ha matado a Yama de Hielo?

Nadie ha matado a nadie. El dragón apoyó allí la cabeza, eso es todo. Pero sí, la cuestión

ya parece estar arreglada y zanjada, replicó Chade, con sobria satisfacción. Ahora que sabemos que estás a salvo, podremos zarpar mañana. Siempre y cuando Dedicado reúna el valor necesario para informar a su prometida de que tiene que acompañarlo.

Solo estoy concediéndole algo de tiempo para que esté segura de que lo hace por voluntad propia, protestó con vehemencia Dedicado.

No lo entiendo. ¿Le importaría a alguien empezar por el principio y contármelo todo?

Así fue que pude escuchar en su totalidad, narrado a medias por Chade y Dedicado, con entusiastas intervenciones de Tordo, el relato de cómo Ortega había acosado y hostigado a Tintaglia, perturbando tanto su sueño como sus horas de vigilia, recriminándole el hecho de que aún no les hubiese dado las gracias a los humildes humanos que tanto habían sufrido para que Yama de Hielo pudiese volar libre de nuevo. Tintaglia, a su vez, había guiado a Yama de Hielo como una paloma a su pretendiente hasta Zylig, donde ambos dragones se presentaron ante la Hetgurd allí congregada antes de proseguir su vuelo hasta Wuislington y la isla de Mayle.

La pareja, al parecer, había aterrizado frente a la casa materna de Elliania. Colegí que, pese a los daños estructurales provocados en el proceso, el inmenso Yama de Hielo se había abierto paso hasta el interior del edificio, donde, sin la menor ceremonia, había apoyado brevemente la cabeza en las piedras de la chimenea, cumpliendo así la promesa que el príncipe le había hecho a su prometida.

Creía que Elliania se había dado por satisfecha cuando el príncipe ayudó a rescatar a su madre y su hermana, haciendo así honor a su palabra y demostrando ser digno de ella. Me costaba entender por qué había sido necesario tanto alboroto.

Ah, lleva días mostrándose de lo más satisfecha, sí, replicó con acritud Chade, lo que me llevó a sospechar que la virtud de Dedicado quizá no hubiera sido rival para la tenacidad de la joven. La que ha resultado ser más problemática es su madre, para pesar de Peottre. Antes incluso de atracar en Zylig, Oerttre nos informó de que no consideraba vinculante ningún posible acuerdo al que se hubiera llegado entre hombres. Según ella, es inconcebible que Elliania abandone su hogar, ni siquiera para convertirse en reina de todos los Seis Ducados. Le ha puesto mil pegos al pacto, empezando por el hecho de que, dado que ella seguía estando con vida y siendo, por tanto, la verdadera narcheska, todo esto se convino sin su debido consentimiento. Se opone, además, a que Lestra herede el título de

narcheska; la muchacha se le antoja indigna de sucederla al mando. Y la horroriza imaginarse siquiera que los descendientes de Dedicado y Elliania vayan a criarse en los Seis Ducados.

A excepción hecha de los niños varones, acotó el príncipe.

Cierto, reconoció Chade. Se ha mostrado más que dispuesta a permitir que Dedicado y Elliania se... que hagan... quiero decir, que tengan... No encontró la forma más delicada de expresar lo que pensaba.

Dedicado se mostró más prosaico. La narcheska Oerttre estaba dispuesta a dejarme compartir el lecho de Elliania. Parecía indignarla el hecho de que alguien osara contravenir el deseo expreso de su hija de llevarme a su cama. Y también ha sugerido que cualquier hijo varón así concebido se entregue en custodia a los Seis Ducados. Cuando cumpla los siete.

Guardaron silencio para darme tiempo a digerir esa idea. Era insostenible. Ningún duque aceptaría un heredero engendrado de esa manera.

¿Y ahora? ¿Ahora que Yama de Hielo ha completado el reto que Elliania le planteó a Dedicado?

Ahora la narcheska Oerttre está impresionada. Cosa que no resulta difícil cuando una criatura de semejantes dimensiones se pasea por tu hogar y reclina la cabeza en tu chimenea. Con el marco de la puerta todavía alrededor del cuello. No me costó disculpar la juvenil satisfacción que denotaba el timbre de Dedicado ante esa modesta revancha. Creo que las objeciones han tocado a su fin. Y aunque aún le quedase alguna reserva, no podría imponerse a los miembros de la Hetgurd que fueron testigos del hecho. Ahora todos consideran un honor que Elliania me acompañe a mi hogar. Para «fundar una nueva casa materna», según sus palabras.

Como si convirtiéndose en la reina de Dedicado estuviera conquistando los Seis Ducados en pleno, rezongó Chade. Sin embargo, el alivio que había detrás de sus palabras era palpable. Preví problemas en los días venideros, no obstante, cuando las costumbres de la tierra de la muchacha chocaran con las nuestras. Si su primogénito resultaba ser varón, por ejemplo, ¿se escandalizarían sus familiares al verlo convertido en heredero de forma automática, con preferencia frente a cualquiera de las hijas que tuviese después? Aparté aquel pensamiento de mi cabeza. Ya habría tiempo de sobra para ocuparse de eso llegado el momento.

¿Y cómo fue posible tal cosa?

Pregúntale a Tordo. Lo organizaron Ortiga y él, por lo visto.

La sonrisa se borró de mis labios. Necesitaba saberlo. *¿Sabe Ortiga que Burrich ha muerto?*

Sí. La respuesta de Chade fue torva y sucinta.

Yo no querría que se me ocultara algo así, señaló Dedicado. Sabía que estaba justificando su acción ante Chade tanto como ante mí. *De modo que hice lo que juzgué más acertado. Además, también mi madre se merecía conocer la noticia, para ocuparse de cubrir las necesidades de la familia del hombre que tan bien y durante tiempo trabajó a nuestro servicio. Por último, cuando conozca a mi prima en carne y hueso, preferiría no tener que hacerlo con un saco lleno de trapos sucios disimulado a mi espalda.*

Sus últimas palabras sonaron excesivamente agresivas, y presentí que caminaba al filo de otra discusión entre el príncipe y Chade. No me pareció el mejor momento para expresar mi opinión al respecto. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para cambiar nada. Salvo de tema, quizá, de modo que eso fue lo que intenté. *Bueno. Así que, a partir de ahora, el enlace se desarrollará sin obstáculos.*

En efecto. Dedicado había insistido en que nos quedáramos aquí hasta recibir noticias tuyas. O hasta que decidiéramos darte por muerto y enviásemos un equipo de rescate para recoger a Tordo, por mucho que a este no le agradase la idea de que nadie lo rescatase y lo trajera a casa. Ahora que has reaparecido, sin embargo, el barco zarpará de inmediato. En cuanto lleguéis aquí, emprenderemos el camino de regreso a Torre del Alce.

¡Nada de barcos!, injurió Tordo.

El príncipe desoyó sus protestas. *Esperar a Traspié no ha sido ninguna pérdida de tiempo,* matizó Dedicado, dirigiéndose a Chade. *Separar inmediatamente a la narcheska de su familia no habría sido apropiado. Elliania ha pasado demasiado tiempo lejos de su madre y su hermana. He disfrutado viéndolas juntas. Y cuando mira a su hermana y me mira después a mí... Traspié, piensa que soy un héroe. Los trovadores marginados están componiendo canciones sobre esta aventura.*

Canciones muy largas, añadió Chade. *Hemos tenido que escucharlas, sin perder la sonrisa, una noche sí y otra también.*

Nos sumimos en un agradable silencio, satisfechos. Mi príncipe se había ganado a su prometida. Los Seis Ducados y las Islas del Margen firmarían la paz. *Y me alegra que hayas tenido algo de tiempo para encajar tu pérdida,* añadió Dedicado, al cabo. *Lo siento mucho, Traspié.*

¿Conseguiste recuperar el cadáver del bufón?, preguntó Chade, con delicadeza.

Había llegado el momento de anunciar mi triunfo. *Su cadáver, no. A él.*

¡Creía que estaba muerto!, exclamó Dedicado, cuya seriedad se diluyó en la sorpresa que acababa de llevarse.

También yo, repliqué, y de repente decidí que con eso bastaba por toda explicación. No fue difícil desviar su atención de otras posibles preguntas relacionadas con el bufón. Me limité a añadir: *Lamento haber perdido el barco que enviasteis a recogernos, pero no hace falta que mandéis más. Tordo y yo tenemos otra manera de volver a Torre del Alce, más sencilla. Ni siquiera hará falta que vuelva a pisar una cubierta.*

Su asombro cuando les revelé la existencia de un pilar de la Habilidad que aún funcionaba no fue rival para el alborozo de Tordo cuando le informé de que podría volver a casa sin embarcarse en más travesías. Me agarró por la cintura de repente, me puso en pie de un tirón y empezó a cabriolar a mi alrededor, tan frenético que perdí la concentración necesaria para Habilitar. Le apoyé las manos en los hombros, afiancé los pies en el suelo para interrumpir nuestro baile y, al levantar la cabeza, vi que el Hombre Negro nos observaba con una mezcla de diversión y alarma. El bufón estaba demasiado cansado para manifestar ninguna sorpresa.

—Acaba de descubrir que podemos regresar usando los pilares de la Habilidad —les expliqué—. Tordo detesta los barcos. Y le alegra saber que nuestro viaje durará tan solo un momento en vez de varias jornadas.

El Hombre Negro puso cara de no haber entendido nada hasta que el bufón le dijo algo en su lengua, después de lo cual exhaló un largo «aaah» de comprensión y asintió sabiamente con la cabeza. La explicación del bufón debía de haberle recordado otro incidente, sin embargo, puesto que se enfrascó en un apasionado monólogo en su extraño idioma.

Todo se detuvo de golpe y ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando.

—Los pergaminos de la Habilidad, dice Chade, traed los pergaminos de la Habilidad. —Hizo una pausa y arrugó el entrecejo, atento a los pensamientos de Chade—. ¡Aunque todavía no! No vayáis aún a casa, no hasta que se le haya ocurrido una explicación convincente. Pero que sea pronto. Ortiga empieza a cansarse de tanto mensaje. Podrías hacerlo mejor.

Le había dado a Chade muchas cosas en las que pensar y, para mi alivio, se

excusó de nuestro vínculo con la Habilidad para hacerlo. Dedicado intentó explicarme cómo Ortega había persuadido a Yama de Hielo para presentarle su cabeza a la narcheska, pero Tordo estaba demasiado alterado para permitirnos conversar en paz. Además, el nerviosismo que percibía en el príncipe me sugería que tenía formas más atractivas de pasar el rato que de cháchara conmigo. Me despedí de él con la solemne advertencia de que fuese discreto, la cual estoy seguro de que ni siquiera escuchó.

Cuando volví a ser plenamente consciente de mi entorno, descubrí al bufón con cara de cansancio, asintiendo en silencio con la cabeza ante otra enigmática perorata del Hombre Negro. Era el discurso más ininteligible que hubiera oído en mi vida, sin una sola palabra reconocible en sus frases. Tordo se empeñó en informarme de cómo había pasado el tiempo con el Hombre Negro, con numerosas descripciones de comida, de Chade enfadado y molesto, y de un sitio estupendo para lanzarse como si de un tobogán se tratase que había descubierto no muy lejos de allí. Contemplé sus facciones redondeadas, radiantes de júbilo. Poseía una personalidad prodigiosa. Aceptaba con absoluta ecuanimidad que yo hubiera regresado, que el bufón ya no estuviera muerto y que pronto volveríamos a casa sin necesidad de viajar en barco. La alegría que sentía al deslizarse por la nieve era equiparable a la que le producía mi reaparición. Envidié su facilidad para encajar los cambios y conformarse con lo que le deparase el futuro.

Mientras parloteaba, me esforcé por descifrar lo que me aguardaba. Volveríamos a Torre del Alce y se me encargaría la tarea de transportar hasta allí la biblioteca de la Habilidad. Temía ya cuántos viajes a través de los pilares habría de costarme esa empresa. Pese a todo, se me antojaba fácil comparada con lo que habría de hacer a continuación. Debía presentarme ante Ortega. Y revelarle a Molly que aún seguía con vida. El arrebató de anhelo que me sobrevino ante la mera insinuación de esa idea en mi mente me dejó sin respiración. Al restaurar todo el abanico de recuerdos que conservaba de ella, el bufón había devuelto mi corazón de un plumazo al momento en que descubrí que la había perdido. La angustia que me atenazaba ahora era tan intensa como entonces; mi amor por ella, igual de fuerte. Me atemorizaba pensar en nuestro reencuentro, en todas las explicaciones que debería brindarle. Y me asustaba

enfrentarme al dolor que sentiría por el fallecimiento de su marido, pero sabía que no podía eludirlo. Burrich había cuidado de mi hija cuando «morí». ¿Podría hacer yo menos por sus pequeños? Sin embargo, no iba a ser fácil. No iba a ser nada fácil. Al mismo tiempo, en un extraño ejercicio de duplicidad emocional, comprendí que mi corazón anticipaba ya el momento, que soñaba con que pudiéramos encontrar algo más aparte del pesar que sin duda compartiríamos por la muerte de Burrich. Me sentía codicioso y mezquino por albergar siquiera ese pensamiento en mi mente, pero, no obstante, allí estaba. Parecía que hubiesen pasado años desde la última vez que mirase al frente y viera todo un despliegue de oportunidades y posibilidades. Supe de repente que ambicionaba el cambio, la vida y los peligros intrínsecos al intento de ganar el amor de Molly una vez más.

Tordo me zarandeó el hombro.

—Bueno —dijo, risueño—. ¿Qué, vamos ahora?

—Sí —me sorprendí respondiendo, y descubrí que llevaba todo ese tiempo sonriendo y asintiendo con la cabeza ante la descripción de sus cabriolas por la nieve.

Me había ofrecido voluntario a acompañarlo. Su entusiasmo era demasiado grande para decepcionarlo ahora, y de pronto se me ocurrió que el bufón, en realidad, tampoco tenía nada mejor que hacer en ese momento. Le vendría bien el reposo, y parecía estar disfrutando de su conversación con el Hombre Negro. De modo que nos abrigamos y salimos de nuevo. Planeaba deslizarme con él una o dos veces, lo justo para complacerlo, pero la ladera que había encontrado era tan larga y empinada como los toboganes naturales en los que les gustaba jugar a las nutrias, e igual de tentador. El uso que le había dado Tordo en los últimos días había formado una pista tan pulida como un espejo. Nos lanzamos por ella boca abajo, primero, y después juntos, sentados encima de mi capa, gritando como niños, sin importarnos lo ateridos y empapados que pudiéramos terminar.

Nos dedicamos a jugar, sin ninguna otra preocupación. Jugar, algo para lo que antes no tenía tiempo; algo que me había parecido innecesario, una distracción frente a todos los quehaceres prácticos propios de una vida ordenada. ¿Cuándo me había olvidado de disfrutar por el mero placer de

disfrutar? Me abandoné al juego y solo volví a la realidad, sobresaltado, cuando oí que me llamaban a gritos. Acababa de llegar al pie de la ladera y, al volverme hacia la voz del bufón, Tordo chocó conmigo desde atrás. Salí despedido por los aires y aterricé, más o menos ileso, con Tordo encima de mí. Cuando por fin hubimos dejado de rodar, entre aspavientos, vi que el bufón nos observaba con una expresión de alegría y afecto imposible de disimular. También había pesadumbre y anhelo en su gesto, sin embargo.

—Deberías probarlo —le dije, algo azorado porque me hubiese pillado revolcándome por los suelos como un chiquillo tras la primera nevada del año. Me incorporé y ayudé a Tordo a ponerse de pie. Sonreía a pesar del trompazo.

—Mi espalda —murmuró el bufón, y asentí con la cabeza, serio de repente.

Sabía que se trataba de algo más que de sus heridas recién cicatrizadas y la rigidez propia de sus lesiones. Las secuelas de la experiencia que había sufrido no afectaban tan solo a su cuerpo. Me pregunté cuánto tiempo habría de pasar antes de que su espíritu recuperara su antigua elasticidad.

—Prilkop nos ha preparado algo de comer —anunció—. Me he acercado para avisaros. Os llamamos desde la puerta, pero no nos oíais. —Hizo una pausa—. El descenso parecía fácil. No lo ha sido. Ahora temo desandararlo para volver.

—Es empinado, sí —convine mientras emprendíamos la marcha precedidos por Tordo, que ante la mención de la comida había partido ya al trote—. ¿Prilkop?

—Así se llama en realidad el Hombre Negro. —El bufón andaba penosamente a mi lado, camino de la escarpada senda del precipicio. Le faltaba el resuello—. Tardó un rato en recordarlo. Llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie, y más aún sin hacerlo en nuestra lengua materna.

—Los dos parecíais estar divirtiándoos —dije, esperando no parecer celoso.

—Sí —reconoció con una leve sonrisa—. Hace tanto tiempo que se fue de nuestro hogar que, cuando le conté lo que recordaba de mi niñez, se maravilló ante lo mucho que habían cambiado las cosas. Los dos nos preguntamos cómo estarán ahora.

—Bueno, supongo que podría volver a casa si lo deseara. Quiero decir, ya no hay ninguna visión que lo retenga aquí, ¿no?

—No. —Caminamos un rato en silencio antes de que el bufón añadiera—:

Traspié, el hogar no está en ningún lugar, sino en la gente. Si vuelves a casa después de que todo el mundo se haya ido, solo verás lo que ya no existe. —Me detuve cuando apoyó una mano en mi brazo—. Déjame respirar —imploró, pero no tardó en desmentir el supuesto propósito de nuestro alto—. Eres tú el que debería volver a casa —me dijo, con gesto serio—. Mientras puedas. Mientras sigan quedando personas allí que te conozcan y se alegren de tu regreso. No pienses en Torre del Alce, sino en Molly. En Paciencia.

—Lo sé. Me propongo hacer eso mismo. —Lo miré con extrañeza, sorprendido ante el hecho de que hubiera pensado que podría oponer algún reparo a su sugerencia.

Se quedó demudado de asombro.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Por supuesto.

—Lo dices en serio, ¿no? —Sus ojos escudriñaron mi rostro. Casi me pareció ver una sombra de desilusión en ellos, pero entonces tomó una de mis manos entre las suyas y añadió—: Me alegro por ti, Traspié. De veras. Habías dicho que lo harías, pero te notaba titubeante. Creía que ibas a cambiar de opinión.

—¿Qué otra cosa podría hacer?

Vaciló un momento, como si estuviera meditando su respuesta, pero pareció pensárselo mejor. Resopló.

—Buscar una cueva en la que pasarte los próximos diez años encerrado, tú solo.

—¿Por qué haría algo así? Retirarse de la vida elimina cualquier posibilidad de obtener algo mejor de... Oh.

Me vi recompensado por su antigua sonrisa, que se ensanchó lentamente hasta iluminar todo su rostro.

—Ayúdame a subir por este camino —dijo, y me mostré encantado de hacerlo.

Se apoyó en mi brazo con más fuerza de lo que esperaba. Una vez en la caverna de Prilkop, le pedí que se sentara.

—¿Alcohol? ¿Coñac? —le pregunté a Prilkop; cuando el bufón hubo traducido mis palabras, con un hilo de voz, el Hombre Negro negó con la

cabeza. Se acercó al bufón y se agachó para mirarlo a la cara. Le tocó la frente y volvió a sacudir la cabeza.

—Haré té. Para esto, un té bueno.

Cenamos juntos y pasamos la velada intercambiando anécdotas. El bufón y Prilkop parecían haber saciado ya la sed de conversar en su lengua, al menos en parte. Le preparé la cama al bufón e insistí para que se acostase junto a la chimenea. Intenté contarle a Prilkop la historia completa de nuestro viaje a Aslevjal. Escuchó con atención, asintiendo con la cabeza, con el ceño fruncido. Cuando no entendía alguna parte de nuestro relato, el bufón intervenía brevemente para ofrecerle una explicación, aunque la mayor parte del tiempo permaneció tumbado e inmóvil, con los ojos cerrados, escuchando. Cuando complementaba mi resumen con su versión de lo ocurrido, me resultaba extraño oír cómo desgranaba los hechos, pues daba la impresión de que despertar a los dragones de carne y hueso y devolverlos al mundo hubiera sido nuestro objetivo desde el principio. Supongo que, para él, así había sido. Pero no dejaba de ser llamativo contemplar aquellos aspectos de mi vida retratados desde su punto de vista.

Se nos hizo muy tarde; Tordo ya se había quedado dormido mucho antes de que Prilkop nos diese las buenas noches. Me sentí cohibido por un momento cuando extendí mis mantas separadas de las del bufón. Había sitio de sobra; ya no hacía falta que compartiéramos la misma cama. Pero había pasado tantas noches durmiendo a su lado que me asaltó la duda de si no echaría de menos mi proximidad para ahuyentar sus terrores nocturnos; no se me ocurrió ninguna forma diplomática de preguntárselo, sin embargo. En vez de eso, apoyé la cabeza en un brazo y lo observé mientras dormía. Sus facciones se veían relajadas por la fatiga, pero el dolor arrugaba aún su entrecejo. Sabía que, después de todo por lo que había pasado, necesitaría estar un tiempo sin mí, a solas, para redescubrirse a sí mismo. Egoístamente, no obstante, preferiría que no volviera a distanciarse de mí. El amor que sentía por Molly no era lo único que se había renovado; también mi amistad y el cariño que le profesaba al bufón habían reverdecido. Extrañaba su íntima compañía, la facilidad para pasar por alto nuestras respectivas diferencias, para afrontar con optimismo cada nuevo día y todos los retos que nos salieran al paso; todo eso representaba él para mí, y

me prometí no permitir nunca que se me volviera a escapar de las manos. Molly y él devolverían mi vida a los cauces por los que siempre debería haber discurrido. Y Paciencia, pensé, esperanzado. También a ella me proponía recuperarla, costara lo que costase.

Quizá porque Tordo dormía a mi lado, quizá porque me quedé dormido profundamente por vez primera desde que me aventurase en los dominios de la Mujer Pálida, el caso es que Ortiga me encontró. O quizá fuese yo el que la encontró a ella. Era de noche y me encontraba en un lugar que me resultaba muy familiar, aunque había cambiado tanto que no habría podido jurarlo. La luminosidad de varios macizos de flores ahuyentaba la oscuridad. En alguna parte murmuraba una fuente, quedo su borbotar. La fragancia crepuscular de los jardines flotaba y se entreveraba con la brisa nocturna.

Ortiga estaba sentada en un banco de piedra, sola. Tenía la cabeza reclinada, apoyada en la pared que se elevaba tras ella, con la mirada perdida en el firmamento estrellado. Hice una mueca al verla. Le habían cortado el pelo, tan bonito, a ras del cuero cabelludo. Era el símbolo de luto más antiguo de los Seis Ducados, una costumbre que rara vez se practicaba entre las mujeres. Me acerqué y me senté en las losas del suelo, frente a ella, vistiendo mi disfraz de lobo. Se rebulló en el asiento para observarme.

—¿Sabías que mi padre ha muerto?

—Sí. Lo siento.

Sus dedos jugaron con uno de los pliegues de su falda oscura.

—¿Estabas allí? —me preguntó, al cabo.

—Cuando murió, no. Cuando sufrió la herida que acabó con su vida, sí.

El silencio se dilató entre nosotros por unos instantes.

—¿Por qué me siento tan incómoda preguntándote esto, como si tuviese que avergonzarme de mi curiosidad? Sé que el príncipe opina que es más apropiado andarse con rodeos y limitarse a decir que mi padre fue un héroe y luchó como un valiente, pero eso no es suficiente para mí. Quiero saber cómo murió... cómo lo hirieron. Quiero... necesito conocer hasta el último detalle. Porque arrojaron sus restos al mar y ya no volveré a verlo nunca, ni vivo ni muerto. ¿Sabes lo que es eso? ¿Que te informen de que tu padre ha fallecido, y ya está?

—Sé exactamente lo que se siente —respondí—. Conmigo también hicieron

lo mismo.

—Pero ¿te lo contaron alguna vez?

—Me contaron la misma mentira que a todos los demás. No. Nunca me explicaron cómo murió de verdad.

—Lo siento —dijo, y había franqueza en su voz. Volvió la cabeza y me observó con curiosidad—. Has cambiado, Lobo de las Sombras. Ahora... resuenas. Como... como una campana cuando la golpean. ¿Cuál es la palabra correcta?

—Tañer —sugerí, y Ortega asintió con la cabeza.

—Te siento con más claridad. Casi como si fueses real.

—Lo soy.

—Quiero decir, como si tu presencia fuese real. Como si estuvieras aquí.

Deseé que así fuera.

—¿Qué quieres saber? —pregunté.

Levantó la barbilla.

—Todo. Sin omitir ningún detalle. Era mi padre.

—Sí que lo era —me vi obligado a reconocer. Me armé de valor. Había llegado el momento. De repente, se me ocurrió otra idea y le pregunté—: ¿Dónde estás ahora? Cuando estás despierta.

Suspiró.

—Donde me ves. En el Jardín de la Reina, en el castillo de Torre del Alce. —Sus palabras destilaban soledad—. La reina me permitió pasar tres días en casa. Se disculpó con mi madre y conmigo, pero dijo que ese era todo el tiempo que podía dedicar ahora a mi luto. Desde que aprendí a soñar de verdad, ni siquiera las noches me pertenecen. Debo estar siempre lista para servir al trono de los Vatídico, se espera que le consagre toda mi vida.

—En ese sentido —repliqué, midiendo mis palabras con cuidado— eres digna hija de tu padre.

Se encrespó de repente, iluminando el jardín entero con la rabia que sentía.

—¡Dio la vida por ellos! ¿Y qué obtuvo a cambio? Nada. Vale, una hacienda, ahora que ha muerto, en algún rincón de Bosque Blanco del que no había oído hablar nunca. ¿Qué me importan a mí las tierras y los títulos? Lady Ortega, me llaman ahora, como si fuese la hija de un noble. Pero a mis espaldas se refieren a

mí como lady Espino, tan solo por decir lo que pienso. Me trae sin cuidado lo que piensen de mí. En cuanto pueda, escaparé de esta corte y volveré a casa. A mi verdadero hogar, la casa que construyó mi padre, con sus graneros y sus pastos. Por mí, como si arrasan Bosque Blanco y no dejan piedra sobre piedra. Preferiría recuperar a mi padre.

—Y yo. Pero, de todas maneras, tienes más derecho que nadie a poseer esos terrenos en Bosque Blanco. Tu padre sirvió al príncipe Hidalgo, y esa hacienda era una de sus preferidas. Recibirla equivale casi a heredar directamente de Hidalgo.

Estaba seguro de que esa era la intención de Paciencia. Bastaba con contar los meses y los años con los dedos para saber que la hija de Molly era mía. La anciana había hecho cuanto podía por cerciorarse de que una parte de las posesiones de su abuelo pasaran a Ortiga. Me parecía un gesto conmovedor. Supe de repente por qué Paciencia había esperado a la muerte de Burrich para legar aquellas tierras a Ortiga: porque respetaba su decisión de arrogarse la paternidad de la niña y no quería que nadie la pusiera en tela de juicio. Ahora esas tierras darían la impresión de ser algo que Burrich había ganado para su familia, en vez de una herencia para una nieta. Las sutilezas de mi excéntrica madrastra no dejarían nunca de deleitarme.

—Seguiría prefiriendo recuperar a mi padre. —Sorbió por la nariz y me volvió el rostro. Habló dirigiéndose a la oscuridad, con voz ronca—: ¿Vas a contarme lo que pasó?

—Sí. Lo haré. Solo estoy intentando decidir por dónde empezar esa historia. —Sopesé la cautela frente al coraje, y de pronto comprendí que mis sentimientos no deberían influir en absoluto sobre mi decisión. ¿Con cuánto peso debería cargar una chica tan pequeña, sola y desconsolada? No era este el momento indicado para alterar la percepción de su identidad. A bastantes cambios se enfrentaba ya. Que llorase por su pérdida sin los obstáculos que mis revelaciones pudieran interponer en su camino—. Tu padre sufrió una herida letal al servicio de la corona de los Vatídico, cierto. Pero cuando puso al dragón de piedra de rodillas, armado tan solo con su fuerza de voluntad, no lo hizo por el príncipe. Lo hizo porque la bestia amenazaba a su amado hijo.

Ortiga reaccionó con incredulidad.

—¿Vencejo?

—Por supuesto. Vencejo era el motivo de que él hubiera viajado hasta allí. Su único objetivo era reunirse con su hijo y devolverlo a casa sano y salvo. Nunca se imaginó que para ello debería luchar contra un dragón de verdad.

—Hay muchas cosas que no entiendo. Dices que se enfrentaban a un «dragón de piedra». ¿Qué es eso?

Se merecía saberlo. De modo que le conté una historia repleta de heroicidades, protagonizada por las siniestras artes de la Mujer Pálida y un hombre que había acudido, medio ciego y en solitario, dispuesto a abatir a un dragón por el amor que le profesaba a su vástago descarriado. Le hablé también de cómo Vencejo se había plantado ante el dragón para abatirlo de un flechazo en plena embestida. Y le hablé de la lealtad que el muchacho le había mostrado a su progenitor moribundo. Le hablé incluso del pendiente que luciría Vencejo cuando llegara a casa. Ortiga lloró mientras me escuchaba, lágrimas negras que se desvanecían al contacto con sus mejillas. El jardín se desdibujó a nuestro alrededor al tiempo que nos azotaba el viento helado del glaciar, y comprendí que la fuerza de mi relato era tal que la muchacha estaba viéndolo todo, tal como yo lo había visto. Solo cuando hube desgranado la última de mis palabras volvió a materializarse el jardín, cuyas fragancias eran más intensas ahora, como si un chaparrón hubiera regado recientemente las plantas. Una polilla pasó revoloteando por nuestro lado.

—Pero ¿cuándo llegará a casa Vencejo? —preguntó, alterada—. Ya es bastante duro para mi madre saber que su marido está muerto. No debería tener que preocuparse además por el bienestar de su hijo. ¿Por qué tardan tanto, si su misión ya ha terminado?

—Vencejo sirve a su príncipe. Regresará cuando lo haga Dedicado —le aseguré—. Aún están negociando las condiciones del enlace nupcial que habrá de cimentar las relaciones de amistad entre ambos territorios. Estas cosas llevan su tiempo.

—¿Qué le pasa a esa chica? —protestó Ortiga, enfadada—. ¿No tiene honor ni dos dedos de frente? Debería cumplir la promesa que hizo. Ya tiene su cabeza de dragón encima de la chimenea. ¡Yo misma me encargué de eso!

—Eso he oído —repuse, sonriendo para mis adentros.

—Estaba furiosa con él —me dijo, adoptando un tono de confidencialidad—. Fue lo único que se me ocurrió.

—¿Estabas furiosa con Yama de Hielo?

—¡No! Con el príncipe Dedicado. Que si sí, que si no... que si me quiere, que si no me quiere... que si mira lo noble que soy, que no voy a obligarla a cumplir una palabra extraída con chantajes... ¿Por qué no le dice a la caprichosa de la marginada esa: «Mira, ya he pagado el peaje y ahora pienso cruzar el puente»? ¡Yo ya lo habría hecho, te lo aseguro! —Su arrebató de indignación se suavizó de repente—. No estaré quedando como una traidora hablándote así de él, ¿verdad? Soy la súbdita más leal a nuestro ilustre príncipe que te puedas imaginar. Lo que pasa es que, cuando hablas con alguien de mente a mente, cuesta recordar que es un monarca y está muy por encima de mí. ¡Hay veces que me parece tan corto de entendederas como cualquiera de mis hermanos y me dan ganas de zarandearlo! —Pese a su declaración de lealtad al príncipe, daba toda la impresión de que se le hubiera agotado la paciencia y no estuviese dispuesta a tolerar más tonterías.

—Bueno. ¿Y qué hiciste?

—La gente de las Islas del Margen estaba poniendo el grito en el cielo porque el príncipe no había dejado ninguna cabeza de dragón sobre las piedras de la chimenea de la casa materna de su prometida. ¡Como si haber rescatado a su madre y su hermana no valiera más que un apestoso trofeo chorreante de sangre! —El esfuerzo que le estaba costando contenerse era casi palpable—. Si sé todo esto es porque se lo tengo que contar a la reina. Soy yo la que se presenta ante ella todas las mañanas para referirle las nuevas que le transmiten a través de mí. ¿Se cree el príncipe que eso es agradable? Pero se me ocurrió un amanecer, tras dejar a mi reina solemne y preocupada ante la posibilidad de que el matrimonio no llegara a celebrarse en absoluto, que tal vez yo podría hacer algo. Pese a sus amenazas y sus fanfarronadas, conozco bien a Tintaglia. Quizá la conozca tan bien gracias a ellas. De modo que, al igual que ella me había incordiado, perturbando mis sueños cada vez que me quedaba dormida, empecé a hacer lo mismo con ella. Pues en todas sus idas y venidas, con tanto entrar y salir de mi sueño, había terminado dejando un rastro que me condujo hasta ella. No sé si entiendes a qué me refiero.

—Lo entiendo. Pero sigue maravillándome que alguien se atreva a «incordiar» a semejante criatura.

—Bueno, en el mundo de los sueños todos estamos muy igualados, como supongo que recordarás. Me extrañaría que se tomase la molestia de volar hasta aquí para aplastar a una simple humana. Y, al contrario que yo, prefiere dormir a pierna suelta después de comer o aparearse. De modo que escogí precisamente esas ocasiones para azuzarla.

—¿Y rogarle que le pidiera a Yama de Hielo que regresara a la isla de Mayle y apoyara la cabeza en la chimenea de la narcheska?

—¿Rogárselo? No. Se lo exigí. Y cuando se negó, le dije que era porque no podía, que a pesar de todo cuanto habían hecho los humanos por rescatarlo, Yama de Hielo era demasiado ruin para reconocer que estaba en deuda con ellos. Y que ella no se atrevía a obligarle a hacerlo, pues aunque se las dé de reina, consiente que sea él el que mande y la lleve de aquí para allá. Le dije que tanto apareamiento debía de haberle embotado el cerebro. Aquello hizo que se pusiera a echar espumarajos por la boca, te lo aseguro.

—Pero ¿cómo sabías que con eso ibas a conseguir provocarla?

—No lo sabía. Estaba enfadada y le dije lo primero que se me pasó por la cabeza. —La noté suspirar—. Es un defecto que tengo y que no ha contribuido a aumentar mi popularidad en la corte. Soy demasiado lenguaraz. Pero creo que es la mejor manera de dirigirse a un dragón. Le dije que, puesto que era incapaz de obligar a Yama de Hielo a cumplir con su obligación, no hacía falta que anduviera por ahí dándose tantos aires de grandeza. Detesto a la gente que te mangonea sabiendo que, con tan solo rascar un poco en la superficie, enseguida se ve que no son mejores que tú. —Tras una pausa, añadió—: Gente o dragones, da igual. En todas las leyendas son sabios, o asombrosamente poderosos o...

—¡Es que son asombrosamente poderosos! —la interrumpí—. ¡Te lo aseguro!

—A lo mejor. Pero Tintaglia, en cierto modo, es... como yo. Pínchala en su orgullo y no le quedará más remedio que demostrarte que puede hacer lo que sea que le hayas dicho que no puede hacer. Si cree que se va a salir con la suya, no le importa chincar y amedrentar a quien sea preciso. Y como puede vivir

tanto tiempo y nació recordando tantas cosas, se comporta como si los demás fuéramos polillas u hormigas cuyas vidas no se mereciesen el menor aprecio.

—Me da la impresión de que habéis tenido más de una conversación al respecto.

Tardó un instante en continuar.

—Tintaglia es una criatura muy interesante. Creo que no me atrevería a calificarla de amiga, pero ella piensa que lo es. O, mejor dicho, creo que piensa que, como es una dragona, es mi deber serle leal, obedecerla y reverenciarla. Pero cuesta llamar «amiga» a alguien cuando sabes que tu muerte no significaría para ella más de lo que significaría para mí ver cómo una polilla se acerca demasiado a una vela. ¡Plaf! Ay, ya no está. Lástima. ¡Como si yo no fuese más que un animal! —Arrancó una flor de una jardinera cercana, como si se dispusiera a hacerla pedazos.

Hice una mueca para mis adentros. Lo presintió.

—No, me refería más bien a algo así como un bicho o un pez. No como un lobo. —A continuación, como si acabase de caer en la cuenta—: No eres como te veo en mi mente. Ahora lo sé. Sé que no eres un lobo. Quiero decir que no pienso en ti como un simple animal. ¿He herido tus sentimientos? —Se apresuró a devolver la flor a su tallo roto.

Lo había hecho, pero no creía que fuese capaz de explicármelo a mí mismo, y menos a ella.

—No te preocupes. Te había entendido.

—¿Y cuando regreses con los demás, por fin podré conocerte en persona y verte como eres en realidad?

—Cuando regrese es muy probable que nos veamos.

—Pero ¿cómo sabré que eres tú?

—Te avisaré.

—Vale. —Titubeante, añadió—: Te he echado de menos. Me gustaría haber hablado contigo cuando me dijeron que mi padre había muerto, pero no pude encontrarte. ¿Dónde te habías metido?

—Alguien muy importante para mí estaba en apuros. Fui a echarle una mano. Pero todo eso ya está arreglado y pronto volveré a casa.

—¿Alguien importante para ti? ¿Lo conoceré también?

—Por supuesto. Creo que te caerá bien.

—¿Quién eres?

No me esperaba esa pregunta en aquel preciso momento. Me dejó desconcertado. No quería decirle que era Traspie Hidalgo ni Tom Mechatejón. Sin haber planeado nada, me descubrí respondiendo:

—Soy alguien que conoció a tu madre antes de que ella se enamorase de Burrich y se casara con él.

No reaccionó como anticipaba.

—¡Tantos años tienes! —Estaba conmocionada.

—Y más que acaban de caerme de golpe —reliqué, riéndome sin poder evitarlo.

Pero ella no se rio conmigo. Su respuesta fue desabrida.

—Entonces supongo que, cuando llegues, serás más amigo de mi madre que mío.

No había contado con esa complicación. Sus pensamientos denotaban unos celos exacerbados. Me esforcé por aplacarlos.

—Ortiga, hace mucho que me preocupo por ambas. Y seguiré haciéndolo.

Con voz aún más glacial, preguntó:

—¿Intentarás ocupar el lugar de mi padre con ella?

Me sentí como un patán balbuceante, incapaz de articular la respuesta adecuada. Por fin, me obligué a afrontar la verdad que había intentado evitar hasta ese momento.

—Ortiga... Estuvieron juntos durante, ¿qué, dieciséis años? Compartieron siete hijos. ¿Crees que alguien podría sustituirlo para tu madre?

—Solo te lo digo para que lo tengas en cuenta —repuso, algo mortificada, antes de despedirse diciendo—: Ahora debo borrar mis sueños contigo, por si acaso al príncipe se le ocurre buscarme. Casi todas las noches, él o lord Chade me dan algún mensaje para la reina. Cada vez tengo menos tiempo para disfrutar de mis propios sueños. Buenas noches, Lobo de las Sombras.

El jardín perfumado y el plácido escenario crepuscular se desvanecieron a mi alrededor, dejándome a oscuras. Tardé un momento en percatarme de que no estaba dormido, sino tumbado en el suelo de la cueva del Hombre Negro, con la mirada fija en las sombras tenuemente iluminadas por los rescoldos de la

chimenea. Repasé lo que le había contado a Ortega, y decidí que había cometido un error al decirle que alguna vez había querido a Molly. ¿Y cómo se me podía haber pasado por alto la posibilidad de que sus hijos, entre ellos Ortega, me vieran como a un intruso bajo su techo? Me abrumó una oleada de abatimiento y consideré renunciar por completo a mi plan.

Tras la estela de ese arrebató inicial, sin embargo, encontré una férrea resolución. No. No pensaba huir del caos en que había convertido mi vida. Todavía amaba a Molly, y no me parecía descabellado que también ella pudiera albergar algún sentimiento por mí. Aun en caso contrario, le había prometido a Burch que velaría por el bienestar de sus pequeños. Me necesitarían allí, aunque no quisieran recibirme de buen grado al principio. Quizá fracasara en mi empeño; quizá Molly me desterrara de su lado. Pero no pensaba rendirme sin haberlo intentado.

Volvía a casa.

A través de las piedras

Desde tiempos inmemoriales, en el Cerro de los Testigos, las piedras del mismo nombre resisten estoicas tormentas y terremotos en los alrededores de Torre del Alce. Hay quienes dicen que son tan antiguas como los cimientos del mismo castillo. Otros aseguran que lo son más todavía. Son muchas las tradiciones a las que han dado pie. Se trata de un escenario popular entre las parejas que desean intercambiar sus votos nupciales, pues cuentan que, si alguien falta a la verdad ante las piedras, incurrirá en la ira de los dioses. También se dice que, si dos rivales eligen ese lugar para dirimir sus diferencias batiéndose en duelo, las piedras decidirán de parte de quién está la verdad y le concederán la victoria.

Pueden encontrarse otras piedras erectas repartidas a lo largo y ancho de los Seis Ducados, así como en otros territorios. Todas ellas parecen estar esculpidas en el mismo mineral negro. Todas ellas parecen haberse erigido con la misma firmeza para imponerse a los embates de los elementos. Algunas están decoradas con runas. Otras, a primera vista sin marcas que las distinguan, tras una inspección minuciosa revelan haberlas perdido con el paso del tiempo o debido a la mano del hombre.

Si bien no hemos podido encontrar ninguna mención sobre ellas en los pergaminos de la Habilidad de los que disponemos, estamos casi seguros de que los vetulus las empleaban para trasladarse con extraordinaria presteza de un punto a otro. He confeccionado, por consiguiente, un mapa con todos los pilares de la Habilidad (por llamarlos de alguna de manera) que se conocen. Su correspondiente leyenda explica qué runas se aplican a qué ubicación en concreto. Aunque algunos de estos pilares de la Habilidad parezcan carecer de señal alguna, el poseedor de la Habilidad experimentado seguirá pudiendo utilizarlos para sus desplazamientos. Se desaconseja que los poseedores de la Habilidad más jóvenes viajen solos a través de las piedras. Antes bien, debería acompañarlos siempre alguien con experiencia, y el uso de las piedras debería reservarse exclusivamente para casos de absoluta necesidad. La experiencia puede resultar traumática para el novicio, agotadora en el mejor de los casos y, si se forzara su uso, conducente incluso a la locura.

CHADE ESTRELLAFUGAZ,

Sobre los pilares de la Habilidad

La frágil recuperación del bufón experimentó un retroceso aquella mañana. Me desperté en la oscuridad con sus toses y sus forcejeos en sueños. Cuando intenté

despertarlo, tenía las mejillas calientes y no conseguí liberarlo de sus pesadillas. Me senté junto a él, sosteniéndole la mano y consolándolo en voz baja, murmurando para aquietar sus sueños. Era incómodamente consciente de que el Hombre Negro se había despertado. Tendido en su cama, en silencio, me observaba interactuar con el bufón. No podía ver sus ojos, pero los sentía puestos en mí. Estaba estudiándonos, y no sabía por qué.

Hacia el amanecer, Chade presionó contra mi mente. Le franqueé el paso a regañadientes. *Ya puedes irte a casa. Esta será tu historia: el príncipe y yo te habíamos mandado de regreso antes, con Tordo, a bordo de un barco mercante, puesto que él estaba pasándolo mal allí y queríamos que informases a la reina de inmediato. Creo que resultará creíble; límitate a no entrar en detalles. Me alegrará tenerte en la corte. Ortega es una niña admirable, pero debemos mostrarnos muy circunspectos en los informes que presentamos a través de ella y tener mucho cuidado para no forzar sus habilidades. Es de vital importancia contar con alguien en quien poder confiar la clase de información que debemos transmitir a la reina.*

No puedo irme ahora, Chade. El bufón está enfermo. No puede viajar.

Chade se quedó callado un momento. *Por lo que nos habías contado, sin embargo, replicó, al cabo, no haría falta que lo llevaras muy lejos. Solo hasta el pilar de la Habilidad, un salto y estaríais en casa, abrigados y a salvo.*

Ojalá fuese tan sencillo. El camino que conduce hasta la columna es muy traicionero y hace un frío tremendo. Además, para él viajar a través del pilar supone un esfuerzo. No me atrevo a correr ningún riesgo. Ya ha sufrido bastante.

Entiendo. Sentí cómo Chade sopesaba mis palabras. ¿Crees que mañana se sentirá mejor? Os podría dar otro día.

Imprimí firmeza a mis pensamientos. No lo sé. Pero esperaré todos los días que haga falta, Chade. No quiero ponerlo en peligro.

Muy bien. El pensamiento rezumaba contrariedad, pero también aceptación. Si no queda otro remedio.

No, no queda otro remedio, repliqué con vehemencia. Viajaremos cuando el bufón se sienta con fuerzas. No antes.

El amanecer me encontró corroído por la preocupación. De sobra sabía que muchos de los hombres que morían tras haber recibido una herida en el campo de batalla lo hacían días después del combate, por culpa de las fiebres, los

delirios y las infecciones. El viaje hasta aquí había entorpecido su recuperación y deshecho muchas jornadas de descanso. El bufón siguió durmiendo profundamente hasta pasado el mediodía, cuando despertó, legañoso y demacrado, para beberse una taza de agua tras otra. Prilkop insistió en que lo trasladáramos del suelo a su cama. El bufón recorrió la escasa distancia tambaleándose, sostenido entre ambos, se ovilló sobre el lecho del Hombre Negro como si estuviera agotado y, casi de inmediato, volvió a quedarse dormido. Tenía la piel caliente al contacto.

—Quizá no sea más que uno de sus momentos de cambio —le dije a Prilkop—. Eso espero. Sería preferible a una infección. Se pasará varios días débil y febril, y después mudará la piel como si se hubiera abrasado. La nueva será más oscura. Si se trata de eso, podremos hacer poco por él, aparte de procurar que se sienta cómodo y esperar.

Prilkop se tocó las mejillas con un gesto y me sonrió, diciendo:

—Esto sospechaba. A algunos nos pasa. La incomodidad se acaba. —Luego, bajando la mirada al bufón, añadió—: Si es eso todo. —Sacudió la cabeza—. Recibió muchas heridas.

Se me ocurrió entonces una pregunta, que le planteé sin pararme a considerar la posibilidad de pecar de indiscreto.

—¿Por qué cambiaste tú? ¿Por qué está cambiando el bufón? La Mujer Pálida siempre fue blanca.

Levantó las manos para expresar su perplejidad.

—Sobre esto he pensado muchas veces. Quizá, como causamos cambios, cambiamos. Otros profetas que se quedan blancos a menudo hablan mucho, pero hacen poco. Él y yo, de jóvenes, predijimos muchos cambios. Luego salimos al mundo y cambiamos muchas cosas. Y tal vez eso nos cambió a nosotros también.

—Pero la Mujer Pálida también se esforzaba por provocar cambios.

Sonrió con torva satisfacción.

—Lo intentó. Fracasó. Nosotros ganamos. Cambiamos. —Ladeó la cabeza—. Tal vez. Eso piensa este viejo. —Prilkop lanzó una mirada de reojo al bufón, que seguía durmiendo, y asintió para sí—. Descanso es lo que necesita. Descanso, y buena comida. Y tranquilidad. Podéis ir a pescar, Tordo y tú. El

pescado fresco le vendría bien.

Negué con la cabeza.

—No quiero separarme de él mientras esté así.

Prilkop me apoyó una mano en el hombro, con delicadeza.

—Le pones nervioso. Percibe tu preocupación. Para que descanse, vete.

—Deberíamos irnos a casa —intervino Tordo, desde su rincón junto a la chimenea—. Quiero irme a casa.

El bufón me sobresaltó graznando mi nombre.

—Traspié.

Me acerqué a él de inmediato, con agua. No quería beberla, pero insistí. Solo me llevé de nuevo la taza cuando hubo apartado el rostro de ella.

—¿Querías algo más?

La fiebre prestaba una luminosidad antinatural a sus ojos.

—Sí. Quiero que te vayas a casa.

—No sabe lo que dice —hablé para Prilkop—. No podría llevármelo así.

El bufón respiró hondo.

—Sí —replicó, con esfuerzo—. Lo sé. Sé lo que me digo. Llévate a Tordo. Vete a casa. Déjame aquí. —Tosió y, con un gesto, pidió más agua. Se la tomó a sorbitos muy cortos y volvió a llenarse los pulmones de aire. Dejé que volviera a acomodarse entre las mantas.

—No pienso dejarte así —le prometí—. Nos tomaremos todo el tiempo que sea preciso. No te preocupes por nada. Estaré aquí mismo, a tu lado.

—No —dijo, irascible, como se ponen a veces las personas enfermas—. Escúchame. Necesito quedarme. Aquí. Una temporada. Con Prilkop. Necesito entender... cuándo estoy, dónde estoy... necesito... Traspié, él puede ayudarme. Sabes que no voy a morir de esta. Solo es mi tiempo de cambio. Pero lo que necesito aprender debo hacerlo solo. Estar solo un momento. Necesito reflexionar a solas. Lo comprendes. Lo sé. He sido tú. —Levantó los dedos, cada vez más delgados, para restregarse la cara y las mejillas. La piel seca se arrugaba y se enrollaba bajo sus manos, descascarillándose de la lámina nueva, más oscura, que despuntaba debajo. Volvió la mirada en busca de Prilkop—. Debería marcharse —murmuró, como si el anciano pudiera obligarme—. Lo necesitan en casa. Y él necesita estar en su hogar.

Me senté en el suelo, junto a la cama. Era cierto que lo comprendía. Recordaba los largos días de mi recuperación, tras mi estancia en la mazmorra de Regio. Recordaba la inseguridad que me había atenazado. La tortura es una humillación. Sucumbir y gritar, implorar, prometer lo que sea... A menos que uno haya experimentado algo así, quizá no pueda perdonárselo a otro. El bufón necesitaba pasar un tiempo a solas, reevaluar su opinión de sí mismo. A mí no me había hecho gracia que Burrich me acribillase a preguntas; ni siquiera me había gustado que se mostrase tan amable y solícito. Él se había dado cuenta, de forma instintiva, y me había concedido varios días para no hacer nada más que quedarme sentado y con la mirada perdida, sin hablar, absorto en la contemplación de las colinas y las praderas. No había sido fácil reconocer que era un ser humano, y no un lobo; menos aún reconocer que seguía siendo yo mismo.

El bufón sacó una mano apergaminada de debajo de las mantas, la extendió y me dio unas torpes palmaditas en el hombro. Deslizó los dedos por la barba que me cubría la mejilla.

—Vuelve a casa. Y aprovecha para afeitarte cuando estés allí. —Consiguió esbozar una débil sonrisa—. Déjame descansar, Traspié. Es lo único que te pido.

—De acuerdo. —Procuré no sentirme como si se estuviera despidiendo de mí. Me volví hacia Tordo—: Vale, te llevaré a casa. Abrígate bien, pero no hace falta que embales nada. Estaremos en Torre del Alce antes de que acabe la noche.

—¿Y volverá a hacer calor? —me interrogó Tordo—. ¿Y cosas ricas para comer? ¿Pan recién hecho y mantequilla, leche y manzanas, dulces y pasas? ¿Queso y beicon? ¿Esta noche?

—Haré lo que pueda. Tú prepárate. Y avisa a Chade, de mi parte, de que nos vamos a casa esta noche. A los guardias de la puerta les diré que vinimos antes, en el primer barco, porque estabas muerto de frío.

—Estoy muerto de frío —convino, animado—. Pero nada de barcos. Me lo prometiste.

No le había prometido nada por el estilo, pero asentí con un gesto de todos modos.

—Nada de barcos. Prepárate, Tordo. —Me volví hacia el bufón. Había cerrado los ojos de nuevo—. Bueno —murmuré—. Te vas a salir con la tuya. Como siempre. Me voy a casa con Tordo. Estaré fuera un día. Dos, a lo sumo. Pero después regresaré, y traeré vino y comida. ¿Qué te gustaría? ¿Qué podrías comer?

—¿Tienes albaricoques? —preguntó con voz trémula el bufón. Era evidente que solo se había quedado con la mitad de lo que acababa de decirle.

—Te traeré unos cuantos —respondí, dudándolo mucho pero resistiéndome a quitarle la ilusión. Le alisé el pelo hacia atrás, apartándolo de sus mejillas encendidas. Tenía el cabello tieso y reseco. Miré a Prilkop, que asintió despacio con la cabeza ante mi mudo ruego. Antes de irme, le envolví bien los hombros con las mantas. Después me agaché y, aunque tenía los ojos cerrados, apoyé mi frente en la suya—. Volveré pronto —le prometí. No obtuve respuesta de él; quizá ya se hubiera quedado dormido. Lo dejé allí.

También Prilkop se despidió de nosotros dentro de la cueva.

—Cuida de él —le pedí al Hombre Negro—. Regresaré mañana. Procura que coma algo.

Sacudió la cabeza.

—No tan pronto —me advirtió—. Ya has usado los portales demasiadas veces, demasiado seguido. —Hizo un gesto, como si se sacase algo del pecho—. Toma de ti y, si no tienes suficiente que dar, puede quedarse contigo.

Me miró fijamente a los ojos, como si intentara cerciorarse de que lo había entendido. No era así, pero asentí de todas formas y le aseguré:

—Tendré cuidado.

—Adiós, Tordo. Adiós, Cambiador del bufón. —A continuación, inclinando la cabeza hacia la figura postrada en su cama, añadió en voz baja—: Cuidaré de él. Aparte de eso, ninguno de nosotros puede hacer más. —Y luego, azorado, preguntó—: ¿El hombrecito habló de queso?

—Queso. Sí. Os traeré queso. Y té, especias y fruta. Todo lo que pueda transportar.

—Cuando puedas volver sin peligro, estará bien. —Sonreía de oreja a oreja cuando le dimos las gracias de nuevo y nos fuimos.

El viento había arreciado y la noche era fría. Tordo se había negado en

redondo a abandonar su macuto, aferrándose a todas y cada una de las posesiones que contenía, por lo que caminaba cargado como una mula detrás de mí mientras recorriamos la abrupta y estrecha vereda que comunicaba con la brecha en la pared de roca. Los regueros de humedad habían vuelto a cubrirla de hielo, y de nuevo me vi obligado a desenvainar la espada y picar en la oscuridad. Tordo sollozaba ante la inclemencia de los elementos e insistía una y otra vez en que quería irse a casa, aparentemente incapaz de entender que para eso debía ensanchar antes la grieta.

Por fin conseguí colarme por el resquicio. Tiré de Tordo para que pasara detrás de mí, aunque se quedó encajado un momento. Después me siguió, cada vez más despacio a medida que nos acercábamos a la luz antinatural.

—Esto no me gusta —refunfuñó—. Me parece que este no es el camino a casa. Esto es un túnel de roca. Deberíamos dar media vuelta.

—No, Tordo, no te preocupes. Solo es un antiguo portal mágico. No nos va a pasar nada. Tú sígueme.

—¡Más te vale que tengas razón! —me advirtió. No dejaba de mirar a su alrededor a cada paso que daba. Cuanto más nos adentrábamos en la roca, mayor era su cautela. Cuando llegamos a las primeras tallas de los vetulus, se le cortó la respiración y dio un paso atrás—. Los sueños del dragón. ¡Eso salía en los sueños del dragón! —exclamó. De improviso, como si hubiera intentado gastarle una broma, musitó—: Ah, ya había estado aquí antes. Ahora lo veo. Pero ¿por qué hace tanto frío? Antes no hacía tanto frío aquí.

—Porque estamos bajo el hielo. Por eso hace frío. Venga, vamos. Deja de andar tan despacio.

—Tanto frío, no —fue su críptica respuesta, y volvió a seguirme, pero no más deprisa que antes.

Creía haber grabado el camino en mi mente, a pesar de lo cual me equivoqué en dos desviaciones. Cada vez que debía volver sobre mis pasos, el recelo de Tordo aumentaba. Al cabo, pese a sus reticencias y mi mala memoria, llegamos a la sala del mapa.

—No toques nada —le advertí. Estudié el mapa y la runa adyacente a las cuatro gemas diminutas que había junto a Torre del Alce. Estaba convencido de que representaban las Piedras Testigo. Durante generaciones se habían tenido

por un repositorio de poder y justicia, una puerta a los dioses. Ahora sospechaba conocer el origen de esa leyenda. Me esmeré por memorizar la runa—. Vamos, Tordo —le dije—. Ha llegado el momento de volver a casa.

No obtuve ninguna reacción por su parte; cuando le toqué el hombro, se limitó a volver la mirada lentamente hacia mí. Se había dejado caer hasta sentarse en el suelo. Con una mano, había barrido las losas polvorientas para revelar el fragmento de una bucólica escena. Sus facciones habían adoptado una expresión arrobada.

—Les gustaba este sitio —murmuró—. Tocaban un montón de música.

—Levanta las defensas, Tordo —le ordené, pero no percibí que me obedeciera.

Le cogí una mano y la sostuve con firmeza en la mía. No estaba seguro de que pudiese escucharme, pero mientras lo conducía escaleras arriba hasta la sala de la columna, le expliqué varias veces que íbamos a abrazarnos con fuerza, atravesaríamos el pilar y estaríamos en casa. Su respiración se había vuelto grave y acompasada, como si estuviera durmiendo profundamente. Preocupado, me pregunté si la ciudad misma estaría afectándole.

No me detuve a considerar la posibilidad de que las antiguas y desgastadas Piedras Testigo hubieran dejado de funcionar como pilares de la Habilidad. El bufón había usado una, ¿verdad?, y su Habilidad era mucho menor que la mía. Respiré hondo, estreché con suavidad la mano de Tordo en un último intento por llamar su atención y entré en la columna, con decisión, arrastrándolo detrás de mí.

Experimenté de nuevo aquella pausa interminable en mi ser, ya casi familiar. Pareció envolvernos una oscuridad salpicada de estrellas, como un túnel de longitud indeterminada, y salí a la ladera cubierta de hierba que se alzaba cerca de Torre del Alce. Tordo seguía a mi lado. Me sobrevino un ataque de vértigo momentáneo, y Tordo me dejó atrás, tambaleándose, hasta sentarse de golpe en el suelo. La calidez del verano nos acariciaba la piel; las fragancias propias de una noche estival asaltaban mi olfato. Me quedé inmóvil, dejando que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. A mi espalda se cernían las cuatro Piedras Testigo, apuntando al firmamento nocturno. Inspiré hondo, llenándome los pulmones de aire caliente. Percibí el olor de un rebaño de ovejas que pastaba en

los alrededores y el salitre del mar a lo lejos. Estábamos en casa.

Me acerqué a Tordo y apoyé una mano en su hombro.

—Lo conseguiste —murmuré—. Ya estás en casa. Como te prometí. Es igual que cruzar una puerta, así de sencillo. —Dicho lo cual, me arrolló una nueva oleada de vértigo que me arrojó de bruces al suelo. Me quedé así un momento, esforzándome por no vomitar.

—¿Estamos bien? —preguntó Tordo, lastimero.

—Enseguida —le aseguré, sin aliento—. Enseguida estaremos bien, ya lo verás.

—Ha sido igual que montar en barco —protestó, acusador.

—Pero mucho más corto —repuse—. Hemos tardado mucho menos.

Pese a mis optimistas palabras, nos llevó un buen rato recuperarnos y ponernos de pie. Entre las Piedras Testigo y las puertas del castillo de Torre del Alce mediaba un largo paseo, y Tordo empezó a resoplar y quejarse mucho antes de que hubiéramos llegado. La ciudad congelada de los vetulus y el viaje a través de los pilares parecían haberlo dejado desorientado y exhausto. Me sentí cruel apremiándolo, tentándolo con promesas de succulentos manjares, cerveza fría y una cama caliente y mullida. El sol naciente nos proporcionaba la luz necesaria para evitar la mayoría de los tropiezos. No habíamos andado mucho cuando me vi cargado con el macuto de Tordo, primero, y después también con su capa y su gorro. Se habría quitado más ropa si le hubiera dejado. Para cuando nos hubimos plantado ante las puertas, ya estábamos empapados de sudor bajo nuestras recias prendas de invierno.

Creo que los guardias reconocieron a Tordo antes que a mí, desaliñado y sin afeitarse como iba. Les dije que nos habían mandado antes a casa, a bordo de un mugriento barco mercante de los marginados, que la travesía había sido deplorable y que nos alegrábamos de haber vuelto a casa. Tordo se sumó entusiasmado a mi crítica contra todo tipo de embarcaciones. Los guardias de las puertas tenían mil preguntas que hacernos, pero les expliqué que hacía tiempo que nos habíamos despedido del resto, que habíamos tardado en exceso en llegar y que se me había ordenado informar a la reina antes de dar pie a cualquier posible habladuría. Nos franquearon el paso.

A esa hora solo estaban despiertos los guardias y los criados. No conseguí

que Tordo me siguiera más allá de las cocinas. Los hombres de la sala de guardias habían aprendido a tolerar a la mascota del príncipe. Bromearon con él, a su campechana manera, escucharon sus historias y las complementaron con otras de su propia cosecha. Cualquiera fábula sobre dragones, columnas mágicas u Hombres Negros sería recibida con generosas dosis de escepticismo en aquel entorno. Sabía que debía separarme de él, y quizá ese fuera el lugar más seguro de todo el castillo. Además, sospechaba que no tardaría en tener la boca demasiado llena para hablar. Lo dejé con un plato humeante y el recordatorio de que, en cuanto hubiera terminado de comer, debería ir a acostarse a su cuarto o buscar a Sada, bañarse y hacerle saber, con todo el énfasis que fuese capaz de reunir, que ningún mareo se había cobrado la vida de nadie durante nuestra travesía.

Cogí un bollo de pan recién horneado y lo devoré camino del barracón. El cálido aire estival parecía estar cargado de fragancias después de tantas semanas de frío. La sección destinada a la guardia en el barracón, una estructura baja y alargada, se veía cubierta de polvo y desierta. Me quité de encima la pesada ropa de invierno. Ansiaba lavarme y afeitarme, pero me conformé con ponerme un uniforme limpio. Lo que más deseaba era desplomarme de bruces en mi catre, pero sabía que necesitaba ver a la reina cuanto antes. Como sabía, también, que ella aún no estaría esperándome.

Me dirigí al pasillo que comunicaba con las despensas y los almacenes de la cocina. Tras cerciorarme de que nadie me veía, entré en el cuarto que contenía la alacena con el fondo falso. Puesto que allí era donde se guardaban los jamones y las salchichas ahumadas, aproveché para afanar una antes de cerrar la trampilla a mi espalda e iniciar el penoso ascenso de la umbría escalera. Hube de guiarme por el tacto, a tientas, pues la oscuridad que reinaba en el hueco era impenetrable. Me zampé la salchicha antes de llegar a la entrada de la sala de la torre de Chade. Abrí la puerta y entré.

Me recibieron la oscuridad y un olor a humedad. Me golpeé la cadera con la mesa de trabajo, maldije el moratón que sin duda me iba a salir y continué avanzando a tientas hasta dar con la chimenea. Encontré la caja de cerillas en un extremo de la repisa. Cuando por fin hube conseguido que una llama diminuta oscilara en la chimenea abandonada, me apresuré a encender las velas medio

consumidas del candelabro de la repisa para proporcionarme algo de claridad. Alimenté el fuego, más por su luz que por el calor que pudiera proporcionarme. La estancia ofrecía un aspecto lamentable, mohosa y cargada de humedad tras semanas privada del fuego de la chimenea. Las llamas reacondicionarían el aire.

Reparé en la presencia de Avizor justo antes de que irrumpiera en el cuarto, procedente de uno de sus múltiples escondrijos, entusiasmado ante la idea de que sus proveedores de carne hubieran vuelto por fin. Cuando descubrió que de la salchicha solo me quedaba el olor y uno o dos lametones de grasa en los dedos, me reprendió pegándome un bocado e intentó escalar por mi pierna.

—Ahora no, amiguito. Ya te traeré alguna golosina más tarde. Primero debo ver a la reina.

Me recogí el pelo en una coleta de guerrero. Deseé disponer de tiempo para acicalarme un poco más, pero sabía que Kettricken toleraría mi aspecto desaliñado antes que cualquier retraso derivado de mis intentos por enmendarlo. Me adentré en los pasillos secretos y llegué hasta la puerta que comunicaba con uno de los aseos de la reina y, desde allí, con su sala de estar privada. Me detuve para aguzar el oído junto a la puerta antes de abrirla, pues no quería interrumpirla si tenía compañía. A punto estuve de caerme cuando Kettricken abrió la puerta de golpe.

—Me había parecido oír pasos. Llevo esperándote... ay, no sé, todo el día. Celebro que ya estés en casa, Traspíe. Me alegra ver a alguien con quien poder hablar sin trabas por fin.

Kettricken no parecía la reina serena y racional que yo conocía. Se mostraba desaliñada y nerviosa. La habitación, tan plácida por lo general, se diría casi desordenada. Las mechas de las velas blancas que ardían en su mesa de centro necesitaban una buena poda, y una copa de vino olvidada, aún con un par de tragos dentro, aguardaba ociosa encima del mueble. Nos esperaban una tetera y tazas, cercadas por hebras de infusión derramadas. Dos pergaminos relacionados con las Islas del Margen y sus costumbres hacían equilibrios en una de las esquinas de la mesa.

Más tarde descubriría que su preocupación no era fruto de los esporádicos y crípticos informes que Chade y Dedicado le transmitían a través de Ortiga, sino que en nuestra ausencia había estallado en los Seis Ducados un enfrentamiento

entre los de la Vieja Sangre y los picazos. Llevaba tres semanas teniendo que vérselas con asesinatos y revanchas, seguidas de más derramamientos de sangre. Aunque hacía seis días que no se denunciaba ninguna muerte, se inquietaba cada vez que llamaban a su puerta y los emisarios le presentaban un nuevo comunicado. Resultaba irónico que hubiera impuesto medidas para garantizar que sus nobles respetaran a los Mañosos y ahora estos se dedicaran a atacarse entre sí.

Pero aquella mañana no hablamos de eso. Me imploró que le presentara un informe exhaustivo, a fin de poder cimentar con la mayor solidez posible las decisiones que Chade y Dedicado le pedían que tomara. Empecé a hablar, obediente, tan solo para que me cortara interesándose por mi primer encuentro con la Hetgurd; quería saber, sobre todo, en qué medida podría servirnos de algo esa información con la situación actual, si creía que el pueblo de Elliania se enfadaría con nosotros por llevárnosla para convertirla en nuestra reina, y si la muchacha accedía voluntariamente a contraer matrimonio con Dedicado.

A la quinta interrupción por el estilo, se reprendió ella sola.

—Perdona.

Se había sentado en un banco bajo, junto a la mesa. Era palpable su frustración ante el hecho de que no hubiera estado presente cuando la expedición regresó a Aslevjal y la casa materna de Elliania. No podía ofrecerle mi parecer sobre la reacción de los marginados ante el dragón, puesto que no había sido testigo de ella.

Empezó a formular otra pregunta. Levanté una mano.

—¿Por qué no me permitís contactar con el príncipe Dedicado o lord Chade? Para eso he vuelto a casa. Pidámosles que resuelvan vuestras dudas más inmediatas y, luego, si lo consideráis pertinente, os informaré pormenorizadamente de todo cuanto sí he visto y hecho.

Sonrió.

—Para ti esta magia ya es lo más natural del mundo. A mí me sigue fascinando. Ortiga ha hecho todo lo posible por nosotros y es una jovencita asombrosa. Pero Chade se muestra siempre tan circunspecto, y los mensajes de Dedicado son tan poco esclarecedores... Si pudieras comunicarte con mi hijo, por favor.

Así empezó la jornada de Habilitación más agotadora a la que me haya tenido que enfrentar nunca. Había hecho acopio de energías para practicar la magia, pero por primera vez en mi vida entendí cómo habían servido a sus gobernantes los destacamentos anteriores. Sabiendo que era lo que más la preocupaba, contacté primero con Dedicado, el cual se alegró de saber que había llegado a casa sano y salvo. Después me transmitió un torrente de información destinada a su madre con el que apenas si conseguí seguirle el ritmo. Al principio me resultó extraño, pues se dirigía a ella como hacen los hijos con sus madres, con una familiaridad adecuada para su relación pero incómoda para mí. Mientras desgranaba sus pensamientos sobre la situación, me costó asimismo contenerme para no corregirlo, pues era inevitable que nuestros respectivos puntos de vista difirieran en algunos aspectos.

Reveló que se había ofrecido a liberar a Elliania de su compromiso, después de que hubieran estado a punto de enzarzarse en una discusión acalorada. La muchacha no veía ningún motivo por el que no pudiera seguir siendo la narcheska de los Narvales después de casarse, con Dedicado yendo a visitarla de vez en cuando como hacían todos los demás esposos y amantes. A través de mí le confesó a su madre que le había hecho daño cuando le dijo que no podía renunciar al trono para ser su marido. *¿Por qué no?, me preguntó. ¿No era eso acaso lo que estaba exigiéndole a ella, que abandonara su hogar, a su familia y su trono para convertirse en mi esposa en un lugar extraño y, más aún, que privara a su clan de los hijos que legítimamente deberían pertenecerles? Fue difícil, madre. Me hizo verlo todo desde otra perspectiva. Incluso ahora, cuando pienso en ello, me pregunto si está bien lo que hacemos.*

—¡Pero si aquí sería la reina! ¿No entienden el honor y el poder que acompañan a semejante título?

Cuando transmití las palabras de Kettricken a su hijo, sentí el pesar de Dedicado mientras respondía: *Ya no pertenecerá al Clan del Narval. Al principio, cuando su madre se negaba a liberarla, se enfadó. Amenazó con abandonar el clan sin el permiso de su madre. Fue un momento muy desagradable. Peottre se puso de su parte, pero casi todas las mujeres del clan se oponían a Elliania. Su madre dijo que, si se iba, estaría renunciando a ellos para convertirse en una... en fin, tienen una palabra especial para eso. No es un apelativo honorable por el que referirse a ninguna mujer. Se reserva para las que roban a los suyos para dárselo a los forasteros. Muchas de sus normas, incluidas las de la hospitalidad,*

hacen hincapié en que se debe anteponer la familia a cualquier otra consideración. Se trata, por tanto, de un insulto muy grave.

Reproduje la preocupación de Kettricken. *Pero ¿ya lo habéis resuelto? ¿Abandona a su pueblo con su honor intacto?*

Creo que sí. Su madre y su abuela han manifestado su consentimiento. Sin embargo, ya sabes que las cosas pueden decirse de palabra sin que el corazón lo sienta realmente. Ocurre lo mismo con aquellos de nuestros nobles que solo toleran a los de la Vieja Sangre a regañadientes. Aunque cumplan con la ley al pie de la letra, nadie puede obligarles a ser justos con ellos.

Sé bien a qué te refieres. La situación se ha vuelto muy complicada en tu ausencia, Dedicado. He hecho cuanto estaba en mi mano, pero estoy deseando que vuelva Telaraña. El derramamiento de sangre ha sido espeluznante, y muchos de los nobles de menor rango murmuran que se está cumpliendo lo que vaticinaron, que los Mañosos son poco mejores que los animales con los que se emparejan y que, ahora que ya no temen recibir ningún correctivo, están encantados de poder matarse entre ellos. Lejos de lavar la imagen de los Mañosos, el fervor de los de la Vieja Sangre por exterminar a los picazos solo contribuye a empañarla más todavía.

Y así su conversación fue saltando de unos temas a otros. Al cabo de un rato, daban la impresión de haber olvidado que me encontraba allí. Empecé a enronquecer de repetirle a Kettricken todo lo que Dedicado deseaba comunicarle. También percibí el alivio del príncipe al comprobar que ni Chade ni Ortiga participaban en la charla, durante la cual informé a su madre en confianza de muchas dudas, aunque también de los pequeños triunfos, tan dulces, del cortejo de su novia. A ella le gustaba un tono de verde en concreto, y él puso todo su empeño en describirlo, ya que esperaba que pudieran incorporarlo a los aposentos privados que le prepararían en Torre del Alce. Planteó muchas quejas sin importancia sobre cómo había manejado Chade la última ronda de negociaciones y comentó unos cuantos temas en los que pedía a la reina que controlara a su principal consejero. La reina y el príncipe no coincidían demasiado en aquel asunto, así que de nuevo me las vi y me las deseé para limitarme a mi papel de mero intermediario, sin ofrecer ninguna opinión propia.

Poco a poco, mientras ellos utilizaban mi magia para servir a los intereses del

trono de los Vatídico, fui consciente de la corriente de la Habilidad. Tiraba de mí de un modo distinto, no a través de la habitual tentación de sumergirme en ella y perderme para siempre, sino como una melodía que alguien escuchara en otra cámara, una música encantadora que desviaba la atención de lo que se suponía que debías estar haciendo hasta que solo podías pensar en ella. Al principio era un sonido lejano, como el trueno de los rápidos cuando navegas sin rumbo por las aguas en calma del río. Sentía su atracción, aunque no era intensa. Creía que no le prestaba oído. Las palabras del príncipe a la reina y las respuestas de esta fluían a través de mí, y apenas necesitaba atender a lo que yo decía ni a los pensamientos que enviaba a Dedicado.

Parecía que la Habilidad misma fluía a través de mí, como si yo fuera el río, y lo único que me sacó de esa ensoñación fue la reina, que se inclinó sobre mí y me sacudió con fuerza.

—¡Traspié! —gritó, y *Traspié* comunicó con diligencia a Dedicado.

Después:

—*Despiértalo con cualquier método a tu alcance. Échale agua en la cara, pellízcalo. Temo que se hunda del todo si me retiro ahora.*

Mientras repetía las palabras de Dedicado a la reina, ella cogió su taza de té a medio enfriar y me tiró el contenido a la cara. Escupí, tosí y de nuevo fui plenamente consciente de lo que me rodeaba.

—Lo siento —dije mientras me secaba el rostro con una manga—. Es la primera vez que me ocurre. Al menos, de este modo.

La reina me ofreció un pañuelo.

—Han surgido algunas dificultades parecidas con Ortiga, aunque insignificantes. Es uno de los motivos por los que Chade quería que volvieras de inmediato.

—Me dijo algo por el estilo. Ojalá hubiera sido más específico, porque habría encontrado la forma de regresar antes.

—Necesita que la instruyan en la Habilidad, *Traspié*, y pronto. En realidad, debería haberse hecho hace tiempo.

—Ahora lo sé —reconocí con humildad—. Hay muchas cosas que deberían haberse hecho hace tiempo. Pero ya estoy en casa y pretendo encargarme de inmediato.

—¿Qué tal ahora mismo? —me preguntó Kettricken sin perder la compostura—. Podría llamar a mi doncella para mandar traer a Ortiga. Podrías reunirte con ella ahora.

El miedo me recorrió de la cabeza a los pies.

—¡Todavía no! —exclamé, aunque después me corregí con un—: Así no, mi señora, por favor. Permitidme que me asee y me afeite. Y que descanse. —Respiré hondo—. Y que me alimente —añadí, procurando que no sonara a reproche.

—¡Ay, Traspíe, cuánto lo siento! He permitido que mis necesidades y deseos arrasen los tuyos. Me disculpo por lo egoísta de mi comportamiento.

—Era un comportamiento necesario —le aseguré, a lo que añadí—: ¿Debo buscar de nuevo a Dedicado? ¿O tal vez a Chade? Sé que todavía necesitáis informaros de muchos detalles.

—No con tanta premura. Diría que es mejor que evites usar la Habilidad durante un tiempo.

Asentí. A solas con mi mente, me sentía casi vacío, como si ya no lograra formar un pensamiento propio. Debió de notarse, puesto que la reina se inclinó sobre mí para apoyar una mano en la mía.

—¿Un coñac, lord Traspíe Hidalgo?

—Por favor —contesté, y mi reina se levantó para servirnoslo a ambos.

Un poco más tarde, parpadeé hasta abrir del todo los ojos. Me habían tapado con un chal y la barbilla me descansaba sobre el pecho. Mi coñac esperaba en la mesa que tenía delante, y Kettricken estaba sentada a ella en silencio, mirándose las manos entrelazadas. Sabía que meditaba y no quise interrumpirla, pero ella pareció percatarse de que me había despertado en cuanto abrí los ojos. Esbozó una sonrisa cansada.

—Mi reina, os ofrezco mis más humildes disculpas.

—Llevas demasiado tiempo sin descansar —respondió mientras disimulaba un bostezo propio—. He pedido que me traigan el desayuno y he informado a mi doncella de que estaba famélica. Desea limpiar esta estancia antes de servirlo, así que escóndete hasta que me oigas llamarte.

Y de ese modo pasé unos minutos sentado a oscuras en los escalones, detrás del panel oculto. Cerré los ojos, aunque no dormí. Sin embargo, lo que me

pesaba no eran las responsabilidades del trono de los Seis Ducados. Yo no era más que un instrumento que se empleaba en tales menesteres, así que comería con la reina, visitaría las saunas, me afeitaría, dormiría un rato y después encontraría la forma de escabullirme del castillo y regresar a las Piedras Testigo. Decidí que primero haría una incursión en la despensa y me llevaría el queso, la fruta y el vino para el bufón y el Hombre Negro. Quizá les apeteciera el pan recién horneado. Sonreí para mí al pensar en lo mucho que agradecerían el cambio en su alimentación. Puede que el bufón se hubiera recuperado un poco y estuviera dispuesto a viajar. Si así era, podía llevarlos a los dos a Torre del Alce, donde no me cabía duda de que el bufón permanecería a salvo, y yo por fin disfrutaría de la libertad necesaria para acudir a Molly y reparar tantos años de distanciamiento. Entonces oí a la reina dar unos golpecitos en la pared.

Había aprovechado el intermedio para peinarse el cabello y ponerse un vestido limpio. En la mesa baja habían servido comida de sobra para varias personas; de una tetera floreada brotaban nubecillas de vapor, y olía a pan recién hecho y mantequilla derritiéndose sobre las gachas calientes, al lado de un cuenco lleno de densa crema amarilla.

—Ven a comer —me invitó—. Y si todavía te quedan palabras, háblame de tus andanzas y explícame cómo habéis encontrado Tordo y tú un medio de transporte tan veloz.

En aquel instante me percaté de que la reina tenía puesta en mí una fe inquebrantable. Había evitado transmitir gran parte de la información a través de Ortiga para no traicionar los secretos de Chade. A pesar de que tan solo contaba con unas cuantas pistas sutiles para saber de mi llegada, no había dudado de que acudiríamos. Así que, mientras comíamos, me encontré de nuevo relatándole los acontecimientos. Siempre se le había dado bien escuchar y, a lo largo de los años, había sido mi confidente en más de una ocasión. Quizá por eso acabara contándole mucho más sobre la verdad que a ninguna otra persona. Le hablé de mi búsqueda del cadáver del bufón por la ciudad, y las lágrimas rodaron sin mesura por sus mejillas cuando le conté dónde y cómo lo había encontrado. Sus pálidos ojos rebosaban asombro mientras le explicaba cómo habíamos regresado a la plaza abandonada. Tan solo a ella le confié mi paso por la muerte. Tan solo a ella relaté con todo lujo de detalles nuestra visita a los mismísimos dragones y

la restauración de la Corona del Gallo.

Me interrumpió en una única ocasión. Le había contado cómo sacudí el polvo y las hojas de Veraz el Dragón, y ella corrió a agarrarme la mano con fuerza; la suya estaba fría.

—Con esos pilares, si me tomaras de la mano, ¿podrías llevarme hasta él? ¿Aunque solo fuera una vez? Lo sé, lo sé, nada de eso estaría esperándome. Sin embargo, la mera idea de tocar la piedra que lo contiene... Traspíe, ¿no tienes ni idea de lo que significaría para mí!

—Llevar a una persona sin Habilidad a través de un pilar... Desconozco lo que supondría para vuestra mente. Sería arduo y peligroso, mi reina. —Aunque era reacio a concederle su deseo, más reacio aún era a decepcionarla.

—Y Dedicado —añadió ella, como si no hubiera oído mi advertencia en absoluto—. Dedicado debería acudir junto al dragón de su padre, aunque solo fuera una vez. Eso convertiría el sacrificio de su padre en algo real, algo que proyectaría una luz más amable sobre el suyo.

—¿El sacrificio de Dedicado?

—¿Acaso no escuchaste lo que él no podía decir? Que, como hombre, podría haber permanecido allí, con Elliania, convertido en su marido y amado por su familia. Sin embargo, como príncipe, le es imposible. No es un sacrificio menor, Traspíe Hidalgo. Elliania lo seguirá hasta aquí, cierto es, pero siempre habrá un pequeño muro entre ellos. Tú mismo sabes lo doloroso que puede ser decepcionar a la mujer que amas en aras del deber para con tu gente.

Hablé sin meditar si sería sabio hacerlo.

—Ahora regresaré con ella. Ha llegado el momento de ponerle fin a ese sacrificio. Burch no está y ya no se interpone entre nosotros. Volveré a reclamar a Molly.

Se hizo el silencio tras mis palabras, y entonces me di cuenta de que la había sorprendido.

—Me alegro de que por fin hayas tomado esa decisión —comentó después en tono amable—. Ahora te hablo como mujer y como amiga: no acudas a Molly antes de tiempo. Deja que su hijo vuelva a casa con ella, primero. Deja que antes se cure la terrible herida sufrida por su familia. Solo entonces acércate, pero como tú mismo, no como el hombre que llega para ocupar el lugar de

Burrich.

Reconocí la sabiduría que encerraban sus palabras en cuanto las oí. Sin embargo, mi corazón me aullaba que corriera a buscar a Molly en cuanto pudiera para empezar lo antes posible a compensarla por los años que habíamos perdido. Quería consolarla en su pena. Incliné la cabeza al darme cuenta de lo egoísta de mi impulso; por mucho que me costara hacerme a un lado y esperar, era lo correcto por el bien de los hijos de Burrich.

—Y lo mismo digo sobre Ortiga —añadió Kettricken, implacable—. No tardará en saber que algo ha cambiado en cuanto deje de llamarla para que envíe mis mensajes a Dedicado. No obstante, si tienes a bien hacerme caso, no te apresures a hablar con ella. Sobre todo, no intentes sustituir a su padre, porque eso era Burrich para ella, Traspíe, y eso no es culpa tuya. Así será siempre. Tendrás que encontrar otro papel en su vida y contentarte con ello.

Tan amargo como era escuchar aquellas palabras, aún más lo era reconocer su verdad.

—Lo sé —dije, suspirando—. Le enseñaré la Habilidad. Ese será el tiempo del que disfrute con ella.

Retomé mi historia para la reina y, cuando llegué al final, la tetera estaba vacía. Me avergonzó un poco comprobar que había limpiado de comida la mesa. Al parpadear, era como si tuviera arena en los ojos; intenté reprimir un bostezo gigantesco, y la reina esbozó una sonrisa cansada.

—Ve a dormir, Traspíe.

—Gracias, eso haré. —Después, muy consciente de que se suponía que desconocía su identidad, pregunté a la reina—: Si pudierais hablar con el nuevo aprendiz de Chade, me sería de gran ayuda. En la tercera despensa del salón oriental solía guardar suministros para que Tordo se los subiera a su habitación de la torre. En cuanto el bufón esté en condiciones de viajar, pienso traerlo de vuelta a Torre del Alce. Quizá sea, precisamente, la habitación de la torre el lugar más adecuado para él, al menos hasta que pueda librarse de su identidad como lord Dorado. La aprendiz de Chade podría abastecer el cuarto si... —Y me mordí la lengua, ya que sabía que el cansancio me había jugado una mala pasada.

La reina Kettricken esbozó una sonrisa tolerante.

—Le diré a lady Romero que empiece con los preparativos. ¿Qué debo hacer

si te necesito?

Lo medité un instante, hasta que me percaté de que era obvio.

—Pedidle a Ortiga que se ponga en contacto con Tordo.

Ella negó con la cabeza.

—Mi intención es enviar a Ortiga a pasar un tiempo con su familia. La necesitan. No es justo que estén separados en un momento como este.

Asentí.

—Tordo estará por aquí. Podría permanecer junto a vos, y quizá sea una buena forma de mantenerlo ocupado y evitar que cuente demasiadas historias sobre cómo regresamos a casa.

Ella asintió con gravedad, y yo hice una reverencia, vencido de repente por el cansancio.

—Vete, Traspíe, y llévate contigo mi agradecimiento. ¡Oh! —exclamó, y aquella inspiración tan brusca me puso en aquel momento sobre aviso.

—¿Qué?

—Esperamos la llegada de lady Paciencia. Me envió noticia de su visita a la vez que me contaba que deseaba ceder Bosque Blanco a lady Ortiga. También me advirtió que quería «consultarme un asunto muy serio con respecto a ciertas herencias que deberían solventarse de inmediato».

No tenía mucho sentido andarse con pelos en la lengua.

—Estoy seguro de que sabe que Ortiga es mi hija. Que Eda ayude a la pobre niña si Paciencia ha decidido encargarse de su educación.

Esbocé una sonrisa triste al recordar cómo me había instruido Paciencia a mí.

La reina Kettricken asintió para darme la razón y me preguntó, con aire solemne:

—¿Cómo dice el refrán? ¿Donde las dan las toman?

—Creo que sí. Pero, curiosamente, mi señora reina, lo agradezco.

—Me alegra oírlo —respondió, y asintió con la cabeza para permitirme marchar.

Salí de la estancia, y el regreso a la torre de Chade me resultó interminable. Cuando llegué, me tumbé en la cama, cerré los ojos e intenté dormir, pero, de repente, parecía que la corriente de la Habilidad estuviera muy cerca, quizá por

haberla empleado en exceso aquella mañana. Abrí los ojos y fui consciente de mi olor, de modo que dejé escapar un suspiro y decidí que lavarme antes de dormir no sería mala idea.

De nuevo recorrí el inmenso castillo evitando la sala de guardias y el inevitable aluvión de preguntas. Las saunas estaban relativamente vacías a aquellas horas y, como los dos guardias que las vigilaban no me conocían, aunque me saludaron con amabilidad, no me preguntaron nada. El alivio que sentí por ello fue comparable al que me produjo rasurarme la barba. Me restregué a conciencia y después, medio sancochado, salí de allí limpio y listo para dormir.

Ortiga me estaba esperando en la puerta de las saunas.

Familia

Así que tendré que viajar a Torre del Alce en pleno calor del verano porque no me atrevo a confiar a un mensajero ni las nuevas que llevo ni los artículos que debo entregar. Mi vieja Cordonia ha anunciado que me acompañará a pesar de la debilidad respiratoria que la aqueja últimamente. Por su bien, os suplico que dispongáis para nosotras un alojamiento al que se acceda sin necesidad de subir demasiados escalones.

Solicito una audiencia en privado con vos, ya que ha llegado el momento de desvelaros el secreto que he ocultado durante muchos años. Como no sois estúpida, sospecho que ya habréis supuesto, en parte, de qué se trata, pero aun así me gustaría sentarme a discutir con vos lo que sería más conveniente por el bien de la joven en cuestión.

Misiva de lady Paciencia a la reina Kettricken

La reconocí de inmediato por su cabeza rapada, pero ahí acababa todo parecido con la imagen mental que me había formado de ella a través de los sueños. El vestido de viaje que lucía era verde, adecuado para montar, y llevaba una práctica capa marrón hecha en casa. En pocas palabras, ella creía parecerse a su madre, puesto que así se me había aparecido en sueños; sin embargo, a mí me recordaba mucho al padre de Molly, aunque con algunos rasgos de los Vatídico para condimentar la mezcla. La que clavó en mí cuando salí de las saunas fue una mirada de Vatídico, precisamente, lo que aplastó de golpe mis esperanzas de poder pasar junto a ella sin que me reconociera. Me quedé plantado en el sitio.

Paralizado, esperé como un tonto a lo que tuviera que suceder. Ella siguió mirándome sin perder la compostura y, al cabo de un momento, dijo en voz baja:

—¿Creéis que si permanecéis muy quieto no os veré, Lobo de las Sombras?

Sonreí como un bobo. Su voz era grave, más de lo que cabría esperar en una chica, como la de Molly a su edad.

—No... claro que no. Sé que podéis verme. Pero ¿cómo me habéis reconocido?

Ella dio dos pasos hacia mí. Miré a nuestro alrededor y después me alejé de las saunas, muy consciente de que, para una joven noble de la corte de Torre del Alce, ser vista charlando con un guardia de más edad podía dar lugar a multitud de cotilleos. Me dirigí a un banco solitario del Jardín de las Mujeres, y ella se

puso a caminar a mi lado sin hacer preguntas.

—Bueno, ha sido muy fácil. Me habíais prometido presentaros ante mí, ¿no es cierto? Sabía que regresabais a casa. Dedicado lo comenté cuando hablamos anoche, que pronto me liberarían de mis deberes durante un tiempo. Así que cuando la reina me llamó para anunciarme que podía regresar a casa una temporada para consolar a mi madre, supe lo que significaba: que vos estabais aquí. Después —dijo, y sonrió, una genuina sonrisa de placer— me encontré con Tordo, que subía a ver a la reina justo cuando yo la dejaba. Lo conocía por su música, además de por nombre, y él me reconoció nada más verme. ¡Menudo abrazo me dio! Lady Sydel se quedó pasmada, pero se recuperará. Pregunté a Tordo por el paradero de su compañero de viaje. Él cerró los ojos un momento y respondió: «En las saunas». Así que vine aquí y esperé.

Deseé que Tordo me hubiera avisado.

—¿Y me reconocisteis al verme?

Ella resopló un poco.

—Reconocí vuestra consternación al saberos descubierto. Ninguno de los hombres que ha salido de las saunas me ha mirado tan boquiabierto como vos.

Me miró de soslayo, muy satisfecha consigo misma, aunque le vi unas chispitas en los ojos. Me pregunté si los míos tendrían el mismo aspecto cuando me enfadaba. Ortiga hablaba con calma y competencia, igual que hacía Molly a veces cuando estaba aprovisionándose de combustible para montar en cólera. Al cabo de un momento de reflexión, decidí que tenía derecho a enfadarse conmigo. Le había prometido que me presentaría ante ella cuando regresara y había intentado eludir aquella promesa.

—Bueno, pues me habéis encontrado —respondí sin convicción, y al instante supe que era lo peor que podía decirle.

—¡Pues no será gracias a vos! —exclamó mientras se sentaba con aplomo en el banco. Yo me quedé de pie, muy consciente de lo dispar, en apariencia, de nuestros rangos. Ella tenía que levantar la vista para mirarme, pero no daba esa impresión cuando añadió—: ¿Cuál es vuestro nombre, señor?

Así que tuve que decirle el nombre por el que me conocían cuando vestía el azul de la guardia de Torre del Alce.

—Tom Mechatejón, mi señora. De la Guardia del Príncipe.

De repente, Ortiga parecía un gato con un ratón entre las zarpas.

—Eso me resulta muy práctico, ya que la reina dijo que ordenaría a un miembro de la guardia que me acompañara en mi viaje a casa. Os llevaré a vos —afirmó, un desafío en toda regla.

—No soy libre de partir, mi señora —respondí. Como sonaba a excusa, me apresuré a añadir—: Me ocuparé de vuestros deberes, como bien habíais supuesto. Seré el intermediario entre lord Chade, el príncipe Dedicado y nuestra gentil reina.

—Seguro que Tordo puede encargarse de eso.

—Su magia es fuerte, pero tiene sus límites, mi señora.

—¡Mi señora! —masculló con desdén—. ¿Y qué debo llamaros yo, entonces? ¿Lord Lobo? —Sacudió la cabeza, exasperada conmigo—. Sé que no me contáis la verdad, por desgracia para mí. —De repente, se le hundieron los hombros, y su juventud y tristeza se hicieron más evidentes—. La historia que debo contar a mi madre y mis hermanos no es fácil, pero se merecen saber las circunstancias que rodearon la muerte de nuestro padre. Y que Vencejo no lo abandonó. —Sin pensar, alzó las manos y se acarició con ellas el corto cabello hasta que quedó de punta, formando crestas y volutas por toda la cabeza—. Esta magia de la Habilidad no ha sido una carga con la que me resulte sencillo vivir. Me ha arrebatado mi hogar y me ha mantenido aquí cuando mi madre más me necesitaba. —Se volvió hacia mí con aire acusador—: Con toda la gente a vuestra disposición, ¿por qué decidisteis otorgarme a mí esta magia? —exigió saber.

Sus palabras me sorprendieron.

—No lo hice. Yo no os elegí. Ya la teníais, nacisteis con la magia y, por algún motivo, conectamos. Ni siquiera era consciente de que llevabais ahí mucho tiempo, observando mi vida.

—Hubo ocasiones en las que resultaba obvio —comentó, pero antes de preguntarme qué le habría mostrado de mí sin querer, ella añadió—: Y ahora la tengo, como si fuera una enfermedad, y significa que siempre estaré al servicio de mi reina y del rey Dedicado cuando la suceda. Imagino que no os hacéis una idea de la carga que eso podría suponerme.

—Me hago una ligera idea —contesté en voz baja. Después, como ella

seguía sentada frente a mí sin moverse, le pregunté—: ¿No deberíais estar de camino? Siempre es mejor viajar con la luz del día.

—Acabamos de conocernos y ya estáis deseando que me marche. —Se quedó mirando el suelo bajo sus pies. Sacudió la cabeza y, de repente, era la Ortiga de nuestros sueños—. No me imaginaba así nuestro primer encuentro. Creía que os alegraríais de verme, que reiríamos juntos y seríamos amigos. —Tosió un poco y después reconoció con timidez—: Hace mucho tiempo, cuando tuve los primeros sueños sobre vos y el lobo, me imaginaba que nos encontrábamos de verdad algún día, que vos tendríais mi edad y seríais apuesto, de rasgos lobunos, y pensaríais que soy guapa. Qué tontería, ¿verdad?

—Siento haberos decepcionado —respondí con precaución—. No obstante, os encuentro guapa, sin duda.

Me lanzó una mirada que daba a entender que un comentario semejante procedente de un viejo guardia la incomodaba. Sus ilusiones sobre mí habían levantado una barrera que no me esperaba. Me acerqué más a ella y me agaché a su lado para mirarla a los ojos.

—¿Qué os parece si empezamos de nuevo desde el principio? —Le ofrecí una mano y dije—: Soy Lobo de las Sombras. Ortiga, ni te imaginas cuánto tiempo llevo deseando conocerte.

Sin previo aviso, se me formó un nudo en la garganta. Esperaba que no se me saltaran las lágrimas. Mi hija vaciló, pero después colocó su mano dentro de la mía. Era una mano fina, como debían ser las de las damas, aunque tostada por el sol y con callos en las palmas. Aquel contacto fortaleció nuestro vínculo de Habilidad, y fue como si me estrechara el corazón, en vez de los dedos. Aun habiendo querido ocultar lo que sentía, no podría haberlo logrado. Creo que aquello derribó el muro que ella había levantado.

Me miró a la cara, que ahora se hallaba a la misma altura de la suya. Nuestros ojos se encontraron y, de repente, le tembló el labio inferior como si fuera un bebé.

—¡Mi padre está muerto! —tartamudeó—. ¡Mi padre está muerto y no sé qué hacer! ¿Cómo vamos a seguir adelante? Hidalgo no es más que un niño, y mi madre no sabe nada de caballos. ¡Ya está hablando de venderlos y mudarse a alguna ciudad, porque dice que no soporta estar en un sitio en el que recuerde

siempre la ausencia de mi padre! —Se le rompió la voz y después añadió, medio ahogada—: Todo se desmorona. ¡Yo me desmorono! No puedo ser tan fuerte como todos esperan que sea, pero debo serlo. —Se enderezó y me miró a la cara—. Debo ser fuerte —repitió, como si eso pudiera tornar sus huesos en hierro.

Pareció funcionar, ya que pararon las lágrimas. La suya era una valentía fruto de la desesperación. La rodeé con mis brazos y la sostuve con fuerza; por primera vez en mi vida y en la suya, abracé a mi hija. Su pelo corto me raspaba la barbilla, y en lo único en que podía pensar era en lo mucho que la quería. Me abrí a ella y dejé que todo fluyera hacia su interior. Percibí su sorpresa, tanto por la profundidad de mis sentimientos como por el hecho de que alguien que era casi un extraño la conmoviera tanto. Intenté explicárselo.

—Yo cuidaré de vos —le aseguré—. Cuidaré de todo. Prometí... Prometí a vuestro padre que lo haría, que cuidaría de vos y de vuestros hermanos pequeños, y lo haré.

—No creo que podáis —respondió ella—. No como él. —Después intentó suavizar sus palabras—. Estoy segura de que lo intentaréis, pero no existe nadie como mi padre en todo el mundo. Nadie.

Me permitió abrazarla durante unos segundos más y después, con delicadeza, se desenredó de mí.

—Mi caballo estará ensillado y esperando, y el guardia que me haya asignado la reina también estará allí. —Realizó una inspiración muy profunda, contuvo el aire y después lo dejó salir lentamente—. Tengo que irme, habrá mucho que hacer en casa. Mi madre no puede ocuparse tan bien como antes de los bebés, ahora que no está mi padre. Me necesitan.

Sacó su pañuelo y se limpió de los ojos unas lágrimas que no había derramado.

—Sí, seguro que sí. —Vacilé y luego añadí—: Había un mensaje de tu padre. Quizá te parezca extraño o frívolo, pero para él era importante.

Ella me miró con curiosidad.

—Cuando Malta entre en celo, que la cubra Rubí.

Ortiga se llevó una mano a la boca y dejó escapar una risita ahogada. Cuando recuperó el aliento, dijo:

—Desde que llegó la yegua, Hidalgo y él no han dejado de discutir al

respecto. Se lo diré. —Se alejó dos pasos de mí y repitió—: Se lo diré.

Después me dio la espalda y se fue.

Me quedé allí un momento, sintiéndome como si me hubieran arrancado algo. Entonces, una sonrisa triste empezó a adueñarse de mi rostro. Me senté en el banco y contemplé el Jardín de las Mujeres. Era verano y, aunque en el aire flotaba el perfume de las hierbas y las flores, todavía podía disfrutar del aroma del pelo de mi hija. Me quedé mirando a lo lejos, por encima de la copa del lilo, mientras meditaba. Iba a tardar más de lo esperado en conocer a mi hija. Quizá nunca llegara el momento oportuno para contarle que yo era su padre. Por otro lado, aquella información ya no me parecía tan importante como antes; lo más importante era encontrar el modo de entrar en sus vidas sin provocar ni dolor ni incomodidad. No iba a resultar sencillo, pero lo haría. De algún modo.

Debí de quedarme dormido porque, cuando desperté, era última hora de la tarde. Durante un momento no recordaba dónde estaba, solo que era feliz. Era una sensación tan extraordinaria para mí que me quedé allí tumbado, mirando al cielo azul a través del verde follaje. Entonces me percaté de que tenía la espalda agarrotada por haberme dormido en el banco de piedra y, un segundo después, de que mi intención era recoger comida y vino para llevárselos al bufón antes de que acabara el día. Me dije que todavía no era demasiado tarde, me levanté, me estiré, y moví hombros y cuello para librarme de los tirones.

El sendero de vuelta a las cocinas atravesaba los huertos. En aquella época del año, la lavanda, el eneldo y el hinojo ya habían ganado altura, y ese año en concreto parecían incluso más altos de lo normal. Oí a una mujer decir a otra en tono quejumbroso:

—¿Ves cómo han dejado que los jardines se echen a perder? Es una vergüenza. Arranca esa mala hierba, si alcanzas.

Entonces, al acercarme, reconocí la voz de Cordonía, que respondía:

—No creo que sea una mala hierba, querida. Creo que es una caléndu... Bueno, ya es tarde, fuera lo que fuese, porque la habéis arrancado con raíces y todo. Dádmela y la tiraré entre los arbustos, donde nadie la encuentre.

Y allí estaban, dos dulces ancianitas: Paciencia con un vestido y un sombrero de verano que seguramente no habían visto la luz del sol desde los días en que mi padre era Rey a la Espera. Cordonía, como siempre, vestía la sencilla túnica

de las criadas. Paciencia llevaba sus esarpines en una mano y la caléndula arrancada en la otra. Me miró con ojos miopes. Quizá no viera más que el azul del uniforme de la guardia, ya que me dijo, muy seria:

—¡Bueno, es que ese no era su sitio! —Después sacudió la planta ofensora en mi dirección—. ¡Eso es una mala hierba, joven, una planta que crece donde no debe, así que no me mires así! ¿Es que tu madre no te ha enseñado modales?

—¡Oh, querida Eda de los Campos! —exclamó Cordonia.

Creí estar todavía a tiempo de retirarme, pero entonces Cordonia, la robusta y resistente Cordonia, se volvió muy despacio y se desmayó sobre la lavanda.

—¿Qué estás haciendo, querida? ¿Es que has perdido algo? —preguntó Paciencia, mirándola. Entonces, al percatarse de que Cordonia estaba en posición supina y no se movía, se volvió hacia mí y exclamó, airada—: ¡Ves lo que has hecho! ¡Has matado del susto a la pobre anciana! Bueno, no te quedes ahí pasmado, bobalicón. ¡Sácala de la lavanda antes de que la aplaste por completo!

—Sí, señora —respondí, y me agaché para recogerla del suelo.

Cordonia siempre había sido una mujer recia, y no había menguado con la edad. A pesar de ello, conseguí alzarla en brazos e incluso cargar con ella hasta un lugar en sombra antes de depositarla sobre la hierba. Paciencia nos había seguido mascullando acerca de mi torpeza mientras sacudía la cabeza.

—¡Ahora le dan vahídos con un soplo de aire! Pobrecita mía. ¿Te sientes mejor?

Se agachó al lado de su compañera y le dio unas palmaditas en la mano. Los párpados de Cordonia se estremecían.

—Os traeré un poco de agua, ¿de acuerdo?

—Sí, y deprisa. Y ni se te ocurra huir, joven. Esto ha sido por tu culpa, sin duda.

Corrí a las cocinas a por una taza y la llené en el pozo en el camino de vuelta. Para cuando regresé, Cordonia estaba sentada y lady Paciencia abanicaba a su vieja criada, alternando regañina y compasión.

—... y sabes tan bien como yo que, a nuestras edades, los ojos nos juegan malas pasadas. Si justo hace una semana intenté espantar a mi chal de la mesa pensando que era el gato... Por el modo en que estaba enrollado, ya sabes.

—No, mi señora, mirad bien. Si no es él, se trata de su fantasma. Es igual que su padre a esa edad. Miradlo, por favor.

Yo mantuve la cabeza gacha y me arrodillé a su lado para ofrecerle la taza.

—Un poco de agua, señora, y seguro que os sentiréis mejor. Habrá sido el calor.

Entonces, mientras Cordonia aceptaba la taza, Paciencia alargó un brazo sobre la criada para levantarme la barbilla.

—¡Mírame, joven! ¡Te he dicho que me mires! —Después, acercándose poco a poco, exclamó—: Mi Hidalgo nunca tuvo una nariz como esa, pero sus ojos me... recuerdan... Oh. Oh, hijo mío. No puede ser. No puede ser.

Me soltó y se echó hacia atrás. Cordonia le ofreció la taza de agua y Paciencia la aceptó con aire ausente. Bebió un poco y, volviéndose hacia Cordonia, dijo con calma:

—No se atrevería. No, imposible.

Cordonia todavía me miraba.

—Oísteis los rumores igual que los oí yo, mi señora. Y aquel juglar Mañoso nos cantó la canción sobre los dragones y cómo el bastardo Mañoso se había alzado de la tumba para servir a su rey.

—No es posible —insistió Paciencia. Después me miró; yo tenía la lengua paralizada y pegada al paladar—. Ayúdame a levantarme, joven. Y también a Cordonia. Estos días va de vahído en vahído. Come demasiado pescado, diría que eso es lo que los provoca. Y de río, nada menos. La dejan mareada, así que lo mejor será que nos acompañes a nuestros aposentos.

—Sí, señora, será un placer.

—Seguro que lo será, al menos hasta que estemos a puerta cerrada. Cógela del brazo y ayúdala a caminar.

Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo, ya que Paciencia se me colgó del otro brazo como si las aguas de un río pudieran llevársela si se soltaba.

Lo cierto era que Cordonia se tambaleaba al andar, y yo me sentía muy mal por haberle provocado tal soponcio del susto. Ninguna de las dos volvió a dirigirme la palabra, aunque Paciencia me señaló en dos ocasiones unas orugas en las rosas y me dijo que en los viejos tiempos sería algo intolerable. Una vez dentro, todavía nos quedaba una buena caminata por el Gran Salón y la subida

por la amplia escalera. Por suerte para mí, solo había que llegar a la primera planta, porque Paciencia mascullaba insolencias a cada contrahuella que lograba superar y las rodillas de Cordonia dejaban escapar unos crujidos muy inquietantes. Recorrimos el pasillo y Paciencia me señaló una puerta. Era una de las mejores cámaras de Torre del Alce, y me agradó lo indecible que la reina Kettricken la hubiera satisfecho en aquel aspecto. El baúl de viaje de lady Paciencia ya estaba abierto en el centro de la estancia y había un sombrero colocado en la repisa de la chimenea. Kettricken había llegado al extremo de recordar que lady Paciencia prefería cenar en sus aposentos, porque le habían preparado una mesita y dos sillas bañadas por la luz de una ventana con antepecho.

Las conduje a cada una a una silla y, cuando estuvieron sentadas, les pregunté si podía llevarles algo más.

—Dieciséis años —me espetó Paciencia—. ¡Puedes ir a buscarme dieciséis años! Cierra esa puerta. Supongo que no sería muy inteligente permitir que esto se convierta en la comidilla de todo Torre del Alce. Dieciséis años sin decir ni pío, sin tan siquiera darme a entender de algún modo lo sucedido. Tom, Tom, ¿en qué estabas pensando?

—Lo más probable es que no estuviera pensando —intervino Cordonia, que me miraba con ojos de mártir.

Aquello me dolió, ya que, de niño, cuando me metía en líos con Paciencia, era Cordonia la que se ponía de mi parte. Parecía haberse recuperado bien de su desmayo, le veía algo de color en las mejillas. Se levantó pesadamente de la silla y se metió en la habitación contigua. Al cabo de unos minutos regresó con tres tazas de té y una botella de coñac en una bandejita. La dejó sobre la mesa que había entre ellas, y yo hice una mueca al ver sus nudillos abultados y sus dedos retorcidos. La edad había lisiado aquellas diestras manos que antaño tejieran encaje como si nada.

—Supongo que a todos nos vendrá bien, aunque tú no te lo merezcas —añadió con frialdad—. Me diste un buen susto en el jardín. Por no mencionar todos estos años de pena.

—Dieciséis años —puntualizó Paciencia, por si había logrado olvidarlo en los últimos minutos. Después, volviéndose hacia Cordonia, añadió—: ¡Te dije

que no estaba muerto! Cuando preparamos su cadáver para enterrarlo, incluso entonces, mientras lavaba sus frías piernas, te dije que no podía estar muerto. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. ¡Y estaba en lo cierto!

—Estaba muerto —insistió Cordonia—. Mi señora, no le quedaba aliento ni para empañar un cristal, no se le oía ni un latido en el corazón. Estaba muerto. —Me señaló con un dedo aquejado de un leve temblor—. Y ahora no lo estás. Será mejor que tengas una buena explicación para esto, joven.

—Fue idea de Burrich —empecé a explicar.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, Paciencia alzó las manos al cielo y gritó:

—¡Oh, debería haber supuesto que ese hombre estaba detrás de este asunto! La muchacha a la que ha estado criando todos estos años es tu hija, ¿no es así? Tres años después de enterrarte, oímos un rumor: el hojalatero Cottlesby, el que vende esas agujas tan bonitas, nos contó que había visto a Molly en... bueno, no sé, en una ciudad cualquiera, con una niña a su lado. Entonces pensé: «¿Qué edad tendrá?». Porque cuando Molly abandonó mi servicio de un modo tan abrupto, le dije a Cordonia que la chica vomitaba y dormía como una mujer preñada, pero desapareció antes de que pudiera ofrecerme a ayudarla con el bebé. ¡Tu hija, mi nieta! Después, más adelante, oí que Burrich se había ido con ella y, al preguntar al respecto, me contaron que afirmaba que todos los niños eran suyos. Bueno, tendría que haberlo sabido. Tendría que haberlo sabido.

No me esperaba que Paciencia estuviera tan bien informada, aunque debería haberlo supuesto. Los días anteriores a mi muerte, ella dirigía Torre del Alce y había organizado una sólida red de informantes.

—Creo que no me vendría mal un poco de coñac —dije en voz baja mientras me disponía a coger la licorera, pero Paciencia me apartó la mano de un guantazo.

—¡Yo lo hago! —exclamó, airada—. ¿Crees que puedes fingir estar muerto y desaparecer de mi vida durante dieciséis años y después plantarte aquí y servirte mi mejor coñac? ¡Cuánta insolencia!

La abrió, pero cuando intentó servirlo, la mano le temblaba tanto que amenazaba con inundar la mesa. Le quité la licorera y, mientras ella ahogaba una exclamación, yo llené nuestras tazas. Para cuando dejé la botella en la mesa, ella

ya estaba sollozando. Su cabello, que nunca permanecía peinado demasiado tiempo, se le había desmoronado del todo. ¿Cuándo había empezado a colonizarlo el gris? Me arrodillé ante ella y me obligué a mirarla a los deslucidos ojos. Ella se cubrió el rostro con ambas manos y sollozó con más ganas. Levanté las mías y tiré de las suyas con precaución, para apartárselas de la cara.

—Créeme, por favor, cuando te digo que no fue decisión mía, madre. De haber podido volver a por ti sin poner en peligro a mis seres queridos, lo habría hecho. Lo sabes. Y es posible que la forma en que preparaste mi cuerpo para su entierro fuera lo que me salvó la vida. Gracias.

—Menudo momento para llamarme «madre», después de tantos años —respondió, sorbiéndose la nariz—. Y qué sabría Burrich de nada que no tuviera cuatro patas y cascos.

Pero me apoyó las manos empapadas de lágrimas en las mejillas y tiró de mí para besarme en la frente. Después se echó hacia atrás y me miró con aire grave. Tenía la punta de la nariz de un color rosa intenso.

—Ahora tendré que perdonarte. Bien sabe Eda que podría caer muerta mañana mismo y, por muy enfadada que esté contigo, no deseo que te pases el resto de tu vida lamentando que me haya muerto antes de poder perdonarte. Sin embargo, eso no significa que vaya a dejar de estar enfadada contigo, ni que Cordonia deba dejar de estarlo. Te lo mereces.

Se sorbió la nariz con fuerza y Cordonia le pasó un pañuelo. La anciana sirvienta me regañó con la mirada mientras ocupaba su sitio a la mesa. En aquel momento vi con más claridad que nunca cómo los años habían difuminado la línea que separaba a la señora de la doncella.

—Es cierto —contesté.

—Bueno, pues levanta. No deseo acabar con un calambre en el cuello por mirarte ahí, agachado. ¿Qué explicación tienes para ir vestido de guardia? ¿Y por qué has sido tan tonto como para regresar al castillo de Torre del Alce? ¿No sabes que todavía queda gente que desea verte muerto? Aquí no estás a salvo, Tom. Cuando regrese a Puesto Vado, vendrás conmigo. Quizá pueda hacerte pasar por jardinero o por el hijo descarriado de algún primo. Aunque, por supuesto, no te dejaré tocar las plantas, que no sabes nada ni de jardines ni de flores.

Me levanté poco a poco y no pude evitar responder:

—Podría ayudar con las malas hierbas. Sé qué aspecto tiene una caléndula, incluso cuando no está en flor.

—¡Pero bueno! ¿Ves, Cordonia? ¡Lo perdono, y lo siguiente que brota de sus labios es una burla!

Se tapó la boca de golpe, como para reprimir otro sollozo. Los tendones y las venas azules se le marcaban en el dorso de la mano y, detrás, la vi respirar hondo y añadir:

—Creo que me tomaré mi coñac.

Alzó la taza y le dio un traguito. Después me miró por encima del borde y, de repente, volvieron las lágrimas. Dejó la taza a toda prisa y sacudió la cabeza.

—Estás aquí y estás vivo. No sé qué razón tengo para llorar, salvo dieciséis años y una nieta que he perdido para siempre. ¡Cómo has podido, desdichado! Expíciate al respecto. Da cuenta de qué estabas haciendo que fuera tan importante como para no regresar a casa con nosotras.

Y, de repente, todos los buenos motivos por los que no había vuelto a verla me resultaron triviales. Podría haber encontrado el modo.

—De no haber entregado mi dolor al dragón de piedra, creo que habría encontrado la manera de conseguirlo, por arriesgada que fuera —me encontré diciendo en voz alta—. Quizá debamos conservar el dolor y la pérdida para saber que podemos sobrevivir a los avatares de la vida. Quizá cuando no logramos encontrar un hueco para el dolor en nuestras vidas, nos convirtamos en una especie de cobardes.

Ella dio un manotazo en la mesita y gritó del dolor en los dedos.

—No te estaba pidiendo una clase de moral, sino una explicación. ¡Sin excusas!

—Nunca olvidé las manzanas que me lanzaste a través de los barrotes de mi celda. Cordonia y tú demostrasteis una increíble valentía al ir a visitarme a las mazmorras y ponerlos de mi lado, cuando pocos más se atrevieron.

—¡Que lo dejes! —exclamó entre dientes mientras se reiniciaba el llanto—. ¿Es así como te diviertes estos días? ¿Haciendo llorar a las ancianas?

—No era mi intención.

—Entonces cuéntanos qué te sucedió. Desde la última vez que te vimos.

—Mi señora, me encantaría y lo haré, lo prometo, pero cuando me encontré con vosotras iba a encargarme de un recado propio, uno que debo completar antes de que pierda lo que queda de luz del día. Dejadme marchar y os prometo que regresaré mañana para ofrecer os un relato completo.

—No, por supuesto que no. ¿Qué recado?

—¿Recuerdas a mi amigo, el bufón? Pues ha caído enfermo. Necesito llevarle unas hierbas para atenderlo, además de comida y vino.

—¿Aquel muchacho de rostro macilento? Nunca fue un niño demasiado sano. Comía demasiado pescado, diría yo. Tiene esos efectos.

—Se lo comentaré. Pero necesito ir a verlo.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Ayer.

—Bueno, pues hace dieciséis años de la última vez que me viste a mí, así que puede esperar su turno.

—Pero no se encuentra bien.

Ella estrelló la taza contra el platito.

—¡Ni yo tampoco! —exclamó, y de nuevo empezaron a rebosar las lágrimas.

Cordonia se acercó a darle unas palmaditas en los hombros y, por encima de la cabeza de Paciencia, me dijo:

—No siempre se comporta de un modo racional, sobre todo cuando está cansada. Llegamos esta misma mañana y le dije que debía descansar, pero quería tomar un poco el aire en los jardines.

—Y dime: ¿qué tiene eso de irracional? —exigió saber Paciencia.

—Nada —me apresuré a responder—. Nada en absoluto. Vamos, tengo una idea. Tumbate en la cama y me sentaré a tu lado, donde más cómodo te resulte, para comenzar con mi historia. Y si te quedas dormida, me marcharé en silencio y regresaré para seguir mañana. Porque dieciséis años no se pueden relatar en una hora, ni siquiera en un día.

—Se tardarían dieciséis años en relatar dieciséis años —replicó ella con gravedad—. Ayúdame a levantarme, entonces. Ya sabes que estoy agarrotada por culpa del viaje.

Le ofrecí un brazo y ella se apoyó en él hasta que llegamos a su cama. Gruñó cuando se sentó en ella y, cuando el colchón de plumas se hundió bajo su peso,

masculó:

—Demasiado blando. No me dormiré en la vida. ¿Se creerán que soy una gallina y por eso me han preparado un nido? —Después, al tumbarse, mientras la ayudaba a subir los pies a la cama, me dijo—: No sé si lo sabrás, pero me has arruinado la sorpresa. Aquí estaba yo, dispuesta a reclamar a mi nieta y desvelarle que era de buena cuna y sangre noble, para después entregarle algunos recuerdos de su padre. Oh, ayúdame a quitarme los zapatos. ¿Desde cuándo están mis pies tan lejos de mis manos?

—No tienes los zapatos puestos. Creo que te olvidaste los escarpines en el jardín.

—¿Y de quién es la culpa? Mira que sobresaltarnos de ese modo... Es un milagro que no me olvidara también la cabeza.

Asentí mientras me fijaba, sin comentárselo, en que llevaba las medias desaparejadas. A Paciencia nunca le habían importado mucho los detalles.

—¿Qué clase de recuerdos? —pregunté.

—Poco importa ahora. Como estás vivo, pienso quedármelos.

—¿Qué eran? —pregunté de nuevo, picado por la curiosidad.

—Oh, pues un cuadro que me regalaste, ¿no lo recuerdas? Y, cuando estabas muerto, te corté un mechón de cabello. Lo llevo metido en un guardapelo desde entonces. —Aprovechando que yo me había quedado sin habla, se apoyó en un codo y siguió diciendo—: Cordonia, ven a tumbarte conmigo un ratito. Ya sabes que no me gusta que estés demasiado lejos, por si te necesito. Tu oído no es tan bueno como antes. —Después se volvió hacia mí—: Le han preparado una camita en un cuarto que más bien parece un armario —me confió—. Con eso basta si tu doncella es un suspiro de muchacha, pero no resulta en absoluto apropiado para una mujer hecha y derecha. ¡Cordia!

—Estoy aquí mismo, querida, no es necesario que gritéis.

La anciana criada rodeó la cama para llegar al otro lado. Estaba un poco incómoda ante la perspectiva de tumbarse delante de mí, como si pudiera parecerme inapropiado que compartiera el lecho con una dama. Sin embargo, yo lo encontraba muy lógico.

—Estoy cansada —reconoció al sentarse. Llevaba consigo un chal que procedió a extender sobre las piernas de Paciencia.

Yo acerqué una silla al borde de la cama y me senté al revés en ella.

—¿Por dónde empiezo? —le pregunté.

—¡Empieza por sentarse en esa silla como es debido! —Tras corregir mi postura, añadió—: No me cuentes cómo logró acabar con tu vida aquel infame usurpador. Ya vi más de lo necesario en tu cadáver, y me costó mucho soportarlo. Mejor háblame de cómo sobreviviste.

Lo medité un segundo.

—Ya sabes que soy Mañoso.

—Eso me parecía —reconoció—. ¿Y? —preguntó tras un bostezo.

Así di inicio a mi historia. Le conté que había buscado refugio en mi lobo, y que Burrich y Chade me habían convocado para que regresara a mi cuerpo. Le hablé de mi lenta recuperación y de la visita de Chade. En aquel momento creí que ya se había dormido, pero, al intentar levantarme, abrió los ojos de golpe.

—¡Siéntate! —me ordenó y, cuando la obedecí, me tomó de las manos, como para evitar que me escabullera—. Te escucho. Sigue.

Le relaté la partida de Burrich y le hablé sobre los forjados. Le expliqué cómo Burrich había llegado a pensar que yo había muerto, así que regresó con Molly para protegerla a ella y al niño que llevaba en el vientre. Le hablé sobre mi largo viaje desde Gama hasta Puesto Vado, y sobre el Círculo del Rey de Regio. Abrió un ojo.

—Ahora es todo un jardín. Tengo plantas, árboles y flores procedentes de los Seis Ducados y más allá. Cola de mono de Jamaillia y arbusto de agujas azules de las Islas de las Especies. Y un jardín de nudo justo en el centro de donde estaba. Te gustaría, Tom. Te gustará cuando vayas a vivir conmigo.

—Seguro que sí —respondí, evitando a conciencia el tema de dónde pretendía vivir—. ¿Quieres que siga o prefieres dormir ya?

Del lado de Cordonia me llegó un suave ronquido.

—Sigue. No tengo ni pizca de sueño, adelante.

Sin embargo, mientras le contaba cómo había intentado matar a Regio, ella se quedó dormida. Me quedé allí sentado, inmóvil, un poco más, esperando a que se le aflojara la mano con la que me sujetaba y pudiera zafarme de ella.

Me acerqué en silencio a la puerta. Mientras levantaba el pestillo, Cordonia se apoyó en un codo para levantarse un poco. A su oído no le pasaba nada en

absoluto, y sospechaba que, a pesar de sus dedos torcidos, todavía me encontraría con una hoja oculta en su manga. Así que me despedí de ella con un gesto de la cabeza, salí en silencio y dejé a Paciencia durmiendo.

Bajé a la sala de guardias y comí con ganas. No hay nada como una dieta estricta de pescado salado para que uno aprecie el pan, la mantequilla y las aves asadas frías. Lo único que aguló levemente mi disfrute de la comida fue saber que se acercaba la noche. Los guardias parecían siempre hambrientos, así que nadie comentó nada cuando me llevé media hogaza de pan y una buena cuña de queso. De allí me dirigí de inmediato a una despensa en la que me hice con una cesta y dos salchichas. Eché la hogaza y el queso a la cesta, y me llevé mi tesoro a los aposentos de la torre de Chade. Tordo había estado allí, porque había desempolvado por encima la mesa y la repisa de la chimenea, y había dejado un cuenco de fruta sobre la mesa. Un pequeño fuego ardía en el hogar. Había algo de leña en el capacho, un manojo de cerillas en la mesa y agua en el barril. Sacudí la cabeza, maravillado con aquel hombre. Después de todo por lo que había pasado, un día en casa le había bastado para recordar todos sus antiguos deberes. Metí media decena de ciruelas amarillas y negras en mi cesta y encajé una botella del vino de Chade entre el pan y el queso. Estaba doblando cortafiebre y corteza seca de sauce para envolverla en un trozo de papel cuando noté que Chade me daba un toque mental.

¿Qué?

Necesito hablar con la reina, Traspié.

¿Y no puedes usar a Tordo? Iba camino de los pilares de la Habilidad.

No me ocupará mucho tiempo.

Tendré que arreglármelas para disponer de un momento a solas con la reina Kettricken.

Ya me he puesto en contacto con ella a través de Tordo. El mensaje que envió de vuelta fue: «Sí, de inmediato». Si vas a su sala de estar privada, se reunirá contigo enseguida.

De acuerdo.

Pareces enfadado.

Me preocupa el bufón. Tengo aquí algunas cosas que me gustaría llevarle: fruta fresca y hierbas para la fiebre.

Lo entiendo, Traspié, pero no tardaremos mucho. Después podrás dormir toda la noche y acudir a él por la mañana.

De acuerdo.

Corté el contacto. De acuerdo. ¿Qué otra cosa podría haber respondido? Tenía razón, a Tordo le habría costado comprender muchos de los pensamientos que Dedicado había transmitido a su madre, así que comunicarlos le habría resultado aún más difícil. Intenté no molestarme por el tiempo que me robaban. Me dije que el bufón estaría bien, que ya había pasado antes por los cambios, ¿y quién mejor que el Hombre Negro para cuidar de él? Si incluso me había pedido un tiempo lejos de mí para poder pensar... Tiempo para pensar sin tener enfrente el rostro de alguien que ha sido testigo de lo que te ha acontecido. Además, era mejor que me encargara yo de aquella comunicación y no Ortiga, me regañé. Ella necesitaba irse a casa, con su familia, y estaba claro que su familia la necesitaba. Encontré un trapo limpio para tapar el pan y bajé la larga escalera en penumbra para esperar a la reina. Al final, no fue solo un momento. Chade y Dedicado estaban discutiendo, y Chade había intentado ganarle la mano al príncipe acudiendo el primero a la reina. El príncipe y él pretendían subir a bordo del barco que regresaba a casa al día siguiente por la tarde. Se suponía que la narcheska viajaría con ellos, pero, hacía unas horas, había hablado con Dedicado para suplicarle que la permitieran pasar otros tres meses en compañía de su familia antes de abandonarla para ir a Torre del Alce. El príncipe había accedido a su petición en privado, sin consultarlo con Chade.

Muy en privado, repitió Chade, que echaba humo, y yo me pregunté si pretendía que transmitiera a la reina que tanto la petición de ayuda como su concesión habían tenido lugar en un entorno demasiado íntimo para el gusto del consejero.

—Este asunto lo hablaron el príncipe y la narcheska con la mayor discreción —fue lo que le conté a la reina.

—Ya veo —contestó ella, y me pregunté si de verdad lo vería.

Por ahora no se ha realizado ningún anuncio público. No es demasiado tarde para retirar el permiso. Temo que nuestros planes se frustren si permitimos que la chica se quede aquí. En primer lugar, significaría que, cuando regrese, si es que cumple su promesa de regresar, será durante las tormentas del invierno y no a tiempo de celebrar el casamiento con la cosecha del otoño. El príncipe se presentará ante sus nobles sin una novia; de hecho, lo hará sin nada tangible que justifique el tiempo y los gastos de esta expedición. Si, como habíamos esperado,

pensáis presionar a los duques para que lo declaren Rey a la Espera, no contaremos con un acontecimiento lucido que nos ayude. Poco significarán las historias de dragones rescatados y cabezas de dragón encima de la chimenea a unos nobles que no han visto ni una escama de dragón en toda su vida, por no hablar de la novia y la alianza ganadas gracias a tal valor. Y me temo que cuanto más tiempo permanezca la narcheska junto a sus mujeres, más difícil le pondrán separarse de ellas. Su reticencia a dejarla marchar crece por momentos. Lamentan su pérdida como si fuera camino de la muerte, como si fuera a desaparecer para siempre de su mundo.

Tras comunicar aquellos pensamientos a la reina, ella sugirió a Chade:

—Entonces quizá sea más inteligente darle más tiempo para despedirse adecuadamente de los suyos. Por favor, insistid todo lo posible en que las visitas serán siempre bienvenidas y en que, además, la narcheska regresará a menudo a visitarlas. ¿Has extendido la invitación a cualquier miembro de su clan que desee acompañarla, no solo para ser testigo de la boda, sino para quedarse con ella y que no se sienta tan sola?

Mientras informaba de sus palabras a Chade, recordé claramente lo sola que se había sentido Kettricken cuando llegó desde las Montañas, sin tan siquiera una doncella personal que la acompañara. ¿Recordaba ella sus primeros días de soledad en una corte extranjera en la que nadie hablaba su lengua materna ni reconocía sus costumbres?

Eso forma parte de las dificultades. Tal como lo entiendo, el vínculo de una mujer con su hogar es sagrado. Las mujeres en la línea sucesoria para gobernar sus casas maternas casi nunca salen de su tierra. Viven en ella, mueren en ella y las entierran en ella. Se espera que todo lo que entre en una mujer o salga de ella permanezca en su propia tierra. Así que ninguna mujer con poder viajará con la narcheska cuando venga con nosotros a Torre del Alce. Peottre la acompañará, y puede que un par de sus primos varones. Arkon Hojasanguina vendrá, y también un buen número de líderes de otros clanes, para confirmar las alianzas comerciales que se han establecido con aquellos de nuestros nobles que los han visitado. Pero no contará con un séquito de criadas y damas.

—Ya veo —respondió Kettricken, despacio.

Estábamos solos en su sala de estar. Ella había servido vino para ambos, y las copas esperaban, abandonadas en la mesita baja. La estancia tenía un aspecto distinto de la última vez que la había visto. Como siempre, Kettricken

encontraba paz en la sencillez. Una única flor flotaba en un plato bajo de cerámica y las velas estaban cubiertas para que emitieran un brillo tenue. Además, despedían un perfume calmante, aunque Kettricken estaba más tensa que un gato encaramado a un árbol. Me vio mirando cómo se aferraba al borde de la mesa y, con cuidado, lo soltó.

—¿Escucha Chade todo lo que te digo? —me preguntó en voz baja.

—No, no está conmigo de ese modo, no cabalga conmigo como solía hacer Veraz. Para eso es necesaria mucha concentración, y exige una pérdida absoluta de la intimidad de tus pensamientos. No lo he invitado a hacerlo, así que solo escucha lo que vos me pedís que le transmita.

Bajó un poco los hombros al relajarse.

—A veces, mi consejero y yo estamos en desacuerdo. Cuando hablábamos a través de Ortiga, bueno... Era difícil, ya que Chade y yo nos comportábamos con toda prudencia para no involucrarla en asuntos que estuvieran muy por encima de sus habilidades o que no necesitaba comprender. Pero ahora estás aquí. —Alzó levemente la cabeza y casi sonrió—. Tú me das fuerza, Traspíe Hidalgo. En cierto modo, cuando utilizas la Habilidad para mí te conviertes en Hombre de la Reina. —Se enderezó—. Dile a Chade que, en este asunto, no pondremos en entredicho la promesa del príncipe a su prometida. Si le parece que el invierno no es un momento propicio para esta boda, nos ofreceremos a posponerla hasta la primavera, cuando la travesía será, sin duda, más segura y más agradable para la narcheska. En cuanto al nombramiento del príncipe como Rey a la Espera, bueno, eso siempre ha estado en manos de sus duques. Si debe traer a casa a una mujer como trofeo para que lo consideren merecedor del título, poco significa ese título para mí. Tarde o temprano, reinará sobre ellos. Opino que su amabilidad y delicadeza con su futura novia quizá sirvan para fortalecer esta alianza, en vez de considerarse una debilidad. —Hizo una pausa, como si pensara, apretando los labios—. Dile eso, por favor.

Levantó su copa de vino y bebió de ella.

Esto no es buena idea, Traspíe. ¿No puedes razonar con ella? El príncipe está embobado con Elliania. Debemos conseguir que comprenda que es más importante para el futuro de ambos que ahora satisfaga los deseos de sus duques, no de la madre de su prometida. Cuanto antes se haga realidad este matrimonio, antes lo verán como a un hombre a punto de ser rey y

no como a un niño príncipe. Es demasiado impetuoso, sigue los impulsos de su corazón cuando, por el bien de los Seis Ducados, debería ser solo su cabeza la que tome las decisiones. Intenta que comprenda, Traspíe, que nos hemos pasado todo el verano cumpliendo la voluntad de la narcheska, y que ahora ha llegado el momento de que sus duques comprueben que todavía pueden contar con él y que su estima es más importante para el príncipe que los buenos deseos de las Islas del Margen.

Reflexioné unos instantes sobre sus palabras y después, al abrir los ojos, me encontré con la mirada ansiosa de la reina.

—Esto es lo que piensa Chade —dije, y la informé sobre el espíritu del mensaje.

Kettricken se percató de mi sutileza.

—¿Y qué piensas tú, Traspíe Hidalgo?

Incliné la cabeza ante ella.

—Pienso que vos sois la reina y que el príncipe Dedicado algún día será el rey.

—Entonces ¿tu consejo es que haga caso omiso de las palabras de mi consejero y apoye a mi hijo?

—Mi señora reina, me alegro mucho de no tener que ofreceros consejo en este tema.

Ella estuvo a punto de sonreír.

—Lo darás si así te lo pido.

Guardé silencio un buen rato, devanándome los sesos.

—¿Es incómoda tu silla? —preguntó ella, solícita—. Te revuelves como si estuviera llena de hormigas rojas.

Me acomodé en la silla, decidido.

—Yo buscaría una solución intermedia, mi señora. Sus duques se sentirían satisfechos si el príncipe se casara y engendrara un heredero, pero todavía es muy joven, ni siquiera tiene edad para ser Rey a la Espera. Quizá tanto la boda como el título puedan esperar. Que la narcheska pase el tiempo que desee con su madre y su hermana. He estado allí y he visto cómo se cimienta el poder. Aunque Oerttre todavía sea narcheska, ya que sigue con vida, la partida de Elliania será una abdicación tan profunda como cuando mi padre entregó la corona a Veraz. Se producirán algunas disputas sobre quién debe heredar el

título. Mientras ella siga allí, podrá afianzar la sucesión de su hermana pequeña, y creo que sería beneficioso para los Seis Ducados que su rama de la familia siga ostentando el poder. Se puede apaciguar a los duques de otros modos. Lo que les llenará las arcas será el comercio, y los clanes del Narval y del Jabalí no son los únicos interesados en lo que tenemos que ofrecer. Abrid bien las puertas. Invitad a sus kaempras, a sus jefes guerreros. Todos ellos son hombres que no sentirán ningún escrúpulo por abandonar sus casas maternas si con ello obtienen una ventaja comercial. Que sea eso lo que celebremos durante la cosecha de este otoño. Empezad ya a planear un Festival de la Cosecha que les muestre la riqueza de nuestros Seis Ducados. Animad a los duques a asistir con sus familias y los nobles de sus ducados. Celebrad ahora las alianzas comerciales y permitid que la boda, cuando ocurra, sea el toque final que las remate.

Kettricken se echó hacia atrás en su silla y me miró con detenimiento.

—¿Y cuándo has aprendido a ser tan sagaz, Traspíe Hidalgo?

—Un sabio anciano me enseñó una vez que la diplomacia es el guante de seda que oculta el puño del poder. Lo que mejor funciona y más dura es la persuasión, no la fuerza. Si selláis esta alianza por el bien de los duques, ellos estarán ansiosos por dar la bienvenida y honrar a la narcheska cuando llegue.

No añadí que me lo había enseñado cuando se contentaba con moverse por detrás de las paredes de Torre del Alce y manipular el trono sin ser visto.

—Ojalá todavía lo recordara. Hazle saber tu opinión, pero exprésala de manera que parezca que es la mía.

No deseaba formar parte de una disputa entre Chade y la reina, pero no había forma de evitarlo. Había sido testigo, más de lo deseable, de su sutil lucha por el poder del trono de los Vatídico. Chade contaba con la ventaja de la edad y la experiencia en los Seis Ducados. Hice una mueca cuando me repitió varias veces que era su educación en las Montañas lo que cegaba a Kettricken ante la necesidad política de mostrarse firmes con las Islas del Margen. Yo era consciente de que Chade había amasado el poder en beneficio propio. Creo que no era con mala intención, que de verdad sentía que defendía los intereses de los Seis Ducados. De haber manipulado el poder del trono durante tanto tiempo como él, sin duda también me habría creído con derecho a poseerlo. A la vez, veía con claridad que, si Kettricken no demostraba firmeza, Dedicado heredaría

una corona hueca.

Por tanto, en contra de mi voluntad, empecé a ofrecer a Kettricken sugerencias con las que superar en astucia a Chade y me incliné hacia su posición. Chade no tardó en percatarse, estoy convencido. Sin embargo, daba la impresión de que el viejo zorro disfrutaba más del juego, acumulando objeciones y posibilidades. La noche avanzó y se acercaba el alba. El anciano no se cansaba de sus razonamientos, pero yo sí, y veía a mi reina cada vez más pálida.

Finalmente, durante una pausa en una argumentación muy enrevesada en la que Chade había estado clasificando duques y kaempras del Margen en grupos para después predecir de qué lado se pondría cada uno de ellos, el cansancio pudo conmigo.

—Decidle que no, sin más —sugerí—. Decidle que el príncipe ha dado su palabra a su prometida y que no la retirará porque así se lo ordenéis vos o Chade. Decidle que, si se trata de un error, es el error del príncipe, y que aprender de las consecuencias de los errores es una de las mejores formas de aprender con las que cuenta un joven gobernante.

Tenía la voz ronca y la boca seca de tanto hablar. Notaba la cabeza demasiado grande y pesada para mi cuello, y los globos oculares parecían rodar sobre arena. Fui a coger la botella de vino para servirnos un poco más, pero, al alargar la mano, Kettricken me la sujetó entre las suyas. Alcé los ojos para mirarla, sorprendido. Su mirada azul ardía como nunca antes, lo que hacía que sus ojos parecieran oscuros y algo salvajes.

—Díselo tú, Sacrificio. No le hagas creer que viene de mí. Deseo que le digas que es decisión tuya; que, como legítimo rey que eres, aunque no coronado, es lo que decretas.

Parpadeé y me quedé mirándola.

—No... no puedo.

—¿Por qué no?

La respuesta no me hizo sentir valiente.

—Si me coloco en esa posición una vez, ya no podré abandonarla. Si me presento así ante Chade una vez, tendré que proteger ese derecho de él para siempre, el derecho a tener la última palabra.

—Hasta que Dedicado se ciña por fin su corona. Sí.

—No volveré a ser dueño de mi vida.

—Esta es la vida que siempre te ha esperado. Es tu vida, tu propia vida, aunque nunca la hayas reclamado. Hazlo ahora.

—¿Lo habéis hablado con Dedicado?

—Él sabe que yo te considero el Sacrificio, y en aquel momento no planteé ninguna objeción.

—Mi reina...

Me llevé el pulpejo de las manos a las palpitantes sienes. Quería decirle que jamás se me había pasado por la cabeza representar semejante papel, pero no era cierto. Había estado a medio aliento de hacerlo la noche que murió el rey Artimañas. Había estado dispuesto a dar un paso adelante y adueñarme del poder del trono, no para mí, sino para protegerlo hasta que regresaran Veraz y la reina. Titubeaba, sin saber si aceptar lo que me ofrecía: la sombra de una corona. ¿En verdad le correspondía a ella ofrecerla?

Chade se metió en mis pensamientos.

Es tarde y soy un hombre anciano. Ya basta. Dile que...

No. No le correspondía a ella ofrecerla, sino que era mía por derecho. No, Chade. Nuestro príncipe ha dado su palabra, y ninguno de nosotros lo obligará a retirarla. Si es un error, es el error del príncipe, y aprender de las consecuencias de los errores es una de las mejores formas de aprender con las que cuenta un joven gobernante.

Esas no son las palabras de la reina.

No, son las mías.

Una larga ausencia de pensamientos siguió a mis palabras. Percibía a Chade allí, casi podía sentir su respiración acompañada mientras apilaba mis palabras y las contemplaba desde todas las perspectivas posibles. Cuando por fin tocó mi mente con la suya, casi veía su sonrisa y, curiosamente, que se henchía de orgullo.

Bueno, después de quince años, ¿por fin volvemos a tener a un verdadero Vatídico en el trono?

Permanecí inmóvil. A la espera. A la espera de la burla, el reto o el desafío.

Comunicaré al príncipe que se ha confirmado su decisión. Y extenderé nuestra gentil invitación a todos los kaempras del Margen. Como deseéis, rey Traspié.

Compromisos

Inmensa es la pérdida, y todo por la apuesta insensata de unos novicios no mucho más racionales que un niño. Por orden del Maestro de la Habilidad Corv árbol, se eliminarán todas las inscripciones de las Piedras Testigo. Por orden del Maestro Corv árbol, queda prohibido para todos los novicios y candidatos de la Habilidad acercarse a las Piedras Testigo a menos que el Maestro de la Habilidad los acompañe. Por orden del Maestro de la Habilidad Corv árbol, en adelante los conocimientos sobre el uso de las Piedras Testigo quedan restringidos a quienes aspiren a la condición de maestro.

Manuscrito recuperado de la Habilidad

Cuando al alba subí la escalera oculta de regreso a la habitación de la torre de Chade, un agotamiento extremo hizo presa en mí. No me sentía capaz de hilvanar un pensamiento coherente. Chade y el príncipe Dedicado se encontrarían de camino a casa por la tarde. La invitación al Festival de la Cosecha habría sido comunicada a los kaempras de todos los clanes. Kettricken tendría que poner en marcha los preparativos de la celebración más fastuosa que jamás se hubiera celebrado en el castillo de Torre del Alce. Las invitaciones para los duques y sus nobles, los platos, el alojamiento de los invitados, los juglares, los malabaristas y los titiriteros a los que habría que contratar... La cabeza me daba vueltas y sentí la necesidad acuciante de tumbarme y dormir. No obstante, una vez que llegué a la habitación, coloqué algunas ramas secas sobre las ascuas moribundas del hogar. Vertí un poco de agua de la cuba en un jarro, llené la vetusta jofaina y hundí el rostro en ella. Me erguí, me froté los ojos hasta que los noté menos irritados y me sequé la cara. Me miré en el pequeño espejo que Chade tenía siempre allí y me pregunté quién sería aquel que me escrutaba desde el otro lado.

De pronto comprendí las palabras del bufón. Había viajado a un lugar y una época que nunca había previsto, posteriores a mi muerte. Un abanico de futuros que nunca imaginé se desplegaba ante mí, y ni siquiera acertaba a intuir por cuál de ellos debía luchar. Había dado un paso hacia un trono más figurado que real. Me pregunté si eso significaría que ahora la vida junto a Molly quedaba fuera de los distintos futuros que se me presentaban.

La espada de Hidalgo descansaba donde la dejé, sobre el hogar. La bajé.

Encajaba en mi mano como si estuviera forjada a medida. La alcé con una floritura y le pregunté a la estancia vacía: «¿Qué pensaríais ahora de vuestro bastardo, rey Hidalgo? Ah, lo olvidaba. Vos tampoco lucisteis nunca la corona. Nadie os llamó jamás “rey Hidalgo”». Bajé la punta de la hoja hasta el suelo, admitiendo mi destino. «Como tampoco nadie hincará nunca la rodilla ante mí. Pese a todo, creo que yo dejaré alguna huella de mi paso.»

Un extraño temblor me estremeció, pasado el cual me embargó una sensación de calma. Me apresuré a dejar la espada en su sitio y me sequé el sudor de las manos en la pechera de la camisa. «Vaya un rey —pensé—, que tiene que enjugarse el sudor con su uniforme de guardia.» Necesitaba dormir, pero no todavía. El rey Traspíe, el monarca bastardo. Tomé una decisión y me negué a darle más vueltas. Añadí a la cesta una botella del mejor coñac, la cubrí con una servilleta, cogí una capa gruesa y salí a hurtadillas.

Dejé atrás los pasadizos secretos y sorteé la entrada de los guardias. Tuve que pasar por las cocinas, donde estuve tentado de detenerme para comer algo. Me hice, no obstante, con una barrita de pan dulce recién horneado que encontré en el comedor de los guardias y me la comí por el camino. Cuando crucé las puertas, el muchacho que las custodiaba se limitó a saludarme inclinando la cabeza, somnoliento. Me pregunté qué podría hacer para cambiar eso y me olvidé del asunto. Seguí adelante. Me aparté del camino que llevaba a la ciudad de Torre del Alce y tomé la senda trillada que pasaba primero por el bosque y después a través de la panza suave de una colina. Con la primera luz del día las Piedras Testigo se recortaban de forma austera contra el cielo azul, esperándome. Las ovejas comían la hierba que las rodeaba. Al acercarme a ellas, me miraron con la ausencia de curiosidad que a veces se confunde con la estupidez. Se retiraron con parsimonia.

Una vez que llegué a las Piedras Testigo, las rodeé lentamente. Cuatro monolitos. Cuatro caras cada uno. Dieciséis destinos posibles. ¿Cuántas veces habrían sido empleados a lo largo de los años? Me detuve en la cima y miré en derredor. Pasto, árboles y, si uno se fijaba bien, los vestigios de un antiguo camino. Si alguna vez hubo aquí escombros de casas, hacía mucho tiempo que la tierra los engulló, aunque lo más probable era que alguien se los hubiese llevado para levantar una cabaña en otra parte.

Con las manos a la espalda, estudié las superficies de piedra. Llegué a la conclusión de que las runas habían sido borradas a propósito, en un pasado remoto. Me pregunté por qué y supuse que nunca lo averiguaría. En cierto modo, me sentí aliviado.

Acusaba en el brazo el peso de la cesta y el sol comenzaba a calentar en exceso. Me eché la capa gruesa sobre los hombros. Haría frío allí adonde iba. Me situé frente a la cara de la que salí al realizar el último viaje, coloqué la palma sobre ella y la atravesé.

Me tambaleé un poco cuando emergí en la sala de los pilares. Un intenso mareo se apoderó de mí y me hizo sentarme de golpe en las baldosas polvorientas hasta que se me pasó.

—Dormir poco y utilizar las piedras dos veces demasiado seguidas. No es recomendable —me reprendí con firmeza—. No es prudente.

Quise levantarme, pero enseguida me senté de nuevo hasta que la torre dejase de dar vueltas. Tuve que pasar allí quieto un buen rato para darme cuenta de algo obvio. El suelo ya no estaba frío. Extendí las palmas sobre él, como si necesitase demostrármelo a mí mismo. No se podía decir que estuviera caliente; se encontraba a una temperatura templada. Al levantarme reparé en que las ventanas estaban perdiendo su gruesa capa de escarcha. Me pareció oír un susurro a mi espalda y me di media vuelta rápidamente. No había nadie allí. Quizá se tratase de una brisa de verano extraviada, un viento cálido que barriese la isla procedente del sur. Muy extraño. No tenía tiempo para darle más vueltas.

Salí de la sala de los pilares y, con la cesta colgada del brazo, intenté sortear aprisa el laberinto helado. Tenía la cabeza a punto de estallar. No imaginaba que se produciría este cambio de temperatura. En uno de los pasillos una fina capa de agua se escurría entre las piedras del suelo. El suave calentamiento de las cámaras y los pasadizos se redujo hasta cesar del todo según me acercaba a la sección donde las paredes de piedra se encontraban con el hielo. Unas motitas negras danzaban ante mis ojos. Me detuve, apoyé la frente contra la pared de hielo y descansé. Las motitas desaparecieron y poco a poco empecé a sentirme mejor. El frescor del ambiente parecía ayudar. Cuando salí de la grieta de la pared de hielo y aparecí en el sendero estrecho que conducía a la caverna del Hombre Negro, llevaba la capa bien ceñida sobre la cesta y sobre mí.

Recorrí el camino escarpado y llamé de nuevo a la puerta del Hombre Negro. No obtuve ninguna respuesta. Golpeé un par de veces más, dudé por un momento y probé a retirar el cerrojo de cuerda. La puerta se abrió y entré.

Mis ojos tardaron unos instantes en adaptarse a la penumbra de la habitación. La lumbre no tardaría en extinguirse. El bufón dormía profundamente en un jergón situado cerca del hogar. No vi rastro de Prilkop. Cerré la puerta con delicadeza, dejé la cesta sobre la mesa baja de Prilkop y me quité la capa. Me coloqué a la vera del bufón sin hacer ruido y, al tiempo que me agachaba, estudié su rostro inexpresivo. El oscurecimiento de su tez era ya evidente. Ardía en deseos de despertarlo y preguntarle cómo estaba. Me obligué a refrenarme. Saqué el contenido de la cesta y busqué una bandeja de madera para el pan y el queso y una canasta para la fruta. El barril del agua estaba casi vacío. Extraje un poco para calentarla y preparar el té, cogí los cubos y me encaminé hacia donde el hilo de agua que descendía por la faz de la roca llegaba a un pequeño saliente desde el que caía libre. Esperé mientras se llenaban y cargué con ellos de regreso. Cuando llegué, el agua ya estaba caliente, y elaboré un té de especias fragante.

Creo que fue el aroma de la tisana lo que despertó al bufón. Abrió los ojos y permaneció quieto, mirando por unos instantes la lumbre reavivada. No se movió hasta que le pregunté:

—¿Bufón? ¿Te encuentras mejor?

Se sobresaltó un tanto y volvió la cabeza con brusquedad hacia mí al tiempo que aovillaba el cuerpo en ademán defensivo. Sentí haberlo asustado, y no me costó entender su reacción instintiva. En lugar de hacer algún comentario al respecto, me limité a decirle:

—He vuelto y he traído algo de comer. ¿Tienes hambre?

Retiró un poco las mantas y se incorporó a medias para después hundirse de nuevo entre la ropa de cama.

—Me voy recuperando. El té huele bien.

—No lleva albaricoque, aunque he traído ciruelas.

—¿Albaricoque?

—Supuse que tenías la mente un poco nublada cuando me pediste que te trajera albaricoques. Por la fiebre, ya sabes. Aun así, si los hubiera encontrado,

habría birlado alguno para ti.

—Gracias —dijo. Me miró con atención—. Pareces distinto. No solo por haberte aseado.

—Me siento distinto. Aunque haberme aseado ayuda. Ojalá pudiera haberte traído los baños de vapor de Torre del Alce. Creo que te sentarían bien. Pero en cuanto puedas levantarte y caminar, te llevaré a casa. Le he dicho a Kettricken que te alojaremos en la antigua habitación de la torre de Chade durante un tiempo, hasta que te recuperes por completo y decidas qué nueva identidad adoptar.

—Qué nueva identidad adoptar... —Articuló una risa débil.

Puesto que no encontraba el tipo de cuchillo adecuado para rebanar el pan, partí con la mano para él el extremo de la barra. Junto con el pan le di un poco de queso y una ciruela, y cuando el té terminó de remojarse le serví una taza.

—¿Dónde está Prilkop? —pregunté mientras él tomaba un sorbo. Me fastidiaba que hubiera dejado al bufón aquí solo.

—Ah, por ahí. Ha estado recorriendo la fortaleza de los vetulus, para ver qué daños ha sufrido. Durante tu ausencia hemos tenido más tiempo para hablar, aprovechando los momentos en que yo estaba despierto. No han sido muchos, creo. Me ha contado algunas historias acerca de la ciudad antigua; parecen entretenerse con mis sueños. Imagino que es allí donde está ahora. Hablaba de ir a comprobar los daños causados por la Mujer Pálida, y si podía repararlos. Sospecho que Prilkop pretendía convertir la ciudad en un lugar menos acogedor, con la esperanza de ahuyentarla. Ahora pretende dejarlo todo como estaba. «¿Para quién?», le pregunté, a lo que me respondió: «Tal vez por el placer de repararlo». Vivió allí solo durante muchos años después de que todos los demás murieran. Durante generaciones, quizá. Nunca llevó la cuenta de los años, aunque estoy convencido de que lleva muchísimo tiempo aquí. Cuando llegó la Mujer Pálida, le dio la bienvenida porque pensaba que había venido con su catalizador para cumplir el propósito de Prilkop.

Inspiró y tomó otro sorbo de té.

—Primero come y ya me contarás después esa historia —le recomendé.

—Cuéntame la tuya mientras como algo. Te ha ocurrido algo de gran trascendencia. Lo veo en tu porte y en tus ojos.

Y así, me sinceré con él como no podría haber hecho con nadie más, exponiéndole todo cuanto me había sucedido. Sonrió, un gesto cargado de tristeza, y asintió para sí como si yo tan solo le estuviera relatando unos hechos que él ya conocía. Cuando terminé, tiró el hueso de la ciruela a la lumbre y dijo con voz queda:

—Bien. Me reconforta saber que mi última visión profética era correcta.

—¿Significa eso que viviré feliz para siempre, como cantan los juglares?

Me miró retorciendo la boca y negó con la cabeza.

—Vivirás junto a aquellos que te quieren y esperan algo de ti. Te complicarán la existencia de un modo atroz y te cargarán de preocupaciones día sí y día no. Y los días que no, te molestarán. Y te deleitarán. —Se volvió, levantó su taza y sumergió la mirada en ella, como una bruja Vulgar que leyera las hojas del té—. El destino ha renunciado a ti, Traspíe Hidalgo Vatídico. Has ganado. En el futuro que has encontrado es muy probable que llegues a viejo, en lugar de estar a punto de abandonar el tablero de juego una y otra vez por los caprichos del azar.

Intenté quitarle hierro a sus palabras.

—Empezaba a cansarme de que me sacaran de las fauces de la muerte, e incluso de su estómago, a cada paso que daba.

—Es muy desagradable. Ahora sé cuánto. Tú me lo has enseñado. —Estuvo a punto de recuperar su característica sonrisa cuando me preguntó—: Dejémoslo así y quedemos en paz, ¿te parece? ¿Una vez las compensa todas?

Asentí. Después, como si tuviera que decirlo aprisa para que yo no le interrumpiese, comentó:

—Prilkop y yo hemos estado hablando sobre lo que debería ocurrir ahora.

Sonreí.

—¿Otro plan para salvar el mundo? ¿Quizá uno que no requiera que yo fallezca tan a menudo?

—Uno que no requiere tu participación en absoluto —especificó a media voz—. Se podría decir que regresamos a casa, en cierto modo. Volvemos al lugar donde crecimos.

—Decías que allí nadie se acordaría de ti, que no tenía mucho sentido que regresases. —Empecé a alarmarme.

—No me refiero al lugar donde nací; estoy seguro de que allí no me recuerda nadie. Hablo del lugar donde nos prepararon para afrontar nuestro destino. Era una especie de escuela, por decirlo así. Seguro que ya te he hablado de ese sitio, y también te conté que me escapé cuando se negaron a admitir la verdad de mis visiones. Allí sí se acordarán de mí, y también de Prilkop. Es imposible olvidar a los Profetas Blancos que pasan por allí.

—Pues deja que te sigan recordando. A mi modo de ver no te trataron muy bien. ¿Para qué regresar?

—Para encargarme de que no vuelvan a hacerle algo así a ningún niño. Para hacer lo que nunca se ha hecho antes: volver e interpretar para ellos las antiguas profecías a la luz de lo que sabemos hoy. Para retirar de las bibliotecas cuanto la Mujer Pálida introdujo en ellas o, al menos, para enfocarlo desde otra perspectiva. Para llevarles las experiencias que hemos vivido a lo largo y ancho del mundo.

Guardé silencio por un momento.

—¿Cómo viajaréis hasta allí?

—Prilkop dice que podemos utilizar los pilares. Juntos, podríamos recorrer un buen trecho hacia el sur, y después tendríamos que continuar de otra forma. Llegaremos. Antes o después.

—¿Prilkop puede usar los pilares? —Estaba atónito—. ¿Por qué ha permanecido aquí, pasando frío y penurias, todos estos años?

El bufón me miró como si fuese obvio.

—Creo que, aunque puede utilizarlos, les tiene pánico. Incluso recurriendo a nuestro idioma, hay cosas referentes a los vetulus que le cuesta explicarme. La magia que comunica los pilares extrae algo de nosotros cada vez que los empleamos. Ni siquiera los vetulus los atravesaban a la ligera. Los mensajeros que transportaban mercancías importantes usaban una o incluso dos piedras para viajar, pero después dejaban que otro los relevase. Sin embargo, ese no es el único motivo por el que ha permanecido aquí. Ha permanecido aquí para proteger al dragón. Y para aguardar la llegada del Profeta Blanco y su catalizador, quienes a su juicio podían, tal vez, completar su tarea. Ese era, al fin y al cabo, el sentido que le daba a su vida.

—No entiendo cómo se puede sentir tal devoción.

—¿No? Creo que yo sí.

Oí la puerta rozar el suelo al tiempo que Prilkop entraba. Pareció sobresaltarse al verme allí, y con razón, aunque se dirigió al bufón, alterado. El bufón tradujo.

—Le sorprende verte de regreso tan pronto, y se pregunta qué es eso tan urgente que te ha obligado a cruzar los pilares de nuevo.

Hice un gesto despectivo y me dirigí a Prilkop.

—Quería traeros algo de comer; ¿ves?, aquí tenéis pan y queso, como deseabas, además de vino y ciruelas. Esperaba encontraros listos para viajar a mi hogar conmigo. Sin embargo, parece que el bufón continúa débil.

—¿Viajar a tu hogar contigo? —repetió, a lo que asentí con una sonrisa.

Se volvió hacia el bufón y le habló en voz baja durante un largo momento en su idioma. El bufón le respondió sin extenderse tanto. Se dio la vuelta y me habló a regañadientes.

—Traspié. Amigo mío. Por favor. Acércate y siéntate conmigo junto a la lumbre. Necesito hablar contigo.

Se levantó con rigidez, se cubrió los hombros de forma holgada con una manta y caminó despacio hasta un cojín relleno de hierba que había junto a la chimenea. Se acomodó sobre él y yo ocupé la almohadilla contigua. Prilkop estaba examinando las viandas. Partió un trozo de queso, se lo llevó a la boca y cerró los ojos de puro placer. Al abrirlos de nuevo, inclinó la cabeza para darme las gracias. Imité el gesto, contento de haberle dado una alegría. Cuando miré otra vez al bufón, respiró hondo y habló.

—Prilkop no tenía pensado viajar a Torre del Alce contigo. Y yo tampoco.

Me quedé mirándolo con fijeza, dándole una y mil vueltas a lo que me acababa de decir. No tenía sentido.

—Pero ¿por qué? Su propósito aquí ha concluido, y también el tuyo. ¿Por qué quedarse en un lugar tan inhóspito? Hace frío, ¡y eso que es verano! Aquí la vida es muy dura, y además en esta tierra no crece nada. Cuando llegue el invierno... No quiero ni pensar en pasar un invierno aquí. No hay ningún motivo para que os quedéis, ninguno en absoluto, y en cambio sí tenéis todas las razones del mundo para volver a Torre del Alce. ¿Por qué querías permanecer aquí? Sé que te gustaría regresar a tu «escuela», pero seguro que podrías pasar

por Torre del Alce primero. Descansa y reponte, después podrás partir en barco desde allí.

Bajó la vista hasta sus largas manos, que mantenía laxas sobre el regazo.

—Lo he hablado largo y tendido con Prilkop. Hay demasiadas cosas que ninguno de los dos comprendemos acerca de esta situación, de por qué vivimos más allá de nuestra época como Profetas Blancos. Él lleva así desde mucho antes que yo. Se quedó aquí porque es el último lugar donde experimentó una manifestación sobre sí mismo. Se quedó con la esperanza de que su última visión, según la cual un Profeta Blanco y su catalizador llegaban para terminar su cometido, fuese cierta. Y lo era. Su última visión era cierta. —Deslizó los ojos hasta el fuego y se inclinó hacia delante para empujar el extremo de una rama más adentro—. Yo también tuve una última visión. Sobre lo que acontecería tras mi muerte.

Aguardé.

—Te vi, Traspié. Te vi siendo ya aquel en quien te estás convirtiendo. No me dio la impresión de que fueras siempre feliz, aunque observé que estabas más entero que antes.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Tiene que ver con lo que no observé. Por supuesto, yo debía estar muerto. Había visto con claridad que mi fallecimiento formaba parte de tu futuro. No, eso ha sonado cruel, como si mi muerte la hubieras planeado tú. Mejor dicho, mi muerte era un hito en el camino que tú estabas recorriendo. Rebasaste mi muerte y continuaste hacia esa vida.

—Rebasé tu muerte. Pero, como siempre me has dicho, soy un catalizador. Te traje de vuelta.

—Sí. Así es. Nunca preví nada semejante. Y tampoco Prilkop. Y en los registros que estudiamos y memorizamos durante nuestra formación, nunca leímos nada que presagiase un acontecimiento de ese tipo. —Estuvo a punto de sonreír—. Debería haber sabido que solo tú podrías provocar un cambio así, un cambio que podría habernos expulsado de todos los futuros previstos por los distintos Profetas Blancos.

—Aun así... —quise replicar, pero el bufón levantó su largo índice para detenerme.

—Prilkop y yo lo hemos discutido. Creemos que no me conviene correr el riesgo de pasar mucho tiempo cerca de ti. Podría estar cometiendo un grave error. Hay muchas menos probabilidades de que me equivoque si no regreso contigo.

—No lo entiendo. ¿Un error? ¿Qué error? Todavía no se te ha pasado la fiebre, no sabes lo que dices.

Estaba preocupado e indignado al mismo tiempo. Cuando me revolví molesto, el bufón estiró la mano y me la puso sobre el brazo. La sentí un tanto fría. Aún estaba débil a causa del proceso de cambio, pero no deliraba. Le imprimió una mayor rigidez a su voz, como si él fuese un anciano y yo un jovenzuelo testarudo.

—Sí. Sí que me entiendes. No quieres verlo, pero lo sabes. Sigues siendo el Cambiador, el catalizador. Incluso en el poco tiempo que has pasado en Torre del Alce, has tenido ocasión de demostrarlo. Los cambios se arremolinan en torno a ti como un torbellino. Ahora que estás completo, no los rehúyes, sino que pareces atraerlos. Sin embargo, yo ahora estoy ciego, soy incapaz de ver los cambios cruciales que la influencia que ejerzo sobre ti puede originar. Por tanto. —Guardó silencio por un momento. Dejé que se tomara su tiempo—. No te acompañaré. No, espera, no digas nada. Déjame hablar.

No obstante, en lugar de proseguir se sumió en un silencio repentino. Permanecí sentado, estudiándolo y pensando en cómo había cambiado. El niño pálido con cara de luna, el muchacho ágil y esbelto, no podía ocultar ahora su juventud. Las privaciones habían afilado los ángulos de su rostro y las magulladuras que cercaban sus ojos se negaban a desaparecer por completo. Pero eso era tan solo su cuerpo. Su mirada se había ensombrecido y la solemnidad con que se manejaba no parecía un estado de ánimo pasajero, sino que revestía su espíritu de una mayor gravedad. Aguardé a que terminara de organizar las palabras en su cabeza. Me dio la impresión de que le costaba decidirse y de que, aunque asegurase no albergar ninguna duda, su corazón no terminaba de aclararse.

—Traspié, me enfrenté a la muerte, no con valentía, quizá, pero sí con determinación. Porque vi lo que podría ocurrir una vez que pereciera, y concluí que merecía la pena pagar el precio. Decidí venir a esta isla y poner en marcha

los acontecimientos que culminarían con el alzamiento del dragón. Sabía que moriría, de una forma espantosa, a causa del dolor y el frío. Pero también vi la oportunidad de que el mundo conociera de nuevo a los dragones, la oportunidad de que hubiese otras criaturas tan arrogantes y adorables como las personas, para que se equilibrasen entre ellos. Soñé con un mundo en el que los hombres no podían dominar la naturaleza e imponerle su orden. No será un mundo pacífico, y cabe la posibilidad de que los hombres me maldigan por el papel que he desempeñado aquí. Pero será un mundo en el que tanto los humanos como los dragones estarán tan ocupados los unos con los otros que les resultará imposible transformar la naturaleza a su conveniencia. Eso es lo que vi, en la gran urdimbre que conecta todas las cosas.

—¡Formidable! —Estaba cansado de oírle hablar de dragones, y angustiado todavía por lo que habíamos dejado suelto en el mundo—. De modo que ahora habrá dragones. Huestes de ellos, a juzgar por lo que sucedió en el campo de batalla. Pero ¿por qué no puedes volver a...?

—¡Basta! —me reprendió con firmeza—. ¿Crees que esto es fácil para mí? ¿Crees que esa razón elevada es la única que tengo? ¿Crees que para mí es fácil tomar un camino que se separa del tuyo? No. Hay un motivo más personal que me obliga a alejarme de ti. Se debe a lo que atisbé a una escala mucho menor. Te vi a ti, tras mi muerte, disfrutando de las cosas y las personas a las que renunciaste durante tanto tiempo. Viviendo la vida que te correspondía, tras mi muerte. Me entregaste una nueva ración de vida. ¿Cómo voy a emplearla para arrebatarte a ti la tuya? —Con más templanza, añadió—: Puedo amarte, Traspicé, pero no puedo permitir que ese amor acabe contigo y con lo que eres. —Se frotó la cara con cansancio y se sulfuró al ver que se le resquebrajaba la piel de debajo de los dedos. Se desprendió de las escamas adheridas a las yemas, se frotó la cara enérgicamente, recogió las manos en el regazo y detuvo la mirada en la lumbre. Lo observé con gesto ceñudo, entre perplejo y expectante.

A nuestra espalda, Prilkop daba vueltas sigiloso por la estancia. Oí un chasquido y miré detrás de mí. Había abierto la boca de un saco pequeño y estaba sacando de él unos trozos de piedra. La reconocí al instante: piedra de la memoria, cortada en forma de cubos regulares como los que vi en la cámara de los vetulus. Lo miré mientras se apretaba la sien con uno de ellos por un

momento, tras lo cual sonrió y lo dejó a un lado. Repitió el proceso y después lo realizó de nuevo. Enseguida comprendí que estaba separando los cubos en distintas pilas. Cuando levantó la vista se dio cuenta de que el bufón y yo lo estábamos observando. Sonrió y alzó una de las piedras.

—Música. —Otro bloque—. Algo de poesía. —Uno más—. Historia. Música, otra vez.

Me ofreció un cubo, pero hice un gesto para rechazarlo, incómodo. El bufón, no obstante, estiró la mano para rozarlo con la yema de un dedo Habilidoso. Lo retiró de inmediato, como si se hubiera quemado, pero después me sonrió.

—Es verdad, suena música. Parece que corriera desbordada. Deberías probar, Traspié.

—Estábamos hablando —le recordé en voz baja— de que regresarías a Torre del Alce conmigo.

—No. Estábamos hablando de que no regresaría. —Intentó levantar una sonrisa que terminó por desmoronarse.

Me limité a mirarlo. Poco después dijo algo, una petición, dirigida a Prilkop. Casi al mismo tiempo, sentí que Chade tiraba de mis pensamientos.

Necesitaría hablar con la reina.

En este momento no puedo. Inténtalo con Tordo.

Sabes que hay muchos motivos por los que eso no funcionaría. Por favor, Traspié. No te llevará mucho tiempo.

Eso es lo que dijiste la última vez. Además, me encuentro muy lejos de la reina. Crucé el pilar. Estoy con el bufón.

¿Qué? ¿Sin avisar a nadie ni consultarlo con nosotros siquiera?

Creo que mi vida me sigue perteneciendo.

No. Me contradijo de forma categórica. No, no es así, mi señor. Anoche trazasteis una línea entre nosotros, y me dio la impresión de que lo hicisteis con la aprobación de la reina. No podéis atribuirnos esa autoridad en un momento dado y desentenderos de ella al siguiente. Un rey no puede quitarse la corona tan a la ligera.

Yo no soy el verdadero rey, y lo sabes.

¡Demasiado tarde para adoptar esa postura, Traspié!, exclamó Chade airado. Demasiado tarde. La reina te ofreció asumir esa autoridad y tú la aceptaste.

No claudiqué. No lograba decidir si estaba de acuerdo con él o no.

Dame tiempo. En estos momentos debéis de encontraros en medio del mar. ¿Qué puede ser tan urgente ahora que habéis zaritado?

Puede esperar un poco, eso es cierto. Pero después de esto, Traspié, no debes volver a ausentarte sin avisarnos a todos los demás.

¿Acaso soy un sirviente, que nunca dispongo de tiempo para mí?

Peor aún. Eres rey. Y Sacrificio para todos.

Desenlazó su mente de la mía sin darme la oportunidad de contestarle. Pestañeeé y me di cuenta de que acababa de oír cerrarse la puerta. Prilkop había salido. El bufón me observaba, consciente de algún modo de que había estado comunicándome por medio de la Habilidad, a la espera de que volviese a centrar mi atención en él.

—Lo siento. Chade, con prisa, como siempre, quería que lo ayudara a ponerse en contacto con la reina. Dice que, si Kettricken me reconoce como Sacrificio una vez, aunque sea tan solo en un momento determinado, debo asumir todos los deberes y responsabilidades de un rey legítimo. Es ridículo.

—¿Seguro?

—¡Sabes que sí!

Mi actitud defensiva pareció extraer de él un torrente de palabras, como si mientras esperaba se le hubieran amontonado en la boca igual que el agua tras una presa.

—Traspié. Recupera la vida que debes llevar y ámalala, sin reservas. Es lo que te vi hacer. —Articuló una risa que parecía esconder un asomo de histeria—. Incluso me sirvió de apoyo cuando me estaba muriendo. Saber que retomarías esa vida, tras mi fallecimiento. Cuando el dolor se tornó insoportable, me concentré en lo que había visto para ti y dejé que fluyera a través de mí.

—Pero... la Mujer Pálida me dijo que me llamabas a gritos. Cuando te torturó. —Apenas terminé de formular la observación, quise retirarla. De pronto el bufón parecía viejo y enfermo.

—Tal vez lo hiciera —admitió—. Nunca me las he dado de valiente. Pero el hecho de que la Mujer Pálida me atormentase de esa manera no cambia nada, amigo mío. Nada. —Introdujo la mirada en las llamas como si se le hubiera perdido algo entre ellas, y me avergoncé de haberlo obligado a revivir el suplicio

por el que tuvo que pasar. A nadie se le debería recordar que no pudo evitar gritar ante quien se deleitaba con ello—. Debería servirme para tener presente que, en muchos aspectos, no soy tan fuerte como me gustaría. Y no debería ponerme en una posición en la que mi debilidad nos perjudique a los dos.

De repente me tomó de la mano. Me sorprendió y, cuando lo miré, nuestros ojos se encajaron.

—Traspié. Por favor. No me tientes a seguirte y a interferir en el futuro que he presenciado para ti. No me tientes a salirme de mi tiempo y a intentar tomar algo que nunca se hizo para mí. —De pronto se estremeció, como acariciado por una corriente. Me soltó y se inclinó hacia la lumbre, acercando las manos a las llamas. Las uñas empezaban a crecer de nuevo. Se frotó las palmas, provocando que se desprendiera otra capa de piel como si estuviera hecha de ceniza blanca. El color de la piel que quedó al descubierto me recordó al de la madera pulida. Con la voz muy atenuada, me preguntó—: ¿Te habrías conformado con vivir junto a Ojos de Noche entre los lobos?

—Habría estado dispuesto a intentarlo —le aseguré con testarudez.

—¿Aunque su compañera no llegase nunca a aceptarte del todo?

—¿No puedes, siquiera por una vez, decir sin más lo que pretendes expresar?

Me miró y se frotó el mentón como si de verdad lo estuviera considerando. Sonrió con tristeza.

—No, no puedo. No sin dañar algo muy valioso para mí. —Como si no estuviera cambiando de tema en absoluto, me preguntó—: ¿Le revelarás algún día a Dedicado que tu cuerpo engendró el suyo?

No me gustó que hablase de eso en voz alta aun cuando solo estábamos nosotros dos. El sólido vínculo Habilidoso que me unía a Dedicado hacía que lo sintiera siempre cerca de mí.

—No —respondí con sequedad—. Vería demasiadas cosas de un modo distinto. Le haría daño y no le reportaría ningún beneficio. Estropearía la imagen que tiene de su padre, lo que siente por su madre e incluso lo que siente por mí. ¿De qué serviría?

—Exacto. Por eso siempre lo querrás como a un hijo, pero lo tratarás como al príncipe que es. Te mantendrás a un paso de donde ansías estar. Porque,

aunque se lo contaras, jamás podrías ser su padre.

Empezaba a enfurecerme de nuevo.

—Tú no eres mi padre.

—No. —Concentró la mirada en las llamas—. Y tampoco soy tu amante.

De pronto me sentí exhausto y amargado.

—¿De eso trata todo esto? ¿De yacer conmigo? ¿No quieres regresar a Torre del Alce porque me niego a yacer contigo?

—¡No! —Aunque no llegó a gritar, el tono de su negativa me obligó a guardar silencio. Bajó la voz, casi áspera ahora, para señalar—: Siempre, todo lo llevas a lo mismo, como si esa fuese la única culminación posible del amor.

Suspiró y se reclinó de súbito en la silla. Me evaluó con los ojos antes de preguntarme:

—Dime: ¿querías a Ojos de Noche?

—Claro.

—Sin reservas.

—Sí.

—De modo que, según tu lógica, deseabas yacer con él.

—¿Que deseaba...? ¡No!

—Ah. Pero ¿eso se debía tan solo a que también él era macho? ¿No tenía nada que ver con vuestras otras diferencias?

Lo miré boquiabierto. Un momento después el bufón logró fijar en el rostro un gesto de curiosidad sincera. Después se rio, con más libertad de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Quería sentirme ofendido, pero me embargó tal alivio al oírlo carcajearse, aunque fuese a mi costa, que no fui capaz.

Al recuperar el aliento, dijo:

—Ahí está. Sin ambages, Traspie. Te dije que yo no le pongo límites al amor que siento por ti. Ninguno en absoluto. Aun así, nunca he esperado que me ofrezcas tu cuerpo. Era la totalidad de tu corazón, disfrutar de él por entero, lo que yo deseaba. A pesar de que nunca tuve derecho a conseguirlo. Porque se lo habías entregado a otra persona mucho antes de verme a mí. —Negó con la cabeza—. Hace mucho tiempo me dijiste que Molly jamás toleraría el vínculo que te unía al lobo. Que te obligaría a escoger entre él y ella. ¿Sigues pensando así?

—Creo que es probable —respondí con la voz inevitablemente apagada.

—¿Y qué actitud crees que tomaría conmigo? —Guardó una pausa mínima—. ¿A quién elegirías? ¿Y qué perderías, en cualquier caso, al verte obligado a tomar una decisión así? Esas son las cuestiones sobre las que he tenido que meditar. Y si regreso contigo y convierto esa decisión en una parte de tu futuro, ¿qué más cambiará mi catalizador durante el proceso de la elección? Si abandonarás los Seis Ducados conmigo, ¿qué futuro pondríamos en marcha, sin sospecharlo siquiera?

Negué con la cabeza y aparté la vista de él. Sin embargo, sus palabras continuaban brotando incesantes y yo no podía evitar oírlas.

—Ojos de Noche tomó una decisión. Eligió entre la manada de lobos que lo habría aceptado y el vínculo que lo unía a ti. No sé si alguna vez hablaste con él de lo cara que le costó esa elección. Lo dudo. Por lo poco que lo llegué a conocer, intuyo que una vez que tomó la decisión asumió todas las consecuencias. No pretendo hacer que te avergüences. Pero ¿no es cierto que Ojos de Noche pagó un precio mucho más alto por vuestro vínculo, por el amor que compartíais, que tú? ¿Qué le costó a Ojos de Noche vincularse contigo? Responde con sinceridad.

Tuve que mirar a otra parte, porque en efecto sentía vergüenza.

—Tuvo que renunciar a vivir con una manada y a ser un lobo completo. Renunció a emparejarse con una compañera y a tener lobeznos. Más adelante Rolf nos lo advirtió. Porque no le pusimos ningún límite a nuestro vínculo.

—Conociste la dicha de compartir con él su condición de lobo. De asemejarte a un lobo en la medida de lo posible para un humano. Aun así... y perdóname... no creo que él buscara al hombre que llevaba dentro con la pasión que tú perseguías a tu lobo interior.

—No.

Me cogió la mano nuevamente y la sostuvo entre las suyas. La colocó palma arriba y estudió las deslavadas huellas dactilares que me dejara en la muñeca hacía ya tantos años.

—Traspié. He pensado mucho sobre todo esto. No te arrebataré ni a tu compañera ni a tus lobeznos. Habré de vivir aún largos años; en comparación, tú no dispones de tanto tiempo. No os quitaré ni a ti ni a Molly ni uno solo de

los días que os queden. Porque no me cabe ninguna duda de que estaréis juntos, de nuevo. Sabes lo que soy. Has estado dentro de este cuerpo y yo dentro del tuyo. Y llegué a sentir... Oh, que los dioses me protejan de ese recuerdo... Llegué a sentir lo que es ser un humano, un humano completo, durante los instantes en que contuve tu amor, tu dolor y tu pérdida dentro de mí. Me has permitido experimentar toda la humanidad posible para mí. Lo que mis maestros me arrebataron tú me lo has devuelto multiplicado por diez. Contigo, era un niño. Contigo, me hice adulto. Contigo... Del mismo modo que Ojos de Noche permitió que fueses el lobo.

Su voz terminó por apagarse y nos quedamos sentados en silencio, como si se le hubieran agotado las palabras. No me soltó la mano. El contacto me hacía ser más consciente del vínculo mágico que nos unía. Dedicado pellizcó mi Habilidad para que le prestara atención. Lo ignoré. Esto era más importante. Intenté descifrar cuál era exactamente el temor del bufón.

—Crees que me perjudicarías si volvieras a Torre del Alce. Que me impediría vivir la vida que has visto.

—Sí.

—Te aterra pensar que un día seré viejo y moriré. Y que tú seguirás vivo.

—Sí.

—¿Y si a mí no me importaran esas cosas? Si no pensara en el precio a pagar.

—Seguiría siendo importante para mí.

Le formulé una última pregunta, con el corazón en un puño, temiendo la respuesta que pudiera darme.

—¿Y si te dijera que entonces seré yo quien te siga a ti, que dejaré atrás mi otra vida y me marcharé contigo?

Creo que la mera idea lo aturdió. Tomó aire dos veces antes de contestarme con un susurro áspero.

—No lo permitiría. No podría permitirlo.

A continuación nos quedamos sentados en silencio un buen rato. La lumbre terminó de consumirse. Le hice una última y espantosa pregunta:

—Después de que me marche, ¿volveremos a vernos?

—Tal vez no. No sería prudente.

Levantó mi mano, me besó con ternura la palma encallecida por la espada y la sostuvo entre las suyas. Era un adiós, lo sabía, como también sabía que no podía hacer nada para impedirlo. Permanecí quieto, sintiendo que poco a poco me iba quedando hueco y frío, como si Ojos de Noche hubiera muerto otra vez. Lo estaba perdiendo. Se estaba desligando de mi vida, y yo sentía que me desangraba por momentos, que la vida se me escapaba a borbotones. De pronto me di cuenta de que esta impresión no distaba mucho de la realidad.

—¡Para! —grité, pero ya era tarde.

Me soltó la mano antes de que yo la retirase de golpe. Tenía la muñeca desnuda y limpia. Sus huellas dactilares habían desaparecido. De alguna manera, las había borrado, y ahora nuestro vínculo Habilidadoso colgaba deshilachado entre nosotros.

—Tengo que dejarte marchar —musitó con la voz quebrada—. Mientras pueda. Concédeme eso, Traspíe. El que sea yo quien rompa el vínculo. El que no tome lo que no me pertenece.

Lo busqué a tientas. Podía verlo, pero ya no lo sentía. Ni con la Maña ni con la Habilidad, ni por medio del olfato. El bufón ya no estaba. Mi compañero de la infancia, mi amigo de la juventud, se había marchado. Me había arrebatado esa faceta suya. Un hombre atezado con los ojos de color avellana me escrutaba compadecido.

—No puedes hacerme esto —opuse.

—Está hecho —indicó—. Se acabó.

Su fuerza pareció abandonarlo al pronunciar estas palabras. Volvió la cara, como si así pudiera impedirme ver que estaba sollozando. Continué sentado, con el cuerpo entumecido, del mismo modo que se queda al recibir una paliza.

—Estoy cansado —dijo con una voz frágil, un tanto trémula—. Solo un poco cansado, aún. Nada más. Creo que voy a tumbarme de nuevo.

Traspíe. La reina te quiere. Tordo se infiltró en mi mente sin el menor esfuerzo.

Un momento. Ahora estoy con el bufón.

Es sobre la Vieja Sangre. Dice que pronto, por favor.

Pronto, respondí sin entusiasmo.

Y apenas se había retirado Tordo de mi mente cuando Chade me dio una palmada en el hombro. Decidí escucharlo.

Ahora que estás allí, no olvides traer al menos algunos de los manuscritos de la Habilidad que encontraste. Creo que los necesitaremos.

Chade. Los llevaré. Por favor. Necesito un poco de tiempo para mí. Por favor.

Muy bien, respondió con hosquedad. Después se apaciguó y me preguntó en un tono más amable: *¿Qué sucede? ¿Tan mal se encuentra el bufón?*

En realidad, parece que se siente mejor. Pero necesito tiempo para ordenar mis ideas.

Muy bien.

Me volví hacia el bufón, pero o se había dormido, o fingía de una forma tan convincente que no me vi capaz de intentar despertarlo. Necesitaba tiempo para meditar. Concluí que debía haber un modo de hacerle cambiar de opinión, aunque no se me ocurría ninguno.

—Volveré —le dije, tras lo cual me eché la capa sobre los hombros y salí.

Supuse que podría hacer un viaje por el laberinto de los vetulus para recuperar algunos de los textos de la Habilidad. Me mantendría ocupado mientras pensaba. Quedarme sentado dándole vueltas a la cabeza nunca me había servido de mucho. Cuando subí por el sendero escarpado reparé en que esta vez no me hizo falta estrujarme tanto para pasar por la grieta. Di por hecho que mis idas y venidas la estaban ensanchando. Sin embargo, había avanzado tan solo unos pasos bajo la falsa luz de las esferas de los vetulus cuando vi a alguien que avanzaba en mi dirección. No pude evitar sobresaltarme antes de reconocer al Hombre Negro. Traía una pieza de carne ahumada sobre un hombro y, cuando nos hubimos acercado un poco más el uno al otro, inclinó el mentón a modo de saludo y dejó caer la pieza al suelo con cuidado.

—Suministros de ella. Robaba. Muchas veces. No como esto. Un poco aquí, un poco allí. Ahora, lo que quiero cojo. —Me miró inclinando la cabeza—. ¿Y tú?

—Yo también, por así decirlo. Hace años, algunos manuscritos, textos especiales, le fueron robados a mi rey. La Mujer Pálida los guardó, aquí, en una habitación próxima a sus aposentos. Tengo que llevarlos de nuevo a casa.

—Ah, esos. Vi hace mucho.

—Sí.

—Ayudaré.

No estaba seguro de que quisiera que me ayudaran, aunque no se me ocurrió

ningún modo cortés de negarme. Asentí en un gesto de agradecimiento y recorrimos los pasillos amigablemente. Meneó la cabeza ante la profanación de las tallas y las hornacinas donde ahora faltaban sus esculturas. Me habló de la gente que vivió aquí en otros tiempos que él conoció. Tordo tenía razón. Antaño, los pasadizos de piedra recibían calor. Los vetulus transitaron por este lugar, disfrutando de las maravillas del hielo y la nieve que nunca llegaba a sus tierras más cálidas. Intenté determinar por qué motivo les gustaba residir en un lugar tan frío, pero la idea se me hacía demasiado ajena.

De alguna manera Prilkop había desguarnecido la magia que le transmitía calidez a la piedra. Quiso también privar a la Mujer Pálida de la luz de los vetulus, aunque no lo consiguió. No obstante, aun sin calidez, la Mujer Pálida se instaló aquí. Obligó a Prilkop a ocultarse y mostró el desprecio que sentía por él y por los vetulus, ligados a los dragones, al propiciar la destrucción de sus obras de arte.

—Sin embargo, dejó intacta la sala de los mapas —señalé.

—Ella no sabía, quizá. O, al no conocer la utilidad, no importaba. De los portales de viaje, sabía nada. Una vez, solo una vez, para huir usé uno. —Negó con la cabeza al recordarlo—. Tan débil, tan mareado, tan... —Se llevó los puños a las sienes y los sacudió como si se las golpeará—. No pude volver, por muchos días. Cuando volví... —Encogió los hombros—. Había hecho suya mi ciudad. Pero ahora yo recupero.

Conocía bien su ciudad. Me llevó por una ruta distinta, por unos pasajes más angostos en los que otrora, acaso, residían los sirvientes o los comerciantes. En menos tiempo de lo que creía posible, tomamos un pasillo contiguo a los aposentos de la Mujer Pálida. Eché un vistazo al interior. Alguien había estado allí desde la última vez que miré. Me detuve y me fijé con atención. Todos los objetos que podían ser volcados o arrastrados habían sufrido esta suerte. De un barril lleno de joyas se había derramado una plétora de perlas, cadenas de plata y relucientes gemas blancas que alfombraban el suelo. Algunas se habían acomodado en el piso de la cámara, con el que se iban fundiendo poco a poco. Prilkop se dio cuenta de que me había parado a mirar y entró en la habitación con calma.

—Funcionará —me dijo, tras lo cual retiró un cobertor de seda de la cama

de la Mujer Pálida.

Observé cómo anudaba las esquinas para formar un gran saco. Al entender su intención, busqué otra cobertura y lo imité. A continuación, con los talegos improvisados a la espalda, reanudamos la marcha hacia la sala de los manuscritos.

No estaba preparado para asimilar lo que vi allí. Las estanterías habían sido empujadas a propósito hacia el centro de la cámara, de tal manera que a medida que caían, su organizado contenido se desparramaba formando una pila caótica. Cerca de ellas había un cántaro despedazado, con no pocos manuscritos empapados en aceite a su alrededor. La Mujer Pálida yacía en el suelo junto a ellos. Estaba más que muerta. Sus brazos flacos y ennegrecidos semejabán las patas de un insecto. La congelación y la muerte habían ensombrecido su semblante. Había echado la cabeza hacia atrás antes de morir, con la boca abierta como una gata enfurecida. Una esfera luminosa de los vetulus, desencajada de su sitio, se había detenido cerca de los documentos empapados en aceite. Parecía deteriorada, como si alguien le hubiera estado dando golpes y patadas. Durante unos momentos, Prilkop y yo observamos el escenario en silencio.

—Intentó encender una hoguera para calentarse —aventuré—. Pensaba que la esfera luminosa contendría algo con lo que hacer arder los manuscritos.

Prilkop negó con la cabeza con asco.

—No. Para destruir. Esa era su única intención. Destruir dragones. Destruir otros Profetas. Belleza. Conocimiento. —Le dio un puntapié a uno de los manuscritos aceitosos que rodeaban el cadáver de la Mujer Pálida—. Lo que no podía controlar ni poseer, ella destruye. —Me miró a los ojos para añadir—: No podía controlar a tu bufón.

Decidió ayudarme. Los documentos íntegros los metimos en un saco, con toda la delicadeza posible, ya que algunos eran muy antiguos y frágiles. Los que habían recibido el baño de aceite los separé de los demás. Reparé en que los dos evitábamos acercarnos a la Mujer Pálida. Cuando tuve que mover el cadáver para recoger los textos atrapados debajo, Prilkop se echó hacia atrás y apartó la vista. Una vez que recuperamos hasta el último manuscrito, miré el cuerpo allí tendido.

—¿Quieres que haga algo con el cadáver? —le pregunté a media voz.

El Hombre Negro me escrutó, como si no comprendiera. Después asintió despacio.

Así, lo envolví en una de las suntuosas pieles que cubrían la cama y lo arrastré por el pasillo. Prilkop me mostró una puerta, bastante pequeña, que yo no habría visto sin su indicación. La abertura daba a un vertedero y, más abajo, al mar revuelto. Me pidió que la tirase por ahí. El cuerpo se perdió de vista, lo que a Prilkop pareció producirle una gran satisfacción.

Regresamos a la sala de los manuscritos para recoger nuestro tesoro. Recorrimos un pasillo tras otro, arrastrando los sacos más que cargando con ellos. Los documentos pesan más de lo que parece. No dejaba de estremecerme a cada paso que dábamos según subíamos la escalera, pensando en la regañina que me echaría Chade por tratar así los textos. En fin, no tendría modo de saber en qué estado los encontré. Con la colaboración de Prilkop, llevé los dos sacos hasta la sala de los pilares. Allí nos detuvimos para recuperar el aliento. A pesar de sus muchos años, el anciano trabajaba con el vigor de un muchacho. Por primera vez, me pregunté hasta qué edad viviría el bufón. Me asaltó entonces una duda aún más inquietante: ¿en qué etapa de la vida se hallaba? ¿Sería todavía un jovencuelo? ¿Tendrían los años alguna importancia para él? En cierta ocasión me dijo que era mayor que Ojos de Noche y yo juntos... Preferí olvidar la cuestión, incomodado. No quería pensar en lo diferentes que éramos, en lo diferentes que siempre habíamos sido. Nuestra amistad trascendía ese umbral y hacía de nosotros un mismo ser.

Del mismo modo que el vínculo que me unía a Ojos de Noche nos convertía en uno solo. Sin embargo. Suspiré mientras seguía al Hombre Negro por la escalera que llevaba a la sala de los mapas. Sin embargo, no nos convertía en lo mismo. Yo era un hombre, apesadumbrado por las preocupaciones propias de los humanos, incapaz de vivir el ahora con la plenitud con que lo hacía Ojos del Noche, y de alargar mi vida más allá de lo natural.

¿Sería así como me veía el bufón?

Hice un leve ruido gutural. Prilkop volvió la cabeza para mirarme, pero no dijo nada. Cuando llegamos a la sala de los mapas, se detuvo junto a la imagen. Se frotó las manos mientras la estudiaba, hasta que enarcó una ceja y la señaló.

Toqué las gemas arracimadas junto a Torre del Alce.

—Torre del Alce —indiqué—. Mi hogar.

Asintió al comprender. Después, como hiciera el bufón, tocó un territorio del sur remoto.

—Hogar —dijo. Puso el dedo sobre una ensenada de la costa de esas tierras y especificó—: Clerres.

—Tu escuela —supuse—. Adonde deseas regresar.

Guardó silencio, con la cabeza ladeada, y asintió.

—Sí. Nuestra escuela. —Me miró con tristeza—. Adonde debemos regresar. Que lo que aprendimos quede registrado. Para otros que vendrán. Muy importante esto es.

—Entiendo.

El Hombre Negro me miró con expresión amable.

—No. No entiendes. —Estudió el mapa de nuevo. Después, como si hablase consigo mismo, dijo—: Dejar marchar es duro. Pero esto debes hacerlo. Los dos debéis. Dejar marchar. Si no, haréis más cambios. A ciegas. Si, a causa de él, las cosas que hagas provocan cambios, ¿qué ocurrirá? Nadie sabe. Ni siquiera un poco. Le traes pan. Él come. Si no le traes pan, otro lo come. ¿Ves? Un cambio. Pequeño. Para él, das tu tiempo, tus palabras, tu amistad. Entonces ¿quién no recibe tu tiempo? ¿Hum? Un cambio grande, tal vez, creo. Deja marchar, Cambiador del bufón. Vuestro tiempo juntos ha terminado. Acabó.

No era un asunto de su incumbencia y sentí deseos de recordárselo. Sin embargo, me miró con un gesto tan bondadoso y compasivo que mi rabia se aplacó tan pronto como empezó a bullir.

—Regresemos —sugirió.

En el momento en que fui a asentir, Tordo irrumpió en mi cabeza.

¿Traspié? ¿Has terminado ya? La reina sigue esperando.

Suspiré con cansancio. Sería mejor que me ocupase de ese asunto y después suplicase un poco de tiempo para mí.

He terminado. Esta vez llevaré a casa los manuscritos de la Habilidad. Espérame junto a las Piedras Testigo y ayúdame a transportarlos.

¡No! ¡Estoy comiendo tarta de frambuesa! Con crema.

Cuando termines la tarta, entonces. No me costó entender la negativa de Tordo a

interrumpir su festín para salir corriendo a reunirse conmigo. Prilkop había llegado al final de la escalera. Me miró confundido.

—Tengo que volver a mi casa por un tiempo —le expliqué—. Por favor, dile al bufón que regresaré tan pronto como me sea posible. Traeré más comida entonces, fruta fresca y pan.

Prilkop se alarmó.

—¿Por las piedras de los portales? ¿Tan pronto? Es poco prudente eso. Necio, incluso. —Hizo un gesto para invitarme a seguirlo—. Ven a casa de Prilkop. Una noche, un día, una noche, un día, y después vuelve por las piedras. Si debes.

—Me temo que debo irme ahora. —No quería volver a ver al bufón ni seguir hablando con él hasta que encontrase el modo de refutar su postura.

—¿Cambiador? ¿Puedes hacerlo? ¿Lo has hecho antes?

—Varias veces.

Volvió a recorrer la escalera en mi dirección, con la frente apretada de temor.

—Nunca he visto esto hecho tan a menudo, tan de seguido. Ten cuidado, entonces. No vuelvas demasiado pronto. Descansa.

—Ya lo he hecho otras veces —insistí. Recordé cuando entré y salí de las piedras de la Habilidad junto con Dedicado aquel lejano día en que escapamos de la playa de los Otros—. No te preocupes por mí.

Pese a mi audacia, sabía que podía estar cometiendo una insensatez al atravesar las piedras de la Habilidad de nuevo. Cada vez que recuerdo aquel momento, me pregunto qué me empujaría a hacerlo. ¿Acaso el dolor que me producía el hecho de que el bufón hubiera acabado con nuestro vínculo? En realidad, no lo creo. Sospecho que se debía a que llevaba demasiadas noches sin dormir lo suficiente.

Salvé los escalones que me separaban del pilar de la Habilidad. El Hombre Negro me siguió angustiado.

—¿Seguro estás? ¿Seguro de esto?

Me incliné y levanté los sacos por el cuello.

—No me pasará nada —le aseguré—. Dile al bufón que volveré.

Cogí los dos talegos con una mano. Extendí la palma de la otra y me adentré en el pilar. Aparecí en medio de una noche sembrada de estrellas.

Reanudación

*En la última danza del azar
no bailaremos otra canción.*

*Te veré ir con tu nueva pareja
según te alejas por el salón.*

*En la última danza del azar
llegada la hora de la despedida
desearé que te vaya bien.*

Desearé que te entregues a la vida.

*En la última danza del azar
cuando sepa que no me pertenecerás
te dejaré ir con nostalgia
y confianza en que prosperarás.*

*En la última danza del azar
conoceremos del otro su sentir.*

*Nos desharemos de los lamentos
cuando el lazo deje de existir.*

El destino me asestó un último mazazo. Es la conclusión a la que llegué. Acaso los dioses quisieran enfatizar la advertencia que me hizo Prilkop.

Sentí un atisbo de sorpresa. Vi una negrura eterna y una dispersión de luces que brillaban cada una con una intensidad distinta. Era como estar tendido de espaldas en lo alto de una torre contemplando una noche de verano. En aquel momento, sin embargo, no lo interpreté de ese modo. En aquel momento, viajaba a la deriva entre las estrellas. Pero no me caía. No pensaba, no me hacía preguntas. Estaba allí, sin más. Había una estrella que refulgía más que el resto, y me vi atraído por ella. No sabía si yo me desplazaba en su dirección o si ella se aproximaba a mí. No sabía nada, porque, si bien era consciente de las cosas, no parecían tener la menor relevancia. Experimenté una interrupción de la vida, del interés, una interrupción de todos los sentimientos. Cuando me encontraba junto al astro, intenté adherirme a él. Esto no requirió ninguna voluntad ni intención por mi parte. Más bien, ocurrió lo mismo que sucede cuando una gota pequeña de agua comienza a fundirse con otra contigua. La estrella, empero, se

desprendió de mí y, en ese momento que dedicó a evaluarme, recobré la conciencia de mí mismo.

¿Cómo? ¿Otra vez tú? ¿Tan ferviente es tu deseo de quedarte aquí? Eres excesivamente diminuto, ¿lo sabías? No estás terminado. No posees la entidad suficiente para existir aquí sin ayuda. ¿Eres consciente de ello?

¿Consciente de ello? Como un párvulo que estuviera aprendiendo a hablar, repetí sus últimas palabras en un intento de dotarlas de significado. Fascinado por la bondad con que me trató, sentí el anhelo de sumergirme en ella. Para mí, estaba hecha de amor y aceptación. Habría rebasado todos mis límites, si ella me hubiese dejado, para mezclar lo que yo había sido con lo que ella era, sin dudar. No volvería a albergar conocimiento, ni pensamiento ni temor alguno.

Sin necesidad de que yo le dijera nada, ella parecía ser consciente de mi voluntad.

¿De verdad es eso lo que deseas, pequeño? ¿Renunciar a tu ser, antes incluso de haberlo completado? No imaginas lo mucho que podrías llegar a crecer.

Crecer, repetí, y de pronto esta sencilla palabra cobró fuerza y me devolvió a la existencia. Viví un instante de entendimiento pleno, como si hubiera regresado a la superficie tras una zambullida abisal y tomado una profunda bocanada de aire. Molly y Ortiga, Dedicado y Percán, Paciencia y Tordo, Chade y Kettricken, todos regresaron a mí en una oleada de posibilidades. El temor se entremezclaba de una forma demencial con la esperanza ante lo que podría llegar a ser a través de ellos.

Ah. Imaginaba que habría algo más para ti. Entonces ¿deseas regresar?

Regresar.

¿Adónde?

A Torre del Alce. Con Molly. Con Ortiga. Con mis amigos.

Creo que las palabras carecían de significado para ella. Estaba más allá de todo eso, más allá de la capacidad de sentir amor por personas o lugares determinados. En cambio, creo que sí llegó a percibir mi anhelo.

Muy bien. Entonces regresa. La próxima vez, ten más cuidado. O, mejor aún, procura que no haya ninguna próxima vez. No hasta que estés preparado para quedarte.

De un modo muy repentino, tenía cuerpo. Se encontraba tendido boca abajo sobre la hierba que alfombraba una fría ladera. De alguna forma, seguía siendo

las dos bolsas que me había echado al hombro. Continuaban encima de mí. Cerré los ojos. Las briznas de hierba me hacían cosquillas en la cara y tenía algunas pizcas de tierra pegadas a la nariz. Tomé aire a través de la confusión de barro y hierba, de ovejas y deyecciones, pero el asombro que sentí ante su complejidad me vació de todo pensamiento. Creo que me quedé dormido.

Despuntaba el alba cuando desperté. Tiritaba de frío, pese a los manuscritos que me servían como manta. Los miembros se me habían agarrotado y tenía la piel moteada de rocío. Me senté gruñendo y todo dio vueltas lentamente a mi alrededor hasta que me tumbé de nuevo. Las ovejas que levantaron la testa, sorprendidas al ver que me agitaba, contaban con un grueso abrigo de lana. Me apoyé sobre las manos y las rodillas, me levanté, tambaleándome, y miré en derredor como un cordero recién nacido mientras intentaba encajar las piezas que componían mi vida. Realicé varias inspiraciones lentas y profundas, pero no logré sentirme mucho mejor. Decidí que después de comer y dormir debidamente no tardaría en recuperarme, y que para ello debía volver al castillo de Torre del Alce.

Me eché un talego al hombro y dejé el otro en el suelo para llevarlo a rastras. Al menos, esa era mi intención. Di tres pasos y caí a plomo. Me sentí, si acaso conservaba alguna sensibilidad, peor que cuando emergí de las piedras. Prilkop tenía razón, admití a regañadientes, y me pregunté con inquietud cuánto tiempo transcurriría hasta que me atreviera a cruzar los portales de nuevo. En cualquier caso, ahora tenía problemas más urgentes que resolver.

Emprendí una búsqueda por medio de la Habilidad. Apenas podía concentrarme lo justo para controlarla y, cuando di con la música de Tordo y a continuación con él, comprobé que ya se había puesto en contacto con Dedicado y con Chade. Intenté introducirme, pero no fui capaz. Los pensamientos de todos ellos tamborileaban contra los míos. No parecía que estuvieran enviando información, sino llevando a cabo algún ejercicio de la Habilidad. Percibí la presencia de Ortiga, que flotaba como un perfume sutil. Quiso asirse al círculo que formaban e incluso estuvo a punto de aferrarse, pero después se disipó de nuevo. Aproveché el silencio desilusionado que se instaló tras su intento fallido para lanzar mi Habilidad exangüe.

Tordo. No me encuentro bien. ¿Puedes venir a recogerme donde las Piedras Testigo? Trae

un poni, o un burro, y un carro. No creo que me queden fuerzas para cabalgar. Traigo dos talegos grandes llenos de manuscritos.

Sentí un mudo embate de asombro procedente de todos ellos. Acto seguido, un chaparrón de preguntas.

¿Dónde estabas?

¿Estás herido? ¿Te han atacado?

¿Alguien te mantenía cautivo?

Acabo de atravesar las piedras. Estoy débil. Mareado. Prilkop me avisó de que no debía usarlas con demasiada frecuencia. Interrumpí aquí mi llamada, presa de las náuseas y el aturdimiento. Me tendí de costado sobre la hierba. Dado el frío de la mañana, me tapé la mitad del cuerpo con uno de los talegos y me quedé quieto, tiritando.

Vinieron todos. Al oír un tumulto, abrí los ojos y vi los zapatos y la falda de montar de Ortiga. Un sanador me incordió cuando se puso a palparme todo el cuerpo en busca de algún hueso roto y a examinarme los ojos. Me preguntó si alguien me había atacado. Conseguí decir que no con la cabeza.

—Pregúntale dónde ha estado metido este último mes —le pidió Chade—. Llevamos esperando estos manuscritos desde antes de que regresásemos a Torre del Alce.

Cerré los ojos y me mordí la lengua. El sanador y su ayudante me subieron a un carro. Apilaron los documentos a mi lado. El armazón comenzó a tambalearse en su descenso por la ladera herbosa. Chade y Dedicado cabalgaban a uno de los lados con aspecto grave. Tordo avanzaba por detrás a lomos de un poni robusto, con el que se defendía bastante bien. Ortiga montaba una yegua, sin duda criada por Burrich. Nos seguían varios guardias montados, en cuyo rostro se adivinaba el gesto tenso de quienes esperaban enfrentarse al menos con un enemigo fácil, aunque aún confiaban en que se produjera una escaramuza. No dije mucho, temeroso de que mis palabras llegasen a oídos equivocados.

Sentía que una yunta de bueyes atascados me estuviera revolviendo los sesos. Su batir sacó a flote las antiguas leyendas de las piedras verticales. Los amantes se adentraban en ellas para escapar de los padres furibundos y, cuando regresaban al cabo de un año o de una década, descubrían que ya nadie recordaba aquellas riñas. Eran las puertas a la tierra de los Tragones, donde un

año podía transcurrir en un día. O viceversa. Recordé, con vaguedad, mi paso por la negrura estrellada. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Varias semanas? Chade había hablado de un mes. Obviamente les había dado tiempo a regresar hasta Torre del Alce desde Mayle. Porque aquí estaban. Esboqué una sonrisa al reparar en lo «rápido» que había elaborado este razonamiento.

Cuando llegamos al castillo de Torre del Alce, Chade se llevó a los guardias con el cargamento de manuscritos. El príncipe me cogió la mano y me dio las gracias por el trabajo bien hecho, como si le estuviera hablando a un soldado cualquiera que hubiese llevado a cabo un cometido que entrañara algún riesgo para su vida. Con la ayuda del contacto físico, canalizó su Habilidad hacia mi mente. Apenas si lo oí.

Vendré a verte pronto. Ahora descansa.

Ortiga y Tordo se marcharon tras él y a mí me ayudaron a llegar a la enfermería, donde sentí un gran alivio al quedarme acostado sin pensar en nada. Creo que transcurrieron varios días. Me costaba seguir algunas cosas, como el paso del tiempo. Los dolores de cabeza y los mareos remitieron, pero, aun así, seguía anonadado. Había estado en un lugar vasto y había experimentado algo inmenso, y aunque lo sabía no acertaba a describirlo ni a explicármelo a mí mismo. Se trataba de un suceso tan significativo y extraordinario que se oponía al sentido y la importancia que le daba a mi vida. Las cosas más nimias me llamaban la atención: el baile de las motas de polvo al atravesar un haz de sol, la lana rugosa y tejida que conformaba mi manta, la textura de la madera de la que estaba hecho el armazón de la cama. No era que no pudiese emplear la Habilidad, sino más bien que no veía ningún motivo para hacerlo, ni conseguía concentrar las fuerzas y la atención necesarias para ello.

Me alimentaban bien y me dejaban descansar. Las visitas iban y venían sin que yo les diera importancia alguna. En un momento dado abrí los ojos y vi a Cordonia escrutándome con pétrea desaprobación. Volví a cerrarlos. El sanador no podía hacer nada para curarme y a menudo comentaba cerca de mí en voz alta que a su juicio yo era un holgazán que se fingía enfermo. Trajeron a una mujer mayor, ancianísima, para que me examinase. Una vez que nuestros ojos se encontraron, asintió de forma categórica y sentenció:

—Ah, sí, tiene esa mirada picoteada por los Tragones. Los Tragones se lo

llevaron bajo la tierra y se alimentaron de él. Se sabe que moran en una madriguera allí arriba, cerca de las Piedras Testigo. De vez en cuando atrapan a un cordero recién nacido, o a un niño o incluso a un hombre fornido si lleva unas cervezas de más y se extravía por allí. —Asintió con ademán experimentado y aconsejó—: Dadle té de menta y sazónad sus filetes con tanto ajo que termine apestando. No lo soportan, así que no tardarán en dejarlo marchar. Cuando las uñas le hayan crecido lo bastante para cortárselas, y se las corte, quedará libre.

Y así, me trajeron una chuleta de cordero bien untada en ajo y acompañada de un té de menta, me dieron por curado y me sacaron de la enfermería. Acertijo me estaba esperando. Me dijo que parecía un gahnápiro. Me llevó a las saunas, que estaban atestadas de guardias alborotadores que se carcajaban de un modo demasiado estruendoso, y después, como hacían los guardias cuando de verdad necesitaban purificar el cuerpo, hizo que me adentrara con él en el caos absoluto que imperaba alrededor de las mesas de los guardias y me persuadió sin el menor esfuerzo para que bebiera una cerveza tras otra con él, hasta que tuve que salir tambaleándome para vomitar. La batahola de las conversaciones y las risas hizo que me sumiera en una extraña soledad. Un guardia joven me preguntó seis veces dónde había estado, y al cabo le aclaré con sencillez:

—Me perdí durante el regreso.

Esta respuesta me convirtió en el ocupante más ingenioso de la mesa durante cerca de una hora. Si el muchacho esperaba que a continuación le revelase todo cuanto me había acontecido, fracasó en su intento. Aunque, por incomprensible que pareciese, empecé a encontrarme mejor, como si la violencia con que mi cuerpo había protestado por el maltrato sufrido me hubiese convencido de que, en efecto, era humano y debía hacer algunas concesiones. Desperté al día siguiente en los cuarteles, hediondo y sudoroso, y regresé a las saunas. Me afeité la barba mugrienta, me restregué con sal y me asecé todo el cuerpo con agua fría. Me puse un uniforme de guardia limpio, ya que mi baúl había regresado junto con la compañía y los pertrechos enviados a la misión, y desayuné un sencillo y frugal cuenco de gachas en la abarrotada y bulliciosa sala de guardias. Junto a la liza de los soldados, la trápala y la barahúnda procedentes de la cocina sugerían que también allí se estaba librando una contienda, con todo

un ejército de pinches de cocina enfrascados en la batalla.

Dado que ya me encontraba mejor que durante los últimos días, crucé la puerta oculta que había cerca del patio de la lavandería para acceder al laberinto de Chade y subir al taller.

La mesa de trabajo estaba cubierta de manuscritos aceitosos extendidos para ser limpiados y copiados. Había manzanas frescas en una cesta que descansaba junto a las sillas del hogar. La última vez que estuve en esta habitación aún no habían madurado. Ese sencillo hecho me impresionó más de lo que esperaba. Me senté, me concentré y me proyecté hacia Chade.

¿Dónde estás? Traigo un informe para ti. Necesito que alguien me ayude a entender esto.

¡Ah! Celebro saber de ti. Me vendría muy bien conocer ese informe. Estamos en la torre de Veraz. ¿Puedes subir?

Supongo que sí. Pero no corriendo. Esperadme.

Emprendí el ascenso, pero en efecto tuvieron que esperarme. Cuando emergí del costado del hogar, me quedé anonadado, puesto que lady Ortiga (inequívocamente «lady» Ortiga, compuesta con un vestido verde dotado de un cuello de encaje) estaba sentada ante la espaciosa mesa junto a Chade, Dedicado y Tordo. No pareció sorprenderse demasiado al verme aparecer. Retiré una liana de telarañas que pendía ante mis ojos y sacudí los dedos para echarla a la lumbre. A continuación, sin saber muy bien cómo actuar, los saludé a todos con una cortés reverencia de guardia y me erguí como si esperase a recibir sus órdenes.

—¿Seguro que te encuentras bien? —me preguntó Dedicado, que se acercó para ofrecerme su brazo y ayudarme a sentarme con ellos.

Yo era demasiado orgulloso para aceptarlo y, ni siquiera sentado ante la mesa, supe cómo proceder. Chade debió de reparar en el modo furtivo en que yo miraba a Ortiga, ya que profirió una carcajada y me dijo:

—Traspié, ahora forma parte del destacamento. Tendrías que haber imaginado que esto terminaría por ocurrir.

Deslicé los ojos hasta ella. Su mirada punzaba como un puñal y sus palabras brotaron igual de cortantes y gélidas cuando decidió lacerarme con ellas.

—Sé cómo te llamas, Traspié Hidalgo Vatídico. Y también sé que soy tu hija bastarda. Mi madre nunca había conocido a ningún Tom Mechatejón, ¿sabes? Así que, cuando estabas en la enfermería, se acercó a ver al que afirmaba ser su

viejo amigo. Después salió y me lo contó todo. Todo.

—Ella no lo sabe «todo» —repliqué sin fuerzas.

De pronto no se me ocurría qué más decir. Chade se levantó aprisa, sirvió una copa de coñac y me la tendió. La mano me temblaba tanto que a duras penas logré acercármela a los labios.

—Vaya, tu madre acertó cuando te dio tu nombre —observó un mordaz Dedicado.

—Al igual que la vuestra —respondió Ortiga con dulzura.

—Parad ya. Dejaremos ese asunto a un lado mientras Traspié nos cuenta dónde estuvo mientras los guardias peinaban todo el reino en su busca —intervino Chade con llamativa firmeza.

—¿Molly está aquí? ¿En Torre del Alce?

—Todos están en Torre del Alce. El mundo entero ha venido por el Festival de la Cosecha. Mañana por la noche. —Aclaró Tordo con satisfacción—. Yo ayudo a pensar las manzanas.

—Mi madre está aquí. Y todos mis hermanos. Quienes no saben nada acerca de esto, y mi madre y yo hemos decidido que es mejor así. Están aquí porque durante el Festival de la Cosecha se va a homenajear a mi padre por su labor durante la cacería del dragón. Y también a Vencejo y al resto del destacamento de la Maña.

—Bien. Me alegro —dije, y hablaba en serio, pero mi voz sonó apagada.

No se debía solo a que acabase de enterarme de que el Festival de la Cosecha se celebraría mañana. Me sentía despojado de dignidad y de control sobre mi vida. Y extrañamente liberado por ello. Me habían arrebatado la capacidad de decidir cuándo y cómo decirle a Molly que seguía vivo. Me había visto. Sabía que estaba vivo. Quizá la siguiente jugada le correspondiese a ella. La idea que siguió a esa posibilidad me deprimió. Quizá ya la hubiese realizado. Había elegido alejarse de mí.

—¿Traspié? —Me di cuenta de que Chade ya me había llamado varias veces cuando me tocó el brazo. Me retorcí y volví a ser consciente de las personas que ocupaban la mesa. Dedicado parecía compadecido; Ortiga, distante; y Tordo, aburrido. Chade me puso la mano en el hombro y me lo apretó con delicadeza —. ¿Querías informar al destacamento de dónde has estado y qué te ha

sucedido? Tengo mis sospechas, pero preferiría que tú me las confirmaras.

La costumbre me llevó a comenzar por la última vez que el anciano supo de mí. Les estaba contando despreocupadamente cómo entré en la morada del Hombre Negro cuando de pronto preferí no compartir con ellos todo lo que el bufón había dicho. Así, bajé la vista hasta mis manos, que mantenía detenidas sobre la mesa, y les ofrecí un resumen, omitiendo todos los detalles íntimos que pude. De todos los presentes quizá solo Chade se hacía una vaga idea de lo que significaba para mí separarme del bufón. Sin pensarlo, dije en voz alta:

—Pero no volví, y decís que me marché hace más de un mes. No sé qué pensarán de esta ausencia. Quiero regresar, pero ahora los pilares me provocan un rechazo que antes no sentía.

—Y bienvenido sea ese rechazo, si debemos fiarnos de lo que he leído en los manuscritos de la Habilidad que trajiste. Pero ya hablaremos de eso. Continúa.

Les relaté, por tanto, cómo me puse en marcha para recuperar los manuscritos y deshacerme del cadáver de la mujer. Chade, fascinado por la magia con la que los vetulus generaban luz y calor, me hizo decenas de preguntas sobre los cubos de piedra de la memoria, a las que no supe responderle. Noté que ardía en deseos de realizar el viaje y explorar por sí mismo aquel reino preñado de magia. Proseguí hasta el momento en que me despedí de Prilkop e inicié el interminable recorrido a través de los pilares. Cuando mencioné al ser que me rescató, Dedicado se irguió en su asiento.

—Igual que los que encontramos en la playa de los Otros.

—Sí y no. Creo que allí nuestra mente estaba en su mundo. En los pilares también mi cuerpo se encontraba presente. Desde que he regresado no he dejado de sentirme... raro. Más vivo en cierto modo. Más conectado incluso con los aspectos más ínfimos de este mundo. Y, sin embargo, más solo también.

Me quedé en silencio. Consideraba que no tenía nada que añadir al informe. Me fijé en Ortiga. Esta respondió con una mirada neutra y superficial con la que expresaba que yo no significaba nada para ella entonces ni lo había significado antes.

Chade parecía creer que tenía bastante sobre lo que reflexionar, ya que se apartó de la mesa como si hubiera terminado un almuerzo copioso.

—Bien. Será preciso meditar acerca de este relato para comprenderlo del

todo, y por hoy está bien de lecciones. Todos tenemos cosas de las que ocuparnos ahora que el Festival de la Cosecha está a la vuelta de la esquina. Esta noche habrá una reunión, en el Gran Salón, con música, baile, malabaristas y bardos. Muchos de nuestros amigos marginados asistirán al evento, así como todos nuestros duques. Estoy seguro de que a los demás os veré allí esta noche.

Al ver que se quedaban en sus asientos y lo miraban sin decir nada, añadió con sequedad:

—Ahora me gustaría hablar con Traspíe a solas.

Tordo se levantó. También Ortiga.

—Después de que yo hable con Traspíe a solas —indicó Dedicado con tranquilidad.

Tordo lo miró perplejo, pero al instante siguiente solicitó:

—Y yo.

—Yo no —dijo Ortiga fríamente según se encaminaba hacia la puerta—. No creo que tenga nada de lo que hablar con él.

Tordo permaneció clavado donde estaba, los ojos saltando de Ortiga a Dedicado, obviamente indeciso. Le sonreí.

—Más tarde podremos pasar juntos todo el tiempo que quieras, Tordo. Te lo prometo.

—Ajá —asintió de súbito, después de lo cual se apresuró para llegar a la puerta antes de que se cerrara del todo tras Ortiga. Salió con ella.

Dedicado miró a Chade, que se retiró para situarse junto a la ventana con vistas al mar. Estaba claro que Dedicado tenía otra idea. Como también estaba claro que el consejero y el príncipe seguían librando una lucha de poder. Dedicado ocupó la silla contigua a la mía y la acercó un poco más. Cuando empezó a musitar, supuse que me transmitiría su preocupación por la narcheska y sus desposorios.

—He hablado con ella largo y tendido sobre ti. Ahora está muy enfadada contigo, pero creo que, si le das un poco de tiempo, terminará por calmarse y escucharte.

Necesité un instante para entender a quién se refería.

—¿Ortiga?

—Quién si no.

—¿Habéis hablado largo y tendido sobre mí con ella?

«Esto pinta cada vez mejor», pensé con amargura. Dedicado percibió mi consternación.

—No me quedaba otro remedio —esgrimió en tono defensivo—. No dejaba de decir cosas como: «Abandonó a mi madre cuando estaba embarazada y jamás quiso venir a verme». No podía permitir que afirmara cosas así, y menos aún que las creyera. Por tanto, le conté la verdad, igual que tú me la contaste a mí. — Momentos más tarde dijo—: ¿Traspié?

—Oh. Disculpadme. Gracias. —Ni siquiera recuerdo en qué estaba pensando.

—Te llevarás bien con sus hermanos. Me gustan. Hidalgo tiende a bravuconear, pero creo que lo hace para compensar el miedo que le suscitan los cambios. Nimbo no se parece en nada a Vencejo. No he conocido unos gemelos más desiguales. Constante hace honor a su nombre, mientras que a Justo le gusta cotorrear como una urraca. Y Hogar, el menor, se pasa el día correteando, riendo e intentando hacer que sus hermanos y Ortega se peleen con él. No le tiene miedo a nadie ni a nada.

—Han venido todos al Festival de la Cosecha.

—Invitados por la reina. Porque Vencejo será laudado y a Burrich se le rendirá homenaje.

—Desde luego. —Miré la mesa en la que mantenía apoyadas las manos. ¿Qué lugar ocupaba yo en todo esto?

—Bien, supongo que es cuanto quería decirte. Me alegro de que te encuentres mejor. Y creo que a Ortega se le pasará, si le das tiempo. Se siente engañada. Te lo advertí. Por extraño que parezca, sospecho que lo que más le enfurecía es que desaparecieses así. Se lo tomó como algo personal, de alguna manera. Pero intuyo que reconsiderará la opinión que tiene de ti, si le das tiempo.

—Creo que no me quedan muchas más opciones.

—No, supongo que no. Pero no quería que lo dieras por imposible, abandonases y te marchases de aquí para no seguir viéndola. Ahora tu lugar está en Torre del Alce. Y también el de ella.

—Gracias.

Apartó la vista de mí.

—No sé explicarte lo que significa para mí tenerla en la corte. Es franca y directa. Nunca había entablado con ninguna chica la amistad que puedo mantener con ella. Supongo que se debe a que somos primos.

Asentí, sin estar seguro de que eso fuese cierto, pero contento por ello de todas maneras. Si Ortiga contaba con la amistad del príncipe, tenía un protector muy poderoso en la corte.

—Debo irme. Me he saltado las dos últimas pruebas de vestuario para el Festival de la Cosecha. Te lo juro, se desquitan con Tordo, pinchándole con los alfileres «por accidente», si yo no estoy ahí para defenderlo. Así que más vale que me dé prisa.

Asentí también a eso, y un instante después, de algún modo, el príncipe se había levantado y escabullido por la puerta, momento en que la habitación quedó en silencio, sin que yo entendiera muy bien cómo había ocurrido todo. Chade posó una copa de coñac ante mí dando un golpetazo firme en la mesa. Miré la bebida y luego levanté los ojos hacia él.

—Puede que la necesites —observó en tono amable. A continuación reveló —: El bufón estuvo aquí, hace dos semanas. Daría lo que fuese por saber cómo va y viene sin que nadie lo vea, pero siempre lo consigue. Oí que llamaban a la puerta de mi salón privado, a altas horas de la noche. Y cuando abrí, ahí estaba. Cambiado, por supuesto, como tú decías. Marrón como una pepita de manzana, por completo. Parecía cansado y un tanto enfermo, pero supongo que podría deberse al hecho de haber viajado por los pilares. No me habló del Hombre Negro ni de nada que no fueses tú. Sin duda esperaba encontrarte aquí. Eso me asustó.

Posé en la mesa la copa de coñac vacía. Chade volvió a llenármela sin preguntar.

—Cuando le dije que no te habíamos visto, pareció quedarse consternado. Le dije que te habíamos buscado por todas partes y que yo albergaba la sospecha de que te habías marchado con él. Nos preguntó si habíamos empleado la Habilidad; le respondí que por supuesto que sí, pero que no nos había servido para encontrar rastro alguno de ti. Me dio el nombre de una posada en la que llevaba una semana alojado y me pidió que le enviase un emisario de inmediato

si recibía alguna noticia tuya. Al terminar la semana vino a verme de nuevo. Parecía haber envejecido una década. Me dijo que te había estado buscando por su cuenta, sin resultados satisfactorios. Después anunció que debía marcharse, pero que deseaba dejarme algo para ti. Ninguno de los dos esperábamos que llegaras a recogerlo algún día.

No necesité pedirle que me lo diera. Sacó un manuscrito sellado, no más voluminoso que el puño de un niño, y una bolsita hecha con tela de los vetulus. Supuse que estaría confeccionada a partir de la túnica cobriza. Los miré, sin hacer el menor intento de tocarlos mientras Chade me observaba.

—¿Dijo algo? Quiero decir, si te dio algún mensaje para mí.

—Creo que eso es lo que son estas cosas.

Asentí.

—Percán vino a verte cuando estabas en la enfermería. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. ¿Cómo se enteró de que estaba aquí?

—Creo que últimamente pasa mucho tiempo en esa taberna de los juglares. Cuando te estábamos buscando, hicimos correr la voz entre los juglares, por supuesto. Estábamos desesperados por oír cualquier rumor sobre ti, así que Percán se enteró de que esperábamos que Tom Mechatejón estuviera en Torre del Alce, pero no era así. Más adelante, cuando te encontraron, la nueva llegó también enseguida, cómo no, a oídos de los juglares. Así que lo supo por ellos. Deberías ir a verlo pronto y tranquilizarlo.

—¿Frecuenta la taberna de los juglares?

—Eso he oído.

No le pregunté de labios de quién ni por qué el consejero de la reina tenía que estar al corriente de los hábitos de un aprendiz de carpintero.

—Gracias por ocuparte de él —me limité a decirle.

—Te dije que lo cuidaría. Tampoco es que lo haya hecho demasiado bien. Traspíe, lamento decirte esto. Desconozco los detalles, pero tengo entendido que se metió en algún lío en la ciudad y ha perdido su puesto de aprendiz. Hace un tiempo que se aloja con los juglares.

Meneé la cabeza, abatido. Tendría que haberme ocupado mejor de él. Había llegado el momento de imponerle un poco de disciplina de una vez por todas. Me propuse salir en busca de Estornino por si sabía de algún rumor sobre el

paradero de mi hijo. Me sentía culpable y lamentaba no haber ido a verlo antes de que sucediera todo esto.

—¿Alguna otra noticia que deba conocer?

—Lady Paciencia me soltó un abanicazo bastante rotundo cuando supo que llevabas varios días en la enfermería y nadie la había informado.

Me reí sin ganas.

—¿En público?

—No. Con la edad se ha vuelto un poco más discreta. Me convocó a una reunión privada en sus aposentos. Cordonia me estaba esperando. Entré, Cordonia me ofreció una taza de té y en ese momento apareció Paciencia y me azotó con su abanico. —Se frotó la cabeza por encima de la oreja y añadió con aflicción—: Podrías haberme dicho que sabía que estabas vivo y te hacías pasar por guardia. Algo que estima extremadamente insultante, por cierto.

—No he tenido ocasión. Entonces ¿está enfadada conmigo?

—Por supuesto que sí. Pero no tanto como lo está conmigo. Me llamó «vieja araña» y amenazó con fustigarme si no dejaba de molestar a su hijo. ¿Cómo ha establecido una relación entre tú y yo?

Negué con la cabeza despacio.

—Siempre ha sabido más de lo que parece.

—Desde luego. Ya era así incluso cuando tu padre vivía.

—Iré a hablar con Paciencia también. En fin, se diría que mi vida está más embrollada que nunca. ¿Qué tal marchan los grandes asuntos de Torre del Alce?

—Tus planes han salido muy bien. Los duques que no partieron hacia las Islas del Margen durante la primera salida del príncipe Dedicado celebran la oportunidad de hacer negocios con los kaempras que han estado llegando. Algunos opinan que podrían obtener suficientes beneficios para convencer a la Hetgurd de que acabe con los asaltos. No sé si tienen esa autoridad, pero si todos los duques dicen, con firmeza, que los acuerdos mercantiles dependen de que se ponga fin a los saqueos, quizá la Hetgurd acceda. Puede que te sorprenda oírlo, pero incluso se ha llegado a hablar de algunas propuestas de matrimonio entre la nobleza de los Seis Ducados y los clanes de las Islas del Margen. Hasta ahora todos eran kaempras que se ofrecían a unirse a nuestras «casas maternas», en vista de lo cual hemos tenido que prevenir a nuestros nobles de que el

concepto que los marginados tienen del matrimonio no siempre concuerda con el sentido de permanencia que le otorgamos nosotros. Aunque algunas uniones podrían funcionar. Varios de nuestros nobles más relevantes tienen hijos menores que podrían ofrecerles a los clanes marginados. —Se reclinó en la silla y se sirvió una copa de coñac—. Incluso podríamos alcanzar una paz duradera, Traspie. Llegaría a vivir la paz con los marginados. A decir verdad, nunca creí que mis ojos lo verían. —Tomó un sorbo de su copa y añadió—: Aunque no venderé la piel del oso antes de cazarlo. Aún queda mucho por hacer. Me gustaría que Dedicado fuese designado Rey a la Espera antes de que termine el invierno, pero me temo que no será tarea fácil. El muchacho sigue pecando de irreflexivo e impetuoso. Le he advertido, una y otra vez, que la corona se ha de ajustar a la cabeza del rey, no a su corazón. Ni a otras partes más bajas. Debe demostrarles a los duques que posee el comedimiento de un hombre y el buen juicio de un monarca, no el apasionamiento de un jovencito. Tanto Haza como Lumbrales dicen que prefieren que se case primero o que pasen unos años hasta que se sosiegue antes de nombrarlo Rey a la Espera.

Deslicé mi copa de coñac hacia él, que la llenó también.

—No has comentado nada sobre los dragones. ¿No ha habido problemas, entonces?

Se permitió una sonrisa irónica.

—Creo que a las gentes de los Seis Ducados les decepciona no haber vislumbrado una sola escama de esos dragones. Se habrían deleitado viendo a Yama de Hielo derribar nuestras puertas para ofrecerle su testa a nuestra reina. O eso creen. Por lo que a mí respecta, estoy más que conforme con la situación actual. De lejos los dragones son unas asombrosas y nobles criaturas de leyenda. Por lo que he vivido de cerca con ellos, sospecho que regoldarían muy noblemente después de engullirme.

—Entonces ¿crees que han vuelto al Mitonar?

—Estoy seguro de que no. La semana pasada llegó un emisario de los Comercios para preguntar por Tintaglia. Por lo que decían en el manuscrito, no sé si les preocupaba el bienestar de la dragona o si estaban desesperados porque ahora eran los únicos que podían sustentar a una camada de dragones incapaces de volar. Iba a responderles que no teníamos ni idea de qué había sido de ellos

después de que Yama de Hielo se presentase en la casa materna del Narval. En ese momento apareció Ortiga. Dijo que Tintaglia y Yama de Hielo se estaban alimentando y apareando, y que se encontraban concentrados por completo en esas dos actividades. No supo indicar dónde; solo se comunica con Tintaglia de forma intermitente, y el concepto de geografía que tienen los dragones difiere mucho del nuestro. Pero se estaban alimentando a base de osos marinos. Por eso deduzco que partieron hacia el norte. Puede que aún lleguemos a verlos si un día deciden emprender el vuelo de regreso al Mitonar.

—Presiento que volveremos a saber de ellos. Y ¿qué hay de las cuestiones domésticas? ¿Se ha resuelto el asunto de la Vieja Sangre?

—La Vieja Sangre ha derramado mucha sangre durante nuestra ausencia. Ha llevado a varios ducados a preguntarse si la Vieja Sangre no correrá con más vigor por las venas de la nobleza del que imaginaban. Incluso circulaba un rumor sobre Celeridad de Osorno, según el cual cabía la posibilidad de que ella y su halcón vieran con los mismos ojos. Sobrecogedor. Estas revelaciones surgen en plena ola de resarcimientos, cuando un asesinato conduce a otro. A Kettricken le ha costado mucho arreglárselas para mantener el orden. Pero lo importante es que la Vieja Sangre parece haber exterminado «la plaga de los picazos». A Telaraña le espantaron las noticias que recibió cuando llegó a casa. Ha luchado, con más fuerzas que nunca, para que la Vieja Sangre se dé a conocer y se haga respetar. En algunos aspectos, la sangría ha supuesto un revés para él. Irónicamente, ha sugerido que se funde un asentamiento para los de la Vieja Sangre, donde puedan demostrar su diligencia y su civismo. Lo que antes rechazaban por miedo a que se produjera una matanza ahora lo proponen como forma de demostrar su inocuidad. Siempre que no los provoquen. La reina lo está considerando. La ubicación requeriría interminables negociaciones. Son muchos los que ahora recelan de la Maña más que nunca.

—En fin, supongo que no todo podía marchar sobre ruedas. Al menos puede que ahora pase a ser algo más conocido.

Reflexioné por unos instantes. ¿Celeridad de Osorno Mañosa? Me costaba creerlo. Pero si echaba la vista atrás, tampoco podía negarlo categóricamente.

—¿Y lord Traspié Hidalgo Vatídico? ¿Se dejará ver en público al fin?

—Cómo, ¿solo lord? Pensaba que ascendería a rey. —Articulé una carcajada,

pues nunca antes había visto a Chade quedarse mudo—. No —decidí—. No, creo que dejaremos que lord Traspíe Hidalgo Vatídico descanse en paz. Aquellos a los que quiero lo saben. Es lo único que me ha importado siempre.

Chade asintió con aire meditabundo.

—Desearía un final feliz propio de la juglaría para tu historia, «mucho amor y muchos hijos», pero creo que no llegaría a cumplirse.

—Tampoco se ha cumplido para ti.

Me miró por un momento antes de apartar la vista.

—Yo te tenía a ti —dijo—. Pero para ti tal vez yo podría haber muerto sin ser nada más que una «vieja araña» oculta tras las paredes. ¿Nunca reparaste en eso?

—No, nunca.

—Tengo cosas que hacer —anunció de pronto. Al levantarse, apoyó una mano sobre mi hombro y me preguntó—: ¿Estarás bien ahora?

—Tan bien como cabe esperar —respondí.

—Te dejo, entonces. —Bajó la vista para añadir—: ¿Procurarás tener más cuidado? No fue fácil para mí, cuando desapareciste. Creía que habías abandonado Torre del Alce y renegado de los deberes de tu sangre, y después, cuando apareció el bufón, temí que estuvieras muerto en alguna parte. De nuevo.

—Me andaré con tanto cuidado como tú —le prometí. Me miró con una ceja enarcada y asintió.

Cuando hubo salido permanecí sentado un rato mirando la bolsa y el manuscrito. Primero abrí el documento. Reconocí la letra meticulosa del bufón. Leí el texto en su totalidad dos veces. Era un poema acerca de un baile, además de una despedida. Entendí que lo había escrito antes de enterarse de mi ausencia. En fin. No había cambiado de opinión. Prilkop y él se habían detenido aquí solo para despedirse de mí, no porque ahora pensase de otro modo.

La bolsa presentaba un contorno abultado y pesaba bastante. Cuando desaté la tersa tela, una piedra de la memoria del tamaño de mi puño rodó por la mesa. Había sido tallada por los dedos Habilidadosos del bufón, no me cabía ninguna duda. Le di un empujoncito con cuidado, pero no noté más que su textura pétrea. La levanté para examinarla. Tenía tres caras, cada una de las cuales se

fundía con las otras dos. Éramos Ojos de Noche, yo y el bufón. Ojos de Noche me observaba, las orejas levantadas y el hocico orientado hacia abajo. El siguiente rostro me representaba a mí de joven, sin cicatrices, con los ojos bien abiertos y los labios un tanto separados. ¿De verdad había sido tan joven alguna vez? Y el bufón se había autorretratado con rostro de bufón, tocado con un gorro laxo, con su luengo dedo índice posado sobre sus labios fruncidos y las cejas bien enarcadas en un gesto festivo.

No fue hasta que acuné la talla en mi mano cuando esta despertó y me reveló los recuerdos con que el bufón la había imbuido. Me trajo tres momentos sencillos. Si detenía los dedos sobre el lobo y sobre mí, me veía a mí mismo con Ojos de Noche, durmiendo acurrucados en mi cama, en la cabaña. A Ojos de Noche durmiendo tendido ante el hogar del bufón, en las Montañas, cuando tocaba al bufón y a Ojos de Noche. El último me resultó confuso al principio. Mis dedos se deslizaron sobre el bufón y sobre mí. El recuerdo que tuve me hizo pestañear. Lo contemplé durante unos instantes hasta que entendí que se trataba de otro recuerdo del bufón. Era el aspecto que tenía yo cuando él apretó su frente contra la mía y me miró a los ojos. Dejé la piedra sobre la mesa, desde donde el bufón me dirigió su sonrisa burlona. Le devolví el gesto y, de forma instintiva, puse un dedo en su frente. Oí su voz entonces, tan clara como si lo tuviera a mi lado. «Nunca he sido sabio.» Negué con la cabeza. También el último mensaje que me dejaba tenía que ser uno de sus acertijos.

Recogí mis tesoros, me escurrí por detrás del hogar y volví a colocar el panel en su sitio. Me dirigí a mi taller y los escondí allí. Enseguida Avizor se acercó a mí, cargado de preguntas sobre la falta de salchichas. Le prometí que lo investigaría. Me advirtió que más me valía y me mordió un dedo con firmeza para que no se me olvidara.

Salí del taller y emergí de nuevo en las dependencias principales de Torre del Alce. Di por hecho que Estornino andaría investigando a los juglares visitantes, de modo que me encaminé hacia la estancia de la planta inferior en la que solían ensayar y donde me recibieron calurosamente con viandas y bebidas. La sala estaba atestada de artistas, que competían entre sí de esa forma bulliciosa y cooperativa que los caracteriza, pero no vi ni rastro de Estornino. La busqué en el Gran Salón y en el Salón Menor, aunque sin éxito. Me había dado por vencido

y dirigía ya mis pasos hacia la ciudad de Torre del Alce cuando la vi de lejos en el Jardín de las Mujeres. Estaba dando un paseo con algunas otras damas. Esperé hasta cerciorarme de que me hubiera visto y me dirigí hacia uno de los bancos más apartados. Sabía que iría a buscarme allí y no tuve que esperar mucho.

—Esto no es prudente —me dijo, empero, cuando se sentó a mi lado—. Si nos ven, empezarán a cuchichear.

Puesto que Estornino nunca se había preocupado de esas cuestiones, me quedé desconcertado, e incluso me sentí un tanto dolido.

—En ese caso, te formularé la pregunta que he venido a hacerte y me marcharé. Voy a bajar a la ciudad a buscar a Percán. Tengo entendido que frecuenta una de las tabernas de los juglares, y había pensado que quizá tú sepas cuál es.

Estornino adoptó un gesto de extrañeza.

—¡En absoluto! Hace tiempo que no piso las tabernas de los juglares. Por lo menos cuatro meses. —Se reclinó en el banco, con los brazos cruzados, y me miró expectante.

—¿Tienes alguna idea de cuál podría ser?

Lo consideró por un momento.

—El Saco del Pelicano. Los juglares más jóvenes van allí, para cantar trovas subidas de tono y componer nuevos versos. En ese sitio siempre hay jaleo. — Parecía disconforme. Enarqué las cejas ante su reacción. Me aclaró—: Está bien para los jóvenes que se inician en el arte del canto y el relato, pero para mí ya no es el lugar más apropiado.

—¿Apropiado? —repetí, esforzándome por reprimir una sonrisa—. ¿Desde cuándo te importa lo que es apropiado, Estornino?

Apartó la vista de mí, negando con la cabeza. No me miró a los ojos cuando contestó:

—Debes dejar de hablarme con esa familiaridad, Tom Mechatejón. Y yo no puedo volver a encontrarme contigo, a solas, como ahora. Esos días han terminado para mí.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le espeté entre perplejo y zaherido.

—¿Que qué me pasa? ¿Acaso estás ciego? Mírame. —Se levantó orgullosa, las manos puestas sobre el vientre. Había visto panzas más abultadas en mujeres

más menudas. Fue su postura más que su contorno lo que deslindó la cuestión.

—¿Estás encinta? —pregunté con incredulidad.

Tomó aire y una sonrisa trémula le iluminó el rostro. De pronto volvió a hablarme como la antigua Estornino, dejando afluir las palabras a su boca.

—Es casi un milagro. La sanadora que lord Pescador ha contratado para que me cuide dice que, a veces, justo cuando parece que todo está perdido para la mujer, esta puede quedarse embarazada. Y así ha sido. Ay, Traspié, voy a tener un bebé, un hijo propio. Ya lo quiero tanto que no puedo dejar de pensar en ello, ni de día ni de noche.

Irradiaba felicidad. Pestañeé. A veces había hablado con amargura de su condición de mujer estéril, asegurando que a causa de su incapacidad para concebir jamás disfrutaría de un hogar seguro ni de un marido fiel. Pero nunca había dicho nada del profundo deseo de tener un hijo que debía de sentir desde hacía años. Me dejó atónito. Le dije, con toda franqueza:

—Me alegro mucho por ti. De verdad.

—Sabía que lo celebrarías. —Me tocó el dorso de la mano, breve, levemente. Los días en que nos saludábamos con un abrazo quedaban atrás—. Y sabía que entenderías por qué debo cambiar mis hábitos. Ni un asomo de escándalo ni un comportamiento mínimamente indecoroso por mi parte echarán a perder el futuro de mi hijo. Ahora he de convertirme en una madre decente y centrarme en los asuntos de mi familia.

Por un instante sentí una punzada de envidia malsana.

—Te deseo toda la felicidad del mundo para ti y los tuyos —le dije con voz queda.

—Gracias. ¿Entiendes el porqué de esta despedida?

—Sí. Adiós, Estornino. Hasta siempre.

Me quedé sentado en el banco viéndola alejarse. No parecía caminar, sino deslizarse, con los brazos en torno al vientre como si sostuviera ya a la criatura que estaba por nacer. Mi codiciosa y cantarina pajarilla estaba construyendo ahora un nido para criar a su polluelo. Me invadió cierto sentimiento de pérdida al verla marcharse. De alguna manera, siempre había tenido en Estornino a alguien en quien refugiarme cuando las cosas me iban mal. Eso se había terminado.

Rememoré los días que pasé con ella mientras bajaba a la ciudad de Torre del Alce. Me pregunté si, de no haber volcado mi dolor en el dragón, habría llegado a entregarle alguna parte de mí a Estornino. No podía decir que hubiera compartido muchas cosas con ella. Recordé cómo llegamos a intimar y me asombré de mi propio comportamiento.

El Saco del Pelicano quedaba en un barrio nuevo de la ciudad de Torre del Alce, al que se llegaba subiendo una pronunciada pendiente y descendiendo después, y se sostenía en parte sobre un bosquecillo de pilotes. La taberna llevaba poco tiempo abierta, en el sentido de que no existía cuando yo era un muchacho, aunque sus vigas estaban muy ennegrecidas por el humo y sus mesas acusaban el maltrato característico de las tabernas de los juglares, donde los clientes gustaban de encaramarse a ellas, bien para cantar, o bien para entonar una epopeya.

Todavía era pronto para que los juglares retomaran su actividad, de modo que el establecimiento se encontraba casi vacío. El tabernero estaba sentado en un taburete cerca de la ventana escarchada por la sal, contemplando el mar. Esperé a que mi vista se adaptase a la penumbra perpetua y entonces vi a Percán sentado a solas a una mesa de la esquina. Tenía ante sí varios trozos de madera a los que daba vueltas como si estuviera enfrascado en una suerte de juego con ellos. Se había dejado una barba rala, apenas un ribete de vello rizado que recorría su mentón. Me pareció mal al instante. Me acerqué y me detuve al otro lado de la mesa hasta que alzó la vista y me vio. Se levantó de un salto, profiriendo un grito que alarmó al adormilado tabernero, y rodeó la mesa para darme un abrazo efusivo.

—¡Tom! ¡Estás aquí! ¡Cuánto me alegro de verte! Decían que habías desaparecido. Fui a verte cuando oí que habías regresado, pero estabas dormido como un muerto. ¿El sanador te entregó la nota que le dejé para ti?

—No, no me la dio.

El tono que empleé le sirvió de advertencia. Sus hombros se hundieron un poco.

—Ah. Veo que estás al tanto de las malas noticias que circulan sobre mí, pero apuesto a que no te han comunicado las buenas. Siéntate. Confiaba en que tuvieras ocasión de leerla para no tener que volver a contártelo todo. Me cansa

repetir las mismas palabras una y otra vez, sobre todo ahora que lo hago tan a menudo. —Levantó la voz—: ¿Marn? ¿Podrías servirnos dos jarras de cerveza? Y un poco de pan también, si ya has empezado a sacarlo del horno. —A continuación, volvió a dirigirse a mí—: Siéntate —insistió, al tiempo que se ponía cómodo. Ocupé una silla frente a él. Me miró a la cara y dijo—: Te lo contaré rápido. Svanja me quitó el dinero y se lo gastó en adornitos con los que atraer a un hombre mayor. Ahora es la señora Espigas. Se casó con el pañero, que debe de doblarme la edad con mucho. Que además es acaudalado y ocupa una buena posición. Un hombre importante. En resumen. Esa historia se acabó.

—Y ¿tu aprendizaje? —le pregunté en voz baja.

—Me he quedado sin él —respondió con un hilo de voz—. El padre de Svanja se quejó de mi conducta a mi maestro. El maestro Gindast me dijo que debía cambiar de actitud si no quería abandonar el taller. Fui un estúpido. Dejé mi puesto. Intenté convencer a Svanja de que se escapara conmigo, de que nos marchásemos a nuestra antigua cabaña. Le dije que las cosas serían difíciles, pero que el amor que sentíamos el uno por el otro nos bastaría para ser ricos. Le enfureció que hubiera renunciado al aprendizaje y me dijo que estaba loco si pensaba que ella quería irse a vivir al bosque para ponerse a cuidar gallinas. Cuatro días después la vi paseando del brazo del maestro Espigas. Llevabas razón sobre ella, Tom. Debería haberte escuchado.

Me mordí la lengua antes de decirle que así era. Hundí la mirada en la mesa y me pregunté qué sería ahora de mi hijo. Lo había dejado solo justo cuando más necesitaba a su padre. Intenté determinar qué hacer.

—Te acompañaré —le propuse—. Iremos juntos a hablar con Gindast y le pediremos que lo reconsidere. Se lo suplicaré si es necesario.

—¡No! —rechazó Percán horrorizado. Después articuló una risa y aclaró—: No me has dejado que te lo cuente todo. Como de costumbre, te has quedado con lo peor y has tomado la parte por el todo. Tom. Estoy aquí, con los juglares, y soy feliz. Mira.

Deslizó hacia mí los trozos de madera. Tenían aún una forma tosca, aunque se veía que, si se encajaban los unos con los otros, conformaban un arpa. Había compartido suficiente tiempo con Estornino para saber que la fabricación de un arpa sencilla era uno de los primeros pasos que debían dar quienes se iniciaban

en la juglaría.

—No tenía ni idea de que era capaz de cantar. Bueno, sí que lo sabía, desde luego, pero quiero decir que no imaginaba que tuviera la pericia suficiente para hacerme jugar. Me crie escuchando a Estornino y cantando a coro con ella. No era consciente de cuántos de sus relatos y canciones me sabía de memoria, simplemente por haberla escuchado por las noches. En fin, Estornino y yo hemos tenido nuestras diferencias y no le parece nada bien que tome este camino. Dice que la culparás a ella de mi decisión. Sin embargo, me apoya, y ha hecho correr la voz de que me permitirá cantar sus canciones hasta que componga las mías.

Las jarras de cerveza y el pan recién horneado, aún crujiente y humeante, llegaron a la mesa. Percán partió la hogaza en varios tarugos y le dio un bocado a uno de ellos mientras yo seguía esforzándome por entenderlo todo.

—¿Piensas hacerte jugar?

—¡Sí! Estornino me presentó a un compañero llamado Lengua Serrada. Tiene una voz espantosa, pero por su soltura con las cuerdas se diría que posee un don divino. Está entrado en años, así que le viene bien alguien joven como yo para cargar con los bultos y encender una hoguera cuando la noche nos coja a medio camino entre posada y posada. Nos quedaremos en la ciudad hasta que termine el Festival de la Cosecha, desde luego. Esta noche tocará ante el hogar menor, y tal vez yo pueda cantar una o dos trovas para los niños durante las primeras celebraciones. Tom, jamás sospeché que la vida podía ser tan maravillosa. Me encanta lo que hago ahora. Gracias a todo lo que Estornino me ha enseñado, sin percatarme de ello, ya cuento con el repertorio de un veterano. Aunque ahora necesito fabricar mi propio instrumento y, cómo no, todavía no tengo muchas canciones compuestas por mí. Pero ya irán llegando. Lengua Serrada dice que debo tener paciencia y que, en lugar de ponerme a idear canciones, deje que estas vengan a mí.

—Nunca imaginé que te vería convertido en jugar, Percán.

—Ni yo. —Encogió un hombro y sonrió—. Está bien así, Tom. A nadie le importa quiénes eran o dejaban de ser mis padres, ni si tengo los ojos de distinto color. No he de soportar la rutina de los carpinteros. Ah, puede que me queje de tener que recitar, una y otra vez, hasta que todas y cada una de las palabras

suenen tal como Lengua Serrada quiere, pero no lo encuentro complicado. No sabía que tuviese tan buena memoria.

—Y ¿después del Festival de la Cosecha?

—Ah. Esa será la parte triste. Después me marcharé con Lengua Serrada. Siempre pasa el invierno en Osorno. Así que viajaremos hasta allí cantando y tocando el arpa, y nos alojaremos con su patrón, junto a un buen hogar, hasta la primavera.

—Sin lamentos.

—Solo que te veré menos aún que durante este verano.

—Pero ¿eres feliz?

—Hum. Todo lo que se puede pedir. Lengua Serrada dice que cuando te dejas ir y sigues a tu destino, en lugar de empeñarte en constreñir y dominar tu vida, compruebas que la felicidad te sigue a ti.

—Que así sea contigo, Percán. Que así sea.

Después pasamos un rato hablando de asuntos incidentales mientras nos tomábamos la cerveza. Me admiré ante el hecho de que, pese a haber recibido tantos golpes, siguiera esforzándose por levantarse. Me asombró también que Estornino hubiese intervenido para ayudarlo como lo había hecho, sin decirme una palabra a mí. Que le hubiera dado permiso para interpretar sus canciones me dejaba claro que, en efecto, la juglaresa pretendía dejar atrás su antigua vida.

Me habría pasado el día entero charlando con él, pero miró por la ventana y dijo que debía ir a despertar a su maestro y llevarle el desayuno. Me preguntó si por la noche celebrarían la Víspera de la Cosecha, a lo que le respondí que no estaba seguro, pero que esperaba que él sí disfrutase de los festejos. Me dijo que sin duda lo haría, y nos despedimos.

Crucé la plaza del mercado de camino a casa. Compré flores en un puesto, dulces en otro, y me devané los sesos con desesperación pensando en qué otro regalo llevarle a Paciencia para reconciliarme con ella. Al final, sin embargo, no se me ocurrió nada y me alarmé al darme cuenta del tiempo que había desperdiciado zigzagueando de puesto en puesto. Cuando me encaminé hacia el castillo de Torre del Alce, me fundí con la muchedumbre que subía en la misma dirección. Me situé detrás de un carro cargado de barriles de cerveza y frente a un grupo de malabaristas que iban practicando por el camino. Una de las

muchachas del conjunto me preguntó si las flores eran para mi amada, pero cuando le dije que no, que eran para mi madre, todos se rieron compadeciéndome.

Encontré a Paciencia en sus aposentos, sentada con los pies en alto. Me regañó y lloró por la crueldad que le había demostrado al hacer que se preocupara mientras Cordonia ponía las flores en un jarrón y servía los dulces con té para todos. En realidad, cuando les relaté lo que me había ocurrido, logré congraciarme con ella de nuevo, pero, aun así, se quejó de haber pasado más de diez años sin saber nada de mí.

Intentaba recordar dónde había interrumpido mi narración cuando Cordonia dijo a media voz:

—Molly nos hizo una visita días atrás. Nos gustó mucho volver a verla, después de tantos años. —Al ver que yo no conseguía articular palabra, añadió —: Incluso vestida de luto sigue siendo muy guapa.

—¡Le dije que no debería haber mantenido a mi nieta separada de mí! — exclamó Paciencia de súbito—. Ah, ella tenía todos los motivos del mundo para hacerlo, pero a mí no me vale ninguno.

—¿Discutiste con ella? —pregunté estupefacto. ¿Podían empeorar más las cosas?

—No. Por supuesto que no. Al día siguiente me mandó a la pequeña para que nos conociéramos. Ortiga. ¡Menudo nombre para una niña! Aunque no tiene pelos en la lengua. Me gusta eso en una chiquilla. Dijo que no quería Bosque Blanco ni nada de lo que pudiera adjudicársele porque tú eras su padre. Le contesté que eso no tenía nada que ver contigo, sino con el hecho de que era la nieta de Hidalgo, y que a quién se lo iba a conceder si no. En fin. Creo que terminará dándose cuenta de que yo soy aún más testaruda que ella.

—No por mucho —observó Cordonia satisfecha. Sus dedos retorcidos brincaban sobre el borde de la mesa. Echaba de menos su interminable bordar.

—¿Dijo Molly algo sobre mí? —les pregunté, temiendo la respuesta.

—Nada digno de mención. Sabía que estabas vivo; pero no por mí. Yo sé guardar un secreto. ¡Al parecer, mucho mejor que tú! Se presentó aquí dispuesta a armar un escándalo, creo, pero cuando vio que yo también llevaba muchos años sufriendo, creyéndote muerto, en fin, encontramos muchas cosas de las

que hablar. Y del bueno de Burrich, cómo no. Del buen y obstinado Burrich. Las dos lloramos por él. Fue mi primer amor, ¿lo sabías?, y no creo que una llegue a recuperar nunca el trozo de corazón que le entrega a su primer amor. No le importó que se lo confesara, que una parte de mí seguía enamorada de ese hombre terrible y cabezota. Le aseguré que, por muy mal que se porte tu primer amor, siempre ocupará un hueco en tu corazón. Me dijo que eso era muy cierto.

Me quedé paralizado.

—Sí que lo dijo —convino Cordonia, que deslizó sus ojos hacia mí, como si sopesara cuán estúpido podía llegar a ser.

Paciencia siguió charlando de esto y de aquello, pero ahora me resultaba imposible seguir escuchándola. Tenía la cabeza en otra parte, de paseo por los acantilados ventosos junto a una chica de agitadas faldas rojas. Al cabo comprendí que me estaba diciendo que había de marcharme, que debía empezar a vestirse para las celebraciones de esa noche, ya que ahora necesitaba más tiempo para esas cosas. Me preguntó si yo también asistiría, a lo que le contesté que posiblemente no, que por el momento prefería no dejarme ver en los eventos de la nobleza, donde alguien podría recordar mi rostro. Aunque asintió, me dijo:

—Has cambiado más de lo que crees, Traspicé. De no haber sido por Cordonia, no te habría reconocido si me hubiera cruzado contigo.

Su observación no terminó de reconfortarme. Mientras me acompañaba a la puerta, Cordonia me comentó:

—Bueno, supongo que todos hemos cambiado mucho. A Molly, hoy, la habría reconocido sin ningún problema, pero yo ya no soy la que era. Aunque también Molly ha cambiado. Me dijo una cosa, me dijo: «Figúrate, Cordonia, me han alojado en la Cámara Violeta, en el ala sur. Yo, acostumbrada a residir en las plantas superiores durante mis días de doncella, alojada en la Cámara Violeta, la que ocupaban lady y lord Destello. ¿Te lo puedes creer?». —De nuevo sus ancianos ojos se posaron en mí.

Asentí despacio.

El Festival de la Cosecha

Como requeristeis, os envió un emisario para informaros de que la dragona reina azul Tintaglia y su compañero negro Yama de Hielo han sido avistados. Parecen gozar de buena salud y tener apetito. Les transmitimos que estabais preocupados por su integridad y la de las crías de dragón que quedaron a vuestro cargo. No estamos seguros de que entendieran la gravedad o la urgencia de vuestra necesidad de saber de ellos, como imaginamos que comprenderéis. Parecían muy entregados el uno al otro, y poco dispuestos o interesados en conversar con los humanos.

Misiva de la reina Kettricken
al consejo de los Comercios del Mitonar

La noche me sorprendió en el puesto que solía ocupar detrás de la pared. Por primera vez, me puse a espiar por curiosidad en lugar de por encargo de Chade. Tenía una botella de vino, pan, manzanas, queso, salchichas y un hurón en la cesta que había traído conmigo, además de un cojín sobre el que acomodarme. Me incliné hasta situar el ojo sobre una rendija y observé el remolino que se formaba con el encuentro y la fusión de los Seis Ducados y las Islas del Margen.

Esta noche no se cuidaban demasiado las formalidades. Eso sería mañana. Esta noche había comida en abundancia en las mesas, pero estas bordeaban las paredes a fin de que quedase espacio para bailar. Esta noche los juglares, malabaristas y titiriteros más jóvenes y desconocidos tendrían una oportunidad de demostrar sus habilidades. Esta noche correspondía dejarse llevar por un informal caos y gozar de las perspectivas de la cosecha. Esta noche, los plebeyos y los nobles se entremezclaban en las salas y los patios de la fortaleza. Tal vez no me habría pasado nada de haberme paseado entre ellos, pero no me sentía con ánimo. Así, decidí quedarme escondido para poder observar a los demás y solazarme con su alegría.

Había llegado a mi puesto con la antelación suficiente para presenciar la actuación de Percán. Cantó para los niños, que se habían reunido pronto, puesto que enseguida los mandarían a la cama, y eligió dos trovas cándidas: la del hombre que pretendía cazar a la luna y la de la mujer que sembró una copa para cosechar vino, un tenedor para cosechar carne y así sucesivamente. Esas composiciones siempre le hacían reír cuando se las cantaba Estornino, tanto

como ahora reía el público con él. Parecía hallar un profundo y sincero regocijo en ello, y a su maestro se le notaba muy satisfecho. Di un leve suspiro. Mi hijo se marchaba con los juglares. Quién me lo iba a decir.

Vi también a Vencejo, con el pelo cortado al rape en señal de duelo, paseando con Telaraña. Parecía mayor que la última vez que lo vi, no por su aspecto, sino por su porte. Me alegré de que buscara la compañía de Telaraña y de que contara con un hombre así para instruirlo. Mis ojos siguieron deambulando y, entre los bailarines, distinguí al joven lord Civil. Tenía a una muchacha entre sus brazos y, para mi sorpresa, resultó tratarse de Ortiga. No dejé de observarlos ni de darle vueltas a la cuestión hasta que la pieza terminó, momento en que el príncipe Dedicado le devolvió a su amigo la compañía de lady Sydel y le pidió a Ortiga que le concediera el siguiente baile. El príncipe, pensé, parecía un tanto melancólico a pesar de su aire ceremonioso y agradable. Yo dudaba que fuesen la pareja de Civil o su prima con quienes de verdad él quería bailar. En cuanto a Ortiga, se movía bien, aunque con alguna cohibición, por lo que me pregunté si no se sabría bien los pasos o si se sentiría violenta por la condición de su compañero. Lucía un vestido sencillo, tan sencillo como el atavío del Festival de la Cosecha que llevaba el príncipe, algo en lo que se apreciaba la mano de la reina Kettricken.

El hecho de pensar en la reina me llevó a buscarla con la vista, y no tardé en encontrarla en una silla alta, desde donde supervisaba los festejos. Parecía cansada pero complacida. Chade no estaba a su vera, lo cual me extrañó, hasta que vi que también él se había animado a bailar, con una mujer de cabello llameante a la que probablemente triplicaba la edad.

Una tras otra, mis ojos buscaron y dieron con todas las personas que habían entretejido las partes más importantes de mi vida. Estornino, lady Pescador ahora, había tomado asiento en una silla almohadillada. Su marido permanecía cerca de ella, solícito, y él mismo le traía bebida y comida desde las mesas, como si a los sirvientes no se les pudiera confiar una tarea tan esencial. Entró también lady Paciencia, engalanada con más encajes que todas las demás mujeres juntas, del brazo de Cordonia. Encontraron el extremo de un banco próximo al escenario de un titiritero y se sentaron, dándose empujoncitos, señalando y cuchicheando entre ellas como dos niñas pequeñas. Divisé a lady Romero

charlando con dos kaempras marginados. Estaba seguro de que su sonrisa encantadora y su busto generoso le granjearían una abundancia de información que compartir con lord Chade al día siguiente.

Arkon Hojasanguina estaba allí, abrigado con una capa ribeteada de piel de zorro rojo, discutiendo con fervor sobre algún tema con la duquesa de Osorno. Esta parecía escucharlo por cortesía, pero me pregunté si un acuerdo comercial bastaría para cambiar del todo lo que en el fondo sentía por los marginados. Vi a otros tres que conocía de la reunión de la Hetgurd junto a las mesas de las viandas, y a varios de ellos de pie, mirando perplejos un espectáculo de marionetas. Mis ojos volvieron a quedarse enganchados a Ortiga mientras estaba vagaba en soledad entre la multitud festiva. Un joven fornido se acercó a ella. Por sus rizos bien cortados deduje que sería Hidalgo, el hijo mayor de Burrich. Se pusieron a hablar en medio del tumulto y las risas. Mientras los observaba, una mujer ataviada con un sencillo vestido de un profundo color azul se les acercó, con un reacio niño pequeño de la mano. Sentí una punzada al ver la cabeza rapada de Molly, por completo seguro de que Burrich nunca habría aprobado lo que había hecho con sus trenzas. Su cabeza desnuda le confería un extraño aire juvenil. Sujetaba a Hogar de la mano y señalaba a otro crío, obviamente rogándole a Hidalgo que la ayudase a reunirlos para retirarse a descansar. En lugar de eso, Ortiga alzó entre sus brazos a su hermano menor y se lo llevó dando vueltas al recinto de baile, donde los chillidos gozosos que dio el pequeño por haberse zafado de su madre hicieron sonreír a más de una pareja. Hidalgo levantó una mano para aplacar a Molly mientras asentía a algo que esta había dicho. En ese momento, un grupo de volatineros erigió una torre justo donde podían taparme la vista. Cuando terminaron sus acrobacias, no vi ni rastro de Molly.

Me recliné en la penumbra. Avizor, que aguardaba junto a mí, preguntó:

¿Salchichas?

Tanteé el interior de la cesta, pero no hallé más que trozos de carne mordisqueados. Las había despedazado todas creyendo matarlas. Encontré un cacho un poco más grande que el resto y nada más ofrecérselo me lo quitó felizmente de la mano.

Y así transcurrió la velada. En el recinto de baile vi a mis seres más queridos

girar y brincar al compás de una música que apenas si llegaba a mis oídos desde el otro lado de las gruesas paredes. Me aparté de la mirilla para aliviar mi dolorida espalda. Un frágil haz de luz llegó hasta mí a su través. Lo atrapé en mi mano y me quedé contemplándolo por unos instantes. Una metáfora de mi vida, pensé. Dejé a un lado la autocompasión y volví a inclinarme hacia delante.

Tordo se alejaba de la mesa de los platos cargado con una pila de pastelillos entre las manos. Su música sonaba alta y dichosa, acorde a sus pasos, que no guardaban la menor relación con la melodía que podían oír los demás. Pero al menos estaba allí, supuse. Al menos se había decidido a salir y mezclarse con el resto. Sentí el impulso de dejarme de precauciones y de unirme a él, aunque se extinguió con la misma ligereza con la que se había presentado. No.

Los hijos de Molly habían encontrado un malabarista de los que les gustaban. Se habían distribuido en semicírculo para observarlo. Ortiga tenía cogidos de la mano a Hogar y a Constante. Hidalgo sostenía a Justo entre sus brazos. Nimbo y Vencejo estaban de pie, juntos. Vi a Telaraña detrás de ellos, a alguna distancia de los muchachos y, aun así, cercano. Dejé que mi mirada errase entre la multitud, buscando sin encontrar. Me levanté. Le dejé la cesta y el cojín al hurón y seguí escurriéndome por los pasadizos sin estorbos.

Sabía que había una mirilla que daba a la Cámara Violeta. La evité. Salí de mi madriguera secreta, me quedé unos momentos en un armario mientras me sacudía el polvo y las telarañas y a continuación empecé a recorrer, con la mirada baja, los pasillos atestados de Torre del Alce. Nadie se fijó en mí, nadie me llamó ni me abordó para preguntarme cómo estaba. Tuve la impresión de ser invisible. Al subir la escalera comprobé que la muchedumbre decrecía. Cuando llegué a las cámaras residenciales del castillo de Torre del Alce, los pasillos estaban vacíos. Todo el mundo había bajado para disfrutar de los festejos. Todo el mundo menos yo y, tal vez, Molly.

Pasé tres veces por delante de la puerta de la Cámara Violeta. A la cuarta, me di a mí mismo la orden de llamar, y así hice, con más brusquedad de la que pretendía. El corazón me arietaba el pecho y estaba, literalmente, temblando. No percibí más que silencio. Al cabo de unos instantes, cuando temía que este arrebato de coraje hubiera sido en balde, que nadie respondería, oí que Molly preguntaba en voz baja:

—¿Quién es?

—Soy yo —contesté como un estúpido.

Mientras pensaba por qué nombre debería hacerme llamar, ella me dijo sin ambages que sabía quién estaba allí.

—Márchate.

—Por favor.

—¡Márchate!

—Por favor.

—No.

—Le prometí a Burrich que cuidaría de ti y de los pequeños. Se lo prometí.

La puerta se abrió una rendija. Pude ver uno de sus ojos mientras replicaba:

—Qué curioso. Eso mismo fue lo que él me dijo cuando empezó a traer cosas a mi puerta. Que te había prometido, antes de que murieras, que cuidaría de mí.

No supe qué responderle a eso, y la puerta empezó a cerrarse. Introduje el pie para detenerla.

—Por favor. Déjame entrar. Solo un momento.

—Retira el pie si no quieres que te lo rompa. —Hablaba en serio.

Decidí arriesgarme.

—Por favor, Molly. Por favor. Después de todos estos años, ¿no merezco una oportunidad para explicarme? ¿Una sola?

—El momento de explicarte pasó hace dieciséis años. Cuando podría haber servido de algo.

—Por favor. Déjame entrar.

Molly abrió la puerta de un tirón súbito. Sus ojos flameaban cuando me avisó:

—Solo quiero que me digas una cosa. Cuéntame cómo fueron las últimas horas de mi marido.

—De acuerdo —dije con voz queda—. Supongo que te lo debo.

—Sí —convino según se apartaba de la puerta, que abrió lo justo para que yo pudiera escurrirme adentro—. Me lo debes. Eso y mucho más.

Vestía un camisón y una bata. Estaba más rellena de lo que la recordaba, su cuerpo ahora el de una mujer más que el de una muchacha. No había perdido

atractivo. La habitación olía a ella, no solo al perfume que llevaba, sino a su piel, además de a cera de abejas y a velería. Su vestido descansaba bien doblado sobre la cómoda del pie de la cama. La cuna portátil contigua a su lecho indicaba que sus hijos dormirían aquí con ella. Su cepillo y su peine estaban colocados sobre una mesa, más por costumbre que porque necesitase utilizarlos.

La primera imbecilidad que brotó de mi boca fue:

—Él no habría querido que te cortaras el pelo.

Se llevó una mano indecisa a la cabeza.

—¿Qué sabrás tú? —dijo indignada.

—La primera vez que te vio, mucho antes de que se quedara contigo, hizo un comentario sobre tu cabello. «Un toque de rojo en su pelaje», fue lo que dijo.

—Un comentario propio de él —admitió, para después añadir—: Él nunca «se quedó conmigo». Los dos pensábamos que habías muerto. Tú dejaste que te diéramos por fallecido y yo caí al borde de la desesperación. No tenía nada, salvo una niña que dependía de mí para todo. Si acaso, yo me quedé con él. Porque lo amaba. Porque nos trataba bien, a mí y a Ortega.

—Lo sé.

—Me alegro de que lo sepas. Siéntate ahí. Cuéntame cómo murió.

Así, cuando nos hubimos sentado, yo en una silla y ella sobre la cómoda de la ropa, empecé a hablarle de los últimos días de Burrich. Era la última conversación que habría imaginado mantener con ella, y lo odiaba. Sin embargo, a medida que avanzaba en el relato, sentí también un profundo alivio. Yo necesitaba contarle todas esas cosas tanto como ella necesitaba oír las. Me escuchaba con toda su atención, como si hasta la última de mis palabras fuese un momento de la vida de Burrich que ella pudiera reclamar para sí. Al principio no sabía si mencionar la Maña de Burrich, aunque no había forma de excluirla de las explicaciones. Molly ya debía de haber oído hablar de ella, puesto que no pareció alarmarse ni manifestó repugnancia alguna. Se lo conté de una manera de la que ni siquiera Vencejo habría sido capaz, ya que pude decirle que al final llegué a entender muy bien lo mucho que Burrich quería a su hijo, que no había ningún rencor entre ellos cuando falleció. No fue igual que contárselo a Ortega. Molly comprendía la verdadera importancia de que Burrich me pidiera que la cuidara a ella y a sus hijos pequeños. Le transmití lo que él me dijo, que él había

sido el más indicado para ella, y también ante ella admití que yo estaba de acuerdo.

Se sentó derecha y me habló con amargura.

—Vaya. Así que los dos coincidíais en eso. ¿A ninguno de los dos se os ocurrió nunca discutirlo conmigo? ¿Ninguno de los dos os parasteis nunca a pensar que tal vez esa decisión me correspondiese a mí?

Sus palabras me llevaron a remontarme varios años atrás y a revelarles a qué me dedicaba, y dónde y cómo averigüé que ella se había entregado a Burrich. Apartó la vista de mí, mordisqueándose el pulgar mientras yo proseguía. Cuando me quedé en silencio, ella intervino.

—Creía que estabas muerto. Si yo hubiera sabido que no era así... Si él hubiera sabido que no era así...

—Lo sé. Pero no había ningún modo seguro de avisarte. Y entonces, una vez que te... ya era demasiado tarde. Si yo hubiera reaparecido, todos habríamos terminado destrozados.

Molly se inclinó hacia delante, con el mentón acomodado entre las palmas de las manos y los dedos sobre la boca. Tenía los ojos cerrados, pero las lágrimas asomaban por debajo de sus pestañas.

—Menudo estropicio organizaste. Pusiste patas arriba la vida de todos nosotros.

Tenía mil maneras de rebatirle eso. Podría haberle dicho que ese estropicio no lo provoqué yo, que nos afectaba a todos. De improviso, me habría robado más fuerzas de las que tenía. No le di importancia. No le di importancia a nada.

—Y ahora es demasiado tarde para que vuelva a haber algo entre tú y yo.

—Ay, Traspié. —Y, a pesar de su tono reprobatorio, para mí oír mi nombre de sus labios supuso una especie de placer—. Para ti siempre ha sido demasiado tarde o demasiado pronto. Siempre algún día. Siempre mañana, o después de que cumplas con una última encomienda para tu rey. Una mujer necesita la oportunidad de que alguna cosa sea ahora. Yo la necesitaba. Lamento que todo terminase tan pronto.

Permanecimos unos instantes inmersos en un silencio arrepentido. Al cabo, Molly me recordó en voz baja:

—Hidalgo no tardará en traerme a los pequeños. Les prometí que podrían

quedarse hasta que terminasen los espectáculos de marionetas. No estaría bien que te encontrasen aquí. Ellos no lo entenderían y yo no sabría explicárselo.

Y, así, me marché, inclinando la cabeza hacia ella al llegar a la puerta. Tan solo le toqué la mano. Me sentía peor que cuando dudaba si llamar o no. Entonces existía una posibilidad ínfima. Ahora debía atenerme a la realidad. Demasiado tarde.

Bajé la escalera y me sumergí de nuevo en la multitud y el bullicio. De pronto parecía haber mucho más ruido, y la gente conversaba con emoción; unos hacían preguntas, otros pregonaban rumores.

—¡Un barco! ¡De las Islas del Margen!

—¡Es demasiado tarde para que las naves amarren!

—¿Un estandarte del Narval?

—¡El emisario acaba de presentarse! He visto el estuche del mensaje.

En cuestión de instantes me vi zarandeado por la riada de gente que echó a correr hacia el Gran Salón. Luché por arrimarme al lateral del pasillo, pero solo conseguí que me dieran de codazos en las costillas, que me insultaran y que me pisasen los pies. Al final desistí y dejé que el torrente de curiosos me arrastrase hacia el Gran Salón.

En efecto, un emisario acababa de presentarse ante la reina. La sala empezó a aquietarse según esto se fue sabiendo. Primero guardaron silencio los músicos del baile y después los titiriteros interrumpieron su espectáculo. Los malabaristas detuvieron sus mazas. La multitud bullía como una colmena, expectante, mientras cada vez más y más gente acudía a la sala. El emisario se encontraba de pie ante la reina, jadeando aún, y sosteniendo todavía el estuche, el cual indicaba que era un mensajero real y que nadie debía entretenerlo. Chade se situó enseguida junto a Kettricken y, un instante después, el príncipe subió al estrado para unirse a ellos. La monarca sostuvo ante sí el manuscrito abierto para que también ellos dos pudieran leerlo. A continuación, cuando Kettricken lo enarboló, los murmullos y los rumores cesaron hasta que se hizo un silencio casi absoluto.

—¡Buenas noticias! Una nave con el emblema del Narval ha arribado a puerto —anunció—. Según parece, es posible que el kaempra Peottre del Clan del Narval de las Islas del Margen se una mañana a nosotros con motivo del

Festival de la Cosecha.

Era una noticia formidable y, de hecho, no tardó en oírse el grito de entusiasmo que profirió Arkon Hojasanguina por encima de los bisbiseos recatados de los duques y duquesas. Un marginado le dio una palmada en la espalda al duque de Haza. El príncipe asintió complacido para la multitud y les hizo una señal a los músicos, que iniciaron una alegre tonada de celebración. Apenas si quedaba sitio para bailar, aunque la gente parecía conformarse con dar saltos y balancearse donde estaba al compás de la melodía festiva. Después la multitud se redujo un tanto, cuando unos salieron a respirar un poco de aire fresco y otros se marcharon para seguir difundiendo las nuevas. El espectáculo de las marionetas concluyó, y entonces vi a Hidalgo y a Ortega reuniendo a sus hermanos pequeños y llevándoselos de la sala. Había más niños que también estaban siendo recogidos. Justo cuando me parecía que el gentío se había aligerado lo suficiente para que pudiera retirarme con dignidad, sin necesidad de ponerme a dar codazos para cruzar la puerta, una nueva batahola de voces emocionadas irrumpió en la sala. Casi de inmediato, la gente empezó a afluir de regreso al interior. Noté que alguien me tiraba de la manga y al volverme, me encontré con Cordonia, allí detenida.

—Ven a sentarte con nosotras, muchacho. Nosotras te esconderemos.

Así, pronto me vi sentado en un banco, entre Paciencia y Cordonia, pasando tan inadvertido como un zorro en medio de un gallinero. Hundí los hombros, oculté mi rostro detrás de una jarra de sidra fresca y esperé a ver a qué se debía el nuevo alboroto.

A la llegada de Peottre, pensé cuando lo vi detenido en la entrada. Aun así, el ruido que procedía de fuera se antojaba demasiado alarmante de ser ese el motivo y, de hecho, el propio Peottre tenía un gesto de determinación que sugería algo trascendental. Levantó ambos brazos por encima de la cabeza y gritó con voz enérgica:

—¡Abrid paso, si sois tan amables! Dejad pasar.

Era más fácil decirlo que hacerlo, dado lo atestada que estaba la sala, pero, aun así, la gente intentó formar un pasillo. Él entró en primer lugar, marcando un paso comedido y dando inicio a un acontecimiento insólito. Elliania apareció ataviada con una capa con una capucha azul. La capucha estaba forrada de una

piel blanca que resaltaba sus destellantes ojos negros y su cabello. La capa en sí llegaba hasta el suelo y formaba una estela de varios pasos de longitud. Era de un azul Gama y estaba trabajada por entero con alces y narvales que saltaban los unos junto a los otros. Unas diminutas y relucientes gemas blancas conformaban los ojos de los animales, de tal modo que Elliania parecía llevar puesto un cielo nocturno de verano cuando entró en la sala.

El príncipe Dedicado se había mantenido en el estrado con su madre. Por su semblante, no había en la sala quien dudase de que la observaba con deleite. No les dijo nada ni a Chade ni a la reina. Tampoco se molestó en servirse de los dos escalones, sino que saltó directamente al suelo. Al verlo, Elliania echó la capucha hacia atrás y corrió a su encuentro. Se reunieron en medio del Gran Salón. Con sus manos entrelazadas con las de él, ella alzó su voz clara y jubilosa:

—No podía esperar. No podía esperar al invierno ni podía esperar a la primavera. He venido para casarme con vos y me esforzaré sin reserva para adaptarme a vuestras costumbres, por extrañas que sean.

El príncipe la miraba con atención. Vi su rostro iluminarse de dicha, y vi también su vacilación. Lo vi devanarse los sesos pensando en qué decir, en lo que debía contestar ante toda la gente que se encontraba allí reunida. Elliania lo escrutaba, pero el resplandor de su rostro comenzó a atenuarse mientras el príncipe intentaba elaborar una respuesta prudente.

Habilité hacia él sin miramientos.

Decidle que vos tampoco podéis esperar más. Decidle que la amáis y que os casaréis con ella cuanto antes. ¡Un amor que llega tan lejos y a tan alto precio no debería posponerse! Las mujeres necesitan que se las ame ahora.

Una sonrisa de espanto se heló en el rostro de Chade. La reina se puso en pie y pude advertir cómo contenía la respiración. Peottre se mantuvo inmóvil, con el gesto petrificado. Comprendí que estaba rezando para que el príncipe no hiriese ni humillase a la muchacha.

Dedicado se pronunció alto y claro.

—Entonces nos casaremos, dentro de una semana. No solo ante mis duques, sino ante todos los aquí presentes. Nos casaremos y recogeremos la cosecha como hombre y esposa. ¿Os complacería eso?

—¡El y Eda, el Mar y la Tierra! —gritó Hojasanguina—. ¡El Alce y el Narvall!

Con la renovación del año. ¡Buena ventura para todos!

—¡Así sea! —exclamó Peottre, a cuyo rostro asomaba ahora cierta expresión de asombro.

—Me complacería.

Vi las palabras formarse en los labios de la narcheska, pero no llegué a oírlas. Una algarabía había explotado a mi alrededor, alimentada por centenares de lenguas que se accionaban a un tiempo. Chade cerró los ojos por un momento, hasta que se permitió una sonrisa y miró con aparente cariño a su impulsivo e impetuoso príncipe. Aun así, la amargura secreta de su mirada fue vencida y apaciguada por lo que brillaba en los ojos de Elliania. Si la joven necesitaba alguna confirmación de lo que había decidido, Dedicado acababa de proporcionársela. Me pregunté qué precio habrían tenido que pagar, tanto ella como su clan, por venir aquí. El atuendo que vestía llevaba narvales y alces, y no me parecía muy probable que lo hubiera confeccionado sola. Por lo tanto, deduje que su decisión habría contado con cierto apoyo maternal.

—¿Van a casarse esta semana? —me preguntó Paciencia, a lo que asentí en respuesta.

—Este será un Festival de la Cosecha memorable —observó—. Será mejor enviar emisarios por todos los pueblos. Nadie querrá perderse lo. No se ha celebrado una buena boda en Torre del Alce desde que Hidalgo y yo nos casamos aquí.

—No creo que esta vaya a serlo tampoco. Todo está listo para el Festival de la Cosecha, no para una boda. ¡Esto no le va a hacer ninguna gracia a Peroll! —nos avisó Cordonia.

Tenía razón, por supuesto. Logré zafarme del caos que acababa de desatar, e incluso pude dormir varias horas aquella noche, cobijado en el taller. Me temo que pocos consiguieron hacer lo mismo. Los sirvientes trabajaron toda la noche. Por suerte, ya tenían preparada buena parte del banquete de la cosecha y adornado el castillo con guirnaldas otoñales. También por suerte, los duques y las duquesas del príncipe se encontraban ya presentes para asistir al Festival de la Cosecha, pues habría habido graves protestas si las prisas del príncipe por casarse hubieran causado que algún miembro de la alta nobleza se perdiese la ceremonia.

Al día siguiente eché de menos mi mirilla. Pasé de pie la larga ceremonia de la cosecha en la última fila de la Guardia del Príncipe. Mechalarga había restituido nuestras mermadas tropas, pero, aun así, yo seguía lamentando la ausencia de los que habían viajado con nosotros para buscar al dragón. Acertijo estaba a mi lado, y creo que a él le dolía tanto como a mí. A pesar de todo, no dejaba de satisfacernos ver a nuestro príncipe y su novia.

Ocupaban los lugares del rey y la reina de la cosecha. Hacía tiempo que no se observaba esa vieja tradición, dado que hacía tiempo que carecíamos de una pareja real. Las costureras debían de haberse pasado la noche trabajando. Elliania vestía su capa de narvales y alces, y de alguna manera un jubón que combinaba perfectamente con esta prenda había sido confeccionado para el príncipe. El sencillo aro del príncipe había sido reemplazado por una minuciosa corona de la cosecha, en lo cual aprecié la mano sutil de Chade, ya que así mostraba al príncipe como rey coronado ante sus duques. Aunque solo fuese un recurso ceremonial, no dejaba de producir cierta impresión. Elliania también llevaba una corona. Mientras que la del príncipe consistía en una cornamenta dorada, la de ella se componía de un colmillo de narval esmaltado en azul y ribeteado en plata. Cuando salieron a bailar juntos, a solas en medio del recinto alfombrado de arena, parecían una pareja extraída de alguna fábula.

—Eda y El en carne y hueso —observó Acertijo, a lo que asentí.

Tanto a los nobles como a los plebeyos les obnubilan la pompa y el boato. Durante los días siguientes el castillo y la ciudad recibieron un caudal de gente que no habían visto desde hacía años. La ceremonia con la que honrar al destacamento de la Maña del príncipe acogió a un público numeroso, mucho más nutrido del que habría congregado en circunstancias normales. Cizaña se encargó de narrar la historia, tarea que desempeñó bien y con mucha más exactitud de la que yo esperaba de un juglar. Tal vez porque también él era Mañoso prefería no dar la impresión de que intentaba adornar la verdad más de la cuenta. Así, contó lo sucedido con una sencillez conmovedora que le restaba importancia al tipo de magia que Burrich y el destacamento emplearon para conferírsele al hecho de que se ofrecieran a sacrificarlo todo por su príncipe.

Cizaña, Vencejo, Telaraña y Civil pasaron a formar de manera oficial el destacamento de la Maña del príncipe. Esto suscitó algunos gruñidos ahogados,

ya que los nobles más ancianos recordaban bien que antes el título solo se aplicaba al círculo de Portadores de la Habilidad que ayudaban a los reyes. Chade les aseguró que, de hecho, también habría un destacamento de la Habilidad, en cuanto se pudiera poner a prueba y seleccionar a los candidatos más idóneos.

La reina entregó Bosque Blanco a Molly en lugar de a Ortiga, para que se entendiera como una concesión a la familia de Burrich en agradecimiento por su servicio. Molly la aceptó con solemnidad, y yo sabía que los beneficios de esa hacienda les permitirían vivir bien a ella y a sus hijos. Lady Ortiga fue presentada como el miembro más reciente del círculo de damas de la reina, y Vencejo pasó a iniciar un aprendizaje oficial bajo la tutela del Maestro de la Maña Telaraña. Este habló brevemente pero con rotundidad sobre la fuerza de la magia de Burrich y lamentó que se hubiera visto obligado a ocultar su don cuando podría haber instruido a su hijo en su uso. Esperaba que nunca volviera a producirse semejante desperdicio de talento. Después Telaraña resolvió por mí el acertijo que me planteó cuando emprendimos el viaje. Porque dijo que Burrich se recuperó por un momento antes de fallecer, el tiempo suficiente para despedirse de su hijo, y para morir pronunciando la Oración del Guerrero. Al expirar articuló un «sí», y de todos era sabido que ese era el más elevado rezo que se le podía ofrecer a la vida. Aceptación.

Reflexioné sobre ello por la noche, sentado en el taller. Tenía las manos pringosas por el aceite de candil. Se había filtrado a través de los manuscritos de la Habilidad, emborronando y deformando en exceso para mis ojos muchos de los antiguos textos. Era una labor desalentadora y pesada. Aparté a un lado el manuscrito, me sequé las manos con un trapo y me serví un poco más de coñac.

No estaba seguro de que coincidiera con el razonamiento de Telaraña y, sin embargo, también pensaba que ese «sí» era la forma de Burrich de resumir la vida. Desde luego, un «no» habría expresado mucha menos gloria o satisfacción. Yo lo había dicho las suficientes veces para saberlo bien.

Había buscado en vano una nueva oportunidad para hablar con Molly a solas. Parecía estar siempre rodeada de sus hijos. Poco a poco entendí, sentado en soledad ante la lumbre, que formaban parte de ella. Había muy pocas probabilidades de encontrarla alguna vez lejos de los pequeños y sin ninguna

otra compañía. La oportunidad que llevaba tanto tiempo negándome a mí mismo se había presentado aquí y ahora, pero estaba dejando que se me escapara.

A la mañana siguiente, en la víspera de la boda, bajé a las saunas de madrugada. Me bañé y me afeité con un esmero que hacía años que no ponía. De regreso en la habitación de la torre, me cepillé el pelo para recogerlo en una coleta de guerrero y saqué la ropa que el bufón me había entregado. Me puse despacio el jubón azul y la camisa blanca, atuendo que completé con los leotardos azul Gama. Ahora era definitivamente un ciudadano de Gama, aunque ya no se me consideraba ni sirviente ni guardia. Me miré en el espejo y sonreí con tristeza. A Paciencia le gustaría mi aspecto. Presentaba un peligroso parecido con el hijo de mi padre. Me reté a mí mismo y pasé el alfiler del zorro de plata que llevaba por dentro del jubón a la parte de fuera. El zorrito me guiñó un ojo y yo sonreí en respuesta.

Salí del laberinto secreto y tomé los pasillos del castillo de Torre del Alce. En varias ocasiones sentí que la gente clavaba su mirada en mi nuca y, en un momento dado, un hombre se detuvo en seco ante mí y me escrutó con gesto reprobatorio, como si se estuviera esforzando por recordar algo. Lo rodeé y lo dejé atrás. El castillo estaba repleto de sirvientes presurosos y de nobles que socializaban con sus congéneres. Llegué a la Cámara Violeta y llamé con firmeza.

Abrió la puerta Ortiga. No estaba preparado para eso, convencido de que sería el joven Hidalgo el primero al que tendría que enfrentarme. Se me quedó mirando, hasta que me reconoció con evidente sobresalto. No dijo nada hasta que le pregunté:

—¿Puedo pasar? Me gustaría hablar con tu madre y tus hermanos.

—No me parece acertado. Márchate —objetó, pero cuando fue a cerrar la puerta, Hidalgo la detuvo sujetándola por el filo y le preguntó:

—¿Quién es? —A continuación, dirigiéndose solo a mí, la disculpó—. No le hagáis caso, señor. Tiene los vestidos de una dama y los modales de una verdulera.

La habitación parecía estar llena de niños. Nunca me había parado a pensar en que siete críos conformaban una multitud. Vencejo y Nimbo estaban

sentados en el suelo, junto a la chimenea, con un tablero del juego de las piedras desplegado ante ellos, y Constante observando la partida. Vencejo levantó la vista y, al verme, se dibujó en sus labios una O de sorpresa. Su gemelo le dio un codazo e inquirió:

—¿Qué te pasa? Te toca a ti.

Hogar y Justo, que peleaban encima de la cama, me ignoraron. De pronto fui consciente de la magnitud de la promesa que Burrich me había obligado a hacerle; equivalía fácilmente a siete veces lo que Hidalgo le pidió a él cuando me entregó a su brazo derecho para que me criase. Los pequeños luchadores habían apelotonado las mantas en la cama y el candelabro de la mesita de noche corría un evidente riesgo de ser derribado. Y entonces, antes de que Ortiga tuviera ocasión de cerrarme la puerta e Hidalgo de invitarme a pasar, Molly salió de la cámara contigua. Se detuvo y me ensartó con los ojos.

Creo que no habría dudado en echarme de haber tenido la oportunidad. Hogar se puso de pie encima de la cama y brincó hacia su hermano, que lo esquivó rodando hacia un lado. Di dos pasos rápidos y recogí al niño de seis años antes de que cayese al suelo. Se zafó de mí de inmediato y volvió a cargar contra su hermano. De repente me recordaron a una camada de cachorros, y sonreí mientras decía:

—Le prometí a Burrich que cuidaría de sus hijos. No puedo hacerlo si no los conozco. He venido a presentarme.

Vencejo se levantó despacio para mirarme. La pregunta que sus ojos contenían se traslucía claramente. Respiré hondo. Decidí una respuesta. Sí.

—Me llamo Traspié Hidalgo Vatídico. Me crie en las caballerizas de Torre del Alce. Vuestro padre me enseñó todo cuanto consideraba que un hombre debe saber. Me gustaría transmitirles eso a sus hijos.

Hidalgo había advertido la incomodidad de Ortiga, y el nombre lo desconcertaba aún más. Se interpuso entre los niños pequeños y yo. Fue un movimiento tan instintivo por su parte que tuve que sonreír, aun cuando él replicó:

—Creo que de transmitirles las enseñanzas de mi padre a mis hermanos puedo encargarme yo, señor.

—Así lo espero. Pero también tendrás otras cosas de las que ocuparte.

¿Quién se está encargando de vuestro ganado y vuestros establos ahora, cuando todos estáis fuera?

—Dignobuey. Un hombre de nuestra aldea que de vez en cuando nos ayudaba con las tareas pesadas. Puede hacerse cargo sin problema, durante unos días, aunque yo tendré que regresar a la granja después de la boda del príncipe.

—¡No es asunto suyo! —intervino Ortiga con indignación.

Supé que tendría que amansarla si no quería que me echase.

—Hice una promesa, Ortiga. Vencejo estaba presente. No creo que tu padre me hubiera pedido algo así a menos que deseara que la crianza de sus hijos pequeños fuese asunto mío. Por lo tanto, no depende de ti.

—Pero sí de mí —interpuso Molly con firmeza—. Y, por muchas razones, lo considero indebido.

Respiré hondo e hice acopio de toda mi voluntad. Me volví para mirar a Hidalgo.

—Amo a tu madre. La amo desde hace años, desde mucho antes de que escogiera a tu padre. Pero te lo prometo, no intentaré ocupar su lugar con ninguno de vosotros. Tan solo cumplir lo que él me pidió. Cuidar de todos vosotros. —Miré de nuevo a Molly. Su rostro se había tornado tan lívido que temí que se desmayase—. No habrá secretos —le dije—. No habrá secretos entre nosotros.

Molly se sentó a plomo en la cama. Sus dos hijos menores enseguida fueron con ella y Hogar se subió a su regazo. Ella lo rodeó con los brazos mientras reflexionaba.

—Creo que será mejor que te marches —dijo con un hilo de voz. Constante se acercó a su madre y la rodeó con un brazo protector.

Vencejo se levantó de un salto.

—¿No habrá secretos? ¿Les diréis que sois Mañoso entonces? —me desafió.

Le sonreí.

—Creo que ya lo acabas de hacer tú. —Tomé aire y miré a Ortiga—. También instruiré a vuestra hermana en el uso de la Habilidad. —Al ver la mirada atónita de Hidalgo, aclaré—: La magia de los reyes, la antigua magia. Ella la porta. Habla con los dragones. Deberíais mantener una charla con ella al respecto algún día. Ese fue el motivo por el que la trajeron a Torre del Alce,

para servir a su príncipe. Creo que vuestro padre también podía hacer algún uso de la Habilidad, ya que sirvió como Hombre del Rey para el Rey a la Espera Hidalgo. El hombre en honor del cual vuestro hermano mayor recibió su nombre.

Vencejo me miraba sin terminar de convencerse.

—Telaraña dijo que no debíamos hablar de quién erais en realidad. Que aún había quien prefería veros muerto. Que vuestra vida estaba en nuestras manos.

Le hice una reverencia.

—Sí. Pongo mi vida en vuestras manos. —Miré a Ortiga para añadir—: Si de verdad quisieras deshacerte de mí, te resultaría muy sencillo.

—Por favor, Traspicé. —Molly parecía desesperada—. Márchate. Necesito hablar con mis hijos en privado. No deberías haber desvelado un secreto tan importante en presencia de los más pequeños. Si no puedo confiar en que se laven el pescuezo a diario, mucho menos en que guarden una confidencia así.

Me sentí entonces un poco imprudente. Hice una reverencia.

—Como desees, Molly —dije sin más, y me marché.

Apenas hube dado cinco pasos después de cerrar la puerta, las rodillas empezaron a temblarme con tal violencia que tuve que apoyarme contra la pared por un momento. Una sirvienta que pasaba por allí me preguntó si estaba enfermo, pero le aseguré que me recuperaría enseguida. No obstante, cuando me serené y seguí alejándome por el pasillo, me pregunté si sería verdad.

En ese instante, la Habilidad súbita de Ortiga me golpeó con la fuerza de un mazazo.

¡Vienen los dragones! ¡Tintaglia quiere que les tengamos preparada carne viva, en el lugar «acostumbrado»!

Era una suerte que los dragones se presentaran el día de la boda del príncipe, pero idea de Ortiga el que el tributo que Tintaglia había exigido tan imperiosamente recibiera el nombre de Festín de los Dragones. Varios novillos desventurados, adornados con serpentinas azules, fueron llevados a un redil próximo a las Piedras Testigo, donde aguardarían su destino. Tintaglia y Yama de Hielo no acudieron a la ceremonia en sí, afortunadamente. Los admiradores que concurrieron para ver cómo el príncipe y Elliania ofrecían sus votos entre las Piedras Testigo atestaban ambas laderas. La pareja estaba radiante engalanada

de azul y blanco. Se detuvieron en medio de las piedras, bajo un auspicioso cielo azul, y pronunciaron sus promesas alto y claro.

Yo me encontraba entre los guardias que formaban una hilera con la que mantener una zona próxima a los rediles despejada para los dragones. Estos aparecieron como joyas diminutas suspendidas en medio del cielo en el preciso instante en que el príncipe concluía sus promesas para la novia y los duques. Cuando se hubieron acercado un poco más, la multitud se deshizo en «ohs» y «ahs» como si fuesen un dúo de acróbatas traído exclusivamente para su deleite. Los dragones ganaban volumen por momentos y pronto dejó de suponer un problema mantener despejada una zona para que pudieran posarse, ya que la gente empezó a ver con sus propios ojos el tamaño de las criaturas que estaban llegando. Un silencio se propagó entre la multitud cuando quedó de manifiesto que Tintaglia huía del ardoroso e insistente Yama de Hielo. Giraban, cabriolaban y fingían pelear por encima de las Piedras Testigo, lanzándose en picado de vez en cuando lo bastante cerca para que el viento que levantaban con sus alas despeinase al público y agitase su ropa. Juntos remontaron el vuelo, entre destellos de azabache y plata azulada, en un ascenso brusco, casi vertical, momento en que Yama de Hielo embistió y sujetó a su compañera. Se aparearon en una exhibición de lujuria licenciosa que deleitó a los presentes, quienes interpretaron la escena como un buen augurio para su príncipe y su nueva princesa. Nadie que portase una traza de Habilidad en su sangre podría haber ignorado por completo la excitación de aquellas bestias descomunales. Su baile infundió en el ánimo del público un soplo de ternura y apasionamiento que llevó a que aquella velada se prolongase durante toda la noche y fuese recordada con cariño por muchos.

A los dragones todo aquello los traía sin cuidado. Se aparearon varias veces, entre bramidos y falsos desafíos, hasta que decidieron abalanzarse sobre los bueyes con una voracidad que espeluznó a los testigos. Los rediles no resistieron las embestidas de las reses aterrorizadas, de tal manera que un guardia fue aplastado y varias decenas de curiosos salieron corriendo en busca de cobijo antes de que Tintaglia y Yama de Hielo completaran la matanza y empezasen a comer. El espectáculo se tornó tan sangriento y caótico que incluso los que se habían quedado atrás para ver cómo los dragones descuartizaban al ganado

preferieron regresar al castillo u observarlos desde una distancia más prudente.

Pero, aunque los dragones no le prestasen demasiada atención al acontecimiento, su presencia supuso un triunfo para nuestro príncipe. Antes de que los duques emprendieran el regreso a sus respectivos ducados, se reunieron y acordaron nombrar a Dedicado Rey a la Espera. La misión de Dedicado había tenido un final digno de una trova y, de hecho, llegaron a componerse muchas, que fueron cantadas con regularidad en los años venideros. Los banquetes y las celebraciones de Torre del Alce se prolongaron durante veinte días más, hasta que la llegada del clima invernal convenció a los nobles de que debían retornar a sus propias fortalezas y tierras si no querían que el viaje de vuelta fuese demasiado desagradable. Poco a poco, el castillo retomó su rutina. Con todo, durante todo aquel invierno, siguió disfrutándose en él de un ambiente bullicioso que no se respiraba desde hacía años. El Rey a la Espera y su joven esposa atraieron no solo a la nueva nobleza de los Seis Ducados, sino también a los nuevos kaempras de las Islas del Margen. Se forjaron alianzas que no tenían nada que ver con los negocios y se hicieron planes de boda que implicaban a los dos países. Entre los que anunciaron sus intenciones se contaban lord Civil y lady Sydel.

Sin embargo, llegó también el momento de las despedidas. Le dije adiós a Percán y a su maestro, ya que se marcharían para pasar el invierno en el castillo de su señor. Mi muchacho parecía feliz de verdad, por lo que, aunque no me agradase separarme de él, me alegraba que hubiera encontrado algo que lo satisfacía tanto. Telaraña se llevó a Vencejo consigo, pues decía que había llegado el momento de que el pequeño saliera y conociese a más gente como él, a fin de que profundizase en los matices de la Maña y de que entendiera la necesidad de emplearla con disciplina. Que yo hubiera declarado el amor que sentía por su madre había levantado un nuevo muro entre él y yo. No estaba seguro de poder derribarlo pronto, pero me consolaba pensar que al menos le había hablado con honestidad. Telaraña intentó convencerme para que me marchase con ellos, arguyendo que también a mí me haría bien, pero de nuevo encontré una excusa y le prometí que de verdad, de verdad, algún día encontraría el tiempo necesario. Él sonrió y me recordó que el tiempo nunca se encontraba, sino que solo se podía intentar aprovechar el que se tenía. Le

aseguré que pondría todo mi empeño en ello y me quedé en las puertas de Torre del Alce diciéndoles adiós con la mano.

Los dragones partieron con la primera helada, y no lamentamos despedirnos de ellos. Cada uno de ellos podía devorar un par de cabezas de ganado al día fácilmente. Al poco de que llegaran Ortiga nos avisó de que, si no les proporcionábamos sustento de buena voluntad, muy probablemente se comerían cualquier otra cosa. Las continuas matanzas habían menguado nuestros rebaños de forma drástica antes de que los fríos del invierno impulsaran a los dragones hacia el sur. Una noche me divertí mucho al descubrir a Ortiga y a Tintaglia conversando en sueños. En el sueño, Ortiga viajaba con la dragona. Esta volaba un poco por detrás de Yama de Hielo, atravesando la noche con rumbo al sur. El soplo del viento frío, el cielo estrellado y los ricos olores que emanaban de la tierra adormilada se antojaban embriagadores.

Y más allá de ese desierto encontraréis algunos de los rebaños más numerosos y mejor alimentados de esta región del mundo. O eso tengo entendido. Ortiga le hacía recomendaciones con toda naturalidad.

¿Desierto? ¿Arena seca? Me apetece mucho darme un buen baño de polvo. La arena mojada se me pega debajo de las escamas y el agua no retira la sangre vieja de las escamas tan bien como la arena.

Creo que por allí encontrarás muchas cosas a tu gusto. Dicen que el ganado de Chalaça duplica en tamaño sin problema al que criamos aquí, y que está tan bien cebado que su carne se prende si intentas cocinarla directamente sobre la lumbre.

El sueño de Ortiga estaba preñado de los olores de la carne asada y de la grasa derretida. Casi me dio hambre.

Nunca había oído que el ganado de Chalaça fuera más grande o estuviese mejor alimentado de lo normal, objeté.

No hablábamos contigo, señaló Ortiga con severidad. Además, lo que sé de Chalaça lo sé por las historias que mi padre contaba de ese lugar. Creo que les vendría muy bien recibir la visita de unos dragones hambrientos. A continuación, me expulsó de su sueño y desperté en el suelo junto a la cama.

Dedicado, Chade, Ortiga, Tordo y yo seguimos reuniéndonos de madrugada para estudiar y ampliar nuestros conocimientos de la Habilidad. Ortiga se comportaba con cortesía, pero no hablaba conmigo más de lo necesario. En

lugar de presionarla, me limité a instruir a Dedicado, a Tordo y a ella como grupo. No tardaron en recortar la escasa ventaja que les llevaba, de modo que comenzamos a formarnos como destacamento. Lo que aprendimos a partir de los manuscritos recuperados hizo que avanzásemos más despacio en lugar de más deprisa, dado que enseguida quedó de manifiesto que manejábamos la magia del mismo modo que un niño jugaría con una espada, con una vaga idea tanto de su peligrosidad como de su potencial. Chade ardía en deseos de experimentar con las Piedras de los Portales, como las empezamos a llamar. Las ciudades de los vetulus, con su promesa de tesoros y secretos, lo tentaban. Solo la extrema aversión que tanto Tordo como yo expresábamos por ellas lo convenció de que debía esperar a tener un mayor dominio de la magia antes de intentar algo así. Acaso lo más provechoso de todo fuera que Chade accediese a organizar una Invocación en primavera conforme a la vieja tradición, y que de entre los que acudiesen, seleccionaríamos a varios portadores de la Habilidad que pasarían a ser instruidos de acuerdo con los estrictos procedimientos definidos en los manuscritos.

A pesar de todas las tareas que me mantenían ocupado, el invierno parecía prolongarse eternamente. El día después de la boda, Molly y cinco de sus hijos abandonaron Torre del Alce. No se despidió de mí en modo alguno. Pasé tres días lamentándome y después, puesto que no me quedaban otros consejeros sentimentales a los que recurrir, fui a arrepentirme de mi insensatez con Paciencia y con Cordonía. Me escucharon con atención, elogiaron mi coraje y mi honestidad, censuraron mi estupidez y me revelaron que en realidad Molly ya se lo había contado todo. Después de reprenderme por haberme precipitado cuando ellas me aconsejaron que me comidiese, Paciencia me recomendó regresar a Puesto Vado con ella para pasar allí el invierno, a fin de mantenerme ocupado y de darle tiempo a Molly. Decliné la propuesta como buenamente pude. Así y todo, se me hizo difícil despedirme de ellas, y les prometí que les haría una visita antes de que terminase el año.

—Si es que seguimos vivas —aceptó Paciencia con jovialidad.

Prometieron mandarme una carta todos los meses junto con el informe de las propiedades para la reina, y yo les aseguré que haría lo mismo. Las vi partir, montadas a caballo entre la guardia que la reina había insistido en enviar con

ellas, ya que a pesar de la edad seguían negándose a aceptar las comodidades de una litera. Permanecí en medio del camino, sin apartar los ojos de ellas hasta que una curva del trayecto hizo que las perdiera de vista.

Por siempre jamás

La Invocación se habrá de anunciar con la antelación debida, ya que la gente merece que se le avise antes de que la magia de la Habilidad la toque por primera vez. Una Invocación que se efectúe sin aviso previo puede desatar el pánico, puesto que algunos de los que llevan la Habilidad en ellos no sabrán lo que es y temerán que alguna suerte de demencia o algo peor ha hecho presa en ellos. Así pues, deberán enviarse jinetes anticipadamente. No habrá de avisarse, sin embargo, de la fecha exacta de la Invocación. En el pasado llegó a desperdiciarse mucho tiempo intentando despertar la Habilidad en algunos de los que acudieron a Torre del Alce, pues aseguraban que habían oído la llamada cuando en realidad lo único que pretendían era evitar pasar el resto de sus días trabajando como granjeros, panaderos o barqueros.

El destacamento más fuerte de la torre será el que efectúe la llamada, la cual habrá de extender tanto como le sea posible. Antes de realizar la siguiente Invocación, se deberán dejar transcurrir quince años.

CORVÁRBOL,

Sobre la Invocación de los candidatos

Lo intenté. Pero no puede contenerme.

Un mes después de que Paciencia hubiera partido, sucumbí a un impulso. Le envié un enorme tarro de gaulterias en conserva a Molly. Recurrí a Acertijo para que hiciese de mensajero. Pareció sorprenderse de que le preguntase si estaba ocupado, y me dijo que semanas atrás le habían indicado que se considerase a mi disposición. Chade había realizado un buen número de pequeños cambios en mi nombre desde que yo empezase a desempeñar un papel más activo en los asuntos de los Vatídico. La farsa de mi pertenencia a la Guardia del Príncipe empezaba a desmoronarse, reemplazada por la aceptación tácita de que servía a la familia real en cuestiones más confidenciales. En principio, yo seguía siendo Tom Mechatejón, pero ya casi nunca vestía la librea de los guardias, y el alfiler del zorro podía verse siempre en mi pechera.

El recado pareció confundir a Acertijo, aunque partió con el regalo y lo entregó de todas maneras.

—¿Qué te ha dicho Molly? —le pregunté ansiosamente en cuanto regresó.

Me miró sin comprender.

—No me ha dicho nada. Se lo di al muchacho que abrió la puerta. Aunque le dije que era para su mamá. ¿No es eso lo que me pediste que hiciera?

Titubeé.

—Sí —concedí al cabo—. Exactamente eso. Sí.

Al mes siguiente envié una carta para decir que, a mi parecer, Ortega estaba progresando mucho en sus estudios y que cada vez se adaptaba mejor a la vida en la corte. Le conté a la familia que Telaraña había enviado un ave para informarnos de que tal vez Vencejo y él pasaran el invierno con el duque y la duquesa de Osorno. Telaraña parecía estar muy orgulloso del pequeño, y pensé que a Molly le gustaría saber que se encontraban con buena salud y que todo marchaba bien. Solo le hablé de sus hijos. Junto con la misiva envié dos títeres, un oso tallado y una bolsa de caramelos de marrubio.

El informe que Acertijo me facilitó tras esa entrega me animó un poco más.

—Uno de los críos dijo que le gustaba el marrubio, pero no tanto como la menta.

Al mes siguiente una bolsa de caramelos de marrubio y otra de caramelos de menta, además de unas nueces y unas pasas, complementaron la carta que mandé para hablarles de Ortega. El envío me valió una breve respuesta de Molly, escrita en el borde inferior de mi misma carta, con la que agradecía las noticias sobre Ortega y me invitaba a dejar de intentar que los niños se empachasen con tantos dulces.

En la carta del mes siguiente volví a enviar el debido parte sobre Ortega, así como noticias de Vencejo, que había contraído la fiebre vesicular junto con todos los demás pequeños de Torre de la Onda, en Osorno, aunque había sanado bien y no parecía arrastrar ningún tipo de secuela. La duquesa se había fijado en el muchacho y ahora lo estaba instruyendo en el arte de la cetrería. Me pregunté hasta qué punto estarían ahondando en esos conocimientos, pero preferí dejar mis especulaciones fuera de la carta. En lugar de dulces, adjunté dos bolsas de canicas de arcilla cocida, un limpiacascos de extraordinaria factura protegido en su funda de cuero y dos espadas de práctica de madera.

Acertijo me informó divertidamente de que Hogar había azotado a Justo con una de las espadas antes de que él hubiera tenido tiempo siquiera de desmontar del caballo, y de que se había negado a compartir con Nimbo la bolsa de canicas

que le habían enviado a él. Me pareció buena señal que Acertijo se supiera ya los nombres de los muchachos, y que todos hubieran salido de la casa para recibirlo.

La nota de Molly fue menos alentadora. A Justo le había salido un bulto considerable en la nuca, de lo cual me culpaba a mí. Todos los niños estaban desilusionados porque no había incluido caramelos con la carta, de lo cual también me culpaba a mí. Aunque recibía las misivas con agrado, también me pedía que dejase de alterar a su familia con presentes inadecuados. Me llegó también una nota de Hidalgo, que me daba las gracias fríamente por el limpiacascos. Me preguntaba si yo sabía dónde conseguir aceite de alazor, ya que una de las yeguas padecía una infección persistente en un casco y él creía recordar que su padre utilizaba aceite de alazor en esos casos.

No esperé a que pasase otro mes. Busqué aceite de alazor de inmediato y se lo envié a Hidalgo, acompañado de una serie de indicaciones para que le lavase todos los cascos con vinagre, la trasladase a otro pesebre y le aplicase el aceite de alazor en los cuatros cascos, por dentro y por fuera. Le sugerí asimismo que extendiese un buen manto de pavesas en el pesebre anterior y lo dejase reposar durante tres días antes de barrerlo y de fregar el pesebre con vinagre, dejándolo secar bien antes de alojar ningún otro caballo en él. Y al aceite de alazor y la carta para Hidalgo, tuve el atrevimiento de sumar una bolsa de barritas de azúcar cande, con la recomendación de que las racionase de tal modo que después no le doliese la barriga a nadie.

En respuesta me envió una nota, en la que me daba las gracias por el aceite y decía que había olvidado la parte de vinagre a añadir en el remedio. Me preguntaba si yo sabía cuáles eran las proporciones exactas para preparar un linimento que Burch solía emplear, ya que a él le había quedado demasiado acuoso. Me aseguró también que las barritas de azúcar serían distribuidas solo cuando los niños se las ganasen. Molly adjuntó una carta, pero la remitía inequívocamente: «Para Ortiga».

—Pero Constante me dijo que en realidad a todos les habían gustado más los de menta —me informó Acertijo al entregarme la misiva de Hidalgo—. Creo que Constante es el más callado. Ya sabes, el niño bueno al que los más revoltosos siempre ignoran. —Con una sonrisa de mentiroso, añadió—: De crío, yo era igual que él.

—Seguro que sí —afirmé con escepticismo.

—¿Alguna respuesta? —se ofreció Acertijo, a lo que dije que necesitaba un poco de tiempo para meditarla.

Pasé varios días experimentando en el banco de trabajo hasta que logré elaborar el linimento de la forma correcta. El proceso me sirvió para darme cuenta de todo lo que había olvidado. Llené varios frascos con la sustancia y los sellé bien. Chade hizo una de sus infrecuentes visitas al viejo taller que un día compartimos. Olisqueó el aire con gesto valorativo y me preguntó qué estaba preparando.

—Un soborno —respondí con honestidad.

—Ah —dijo, y dado que no hizo más preguntas, supe que Acertijo también le estaba informando a él—. Veo que has hecho algunos cambios por aquí —añadió mientras miraba alrededor de la habitación.

—Casi todos con una escoba y un poco de agua. Daría lo que fuese por tener una ventana.

Me miró extrañado.

—La habitación contigua siempre está vacía. Antes la ocupaba lady Tomillo. Se rumorea que la sigue habitando. Olores extraños, ya sabes, y ruidos por la noche. —Sonrió para sí—. Era una vieja bruja de lo más útil. Hace muchos, muchos años tapié el hueco de la puerta que comunicaba las dos estancias. Quedaba detrás de ese tapiz. Tal vez puedas derribar la pared si procedes con discreción.

—¿Derribar la pared con discreción?

—Podría resultar un poco complicado.

—Un poco. Puede que lo intente. Te avisaré.

—Si no, podrías sacar a Ortega de la habitación que antes ocupabas abajo y utilizarla tú.

Negué con la cabeza.

—Sigo confiando en que más adelante quiera emplear ese pasadizo para subir a hablar conmigo por las noches.

—Pero aún no ha habido muchos progresos.

—No. Me temo que no.

—Ah, es tan testaruda como tú a su edad. No dejes que se acerque a la

repisa con el cuchillo para la fruta clavado.

Miré el cuchillo que seguía allí fijado, el que yo hincase tan hondo como mi rabia juvenil me permitió.

—Lo recordaré.

—Recuerda también que, al final, me perdonaste.

Intenté enviar el linimento por medio de Acertijo junto con una bolsa de pastillas de menta, otra de té de especias y una pequeña marioneta con forma de ciervo.

—No es suficiente —me avisó—. Añade al menos unas peonzas, para que todos tengan algo.

Y así lo hice. Me sugirió que les mandase también unas flautas de hojalata, con toda su inocencia, pero señalé que lo que pretendía era que me permitieran entrar en su casa, no hacer que Molly me asesinase. Sonrió, asintió, partió en su caballo y pasó fuera dos días más de la cuenta a causa de una tormenta de nieve.

A su regreso trajo dos cartas, una para mí y otra para Ortega, y comentó que había comido con la familia y pasado las noches en los establos después de echar unas cuantas partidas a las piedras con Constante todas las veladas.

—Les hablé bien de ti cuando Hidalgo se interesó. Les conté que te pasabas las noches trabajando en los manuscritos y que terminarías convirtiéndote en escribiente si te descuidabas. Por eso Hogar me preguntó: «Pero, entonces, se habrá puesto muy gordo, ¿no?», y es que tengo entendido que el escribiente de su aldea es un hombre bastante corpulento. Pero les dije que no, que al contrario, que en mi opinión últimamente te habías enflaquecido bastante y te habías vuelto un poco callado. Y que pasabas más tiempo a solas del recomendable para nadie.

Lo miré ladeando la cabeza.

—¿No podrías haber pintado un retrato más lamentable de mí?

—¿Les he dicho algo que no sea cierto? —replicó imitando mi gesto.

La nota era de Hidalgo, que me daba las gracias por el linimento y la fórmula.

No sé qué ponía en la carta que Molly le había mandado a Ortega. A la mañana siguiente se quedó en la habitación cuando terminó la clase de Habilidad. Dedicado la llamó para preguntarle si los acompañaba, ya que Elliania

y él, junto con Civil y Sydel, pensaban salir a cabalgar, por si le apetecía ir con ellos. Ortiga le respondió que se adelantasen y que enseguida los alcanzaría, porque nunca tardaba mucho en arreglarse el pelo antes de montar a caballo.

Al darse media vuelta, me sorprendió con una sonrisa en la cara.

—Siempre le hablo con formalidad cuando hay gente delante —explicó—. Solo me dirijo a él con familiaridad cuando subimos aquí.

—Le gusta. Se alegró mucho cuando supo que tenía una prima. Dijo que estaba bien conocer a una chica que le dijera lo que pensaba.

Cuando vi que se detenía en seco, me arrepentí de haber hecho ese comentario, pues temí que ya no quisiera compartir conmigo lo que pensaba decirme. Sin embargo, me miró a los ojos y, levantando la barbilla, acomodó los puños en las caderas.

—Ah. Y ¿podría comentarte una cosa?

No estaba demasiado seguro de permitirse.

—Claro —la animé.

—Mi madre me dice en su carta que se encuentra bien y que mis hermanos pequeños disfrutan mucho con las visitas de Acertijo. Se pregunta si mis hermanos te dan miedo, ya que no vas tú en persona.

Me arrellané en la silla y posé la vista en el tablero de la mesa.

—Más bien es de ella de quien podría tener miedo. En su día tenía mucho genio. —Me hurgué en la uña del pulgar.

—En su día, según tengo entendido, se te daba muy bien hacérselo sacar.

—Supongo que sí. Entonces ¿crees que le gustaría que les hiciera una visita?

Permaneció callada unos instantes, sin responderme.

—Y ¿también te da miedo mi genio? —inquirió al cabo.

—Un poco —admití—. ¿Por qué lo preguntas?

Se acercó a la ventana de Veraz y extravió la mirada en el mar como solía hacer él. En esa postura parecía tan Vatídico como yo. Deslizó las manos hacia atrás entre su cabello con aire distraído. A decir verdad, quizá debería dedicar un poco más de tiempo a su peinado. Tenía su pelo corto tan erizado como la piel del lomo de un gato enfurecido.

—Antes creía que seríamos amigos. Después me enteré de que eras mi padre. Desde entonces no te has esforzado mucho por hablar conmigo siquiera.

—Creía que no querías que lo hiciese.

—Tal vez quería comprobar hasta qué punto estabas dispuesto a intentarlo.

—Giró sobre los talones para lanzarme una mirada acusadora—. No lo intentaste, en absoluto.

Me quedé callado largo tiempo. Ortiga se volvió y se encaminó hacia la puerta.

Me levanté.

—¿Sabes, Ortiga? Fui criado por un hombre entre hombres. A veces creo que esa es la mayor desventaja que un hombre puede tener a la hora de tratar con mujeres.

Se dio media vuelta para mirarme. Le hablé con total sinceridad.

—No sé qué hacer. Quiero que al menos me conozcas como persona. Burrich era tu padre e hizo una gran labor como tal. Puede que sea demasiado tarde para que yo ocupe ese lugar en tu vida. En la vida de tu madre tampoco hay un sitio para mí. Sigo amándola, tanto como la amaba cuando me dejó. Entonces pensaba que, una vez que cumpliese con todo lo que tenía que hacer, la buscaría y de alguna manera seríamos felices juntos. Y aquí estamos, dieciséis años después, pero ni siquiera sé cómo volver con ella.

Ortiga permaneció quieta, con la mano en la puerta, incómoda.

—Tal vez le estés diciendo todas estas cosas a la mujer equivocada. —Salió con discreción y dejó que se cerrara tras ella.

Días más tarde, Acertijo me encontró tomando el desayuno ante la mesa de los guardias. Se sentó en el banco de enfrente.

—Ortiga me ha dado una carta para que se la entregue a su madre y a sus hermanos. Me pidió que me la llevase cuando salga con tu próximo envío. — Extendió el brazo sobre la mesa y cogió un tarugo de pan de mi plato. Le dio un bocado y me preguntó con la boca llena—: ¿Cuándo será?

Lo pensé unos instantes.

—Mañana por la mañana —le propuse.

Asintió.

—Es la idea que me había hecho.

Monté a lomos de Mibruna y bajé al mercado de la ciudad de Torre del Alce, riñéndola todo el camino. Había pasado medio año al cuidado de un mozo de

cuadra que creía que para mantenerla en forma bastaba con sacarla y dejarla correr cuanto quisiera para después volver a guardarla. Era terca y bronca, y lo mismo tiraba del bocado que ignoraba las riendas. Me reproché a mí mismo el haberla desatendido. Recorrí el mercado de invierno y cabalgué de regreso a casa cargado de jengibre garrapiñado y dos brazos de encaje rojo. Lo puse todo en una cesta junto con una botella hurtada de vino de diente de león. Pasé toda la noche sentado ante una hoja de buen papel y conseguí hilvanar tres frases. «Te recuerdo vestida con una falda roja. Subías por los acantilados de la playa por delante de mí, y yo podía ver tus tobillos desnudos y salpicados de arena. Temía que el corazón se me saliera del pecho.» Me pregunté si ella se acordaría de aquella lejana merienda, cuando ni siquiera me había atrevido aún a besarla. Sellé la nota con un grumo de cera. Hasta en cuatro ocasiones rompí el sello, intentando elegir las palabras correctas. Al cabo, le confié el mensaje a Acertijo tal como estaba, y me pasé los cuatro días siguientes dando vueltas de aquí para allá deseando no haberlo hecho.

Llegada la cuarta noche, accioné la palanca que abría la puerta de los aposentos de Ortiga. En lugar de entrar y llamarla, como hacía Chade conmigo, bajé hasta la mitad de la empinada escalera y dejé una vela ardiendo en ellas. A continuación, volví a subir y aguardé.

La espera pareció eternizarse. No sé qué fue lo que terminó despertándola, si la luz o la corriente, pero finalmente oí que ascendía con paso indeciso por el pasadizo. Había encendido una buena lumbre en el extremo más cómodo de la habitación.

Se asomó por la esquina de la puerta oculta y me vio, pero, aun así, entró cautelosa como una gata. Poco a poco, dejó atrás el banco de trabajo, sobre el que descansaban desplegados los manuscritos sucios, y más despacio aún pasó junto al hogar de labor, coronado por las rejillas de las tenazas, las probetas y los platillos quemados. Se acercó al fin a las sillas que había frente a la chimenea. Llevaba puesto un camisón y un chal de punto sobre los hombros. Estaba tiritando de frío.

—Siéntate —la invité, a lo que accedió, lentamente—. Aquí es donde trabajo —le expliqué. Al ver que la tetera empezaba a hervir, le pregunté—: ¿Te apetece una taza de té?

—¿En plena noche?

—Buena parte de mi trabajo la realizo en plena noche.

—La mayoría de la gente está dormida a estas horas.

—Yo no soy como la mayoría de la gente.

—Eso es verdad.

Se levantó y examinó los objetos que poblaban la repisa de la chimenea. Había una figura del lobo que el bufón había tallado y, junto a esta, la piedra de la memoria con un grabado similar orientada con la cara hacia fuera. Pasó los dedos por el mango del cuchillo para la fruta que había allí clavado y me miró sin entender. Levantó el brazo y puso la mano en la empuñadura de la espada de Hidalgo.

—Puedes bajarla si quieres. Era de tu abuelo. Ten cuidado. Pesa mucho.

Apartó la mano.

—Háblame de él.

—No puedo.

—¿Es otro de tus secretos?

—No. No puedo contarte nada porque nunca lo conocí. Me entregó a Burrich cuando tenía cinco o seis años. Nunca lo vi, que yo recuerde. Creo que de vez en cuando me visitaba por medio de la Habilidad, a través de los ojos de Veraz. Pero yo no era consciente de nada de eso.

—Me recuerda a ti y a mí —dijo Ortega despacio.

—Sí, así es —admití—. Solo que ahora yo tengo la oportunidad de conocerte. Si los dos somos lo bastante valientes para aprovecharla.

—Estoy aquí —me recordó, acomodándose en la silla. Después guardó silencio y yo no supe cómo proseguir. Señaló entonces la talla del bufón—: ¿Ese es tu lobo? ¿Ojos de Noche?

—Sí.

Sonrió.

—Es exactamente como te imaginaba a ti. Cuéntame más cosas sobre él.

Y así lo hice.

Acertijo retornó al cabo de tres días, quejándose de los malos caminos y del frío. Una tormenta lo había seguido hasta casa. Apenas si lo escuché. Cogí el pequeño rollo de papel de corteza que me tendió y lo subí con cuidado a mi

guardada antes de desplegarlo. A primera vista, parecía un dibujo. Después me di cuenta de que consistía en un mapa improvisado. Solo había un breve mensaje en la parte inferior de la página: «Ortiga dice que tienes dificultades para encontrar la ruta de vuelta conmigo. Tal vez esto te ayude».

Una intensa e insistente nevada estaba cayendo sobre el castillo de Torre del Alce. Las nubes llegaban cargadas; sospechaba que tardaría en amainar. Me dirigí al taller y metí un poco de ropa en una alforja. Habilité hacia Chade.

Estaré fuera un tiempo.

Muy bien. Ya terminaremos de trabajar en ese manuscrito esta noche.

No me has entendido. Voy a ausentarme durante varios días por lo menos. Voy a encontrarme con Molly.

Chade titubeó y yo pude sentir su vivo deseo de objetar. Estaban ocurriendo demasiadas cosas para que yo me marchase. Había que ocuparse de las traducciones, del perfeccionamiento de su pólvora, con el que lo estaba ayudando, y de la Invocación. Los manuscritos avisaban de que la población del reino necesitaba estar preparada para la Invocación, no fuese que los padres o amigos pensarán que aquellos que oían voces dentro de su cabeza habían perdido el juicio. Indicaban asimismo que la fecha exacta de la Invocación se debía mantener en secreto, para que el Maestro de la Habilidad no perdiera el tiempo con los farsantes.

Me olvidé de todo eso con fastidio. Esperé.

Ve, entonces. Y buena suerte. ¿Se lo has dicho a Ortiga?

Ahora fui yo quien vaciló.

Solo te lo he dicho a ti. ¿Crees que debería decírselo a ella?

¡Vaya cosas me consultas! Nunca me solicitas los consejos que espero de ti, solo los que... No importa. Sí. Díselo. Aunque solo sea porque si no se lo dices, parecerá que pretendes engañarla.

Así, me proyecté hacia mi hija y le dije:

Ortiga. He recibido una nota de Molly. Voy a hacerle una visita. En ese momento caí en lo más obvio. ¿Quieres acompañarme?

Tenemos una tormenta encima y, por la pinta que tiene, lo peor está por venir. ¿Cuándo pensabas salir?

Ahora.

No es prudente.

Nunca he sido prudente. El comentario resonó extrañamente en mi cabeza, y sonreí.

Ve, entonces. Abrígate bien.

Lo haré. Adiós.

Y así, me puse en marcha. A Mibruna no le hizo gracia que la sacase de su pesebre cálido y seco para adentrarnos en la tormenta. Durante el viaje hubimos de enfrentarnos al frío, a la lluvia y al aburrimiento. La única posada en la que me detuve estaba llena de viajeros atrapados, por lo que no me quedó más remedio que dormir en el suelo, cerca del hogar, envuelto en mi capa. A la jornada siguiente, un labrador me permitió hacer noche en su granero. El temporal se negaba a cesar y el viaje se tornó cada vez más desagradable, pero seguí adelante.

Quiso la suerte que dejase de nevar y que el cielo se despejase cuando todavía un valle me separaba de la propiedad de Burrich. Según obligaba a Mibruna a avanzar hacia la casa por el camino sepultado, me encontré con un paisaje que parecía sacado de alguna fábula. La nieve cubría el tejado de la cabaña y el de las caballerizas. Una columna de humo ascendía arremolinada desde la chimenea hacia el cielo azul. Ya había un sendero abierto entre la casa y los graneros. Detuve a Mibruna y me quedé contemplándolo. En ese momento, Hidalgo abrió la puerta de uno de los almacenes y salió empujando una carretilla llena de heno sucio. Silbé para anunciarle mi visita y bajé la colina a lomos de Mibruna. Permaneció detenido, viéndome llegar. Ya en el patio que precedía a la casa, frené a la yegua y me mantuve sentado en la silla, intentando decidir un saludo. Mibruna tiró dos veces del bocado y sacudió la testa hacia atrás con enojo.

—Esa yegua necesita que la amansen —observó Hidalgo con desaprobación. Se acercó un poco más y se detuvo—. Ah, eres tú.

—Sí. —La pregunta decisiva—. ¿Puedo entrar? —Debía de tener quince años recién cumplidos, pero ahora era el hombre de esta hacienda.

—Por supuesto. —No observé, sin embargo, atisbo alguno de sonrisa—. Deja que te lleve la yegua.

—Preferiría llevarla yo, si no te importa. La he tenido desatendida y se nota.

Voy a tener que esforzarme mucho para educarla.

—Como quieras. Es por aquí.

Desmonté y miré hacia la cabaña, pero si en el interior habían advertido ya mi presencia, no vi ninguna señal. Guie a Mibruna y seguí a Hidalgo a un establo ordenado. Nimbo y Justo estaban limpiando los pesebres. Entró entonces Constante, cargado con cubos de agua. Todos se pararon al verme. De súbito me sentí rodeado y el fantasma de un recuerdo ascendió a la superficie de mi memoria. Ojos de Noche, detenido fuera del círculo que formaba la manada. Estaba desesperado por entrar, pero sabía que, si se acercaba a ella del modo equivocado, lo rechazarían.

—Puedo ver la mano de vuestro padre en todas partes —les dije, y era cierto.

Supe de inmediato que Burrich había levantado el edificio a su gusto. Los pesebres eran más amplios que los de Torre del Alce. Cuando las contraventanas se abrieran, el aire y la luz entrarían en abundancia. Vi a Burrich en la manera en que estaban guardadas las escobas y organizados los arreos. Casi podía sentirlo aquí. Pestañee y volví a la realidad, consciente de pronto de que Hidalgo me estaba mirando.

—Puedes guardarla aquí —me sugirió al tiempo que señalaba un cajón. Los niños retomaron sus tareas mientras yo me ocupaba de Mibruna. Le di de beber, le ofrecí un poco de heno y la dejé limpia y seca. Cuando Hidalgo se acercó a la puerta del pesebre para observarla, me pregunté si mi trabajo superaría su inspección—. Bonita yegua —se limitó a decir.

—Sí. Me la regaló un amigo. El mismo que envió a Malta con tu padre cuando supo que no la necesitaría más.

—¡Esa sí que es una buena yegua! —exclamó Hidalgo, y lo seguí entonces por el establo para ir a verla. Pasamos por delante de Áspero, un semental de cuatro años, hijo de Rubí, con el que Hidalgo había pretendido cruzarla. También visité a Rubí. Creo que el viejo semental todavía me recordaba. Se me acercó y apoyó la cabeza sobre mi hombro por unos momentos. Estaba viejo y un poco cansado.

—Probablemente sea el último potro que engendre —comenté en voz baja—. Creo que esa es la razón por la que Burrich quería utilizarlo. Una última

oportunidad para cruzar los linajes. En su día fue un excelente semental.

—Recuerdo el día en que llegó. Vagamente. Una mujer bajó por la colina con dos caballos y se los entregó a mi padre sin más. Entonces ni siquiera teníamos granero, y menos aún caballeriza. Aquella noche papá sacó todos los troncos de la leñera para que los caballos no se quedaran a la intemperie.

—Apuesto a que Rubí se alegró de verlo.

Hidalgo me miró sin comprender.

—¿No sabías que Rubí era el caballo de tu padre, desde mucho antes? Veraz le dio a elegir entre los dos caballos de dos años. Eligió a Rubí. Conocía a ese caballo desde que su madre lo parió. La noche en que la reina tuvo que huir de Torre del Alce para salvar su vida, Burrich la confió a este caballo. La llevó hasta las Montañas. Sana y salva.

Hidalgo me miró comprensiblemente atónito.

—No lo sabía. Papá no hablaba mucho de su época en Torre del Alce.

Y así, terminé ayudándolos a limpiar los pesebres y a dar de comer a los animales antes de entrar a ver a Molly. Yo les conté historias de caballos que había conocido e Hidalgo me llevó a ver los graneros con disculpable orgullo. Lo tenía todo muy bien ordenado y así se lo señalé. Me llevó hasta la yegua del casco infectado, ya curada, y crucé el establo para ver a la vaca lechera y a la decena de gallinas.

Cuando Hidalgo me llevó de regreso a la cabaña con los niños desfilando detrás de nosotros, intuí que me había defendido bien con ellos.

—Madre, tienes visita —avisó Hidalgo a la vez que abría la puerta. Zapateé contra el suelo para sacudirme la nieve y el estiércol y lo seguí adentro.

Molly ya sabía que yo estaba fuera. Tenía las mejillas sonrosadas y llevaba el pelo corto alisado hacia atrás. Al verme mirándose, se lo tocó tímidamente. En ese momento los dos recordamos por qué se lo había cortado y la sombra de Burrich se deslizó entre nosotros.

—Bueno, las tareas están terminadas. Ahora salgo a casa de Bastonero —anunció Hidalgo antes de que me diera tiempo siquiera a saludarla.

—¡Yo también quiero ir! Quiero ver a Kip y jugar con los cachorros —exigió Hogar.

Molly se inclinó hacia el niño.

—No puedes acompañar a Hidalgo siempre que sale a ver a su novia —lo reprendió.

—Hoy sí puede —anunció Hidalgo de improviso. Me miró de soslayo, como si pretendiera cerciorarse de que yo supiera que me estaba haciendo un tremendo favor—. Lo sentaré detrás de mí; su poni no puede salir con tanta nieve. Date prisa y prepárate.

—¿Te apetece un té, Traspíe? Debes de tener mucho frío.

—En realidad, no hay nada como trabajar en el establo para entrar en calor después de una larga cabalgada. Pero sí, me apetece mucho.

—¿Los muchachos te han puesto a trabajar en la caballeriza? Ay, Hidal, ¡es un invitado!

—Se maneja muy bien con la pala —comentó Hidalgo a modo de cumplido—. Espabila, Hogar, no tengo todo el día.

Se sucedieron varios momentos de caos ruidoso que parecían no poder faltar a la hora de preparar a un niño de seis años que iba a ir a alguna parte, aunque solo yo me alarmé al oírlo. El comedor de los guardias semejava un cementerio en comparación. Cuando los muchachos salieron por la puerta, Constante se había retirado al desván, y Justo y Nimbo se habían sentado también a la mesa. Nimbo fingía estar limpiándose las uñas, pero Justo me estudiaba sin disimulo.

—Traspíe, por favor, siéntate. Nimbo, aparta la silla, haz sitio. Justo, no vendrían mal algunas astillas más.

—¡Me mandas fuera para que me quite de en medio!

—¡Eres muy perspicaz! Ahora sal. Nimbo, tú podrías ayudarlo. Retira la nieve de la pila de la leña y mete algunos maderos en la leñera para que se sequen.

Los dos niños accedieron a salir, pero no lo hicieron ni en silencio ni modosamente. Cuando cerraron la puerta, Molly respiró hondo. Retiró una tetera de la lumbre, vertió el agua hirviendo sobre el té de especias contenido en una jarra grande y lo trajo a la mesa. Distribuyó sendas tazas y un tarro de miel. Se sentó frente a mí.

—Hola —le dije.

Sonrió.

—Hola.

—Le pregunté a Ortega si quería acompañarme, pero dijo que prefería no montar bajo la tormenta.

—No la culpo. Además, a veces pienso que para ella debe de ser difícil volver a casa. Aquí la vida es mucho más humilde que en el castillo de Torre del Alce.

—Podrías mudarte a Bosque Blanco. Ya sabes que ahora te pertenece a ti.

—Lo sé. —Una sombra se escurrió por su rostro, y entonces deseé no habérselo propuesto—. Pero serían demasiados cambios, demasiado rápido. Los niños todavía tienen que hacerse a la idea de que su padre ya no va a volver. Y, como ya has visto, Hidalgo está cortejando a una muchacha.

—Parece muy joven para esas cosas —aventuré.

—Es un joven con una gran hacienda a su cargo. Traer a otra mujer a la casa nos facilitaría mucho las cosas a todos. ¿Por qué debería esperar, si ha encontrado a una muchacha que lo quiere? —arguyó. Al ver que yo no sabía qué responderle a eso, añadió—: Si se casan, no creo que Clavelina quiera mudarse lejos de la casa de sus padres. Está muy unida a su hermana.

—Entiendo.

Y era cierto. De pronto me di cuenta de que Molly ya no era una jovencita a la que pudiera sacar del hogar paterno y hacerla mía. Aquí era el centro de todo un mundo, con sus raíces y sus vínculos.

—La vida es muy complicada, ¿verdad? —dijo en vista de mi silencio.

La miré, vestida con su túnica sencilla de tonos oscuros. Sus manos ya no eran suaves ni esbeltas; su rostro estaba surcado por unas arrugas que no estaban allí cuando era mía. Su cuerpo se había ablandado y redondeado con los años. Ya no era la chica de la falda roja, aquella que corría por delante de mí junto al mar.

—Nunca he querido nada en la vida tanto como te he querido a ti.

—¡Traspié! —exclamó, elevando la vista hacia el desván, y fui consciente entonces de que estaba pensando en voz alta. Se le encendieron las mejillas y levantó las manos para taparse la boca con las yemas de los dedos.

—Lo siento —me disculpé—. Sé que es demasiado pronto. Ya me lo has dicho. Pero sabré esperar. Esperaré todo el tiempo que quieras que espere. Solo quiero que sepas que estaré esperando.

La vi tragar saliva. Con voz quebrada, me avisó:

—No sé cuánto tiempo voy a necesitar.

—No importa.

Extendí la mano, palma arriba, sobre la mesa. Molly titubeó y, al cabo, puso la suya encima. Permanecimos sentados, sin decirnos nada, hasta que los niños entraron cargados de astillas cubiertas de nieve, haciendo que su madre los regañara por no haberse limpiado los zapatos.

Me quedé hasta la tarde. Tomamos té, hablé de cómo le iba a Ortega en la corte y a los niños les conté historias de juventud de Burch. Ensillé a Mibruna y me despedí de todos antes de que Hidalgo y Hogar hubieran regresado. Molly me acompañó afuera para decirme adiós y me dio un beso. En la mejilla. Cabalgué durante tres jornadas de vuelta al castillo de Torre del Alce.

Acertijo siguió llevando cartas entre la cabaña y el castillo de Torre del Alce. Todos asistieron al Festival de Primavera, en el que tuve ocasión de compartir un baile con Molly. Era la primera vez que bailaba con ella, y la primera vez que salía a bailar en años. Bailé con Ortega, después, y me recomendó que no volviera a intentarlo. Aunque sonrió mientras me lo decía.

Vi a Percán a principios de la primavera. Lengua Serrada y él pasaron por Gama al comenzar con los viajes del verano. Percán estaba más alto y más delgado, y parecía satisfecho con la vida que llevaba. Había visto una buena parte de Osorno, y seguidamente partiría hacia Garrón y después hacia Torote. Había compuesto dos canciones propias, ambas cómicas, y las dos fueron bien recibidas cuando las cantó para nosotros en el hogar menor. Telaraña y Vencejo regresaron a Torre del Alce aquel mismo mes. Vencejo se había ensanchado de hombros y se había vuelto más introspectivo de lo que lo recordaba. Telaraña se quedó en Torre del Alce cuando Vencejo regresó a casa para pasar una semana con su familia. A su retorno trajo la noticia de que Hidalgo se casaría dentro de tres meses.

Bajé para asistir a la boda. Al verlo ante Clavelina, declarándole su compromiso mientras ella se ruborizaba y sonreía, apenas capaz de mirarlo a la cara, creí morir de pura envidia. Para ellos debió de ser lo más natural. Se conocieron, se enamoraron y se casaron. Supuse que tendrían un bebé en la cuna antes de que terminase el año. Y yo no había podido acercarme a Molly

más allá del roce de su mano y de un beso en la mejilla.

El verano se impuso con su calor. Era un buen verano. Elliania se quedó encinta y la noticia no tardó en propagarse por los Seis Ducados. Los cultivos parecían crecer ante mis ojos. Mibruna se aprendió el camino a la cabaña de Molly y el de regreso. Ayudé a Hidalgo a levantar las vigas de las habitaciones adicionales que estaba construyendo, y vi a Molly y a Clavelina cocinar juntas amigablemente. Vi a Molly moverse por la cabaña según hacía sus sencillas labores, la vi reírse, remover la sopa y apartarse el pelo, cada vez más largo, de los ojos. No sentía un deseo tan febril desde que tenía quince años. No podía dormir por la noche y, cuando lo lograba, había de aplacar mis sueños. Podía encontrarme con Molly y conversar con ella, pero siempre ocurría en casa de Burrich o con los hijos de Burrich colgados de sus manos. No parecía existir en su mundo ningún sitio que yo pudiera reclamar, lo que me llevó a mostrarme irascible con los demás.

Fui a ver a Paciencia y a Cordonia, como les prometí, viaje que realicé en los días calurosos y polvorientos del pleno verano, y Chade me confesó que yo estaba de tan mal humor que se alegraba de perderme de vista durante unos días. No lo culpé. La salud de Cordonia se había vuelto más frágil y Paciencia había contratado a dos mujeres para que la ayudasen a cuidar de su anciana sirvienta. Pasear por los jardines con la mano cansada de Paciencia cogida de mi brazo, ver que había convertido el suelo ensangrentado del Círculo del Rey de Regio en un refugio de verdor, belleza y paz, me sirvió para descansar por primera vez en mucho tiempo. Me entregó algunas de las pertenencias de mi padre, que guardaba amontonadas: un cinturón de espada liso por el que sentía predilección, algunas cartas que Burrich le remitió, en las que me mencionaba, y un anillo de jade. El anillo se me ajustaba a la perfección. Me lo puse para volver a casa.

Ortiga se quedó en la habitación después de la clase de Habilidad a la mañana siguiente a mi regreso. Chade también, pero cuando lo miré, suspiró y me dejó a solas con mi hija.

—Has pasado mucho tiempo fuera. Semanas —dijo.

—Hacía mucho que no veía a Paciencia. Se está haciendo mayor.

Asintió.

—Clavelina está encinta.

—Es una noticia fabulosa.

—Sí que lo es. Estamos muy emocionados. Pero mi madre dice que saber que pronto será abuela hace que se sienta vieja.

Titubeé por un instante.

—Me dijo: «El tiempo pasa más rápido cuando eres mayor, Ortiga». ¿No te parece extraño?

—Hace mucho que lo sé.

—¿Sí? Creo que tal vez las mujeres lo sepan aún mejor.

La miré a los ojos sin decir nada.

—O tal vez no —consideró al cabo, antes de marcharse.

Cuatro días más tarde ensillé de nuevo a Mibruna y partí a casa de Molly. Chade insistió en recordarme que debía estar de regreso antes de la Invocación, y así se lo prometí. Hacía un buen día y Mibruna se mostró tratable y lista para la cabalgada. Las tardes de verano eran largas y me permitieron completar el viaje en dos jornadas en lugar de en tres. Me sentí muy bien recibido, ya que Hidalgo estaba reparando la valla del potrero. Vencejo y Constante ayudaban a retirar los postes podridos mientras Justo y Hogar excavaban agujeros más grandes. Hidalgo y yo íbamos detrás de ellos, colocando derechos y a una buena altura los postes nuevos. Me habló sobre su futura paternidad y de lo emocionado que estaba, hasta que reparó en que mis silencios no dejaban de prolongarse. Me dijo entonces que se llevaría a los niños al riachuelo para que se dieran un chapuzón, porque ya había trabajado y sudado bastante por ese día. Me preguntó si los acompañaba, pero negué con la cabeza.

Me estaba echando un cubo de agua fresca del pozo sobre la cabeza cuando Molly salió con una cesta colgada del brazo.

—Clavelina está durmiendo una siesta. El calor la tiene doblegada. Es muy difícil de soportar cuando se está encinta. Había pensado dejarla descansar y tal vez ir a ver si ya hay moras lo bastante maduras y dulces.

Ascendimos la pequeña loma que se levantaba por detrás de la casa. La gritería de los niños, que chapoteaban en el riachuelo, se extinguió. Pasamos junto a las colmenas de paja de Molly, que vibraban blandamente bajo el día cálido. El zarzal de las moras quedaba al otro lado y Molly me guio hasta la parte

más al sur de aquel, pues aseguraba que allí las moras siempre maduraban primero. También allí obraban sus abejas, unas entre las últimas flores de zarzamora y otras sobre el jugo exudado por la fruta madura. Recogimos moras hasta que llenamos media cesta. Entonces, al doblar hacia abajo una rama alta y espinosa para que Molly alcanzase las bayas de arriba, molesté a una abeja. El insecto se lanzó contra mí, de tal modo que primero se me enredó en el pelo y después se descolgó zumbando por mi cuello. Le di un manotazo y blasfemé cuando me picó. Brinqué hacia atrás para apartarme de los arbustos, sacudiendo los brazos a fin de espantar a otras dos que de súbito habían empezado a revolotear en torno a mi cabeza.

—Sal de ahí, rápido —me avisó Molly, que se acercó para cogerme la mano y llevarme corriendo colina abajo.

Una segunda me picó detrás de la oreja antes de que cejaran en su persecución.

—Nos hemos dejado atrás la cesta con todas las moras. ¿Vuelvo a por ella?

—Todavía no. Espera un poco hasta que se tranquilicen. Cuidado, no te rasques, el aguijón debe de estar dentro todavía. Déjame ver.

Me senté a la sombra de un aliso y Molly me inclinó la cabeza hacia delante para examinar la picadura de la oreja.

—Se está hinchando mucho. Y has terminado de hundir el aguijón. Quédate quieto, así. —Hurgó en la picadura con los dedos. Se rio cuando me estremecí—. No te muevas. No llego con las uñas. —Se inclinó hacia delante y aplicó la boca sobre la mordedura. Noté que encontraba el aguijón con la lengua, para después atraparlo con los dientes y extraerlo. Lo tomó de los labios con los dedos—. Mira. Te lo habías metido del todo. ¿Tenías otro?

—En la espalda —afirmé, sin poder evitar que me temblase la voz. Molly paró para mirarme. Volvió la cabeza y después me miró de nuevo, como si hiciera mucho tiempo que no me veía. Con voz quebradiza, me indicó—: Quítate la camisa. Veré si puedo sacártelo.

Sentí que me mareaba cuando volvió a tocarme con la boca. Me mostró el segundo aguijón. Después deslizó los dedos por la cicatriz de la herida de flecha que tenía en la espalda y me preguntó:

—¿Cómo te la hiciste?

—Un flechazo. Hace tiempo.

—Y ¿esta otra?

—Esa es más reciente. Un espadazo.

—Mi pobre Traspíe. —Rozó la cicatriz que se interponía entre el hombro y el cuello—. Recuerdo cuando te hiciste esta. Te presentaste en mi cama, todavía con la venda.

—Sí.

Me volví hacia ella, consciente de que me estaba esperando. Aun así, tuve que hacer acopio de todo mi coraje. Con suma delicadeza, la besé. La besé en las mejillas, en la garganta y, al fin, en la boca. Sabía a moras. Una y otra vez, la besé, tan despacio como pude, intentando enjugar con los labios todos los años que había perdido. Le desenlacé la blusa y se la saqué por la cabeza, dejándola desnuda bajo el cerúleo cielo estival que nos envolvía. Sentí la suavidad y el peso de sus senos en mis manos. Los atesoré. Su falda se desprendió, una flor caída sobre la hierba. Tendí a mi amor entre las altas briznas silvestres y la tomé con ternura.

Fue como volver al hogar, como si estuviera completo, una maravilla que merecía la pena repetir. Dormimos brevemente y nos despertamos cuando las sombras empezaban a alargarse.

—¡Tenemos que volver! —exclamó Molly.

—Todavía no —opuse, sin embargo. La reclamé de nuevo, tan lentamente como fui capaz, y mi nombre susurrado a mi oído según ella se estremecía debajo de mí fue el sonido más dulce que había percibido jamás.

Nos convertimos de pronto en una pareja de adolescentes que se sabían culpables cuando oímos que los niños empezaban a llamarnos.

—¿Madre?! ¿Traspíe?!

Recogimos la ropa aprisa y nos vestimos. Molly se aventuró a regresar ella sola a buscar la cesta de las moras. Nos sacudimos las hojas y las briznas de hierba de la ropa y el pelo, riendo entrecortadamente al mismo tiempo. La besé otra vez.

—¡Tenemos que parar! —me advirtió Molly. Me devolvió el beso con calidez y alzó la voz para responder—: ¡Estoy aquí! ¡Ya voy!

La tomé de la mano según rodeábamos las zarzas y seguía apretándosela

cuando descendimos por la colina al encuentro de los niños.

Epílogo

Bosque Blanco es un valle cálido, centrado en torno a un río manso que surca una amplia llanura que anida entre una sucesión de estribaciones breves y tortuosas. Es un lugar magnífico para cultivar vides y trigo, así como para criar abejas y niños. La casa de labor está hecha de madera en lugar de piedra, algo que en ocasiones todavía se me hace extraño. Ahora descanso en una habitación y en una cama que antaño fueron utilizadas por mi padre, y la mujer a la que amo desde que era un muchacho duerme a mi lado por la noche.

Durante tres años fuimos amantes en secreto. Se nos hizo duro, aunque de alguna manera también nos recreábamos en ello. Nuestras citas eran escasas y arriesgadas, lo que me hacía valorarlas mucho más. Molly vino con sus hijos al siguiente Festival de la Cosecha, ocasión que aproveché para alejarla del bullicio del baile y llevarla a mi cama. Jamás había imaginado que la tendría allí, pero, durante muchas noches después, su perfume permaneció en mis almohadas y endulzó mis sueños. Cuando iba a visitarla a su cabaña, a lo sumo conseguía robarle un beso apresurado, aunque cada uno de ellos compensaba el largo viaje. Sospecho que no logramos engañar a Hidalgo durante mucho tiempo y, desde luego, los comentarios de Ortiga me dejaron claro que no se creía la farsa. Así y todo, obramos con cautela, por sus hijos pequeños, y jamás he lamentado tomarme el debido tiempo para ganarme su respeto.

Nadie se sorprendió más que yo cuando Constante respondió a la llamada. Al principio no parecía portar una Habilidad muy potente, pero pronto descubrimos unas reservas de fuerza y de serenidad tales que podrían convertirlo en el Hombre del Rey idóneo. Ortiga estaba orgullosa y enseguida le ofreció su apoyo, lo cual yo agradecí, porque el hecho de que su pequeño se trasladase al castillo de Torre del Alce le dio a Molly la excusa perfecta para visitarnos más a menudo. Constante y Ortiga pasaron a integrar el núcleo del nuevo Destacamento Real, dado que los hermanos compartían un vínculo muy sólido. Doce personas más acudieron a la Invocación; cuatro con Habilidad suficiente para unirse al destacamento de Ortiga y ocho con apenas unas trazas de magia. No rechazamos a nadie tras esa primera Invocación, ya que, como el propio Chade apuntó, a veces se necesita un poco de tiempo para que la Habilidad se manifieste por completo. Tordo y yo continuamos realizando labores propias de Solos. Chade, como siempre, insiste en asirse a nosotros mediante hebras para recorrer las fronteras de la magia, poniéndose en peligro de un modo que él tacharía de temerario si fuese otro quien lo intentase.

Cuando nació el segundo hijo de Hidalgo, Molly declaró de pronto que había llegado el momento de que Clavelina tuviera su propio espacio y su propio hogar. Decidió trasladarse a

Bosque Blanco con Hogar y con Justo. Nimbo optó por quedarse con su hermano mayor, porque la hacienda era demasiado grande para que la trabajase un solo hombre y porque además siempre le habían gustado los caballos. Molly me reveló en privado que, a su parecer, más bien se debía a cierta jovencita pelirroja, la hija de un carretero de la aldea más próxima.

Celebramos una boda discreta, pronunciando nuestros votos ante mi rey en presencia de los hijos de Molly, de Kettricken, de Elliania, de Chade, de Percán y de Acertijo. Chade lloró, me dio un abrazo constrictor y me dijo que fuese feliz. Percán le preguntó a Ortega si le permitiría besar a su nueva hermana, impertinencia que le valió el contundente puñetazo de un protector Hogar. Tordo y el pequeño príncipe Próspero se pasaron durmiendo la mayor parte de la ceremonia.

Salimos de viaje para ver a Paciencia, que no había podido desplazarse, y para poner una flor sobre la tumba de Cordonia. Nos quedamos con ella un mes, tiempo durante el que creo que Hogar y Justo agotaron a Paciencia con sus travesuras y su curiosidad. Pero dos días antes de que emprendiéramos el regreso, Paciencia anunció de improviso que estaba cansada de Puesto Vado y que era demasiado mayor para seguir administrándolo, por lo que le gustaría trasladarse a vivir con nosotros en Bosque Blanco. Para alivio mío, a Molly le complació la idea.

Hogar y Justo parecen disfrutar de las bondades y de lo absurdo de tener una abuela como ella. Hogar ha prometido pedirle permiso a Molly antes de hacerse más tatuajes, y Justo ha desarrollado un profundo interés por las plantas y las hierbas que desafía incluso los conocimientos de Paciencia. Acertijo se presentó en Bosque Blanco cuando apenas nos habíamos instalado, diciendo que Chade lo enviaba para que me asistiera. Creo que sigue espíandome e informando a la vieja araña, pero me parece bien. Estoy dispuesto a concederle a Chade cuanto necesite para sentir que todavía controla su mundo. Poco a poco, yo extraje de él una buena parte de sus energías y se la transmití a Dedicado cuando demostró estar listo para recibirla. Aunque nunca he llevado la corona de los Seis Ducados, estoy seguro de haber hecho mucho para que permanezca intacta.

Acertijo ha demostrado saber mucho más sobre contratación de sirvientes y de administración de propiedades de lo que yo imaginaba. Está bien, porque ni Molly ni yo sospechamos jamás que habríamos de ocuparnos de esas cosas, y Paciencia asegura que está demasiado mayor para encargarse en persona. Es un hombre fiable. La última vez que Ortega nos visitó, lo llamé a capítulo por dirigirse a ella con excesiva confianza, hasta que Molly me llevó a un aparte y me recomendó en voz baja que no me metiera donde no me llamaban.

A menudo se me requiere en Torre del Alce, y Dedicado y Elliania nos han visitado un par de veces para salir con los halcones, ya que los campos de trigo aportan el entorno perfecto para la caza de pájaros. A mí nunca me ha interesado esa práctica, de modo que dediqué esas visitas a jugar con su hijo mientras ellos montaban. Próspero es un niño fuerte y sano.

Chade siguió ejercitándose arduamente, como se preceptuaba en los manuscritos de la Habilidad, y un día se aventuró a utilizar las piedras. Decidió viajar a Aslevjal y explorar en persona las ruinas de los vetulus. Permaneció allí diez días, al cabo de los cuales regresó con los ojos hinchados de maravillas y con un saco lleno de cubos de la memoria. No encontró el camino a la cueva de Prilkop y, aunque hubiera dado con él, estoy seguro de que habría comprobado que llevaba tiempo vacía. Creo que cuando el bufón fue a ver a Chade por última vez viajaba hacia el sur, de vuelta al lugar donde se habían formado para compartir en su hogar cuanto habían aprendido. Dudo que alguna vez desande sus pasos.

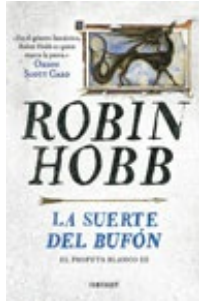
La nuestra fue una despedida descuidada y dispar. Los dos queríamos volver a ver al otro. Los dos teníamos una última palabra que decirnos. Mis días con el bufón terminaron como una partida a las piedras inconclusa, el resultado ecuánime e incierto, preñado de posibilidades. Unas veces me parecía una crueldad que hubieran quedado tantas cosas pendientes entre nosotros; otras me convencía de que era una bendición que existiera una posibilidad de que volviésemos a encontrarnos. Es como la expectativa que un juglar astuto sabe crear cuando se interrumpe, dejando que el silencio repose antes de entonar majestuoso el estribillo último de la canción. En ocasiones una pausa puede ser como una promesa por cumplir.

A menudo lo echo de menos, pero de la misma forma que echo de menos a Ojos de Noche. Sé que no volveré a conocer a nadie igual. Me considero afortunado por lo que compartió conmigo. No creo que vuelva a vincularme nunca por medio de la Maña, ni que vuelva a entablar una amistad tan profunda como la que tuve con el bufón. Como bien le indicara un día Burrich a Paciencia, un caballo no puede llevar dos sillas. Tengo a Molly y ella es suficiente para mí, más que de sobra.

Me conformo con eso.

«El esperado cierre de la trilogía “El Profeta Blanco” de una de las grandes escritoras de fantasía actuales.»

The Times



El fin está muy cerca. Lo único que el príncipe Dedicado necesita es la cabeza del dragón Yama de Hielo. Esa es la sola condición que ha impuesto Elliania para que el matrimonio pueda celebrarse y la guerra pase a la historia. Según la leyenda, Yama de Hielo se oculta en las profundidades heladas de la isla de Aslevjal, de modo que allá se dirigen Traspíe y el excéntrico grupo que escolta al príncipe. Esta vez el bufón no les acompaña. Traspíe lo ha dejado en Torre del Alce y, aunque sabe que lo ha hecho para protegerlo, no puede evitar sentirse culpable. La profecía decía que la mismísima Muerte saldría a su encuentro en cuanto pusiera un pie en la isla donde morara el dragón negro. Al zarpar el barco, se hace evidente que cumplir la exigencia de Elliania puede causar la división entre los clanes y, cuando la silueta de la isla de Aslevjal asoma en el horizonte, descubren una figura solitaria que les está esperando... ¿Se cumplirá el destino o será posible burlarlo sin poner en peligro el futuro del mundo?

«Cada nueva novela de Robin Hobb es un gran acontecimiento.»

George R.R. Martin

«Adoro a Robin Hobb.»

Patrick Rothfuss



Robin Hobb es el segundo seudónimo de la novelista Margaret Ogden. También ha publicado bajo el nombre de Megan Lindholm, su apellido de soltera. Nació en 1952 en California, pero creció en Alaska y actualmente vive en Tacoma, en el estado de Washington. Durante su infancia leyó vorazmente literatura medieval, algo que sin duda le influyó. En 1995 debutó como Robin Hobb y se centró en obras de fantasía épica ubicadas en el reino de los Seis Ducados. Empezó con la aclamadísima «Trilogía del Vatídico» (conformada por *Aprendiz de asesino*, *Asesino real* y *La búsqueda del asesino*), reeditada por Debolsillo en 2014, a la que la siguió la «Trilogía de las Leyes del Mar» (*Las naves de la magia*, *Las naves de la locura* y *Las naves del destino*), que Debolsillo relanzará en 2016. La tercera trilogía fue «El Profeta Blanco», que retoma las aventuras de los dos personajes más queridos por los lectores, Traspíe Hidalgo y el Bufón. Le siguió la tetralogía «The Rain Wild Chronicles». Entre 2014 y 2015 se publicaron en inglés los dos primeros tomos de una nueva trilogía, «Fitz and Fool». Aparte de su obra previa como Megan Lindholm, también ha publicado una colección de relatos titulada *The Inheritance & other stories* y la serie «Soldier Son», que se ubica en un mundo diferente al de los Seis Ducados.

Hobb ha sido galardonada con un sinnúmero de premios, entre ellos los más prestigiosos del género como el Hugo y el Nebula, y sus obras se traducen a numerosos idiomas. Tras veinte años, cada nueva novela de la autora se sigue convirtiendo en un gran acontecimiento y aparece en las listas de más vendidos en Estados Unidos, el Reino Unido y Francia, entre otros.

La suerte del Bufón

Título original: *Fool's Fate*

Primera edición digital: julio, 2017

D. R. © 2004, Robin Hobb

D. R. © 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo, excepto Estados Unidos, Canadá,

Filipinas y Puerto Rico: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

www.megustaleer.com

D. R. © 2017, Manuel de los Reyes García Campos y Raúl García Campos, por la traducción

D. R. © 2014, Nicolette Caven, por el mapa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-607-315-591-5

Penguin
Random House
Grupo Editorial



/megustaleer



@megustaleer

Conversión eBook:

Tangram. Ediciones Digitales

Índice

La suerte del Bufón

Prologo. La batalla con la muerte

1. Lagartos

2. Hijos

3. Agitación

4. Un intercambio de armas

5. Partidas

6. Travesía de sueños

7. Travesía

8. La Hetgurd

9. Casa materna

10. La narcheska

11. Wuislington

12. Primos

13. Aslevjal

14. El Hombre Negro

15. Civil

16. Corteza feérica

17. Yama de Hielo

18. Hielo

19. Bajo el hielo

20. Corredores

21. En el reino de la Mujer Pálida

22. Reunión

23. La mente de un dragón

24. La voluntad de Tintaglia

25. Dragones

26. Reparaciones

27. Puertas

28. Catalizador

29. Plumas en un gorro de bufón

30. Entereza

31. Cabeza del dragón
32. A través de las piedras
33. Familia
34. Compromisos
35. Reanudación
36. El Festival de la Cosecha
37. Por siempre jamás
Epílogo
Sobre este libro
Sobre la autor
Créditos